MANUAL DE HISTORIA UNIVERSAL

[illegible]OSÉ LUIS AVELLO-Á[illegible],
[illegible]niversidad de León
JOSÉ M.ª BLÁZQUEZ MARTÍNEZ,
Universidad Complutense de Madrid
[illegible]RCADIO DEL CASTILLO ÁLVAREZ,
Universidad de León
[illegible]
Universidad [illegible]tense de Madrid
ÁNGEL [illegible]EGRO DUQUE,
Universidad de Valladolid
JUAN [illegible]o. RODRÍGUEZ NEILA,
[illegible]dad de Córdoba
[illegible] SOLANA [illegible]NZ.
[illegible]rsid[illegible] Valladolid

EL MUNDO GRIEGO

EDICIONES [illegible]JERA

Cabe preguntarse acerca de la razón o razones que explican los grandes logros culturales del justamente denominado «milagro griego», que sorprendió a antiguos y modernos, y que llevó a los propios griegos clásicos a sentir la clara diferencia que separaba al mundo helénico del extranjero o bárbaro. La verdad es que determinados factores espirituales concurrieron en el griego para hacer viable este admirable despertar cultural logrado por limitado número de gentes y en breve espacio de tiempo. A la proximidad a los viejos focos de cultura oriental se añadieron las cualidades del griego, especialmente dotado para las tareas del espíritu; constante aspiración al logro de lo superior y más perfecto; su realismo en todas las facetas del quehacer cotidiano; ideal de libertad y responsabilidad en su comportamiento frente a los dioses y los hombres; deseo de educarse y educar como medio de lograr lo mejor en todos los ámbitos del saber y en la práctica de la vida y que tiene como fundamento el «conócete a tí mismo» socrático. Luz brillante mediterránea y espíritu exquisito y temperamental, parecen, pues, aliarse en el alma del griego clásico para lograr un verdadero arquetipo cultural de la Historia.

Persiguió siempre el griego armonizar la tradición con el progreso, la superación de sí mismo y la perfección ideal. Quiso sentirse dueño de sí mismo y del mundo que habitaba. Y descendiendo del Olimpo a la realidad humana trató de hacer a los dioses semejantes a los hombres y a los hombres semejantes a los dioses. El hombre será su medida de todas las cosas.

La racionalidad griega es la base de la ciencia y del avance científico. Por eso, los griegos, no sólo realizaron grandes creaciones artísticas y literarias, sino que les añaden una lógica científica y estructura orgánica.

Es evidente que el papel histórico de Grecia es, ante todo, del orden cultural; y que de ella cobra nuestra cultura occidental sus fuerzas renovadoras. Un nuevo modo de asumir la herencia griega surge a partir del Humanismo y el Renacimiento, ya que desde el siglo XIV Occidente no sólo trata de recuperar en toda su integridad aquella literatura y arte clásico, sino también sus mínimas manifestaciones de la vida que epigrafistas y arqueólogos van recuperando para la ciencia histórica. Así, hoy, la vuelta a la Historia Antigua no es una mera curiosidad antropológica al estilo de Herodoto. Es descubrir nuestras propias raíces. La vuelta a la historia de Grecia significa fundamentalmente ahondar en sus energías vitales creadoras y fecundantes de nuestra propia riqueza espiritual; encontrar nuevos cauces, nuevos matices, nuevos alimentos y razones de nuestra autenticidad, de nuestra libertad y nuestra propia ansia de superación. Vamos, por consiguiente, mucho más allá de una mera constatación de la grandiosidad de las creaciones materiales y espirituales griegas. Tratamos de imitarlos, recrearlos, hacerlos auténticamente redivivos; porque, en la medida que lo consigamos, conseguiremos alcanzar, actualizadas, las perfecciones que ellos lograron

GRAN HISTORIA UNIVERSAL

VOL. III

EL MUNDO GRIEGO

COORDINADOR: ANGEL MONTENEGRO DUQUE. Universidad de Valladolid.
AUTORES: ARCADIO DEL CASTILLO. Universidad de León.
JOSÉ LUIS AVELLO ALVAREZ. Universidad de León.
ANGEL MONTENEGRO. Universidad de Valladolid.
JOSÉ MARÍA SOLANA SÁINZ. Universidad de Valladolid.
JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ. Universidad Complutense de Madrid.
JUAN FRANCISCO RODRÍGUEZ NEILA. Universidad de Córdoba.
FEDERICO LARA PEINADO. Universidad Complutense.

NAJERA
MADRID
1987



ISBN: 84-7662-034-9 (Obra completa)
ISBN: 84-7662-037-3 (Vol. III)
Depósito Legal: B-2704-1987
IBYNSA
Badajoz, 147 - 08018 Barcelona

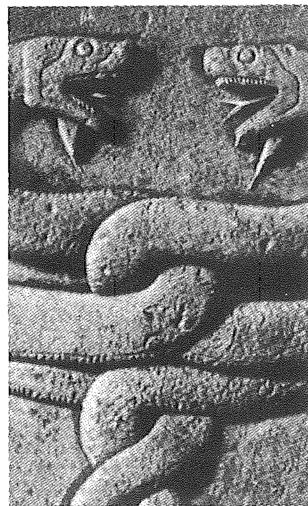
INTRODUCCION

INTRODUCCION

A. Montenegro Duque

El condicionamiento geográfico sobre la evolución histórica de los pueblos es un hecho bien constatado; en el caso de la Historia de Grecia, tal mediatización es especialmente relevante. Su característica geográfica, su situación, la configuración de su suelo y su vecindad de los mares fueron factores determinantes de la constitución política de las ciudades-estado, de su vocación marinera, de la generalización de los movimientos colonizadores, del papel de Grecia como receptor y transmisor de cultura hacia y desde Oriente o Europa.

En efecto, el hecho de ser Grecia una península próxima a Anatolia y a los archipiélagos del Egeo condicionó el futuro histórico de los pueblos que se sucedieron en la ocupación de Grecia. Fueron dos los principales grupos de gentes que ocuparon sus tierras; ambos con rasgos étnicos y culturales bien definidos: la población mediterránea prehelena, los pelasgos de la tradición clásica; y los invasores indoeuropeos, llegados de la estepa, en sus ramas griegas de aqueos, eolios, jonios y dorios. Los primeros terminaron definiendo una raza prehelena bastante homogénea con el resto del Mediterráneo. Hubo entre ellos y los indoeuropeos diversos tipos de relación: simbiosis, promiscuidad o aislamiento dentro del ámbito geográfico griego, aunque siempre se produjeron mutuas aculturaciones; de ello resultaron comportamientos también varios en el devenir histórico de cada ciudad o territorio. Hubo, por ejemplo, convivencia, «*sinoikía*», entre las sucesivas poblaciones llegadas al Atica, mientras los dorios de Esparta expulsaron o esclavizaron a la población precedente, alguna, incluso, de su misma estirpe griega indoeuropea.



Templo de Artemisa en Corfú. Ha. 590 a.C.

No estuvieron de acuerdo los propios autores clásicos a la hora de definir los límites de la Grecia propia aborigen o Grecia Continental. Admitían como tal a Tesalia; pero no al Epiro o a Macedonia, a las que consideraron más bien como mundos bárbaros, pese a estar integradas ambas regiones por pueblos hermanos de raza y lengua. La Grecia clásica negó su hermandad social a estos vecinos griegos del norte porque se integraron tardíamente en la cultura y destino histórico de Grecia. En cambio, la cadena de islas que pueblan el Egeo, así como el borde costero de Asia Menor, desde Creta y Rodas (también Chipre) hasta el Bósforo y la Península Calcídica fueron unánimemente incluidas en el concepto geográfico de la Hélade. Pues, en efecto, sobre esas islas y costas se habían producido, desde los tiempos minoicos a los clásicos e incluso desde el Neolítico, poderosas corrientes de emigración de gentes desde tierra griega, seguidas de contactos de comercio; con ello se habían forjado rasgos profundos de identidad étnica y cultural entre Anatolia, el Egeo y la Grecia continental. El apacible mar Egeo fue efectivamente una constante invitación a la aventura marina; las distancias son también breves, de modo que los invasores indoeuropeos prefirieron llamarle *pontos*, «puente o pasadizo» en lugar de utilizar el término minoico *thálassa*.

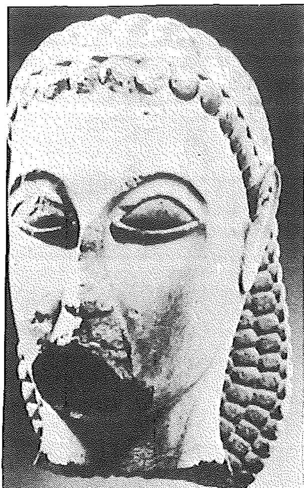
Luego, cuando las invasiones producidas entre 2000 y 1200 a. de C. fueron encontrando su definitivo aposento en todas estas tierras e islas, arraigó con fuerza el sentido de hermandad de lengua, raza, cultura, modo de vida y religiosidad. Constituyeron el peculiar mundo del *hellenikos* o comunidad de los que viven y hablan a «la manera griega», por oposición al mundo bárbaro.

La colonización, primero, luego la extensión del Imperio Macedónico hacia Oriente terminará por extender a grandes núcleos de población, desde Iberia hasta la India, este concepto de lo heleno que se había fraguado tanto en la Grecia continental como en las tierras insulares y minorasiáticas.

a) Los fundamentos geográficos y humanos de la Grecia Antigua

Grecia es una de las tres penínsulas que Europa proyecta sobre el Mediterráneo en busca del continente africano. Pero la posición de Grecia prevalece con respecto a España e Italia porque ella avanza precisamente hacia Egipto, el gran centro de cultura antigua del continente africano, del

que a través de Creta y Chipre se coloca a corta distancia. Por otra parte, es simultáneamente Grecia, a través de Asia Menor, el punto de contacto entre Europa y Asia en la misma cuna de las grandes civilizaciones antiguas del Creciente Fértil. A nivel cultural y humano la interrelación de los tres antiguos continentes fue particularmente intensa a través de las infinitas islas desde el Bósforo hasta Rodas y de las dos grandes islas de Creta, Chipre y Rodas; todas sirvieron de puente hacia Asia y Africa.



Cabeza de Dipylon. Ha. 600 a.C.

Estas tierras en las que creció y vivió el complejo mundo étnico de la Grecia clásica resultaron ampliamente beneficiadas del contacto comercial con las antiguas cunas de la civilización egipcia, fenicia, mesopotámica o hitita. De esas corrientes culturales son amplia y sucesivamente deudoras la civilización minoica, la micénica, el resurgir de los tiempos homéricos, y desde luego la inigualable cultura del período clásico griego. Cabría destacar los elementos escultóricos y arquitectónicos, los conocimientos marineros y geográficos que luego ampliarían los colonizadores griegos, la escritura y el papiro como eficaz instrumento de difusión del pensamiento. En el campo de la economía, el empleo de los metales preciosos como tipo de cambio con la subsiguiente evolución hacia el sistema monetario; el proceso de conquistas hacia un dominio universal, que es extraño a la ideología del individualismo indoeuropeo, tan respetuosos de la libertad ajena como amantes de la propia; la mítica concepción de la hibridez del hombre y el animal, la jerarquización de los dioses análoga a la jerarquización humana; la mántica religiosa; los mitos cosmogónicos. En todo caso, es difícil definir en toda su extensión e intensidad aquella enredada y sutil trama de influencias y con incidencias que, de la mano del espíritu griego, fuertemente creador e imaginativo, recibió una profunda transformación; casi siempre en el sentido de humanizar y racionalizar los mitos e ideas orientales.

A su vez Grecia, con esta privilegiada situación, fue intermediaria de civilización hacia Europa. Pues, aunque una gran cadena de montañas cubre el norte desde Tesalia a Tracia —con la mayor altitud del país en el Olimpo (2985 m)— no logró aislarla del resto de Europa, como los Alpes o los Pirineos. Ello permitió que se sucedieran oleadas de población indoeuropea hacia Grecia por el mismo camino por el que había caminado el comercio del ámbar que llegaba desde el Báltico al Mediterráneo, o que difundiera el conocimiento de los primeros metales, de hierro, o del carro de guerra que los países del Próximo Oriente y del Egeo comunicaron a la Europa central y meridional.

Grecia continental abunda en regiones extraordinariamente montuosas constituidas por una ininterrumpida cadena de montes y depresiones de norte a sur y de este a oeste, las altitudes ocupan el 80 por 100 del suelo griego. Salvo en Tesalia, ninguna llanura alcanza extensión superior a los 250 kilómetros cuadrados. En general, Grecia es un laberinto de alturas y depresiones de irregular configuración. Atica cuenta con cuatro minúsculas llanuras de labrantío y lo mejor de Lacedemonia está constituido por el valle torrencial del río Eurotas, no lejos de la también alta cadena del Taigetos (2.409 m). Y, aunque en Grecia abundan los valles, no siempre son productivos porque la torrencialidad de las lluvias hace que los ríos dejen su suelo descarnado. Las precipitaciones de 1.400 mm en la costa jónica descienden a unos 390 en la egea. Así la Grecia en su conjunto padece una pobreza agrícola extrema que no consiguió mejorar con la ocupación de las islas y costas de Asia Menor, en donde no existen mejores condiciones de vida. Incluso, crestas y laderas rocosas y escarpadas dificultan las comunicaciones, facilitan el fraccionamiento político y restan grandes campos a los pastos o a los bosques. Para colmo, el calor y los vientos abrasan los campos de mayo a septiembre, dejando sólo opción a la resistente higuera y obligando a los ganados a una necesaria trashumancia o a unos pastos reducidos. No obstante, bosques y prados en los que pasta su cuidada ganadería, son la mejor fuente de riqueza. La producción de trigo y legumbres no fue suficiente para el consumo de la población. Sólo la excelente calidad y abundancia de sus vinos y aceites le permitió intercambiarlos con cereales de sus colonias. De sus ganados obtuvo un fuerte rendimiento de cueros, lana, carne y leche. En definitiva, la expansión colonial hacia el Egeo y las costas de Asia Menor, luego hacia todos los ámbitos del Mediterráneo, fue una necesidad constante de la Grecia continental.

El subsuelo no fue mucho más generoso, pues apenas proporcionó a los griegos unas cuantas y no muy ricas minas. Los yacimientos de cobre y hierro son múltiples, pero pobres. Salvo las minas de plata de Laurión, el resto de los yacimientos de metales preciosos fue rápidamente agotado. Sólo contó Grecia con excelentes arcillas para sus espléndidas cerámicas; y abundantes canteras, especialmente la de Paros, en el Pentélico, que le permitieron modelar los más bellos mármoles del mundo en sus monumentos y esculturas. De ahí que buscase afanosamente en Chipre, Etruria e Iberia aquellos minerales que precisaba para sus armas, útiles y herramientas.

Análogamente, la geografía condicionó el futuro político de los griegos. La fragmentación del suelo por valles o reducidas llanuras se acentuó con la práctica incomunicación entre sí. En tales condiciones ni hubo solidaridad entre los pobladores de cada valle, ni tampoco surgieron grandes agrupaciones humanas que, pasando por encima del cantón territorial, pudieran llevarles hacia un sentido político eficiente de comunidad. Por el contrario, combatieron todo intento de integración en grandes unidades territoriales bajo un gobierno único. Incluso, fueron incapaces de concebir ni comprender siquiera la razón de los grandes imperios como el persa, en el que vieron la más abyecta de las tiranías, esclavitudes y barbaries. Instauraron, pues, por doquier, el régimen de la polis que tiene como ámbito territorial una ciudad y su territorio natural en el que a lo sumo se integran pequeñas aldeas circundantes. Sólo halló Grecia un contrapeso a esa consiguiente debilidad en las sólidas defensas naturales que su territorio le ofrecía; ya se originase este peligro en los pueblos del norte de Grecia o en pueblos expansionistas como los dorios de Esparta. Hubo una obligada superación de este individualismo cuando Grecia necesitó hacer frente a la poderosa amenaza de los persas, a los que vencieron sólo gracias a su genio táctico, a las inagotables reservas humanas de talento y virilidad al servicio de un desesperado espíritu de independencia.



Templo de Artemisa en Corfú. Ha. 590 a.C.

Grecia solucionó sus problemas de tipo económico con este mismo aislamiento cantonal. Cada ciudad estableció sus propias colonias y raros ejemplos se nos citan de cooperación en esta labor común del helenismo, aunque frecuentemente se veían obligadas a hacer frente a enemigos comunes. Así, frente a los indígenas de Italia o frente a los cartagineses, rara vez les vemos prestarse ayuda, si es que no actuaron en contra de los intereses de sus propios hermanos de raza. El griego nunca entendió que la renuncia a su individualismo sobrepasara los límites de la propia ciudad y de las leyes y costumbres que son su norma y sostén. Por eso, a duras penas accedieron a participar en la Liga Délica, ni se entusiasmaron con la gran empresa helena de Alejandro, aunque se aprovecharan de ella para incrementar el comercio y la emigración.

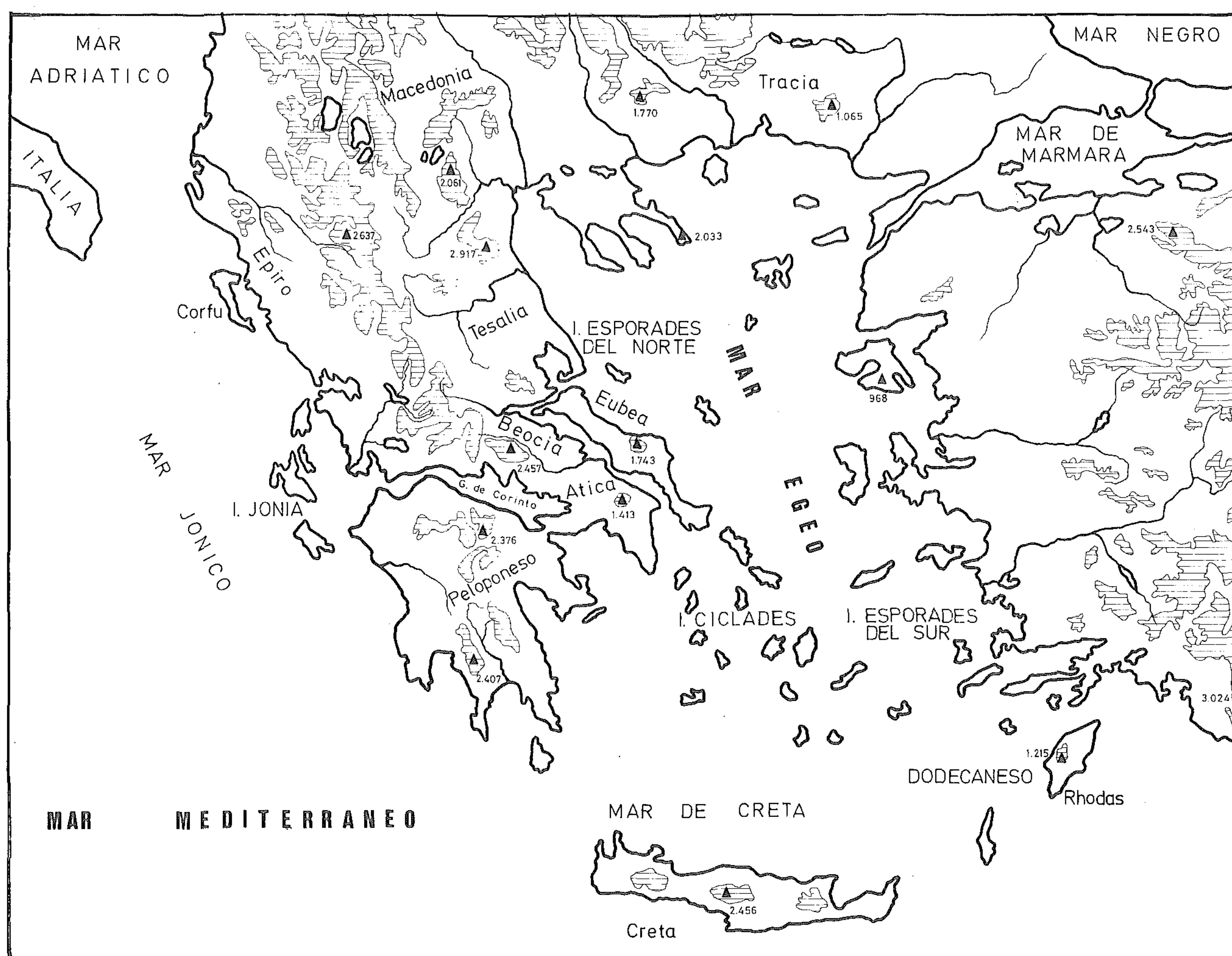
La escasez y pobreza del suelo agrícola provocó no pocas etapas de inquietud y aún de revueltas sociales que no tuvieron en muchos casos otra razón que la incapacidad de la tierra para mantener a la población creciente y con tierras cada vez más parceladas. Y en razón de esta misma incapacidad se vio el pueblo privado de la tierra y de la propia libertad. Así, lleno de deudas y ansioso de libertad, unas veces se lanzó contra los nobles o clases superiores, otras veces fueron las propias ciudades griegas vecinas las víctimas de su necesidad, y, con más frecuencia, optaron por la más razonable de las soluciones: la búsqueda de nuevas tierras para el excedente de la población mediante la fundación de colonias.

En efecto, a diferencia de los pueblos del Nilo, del Eufrates y Tigris, del Indo o del Huangho, las gentes griegas buscaron en el mar las posibilidades de lograr los beneficios que una tierra hostil les había negado. Lo hicieron los minoicos, los aqueos, los Pueblos del Mar y finalmente los griegos de la gran colonización de época clásica. El griego será por naturaleza marino ya que el mar lame todas sus costas con profundas y abrigadas bahías desde Corcira hasta Bizancio y desde Calcedonia hasta Side. Cien kilómetros será la máxima distancia que separe al griego del mar, cuya dulce apacibilidad puede contemplar desde las cumbres de sus propias montañas. Desde cualquier parte del mundo ocupado por la raza helena, el griego siente la irresistible llamada que alienta su espíritu emprendedor y aventurero, en busca de mejor fortuna. Los bosques, bastante poblados todavía en aquellos tiempos, procuraron

madera para sus barcos: pino, abetos, hayas. Los vientos regulares sobre sus aguas prestan un precioso concurso al navegante, al tiempo que la proximidad de las islas alienta su aventurera marina alejando el ansia deprimente de la soledad y le procura lugar de refugio, de pesca o avituallamiento entre pueblos hermanos. Perdió el griego el miedo a las aventuras marinas porque Grecia continental y Asia Menor están materialmente unidas por esos numerosos e ininterrumpidos puentes de islas. Chipre y Creta desempeñan análogo papel en el camino hacia Egipto, Cirenaica y Fenicia. Y no mucha mayor dificultad encuentra el griego en la navegación por Occidente; las islas de Zacyntos, Córcira y Cefalonia acortan las distancias del que navega hacia Italia y Sicilia.

Todo esto no significa que el griego ignore o desprecie los peligros del mar. Será su experiencia marinera en la que ya Hesiodo le alecciona y su pericia en la fabricación de naves la que le vaya dando confianza. Tomará toda clases de precauciones porque, lejos de sus hermanos de raza, el enemigo acecha su vida y sus tesoros. El *Ponto Euxino* debió ser temible para ellos en otros tiempos; pero en la época clásica se ha convertido en «bueno y acogedor» para los extraños, «*euxenos*». El navegante conoce las leyendas macabras, el furor de las Amazonas y recela de la terrible Scylla; pero es valiente, arriesgado y emprendedor y no duda en buscar en el mar el producto de la pesca o el comercio y el modo de dar medios de vida al excedente de su población. Se lanza a la colonización, aunque sea en tierras extraordinariamente alejadas. Tradicionalmente familiarizados con el arte y la técnica marinera, que fueron heredando las poblaciones de Grecia desde los tiempos minoicos hasta los clásicos, el griego no se contentará con surcar sus propios mares; todo el Mediterráneo será mar propio; irá a Iberia y al Ródano en busca de metales; traerá granos de Sicilia y perfumes de Oriente; y, por

Principales elevaciones de Grecia.



doquier, en el lucro del comercio, encontrará el premio a su arriesgado trabajo. Ningún escondido rincón del mar Mediterráneo será inasequible a la osadía de sus marinos. Con sus lujosos objetos y sus cerámicas, o con sus bagatelas y pacotilla caminará el precioso legado de su cultura; navegará unas veces en competencia con el fenicio, otras comerciando con ellos en toda clase de productos, cerámicas, y bronces; porque la verdad es que el griego, dentro y fuera de su patria originaria, no siempre sintió la llamada al espíritu de hermandad, y con frecuencia prevaleció el egoísmo sobre el sentimiento patriótico. Incluso el océano Atlántico será testigo de sus exploraciones geográficas conducidas por Eudoxo y Piteas.

Aunque hay grandes diferencias climáticas entre el norte y el sur, Grecia entera participa del dulce clima común a todo el Mediterráneo y ni la intensidad ni la duración del invierno son extremas. El calor del verano se ve atenuado por la brisa del mar y la violencia de los vientos etesios. No obstante, el contraste de las estaciones es bastante fuerte; los calores tórridos de aquel sol espléndido sobre el cielo lúcido que campea en Grecia desde abril a septiembre acortan la primavera, secan rápidamente los campos e invitan a la siesta y al ocio a la fresca sombra de las higueras. Sin embargo, la necesidad impulsa no poco y estimula a la laboriosidad al griego que es hombre temperamentalmente ocioso. En el invierno, más que el frío extremo, son las nieves o las lluvias torrenciales las que recluyen al hombre en su casa, obstaculizando las labores, la guerra y la navegación. En todo caso, en las proximidades del mar se goza de un ambiente atemperado bastante uniforme y generalmente agradable; durante la mayor parte del año, el ambiente es más bien caluroso; tanto más en las zonas meridionales.

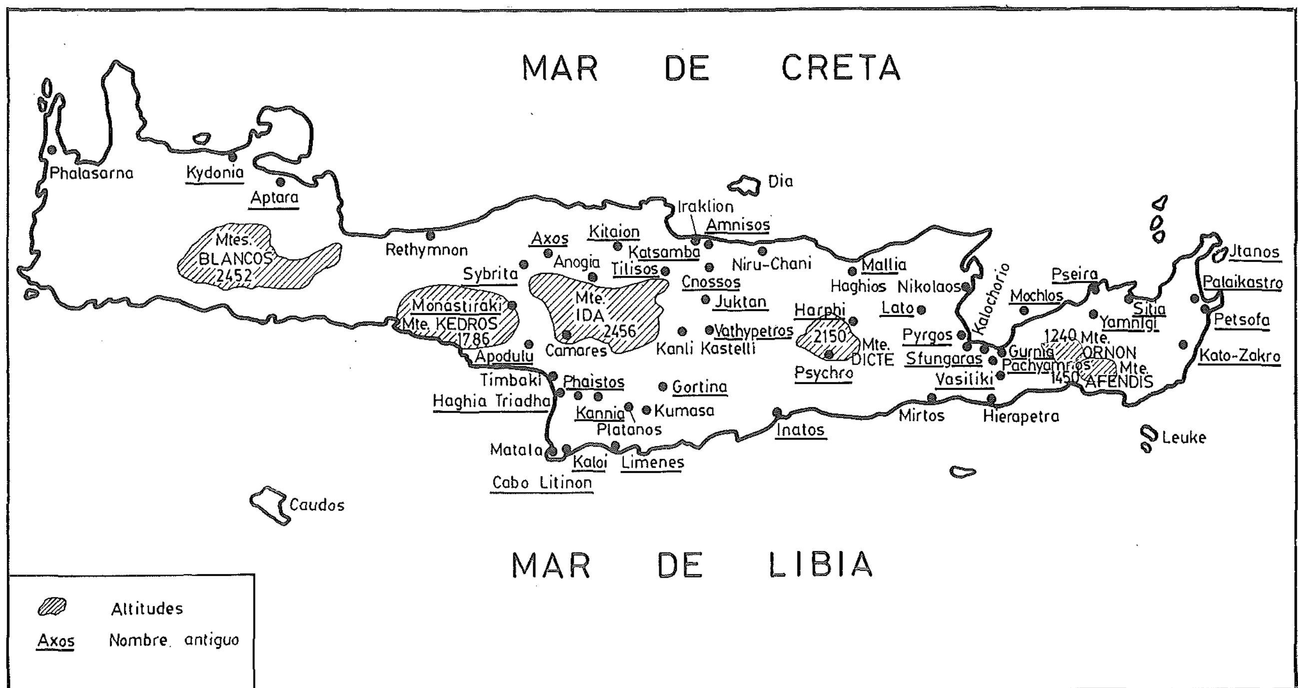
Por eso el griego usa de vestidos ligeros, tiene casa y ajuar sencillo y es frugal en el comer y en el beber. Siempre bebe el vino aguado y nunca con exceso. Ni gusta de comidas fuertes y abundantes —quizás un puño de higos o de olivas—, ya que ni el frío se lo exige en invierno ni por otra parte las toleraría con los calores del verano. Es sobrio y delicado aún en los banquetes y no sin malicia describe las bacanales de los bárbaros macedonios y la glotonería beocia. Es más bien vivaz por temperamento y por imposición climática; trabaja el campo codiciosamente y con el mismo ímpetu que pone en todas sus actividades. Pero sobre el trabajo físico, prefiere el estético y el intelectual; gusta, si puede, invertir su tiempo en alguna actividad en la que puede dejar plasmada la manifestación de su genio y de su espíritu.

Salvo en contadas ocasiones y lugares, el griego vive poco en su hogar. En la calle y en la vida pública busca el contacto irresistible de sus semejantes con los que le gusta discutir y concebir los grandes proyectos que brotan de su imaginación meridional enardecida por el sol resplandeciente. Su espíritu brilla con la claridad de su firmamento mediterráneo y concibe y comprende rápidamente; curioso y reflexivo, muestra su elocuencia a propósito de los más dispares órdenes de ideas. Su temperamento no está exento de ligereza, pero tiene gran vigor físico y es enérgico y nervioso, seco y vivo de espíritu; junta la bravura a los más delicados sentimientos y el ansia de los más bellos ideales se extiende a todas las facetas de la vida, incluso al juego y el ocio. Imbuido de un humanismo integral,ama el deporte y aprecia la perfección corporal y la estética y elegancia del porte sin menoscabo de una esencial virilidad.

Por eso le seduce la vida política y los negocios de la ciudad por los que se interesa apasionadamente. Atenas fue ciertamente modélica en esta preocupación cultural. Cualquier ciudadano cuenta con las cualidades y conocimientos elementales para una correcta participación en las tareas de gobierno o en el juicio sobre un delito o sobre el valor literario de una obra. No sin razón, el dictamen del pueblo sancionó sucesivamente la excelencia de los trágicos. Así, Esquilo, Sófocles y Eurípides fueron sucediéndose en la lúcida decisión del pueblo ateniense como juez de los méritos que sus obras iban ofreciendo en la creación de sus trilogías anuales presentadas a concurso.

Es poco lo que sabemos de las razas primitivas de Grecia, aquéllas que durante dos milenios, III y II a. de C., crearon las culturas minoica y micénica: algunas medidas de cráneos, algunos términos del léxico hablado que pasaron a las lenguas griegas, escasas representaciones figuradas tardías y poco más que se pueda deducir de los elementos arqueológicos. A un tipo físico de ojos oval, análogo al tipo egipcio y libio, y en general frecuente en el Mediterráneo, se superpone en esa misma época un tipo braquicéfalo que

ocupa en cierto momento Asia Menor y termina por prevalecer en Grecia Continental y en el Egeo. Esa raza aborigen griega fue conocida por la tradición clásica con el nombre de *Pelasgos*, a los que la misma tradición clásica entendía que se habían superpuesto grupos llegados de Asia Menor con el nombre de *Leleges*, *Dryopes*, *Carios*. Ciertamente estos complejos grupos de pobladores fueron la base étnica del substrato griego preindoeuropeo; la arqueología y la lingüística han podido ilustrarnos sobre aspectos de sus conocimientos marineros, metalurgistas, cultos (especialmente matriarcales y ctónicos), toponimia, mitos. La relación de estos grupos mediterráneos étnica y culturalmente con las civilizaciones clásicas de Egipto, Siria y Asia Menor parece clara sobre todo en los momentos de esplendor de Creta durante la primera parte del II milenio a. de C., en fechas próximas al 2000-1500. Parece que coinciden étnicamente estas gentes cretenses con las que desarrollan las culturas de Hurri, Sumer y Anatolia prehitita y chipriota; más indirectamente pero con no menor evidencia, se constata el parentesco de los pueblos minoicos con el resto de la raza mediterránea preindoeuropea que ocupa el Mediterráneo occidental en Italia, Iberia e islas de Occidente, y aún seguramente con ciertos sectores norteafricanos.



La Isla de Creta.

Sobre estos grupos que parecen llegar a una síntesis étnica y cultural en todo el Mediterráneo por el año 2000 a. de C. llegan los grupos indoeuropeos, que se lanzan sobre Grecia en cuatro oleadas principales: aqueos, jonios, eolios y dorios. El momento en que llegaron los aqueos, jonios, eolios, así como el territorio que cada uno ocupara y en qué grado se mezclaron entre sí y con las poblaciones precedentes, son aspectos mal conocidos. La explicación de este hecho es múltiple: primero la lentitud del proceso inmigratorio que duró varios siglos; luego la fragmentación geográfica de Grecia que situó a los invasores en diversas condiciones de fusión o aislamiento; a ello hay que añadir el fuerte peso de la cultura de las gentes preindoeuropeas. Los grupos dorios alcanzan el sur del continente griego en torno a 1200 a. de C., coincidiendo con la mítica guerra de Troya. Aunque la lengua e incluso gran parte de la estructura social de la Grecia futura viene impuesta por el elemento étnico indoeuropeo, el tipo físico de la Grecia clásica está muy mezclado, salvo en el elemento ciudadano de Esparta. Y la cultura griega acusa fuertemente el legado mediterráneo: escritura, matriarcado, conocimientos marineros, arquitectura, etc. El mismo tipo humano del griego clásico, equilibrado y dotado de excelentes virtudes, será fundamentalmente la resultante de la íntima promiscuidad de esos dos grupos étnicos que confluye-

ron en Grecia con opuestas características y procedencia: los prehelenos mediterráneos y los indoeuropeos. Ante la presión indoeuropea, los primeros pobladores mediterráneos a veces retrocedían de cantón en cantón o de isla en isla. En ocasiones lograron impedir la entrada de invasores en sus dominios; en no pocas fueron destruidos, o expulsados; pero en otras, se impuso una convivencia y mezcla. Los aqueos, por ejemplo, llegaron a una íntima compenetración con la civilización de Creta, la Argólida y en general en todo el mediodía griego del llamado periodo micénico; heredan casi sin solución de continuidad a la civilización minoica. Mezcla análoga abocó a la sinoikía en el Atica; lo mismo ocurrió en las tierras occidentales griegas del Epiro. Por el contrario, los dorios de Esparta subyugaron a casi todos sus predecesores mediterráneos y helenos. La mezcla general de razas a que se llegó es evidente en la desconcertante aglutinación de formas y grupos dialectales dentro del griego y en los numerosísimos préstamos que los griegos clásicos tomaron de la cultura y lengua prehelena, particularmente en lo relativo a la marina o a los cultos, que en gran parte asumieron e incorporaron a su acervo cultural.

En todo caso, la Grecia clásica resultante de las invasiones consolidó el cantonalismo geográfico, ya que, con la mayor frecuencia, en cada valle o llanura se asentó un determinado grupo indoeuropeo —genos o tribu— que determinaría una vida política y económica propia e independiente de vecinos grupos; aún cuando a veces fueran de la misma etnia; fue el caso de los dorios de Creta y Rodas que para nada mantuvieron relaciones con sus hermanos los dorios de Esparta.

Así, la eclosión cultural que supone el mundo micénico y homérico y sus epopeyas —de las que las más conocidas son la Ilíada y la Odisea, dentro de ese amplio ciclo troyano— es la resultante de una feliz concurrencia de dos razas: la raza mediterránea a la que corresponde la sólida y refinada cultura egea; a ella se añade el empuje vital y creador de los aqueos, eolios y jonios, de estirpe indoeuropea. No es fácil precisar etapas en estos siglos no bien conocidos del final del II milenio, pero nos percatamos de la vitalidad que imprimió al pueblo mediterráneo la presencia indoeuropea en la Grecia continental e insular y que también constatamos en otros lugares a donde sabemos que llegaron indoeuropeos de estirpe griega: Ugarit, Asia Menor.

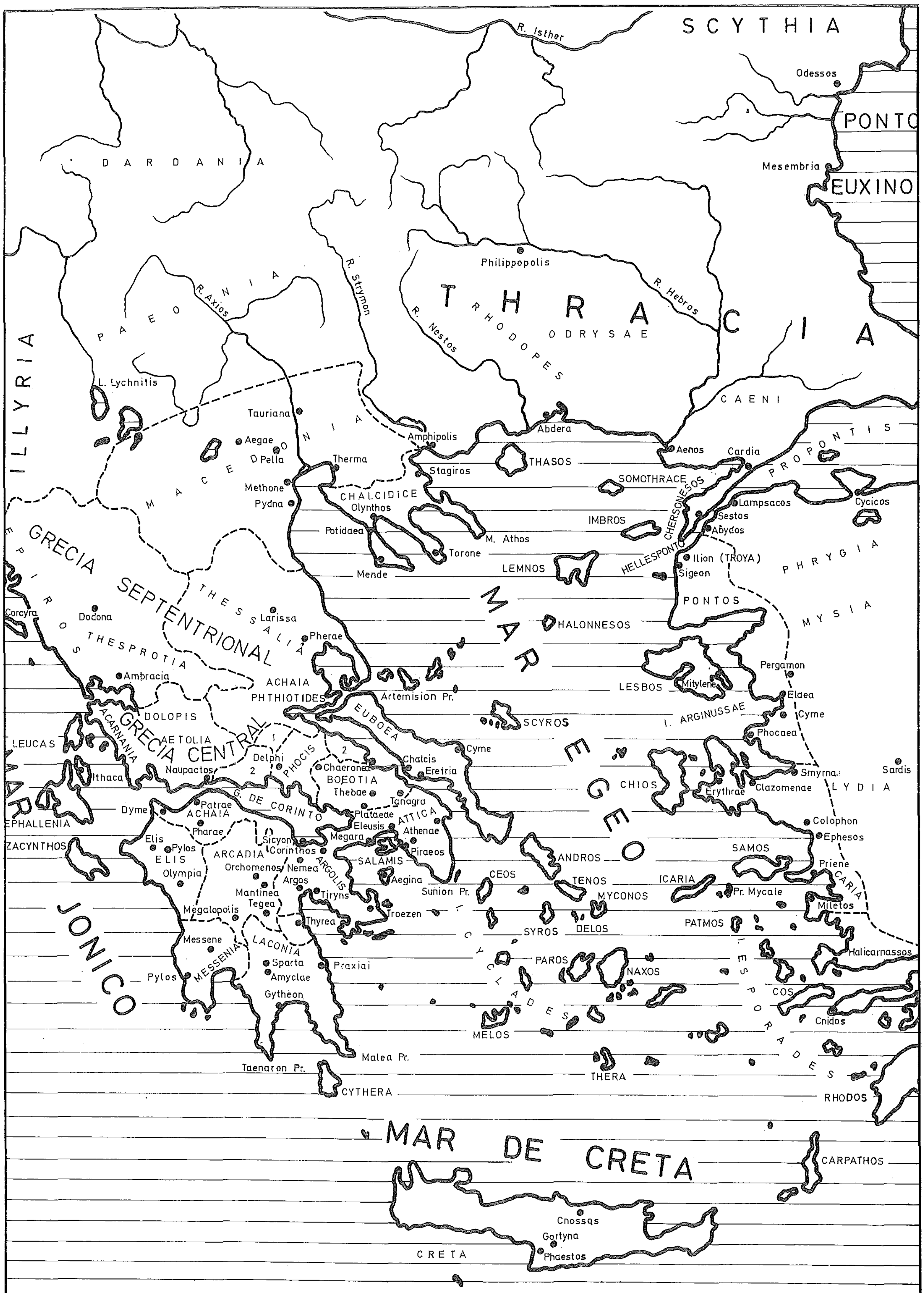

Templo de Artemisa en Corfú. Ha. 590 a.C.

Parece claro que los pelasgos mediterráneos aportan al clasicismo griego fina sensibilidad artística, una decidida valoración de lo espiritual en el hombre, una íntima curiosidad por conocer las causas finales y últimas de las cosas; creencia en un mundo trascendente; añaden los prehelenos un sentido fatalista de la vida, reflejado en los mitos egeos. Las tradiciones míticas del Oriente, recreadas por la imaginación de las gentes minoicas y luego heredadas y acrecentadas por las generaciones micénicas van a dar lugar a esa inmensa y genial creación de los mitos griegos que ininterrumpidamente se van formulando en las pinturas, esculturas y cerámicas cretenses y micénicas, la epopeya de Homero y la Teogonía de Hesíodo: Scylla, Minotauro, Teseo, el árbol de la vida. En todas ellas va apareciendo el fatalismo, muy al estilo de las creencias del Próximo Oriente antiguo. Según WEBSTER muchos textos homéricos hallan su perfecto precedente en escritos micénicos de escritura lineal B. Minoicos de origen fueron también muchos de los nombres de dioses y sus ritos, como es pregriega en casi su totalidad la terminología marinera.

La misma colonización griega de los siglos IX al VI encuentra su precedente en los conocimientos geográficos y técnicos de las poblaciones egeas y micénicas, que sólo los turbulentos tiempos de la Edad Oscura o Edad Media griega habían limitado en intensidad más bien que interrumpirlos en su totalidad.

b) Fundamentos espirituales de la cultura griega

Cabe preguntarse acerca de la razón o razones que explican los grandes logros culturales del justamente denominado «milagro griego», que sorprendió a antiguos y modernos, y que llevó a los propios griegos clásicos a sentir la clara diferencia que separaba al mundo helénico del extranjero o bárbaro. La verdad es que determinados factores espirituales concurrieron en el griego para hacer viable este admirable despertar cultural logrado por limitado


SCYTHIA
R. Isther
Odessos
PONTO
EUXINO
Mesembria
DARDANIA
Philippopolis
THRACIA
R. Hebros
R. Strymon
PAEONIA
R. Axios
RHODOPES
ODRYSAE
R. Nestos
ILLYRIA
L. Lychnitis
CAENI
Tauriana
MACEDONIA
Amphipolis
Abdera
Aegae
Pella
Therma
Stagiros
THASOS
Aenos
Cardia
PROPONTIS
Methone
Pydna
CHALCIDICE
Olynthos
SOMOTHRACE
CHERSONESOS
Lampsacos
Cycicos
Sestos
Abydos
IMBROS
Potidaea
M. Athos
Torone
HELLESPONTO
Ilion (TROYA)
Sigeon
PHRYGIA
LEMNOS
Mende
GRECIA SEPTENTRIONAL
EPIROS
THESSALIA
Larissa
PONTOS
MYSIA
Corcyra
Dodona
THESPROTIA
Pherae
HALONNESOS
MAR EGEO
Ambracia
Pergamon
ACHAIA PHTHIOTIDES
LESBOS
Mitylene
Elaea
Artemision Pr.
DOLOPIS
ACARNANIA
EUBOEA
SCYROS
I. ARGINUSSAE
Cyme
GRECIA CENTRAL
AETOLIA
Phocaea
LEUCAS
Delphi
PHOCIS
Cyme
Chalcis
Eretria
Sardis
Ithaca
Naupactos
Chaeronea
BOEOTIA
Thebae
CHIOS
Smyrna
LYDIA
Erythrae
Clazomenae
MAR
Dyme
Patrae
ACHAIA
G. DE CORINTO
Tanagra
Plataeae
ATTICA
CEPHALLENIA
Pharae
Eleusis
Athenae
Colophon
ZACYNTHOS
Elis
Pylos
ELIS
Sicyon
Megara
Ephesos
ARCADIA
Corinthos
SALAMIS
Piraeos
ANDROS
SAMOS
Olympia
Orchomenos
Nemea
ARGOLIS
Aegina
Priene
Argos
CEOS
TENOS
ICARIA
CARIA
Mantinea
Tiryns
Sunion Pr.
MYCONOS
Pr. Mycale
Megalopolis
Tegea
Troezen
Miletos
JONICO
Thyrea
SYROS
DELOS
PATMOS
Messene
LACONIA
CYCLADES
MESSENIA
Sparta
Praxiai
PAROS
Halicarnassos
Pylos
Amyclae
NAXOS
ESPORADES
Gytheon
COS
Cnidos
MELOS
Malea Pr.
Taenaron Pr.
THERA
CYTHERA
RHODOS
MAR DE CRETA
CARPATHOS
Cnossos
Gortyna
CRETA
Phaestos

número de gentes y en breve espacio de tiempo. A la proximidad a los viejos focos de cultura oriental se añadieron las cualidades del griego, especialmente dotado para las tareas del espíritu; constante aspiración al logro de lo superior y más perfecto; su realismo en todas las facetas del quehacer cotidiano; ideal de libertad y responsabilidad en su comportamiento frente a los dioses y los hombres; deseo de educarse y educar como medio de lograr lo mejor en todos los ámbitos del saber y en la práctica de la vida y que tiene como fundamento el «conócete a tí mismo» socrático. Luz brillante mediterránea y espíritu exquisito y temperamental, parecen, pues, aliarse en el alma del griego clásico para lograr un verdadero arquetipo cultural de la Historia. Añadiremos algunas precisiones a este esbozo de las que fueran virtudes básicas de la mentalidad griega.

La búsqueda de la verdad y una incansable prosecución de lo mejor, serán factores determinantes de sus creaciones grandiosas. Pues por doquier permitiría al griego dejar bien patente su imaginación creadora que transformó modos tradicionales. Emprendedor, el griego está siempre presto a descubrir nuevos horizontes y persigue con insistencia el logro de lo auténticamente verdadero, bello y bueno. Así vemos que transforma la cerámica, los tipos de naves, las estructuras arquitectónicas, los sistemas políticos y, a la par que se abren los horizontes del mar ante la proa de sus naves, se abre el campo de la ciencia y del arte ante la agudeza de su ingenio. Y, si recibió fuertes inspiraciones culturales del Próximo Oriente, fue siempre para readaptarlas y perfeccionarlas; un buen ejemplo lo tenemos en la arquitectura que elevó a un grado sublime de belleza y equilibrio los modelos orientales.

Modeló su idioma y lo hizo apto para toda clase de ensayos o géneros literarios, a los que recibe en pañales del Oriente para elevarlos a su más vigorosa madurez. Llega a la creación científica de un arte que, sin cercenar las facultades de su poderosa imaginación creadora, consigue la más armónica conjunción de lo bello, grandioso y humano. Teoriza con gran profundidad en Platón y Aristóteles sobre sistemas políticos y busca, siquiera sea utópicamente, un Estado que establezca el preciso equilibrio entre el individuo y la sociedad y entre éstos y el Estado, superando en la justa medida el servilismo a que se veía sometido el hombre en la sociedad antigua oriental. Por igual crea un cuerpo doctrinario en todas las esferas del pensamiento, ya sean ciencias teóricas o prácticas. Es así que, por ejemplo en el campo de la Historia no sólo realizan obras concretas como las de Tucídides y Polibio que mantienen toda su vigencia en la ciencia y en el pensamiento actual, sino que formulan ya los principios que deben presidir todo intento de realización del quehacer histórico. Y son verdaderamente admirables los logros matemáticos, en anatomía, descubrimientos geográficos o de las ciencias experimentales a las que accedieran especialmente en la escuela de Alejandría.

Virtud esencial del griego en la esfera del pensamiento y de la acción es que raramente se entrega a la aventura ciega o irracional. Siempre parte de firmes realidades y logra conquistas del espíritu sin graves estridencias revolucionarias. Se mueve en su campo de equilibradas y armoniosas concepciones acerca del mundo y de la vida, y de sus orígenes y destino. La misma idea de lo político que el griego posee en cada momento, no era violentamente repudiada a cada paso por su propio genio innovador o creador. Supo aprovechar siempre cuanto de valioso le ofrecía el pasado, pero sin aferrarse a él al estilo de Egipto. Ni fue Homero el único modelo de producción literaria; ni el estilo dórico prototipo permanente de arquitectura. Cada obra o realización de arte, de técnica o de creación literaria fue ciertamente valorada y estimada por las generaciones siguientes, sin que ello obstaculizase el ensayo y búsqueda de nuevas formas. Aún en política donde el progresismo podría encontrar más fácilmente nuevos caminos por la vía revolucionaria, poco o nada en Grecia, que significase una ruptura radical con el pasado, tuvo eco. El sentido de respeto a la tradición fue lo suficientemente fuerte como para definir una línea ininterrumpida de continuidad en la historia política, institucional y cultural, que fuese lo suficientemente flexible como para permitir innovaciones y nuevos cauces, que el humanismo griego encontrara viables y dignos de ser recogidos y plasmados en la realidad concreta social, política o económica.

Eso si, persiguió siempre el griego armonizar la tradición con el progreso. Persiguió siempre el griego superarse a sí mismo; quiso la perfección ideal que

Mapa general de la Grecia Antigua: ciudades.

conjugara la belleza y la estética delicadamente buscada con lo práctico y realista. Es elegante en su porte, en sus gestos. Y trató de lograr esa belleza hasta en cosas aparentemente nimias o meramente utilitarias: son bellas sus naves y sus monedas; es bello y elegante en sus juegos; y en el mismo porte del recio y valiente guerrero. Cuando el excavador descubre restos griegos, casi siempre se ve sorprendido por la perfección estética de los más variados hallazgos, ya sean útiles, cerámicas o inscripciones. Es una belleza, como observa G. MURRAY, intrínseca, directa, sencilla; como lo fue su idioma, melódico, de máxima eficiencia y sencillez, a la vez que apto para todos los matices y juegos expresivos de la imaginación. Con ello lograron crear gran número de obras relevantes en escaso tiempo, espacio geográfico y número de gentes. Casi todas las tragedias de Esquilo, Sófocles o Eurípides se acreditarían aisladamente para recibir hoy un premio Nobel. Y no menos lograrían triunfar en nuestros tiempos las obras oratorias de Demóstenes, Esquines o Lisias; las líricas de Pindaro, Teócrito, Alceo o Safo; las históricas de Polibio y Tucídides.



Principales yacimientos arqueológicos.

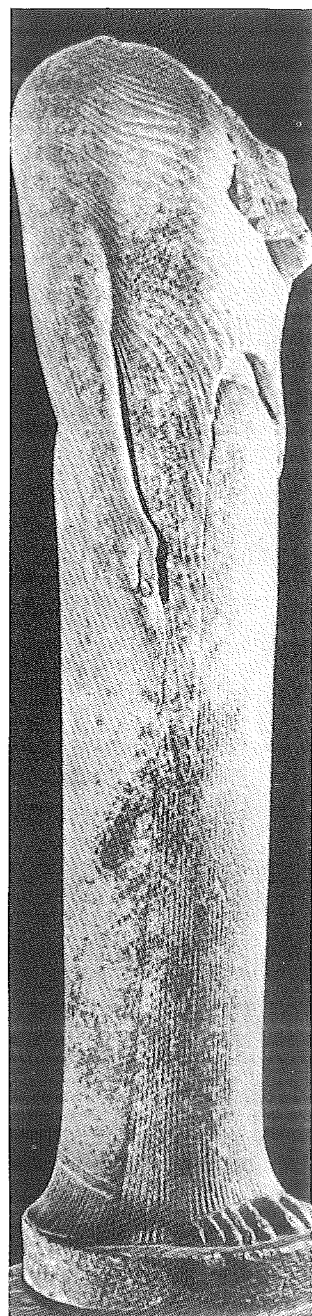
De sus dotes intelectuales fue, sin duda, su espíritu crítico, su depurado racionalismo lo que también contribuyó al logro de un auténtico y sólido progreso de las artes, las letras, la ciencia y la tecnología. El griego intentó dar una explicación razonable de todo lo que veía y sucedía; quiso explicar el porqué de todas las cosas. Fue el mejor vehículo hacia la consecución de la verdad, como base de la libertad auténtica, según la cita de San Juan: «la verdad os hará libres» (Juan, VIII, 32). No tuvo límites la curiosidad griega. De modo que Alejandro en su conquista de Oriente, por consejo de Aristóteles, se hizo acompañar de equipos científicos que indagasen sobre las fuentes del río Nilo, sobre la filosofía india o sobre las ciencias babilónicas.

El griego apreció como bien supremo la educación, que le situaba en condiciones de adquirir la libertad por la verdad. Fue plenamente consciente de esta necesidad: «hay un bien —dice Menandro— que nadie puede arrebatar al hombre, y es la educación». Poseía el griego ese instinto educador; lo que, con carácter colectivo y popular, sólo encontramos repetido en la China antigua y en la India brahmánica y budista. Homero y Hesíodo, los primeros, asumen esta vocación de magisterio; luego vemos a Sócrates llevando esta misión hasta el propio sacrificio de su vida. En esta línea se muestra también Platón, que intenta la persuasión por el diálogo, no por la dogmática exposición de principios. Misión educadora asumieron especialmente la tragedia y la comedia griegas. Sócrates advierte reiteradamente a sus conciudadanos atenienses la necesidad de una educación correcta del individuo, al objeto de evitar el mal uso o abuso de sus excelentes dotes. Esto lleva a Sócrates a ironizar acerca de los conciudadanos que, sin preparación, se dedican a la difícil misión de educar, o que atienden a actividades cívicas o prácticas de la vida en esferas que desbordan su grado de preparación. Además, a la educación que les sitúa en el camino de la verdad y subsiguientemente de la libertad, el griego añade el sentido profundamente crítico y racionalista para encontrar ese camino.

Hubo un campo en el que el racionalismo griego aplicó pronta y sagazmente su espíritu realista, práctico: el de las concepciones míticas y legendarias que en buena parte recibiera de Oriente y también heredara de las primitivas poblaciones pregriegas o minoicas y que en su mayor parte envolvían su concepción del mundo y de la vida. En esta vía del realismo, pronto el griego aisló el *mythos* del *logos* y pasó rápidamente del relato legendario al auténtico y puramente histórico y de la idea de una creación mágica del mundo al entendimiento científico, más o menos correcto. Y en esta línea buscó una explicación racional del origen del mundo, partiendo de los elementos básicos de la tierra: agua, aire, luz, fuego. No vio la vida como ciego destino de los dioses, sino forjada por la libertad y responsabilidad humana. Ya en Hesíodo se aúnan *La Teogonía* o «Historia del origen de los dioses» con el duro realismo que entrañan *Los Trabajos y los días*, donde el relato y los consejos basados en la experiencia hacen ver al griego que sólo el trabajo, la astucia y el sentido previsor pueden forjar la suerte de cada hombre.

Desde siempre el griego quiere sentirse dueño de sí mismo y del mundo que habita. Y descendiendo del Olimpo a la realidad humana trata de hacer a los dioses semejantes a los hombres y a todos los hombres semejantes a los dioses. El hombre será la medida de todas las cosas.

Esta racionalidad griega es la base de la ciencia y del avance científico. Por eso, los griegos, no sólo realizaron grandes creaciones artísticas y literarias, sino que les añaden una lógica científica y estructura orgánica. Aplican a todas sus creaciones estos fundamentos creando una ciencia teórica de la arquitectura, escultura, relato histórico, política. Traspasan en el relato el mito para intentar la verdad, la lógica, el pensamiento racional; y al arte le añaden la técnica científica. La medida. De ahí que creen una *Metodología* para cada saber. Sorprende especialmente el que den reglas fijas para el arte: como hicieran en arquitectura, escultura, música; o como cuando concibieron un cosmos matemáticamente regido y ordenado.



Hera de Samos. Ha. 560 a.C.

Pero quizá la faceta de la cultura griega que más ha cautivado las mentes de todos los tiempos ha sido ese aire de libertad en que se mueve el griego y que se patentiza por doquier y en todo tipo de actividades: política, religiosa, artística, literaria, relaciones humanas y sociales. Frente a aquel sentido fatalista de la vida que predominó en las culturas de Oriente, sólo los griegos terminaron por racionalizar su concepción del mundo y de la vida y se opusieron abiertamente al ciego destino. Ya vemos a Homero describiéndonos héroes que se resisten al destino marcado por los dioses y ya en Hesíodo es el propio hombre el que labra su porvenir en este mundo, con su propio trabajo y como mera resultante de sus propias virtudes o vicios.

La educación es el medio que concibe el griego como camino para el logro de esa libertad y como vía de superación del *fatum* o *destino*. Y la *tragedia griega* es, sin duda, la que mejor asume este papel educador del griego en la libertad esencial, en la búsqueda de la verdad auténtica por encima de toda fatalidad del destino y más allá de los errores humanos que el autor trágico

trata, si no de justificar, sí al menos de hacer comprender y en lo posible evitar.

c) La herencia griega

Grecia tiene extensión reducida y no alcanzó gran densidad de población: se calcula que Atenas, el alma de la cultura griega clásica, no llegó a superar en el siglo v los 40.000 ciudadanos.

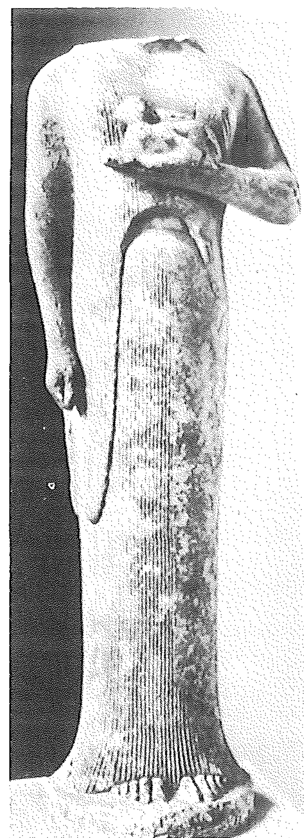
Sin embargo, a este reducido número de griegos, debe la humanidad el más grandioso legado cultural de todos los tiempos; legado que cada generación posterior ha aceptado en grado diverso, tomando de ella valores no siempre coincidentes, pero acordes con la mentalidad de cada época. Hasta el siglo XIX podía sernos todavía útil buena parte de la ciencia griega; pues por entonces seguían vigentes no sólo la terminología, sino también las bases científicas y no pocos desarrollos de la ciencia matemática y geométrica. También la táctica militar antigua todavía interesaba a Napoleón. La realización del Estado Universal que creó el macedónico Alejandro fue imitada por Carlomagno, Otón o Napoleón con mayor o menor fortuna, aceptando la tradición y extensión de su más fiel imitador, el Imperio Romano.



La Grecia Antigua: regiones.

Sin embargo, hoy es poco o nada lo que de los griegos podemos aprender en el terreno de las realidades prácticas. No ocurre lo mismo en la esfera de las artes y de las ciencias del espíritu en las que Grecia ha ejercido y seguirá ejerciendo su indiscutible magisterio.

Porque es evidente que el papel histórico de Grecia es, ante todo, del orden cultural; y que de ella cobra nuestra cultura occidental sus fuerzas renovadoras; siempre Grecia fue raíz que alimenta y luz que alumbra el espíritu en todos los ámbitos de las realizaciones creadoras científicas, artísticas o literarias. Y facetas de nuestro saber técnico o de la vida política, social y económica encuentran en Grecia casi siempre su punto de partida; de modo que no es infrecuente constatar en la cultura occidental una más o menos fiel repetición o adecuación de sus actitudes y modos de entendimiento de la vida. En expresión de Burckhardt, el conocimiento actual que poseemos del mundo y del hombre no ha hecho más que seguir tejiendo la tela empezada por Grecia. Aparte de que crearon el lenguaje y el arte más perfectos de todos los ideados por el hombre, son incontables los descubrimientos científicos y técnicos griegos que mantienen aún vigentes la Humanidad. Suyos son los inicios, métodos y terminología en Astronomía, Matemáticas y Geometría; ciencias en las que llegaron mucho más lejos que los babilonios o los egipcios. Por igual crearon la metodología y terminología de la ciencia política, histórica o literaria. Vivieron largos siglos y aún persisten bases matemáticas de Tales, Euclides, Arquímedes o Eratóstenes. Por igual Aristóteles, con Darwin, siguen siendo los más excepcionales biólogos de la Humanidad hasta el siglo XX.



Detalle frontal de la Hera de Samos. Ha. 560. a.C.

En razón a estos valores modélicos y a los principios básicos de la ciencia griega, también ha sido constante en todos los tiempos su función inspiradora en lo que respecta a las más diversas facetas de las artes, las ciencias y las letras. Como fue en la antigüedad el conocimiento del alfabeto, la moneda o el uso del hierro que caminó de la mano de las gentes colonizadoras por todo el Mediterráneo; o el progreso de las artes, de las letras y del comercio que bajo el Imperio de Alejandro y sus herederos helenizó el mundo afroasiático desde Egipto hasta la India; o la posterior culturización de todos y cada uno de los territorios sometidos a Roma. Y, luego, tras el receso que el cultivo de las letras sufre en la Edad Media, la vuelta de las gentes del Humanismo y el Renacimiento o las fuentes olvidadas o postergadas del mundo clásico produjo una profunda renovación del pensamiento que persiste ininterrumpido en nuestros tiempos.

Evidentemente es preciso matizar que el magisterio de Grecia sobre las sucesivas generaciones no siempre ha sido directo y total. Y que, por ello, se ha visto directamente afectado tanto en su eficacia como en su pureza, aparte del que ejerciera la propia Grecia mediante la colonización a través del Imperio de Alejandro y sus sucesores.

En primer lugar hemos de aludir al legado recibido a través de Roma, cuya civilización no fue aborigen latina, ni apenas etrusca, sino básicamente griega. La cultura griega, filtrada por la ruda y siempre eminentemente práctica mentalidad romana, pronto se convirtió en plataforma del helenismo hacia occidente; y muchas obras de arte o de literatura no habrían sobrevivido si no hubiera sido por la seducción que ejerciera Grecia sobre Roma vencedora y conquistadora. Esculturas o sabios esclavos fueron llevados a Roma como trofeo de su victoria y con ellos fueron aprendiendo; y con más o menos fortuna fueron copiando una y mil veces sus artes y sus letras desde los tiempos de los Escipiones en el siglo II a. de C. Y de la mano de Roma con un nuevo filtro que fuera sobre todo la moralidad cristiana pasaron a la Edad Media. Aunque muchas de sus más espléndidas realizaciones en arte o en literatura sufrieran la repulsa o el menosprecio y desaparecieron para siempre. Pero, por fortuna, otras muchas consiguieron sobrevivir e iluminaron a Occidente y aún alentaron el Humanismo y el Renacimiento, mientras el Imperio Bizantino constituía en oriente otro legado singular, pero también importante. Pues fue, entre otras, una gran ventaja para la cultura el que en Bizancio se mantuviera el griego como lengua universal. Y el que pudieran mantener la contemplación directa, con cierto respeto de los cristianos hacia las creaciones clásicas y helenísticas, al menos en tanto en cuanto no atentaba gravemente al nuevo concepto de la moralidad cristiana.

Un nuevo modo de asumir la herencia griega surge a partir del Humanismo y el Renacimiento, ya que desde el siglo XIV Occidente no sólo trata de recuperar en toda su integridad aquella literatura y arte clásico, sino también sus mínimas manifestaciones de la vida que epigrafistas y arqueólogos van recuperando para la ciencia histórica. Así, hoy, la vuelta a la Historia Antigua

no es una mera curiosidad antropológica al estilo de Herodoto, como si considerásemos la realidad histórica de China, de India o Egipto. Es descubrir nuestras propias raíces. La vuelta a la historia de Grecia significa fundamentalmente ahondar en sus energías vitales creadoras y fecundantes de nuestra propia riqueza espiritual; encontrar nuevos cauces, nuevos matices, nuevos alimentos y razones de nuestra autenticidad, de nuestra libertad y de nuestra propia ansia de superación; con la reposición de sus tragedias y releyendo la epopeya de Homero o también aquellos dulces e idílicos poemas de Teócrito que inspiraron a Virgilio. Vamos, por consiguiente, mucho más allá de una mera constatación de la grandiosidad de las creaciones materiales y espirituales griegas; va también más allá del legítimo orgullo de sentirnos herederos de su técnica, de sus concepciones filosóficas, de sus gustos estéticos y literarios. Tratamos de imitarlos, recrearlos, hacerlos auténticamente redivivos; porque, en la medida que lo consigamos, conseguiremos alcanzar, actualizadas, las perfecciones que ellos lograron.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

I. FUENTES CLASICAS

Literarias

Entre las principales colecciones de textos clásicos en texto original o traducido cabe citar:

Bibliotheca scriptorum graecorum et latinorum TEUBNERIANA, Leipzig.

Collection des universités de France, París (Asociación G. Budé, texto y traducción al francés.)

Loeb Classical Library, Londres, Cambridge, Massachusets (texto y traducción al inglés).

Scriptorum classicorum Bibliotheca Oxoniensis, Oxford.

Biblioteca Clásica, Madrid, editorial Gredos (traducción al castellano).

Clásicos Aguilar, Madrid (editorial Aguilar; traducción al castellano).

Colección hispánica de autores griegos y latinos, Barcelona (Alma Mater; texto y traducción al castellano.

MIGNE, P.: *Patrología graeca*, 1844-1864.

Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid (texto y traducción al castellano).

JACOBY, F.: *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Leiden, 1968.

Colección Didot (con traducción al latín), París, 1841-1884.

Epigráficas

El antiguo *Corpus Inscriptionum Graecorum* iniciado en 1815 y del que aparecieron los volúmenes I al IV y los índices, sigue siendo de gran utilidad. Pero en gran parte viene siendo reemplazado y completado por las *Inscriptiones Graecae* de la Academia de Berlín con los títulos y volúmenes siguientes:

I-III: *Inscriptiones Atticae*, 1873 y siguientes, por BIRCHHOFT, KOEHLER y DITTENBERGER.

IV: *Inscriptiones Peloponnesii et insularum vicinarum*, por FRAENKEL, 1902.

V: *Inscriptiones Laconiae et Messeniae*, por KOLBE y HILLER VON GAERTRINGEN, 1913.

VII: *Inscriptiones Graeciae Septentrionalis* (Focida y Tesalia), por DITTENBERGER en 1897, y KERN en 1908.

XI: Comprende las inscripciones de Delos por DURBACH y ROUSSEL, 1912 y 1914 respectivamente.

XII: *Inscriptiones Insularum maris Aegei*, por HILLER VON GAERTRINGEN, PATON, DELAMARRE, FREDRICH y ZIEBARTH, 1895-1915.

XIV: *Inscriptiones graecae Siciliae, Italiae, Galliae, Hispaniae, Britanniae, Germaniae*, por KAIBEL, 1890.

Faltan los volúmenes: VI (Elide y Achaia), VIII (Delfos), X (Epiro, Tracia, Macedonia), XIII (Creta), XV (Chipre) y partes importantes de los otros volúmenes. Y, mientras se completa esta obra, son importantes las colecciones siguientes:

DITTENBERGER-PURGOLD, *Inschriften von Olympia*, Berlín, 1896.

BOURGUET, E.-COLIN, G.: *Inscriptions de Delphes*, París, 1909 y siguientes.

LATYSCHEV: *Inscriptiones antiquae orae sept. Ponti Euxini*, I, II y IV, Petesburgo, 1885-1890-1901 (2.ª ed., t. I, ROSTOVTZEFF, 1912).

PATON-HICKS: *Inscriptions of Cos*, Oxford, 1891.

LE BAS-WADDINGTON: *Voyage archéol. en Grèce et en Asie Mineure*, 3 vols., París, 1876 y siguientes.

KERN, O.: *Inschriften von Magnesia am Maeander*, Berlín, 1906.

FRAENKEL, M.: *Inschriften von Pergamon*, Berlín, 1890-1895.

HEBERDEY: *Forschungen von Ephesos*, II y III, Viena, 1912-1923.

HILLER VON GAERTRINGEN: *Inscriften von Priene*, Berlín, 1906.

WIEGAND, TH: *Milet, Ergebnisse der Ausgrabungen und Untersuchungen*, III: REHM, *Das Delphinion*, Berlin, 1908 y ss.
BUCKLER, H.: *Sardis*, VI: *Lydian inscriptions*, Leyden, 1924.
DITTENBERGER: *Sylloge inscriptionum graecarum*, 3.ª ed., 4 vol., Leipzig, 1915-1922.
MICHEL: *Recueil d'inscriptions grecques*, París, 1897-1899; supl. fasc. I, 1912.
ROEHL, H.: *Inscriptiones graecae antiquissimae praeter atticas in Attica repertas*, Berlín, 1882.
COLLITZ-BECHTEL: *Sammlung der Griechischen Dialekt-Inschriften*, 4 vol., Göttingen, 1884 y siguientes.
DARESTE-HAUSSOULLIER-REINACH, TH.: *Leges Graecorum sacrae e titulis collectae*, 2 fasc., Leipzig, 1896.1907.
CAGNAT, R., y otros: *Inscriptiones Graecae ad res romanas pertinentes*, I, III y IV, Roma, 1964.
TOD, M. N.: *A selection of greek Inscriptions to the end of the fifth Century B. C.*, Oxford, 1933.
PROTT VON, y ZIEHEN, L.: *Leges Graecorum sacrae*, 2 vols., Leipzig, 1906-1907.
HOFFMANN, O.: *Sammlung der griechischen Dialekt Inschriften*, 4 vols., Berlín, 1884-1915.
MEIGGS, R., y LEWIS, D.: *Greek Historical Inscriptions*, Oxford, 1969.
OLDFATHER, C. H.: *The Greek literary Texts from Greco-Roman Egypt*, Madison, 1923.

Numismáticas

BABELON, J.: *La numismatique antique*, París, 1970.
BABELON, E.: *Traité des monnaies grecques et romaines*, 3 vols., París, 1901-1916.
BELTRAN, A.: *Curso de numismática*, Zaragoza, 1968.
BREGLIA, L.: *Numismatica antica. Storia e Metodología*, Milán, 1964.
FICK, B.: *Die Münzkunde in der Altertumswissenschaft*, Stuttgart, 1922.
GARDNER, P.: *A history of ancient coinage*, Oxford, 1918.
HEAD, B. V.: *Historia numorum*, nueva edición, Londres, 1963.
HILL, G. F.: *Handbook of greek and roman coins*, Londres, 1899.
——: *Historical greek coins*, Londres, 1910.
KRAAY, C. M.: *Archaic and classical Greek coins*, Londres, 1976.
PANVINI, F.: *Introduzione alla Numismática antica*, Roma, 1963.
REINACH, TH.: *L'Histoire par les monnaies*, París, 1902.

Arqueológicas

COOK, R. M.: *Greek Painted Pottery*, Londres, 1960.
COCHE DE LA FERTÉ, E.: *Les bijoux antiques*, París, 1956.
CHARBONEUX, J.: *L'art grec*, París, 1959.
——: *Les vases grecs*, París, 1958.
DEVAMBEZ, P.: *Sculptures grecques*, París, 1960.
——: *L'art au siècle de Péricles*, Lausana, 1955.
DINSMOOR, W. B.: *The architecture of Ancient Greece*, Londres, 1950.
DUGAS, CH.: *La céramique grecque*, París, 1924.
GOUGH, M.: *The Origins of Christian Art*, Londres, 1973.
GRABAR, A.: *El primer arte cristiano*, Madrid, 1967.
HAFNER, G.: *Geschichte der griechischen Kunst*, Zúrich, 1961.
LAWRENCE, A. W.: *Greek architecture*, Londres, 1957.
LIPPOLD, G.: *Die griechische Plastic* (en *Handbuch der Archäologie)*, Munich, 1950.
MARTIN, R.: *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1956.
MÉAUTIS, G.: *Les chef-d'oeuvre de la peinture grecque*, París, 1930.
MÉLIDA, J. R.: *Arqueología clásica*, Barcelona, 1952.
METZGER, H.: *La cerámica griega*, Buenos Aires, 1962.
PICARD, CH.: *Manuel d'archeologie grecque: la sculpture*, 7 vols., París, 1935-1963.
POULSEN, F.: *Artes decorativas en la Antigüedad*, 3.ª ed., Barcelona, 1958.
REINACH, S.: 1) *Répertoire de la statuaire grecque et romaine*, 4 tomos en 5 vols., París, 1897; 2.ª ed., 1906 y siguientes; 2) *Répertoire des vases peints grecs et étrusques*, 2 vols., París, 1.ª ed., 1899-1900, 2.ª ed., 1923-1924; 3) *Recueil de têtes antiques idéales ou idéalisées*, París, 1903; 4) *Répertoire des reliefs grecs et romaines*, 3 vols., París, 1909-1917; 5) *Répertoire des peintures grecques et romaines*, París, 1922.
RICHTER, G. M. A.: *Archaic Greek Art*, Nueva York, 1949.
——: *A Handbook of Greek Art*, Londres, 1959.
——: *The sculpture and sculptors of the Greeks*, 3.ª ed., Yale, 1950.
RIDDER, A. DE, y DEONNA, W.: *L'art en Grèce*, París, 1924.
ROBERTSON, D. S.: *A handbook of Greek and Roman architecture*, 2.ª ed., Cambridge, 1945.
ROBERTSON, M.: *La peinture grecque*, Ginebra, 1959.
RODENWALT, G.: *Arte clásico (Grecia y Roma)*, 3.ª ed., Barcelona, 1947.
RUMPF, A.: *Malerei und Zeichnung* (en «Handbuch der Archäologie»), Munich, 1953.
SÉCHAN, L.: *La danse grecque*, París, 1930.
VILLARD, F.: *Les vases grecs*, París, 1956.
WYCHERLEY, R. E.: *How the Greeks built cities*, 2.ª ed., Londres, 1962.
ZERVOS, CH: *L'art en Grèce*, París, 1934.

II. MODERNA HISTORIOGRAFIA

Historia política

a) Colecciones

Histoire Générale (dirigida por G. GLOTZ). *Histoire Grecque*, París, 1945-1948.
I. *Des origines aux guerres médiques* (por G. GLOTZ y R. COHEN).
II. *La Grèce au Ve siècle* (por G. GLOTZ y R. COHEN).
III. *La Grèce au IVe siècle: la lutte pour l'hégémonie* (por G. GLOTZ y R. COHEN).
IV. *Alexandre et l'hellénisation du monde antique* (por P. ROUSSEL).
The Cambridge Ancient History. Bajo la dirección de BURY, COOK, ADCOOK. Cambridge, 1923-1939 (iniciada la revisión en 1964).
Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft, fundada por IVAN VON MULLER. Múnich, 1886. Cuenta con valiosas monografías de literatura, historia, instituciones, cronología, etc., en ediciones sucesivamente revisadas hasta nuestros días y con gran erudición bibliográfica.
Methuen's History of the Greek and Roman World.
Historia Universal siglo XXI, Bilbao, 1972.
Nueva Clío (Original en francés, traducidos al castellano por edit. Labor, Barcelona). Barcelona, 1975 y siguientes.

b) Manuales

AYMARD, A., y AUBOYER, J.: *Oriente y Grecia Antigua*, 2.ª ed., Barcelona, 1963.
AYMARD, A., y CHAPOUTHIER, F.: *Les premières civilisations*, nueva edición, París, 1950.
BELOCH, K. J.: *Griechische Geschiche*, I-IV , 8 vols., 2.ª ed., Berlín-Leipzig, 1924-1927.
BENGTSON, H.: *Griechische Geschichte*, 2.ª ed., Múnich, 1960.
BETHE, E.: *Un milenio de vida griega antigua*, Barcelona, 1937.
BONNARD, A.: *La civilisation grecque*, I-III, Lausana, 1959.
BUSOLT, G. y SWOBODA, H.: *Griechische Staatskunde*, 3.ª ed., I, 1920, y II, 1926.
BURY, J. B.: *A history of Greece to the death of Alexander the Great*, 2.ª ed., Londres, 1913.
CHAMOUX, F.: *La civilisation grecque a l'époque archaïque et classique*, París, 1963.
COHEN, R.: *La Grece et l'hellénisation du monde antique*, nueva ed., París, 1953.
CROISET, M.: *La civilisation de la Grèce antique*, París, 1932.
EHRENBERG, V.: *The Greek State*, Oxford, 1960.
FINLEY, M. I.: *Los griegos de la Antigüedad*, Barcelona, 1966.
FRANCOTTE, H.: *La polis grecque*, Paderborn, 1907.
GLOTZ, G.: *La cité grecque*, nueva ed., revisada por P. CLOCHÉ, París, 1953.
GRANT, M.: *El nacimiento de la civilización occidental*, Barcelona, 1966.
HAMMOND, N. G. L.: *A history of Greece to 322 B. C.*, Oxford, 1959.
HATZFELD, J.: *Histoire de la Grèce ancienne*, 3.ª ed., revisada por A. AYMARD, París, 1962.
LARSEN, J. A. O.: *Representative government in Greek and Roman history*, Universidad de California, 1955.
Ed. MEYER: *Geschichte des Altertums*, 3.ª ed., 5 vols., Stuttgart-Berlín, 1910 y siguientes.
NACK-WAGNER: *Grecia (el país y los pueblos de los antiguos helenos)*, Barcelona, 1966.
ROUSSEL, P., y CLOCHÉ, P.: *La Grèce et l'Orient, des guerres médiques a la conquete romaine*, 2.ª ed., París, 1938.
SWOBODA, H.: *Historia de Grecia*, 2.ª ed., Barcelona, 1957.
TOVAR, A., y RUIPEREZ, M. S.: *Historia de Grecia*, Barcelona, 1963.
WILEKEN, U.: *Historia de Grecia*, Madrid, 1959.

Introducciones generales

ARNALDA, R., y otros: *La Science antique et médiévale*, París, 1957.
BURCKHARDT, J.: *Hª de la cultura griega* (ed. esp. trad. por A. TOVAR), Barcelona, 1965.
FINLEY, M. I.: *The Legacy of Greece*, Londres, 1981.
HIGHET, G.: *La tradición clásica*, Mexico-Buenos Aires, 1954.
JAEGER, W.: *Paideia; Los ideales de la cultura griega*, Madrid, 1982.
LIVINGSTONE, R. (ed.): *El legado de Grecia*, Oxford (ed. en castellano), Madrid, 1956.
RODRIGUEZ ADRADOS, F.: *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, 1966.
GANDYS, J. E.: *A History of Classical Schalarship*, reimpresión, Londres, 1958.
STIER, H. E.: *Grundlagen und Sinn der Griechischen Geschichte*, Stuttgart, 1945.
TOYNBEE, A. J.: *The Greeks and their heritage*, Londres, 1981.
WEBSTER, T. B. L.: *From Mycenae to Homer*, Londres, 1964.
Diccionarios, atlas, geografía, cronología, bibliografía, etc.

DAREMBERG, CH., POTIER, E., y SAGLIO, E.: *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, 9 vols., Paris, 1877-1918.
LAVEDAN, P.: *Dictionnaire illustré de la mythologie et des antiquités grecques et romaines*, París, 1953.
LECLERQ, H.: *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, París, 1922 y siguientes.
PAULY-WISOWA: *Real-Enciclopädie der Klassischen Alterntumswlssenschft*, Stuttgart, 1893 y siguientes.
——: *Der Kleine Pauly. Lexikon der Alten Welt*, Stuttgart, 1964 y siguientes.
WALTERS, H. B.: *A classical dictionary of greek and roman antiquities, biography, geography and mythology*, Cambridge, 1916.
BENGTSON, H., y MILOJCIC, V.: *Grosser historischer Welt Atlas, I: Vorgeschichte und Altertum*, 2.ª ed., Munich, 1954.
CARY, M.: *The Geographic Background of Greek and Roman History*, Oxford, 1949.
CLOCHÉ, P.: *Thébes de Béotie, des origines à la conquete romaine*, Lovaina, 1938.
——: *Histoire de la Macédoine jusqu'à l'avenement d'Alexandre le Grand*, París, 1948.
EFFENTERRE, H. VAN: *La Crète et le monde grec, de Platon à Polybe*, París, 1948.
GUILLON, P.: *La Béotie antique*, París, 1948.
KIRSTEN, E., y KRAIKER, W.: *Griechenlandkunde*, 4.ª ed., Heidelberg, 1962.
KROMAYER, J.: *Antike Schlachtfelder*, I y II: Griechenland, Berlín, 1907.
—— y VAN KAMPEN, A.: *Atlas Antiquus*, Berlín, 1920.
LA COSTE-MESSELIERE, P. DE, y MIRÉ, G. DE: *Delphes*, 2.ª ed., París, 1957.
LAIDLAW, W. A.: *A history of Delos*, Oxford, 1933.
LERAT, L.: *Les Locriens de l'Ouest*, I-II, París, 1952.
LEVI, P.: *Atlas of the Greek World*, Londres, 1982 (reimpresión).
POUILLOUX, J.: *Recherches sur l'histoire et les cultes de Thasos*, I, 1954; II (con CH. DUNANT), París, 1958.
ROBERT, L.: *Villes d'Asie Mineure*, 2.ª ed., Paris, 1962.
ROUSSEL, P.: *Délos*, París, 1925.
VAN der HEYDEN, A., y LAVEDAN, P.: *Atlas de l'Antiquité classique*, París-Bruselas, 1961.
DELORME, J.: *Chronologie des civilisations*, 2.ª ed., París, 1956.
——: *Les grandes dates de l'Antiquité*, París, 1962.
MAROUZEAU, J.: *L'Année Philologique*, París, 1914-1918. (Completada para 1896-1914 por S. LAMBRINO y continuada en la actualidad por J. ERNST.)

III. SOCIEDAD, ECONOMIA, INSTITUCIONES PUBLICAS Y PRIVADAS

Instituciones

Merece especial atención la colección Ivan Muller, luego reeditada por R. von Pohlmann y W. Otto: *Handbuch der klass. Altertumswissenschaft*, Munich, 1913 y siguientes, con los volúmenes siguientes:

I, V: LARFELD, *Griechische Epigraphik.*
III, II, 2: JUDEICH, *Topographie von Athen.*
III, IV: VON POHLMANN, *Grundriss der griechische Geschichte.*
IV, I, 1: BUSOLT, *Die griechische Staats-und Rechtsaltertümer*, en la 3.ª edición de 1920 con el título *Griechische Staatskunde.*
IV, I, 2: IW. VON MÜLLER, *Die griechische Privataltertümer*, y BAUER, *Die griechische Kriegsaltertümer*, 2.ª ed., 1893.
V, II: GRUPPE, *Griechische Mythologie und Religiongeschichte*, 2 vols., 1906.
V, III: STENGEL, *Griechische Kultusaltertümer*, 3.ª ed., 1920.
VII: W. CHRIST, *Geschichte der griechische Literatur*, 6.ª ed., por WILL SCHMIDT, 1920.

Otra buena colección la constituyen los volúmenes de:

GERCKE-NORDEN, A.: *Einleitung in die Altertumswissenschaft*, 3 tomos, Leipzig-Berlín, 1922; II, I: *Griechische und römische Privatleben* (PERNICE); II: *Griechische Kunst* (WINTER); III: *Griechische und römische Religion* (WIDE); IV: *Geschichte der Philosophie* (GERCKE); V: *Exacte Wissenschaft und Medizin* (HEIBERG);
III, I: *Griechische Geschichte* (LEHMANN-HAUPT-J. BELOCH); II *Griechische Staatsaltertumswissenschaft*, (B. KEIL).
ANDERSON, K.: *Ancient Greek Horsemanship*, Berkeley, Los Abgeles, 1961.
BUSOLT, G. y SWOBODA, H.: *Griechische Staatskunde*, 3.ª ed., 2 vols., Múnich, 1920-1926.
COUSSIN, P.: *Les institutions militaires et navales de la Grèce*, París, 1932.
CUQ, E.: *Manuel des institutions juridiques grecques et romaines*, París, 1928.
DEGRASSI, A.: *L'administrazione delle citá*, Nápoles, 1959.
ELLUL, J.: *Historia de las Instituciones de la Antigüedad*, Madrid, 1970.
GLOTZ, G.: *La cité grecque*, reedición de P. CLOQUÉ, París, 1953.
KIRSTEN, E.: *Die griechische Polis als historich-geographisches Problem des Mittelmeeräumes*, Bon, 1956.
KROMAYER, J., y VEITH, G.: *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer*, Múnich, 1928.

MARTIN, R.: *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1956.
PARKE, H. W.: *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest Times to the Battle of Ipsos*, Oxford, 1933.
WELLES, C. B.: *The Greek City*, en «Studi in onote di A. Calderini e R. Paribeni», I (1956), págs. 81-99.
QYCHERLEY, R. E.: *How the Greeks built the Cities*, Londres, 1949.

Sociedad

BELOCH, J.: *Die Bevolkerung der griech.-röm. Welt*, Leipzig, 1886.
CASSON, L.: *The Ancient Mariners* (traducido al francés: *Les marins de l'antiquité*, París, 1961).
FLACELIERE, R.: *L'amour en Grèce*, París, 1960.
——: *La vie quotidienne en Grece au siècle de Péricles*, París, 1959.
GARDINER, H.: *Greek athletic sports and festivals*, Londres, 1910.
GIRARD, P.: *L'Education athéniene*, París, 1889.
GLOTZ, G.: *La solidaté de la famille dans le droit criminel en Grèce*, París, 1904.
——: *Le travail dans la Grèce antique*, París, 1920.
JAEGER, W.: *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México, 1962.
KIECHLE, F.: *Zur Humanität in der Kriegführung der griechischen Staaten*, en «Historia», 7 (1958), págs. 129-156.
KLEE, G.: *Zur Gesch. der gymnischen Agonen an griech. Festen*, Berlín, 1918.
KOSTER, A.: *Das antike Seewesen*, Berlín, 1923.
MARROU, H. I.: *Histoire de l'éducation dans lAntiquité*, París, 1955.
MARTIN, V.: *La vie internationale dans la Grèce des cités* (siglos VI-IV), Ginebra, 1940.
PICARD, CH.: *La vie privée dans la Grèce classique*, París, 1930.
SCHROEDER, W.: *Der Sport des Altertums*, Leipzig, 1921.
'ON PÖHLMANN, R.: *Geschichte der socialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*, 2 vols., Múnich, 1925.
WALLON, H.: *Histoire de l'esclavage dams l'antiquité*, 2.ª ed., 3 vols., París, 1879.
WESTERMANN, W. L.: *The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity*, Filadelfia, 1955.

Economía

CAVAIGNAC, E.: *L'économie grecque*, París, 1951.
——: *Population et capital dans le monde méditerranéen antique*, Estrasburgo, 1923.
FRANCOTTE: *L'industrie dans la Grèce ancienne* (Bibl. de la Fac. de Filosofia y Letras de la Univ. de Liége, fasc. 7-8), Bruselas, 1900-1901.
GLOTZ, G.: *Le travail dans la Grèce ancienne. Histoire économique de la Grèce depuis la période homérique jusqu'a la conquete romaine*, Paris, 1920.
GUIRAUD, P.: *La main-d'oeuvre industrielle dans l'ancienne Grèce* (Bibl. de la Fac. de Letras de la Univ. de París, fasc. 12), 1900.
——: *La proprieté foncière en Grèce jusque la conquete romaine*, Paris, 1893.
HEICHELHEIM, F. M.: *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, 2 vols., Leyden, 1938.

Pensamiento

BRÉHIER, E.: *Historia de la Filosofía*, 5.ª ed., Buenos Aires, 1962.
CROISET, A. y M.: *Histoire de la littérature grecque*, 5 vols, 4.ª ed., París, 1951.
CROISET, M.: *La Civilisation hellenique*, 2 vols. (Núms. 23 y 24 de la col. Payot), París, 1922.
DEFRADAS, J.: *La littérature grecque*, París, 1960.
FRACELIERE, R.: *Histoire littéraire de la Grèce*, París, 1962.
FOWLER: *A Story of ancient greek Literature*, Londres, 1923.
GOMPERZ, TH.: *Pensadores griegos*, Buenos Aires, 1951-1952.
LESKY, A.: *Geschichte der griechischen Literatur*, Berna, 1958.
MARROU, H. I.: *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid, 1971.
MEILLET, A.: *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, 5.ª ed., París, 1938.
MILBURN, R. L.: *Early christian interpretation of History*, Londres, 1954.
MISCH, G.: *Geschichte der Autobiographie. I: Das Altertum*, 2 vols., Leipzig, 1949-1950.
MURRAY, G.: *A Story of ancient greek Literature*, Londres, 2.ª ed., 1907.
NESTLE, W.: *Historia de la Literatura Griega*, 2.ª ed., Barcelona, 1959.
RIVAUD, A.: *Les grands courants de la pensée grecque*, París, 1929.
——: *Historia de la Filosofía*, Buenos Aires, 1962.
ROBERT, F.: *La littérature grecque*, 5.ª ed., París, 1963.
ROBIN, L.: *La morale antique*, París, 1957.
——: *La pensée grecque et les origines de l'esprit scientfique*, 3.ª ed., París, 1948. (Trad. al español, Buenos Aires, 1956.)
SCHAERER, R.: *L'homme antique et la structure du monde intérieur*, París, 1958.
SINCLAIR, T. A.: *Histoire de la pensée politique grecque*, París, 1953.

TATON, R. y sus colaboradores: *La ciencia antigua y medieval*, Barcelona. 1967.
UEBERWEG, F.: *Grundriss der Geschichte der Philosophie, I: Das Altertum*, 2.ª ed., por KARL PRÄCHTER, Berlín, 1920.
WERNER, CH.: *La filosofía griega*, Barcelona, 1966.

Religión

AMANDRY, P.: *La mantique apollinienne a Delphes*, París, 1950.
BOUCHÉ-LECLERCQ: *Histoire de la divinisation dans l'antiquité*, 4 vols., Paris, 1879-1882.
DEFRADAS, J.: *Religions du monde. La Grece*, París, 1963.
——: *Les thèmes de la propagande delphique*, París, 1954.
DELCOURT, M.: *Les grands sanctuaires de la Grèce*, París, 1947.
——: *L'oracle de Delphes*, París, 1955.
FESTUGIERE, A. J. y NILSSON, M. P., en GORCE, M., y MORTIER, R.: *Histoire générale des religions*, vol. II, París, 1944.
FARNELL, L. R.: *Cult of the Greek States*, 4 vols., Londres, 1896-1907.
——: *Greek Religio and Mythologie*, Londres, 1914.
FLACELIÈRE, R.: *Devins et oracles grecs*, París, 1961.
GERNET, L., y BOULANGER, A.: *La génie grec dans la religion*, Paris, 1932.
GRIMAL, P.: *Diccionario de la mitología griega y romana*, Barcelona. 1966.
——: *La mytologie grecque*, París, 1953.
HARRISON, J.: *Prolegomena to the Study of Greek Religion*, Londres, 1903.
JEANMAIRE, H.: *Dionysos, Histoire du culte de Bacchus*, Paris, 1951.
MEAUTIS, G.: *Les dieux de la Grece et les mystères d'Eleusis*, París, 1959.
NILSSON, M. P.: *Historia de la religión griega*, Buenos Aires, 1962.
——: *Historia de la religiosidad griega*, Madrid, 1953.
PETTAZZONI, R.: *La religión dans la Grèce antique, des origines a Alexandre le Grand*, París, 1953.
DES PLACES, E., en BRILLANT, M. y AIGRIN, R.: *Histoire des religions*, vol. III, París, 1955.
REINACH, S.: *Cultes, mythes et religions*, 5 vols., París, 1904-1924.
ROSCHER: *Ausführliches Lexikon der griechische und römische Mythologie*, Leipzig, 1882-1921.
ROHDE, E.: *Psyché. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*, Madrid, 1942.
STENGEL, P.: *Die griechischen Kultusaltertümer*, Múnich, 1920, y *Opferbraüche der Griechen*, 1910.
STEUDING, H.: *Mitología griega y romana*, Barcelona, 1948.
SOKOLOWSKI, F.: *Lois sacrées de l'Asie Mineure*, París, 1954, y *Lois sacrées des cités grecques (supplément)*, París, 1962.

IV. REVISTAS

Abhandlungen der preuss. Akad. der Wissensch. zu Berlin, Berlin, 1861 y siguientes.
Abhandlungen der bayer. Akad. d. Wissensch., Phil.-histor. Klasse., Munich, 1833 y siguientes.
Anhandlungen der Gesellschaft d. Wiss. zu Göttingen, Göttingen, 1896 y siguientes.
Abhandlungen der sächs. Gesellsch. d. Wiss., Leipzig, 1850 y siguientes.
American Journal of Archaeology, Boston-Norwood, 1885 y siguientes.
American Journal of Philology, Baltimore, 1880 y siguientes.
Annual of the British School at Athens, Londres, 1894 y siguientes.
Annuario della Scuola arch. Italiana di Atene, Bergamo, 1914 y siguientes.
Archiv für Papyrusforschung, Leipzig, 1900 y siguientes.
Archiv für Religionswissenschaft, Friburgo, 1898 y siguientes.
Atene e Roma, Florencia, 1898.
Archivo español de Arqueología, Madrid, 1940 y siguientes. (Editado anteriormente con el título de *Archivo español de Arte y Arqueología)*
Athenaeum, Pavía, 1933 y siguientes.
Beiträge zur alten Geschichte (Klio), Leipzig, 1901 y siguientes.
Berliner philologische Wochenschrift, Berlín, 1881 y siguientes.
Bonner Jahrbücher, Bonn, 1800 y siguientes.
Bulletin de correspondance hellénique, Atenas, 1877 y siguientes.
Classical Journal, University Press of Chicago, 1913 y siguientes.
Classical Philology, University Press of Chicago, 1907 y siguientes.
Classical Review, Londres, 1887 y siguientes.
Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions el Belles-Letres, París, 1857 y siguientes.
Chiron, München, 1971 y siguientes.
Emerita, Madrid, 1943 y siguientes.
Gazette Numismatique française, París, 1887 y siguientes.
Glotta, Zeitschrift für griechische und lateinische Sprache, Göttingen.
Göttingische Gelehrte Anzeigen, Göttingen, 1802 y siguientes.
Hermes, Leipzig, 1866-1943; Wiesbaden, 1950 y siguientes.
Historia, Wiesbaden, 1950 y siguientes.

Historische Zeitschrift, Múnich-Leipzig, 1859 y siguientes.
Hispania Antiqua, Valladolid, 1971 y siguientes.
Iura, Nápoles, 1950 y siguientes.
Jahrbuch des deutschen archaeologischen Instituts, Berlín, 1886 y siguientes.
Jahreshéfte des o2sterreichischen archaeologischen Instituts, Vienne, 1898 y siguientes.
Journal of Hellenic Studies, Londres, 1880 y siguientes.
Journal of Philology, Londres-Cambridge, 1868 y siguientes.
Klio, Leipzig, 1901-1944; Berlín, 1958 y siguientes.
Ktema, Estrasburgo, 1976 y siguientes.
Latomus, Bruselas, 1937 y siguientes.
L'Antiquité Classique, Lovaina, 1932 y siguientes.
La Parola del Passato, Nápoles, 1946 y siguientes.
Numismatic Chronicle, Londres, 1838 y siguientes.
Numisma, Madrid, 1952 y siguientes.
Numismatische Zeitschrift, Viena, 1869 y siguientes.
Numus, Lisboa, 1950 y siguientes.
O'Arqueologo Portugues, Lisboa, 1859 y siguientes.
Philologus, Göttingen, 1889 y siguientes.
Rendiconti dell'Accademia dei Lincei, Roma, 1884 y siguientes.
Revue Internationale des droits de l'Antiquité, Bruselas, 1948 y siguientes.
Revue archéologique, París, 1844 y siguientes.
Revue d'histoire des religions, Paris, 1880 y siguientes.
Revue de philologie, de litterature et d'histoire anciennes, Paris, 1845 y siguientes.
Revue des Etudes anciennes, Burdeos, 1899 y siguientes.
Revue des Etudes grecques, París, 1888 y siguientes.
Revue historique, París, 1876 y siguientes.
Revue numismatique, Blois, París, 1836 y siguientes.
Rheinisches Museum für Philologie, Bonn, 1827 y siguientes.
Rivista di filología classica, Turín, 1873 y siguientes.
Rivista de storia antica, Messine, Padua, 1895 y siguientes.
Vestnik Drevnej Istorii, Moscú, 1937 y siguientes.
Wiener Studien, Vienne, 1879 y siguientes.
Zeitschrift für Numismatik, Berlín, 1874 y siguientes.

CRETA Y EL MUNDO INSULAR EGEO

EL MUNDO INSULAR EGEO Y LA CIVILIZACION CRETENSE

Arcadio del Castillo

I. CRETA

Heraklión, puerto de la isla de Creta. Este puerto durante la Edad Media fue muy activo y desde 1204 a 1669, fue veneciano.

La cultura de Creta, en concreto en los milenios III y II a. de C., totalmente independiente de la Heládica del continente griego y de la Cicládica de las islas del Sur del Egeo, dejó honda huella en toda la tradición helénica posterior; frente a la pobreza del mundo griego contemporáneo, Creta contrasta brillantemente por su prosperidad material, su talasocracia reflejada en el recuerdo de Minos y sus factorías comerciales, por su papel de cuna de una buena parte del panteón griego y por su posición privilegiada. Situada en el centro de las rutas de la cuenca oriental mediterránea, se erigió inmediatamente en el puente entre el Egeo y el continente, Asia Menor, Siria y Egipto, puente a través del cual se transmitirá el influjo oriental a Occidente en estos milenios, aportando así buena cantidad de luz dentro de la oscuridad de la historia griega primitiva; su cultura la heredará el mundo griego indoeuropeo por medio de la civilización micénica, a la que se opone por su constitución y estructura interna, lo que obliga a estudiarlas por separado hasta el momento en que la isla se convierte en uno más de los reinos micénicos y gran parte de su población, sobre todo los artesanos, son trasladados al Peloponeso, en donde actúan de transmisores de los elementos minoicos al mundo griego.

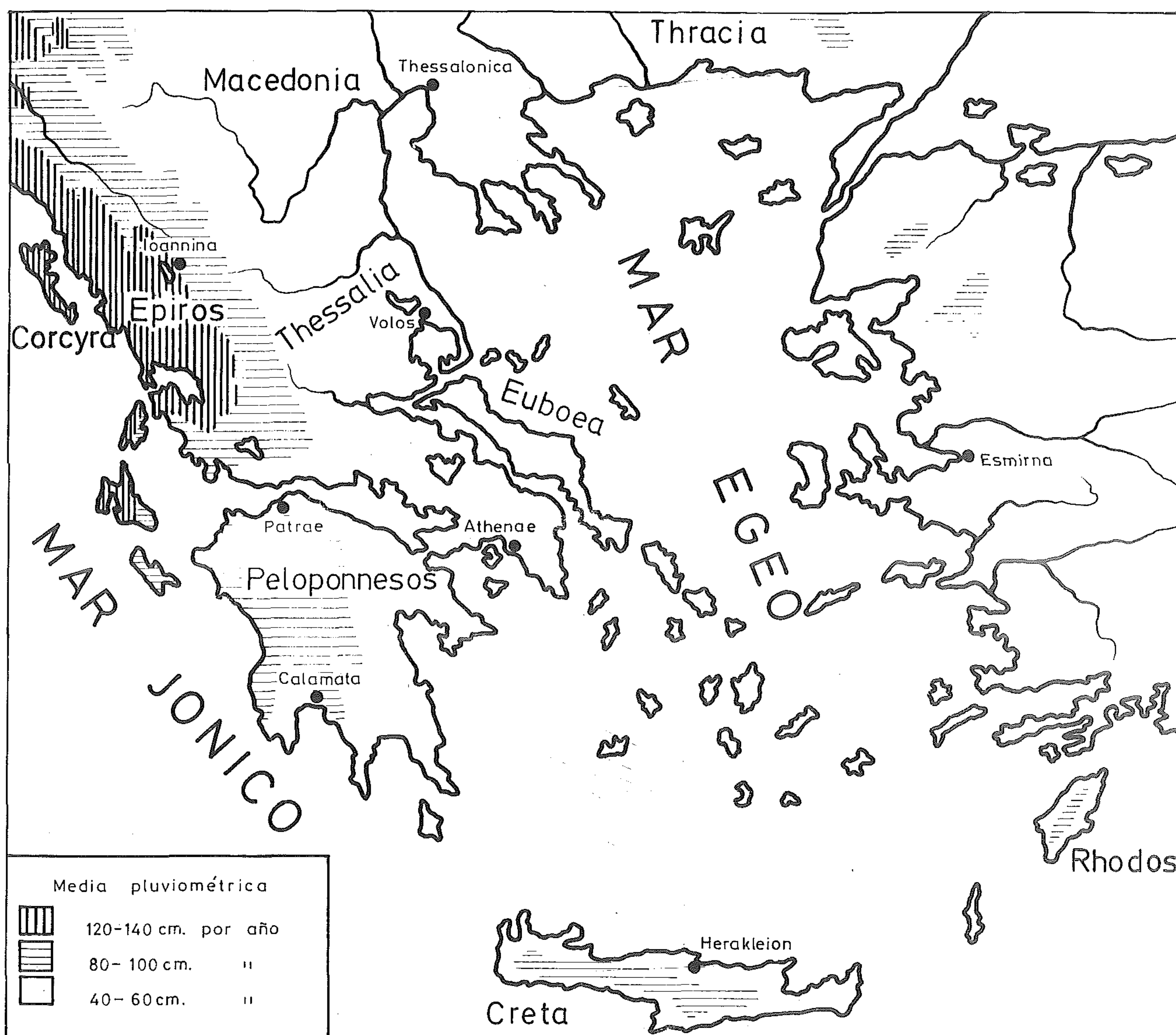
1. El medio físico

Creta es la segunda isla en extensión (8.330 km^2) del Mediterráneo Oriental, dispuesta a lo largo de un eje de alrededor de 250 km de longitud de Este a Oeste. La isla es predominantemente montañosa (Dicte en el Este, Ida en el centro, y los Montes Blancos en el Oeste, son las alturas más importantes), con una base de piedra caliza que se extiende desde el Este al Oeste. Las llanuras costeras del Oeste, los valles del centro y del Este, y la llanura de Mesara al Sur, son de caliza, arenisca y conglomerado. Rocas metamórficas principalmente recubiertas por masas de caliza afloran en muchos lugares, especialmente en la zona oeste de la isla. Siguiendo la costa septentrional, en el Oeste las montañas dominan ampliamente, con la excepción de la fértil llanura de Khania. Continuando hacia el Este, otra llanura se extiende alrededor de la ciudad de Rethymno y en la parte central otra aparece cercana a la ciudad de Heraklion, y no lejos encontramos otra en la zona de Mallia. A partir de este punto nuevamente hacen su aparición las montañas que llegan hasta el mar, y tras ellas está el golfo de Mirabello, desde el que se continúa hasta finalizar en la costa oriental una alta meseta compuesta especialmente de caliza. A lo largo de toda la costa meridional las montañas llegan casi hasta el mar, con la única excepción de la fértil llanura de Mesara, junto a la bahía del mismo nombre. En la franja central de la isla las masas de caliza permiten algunos valles entre ellas, los cuales se extienden generalmente de Norte a Sur, con una sola excepción representada por la llanura de Lasithi.

La excepcional altitud de la llanura de Lasithi promociona unos inviernos fríos, mientras que las demás llanuras se prestan a un clima suave con lluvias a intervalos en invierno; las precipitaciones más importantes se dan en primavera y otoño, mientras que los meses entre mayo y agosto son virtualmente sin lluvias. Y esta falta de agua durante el verano es uno de los

problemas más importantes de la isla, que produce la escasez de ríos permanentes, de los que ninguno es navegable. Las costas de la zona norte aparecen como las más propicias para el establecimiento de puertos seguros, mientras que son pocos los puntos aceptables en la costa sur (las dificultades para encontrar buenos puertos en esta costa aparecen ilustradas por la descripción del viaje de San Pablo en los Hechos de los Apóstoles).

La vida se desarrolló desde el principio fundamentalmente en las llanuras, donde el terreno se prestaba al desarrollo agrícola, mientras que los terrenos montañosos permitían poco uso, con excepción de los pastos durante el verano. No se trata de una tierra rica, pero en cambio se puede decir que dispone de recursos variados. La fauna de la isla es aceptable, así como la vegetación natural, y el mar proporciona abundante pesca. La riqueza mineral, sin embargo, no es grande: algunas cantidades de hierro y cobre, escasos recursos de plomo, y poco más.



Régimen de lluvias en Grecia.

2. Fuentes

La civilización minoica se conocía especialmente por los trabajos de Sir Arthur Evans, que excavó en Creta durante casi cuarenta años (de 1893 a 1931), y publicó de 1921 a 1936 sus monumentales cuatro tomos de *The Palace of Minos at Knossos.* A ello hay que unir hoy en día el conocimiento de las excavaciones francesas en Mallia (especialmente, H. VAN EFFENTERRE); de los italianos (L. PERNIER y L. BANTI), así como de S. XANTHOUDIDAS, en la

llanura de Mesara, en Festos y en Hagia Triada; de los americanos (R. SEAGER, E. H. HALL y H. BOYD-HAWES) en la zona este de la isla, alrededor del golfo de Mirabello, de la British School at Athens (R. BOSANQUET y R. DAWKINS) en la costa oriental; y posteriormente, S. MARINATOS en varios lugares de la isla, J. D. S. PENDLEBURY en Lasithi, F. MATZ en Koumarospelio y Apesokari, N. PLATON en la parte oriental, en Myrsini y Zakro, S. ALEXIOU en la cueva de Kanli Kastelli y en Lebena, S. HOOD en Cnosos, D. LEVI en Festos, M. POPHAM en el Este, en Palaikastro, y P. Warren en la costa



Creta (según. S. Hood).

sur, cerca de Myrtos. La arqueología constituye, pues, el primer elemento, que fue exclusivo durante mucho tiempo, para el estudio de la Creta minoica, sin olvidar, naturalmente, la necesidad de incorporar a esta fuente el material cada día más abundante que, en relación con la difusión y contactos del mundo minoico, suministran las excavaciones en Oriente (sobre todo de Mâri y Ugarit) y en Occidente (Sur de Italia y Sicilia). A ello hay que añadir el material mitográfico que se conserva en las sagas, cuyo proceso consiste en acumular una diversidad de sucesos aislados y muy distantes cronológicamente para integrarlos todos juntos en un núcleo ejemplificador (que en el caso cretense fue Minos); si logramos separar claramente los materiales que en cada época se han ido integrando a esta tradición (los genuinamente minoicos, los aqueo-micénicos y los postmicénicos) y que se conservan en la épica, en la lírica y en el arte, habremos recuperado nuevos elementos históricos para el estudio de la antigua Creta. Por último, hay que contar con la aportación de la escritura, el sistema del silabario lineal A, que se usó en la isla desde comienzos del II milenio a. de C y quizá incluso antes, todavía discutido en su lectura y lengua que transcribe, pero que proporciona una serie de datos, algunos de ellos por exclusión, de gran interés.

3. Período neolítico

No existe ninguna evidencia de habitantes durante el Paleolítico. Los más antiguos depósitos de ocupación, en el único lugar en que aparecen en la isla, esto es en Cnosos, han sido datados por el método del C_{14} hacia el año 6100 a. de C. En ellos no aparece la cerámica y se supone que se trata de inmigrantes (procedentes posiblemente del Oeste de Anatolia, de la costa de Cilicia o

incluso de la Siria-Palestina) que llegaron a la isla a través del mar, portando con ellos algunos animales domésticos y ciertas semillas para sus cosechas. La inexistencia de material cerámico en los primeros estadios de desarrollo puede ser debida a un simple hecho accidental, ya que en los posteriores si hace su aparición (se argumenta también con la posibilidad de una nueva llegada de inmigrantes que la trae). En este momento se trata de unos tipos realizados a mano, en general de superficies oscuras, aunque también se den en menor cantidad las superficies coloreadas, especialmente en rojo y amarillo. Con el tiempo aparecen las incisiones, el punteado y los barnizados más desarrollados.

Los primeros pobladores de Cnosos deben de haber habitado en chozas fabricadas de madera, aunque los restos que así lo indican son bastante imprecisos. Pero, en los niveles en que aparece ya la cerámica, las casas fueron



Jarra cretense del 2500 a. de C. con motivos geométricos; estos motivos ornamentales se desarrollaron en la cerámica de Kamarés del Minoico Medio.

construidas con muros de barro y ladrillos secados al sol, y sin cimientos de piedra. Unicamente con el tiempo aparecerá este tipo de cimentación, que se mantiene inalterable incluso en tiempos históricos; se trata de viviendas rectangulares cubiertas con tejados de leña. A finales del período, las casas se hacen más elaboradas, con dos habitaciones y hogares en el centro de la habitación o adosados a uno de los muros. Por los restos encontrados se sabe que usaban utensilios de piedra y hueso, hachas y puñales, así como puntas de flecha de obsidiana (probablemente procedente de la isla de Melos o incluso de Anatolia), de lo que se ha deducido que utilizaban el arco, seguramente fabricado con huesos de animales. Las grutas eran usadas para enterrar a sus muertos. Y la aparición de pequeñas figuras de piedra y de arcilla, representando usualmente tipos femeninos, aunque también algunas veces masculinos,

y animales (entre los que se incluye el toro) confirma para algunos investigadores que los primitivos habitantes de la isla compartían un cierto sentimiento de tipo religioso. E incluso hay una cierta evidencia de la existencia de la música en el periodo neolítico cretense, plasmada en algunos huesos de animales que por sus características debieron de haber sido usados como silbatos.

4. Las fases de la civilización minoica

Durante algo más de tres mil años, Creta se mantuvo dentro de los márgenes de la civilización neolítica. El siguiente estadio de desarrollo va a producir el nacimiento de una nueva civilización que nos es conocida como «minoica». Este nuevo paso en el desarrollo cultural fue dividido en el año 1905 por A. EVANS en tres fases: Antigua (MA), Media (MM) y Reciente (MR), que a su vez subdividió en tres períodos (así, MA I, MA II y MA III,

a. C.	EGIPTO	CRETA	CICLADAS	GRECIA	a. C.
1000	XXI	SUBMINOICO		PROTO-GEOMETRICO	1000
1100	XX	MR III C		MICENICO III C	1100
1200	XIX	MR III B		MICENICO III B	1200
1300	Amarna	MR III A		MICENICO III A	1300
1400	XVIII	MR II		MICENICO II B	1400
1500		MR I B	← ERUPCION DE TERA	MICENICO II A	1500
		MR I A		MICENICO I	
1600	Hicsos	MM III B			1600
1700		MM III A	PHYLAKOPI II		1700
1800	XIII	MM II B	CM	HM	1800
1900	XII	MM II A			1900
		MM I B		(LERNA V)	
2000	XI				2000
2100		MM I A	PHYLAKOPI I / CA III	HA III (LERNA IV)	2100
2200	VIII-X				2200
2300		MA III		HA II (LERNA III)	2300
2400	VI	MA II C	CA II		2400
2500	V	MA II B			2500
		MA II A		HA I	
2600	IV				2600
2700		MA I B	CA I (PELOS)		2700
2800	III			(LERNA II)	2800
2900	II	MA I A		NEOLITICO	2900
3000	I				3000
	PRE-DINASTICO	NEOLITICO	NEOLITICO	(LERNA I)	

etc.), para lo que se basó en la cronología que le proporcionaban algunos objetos de procedencia oriental hallados en las excavaciones, y *únicamente* en los materiales que sacó a la luz en Cnosos (variaciones en un tipo de cerámica o en su decoración o policromía, aparición de un elemento figurado nuevo, etc., *en el palacio de Cnosos)*. Hay, sin embargo, un grado de incertidumbre en lo referente a cómo la secuencia de los cambios en la cerámica de otras partes de Creta se correlaciona con los ocurridos en la de Cnosos, y ello ha

llevado a ciertas confusiones. En general, se puede decir que como no tuvo en cuenta en absoluto los cambios culturales auténticos, que marcan el paso de un sistema o estructura a otro, sus secuencias no nos sirven a los historiadores más que como referencia sobre el origen o situación de algún hallazgo arqueológico, y los mismos arqueólogos dedicados a Creta (J. D. S. PENDLEBURY, F. MATZ, F. SCHACHERMEYR, N. PLATON, D. LEVI, etc.) las han rechazado a menudo y modificado por su total artificiosidad (así, algún que otro período no sirve más que para Cnosos, pues en el resto de la isla la uniformidad con respecto a la cultura anterior es absoluta, sin que pueda apreciarse ninguna ruptura). Hoy en día, los términos acuñados por A. EVANS han sido, en varias ocasiones, reemplazados por los de Prepalacial, Protopalacial, Neopalacial y Postpalacial respectivamente, pero su sistema básico es ampliamente aceptado, por ser cómodo y porque adquirió cierto prestigio. Teniendo en cuenta este hecho, y con idea de hacer más fáciles las apreciaciones que se hacen a lo largo del texto, incluimos un esquema cronológico de esta civilización en conexión con sus paralelos en Egipto, las Cícladas y la zona continental: véase cuadro en la página 34.

5. Período prepalacial

La fase previa a los palacios coincide, en términos generales, con el Bronce Antiguo, que en la isla se desarrolla del 3000 al 2000 a. de C. Ocupada la isla por navegantes de origen anatólico-egeo, con una lengua no griega (en el sentido indoeuropeo) y emparentados posiblemente con los grupos heládicos del continente, su nivel será, desde un comienzo, más avanzado que el del resto de Grecia, pues utilizan ya el cobre en herramientas e importan, desde un principio, determinadas mercancías, sobre todo metales (cobre, estaño, bronce) de Chipre y Asia Menor, de las Cícladas y de Occidente, pero todavía en límites restringidos.

La población cretense del período de Bronce constituye la base de la futura población griega; podría considerarse, por tanto, como pregriega. Etnica y culturalmente resulta una población heterogénea.

a) *Economía*

Existen ya dos grupos de población perfectamente definidos en la isla: en el interior, al Sur de la isla, en la llanura de Mesara, un grupo agrícola y ganadero que explota las altas mesetas húmedas de la zona, con suelo y bosque fecundo, y en la costa oriental, poblados dedicados a la pesca y al comercio, con escasos puertos, pero muy bien dotados. La actividad industrial de la isla es ya amplia y se halla más avanzada que en el continente: tanto la confección de cerámica como de objetos de lujo (vasos de piedras duras, sellos y joyas) mira hacia Oriente y muestra claras influencias e imitaciones de Egipto, con quien han establecido contacto firme (coincidiendo con el Imperio Antiguo y el Primer Período Intermedio hasta la XI dinastía). Igualmente otros objetos nos ponen en contacto con el resto de las culturas contemporáneas: hallamos no sólo figurillas neolíticas o de origen claramente cicládico, sino también otras de claro influjo mesopotámico (con las manos recogidas sobre el pecho), elementos anatólicos puros como la jarra de pico alzado, y de origen troyano como los tubos que contenían materias colorantes.

b) *Sociedad*

El grupo anatólico-egeo que ocupó la isla supo potenciar al máximo la cultura del Bronce que trajeron consigo, y aunque algo más tardíamente que en Oriente la revolución metalúrgica afectó también, una vez que se asentaron en Creta, la estructura social de estos grupos de población: se desarrolla, de este modo, un modelo de vida comercial que incide en la riqueza y en la seguridad personal, y que ya no es el propiamente agrícola; se produce un aumento importante de la población, y con ello empiezan a desarrollarse los núcleos de población que apuntan una tendencia hacia el modo de vida urbano, que empieza ahora a organizarse ya de una manera clara. Esta fase nos hace apreciar ya la vitalidad minoica en la transformación y apropiación de elementos ajenos, que se asimilan y amoldan a un esquema original y propio. Este mundo productivo de Creta, cambiante y activo, abierto a todos los progresos orientales, ocasiona el que por medio de la propiedad y de la

2600-2000 a. de C. Minoico Antiguo. Al este de la isla en las zonas portuarias surgen núcleos urbanos. El 2200 es el momento de máximo esplendor. Es habitual en estos momentos el uso de cobre y bronce, así como el de oro en elementos ornamentales.

metalurgia las tribus o familias anatólicas, cuyo origen social debía ser comunal, derive paulatinamente hacia el dominio, por parte de algunas de ellas, de los medios de producción y hacia una independencia del grupo: el reflejo de este avance lo proporcionan quizá los enterramientos circulares de la llanura de Mesara, preludio del *tholos*, reflejo del régimen familiar independiente con sus rituales y consumo de objetos variados, cuya demanda determinaría gran parte de la producción de los mismos en las zonas periféricas de la isla, sobre todo poblados marítimos, y de las orientaciones comerciales.

6. Período palacial

2000-1700 a. de C. Minoico Medio. Es la época que corresponde a los primeros palacios en Cnossos, Festos y Mallia. La influencia egipcia que ya se había dado con anterioridad se acentúa en estos momentos hasta el punto de engendrar un tipo de escritura pictográfica. Bellos recipientes trabajados a torno se conservan de este período, son los que forman la cerámica de Kamares ornada con atractivos motivos marinos.

Cubre desde alrededor del 2000 al 1400 a. de C., destacándose tres fases claras, que corresponden a la construcción de los primeros palacios (2000 a 1700 a. de C), su posterior reconstrucción tras las catástrofes sísmicas acaecidas durante el MM III (desde hacia 1700 hasta 1450 a. de C), y la constitución de un poder griego en Cnosos, durante el MR II (alrededor de 1450 a 1400 a. de C.), que posiblemente extiende su dominio sobre toda la isla con métodos claramente militares, muy diferentes de los hasta entonces utilizados.

a) *Nacimiento de los palacios*

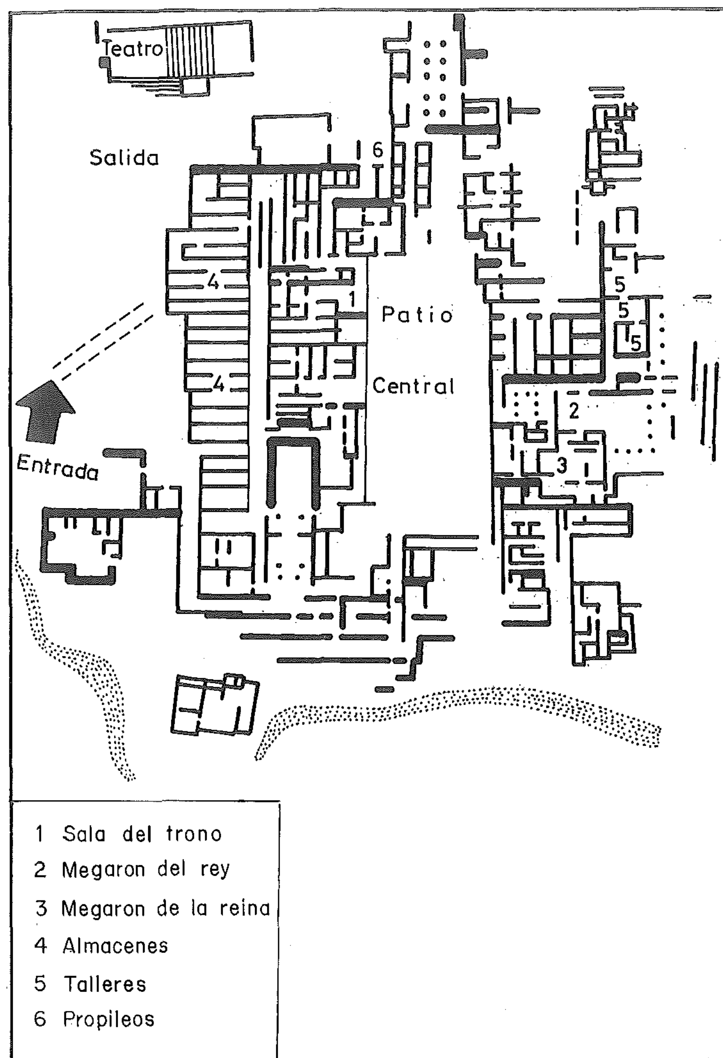
Hacia el 2000 a. de C surgen así, tras la plena utilización y aprovechamiento de los recursos metalúrgicos del bronce, los primeros palacios en la isla. El fenómeno es paralelo a otro demográfico no menos significativo, que se plasma en el movimiento que traslada el centro humano de gravedad de Creta desde la parte oriental hacia la central de la isla. Asentados en lugares totalmente nuevos, es decir, en zonas que no desempeñaron ningún relevante papel durante los comienzos del bronce en la isla, aparecen de improviso primero el palacio de Cnosos, el más antiguo de todos, y con diferencias temporales Mallia, Festos, Hagia Triada, etc., en los que desde el mismo instante de su nacimiento ya encontramos la fuerza y vitalidad de lo propiamente minoico, que se concentra, como toda la vida en la isla, a la sombra de los palacios. Y con la creación de estos palacios, la civilización minoica se puede decir que alcanza el rango de una civilización avanzada.

Los palacios son destruidos en el momento en que los hicsos (grupo nómada de origen hurrita) deben emigrar presionados por los indoeuropeos y acaban venciendo a los egipcios.

b) *Segunda fase de los palacios*

A finales del siglo XVIII a. de C, alrededor del 1700, los palacios resultan totalmente destruidos; durante mucho tiempo tuvo gran aceptación la tesis de Ed. Meyer, para quien la catástrofe sería el resultado de la implantación de un Imperio Universal Hicso en Oriente y el Mediterráneo Oriental (para lo que se basaba en la aparición de una tapadera egipcia de un vaso de alabastro con la cartela del rey hicso Khian, nombre que se repetía grabado en una leona de basalto hallada en Babilonia). Hoy esta teoría ha sido rechazada, porque no existen huellas de incendio en los palacios, como se hubiera esperado tras una conquista, y porque además los edificios se reconstruyeron exactamente igual, lo que demuestra la pervivencia de los mismos elementos culturales y de población. Por otra parte, sabemos que su ruina se debió a un fenómeno natural, un terremoto (realmente se producen varios en el MM III, concretamente hacia 1700 y 1600 a. de C), como han puesto de manifiesto los estudios de la expedición sueca a Chipre, que detectaron los antiguos seísmos del Mediterráneo por medio del análisis de los suelos marinos, y los de CLAUDE SCHAEFFER al examinar comparativamente la estratigrafía de los yacimientos orientales)en los que se reflejan también las series de terremotos, entre ellos éste al que hacemos referencia) con los del Egeo y Asia Menor.

La ocasión que depara el terremoto se aprovechó para llevar a cabo una reconstrucción total; los palacios se remodelan, incorporando las nuevas técnicas y conocimientos adquiridos en el contacto con Oriente durante los siglos anteriores, y este esfuerzo costó más de un siglo: es la incidencia del seísmo sobre la economía, que no se recupera tan fácilmente y exige un gran esfuerzo de producción y reajuste para alcanzar de nuevo el nivel previo al



Palacio del rey Minos, en Cnosos. Creta.

terremoto. Pero una vez que, hacia 1600 a. de C, se ha logrado la reconstrucción, los palacios aumentan en su capacidad de habitación y de desarrollo burocrático (A. EVANS calcula la capacidad de Cnosos en unos 80.000 habitantes, aunque F. SCHACHERMEYR rebaja la cifra, según sus cálculos, a unos 50.000). En este momento, Cnosos parece que se puso a la cabeza de la isla, aunque exclusivamente en lo que hace referencia al terreno económico, y no, posiblemente desde el punto de vista político.

c) *Hegemonía de Cnosos*

Durante el MR II (desde alrededor del 1450 a. de C) los contactos con los centros micénicos se hacen muy estrechos. Se observa un cambio cualitativo en las tumbas, que imitan modelos continentales, y Cnosos importaba o imitaba vasos de alabastro micénicos. Un espíritu militarista se hace patente en las tumbas de guerreros, que ahora aparecen, en los frescos de Cnosos con el recuerdo de armas, entre las que se incluyen los carros de guerra, e incluso un casco de bronce fue encontrado cerca de esta ciudad. Por entonces centros como Festos y Mallia dejan de ser residencias reales y el gran palacio de Zakro, en el extremo oriental de la isla, es abandonado totalmente con posterioridad a un desastre natural. Igualmente se establece en Cnosos una nueva escritura, la lineal B, cuya lengua es griego. Todo ello empuja a pensar, como conclusión inevitable, que los gobernantes de Cnosos en este momento eran griegos y que esta ciudad, si no la mayor parte de la isla, había sido conquistada por los griegos micénicos en algún momento del siglo XV a. de C (posiblemente tras una llegada pacífica, en principio, de algunos elementos hacia 1475 a. de C). La persistencia, sin embargo, de la escritura lineal A en

otros lugares puede indicar que no se trasladaron a otros centros, lo que explicaría que el MR II no pueda ubicarse como etapa independiente fuera de Cnosos, aunque las referencias a otros lugares de Creta parecen implicar que quien era rey de Cnosos era también el rey de la totalidad de la isla y que el control se establecía mediante métodos militares (igualmente los gobernantes de Cnosos mantuvieron la supremacía naval en el Sur del Egeo). La destrucción del palacio de Kato Zakro y, en general, los desastres en la zona oriental de la isla se han puesto en relación con la erupción en la isla de Tera hacia el 1500 a. de C y se supone que los micénicos supieron sacar provecho de la confusión que siguió, consiguiendo así la conquista de Creta. Por lo demás, otra prueba de tal hecho es la existencia en la isla de Rodas de un asentamiento micénico hacia 1450 a. de C. que vino a suplantar, de alguna forma, a otro anterior minoico que desapareció hacia la misma época.

1700-1450 a. de C. Minoico Reciente. Es la época de los nuevos palacios de Cnosos, Festos y Hagria Triada en los que el patio abierto al suave clima mediterráneo constituye el eje del edificio. Los restos de relieves y pinturas recogen la existencia de una población enriquecida por el comercio del mar que se recrea con las fiestas taurinas y el juego deportivo. Aparece la escritura lineal A todavía no griega. Enormes terremotos asolan la zona y destruyen los palacios.

En cualquier forma, el rey de Cnosos era independiente de cualquiera de los reinos del continente, por lo que al disponer de grandes recursos debía ser un serio rival para los gobernantes micénicos del continente, y ello puede ayudar a explicar el final de los palacios cretenses. Hacia 1400 a. de C, según la mayoría de los investigadores (aunque S. Hood coloca la fecha en 1375-1350 a. de C y L. R. Palmer la lleva hasta el 1150 a. de C), el palacio de Cnosos fue saqueado y reducido a cenizas; al mismo tiempo, o tal vez un poco antes, un hecho parecido acabó con todas las ciudades más importantes de Creta. Tal catástrofe destruyó el poder y la supremacía cretenses. Son varios los investigadores que mantienen que una rebelión nacionalista de la población acabó con el yugo micénico, pero Cnosos no fue la única ciudad destruida y además resulta difícil entender por qué Creta no resurge, sino que se mantiene insignificante desde entonces (ni siquiera son reconstruidos los palacios). Otros consideran también que los destructores fueron los micénicos del continente (lo que sería aceptable únicamente si Cnosos era más un rival que un estado sujeto a ellos), pero la catástrofe no aparece seguida inmediatamente por señales de una colonización micénica en Creta, ni tampoco las leyendas griegas dicen nada sobre el recuerdo de una invasión micénica en la isla. Por otra parte, N. G. L. Hammond apunta como muy probable la sugestiva teoría de que la destrucción de Cnosos y otras localidades cretenses fue debida a una incursión por mar, en la que las fuerzas de los piratas del Mediterráneo Oriental se unieron para destruir la supremacía naval de Creta y saquear la isla, para después retirarse con su botín. No podemos precisar con absoluta seguridad la verdadera razón de lo ocurrido, pero lo único cierto, y ello puede ayudar, es que la caída de Creta dejó libre el camino para un vasto aumento de la actividad micénica.

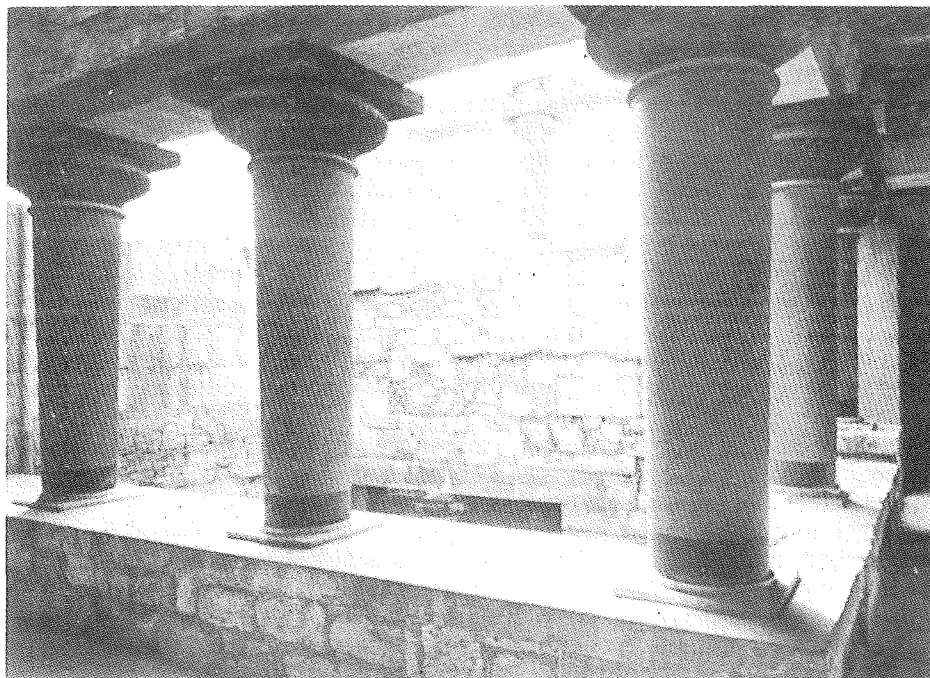
7. Estructura económico-social durante el período palacial

a) *Economía*

Los palacios no nacieron por razones de poder o religiosas, sino especialmente económicas. La carencia de medidas de valor como medio de pago, facilitó la existencia de formas de trueque o cambio que exigían centros de intercambio: este fenómeno es general en las economías primitivas, pero también en las economías no monetarias de altas culturas. Su necesidad se hizo más urgente en Oriente, porque la división del trabajo y la especialización de las industrias se había producido allí con mayor rapidez; así ocurría que un especialista (tallista, carpintero, etc.) no siempre encuentra, como él quiere, los honorarios correctos para su mercancía o el individuo especialista que desee intercambiar justo lo que él desea en ese momento adquirir. Por esta razón los primeros dinastas, dignatarios o sacerdotes orientales permitieron que sus residencias o templos se emplearan como centros de intercambio, sin intervenir ellos para nada en las operaciones. Pero cuando la necesidad del cambio se agudizó, tomaron sobre sí la tarea de regularlo. Para las operaciones de registro necesitaban ineludiblemente la escritura: por ello los palacios, templos y la escritura son fenómenos parejos, y la totalidad de las tablillas mesopotámicas más antiguas son, era lógico, textos económicos. Alcanzaron así una poderosa posición, y muy pronto a su papel de cambio incorporan los otros dos de centro económico y de producción: los artesanos y trabajadores acaban por asentarse en la misma casa de cambio, y además de atender a su

trabajo privado suelen abastecer y contratarse para el palacio o templo, adquiriendo así una buena situación económica y social, siendo receptores de cuantos elementos culturales nuevos llegan, por diversas vías, al centro. Los palacios o templos actúan pues como centrales de amplios territorios; se facilitan entre sí diferentes productos; están en contacto continuo; usan a personal privado y también a comunidades enteras, creando lugares o barrios comerciales, o entregan esta actividad a colonias comerciales. Aunque todo este montaje sufre una recesión con el uso de los metales, en forma de lingotes, o de joyas (perlas) como medida de valor, sin embargo la aparición de estos elementos no anula el trueque ni el sistema de los palacios, cuyo fin se marca sólo con la llegada de la moneda acuñada.

En Creta el modelo oriental que hemos esbozado no se tomó de un modo exacto, sino que se amoldó a los recursos insulares, y los palacios tomaron una orientación más acentuada hacia los productos agrícolas y pecuarios, aunque sin descuidar los de otra naturaleza y multitud de actividades diversas. Ya en los antiguos palacios (de 2000 a 1700 a. de C.) encontramos enorme cantidad de *pithoi* para almacenar vino, aceite, verduras y otros productos. Su cantidad es más tarde considerable: en los almacenes occidentales de Cnosos hay más de 400, con una capacidad de 75.000 litros, y en los orientales unos 150, con capacidad de 28.000 litros; también son abundantes en Festos, Mallia o en residencias rurales como Khania. Todos los productos entraban y salían del palacio procedentes de todo el territorio que controlaban, planificado hacia dos formas de explotación: en las partes altas sólo el ganado; en los valles y llanuras fluviales sólo los productos agrícolas, entre ellos los cereales, mijo y cebada (representada en un ideograma), el aceite (representado en ideograma y pintura mural, el olivo posiblemente fue un árbol sagrado como en Grecia, protegido por la *Dea Mater)* que se debió de exportar en gran



Palacio de Cnosos (Minoico Reciente, 1700-1450 a. de C.). Patio de luz, al que comunican directamente las grandes salas de recepción. El patio servía para iluminar las estancias que con él comunicaban.

cantidad y ser una de las fuentes de su prosperidad, y la vid (representada en ideograma: los vinos cretenses gozaron de gran fama en toda la Antigüedad por ser de mejor calidad que los del Egeo, y se puede suponer que ya la habían alcanzado en este momento); había también muchas verduras y especias (representadas en ideogramas: azafrán, comino, orégano). También se explotaba la madera de los bosques de la isla, sobre todo el cedro y el ciprés: se usa en toda la arquitectura cretense, y tuvo que ser el fundamento de su marina; se exportó especialmente a Egipto, siempre deficitario en maderas, supliendo totalmente, con seguridad, a la madera que los egipcios conseguían de la zona del actual Líbano. La ganadería está igualmente bien documentada: de los muchos rebaños que pacen en la isla ahora, informa bien la serie D de las

1450-1400 a. de C. Al final del período se tiene constancia de que un príncipe aqueo se asienta en Creta y gobierna desde el único palacio reconstruido, el de Cnosos. La población cretense terminará por abandonar los palacios ya en manos aqueas. La escritura lineal B llega procedente del continente.

tablillas de Cnosos (no importa que pertenezcan a la época de dominación micénica, que se supone una continuidad, en este aspecto, de la propiamente minoica), en donde se citan rebaños con más de 19.000 cabezas (fundamento de la industria textil); en la serie Co se citan carneros, cabras, cerdos y vacas. En verano se instalaban en las partes más altas, en donde permanecía el rebaño hasta el otoño; luego descendían algo. El palacio fijaba las zonas de pasto hasta los límites de su territorio (tal como lo seguirán haciendo en época clásica las ciudades cretenses, de lo que es muestra el tratado entre Praisos y Hierapitna sobre delimitación de aprovechamiento de pastos). Se citan igualmente animales domésticos de tiro. Junto a ellos la pesca era la última de las actividades naturales minoicas: toda la fauna marina del Mediterráneo aparece representada en el arte minoico, así como algunas faenas relacionadas con la pesca (barcos en puerto, pescador en el mercado, en sellos minoicos). Debió de constituir el medio de alimentación popular en la costa, y posiblemente sus conservas fueron exportadas. Igualmente las poblaciones marítimas se dedicaban también a la extracción de esponjas (que aparece representado en el arte) y del elemento de la púrpura *(nautilus, murex brandaris)*, como atestiguan las tablillas, que es fundamento de la industria tintórea (en relación con la lana de los rebaños de ovejas), la cual es posiblemente más antigua de lo que suponemos, y que no debe nada a los fenicios.

El palacio cretense no descuida otras actividades industriales: *a*) de transformación de elementos agrícolas: prensas de aceite y lagares de vino los hay en los palacios y en las residencias; *b*) talleres de todo tipo funcionan en el interior de los mismos: para trabajo de piedras duras y sellos, para confección de la fayenza (esmaltado de origen egipcio): de cerámica: la alfarería usa la rueda rápida que se atestigua ya en Uruk a finales del IV milenio a. de C., en la Troya II (casi todo el III milenio a. de C) y que ahora está en pleno auge en Creta; industria metalúrgica muy perfeccionada y rica: vasos, joyas y armas decoradas y de gran calidad; talleres para la madera, industria textil y de tintorería, que alcanzaría gran calidad y renombre (denotado en la magnificencia de los vestidos en las representaciones artísticas, y los vestidos y piezas de tela aparecidos en sepulturas egipcias). Todo ello significa que los palacios y sus talleres desarrollaron y asimilaron multitud de técnicas, que se dan sobre todo en los centros urbanos, por la rápida división del trabajo, y que impulsaron eficazmente el progreso industrial. Su reflejo se imagina igualmente en la marina (técnicas de construcción y navegación), en la arquitectura (sillares curvos, obras hidráulicas de los palacios, que suponen el conocimiento de las leyes de los vasos comunicantes). Existió, pues, la aplicación práctica de muchos principios teóricos, que eran, por consiguiente, conocidos y difundidos.

1400 a. de C. La última fase de esplendor termina con el incendio y destrucción del palacio de Cnossos por los cretenses, quienes vieron frustradas sus ilusiones de recuperar sus dominios usurpados por el invasor. La hegemonía micénica había triunfado.

Todo este sistema de actividades que gira alrededor del palacio exigió desde el principio agilizar la labor mercantil y de propiedad: *a*) se crean medidas de capacidad para líquidos y áridos, como demuestran algunos recipientes destinados a tal uso; *b*) creación de un sistema de pesas, parejo al de medidas; se usa la balanza y se cuenta por medio del sistema decimal (se conocen todos los signos numerales del lineal A); con ello se logran estabilizar las relaciones comerciales y se facilita el intercambio económico (al poder reducir este sistema al mesopotámico o al egipcio). La mayor unidad era el talento suave, de unos 29 kilos de peso, de procedencia babilónica y egipcia; había un sistema decreciente hasta llegar a la unidad menor, un disco de piedra perforado de unos seis gramos de peso. Y así, el metal pesado podía, al mismo tiempo, servir como medio de pago: se han encontrado talentos de cobre de esta época, que serán precisamente más tarde la primera moneda griega, conservando el peso de 29 kilos, equivalentes al precio de un buey, cuya piel imita. Además del talento existen barras de cobre fundido, cortadas y pesadas, que aparecen en todo el Mediterráneo, de Chipre a Cerdeña (son el origen del óbolo griego), y que sirven también como unidades de valor; *c*) en el interior de la isla se abren importantes vías de comunicación entre los palacios, para canalizar y dar salida al comercio: son dos principalmente, la Norte-Sur, que une Cnosos y Festos y pone en comunicación las dos costas, y la Este-Oeste, que une Cnosos con Mallia, y a ambas ciudades con la costa oriental; otras vías secundarias unían los puntos de producción entre sí y con los puertos comerciales. Estaban muy bien pavimentadas, a base de losas, y el transporte con carros facilitaba las operaciones. Precisamente hay en los



Palacio de Festos (Minoico Reciente, 1700-1450 a. de C.). Patio central hacia el Oeste. En torno al patio central estaban las distintas estancias del palacio. El patio era rectangular y con columnas de madera sobre losas de piedra.

palacios un servicio de mantenimiento del transporte que repara ruedas, ejes, tiros, etc., y que aparece en ideogramas de las tablillas.

De gran significado para este sistema es saber que cada cretense poseía un sello, quizá el elemento más informativo de la vida minoica. Destinados a ser impresos en arcilla o materiales blandos, se usaban para señalar la propiedad, la garantía o la procedencia: así, los hallamos impresos en bolas de barro para asegurar el cierre de sacos o vasijas, o cerrando habitaciones de los almacenes, como cierre personal de los talleres privados que funcionaban dentro.

Por último, para la anotación y contabilidad de los productos que afluían al palacio se precisaban listas concretas, y para ello era imprescindible desarrollar un sistema de escritura, como de hecho se hizo. La mayoría de las notas y listas se confeccionaban sobre materiales perecederos, papiro, cuero y madera; sólo los lotes y partidas importantes se anotaban como documentos en tablillas de barro, secadas al sol, que se archivaban y destruían pasado un cierto tiempo. Todas aquellas que se escribieron antes de alrededor de 1400 a. de C están anotadas en lineal A, y aunque en menor número que las escritas en lineal B, las conservamos procedentes de Festos, Cnosos, Hagia Triada (el mayor lote conocido), Mallia, Palaikastro, Tilisos, Kato Zakro, etc. La composición de estas tablillas de palacio es muy simple: nombres de persona o de lugar (procedencia del producto), designación de la mercancía (mediante ideograma) y números de las cantidades de mercancía. Entre las voces se identifican préstamos semíticos (sicomoro, corindón, comino), y posiblemente también las que significan suma, total, y diferencia o déficit (sistema similar al que adopta la contabilidad micénica).

La última referencia en el terreno económico tiene que ir enfocada necesariamente al planteamiento de las relaciones comerciales minoicas. La época de los primeros palacios contempla una evidencia comercial con las islas del Egeo, que viene probada por la aparición de cerámica de las Cícladas en los primeros palacios; vasos minoicos han aparecido también en Citera, Melos, Tera, Egina, e incluso en el continente, en Lerna. Con Asia Menor ofrecen también una serie de puntos en común, en especial los vasos metálicos de tipo anatólico y, sobre todo, en cuanto a la arquitectura: así, con el palacio de Beycesultan (empezado hacia el 1800 a. de C en el curso superior del río Meandro) tiene Cnosos más conexión que con los palacios hititas por las formas arquitectónicas que imita; esta posible relación cesa, sin embargo, con las invasiones indoeuropeas del primer tercio del II milenio a. de C. Parece que a Creta dejan de interesarle estos pueblos anatólicos, y va a volcarse hacia Oriente en donde se hallan pujantes las culturas metalúrgico-agrícolas con dinastías florecientes. Y así se orientan hacia el Egipto del Reino Medio y la Mesopotamia de la Primera Dinastía de Babilonia, que culmina con Hammurabi. Con el Levante, el comercio se canaliza a través de los pequeños reinos orientales: el de Jamchad (con capital primeramente en Haleb y luego en Alalach), en Siria los de Ugarit (Ras Shamra) y Biblos. En Siria y Babilonia las relaciones se establecían por medio de Karkemish y Mâri (Tell Hariri). Entre los señores de estos reinos había un estrecho contacto: se puede ver en las cartas de Tell el Amarna más tarde, o ahora en la carta que dirigió el señor



Fresco de los delfines, del palacio de Cnosos. El delfín fue objeto de veneración entre los pueblos del mar. Corresponde al Minoico Reciente.

de Ugarit a Jarimlin de Jamchad en la que solicitaba de este último que le facilitase una visita a Mâri, pues mantenía muy buenas relaciones con el palacio. Los objetos minoicos llegaban a Levante a través de Chipre (la escala queda patente por los elementos minoicos hallados en las sepulturas de esta isla), y se almacenaban sobre todo en Ugarit y Biblos (vasos de Creta han sido hallados en las instalaciones portuarias), desde donde se reexpedían hacia el interior. El motivo de la espiral, que fue cicládico y ahora es propiamente minoico, llega hasta Mâri; arquitectónicamente los palacios de Alalach, Ugarit y Palestina muestran enorme similitud por sus métodos y técnicas de construcción con los de Creta (patios, escaleras, pórticos, almacenes), lo que obliga a considerar la existencia no de uno o dos palacios que han servido de modelo al resto, como se pensaba hasta ahora, sino de una gran koiné de palacios que se comunicaban entre sí sus avances, que imitaban y asimilaban unos de otros los elementos más útiles para sus fines en cada momento. Estos palacios eran los intermediarios entre Creta y Babilonia: hay cilindros-sello de Hammurabi en Cnosos, improntas con escritura cuneiforme de Naram-Sin, señor de Eshnuna, sobre vasos mesopotámicos encontrados en la isla de Citera y en Creta. En los archivos de Alalach, Ugarit y Mâri se indica muy bien: no puede dudarse que al hablar de kaptaru se hace mención a kaphtor o keftiu, esto es, Creta; de esta manera se citan los objetos de procedencia minoica: en una carta un señor ofrece a otro un objeto kaptaru; en otra aparece un envío kaptaru a Hammurabi; en otro inventario se citan vasos y una espada kaptaru de oro y lapislázuli, como las conocemos en Creta muy lujosas; se trata, por tanto, de los productos que más se trabajan en la isla. Con Egipto es diferente, un contacto más estrecho con un inventario de objetos mucho más rico: la espiral se impone como motivo durante la XII dinastía, lo que significa unas relaciones muy continuadas; aparece en los escarabeos de Sesostris I, en los textiles y en la decoración de paredes y techos; el comercio se lleva a cabo directamente de palacio a palacio: Creta actúa aquí como intermediario de los vasos de metal anatólicos (están en el templo de Montu, en la época de Amenemhat II); la cerámica de Camares se halla en el Fayum y el Delta, y es posible que incluso se trasladasen a Egipto artesanos minoicos, como es frecuente en los sistemas orientales, que trabajarían en la construcción de la pirámide de Sesostris II (se han encontrado sus viviendas en Harage y Lahun, en donde aparece cerámica minoica que en esa época ya no se fabricaba en Creta, y que debieron de traer consigo). Junto a ello, Creta exportaba a Egipto maderas, resina, aceite y vino. A cambio los minoicos tomaron diversos motivos decorativos egipcios (papiro, loto, palmeta), conocieron técnicas como la de la fayenza, e importaron oro, marfil, piedras y tejidos de lino. En Cnosos se encontró la estatua sedente de un egipcio consagrada a la divinidad minoica User, que pudo ser un embajador

del faraón en misión diplomática o económica, o bien un mercader que abrió una oficina comercial en el mismo palacio. Creta aceptó además de Egipto algunas divinidades, que adoptó sincréticamente en su religión, como Ta-urt, diosa hipopótamo, al dios cocodrilo y al grifo, nacido de la esfinge, que pasan a integrarse como genios y servidores de culto de la Diosa Madre minoica. Con la llegada de la segunda fase de los palacios Creta se va a convertir en el centro cultural del mundo egeo. Se atestiguan, ya desde el comienzo de este período, asentamientos minoicos en Tera, Melos (Phylakopi), Ceos y Citera (aunque la colonización de esta última isla se produjo ya en el período anterior), con lo que cuando menos las Cícladas pasan bajo la influencia de la civilización minoica; y hacia la segunda mitad del siglo XVI a. de C se asientan también en Mileto y en Rodas. No se puede admitir que los asentamientos sean del periodo de los primeros palacios, aunque en tal época hubiese, sin duda, un floreciente comercio con el área egea. Conexiones con el interior de Anatolia son fáciles de ver, sobre todo en la religión minoica, y el disco de Festos tiene allí su origen probable. E incluso ciertas influencias egeas pueden ser claramente detectadas en el arte de Mitanni desde el siglo XV a. de C. El comercio con la costa de Siria, sobre todo Biblos y Ugarit, que es grande a principios de este período, parece decaer ampliamente después, aunque aún tiende a mantenerse. Con Chipre las relaciones son aún muy amplias. Por lo que se refiere a Egipto, los intercambios, en principio, se desarrollan en el mismo volumen que en etapas anteriores (cartela del rey hicso Khian de hacia 1600 a. de C, gran cantidad de motivos egipcios en el arte minoico, escarabeos



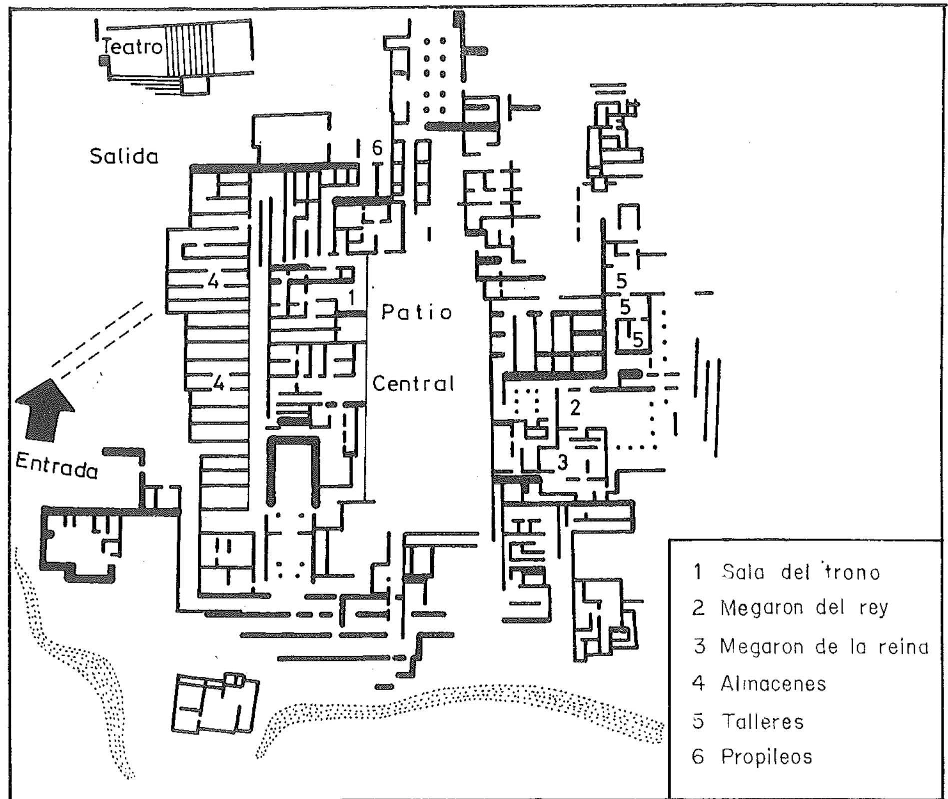
Sello cretense, donde aparece un barco con quilla y remos. Gracias a estos barcos, Creta se convirtió en *una potencia dominadora*, controlando todas las rutas marítimas.

y vasos de alabastro egipcios del siglo XV a. de C encontrados en Creta, y algunos objetos de arte cretense, sobre todo cerámica, hallados en Egipto y pertenecientes a este período), pero con posterioridad parece decaer ante el empuje micénico, incluso antes de la destrucción de los palacios. Por otra parte, se puede detectar una gran influencia minoica sobre la parte oriental y meridional del continente (aunque hay una cierta reciprocidad en lo referente a la influencia entre lo minoico y lo micénico en esta época, que muestra las amplias conexiones existentes entre ambas civilizaciones hasta que se produce el dominio micénico de la isla). Finalmente, en Occidente los navegantes minoicos parecen haber llegado hasta las islas Lípari, donde la cerámica minoica del siglo XV a. de C ha sido encontrada, aunque pronto serán desplazados por los micénicos.

b) *Sociedad*

El aspecto social del mundo minoico de los palacios está muy lleno de interrogantes por la naturaleza de nuestra documentación. El nacimiento de los palacios no puede ser planteado por la imposición de un grupo determinado, que acumuló la riqueza y organizó la antigua cultura agrícola familiar del centro de la isla para dar paso a una época de cuño más selectivo, que absorbe y atrae a toda la población hacia un esquema tan atractivo como es el palacio. Toda la civilización minoica muestra un carácter pacífico, no parece que se produjesen grandes conmociones: no hay murallas, ni bastiones, ni huellas de

armas ofensivas. No había conflicto entre los diferentes palacios de la isla, y de ello seguramente nació la idea de la paz minoica, porque internamente no hay intereses de conquistas ni muestras de lucha, y en el exterior esta misma idea la debió de proporcionar la existencia de una fuerza naval, el comercio estable y continuo, la instalación de factorías, lo que contribuiría, sin duda, también más adelante en los siglos homéricos, a crear la idea de la talasocracia minoica, y que la saga ha demostrado su certeza (todos los topónimos Minoa son puertos; la tradición atribuye la fundación de puntos comerciales



Cnosos.

muy importantes a hermanos e hijos de Minos, aunque tal vez no represente, quizá, más que el núcleo en torno al que se agrupa el símbolo de la realeza minoica, el título real o la divinidad cretense). Es extremadamente asequible pensar que la fuerza naval era la protección frente al exterior, pero desgraciadamente no tenemos información sobre el sistema político que impedía las tensiones internas, que no parecen haber existido. Muy al contrario, los palacios se enriquecen y habitan inmediatamente, y articulan alrededor de ellos la vida de Creta. Poseen sus regiones de explotación, que coinciden con regiones naturales que dividen el territorio de un palacio del de otro (hasta donde llega el límite de una cerámica determinada o las zonas de pastos que se citan en las tablillas), sus molinos, sus almacenes y sus talleres. Junto a ello, los poblados de la costa (como Gurnia o Palaikastro) parecen haberse especializado definitivamente en la pesca y la artesanía, para abastecer de determinados artículos a la isla y a los palacios, los cuales darán salida a sus productos a través de sus puertos. La religión debió de ser el elemento eficaz de unión que permitió esta convivencia pacífica, pero tal vez todo ello se explique también por las tendencias matriarcales de la civilización minoica, que como todas las culturas agrarias tiene un acento marcadamente femenino a través de la religión de la fertilidad; lo femenino parece dominar no en todos los aspectos sociales, pero sí en muchos: culto, gusto artístico y decorativo, consideración humana, ceremonias, actos públicos, etc. Resulta, sin embargo, indudable que la organización de los palacios sugiere la necesidad de un muy desarrollado servicio administrativo. Existe, desde luego, un grupo dirigente dentro de los palacios, que se nos aparece en los primeros grandes enterramientos individuales, repletos de objetos especiales (seguramente de culto) o de lujo. Pero es muy difícil determinar si hubo varios de estos grupos

dirigentes en los palacios o si eran ramas de una misma familia. Se supone que los propietarios de tierras, que eran los encargados de abastecer a los palacios, tienden a convertirse en una aristocracia y a concentrarse en torno a unos determinados gobernantes que desarrollan un sistema jerarquizado con un rey a la cabeza (las relaciones pacíficas en la isla y la misma estructura de los palacios inclina a pensar que los reyes ejercían al mismo tiempo un poder político y un poder religioso, con lo que el régimen parece haber tenido unas bases de tipo teocrático) y una administración centralizada en el palacio.



Fragmento de uno de los murales del palacio de Cnosos. En él se representan las tres fases del salto del toro a cargo de un acróbata, posiblemente, de carácter ritual.

Junto al rey y a la aristocracia, aparecen los ricos propietarios territoriales, los comerciantes, los sacerdotes y el pueblo campesino y ganadero. Alrededor del rey, por otra parte, se encontraban toda una serie de dignatarios que le ayudaban en la organización de la complicada burocracia palacial, aunque resulta imposible detallar sus diversas categorías ni sus atribuciones. Constatemos también que H. VAN EFFENTERRE, fundándose esencialmente en lo que denomina el «Agora» de Mallia, ha pensado que el poder político del rey se encontraba limitado y controlado por una Asamblea Popular y por una especie de Consejo de Nobles, pero tales apreciaciones resultan extremadamente arriesgadas. Por lo demás, lo cierto es que aunque parece existir una ordenación en rangos aceptada y reconocida, cuyo vértice jerárquico es posible que fuese Cnosos por su papel de leyenda, esta clasificación difería considerablemente de la oriental, en donde el palacio o el templo se distancia por una separación rígida de los dignatarios y del resto del pueblo. En Creta la abundancia económica que afluye por la vía del palacio estaba bien distribuida: existe posibilidad de pagar honorarios por prestaciones, de contratar a artesanos y artistas, etc.; son hombres libres en régimen de

dependencia económica del palacio y que aceptaban este sistema por su utilidad objetiva; junto a ellos es casi segura también la presencia de algunos esclavos, procedentes del ámbito oriental (representaciones murales nos muestran tipos negroides y semíticos), que servían en actos públicos y de culto, pero que no podemos descartar que fuesen también utilizados en la producción, aunque las tablillas, desde luego, no parecen citarlos. El palacio establecía así una relación abierta y modelaba una cultura de valores: situado en el centro de amplias zonas, no es monumental ni intimida o ahuyenta a la población, sino que más bien la concentra y es escenario y marco de la vida.

c) *Religión*

Todo lo que se pueda plantear con referencia a la religión minoica tiene que tener presente el carácter hipotético que encierra cualquier manifestación, ya que la documentación que sirve de base es poco sólida al tratarse de restos arqueológicos y representaciones en las pinturas de los frescos, habida cuenta de que aún no podemos contar con los datos que aportaría el desciframiento de la escritura lineal A. Lo especial, pues, de la documentación mantiene aún viva y plena de certeza la frase de M. P. Nilsson en el sentido de que la religión minoica era «un libro de imágenes sin texto». En cualquier caso, es



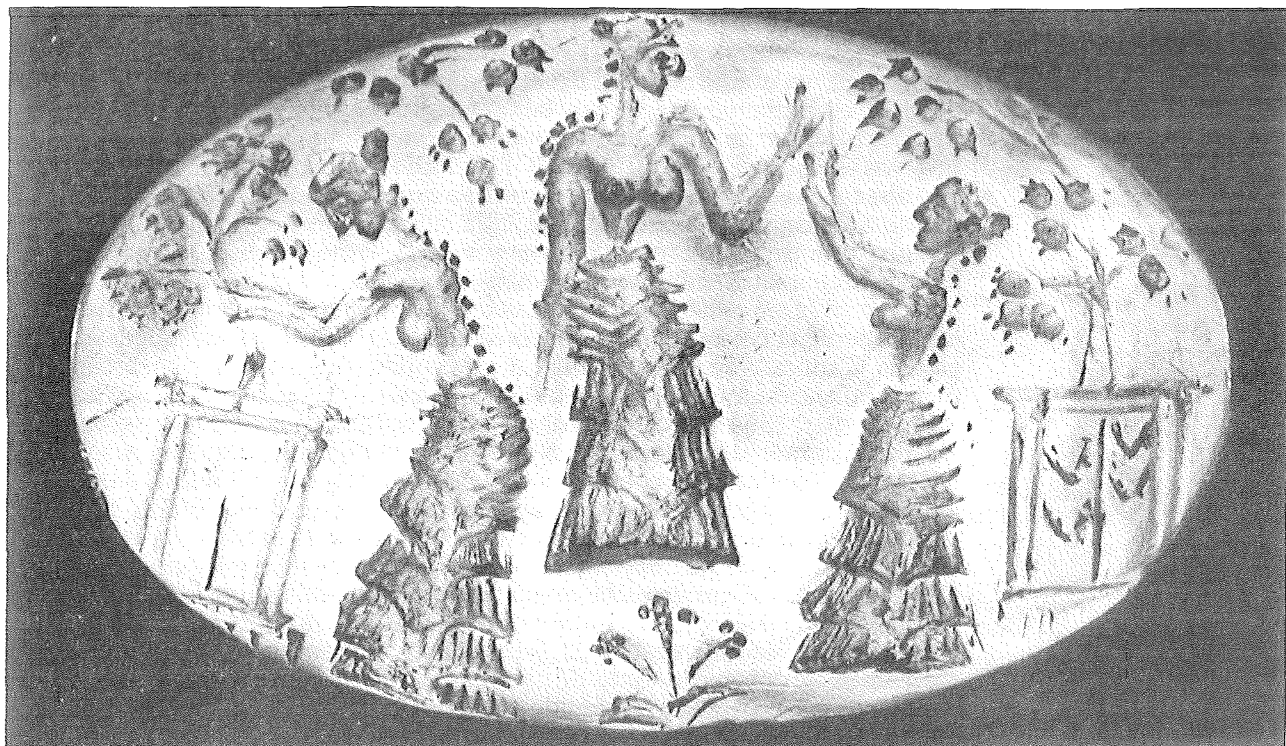
Diosa de la Tierra, procedente del tesoro del santuario central del Palacio de Cnosos. Simboliza la fecundidad y está vinculada a la diosa madre del Neolítico.

claro que el elemento femenino, que ocupa un lugar de verdadero relieve en el terreno social, ha incidido de una manera peculiar y muy sensible en la esfera de la religión: el mundo religioso está dominado por una divinidad (como quieren, por ejemplo, S. Marinatos, Ch. Picard y F. Matz) o divinidades (caso de M. P. Nilsson, H. J. Rose y F. Schachermeyr) de tipo femenino. Se puede precisar que los minoicos se sentían estrechamente ligados a la

naturaleza divinizada que les protegía en su seno como una madre: la Gran Diosa de la naturaleza era el centro del culto minoico. Diosa de la tierra, de la fertilidad y de la maternidad, está ligada al ciclo natural de la vegetación que se renueva anualmente. Este carácter, típico de las religiones agrícolas de Oriente y del Mediterráneo neolítico, cambió en todas partes unido a los cambios de la organización patriarcal, pero en Creta, por el contrario, se mantuvo puro y no desarrolló como el Oriente ninguna concepción imperialista del poder religioso o divino para satisfacer los mandatos de una divinidad hambrienta de guerra y de conquista. Junto a esta divinidad femenina, apenas si se puede hablar de un dios compañero, aunque es posible su existencia (la inspiración y los prototipos se encuentran en Siria y Asia Menor).

Los contactos entre la divinidad y los hombres se hacían por una revelación o aparición brusca: la epifanía divina. Esta epifanía era inducida mediante ritos de éxtasis (danzas, sacrificios, oraciones), con lo que la divinidad descendía del cielo, en la mayoría de las ocasiones en forma de pájaro (aunque no siempre el mismo) o de serpiente (hay una ausencia de imágenes de culto, y las figuras existentes en los santuarios deben de ser ofrendas votivas, que representan a los adoradores, mientras que las representaciones de las pinturas pueden ser sacerdotisas que aparecían en el papel y con los vestidos de la diosa en las procesiones). No existe un culto al árbol o a las columnas, ya que la adoración a tales objetos se hacía como a representaciones del poder divino, y un árbol o una columna deben de haber sido lugares sagrados donde la diosa se aparecía. Igualmente no hay evidencia que pruebe un culto al toro, lo que, por otra parte, sería inconsistente con nuestro conocimiento sobre sacrificios de tales animales como preparación para la epifanía de la diosa.

En conexión con la divinidad se encontraban determinados símbolos sagrados, entre los que los más importantes podían reemplazar a la divinidad, en tanto que se les consideraba portadores de una fuerza divina e indicaban su presencia. Así, la doble hacha, aparecida en todo tipo de santuarios, que pese



Sello de oro del Minoico Reciente, encontrado en una sepultura cretense. Representa el culto a la fecundidad.

a las muchas teorías sobre su significación (por ejemplo, referencia a una divinidad gemela, unidad del padre celeste y la madre tierra) debía de representar el poder divino en sus diferentes manifestaciones; y los cuernos de consagración, que tienen su origen en los cuernos del toro y eran igualmente el creciente lunar, que representan la fuerza, el ímpetu y la fertilidad.

En general, la divinidad en tanto que naturaleza divinizada, era adorada por todas partes. Pero ciertos lugares eran considerados sagrados, ya que era allí donde se manifestaba normalmente la divinidad: capillas al aire libre, criptas y santuarios en varios lugares, y grutas. Los principales santuarios, sin embargo, se encontraban en el interior de los palacios. Es así que parece probable que las residencias reales se considerasen en su totalidad como algo sagrado y que estuviesen bajo el símbolo de la doble hacha, de donde tomaría el palacio de Cnosos el nombre de «laberinto» (de *labrys)*. Esta función religiosa del palacio podría muy bien explicar por qué el privilegio político y económico que representa el palacio era reconocido sin oposición alguna: su sacralidad lo hacía intangible e inviolable. Al mismo tiempo, el palacio era centro de fiestas, ritos y culto, del servicio divino que enmarca la actividad religiosa de los cretenses (donde la música y la danza estaban presentes, y la participación popular era muy importante); los grupos dirigentes de los mismos organizaban las más sobresalientes fiestas y podían, al mismo tiempo, oficiar de sacerdotes. En los numerosos patios, en el área teatral, tenían lugar actos públicos que constaban de bailes, procesiones y juegos al aire libre, algunos de los cuales se interpretan muy bien desde el punto de vista antropológico-etnológico, como el salto del toro, rito iniciático transmisor de la hipergenetividad del toro al hombre (todos los testimonios antiguos y recientes en este sentido han sido recogidos por A. ALVAREZ DE MIRANDA).

Finalmente, hay que denotar que las formas de los enterramientos cretenses permiten suponer la creencia en una vida *post mortem*, y que la muerte era pensada como un punto de partida hacia un mundo de felicidad. Se trata, pues, de una idea optimista de la muerte, que hace pensar que los Campos Elíseos puedan tener su más honda raíz en las creencias minoicas.

d) *Escritura*

ARTHUR EVANS *(1851-1941), arqueólogo inglés. Realizó investigaciones arqueológicas y etnológicas en los Balcanes y desenterró, en 1900, el palacio de Cnosos (Creta) y escribió numerosas obras sobre arqueología y numismática, entre las que destacan:* Syracuson Medallions and Their Engravers, Tombs of Knossos, Palace of Minos, *etc.*

En Creta se han denotado tres tipos o fases diferentes de la escritura. La primera de ellas, la fase más primitiva, a la que se supone un desarrollo en los momentos del MM I y II, presenta signos pictográficos representando objetos generalmente identificables como cabeza, mano o estrella. Se ha encontrado en sellos de piedra y en trozos y barras de arcilla. Su desciframiento resulta muy difícil, ya que el material existente es muy poco abundante. Este sistema debe de estar emparentado con la fase siguiente y es quizá el origen de la misma. Las transmisiones de Egipto o de Mesopotamia para la creación de este tipo de escritura jeroglífica, que han sido puestas de manifiesto, son actualmente rechazadas. Existe un objeto especial con signos pictográficos y que se trata de un disco de arcilla cocida, encontrado por L. PERNIER en 1908 en el palacio de Festos (por lo que es conocido como el «disco de Festos»), de 0,17 m de diámetro, e inscrito en ambas caras con un texto (en un lado hay 31 signos y en el otro 30, resultando un total de 45 signos diferentes) que va en espiral desde el borde hasta el centro; sin embargo, se considera que este disco es una importación de Anatolia. La segunda fase, en la que los signos pictográficos están reducidos a simples trazos, y que debió de aparecer a principios del MM III (ya que el MM IIIB es el período de una gran parte de las inscripciones, dejando al margen el único gran grupo de textos, procedente de Hagia Triada, y que pertenece al MR IA) con un final desconocido, aunque parece que debió de ser utilizada durante el periodo de Cnosos en otras partes de la isla, fue denominada por A. EVANS con el nombre de lineal A. Se escribe de izquierda a derecha y se han encontrado ejemplos en toda Creta, pero no fuera (con la excepción de una tablilla en Ceos y algunas marcas de alfarero con esta escritura en Melos y Tera); hay algunos ejemplos en objetos de piedra y de bronce, pero la colección fundamental de documentos son un grupo importante de tablillas de arcilla, en su mayoría listas de productos agrícolas. El gran problema que plantea es el desconocimiento de la lengua que encubre. La tercera fase, de la que no se sabe con exactitud la fecha en que sustituyó a la lineal A, recibió de A. EVANS el nombre de lineal B. Se ha hallado únicamente en Cnosos (los ejemplos de Creta, ya que posteriormente se encontraron también tablillas con esta escritura en la zona continental, en Pilos, Micenas, Tirinto, Tebas, y algunos otros lugares) y los documentos procedentes de esta ciudad, alrededor de unas 4.000 tablillas, se pueden fechar con seguridad en la época de la destrucción del palacio hacia

1400 a. de JC. La relación entre esta escritura y la lineal A no es clara: no se trata simplemente de una reducción de la primitiva escritura en imágenes a formas más simples y más fáciles de escribir (en ocasiones las formas de la lineal B son más elaboradas que las correspondientes de la lineal A). Hoy se piensa que no deriva de la lineal A, sino que ambas vienen de una fuente común: una escritura más antigua, totalmente perdida. En cualquier caso, las diferencias entre ambas son patentes, y en base a algunas de estas diferencias existentes se puede pensar que la lineal B tuvo un desarrollo entre la adaptación original y los textos más primitivos.

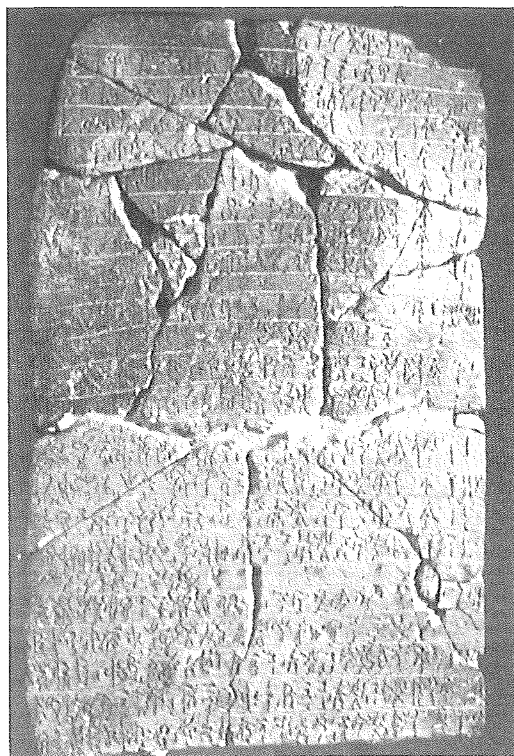


Disco de Festos, con una inscripción en caracteres pictográficos de significado ritual.

Los intentos para el desciframiento sobre los textos de la lineal B (aunque también con los otros) fueron muy variados. Ya desde el principio A. Evans observó que los documentos eran «listas de cuentas» e hizo algunos intentos de correlación con la escritura chipriota clásica, pero su conclusión de que la civilización minoica era totalmente diferente de la micénica pesó mucho para que nadie se atreviese a buscar una relación con la lengua griega. Los intentos siguientes no llevaron a ningún buen resultado. B. Hrozny utilizó un método de comparación de signos con los de varias escrituras (egipcia, chipriota, hitita, protoindia, cuneiforme, fenicia, etc.) e intentó demostrar que era una lengua indoeuropea análoga al hitita. F. G. Gordon buscó analogías con el vascuence, por ser esta lengua la única no indoeuropea que sobrevive en Europa y que no ha sido introducida en época histórica, y utilizó para ello el método acrofónico, consistente en dar a cada signo un valor de la lengua elegida; atacó todo tipo de inscripciones: jeroglíficas, disco de Festos, lineal A y lineal B. F. M. Stawell buscó su desciframiento a partir del griego clásico, pero su método era claramente erróneo, ya que usaba el sistema acrofónico utilizado por F. G. Gordon. K. Ktistopoulos, basándose en el disco de Festos, procedió con un sistema estadístico que no dio ningún resultado. V. Georgiev se basó en que la lengua minoica era un dialecto de una denominada «lengua prehelénica», relacionada con lenguas anatólicas, muy difundida y que se hablaba en Grecia antes de la llegada de los griegos; en base a ello, creía que la lengua de las tablillas era en gran medida griego arcaico, que contenía numerosos elementos prehelénicos. E. Sitting, tomando como base las inscripciones chipriotas de lengua no griega y su afinidad con la escritura minoica, analizó la frecuencia de aparición de los signos y trató de identificar con ellos los de la lineal B; su método era bueno, pero la relación supuesta entre ambas escrituras, al ser errónea (si existe, sin embargo, relación entre el chipriota clásico, utilizado para escribir en griego, y la lineal B), no podía dar resultados satisfactorios. La contribución más valiosa vino de la mano de A. E. Kober y consistió en descubrir metódicamente la naturaleza de la lengua a través de la barrera de la escritura; se planteó cuestiones como si se trataba de una lengua declinable que utilizaba desinencias diferentes para expresar

formas gramaticales, si existía una forma para indicar el plural, o si había distinción de los géneros; en general, dio algunas soluciones a determinados puntos y, aunque fueron parciales, vinieron a representar un gran avance. El descubrimiento, en el año 1939 por parte de C. W. BLEGEN, de nuevas tablillas en la zona continental (concretamente en Pilos) produjo un cambio importante. E. L. BENNETT, en base al nuevo material, estableció un cuadro de signos, con el reconocimiento de variantes y la distinción de los signos diferentes; este paciente trabajo, que nunca será suficientemente reconocido, es una de las claves del éxito del que será, a la postre, el descubridor del sistema lineal B: M. VENTRIS. Este investigador buscó primeramente el sistema empleado (el pictográfico, en el que cada objeto se representa por un signo, necesita millares de ellos; el silábico, en el que cada palabra se representa por varios sonidos que son sílabas, necesita menos; y el alfabético, donde cada palabra se forma por letras, que son abstracciones en cierto sentido no pronunciables, necesita muy pocos signos y rara vez sobrepasa los 32 del ruso moderno) llegando a la conclusión de que era un sistema silábico, por el cómputo de





Tablilla izquierda, minoica (1700 a. de C.) con escritura lineal A. Tablilla derecha, minoica (1400 a. de C.) con escritura lineal B. Sirven las dos imágenes para ilustrar la evolución que la escritura iba sufriendo a lo largo del Minoico.

unos 87 signos que hizo (aunque se denotaron algunos ideogramas, unidos a signos métricos y numéricos, que después ayudaron mucho a la solución final). Hasta el año 1952, M. VENTRIS pensó que se trataba de una lengua egea, de un tipo muy poco conocido y representada probablemente por el etrusco; pero ello no impidió el desciframiento de los signos por métodos puramente combinatorios. Siguiendo las pautas apuntadas por la profesora A. E. KOBER, estableció la frecuencia de aparición de los signos y también la posición (inicial, media, final) por ellos ocupada dentro de los grupos de signos. De esta manera, se llegó al reconocimiento de algunas vocales simples, conjunciones copulativas y ciertos prefijos; iguales palabras con distintos signos terminales indicaron que debían de ser flexiones para denotar relaciones gramaticales, y así se consideraron las declinaciones, los géneros y los plurales. Sobre esta base construyó un casillero silábico con los distintos signos, teniendo en cuenta los valores que se consideraban correctos a nivel gramatical, en el que había 5 columnas de vocales y 15 líneas de consonantes. La frecuencia inicial de la vocal *a* en los silabarios le llevó a su identificación, y conexiones con el chipriota clásico le descifraron otras vocales y alguna consonante. Igualmente supo distinguir la esencia geográfica de algunos nombres. Las pruebas con el etrusco no le ofrecían resultados y poco a poco

algunos intentos de traducción con determinados nombres, especialmente los de tipo geográfico (conocidos por la tradición griega), le permitieron la traducción de algunos grupos de caracteres; los siguientes pasos le fueron llevando hacia la posibilidad del griego. Y con lentitud el hecho se fue afianzando en posteriores intentos, los cuales le iban cuadrando con esta lengua. Finalmente la comprobación de sus resultados con nuevas tablillas encontradas otra vez por C. W. BLEGEN en el año 1952 le aseguraron en la certeza de su método. En definitiva, el desciframiento llegó tan tarde porque nadie pensaba que los griegos hubiesen conquistado Creta en un momento determinado que se apunta hacia mediados del siglo XV a. de C; la lucha con los arqueólogos, que mantenían que tal hecho no sucedió, fue el obstáculo más importante, pero el método lingüístico se abrió paso y hoy se encuentra totalmente aceptado.

II. LAS CICLADAS

Se trata de un grupo de islas pequeñas, algunas simples montículos rocosos, que se extienden en dirección sudeste desde Ceos y Andros (cercanas al Atica) hasta Tera, Anafe y Astipalea. Son el puente natural (situado en el centro del Egeo) entre Asia y la Grecia continental. Sus costas están llenas de bahías propicias para las embarcaciones de la Edad del Bronce. Su suelo no era muy rico, aunque existían zonas cultivables en las que se desarrolló la agricultura; la pesca y la cría de ganado menor (ovejas, cabras, cerdos) eran las actividades complementarias. A ello pronto se ha de incorporar el comercio marítimo, que representará su lanzamiento.

Las islas han sido muy poco exploradas, por lo que cualquier conclusión a la que se pretenda llegar resultará aún llena de grandes interrogantes. Ciertos hallazgos, y su datación en base al C_{14}, nos muestran que el hábitat más antiguo de las Cícladas pertenece a la fase inicial del Neolítico Reciente: estamos ante una cultura neolítica tardía (de hacia el 4000 a. de C), que no tiene relación con la de Creta y plantea algunos paralelismos con la zona continental, especialmente con el Atica y con Corinto.

Con la entrada del Bronce nuevos elementos raciales (marinos procedentes posiblemente de Anatolia) se instalan en las islas; es entonces cuando se va a desarrollar una cultura cicládica (Cicládico Antiguo) con posterioridad al año 3000 a. de C. y cuyo apogeo se encuentra datado hacia mediados del III milenio a. de C., siendo contemporáneo con el HA II y MA II. Este período del Cicládico Antiguo presenta tres fases que vienen caracterizadas por unos grupos que se consideran representativos y que se han elaborado sobre todo en base a la cerámica, que tiene sus tipos más primitivos en la denominada cultura de Pelos del CA I (representada también en otros lugares como Grotta en Naxos y Kampos en Paros) con formas poco evolucionadas en gris claro y oscuro, incisas con diseños acanalados y ranurados, y se continúa en los tipos del CA II y III (Keros-Siros y Phylakopi I) con líneas más dinámicas que las anteriores, con decoraciones incisas y estampadas, consistentes en motivos geométricos, en los que destacan triángulos, estrellas, círculos concéntricos y espirales. Los asentamientos no son grandes, ni con concentraciones de población importantes. Sus aldeas están formadas por casas más primitivas que las cretenses de la misma época, y sus enterramientos aparecen en sepulturas de cista o en pequeñas cámaras. El desarrollo agrícola parece ser lento, aunque muchas de las islas están dotadas de suelos de una gran fertilidad; en varias de las islas existió un amplio desarrollo de la vid, y en algunos de sus valles se produjo el cultivo de cereales y la cría de ganado. Sus riquezas minerales (cobre de Paros, plata y plomo de Naxos, oro de Sifnos) serán el elemento básico de su revolución; y a ello se une la abundancia de mármol (Paros y Naxos) y de obsidiana (Melos). La existencia de gran cantidad de piedra en las islas promocionó que fuese el material utilizado para la construcción y no exclusivamente en los cimientos. El desarrollo de una especialización artesanal, ligada a la economía doméstica, creó productos que, junto a los recursos minerales, podían ser exportados, lo que conllevó el lanzamiento del comercio marítimo con las regiones vecinas. Y, puesto que en sus tumbas aparecen muy pocos objetos de fuera, hay que pensar que lo que

obtenían a cambio de sus mercancías era fundamentalmente (junto con estaño, ropa y carne) un producto importante, pero perecedero como eran los granos procedentes del territorio continental. Por otra parte, la organización de la vida económica produjo la debilitación del sistema familiar, que se muestra en las tumbas en las que la individualización es patente. La administración se mantuvo elemental, sin que aparezcan detalles de una organización política evolucionada con verdaderos estados constituidos; las tendencias hacia un gobierno de tipo plutocrático, empujado por el progreso comercial, no parecen darse hasta la etapa inmediatamente posterior. El producto más notable de esta civilización son los ídolos de mármol, fundamentalmente femeninos, que aparecen en las tumbas cicládicas y fueron distribuidos hasta la Grecia continental y Asia Menor; su tamaño es variado, son planos de la espalda a la frente, con largos cuellos cilíndricos y cabezas ovales, y los rasgos sexuales aparecen, a veces, indicados únicamente; su valor religioso no está claro, aunque habiendo aparecido la mayoría en las tumbas hay que pensar que tengan una cierta conexión con la religión.



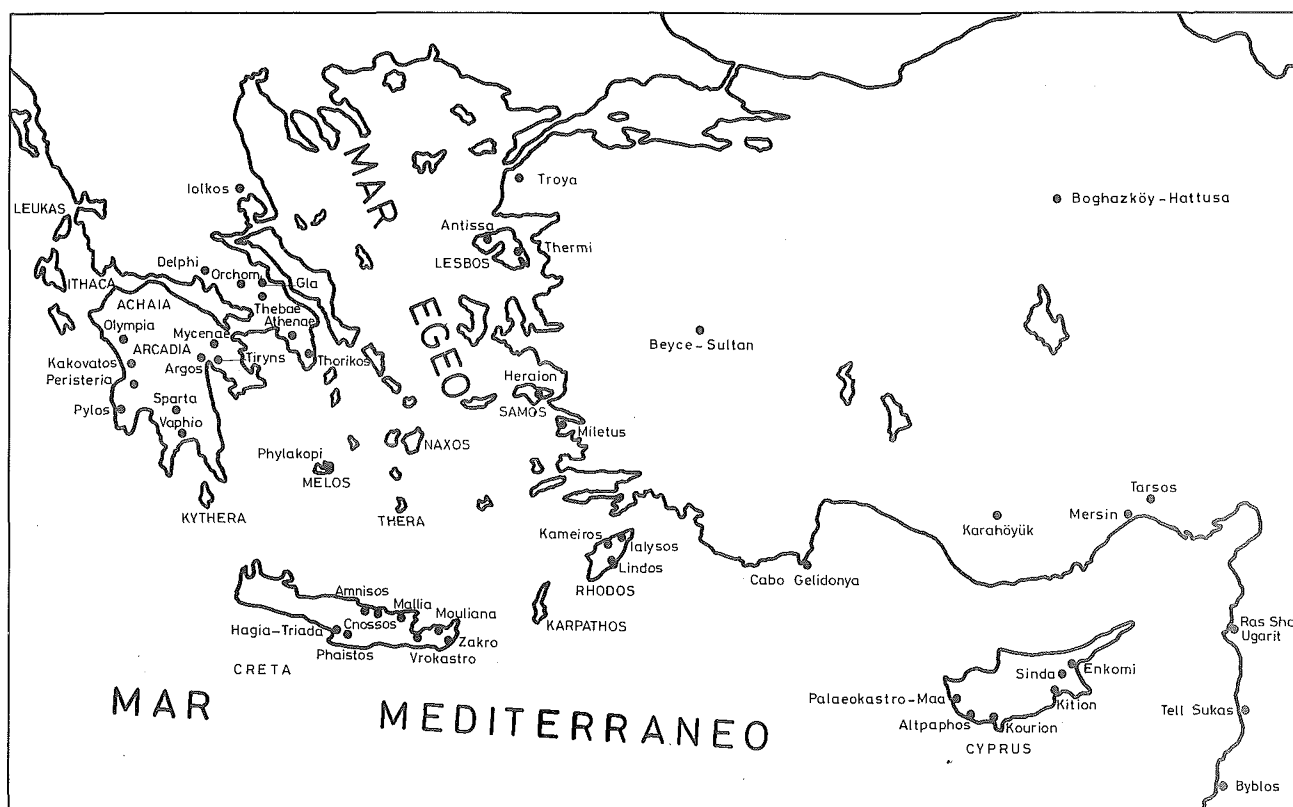
Hallazgos arqueológicos principales de Chipre (según V. Karageorghis).

Pero esta magnífica cultura cicládica parece haberse eclipsado repentinamente a finales del CA II (la fase del CA III se encuentra representada de una manera escasa), aunque en el Cicládico Medio (cuya representación cultural es Phylakopi II) parecen haberse repoblado los antiguos asentamientos e incluso aparecen nuevas aldeas, con lo que la teoría de que tras el Cicládico Antiguo las islas se habían despoblado se nos muestra sin ningún sentido. Con la entrada del Cicládico Medio el nivel de civilización aparece mucho más elevado. Los contactos con las zonas vecinas se desarrollan ampliamente como consecuencia del comercio. Sin embargo, hacia finales de este período la influencia cretense pasa a ser dominante: la explotación de materias primas se

hace con el concurso del poder minoico, que igualmente acapara el comercio, en el que los habitantes de las islas parecen ser únicamente colaboradores. Y este dominio de Creta se seguirá manteniendo (hasta la desaparición de los palacios) durante el siguiente período, Cicládico Reciente, si cabe de una forma más sostenida, cuando no más profunda.

III. CHIPRE

Por su situación la isla de Chipre resulta ser un centro básico en las relaciones entre Europa y Asia, lo cual determinó en gran medida su particular trayectoria histórica. Es durante el Neolítico y el Calcolítico (alrededor de 5800 a 2300 a. de C.), y durante el Bronce Antiguo (entre 2300 y 1850 a. de C.) que se puede observar un desarrollo cultural que es posible tipificar como genuinamente chipriota; a partir del Bronce Medio y especialmente durante el Bronce Reciente la isla se verá envuelta en las ambiciones de sus poderosos vecinos, viniendo así a convertirse en el paso necesario de las mercancías entre Oriente y Egipto por una parte, y la Grecia continental y el mundo egeo por otra, para finalmente quedar reducida, de alguna forma, a la sumisión. Es fundamentalmente por esta razón por la que hemos pensado en la necesidad de su inclusión en la parte que ahora estudiamos.



Esfera de influencia de la civilización Egea en el este.
(según Buchholz y Karageorghis)

1. El medio físico

Se trata de la isla más extensa del Mediterráneo Oriental, con unos 9.260 km², en la cual se destacan dos grandes macizos, concretamente los de Kirenia cerca de la costa norte y Troödos en el Oeste y gran parte de la zona central; el resto es una serie de llanuras que cubren la parte central, entre las dos montañas, de costa a costa, entre la bahía de Morfú al Oeste y la de Salamina al Este, y las zonas costeras del Norte y del Sur, con valles fluviales especialmente en la parte meridional. Por lo que se refiere a la llanura central, en su mayoría de naturaleza aluvial, hay que destacar que es divisible en dos secciones: la parte oriental, la Mesaoria, sobre la que discurren los ríos

Pedieos y Yalias, y la occidental sobre la que se sitúan los ríos Serakhis y Ovgos. Sus costas, tanto en la parte norte como en la sur y este, estaban dotadas de buenos puertos para las embarcaciones de la Edad del Bronce. El clima era tolerable y, aunque las lluvias se pueden catalogar de escasas y en general eran torrenciales en momentos determinados, los cauces fluviales permitieron el desarrollo de una suficiente agricultura.

2. Períodos neolítico y calcolítico

3000 a. de C. El período neolítico en el Peloponeso acoge la cultura de Sesklo en la que existían poblados sin ningún tipo de fortaleza y la cultura de Dimini con poblados fortificados y cerámica de Saudes. El momento del Bronce equivale al período Heládico.

Aunque posibles futuras investigaciones pueden alterar, en gran medida, la situación actual, hoy se puede decir que el desarrollo cultural en Chipre comienza con el asentamiento de comunidades productoras de alimentos. El C_{14} prueba que el límite superior para el período neolítico hay que situarlo hacia el 5800 a. de C.; y, puesto que el inicio del Bronce se coloca en 2300 a. de C., se concluye que ambos períodos en estudio cubren un total de 3.500 años, aunque es posible que en determinados momentos durante este largo tiempo la isla debió de encontrarse deshabitada.

Una primera fase neolítica (alrededor de 5800 a 5000 a. de C.), en la que pocos asentamientos han sido localizados, es caracterizada por el habitat de Khirokitia, situado en la pendiente de una colina no muy alta cerca de la costa sur. Se trata de cabañas de formas circulares con muros inclinados, construidos de adobe en las partes altas y de piedra en las bajas. Los muertos eran enterrados en los suelos de las cabañas. La manufacturación y uso de la cerámica eran desconocidos, y los vasos y recipientes se fabricaban, sin duda, de materiales como madera, cestería y cuero, aunque también los hay de piedra. Sus medios de vida se concentraban en una agricultura simple, siendo la caza aún muy importante como complemento alimenticio. La segunda fase es connotada también en Khirokitia, y existe un período de 1.500 años entre el abandono de los lugares de la fase anterior y su nueva ocupación. La explicación para el nacimiento de la nueva fase se concreta en la llegada de gentes de origen desconocido, aunque se sugieren afinidades con la cultura del Sur de Palestina; llegaron no mucho antes de mediados del IV milenio a. de C. y se establecieron en un pequeño número de lugares cerca de la costa sur, aunque puede que se extendiesen a algunas partes del centro. Esta nueva fase, que comienza hacia 3500 a. de C., es más conocida en Sotira y Kalavasos. El habitat de Sotira está situado en la cima de una colina cerca de la costa meridional. Muestra construcciones mucho más pequeñas que las de la fase anterior, pero con una mayor variedad en las formas, con cabañas circulares, elípticas y rectangulares (en Kalavasos sólo se da el tipo circular). Los muertos eran enterrados en un cementerio vecino, y nunca dentro de las cabañas. Por otra parte, dispone de una cerámica típica con decoración a peine. En general, hay que suponer que las condiciones de vida se encontraban en un mayor índice de desarrollo.

Existe una cierta continuidad entre el Neolítico y la primera fase del Calcolítico, que se supone que comienza hacia el 3000 a. de C. Los asentamientos calcolíticos parecen haber sido muy numerosos y se puede decir que, con excepción de la Mesaoria y la península de Karpas, no existen considerables zonas sin evidencia de ocupación. En general, se trata de personas con ciertos conocimientos arquitectónicos, con enterramientos en los suelos de las casas o cercanos a ellas en algunos cementerios existentes, y con una cerámica muy característica y de formas variadas.

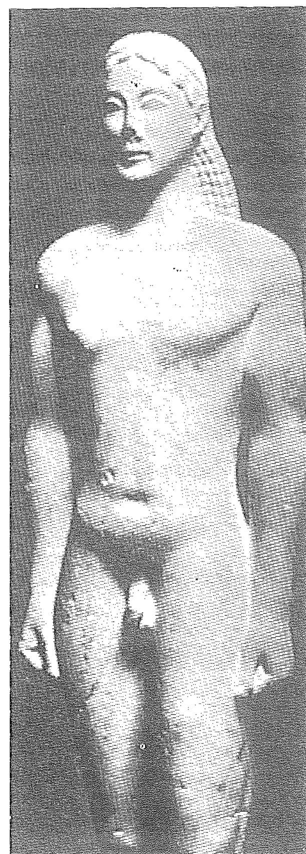
3. La Edad del Bronce

En Chipre, como en otras regiones, la Edad del Bronce ha sido dividida en tres etapas, y por analogía con las Cícladas, Creta y la Grecia continental, se han planteado los términos de Chipriota Antiguo, Medio y Reciente.

a) *Chipriota Antiguo*

El nacimiento del Chipriota Antiguo se coloca en torno al 2300 a. de C. y finaliza con gran probabilidad entre el 1900 y 1800 a. de C., en base a los sincronismos, sobre todo con Creta (especialmente vasos minoicos encontra-

dos en la zona septentrional de la isla). La fase más primitiva de este período es conocida por el nombre de cultura de Filia, por la región (en los valles fluviales del Noroeste) en la que se han descubierto los principales cementerios y los objetos más característicos. Esta cultura se centra fundamentalmente en el valle del Ovgos y se ve continuada, como una fase secundaria, por la necrópolis de Vunus en Bellapais, en la costa norte. Las innovaciones, los cambios importantes que se observan en la cultura de Filia han empujado a pensar en la llegada de un nuevo contingente de pobladores procedentes de Anatolia, que habrían entrado por la bahía de Morfú y se habrían asentado, en principio, en los valles del Ovgos y Serakhis, para extenderse inmediatamente hacia la parte central. Con posterioridad se supone una expansión hacia el Norte por la zona costera en Vasilia y ligeramente interior en Bellapais, y también posiblemente hacia el Sur en Anoyira y Sotira, próximas a la costa suroccidental. En general, los asentamientos de esta época implican que las tierras ricas agrícolamente, con agua en abundancia, fueron el determinante en la elección de los lugares, mientras que el acceso al mar era de mucha menor importancia. En sucesivas fases se producen expansiones en los asentamientos de la isla: en varios lugares de la península de Karpas (el más importante asentamiento se centra en Rizokarpaso), en la zona sudeste (en Kalopsidha y en Pyla), en el Sur entre la bahía de Larnaka y el río Kuris (los asentamientos más importantes en Episkopi y Kalavasos), y en el centro (en Politiko, Alambra y Ayios Sozomenos). Los inmigrantes anatólicos trajeron consigo métodos metalúrgicos, nuevos tipos de cerámica y formas nuevas de enterramiento; ellos serán, pues, los responsables de la rápida y concluyente prosperidad que conocerá la isla. Ahora bien, es cierto que los objetos encontrados en las tumbas nos muestran un claro avance en el terreno metalúrgico y que algunos lugares eran importantes centros de actividad industrial en los que ciertos productos eran manufacturados, pero la localización de las zonas de cobre no fue el factor determinante de los asentamientos, sino que la preeminencia en este sentido se daba a los lugares con posibilidades agrícolas, con abundante agua, tal como hemos ya apuntado. En cualquier caso, la existencia de cobre en la isla atraerá la atención de sus vecinos y antes de finalizar el período se puede denotar fuertes relaciones con Egipto, Ugarit y Creta (diversos objetos encontrados así lo prueban). La existencia de una abundante cantidad de armas en las tumbas, sobre todo durante la última fase del Chipriota Antiguo, podría probar que la isla se encontraba entonces dividida en federaciones de tipo tribal, las cuales se encontraban enfrentadas (como consecuencia del dominio de las zonas ricas, lo que debió de ser empujado por un considerable aumento de la población); y es probable que exista un cierto paralelo entre estas federaciones y las zonas de algunos de los reinos posteriores.


Kourós beocio. Ha. 550 a.C.

b) *Chipriota Medio*

Tiene una duración entre alrededor del 1850 y el 1550 a. de C. Al comenzar esta fase los asentamientos más importantes se mantienen en la zona norte y en los valles fluviales, pero a finales se observa cómo algunos de los anteriores han sido destruidos o abandonados. Existe, sin embargo, una gran expansión en algunas zonas de la isla, especialmente en la parte noroeste que se presenta muy habitada y hacia el Este, en la Mesaoria, y más allá en la península de Karpas, donde los asentamientos se van extendiendo considerablemente. Por lo demás, el desarrollo urbano es ahora patente. Se ponen también de manifiesto unas extensas relaciones comerciales con Oriente, Siria-Palestina, Egipto y Creta, con las cuales las exportaciones de mineral (en los textos de Mâri, hacia el 1800 a. de C., se menciona ya a Alasia, identificada al menos con una parte de Chipre, como el país del cobre) son el elemento básico, y por las que a cambio se reciben materiales de lujo y ciertas materias primas. Antes de finalizar el período se afianzan ya los asentamientos en la costa oriental y sudoriental que tendrán una gran importancia en el siguiente período, como monopolizadores del comercio exterior, de gran importancia entonces, a través de sus puertos: Kalopsidha parece el más influyente, pero las relaciones con Siria-Palestina conducirán a la fundación de Enkomi, que se convierte así en el centro administrativo más importante, una especie de capital, al menos de la zona oriental de la isla. Por entonces se aprecian fortificaciones en las poblaciones, y puesto que se sitúan no solamente en la

costa, hay que pensar en una etapa de enfrentamientos interiores; posiblemente el poder del foco oriental encontró oposición en otras zonas de la isla, que se defendieron de una presumible sumisión como consecuencia de la pretensión de dominio de las regiones ricas en agua y minerales. Es posible que la isla se encontrase realmente dividida y que las relaciones entre el Este y el Oeste fuesen belicosas. En cualquier caso, la zona oriental, muy relacionada con Siria-Palestina y también ligada al mundo egeo, parece que tomó la preeminencia y es entonces cuando Enkomi (el término Alasia, que aparece en documentos egipcios, hititas, y de otros lugares de Oriente, durante todo el II milenio a. de C., parece que debe de identificarse con la zona dominada por los gobernantes de esta ciudad) prospera de forma increíble, como consecuencia del dominio del amplio desarrollo comercial que se está produciendo.

c) *Chipriota Reciente*

Durante este período, que se centra entre aproximadamente 1550 y 1050 a. de C., se denota un enorme aumento de la población que es paralelo al aumento del número de los asentamientos. Se observa un movimiento hacia la costa, mientras que la región central, que fue importante en períodos anteriores, muestra un cierto abandono, aunque en parte mantiene su importancia. Destaca sobre todo la acumulación de asentamientos en la costa meridional, desde el extremo suroeste hasta Enkomi, en la bahía de Salamina. Especial atención merece la agrupación extrema existente en la bahía de Larnaka. Todo este movimiento, indudablemente, se encuentra en conexión con el considerable aumento de las relaciones comerciales de la isla. El sistema interno se hace mucho más complejo: la producción de las minas de cobre es enviada a las ciudades manufactureras junto con los productos agrícolas de las áreas rurales, y a través de los puertos se les da salida para recibir a cambio multitud de productos importados (es posible que la propia complejidad del sistema y las múltiples interrelaciones fuesen las que produjeron el nacimiento de una escritura silábica, grabada sobre tablillas de arcilla y otros objetos encontrados en Enkomi, siendo el más antiguo ejemplar de hacia 1500 a. de C.; los signos son diferentes a los de la escritura minoica, pero algunos muestran ciertas afinidades con la lineal A, razón por la que esta escritura es conocida como chipro-minoica). En definitiva, este período se caracteriza por la existencia de fuertes influencias minoicas y micénicas, hasta que finalmente esta última civilización termina por instalarse en la isla. En el período que va hasta 1400 a. de C. la preeminencia de la zona oriental, que agrupa seguramente la costa sur, es clara (únicamente la región de Morfú en el Noroeste se mantiene por ser rica en minerales) y la prosperidad de sus centros comerciales patente. Progresa la industria del cobre (fuente esencial) y el comercio sobre agricultura y ganadería. El cobre se exporta a Oriente, Egipto, Creta y el resto de la Grecia insular y continental. El comercio con Creta se intensifica (cerámica minoica aparece en Chipre y viceversa) y las relaciones con Siria-Palestina se hacen mucho más estrechas. Desde 1400 a. de C. la destrucción de los palacios cretenses dejará libre el camino para la expansión comercial micénica y su preeminencia en la isla va a tomar consistencia, primeramente con una influencia comercial (la cerámica micénica comenzó entonces a invadir la isla), que se va a ver pronto acompañada por una expansión política que finaliza con la definitiva colonización de la isla.

BIBLIOGRAFIA

ALEXIOU, S.: *Minoan Civilization*, Herakleion, 1969.

——, PLATON, N., y GUANELLA, H.: *Ancient Crete*, Londres, 1968.

ALVAREZ DE MIRANDA, A.: *Ritos y juegos del toro*, Madrid, 1962.

BRANIGAN, K.: *The Foundations of Palatial Crete. A Survey of Crete in the Early Bronze Age*, Londres, 1970.

CASKEY, J. L.: «Greece, Crete, and the Aegean Islands in the Early Bronze Age», *The Cambridge Ancient History* I-2, 3.ª ed., págs. 771-807, Cambridge, 1971.

——: «Greece and the Aegean Islands in the Middle Bronze Age», *The Cambridge Ancient History* II-1, 3.ª ed., págs. 117-140, Cambridge, 1973.

CASSON, S.: *Ancient Cyprus*, Londres, 1937.

CATLING, H. W.: «Cyprus in the Early Bronze Age», *The Cambridge Ancient History* I-2, 3.ª ed., págs. 808-823, Cambridge, 1971.
——: «Cyprus in the Middle Bronze Age», *The Cambridge Ancient History* II-1, 3.ª ed., págs. 165-175, Cambridge, 1973.
——: «Cyprus in the Late Bronze Age», *The Cambridge Ancient History* II-2, 3.ª ed., págs. 188-216, Cambridge, 1975.
CHADWICK, J.: *El enigma micénico. El desciframiento de la lineal B*, 2.ª ed., Madrid, 1973.
DOW, S., y CHADWICK, J.: «The Linear Script and the Tablets as Historical Documents», *The Cambridge Ancient History* II-1, 3.ª ed., págs. 582-626, Cambridge, 1973.
EVANS, A.: *The Palace of Minos at Knossos*, vol. I-IV (reimp. 1964), Londres, 1921-1936.
FAURE, P.: *La vie quotidienne en Crète au temps de Minos*, París, 1973.
FINLEY, M. I.: *Grecia Primitiva: La Edad del Bronce y la Era Arcaica*, Buenos Aires, 1974.
GARCÍA LÓPEZ, J.: *Sacrificio y sacerdocio en las religiones micénica y homérica*, Madrid, 1970.
GLOTZ, G.: *La civilización egea*, México, 1956.
GRAHAM, J. W.: *The Palaces of Crete*, Princeton, 1962.
HAMMOND, N. G. L.: *A History of Greece to 322 B.C.*, 2.ª ed., Oxford, 1967.
HIGGINS, R. A.: *The Greek Bronze Age*, Londres, 1970.
HOOD, S.: *The Home of the Heroes. The Aegean Before the Greeks*, Londres, 1967.
——: *The Minoans. Crete in the Bronze Age*, Londres, 1971.
KANTOR, H. J.: *The Aegean and the Orient in the Second Millenium B.C.*, Bloomington (Indiana), 1947.
KARAGEORGHIS, V.: *Chipre*, Barcelona, 1971.
MARINATOS, S., y HIRMER, M.: *Creta y Micenas*, México, 1968.
MATZ, F.: *Kreta, Mykene, Troja. Die minoische und die Homerische Welt*, 2.ª ed., Stuttgart, 1956.
——: *Crete and Early Greece*, Londres, 1962.
——: «The Maturity of Minoan Civilization», *The Cambridge Ancient History* II-1, 3.ª ed., págs. 141-164, Cambridge, 1973.
——: «The Zenith of Minoan Civilization», *The Cambridge Ancient History* II-1, 3.ª ed., págs. 557-581, Cambridge, 1973.
NILSSON, M. P.: *The Minoan-Mycenaean Religion and its Survival in Greek Religion*, 2.ª ed., Lund, 1950.
PALMER, L. R.: *Mycenaeans and Minoans. Aegean Prehistory in the Light of the Linear B Tablets*, 2.ª ed., Londres, 1965.
PENDLEBURY, J. D. S.: *The Archaeology of Crete* (reimp. Nueva York, 1963), Londres, 1939.
PICARD, CH.: *Les religions préhelléniques (Crète et Mycènes)*, París, 1948.
PLATON, N.: *La civilisation égéenne*, vol. I-II, París, 1981.
RENFREW, C.: *The Emergence of Civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millenium B.C.*, Londres, 1972.
SCHACHERMEYR, F.: *Die minoische Kultur des alten Kreta*, Stuttgart, 1964.
——: *Agäis und Orient*, Viena, 1967.
VENTRIS, M., y CHADWICK, J.: *Documents in Mycenaean Greek*, 2.ª ed., Cambridge, 1973.
VERCOUTTER, J.: *Essai sur les relations entre Egyptiens et Préhellènes*, París, 1954.
VERMEULE, E.: *Grecia en la Edad del Bronce*, México, 1971.
WARREN, P.: *The Aegean Civilization*, Oxford, 1975.
WILLETTS, R. F.: *Everyday Life in Ancient Crete*, Londres, 1969.
ZERVOS, CH.: *La naissance de la civilisation en Grèce*, vol. I-II, París, 1962.

LA CIVILIZACION MICENICA

J. Luis Avello Alvarez

I. INTRODUCCION

2600-2000 a. de C. Heládico Antiguo. Los pueblos de este período realizan labores agrícolas, elaboran la cerámica Urfirnis *y parece que no proceden de la rama indoeuropea, como se ha podido ver con el estudio de su lengua.*
2000-1600 a. de C. Heládico Medio, durante el que desaparece la cerámica Urfirnis, sustituida por la Minia, que procede de un pueblo también agrario.

La Edad de Bronce del continente griego es conocida por el término Heládico. Y si bien el presente estudio está dedicado al Heládico Reciente (HR) es necesario destacar ciertos aspectos del Heládico Antiguo (HA) y del Heládico Medio (HM) que le sirven de preludio.

El HA I es una clara continuación del Neolítico. Los emplazamientos, a veces fortificados, se asientan sobre los anteriores. Poseen casas rectangulares, algunas de ellas claros antecedentes del *mégaron* micénico, siguiendo los modelos neolíticos de Dímini y Sesklo. La única novedad digna de destacar es la aparición de la metalurgia, aunque se presenta como una actividad excepcional. Los asentamientos del HA II aparecen generalmente fortificados, sobre todo los costeros, con cierta tendencia hacia el urbanismo. Desde nuestro punto de vista, se deben destacar dos tipos de enterramientos bien en cistas, o bien en el interior de cuevas artificiales, previamente excavadas en el suelo, con un corto y ancho vestíbulo. En estos momentos la metalurgia manifiesta una intensa actividad. El HA III se caracteriza por ser un periodo de escasa preponderancia, cuya novedad más importante consiste en la aparición de un tipo de cerámica que preludia la miniada, típica del HM.

En el HM irrumpen nuevas gentes consideradas como los primeros griegos, los «aqueos», que establecen una clara ruptura con el HA. Al parecer se impusieron por la fuerza, pues tanto Orcomenos como Eutresis, poblados del HA, fueron destruidos. Los asentamientos se establecen sobre los del HA y se caracterizan por estar fortificados, con casas rectangulares en piedra y ladrillo y por un cierto grado de urbanización. Por lo general, los enterramientos se concentran en verdaderas necrópolis; algunos individuales, a veces, se agrupan en el interior de recintos circulares hechos de piedra. En la metalurgia se aprecia un aumento de la producción de armas. Sin embargo, es la cerámica la que más desarrollo va a alcanzar. La más característica es la minia, de color gris, apenas sin decoración, hecha con moldes, que imita recipientes metálicos y se puede emparentar con la egeo-anatólica. También aparece la cerámica mate, pintada en oscuro sobre fondo claro o viceversa, cuyos motivos son siempre representaciones geométricas, relacionándose con modelos de la cerámica capadocia hitita y ciertas vasijas cretenses. Asociadas a estas dos variantes aparecen vasos cicládicos y minoicos, por ejemplo los de tipo Camarés procedentes de Creta.

En líneas generales el HA y HM se caracterizan por una economía predominantemente agrícola y ganadera, con un desarrollo paralelo de la actividad pesquera. El HM introduce el cultivo intensivo de la vid, además de contar, como novedad, con la presencia del caballo. A nivel artesanal destaca la metalurgia y, sobre todo, la producción cerámica.

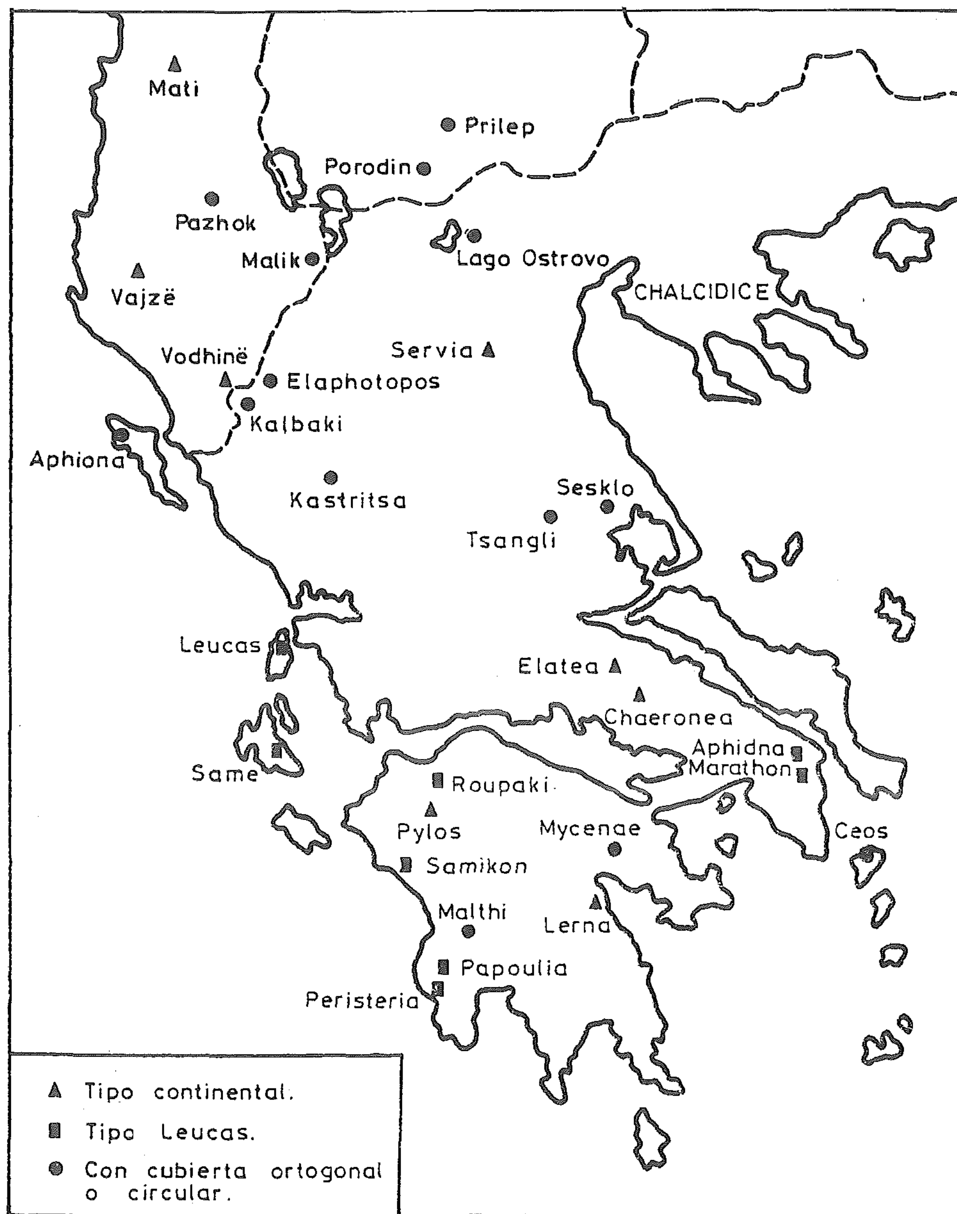
El periodo HR I, II y III es conocido también con el término de Micénico. Tal denominación obedece a que los primeros hallazgos de esta cultura, excavados por E. SCHLIEMANN en 1876, fueron los de Micenas. E. SCHLIEMANN, partiendo de los textos homéricos, fue relacionando hallazgos con héroes de la Iliada, por tanto arqueología y épica homérica aparecen unidas en el inicio del conocimiento de la cultura micénica. Estas fueron las dos únicas fuentes usadas por los estudiosos del mundo micénico hasta 1952, año en que M. VENTRIS dio a conocer el desciframiento del lineal B. Testimonios escritos y arqueológicos, a veces, son difíciles de coordinar. La Iliada, no cabe duda,

refleja hechos históricos, ocurridos algunos de ellos, en época micénica. La dificultad está en separar lo micénico de lo concerniente a la llamada «Epoca Oscura». El lineal B no ha llenado las grandes lagunas existentes, ya que la mayor parte de los textos son simples registros administrativos. Las tablillas micénicas proporcionan nombres de dioses, cargos de la administración del palacio, etc., pero es difícil establecer sus verdaderas funciones. El lineal B y la Iliada tienen puntos de contacto, pero no presentan un cuerpo único, ya que existen diferencias insalvables. Los nombres pueden ser los mismos, pero el contenido es seguramente muy distinto. La arqueología ha proporcionado restos de carácter civil, militar, religioso y funerario para el HR III, mientras que en el HR I y II predominan, fundamentalmente, los hallazgos de este último tipo. Por tanto, el conocimiento del mundo micénico, a través de la arqueología, también se presenta con grandes vacíos.

Calcolítico y Bronce Antiguo en los Balcanes (según T. Chapa y G. Delibes).



Se constata una línea de continuidad del HM al HR, ya que se siguen habitando los mismos centros, a excepción de escasos ejemplos, a la par que surgen otros nuevos. El aumento demográfico puede ser debido a dos factores. En primer lugar, la instalación de cretenses tras las catástrofes sísmicas, según N. PLATON, y, posiblemente, nuevas gentes procedentes del norte se fueron asentando en los territorios micénicos. Aunque la población básicamente debió ser la misma, pues no se perciben grandes catástrofes ni tampoco una masiva instalación de grupos humanos. En segundo lugar, la estructura socioeconómica del HR permite sostener un poblamiento más denso.



Expansión micénica de acuerdo con los hallazgos arqueológicos (según Leveque).

II. ORIGENES DE LA CULTURA MICENICA

Hacia el 1600 a. de C., en el sur y centro de Grecia, sobre todo en la Argólida, se advierte un cambio cultural, debido principalmente a la aparición de influencias cretenses, que marcarán el comienzo del llamado HR. Acerca de los orígenes de la cultura micénica se han elaborado distintas hipótesis.

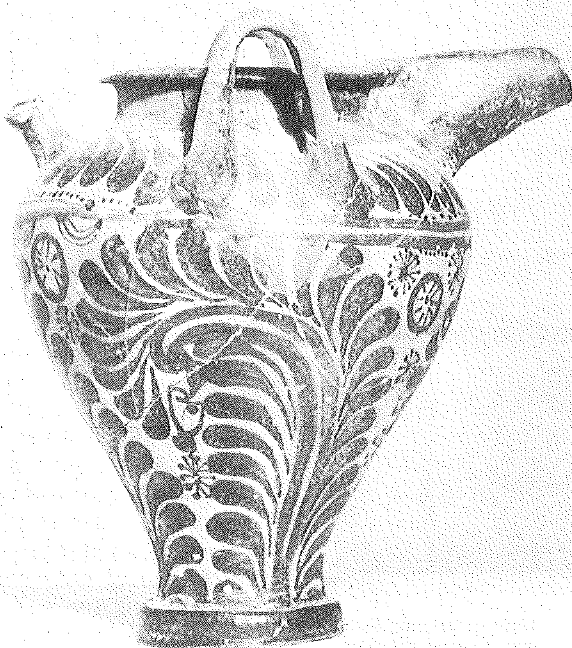
Para A. EVANS y A. J. B. WACE, la cultura micénica tiene su origen en el mundo cretense. El primero afirma que es producto de una colonización sistemática que ocasiona contactos continuos entre los pueblos del continente y Creta (teoría pacifista). A. J. B. WACE mantiene que la influencia minoica se debe a la invasión de Creta por parte de los aqueos (teoría belicista). N. PLATON opina que, hacia 1600 a. de C., después de un período de conmociones sísmicas en Creta, numerosas colonias minoicas fueron fundadas en las islas del Egeo y en el sur y centro del continente griego, época durante la cual el mundo heládico comenzaría a asimilar el minoico. Después de la erupción volcánica de hacia 1500 a. de C., un grupo de aqueos, en torno al 1450 a. de C., instaló en Cnosos una dinastía creto-aquea. De esta forma los micénicos se convirtieron en sucesores de los minoicos. La teoría de N. PLATON es convincente, pues sugiere la posibilidad de incorporar lentamente la cultura minoica en la heládica, cuyo resultado final será la micénica. Hecho que no se pudo haber realizado en un periodo corto de tiempo, ya que es un proceso de aculturación sumamente complejo.

SP. MARINATOS orienta la teoría del origen del mundo micénico hacia Egipto. Los egipcios, ante la invasión hicsa, pidieron ayuda a las poblaciones meso-heládicas que serían transportadas en naves cretenses, ante la carencia de una flota egipcia o heládica. De esta forma los guerreros meso-heládicos entrarían en contacto simultáneamente con Egipto y Creta. La influencia egipcia estaría presente en el arte monumental funerario de Micenas que SP. MARINATOS entiende como una interpretación del egipcio. La gran cantidad de objetos de oro, en las tumbas del HR sería el resultado del pago, por parte de Egipto, a las tropas mercenarias heládicas. El doble problema de esta teoría es que, por una parte, la arqueología nada de ello confirma y, por otra, la cronología de la invasión hicsa es bastante anterior al comienzo del desarrollo micénico. Una opinión similar mantiene F. H. STUBBINGS, añadiendo que gracias al contacto con Egipto, los heládicos pudieron llegar a conocer el carro de guerra, el cual les permitió una superioridad militar. Sin embargo, la arqueología ha demostrado que el carro de guerra penetró en Grecia desde el Epiro.

M. ASTOUR considera que la cultura micénica tiene su origen en el mundo semítico-occidental lo que, en parte, es cierto; Anatolia y Grecia continental habían mantenido un intercambio de elementos culturales que están presentes en la formación del HR como en el caso de la cerámica de tipo mate.

Crátera con flores del período Minoico Medio.
Jarrón del período Minoico Reciente.





Cabe añadir, por último, que muchos autores hasta épocas no muy lejanas han visto en la cultura micénica influencias centro-europeas, basándose en una serie de elementos como, por ejemplo, el *mégaron*. Actualmente la arqueología ha demostrado que dichos elementos se encuentran en regiones mediterráneas con anterioridad. Quizás el mayor defecto está en atribuir un origen único al mundo micénico. A nuestro entender la formación de la cultura del HR es el resultado de un proceso de aculturación más amplio, pero en el que predomina lo minoico.

III. EXPANSION MICENICA

El HR se distingue de los periodos anteriores por la vocación marítima de sus gentes frente a las culturas heládicas precedentes que eran tradicionalmente continentales. A partir de la aculturación minoica de los heládicos comenzará un proceso de expansión hacia distintos puntos del Mediterráneo. La expansión micénica releva, en todo su ámbito, a la cretense y añade una nueva área de expansión, la del Mediterráneo occidental. Esto, para muchos autores, sería un claro ejemplo de la asimilación de lo minoico por los heládicos. Lo cierto es que los aqueos se presentan siempre con una gran capacidad de sincretismo, lo que les ha permitido desarrollar el fenómeno de la llamada «koiné micénica». Se debe destacar, por tanto, el carácter mediterráneo de la cultura micénica que tan sólo se proyectó en las zonas ribereñas de este mar. R. B. Revere ha demostrado que los hititas despreciaban la costa, orientando todas sus estructuras hacia las tierras continentales. Entre el Imperio hitita y el mar existía una serie de «estados colchón» independientes aunque sí protegidos por dicho Imperio. De esta forma la costa oeste y sur de Anatolia, al igual que las islas circundantes, pudieron ser objeto, por parte de los micénicos, de una fácil colonización.

El núcleo de la cultura micénica se sitúa en el sur y centro de la Grecia continental y en concreto en la Argólida. Desde aquí, poco a poco, se irá propagando hacia Corintia, noroeste y sur del Peloponeso, Mesenia, Laconia e islas Jónicas. En la Grecia central destacaron dos grandes núcleos micénicos: Atica y Beocia. En el norte de Grecia los hallazgos pertenecientes al HR se encuentran sólo en la zona costera. Desde la Grecia continental, los micénicos comenzaron a colonizar el Mediterráneo. Para F. H. Stubbings y C. G. Thomas esta expansión obedece a una economía de tipo comercial, siguiendo los modelos minoicos. En Creta, el comercio dependía, en su mayor parte, del poder real, por lo que no sería extraño que los micénicos estuviesen organizados de una forma similar. La diferencia más sustancial, con respecto a Creta, es que además de mantener unas relaciones comerciales, Micenas influyó en las civilizaciones vecinas exportando no sólo sus productos, sino también su arte, su religión, etc., lo que dio lugar a la llamada «koiné micénica». Los grados de micenización oscilan desde aquellos territorios que asumen totalmente la cultura micénica hasta los que sólo incorporan determinados elementos de la misma, como seguidamente veremos.

1. *Creta.* La erupción volcánica de hacia 1500 a. de C. destruyó los centros cretenses y, sin duda, algunos micénicos del este. Después de un corto periodo de tranquilidad, un grupo de aqueos, aprovechando el caos que reinaba en la isla tras la catástrofe, instaló en Cnosos una dinastía creto-aquea. Creta, por su posición geográfica, a partir del siglo XV a. de C., acabará convirtiéndose en uno de los centros más importantes de la cultura micénica. Su principal característica radica en haber mantenido sus propios elementos culturales por lo menos hasta el MR III B, época en la cual se manifiesta una asimilación más acusada de lo heládico.

2. *Cícladas.* Estas islas fueron incorporadas al mundo micénico una tras otra, sobre todo durante el HR II B. La presencia de la cultura continental griega, en este caso, no supuso un cambio radical, pues sólamente se observan ligeras variaciones como pueden ser la aparición de la cerámica micénica, el *mégaron* (en Philacopi) y los refuerzos que sufren los recintos cicládicos a los que se les añade las torres cuadradas típicamente micénicas.

3. *El Mediterráneo Occidental.* Las naves micénicas también se dirigieron hacia el oeste a diferencia de las cretenses. Arribaron a Corfú (Feacia) y a



Idolo de mármol, de las islas Cícladas. Seguramente representa la diosa de la fecundidad.

las costas del Adriático, donde pudieron haber entablado contacto con la llamada «ruta del ámbar», sustancia que frecuentemente aparece en las excavaciones heládicas, aunque los hallazgos de carácter micénico en la Europa Central e Inglaterra son tan escasos que presumiblemente se traten de aportaciones indirectas. Es en el oeste y sur italiano y este siciliano, principalmente Siracusa y Tarento, donde con más claridad se manifiesta la presencia micénica. La colonización de estas áreas debió de ser totalmente pacífica, ya que no se percibe ningún tipo de violencia. Los contactos comenzaron a principios del HR II y llegaron a su máxima culminación durante el HR III. En esta época, las relaciones comerciales se establecieron entre distintos centros, no sólo de la Grecia continental, sino también de las islas (Rodas, Chipre y Creta) y enclaves del Asia Anterior. Algunos autores defienden la

1600-1150 a. de C. Heládico Reciente, que equivale en sus primeros momentos al Micénico Antiguo. Grupos de pueblos ganaderos se asientan en la zona conservando la cultura anterior, pero carecen de cerámica.



Estatuilla de un tañedor de lira, de Kerod, en las Cícladas, del 2000 a. de C.

presencia micénica en otras áreas situadas más hacia Occidente. SP MARINATOS, apoyándose en una escena de lucha de un *rython* micénico, establece contactos con el mundo baleárico. N. PLATON observa que la cerámica ibérica, de épocas posteriores, presenta ciertas características heredadas de la micénica. Para F. BIANCOFIORE, los asentamientos italo-sicilianos serían un punto intermedio entre el Egeo y la península ibérica, cuya riqueza en metales, tanto en Andalucía como en el noroeste peninsular, sería ambicionada por los micénicos.

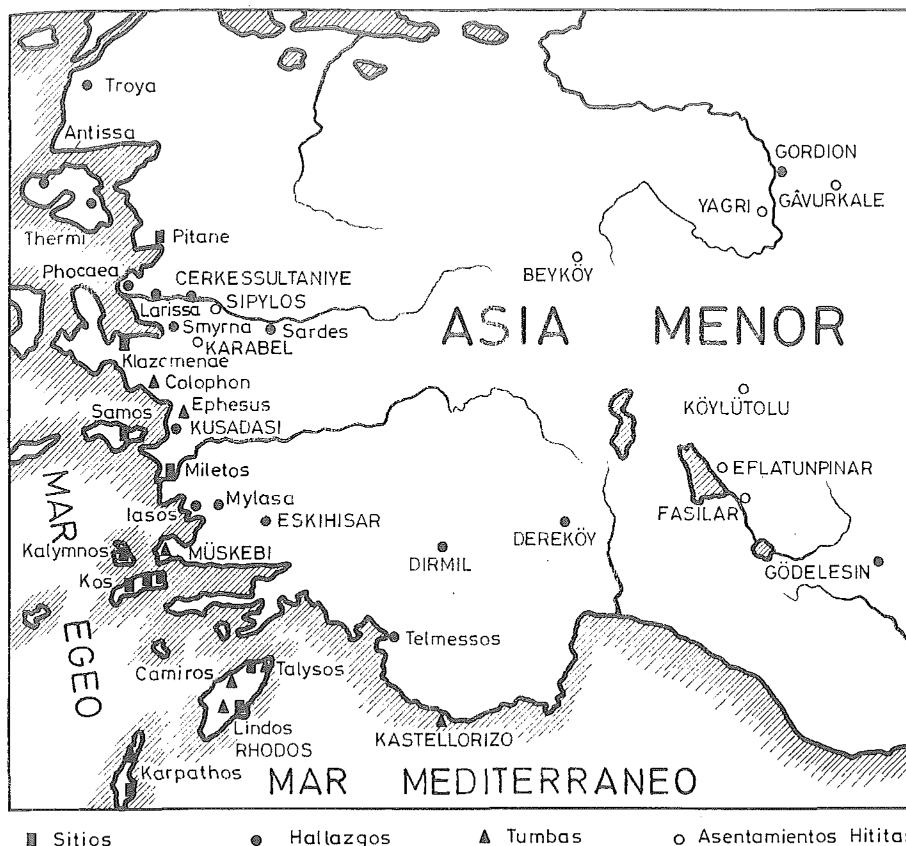
4. *Asia Menor.* Para el estudio de esta zona contamos con fuentes arqueológicas y escritas. Las fuentes escritas han dado lugar a numerosas discusiones y posturas, basadas en la relación fonética, posible, entre los antropónimos y nombres de pueblos mencionados en los textos hititas y

HEINRICH SCHLIENMANN (1822-1890), arqueólogo alemán. En 1870 efectuó excavaciones en Hissazlik. Basándose en datos extraídos de La Iliada, pretendía encontrar las ruinas de la antigua Troya y allí encontró el emplazamiento de la antigua ciudad homérica.

algunos de los héroes y pueblos de la Iliada. El país de los *ahijawa*, mencionado en los textos hititas, para E. FORRER, E. MEYER, F. SCHACHERMEYR, entre otros, no es otro más que el pueblo aqueo. Frente a estas posturas W. OTTO y D. L. PAGE, por destacar algunos, niegan esta teoría, aduciendo que el término *ahijawa*, se refiere a un país del Asia Menor, o próximo a ella. Las fuentes arqueológicas, por su parte, presentan la civilización hitita como la menos relacionada con la cultura micénica, de todas las existentes en el Cercano Oriente, lo que estaría en línea con la teoría expuesta por R. B. REVERE. En líneas generales, se observa que el grado de micenización es muy elevado en Rodas, Mileto y Halicarnaso. También Troya muestra una clara influencia micénica a partir de su nivel VI. Para D. L. PAGE los habitantes de Troya VI eran tan griegos como los del continente. Sin embargo, es en Troya VIIa donde con más claridad se refleja la cultura heládica. Este nivel es considerado por la mayoría de los autores como el correspondiente al asedio de Troya por parte de los aqueos, según la épica homérica. Dicho asedio ha ocasionado enormes polémicas que van desde la radical postura de M. I. FINLEY, quien niega totalmente su existencia o por lo menos su relevancia histórica, hasta D. L. PAGE para el que la tradición homérica refleja un hecho totalmente cierto, ocurrido en el pasado. Lo importante es que en el último tercio del siglo XIII a. de C. Troya VIIa sufre un asedio a causa del cual aumenta su aparato defensivo. Troya VIIb se caracteriza por una clara ruptura, debido a la aparición de nuevos elementos, por lo que, si los sitiadores lograron su empeño, el poderío de los mismos debió ser muy breve. El relacionar la arqueología con la Iliada ofrece serias dificultades, aunque, como dice J. C. BERMEJO, existe una correlación aproximada entre estos hechos y ciertos niveles arqueológicos de destrucción. Los micénicos también ocuparon, hacia 1450 a. de C. la isla de Rodas que pronto se convirtió en uno de los principales centros de la Ruta del Este. A partir de esta misma época se colonizaron Mileto y Halicarnaso, que junto a Rodas, serán los tres yacimientos más importantes del Asia Menor. En ellos se aprecia que la cultura minoica es sustituida rápidamente por la heládica. Es curioso destacar que, a excepción de los citados cuatro ejemplos, el Asia Menor se encuentra muy poco micenizada. No creemos que se deba a la resistencia hitita, sino más bien a la propia concepción colonizadora micénica.

5. *El Mediterráneo Oriental.* Dentro de esta área de expansión el caso más importante es Chipre, el cual, por su situación, estuvo en relación con tres mundos: el egeo, el anatolio y el sirio, a los que se podría añadir el egipcio. Esta posición geográfica será el motivo básico por el que Chipre, desde el Neolítico, posee una relevante cultura. Hacia 1400 a. de C comienzan a aparecer las primeras manifestaciones de cultura micénica, sobre todo la cerámica, junto con productos minoicos aunque predominan las relaciones con la costa sirio-palestina, lo que ha motivado el desarrollo de una cultura mixta. En un principio se debieron importar vasos procedentes de la Argólida y Rodas, pero rápidamente Chipre comenzará a producir formas micénicas con rasgos puramente chipriotas, como las cráteras cipro-micénicas, que incluso llegará a exportar a la Argólida y Creta. En el ChR III C es cuando se produce la gran colonización aquea de la isla, convirtiéndose en uno de los puntos intermedios de la llamada Ruta del Este (Creta-Rodas-Chipre-Egipto y viceversa) y también en base importante para las relaciones con la costa sirio-palestina. A. C. BARAMKI ha demostrado el impacto producido por la civilización micénica en Ras Samrha, Tell Abu-Hawan y Megido, a los que se debe añadir también Jericó, entre otros. Estos lugares comienzan a importar cerámica chipriota y micénica a partir del siglo XIV a. de C. Esta cerámica se propagará por el valle del Orontes, en la Bekaa y en la región de Damasco. Sin embargo, más allá del valle del Jordán y del Orontes la influencia micénica va a ser mínima, por lo que los productos de tipo heládico serían incorporados indirectamente. En el Mediterráneo Oriental se va a producir el doble fenómeno de la orientalización del arte micénico y de la micenización de ciertos productos orientales. Esta característica, junto con otros factores, permitirá una larga pervivencia del HR III hasta épocas muy avanzadas, posteriores incluso a la extinción de la cultura micénica, sobre todo en Chipre.

6. *Egipto.* Este territorio, al igual que los del Mediterráneo oriental del Egeo, mantuvo relaciones con Creta antes del desarrollo de la cultura micénica. A partir de 1400 a. de C., el Imperio Nuevo mantendrá constantes



Lugares micénicos en el Egeo Oriental (según H. G. Buchholz).

intercambios con el mundo sirio-fenicio y el heládico, de este modo lo micénico sustituirá lo minoico a través de la Ruta del Este o de la llamada ruta directa (Creta-Egipto). Los contactos del HR III con Egipto se evidencian por la aparición de cerámica micénica, sobre todo, las llamadas jarras de estribo. Además el arte, en general, sufre recíprocamente ligeras transformaciones. Estos contactos se romperán hacia el 1200 a. de C.

No se sabe muy bien el motivo que condujo a los micénicos a colonizar las áreas descritas. Gran número de autores, entre los que destacan C. G. Thomas y F. H. Stubbings, ven en el comercio el principal móvil, mientras que para W. Mc Donald y R. Simpson sería el incremento demográfico lo que obligó a los micénicos a expandirse por el Mediterráneo. Lo cierto es que los micénicos establecieron relaciones directas e indirectas con distintos lugares e incluso se asentaron, bien por la fuerza o bien pacíficamente, en puntos que les sirvieron de base para llegar a áreas más lejanas. Ello permitió el desarrollo de la «koiné micénica», que si bien no se manifiesta con claridad tampoco se puede obviar tajantemente.

IV. CULTURA MATERIAL MICENICA

Desde las excavaciones emprendidas por E. Schliemann hasta nuestros días, la arqueología ha proporcionado una serie de restos materiales que definen, junto al lineal B, la cultura micénica. Este apartado estará dedicado al estudio de los restos arqueológicos.

1. *Arquitectura.*

a) *Arquitectura militar.* En líneas generales los hábitats micénicos se caracterizan por su elevado valor estratégico al estar emplazados en colinas y rodeados de murallas. G. Mylonas ha demostrado que la mayor parte de estas construcciones defensivas pertenecen al HR III, siendo escasos los ejemplos del HR II, los cuales parecen tan sólo controlar los asentamientos y las vías de acceso, al igual que los cretenses. Por lo tanto, a diferencia de

Se edifican las fortalezas monumentales de Micenas, Tirinto y Pilos.
Los nuevos pueblos aqueos y jonios carecen de una estructura social y política homogénea.
Poco a poco Micenas conseguirá la hegemonía sobre el resto.

Creta, los núcleos de población micénica están rodeados totalmente de recintos defensivos. Las murallas micénicas, en torno a los 6 m de espesor medio, estaban formadas por enormes bloques de piedras poco trabajadas, superpuestos unos a otros sin argamasa, con pequeñas piedras en los intersticios, tipo de aparejo denominado comúnmente ciclópeo. Las murallas micénicas más conocidas son las de Tirinto, Micenas y Arné. La de Micenas es la más importante de la cual se conservan sus dos accesos: la Puerta de los Leones y una pequeña puerta al norte, ambas flanqueadas por torres cuadradas construidas, en forma pseudo-isodómica, de sillares de conglomerado, lo que no es normal en las murallas ciclópeas micénicas. Estas fortificaciones están directamente emparentadas con las de Asia Menor que son las primeras grandes fortificaciones en piedra, como ha demostrado J. P. ADAM. En los inicios del II milenio a. de C., el Imperio hitita levantó poderosas murallas tales como las de Böghaz-Koy (Hatusa) y Alaca-Hüyuk (probablemente Kussar). En ambos casos las puertas de acceso se encuentran entre dos torres y flanqueadas por genios o animales protectores de la ciudad; en Alaca-Hüyuk son esfinges y en Böghaz-Koy son leones. También existen similitudes



Ciudadela de Micenas.

▪ Sitios ● Hallazgos ▲ Tumbas o Asentamientos Hititas

entre las fortificaciones micénicas y la de Troya IV y Chalandriani. Los elementos característicos de la arquitectura militar hitita están presentes en las murallas de Micenas, pero engrandecidos en sus dimensiones lo que les da un aspecto de impresionantes. Tal cambio, en opinión de J. M. ADAM, está hecho para «impresionar» más que para ganar en eficacia y estrategia. Estas fortificaciones exigían elevados costos a la sociedad, de ahí que existan algunos centros micénicos, como Pilos, escasamente fortificados. También se ha de señalar que alguna de estas fortificaciones, como es el caso de Arné, no presenta en su interior vestigios de hábitat por lo lo que SP. MARINATOS lo interpreta como lugar de refugio de las ciudades próximas.

Además de las murallas y torres, se pueden considerar elementos militares los almacenes de municiones y alimentos, los cuerpos de guardia, obras de aprovisionamiento de agua, etc. Estas últimas son verdaderas obras de

ingeniería; en Micenas se construyó un corredor subterráneo que atravesaba los cimientos de la muralla, obteniéndose el agua fuera del recinto a 15 m de profundiad; en Atenas el agua también se obtenía a considerable profundidad a través de una grieta natural. Tales previsiones impedían la estrategia de grandes asedios y sus murallas, por otro lado, no permitían la entrada en el interior. Todo ello hacía que las ciudades micénicas resultaran difíciles de conquistar con las armas de la época y un claro ejemplo lo tenemos en la misma Micenas cuya acrópolis fue tomada en el 486 a. de C. tras un largo asedio.

b) *Arquitectura doméstica.* Es difícil precisar las plantas de las casas y palacios anteriores al HR III, pero no cabe duda que existía arquitectura doméstica en los periodos anteriores. Esta ausencia sólo se puede explicar admitiendo que para poder construir los palacios del HR III se tuvieron que explanar las construcciones anteriores. Dentro de este tipo de arquitectura micénica el lugar más relevante lo ocupan los palacios, pertenecientes en su mayor parte al HR III B. La estructura palacial, ubicada en la zona de la acrópolis, está compuesta por el *mégaron*, núcleo central del palacio, y numerosas dependencias anejas. El resultado es de enorme complejidad porque fue necesario adaptar la irregularidad del terreno a las edificaciones, conformando un sistema de terrazas escalonadas, algunas de ellas con muros de contención. Estas dependencias anejas se han interpretado como aposentos reales, baños, bodegas, almacenes, talleres, archivos, *mégara* secundarios, etc. Todo ello nos muestra que el palacio no sólo era la residencia real, sino



Puerta de los Leones, puerta norte de la fortaleza de Micenas. Hacia el **1300 a. de C. Llamada así por los dos leones que flanquean la columna en gran relieve que descarga sobre el dintel de la puerta.**

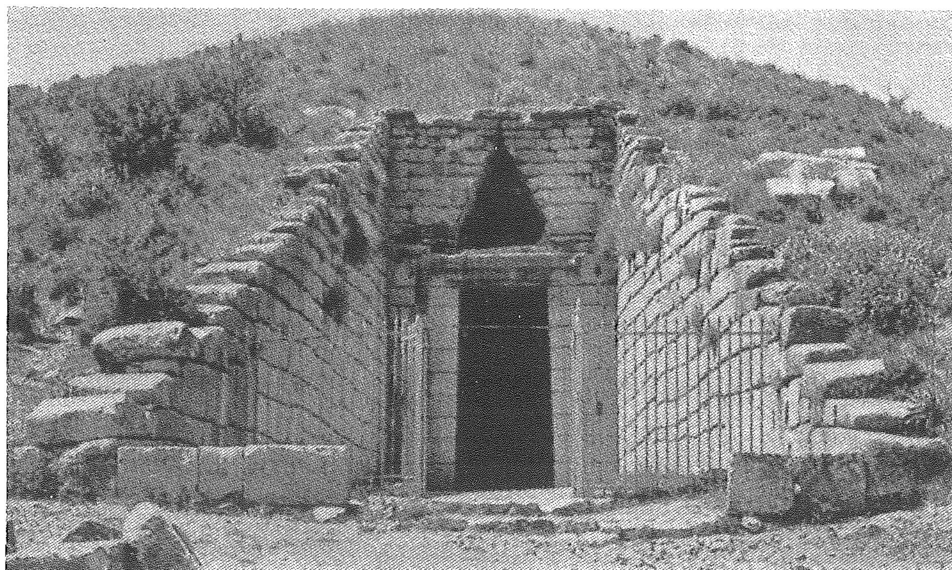
también el centro de la vida política, social, económica y religiosa. Alrededor del palacio micénico se agrupan otras construcciones pertenecientes a personajes de un determinado rango social. Pero lo que va a caracterizar y definir el palacio micénico es el *mégaron* que está presente en Grecia desde tiempos neolíticos (Tesalia), probablemente importado de Asia Menor. Su presencia en el sur de Grecia puede datar de la misma época, ya que excavaciones recientes revelan que las grandes ciudades creto-micénicas poseen niveles neolíticos. El *mégaron*, siempre orientado hacia el sur consta de tres estancias: el vestíbulo con dos columnas al frente entre los extremos de las paredes este y oeste; la antesala a la que se accede desde el vestíbulo por una gran puerta; y, finalmente, otra gran puerta conduce a la sala principal. En esta última existe un hogar circular de grandes dimensiones (en Micenas 3,70 m de diámetro, en

Pilos 4 m), situado en el centro y rodeado por cuatro columnas que soportarían un techo de mayor altura por el que, además de salir el humo, podía entrar la luz. SP. MARINATOS, ante la ausencia de tejas en las excavaciones, considera que la cubierta sería de paja o junco. Los muros estaban decorados en su interior con frescos de inspiración cretense. Existen discrepancias a la hora de definir el número de plantas que poseía el *mégaron*, o bien dos (lo menos probable) o una muy elevada para impedir que el humo penetrase en el resto de las dependencias anejas. Además de las connotaciones sociales, como núcleo principal del palacio, recientemente, según M. A. ELVIRA, al volverse a excavar la llamada «casa de Tsountas», se ha confirmado el uso del *mégaron* con fines religiosos. Esta casa resultó ser un santuario con planta de *mégaron*, precedido de un altar en forma de herradura.

En el área situada entre el palacio y el recinto amurallado es donde más ambiente urbano se percibe y, actualmente, es uno de los principales objetivos de la arqueología micénica que nos está proporcionando descubrimientos de construcciones aisladas o bien agrupadas formando barrios. Tales construcciones se supone que serían las casas de los dignatarios, las casas de los sacerdotes ligadas a los santuarios, tiendas, almacenes, centros artesanales (como el horno de fundición que recientemente se ha descubierto en Micenas), etc. En definitiva serían la prolongación del palacio. Todas ellas estaban comunicadas entre sí y con la puerta principal, a través de estrechos pasajes y escaleras. Al exterior del recinto amurallado aparecen grupos de casas que atestiguan un hábitat disperso. Han sido excavadas, algunas de ellas, y se las ha denominado de acuerdo a los objetos hallados en su interior, como por ejemplo la «casa del aceitero», la «del vinatero», la «de las esfinges», la «del plomo», etc., todas ellas en torno a Micenas.

Independientemente de estas obras de carácter doméstico, los micénicos realizaron construcciones de interés público como la aparente *ágora* de Gla, los canales de riego minios, redes viarias, puertos marítimos, fuentes, etc., siendo muchos de estos elementos de clara inspiración cretense, sobre todo, las vías de comunicación terrestre o incluso los verdaderos acueductos que conducían el agua hacia las fuentes, situadas en el interior del recinto amurallado.

c) *Arquitectura funeraria.* Este tipo de arquitectura es la mejor conocida debido a que está presente en todas las etapas del HR y, en segundo lugar, a que presenta numerosos testimonios arqueológicos, muchos de ellos intactos. Por ello no es de extrañar que el ochenta por ciento del total de los restos micénicos encontrados sean de carácter funerario. Se debe resaltar también que en estas construcciones se hallaron numerosos ajuares que proporcionaron los objetos más valiosos de las artes micénicas. La riqueza de los ajuares funerarios y la magnitud de las tumbas micénicas contrasta grandemente con el mundo cretense. Dentro de esta arquitectura se pueden establecer dos grandes categorías: las tumbas de fosa y los *tholoi*.



Tumba de Clitemnestra, en Micenas. Es una tumba de falsa cúpula terminada en punta, ante la que se alza una fachada-portalón y se extiende un largo corredor de acceso murado (dromos).

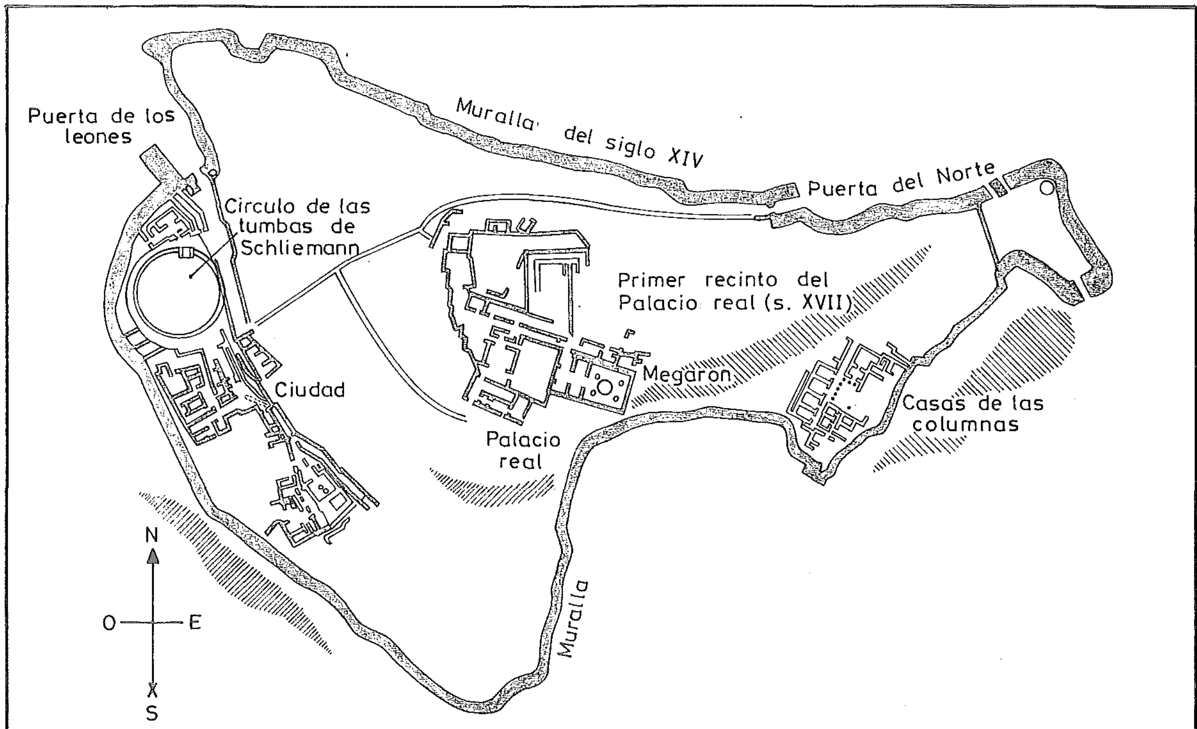
Las tumbas de fosa derivan de las de cista del HM. los ejemplos micénicos más conocidos son los llamados Círculos A y B de Micenas. El primero se encuentra en el interior del recinto amurallado, de construcción posterior, cuyo trazado se hubo de modificar para evitar su destrucción. El segundo está situado en el exterior de dicho recinto. El Círculo A, próximo a la famosa Puerta de los Leones, posee un diámetro de 27,50 m y está cercado por una doble hilera de piedras erguidas. Han aparecido, en su interior, seis tumbas todas ellas ubicadas en el lado oeste, lo que hace pensar que las tumbas del lado este podrían haber sido destruidas. Las tumbas más ricas son la IV y la V, la primera, la más grande (4,50 × 6,40 m) contenía tres hombres y dos mujeres. Las paredes de las fosas estaban revestidas de aparejo ciclópeo y, en lo alto, había una hendidura para soportar las vigas de cubrición que, en ocasiones, estaban protegidas por fundas de bronce para evitar su putrefacción. Los suelos estaban recubiertos de guijas o pequeñas piedras y el techo de placas de esquisto sostenidas por ramas entrelazadas y, finalmente, recubiertas de tierra. El emplazamiento de las tumbas estaba marcado bien por un pequeño túmulo o bien por estelas, algunas de las cuales aparecen decoradas a base de motivos ornamentales o figurados. El Círculo B presenta el mismo tipo de construcción que el Círculo A, es decir, ciclópeo. Han sido descubiertas en su interior veinte y cuatro tumbas de fosa, cuyos muros, techos y suelos están construidos de la misma manera que las tumbas del Círculo A, pero la mayoría son de dimensiones más reducidas, lo que ha motivado el considerarlas como tumbas principescas, frente a las reales del Círculo A. La principal característica del Círculo B es la presencia de cerámica meso-heládica (minia y mate) por lo que G. MYLONAS, SP. MARINATOS, E. VERMEULE y otros datan el Círculo B como anterior al A. N. PLATON considera, sin embargo, que la presencia de cerámica del HM se explica por el hecho de que los viejos estilos coexistieron con la cerámica micénica más antigua, siendo, por tanto, ambos Círculos contemporáneos, es decir, pertenecientes a los inicios del HR I. Este tipo de tumbas estará presente en los demás periodos micénicos.

1400-1150 a. de C. Micénico Reciente. Se construyen los sepulcros de cúpula para el culto a los antepasados de la casa dominante. En este momento se producen las incursiones a Creta con una asimilación paulatina de la Historia.

Los *tholoi*, en un principio, se clasificaron como tumbas pertenecientes al HR II y III —el HR I estaría representado por las tumbas de fosa—, sin embargo, se ha ido demostrando que ambos tipos de construcción funeraria evolucionaron paralelamente. A. J. B. WACE clasificó los *tholoi*, basándose en una tipología evolutiva, siendo los mejor construidos los más modernos. Actualmente la arqueología ha demostrado que determinados *tholoi*, datados por A. J. B. WACE como tardíos, ofrecían objetos pertenecientes a épocas anteriores. Algunas de las tumbas en *tholos* se pueden remontar al 1600 a. de C.; las de Micenas, que son las más importantes, fueron construidas alrededor del 1520 a. de C. Las tumbas de tipo *tholos*, al igual que las de cámara, tienen sus antecedentes en Creta donde se ha comprobado una evolución continua desde la época prepalacial hasta el nacimiento de la civilización micénica. En ambos tipos de tumbas aparecen elementos similares: el *dromos* (corredor) que enlaza el exterior con la cámara, por lo general de forma redonda o cuadrada (en las tumbas más pobres, a veces, aparecen cámaras irregulares). A diferencia de las de cámara, los *tholoi* presentan su cámara revestida. Los *tholoi* parecen ser destinados a miembros pertenecientes a la realeza, ya que la construcción de este tipo de monumentos presupone la participación de una mano de obra numerosa y un aprovisionamiento de material costoso, lo que no puede ser soportado por un particular. El ejemplo más importante, que a su vez resulta ser uno de los más destacados del mundo prehistórico es el llamado Tesoro de Atreo. El *dromos*, de 36 m de longitud, está revestido de grandes sillares formando aparejo seudoisodómico. La cámara es circular y está configurada por una bóveda de falsa cúpula de 33 hiladas, también en aparejo seudoisodómico. Sus dimensiones son impresionantes: 14,50 m. de diámetro y 13,20 de alto. Se comunica con el dromos por medio de una puerta, de proporciones también gigantescas: el arquitrabe interior tiene 8 m. de largo, 5 de ancho y 1,20 de grueso. Sobre el dintel aparece el triángulo de descarga, al igual que el de la Puerta de los Leones. En el interior de la cámara existen agujeros, a intervalos regulares, con restos de bronce, lo que atestigua la presencia de adornos, al parecer, imitando formas rosáceas, lo que da la impresión de un cielo estrellado. En la pared norte existe una puerta pequeña, también con triángulo de descarga, que conducía a la cámara funeraria de forma rectangular, excavada en la roca y que pudo haber estado

recubierta de placas de bronce. Las tumbas de *tholos*, finalmente, se recubrían de tierra formando un túmulo. Aparte del Tesoro de Atreo, existen numerosos ejemplos cuya enumeración no viene al caso. Sus riquezas resultan imposibles de evaluar, ya que la mayor parte fueron saqueadas.

Otro tipo de sepulturas es el representado por las *tumbas de cámara*, excavadas en la roca, que varían ostensiblemente, según las épocas y las regiones. En su interior, acogían a numerosos enterramientos, incluso pertenecientes a varias generaciones. Las gentes enterradas en las tumbas de cámara pertenecían a un rango social menor que las de las tumbas anteriormente citadas, por lo que se podrían definir como sepulturas familiares usadas en el transcurso de los años por y para el pueblo. En el HR III, este tipo de sepulturas se agrupaban formando grandes cementerios en las proximidades de cada centro micénico.

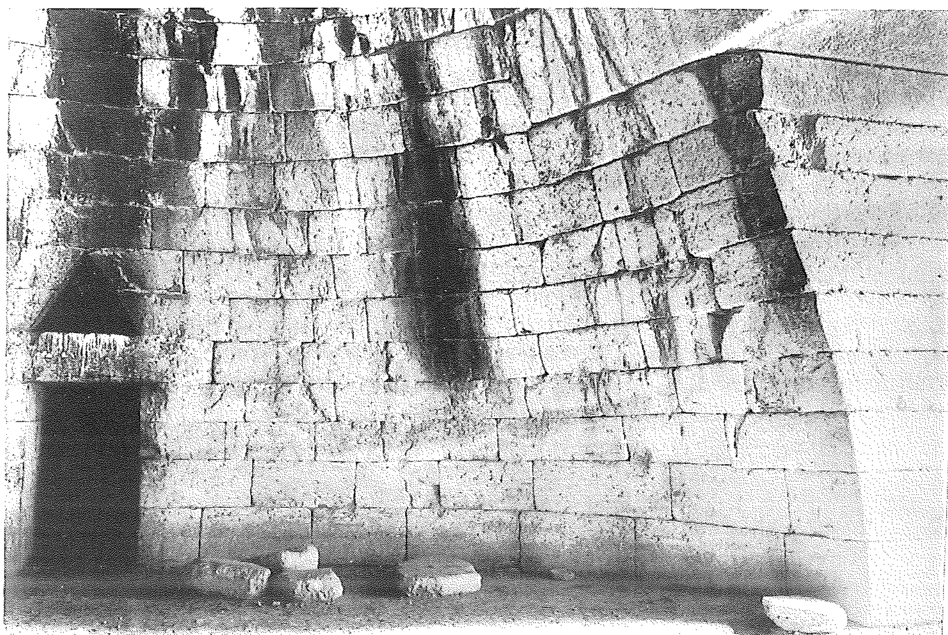


Ciudadela de Micenas.

Clitemnestra, hija de Tindáreo, rey de Esparta y de Seda. Clitemnestra era la esposa de Agamenón, rey de Micenas y Argos, madre de Orestes, de Electra y de Ifigenia. Instigada por su amante Egisto, dio muerte a su esposo. Después ambos murieron a manos de Orestes.

2. *Escultura y objetos en piedra.* La abundante utilización de la arcilla y el metal en época micénica relega, a un segundo plano, la fabricación de objetos hechos en piedra: útiles, armas, bajorrelieves, esculturas, etc. Los utensilios son imitaciones más o menos fidedignas de objetos cretenses, incluso alguno de los vasos esculpidos, que han sido hallados en los dos Círculos de Micenas y que se caracterizan por su excelente calidad, parecen importaciones cretenses. Las armas alcanzan altas cotas de perfeccionamiento técnico en el trabajo de las puntas de flecha y lanza, la mayor parte de ellas realizadas sobre sílex u obsidiana. Quizás lo más característico de Micenas sea la escultura de carácter monumental, que no está presente en Creta. La técnica y, en gran medida, el tipo de decoración, geométrica o figurada, se vislumbra claramente en la isla, pero allí no existen ejemplos de estelas sepulcrales como las de Micenas. Las estelas funerarias que aparecen en los Círculos A y B, para la mayor parte de los autores, pertenecen al HR I. Sin embargo, N. PLATON data la mayor parte de ellas en el HT III B, época en la que se construyeron los anillos de piedras que rodean ambos Círculos. Tan sólo admite como pertenecientes al Micénico antiguo dos o tres, cuyos grabados son emparentables temáticamente con los puñales demasquinados. Las estelas del HR III B son de inferior calidad técnica y presentan convencionalismos tales como las representaciones de los caballos con dos patas. La temática se reduce a motivos geométricos, predominando las espirales, y figurativos con escenas que reproducen imágenes de la vida

guerrera o cinegética (cacerías de leones y toros, y luchas). Otro tipo de escultura monumental es la que aparece estrechamente vinculada y adaptada a la arquitectura. El Tesoro de Atreo y la Tumba de Clitemnestra tuvieron la fachada decorada con temas geométricos y vegetales: espirales, bandas en zig-zag, hiladas de hojas, medios rosetones, etc. En el techo de la cámara sepulcral de la llamada Casa del Tesoro de Minias, en Orcómenos, entre la red de espirales, aparecen hojas de papiro y además enmarques de rosetones. El Tesoro de Atreo también proporcionó dos trozos de placas con la parte de un toro en cada una de ellas, las cuales pueden constituir la primera tentativa de escultura monumental con función arquitectónica que llegaría a alcanzar su máximo apogeo, más tarde, en los tímpanos esculpidos que rellenan los triángulos de descarga de las puertas, combinando una función orgánica y otra estética. El ejemplo más notorio es el triángulo de descarga de la Puerta de los Leones de Micenas, del HR III B, que presenta una columna flanqueada por dos leones (o leonas), símbolo seguramente de la ciudad y el palacio. En cuanto a las esculturas de bulto redondo solamente se puede decir que no son frecuentes.

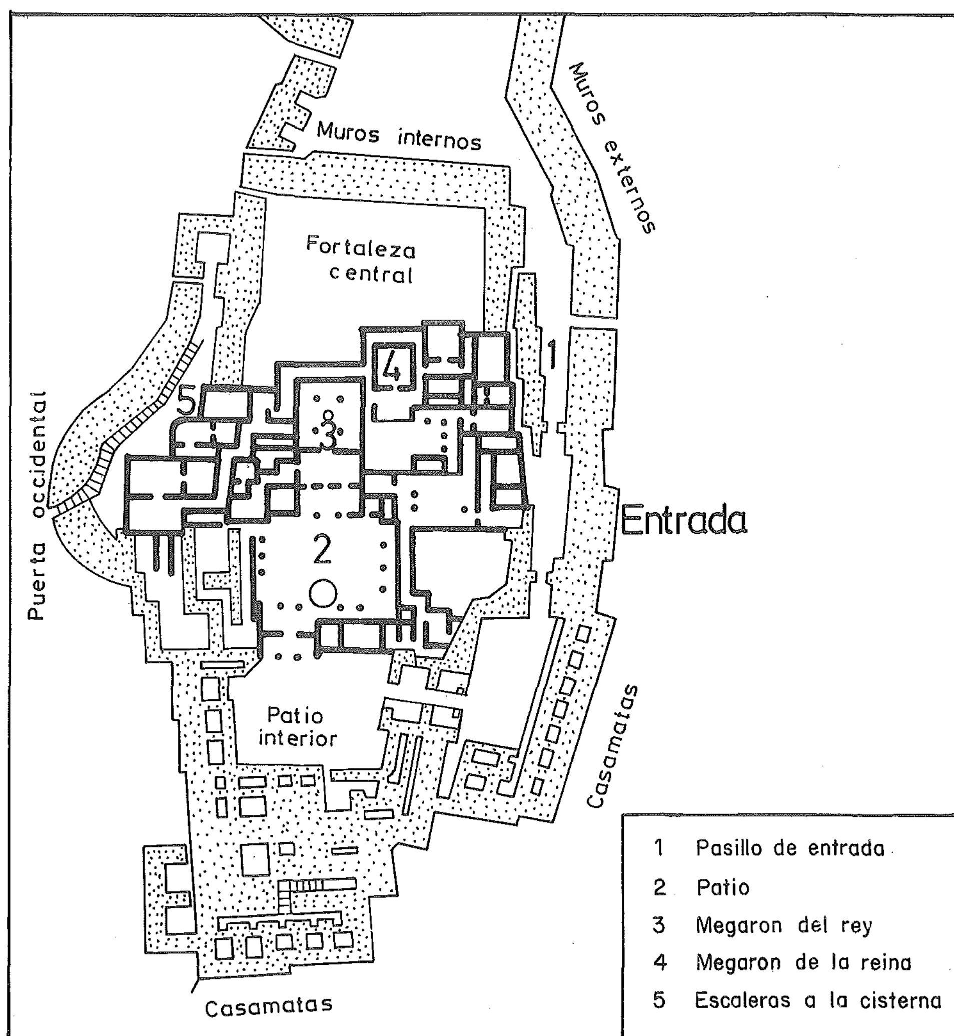


Tesoro de Atreo, tumba de falsa cúpula de Micenas. Es una tumba de corredor, formada con una gran cámara circular para el culto, con bóveda falsa y otra cámara más pequeña para el cadáver.

3. *La cerámica.* Cuando la producción meso-heládica alcanza su mayor apogeo en la producción de vasos minios y mates, comienzan a aparecer las formas típicamente micénicas. La influencia cretense y cicládica impondrá un repertorio tipológico y ornamental totalmente nuevo en el continente, apareciendo los vasos denominados amarillo-minios, mientras que la producción cerámica mate se alterará en menor medida aunque se evidencia la imitación de prototipos cicládicos y cretenses. Este proceso donde mejor se manifiesta es en los dos Círculos micénicos aunque estos tipos de cerámica se encuentran en casi todos los centros micénicos antiguos y medios y, sobre todo, en las necrópolis. En dichos Círculos, además, han aparecido formas cerámicas importadas de Creta y las Cícladas. Los tipos heládicos y los cicládico-minoicos han permitido establecer que ambos Círculos fueron usados con fines funerarios desde aproximadamente el 1600 a. de C. hasta poco después del 1500 a. de C. En resumen, en el HR I y II se observa el proceso de crear una tradición cerámica partiendo de modelos minios y mates, meso-heládicos, además de los cretenses y cicládicos, cuyas formas al final del HR II se encontrarán en el estadio que precede a la expansión micénica. Durante el HR III, la cerámica alcanzará una producción masiva debido a la demanda comercial que supone la expansión de la cultura micénica por el Mediterráneo oriental y occidental. Ello contribuyó a fijar la técnica, a estereotipar la morfología y a convencionalizar la decoración. Desde el punto de vista técnico, los cacharros abandonan la cocción perfecta que, durante los perio-

dos anteriores, se caracterizó por ser superior a la cicládica y minoica. Por otra parte, las marcas de torno se muestran ahora muy acentuadas lo que evidencia una mayor prisa en su proceso de fabricación. Tipológicamente se aprecia una limitación de formas, aunque cada una de ellas ofrece numerosas variantes, observándose un alto porcentaje de vasijas cuya finalidad es contener materias que posteriormente serían comercializadas, tales como las jarras de estribo y los askos. En cuanto a la decoración, al principio se continúan representando temas típicos del HR II, como los marinos y vegetales, pero a medida que pasa el tiempo se van esquematizando hasta formas convencionales irreconocibles. Paralelamente, debido a la gran expansión micénica, surgen numerosas variantes en centros alejados del continente, como el llamado estilo micénico-levantino de Chipre. En la Argólida y Chipre bajo la influencia de los frescos, aparece un estilo figurado con escenas humanas y animales hasta entonces excluidas de la cerámica. En general, la mayor parte de los vasos micénicos presentan una decoración convencional que nació de la abstracción de los estilos micénicos más antiguos. Fundamentalmente el repertorio es el mismo, pero los motivos se reducen a simples ornamentos no exentos de significado. En la fase final del HR III se dan dos estilos: el *Granary style* y el *Closed style*. El primero se caracteriza por la simplificación extrema de la decoración de líneas onduladas, curvas, metopas, etc., marcando el comienzo de los estilos submicénico y protogeométrico. El segundo, por el contrario, tiende a decorar toda la superficie del cacharro, lo que evidencia un sentido de *horror vacui*. En esta última fase se manifiesta claramente la decadencia de la cerámica micénica debido a que los mercados interiores y exteriores comienzan a autoabastecerse.

En cuanto a las terracotas, las del HR I y II nos son muy poco conocidas

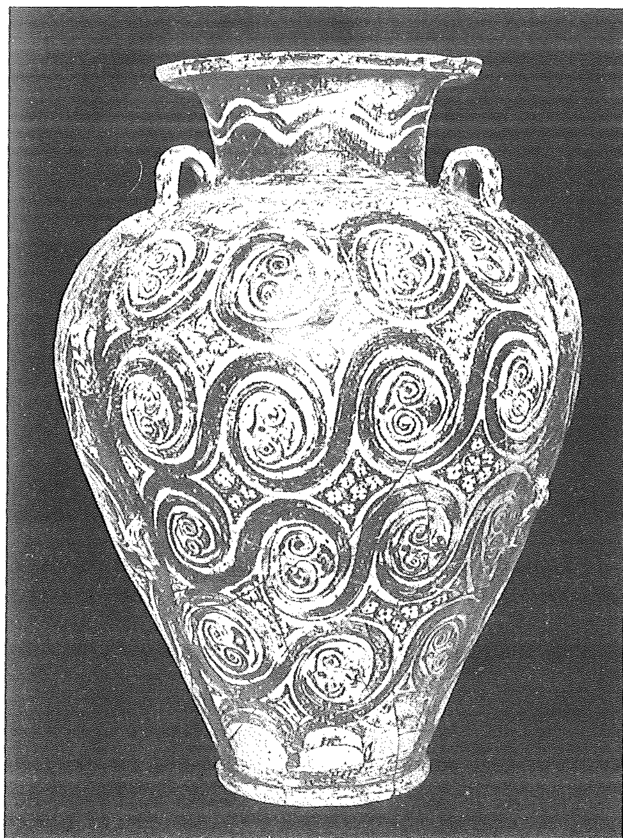


Tirinto.

ya que las excavaciones han proporcionado escasos ejemplos. En Pilos se hallaron figuras femeninas de escasa calidad que anuncian las estereotipadas y esquemáticas del HR III que se pueden agrupar en tres tipos: Ψ, Φ y T, que se definen por la postura que adoptan los brazos. Es interesante destacar que estos ídolos se encontraron sobre todo en las tumbas de los niños. Son raras las agrupaciones escénicas realizadas en terracota, solamente aparecen divinidades sentadas sobre un animal y capturas de toros. Durante el HR III abundan también los vasos zoomorfos de tipo *rython* que generalmente representan la cabeza de un toro.

4. *Metalurgia.* La metalurgia micénica alcanza su alto nivel ya desde los primeros tiempos como lo prueban los objetos hallados en las sepulturas reales, siendo quizás las más famosas las de Micenas y, sobre todo, las tumbas de fosa del Círculo A. En líneas generales se puede considerar la metalurgia micénica como continuación de la minoica, hasta tal punto que muchos autores opinan que parte del material encontrado procede de Creta o ha sido elaborado por artistas cretenses asentados en los centros micénicos. Pero también se puede apreciar una producción local autónoma que, aunque inspirada en la técnica y tipología minoica, conserva las características esenciales de la fabricación griega. Los *rythona* son claramente de inspiración minoica aunque, a veces, las representaciones marcan un nuevo mundo como, por ejemplo, un *rython* de plata que reproduce el asedio a una ciudad. Este episodio no se presenta nunca en el mundo cretense y es solamente similar a los de época homérica. En el Círculo A aparecieron también numerosas copas y recipientes cuyas asas, a veces, se rematan con motivos animalísticos, como la llamada por E. SCHLIEMANN, Copa de Néstor que presenta dos halcones. La decoración de las copas fundamentalmente se compone de acanalados, sogueados, hojas, además de las típicas rosetas y espirales. Otra serie de objetos fabricados en oro, plata o *electron* son las máscaras funerarias que aparecieron, junto con placas pectorales, en los muertos más conspicuos. Las mujeres eran enterradas con vestidos adornados con oro, diademas y otras joyas. En conjunto se observa que estos tesoros están constituidos por ofrendas y adornos mortuorios. Es curioso constatar que las grandes riquezas acumuladas en las tumbas del HR I contrastan enormemente con la escasez

Anfora de Micenas. Heládico Medio, con temas vegetales. Anfora de Dendra (Argolida), Micénico Reciente. La decoración de la primera ocupa todo el espacio debido a lo que en arte se llama «horror vacui».





de utensilios de metales preciosos del HR III cuyas joyas, aunque en cierta medida son abundantes, sin embargo, utilizan ornamentos menos costosos como se puede apreciar en los recipientes de plata de los periodos anteriores que, ahora, son sustituidos por modelos de arcilla con una capa superficial de estaño o plomo. Sin embargo, los objetos de metal más importantes son las armas y los útiles de los Círculos A y B, salvo ligeras excepciones de importancia secundaria. Entre las espadas encontradas existen algunas con suntuosas empuñaduras recubiertas a menudo de láminas de oro y decoradas generalmente con representaciones animalísticas. Algunas espadas tienen la



Máscara de Agamenón, micénica del siglo XVI a. de C. Fue descubierta por H. Schliemann en una tumba del círculo A. El ajuar funerario encontrado en las tumbas micénicas, son de un lujo extraordinario.

hoja adornada con motivos figurativos y ornamentales, series de caballos, leones y grifos. Esta decoración se hacía sobre una placa que luego se ajustaba a la hoja de la espada. Los motivos presentan incrustaciones de diversas aleaciones y metales —oro, plata, *electron*— sobre un fondo negro nielado. La temática consta de escenas de carácter acuático y cinegético, además también están presentes motivos ornamentales como las típicas redes de espirales. Existen dos tipos de espadas que se caracterizan por su distinto tamaño: las largas (85 × 95 cm) y las cortas (65 × 75 cm), lo que atestigua distintos usos en la lucha. Durante el HR III, la producción de armas parece haber sido enorme si se tiene en cuenta las cantidades enumeradas en las tablillas tanto

de Cnosos como de Pilos, lo que debió acarrear un enorme *superavit* subsanado, posiblemente, por el comercio. Son espadas más simples tanto en su empeñadura como en su decoración; esta menor preocupación por la estética puede deberse a que ya no son solamente destinadas a las clases nobles. Al final del HR III aparecen nuevos tipos de espadas claramente de origen nórdico. Esta producción metalúrgica afecta también a otras armas como puntas de flecha y lanza, utensilios domésticos y religiosos como los famosos vasos de Vaphio y las figurillas de bronce y plomo de tipo cretense.

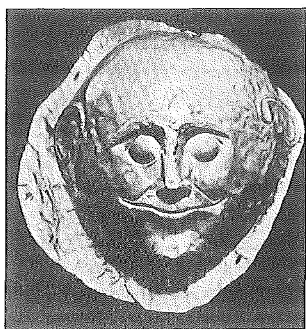
5. *Glíptica.* En este tipo de arte es donde mejor se aprecia la influencia cretense ya que, salvo el cilindro y el escarabeo, formas influenciadas por Oriente y Egipto, es copia del minoico. Existe cierta diferencia temática porque la glíptica micénica añade los motivos tradicionales de su decoración: escenas de guerra y caza, sobre todo, de tigres, leones, ciervos y toros. Es muy difícil apreciar etapas cronológicas en este arte e incluso centros de fabricación, tan solo en el HR III se aprecia una tendencia al esquematismo.

6. *Los frescos.* Todos los frescos descubiertos hasta el momento pertenecen al HR III y se encuentran en un estado de conservación deficiente. La técnica, la disposición y la temática son de clara influencia cretense. Los frescos micénicos se distinguen por una atenuación cromática conseguida por el empleo de tonos intermedios. Las escenas típicas cretenses, procesiones de hombres y mujeres portando ofrendas y la tauromaquia, están presentes pero aportan las escenas de lucha y caza. En general se aprecia, como muy bien dice N. PLATON, la ausencia de realismo y el soplo poético propio de los frescos minoicos. Los frescos micénicos se ubican en las paredes y suelo de los *mégara* y dependencias reales. Quizás el ejemplo más importante es el friso del *mégaron* de Micenas, estudiado y reconstruido por G. RODENWALT. Sobre el friso existían escenas de caza, pero el tema central y principal parece ser un combate en torno a una acrópolis. Se observan mujeres entre columnas, carros de combate, rocas, plantas, guerreros caídos, etc.; todas las figuras parecen suspendidas en el espacio, siguiendo la tradición cretense.

V. ESTRUCTURA SOCIO-ECONOMICA MICENICA

Poco se puede decir sobre la sociedad, la economía y religión micénica de los periodos de HR I y II ya que los restos con que se cuenta son tan sólo de carácter arqueológico y éstos, en su mayor parte, de tipo funerario. Por ello tan sólo estudiaremos la sociedad, la economía y la religión del HR III, periodo para el cual se dispone además de fuentes arqueológicas más completas, de la aparición del Lineal B. El desciframiento del Lineal B ha permitido, en los últimos tiempos, teorizar sobre los aspectos sociales, económicos y religiosos, en muchos casos, inaccesibles a los arqueólogos. El Lineal B, por tanto, se convirtió en la fuente primordial para el conocimiento de dichos aspectos. Las inscripciones en Lineal B aparecen en tablillas de arcilla que fueron encontradas, en gran cantidad en Cnosos y Pilos mientras que Micenas, Tebas y Tirinto han aportado escasos ejemplos. Los rasgos pintados en Lineal B sobre cerámica no poseen un gran valor documental pues, en la mayor parte de los casos, se trata de una sola palabra, generalmente un nombre propio. En conjunto, la documentación existente es muy reducida pues no se dispone de verdaderos archivos, sino de algunos inventarios anuales que contabilizan lo concerniente al ganado y a la agricultura, la tenencia de tierras, los oficios especializados, la mano de obra, las contribuciones de toda índole, las levas de hombres, su composición, el movimiento de las unidades militares, los sacrificios a los dioses, las tasas previstas para las ofrendas, etc. Es una información totalmente fidedigna pero que plantea, semánticamente, grandes lagunas. Por ejemplo, el término *te-re-ta*, que aparece frecuentemente en los textos, ha recibido no menos de cuatro interpretaciones: sacerdote, hombre del servicio feudal, barón, hombre del *damo* obligado a prestaciones, sirviente.

1. *Sociedad.* Inicialmente se ha de señalar que la organización social se reconstruye a partir de deducciones extraídas de tablillas referentes a los asuntos más diversos: listas de ofertas, anotaciones de contribuciones, distribuciones por parte del palacio, etc. La presente costumbre de calificar a las personas por sus apelativos posibilita, en general, extraer conclusiones sobre



Máscara micénica.
Ha. 1500 a.C.

la estructura social, según M. VENTRIS y J. CHADWICK.

A partir de la serie E de Pilos se ha documentado un sistema de gobierno monárquico que ninguno de los estudiosos del tema hoy rechaza. La identificación del término *wanax* con el contenido semántico de rey se apoya en dos elementos que facilitan concretamente la tablilla Er 312. Por una parte el *wanax* es poseedor de una finca cuyo monto es tres veces mayor que el de los otros personajes mencionados: *la-wa-ge-tas* y los *te-re-ta*. Por otra parte, el escriba de esta tablilla ha querido diferenciar privilegiadamente tanto al *wanax* como al *la-wa-ge-tas* dejando una línea en blanco antes de pasar a la relación de las propiedades de los *te-re-ta*. El calificativo regio se aplicó, en Pilos, a dos artesanos, un batanero y un alfarero; en Cnosos, ciertos tejidos son calificados de regios. Además de gobernante humano, L. PALMER defiende que el *wanax* ostentó, al mismo tiempo, un poder religioso. El gran registro de tierras contenido en la serie E de Pilos se refiere, con toda probabilidad, a las propiedades del *wanax* en el lugar sagrado de *pa-ki-ja-ne*, donde se encuentra precisamente el santuario de *po-ti-ni-ja* (*Potnia*). En la tablilla Un 219.7 de Pilos, el *wanax* y *po-ti-ni-ja* están colocados uno al lado de otro por lo que *wanax* probablemente sea también el título de un dios que L. PALMER identifica como el «Joven-Dios». Esta teoría fue refrendada por J. CHADWICK y M. VENTRIS que admiten que en los documentos referentes a las incumbencias civiles del *wanax*, su poder fue temporal y religioso. G. BOCKISCH y H. GEISS apoyan esta teoría partiendo de que el *temenos* —finca del *wanax*, según la tablilla Er 312— en épocas siguientes, cobró el significado de lote de terreno dedicado a los dioses. L. BENNETT ataca tales hipótesis, subrayando que no existen pruebas positivas en las tablillas que indiquen el carácter divino del rey.

El *la-wa-ge-tas* es otro personaje de relieve en la sociedad micénica, como ya hemos visto en la tablilla Er 312 figura a continuación del rey, pero espaciado de los *te-re-ta* (orden jerárquico). Al igual que el *wanax* recibe un lote de tierras denominado *temenos*, pero sólo representa un tercio con respecto a las de aquél, esto es, la misma extensión que un *te-re-ta*. También al igual que el rey tiene asignados artesanos a su servicio. El título de *la-wa-ge-tas* se encuentra tanto en Pilos como en Cnosos y significa literalmente «conductor del pueblo». Dado que la palabra traducida por pueblo (δᾶμος) hace referencia en griego posterior y especialmente en la Iliada «al pueblo aprestado para la lucha», L. PALMER ha supuesto que este título micénico designó al comandante del ejército.

El término *te-re-ta* aparece ligado a documentos que tratan sobre posesiones de tierra, pero semánticamente sus funciones son difíciles de establecer, de ahí que existan diferentes interpretaciones como anteriormente habíamos visto. Los *te-re-ta*, según L. PALMER, están siempre ligados a las tierras *ki-ti-me-na* de propiedad real, por lo que estarían relacionados directamente con el *wanax*, algo así como los LU ILKI (poseedores de feudo) hititas. J. CHADWICK los califica de terratenientes asociados al culto, lo que rechaza L. PALMER alegando que no existe ninguna prueba sobre dichas funciones.

El *e-ge-ta* es otro título importante. Aparecen en las tablillas *o-ka* al mando de un contingente de tropas para la vigilancia costera y muchos de ellos son mencionados con el nombre de sus padres lo que les confiere cierto «timbre aristocrático» en opinión de J. CHADWICK; la tablilla de Pilos Ed 849 registra *e-ge-ta* que poseen esclavos. Todo ello ha servido a J. CHADWICK para calificarlos de grupo de nobles que actuarían como delegados del *wanax* en el ejército y en la administración.

La tablilla de Pilos Jn 829 nos informa acerca de dos nuevos cargos: el *ko-re-te* y el *po-ro-ko-re-te* que J. CHADWICK interpreta como gobernador y subgobernador de cada uno de los distritos en que se dividía Pilos. A su vez la tablilla nos presenta a ambos como los responsables de las contribuciones extraordinarias de bronce, y en la Jo 435 aparecen idénticos títulos que recogen contribuciones de oro. La aparición de otros títulos en unión de éstos en el encabezamiento de las listas de contribuciones impuestas sobre estos funcionarios ha sido interpretado por J. CHADWICK como alternativos que pueden ser subsumidos bajo las dos categorías de *ko-re-te* y *po-ro-ko-re-te*.

Los *do-e-ro* o *do-e-ra* —esclavos o esclavas— ocupan el último lugar de la organización social micénica. Su existencia está claramente atestiguada tanto en las tablillas de Cnosos como de Pilos, pero seguimos enfrentándonos con el

mismo problema, el contenido semántico del término *do-e-ro*. La tablilla de Pilos Jn 310 nos informa sobre esclavos pertenecientes a artesanos y que continúan el oficio de su maestro. En la serie Jn se recogen los esclavos de los herreros de Pilos que trabajaban como artesanos junto a sus dueños, la tablilla An 607 sugiere que si uno cualquiera de los padres era esclavo también lo era su hijo, las tablillas de las clases Aa y Ab parecen dejar traslucir que las fuerzas de trabajo se reclutaban mediante correrías cuyo resultado era llevarse mujeres y niños prisioneros para que fueran adiestrados en los oficios, conclusión confirmada, según L. PALMER, por la palabra «prisioneros» (*ra-wy-ja-ja*) referida a algunas mujeres; sin embargo, otras son designadas con apelativos étnicos. En Cnosos, según J. CHADWICK, la palabra que significa «compró» (*qi-ri-ja-to*) aparece varias veces en las tablillas que recogen hombres y mujeres y, en algunos casos, en el mismo contexto que el término de esclava; por lo que probablemente contingentes de esclavos fueran adquiridos mediante compra. Pero la mayor parte de esclavos mencionados en Pilos son «esclavos del dios» que según L. PALMER tanto podían suponer que un determinado número de esclavos se habían convertido en propiedad de una divinidad como que el título esconde en realidad un status completamente diferente del que correspondía a los esclavos normales. La segunda alternativa es atrayente porque los «esclavos del dios» tenían tierras en alquiler y parecían vivir como hombres libres, pero también se dan algunos casos aislados en los que el esclavo de un hombre parece disfrutar del mismo status que los «esclavos del dios». De todo lo expuesto se deduce que existía una determinada forma de esclavitud, pero nada más podemos precisar.



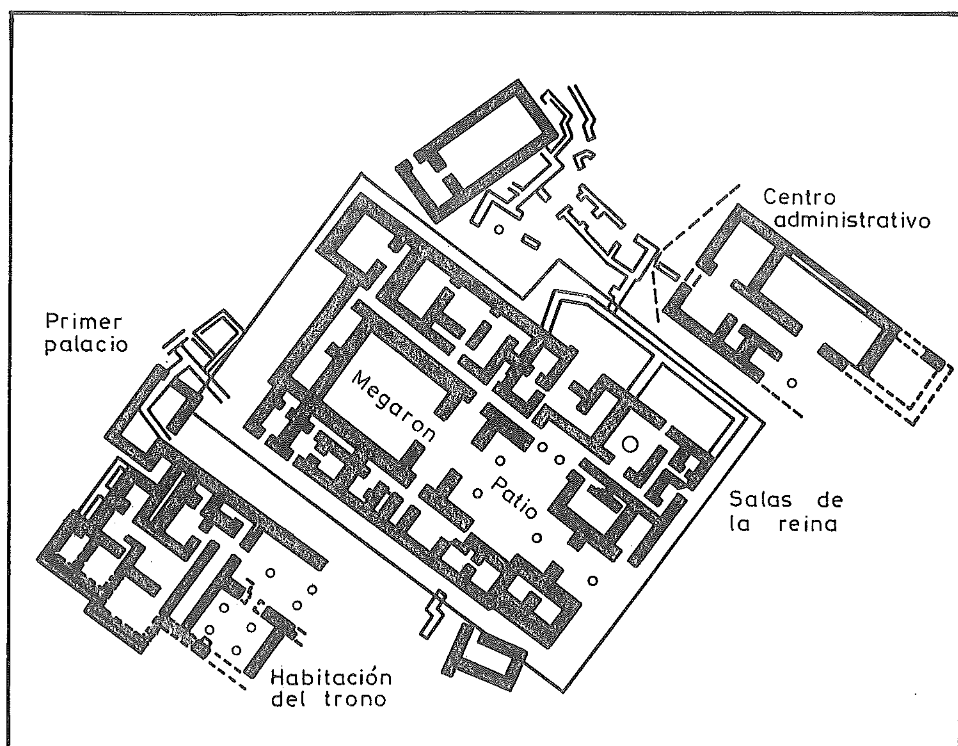
Cubilete procedente de Hagia-Triada. Ha. 1500 a.C.

El término *damo* de las tablillas aparece claramente identificado con δᾶμος, esto es, una colectividad colegiada con órganos y voluntad propia, de carácter agrícola: posee tierras y, parte de éstas se aparcelan y se reparten a beneficiarios individuales en usufructo, mientras que otra parte permanece seguramente en condominio, la cual debió de ser objeto de aprovechamiento colectivo. Las tierras *ke-ke-me-na ko-to-na* (comunales) están adscritas al *damo* en contraposición a las denominadas *ki-ti-me-na ko-to-na* de carácter privado. Por tanto existen dos formas diferentes de tenencia del suelo que, según J. P. VERNANT, responderían a una polaridad más fundamental. Frente al palacio, del cual todos dependen, aparece un mundo rural organizado que puede subsistir sin él: el *damo*. Esta bipolarización de la sociedad micénica está presente también en los antropónimos compuestos. M. LEJEUNE sostiene que la existencia de componentes léxicos cuyo primer o segundo término es δᾶμος presenta un carácter civil, mientras que los antropónimos compuestos de λαγος revelarían paralelamente las clases de tipo militar. J. CHADWICK, a partir de la acepción ática de *damo*, como referente a un distrito local, añade la posibilidad de que cada uno de los dieciséis distritos administrativos, en que estaba dividido el reino de Pilos, pueda corresponder a un *damo*. En la cúspide de la jerarquía social del *damo* se encuentra el *qa-si-re-u*, claramente ligado, según M. VENTRIS y J. CHADWICK, con el βαςιλέυς homérico, que no es un rey, sino un tipo de señor, dueño de su propio territorio, pero con compromiso de fidelidad al rey. G. P. CARRATELLI disiente de M. VENTRIS y J. CHADWICK y prefiere ver al βαςιλέυς como funcionario religioso. Lo cierto es que parece poseer un séquito *(qa-si-re-wi-ja)* y la *ke-ro-si-ja* que sería el consejo de *qa-si-re-u* puesto que en la tablilla de Pilos An 261 esta palabra se encuentra asociada con un nombre al que en otro lugar se le llama *qa-si-re-u*. Es significativo destacar el hecho de que, a la caída del mundo micénico, el sistema palatino se derrumba por entero, desapareciendo el término *wanax* que será reemplazado, para designar la función real, por la palabra βαςιλέυς, lo cual podría significar que la organización política posterior deriva del *damo*.

2. *Economía*. En un principio, dado el carácter de registro y contabilidad de las tablillas, cabría la posibilidad de obtener unos resultados más esperanzadores para el estudio de los aspectos económicos. Sin embargo, lo escueto de la información hace que muchos de los términos sean difíciles de definir, planteando grandes problemas que aún hoy siguen siendo objeto de constantes discusiones. Las tablillas nos presentan dos tipos diferentes de información, las que transmiten noticias directas, como por ejemplo, la serie E de Pilos sobre el uso y pertenencia de la tierra, y las que aportan datos indirectos sobre los oficios y productos artesanales, agrícolas, etc.

a) *Producción.* Las tablillas de la serie de E de Pilos, a pesar de informarnos directamente sobre el uso y posesión de la tierra presentan, a su vez, una enorme problemática. En primer lugar, sólo registran una parte del total de la superficie de Pilos y concretamente, parece ser, que la mayoría aluden a la localidad de *pa-ki-ja-ne,* la más próxima al palacio de las nueve ciudades que componían el distrito. En segundo lugar, los términos que hacen referencia a tierras incultas, de labrantío, privadas o comunes, etc., sólo nos permiten deducir cómo funcionaba la producción agrícola, pues, en la mayoría de los casos, no se expresa claramente. Por último, la tenencia del suelo, en el mundo micénico, se nos presenta compleja, con un léxico sumamente especializado cuyo significado es difícil apreciar, como por ejemplo, los términos *e-to-ni-jo*, *ka-ma*, *wo-wo*, *ko-to-o-no-ko*, etc. En definitiva las tablillas sólo nos ofrecen elementos marginales, difíciles de relacionar entre sí, lo que ha provocado que la mayor parte de las tentativas de solución partan de teorías preconcebidas, rechazando, en algunos casos, aquellos textos que mostraban cierto grado de contradicción. La serie E de Pilos a pesar de toda la problemática expuesta ha proporcionado una serie de elementos de valor sobre los cuales se basará el estudio que a continuación se desarrolla.

Se emplea el término *ko-to-na* para designar la unidad de cultivo —campo o lote de terrenos— y, a su vez, las *ko-to-na* son calificadas de *ke-ke-me-na* o *ki-ti-me-na*, ambos términos se han interpretado como opuestos entre sí. G. P. Carratelli considera que la oposición *ki-time-na/ke-ke-me-na* define la tierra cultivada de la no cultivada. J. Chadwick y M. Ventris plantean que es difícil considerar como una coincidencia el hecho de que *ke-ke-me-na* se limita casi exclusivamente a los campos administrados por el *damo*. A. Furumark los interpreta como «privado» y «común», es decir, las *ko-to-na ki-ti-me-na* serían las tierras detentadas por privados y las *ko-to-na-ke-ke-me-na* las



Palacio micénico de Pilos.

tierras comunales del *damo*. La «versión A» de la serie E de Pilos registra las *ko-to-na ki-ti-me-na* mientras que las tierras del *damo* sólo se catalogan bajo la forma de *o-na-ta*, especie de título subordinado para el uso de los campos particulares y que ha sido traducido por «tierras en alquiler» y «los arrendatarios» de las *ko-to-na ki-ti-me-na* son denominados *o-na-te-re* también se nos presentan como artesanos —alfareros, bataneros y otros oficios— además de uno o dos sacerdotes, aunque la mayoría eran «siervos del dios», grupo que

incluye tanto a hombres como a mujeres. En cuanto a los poseedores de las *ko-to-na ki-ti-me-na* tenemos una referencia directa para los *te-re-ta* pero también tierra privada sería probablemente el *temenos* del *wanax* y, sobre todo, el del *la-wa-ge-tas*. La serie Ep está en relación con la «tierra pública» detentada por la comunidad. Se constata la existencia de propiedades individuales en las *ko-to-na ke-ke-me-na* de tamaño generalmente pequeño. Los usufructuarios de las tierras públicas son denominados «tenentes de terreno». En Cnosos no hay nada semejante a la serie E de Pilos, aunque parte de la terminología de la tenencia de tierras reaparece allí y en Tirinto.

Existen numerosas tablillas que nos informan sobre las distintas actividades económicas del mundo micénico bien aludiendo a las materias primas y productos manufacturados, o bien a la dedicación de las personas. La arqueología, a su vez, confirma e incluso amplía estos datos a través de las evidencias materiales. En conjunto, todas estas fuentes nos dan una lista de oficios y productos a partir de los cuales se puede llegar a vislumbrar las bases de la economía micénica.

La explotación del territorio es la base de la economía micénica, al igual que en los periodos anteriores. Una de las fuentes de riqueza de esta cultura fue, sin duda, la producción agrícola y ganadera. J. CHADWICK ha demostrado que, tanto en Cnosos como en Pilos, había dos tipos principales de grano: el trigo y la cebada. Ambos términos se asientan invariablemente por medio de ideogramas y éstos aparecen descritos mediante el término *sitos* (grano) y nunca por los términos específicos para «trigo» y «cebada». Son escasas las tablillas que hacen alusión a las cosechas de cereales, en Cnosos una tablilla constata que el área de *Dawos*, posiblemente situada en la fértil llanura de Mesará, se producía gran cantidad de grano. Otras ciudades aparecen registradas como productoras de aceitunas y granos lo que expresa, según J. CHADWICK, una posible práctica de sembrar grano en tierras de olivo. Este aparece documentado en las tablillas de Cnosos donde las abreviaturas *a* y *ti* se aplican al ideograma de la aceituna, quizá reflejando dos variedades de este fruto. Las higueras también fueron explotadas como lo refleja la tablilla Gv 862 que hace referencia a 1770 árboles de este tipo. Incluso aparece en Pilos un funcionario con el título de *opisukos*, esto es, «superintendente de higos», lo que indica la importancia de este producto. La vid es otro de los productos principales de la economía micénica, como se refleja en la tablilla Gm 840 que muestra claramente el alto índice que debió alcanzar el cultivo de esta planta en la isla de Creta. Otros productos documentados en las tablillas (principalmente en la serie Ge de Micenas) son las especias: cilantro, apio, comino, juncia, hinojo, menta, azafrán, sésamo, etc. Posiblemente algunas, como el cilantro debieron ser cultivadas ya que se exigen en grandes cantidades, otras pudieron haber sido importadas mientras que el resto se recolectaría en estado silvestre. Lo más difícil es determinar su verdadero uso, pues no se sabe si servían de condimento o como sustancias para la elaboración de perfumes. Los bosques también fueron objeto de explotación en las épocas micénicas, ello se confirma por la presencia de los *du-ro-to-mo* (leñadores) cuya actividad sería la de proporcionar madera para uso doméstico (como combustible), y para la producción artesanal (construcción, carpintería, etc.).



Sello de oro del siglo XVI a. de Cristo. Escena de caza, procedente de una tumba del círculo A, en Micenas.

La explotación de animales se orientó en una doble dirección, la ganadería y la caza. De todas las tablillas que aluden al ganado ovino, las más importantes son las de Cnosos. En ellas se ha podido contabilizar hasta un total de 100.000 cabezas de ganado. J. T. KILLEN ha demostrado que el palacio ejercía un completo control sobre estos rebaños, llegando a registrarlos según la edad («viejo», «joven», «de este año», «del año pasado») para poder conocer la producción teórica del año siguiente. Este control se observa también en la producción de lana ya que se recoge tanto la cifra prevista para el rebaño como el rendimiento real. Alguna de estas tablillas siguen un esquema general de registro: encabeza un nombre masculino, después se añade el distrito y otro nombre que parece ser el funcionario responsable del palacio o recaudador, y finalmente un número de ovejas. El nombre del encabezamiento, según la teoría más aceptada, correspondía a miembros importantes de la corte a los que el rey necesitaba proporcionar un ingreso y lo hizo asignándoles el producto de determinados rebaños. Junto a las ovejas aparecen inventariadas las cabras, pero en menor número. Ahora bien, el mayor problema lo ofrecen los caballos ya que su conocimiento se deriva

solamente de documentos que hacen referencia a carros. El ganado vacuno tampoco se registra en gran número, sin embargo, su importancia está avalada por las contribuciones de pieles vacunas y por la existencia de conductores de bueyes (*ze-u-ke-u-si*). Tal como era de esperar también aparecen en las tablillas los cerdos, distribuidos ampliamente, pero nunca en números muy grandes. La existencia de caza se testifica por la presencia de cazadores (*ku-na-ke-ta-i*) y las referencias a la cabra montesa de Creta y al gamo. Por último se deben añadir aquellos documentos que hacen referencia a la producción de miel cuya importancia está confirmada por la aparición de títulos tales como «colmenero apicultor» y «superintendentes de la miel» (*me-ri-da-ma-te*).

Como explotación del territorio, que en determinados momentos proporcionó un elevado número de puestos de trabajo, también se puede incluir el trabajo en las canteras. No existen documentos escritos al respecto, pero el número y la magnitud de las construcciones micénicas confirman totalmente este hecho. La minería sólo está presente en la isla de Chipre, pero no se debe considerar como una explotación micénica, pues, en épocas anteriores a la llegada de los aqueos, la extracción de cobre se efectuaba intensivamente.

Micénico Reciente. Se construyen los sepulcros de cúpula para el culto a los antepasados de la clase dominante. En este momento se producen las incursiones a Creta con una asimilación paulatina de la cultura minóica que terminará con la hegemonía micénica sobre aquella zona.

La explotación del territorio ofreció los elementos básicos para el desarrollo de la economía micénica. El cultivo y recolección de plantas se orientó hacia un consumo directo: frutos, especias, etc., pero también hacia la obtención de derivados: aceite, harina, perfumes, etc. En las tablillas aparecen una serie de oficios que avalan actividades relacionadas con estos productos, por ejemplo, se sabe que la medida del grano era realizada por mujeres, mientras que la preparación corría a cargo de personal masculino. Existen también pruebas arqueológicas que evidencian la existencia de almacenes dedicados a productos de este tipo como la llamada por A. J. B. WACE «casa del aceitero», próxima a la acrópolis de Micenas que ha proporcionado jarras de estribo conteniendo aceite, además de una instalación para preparar esencias aromáticas.

Al igual que la agricultura y la recolección, la ganadería y la caza proporcionan alimentos para el consumo (carne, leche, etc.) pero, a diferencia de aquéllos, una parte importante de sus derivados se orienta a la producción artesanal, sobre todo, las pieles y la lana. Según la tablilla Ub 1318 de Pilos existían dos tipos de pieles que J. CHADWICK interpretó como «piel en verde» y «cuero curtido». Dicha tablilla también hace mención al uso de pieles para la confección de bridas, ronzales, arreos para los carros, albardas, correas, broches, calzado, etc. Incluso los escudos, según se desprende de las representaciones artísticas, parece ser que estaban hechos de pieles y reforzados, en ocasiones, con tachones metálicos. Es interesante señalar que en un enterramiento micénico se halló un fragmento de cuero rojo, que también aparece mencionado en las tablillas. En cuanto a la lana ya hemos visto cómo su producción estaba totalmente controlada por el palacio al igual que lo estaba su transformación en tejidos. Este control centralizado más el alto grado de especialización que se evidencia en las distintas denominaciones profesionales —hilandera, cardadora, tejedoras, cinteras— y en la enumeración de distintos tipos de paños —*te-pa*, *o-nu-ke*, *a-ke-ti-ri-ja*—, manifiesta claramente la gran importancia de la actividad textil en el mundo micénico. J. CHADWICK opina que dado el especial interés de los archivos reales, en este campo, se deduce que estos paños no eran los artículos de cada día, sino productos especiales destinados bien a la familia real o, muy probablemente, a la exportación. A la actividad textil en lana se han de añadir los tejidos en lino. Otros productos, aunque no de tanta importancia como los reseñados, fueron también objeto de trasformación. Para J. CHADWICK la mayor parte de la leche sería transformada en queso, aunque no existen más pruebas que lo confirmen que la tablilla Un 718, de Pilos. La serie Mc de Cnosos, presenta un ideograma en forma de cuerno que parece indicar el registro de cuernos de cabra montesa. A. EVANS apuntó la posibilidad de que el fin de estos productos caprinos, sería la manufactura del arco compuesto.

Una de las actividades más destacadas del mundo micénico, fue, indudablemente, la construcción, como evidencia la arqueología. La construcción de las murallas, palacios, sepulturas, etc., debió requerir una mano de obra numerosa y unos amplios conocimientos técnicos junto a trabajos muy especializados. Las tablillas contradictoriamente apenas lo reflejan, solamente

la tablilla de Pilos An 35 que se refiere a la mano de obra, pues menciona doce albañiles que marchan a trabajar a distintos lugares y la tablilla, a también de Pilos, Vn 46 que probablemente sea una lista de materiales ya que enumera varios elementos constructivos de madera. La producción metalúrgica también debió ser muy importante, sobre todo la de bronce. Los metales conocidos en Micenas son el oro, la plata, el plomo, el cobre y el estaño. La producción metalúrgica del bronce se orienta a la producción de vasijas, tenazas, braseros, armas, herramientas, elementos decorativos, etc. Las pruebas arqueológicas han puesto de manifiesto la importante producción metalúrgica en bronce y el alto grado técnico alcanzado. Las tablillas nos aportan nuevos aspectos, la serie Jn de Pilos, presenta una larga serie de documentos que mencionan herreros de distintos lugares y las cantidades libradas a los mismos y cada tablilla, por regla general, indica un topónimo, una lista de herreros y la cantidad de bronce librada a cada uno de ellos. J. CHADWICK, partiendo de estos datos, ha realizado un estudio sobre el número de herreros de Pilos, alrededor de 400, cifra que considera sumamente alta para atender las necesidades internas de ahí que sugiera un posible excedente enfocado a la exportación. Por otro lado, resulta interesante observar cómo, al igual que en la producción de lana y su transformación en tejido, el palacio lleva un control centralizado del bronce. Los objetos de oro y plata, metales importados, están presentes en los ajuares funerarios, confirmando la existencia de este tipo de metalurgia escasamente documentado en las tablillas.



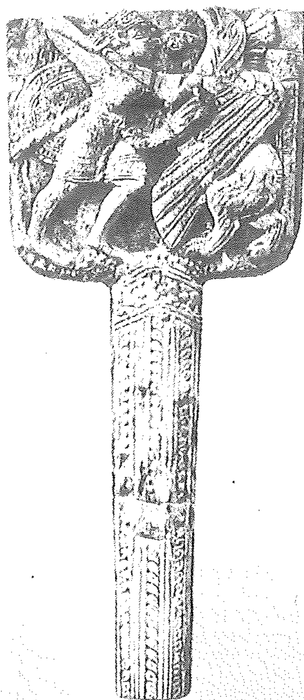
Detalle de sarcófago procedente de Creta. Ha. 1500 a.C.

La cerámica alcanza su máxima producción durante el HR III, época en la que casi todos los centros del mundo micénico tienen sus propios talleres. La arqueología ha revelado que cuantitativamente la producción cerámica era muy grande y que también lo era su ámbito de expansión, pues, está presente incluso en Egipto. Las jarras de estribo son los recipientes cerámicos más abundantes, se encuentra siempre allí donde hay cultura micénica, por lo que se las considera el «útil guía» y sugiere que fueron utilizadas como recipientes de productos exportados. Se debe añadir también una producción de cacharros de lujo dedicados a la exportación y al consumo interior, como por ejemplo, los hallados en las tumbas.

Se constatan otras actividades artesanales tales como la construcción naval, de carros de guerra, la orfebrería, la marquetería, etc., y la existencia de artesanos como carpinteros, escribanos,...

b) *Comercio.* La inexistencia en el Lineal B de referencias a una actividad comercial, la falta de moneda y lo poco explícito de las fuentes arqueológicas, hacen prácticamente imposible hablar de comercio micénico. Aunque la presencia de productos no propios del mundo micénico en la cultura micénica —marfil, oro, plata, etc.— y, por otra parte, la presencia de productos micénicos fuera del ámbito micénico, nos prueba, al menos, la existencia de un cierto tipo de relaciones comerciales. El producto micénico más abundante, documentado arqueológicamente como ya hemos visto, y que se encuentra allí donde hay vestigios de cultura micénica, es la jarra de estribo. Esto lleva a pensar que era uno de los productos exportados, aunque por su abundancia y lo estereotipado de su forma, más bien parece que se utilizaría como recipiente. En cuanto a su contenido, tan sólo podemos decir que en Micenas se descubrió, en la llamada «casa del aceitero», jarras de estribo con dicho líquido. N PLATON considera que sería aceite y vino, siguiendo la tradición minoica. Otros productos micénicos que probablemente también fueron objeto de exportación, son los tejidos y los derivados del bronce, como ya observamos en el estudio de la producción micénica, pues ambos eran cuidadosamente controlados por el palacio, y su producción parecía ir más allá de las necesidades internas. Pero no se ha encontrado nada que pueda confirmarlo y si bien en el tejido no es sorprendente ya que es una materia perecedera, no ocurre lo mismo con los productos de bronce.

3. *Religión.* La interpretación y la comprensión de los elementos que componen el legado religioso micénico presentan enormes dificultades. El conocimiento de la religión micénica se deriva de los datos proporcionados por la arqueología, las tablillas, e incluso se han utilizado las tradiciones míticas y legendarias que han sobrevivido en el mundo homérico y en la religión griega clásica. Pero, como afirma J. GARCÍA LÓPEZ, tanto el mundo homérico como la religión griega y el mundo micénico en materia de religión, están muy lejos de ser un cuerpo único, aunque existen coincidencias. M. P.



Mango de espejo.
Ha. 1200-1100 a.C.

NILSSON, en 1927, ya señalaba, refiriéndose al emparentamiento de las religiones minoica y micénica, que bajo representaciones artísticas iguales se pueden esconder ideas religiosas distintas. A. BRELICH ratifica este argumento al confrontar la religión micénica y la griega, pese a la posesión de nombres divinos comunes. Por otra parte, los materiales arqueológicos rescatados, ofrecen solamente representaciones rituales, gestos, danzas, símbolos, figuras antropomorfas, teriomorfas e híbridas, etc., pero ningún texto se refiere a ellos. El Lineal B menciona divinidades, lugares sagrados, ofrendas, fiestas tal vez, un calendario, etc., pero ningún testimonio arqueológico se relaciona con ellos. Textos y figuras se mueven en dos planos que no se rozan. Un estudio que respete las fuentes sin pedirles más de lo que pueden dar, puede aportar, aunque menos datos, sí una información más fidedigna.

El documento más importante para el conocimiento de la religión micénica es la tablilla Tn 316 de Pilos, que registra un grupo de ofrendas destinadas a divinidades de *pa-ki-ja-ne* y del santuario de Zeus. *Pa-ki-ja-ne* estaba situado, según parece, fuera de la ciudad constituyendo una zona sagrada de gran importancia. *Potnia,* calificada en otros documentos como principal divinidad del lugar, percibe como ofrenda una copa de oro y una mujer. Después aparecen dos divinidades femeninas —*Manasa* que recibe igual ofrenda y *Posidaeia*— y dos seres masculinos, *Frisheros* y *Depta* que tan solo reciben, cada uno, un vaso de oro. En el santuario de Zeus se presentaban ofrendas al mismo Zeus, a Hera y a *di-ri-mi-jo* que reciben trece vasijas de oro y diez seres humanos. Todo ello revela que la religión de Pilos conocía un panteón articulado y organizado jerárquicamente como señala A. BRELICH.

Las series Fp, F y Gg de tablillas de Cnosos añaden ofrendas de tipo vegetal; cada mes varios lugares de culto recibían ofrendas del mismo género, sólo diferenciadas cuantitativamente, en unos meses la ofrenda es de aceite, en otros de miel y en otros cinantro e hinojo. En la tablilla de Pilos un 718, les son ofrendados a Poseidón dos carneros, un toro, grano, vino, una piel de oveja, etc., ello nos permite conocer otro nuevo tipo de ofrenda, la animal y, sobre todo, que ésta se da en el mismo contexto que las ofrendas vegetales, de objetos preciosos y seres humanos.

BIBLIOGRAFIA

BERMEJO BARRERA, J. C.: «Sobre la función del comercio en la estructura económica micénica». *Gallaecia*, 5 (1979), págs. 167-183.

BIANCOFIORE, F.: *Civiltà micenea nell'Italita meridionales*, Roma, 1967.

BOCKISCH, G., y GEISS, H.: *Beginn und Entwicklung der Mykenischen Staaten.* «Beiträge zur Entstehung des Staaten», Berlín, 1973.

BRANIGAN, K.: *Aegean metalwork of the Early and Middle Bronze Age*, Oxford, 1974.

BRELICH, A.: «Religione micenea: osservazioni metodologiche». *Edizioni dell'Ateneo, serie incunabula Graece*, XXV, vol. II (1968), págs. 919-928.

CASKEY, J. L.: «Greece and the Aegean Island in the Middle Bronze Age». *The Cambridge Ancient History*, II-1, 3.ª ed., págs. 117-140, Cambridge, 1973.

—: «Greece, Crete and the Aegean Islands in the Early Bronze Age». *The Cambridge Ancient History*, I-2, 3.ª ed., págs. 771-807, Cambridge, 1971.

CHADWICK, J.: *El enigma micénico*, 2.ª ed., Madrid, 1973.

—: *El mundo micénico*, Madrid, 1978.

—: «The Linear B tablats as Historical Documents». *The Cambridge Ancient History*, II-1, 3.ª ed., págs. 609-626, Cambridge, 1973.

—, KILLEN, J. T. y OLIVIER, J. P.: *The Knossos tablets*, Cambridge, 1971.

CHILDE, V. G.: *The dawn of European Civilisation*, Londres, 1957.

CROSSLAND, R. A. (Edit.): *Bronze Age migrations in the Aegean*, Londres, 1973.

DEMARGNE, F.: *Nacimiento del arte griego*, Bilbao, 1964.

FINLEY, M. I.: *Grecia primitiva: la Edad del Bronce y la Era Arcaica*, Buenos Aires, 1974.

FURUMARK, A.: *Mycenaean Pottery: I Analysis and Classification, II, Chronology*, Estocolmo, 1941.

GARCÍA LÓPEZ, J.: *Sacrificio y sacerdocio en las religiones micénica y homérica*, Madrid, 1970.

GLOTZ, G.: *La civilización egea*, México, 1962.

HANKEY, V., y WARREN, P.: «The Absolute Chronology of the Aegean Late Bronze Age». *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London*, 21 (1974), págs. 142-173.

HIGGINS, R. A.: *The Greek Bronze Age*, Londres, 1970.

—: *Minoan and Mycenaean Art*, Londres, 1967.

HOOKER, J. T.: *Mycenaean Greece*, Londres, 1977.

LEJEUNE, M.: «Le damos dans la societé Mycénienne». *Revue des Etudes grecques*, LXXVIII «1972), págs. 1-22.

MARINATOS, Sp., y HIRMER, M.: *Creta y Micenas*, México, 1968.
MYLONAS, G.: *Mycenae and the Mycenaean Age*, Princeton, 1966.
NILSSON, M. P.: *The Minoan-Mycenaean Religion and its survival in Greek Religion*, Lund, 1927.
PAGE, D. L.: *History and Homeric Iliad*, Berkeley, 1959.
PALMER, L. R.: *The Interpretation of Mycenaean Greek Texts*, Oxford, 1969.
——: *Achaeans and Indo-europeans*, Oxford, 1955.
——: *Mycenaeans and Minoans*, Londres, 1961.
PALMER, L., y BOARDMAN, J.: *On the Knossos tablets*, Oxford, 1962.
PELON, O.: *Tholoi, tumuli et Cercles funéraires. Recherches sur les monuments funéraires de plan circulaire dans l'Egége de l'age du Bronze*, París, 1976.
PLATON, N.: *La civilisation égéenne*, vols. I-II, París, 1981.
RAISON, J.: *Les vases à inscriptions peintes de l'âge mycénien et leur contexte archéologique*, Roma, 1969.
RENFREW,'.: *The emergence of Civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millenium, B. C.*, Londres, 1970.
SAKELLARIOU, M.: *Peuples préhelléniques d'origine indo-européenne*, Atenas, 1977.
SCHACHERMEYR, F.: *Agäis und Orient*, Viena, 1967.
SEVERYNS, A.: *Grèce et proche-orient avant Homère*, Bruselas, 1960.
STARR, C. G.: *The Origins of greek Civilization*, Nueva York, 1961.
STUBBINGS, F. H.: «The Rise of Mycenaean Civilization». *The Cambridge Ancient History*, II-1, 3.ª ed., págs. 627-658, Cambridge, 1973.
——: *Prehistoric Greece*, Londres, 1972.
TAYLOR, W.: *The Mycenaeans*, Londres, 1964.
THOMPSON, G.: *The Prehistoric Aegean*, 2.ª ed., Londres, 1952.
VENTRIS, M., y CHADWICK, J.: *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge, 1959.
VERCOUTTER, J.: *L'Egypte et le monde égéen préhellénique*, El Cairo, 1956.
VERMEULE, E.: *Grecia en la Edad del Bonce*, México, 1971.
VERNANT, J. P.: *Les origines de la pensée grecque*, 3.ª ed., París, 1975.
WACE, A. J. B.: *Mycenae, an Archaelogical History and Guide*, Londres-Princeton, 1949.
——, y STUBBINGS, F. H.: *A Companion to Homer*, Londres, 1962.
WARREN, P.: *The Aegean Civilization*, Oxford, 1975.
WUNDSAM, K.: *Die politische uns soziale Struktur den my kenischen Residenzen nach den Linear B texten*, Viena, 1968.
ZERVOS, Chr.: *La naissance de la civilisation en Grèce*, vols. I-II, París, 1962.

LAS INVASIONES EN GRECIA Y LA EDAD OSCURA

Arcadio del Castillo

1. El fin del mundo micénico: las invasiones y su problemática

La caída del mundo micénico y, con ello, el comienzo de una nueva etapa en el desarrollo cultural de Grecia, plantean grandes dificultades y también, en cierta medida, importantes diferencias en las posiciones adoptadas por los distintos investigadores que se han ocupado del tema. La existencia de una tradición griega sobre unas determinadas invasiones en este contexto geográfico lleva consigo una serie de dificultades cuando se intenta comparar los datos por ella aportados y aquellos otros que los restos arqueológicos nos están descubriendo; la incidencia en unos u otros, unido a las distintas apreciaciones que ambos permiten hacer, vienen a ofrecer cuadros diversos, y a veces, opuestos de lo que realmente ocurrió. Por lo demás, resulta extremadamente difícil relatar lo sucedido de una forma totalmente objetiva, sin caer en uno u otro extremo, en una u otra posición, y que a la vez todo ello resulte ser algo completamente armónico y pleno de contenido. Todo esto da a los hechos, que vamos a tratar, un carácter hasta cierto punto transitorio y no exento de cualquier otra interpretación que podría juzgarse más acertada o más conveniente, según la posición adoptada en cada momento.

Hacia el 1280 a. de C. (siglo XIII) se amplían las fortalezas existentes ante la amenaza de las tribus del norte. De entonces son las fortalezas de Gia y Atenas (Acrópolis). A finales del siglo XIII a. de C. fracasa la incursión que los aqueos hacen a Egipto junto con otros pueblos del mar como eran los filisteos.

a) *Los datos arqueológicos*. Existen, sin embargo, hechos incuestionables que iremos analizando seguidamente, no sin hacer incidencia en ciertas distintas posiciones mantenidas. Mientras que el paso del HR IIIA hacia la siguiente fase viene acompañado de un claro aumento en los asentamientos (de 90 a 143), el tránsito desde el HR IIIB al HR IIIC, nos muestra el principio de un declive, en el que los asentamientos parecen concretarse en unos 64. Ahora bien, tal hecho no debería de ser achacado, sin dudar, a destrucciones producidas por una invasión, puesto que no hay pruebas que testifiquen la simultaneidad en la desaparición de los asentamientos ni tampoco que ello se hiciese claramente con violencia. Sin embargo, sí se aprecian ciertos hechos que podrían denotar la existencia de un peligro inminente, ya que ciertas ciudades, tales como Micenas, Argos, Tirinto, Atenas, Gla en Beocia, o el istmo de Corinto, reforzaron sus defensas y se preocuparon de la obtención de agua en caso de ser sitiadas. Tales hechos y especialmente la fortificación del istmo de Corinto se debieron de producir en la segunda mitad (posiblemente a finales) del HR IIIB. Igualmente a finales de este mismo período, según nos reportan las investigaciones arqueológicas, se produjo la destrucción total o parcial de un cierto número de asentamientos micénicos, algunos muy importantes, tanto en el Peloponeso como fuera de él: Tebas y Gla en Beocia, Crisa en Fócide, Ziguries al Sur de Corinto, Fuerte Dimeo en Acaya, Micenas, Tirinto, Pilos en Mesenia, y el situado junto al Meneleo en Laconia; la consecuencia inevitable fue el debilitamiento del poder central micénico y la emigración hacia ciertas zonas que parecían, o se consideraban, las más seguras (en este momento muchos asentamientos fueron abandonados en la parte meridional). La existencia de un nuevo estilo cerámico, que aparece con el período HR IIIC, en el que se aprecian notables variantes regionales, parece probar, en cierta medida, la caída del poder centralizado del mundo micénico que tiende a atomizarse de una manera regional. Por otra parte, el descubrimiento de cementerios en Acaya, Cefalenia, Perati en la costa oriental del Atica, Lefkandi en Eubea, y Creta, los cuales comienzan a ser utilizados a principios del HR IIIC. vienen a probar una tendencia hacia determinados centros que no eran muy importantes en etapas micénicas anteriores; hay, en definitiva, una cierta emigración de la

población hacia las zonas enumeradas y los descubrimientos arqueológicos implican también un gran movimiento hacia la isla de Chipre. Se puede ver, sin embargo, la evidencia de una continuidad de tipo pacífico en las islas del Egeo, en Mileto, y posiblemente también en Tesalia. En cualquier caso, también es cierto que los nuevos elementos que se suponen habrían aparecido en la parte sur del continente en esta época (espada de tipo Naue II y fíbula de arco de violín) parecen haber sido utilizados ya por el mundo micénico. Y ciertas zonas del Peloponeso parecen mantener un tipo de vida micénico, connotándose contactos con los refugiados de Acaya, Atica, y las zonas intocadas de las islas del Egeo. Por lo demás, la zona norte del Peloponeso (incluyendo Acaya) sobrevivió al desastre y se mantuvo en un carácter totalmente micénico, igual que el Atica, y muy probablemente Beocia y gran parte de Tesalia. En definitiva, se puede decir que la cohesión aún parece mantenerse y que el centro de la civilización micénica se encuentra ahora en el Egeo; la primera mitad del período HR IIIC, por lo tanto, muestra que la civilización micénica persistió en ciertas zonas (aunque en el Sur del Peloponeso está totalmente desaparecida, en el Norte de este península, el Atica y Beocia, se detecta su supervivencia, si bien debilitada), mientras que se extendió, por efecto de los refugiados, a Acaya y Cefalenia; no hay gran seguridad en el hecho de su mantenimiento en Tesalia, y el Egeo en su parte central mantuvo su tipo de vida sin conocer los desastres de la zona continental.

Los inicios de restablecimiento tras el desastre que aparecen visibles en un primer estadio del HR IIIC no son continuados y en el periodo posterior (segunda mitad) la final desintegración de la civilización micénica se presenta como un hecho irreversible, que aparece denotado en ciertas áreas por la supervivencia de los asentamientos micénicos hasta que son abandonados, ya como resultado de una destrucción o por otras razones, y en la Argólide (iniciado con la destrucción de Micenas hacia 1130 a. de C.) por la aparición de nuevos factores. En concreto ,siguiendo el esquema que nos marca V. R. d'A. Desborough, se puede denotar que en las áreas centrales de la zona continental, hacia el momento de la destrucción de Micenas, se observan cambios en la cerámica (que tiende hacia una decoración muy simple, que es seguida por el estilo denominado submicénico, el cual se distribuye en comunidades de la Argólide, asentamientos de Elide, Corinto, Atenas, Tebas, un cementerio en Salamina, y Eubea) y en las tumbas (concreción en los tipos de cista y fosa), lo que indica un cambio realizado por las propias comunidades existentes (ya que las tumbas de cista y fosas no eran desconocidas en el mundo micénico, aunque sí raramente utilizadas) o a la entrada de inmigrantes procedentes del Noroeste que impusieron el cambio a los supervivientes micénicos (ya que en el Epiro, las tumbas de cista eran utilizadas); en cambio, en otros lugares el planteamiento es denotado de la forma siguiente: en Cefalenia se mantienen los contactos con la Argólide hasta la destrucción de Micenas y la cerámica del HR IIIC es corriente en los cementerios hasta que éstos dejan de ser utilizados, en el Sur y Sudoeste del Peloponeso el abandono es tan grande que los pocos lugares estudiados no dan perfecta idea de la situación, en Acaya se muestran algunos signos de destrucción en las zonas costeras y algunos asentamientos micénicos supervivientes hasta el final del período, en el Norte de Grecia se mantienen contactos con la Argólide hasta un cierto momento de la fase final, en Tesalia hay evidencia de un movimiento de gentes del Noroeste hacia las regiones occidentales y otro desde Macedonia hacia las nororientales (probablemente de refugiados del Norte empujados por ciertas incursiones), en la isla de Eubea (en concreto en el asentamiento de Lefkandi) se detecta un claro deterioro y posteriormente la posibilidad de un abandono, en la costa oriental del Atica, en una franja que va hasta el Dodecaneso y Mileto (área que se vino a convertir en el principal depositario de la cultura micénica tras el desastre en la zona continental) se puede decir que se mantiene razonablemente próspera, con un importante comercio y relaciones durante la mayor parte del HR IIIC, aunque posteriormente se observan algunas dificultades en la parte oriental, donde el asentamiento de Emporio en Quíos fue destruido, al igual que Mileto que tras su destrucción es reocupada en la transición ateniense del submicénico al protogeométrico (lo que es importante para detectar la denominada emigración jonia), abandono de cementerios en Cos, Rodas y Calidna que evidencia el fin de la civilización micénica, igual que en Phylakopi en Melos cuyo

asentamiento es abandonado antes de finalizar el HR IIIC, hechos que no se dan en Grotta en Naxos y en Perati en la zona oriental del Atica, donde existe una completa continuidad que sigue una línea hacia el período de la Argólide a principios del HR IIIC, se produce un nuevo movimiento

Invasiones dorias entre 1230-1050 a. de C. (según N. G. L.).



hacia esta isla en la segunda mitad del período, también probablemente procedente de la Argólide, y que sigue a un más que probable desastre producido por una invasión que se relaciona con los pueblos del mar, los mismos que hacia 1191 a. de C. fueron parados en los límites de Egipto por el faraón Ramsés III. A finales de este período HR IIIC, que en base a la evidencia aparecida en la isla de Chipre se puede precisar hacia 1075-50 a. de C., se desarrolla en Atenas el estilo cerámico protogeométrico, pero ello es precedido por un breve período dominado por la influencia de Chipre, tanto en el terreno cerámico como en la introducción de la técnica del trabajo del hierro. En general, pues, tras los desastres de finales del HR IIIB se produce un cierto resurgimiento temporal continuado por nuevas calamidades, tanto en la zona continental como en las islas, que producen movimientos hacia la zona del Mediterráneo Oriental y quizá también hacia Creta; finalmente una nueva cultura es establecida en las áreas centrales de la zona continental (por un desarrollo local o por inmigrantes del Noroeste), mientras ciertas comunidades que mantienen la cultura micénica van desapareciendo de una manera gradual.

b) *El relato de la tradición.* La tradición griega describía a los principales invasores como los dorios (una tribu de habla griega) y a sus dirigentes como los Heraclidas (un clan aqueo descendiente de Heracles, los cuales vivían en el exilio). Su primera invasión finalizó con la muerte de su jefe, Hilo, en un combate singular en el istmo de Corinto (probablemente hacia 1230-20 a. de C.). Por entonces los beocios, partiendo del Suroeste de Tesalia se asentaron en la Cadmea. Igualmente, en el mismo período, los dorios se asientan en Creta y probablemente en Rodas y en las islas adyacentes, siendo conducidos hacia estos lugares por miembros de los Heraclidas, y en concreto por Tlepólemo y los hijos de Tésalo (Homero en la Iliada, en el Catálogo de las Naves, cita territorios, posiblemente en el Egeo, dominados por los hijos de Tésalo que participan en la expedición a Troya). La misma tradición nos informa sobre que 60 años después de la toma de Troya (hacia 1150-40 a. de C.) los tesalios igualmente conducidos por Heraclidas emigraron desde Tesprotia en el Sur del Epiro hacia el Suroeste de Tesalia (forzados por el hecho de que los focidios habían reforzado el paso de las Termópilas, impidiendo la invasión hacia el Sur) expulsando a algunos beocios que emigraron hacia el Sur (a través del paso de Gravia y de Delfos) para asentarse primeramente en Queronea y Coronea y unir sus fuerzas con los ya asentados en la Cadmea, que por ello tomó el nombre de Beocia. Se nos informa también de que 80 años después de la toma de Troya, los dorios dirigidos por los Heraclidas (los tres reyes de los dorios, posiblemente reflejando una tradición de tres reyes tribales, eran todos Heraclidas: Témeno, Cresfontes y Aristodemo, el cual murió en el momento de la invasión y fue sucedido por sus dos hijos gemelos) emigraron desde Dríope, una zona de la Dóride (a donde habrían llegado desde la región del Pindo), hacia Delfos y Naupacto, en la orilla Norte del golfo de Corinto, en donde se encontraron con otro grupo llegado del Oeste de Etolia, dirigido por Oxilo (el oráculo había profetizado a los Heraclidas que deberían de ser guiados por un hombre de tres ojos, y Oxilo se presentó montado en un caballo o un mulo tuerto), uniendo sus fuerzas y cruzando hacia el Peloponeso por vía marítima (por esta razón el Peloponeso debió de parecerles una isla, a la que dieron el nombre de «isla de Pélope», por los Pelópidas que habían expulsado a los Heraclidas). Después los dos grupos toman caminos separados, y mientras que Oxilo y su grupo invadieron el Noroeste del Peloponeso, los dorios marcharon a través de Arcadia e invadieron la Argólide desde Lerna, fortificaron una base cerca de Nauplia y derrotaron al ejército mandado por Tisámeno (hijo de Orestes y nieto de Agamenón), para posteriormente repartirse las zonas, de manera que Témeno recibió la Argólide, Cresfontes conquistó y adquirió parte de Mesenia, y Eurístenes y Procles, los hijos de Aristodemo, entraron en posesión de Laconia, en la que derrotaron a los aqueos. Desde esta zona de Laconia algunos dorios se lanzaron al mar para ocupar Tera y Melos, hecho que sitúa Tucídides hacia el año 1116 a. de C. Sin embargo, la conquista del Peloponeso aún no era completa, y las ciudades de la Argólide tardaron, según la tradición, dos generaciones en caer sometidas, y algo más hasta que fue tomada Amiclas en Laconia. Así pues, la invasión



Ruinas de Argos (Peloponeso). La ciudad fue uno de los centros más importantes de la civilización micénica.

del Peloponeso se vio seguida de dos generaciones de disturbios. Los arcadios ganaron su independencia en una zona residual sin salidas al mar, mientras los aqueos de la Argólide, dirigidos por Tisámeno, fueron expulsados de su propia tierra y luego de Laconia donde trataron de hacerse fuertes, encontrando finalmente refugio en Acaya mediante la expulsión de la población jonia existente, que a su vez se refugió en Atenas hacia 1080 a. de C. (en esta misma ciudad ya habían encontrado refugio también algunos elementos procedentes de Mesenia); aún así, estos aqueos de Acaya fueron subyugados por nuevos invasores del grupo dialectal del Noroeste. La conquista del territorio del istmo por los dorios de la zona nordeste del Peloponeso hacia 1050 a. de C. produjo otro desplazamiento jonio hacia Atenas. También fue dominada la isla de Egina. Por otra parte, fuera del Peloponeso, mientras que Atenas resistió los ataques (especialmente de los beocios), algunas comunidades de dialecto eolio en Beocia, Fócide y Lócride se mantuvieron independientes y, en general, se refugiaron, igual que los del Suroeste de Tesalia, en Yolco y la parte nordeste de la llanura de Tesalia. Igualmente, mientras que la principal fuerza de los dorios atacaba las fortificaciones de la Argólide, Laconia y Mesenia, algunas bandas se lanzaron al mar para invadir las islas del Sur del Egeo.

c) *Los grupos dialectales.* Un hecho importante a tener en cuenta es el planteamiento de la tradición con respecto a los dialectos existentes en Grecia: dialecto y tribu son hechos ligados entre sí por los escritores antiguos. De esta manera, los invasores habrían introducido en las zonas conquistadas dos dialectos íntimamente relacionados: el dorio y el griego del Noroeste. Se supone que esta relación entre los dos dialectos citados ha de deberse al hecho de que dorios y griegos del Noroeste habrían vivido durante un cierto tiempo en áreas contiguas, las cuales deben de ser el Oeste de Macedonia y el Epiro,

ya que la tradición nos apunta que los dorios estuvieron primeramente en el Suroeste de Macedonia y luego en la Dóride, y que los tesalios vinieron de Tesprotia en el Epiro. En cualquier caso, la tradición nos ha concretado un mapa de los grupos tribales-dialectales antes de la invasión de estos nuevos grupos:

1) Dialectos del grupo eolio eran hablados en Tesalia, Beocia, Eubea, Sur de Etolia, Corintia, Argólide y Elide.

2) Dialectos del grupo jonio en Atica, zona del istmo, y algunas partes del Peloponeso como Cinuria, Mesenia y Acaya.

3) El dialecto arcadio se hablaba en algunas partes del Peloponeso, especialmente en las zonas central y meridional (existe también en la isla de Chipre, donde fue introducido por emigrantes del Peloponeso, lo que según la tradición y la evidencia arqueológica sucedió antes de la caída final del mundo micénico).

La tradición nos apunta además que el jonio era el más antiguo de todos los dialectos hablados en Grecia y que existía una ausencia de dorio y de griego del Noroeste en la etapa de la pre-invasión. Por otra parte, el desciframiento de la escritura lineal B ha venido a probar que su lengua está relacionada claramente con el jonio y con el arcadio y ello aparece sostenido hoy en día de una manera amplia por los investigadores, contra la opinión minoritaria que relacionaba el micénico con el eolio. Asimismo también la tradición nos ha transmitido un mapa dialectal de Grecia después de la invasión, el cual denota:

1) Avance de los dorios en Egina, Corintia y el territorio del istmo (expulsando el dialecto dorio al jonio), algunas partes del Peloponeso como la Argólide, Mesenia y Laconia (sobre eolio, arcadio y jonio) y en la Cinuria (sobre el jonio).

2) Apreciación de una nueva oleada de invasores representada por los portadores del dialecto del Noroeste que dominan una gran parte de la Grecia central (Acarnania, Etolia, en gran parte de Beocia, y en Tesalia), Norte y Oeste de Peloponeso (Acaya y Elide), y en tres de las islas jónicas. E igualmente otro grupo de estos mismos invasores parece dominar la región del Epiro.

3) El jonio domina en el Atica y en Eubea (a costa del eolio).

4) El arcadio se mantiene en la zona central del Peloponeso (en Arcadia).

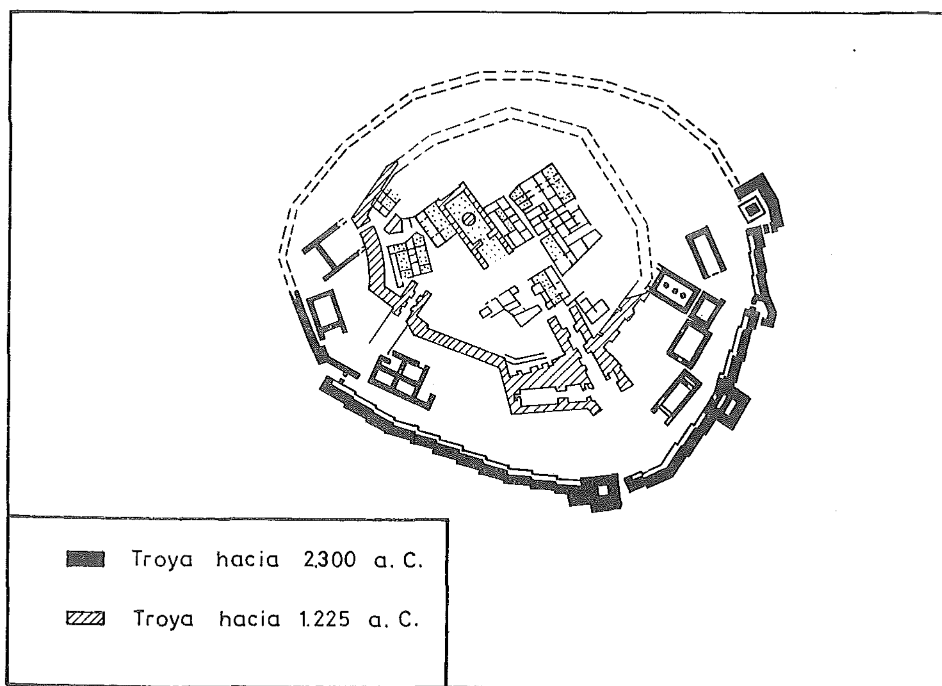
5) El eolio se mantiene en la costa oriental de Tesalia, y mezclado con el griego del Noroeste en otras partes de Tesalia y en Beocia.

Finalmente en las islas del Egeo y en Asia Menor se denotan los dialectos eolio, jonio y dorio en tres fajas de Norte a Sur.

Pero, a pesar de todo ello, existen autores, como J. CHADWICK o A. M. SNODGRASS, que mantienen que los dorios en el momento de su invasión hablaban una forma de griego, pero que en general era casi indistinguible del que usaba una gran parte de la población de Grecia al Norte del Atica y que incluso el dialecto micénico del Peloponeso, tal como parecen demostrar las tablillas en lineal B, no era en cierto tiempo muy diferente de este griego del Norte. Según esto es en tiempos históricos con el desarrollo de los pueblos pertenecientes a cada grupo dialectal cuando la evidencia de una diferencia es perceptible. Es en definitiva la teoría de J. CHADWICK que mantiene que la lengua griega es desarrollada por la unión de los invasores indoeuropeos (los dorios habrían entrado en Grecia como parte de la invasión del Heládico Medio, junto con los demás invasores, y se habrían mantenido en la zona noroeste, en los límites del mundo micénico, por lo que eran hablantes de lengua griega) y la población primitiva existente en aquel momento, y que desde alrededor del 2100-2000 a. de C. se pueden denotar dos grupos dialectales, esto es el griego del Oeste y el griego del Este, con lo que la invasión hacia el Este y especialmente hacia el Sur (hacia el mundo micénico) del grupo dialectal del Oeste desarrollará este dialecto en nuevas zonas y, a la vez, produjo la formación de dialectos diferentes entre los últimos hablantes del dialecto general del mundo micénico. Esta teoría de J. CHADWICK ha venido a desterrar la idea tradicional del grupo aqueo, al que pertenecían el eolio y el arcadio, como elemento que entra en el Heládico Reciente, desplazando parcialmente al grupo jonio, que había entrado en el Heládico Medio, y que finalmente habría sido trastocado por el grupo dorio.

Pausanias (siglo II a. de C.), historiador y geógrafo griego, autor de la Descripción de Grecia, *obra de diez volúmenes, en la que hace una referencia geográfica, con datos históricos, mitológicos, costumbristas, etcétera.*

d) *Conclusiones generales con respecto a las invasiones.* La fortificación del istmo de Corinto, así como de ciertas ciudades hay que ponerlo en conexión con los datos de la tradición en el sentido de una presencia de los Heraclidas en la zona del Atica, con la consiguiente desconfianza de Micenas, y especialmente con el primer intento de los miembros de este clan para regresar a la tierra de la que fueron expulsados, cuando su jefe Hilo fue derrotado en combate singular en el momento que pretendía entrar en el Peloponeso, tal como nos informan Heródoto y Pausanias. Pero en tal sentido es preciso denotar que los hechos, se nos dice, habrían ocurrido con anterioridad a la guerra de Troya. Semejante precisión no puede cuadrar de ninguna manera con la fecha de 1250 a. de C. que V. R. d'A. DESBOROUGH (siguiendo a Heródoto) nos da para la toma de esta ciudad, por lo que tiene que colocar el ataque de Hilo en un tiempo simultáneo o ligeramente posterior. Es por esto que hay que considerar como más razonable la fecha de 1210-1200 a. de C. que considera N. G. L. HAMMOND, siguiendo el análisis de Tucídides y que se plasma también en el *Marmor Parium* (1209-1208 a. de C.), ya que están mejor dentro del contexto de los hechos recogidos por la tradición y aquéllos que aportan los descubrimientos arqueológicos; la fecha, hasta cierto punto, canónica de Eratóstenes (1184 a. de C.) llevaría la definitiva conquista del Peloponeso por los dorios hacia fechas demasiado alejadas. De todas maneras, la fijación temporal de la caída de Troya es muy complicada y sólo se puede decir que se produjo mientras la cerámica del HR IIIB (que aparece allí) era aún utilizada. En cualquier caso, hay que suponer un ataque que tuvo que producir una cierta alarma que hizo que se fortificasen algunas ciudades y se construyese un muro defensivo en el istmo de Corinto, pero bien por entonces el poder micénico pudo sujetarlo (y entonces habría que buscar una explicación para las destrucciones de finales del HR IIIB y las consiguientes



Plano de Troya.

emigraciones hacia otras zonas, sobre las bases apuntadas por varios investigadores, que hablan de invasiones masivas continuadas por asentamientos, ataques temporales con retiradas posteriores, desastres naturales, o enfrentamientos internos) o bien este ataque al istmo por Hilo fue precedido de otro en el que el jefe Heraclida y sus hombres consiguieron pasar y capturar las ciudades del Peloponeso para marcharse después como consecuencia de la declaración de una plaga (tal como plantea una cita de Apolodoro). Es incluso aceptable pensar, siguiendo a C. BRILLANTE, que se apoya en O. BRONEER, que la construcción del muro del istmo fuese realizada a finales del HR IIIB. Es, por lo tanto, posible que el muro se construyese tras las destrucciones y con posterioridad a la retirada de Hilo (si es verdad nuestro

planteamiento), lo que habría permitido la facilidad del ataque y el hecho de que en el definitivo los dorios utilizasen la vía marítima para pasar al Peloponeso, ya que entonces sí existía el muro; por otra parte, el hecho de que la construcción del muro implique un esfuerzo unitario empuja a aceptar la existencia de un gobierno central y por ello realizado con anterioridad a la expedición a Troya, lo que hace posible que se realizase pensando en la probable debilidad en la que quedaría el mundo micénico al marchar sus más importantes efectivos a esta guerra, sabiendo la existencia de una posibilidad de ataque que continuaría él o los ya realizados. Y no hay que olvidar en este contexto que los trabajos arqueológicos son incapaces de centrar, en este preciso momento, fechas relativamente próximas; y en ello reside el problema, puesto que hechos que muy posiblemente se encuentran demasiado cercanos en el tiempo se nos aparecen prácticamente concentrados en un período corto, lo que impide la posibilidad de ser discernidos, clasificados y relacionados en su exacto sentido. De cualquier forma, se ha apuntado, sin embargo, que la debilidad interna que muestra el mundo micénico a finales del siglo XIII a. de C. (basándose en las destrucciones) tiene por causa la merma del poder militar micénico promocionada por una campaña en Asia Menor, durante la cual fue tomada la ciudad de Troya, ya que, como mantiene F. H. STUBBINGS, la



Muralla de Troya. La ciudad de Troya, cantada por Homero, fue descubierta por Schliemann en 1871.

tradición de la guerra de Troya indica una Grecia poderosa que no cuadra con unas destrucciones que deben de ser posteriores. Por nuestra parte pensamos que un ataque del tipo del que hemos considerado no implica necesariamente la consiguiente debilidad micénica. Tal como apunta J. BOUZEK, si los dorios eran pastores, como recuerda la tradición, debieron encontrar grandes dificultades en tomar ciudades y fortalezas, por lo que realizaron varios intentos desde el siglo XIII a. de C. sin colonizar nunca las tierras por ellos devastadas, y únicamente cuando el poder micénico acabó de romperse (en la segunda mitad del siglo XII a. de C.) los dorios tomaron posesión de una tierra despoblada; durante los diversos enfrentamientos los micénicos se vieron obligados o forzados a adoptar el tipo de armamento

dorio y fueron influenciados por algunos de sus instrumentos y objetos (lo que puede explicar algunas de las dificultades para separar las aportaciones dorias, que ya hemos analizado con anterioridad). Precisamente la aventura asiática de los micénicos sí que pudo contribuir a su debilitamiento posterior y, por tanto, a la posibilidad definitiva que se ofrece en sucesivas etapas para que una invasión tuviese éxito. Los primeros intentos, como el de Hilo, sin duda cogieron a los micénicos con su poderío intacto, aunque ello no impidiese su entrada en algunos centros micénicos que pese a todo no pudieron sostener y hubieron de retirarse, pero la debilidad que aportó la campaña en la que Troya fue tomada permitió nuevos intentos más fructíferos por cuanto ahora el poder micénico era un auténtico caos. Y, por otra parte, la regionalización que aparece en el mundo micénico con la entrada del HR IIIC parece apuntar una tendencia hacia la creación de pequeños estados, los cuales pudieron estar enfrentados entre sí muy a menudo, tal como quiere la tradición, ya que semejante hecho habría contribuido en gran medida a que los posteriores posibles ataques de los invasores hubieran dado resultado. Indudablemente todo un conjunto de hechos debieron confluir para producir la total desaparición del floreciente mundo micénico: invasiones más o menos decididas al principio, incluso incursiones piráticas, debilitamiento por la expedición de Troya, y contiendas internas entre los estados regionales posteriormente. Así parece apuntarlo I. TEGYEY. La invasión final, con un éxito total, no fue otra cosa que el golpe definitivo a una civilización que ya no se sostenía sola. Es posible que, como apunta F. J. TRITSCH, toda la serie de hechos que contribuyeron a la caída de la civilización micénica sea necesario buscarlos dentro de ella misma, que su colapso, que es lo realmente importante, se debe fundamentalmente a pérdidas internas, y que la invasión es el efecto de este hecho pero no la causa. Pero, de cualquier forma, negar la evidencia planteada por la propia tradición griega (e incluso las posteriores diferencias dialectales, pese a que no existiesen grandes diferencias en los momentos anteriores a sus definitivos asentamientos, y a que la expansión del dialecto dorio en el Peloponeso, igual que la expansión de cualquier lengua en una zona no tiene por qué ir unida necesariamente a una conquista de esa zona, y existen ejemplos de ello), en base sobre todo a planteamientos de tipo arqueológico, puede llevar a manifiestos errores de apreciación (y son ya varios los que se deben a los arqueólogos, como el caso del dominio micénico en Creta, analizado en anterior capítulo) y el ejemplo aportado por S. HOOD sobre la invasión del Peloponeso por los eslavos a finales del siglo VI y principios del VII d. de C. parece sin duda contundente: existe una clara y segura evidencia de invasiones realizadas por ejércitos grandes (en bandas separadas); la información que poseemos implica la ocupación del Peloponeso y describe cómo los elementos pertenecientes a la población bizantina nativa que escaparon a la masacre marcharon a las montañas, a la península de Monemvasia, a islas como Egina, o incluso hacia el Sur de Italia y Sicilia; lo que resulta interesante en relación con el problema de la invasión doria es que hay muy pocas huellas de los eslavos atestiguadas por materiales, ya que solamente aparecen unos pocos signos de destrucción y algunos enterramientos de cremación en Olimpia, unidos a ciertas referencias en autores bizantinos y el legado de topónimos eslavos supervivientes en el Sur de Grecia. Pero, por supuesto, nada de ello hace pensar claramente que la ocupación eslava fue realizada en forma masiva. El ejemplo es definitivo en contra de la idea generalmente asumida de que una migración de importancia hacia un área determinada debe de poder ser descubierta arqueológicamente por signos de destrucción o cambios en la cultura material.

1050-950 a. de C. Período de artistas conocido como Protogeométrico, en el que existe un empobrecimiento del conjunto de formas micénico.

No queremos dejar de apuntar, finalmente, la existencia de una original, aunque muy dudosa (sobre todo, teniendo en cuenta las correctas precisiones que le hace J. J. MORALEJO ALVAREZ), teoría planteada por J. CHADWICK y que se concreta en el hecho de que los dorios eran precisamente el pueblo común en el mundo micénico (dominado por una aristocracia impregnada de formas minoicas), que parece vislumbrarse en un dialecto socialmente inferior (el denominado Micénico Especial), denotado en algunos términos de las tablillas y que sería concretamente protodorio.

Fuese por los motivos que fuesen, hay que aceptar que el control político central del mundo micénico se rompió y lo poco que sobrevivió lo hizo en una extrema debilidad. El sistema político y social complicado y elaborado se

desintegró para siempre. Y, hasta donde conocemos, el conocimiento del uso de la escritura desapareció junto con el propio mundo micénico (posiblemente porque era practicada principalmente en el servicio de los reyes micénicos). Lo que sigue es un período con un claro y progresivo deterioro de la manufacturación de productos, especialmente denotable en la cerámica y el tratamiento de los metales, con poquísimas innovaciones conocidas.

e) *Sociedad y costumbres de los pueblos invasores.* Resulta imposible descubrir con seguridad la identidad y el origen de los invasores, o al menos se puede decir que los restos arqueológicos no nos dan grandes pistas sobre el particular. Armamento de hierro, uso de la caballería y utilización de enterramientos en cremación son algunas de las innovaciones que se les atribuyen, pero la evidencia es fragmentaria y la cronología muy insegura. Algunas conclusiones negativas son más aceptables de suponer: no trajeron una cerámica que los distinguiese, ni cualquier otro tipo de marca que los presente como una civilización desarrollada; probablemente eran nómadas en un primer momento, que vivían en tiendas y chozas, usaban utensilios de madera y adoraban imágenes del mismo material, según parece apuntar Plutarco; sus primeros asentamientos eran aldeas muy pequeñas y presumiblemente vinieron de fuera de los límites del mundo micénico. Un hecho común entre todos los pueblos invasores es que eran predominantemente pastores y vivían una vida semi-nómada. Cuando obtuvieron sus nuevas tierras continuaron su modo de vida, viviendo en grupos pequeños y construyendo asentamientos temporales. Despreciaron el modo de vida urbano y algunos aspectos de este tipo de vida, tal como el comercial, lo que produjo como efecto inmediato su supresión. La unión de invasiones terrestres e incursiones marítimas produjo el casi total empobrecimiento de todo el área del Mediterráneo Oriental. Por ello, la recuperación fue un proceso muy lento, incluso para zonas no ocupadas como el Atica.

Los dorios pronto asumieron y mantuvieron una posición de liderazgo en el mundo griego: sus estados primitivos eran más poderosos y sus empresas coloniales fueron más ambiciosas que las de otros griegos. Mientras tanto y por el contrario, los pueblos de dialecto del Noroeste se desarrollaron muy por debajo en cultura y desarrollo político; centrados en la agricultura, y no en el pastoreo, jugaron una ínfima parte en el movimiento colonizador y en el desarrollo de la civilización helénica.

1150 a. de C. Una ola migratoria de dorios, acompañados por beocios y tesalios, y en último momento por tracios, se asientan en Epiro, Etolia y Acarnania. Llegan por mar a Creta y al suroeste de Anatolia y por tierra al Peloponeso. Con estas incursiones coincide la destrucción e incendio de las fortalezas micénicas.

Los invasores estaban estructurados en tribus (las tres tribus de los dorios eran: *Hylleîs*, *Dymânes* y *Pámphyloi*) y el hecho de que este sistema tribal fuese común a los primeros asentados en Creta y Rodas y a los posteriores estados dorios parece indicar que tal división tuvo lugar antes de la invasión de hacia 1130-1120 a. de C. Su origen era probablemente racial, a tenor de lo especificado por Heródoto. La división de la tierra conquistada se hizo también sobre bases tribales. Las tribus se constituían con fratrías, las cuales se subdividían en clanes o grupos familiares. Vivían en pequeñas aldeas denominadas *kômai* en las áreas dorias y *damoi* en la Elide. Cada aldea probablemente se componía de una unidad familiar, y la cabeza de la comunidad mantenía el título de rey (*basileús*): se trata, en general, de una organización en torno a jefes militares, con un papel indiscutible de superioridad del elemento masculino sobre el femenino dentro de la sociedad (este hecho se denota igualmente en lo que respecta a la religión, donde existe una supremacía de las divinidades masculinas, lo que condujo a la instauración de una sociedad divina de tipo patriarcal, concebida a semejanza de la humana). A cada familia era asignada una extensión de tierra (*klâros*), la cual era inalienable, y su posesión constituía un derecho para los miembros de la comunidad. Pero tal posesión variaba ampliamente en el área no doria: por ejemplo, en Tesalia, Beocia y Elide los propietarios de grandes extensiones mantenían la caballería y jugaron una parte predominante en los asuntos políticos. En las áreas dorias la posesión parece no haber variado mucho en cuanto a extensión. En Tesalia y las zonas dorias las posesiones eran trabajadas por esclavos que pertenecían a la comunidad, pero tenían sus derechos limitados; tal hecho no aparece en la Elide, en Beocia, o en otras partes de dialecto del Noroeste, y ello se atribuye a los Heraclidas que dirigieron a dorios y tesalios. Estos dos pueblos redujeron a la esclavitud a las poblaciones por ellos conquistadas; concretamente es el caso de los habitantes

Los Heráclidas son héroes legendarios, descendientes de Heracles; históricamente, se ha dado este nombre a los conquistadores dorios del Peloponeso.

de las llanuras, puesto que a los de las colinas los sometieron a un estado de tributarios (así, los *perioikoi*, en Laconia). Los beocios y los otros invasores de la Grecia central no redujeron a la primitiva población a la esclavitud o a una forma de tributarios. Y en algunos estados dorios, incluso, los principales de la población primitiva fueron adoptados dentro de la comunidad y formaron una cuarta tribu.

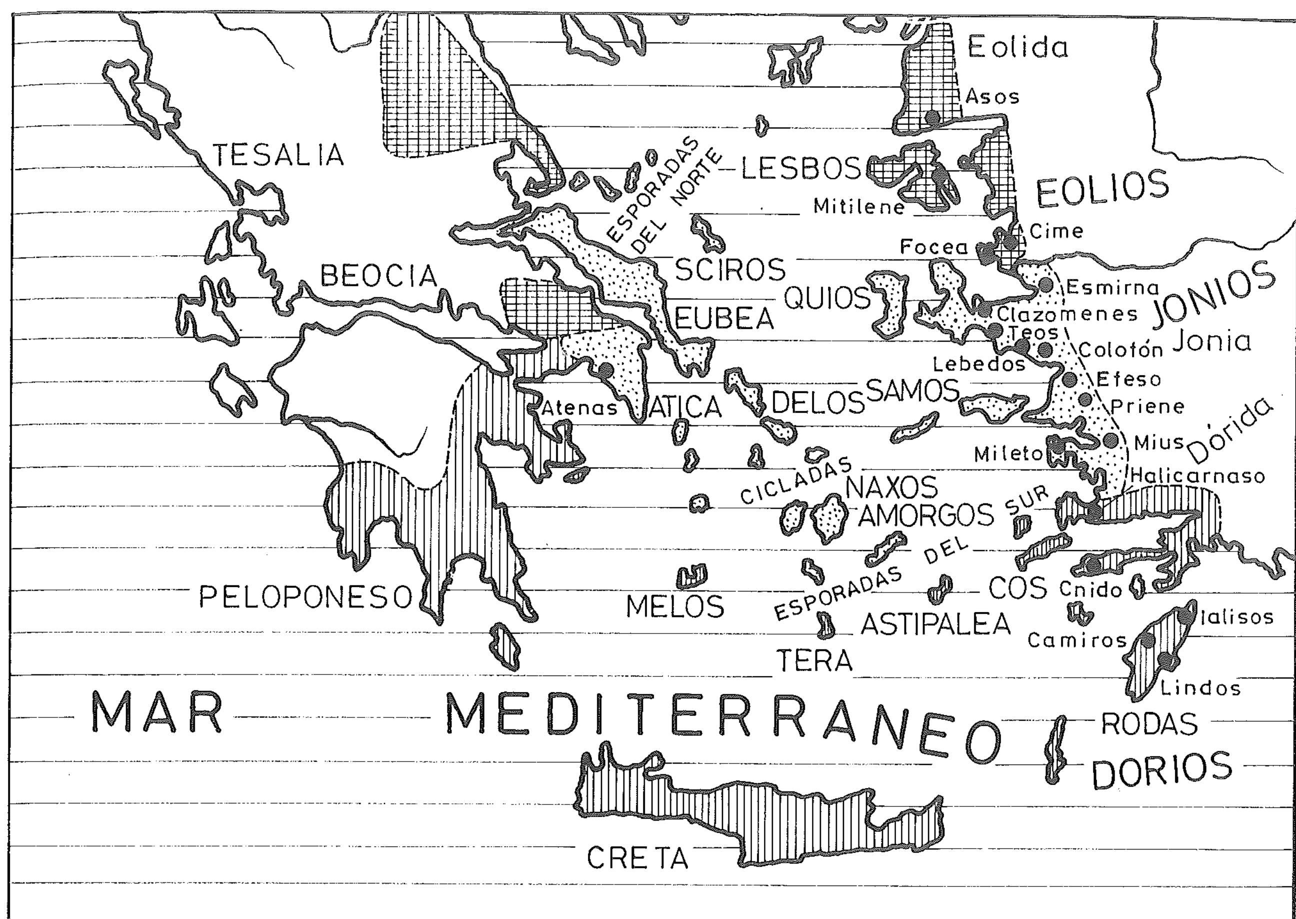
2. La colonización de la costa de Asia Menor y las islas del Egeo

a) *Emigración doria.* En el mismo momento en que se produjeron los asaltos dorios a las fortalezas más importantes de la Argólide, Laconia y Mesenia, algunos grupos se lanzan a una aventura marítima para invadir las islas y reunirse con sus predecesores en Creta, Rodas y otras islas, como Citera, Melos y Tera, que fueron ocupadas por dorios procedentes de Laconia. Según la tradición, dirigidos por Teras, un miembro del clan Egeida, se dirigieron a la isla de Tera en la generación de Eurístenes y Procles. Melos fue ocupada igualmente, según Tucídides hacia 1116 a. de C. Bajo la dirección de Altémenes, nieto de Témeno, hacia 1050 a. de C. ocuparon los dorios la zona central de Creta y posteriormente se extendieron por toda la isla. Otros grupos, procedentes de la Argólide, ocuparon las islas de Anafe, Astipalea, Casos y Cárpatos; otros Rodas; y otros procedentes de Epidauro se asentaron en Nisiro, Cos y Calidna. En total y en el terreno insular se puede, pues, decir, que los dorios vinieron a ocupar las Cícladas del Sur y las Espóradas meridionales, además de Creta y Citera. Finalmente, en la costa de Asia Menor, la ciudad de Halicarnaso fue fundada por dorios y jonios de Trecén, Yaso por dorios de la Argólide, y Cnido por dorios de la Argólide y de Laconia. De esta manera, los dorios ocuparon todas las islas de la zona meridional y tres ciudades en la costa de Asia Menor, la Dóride asiática. Tenemos noticias de la existencia de un culto a Apolo Triopio en el promontorio de Cnido (para celebrar los juegos en honor de este dios), al cual únicamente eran admitidos los dorios de Cnido, Halicarnaso (según Heródoto, pues sus habitantes se consideraban dorios y sus instituciones lo eran en parte, aunque su lengua era en su totalidad jonia; no obstante, este mismo autor nos informa de la posterior expulsión de esta ciudad), Cos, y las ciudades de la isla de Rodas, a saber Lindo, Yaliso y Camiro.

Mientras los aqueos se ven confinados a las islas jónicas, los jonios permanecen en el Atica, Eubea y las Cícladas, sin verse afectados por estas invasiones. El éxito militar de los dorios venía facilitado por el uso del caballo, mucho más ligero que el pesado carro de guerra micénico y el empleo de lanzas de hierro frente a las armas cortas de bronce de los micénicos.

b) *Emigración eolia.* El impacto producido por las invasiones fue causa de la emigración también de los eolios, que desde Tesalia, Fócide, Lócride y Beocia se lanzaron igualmente a la aventura del mar para conseguir nuevas tierras en las que asentarse, especialmente en la zona de Asia Menor e islas adyacentes. Debieron de encontrar gran resistencia, cosa que parece probada por la lentitud con la que progresó su colonización. Llegaron en sucesivas oleadas y perpetuaron su dialecto y sus cultos, así como su forma de vida de tipo agrícola. La colonización debió de empezar hacia 1140 a. de C. y se extendió muy probablemente hasta alrededor de 1050 a. de C. o incluso a época posterior. La colonización eolia va unida por la tradición a hijos y descendientes de Orestes; es posible que así, tal como se ha sugerido, se haya pretendido anteponerla en prestigio y tiempo a la jonia.

El primer grupo de emigrantes fue dirigido, según la tradición, por Pentilo, hijo de Orestes, y se asentó en algunos puntos de la costa de Tracia. En el trascurso de dos generaciones sus descendientes fundaron nuevos asentamientos en la costa noroeste de Asia Menor y en las islas próximas de Lesbos y Ténedos. Otro grupo fundó Cime (posiblemente emigrantes de la Lócride) y continuó hasta que el número total de asentamientos en la zona continental asiática llegó hasta doce, según la enumeración que hace Heródoto en la forma siguiente: Cime, Larisa, Fuerte Nuevo, Temno, Cila, Notio, Egiroesa, Pitana, Egeas, Mirina, Grinia y Esmirna (la cual cayó finalmente en manos de jonios procedentes de Colofón, según testimonio del mismo Heródoto). Finalmente desde Cime y especialmente desde la isla de Lesbos (sobre todo desde las ciudades de Mitilene y Metimna) otros puntos de asentamiento fueron fundados en la Tróade. El total de todas estas fundaciones, en la costa de Anatolia, las islas y la tróade vino a formar la Eólide.



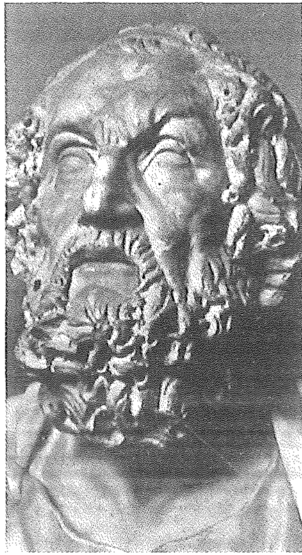
Expansión en islas y Anatolia (según P. Levegne).

c) *Emigración jonia.* El Atica, como tierra que supo parar la invasión, se convirtió en una especie de santuario para los refugiados de otras zonas. La acumulación de estos refugiados (a los que concedió la ciudadanía) dio a Atenas una poderosa capacidad en cuanto a población, y ellos jugaron un importante papel en el desarrollo de la ciudad, y especialmente en la creación del estilo cerámico Protogeométrico. Al mismo tiempo, la extensión de este estilo por casi todo el Egeo y Asia Menor, muestra ya la renovación de los contactos con el área egea, e igualmente es un instrumento importante para seguir el fenómeno colonizador. Por otra parte, los intentos de invasión por parte de los beocios y posteriormente de los dorios, según la tradición, fueron parados precisamente con el concurso decisivo de estos refugiados y muy concretamente por representantes de los Neleidas de Pilos, que llegaron a convertirse en reyes de Atenas. Y precisamente no es casualidad que el iniciador de la denominada emigración jonia hacia 1050 a. de C. sea Neleo, hijo de Codro, y perteneciente a esta familia de los Neleidas, tal como nos apunta Pausanias, que igualmente asegura que, con excepción de Clazómenas y Focea, todas las demás ciudades de la costa central de Asia Menor fueron fundadas por descendientes de Codro, aunque tal hecho se ha pensado que tiene que ver muy posiblemente con una especie de distinción conferida a los fundadores de estas ciudades, bien que allí donde la tradición lo permitía. El éxito de la emigración se atribuye sobre todo al poder marítimo ateniense y a la buena dirección que Atenas llevó a cabo (las conexiones entre los jonios y Atenas en época histórica, especialmente a nivel de festivales y cultos o de instituciones, así como la pretensión de que las colonizaciones posteriores son llevadas por una única ciudad y en este tiempo sólo Atenas podía ser capaz de asumir ese papel, apuntan en la dirección indicada), puesto que los pueblos a los que tuvieron que desplazar eran importantes y, desde luego, poderosos, lo que explica también que se progresara muy lentamente y siendo necesario el concurso de sucesivas oleadas de emigrantes. Y aunque dirigidos por Atenas, que es la impulsora (lo que permite comprender la pretensión posterior de un

cierto patronazgo sobre todos los jonios), los emigrantes procedían en gran medida de otras partes de Grecia: Acaya, Eubea, Arcadia, Tesalia, Beocia, Corinto y Argólide. Pero, pese a la diversidad de su origen, todos ellos mantenían muchas instituciones comunes, que se concretan en la organización gentilicia, sus reyes y sacerdotes, y lazos de tipo religioso.

Los jonios ocuparon los mejores lugares del litoral de Asia Menor, que a su vez controlaban las principales rutas comerciales a través de los valles del Caístro y el Meandro)aunque con poca capacidad defensiva frente a las tierras interiores) y las islas de Quíos y Samos que eran puntos claves en el eje norte-sur. En general, es posible concretar la extensión de la emigración jonia a la mayor parte de las Cícladas (Ceos, Citnos, Séfiros, sifnos, Andros, Tenos, Naxos, Delos, Paros, Amorgos, etc.) con excepción de las islas de la parte meridional, a las Espóradas del Norte, y a la zona continental de Asia Menor en su parte central (denominada Jonia), en la cual desde finales del siglo X a. de C. los jonios se encuentran sólidamente establecidos en doce ciudades, que después integraron la dodecápolis jónica (Mileto, Minute, Priene, Efeso, Colofón, Lébedos, Teos, Clazómenas, Eritras, Focea, y las dos islas-estados de Quíos y Samos), y que ya en el siglo VIII a. de C. aparecen confederadas en una unión religiosa centrada en el santuario de Posidón Heliconio, situado en el promontorio de Mícale.

3. Homero y la utilidad histórica de los poemas homéricos



Homero, el más importante de los poetas griegos, considerado como autor de «La Iliada» y «La Odisea».

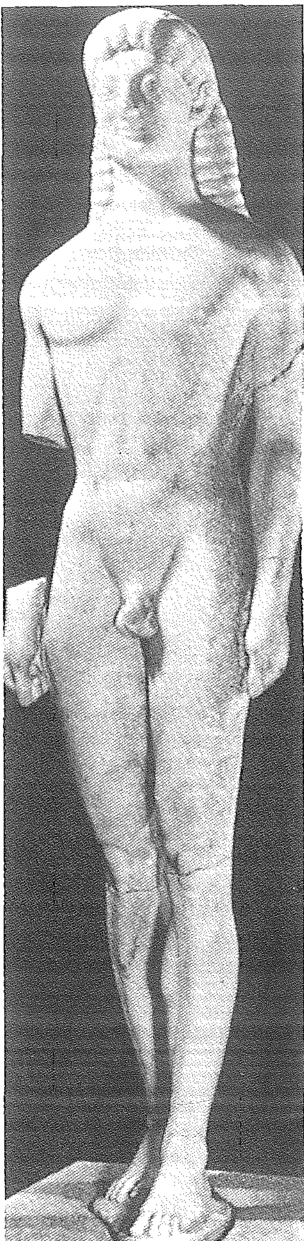
Al finalizar la etapa de oscuridad, de la que nos estamos ocupando, florecerá el genio poético; y de entre los diversos poetas existentes se nos ha conservado el nombre de uno de ellos, el más importante, Homero, a quien las fuentes antiguas asignaron de una manera unánime dos poemas: la Iliada y la Odisea. Aunque se ha propuesto la posibilidad de un poeta anónimo como el elemento que dio a los poemas su unidad y los llenó de su espíritu (tanto la Iliada como la Odisea, ya que no existe una clara y contundente prueba que demuestre la teoría, tal vez posible pero no segura, de que la Odisea no es obra de Homero), lo cierto es que desde la Antigüedad este poeta nos es conocido como Homero y no parece lógico discutirlo. Y es claro que Homero no se limitó únicamente a relatarnos una leyenda existente, no es un mero transmisor, sino que como acertadamente mantiene F. R. ADRADOS «reelabora la leyenda anterior con un nuevo espíritu, más humano y más dramático», aunque no puede escapar a una dependencia aún de las técnicas tradicionales. Heródoto nos ha transmitido la idea de que Homero vivió a mediados del siglo IX a. de C., pero hoy día se considera, por parte de los diversos investigadores, más conveniente el rebajar la fecha hacia finales del siglo VIII a. de C. Por lo que se refiere al lugar de su nacimiento únicamente se puede asegurar que se encuentra dentro del círculo de la cultura jonia de Asia Menor o las islas adyacentes, y existe una escasa razón para dudar sobre las líneas fundamentales de la tradición que coloca a Homero en Esmirna o en Quíos, pese a que los detalles de su vida son ampliamente ficticios. Fue en Quíos donde los Homéridas o descendientes de Homero, que clamaban por derechos y conocimientos especiales en la recitación de los poemas, estaban posteriormente establecidos. Por otra parte, es casi seguro que debió de escribir o de dictar sus poemas (en el caso de que fuese ciego como se sostiene).

Pues bien, son varios los investigadores que consideran que para connotar los hechos que plasman la Edad Oscura no es necesario recurrir a fuentes colaterales o a cualquier tipo de inferencias indirectas, ya que los poemas homéricos son un testigo directo para comprender la sociedad de esta época; de esta manera, este documento comportará bases históricas, que son de capital importancia para su conocimiento. Pero también se ha pensado lo contrario, y en concreto entre otros, G. S. KIRK y C. G. STARR mantienen que la Iliada y la Odisea pueden reflejar hechos, costumbres, creencias, y técnicas de algo o todo el período dentro del conjunto de los siglos XII al VII a. de C. y que todo ello limita severamente el uso de los poemas como exacta fuente histórica. En cualquier caso, con el desciframiento de la escritura micénica, que nos ha dado la posibilidad de conocer documentación griega de esta época concreta, la comparación de los restos arqueológicos existentes con los datos que nos transmite Homero puede hacerse con una mayor seguridad.

Hoy en día no se pone en duda la existencia de elementos micénicos heredados por Homero, aunque aún existen dudas sobre la concreción de estos elementos y su número total. Así, mientras que F. R. ADRADOS considera que Homero refleja la organización política micénica pero mezclándola indisolublemente con rasgos posteriores, siendo el mundo micénico una especie de telón de fondo que ambienta levemente la narración homérica, y concluyendo que hay un fondo histórico en los poemas, aunque sometido a toda clase de deformaciones, M. I. FINLEY mantiene que el núcleo micénico en los poemas era pequeño y lo poco que contenía fue deformado hasta perder el sentido y la posibilidad de reconocimiento, pero finalizando con la idea de que, en concreto, el mundo de Odiseo, al que se está refiriendo, no fue la edad micénica anterior en cinco o seis o siete siglos, pero tampoco fue el mundo del siglo VIII o VII a. de C. y que de colocar ese mundo en el tiempo los siglos más probables parecen ser el X y el IX a. de C.

Mundo homérico: los reinos griegos.





Kourós. Mediados del s. VI a.C.

4. Estructura de la sociedad homérica

a) *Economía.* Toda la organización económica del mundo plasmado por Homero se articula en torno al *oîkos*, el dominio del noble, que puede corresponder de un modo aproximado a un grupo gentilicio o familiar, el *génos*, que en los poemas homéricos comienza ya a sufrir un proceso de disgregación. Su ideal económico es la autarquía, tratando de producir todos los productos agrícolas y ganaderos que necesita para su consumo y de no importar más que algunas materias primas totalmente indispensables (como los metales). Mantiene una economía que es mixta, agrícola y ganadera, pero con predominio de la ganadería sobre la agricultura. Los terrenos de pastos ocupaban la mayor parte del suelo en las llanuras (en general eran más extensos que las zonas cultivadas), mientras que este tipo de pasto se complementaba con el de las montañas, a lo que se unía la riqueza de los bosques existentes en los alrededores de las distintas localidades, que se caracterizaron por ser propiedad colectiva. El ganado estaba constituido por el vacuno, el lanar, las cabras y los cerdos, mientras que los caballos aparecen como una posesión costosa y rara. En concreto la Odisea nos proporciona la descripción de un modelo de explotación ganadera en la isla de Itaca. A su frente estaba un esclavo especialmente apreciado por su amo, Eumeo, y en ella trabajaban cuarenta hombres. El personal se organizaba en seis equipos de cuatro hombres para atender a las piaras, mientras que los restantes atendían doce rebaños de vacas y otros tantos de cabras. En lo referente al propio complejo arquitectónico se componía de una casa elegante con pórtico (que era la del propio Eumeo), dos casas para el personal restante, y doce porquerizas de gran tamaño. La cría del ganado estaba, por lo tanto, en manos de una población servil, y en algunos casos libre, pero de baja condición.

La caza y la pesca completaban los recursos proporcionados por la ganadería en lo que se refiere a la obtención de productos cárnicos. La primera de ellas era practicada como deporte por los nobles, y en realidad era concebida como una guerra para defenderse de las fieras que poblaban los bosques, por lo que, una vez finalizada la cacería, los aristócratas se repartían sus presas siguiendo las normas del reparto en los botines de guerra; la pesca, por el contrario, era considerada como una actividad no noble, y el pescado constituía igualmente un alimento muy poco apreciado por la nobleza.

La agricultura, a pesar de no ser la actividad económica básica, constituía a nivel ideológico, la base de la civilización: la diosa del trigo, Deméter Tesmóforo, es quien, con este cereal, dio a los hombres los principios jurídicos que rigen la vida de los distintos grupos sociales. El territorio cultivado se concibe como la tierra civilizada por excelencia, y el desconocimiento de la agricultura y el no consumo de trigo son símbolos de barbarie, como se puede observar, por ejemplo, en la descripción mitológica de los Cíclopes. Existen dos tipos fundamentales de propiedad agrícola: la gran propiedad, el *témenos*, que puede llegar a tener unas veinte hectáreas, y la pequeña, el *klêros*, cultivada por un solo campesino. A lo largo del tiempo, la agricultura fue ganando terreno progresivamente a la ganadería, y se fue difundiendo cada vez más el cultivo de los cereales y aumentando la mano de obra agrícola. Pero como no se dio una mejora de los métodos agrícolas, la expansión de la agricultura se realizó a costa de la roturación de los bosques. El sistema de cultivo era de roturación bienal, y en general, el utillaje agrícola fue de tipo bastante primitivo, en lo que a la agricultura de los cereales se refiere. Pero, por el contrario, los cultivos arborescentes (vid y olivo) son intensivos, y en ellos se practica la irrigación mediante canales. El paisaje agrario de la Grecia homérica se cubre, pues, de viñas y olivos y preludia lo que será la agricultura griega de las etapas posteriores. Naturalmente el tipo de cultivo del *témenos* noble difiere de aquel del *kleros* campesino, en el que trabaja sólo un cultivador con un único buey, ayudado a veces por un esclavo o algún jornalero o vecino, pero, dado que el objeto de los poemas homéricos es la guerra o la aventura y no el trabajo del campo, carecemos de información suficiente para poder distinguir los tipos de cultivos de estos dos modelos de explotación agrícola.

Junto a la agricultura y la ganadería, la industria constituyó la última rama de la producción económica. Parte de su producción, la relacionada con

la alimentación y el vestido, fue de carácter doméstico, y se llevó, por lo tanto, a cabo dentro de los límites de cada *oîkos*, y las restantes ramas de la producción industrial estuvieron en manos de una serie de artesanos entre los que no existe una especialización profesional muy neta. Así aparecen: el *tékton*, constructor en madera y en piedra (es carpintero y ebanista, fabrica toda clase de objetos de adorno, pero también casas, carros y naves), el *kerameús*, alfarero, el *chalkeús*, forjador de metales, o el *skutotómos*, talabardero. No existen normalmente talleres, los únicos conocidos son los de los forjadores, pero su existencia es excepcional, pues lo normal es que estos artesanos viajen llevando consigo sus útiles fundamentales. El jefe de cada *oîkos* poseía normalmente lingotes de metal, que adquiría mediante el comercio. Si se trataba de elaborar con ellos un objeto de fácil fabricación, se elaboraba dentro del mismo *oîkos*, y sólo si ello era muy complejo se recurría al trabajo del artesano itinerante o *demiurgós*, que solía trabajar a cambio prácticamente de que se le diese casa y comida mientras duraba su trabajo. El artesano itinerante trabaja a nivel individual, nunca se asocia con sus colegas, y si dos carpinteros o herreros trabajan juntos se debe a que han coincidido al ser contratados simultáneamente por el mismo señor. Sin embargo, ello no implica que se diese entre los *demiurgoí* una relación de competencia, pues ello únicamente comenzará a manifestarse con el nacimiento de la ciudad. En general, el nivel de desarrollo industrial era muy pobre. El instrumental muy simple. Las obras más complejas que estos artesanos pueden llevar a cabo son la fabricación de un carro, un mueble con incrustaciones o un barco (su obra más valorada), pero en este momento los muros de las ciudades micénicas les serán atribuidos a los Cíclopes, al creerse que su construcción únicamente pudo haber sido llevada a cabo por gigantes. Y en lo que al trabajo del metal se refiere, el *chalkeús* será capaz de elaborar con él una serie de productos, pero no lo extrae: no se cita la existencia de minas; los lingotes llegan del extranjero, traídos, si son de cobre, de Chipre por navegantes como los tafios o los fenicios. La Iliada y la Odisea mencionan el uso de dos metales: el bronce y el hierro. El primero de ellos se utiliza en la fabricación de las armas, lo que no corresponde a la realidad, sino que debe interpretarse como un intento del poeta de dar una imagen arcaica de la guerra, y el segundo en los instrumentos agrícolas. En realidad el uso del hierro debió, pues, irse imponiendo en todos los niveles sobre el bronce.



Koré. Ha. 555-550 a.C.

Al estudiar la circulación de los bienes, es decir, el comercio, debemos distinguir dos tipos de intercambios fundamentales, porque poseen una naturaleza económico-social muy diferenciada: el comercio exterior y el comercio interior. El comercio exterior en realidad, como actividad diferenciada, carece de entidad propia, pues no se distingue claramente de la piratería. El oficio de comerciante no aparece por ninguna parte. Nos encontramos, eso sí, a los fenicios, que practican el comercio mudo en las playas, pero ellos siempre aprovechan las oportunidades que les da la práctica de este tipo de comercio para raptar o capturar gente en las costas y venderla luego como esclavos. Junto a ellos podemos observar a los lemnios, que también practicaban cierto tipo de comercio del bronce, el hierro, y los bueyes y los esclavos, y a los cretenses, que son ante todo piratas, pero que ocasionalmente también practican algún tipo de comercio. La piratería en estos momentos es considerada como un oficio noble; Menelao y Ulises la practican, y es la principal fuente, junto con el botín y el robo practicado en tierra, de la riqueza que constituye los tesoros nobiliarios. Unicamente se practica en la primavera y el verano, pues debido a la fragilidad de los navíos existentes, la nàvegación se suspendía prácticamente durante el otoño y el invierno. Lo que nosotros podríamos llamar comercio interior no existe, en cierto modo, pues los intercambios entre *oîkoi* se desarrollan a través de la institución del regalo y mediante intercambios que tienen lugar en contextos institucionales diferentes, y que por lo tanto son concebidos como substancialmente distintos. Así, por ejemplo, el intercambio de objetos que como dote y como regalos se lleva a cabo entre dos grupos familiares diferentes en el momento de contratar un matrimonio se considera totalmente diferente del intercambio de objetos que se lleva a cabo entre dos personas que están unidas por una relación de hospitalidad. Aunque el ganado se usa como medida de valor, no puede ser definido como una moneda, pues no se ajusta a los mecanismos de la oferta y la demanda y los intercambios no son

reversibles. Es decir, que dos personas pueden intercambiar, de común acuerdo, algunos bienes pagando con cabezas de ganado, pero ello no quiere decir que en otra ocasión deba fijarse el precio en ese mismo número de cabezas, sino que podrá aumentar o disminuir de acuerdo con la voluntad de las partes contratantes. Cuando se lleva a cabo un intercambio de este tipo se supone que no existe ganancia para ninguna de las dos partes, sino que ambas resultan igualmente beneficiadas, pues la ganancia sólo se considera lícita en la guerra, pero nunca en las relaciones de intercambio comercial entre parientes o miembros de comunidades afines. Ello quiere decir que la ganancia se entiende como botín, es decir, como producto de un robo o saqueo, que puede obtenerse expoliando a un extranjero o a un enemigo, pero nunca a una persona con la que se mantienen lazos de parentesco o de hospitalidad.

b) *Sociedad.* En el esquema de la sociedad que nos transmite Homero se destaca un grupo sobre todos los demás: el de los *áristoi* (los nobles). Existe una separación absoluta entre este grupo y las demás gentes. Los nobles, aparte de poseer una mayor cantidad de tierras, y por lo tanto, una mayor riqueza, se consideran, en grado próximo o remoto, descendientes de algún dios o héroe, y dotados de una serie de cualidades morales, patrimonio exclusivo de su clase, que los hacen superiores a los demás. El noble es así, y sólo por el hecho de serlo, *kalós*, hermoso, entendiendo la belleza naturalmente no sólo en sentido físico, sino también con un matiz moral y de clase; e igualmente es *agathós*, es decir, a la vez bueno en sentido moral y valiente y de buena familia. Existe, pues, un conjunto de valores morales y sociales que se consideran como un patrimonio exclusivo de la nobleza y que justifican plenamente, a nivel ideológico, su superioridad social. Pero el noble, además de poseer toda esta serie de cualidades, se caracteriza por ser un guerrero que obtiene sus ganancias mediante proezas realizadas en la caza y en la guerra, que le aportan respectivamente presas y botín, y porque no lleva a cabo sistemáticamente ningún tipo de trabajo. La nobleza constituía un grupo cerrado. El matrimonio estaba estrictamente limitado por la clase social, y por ello los nobles se verán obligados para sobrevivir a pactar uniones conyugales entre distintas familias pertenecientes a comunidades diferentes, tendiendo a intercambiarse hijas y hermanas entre dos o más familias, lo que a la larga da lugar a la existencia de matrimonios entre personas próximas, característicos de los grupos sociales cerrados y de todas aquellas clases sociales y familias reales que se ven obligados a la práctica de la endogamia. Naturalmente no es posible evaluar la importancia numérica de la nobleza frente a la de los restantes grupos sociales. Solamente podemos destacar que en un pequeño territorio como la isla de Itaca, junto a la familia noble gobernante, tenemos, como mínimo, cincuenta y seis familias nobiliarias más. Pues de los ciento ocho pretendientes de Penélope, cincuenta y seis son de Itaca y cincuenta y dos de los reinos vecinos. Debieron existir, pues, una grande y pequeña nobleza. Ambas poseerían en común un nivel social propio, y entre ellas debió de existir sobre todo, una diferencia de tipo económico, en función del mayor o menor número de tierras o de rentas que poseyese cada familia noble.

Por debajo de esta nobleza se encuentran una serie de grupos humanos de distinta condición (tanto en el terreno económico, como en sus situaciones jurídica y social) que poseían en común, junto al hecho de no pertenecer al grupo de los *áristoi*, el que llevaban a cabo una serie de actividades productivas de importancia social, ya sea por su propio valor económico o porque fuesen considerados indispensables para el buen funcionamiento de la sociedad. Y, puesto que la principal unidad de producción es el *oîkos*, los sectores fundamentales de la actividad laboral se desarrollarán dentro de sus límites sociales, que coinciden con los de la organización familiar, teniendo por lo tanto una importancia económica muy secundaria el trabajo que se hacía fuera de los límites de esta comunidad social.

En el trabajo del campo, los elementos fundamentales no eran los esclavos, sino los campesinos libres. Entre ellos podemos realizar una distinción entre los pequeños propietarios, que poseen su pequeño *oîkos* con algún esclavo, normalmente uno, y que teórica y económicamente hablando no se diferencian de los nobles más que por la menor extensión de sus tierras, y los jornaleros (*thêtes*). Este último grupo social se caracterizaba por carecer de

todo tipo de seguridad, al estar sus miembros situados fuera de las estructuras familiares, que eran las que garantizaban los derechos y la seguridad física de cada persona. Podían ser muertos con inmunidad para su asesino, robados y contratados para un trabajo, negándoles después el sueldo. Jurídicamente eran libres, pero socialmente constituían la última categoría de la escala social. La mayor parte de ellos trabajaba la tierra a sueldo, como jornaleros y temporeros, y en su grupo no existían prácticamente mujeres, pues no se necesitaban para el servicio interno de la casa al haber esclavas suficientes. Muchos de estos *thêtes* eran esclavos huidos o miembros expulsados de algún *oikos* en un conflicto de venganza de sangre, siendo estos últimos denominados *átimoi*.

En cuanto al número de esclavos se puede decir que era relativamente pequeño. Estaba formado por una serie de individuos que provenían sobre todo de los grupos de prisioneros de guerra, del rapto o de la piratería. Los esclavos varones aparecen trabajando en el campo, por ejemplo, en las explotaciones ganaderas de los nobles, pero muy raramente trabajaban al servicio de la clase nobiliaria. Al contrario que las mujeres esclavas, cuyas principales tareas se limitaban a lo que denominamos actualmente el servicio doméstico. La situación jurídica del esclavo es, por supuesto, muy mal conocida, ya que este tipo de personas no son objeto de interés para Homero, pero en general, parece haber sido mejor que la de las épocas posteriores. El esclavo es considerado como una persona, y no como un instrumento vocal o animado, y por tanto, ocupa un lugar, aunque muy subordinado, en el seno de la agrupación familiar que constituye el *oîkos*, diferenciándose de los demás miembros en que el jefe del *oîkos* posee un derecho de vida y muerte sobre él. Puede además poseer bienes y, aunque no existe ninguna forma de manumisión, el esclavo puede ser recompensado con la concesión de tierras, para que se asiente como campesino independiente y con una esposa, aunque ello no era muy frecuente debido a la escasez de mujeres esclavas disponibles.

Existen, sin embargo, otros tipos de trabajadores que, a pesar de no estar integrados en la estructura del *oîkos*, gozan de una cierta estimación social: son los llamados *demiurgoí*. Constituyen en realidad, un grupo social y económicamente muy heterogéneo, en el que podemos distinguir dos tipos de trabajadores claramente diferenciados. En primer lugar, tenemos el grupo de los trabajadores propiamente dichos, o artesanos, como el herrero, el carpintero, el ceramista, etc., que forman grupos familiares en los que se transmiten los conocimientos de padres a hijos. Jurídicamente son libres y su trabajo es muy apreciado, lo que da a este grupo una cierta categoría social. Pero sólo eran llamados para trabajos de importancia excepcional, por lo que iban de un lugar a otro. Y en segundo lugar, forman parte también del grupo, los miembros de una serie de profesiones, a los que no podemos considerar estrictamente como trabajadores. Tal es el caso de los sacerdotes, encargados de la realización de sacrificios y administradores de los terrenos sagrados de los santuarios, y que como tales gozaban de una alta estimación social y poseían mucha riqueza. Los sacerdotes no constituían ninguna casta ni clase sacerdotal, sino que eran elegidos por el pueblo. Y en la jerarquía social se situaban sólo un poco por debajo de los príncipes. Forman parte también de este grupo, los distintos tipos de adivinos. Entre ellos cabe destacar, en primer lugar, la importancia del *mántis*, que se caracteriza por poseer una capacidad adivinatoria infusa que le ha sido concedida por alguna divinidad. Un adivino de este tipo practica la mántica intuitiva porque dispone de un *chárisma* que produce en él una demencia pasajera *(áphron)*, por la cual el adivino sale de sí y es poseído por un dios que habla a través de su boca. Un segundo tipo de adivinos constituyen una primera categoría de *demiurgoí* caracterizada por el distinguir los sueños verdaderos de los falsos e interpretar los signos que aparecen en ellos. Y por último, tenemos a los *oionopóloi*, como Calcante, que interpretan los presagios indicados en el vuelo de las aves. Sacerdotes y adivinos constituyen una primera categoría de *demiurgoi* caracterizada por el ejercicio de una actividad sagrada. Ambos gozan de una gran estimación social, y a veces incluso mantienen conflictos con el poder político, como ocurre en enfrentamientos de Agamenón y Calcante, y de Héctor y Polidamante. Pero junto a ellos es necesario situar otro tipo, que ejercitan actividades consideradas como profanas. En este grupo ocupan el primer lugar los médicos, tanto hombres como mujeres, que se caracterizan por poseer unos

Agamenón, según la mitología griega, era rey de Micenas, hijo de Atres y hermano de Menelao. Casó con Clitemnestra. Cuando Paris raptó a Elena, mujer de Menelao, Agamenón animó a los griegos a marchar contra Troya; sacrificó a su hija Ifigenia para conseguir vientos favorables a la flota griega bloqueada en Aulis. La Iliada *describe a Agamenón como una figura majestuosa. Conquistada Troya, volvió a Micenas con su amante, la profetisa Casandra, siendo ambos asesinados por su esposa, Clitemnestra.*

conocimientros sobre las virtudes de las plantas medicinales. Tras ellos debemos situar a los heraldos. La profesión de heraldo es polivalente, pues los cometidos de sus miembros son: 1) convocar al pueblo en Asamblea y mantener el orden en ella, pasando sucesivamente el cetro a la persona que tiene la palabra, 2) servir como jueces en sorteos y combates singulares, 3) transmitir órdenes y mensajes en la guerra, dar acogida a los embajadores y dirigir los tratos con el enemigo, 4) realizar las funciones de auxiliar de su señor, es decir, servirle en alguna ocasión la comida, ayudarle en la realización de un sacrificio, etc. La profesión pasaba a veces de padres a hijos y sus miembros, en general, gozaban también de una alta estimación social. Por último, debemos de considerar incluidos en el grupo de los *demiurgoí* a los aedos. La mayor parte de ellos eran extranjeros que deambulaban de un lugar a otro, aunque algunos de ellos, como Femio en Itaca, residen permanentemente en una corte principesca. Desde el punto de vista religioso se los consideraba ligados a las Musas, que debían proporcionarles cierta protección divina. Así se explica, por ejemplo, que Ulises no mate a Femio a su vuelta al hogar y que Orestes deje igualmente inmune al custodio de su madre que, teóricamente debía haberle impedido el adulterio con Egisto.



Detalle de una cabeza de Kurós. Ha. 540-520 a.C.

c) *Organización político-jurídica*. La Grecia de Homero careció de todo tipo de unidad política. Se compuso de una serie de reinos, subdivididos a su vez en pequeños grupos de población gobernados por un conjunto de familias nobles, que debieron oscilar entre los mil y los diez mil habitantes. Todos los estados descritos en los poemas homéricos se caracterizan por poseer una constitución monárquica. La monarquía homérica no es una realeza de tipo tribal pura, pues como mantiene F. R. ADRADOS «Homero imaginó la edad heroica como similar a la fase posterior en que la monarquía, disminuida, no retrocedía completamente hacia la edad tribal, sino que tendía a desintegrarse, dejando su poder a una serie de familias nobles». El rey gobierna sobre sus géne y fratrías y su poder se encuentra limitado por un Consejo nobiliario. Las atribuciones del rey consisten fundamentalmente en la administración de justicia, el culto y el mando en la guerra. Vemos, pues, que la realeza homérica conserva las funciones culturales de la monarquía micénica, pero altera el carácter originario de esta monarquía al hacer que el rey tenga como una de sus principales funciones el ejercicio del mando en la guerra. El poder monárquico en los poemas homéricos no posee un carácter estrictamente hereditario. El rey gobierna por la fuerza, porque ha conseguido imponerse sobre los demás nobles, y cuando pierde esta superioridad física y moral debe dejar su cargo o exponerse a ser depuesto. Así se explica, por ejemplo, que cuando Ulises regresa a Itaca tenga que matar a todos los pretendientes para volver a ser rey, y que su padre, Laertes, viva mientras reina Ulises y no pueda tomar el poder cuando su hijo parte para Troya. Este carácter electivo de la monarquía dará lugar a numerosos conflictos entre los nobles que son, lógicamente, los candidatos al poder real. El mejor ejemplo de uno de estos conflictos nos lo proporciona la Odisea. En ella podemos observar cómo los pretendientes nobles de Penélope tratan de acceder al poder real mediante el matrimonio con la reina. Esto no es debido a que sean las mujeres las transmisoras de este tipo de poder, sino a que, como Ulises puede estar vivo, no se puede proclamar un nuevo rey. Por ello, el padre de Penélope pretende casarla con el pretendiente que más le ofrece, con lo cual, él mismo obtiene un beneficio económico en concepto de regalos por la nueva boda de su hija, y el pretendiente elegido tiende un cable hacia la legitimidad de su poder real al conservar la esposa del antiguo rey. Naturalmente a esta postura se enfrenta Telémaco, que pretende que, si su madre vuelve a casarse, se siga el procedimiento jurídico normal, es decir, que él devolvería a Penélope y su dote a su abuelo materno, con lo cual esta mujer perdería todo tipo de lazos con el poder real y dejaría de ser un objeto de interés para los pretendientes al trono, que se verían así privados de todo tipo de artificio jurídico que legitimase su poder real. El noble que poseía la categoría de rey disponía, además de su propio *oikos* familiar, de una hacienda separada, llamada *témenos*, que la comunidad ponía a su disposición. Desde un punto de vista económico poseía además el privilegio de repartir, y quedarse con la mayor parte, el botín de guerra, y a veces de poder solicitar del *dêmos* un regalo en compensación por los beneficios que de él obtuviera el pueblo: dirección y protección militar y, en algún caso, administración de justicia. Además de

todas las funciones indicadas, el rey era responsable, en cierto modo, de la gestión de la política exterior. Esta gestión política tenía, en gran parte, un carácter personal, ya que se realizaba normalmente a través de pactos de hospitalidad y, en algún caso, mediante acuerdos que llevaban implícita la realización de un matrimonio. Los matrimonios de este tipo daban lugar, naturalmente, a la formación de una serie de vínculos de parentesco que mantenían unidas a las distintas familias reales y nobles a través de una serie de generaciones. Para recordar la existencia de estos vínculos, era necesario conocer con detalle la historia de cada una de las familias, y por ello se explica la pasión de los griegos del momento por las genealogías.

Organo consultivo y de control del rey era el Consejo de Nobles. Los *gérontes*, que componían este Consejo, por supuesto, no son los ancianos, sino los *áristoi* que poseían, a escala reducida, en su *oîkos* las mismas atribuciones que el rey. Sólo ellos se sentaban en el círculo sagrado en la Asamblea, en bancos de piedra, y eran los únicos que podían tomar la palabra porque sólo a ellos se les pasaba el *skêptron*. El pueblo, *dêmos*, podía participar en la Asamblea, pero carecía de voz y prácticamente de voto, ya que el procedimiento del voto apenas se practicaba.

La organización jurídica del mundo homérico, se caracterizaba por poseer una naturaleza meramente privada y estar basada en la familia. El rey únicamente intervenía cuando dos familias no llegaban a un acuerdo y apelaban a él. Y este mismo papel podían desempeñarlo los *gérontes*. En estos casos se acudía al rey o al Consejo, porque se suponía que el rey y los *gérontes* poseían los *thémistes*, principios de justicia no escritos, dados por la diosa Temis, los cuales eran transmitidos entre las familias nobles de generación en generación. Cuando decimos que la justicia poseía una base familiar, no queremos indicar con ello que en una familia cualquiera, sea el padre y el marido quien posea la autoridad, sino que utilizamos el término familia con un matiz diferente. La familia homérica, utilizando el término en el sentido actual, es monógama. En su formación tomaban parte el futuro marido y el padre de su futura mujer. Ambos llegaban a un acuerdo por el que el padre de la novia fijaba una dote y el futuro marido la cantidad que iba a pagarle en contraposición como regalo (*édna*). Por supuesto, dado el carácter rígidamente patriarcal de esta sociedad, la autoridad familiar estaba en manos del padre, que podía reprimir las faltas de sus hijos y siervos, quienes también formaban parte de la familia. Y marido y mujer poseían dos códigos de conducta sexual diferentes, pues mientras el hombre podía mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio con sus esclavas concubinas, esto le estaba absolutamente prohibido a la mujer. Ahora bien, además del anterior concepto de familia existe en el mundo homérico un segundo concepto, por el cual se entiende por familia una amplia comunidad de parientes, que constituye unidades sociales como el *génos* o clan, la fratría y la tribu. Es el primero de estos grupos sociales, que en su interior abarca a los nobles y a los individuos dependientes de ellos, y que no coincide exactamente con el *oîkos*, el que desempeñará un papel jurídico esencial en el derecho criminal en este momento. El jefe del *génos*, un aristócrata, y el padre de cada familia podían utilizar, en primer lugar, y sobre todo con mujeres acusadas de delitos sexuales y niños sobre cuya legitimidad había dudas, los distintos tipos de ordalía: por agua, fuego, saltos, etc. Y es entre los *géne* particularmente donde se solucionan los conflictos a los que puede dar lugar la existencia de un asesinato, robo, violación o adulterio. Existen dos sistemas jurídicos diferentes: el que se aplica para resolver los conflictos en el interior de cada *génos*, y el utilizado para regular las relaciones entre *géne*. En el primero de ellos las penas aplicadas suelen ser, bien la expulsión del culpable del grupo o territorio familiar, con lo cual queda convertido en un *átimos*, o bien, la muerte por lapidación u ordalía. Y el procedimiento normalmente seguido para solucionar los conflictos en el segundo de los casos es la venganza de sangre o la vendetta entre familias. Como una venganza trae otra tras de sí y da lugar a la existencia de una situación de inestabilidad y guerra interna entre los pequeños grupos, se arbitrarán una serie de medidas, que se irán imponiendo progresivamente a lo largo de la Epoca Arcaica, por las cuales, primero se llega a un acuerdo entre familias por el que se lleva a cabo una reconciliación a cambio de que la familia del culpable pague una cantidad o un tributo anual a la familia de la víctima como indemnización, y posterior-

La Orestiada, *es un drama de Esquilo sobre la leyenda de Orestes. En el relato, el protagonista restablece con el matricidio, el orden moral turbado por el asesinato de su padre, Agamenon.* La Orestiada *forma la trilogía de: Agamenón,* Las Coéforas *y* Las Euménides.

mente se irá consiguiendo la intervención accesoria de los conflictos familiares, hasta que llega un momento en el cual, una vez formada ya la *pólis*, estos asuntos vayan siendo cada vez más competencia de los distintos tipos de tribunales. Por lo demás, el sistema jurídico familiar poseerá un importante componente religioso: los muertos reclaman su venganza, y tanto la venganza como la reconciliación poseen sus propias divinidades protectoras, y por ello muchos de sus componentes sobrevivirán en la mitología griega (piénsese, por ejemplo, en la Orestiada).

d) *Religión.* La religión griega de este momento posee una gran complejidad. El mundo de los dioses y sus mitos es de una gran riqueza, como se puede apreciar leyendo los poemas homéricos (se trata de una religión muy diferente de la micénica, la cual nos han descubierto la lectura de las tablillas, y que se concreta en una religión ctónica, con preeminencia de las divinidades femeninas, en la que Zeus aparece como un dios de tipo secundario). Y tenemos una serie de instituciones religiosas muy organizadas, como hemos podido apreciar al tratar las figuras de los sacerdotes y adivinos. En este campo podemos afirmar que en este momento se encuentran ya plenamente desarrollados los caracteres del mito y la religión de las posteriores épocas Arcaica y Clásica, épocas que no enriquecerán ya más el mito, sino que lo irán negando y readaptando progresivamente al ir evolucionando su religión. Desde luego, se puede afirmar con J. GARCÍA LÓPEZ, que ningún investigador puede prescindir de los textos homéricos sin correr el riesgo de no comprender una gran parte de las manifestaciones cultuales de Grecia y que Homero resulta ser un documento religioso incomparable y de primera magnitud.



Dionisio, primeramente fue el dios de los campesinos; en época de Hesíodo fue el dios del vino.

El mundo de los dioses homéricos es el resultado de un lento proceso de reforma que se hace incidir sobre los dioses, los ritos y las creencias características de la religión primitiva. Su moral es paralela a la de los hombres de la época, y su organización social parece recordar a la que muestra la sociedad de la época heroica. Todas las relaciones entre los dioses y los hombres se atienen a la moral caballeresca que se plasma en la sociedad humana. Los dioses viven en palacios sobre el Olimpo y poseen su *témenos* igual que en el mundo terrestre. Y, en definitiva, toda la tierra es un inmenso *témenos* que se reparten los tres hermanos: Zeus, Posidón y Hades. Los dioses homéricos tienen forma, sentimientos y pasiones humanos, aunque se diferencian en que son inmortales (como consecuencia de su especial régimen alimenticio) y junto a ello poseen un poder sobrehumano que les hace superiores en fuerza, belleza e inteligencia. Cualquier cualidad que hace a un hombre superior a los demás (ya sea por su destreza, su belleza, su fuerza,

etc.), es algo que proviene de los dioses. Frente al notable esfuerzo que han de derrochar los humanos para conseguir cualquier cosa, los dioses, que gozan de una existencia gozosa, hacen las cosas sin el menor esfuerzo. Los dioses son espectadores de las luchas del hombre, de sus sufrimientos, de su dolor, y ello lo hacen mientras que ríen y gozan en continuos banquetes. La religión homérica nos presenta un planteamiento mundano y natural, sin misticismo ni rigor ético, con unos dioses que no consuelan a los humanos de sus sufrimientos diarios. Lo normal en los dioses es que se muestren a los hombres en forma humana, aunque también es posible, y existen ejemplos, las epifanías en formas animales u objetos materiales. La familia de los dioses olímpicos se encuentra perfectamente constituida en Homero: los Doce Dioses. Pero ellos no son la totalidad de los dioses helénicos de la época, sino únicamente una aristocracia dentro del total. Existen también los demones, aunque en Homero, contrariamente que Hesíodo (en donde son dioses de segunda clase, ejecutores de la Justicia de Zeus), no parecen diferenciarse de los dioses, puesto que éstos parecen haber asimilado también las funciones propias de otros poderes que tienen una naturaleza impersonal. Por otra parte, los dioses administran el destino de los hombres, en cuanto que este destino opera únicamente por medio de unos agentes, lo que hace que sea igual a la voluntad divina, pero siempre que la sucesión de los hechos muestre un orden y una continuidad. Por ello, el hombre es libre, ya que su vida no está predeterminada en todos sus detalles y se le permite escoger: el dios nunca priva al hombre de la última decisión, por lo que el hombre es siempre el final responsable de sus acciones. Unido a ello, los dioses regulan el orden del mundo, pero se encuentran sujetos a él, puesto que no son sus creadores, sino que existía antes que ellos y únicamente tomaron posesión de él. En lo que se refiere a la moralidad, los dioses homéricos presentan un carácter doble, ya sea si actúan como dioses individuales (comportándose igual que los hombres) o como una comunidad divina (garantizando el orden decretado por el destino y castigando a quien lo salta).

5. Panorama de la Edad Oscura

Cuando se plantea la existencia de esta época, existen ciertos detalles que son esgrimidos de forma constante: desaparición de la escritura, hundimiento en el terreno de las representaciones artísticas, pobreza en los objetos encontrados en las tumbas, etc. En general, sin embargo, se puede argumentar que la escritura y las representaciones artísticas no son ejemplos necesariamente asociados a la prosperidad y que los objetos encontrados en las tumbas tienen como particularidad el hecho de que las costumbres juegan un papel muy importante (unido a que los asentamientos conocidos aún son pocos) o que la inexistencia de objetos de metal o simplemente valiosos, sólo indica su escasez durante este período. Por otra parte, la existencia de extracción de plata y de construcción de barcos pueden mostrarnos una cara distinta a la que representa una Edad Oscura, pobre y de aldeas sin horizontes. Efectivamente, A. M. SNODGRASS ha dicho muy acertadamente que todo lo que aparece en este período tiende a apuntar más que otra cosa hacia paralelismos con el Heládico Medio. Este período comenzó con un mundo de pequeños asentamientos, no fortificados, con casas fabricadas de adobe y cimientos de piedra, muros curvados y ángulos irregulares. Las prácticas de enterramiento muestran una gran semejanza con la época en estudio, igualmente que en lo que hace referencia a la cultura material. No obstante, existen también notables diferencias que se concretan, desde el punto de vista de la Edad Oscura, en una mayor homogeneidad cultural y una tendencia hacia un mundo de pastores como consecuencia del legado micénico. En cualquier caso, podría parecer que existe una cierta continuidad en la vida griega desde el Bronce Medio hasta la Edad del Hierro.

El período en estudio ha sido presentado como un cambio, que es principios del período migratorio. Si los invasores procedían de la región del base a todo lo apuntado) en el siglo XII a. de C., aunque hay que aceptar que las diferencias claras entre grupos sólo parecen ser visibles ya en tiempos históricos, sin que se pueda asegurar una rotunda y clara distinción a principios del periodo migratorio. Si los invasores procedían de la región del

Pindo, como nos asegura el testimonio de la tradición, hay que pensar que sus huellas no deben de ser buscadas en el sentido de extranjeros con cultura no micénica; muy al contrario, hay que denotar su presencia en el desarrollo del Heládico Medio y la cultura micénica en ciertas regiones como Macedonia y el Epiro. De esta manera, los invasores que terminan con la civilización micénica deberían de ser hablantes griegos, procedentes de los límites del mundo micénico y pertenecientes al mismo entorno cultural: pueblos pastores y nómadas, que más o menos rápidamente tendieron a basar su género de vida en comunidades asentadas y, por lo tanto, estas comunidades debieron comprender aspectos de naturaleza política, social, económica y religiosa.

Mirado en forma amplia, se puede decir que existe una cierta continuidad desde la época micénica y que, en realidad, lo que desaparece fundamentalmente es la superestructura política del palacio con toda la burocracia y el grado de desarrollo cultural que llevaba anejos, pero que las estructuras básicas se mantienen constantes, sin la existencia de una ruptura definitiva. La tradición micénica nunca se rompió totalmente y, aunque existió un declive, también es cierto que se produjo después una revitalización posterior que alumbró el nacimiento de una cultura propiamente griega, en la que se desarrolla el espíritu comercial, la industria, la escritura, la moneda, y la interunión de los poblados que generará el espléndido fenómeno del nacimiento de la *pólis*, con todo el complejo de desarrollo institucional que lleva aparejado, y en el que especialmente es necesario destacar el asalto de la aristocracia al poder, hecho que seguramente ocurre ya a finales de la época que hemos estudiado.

BIBLIOGRAFIA

ADRADOS, F. R.: *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia*, Salamanca, 1952.

ALIN, P.: *Das Ende der Mykenischen Fundstätten auf dem Griechischen Festland*, Lund, 1962.

BOUZEK, J.: *Homerisches Griechenland*, Praga, 1969.

BRILLANTE, C.: *La leggenda eroica e la civiltà micenea*, Roma, 1981.

BUCK, C. D.: *The Greeks Dialects*, Chicago, 1955.

CARPENTER, R.: *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge, 1966.

COOK, J. M.: «Greek Settlement in the Eastern Aegean, and Asia Minor». *The Cambridge Ancient History*, II-2, 3.ª ed., págs. 773-804, Cambridge, 1975.

CROSSLAND, R. A., y BIRCHALL, A. (ed.): *Bronze Age Migrations in the Aegean. Archaeological and Linguistic Problems in Greek Prehistory* (especialmente los artículos de J. Bouzek, A. M. Snodgrâss, Ch. Sourvinou-Inwood, I. Tegyey, F. J. Tritsch y A. Bartoněk), Nueva Jersey, 1974.

CHADWICK, J.: «The Prehistory of the Greek Language». *The Cambridge Ancient History*, II-2, 3.ª ed., págs. 805-819, Cambridge, 1975.

——: «Who were the Dorians?», *La Parola del Passato*, XXXI (1976), págs. 103-117.

——: *El mundo micénico*, Madrid, 1977.

DESBOROUGH, V. R. d'A.: *The Last Mycenaeans and their Successors*, Oxford, 1964.

——: «The End of Mycenaean Civilization and the Dark Age». *The Cambridge Ancient History*, II-2, 3.ª ed., págs. 658-677, Cambridge, 1975.

FINLEY, M. I.: *El mundo de Odiseo*, reimp., México, 1980.

GARCÍA LÓPEZ, J.: *La religión griega*, Madrid, 1975.

GIL, L. (ed.): *Introducción a Homero*, Madrid, 1963.

GLOTZ, G.: *La ciudad griega*, México, 1957.

GUTHRIE, W. K. R.: «The Religion and Mythology of the Greeks». *The Cambridge Ancient History*, II-2, 3.ª ed., págs. 851-905, Cambridge, 1975.

HAMMOND, N. G. L.: *A History of Greece to 322 B. C.*, 2.ª ed., Oxford, 1967.

——: «The Literary Tradition for the Migrations». *The Cambridge Ancient History*, II-2, 3.ª ed., págs. 678-712, Cambridge, 1975.

——: *Migrations and Invasions in Greece and Adjacent Areas*, Nueva Jersey, 1976.

IAKOVIDIS, S. E.: *Late Helladic Citadels on Mainland Greece* (Monumenta Graeca et Romana, vol. IV), Leiden, 1983.

KIRK, G. S.: *Los poemas de Homero*, Buenos Aires, 1968.
——: «The Homeric Poems as History». *The Cambridge Ancient History*, II-2, 3.ª ed., págs. 820-850, Cambridge, 1975.
MIREAUX, E.: *La vie quotidienne au temps d'Homere*, París, 1959.
MORALEJO ALVAREZ, J. J.: «Los dorios: su migración y su dialecto». *Emerita*, XLV (1977), págs. 243-267.
MYLONAS, G. E.: *Mycenae and the Mycenaean Age*, Princeton, 1966.
——: *Mycenae's Last Century of Greatness*, Sidney, 1968.
PAGE, D. L.: *History and the Homeric Iliad*, Berkeley, 1959.
PARETTI, L.: *Homero y la realidad histórica*, México, 1961.
SNODGRASS, A. M.: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.
STUBBINGS, F. H.: «The Recession of Mycenaean Civilization». *The Cambridge Ancient History*, II-2, 3.ª ed., págs. 338-358, Cambridge, 1975.
VERMEULE, E.: *Grecia en la Edad del Bronce*, México, 1971.
WACE, A. J. B., y STUBBINGS, F. H.: *A Companion to Homer*, Londres, 1962.

GRECIA EN TRANSICION (950-750 a. de C.): LA EPOCA GEOMETRICA Y EL MUNDO DE HESIODO

A. Montenegro Duque
J. M.ª Solana Sainz

Hacia 1200 a. de C. las invasiones dorias habían provocado el hundimiento de la cultura micénica, la última fase de la civilización egea, que había extendido su grandioso florecimiento cultural al continente griego, saltando desde la isla de Creta hacia Pilo y la Argólida. Micenas y Tirinto han sido estudiados como los mejores representantes de este glorioso momento histórico de los helenos. Va a sobrevenir un período de decadencia cultural en Grecia, la *Edad oscura* o *Edad Media* griega, siglos XI al VIII; decadencia resultante de la dureza de las luchas sostenidas entre los invasores dorios y la población antecesora, no menos que por el caos general acaecido en el Próximo Oriente con la irrupción de los Pueblos del Mar sobre el sur de Anatolia, la costa Siria-Palestina y aún sobre el propio Egipto.

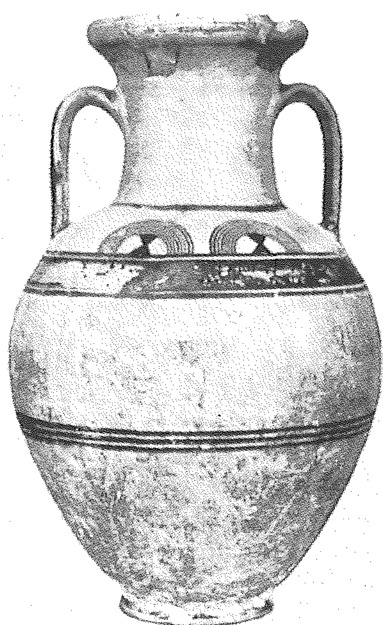
Estos siglos son conocidos por los arqueólogos como *Epoca geométrica* en razón a que los tipos de decoración cerámica utiliza líneas rectas, meandros, cruces gamadas y toda una serie de motivos estructurados en bandas o paneles decorativos de una gran simetría y estilización. Va desapareciendo en cambio la tradición decorativa egea para dar paso en su geometrismo a la figura humana y animal; no de vegetales. Las siluetas coloreadas de sus representaciones resaltan sobre el fondo claro de los vasos. La época geométrica tiene a su vez dos periodos: uno inicial, el *protogeométrico* (1100-950) y otro de pleno desarrollo de arte *geométrico* (950-750). Lo analizaremos brevemente.

1. El protogeométrico (1100-950 a. de C.)

Aquellas regiones que no sufrieron el impacto de los invasores dorios son testigos de la aparición de determinados elementos nuevos. Es el caso del Atica; a su desarrollo contribuyeron gentes procedentes del Peloponeso, que se vieron obligadas a emigrar. La arqueología ha comprobado que en el barrio Cerámico de Atenas, hacia el 1075, cesa el periodo micénico tardío (Submicénico), cuyos pobladores ya utilizaban el hierro. El arte micénico es sustituido por el protogeométrico, caracterizado por ese nuevo estilo decorativo de los vasos. Se ensayan, además, nuevos procedimientos en la elaboración de la cerámica que le dan un carácter peculiar: el torno rápido, el pincel múltiple, el compás, el uso de un barniz mejor y más brillante y la cocción a temperaturas más elevadas son las auténticas innovaciones que permiten lograr obras más perfectas. Este arte geométrico es localista, de modo que cada región ofrece sus peculiaridades; de ahí la gran heterogeneidad reinante.

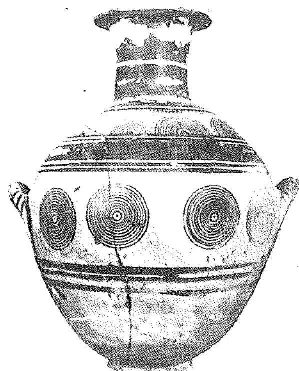
Atica, junto con Egina y Ceos, en el periodo de transición del Submicénico al Geométrico, consolidan una tendencia que se inspira en el ambiente de Chipre, según demuestra el empleo de metopas en la decoración de sus vasos. Entre los motivos más comunes destacan los grupos de círculos y semicírculos concéntricos y los triángulos rellenos de cuadrícula. Desaparecen algunos tipos cerámicos que conocieron una gran difusión en el Submicénico, como el jarro con asa de estribo y el amphoriskos, sustituidos por formas nuevas: como el ánfora con asas en los hombros o en el labio, el jarro, la píxide, el kántharos, el kálathos y la copa sin pie. La gran variedad existente en el tipo de ánforas encuentra una explicación en el ritual funerario, ya que la incineración primó sobre la inhumación, la novedad funeraria que más llama la atención en el periodo protogeométrico. El tipo de vaso utilizado está en

relación con el sexo; los adultos masculinos se depositan en ánforas con asas en el cuello; en las tumbas femeninas vemos ánforas con asas en la panza y posteriormente en los hombros. Los niños eran inhumados y enterrados en cistas o fosas y los recién nacidos se introducían dentro de los vasos. Ejemplos de incineración en cámara o tholos hay en Perati (Atica), Tegea, Argos,





Anforas protogeométricas (1150-950 a. de C.). Sus formas son menos esbeltas y su decoración más parca y austera en compación con la cerámica del estilo geométrico.



Dodecaneso, Cos, Rodas y en algunas localidades de Creta. Como gran parte de estos hallazgos se ubican en el Egeo oriental se solía relacionar la presencia de este rito incinerador con el Asia Menor. Según SNODGRASS, la incineración se había difundido en Anatolia en torno al 1650 a. de C. y en Troya VI, antes del 1300. La laguna temporal entre esta última fecha y el siglo XI quedaría colmada por las tumbas de Muskeni (península de Halicarnaso) pertenecientes al Micénico III A-B. Según una tesis tradicional, hoy poco aceptada, la incineración se originó en la cultura de los *urnenfelders* centroeuropeos. Pero no existe comprobación de este rito en ninguna de las dos vías naturales de penetración hacia Grecia Iliria o Tesalia.

Entre los objetos que componen los ajuares funerarios y que se utilizaban para el adorno personal hay que mencionar las fíbulas, predominando las de tipo de arco simple doblado en ángulo encima del pie; los alfileres de hierro con un pequeño globo de bronce y extremidad en forma de disco; y los brazaletes, éstos menos frecuentes. Entre las armas ofensivas se utilizaba la espada de lengüeta con mango en forma de cola de milano (de tradición micénica), dagas, cuchillos y puntas de lanza. También se han encontrado las partes centrales de escudos.

Hay otras zonas del protogeométrico griego con diversas variantes regionales, pero siempre bastante vinculadas a los modelos áticos. Por una parte, Tesalia, Eubea, Beocia y las Cícladas; por otra parte, el grupo integrado por la Argólida con todo el Peloponeso y también Creta. Además del Atica como centro del arte geométrico, Eubea reviste especial significación, pues allí convergen distintas aportaciones culturales que llegan desde Chipre, Egipto y desde el norte de Grecia. Hacia 950 acusa Eubea la presencia de numerosos elementos atenienses. A su vez los navegantes eubeos alcanzan con sus cerámicas Chipre, las costas y el interior de Siria. También a Sicilia y Etruria llegan los eubeos, sin duda en busca de metales. Por ello la ciudad eubea de Lefkandi se convierte en un gran centro de producción de bronce, según acreditan los restos arqueológicos de crisoles. Practican el rito de incineración en cistas y los hallazgos de cerámicas eubeas de estos tiempos protogeométricos por el Mediterráneo son del mayor interés para el estudio del comercio y de los antecedentes de la colonización griega. De modo que si Atenas fue, a juicio de DESBOROUGH, el centro comercial griego más fuerte durante el siglo X, en el siglo IX Eubea debió recoger su herencia marinera y

comercial con ampliación de sus exploraciones en busca de metales hacia Occidente.

2. El Geométrico (950-710 a. de C.)

En torno al año 950 a. de C. se produjo en el arte cerámico una transformación. Al igual que en el período anterior, también en Atenas en la necrópolis del Cerámico, próxima a la puerta del Dipilon, las excavaciones han proporcionado los ejemplares más bellos de las cerámicas denominadas geométricas. La decoración de los vasos incorpora nuevos motivos tales como el meandro y la cruz gamada e introduce figuras estilizadas de animales y hombres siempre desnudos, reducidos a su mínima expresión figurativa: se representa la cabeza por un círculo, el busto por un triángulo y las piernas por dos líneas. En los vasos más grandes, que son colocados en las tumbas a manera de estelas, se desarrollan escenas funerarias, desfiles de carros o de guerreros, coros de danza, combates navales; nos narran la vida de las gentes poderosas de Atenas que constituyen el grupo aristocrático eugenético.

El geométrico de Beocia, en un primer momento, está muy influenciado por lo local, que algunos han calificado de campesino, pero a la postre sufrió la influencia ática. En las Cícladas meridionales como Tera, la decoración es básicamente lineal y desconoce o no utiliza la figura.

En el periodo geométrico se edifican los primeros templos con una arquitectura muy rudimentaria. Así, el de Hera Acraya de Peracora, cerca de Corinto, tiene una planta de horquilla similar a la de una terracota encontrada en el mismo santuario. Se comienza a utilizar la planta rectangular, con el pórtico en la fachada principal, cubierta a doble vertiente, cuya realidad se manifiesta en un exvoto del Heraion de Argos de finales del geométrico. En otras localidades, caso de Esparta, no existen templos y así el santuario de Artemis Ortia es sólo un recinto abierto con un altar.

Progresivamente, hasta alcanzar un gran momento de esplendor, al final del siglo VIII, se va a producir, además, un fuerte despertar de las más diversas manifestaciones culturales, políticas, sociales y económicas que van a conducir al inigualable momento del clasicismo griego que ya empieza a perfilarse en sus cambios sociales y económicos al finalizar esta época, por los años 700, aunque no con fuerza igual en todas las regiones de la Grecia clásica.



Jumento con su pollino, período geométrico (750-700 a. de C.), figura de bronce, de proporciones alargadas, reposa sobre una placa de motivos geométricos.

Se fundamenta esta recuperación progresiva de Grecia en el conocimiento generalizado de objetos de hierro de costo más reducido y más fácil obtención que el bronce. También, a juicio de SNODGRASS y COLDSTREM, fue resultado del aumento demográfico, pues la población griega en el siglo VIII duplicó o triplicó la del siglo XII a. de C. con el consiguiente impacto en la artesanía, la agricultura y el comercio. Fue, en fin, este despertar de Grecia resultado de las relaciones con Oriente; nunca interrumpidas, pues ya Homero nos describe a estos fenicios que visitan Grecia con su pacotilla. Ahora, durante el período geométrico, todo el Egeo acusa sus mutuas interrelaciones y trasvases de cerámicas y manufacturas.

Pero también estos intercambios alcanzan a la costa de Asia Menor, a Chipre, Siria y Egipto. El conocimiento del alfabeto y de la escritura que no hereda a la escritura de la precedente época micénica, sino clara y exclusivamente a la fenicia, es una de las mayores evidencias del influjo de Oriente sobre Grecia. Calderos de bronce y sirenas, reproducciones del árbol de la vida, son buenos ejemplos de estos préstamos que la literatura amplía y confirma. La presencia constante durante estos siglos y acentuada en el siglo VIII en Al-Mina o Hama intensifica la mutua influencia de los asirios en la recepción de nuevas motivaciones y elementos técnicos o de arte sobre el geométrico griego y que va a conducir a las innovaciones arquitectónicas y escultóricas de los siglos preclásicos. Otro ejemplo que podríamos recoger en la larga lista de préstamos orientales constatados sería el de la cueva de Ida, en Creta, donde se descubrieron una serie de escudos que se fechan entre los siglos X y VII a. de C., que reflejan una influencia del tradicional arte micénico al que se suman claros influjos asirios.

3. El final de la época de transición

Además del citado despertar del arte, al finalizar el periodo geométrico griego, surgen cuatro grandes manifestaciones culturales que transformarán el futuro de la Hélade: 1) la introducción del alfabeto y la recuperación de la literatura con elementos micénicos y orientales en la que Homero y Hesíodo son sus más antiguos y excepcionales representantes; 2) el nacimiento de la ciudad con su acrópolis defensiva, sus murallas y su organización política renovada; 3) la aparición de una nueva religiosidad con santuarios panhelénicos, sus templos incipientes, sus héroes y sus cultos locales; 4) el despertar económico, con el desarrollo del artesanado, el comercio y el fuerte impulso de la actividad colonizadora. Nos ocuparemos ahora del desarrollo del alfabeto, de la obra literaria de Hesíodo, *La Teogonía* y *Los Trabajos y los Días*, así como de la sociedad que nos describe. En sucesivos capítulos analizaremos los aspectos políticos, sociales y económicos que se desarrollan a partir del final de la Edad Oscura. Serán estudiados bajo los epígrafes de «La colonización griega» y «La transformación política y social de Grecia en los siglos VIII al VI». La figura de Homero, aunque autor de esta época, describe, como es bien sabido, el final del periodo micénico y por ello fue estudiado en el capítulo anterior.

Hesíodo (mediados del siglo VIII a. de C.) es considerado el más famoso de los poetas griegos, después de Homero. Nació en Ascra (Beocia). Virgilio y Lucrecio se inspiraron en su obra «Los trabajos y los días» *que es el primer poema didáctico griego. También escribió la* «Teogonía» *que trata de la creación del mundo, del océano, la tierra, el cielo, las estrellas y los dioses.*

4. Introducción del alfabeto y escritura

La escritura aquea, el lineal B, había desaparecido con la invasión doria del 1200, que había ocupado los principales centros de Creta y el Peloponeso, aunque entretanto griegos y semitas habían ideado mejor alfabeto. En sus obras, Homero describe a una sociedad que no utilizaba la escritura, aunque en un pasaje de *La Iliada* (VI, 166 y siguientes) el poeta dice que Preto envió al rey de Licia un mensaje, portado por Belerofonte, en una tablilla doblada. Al menos en Grecia, no era común este conocimiento de la escritura por los siglos XI, X y IX.

Los propios griegos eran conscientes de que su sistema de escritura derivaba del fenicio y, además, empleaban el término *phoinikein* para designar a las letras. A su vez, en un epígrafe de Creta se recoge el verbo *pcnikazein* «escribir» y el título *poinikastes* que hace referencia a los escribas, de cargo hereditario. Por su parte Herodoto (V, 58 y siguientes) dice que «esos fenicios venidos junto con Cadmo, entre otras muchas enseñanzas, introdujeron en Grecia las letras, pues, a mi juicio no las tenían los griegos y al principio eran las mismas que usaban todos los fenicios... Yo mismo vi letras cadmeas en el santuario de Apolo Ismenio, en Tebas...».

En el Próximo Oriente y en Egipto se habían desarrollado dos sistemas principales de escritura. Uno era el pictográfico, en el que se representaban los objetos con dibujos, que después de un proceso de simplificación se reducen a unos ideogramas que expresan unos determinados conceptos y sonidos. El otro sistema empleaba signos con valor silábico; perfeccionado, fue el utilizado por los fenicios. El silabario akkadio contaba con 285 signos; el lineal B con más de 80; el chipriota con 56; el fenicio tan sólo tenía 22

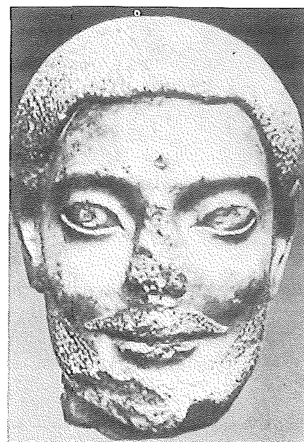
letras. Surgió, pues, un alfabeto con un solo signo por cada fonema: el sistema de escritura griego ofrece grandes similitudes con el fenicio, pues las grafías griegas, son prácticamente las fenicias. También el orden alfabético es casi en su totalidad el mismo y los nombres de la mayor parte de las letras griegas, carentes de significado griego, reciben el de las fenicias, que sí les tienen: alfa = alep «buey»; beta = beth «casa»; gamma = gimel «bastón arrojadizo»... Hay una novedad, la invención de las vocales, que posibilitó el paso de la escritura silábica a la alfabética y que acarreó el aislamiento de los sonidos y su representación individual. Los tipos de la mayoría de las vocales griegas derivaron de las consonantes o semiconsonantes fenicias no usuales en el griego. Según algunos autores, se llegó a las vocales gracias a un error creativo respecto a sus prototipos; así, la *he* aspirada del fenicio se convirtió en un *e* breve en griego, con el mismo nombre; la *het* aspirada en unos dialectos se convirtió en *h* y en otros en *e* larga o *eta* y la semiconsonante *yod* en *i* o *iota*. Lo que ignoramos es en qué parte tuvo lugar la adaptación del alfabeto fenicio por los griegos. En la actualidad se admite como muy probable que los colonos griegos tomaron de los fenicios el alfabeto en el centro comercial de Al-Mina, en la costa de Siria.

Santuarios del período geométrico (según Geld).



1. Athenae.
2. Academia.
3. Hymettos.
4. Brauron.
5. Eleusis.
6. Alphaia.
7. Heraion de Argos.
8. Argos.
9. Tiryns.
10. Mycénae.
11. Epidauros.
12. Asine.
13. Asine.
14. Tegea.
15. Mavriki.
16. Sparta.
17. Aigina.
18. Amyclae.
19. Lousoi.
20. Calauria.
21. Corinthos.
22. Isthmia.
23. Nemea.
24. Perachora.
25. Solygeia.
26. Delphi.
27. Olympia.
28. Polis.
29. Aetos.
30. Dodona.
31. Eretria.
32. Ptoion.
33. Thebae.
34. Kalapodhi.
35. Kabeirion
36. Philia.
37. Gonnos.
38. Phrae.
39. Thermon.
40. Zagora.
41. Exoburgo.
42. Ceos.
43. Delos.
44. Paros, Delion.
45. Naxos.
46. Camiros.
47. Ialysos.
49. Aspripetra.
50. Calymna.
51. Heraion de Samos.
52. Emporion.
53. Phanai.
54. Sinuri.
55. Antissa.
56. Miletos.
57. Ephesos.
58. Phocaca.
59. Didyma.
60. Knossos.
61. Phaistos.
62. Gortyne.
63. Olous.
64. Prinias.
65. Idaea (cueva).
66. Dictaea (cueva).
67. Dreros.
68. Kato Symi.
69. Arkades.
70. Vrokastro.
71. Amnisos.
72. Kavusi.

Es probable que el alfabeto fuera usado en Grecia para transacciones no mucho después del 900 a. de C., aunque ciertamente no poseemos testimonios coetáneos de esta fecha. Los testimonios arqueológicos que ofrecen escritura se corresponden con objetos fechados entre los años 750 y 700 a. de C., en un vaso aparecido en el barrio Cerámico de Atenas se grabó un verso hexámetro; una copa griega de una tumba de Ischia —colonia euboica— contiene una inscripción en alfabeto calcídico. Es probable que estos calcídicos fueran portadores del alfabeto cuando fundan Cumas hacia el año 750 a. de C. Ellos son los que transmitieron a los etruscos, a comienzos del siglo VII a. de C., el alfabeto. Y que griegos y etruscos hicieran posible la extensión de la escritura por Italia y en particular en Roma. Algunos tejuelos escritos de Corinto son también de esta fecha y también unos vasos de Himeto. Otros testimonios confirman la difusión de la escritura en estas fechas: las listas de los vencedores olímpicos, que se inician en el 776; las de los magistrados atenienses en el 683, más un grafito ático del año 725; la fundación de las colonias de la isla de Sicilia, registradas desde el 734; la transcripción de las leyes de Zaleuko de Locros, hacia 675, y de Dracón de Atenas, hacia 625. El estudio paleográfico comparativo de las letras fenicias y griegas nos lleva a fechas del 850-700 a. de C., aunque existe el gran inconveniente de que en número de inscripciones fenicias conservadas es muy pequeño y el estudio comparado sobre estos orígenes se hace con ello bastante problemático. En todo caso la aparición de obras literarias al menos desde el 700 a. de C. nos indica que para este momento, el alfabeto y el sistema de escritura llevaban ya cierto tiempo de consolidación en Grecia. Homero, que recoge relatos del período micénico final y por ello ya estudiado en páginas anteriores, y Hesiodo —poeta que analiza sus propios tiempos y creencias— son los autores representativos. En tiempos de Solón, en Atenas apenas si había analfabetos.



Cabeza masculina. Ha. 540-530 a.C.

5. Hesíodo y Beocia, su patria

Es el propio Hesíodo quien nos aporta noticias referentes a su biografía, aunque parece que no debemos descartar la posible inserción de datos ficticios. Sus antepasados debieron pertenecer al grupo de eolios que hacia el 1000 a. de C. emigraron de Tesalia a Cime, en la costa septentrional de Asia Menor, en donde habían conservado el dialecto y las tradiciones poéticas eolias. Huellas de este substrato se conservan en los pasajes que hablan de los viajes por mar. Pero, aparte de la travesía del Estrecho de Euripo entre Aulide y Calcis, que Hesíodo tuvo que hacer para participar en los juegos fúnebres de Anfídamante, el poeta no debió volver a navegar. Así pues, los conocimientos ultramarinos debió adquirirlos de su padre, hombre de mar y conocedor de sus rutas. Pero lo curioso del caso es que el contenido de la obra de Hesíodo procede mayormente de la tradición jonia y no de la eolia.

Su padre, natural de Cime en Asia Menor, era un comerciante arruinado en los negocios que tuvo que emigrar a Ascra (Beocia), en donde consiguió hacer una pequeña fortuna. Llama la atención que fuera a establecerse precisamente en este lugar; el propio Eforo se extrañaba de que buscara fortuna en una aldea «mala en el invierno, irresistible en el verano y nunca buena», y cuyos pobres recursos económicos quedan manifiestos en la obra hesiódica. ¿Cuáles fueron, pues, los motivos? Quizá las deudas, luchas políticas o algún asesinato le obligaron a buscar su salvación en el exilio voluntario. Pero, más probablemente hemos de explicarnos la emigración del padre de Hesíodo a Ascra por su calidad de centro de cultos tradicionales y de comercio. En efecto, la Arqueología ha llegado a la conclusión de que en las ciudades en que habían vivido héroes famosos —Itaca, Micenas— renació un interés por desarrollar cultos a esos héroes antepasados; de nuevo se hicieron ofrendas ante las antiguas tumbas e incluso vetustas ruinas micénicas, y aún algunas correspondientes a edificios profanos se consolidaron como centros de culto. Además, se puede apreciar en esta época la aparición en el arte, sobre todo en los vasos cerámicos, de escenas heroicas. Por otra parte, si en la Grecia del siglo X persistía el aislamiento entre sus regiones a causa de los deficientes medios de navegación, no ocurría lo mismo en el siglo VIII; entonces los viajes se hicieron más frecuentes. Los Juegos Olímpicos y el oráculo de Delfos empezaron a atraer visitantes de las zonas más alejadas.

Probablemente el carácter atractivo de la aldea de Ascra haya que entenderle en función de que esta localidad era un centro de culto en el que se celebraban festividades periódicas en honor de las Musas del Helicón. Estas fiestas serían motivo de atracción de gentes procedentes de otros lugares y por ello se constituyeron en centros frecuentados por astutos comerciantes. A su vez, la acumulación de riqueza les permitió adquirir lotes de tierra y con ello asegurar el modo de mantener a su familia, sin necesidad de correr los riesgos a los que estaban sometidos los navegantes. En efecto, la posición económica del padre de Hesíodo fue desahogada, según lo confirma la herencia legada a sus hijos Perses y Hesíodo.



Las antiguas lenguas griegas, según los testimonios escritos.

6. El poeta y su medio

Hesíodo siente nacer su vocación poética en las laderas del Helicón mientras cuida sus rebaños. Según él, se le acercaron las Musas y le entregaron una rama de laurel a modo de cetro, símbolo de la misión

profética que le encomendaban. Estas metáforas poéticas, eran normales en el mundo rural beocio, pues los campesinos creían ver en sus tierras a las Ninfas y se sentían poseídos por ellas. Hesíodo les dedicará un trípode que obtuvo como premio en los juegos fúnebres de Anfidamante de Calcis. La arqueología ha comprobado la existencia de estas competiciones poéticas en torno al 700 a. de C.; en Eretria se han descubierto restos de un santuario con muchas ofrendas y sacrificios correspondientes a la cremación de seis guerreros entre los años 720 y 690 a. de C. En Atenas se han encontrado cinco trípodes beocios datados en el siglo VII a. de C. Un fragmento aparecido en Tebas tiene una inscripción de la misma época. Según se desprende de ciertos datos del propio Hesíodo, había certámenes poéticos que atraían a artistas de diversas localidades. Esto viene a justificar el viaje de Hesíodo a Calcis.

A su vez, estos hallazgos arqueológicos bien dotados, nos permiten enjuiciar el problema de la época en que vivió el poeta de Beocia. Ya los autores clásicos discutieron sobre quién era anterior, Homero o Hesíodo. Hoy sigue la duda y se hace variar la obra de Hesiodo desde el siglo IX, para unos, hasta el siglo VII, para otros. Sin duda, como en Homero, hubo inserción de datos en versos interpolados. Tal hecho, en un poema como *Los Trabajos y los Días*, con larga tradición oral, hace difícil precisar la fecha de la composición de la obra. No sin razón, para ello se ha tomado como base la fundación de Cime —homónima de la Cime minorasiática— en las costas occidentales de la península itálica en el 757 a. de C. En su fundación colaboraron gentes de Calcis, Eretria y Cime del Asia Menor, no la euboica, pues según la tradición fue la que fundó las colonias más antiguas en ultramar. Por consiguiente, habría que identificar a estos aventureros con los emigrantes arruinados que llegaron a Grecia, entre los cuales estaba el padre de Hesíodo. Mientras la mayoría participaba en la expedición ultramarina, aquél se asentó en Ascra. Si esta hipótesis fuera válida nos llevaría a considerar un momento anterior al 757 a. de C. Por otra parte, además, hay un pasaje de Plutarco en el que se dice que participó en los juegos fúnebres de Anfidamante, un aristócrata calcidico, en los que ganó como premio un trípode. Este personaje pereció en la batalla que enfrentó a calcídicos y eretrios en la denominada guerra lelantina, datable entre el 730 y el 700 antes de Cristo. Las excavaciones británicas han descubierto un asentamiento en Lefkandi, a mitad de camino entre Calcis y Eretria, en la llanura de Lelantos, notable próspera, que fue abandonada hacia el 700 quizás a causa de esta guerra. Así, pues, Hesíodo viviría en torno al 700 ya su madurez poética.

7. La Grecia marinera y las relaciones con el exterior

Las influencias orientales que se acusan en *La Teogonía* han planteado el problema de su presencia en Beocia. Según A. LESKY, sus portadores pudieron haber sido los fenicios o los griegos establecidos en el Asia Menor durante el período micénico. Pero tampoco debemos olvidar que el padre de Hesíodo era natural de Cime (Asia Menor) y que con sus relatos bien pudo informar e influir en los conocimientos del poeta.

La Teogonía *o genealogía de los dioses, es un poema de Hesíodo del siglo VIII a. de C.que comprende más de mil versos. En el poema narra el origen de las cosas y los reinados de Crono, de Urano y de Zeus hasta el nacimiento de los héroes.*

Indudablemente el mar fue el elemento fundamental que posibilitó el contacto y el desarrollo comercial con otros pueblos lejanos. Hesíodo manifiesta una total animadversión hacia el comercio marino, basándose en que había que arriesgarse mucho para obtener sus beneficios, poniendo como ejemplo a su propio padre. Pero Hesíodo es también consciente de que las elevadas ganancias compensaban con creces los sacrificios de los navegantes.

La verdad es que Hesíodo confiesa saber muy poco del mar, pues apenas ha navegado. Pero también es cierto que no hay griego circunspecto que no se haya enterado de cuestiones marineras o ignore los graves peligros. Da unos consejos generales para conservar la nave y los aperos mientras está en tierra: rodear la nave de piedras para que no la arrastre el viento y vaciar la base de arena para que corra el agua. Delimita el período hábil de navegación que en su tiempo se limita a 50 días del verano. Sólo los muy expertos pueden navegar en primavera. Aunque el comercio puede enriquecer, Hesíodo aconseja a su hermano Perses que entre en razón y retorne a los trabajos del campo, que aunque duros, son siempre más concretos y menos inestables que el comercio. Pero Perses, que es un hombre que mira hacia el futuro, opuesto

totalmente a su hermano, que es un hombre del pasado, busca el bienestar de una vida más cómoda haciéndose comerciante.

La región más atractiva y que proporcionaba mayor lucro era el Próximo Oriente. Desde el siglo XI a. de C. este comercio vio incrementado su volumen y gracias a la cada vez más perfeccionada marina podía, sin peligro, conectar el Oriente con Grecia a través de diferentes escalas en Chipre, Creta o Rodas. Las primeras relaciones de los griegos con los fenicios fueron posiblemente para conseguir la púrpura y no se interrumpieron durante los siglos X y IX a. de C.; incluso parece que los propios griegos creían que gentes fenicias habían fundado emplazamientos en la Grecia continental y en las islas, como nos lo prueba el relato de Cadmos; aunque la arqueología no ha podido comprobar bien su existencia. En Creta, Esparta, Atenas o Corinto se constata la existencia de objetos fenicios o sirios y marfiles anatólicos; y en Egina un excelente tesoro de bisutería oriental. Todo ello acusa la importancia que tuvo en Grecia, en la segunda mitad del siglo IX o principios del VIII, el comercio fenicio, aunque sólo sean los preliminares de un movimiento que se intensificará posteriormente. Gentes fenicias pudieron haberse asentado en ciudades griegas —Rodas, Creta, Atenas—. A su vez, debemos tener en cuenta los siglos X y VII a. de C.; parece que las relaciones más asiduas debieron de tener lugar durante el siglo IX a. de C., momento en que los fenicios se establecieron en la costa oriental de Chipre y fundaron Cition. Los griegos convivieron con los fenicios en los centros comerciales sirios desde principios del siglo VIII a. de C. Y para estos tiempos, gentes de Eubea ya vendían su cerámica en Al-Mina (Siria), uno de los centros comerciales más importantes del comercio en Oriente. También fundaron el establecimiento de Tell Sukas, más al sur de Al-Mina. El propio Hesíodo recoge en su obra una serie de elementos que acusan relaciones con los pueblos del Próximo Oriente; tal es el caso del «vino biblino», seguramente venido de Biblos. Si encajamos dentro del siglo VIII a. de C. estas piezas habría que defender la existencia de una línea de intercambios que iría desde Mesopotamia al norte de Siria hasta Eubea y Grecia continental, con Beocia que pudo haber sido una de las arterias de canalización de estos mitos orientales y de una serie de corrientes culturales venidas de Oriente. Se cree que el alfabeto penetró por Eubea, pues la inscripción más antigua conocida hasta el momento apareció en una estatuilla de bronce procedente de Tebas que se ha datado a finales del siglo VIII a-. de C. De admitirse esta hipótesis de que a través de Eubea penetró la civilización oriental en Grecia, sin lugar a dudas una de las regiones más favorecidas sería Beocia y de esta manera nos podríamos explicar las influencias orientales en *La Teogonía* y en general en toda la obra de Hesíodo. Se ha podido comprobar que múltiples aspectos culturales y urbanísticos fenicios y griegos son muy parecidos y a veces es imposible distinguir la paternidad, pues ambas culturas se corresponden entre las diversas ciudades-Estado, con asentamientos semejantes amurallados y con similares tipos de gobierno.

En la construcción naval los fenicios introdujeron una serie de novedades técnicas que quedaron manifiestas en las pentekonteras y en las trirremes; conocimientos asimilados por los griegos, que se dieron perfecta cuenta de la importancia que tenía el poderío marítimo, pues sabían que los que controlasen el mar serían dueños de grandes riquezas. Los vasos cerámicos del período geométrico constatan reiteradamente estos tipos de embarcación griega.

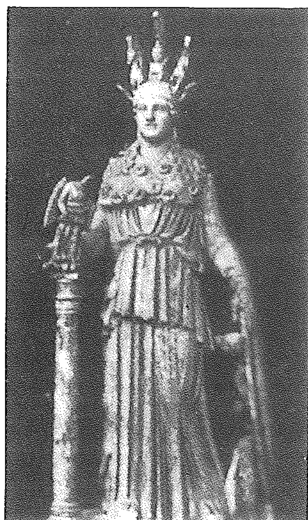
Las consecuencias de estos intercambios quedan manifiestas en el conflicto creciente en Chipre y en la rivalidad por el control del occidente, desde Iberia a Sicilia. Promotora de las navegaciones griegas fuera del área del Egeo fue la aristocracia que necesitaba dos cosas: los metales, en particular el hierro, materia prima imprescindible para la elaboración de las armas y armaduras, y los objetos suntuarios demandados por las nuevas exigencias sociales, según nos aclara *La Odisea*.

Posiblemente los confines geográficos recogidos en la obra hesiódica se extendiesen hasta el extremo oriental del Mediterráneo, pues en *La Teogonía* se hace referencia a Chipre, en donde nació Afrodita, que según parece debía ser un lugar para Hesíodo bien conocido. A su vez, cita diferentes grandes ríos entre los que hay que destacar el Nilo, el Danubio y otros que desembocan en las riberas occidental y meridional del Ponto Euxino. Es probable que estos datos se los hubiera proporcionado su padre y otros navegantes de tierras vecinas de Beocia a escasa distancia del mar. Posiblemente no tendría ninguna

noción sobre los territorios situados al norte de Macedonia y del Epiro, ni sobre Libia meridional. No obstante en *El Catálogo de las mujeres* —no entramos en la discusión de si fue obra suya o no— se ha ampliado esta geografía; aquí se cita Africa, pues se menciona a los pigmeos, etíopes y libios, Sicilia y Esticia. El cuadro genealógico del dios es ilustrativo a este respecto, pues relaciona a egipcios, libios, dánaos, argivos, árabes, cilicios y fenicios. En definitiva, hay un amplio mundo que los navegantes griegos conocían y recorrían, y al que Hesíodo tuvo acceso a través de los sugerentes relatos que los marinos de Beocia hacían en los largos periodos del descanso invernal.

8. El mundo de los dioses: «La Teogonía»

Según Heródoto, Hesíodo y Homero fueron los creadores de los dioses griegos. Autores modernos han definido al poeta beocio como el primer teólogo griego. En efecto, *La Teogonía* analiza el origen de los dioses y del mundo, y las causas que han motivado su orden actual. Trata de hacerlo de una manera sistemática y total. Los contemporáneos de Hesíodo conocían un gran número de dioses heredados de un pasado remoto que no se adaptaban a un orden lógico en su conjunto y por eso es posible que ansiaran la racionalización de este mundo divino y la jerarquización de las diferentes divinidades. Así, pues, el gran esfuerzo que deberá realizar Hesíodo será el de acomodar este conglomerado de tradiciones religiosas y presentar una exposición racional de las genealogías divinas.



Atenea Parthenos, protectora de los griegos y benefactora de Atenas. Su fama la convirtló en diosa nacional de todos los helenos.

Partiendo del Caos, consigue la ordenación del mundo. De Caos (el vacío) nace La Noche y de ésta El Día. Gea (la tierra) es hija de Urano (el cielo) y de éste los Titanes, los Cíclopes y el Océano. Hesíodo tratará de explicar la armonía del Universo y para ello tomará como base aquellos mitos multiseculares que encajen en ese esquema religioso que él ha establecido previamente. En el llamado *mito de Sucesión*, caracterizado por su violencia, recoge a los dioses antropomorfos de las diferentes tradiciones religiosas. Lo describe con una crudeza tal que muy posiblemente hubiera disgustado al auditorio de Homero. Según Hesíodo, en tiempos muy lejanos los dioses estaban gobernados por Cronos, que había puesto fin a la tiranía de su padre Urano castrándole con una hoz. Se entabló una guerra entre Cronos y los Titanes, los dioses más antiguos, y Zeus y los más jóvenes, en la que resultaron vencedores estos últimos. Los Titanes fueron hundidos en el tenebroso Tártaro. Esta sucesión violenta se cierra con un fin feliz, el reinado de Zeus, que impone el imperio del orden y de la justicia como rectora del Universo.

Principio que debe regir el orden cósmico es el triunfo del bien sobre el mal, de la justicia sobre la injusticia. Siguiendo este criterio es como puede entenderse que Urano, malvado y violento, fuera castigado por Cronos, cruel y tirano, y éste por Zeus. Como esta divinidad es todo orden y justicia, su soberanía deberá ser eterna; a pesar de que mató a Metis por miedo a que pariera un hijo más fuerte que él y que le arrebatara el trono. Hesíodo hace de Zeus el dios ordenador del mundo. Por ello, desde el cielo, puede ver todo lo que hacemos. El requisito imprescindible para que reine la verdad en la sociedad es el juramento. La manera de infundir temor a los ciudadanos y evitar que mientan es concienciarles de que Zeus lo ve todo y que castigará implacablemente a todos aquellos que no digan la verdad. Este argumento también será utilizado por los ciudadanos más débiles para evitar el ser atropellados por los más poderosos y defender sus derechos haciendo reconocer a los injustos que la ira de Zeus caerá sobre ellos. Zeus Xenios se encargará de proteger los derechos de los extranjeros, *xenoi*. La figura de Zeus, estrechamente vinculada a una noción ética y jurídica, aparece con rasgos muy diferentes a los homéricos y preludia la imagen de Esquilo que hace de Zeus el «Padre de los dioses y de los hombres».

Aspecto importante de la teología hesiódica es que la tradición preindoeuropea queda armonizada con la griega. Antes de la llegada de los aqueos, en Grecia se rendía culto a divinidades femeninas. Los aqueos intentaron acomodar sus concepciones patriarcales con las matriarcales, no indoeuropeas, a las que terminaron por desbancar en gran parte. Así, Hera fue relegada a un plano secundario para dar preferencia a una nueva deidad,

Poseidón. Pero Atenea se mantuvo en plano de igualdad con Poseidón en Atenas. Según F. SCHACHERMEYR, cuando los indoeuropeos llegaron a Grecia rendían culto a un dios caballo al que atribuían poderes religiosos sobre las fuentes, la fecundidad y las fuerzas subterráneas. Al comprobar que los indígenas quisieron emparejarle con ella, este dios-caballo con funciones agrícolas se llamó *Posei-das* «Señor de la Tierra», diferente del segundo Poseidón relacionado con el mar. Hacia el 1200 a. de C. Zeus, protector de la dinastía real de Micenas, recobró la supremacía en detrimento de Poseidón. Los emigrantes dorios fueron los que obligaron a desplazar el culto de esta divinidad hacia las zonas costeras, las islas del Egeo y el Asia Menor. De esta manera Poseidón se transformó en el dios del mar; traspasando sus etónicas a Hades el infernal invisible.

A comienzos del primer milenio una triada masculina que reina sobre el cielo, la tierra y el mar ocupó el lugar de la antigua Diosa-Madre universal de la que la Hécate de Hesíodo es una de sus últimas manifestaciones. Hécate es una deidad de origen asiático, vinculada con Leto, Apolo y Artemisa, la que ayuda a las gentes. Es curioso que el padre de Hécate sea Perses, célebre por su sabiduría. Hécate se introduce como usurpadora de una teología ya en uso, apropiándose de las competencias de otras deidades, pero, con su consentimiento. Esta estructura ternaria se encuentra en las cosmogonías de Sumer y Akkad, y entre los hititas y cananeos. De estos cultos orientales debieron llegar no pocos aspectos a Grecia. Así, es muy posible que el mito del babilonio Marduk llegara a Grecia durante la época micénica y que fuera asimilado al mito minoico. Este es uno de tantos ejemplos, quizás el más significativo, que acusan cómo las fuentes muy antiguas y de distinta procedencia contribuyeron a forjar esta estratificación genuina de la mitología y la religión griega. Fue debido a ese lógico encuentro de las distintas civilizaciones en el área egea, en una época de larga duración que se extendía desde la llegada de los griegos hasta el comienzo de la época clásica.

Torso femenino de fines del s. VI a.C.

Junto a las grandes divinidades antropomorfas, Hesíodo colocó otras, las hipóstasis de las múltiples manifestaciones de lo divino, a las que dio categoría de ser. Hesíodo intenta personificar los fenómenos y actividades de la vida humana, tales como el éxito o el fracaso, la alegría o el dolor. Este proceso de personificación finaliza cuando los fenómenos y actividades se individualizan con un nombre. De esta manera Hesíodo se eleva por encima de las concepciones religiosas primitivas y se aproxima al pensamiento filosófico que pretende interpretar la realidad por medio de categorías permanentes. Así, la vigilancia del orden social está expresada por Themis «lo que es justo y conveniente». Fruto de su unión con Zeus nacen las Tres Horas, que tienen doble función: presidir el ciclo de la vegetación y ser divinidades del orden (Eunomia «disciplina, buen orden público»; Dike «justicia»; Eirene «paz»; son las Tres Moiras «los destinos», que distribuyen a los hombres el bien y el mal). Las divinidades del orden son fundamentales para la buena marcha y prosperidad de la *polis*. Como también Zeus es el padre de las Musas y de las Gracias, quedan claros los beneficios derivados de la paz que únicamente puede garantizar y consolidar un gobierno bueno y justo de Zeus.

9. El mundo de los hombres: Los Trabajos y los Días

A través de esta obra, Hesíodo hace un perfecto ensamblaje de mitos, tradiciones agrícolas, sabiduría popular y vivencias personales que la dan un alto valor literario. *Los Trabajos y los Días* completan la vertiente divina del orden del mundo con la participación del propio hombre. Es un poema moral dirigido a su hermano Perses, el cual había sobornado a los jueces de Tespias para conseguir la mayor parte en la herencia paterna y que amenazaba a su hermano Hesíodo con un nuevo proceso. Pero esta vivencia personal que sirve a Hesíodo para dictar y refrendar sus consejos es sólo incidental. Realmente la heterogeneidad aparente de la obra cristaliza en una unidad temática cuyos pilares esenciales son el trabajo, la justicia y el ordenamiento religioso y práctico de la vida.

a) *El trabajo.* Hesíodo, dejando al margen su querella, con un gran sentido realista y un perfecto conocimiento del mundo campesino, dirige a su

hermano Perses una serie de consejos sobre conducta social y un calendario de trabajos para obtener el máximo rendimiento de la tierra, a la vez que le orienta sobre el modo de administrar su hacienda para eludir la pobreza y el hambre. Hesíodo opone la rectitud y laboriosidad a la injusticia y el ocio. Mientras en Beocia es Demeter la que contribuye a la prosperidad del campesino; en otras regiones el benefactor supremo es Zeus. El es quien tiene la decisión suprema sobre los demás dioses, lo que hace suponer que se está fraguando un cierto monoteísmo.

Hesíodo busca la dignificación del hombre por medio del trabajo. No es un agitador político; se muestra más bien conservador, pues sus protestas no suponen una revolución social, sino que tienden a remediar el doble mal originado en la injusticia de los nobles y la desidia de los campesinos descorazonados por la ingratitud del suelo y la avaricia insaciable de los ricos. Aunque no da una solución a la situación precaria de Grecia, trata de mejorarla con sabios consejos; enseñando al ciudadano normas prácticas de rehabilitación económica. Sabe que las condiciones económicas de Grecia no permiten una vida holgada, sino que exigen de todos una vida de sacrificio. Y en la sublimación de este inevitable destino radica para Hesíodo un heroísmo semejante al que consiguen los nobles caballeros en la guerra. Por eso busca la manera de añadir los tesoros de la vida campesina al tesoro espiritual caballeresco con que ya contaba la cultura de la nación griega a través de la epopeya homérica. Al lado de los nobles, el campesino goza, a partir de *Los Trabajos y los Días*, con un fondo cultural creado a favor de su independencia espiritual jurídica con respecto a la nobleza.

La suprema depauperación del pueblo trabajador impregna sus relatos de un profundo sentimiento de pesimismo; el oscuro porvenir se ve tan sólo iluminado por un débil rayo de esperanza basada en la seguridad de que un día se abrirá camino una justicia social que no considere al hombre únicamente por su sangre y riqueza. Al presuponer una igualdad teórica de todos los hombres, ya sean ricos poderosos o humildes campesinos, Hesíodo se anticipa al humanismo sofístico que estima al hombre por su propio valor y no por su sangre o tradición. En el poema hesiódico la clase campesina encuentra la mejor expresión de su sentido común y de su espíritu práctico; porque, como afirma el poeta, es precisamente el sufrimiento lo que devuelve el juicio al necio. Nadie mejor que el propio Hesíodo, que ha padecido esta injusticia por parte de Perses y los jueces arbitrarios, para dar lecciones a sus conciudadanos: «deja que te aconseje con recto conocimiento», es la frase que Hesíodo dirige a su hermano como manifestación de su misión educadora. Porque el hombre que no es capaz por sí mismo de conocer lo que es justo, al menos que sea humilde y aprenda lo que el experimentado le enseñe.

Homero había hecho del noble guerrero el ideal humano y el ideal caballeresco, la *areté* homérica la encarnaban el indomable Aquiles y los apasionados héroes troyanos engreídos de su divino origen. A la valoración de la nobleza de sangre y la riqueza como única fuente de gloria sigue en Hesíodo una doble distinción de la *areté* humana: la justicia como valor espiritual y el trabajo como método de dignificación del cuerpo: «trabaja para ser justo». En la armoniosa conjunción de ambas radica el íntegro humanismo de Hesíodo. La nueva *sophrosine* sucede a la antigua *hybris* y el propio sufrimiento que Hesíodo comparte con el pueblo le han conducido a este nuevo humanismo, a esta *virtus*. El propio Hesíodo lo recoge en una frase que luego repetirá Esquilo «padecer vuelve el buen sentido al necio». La dureza y la miseria del campo no son ya símbolos de abjección social, sino que en éllos puede encontrar el campesino el medio de su rehabilitación. Los dioses y los hombres honran igualmente el trabajo. El campesino no debe envidiar al noble, pues el valor moral de su sacrificio supera a todo sentido de nobleza si esta nobleza se basa en gloriosos antepasados, pero, es mantenida por la injusticia. Con la creación de esta *areté* del campesino, Hesíodo pretende ofrecer a sus compañeros de desgracias el más bello de los ideales de una nueva época que ya se vislumbra y que forjará con el esfuerzo de todos la grandiosidad de Grecia.

b) *La justicia.* A diferencia del mundo divino, el de los humanos se ve afectado por un proceso de degradación que sólo se resolverá cuando Zeus imponga las «normas» de la justicia: *Eunomia*, *Dike* y *Eirene*. Existe un gran

Esquilo, nació en Eleusis, cerca de Atenas. Luchó por Atenas en las guerras contra los persas. De las setenta obras que se le atribuyen, sólo se conservan siete tragedias: Las Suplicantes, Los siete contra Tebas, Los Persas, Prometeo encadenado, Agamenón, Las Coéforas y Las Euménides, *estas tres últimas forman la trilogía de la* Orestiada. *Se le considera el creador de la tragedia griega.*

contraste entre la fe absoluta que el poeta tiene en la justicia divina y su concepción pesimista de la naturaleza humana. Hesíodo relata sus tristes experiencias personales en ese mundo en el que vive y en el que prevalece la ley del más fuerte; en el que se lucha desesperadamente contra el destino y el deterioro de la moral y de las costumbres. Hace su narración más viva y expresiva a través de una serie de fábulas o mitos: «la fábula del halcón y el ruiseñor», «el mito de Prometeo y Pandora», «el mito de las edades», en las que condensa sus experiencias.

La fábula del halcón y el ruiseñor. Refiere Hesíodo: «Ahora contaré una fábula a los reyes aunque sean sabios. He aquí lo que el gavilán dijo al ruiseñor de variopinto cuello mientras le elevaba sobre las nubes atrapado entre sus garras y éste gemía lastimosamente ensartado entre las corvas uñas: "Infeliz, ¿por qué chillas? Te encuentras en poder de uno más fuerte que tú y me seguirás donde quiera llevarte por muy cantor que seas. De mí depende el comerte o el soltarte.» Luego dirige a su hermano la moraleja ante un comportamiento análogamente abusivo: «Tú, Perses, atiende a la justicia y no dejes nacer en ti la iniquidad.» El halcón figura a los poderosos reyes y nobles poseedores de la tierra y del ejercicio de la justicia, frente a los cuales el pueblo pobre y necesitado es siempre impotente y siempre resulta vejado.

Hesíodo vive en una polis, gobernada por nobles a los que exageradamente llama reyes, empleando una figura poética para títulos menos solemnes. Esta polis posiblemente fuera Tespias, el centro más importante de Beocia meridional, separada de Ascra por unos 5 ó 6 kms. En época histórica esta región estaba regida por *demachoi* o *demouchoi;* pertenecientes a las siete familias que decían descender de Heracles y Tespio. Señala Hesíodo que la justicia era un patrimonio de los reyes que decían descender de Zeus, quien delega en ellos su autoridad. Según Hesíodo, el soberano debe hacer justicia con rectas sentencias *(themistes);* no emplea el término «leyes», pues en su época no existían leyes escritas. Cada polis tenía sus costumbres fijas, *nomoi*, y su opinión sobre lo que era justo, *themistes*. Cuando surgía una disputa, era competencia del rey, o de una comisión de nobles capacitada para ello, pronunciar las decisiones sobre la *themistes*. A la audiencia acudía una multitud de espectadores que se manifestaba defensora de la parte que quería favorecer aclamándolo con gritos. Así el rey podía tener un elemento de aclamándola con gritos. De esta manera el rey podía tener un elemento de juicio, el de la opinión pública, para decretar una sentencia recta. Decidir en contra de lo que la mayoría creía justo, le acarrearía una serie de problemas que era preferible evitar, pues el público en general entendía que Zeus no había emitido tal veredicto y que el rey era el auténtico responsable. La violación de la voluntad divina se manifestaba en resultados desastrosos para la comunidad: cosechas pobres, epidemias, descensos demográficos, derrotas militares, naufragios. Pero la verdad es que las sentencias dictadas por los nobles eran egoístas y parciales a menudo. Hesíodo les llama reiteradamente injustos «devoradores de dones». La justicia era un patrimonio divino de los reyes y los nobles; por eso Zeus se la concedió a los hombres y no a los animales irracionales. Las normas de la justicia afectan a estos reyes y nobles, y nadie deberá influir en las sentencias de los jueces, ni maltratar a los suplicantes y a los ciudadanos, que no deberán ser perjuros una vez que hayan prestado juramento. Todo aquél que cometa estos actos deberá ser condenado por la sociedad; en cambio los que cumplan con su deber de decir la verdad bajo juramento, ellos y sus descendientes, serán recompensados por Zeus. Hesíodo, que tiene conciencia de su misión educadora y del espíritu divino que en este sentido le orienta, quiere mostrar el recto camino y enseñar métodos apropiados para lograr el equilibrio social y una mayor equidad en la distribución de bienes. Pues, con frecuencia, el noble logra riquezas no con su trabajo, sino con sentencias injustas, a costa del más débil. La verdad es que Hesíodo no intenta sublevar los ánimos del humilde; se contenta con apelar al premio que Zeus propiciará a los justos y al castigo que recaerá sobre nobles, reyes y su descendencia, cuando actúen como jueces prevaricadores y conculquen la *Diké*, la justicia.

Mito de Prometeo y Pandora. Con este mito, y también con la leyenda de *Las Edades*, Hesíodo trata de explicar el origen y evolución del mal entre los hombres. Dos son los pecados de Prometeo y dos son los castigos que reciben los mortales a los que trata Prometeo de ayudar procurándoles el fuego y

dándoles oportunos consejos. El primer pecado es el de querer engañar a Zeus; en un banquete en el que una res iba a ser dividida entre los Olímpicos y los hombres, Prometeo se encargó de hacer el reparto: puso las entrañas y la carne del animal para los hombres; para Zeus dispuso con arte los huesos cubiertos de grasa y piel. Zeus eligió la segunda parte. Pero al darse cuenta de haber caído en una trampa se encolerizó contra Prometeo y los mortales. El castigo de Zeus consistió en no darles el fuego, el último elemento que les faltaba para desarrollar su civilización. El segundo pecado cometido por Prometeo fue el robar el fuego a Zeus. Prometeo voló hasta el cielo, encendió una llama en las brasas del carro solar y se la entregó a los hombres. De nuevo se vio burlado Zeus; ordenó a los dioses que crearan la primera mujer, Pandora, cuyo atractivo sería la ruina de los hombres. En cierto modo recuerda a nuestra Eva del *Génesis*. Hephaistos la reconstruyó a imagen y semejanza de los dioses inmortales, Atenea la vistió, Afrodita la hizo atractiva, irresistible y sensual, y Hermes le dio una naturaleza desvergonzada, voluble y falsa. Zeus envió a Pandora a la tierra para que sembrara toda clase de desgracias entre los hombres y castigara a la raza humana. Este presente le fue entregado a Epimeteo, hermano de Prometeo, el cual se había olvidado del consejo de su hermano, quien le había advertido que nunca aceptara regalos de Zeus.

Según el mito de *las Edades* la historia de la humanidad se dividía en cinco fases o periodos: 1) *La Edad de Oro*, que se correspondía con el reinado de Cronos. Durante ella los humanos vivían como dioses. Estaban exentos de todo tipo de desgracias, trabajos y cansancio y siempre permanecían jóvenes llegándoles la muerte como un sueño. La justicia y el bienestar reinaban sobre la tierra. Los hombres se alimentaban de frutos que nacían espontáneamente. Y después de muertos se transformaban en daimones buenos. 2) *La Edad de Plata* fue una etapa inferior a la precedente tanto moral como físicamente. Los niños eran cuidados por su madre durante un centenar de años y una vez que llegaban a la pubertad su vida era breve y llena de desgracias por causa de su ignorancia. Les caracterizaba una violencia desorbitada y ni querían rendir culto a los inmortales ni hacer sacrificios. Esta falta de respeto para con los dioses obligó a Zeus a extinguirles. 3) En la *Edad de Bronce* los hombres descendían de los árboles —fresnos—. Sólo les interesaban las luctuosas obras de Ares y los actos de soberbia. Estos hombres, que eran fuertes, violentos e injustos, usaban armas de bronce y se destruyeron unos a otros. 4) En la cuarta edad, *la de los Héroes*, se incluye a los personajes que lucharon en Troya y Tebas. 5) *La Edad de Hierro*, es la peor de todas las edades, en la que los males se mezclan con los bienes y todavía es posible remediar el mal, la injusticia; pero en la etapa futura y sombría triunfará la *hybris*, la vejez y las calamidades. En ella vivirá una estirpe atormentada por toda suerte de males, degenerada y despreciativa de toda obra honesta. Este mito posiblemente tuvo sus precedentes orientales, pues motivos similares se recogen en el *Avesta* y en el *Libro de Daniel;* a su vez, en el *Génesis* se hace referencia a gentes longevas.

A través de estas alegorías aptas para aquellas gentes ingenuas a quien se dirige, Hesíodo va encontrando la forma de presentar a sus oyentes la concepción del mundo y de los más profundos problemas que afectan a la vida humana. De esta visión realista y cuajada de pesimismo deduce el poeta toda una serie de experiencias normativas tendentes a la educación del hombre. Con tales mitos orienta al hombre ante su existencia. Y lo mismo que en el epos homéricos Fénix orientaba al hombre en la vida del guerrero, también Hesíodo, a la vez que intenta formar espiritualmente al campesino, trata de dotarle de una serie de normas profesionales sobre el trabajo del campo y la navegación, pues pensaba que en el mar podría encontrar el griego remedio a su pobreza.

c) *Ordenamiento moral y práctico de la vida.* En la obra de Hesíodo se recogen algunos datos que contribuyen a un mejor encauzamiento de la sociedad y economía. Según Hesíodo las tres necesidades fundamentales para que un hombre pudiera vivir era una casa, una mujer y un buey para arar. La familia vivía en una residencia autónoma situada en un terreno apto para las labores, en donde pastaban los ganados. Sus principales aspiraciones eran las de autoabastecerse de aquellos productos estimados de primera necesidad. Al contemplar la familia es necesario considerar el papel que tuvo la mujer en esta sociedad. No era tenida como una esposa, sino como una esclava que pudiera



Koré 683. Ha. 520 a.C.

caminar detrás de los bueyes. Para Hesíodo la mujer sólo tenía una finalidad, la de concebir hijos. Se plantea las ventajas y los inconvenientes del matrimonio; hay ventaja para la vejez, en que se necesita más de sus cuidados y en el momento de transmitir la herencia, pues es necesario tener un heredero que pueda percibir el patrimonio. El incorregible hábito de comer que Hesíodo atribuye a las mujeres es un tema utilizado después por Semónides. Si para el varón acomodado la mujer era una carga, Hesíodo cree que para el hombre pobre lo era mucho más; por eso interesaban más las sirvientas, que podían ser despedidas cuando no se necesitaban. No interesaban aquellas mujeres que tenían un hijo, ya que añadían otro estómago para llenar.

En la sociedad hesiódica se pueden diferenciar varios grupos sociales: *a)* Los ciudadanos de derecho propio; *b)* Los *demiurgoi*, personas que trabajaban para el demos o la comunidad; éstos eran gentes sin arraigo, pues no disponían de tierras y cuando no tenían trabajo en una localidad, se trasladaban a otra; *c)* aquéllos que no tenían ni tierras ni profesión liberal, trabajaban las tierras bien como *dmoes* «siervos fijos», bien como *thetes* o *erithoi* «jornaleros temporales».

En torno a la casa de residencia estaban los campos de cultivo de la familia. Su extensión es muy difícil de calcular, aunque presumimos que no debió ser muy pequeña, pues en algunos de ellos trabajaban *dmoes* o *thetes* y *erithoi*. Estas tierras se dedicaban sobre todo al cultivo del cereal y del viñedo y a pastos. Hesíodo insiste precisamente, y de manera reiterada, en que se desarrollen estos tipos de cultivos, puesto que en la dieta alimenticia el pan y el vino ocupaban un lugar preferente. Hesíodo precisa el sistema de cultivo del campo: en abril o mayo se araba la tierra, en el verano se daba una segunda reja para oxigenarla y finalmente se sembraba en noviembre.

En algunos pasajes de los poemas se hace alusión a un propietario terrateniente que cada mes inspeccionaba su hacienda y a sus obreros, en particular en el momento de repartirles las raciones; otros propietarios trabajaban duramente codo a codo con obreros o bien solos si la propiedad era reducida.

La ganadería empleada para las labores se basaba en una pareja de bueyes para arar y mulas y escasos caballos para tiro de carga. Para carne, leche y pieles se contaba con ovejas y cabras; y un perro como guardián de la casa.

En suma, con Hesíodo muere una sociedad aristocrática, heroica, de la nobleza de sangre, violenta y que todo lo obtiene por la fuerza de las armas y poniendo la justicia a su solo servicio. Pero aquella raza de bronce, de héroes, ha perecido matándose unos a otros. Ahora ve una era nueva que no respeta al anciano, ni los lazos de familia, ni al huésped y ni siquiera se cumplen los juramentos. Es época de envidia y de odio mutuo entre los hombres. Es la Edad del Hierro la que le toca vivir a Hesíodo. Pero tiene esperanza en esta nueva era, porque los hombres han recibido de Zeus la justicia, la verdadera «virtud», en expresión de ADRADOS que les distingue de las bestias. *Diké*, la nueva diosa hija de Zeus vigila con sus infinitos espías el cumplimiento total de la equidad y trata de evitar y castigar toda acción torcida de los nobles. Ha pasado la hora del héroe que impone su ley con la espada; es la oportunidad del campesino laborioso y honesto. Hesíodo es el aldeano realista frente al idealismo del hombre homérico. Es crudo describiendo a sus conciudadanos «rústicos pastores, vil canalla, sólo vientre». Se muestra positivo y práctico: «alimenta a tu perro para que no te robe»; previsor y prudente: «ten zapatos forrados y un gorro que te cubra la oreja»; es desconfiado y egoísta: «presta para que te presten». Y como tal labriego habla con espontaneidad no exenta de pintoresquismo, como cuando dice que el trabajador «aprieta su pie hinchado con su delgada mano» y que «en la mala cosecha se aprietan los haces con el polvo».

BIBLIOGRAFIA

a) *Epoca geométrica*

BOUZEK, J.: «The Beginning of the Photogeometric Potery and the Dorian Ware», *Opuscula Atheniensia*, 9, 1969.

BRANN, E.: *The Atenian Agora, VIII. Late Geometric and Protoattic Pottery*, 1962.

COLDSTREAN, J. N.: *Geometric Greece*, Bonn, 1977.
DAVISON, J. M.: «Attic Geometric Workshops», *Yale Classical Studies*, XVI, 1961.
DESBOROUGH, V. R.: *Protogeometric Pottery*, Oxford, 1952.
——: *The Last Mycenaeans and their Successors*, Oxford, 1964.
——: *The Greek Dark Ages*, Bonn, 1972.
FINLEY, M. I.: *Early Greece. The Bronze and Archaic Ages*, Londres, 1970.
SNODGRASS, A. M.: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.

b) *Grecia de Hesíodo*

AUSTIN, M., y VIDAL NAQUET, P.: *Economies et societés en Grèce ancienne*, París, 1972.
BOARDMAN, J.: *The Greeks Overseas*, Harmodsworth, 1964.
BONA QUAGLIA, L.: *Gli «Erga» di Esiodo*, Turín, 1973.
BURN, A. R.: *The World of Hesiod*, Londres, 1936.
DETIENNE, M.: *Crise agraire et attitude religieuse chez Hesiode*, Bruselas, 1964.
FRITZ, K. VON: «Das Hesiodische in den Werken Hesiods», *Entretiens sur l'Antiquité classique*, Ginebra-Vandoeubres, 1962.
JAEGER, W.: «Paideia», *Los ideales de la cultura griega*, México, 1982.
KIRK, G. S.: «The structure and aim of the Theogony», *Entretiens sur l'Antiquité classique*, 7. Ginebra-Vandoeubres, 1962.
——: *Myth, Its Meaning and Function in Ancient and others Cultures*, Penguin, 1974.
——, RAVEN, J. E.: *The Presocratic Philosophies*, Cambridge, 1957.
MAZON, P.: *Hesiode. Theogonie. Les Travaux et les Jours. Le Bouclier*, París, 1928.
MIRALLES, C.: «De los siglos oscuros al siglo VIII», *Bol. Inst. Est. Hel.*, 1961.
——: «Hesíodo. Sobre los orígenes del hombre y el sentido de Los Trabajos y los Días», *Bol. Inst. Est. Hel.*, 9, 1975.
PENNA, A. LA: «Esiodo nella cultura en nelle poesie de Virgilio», *Entretiens sur l'Antiquité classique*, 7, Ginebra-Vandoeubres, 1962.
PÉREZ GIMÉNEZ, A., y MARTÍNEZ DÍEZ, A.: *Hesíodo. Obras y fragmentos*, Madrid, 1978.
SOLMSEN, F.: «Hesiodics motifs in Plato», *Entretiens sur l'Antiquité classique*, 7. Bruselas-Vandoeuvres, 1962.
——: *Hesiod and Aeschylus*, Nueva York, 1967.
——, MERKELBACH, R., y WEST, M. L.: *Hesiodi opera*, Oxford, 1970.
SNODCRASS, A. M.: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.
VERDENIUS, W. J.: «Aufban und Absicht der Erga», *Entretiens sur l'Antiquité classique*, 7, Bruselas-Vandoeuvres, 1962.
VERNANT, J. P.: *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Barcelona, 1973.
WALCOT, P.: *Hesiod and the Near East*, Cardiff, 1966.
——: *Greek Peasants Ancient and Modern*, Manchester, 1970.
WEST, M. L.: *Hesiod: Works and Days*, Oxford, 1978.
WILAMOWITZ-MÜLLENDORFF, V. VON: *Hesiodi Erga*, Berlín, 1928.
WILL, E.: «Aux origines du regime foncier grec. Homere, Hesiode et l'arriere plan mycenien», *REA*, 59. 1957.
——: «Hesiode: Crise agraire? o recul de l'aristocratie?» *REG*, 78, 1965.

LA COLONIZACION GRIEGA

A. Montenegro Duque
J. M. Solana Sainz

La vocación marinera de los habitantes de Grecia desde los tiempos minoicos hasta la ocupación de su suelo por los romanos fue evidente. Todo el litoral mediterráneo, incluidos los bordes costeros del mar Negro registraron la presencia de comerciantes helenos. Son, indudablemente, causas económicas las que subyacen en todos los tiempos a este fenómeno comercial y emigratorio. Pues, Grecia es una península incapaz de albergar a las gentes indoeuropeas que se proyectan sobre este fondo de saco y cuyas tierras son escasas y mayormente pobres.

Ahora bien, las conocidas emigraciones de la Grecia de tiempos históricos, tienen especiales concomitancias socioeconómicas, y sobre todo, revistieron especiales características en su modo de crear y mantener colonias. Aparte de que la inigualable evolución cultural del mundo metropolitano y colonial griego, no menos que la amplitud del comercio que de él se derivó, hicieron de la colonización griega un hecho trascendental en la evolución del Mediterráneo antiguo: el conocimiento del hierro, del alfabeto, la moneda, el urbanismo, el arte y tantos elementos culturales más de este legado llevado al Occidente o al mar Negro son de ello buen testimonio.

1. Causas y caracteres de la colonización griega

El concepto latino de *colonia*,tierra habitada y labrada por grupos de la propia Roma, tiene su equivalencia y paralelo en el término griego *kleruquia*, relacionado con *kleros* «suerte». *Colonia* y *kleruquia* en un principio designaban por una parte las explotaciones agrícolas de un territorio donde los colonos se asentaban y por otra la parcelación y asignación individual de lotes, *kleroi;* aunque en un momento más tardío harán referencia a los aspectos administrativos de una emigración y a la implantación de ciudadanos en tierra bárbara o griega.

a) *Caracteres.* Las colonias de época temprana eran denominadas con el término *apoikia/apoiken* «habitar lejos», que hace alusión a una separación de un grupo de ciudadanos de su *polis* de origen y a su independencia política y administrativa, acarreada por el hecho de trasladarse a vivir lejos de su patria y de sus casas. Los griegos de época clásica utilizaron este término para referirse a los establecimientos más antiguos y diferenciarlos de los de su época. Más tarde durante el periodo helenístico se utilizará la expresión *katoika.*

Determinados modelos de asentamientos coloniales se han intentado explicar en función de la geografía, la arqueología y las fuentes escritas, llegando a la conclusión de que no siempre hay que relacionarlos con el comercio, las informaciones dadas en los oráculos, por ejemplo, el de Delfos, o los previos reconocimientos de estas tierras.

Uno de los prototipos característicos lo constituyen los asentamientos costeros. La elección de cabos, penínsulas o pequeñas islas frente a las costas fue una constante en la historia de las *apoikiai.* Buen ejemplo de ellos son, entre otros, Pitecusa (Isquia), Ortigia (Siracusa), Platea (Cirenaica). Estos

asentamientos no surgieron en función de una oportunidad comercial o de una búsqueda de nuevos puertos, ya que otros factores pudieron contribuir a la consolidación, por ejemplo, los defensivos, la necesidad de agua potable o bien la proximidad a una tierra firme con feraces y extensas llanuras. Algunos ejemplos ilustrativos, como los de Naxos (734) y Crotona (708), situadas en playas azotadas por fuertes vientos o de difícil acceso ponen de relieve la defectuosa elección de estas bases precisamente en un momento en que se podían escoger lugares más idóneos ya que no había grandes obstáculos que lo impidieran y el abanico de posibilidades de elección era grande. Esto sucedía en la época de fundación de colonias por los aqueos en la Magna Grecia (Síbaris, Crotona, Metaponto) a finales del siglo VIII y principios del siglo VII a. de C., y la de Siris por gentes de Colofón.

Tucídides (465-395 a. de C.), historiador griego. En el 424 a. de C., mandó una flota encargada de la vigilancia de las costas de Tracia, pero después de la toma de Anfípolis por los espartanos se exilió hasta el 404 a. de C. Escribió la Historia de la guerra del Peloponeso, *en la que analizó el mecanismo de la guerra, su iniciación y sus peripecias.*

Para determinadas fundaciones disponemos de pruebas que afirman la inexistencia de un proyecto previo de asentamiento, en concreto si la expedición era conjunta. Un buen ejemplo, lo constituye el de los megarenses que partieron con Teocles; según Tucídides (VI, 3, 1, 3), en la fundación de Naxos, Teocles capitaneaba además de calcidios, dorios de Megara. Todos ellos se asentaron primero en Tapsos y definitivamente en Megara Hiblea, después de negociar con el jefe local. Antes de llevar a cabo los calcidios las fundaciones posteriores a Naxos, iniciaron una toma de contacto con los lugares sobre los que iban a asentar sus colonias. De la misma manera los locrios, antes de fundar Locris Epicefiria en el litoral, se establecieron en el cabo Cefirion.

El patrón de asentamiento de las colonias de Sicilia y Magna Grecia fue el de llanura, con o sin colina, que hiciera de acrópolis natural; tales fueron Siracusa, Síbaris, Siris, Gela, Locres, Metauro. A su vez algunos de estos centros de llanura disponían de buenos puertos, caso de Catania, Siracusa y Tarento. Las fundaciones de los calcidios en la Península Calcídica (Torone) y Sicilia (Zankle) también contaban con excelentes caladeros, aunque esta última desarrolló su actividad portuaria, no en función de un monopolio comercial, sino de una producción artesanal y de una política que aspiraba a conseguir una hegemonía y gran poder. Según se ha demostrado recientemente, parece ser que ya no puede hablarse de colonias surgidas por motivos «agrícolas» o por razones «comerciales», ya que esta diferenciación no puede hacerse ni en función de una prioridad cronológica ni de unos repartos geográficos u oleadas coloniales, pues se ha tendido a cargar las tintas sobre el carácter comercial de la segunda colonización, desde aproximadamente el 650 al 550 a. de C., con la expansión de Mileto y Focea por el Ponto y la Propóntide y por el occidente con la fundación de Massalia.

Que la cronología no sirve como argumento válido para establecer un criterio en cuanto a la implantación de una colonia nos lo acredita la colonia de Pithecusa a la que se ha considerado erróneamente un asentamiento exclusivamente agrícola por aquéllos que han pretendido equiparar a ésta, la más antigua y distante de las primeras colonias de occidente, con aquéllas en las que parecían predominar los factores agrícolas. Pero esto no responde a una realidad ya que se debe tener en cuenta que, antes del inicio de la expansión colonial, el comercio griego se orientaba fundamentalmente hacia la adquisición de materias primas, en particular los metales; al menos así lo confirma la presencia de los calcídios desde principios del siglo VIII a. de C. en el establecimiento de Al-Mina (Siria), fecha que coincide más o menos con la del 770 ó 750 a. de C. para la fundación de Pithecusa.

En conclusión, se puede decir que no es válido intentar clasificar a las *apoikiai* en función de las motivaciones de su creación pues ni su carácter, ni su ubicación ofrecen unos patrones absolutos en las que se diferencien con diafanidad las ciudades «agrarias» y «comerciales». Al hablar de las fundaciones coloniales debemos tomar con reservas aquellas jerarquizaciones que establecen criterios agrícolas o «comerciales».

Algunos historiadores han defendido la hipótesis de una situación legal de «dependencia» entre metrópoli y *apoikia*, aunque otros estiman que tal dependencia sólo la produce un imperialismo. Las colonias eran políticamente autónomas e independientes de sus metrópolis, aunque por lo general, venían a ser una prolongación en otro lugar de sus mismas condiciones económicas y sociales, pues conservaban sus vínculos de sangre, su religión y su cultura. A su vez apreciamos el erróneo esfuerzo de tratar de explicar la colonización griega con los presupuestos de las colonizaciones modernas europeas con todas sus

implicaciones de dominio comercial, monopolio, corrientes de exportación y conquista de mercados.

Desde la época clásica se atribuía al oráculo de Delfos cierto papel importante en la fundación de estos establecimientos, ya que contribuía a la elección del lugar, pues sus sacerdotes habían adquirido desde hacía tiempo suficientes conocimientos geográficos para poder orientar sobre el tipo de asentamiento a los emigrantes. Pero realmente, los sacerdotes no ejercieron un papel directivo, pues algunos de sus vaticinios fueron elaborados en una fecha posterior a las fundaciones coloniales; aunque no se debe descartar la posibilidad de que el clero de Delfos diese su «sanción religiosa» y es verosímil que Delfos actuase como árbitro de los problemas coloniales. Algunos ejemplos tardíos parecen reflejarlo así, como cuando Epidamno quiso hacerse colonia de Corinto a expensas de su metrópoli Corcira; o en las relaciones enfrentadas entre Tasos y sus colonias. Resulta evidente la influencia del oráculo de Delfos en el siglo VII a. de C., como ocurrió en la fundación de Cirene en el 630 a. de C. Pero conviene recalcar que para las colonias griegas de occidente, al menos en el siglo VIII a. de C., no influyó en absoluto el oráculo, pues fue un movimiento local de las *poleis* con salida al golfo de Corinto y los cultos rendidos a Apolo en Naxos y en Cumas no se pueden vincular a Delfos.

Otro interesante carácter a destacar en el fenómeno colonizador es que, después de la fase de reconocimiento, la comunidad promotora ordenaba el reclutamiento de los colonos, la designación de un *oikistes* «fundador» del asentamiento y la preparación del contingente naval y del equipamiento correspondiente. En el caso concreto de Cirene, su metrópoli, Tera, envió de cada uno de sus distritos un hermano de cada dos, sacado a suerte, dato muy interesante sobre la composición de los colonos. En época más antigua se designaba a los primogénitos aunque posteriormente el contingente lo integraron gentes voluntarias y en ocasiones de diversas metrópolis. El grupo dirigido por Bato lo componían individuos «obligados», que si intentaban desertar y volver a su patria después de ser incluidos en la *apoikia*, eran castigados con la muerte, según una inscripción de Cirene del siglo IV a. de C. de la que algunos aspectos pueden remontarse al siglo VII a. de C. Ahora bien, los colonos podían regresar a su patria si demostraban que el intento de consolidación de la colonia no había fructificado al cabo de cinco años. Si la colonia se consolidaba, se abría a todos los helenos que quisieran ir como *epoikoi* «colonos nuevos».



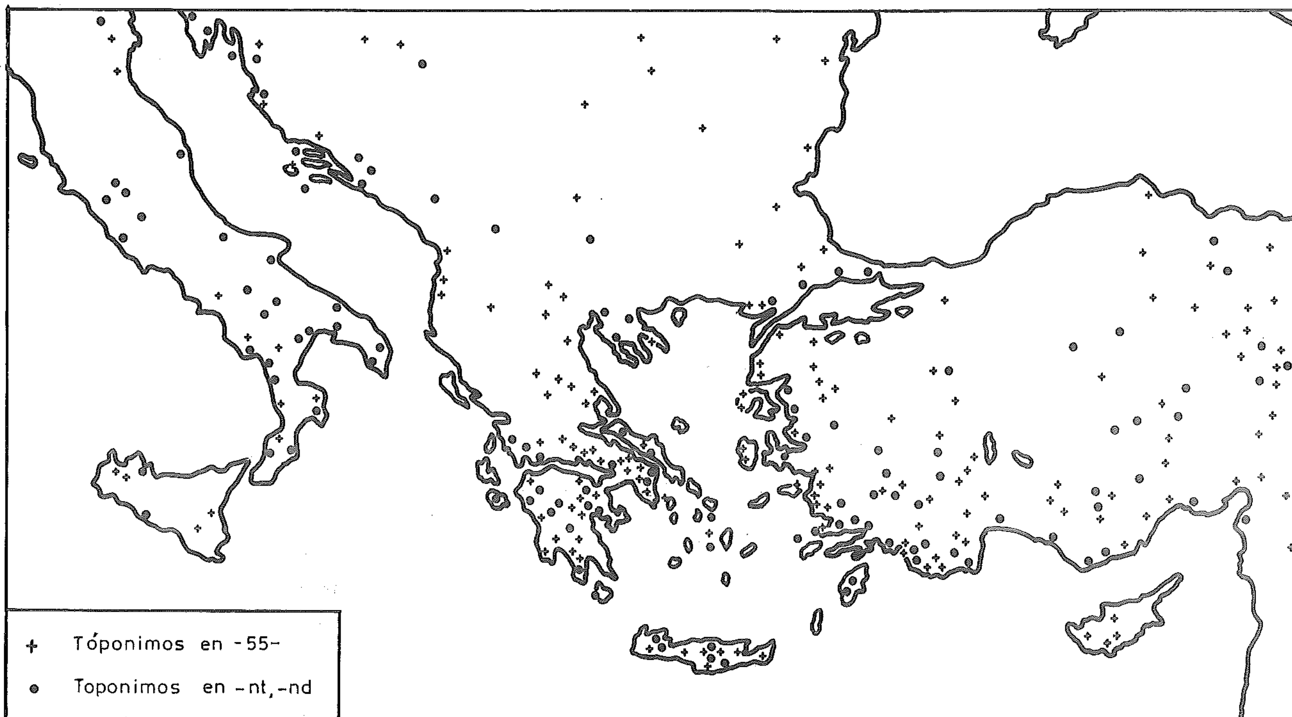
Templo de Juno, en Agrigento, monumento que atestigua la colonización doria en la cuenca mediterránea.

La creación de *emporiai* es un hecho paralelo, pero independiente al de las *apoikiai*, cuyos ejemplos más característicos son Naucratis en Egipto, fundada por los milesios en el 630 a. de C., y Ampurias en el 575 a. de C. en Iberia. Los *emporiai* eran concesiones en una ciudad extranjera de un simple

«mercado», en donde se llevaban a cabo transacciones comerciales. Aquí sólamente con el tiempo surgieron pequeñas ciudades, sin campos circundantes de explotación agrícola.

b) *Causas.* Entre las diferentes causas que pudieron materializar estas empresas conviene destacar: el progreso de las construcciones navales y de la técnica marinera, con la consiguiente disminución de los peligros del mar, y la posibilidad de aumentar el tiempo y las distancias a recorrer en el mar; pero el impulso hacia la fundación de ciudades, radica en causas económicas.

Toda Grecia, con la casi sóla excepción de Atenas y Esparta, sufría una agobiante «falta de espacio» debida más a desequilibrios sociales que geográficos. E. LEPORE dice que en relación con ella estaba la crisis de las estructuras endogámicas particulares (la de los Bacquiadas, en Corinto), motivada por el surgimiento de nuevos elementos colaterales y sus clientelas campesinas. Existía además, mala distribución de las rentas agrarias y de la tierra, causada, entre otras razones, por el derecho de primogenitura y también por el poder de los grupos aristocráticos que acaparaban el suelo fértil, caso de las oligarquías de los *hippobotai* e *hippeis*. A su vez, se buscó mediante estos asentamientos de población, el canalizar los excedentes de vino, aceite u objetos de lujo para obtener a cambio aquellos productos de



Distribución de la toponimia arcaica mediterránea (según Schachermeyr).

mayor necesidad, ya que Grecia producía cereales, pero no eran suficientes para el abastecimiento de su población. Los autores clásicos ya anotaron la carencia de cereales en la Grecia continental como una de las más fuertes razones que lanzaron a los griegos a ultramar.

Causa no infrecuente en este proceso colonizador fueron las luchas intestinas de las diversas facciones políticas que minaban la estabilidad de las ciudades. Los vencidos intentaban buscar fortuna en otras partes. Tal es el caso de los mesenios que fueron expulsados de su tierra y fundaron Regio. A su vez, por motivos de descontento, los bastardos espartanos nacidos durante la primera guerra mesenia, que no soportaban el descrédito social, llevaron a cabo la fundación de Tarento.

2. La ocupación griega del Egeo y costa de Asia Menor en época legendaria

Es una realidad tan patente como mal conocida, de ello nos informan casi sólo las leyendas, la presencia de pobladores griegos en las islas del Egeo así

como en la recortada costa minorasiática. Ya desde el siglo XV a. de C. Las fuentes escritas hititas nos hablan de las frecuentes presiones de los belicosos *ahhiawa* o aqueos. También las fuentes egipcias de los siglos XV al XII mencionan las incursiones que sobre las costas sirias, palestinas y egipcias, realizaron los Pueblos del Mar, salidos de Grecia y el Egeo. De acuerdo con la tradición griega, cuando se hubo extinguido el período micénico, los helenos llevaron a cabo una expansión por el mar Egeo y Mediterráneo en dos grandes oleadas. En la primera, a principios de la Edad de Hierro, los emigrantes orientaron sus proas hacia las costas de Asia Menor y las islas del mar Egeo. La segunda, que se identifica con la colonización propiamente dicha, se expandió por el Mediterráneo, alcanzando la península Ibérica, la Propóntide y Ponto. Heródoto define en Asia Menor e islas adyacentes tres regiones, Dórida, Jonia y Eolia, que la tradición entendía colonizadas por los respectivos grupos étnicos griegos.

Gentes dorias del Peloponeso emigraron hacia las costas meridionales del Asia Menor y se adueñaron del archipiélago meridional del Egeo, de las islas de Tera, Melos, Creta, Rodas y las Espóradas. Según la tradición, los nativos minorasiáticos, opusieron a estos viajeros una fuerte resistencia, en particular los carios. Más cordiales fueron las relaciones con las gentes de Creta, Rodas y Cos, cuyos habitantes conservaban la impronta marcada por los micénicos. En los establecimientos de la parte suroccidental del Asia Menor, los testimonios arqueológicos abogan en defensa de una ocupación continua desde el Bronce Tardío hasta la plena época histórica. En unas tumbas de Halicarnaso se han recogido restos cerámicos del geométrico ático, lo que ha llevado a pensar que, a principios de la edad del Hierro, gentes del Atica se establecieron aquí temporalmente. A su vez, en las islas de Rodas y Cos, existen también restos de cerámica protogeométrica, es decir, de tiempos de los siglos XI y X a. de C.

La ocupación de la Jonia egea y minorasiática, según la tradición escrita, se debe a los Neleidas, quienes mandaron una expedición de gentes jonias hacia las Cícladas y la franja central costera del Asia Menor. Los descendientes de Neleo, a la caída de Pilo (1200 a. de C.), abandonaron la ciudad y se refugiaron en el Atica, desde donde partieron por iniciativa de los hijos del rey Codro hacia ultramar. A ellos se añadieron jonios, de Achaia, focidios y



Ruinas del Buleuterio de Priena, el edificio donde se reunía la bulé de Priena, ciudad de la costa de Asia Menor, habitada por pueblos de estirpe jonia.

beocios, consolidando las fundaciones que posteriormente serían las ciudades jonias: Mileto, Miunte, Priene, Efeso, Colofón, Lebedos, Teos, Eritrea, Clazomene y Focea, y también, las islas de Samos y Quios. Algunos de estos núcleos habían estado habitados anteriormente por cretenses. El número de estos asentamientos en torno al santuario de Posidón Heliconio (Micala) —la tradición relacionaba a esta deidad con el dios beocio Helicón y con el

topónimo Helice (Acaya)— debió ser fluctuante hasta que se fijó en doce *poleis*, una vez que la Focea eolia se integró en el grupo de los jonios, excluyéndose a Esmirna y Magnesia.

Sin embargo, otras fuentes escritas no permiten definir con tanta evidencia la Jonia. Así, la versión antijónica de Herodoto, se aproxima a la realidad cuando señala los orígenes heterogéneos de la Jonia minorasiática y sus habitantes. A su vez, podemos considerar acertada la hipótesis de aquéllos que defienden la formación *in situ* de los caracteres culturales de los jonios. La arqueología ha confirmado la presencia de estos helenos. Así, en las islas tenemos a Samos y Quios con cerámica protogeométrica tardía y geométrica; y en el continente están Micala, Efeso y Eritras, con protogeométrico y Colofón con geométrico.

Los emplazamientos elegidos, por lo general peninsulares o promontorios, ofrecían una buena protección. La fácil defensa de tales emplazamientos acusa un temor a la hostilidad de los nativos de las proximidades. Según parece, cada uno de estos lugares controlaba las feraces tierras de cultivo circundantes, ya que era la tierra lo que buscó esta colonización más antigua.

Análoga tradición semilegendaria afirma que gentes de Beocia y Tesalia partieron hacia la zona septentrional del Egeo y del Asia Menor. La fundación de establecimientos en la Eolia minorasiática se atribuyó a una iniciativa de los descendientes de Orestes y de sus compañeros, originarios del Peloponeso. Beocios, tesalios y locrios se instalaron en la isla de Lesbos y después en el continente, formando una dodecápolis o federación de doce ciudades agrupadas en torno a Cime. La Troade, probablemente ocupada por tribus no griegas, permaneció al margen de este proceso colonizador griego, aunque posteriormente recibió habitantes de Lesbos. En esta isla, en Thermi, existen restos micénicos y protogeométricos. También hay cerámicas protogeométricas en Esmirna, ciudad que ofrece el cuadro más completo de un emplazamiento griego primitivo: sus muros correspondientes al siglo IX, aunque restaurados y reformados en el siglo VIII a. de C., ponen de relieve su poder y su temor hacia los lidios. En general podemos decir que los asentamientos eolios son menos abundantes que los de jonios y dorios, que están peor estudiados, y que acusan intensas relaciones con gentes anatólicas, en concreto, los frigios, según acredita una característica cerámica gris monócroma presente en el mundo eolio de Asia Menor.

Los restos arqueológicos confirman la presencia de helenos de esta primera oleada en el Egeo y en la zona occidental de Asia Menor. Como también se ha podido comprobar la existencia de cultos e instituciones primitivas en las ciudades jónicas, idénticos a los de Atenas. Todo ello viene a ratificar el fondo histórico que, a grandes rasgos, define en la tradición griega esta antigua colonización griega.

La triple emigración asentada en las tres franjas supone por otra parte la participación de las diversas etnias griegas en la aventura migratoria. Y también la oscilación cronológica que abarca una serie de episodios anteriores a la llegada de los dorios a Grecia y que en concreto en Jonia se suceden desde la época micénica. Lo que resulta también bastante claro, en este proceso emigratorio más antiguo, es que se caracteriza por una carencia de unidad de dirección, a pesar de que fuentes históricas las relacionan con formaciones estatales; pero faltan elementos básicos de una organización tanto en el momento de su partida como a la hora de consolidar tales asentamientos, de modo que hay que calificar esta emigración —como se ha hecho con frecuencia— como emigración espontánea, no organizada. Resulta sospechoso que ciertos rasgos recogidos en los historiadores referentes al proceso de formación son semejantes a los de las fundaciones coloniales históricas y parece como si se quisieran anticipar los patrones de la segunda colonización a los de primera en un vano intento de reconstruir un pasado histórico del que apenas se sabía nada que no procediera de inconcretas tradiciones orales. Por eso, en el momento de la reconstrucción de esta tradición por los historiadores se falseó al adaptarla a la del periodo histórico. Por consiguiente, estos movimientos migratorios llevados a cabo durante la Edad del Hierro deben entenderse de la misma manera que los acontecidos en la Grecia europea, como conquistas y explotaciones de unas tierras que posteriormente originaron las *poleis*, y sólo en cierto modo es aceptable la etiqueta de «primera colonización». Formaban, en realidad, parte del último

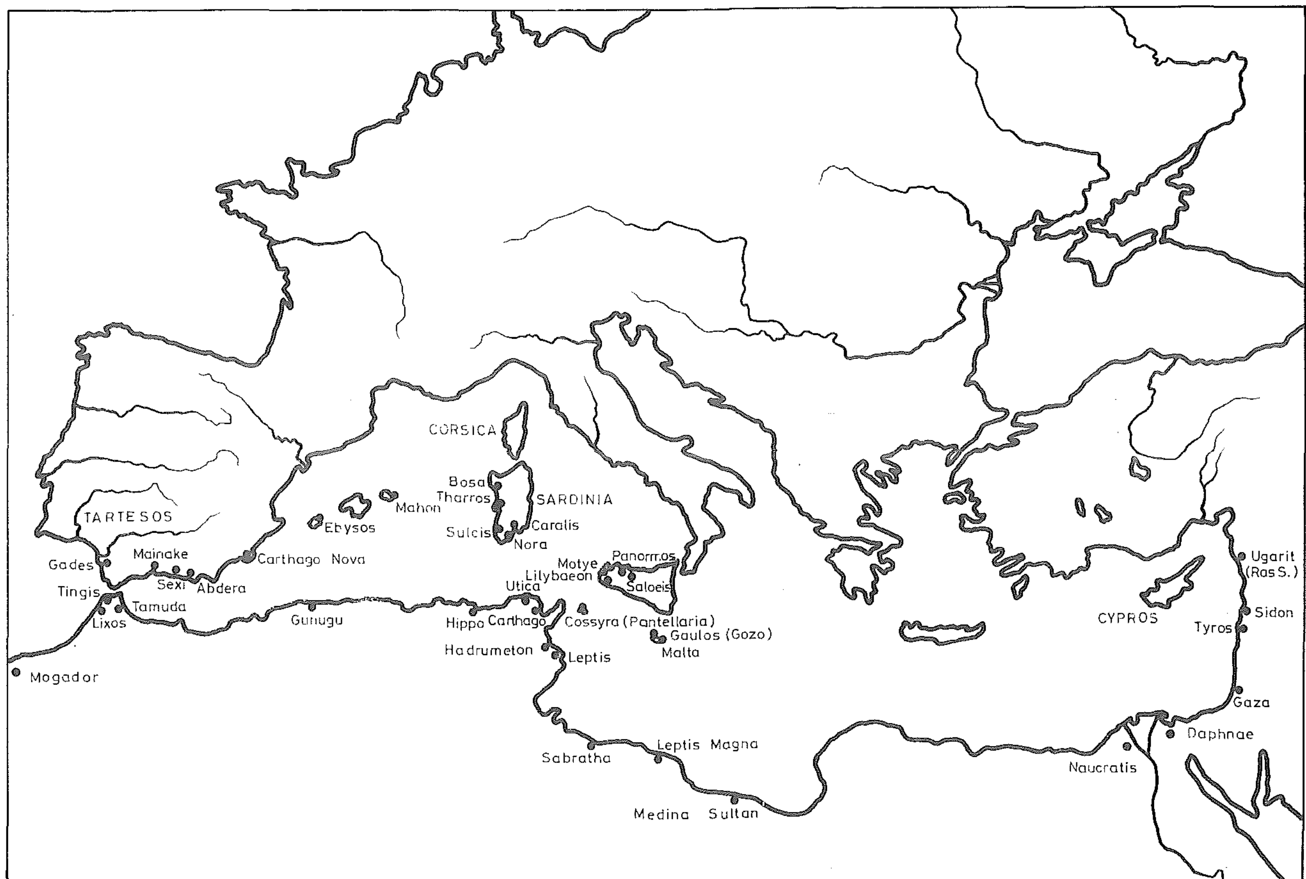
episodio de la dinámica de las tribus helénicas que concluiría con el poblamiento de la cuenca del mar Egeo y de la costa occidental del Asia Menor.

La misma que había empujado a los Pueblos del mar.

3. Las primeras fundaciones coloniales en el Mediterráneo occidental (775-675 a. de C.)

En los numerosos relatos que nos han legado los autores clásicos sobre las fundaciones coloniales se mezclan la realidad y la leyenda, de modo que es muy difícil poder diferenciar con nitidez lo histórico de lo fantástico. Sin embargo, tanto la arqueología como la tradición escrita constatan la realidad histórica de viajes griegos muy antiguos a las costas mediterráneas hispanas en busca de metales. Tendremos ocasión de hablar de ellos, por más que estos viajes no presupongan en absoluto la fundación de colonias en el sentido en que se estudia en este capítulo. Tales viajes comerciales por el metal de Etruria e Iberia, serían seguidos más tarde de auténticas fundaciones de colonias en tierras de occidente. Ello ocurre a partir del siglo VIII a. de C. Hay que distinguir dos momentos en la historia de esta colonización: el primero abarca desde el 775 al 675 a. de C., el otro va desde el 675 al 550 a. de C.

a) *Los jonios en el mar Tirreno y Sicilia.* Los primeros colonos de estas tierras fueron gentes euboicas que consolidaron sus establecimientos en



Expansión colonial fenicia y púnica.

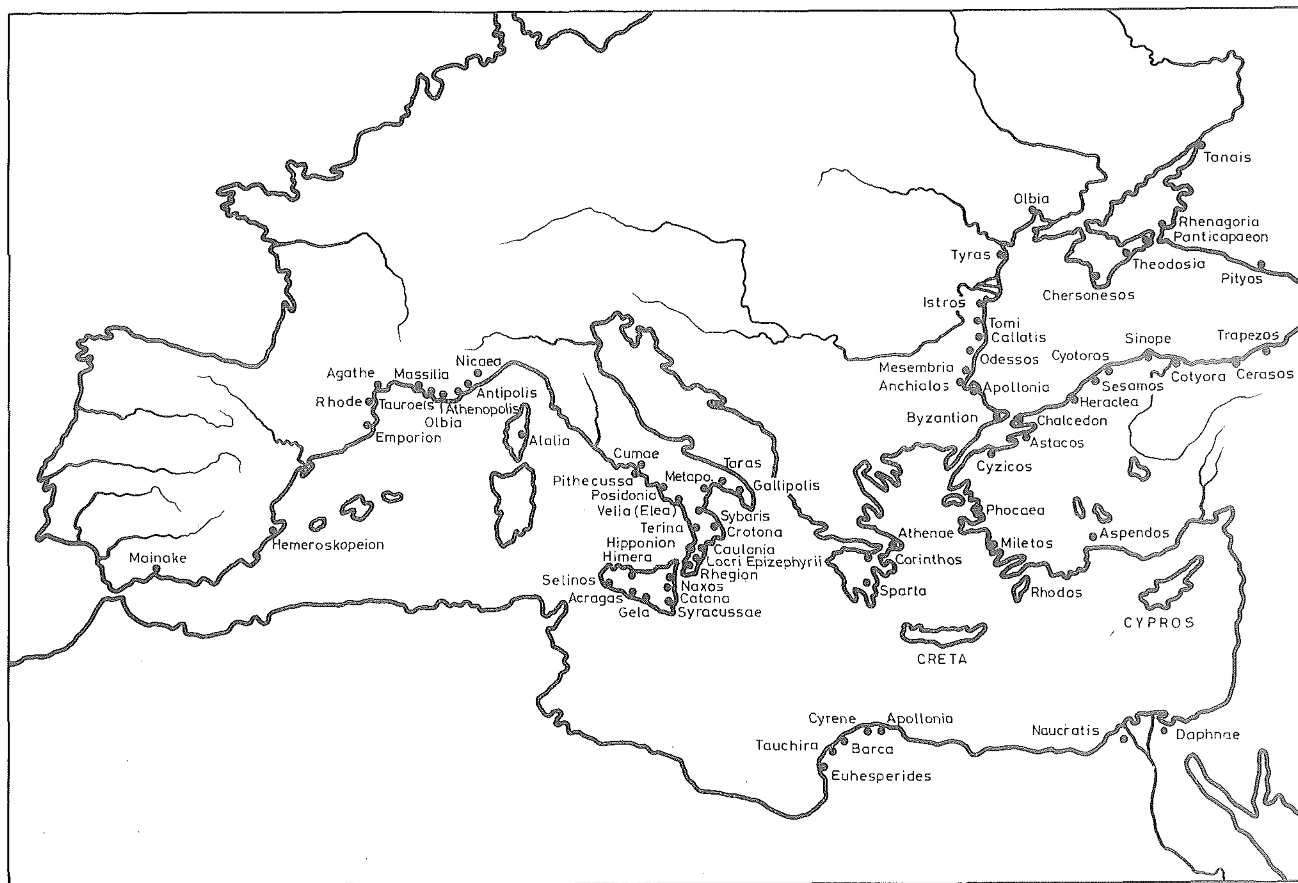
Campania y en el Brutium. Según las fuentes escritas, antes de asentarse en la ciudad de Cumas, los de Eubea fundaron Pitecusa (Isquia) (770). La fecha es confirmada por los hallazgos arqueológicos, pues las escavaciones de G. BUCHNER en esta isla acreditaron la existencia de cerámica anterior a las series más antiguas protocorintias que aparecen en Cumas. Isquia fue una estación de espera que permitió a estos emigrantes llevar a cabo una toma de contacto con los nativos del litoral. En el Monte di Vico, el ajuar de las tumbas más antiguas está formado por cerámicas corintias, euboicas, cretenses y jónicas. Hay cerámicas euboicas de imitación corintia, semejantes a las del estableci-

miento sirio de Al-Mina, así como sellos cilicios y escarabeos egipcios. Todo ello acusa la presencia de eubeos en el Tirreno y en Siria a la búsqueda de nuevos mercados metalúrgicos.

Después del siglo VIII a. de C. se puede apreciar la falta de colonos eubeos en occidente; según Estrabón, en las Pitecusa se enfrentaron los colonos de Calcis y Eretria, viéndose los primeros obligados a abandonar la colonia y posteriormente los colonizadores tuvieron que evacuar la isla por causa de una erupción volcánica y terremotos. El yacimiento de Castiglione, que ha aportado cerámica geométrica, corrobora las noticias del geógrafo griego. El interés de las gentes calcidias se centraba en los metales de la isla de Elba y de Etruria: cobre e hierro. Estos filones eran controlados por los etruscos pues, de no haber sido así, los calcidios habrían consolidado sus fundaciones junto a estos filones minerales de la Toscana y la isla de Elba; y prueba de que algún poder se lo impedía es que su asentamiento más septentrional es el golfo de Nápoles. Los objetos de hierro aparecidos en la isla de Pitecusa no han podido ser elaborados con el mineral extraído de Isquia, pues los análisis lo relacionan con el mineral de la isla de Elba. El hierro durante el siglo VIII a. de C. desempeñó un papel primordial en la tecnología, y Calcis, que contribuyó al desarrollo y expansión de esta industria metalúrgica, ocupó uno de los primeros lugares en esta actividad.

Cumas, la colonia decana de occidente, fue fundada por los eubeos en un segundo momento, según Tito Livio (VIII, 22, 5). G. VALLET ha dado la fecha

Tito Livio (59 a. de C.-17 d. de C.), historiador latino, nacido en Patavium. Sólo se sabe de su vida que pasó un cierto tiempo en Roma, y que era amigo de Augusto y del futuro emperador Claudio. Hacia el año 25 a. de C., empezó a escribir una historia de Roma, desde la fundación de la ciudad, pero murió sin terminarla.



Expansión colonial griega.

del 740 en razón a que los restos cerámicos protocorintios son posteriores a los geométricos de Pitecusa; HAMMOND da la fecha del 757. La acrópolis se data a finales del siglo VIII y en algunas tumbas indígenas pregriegas se han recogido vasos griegos y objetos egipcios que acusan las primitivas relaciones de los griegos de Pitecusa y los nativos del continente.

En el Brutium, los eubeos fundaron Regio (730), poco después de haber consolidado el establecimiento de Zancle (734) en el nordeste de Sicilia. Con ello los calcidios intentaron controlar el estrecho de Mesina, para mantener expedita la vía marítima que conducía a sus asentamientos de Pitecusa y

Cumas. A su vez, las gentes de Zancle animaron a los mesenios del Peloponeso para que se unieran a ellos en el nuevo establecimiento de Regio. Los restos cerámicos más antiguos, muy escasos, llevan a comienzos del siglo VII a. de C., los más abundantes pertenecen a finales de este siglo. La cerámica calcidia hallada en las aldeas indígenas próximas a la colonia de Locres Epiciferiana, constituye un dato valioso, ya que nos indica las ambiciones de los eubeos en este área geográfica, que fueron pronto frenadas por los locrios. Según parece, antes de la fundación de la colonia se rendía culto a Artemis Fakelitis que contaba con un santuario fuera del recinto amurallado.

Algunos años después de la fundación de Pitecusa, los calcidios también se dirigieron a la isla de Sicilia y establecieron asentamientos en la parte oriental: Naxos (757), Leontinos (750) y Catania (750). En Naxos, la arqueología demuestra la existencia de cerámica correspondiente a los primeros momentos de su existencia y cómo los eubeos desplazaron de este lugar a los nativos. Esta colonia de Naxos no tuvo mucha importancia, pero fue la plataforma desde donde se emprendió la fundación de nuevos centros, Leontinos y Catania. Según los clásicos, los primeros contactos en Leontinos entre griegos e indígenas fueron pacíficos, pues Polibio cuenta que convivieron durante algún tiempo en la misma ciudad. La arqueología ha confirmado que, a finales del siglo VII a. de C. o comienzos del siglo VI, los griegos se adueñaron de los territorios próximos a Leontinos. La colonia de S. Mauro fue el primer sitio ocupado y en él se ha recogido cerámica corintia y calcidia. En este lugar existe un recinto amurallado de hacia 650 a. de C. que fue ampliado a finales de este siglo o comienzos del siguiente. La arqueología ha podido comprobar los contactos entre los griegos de Eubea y los sículos en Scordia y Licadia, en donde se han encontrado objetos griegos importados; y en Grammichele, donde junto a tumbas sículas hay enterramientos griegos. En Catania existía un asentamiento pregriego según acredita su necrópolis. Disponía de un buen puerto que permitía a los de Calcis controlar la feraz llanura del Symeto. Los restos cerámicos de la acrópolis procedentes de Corinto, Calcis y Quios no son anteriores al siglo VII. Un aspecto interesante de estas colonias es su penetración hacia el interior del país. Naxos, cerrada al norte por elevados montes, no pudo desarrollar su territorio y sólo en una época tardía se sirvieron de Catania y Leontinos para penetrar al interior, siguiendo los cursos naturales de los ríos. El poblamiento sículo en el traspaís del Etna, que parece haber sido bastante denso, conoció una pronta helenización según acusan las excavaciones de Centuripa y Morgantina. Estas zonas de penetración, al menos hasta finales del siglo VII a. de C., estaban habitadas por gentes indígenas y en ellas no hubo ni colonización ni conquista, pues la cerámica y enterramientos así nos lo prueban. Será desde el segundo cuarto de siglo VI cuando la presencia griega se deje notar. En general, conviene subrayar que el poblamiento de la región del Etna era exclusivamente sículo, mientras que los establecimientos griegos estaban asentados en la zona de los Montes Hereos. Algunos han intentado explicar esta situación en función de razones militares diciendo que esta última zona estaba gravemente amenazada por la expansión de Siracusa y Gela, mientras que la región del Etna, que lo estaba menos, podía mantener relaciones comerciales con los calcidios, ocupando uno de los primeros puestos en el intercambio de madera de construcción. La penetración pacífica de los calcidios hacia el interior de Sicilia facilitó la helenización de los sículos de los Montes Hereos, quienes asimilaron los gustos artísticos y divinidades características griegas, e incluso utilizaron la lengua griega como idioma ordinario relegando a un segundo plano la nativa.

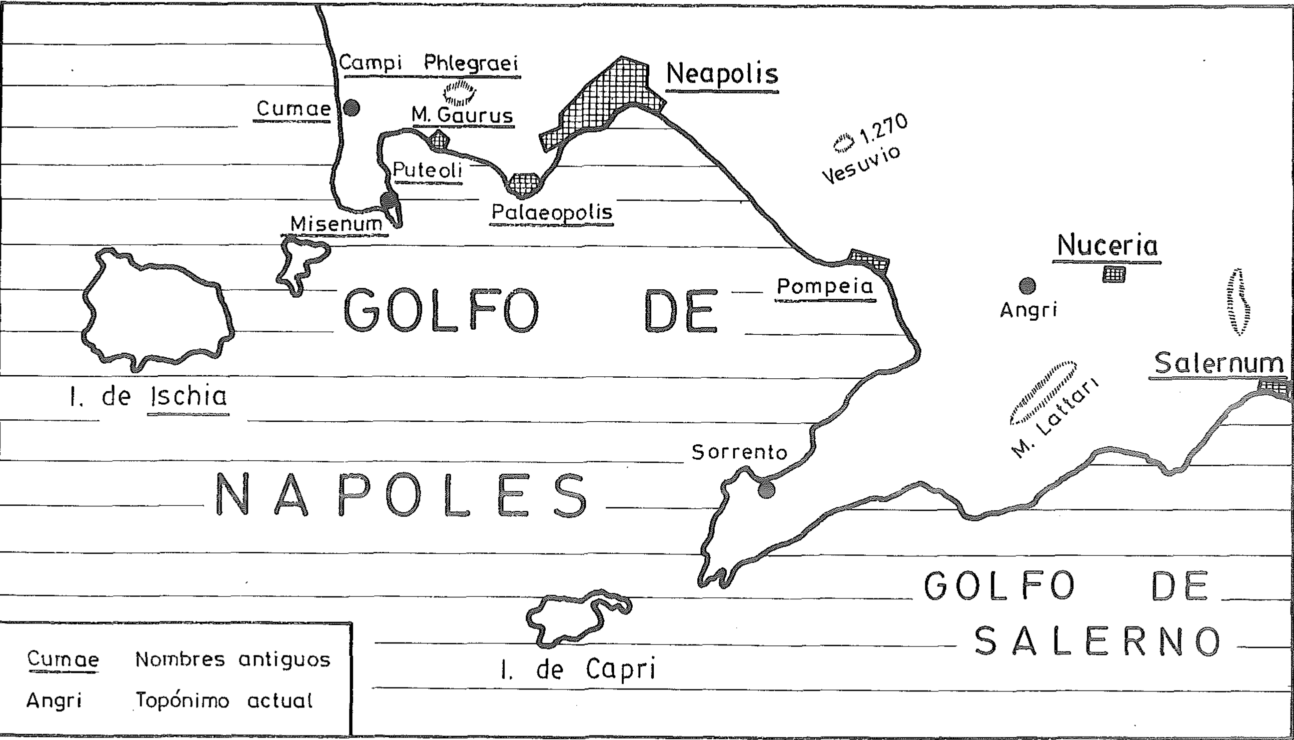
La fundación de Zancle (734) se llevó a cabo en dos tiempos, según Tucídides. Sus primeros colonos fueron piratas de Cumas y después un contingente llegado de Calcis. El primitivo asentamiento, situado al sur del puerto, queda avalado por los restos cerámicos corintios e imitaciones calcidias de principios del siglo VII a. de C. Los datos numismáticos acusan la emigración a esta localidad de gentes de Samos. La importancia de Zancle se debía a su posición geográfica, pero la falta de recursos agrícolas obligó a fundar la colonia de Mila (717), frente a las islas Lípari, cuya misión sería proporcionar suministros de grano. Como los restos cerámicos más antiguos corintios son semejantes a los más primitivos de Siracusa, algunos han afirmado que la fundación de Mila sería coetánea de la de Zancle. Con la

consolidación de Zancle y Regio los calcidios controlaron el tráfico del estrecho de Mesina y según G. VALLET paralizaron el comercio de Corinto, ya que la cerámica corintia desaparece pronto del área del mar Tirreno; hay testimonios encontrados en la Toscana de cerámica corintia, pero no corresponden a vasos corrientes sino de lujo.

A su vez, gentes de Zancle fundaron Himera (648) que acuñó la primera moneda de plata en el mundo griego occidental, posiblemente con metal procedente de las minas de la Península Ibérica; esta moneda posteriormente fue imitada por Zancle y Regio. En el altozano de Himera existe un asentamiento, cuyos restos coinciden con la fecha de fundación. Himera, que era una avanzadilla de los calcidios en el norte de la isla, mantenía relaciones cordiales con los sicanos, los elimios y con los fenicios de Motye. Himera será testigo de la derrota cartaginesa en el año 480 a. de C.

Algunos historiadores han defendido la hipótesis de que los calcidios habían formado desde la Campania hasta los límites del mundo púnico un «imperio» comercial marítimo y territorial cuyas ciudades mantenían conciencia de comunidad, el *genos chalkidikos*, utilizando una expresión de Tucídides.

b) *Los dorios en Sicilia.* Megarenses, lacedemonios, corintios, rodios y cretenses llevaron a cabo fundaciones coloniales en las costas oriental y meridional de Sicilia. Gentes de Mégara, antes de llevar a cabo la fundación



Nápoles y sus alrededores.

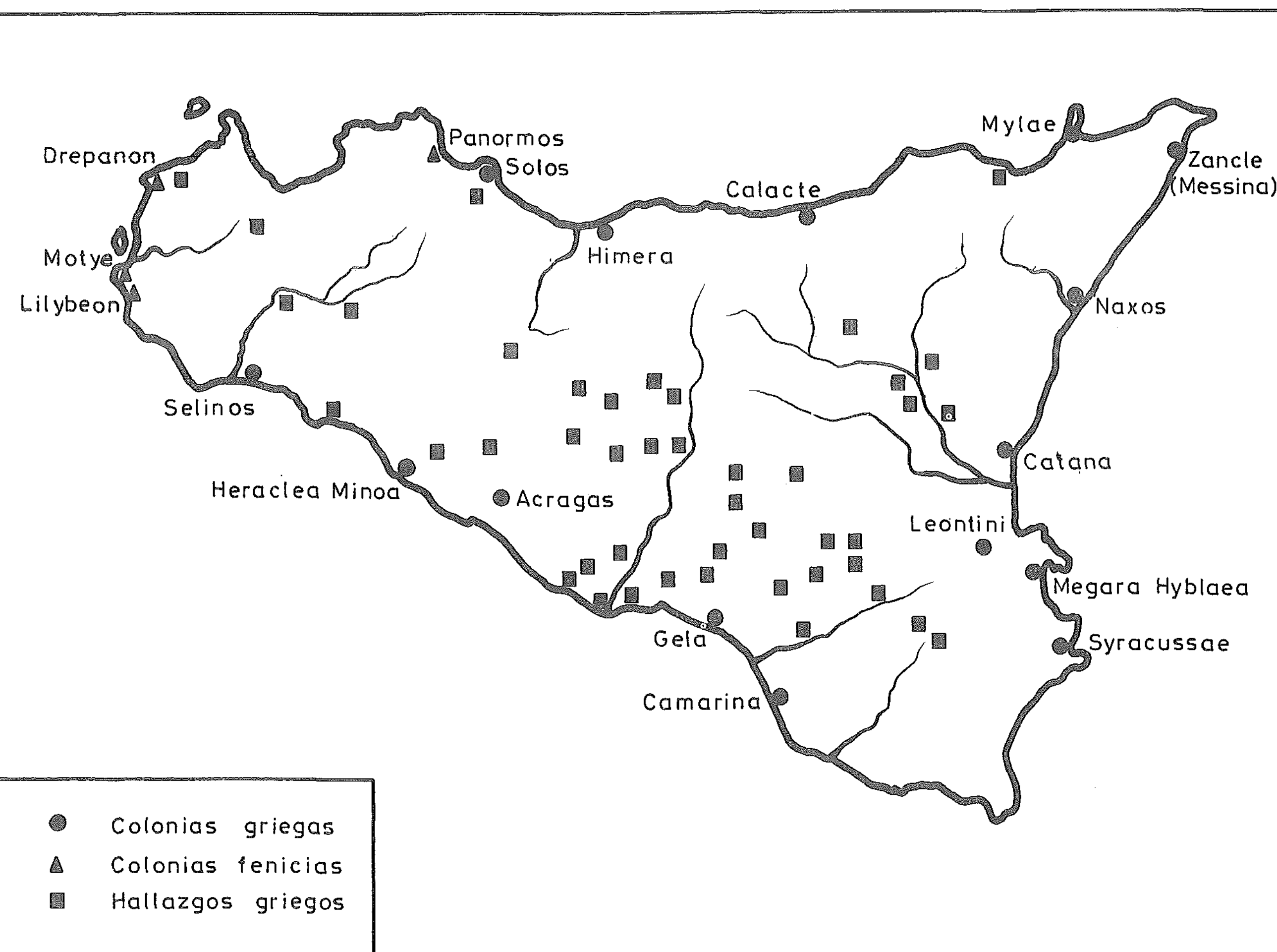
de Mégara Hiblea (750), permanecieron unos meses en la península de Tapso hasta que el rey sículo les invitó a asentarse en tierra firme, dominada por Siracusa. Tucídides dice que la fundación de Mégara aconteció seis años después de la de Siracusa, dato que no concuerda con la arqueología ya que la cerámica protocorintia de Mégara es anterior a la de aquélla, aunque la más antigua de la ciudad es corintia. En Mégara no existía ningún núcleo de población indígena. Hay restos de templos de los siglos VII y VI a. de C. La ciudad fue trazada de acuerdo con un plano regular, pero su zona sur no fue ocupada antes del 650 a. de C.

Mégara, a su vez, fundó Selinunte (650) según Diodoro, Eusebio y S. Jerónimo, fecha confirmada por la arqueología, pues existen restos de templos de finales del siglo VII y una estructura urbana regular del siglo VI a. de C. El templo de Zeus Olímpico fue empezado a construir a mediados del siglo VI a. de C. Selinunte era la cabeza puente helénica entre los elimios y los fenicios.

Por estos años el lacedemonio Dorieo no pudo conseguir fundar una colonia ni en Lybia ni en la costa occidental de la isla de Sicilia, zona de

control fenicia, pero por fin pudo establecerse en Minos, colonia que quedó sometida al dominio de Akragas.

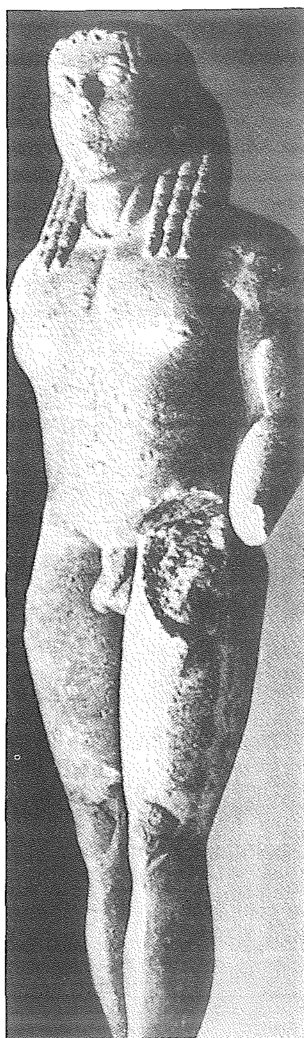
Los corintios se establecieron en Siracusa (733). La tradición escrita dice que el contingente de colonos del *oikistes* Arquias lo formaban los montañeses de Tenea, localidad próxima a Corinto. En un principio el asentamiento estuvo dirigido por los *gamoroi* «los que han obtenido un lote de tierra» nombre que revela una aristocracia rural. Siracusa sería la más rica de las ciudades griegas de Sicilia. El estudio de algunos topónimos de Calcis y Siracusa ha hecho suponer a algunos filólogos que, antes que los corintios se asentaran, los eubeos habían tenido intereses en la zona; tal tesis parece comprobada por la arqueología, pues del siglo VIII hay vasos «calcidios» en Castellucio, la vecina ciudad indígena. Y también los sarcófagos de piedra utilizados en la necrópolis de Fusco fue práctica habitual entre los corintios. Los restos de los ajuares funerarios atestiguan relaciones con Etruria y el norte de Italia. Al siglo VII pertenecen los vasos de estilo orientalizante (rodios y quiotas). El puerto de Siracusa estaba cerrado parcialmente por la isla Ortigia, en donde estuvo ubicada una aldea sícula sustituida por el nuevo centro griego. En ella había un santuario dedicado a Atenea y un templo dórico a Apolo de mediados del siglo VI. Los restos arqueológicos acusan un desarrollo próspero durante los siglos VII y VI a. de C., consecuencia de su colonización según E. WILL. Precisamente el siglo VII será testigo de la gran difusión de la cerámica corintia como vajilla corriente en Sicilia y Tarento, lo que ha llevado a suponer que Corinto impuso en esta zona su monopolio. La expansión de Siracusa se centró en el ángulo SE. de la isla de Sicilia. Los corintios sometieron a los indígenas a una servidumbre semejante a los *heilotai* espartanos.



Colonias griegas de Sicilia.

Desde el primer momento los siracusanos intentaron controlar política y militarmente las zonas próximas, consolidando una serie de puestos militares: Acrai (663), Cadmenai (643) y Camavrina (598). En Acrai, en el alto Anapo,

existía un importante centro sículo, por su ubicación y los materiales hallados. que no anteceden a la mitad del siglo VII. Se ha llegado a la conclusión de que no fue centro autónomo y que su misión, como posición fortificada, era controlar los movimientos de los indígenas sículos. La misma función desempeñaba Cadmenai, que sirvió de refugio a los *gamoroi* expulsados de la ciudad en 491. Las cerámicas más antiguas de Monte Casale se fechan a finales del siglo VII a. de C. En Camarina, el último establecimiento de la expedición siracusana arcaica, los enterramientos y los exvotos de un templo avalan la fecha de su fundación, sus habitantes llevaron a cabo un control de las rutas terrestres que unían Camarina y Cadmenai y sometieron a los sículos. Fue puesto militar y su política fue diferente de la de los otros centros corintios de Sicilia, pues consideró aliados a los indígenas de Ragusa, Modica e Ispica a los que lanzó contra Siracusa en el 552 a. de C. La arqueología ha puesto de relieve cómo estas gentes sículas próximas al centro corintio se vieron influidas por los griegos, pero conservaron sus peculiaridades. Camarina continúa vigente a finales del siglo VI, según los restos cerámicos de sus necrópolis, en contra de los que dicen las fuentes escritas.



Escultura masculina. Principios s. VI. aC.

También gentes de Rodas y Creta fundaron colonias en el mediodía de Sicilia. Con toda probabilidad fueron continuadores de sus antepasados del período micénico, de finales del II milenio a. de C. Los múltiples escritos alusivos a las leyendas de Minos y de Hércules en Sicilia se han visto respaldados por la arqueología, particularmente en Sicilia oriental e islas Eolias. En la Magna Grecia, en las proximidades de Tarento existió un asentamiento en torno al 1400/1200 a. de C., probablemente utilizado por los rodios. Esta misma ruta sería utilizada durante los siglos IX y VIII a. de C. Eran entonces enclaves en la ruta hacia Iberia en busca de metales.

Rodios y cretenses fundaron Gela (680), en el mediodía de la isla de Sicilia sobre un centro indígena según ha probado la arqueología. En un principio Gela fue un recinto amurallado de pequeña extensión, lo que avala su carácter de emporio comercial en la ruta ibérica, con cerámicas rodias, cretenses, quiotas, corintias y áticas. A mediados del siglo VII surgió una escuela local de cerámica decorada con figuras, comparable a la de Siracusa y Mégara Hyblaea.

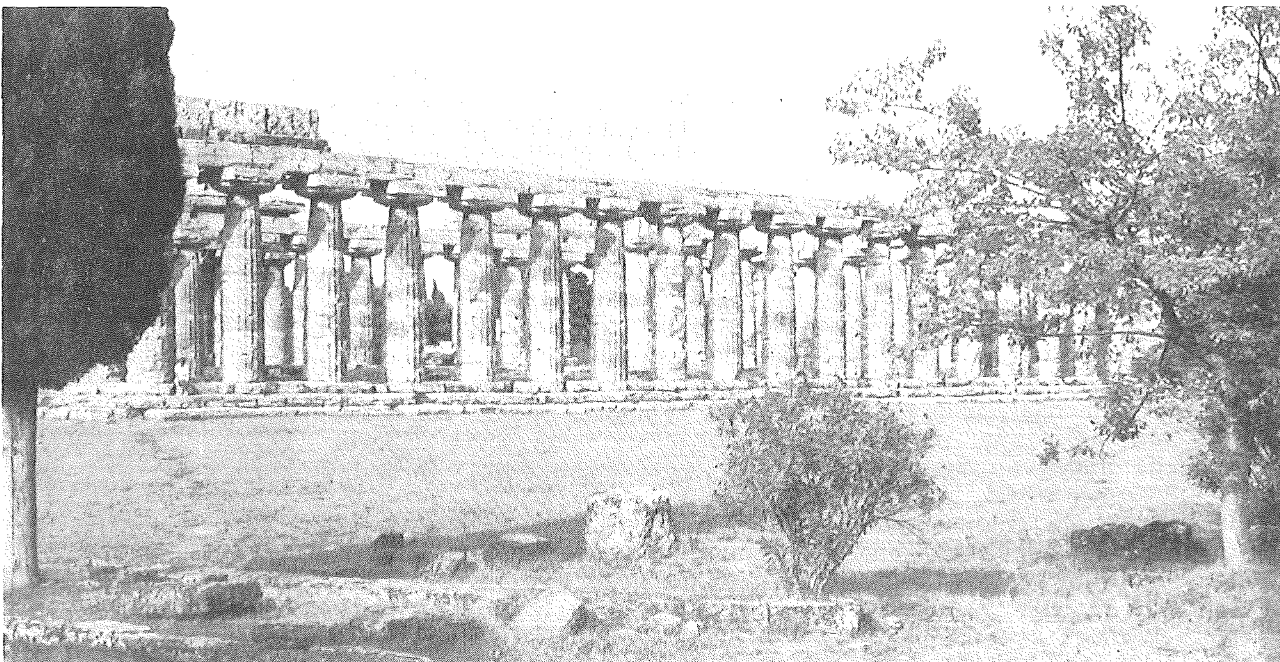
Gentes de Gela, colonos rodios de la zona y refuerzos llegados de la metrópoli, más que cretenses, fundaron Acragas (580), que sustituyó a Gela en la tarea helenizadora del territorio comprendido entre Himera y Halicos. En Acragas, que ya había sido visitada por gentes griegas de manera frecuente en época anterior a su fundación, posiblemente existiera un asentamiento, ya que la arqueología ha descubierto cerámica de fines del siglo VII y principios del siglo VI en Montelusa, Manfria y Palma de Montechiaro; probablemente habían sido utilizados por los griegos ya antes del 580 a. de C. Se hizo famoso Falaris, tirano de Acragas, pues concibió un programa político para el exterior, cuyos puntos esenciales eran: conseguir la emancipación con respecto a su metrópoli, la penetración hacia el interior de Sicilia para poder alcanzar las costas tirrenas y la expansión hacia el occidente siciliano. Falaris delimitó sus fronteras con Gela, Selinunte y los cartagineses, y de nuevo emprendió la lucha contra los sicanos. Esta política y en concreto la lucha con Selinunte hicieron necesaria la intervención del cartaginés Magon Gelon sometió a las ciudades calcidias y a Siracusa, a la que transformó en la capital del nuevo imperio. Teron, suegro de Gelon, se puso al frente de Acragas, triunfó sobre los púnicos y conquistó Himera (480). Este acontecimiento constituye un hito importante en la historia de Sicilia, ya que a partir de ahora la suerte de la isla se vincularía a la de la propia Siracusa. Acragas en esta época se transformará en una de las ciudades más ricas y populosas de la isla.

La penetración de las gentes de Gela hacia el interior se inicia poco después de su fundación. En la primera mitad del siglo VII a. de C. se produce la helenización de centros tales como Manfria, Butera y Monte Bubonia. En el ajuar de la necrópolis de Butera se han recogido vasos protocorintios y de Gela y se ha comprobado la práctica del rito de incineración —cenizas recogidas en pithoi—. Los asentamientos salpicados a lo largo del valle del Salso se definen por su estructura político-militar, pero resulta problemático precisar si son gentes de Gela o de Acragas. Se supone que esta última tomó la iniciativa a finales del siglo VI o durante el siglo V a. de C. A su vez, es difícil saber cuándo se suspendieron las buenas relaciones con los indígenas

para dar paso a un control político-militar que vino a sustituir los establecimientos indígenas por puestos militares griegos.

Los templos más importantes de Gela eran el de Atenea y el de Deméter, anteriores al 600 a. de C. Cotejando los restos arqueológicos con los testimonios escritos se ha podido llegar a la conclusión de que los dioses ctónicos que cita Herodoto deben identificarse con Deméter y Core y que desde el siglo VI la familia de los Deinoménidas tenía a su cargo el sacerdocio correspondiente a ambas divinidades.

Habitantes de Rodas y Cnido, dirigidos por Pentatlos, que no habían podido establecerse en Lilibeo por causa de la tenaz resistencia de los fenicios, fundaron en el 570 un foco colonial en las islas Lípari, islas que ya en época micénica habían sido visitadas por gentes helenas. La arqueología ha descubierto cerámicas corintias y griegas orientales pertenecientes a la primera época de la colonia.



Templo de Poseidón, en Paestum, en el sur de Italia. El templo es de orden dórico y fue construido hacia mediados del siglo VI.

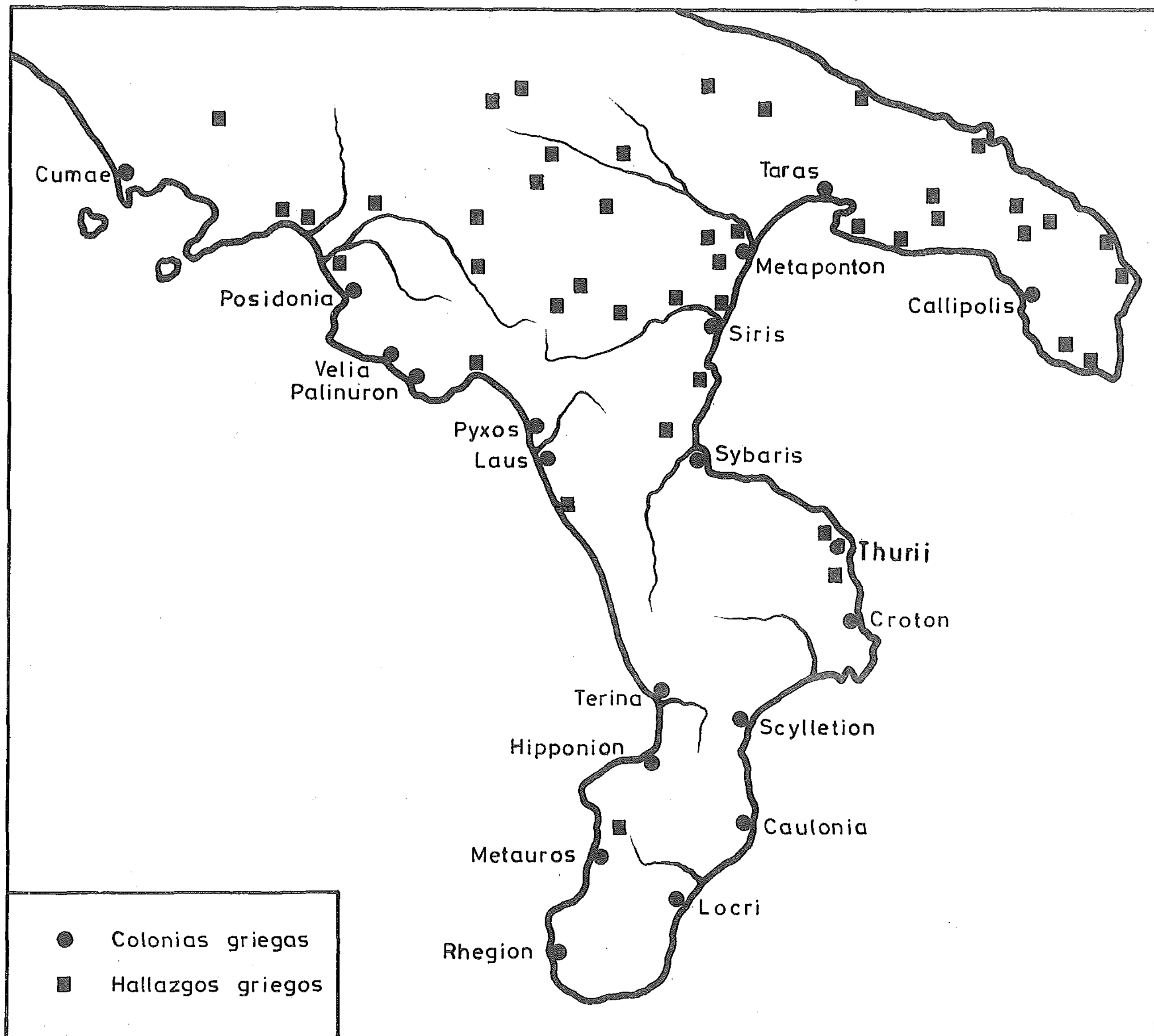
c) *Dorios y aqueos en el sur de Italia.* Las gentes indígenas que encontraron los griegos son los enotrios, cones, morguetes e italos. Estos últimos fueron los que dieron nombre a Italia. Vivían en aldeas demasiado dispersas y apenas tenían concepto de tribu o unidad superior regional, de modo que apenas pudieron oponer resistencia a los recién llegados. La arqueología ha comprobado su existencia y sus necrópolis próximas a los establecimientos coloniales griegos. En algunos casos la yuxtaposición de establecimientos ha servido para que algunos investigadores hayan mantenido la hipótesis de una colonización pacífica, lo cual debió ser realidad en la mayor parte de los casos.

En la Magna Grecia, los lacedemonios fundaron Tarento (706/5), los locros, Locros Epiceferiana (673), los aqueos del Peloponeso, Síbaris, Crotona, Metaponto y los colofonios minorasiáticos, Siris.

Tarento fue obra de los primitivos dorios espartanos, los *parthenoi*, hijos de espartanas, concebidos durante la ausencia de sus maridos que peleaban en la Primera Guerra Mesenia. Las fuentes escritas permiten fechar la fundación colonial en los últimos años del siglo VIII a. de C. El oráculo había ordenado colonizar Satirion, próximo a Tarento. La arqueología ha comprobado este primitivo asentamiento, pues en él se ha recogido cerámica geométrica y protocorintia. Es posible que la posterioridad del establecimiento de Tarento se debiera a la presencia en aquellas tierras de los invasores yápiges. El emplazamiento yapigio de Scoglio del Tonno parece haber tenido contactos intermitentes con Grecia desde el período micénico hasta los momentos de la fundación colonial, aunque de una manera intermitente. Sería, por tanto, uno de los muchos centros de Occidente ya visitados por gentes del Egeo desde el

siglo XIV a. de C. y cuyos viajes persistieron intermitentemente hasta el siglo IX. Los poblados indígenas del interior proporcionan cerámicas griegas del siglo VII, mientras los vínculos de Tarento con su metrópoli se acusan a través de las cerámicas espartanas recogidas en las tumbas del siglo VI, con cultos y las prácticas de enterramiento en el interior de las murallas.

Locros Epicefiriana fue fundada por los locros. Parece evidente que los griegos expulsaron a los indígenas que habitaban allí, pues la arqueología ha comprobado que la cultura local se interrumpe en el segundo cuarto del siglo VII (necrópolis de Canale y Janchina), mientras que un poco más al norte (S. Stefano de Groteria) prosigue hasta mediados del siglo VI a. de C.; hasta este momento su ajuar funerario es indígena. A su vez, los locrios epicefirianos fundaron en el mar Tirreno otros centros subcoloniales como Medma,



Colonias griegas de Italia meridional.

Hiponio y Metauro. En esta última, las tumbas descubiertas se fechan desde mediados del siglo VII a. de C.

En el último cuarto del siglo VIII a. de C., gentes aqueas se instalaron en Síbaris (720). La expansión de los sibaritas, su riqueza y su gran lujo queda de manifiesto en las fuentes arqueológicas, escritas, epigráficas y numismáticas. Los restos cerámicos revelan una vida refinada y rica desde sus mismos orígenes y se interrumpen a finales del siglo VI, reanudándose a mediados del siglo V a. de C. Síbaris era el centro intermediario de diferentes mercancías procedentes de Mileto y otras ciudades griegas, que reexpedía de nuevo con dirección a Campania y Etruria. Cerca de Síbaris, en la necrópolis de Torre del Mordillo, se han recogido cerámicas protocorintias y los niveles de

Francavilla han aportado restos indígenas del siglo VIII, análogos a los de Lucania y Calabria; los del siglo VII a. de C. ya acusan la presencia griega y los del siglo VI ya dejan patente una helenización total. La acrópolis del siglo VIII es griega. Síbaris fue destruida por Crotona en el 510, pero la caída fue debida a su ambición expansionista y la consiguiente amenaza de los intereses de otros centros griegos.

Gentes de Síbaris fundaron Posidonia en el mar Tirreno en el año 700. Este establecimiento fue el primer desafío contra el monopolio comercial de los calcidios. Algunos autores afirman que esta colonia no fue fundada por sibaritas sino ocupada por ellos a finales del siglo VI. Estrabón confirmaría esta hipótesis ya que hace una diferenciación entre sibaritas y los primeros colonos de Posidonia. La arqueología ha descubierto dos emplazamientos de los cuales el más pequeño es el más primitivo y en él se ha recogido cerámica corintia de finales del siglo VII, que más o menos corresponde con la fecha de su fundación. En la necrópolis se han descubierto tumbas pintadas indígenas que acusan el carácter mixto de la sociedad lucano-griega. En diferentes establecimientos, como Palinuro y Molpa, se puede apreciar también a mediados del siglo VI a. de C. la convivencia de griegos e indígenas. Según parece, en Posidonia se rindió culto a Hera Hippia «protectora de caballos de carreras», un atributo muy próximo a Poseidón, el epónimo de esta ciudad.

Los aqueos fundaron Crotona (708), poco tiempo después de que naciera Síbaris. Disponemos de poca documentación para el conocimiento de este establecimiento; los testimonios más antiguos corresponden a finales del siglo VII a. de C. La caída de su régimen oligárquico a mediados del siglo V señala el principio de su decadencia en Italia meridional. Crotona se extiende hacia el suroeste llevando a cabo la fundación de la subcolonia de Caulonia. P. ORSI ha encontrado cerámica geométrica, lo que llevaría su fundación a finales del siglo VIII, lo mismo que Metaponto.

Gentes aqueas fundaron Metaponto (690/680). Entre los restos arqueológicos de este momento se han recogido figuras votivas griegas del siglo VII. La arqueología ha descubierto en la llanura múltiples establecimientos indígenas anteriores a la colonización. Algunos elementos de cultura material ponen de relieve los contactos griegos e indígenas desde finales del siglo VIII hasta mediados del siglo V. Hay un establecimiento prehelénico importante en Cozzo Presepe; pero los restos más antiguos de la presencia griega del periodo de colonización histórica no son anteriores al 575 a. de C.

En el siglo VII a. de C. jonios de Colofón, arrojados de su patria por el rey lidio Giges (680/670), se asentaron en la planicie de Siris y llevaron a cabo la fundación de esta colonia, que sucumbió cien años después destruida por una coalición aquea, en la que participaban Metaponto, Síbaris y Crotona.

Los focenses, después de la destrucción de su ciudad por los persas, fundaron Elea hacia el 540/535. Los restos arqueológicos más antiguos pertenecen a la denominada aldea de aparejo poligonal. Algunos de los restos cerámicos se corresponden con los de esta fecha de fundación.

d) *La vida económica de las colonias de Sicilia y sur de Italia.* Acerca de las rutas seguidas para las fundaciones subcoloniales del mar Tirreno, consolidados por los griegos del litoral jónico, los aqueos del noroeste del Peloponeso (Posidonia) y los locros (Tauriana, Medma, Hipponium), existen diversas opiniones. Según unos, el tráfico de mercancías procedentes de Grecia y Oriente se hacía a través de vías terrestres del istmo de Calabria para evitar el paso del Estrecho de Mesina controlado por los calcídios. Hay defensores de la vía marítima, que han resaltado el destacado papel desempeñado por dos tipos de vías. Dudan que por tales rutas interiores pudieran transportarse, por medio de mulos, artículos tan frágiles como la cerámica ática, o el arriesgado tráfico de valiosos tejidos, tapices de lana y mantos procedentes sobre todo de Mileto.

La agricultura, atendida frecuentemente por esclavos, fue la base de una economía muy próspera que complementó su lujo con el comercio de los más diversos productos que surcaron el Mediterráneo de Oriente a Occidente servidos por griegos y fenicios conjunta e indistintamente, salvo momentos de mayor tensión. Pero por lo regular, especialmente los fenicios, no desdeñaron

productos griegos tomados de la Grecia clásica o de Magna Grecia y Sicilia para llevarlos por doquier con productos egipcios y sirios. Los metales de Iberia son producto clave en el abastecimiento de Grecia y Sicilia que precisaban de ellos en importantes cantidades al carecer de ellos para sus necesidades y para sus industrias. Siguen en importancia, cereales, vino, aceite, cerámica, tejidos de lana y tintes de púrpuras, bronces y armas. Sus puertos eran grandes, activos y bien dotados para estos cargamentos. Salazones ibéricos y productos de lujo africanos, como perfumes, aves, oro, marfil, surcaban los mares a través de estas encrucijadas de Sicilia e Italia; primero fue comercio pirático, luego más ordenado y civilizado. El arte y la cultura que luego veremos se desarrolló en estas exuberantes ciudades de Siracusa, Siris, Síbaris, Tarento, Cumas y otras, son buena muestra de que en las colonias salieron excelentes competidoras de las metrópolis en grandiosos templos, esculturas, arte cerámico y aún en las letras y las ciencias.





Capitel dórico del templo de Paestum, siglo VI. El capitel consta de una moldura fina (collarino), de un núcleo principal en forma de plato macizo (equino) y de un prisma cuadrangular (ábaco) que remata la columna.

A la derecha capitel jónico.

Algunos establecimientos acuñaron sus propias monedas de plata desde mediados del siglo VI a. de C., ejemplo que imitaron a la postre otros. Algunos autores creen que el trigo, la lana y en ocasiones un esclavo sículo o sicano, fueron durante bastante tiempo los patrones de un comercio de intercambio. Sicilia, Himera y Selinunte iniciaron sus emisiones de plata entre el 570 y el 560 a. de C. Algunos han pensado que la plata empleada en las acuñaciones procedía de la Península Ibérica, argumentando que estas colonias se hallaban bien situadas en la ruta comercial con España, aunque no descartan la posibilidad del origen del metal en la propia Grecia. Las colonias calcidias de Sicilia y Campania adoptaron el sistema euboico, pero para adaptarse a las exigencias del comercio del Tirreno utilizaron dos modelos ponderales, el etrusco (5,70 gr) y otro focense de origen fenicio (7,60 gr). Las monedas tienen símbolos con significados concretos: Himera, un gallo, Naxos, la cabeza de Dionisos y un racimo de uvas (centro de producción vitícola), Zancle, un delfín y un puerto. Siracusa tardó algún tiempo en acuñar moneda propia, hasta el 520, y escogió el patrón ático.

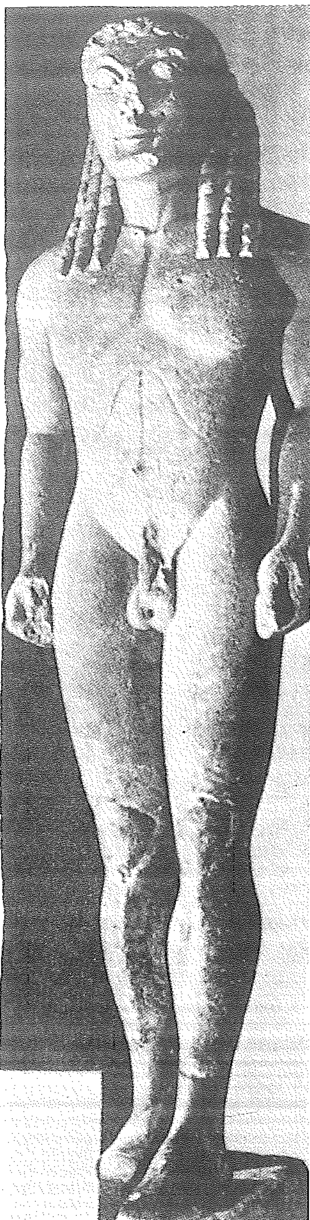
En la Magna Grecia, las colonias aqueas de Síbaris, Crotona, Caulonia y Metaponto acuñaron a mediados del siglo VI estateros, incusos sobre la base de 8,25 gr conforme a las particularidades del sistema corintio. Metaponto tiene el emblema de una espiga.

Interesantes son las acuñaciones que tienen dos nombres de ciudades; así la hegemonía de Crotona en el siglo V queda patente en los estateros de Crotona (trípode) y Síbaris (toro) o en la de Crotona y Locros; también las subcolonias del Tirreno concluyeron alianzas con poblados indígenas; así la ceca de Palinuros y Molpe (Pal/Mol).

4. Los griegos en Calcidia y Tracia (775-675 a. de C.)

Nuestros conocimientos acerca de las colonias del norte del mar Egeo son básicamente literarios. Debemos considerar dos áreas: Calcidia y Tracia.

Los eubeos fundaron los primeros asentamientos durante el siglo VIII a. de C. siendo la ciudad de Calcis la auténtica protagonista, pues incluso dio su


Apolo. 590-580 a.C.

nombre a la Península y entre sus fundaciones destaca Torone. Eretria estableció sus asentamientos en Mende y Sicione, sobre las dos riberas del golfo Termaico. A su vez, gentes eretrias expulsadas de Corcira por los corintios fundaron Metone (733). En el golfo Termaico se han recogido algunos vasos corintios del 650, pero la mayor parte de los hallazgos griegos no son anteriores al 600 y pueden asociarse con los eubeos. Los isleños de Andros, con la ayuda de Calcis, hacia mediados del siglo VII, fundaron Acantos y Estagira en la zona oriental de la Península Calcídica. Esta, dominada básicamente por los eubeos y gentes de las islas próximas, también conoció la presencia de corintios que llevaron a cabo la fundación de Potidea hacia el año 600 a. de C.

Gentes de la isla de Paros se establecieron en el 680 en la isla de Tasos. Las cerámicas griegas más antiguas son corintias y rodias de mediados del siglo VII. También se ha recogido gran cantidad de cerámica de las Islas Cícladas de la misma fecha o muy poco posteriores. También otros emigrantes de la isla de Paros fundaron entonces diversos establecimientos en el litoral, en la zona del Estrimon, Neapolis y Oisime. Diversos hallazgos arqueológicos han confirmado que, antes de la instalación de los parios, la cultura de los tracios, representada en Thasos Odonis, era mixta. Según parece, fueron necesarias dos expediciones para poner fin a la resistencia de los indígenas. Los isleños de Quíos consolidaron Maronea, los eolios Ainos y las gentes de Clazomene ocuparon Abdera. Esta última tuvo una primera fase de su historia muy corta, ya que los griegos fueron expulsados por los tracios, para de nuevo ser ocupada, a mediados del siglo VI por griegos de Teos, que también poco después tuvieron que emigrar ante el avance de los persas. En Abdera se ha recogido cerámica griega oriental de fines del siglo VII y ática del siglo VI. Los milesios fundaron Cardia y Limnae en el Quersoneso occidental.

En general, la costa tracia no dispuso de buenos puertos para el fondeo de las embarcaciones; sus llanuras costeras eran fértiles pero pantanosas. Los griegos introdujeron la vid en Mende, Torone, Maronea y Tasos. Los recursos mineros de oro y plata del Estrimon, muy importantes en la economía griega posterior, es posible que no fueran valorados suficientemente por los primeros colonos.

5. Rodios y samios en Iberia

a) *Viajes legendarios y prehistóricos.* La presencia de comerciantes griegos en la Península Ibérica es, sin duda, muy antigua y probablemente no se interrumpe en los siglos XII al VIII a. de C. siguiendo y heredando las relaciones que ya mantenían las gentes de los Millares y el Argar sobre la costa levantina y que persistieron con más o menos fuerza con las gentes del mundo micénico en busca de metales de nuestro suelo. Cierto que debieron ser viajes más o menos esporádicos que no deja de recordar vagamente la tradición legendaria: Hércules y su lucha con el rey tartésico Gerion para arrebatarle sus famosas vacas ibéricas, o los viajes de Ulises, Diomedes y Mnesteo. Incluso, la tesis que hace tiempo sostuvimos de una emigración de tursenos y mastienos (integrantes de los Pueblos del Mar) llegados a Iberia poco antes del año 1000 a. de C. cobra más fuerza y realidad cada día, con la comprobación de los elementos griegos minorasiáticos en el alfabeto, la agricultura y la toponimia griega de Iberia. El texto de Estrabón alusivo a la fundación de Gadir (III, 5,5) y las dificultades de los primeros colonizadores fenicios no es sino el reflejo de competidores griegos llegados con anterioridad a estas costas. La misma toponimia griega anterior al 600 contenida en la *Ora Maritima* de Avieno supone un viejo conocimiento de estas rutas por los navegantes griegos en busca del cobre, estaño, plata y oro de los que carecía Grecia y en los que abundaba la Península. PUGLIESE CARRATELLI sugiere que los viajes de los rodios —de los que más abajo nos ocuparemos— se limitaron a restaurar las viejas rutas de cretenses y micénicos. La toponimia en *nth-* y *-oussa,* que invaden el Mediterráneo y que llenan las costas íberas desde las Islas Baleares hasta la desembocadura del Tajo, constituye en opinión de los lingüístas —PALMER, SCHULTEN, HUBSCHMID, entre otros— un buen testimonio de ese conocimiento concreto de nuestra geografía, pues la difusión de estos sufijos se remonta a gentes norasiáticas con anterioridad al año 1000 a. de C.

También la llegada de una escritura, cuyo alfabeto surge de un sistema mixto silábico-alfabético, nos hace pensar en un origen egeo y no fenicio. Por tanto anterior, según pensó GÓMEZ MORENO, a la llegada fenicia que tuvo lugar a 1100 a. de C. Por otra parte, los testimonios arqueológicos de que hoy disponemos rondan fechas del año 800 a. de C.; lo que hizo pensar a M. CARDOSO que los hallazgos de la desembocadura del Duero y del Tajo anteriores al siglo VI son restos de aquellas exploraciones griegas por el Atlántico en busca de estaño, que Plinio (*NH*, VII, 56) atribuyó a Meidacritos.

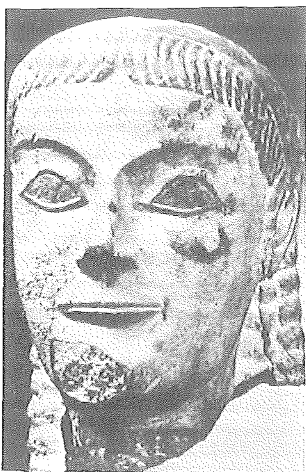
b) *Los viajes rodios.* Referidos al siglo IX a. de C. parece que tenemos datos más fehacientes y concretos. Parece que son las gentes de Rhode las que más asiduamente recorrieron nuestras costas en los siglos que precedieron a la colonización griega ya organizada y de tiempos históricos. La Provenza nos ha ofrecido recientemente restos arqueológicos griegos (oinochoe, lekytos, anforisco e hidria protocorintia) de entre 800-700 a. de C. También el sur de Iberia ha dado cerámicas rodias de los siglos VII y VI. Otro hito intermedio en la ruta rodia hacia Iberia nos la procura Nápoles (antigua Neapolis) con hallazgos de productos dorios del siglo VII. Parece también que este comercio griego más antiguo tuvo como intermediario muy activo al pueblo etrusco, cuya toponimia coincide con la de nuestras costas, como resaltó SCHULTEN. Por entonces las Islas Baleares fueron también, de algún modo, visitadas por estos navegantes a juzgar por la toponimia alusiva a estas islas: Meloussa, Cromioussa, Pityoussa.


Cabeza de esfinge. Principios s. VI.

Estrabón, Plinio, Lykofrón y el Pseudo-Escimmo afirman que gentes de Rodas llevaron a cabo la fundación de la colonia de Rhode en la costa nororiental de la península en tiempos anteriores a la reorganización de los juegos Olímpicos (776 a. de C.), es decir, en torno al siglo IX a. de C. Existe una gran dificultad a la hora de conciliar el texto de Estrabón con los restos arqueológicos, pues los hallazgos de las costas catalanas y meridionales de Francia (Cabo Couronne y Saint Blaise) con cerámicas geométricas protocorintia, euboica y oriental, así como fíbulas y vasos de bronce, no son anteriores al 650 a. de C. Además, estos hallazgos griegos pudieron llegar a través de los etruscos o desde Sicilia (rodios de Gela?), ya que los hallazgos griegos del siglo VII van mezclados con los etruscos. Por otra parte, las excavaciones de MALUQUER practicadas sobre la propia ciudad antigua de Rhode en la fortaleza de Rosas, tampoco han acreditado la antigüedad esperada y sugerida por la tradición, pues no son anteriores al siglo V. Lo que no cabe duda es que para estas fechas del siglo VII la llegada de viajeros griegos a Iberia es importante; con ellos caminan como aliados los etruscos a los que se ve en Ampurias y Ullastret. Sin embargo, hasta ahora no contamos con restos arqueológicos anteriores al siglo VII-VI, aunque MALUQUER no duda de la antigüedad que la tradición asigna a Rhode.

Dentro de las colonias fenicias meridionales también vemos múltiples elementos griegos que testimonian el comercio griego antiguo: vasos de aceite protocorintios y protoáticos en Almuñécar o Cádiz o el casco corintio de Jerez de hacia 625 a. de C. Hay un casco rodio de hacia 650 a. de C. encontrado en la necrópolis de La Joya (Huelva), quizá traído por este comercio griego. Es probable, pero no seguro, porque en esta época, sin duda, los griegos llegaban con frecuencia al sur aprovechando la decadencia fenicia bajo la presión asiria a sus metrópolis. Además, es la época del florecimiento griego continental que busca metales en Etruria e Iberia y ya probablemente hierro en Cataluña y Málaga.

c) *Los viajes desde la isla de Samos.* Entre los griegos que hicieron frecuentes viajes comerciales en busca de metales del sur de Iberia figuran las gentes de Samos, aun cuando, y, pese a lo que sostiene la tradición clásica, nunca debieron fundar auténticas colonias al estilo de la Magna Grecia o Sicilia; fueron tan sólo emporios de intercambio y siempre en competencia más o menos declarada con los fenicios. Hay un relato del historiador Herodoto (IV, 152) que habla de la llegada a Tartessos de un tal Coleo de Samos, quien hacia 650, y en un solo cargamento habría obtenido una ganancia de 60 talentos (unos 1572 kgs) de plata, sufragando luego con la décima parte de sus beneficios un gran exvoto de bronce que donó al templo


Kourós beocio. Ha. 580 a.C.

de Hera en Samos y cuyos tres pies eran colosales estatuas de siete codos de altura.

Los viajes samios a Tartessos no fueron los únicos; pues, según Pausanias, también, Miron, tirano de Sicion, ofreció una caja de «bronce tartesio» para conmemorar su triunfo en los juegos Olímpicos del año 648. Parece, en opinión de HENCKEN, SCHMOLL, NIEMEYER y otros que, producto de estos viajes griegos, serían los escudos de escotadura en V, ciertas innovaciones del alfabeto tartesio y diversas cerámicas protocorintias halladas en las colonias púnicas de Málaga.

6. Los focenses en la Galia e Iberia

a) *Los focenses en Iberia y la fundación de Emporion.* Focea, ciudad de la costa de Asia Menor, inició sus navegaciones y colonización en época relativamente tardía. Por ello, hubo de buscar sus mercados en sitios más lejanos de Grecia. Ya avanzado el siglo VII les vemos asentarse en Massalia (Marsella). Pero, seguramente ya desde tiempos anteriores frecuentaron las costas de Iberia, especialmente los centros mineros en los que aprovechan la decadencia de las metrópolis comerciales fenicias bajo la presión persa (Tiro fue ocupada en 573 a. de C.), antes de que Cartago tomase su relevo en tierras de Occidente. Así, vemos a los focenses hacer acto de presencia en Tartessos, de cuyo rey Argantonios recibieron trato favorable y el generoso ofrecimiento de dinero para reforzar las murallas de Focea acosada por los persas. Incluso, luego les ofreció tierras para que se aposentasen en su reino. Parece que esta situación de privilegio del comercio griego en Iberia, y en especial del de Focea, persistió entre 650 y 550 aproximadamente y que entonces creció la importancia de ciertos emporios de nueva fundación como Hemeroscopion, Akra Leuke, Molybdana, Abdera, Heracleia y otros que eran antiguos enclaves fenicios y cuya decadencia aprovechan en propio provecho los focenses. Así debió surgir en este momento Mainake (de cuya vía que la unía con Tartessos hacia 600 a. de C. nos habla Avieno); también en Torre del Mar vemos que por estas fechas los objetos griegos hacen fuerte competencia a los fenicios o los sustituyen.

En la costa catalana los focenses se hicieron especialmente fuertes, apoyados en sus emporios de la costa ligur, como Massalia. Así, hacia 575 a. de C. consiguen asentarse sólidamente en Ampurias, saltando del islote antes frecuentado, Palaiopolis, a la nueva ciudad fundada por los griegos en tierra firme, Neapolis. Luego debió seguir la fundación de otros emporios en la costa catalana, vagamente recordados por la tradición: Pyrene, Cipsela, Callipolis, Lebedontia. Buscaban los focenses sobre todo el hierro del Pirineo y el que les procuraba también el Moncayo, así como Sagunto y Málaga.

En el desarrollo del comercio de Tartessos hacia el año 600 a. de C. debieron formar parte importante los griegos, bien porque los fenicios habían decaído en su actividad y los tartesios querían mantenerla en su máxima potencialidad, bien porque frente a las crecientes exigencias cartaginesas los reyes y príncipes tartesios quisieron apoyarse en los griegos. La realidad es que Avieno nos habla de dos rutas: una que unía a la capital, Tartessos, con la griega Mainake y otra con la desembocadura del Tajo donde, también acudieron desde muy antiguo los griegos, especialmente focenses y corintios. En efecto, sus productos abundan en el área meridional hispana y en Baleares: toxotes de Lluchmayor y diversos vasos de las islas Baleares; sátiro del Llano de la Consolación, cascos corintios de Huelva y Guadalete, cerámicas protocorintias de Torre del Mar. Para Cataluña, GLORIA TRIAS enumera una importante serie de cerámicas procedentes de ese comercio focense que llega a la península con abundantes cerámicas masaliotas pertenecientes a esta época del siglo VI y que se atestiguan en Ampurias y Ullastret. Los griegos llevan minerales, el ya mencionado hierro en particular, pieles, tintes. Gran importancia tuvieron en Grecia el tan alabado garum y las salazones. A cambio traían tejidos, vino, aceite, armas, cerámicas y baratijas. La concurrencia de productos etruscos, como vino, bronces y cerámicas, es evidente en Cataluña y mediodía hispano durante el siglo VI. Pues los productos de ambas procedencias aparecen asociados en los hallazgos arqueológicos hispanos.

b) *Massalia y el incremento del comercio griego en Levante y Cataluña.* En torno al 600 a. de C. se fecha, según Timeo, la fundación focense de Massalia. Esta ciudad recibió importantes refuerzos de gentes y de dinero cuando sucumbió Focea bajo los persas en 543 a. de C. En ello concuerdan algunos historiadores que se apoyan en los escasos testimonios de restos cerámicos anteriores al segundo cuarto del siglo VI hallados en Fort Saint Jean, entre ellos F. VILLARD. En efecto, se constata que desde el año 580 los massaliotas habían importado cerámica focense. Además el numerario arcaico de Massalia, en cuanto a su peso y otros caracteres externos, está estrechamente relacionado con el de Focea, aunque la diferencia del metal es evidente. También el culto de Atenea, principal culto atestiguado en Focea, se desarrollaba en Massalia. Los hallazgos arqueológicos delatan que Massalia, durante el siglo VI a. de C., importó piezas áticas, corintias, espartanas, etruscas y calcidias. La importancia de Massalia se incrementó al convertirse en centro del comercio que unió a las ciudades griegas hispanas de Levante y Cataluña con Magna Grecia, Sicilia y la Grecia propia, sobre todo en el comercio del hierro.

Otras factorías griegas fueron fundadas en la costa ligur. Se ha confeccionado una lista de estos establecimientos, pero es difícil saber con seguridad cuáles fueron fundaciones focenses anteriores a la caída de Focea (543) y cuáles pertenecen a una época más tardía. En Antípolis (Antibes) y en Agathe (Agdé) existen restos anteriores a esta fecha; en cambio, en Olbia los restos no son anteriores al siglo IV. En conclusión, se puede decir que no hay un acuerdo respecto a la cronología de la subcolonización mencionada; pero, según F. VILLARD, no es anterior al siglo V-IV a. de C.

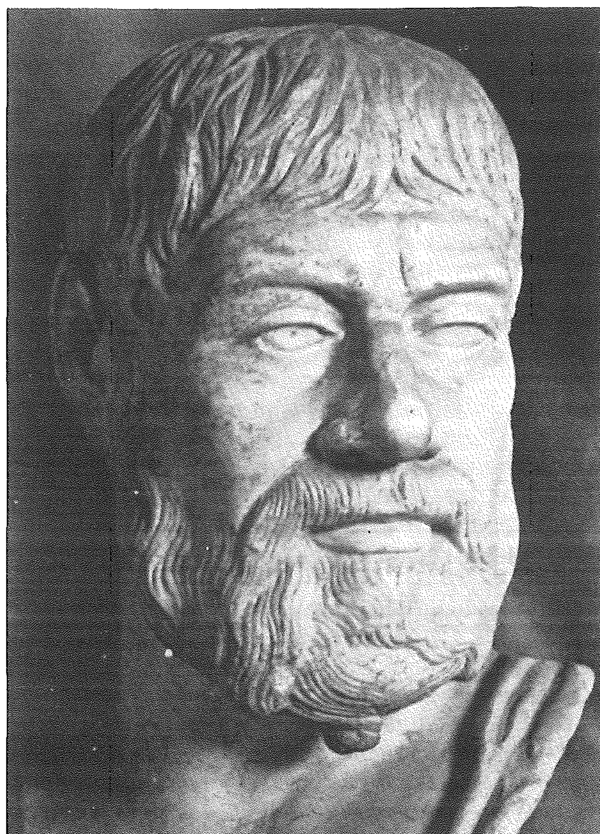
Otra fundación focense de gran importancia en occidente fue Alalia o Aleria en la costa oriental de Córcega. Los focenses llevaron a cabo esta empresa aconsejados por un oráculo, veinte años antes de la célebre batalla del 535 a. de C. Otros focenses que llegaron después residieron con los primeros colonos cinco años, dedicándose a actividades piráticas, las cuales fueron precisamente las que, según Herodoto, motivaron la respuesta de etruscos y cartagineses materializada en la batalla de Alalia del 540/535 a. de C. Los hallazgos arqueológicos han confirmado la fecha del 565 para la fundación, dada por Herodoto. Alalia, ciudad griega genuina, no fue abandonada completamente por los focenses a raíz de la mencionada batalla entre focenses y cartagineses, en la que al parecer no hubo vencedor ni vencido, pero en la que ambos perdieron parte importante de su flota en perjuicio de Focea, que no pudo reponer sus efectivos. El resultado fue que Alalia dejó de ser bastión sólido de los focenses, por lo que muchos se establecieron en Elea, sur de Italia. La arqueología ha demostrado que este emplazamiento de Elea ya estaba ocupado con anterioridad por los focenses, pues las excavaciones de la acrópolis de Velia han dado cerámica focense de los años 580/570 a. de C. Otros focenses después de Alalia debieron refugiarse en Massalia y Emporion que desde entonces se desarrollaron extraordinariamente, a impulso también de los grandes tesoros que se trajeron de la metrópoli.

La situación crítica de los griegos en Occidente después de Alalia siguió durante algunos años, con enfrentamientos entre griegos y cartagineses por el dominio de los mares y del comercio del Occidente mediterráneo. Parece que hacia 509 hubo nueva lucha armada grecocartaginesa en Artemision, sobre aguas próximas a Alicante; y más tarde se producirían luchas en Cumas y en la famosa batalla de Himera (Sicilia), en el 480 a. de C. Y, aunque los griegos pudieron resistir el acoso generalizado cartaginés, la realidad es que el comercio en las costas meridionales de Iberia se les hizo cada vez más difícil. El pretendido pacto romano-cartaginés del 509, señalado por Polibio como antecedente del tratado de 348 y que vedaba a los griegos navegar por ciertos ámbitos púnicos, define la nueva situación. Aunque no debemos ignorar dos hechos: uno, que los productos griegos siguieron acudiendo a las tierras del mediodía hispano, aunque seguramente llevados por comerciantes cartagineses y que, por igual, los productos cartagineses del mundo sirio, palestino y egipcio siguieron llegando a las costas de Levante y Cataluña; el otro hecho importante es que Massalia reforzara su actividad colonial sobre Emporion y Rhode, en la costa catalana.

Emporion tendrá un desarrollo floreciente en una ciudad pequeña, de

unos 2000 habitantes, pero enteramente dedicada al comercio con sus vecinos de la ciudad de Indika. Ambas ciudades, la griega y la ibérica estaban separadas tan sólo por una muralla, según el texto de Tito Livio (XXXIV, 9). Desde el año 450 a. de C. Emporion tendrá moneda propia fraccionaria, quizá sólo para el comercio interior; en 300 aparece el dracma con las figuras de Perséfone y el Pegaso. Santuarios conocidos fueron los de Artemisa y Esculapio. De este dios se conserva una excelente escultura.

De Rhode, cuya ubicación en la ciudadela de la actual Rosas ha sido recientemente descubierta, sabemos que lo mismo que Ampurias cayó en la órbita comercial de Massalia durante los siglos VI al IV y disfrutó entonces la época de mayor prosperidad. Empezó a tener monedas imitadas de las de Siracusa, de bellísima ejecución. Más tarde entre 320 y 237, acuña dracmas de plata con la leyenda *Rodeton* y la cabeza de Arethusa y los cuatro pétalos de la rosa; fueron monedas muy imitadas y difundidas en el sur de Francia. Pero finalmente inició su decadencia, seguramente por la competencia de Ampurias y quizá porque se inclinó en exceso hacia el comercio con Carthago.



Pausanias, rey de Esparta, que favoreció la vuelta de los demócratas a Atenas.

Parece que por los historiadores modernos se ha sobrevalorado la competencia y disputas entre griegos y cartagineses, que sin duda existieron, pero sólo en ciertos momentos de crisis, mientras que regularmente tanto griegos como cartagineses comerciaban con productos de ambas esferas. Esto explica los hallazgos arqueológicos que muestran por doquier, desde el Estrecho a los bordes pirenaicos, productos griegos unidos a los típicos cartagineses. Además, es claro que los cartagineses visitaron las ciudades de la Grecia propia, de Sicilia, o de Magna Grecia y regiones levantina y catalana. A su vez, las fuentes griegas nos hablan de viajes de exploración hechos por griegos sobre área propia del comercio púnico. Así, según Plinio, un tal Meidacritos buscó las Cassiterides por el Atlántico norte, y Pausanias habla de los viajes de Eufemos al Africa atlántica. Y un marsellés, Euthymes, buscó también las costas de Senegal, como es célebre el viaje de Piteas, quien desde Gadir navegó en busca del ámbar, por el legendario país de Thule, en las tierras del mar del Norte. Este recorró las costas cantábricas, pues fue el primero en afirmar que Iberia era una península.

Las influencias que los colonizadores griegos ejercieron sobre los habitantes de Iberia fueron importantes y se precisan especialmente en torno al alfebo mastieno y tartesio, sobre el que la inventiva griega introdujo apropiadas innovaciones, según SCHMOLL y PERICAY; la difusión de la moneda y el cambio en los modos de producción con acumulación de capitales llevó a íberos y celtas a dar nuevos impulsos a la economía. Por otra parte, fruto del contacto de los griegos con los íberos y también de la presencia de mercenarios hispanos en los ejércitos púnicos de Sicilia o en la Grecia clásica (411 en Atica, 367 en Leuctra al servicio de Esparta), fueron la imitación de armas como la falcata, y de vestidos griegos como el sagum de los hombres y el manto femenino. Sobre todo, el arte griego nos dio excelentes modelos para

artistas íberos de cerámica o escultura: damas de Baza, Elche, Cerro de los Santos; bichas y animales míticos, monumento de Pozo Moro, etc. Finalmente, el urbanismo griego no deja de producir impacto en la estructura regular de las ciudades ibéricas y sobre todo en la planificación y materiales de sus defensas. Pero la más interesante aportación griega a la vida urbana de los íberos fue, sin duda, toda aquella serie de principios y normas que afectan a la aparición de las ciudades como centros civilizados, organizados y regidos por órganos de gobierno regulares y estables; las antiquísimas leyes en verso, que dice Estrabón poseía el reino de Tartessos, son sin duda réplica de las de aquellos primeros legisladores de Grecia y Sicilia, que en buena hora supieron copiar los civilizados tartessios a través de algunos comerciantes griegos.

7. Los colonizadores del mar Adriático

Es posible que los micénicos, en torno al siglo XIII a. de C., ya visitaran el mar Adriático, pues algunos cultos de los héroes como Antenor o Diomedes y los santuarios de Gerión, a quien los griegos vinculan con la leyenda de Hércules, pudieran avalarlo. Los primeros griegos que visitaron el mar Adriático fueron los rodios y los focenses a los que posteriormente se añadieron gentes de Corcira y de Lócrida. Según parece, los eubeos en el siglo VIII ya habían establecido centros o emporios en la zona de Iliria en donde los indígenas, en un principio, ofrecieron una gran resistencia a la expansión colonizadora tierra adentro. A su vez, Herodoto hace referencias a los focenses, pues según él descubrieron el mar Adriático, el Tirreno, Iberia y Tartessos.

Los corintios fundaron en 734 a. de C. su primera colonia en el Adriático en la isla de Corcira, hito en la ruta hacia el oeste. Los restos arqueológicos de Corcira son corintios y se datan en los primeros años de la fundación de la ciudad. Su historia nos indica que desde un principio ya era independiente de Corinto y que incluso desde muy temprano se tornó hostil a su metrópoli, aunque las tendencias artísticas acusan su profunda huella. A su vez, Corcira fue la primera en explorar las regiones litorales del mar Adriático. En el 627 fundó Epidamno y poco después, en el 600, Corinto, la colonia de Apollonia, donde hay restos cerámicos corintios y rodios. A principios del siglo VI de Cnido, ayudados por los corcirenses, se asentaron en Corcira Melania.



Moneda ateniense, del 594-562 a. de C. En el anverso se reproduce un ánfora inscrita en un círculo. En general las primeras monedas de plata iban acuñadas con la imagen de un ánfora.

En el Adriático italiano, en Apulia, existen restos cerámicos correspondientes a los griegos de Tarento. En la segunda mitad del siglo VI Felsina, Adria y otros centros importaron gran cantidad de cerámica ática. No se debe descartar la mediación de las gentes de Egina, pues, según Estrabón, la Umbría conoció la presencia de colonos de esta ciudad. La cronología aportada por las excavaciones de Adria no es anterior a los años 570/560.

8. El Mediterráneo oriental bajo el impacto colonial griego

a) *Propóntide y Póntide.* En la Propóntide, espacio comprendido entre los estrechos de los Dardanelos y Bósforo, la labor colonizadora fundamental estuvo a cargo de Mégara y Mileto. Los megarenses fundaron Astaco (finales del siglo VII), Calcedonia, Selimbria y Bizancio, cuya cerámica corintia corresponde a finales del siglo VII. Los milesios, asociados a griegos de Poros y Eretria, a finales del siglo VIII fundaron Parion, hacia el 676 Cízico y algo después Abydos. Cízico, en donde constan cerámicas de finales del siglo VII, tenía acceso a las minas de oro del continente, metal que empleó para hacer sus emisiones de moneda desde finales del siglo VI. El emblema de sus acuñaciones es un atún que muy posiblemente pone de relieve su fuente de riqueza. Estas acuñaciones acusan en el siglo V una relación con Atenas. Focenses y samios también se establecieron en la Propóntide, y sus ciudades más importantes fueron Lampsaco, de mediados del siglo VII, y Perinto, de finales del siglo VII. Hacia el año 600 parece que Mitilene fundó Sigeo, que bajo el gobierno de Pisístrato fue ocupada por un grupo de atenienses. En el año 560, Milcíades el Viejo, fundó en el Quersoneso tracio una colonia en la que gobernó como soberano y que luego heredó su hijo del mismo nombre, el vencedor en Maratón.

El material arqueológico descubierto en la Propóntide no es anterior al siglo VII, lo que ha llevado a afirmar a BOARDMAN que la colonización griega allí no dio comienzo antes de este siglo. Los restos arqueológicos confirman que una gran parte de la cerámica de tipo rodio proviene de la Grecia asiática, y según algunos debió de servir de moneda de intercambio a los milesios, al igual que las ánforas vinarias de Quíos y vasos corintios y áticos, estos últimos abundantes a partir de finales del siglo VI.

En cambio, el Ponto Euxino ya fue visitado desde el II milenio por gentes aqueas, pues se han encontrado objetos micénicos en los cursos inferiores de los ríos Dniester y Dnieper, y en Crimea. A su vez la mitología también alude a estas navegaciones: Argonautas, Aquiles, Ulises, Ifigenia.

No sabemos si hubo continuidad de aquellos viajes de tiempos homéricos. Es probable que no, pues, mientras las fuentes literarias afirman que los griegos se habían establecido en el mar Negro desde mediados del siglo VIII a. de C., los testimonios arqueológicos obligan a rebajar la fecha hasta el 650 a. de C. La cerámica ática de la última década del siglo VII se comercializó a través de la Grecia oriental. El gran número de vasos corintios de mediados del siglo VI y principios del siglo V acusan unas relaciones directas entre Corinto y las colonias septentrionales del mar Negro desde esta época. A cambio de estas importaciones cerámicas, los colonos recibían trigo. Los cereales de la cuenca del mar Negro no fueron exportados a Grecia hasta finales del siglo VI y probablemente durante las Guerras Médicas; por esta época las faenas agrícolas nutrían su mano de obra con esclavos locales.

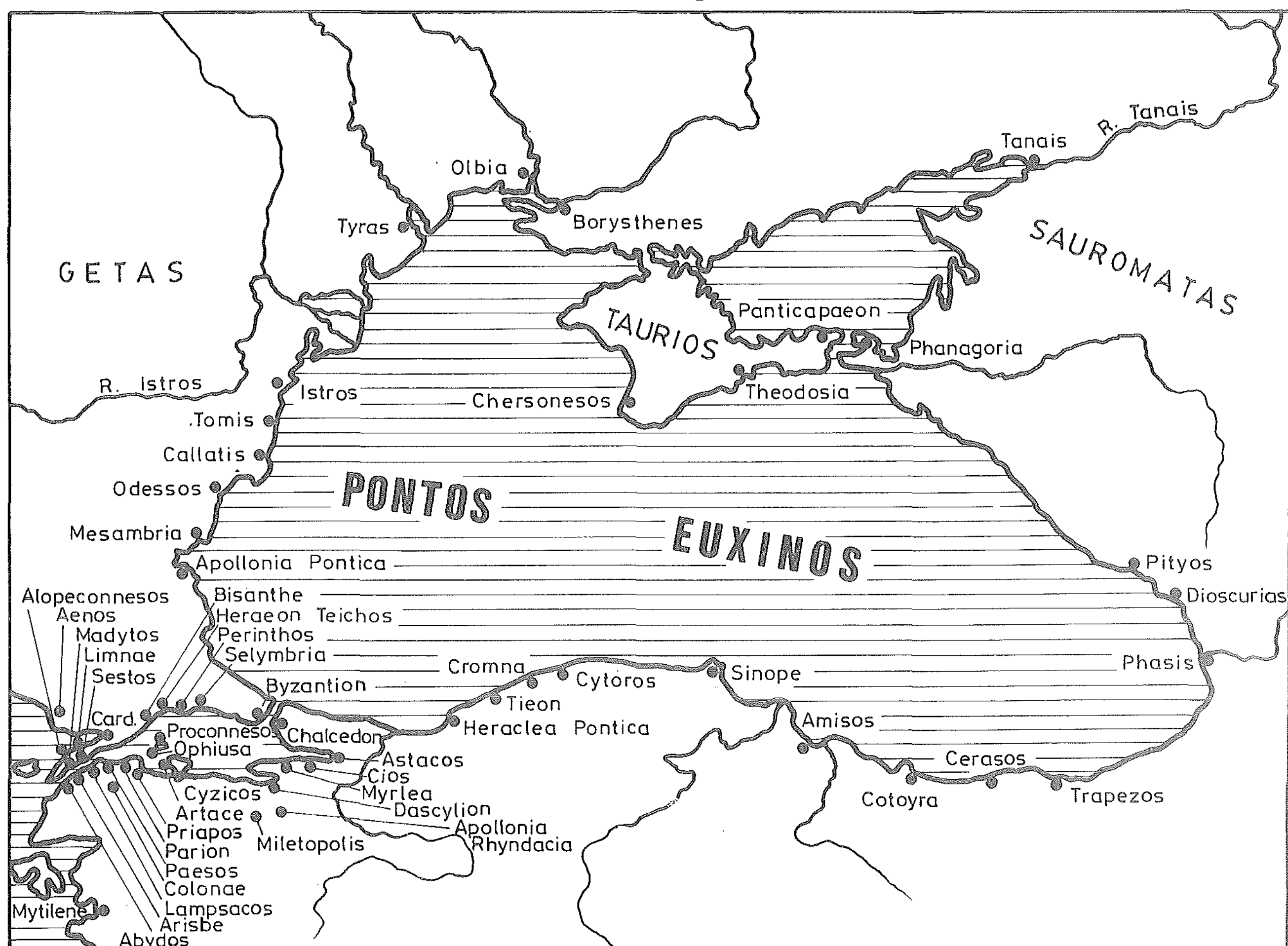
Los megarenses no se alejaron demasiado del Bósforo. De sus colonias destacan: Heraclea del Ponto (560), Mesembria, fundada por megarenses de Bizancio, y Calcedonia.

Los milesios fueron los que consolidaron el mayor número de colonias en la costa norte: Teodosia, Panticapea, Tanais, Gorgipia, Hermonasa y Olbia. En esta última la cerámica más antigua corresponde a finales del siglo VII y en el siglo VI hay un predominio de vasos orientales, áticos y corintios y algunos beocios. La planificación urbana geométrica es muy similar a la de Esmirna. En la costa minorasiática del Ponto Euxino, Sinope, Trapezunte y Amisos son las fundaciones milesias más importantes; en Sinope, la cerámica procedente de sus tumbas es en su mayor parte de Grecia oriental y de Frigia. Colonias en la costa oriental son Pityus, Dioscurias y Fasis. En la costa occidental: Istros, Odessus, Apollonia, Tomi y Tiras. En Istros, en su primera fase, los restos cerámicos proceden también de Grecia oriental, de la segunda mitad del siglo VII, al igual que en Odessus, aunque aquí son más tardíos, de hacia 600 a. de C. y en Tomi abunda la cerámica de Quíos, de mediados del siglo V a. de C. También gentes de Theos fundaron en la costa oriental norte Fanagaria (540).

En el Ponto encontraron los griegos una agricultura próspera y con ello la posibilidad de llevar grandes cantidades de trigo a Grecia; tuvieron también excelentes ganados y un magnífico mercado de pieles, mientras desarrollaron

buenas industrias de salazón, que completaban los productos que, a través del comercio fenicio de salazones, obtenía al sur de Iberia. Además, el Escitia llegaron esclavos, mientras Olbia, Odessos y Quersoneso lanzaban al interior de la estepa los más refinados productos griegos,

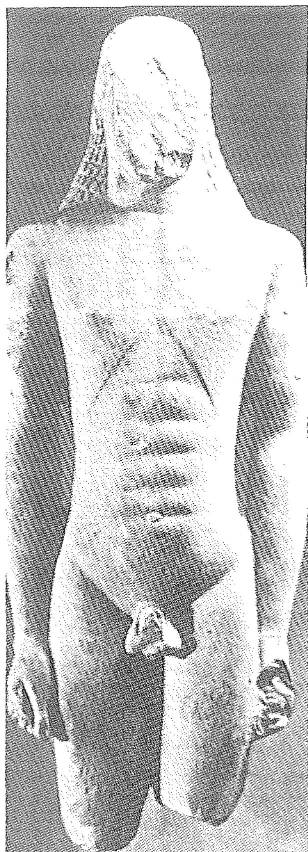
b) *Siria y Cilicia.* El principal asentamiento griego en Siria es Al-Mina, situado en la desembocadura del río Orontes, y posiblemente sea la más antigua factoría griega del Mediterráneo oriental. Según la tradición, poco después de la guerra de Troya, Anfíloco fundó la ciudad de Poseidón sobre este emplazamiento. Los restos arqueológicos confirman que los primeros griegos de Al-Mina fueron eubeos y cicládicos, sobre los que Eretria ejercía una fuerte influencia, y que buscaban hierro y cobre. Esto nos haría más comprensible entender que las primeras batallas de hoplitas acontecieran en Eubea. Una de sus ciudades, Calcis, figura entre los primeros centros de



La colonización griega en la Propontide y Pontide.

fabricación de armamentos. Como la demanda de estos pertrechos de guerra se incrementaba, tenía necesidad de buscar centros abastecedores de minerales, uno de los cuales era Siria. En esta época Al-Mina dependía del reino de Urartu. Parece ser que los eubeos fueron bien acogidos; al menos así nos lo confirman los restos cerámicos griegos que aparecen junto a los objetos indígenas. Con Tiglatpileser III se inicia el dominio asirio en la costa de Siria, pues en el 743 derrotaron a los urartios y les arrebataron el control de esta zona. Muy probablemente el cambio de dueño no debió afectar mucho al comercio griego. Durante el siglo VII (niveles VI y V de Al-Mina) se acusa un incremento de las importaciones cerámicas griegas. En este siglo los eubeos habían dejado su lugar a otros griegos. Quizás la guerra lelantina que enfrentó a Calcis y Eretria en torno al 700, privara a esta última de canalizar las importaciones a Al-Mina y otros lugares. Los arqueólogos han comprobado que la mayor parte de la cerámica griega de este siglo procede de otros centros, predominando en este momento la cerámica corintia y la griega oriental. Es posible que los de Egina, que no usaban en su ciudad vasos

Tiglatpileser III, rey desde el 745 hasta el 727 a. de C. Se le puede considerar como el fundador del imperio asirio, por sus reformas en la administración y en el ejército, así como por su política anexionista en Babilonia y Palestina.



Torso masculino hallado en Ptoion (Beocia). 560-550 a.C.

corintios, transportasen esta cerámica; por otra parte se ha podido comprobar que los hallazgos de esta isla acusan un gran interés por los asuntos orientales durante el siglo VII a. de C. A partir de este momento los griegos orientales jugaron en Al-Mina el papel principal, pues ya a finales del siglo VIII a. de C. los samios y milesios se habían manifestado rivales de los eubeos y en el siglo VII pasaron a ocupar un primer plano. Se les atribuye la importación de cerámica rodia, de Quíos, de Samos y de Lesbos. Lo que ocurre es que es muy difícil saber lo que era genuino de Mileto, porque se conoce muy mal su cerámica. Poco después de que se eclipsara el poder de los asirios, cesaron en Siria las importaciones griegas, que de nuevo cobran vida bajo el dominio de los persas. A finales del siglo VI a. de C. la arqueología ha comprobado la reconstrucción del puerto de Al-Mina y ha puesto de relieve que las características de este asentamiento son las típicas de cualquiera de los emporios mediterráneos griegos; en el siglo VI se aprecia un predominio de la cerámica ateniense de figuras negras.

En Tarso (Cilicia) existía un establecimiento griego, según acusa la cerámica allí encontrada. Las fuentes escritas afirman que los rodios de Lindos colonizaron Tarsos hacia el 700 a. de C. Entre los años 705 y 696 a. de C. el gobernador asirio de Cilicia apoyado por los griegos de Tarso se había rebelado contra Senaquerib, el cual pudo sofocar la rebelión y destruir Tarso (696). Con posterioridad a esta fecha Tarso volvió a cobrar de nuevo su pulso ciudadano y comercial de manera análoga a Al-Mina. Las cerámicas recogidas en este asentamiento son casi en su totalidad griegas orientales y corintias.

Las fundaciones llevadas a cabo por Rodas en Faselis y Solvi pueden fecharse a comienzos del siglo VII a. de C. En Fenicia el establecimiento de Tell Sukas aporta una gran cantidad de cerámica griega oriental y en menor cuantía ática. Su prosperidad se inicia hacia el 600 a. de C.

c) *Egipto.* Las relaciones greco-egipcias en la edad del Bronce se acusan con la presencia de cerámica micénica tardía de tipo peloponésico. A su vez, aparecen de manera esporádica en diferentes localidades griegas objetos egipcios, posiblemente canalizados a través de las costas cananeas, fenicias o minorasiáticas. Por el contrario, Samos y Creta no utilizaron intermediarios orientales, pues esta última era un hito esencial en la ruta de Egipto a Grecia ya desde tiempos minoicos. Las primeras noticias referentes a las relaciones entre egipcios y griegos son de la época de Psamético I; cuando un navío conducido por el samio Coleo que se dirigía a Egipto por el año 638 a. de C., fue apartado de su ruta por una tempestad y arrastrado hasta Iberia, a través de Cilicia. A su vez, Estrabón menciona una incursión de gentes de Mileto en el Delta en época anterior a la fundación de Naucratis, en la zona en la que posteriormente se asentó Alejandría.

Disponemos de algunos datos que hacen referencia a la presencia de mercenarios griegos en Egipto. Así, según Herodoto, un oráculo aconsejó al faraón Psamético I que, si quería recuperar el trono, debía conseguir el apoyo de los «hombres broncíneos» (jonios y carios). Psamético pudo vencer a sus adversarios y en agradecimiento recompensó a los griegos con tierras en la Estratopeda, a ambos lados del Nilo, donde se asienta Pelusium. Según Diodoro, este faraón estimuló las actividades comerciales de los griegos con Egipto. Para la época de Necao no disponemos de testimonios que hagan referencia a mercenarios griegos, pero sabemos que ofrendó a Apolo de Branquidas, en las cercanías de Mileto, su armadura utilizada en la campaña del 608 en Siria.

Durante el reinado de Psamético II, según Herodoto, un grupo de eleos visitó tierras egipcias. De acuerdo con las inscripciones grabadas en las piernas de los colosos de Abu Simbel, realizadas por soldados griegos y carios que formaban parte de la expedición del faraón, algunos griegos desempeñaron importantes cargos en el ejército.

Apries dispuso de un numeroso ejército de mercenarios jonios y carios para luchar contra Amasis (570), y, aunque la victoria fue de este último, no por eso dejó de favorecer a los griegos a los que utilizó para rechazar un ataque de Nabucodonosor. Según las fuentes, trasladó el campamento de los mercenarios, ubicados en Estratopeda, a Menfis. Herodoto dice que Amasis ordenó entregar a los griegos la ciudad de Naucratis con el fin de que pudieran venir a comerciar con Egipto y que los mercaderes que frecuentaban

constantemente la plaza dispusieran de emplazamientos para erigir altares y santuarios a sus dioses, entre los que destacó el Hellenion, que no es anterior a mediados del siglo VI. Los restos cerámicos de Naucratis nos proporcionan la fecha de su asentamiento. Los más antiguos son vasos corintios de hacia el 630/620 a. de C. Ahora bien, Herodoto dice que los jonios estaban representados por gentes de Quíos, Teos, Focea y Clazomene; los rodios por Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselis y los eolios por gentes de Mitilene. Todas estas ciudades compartían el Hellenion. En efecto, se ha detectado la presencia de cerámicas griegas orientales de finales del siglo VII (rodia, quiota) y del siglo VI (samia y clazomenia). Pero en la lista de Herodoto hay una ciudad griega, Egina, cuya presencia se pone en tela de juicio, al faltar su cerámica característica; pero es que los eginetas utilizaron durante el siglo VII y principios del VI cerámica corintia y vasos áticos. En la zona meridional de la ciudad, F. PETRIE descubrió un depósito de escarabeos de fayenza, gran parte de los cuales se fechan a finales del siglo VII a. de C., aunque su circulación fue normal durante buena parte del siglo VI. Algunos de ellos son genuinamente egipcios; en cambio otros se identifican totalmente con lo griego. Naucratis no puede considerarse como las colonias griegas del sur de Italia o de Sicilia, pues estuvo habitada por sus propios ciudadanos griegos; comerciantes intermediarios entre los faraones de turno y las ciudades griegas que realizaban sus actividades comerciales en esta zona; muy posiblemente fueron los mismos que se constatan en Al-Mina y que lucharon para que no les fueran arrebatados estos monopolios. Los comerciantes residentes en la colonia elegirán a los *prostatai*, que actuarían como magistrados de la ciudad y como cónsules defensores de los mercaderes. Naucratis no sólo fue un centro de atracción de comerciantes, sino también de poetas, artistas e historiadores.

Otros emplazamientos griegos en Egipto son Dafne y Menfis. Dafne estaba situada en la ruta hacia Siria y Palestina. Una parte de sus edificios de planta cuadrangular se han fechado en el reinado de Psamético I. Este centro tuvo una gran importancia como fortaleza y puesto fronterizo. Herodoto dice que durante el reinado de Psamético había soldados estacionados en Dafne para controlar y frenar las posibles incursiones de árabes y asirios. A su vez, Apries concedió asilo político en Dafne a un grupo de judíos expulsados de su patria por los babilonios entre los cuales se encontraba el profeta Jeremías. La cerámica greco-oriental (rodia, clazomenia) corresponde a finales del siglo VII a. de C. aunque también abunda la ática de figuras negras; en cambio, se acusa una falta de cerámica de Quíos y espartana, cuya presencia se conoce en Naucratis. Los hallazgos griegos se ven interrumpidos a raíz de la invasión persa de Cambises del año 525 a. de C.

En Menfis los hallazgos cerámicos griegos acusan la presencia de corintios y griegos orientales y son tan antiguos como los de Naucratis.

d) *Cirenaica y Libia.* Según Hecateo de Mileto y el Periplo de Scylax, antes del asentamiento dórico de Barca, al este de Cartago, existía una factoría jónica. Sus colonos procedían de la isla de Tera que conoció su momento de prosperidad a finales del siglo VIII y durante todo el siglo VII, pero le resultó imposible mantener a una población elevada. Hacia el 630 a. de C. un grupo de terenses, guiados por un cretense, desembarcaron en la isla de Platea en la parte noroeste de la Cirenaica, posiblemente utilizada por los griegos para desarrollar sus actividades mercantiles con los nativos libios; al menos así lo justifica el que Colaios de Samos la tuviera en su ruta de viaje. Herodoto cuenta que los colonos de Tera dos años más tarde se asentaron en el continente, en Aziris, que tuvo una corta duración. Los libios invitaron a los griegos a que se asentaran en Cirene. Un epígrafe encontrado en este lugar hace referencia, por una parte, a un momento más reciente del establecimiento y, por otra, a un decreto del siglo VII a. de C. que alude al envío de gente de Tera para fundar una colonia en el norte de Africa. El nombre del *oikistes de* Cirene, parece de origen líbico-semita, lo que confirmaría las buenas relaciones entre los colonos griegos de Cirene y los nativos libios. La prosperidad de Cirene durante el siglo VI le permitirá la llegada de nuevos colonos del Peloponeso y de las islas dóricas. Como los libios no vieron con buenos ojos el que los de Cirene prosperasen con rapidez, solicitaron ayuda del faraón Apries, quien envió un ejército en socorro de los libios, que fue derrotado. En el 525 a. de C. los persas se apoderaron de Egipto y las gentes de Cirene y

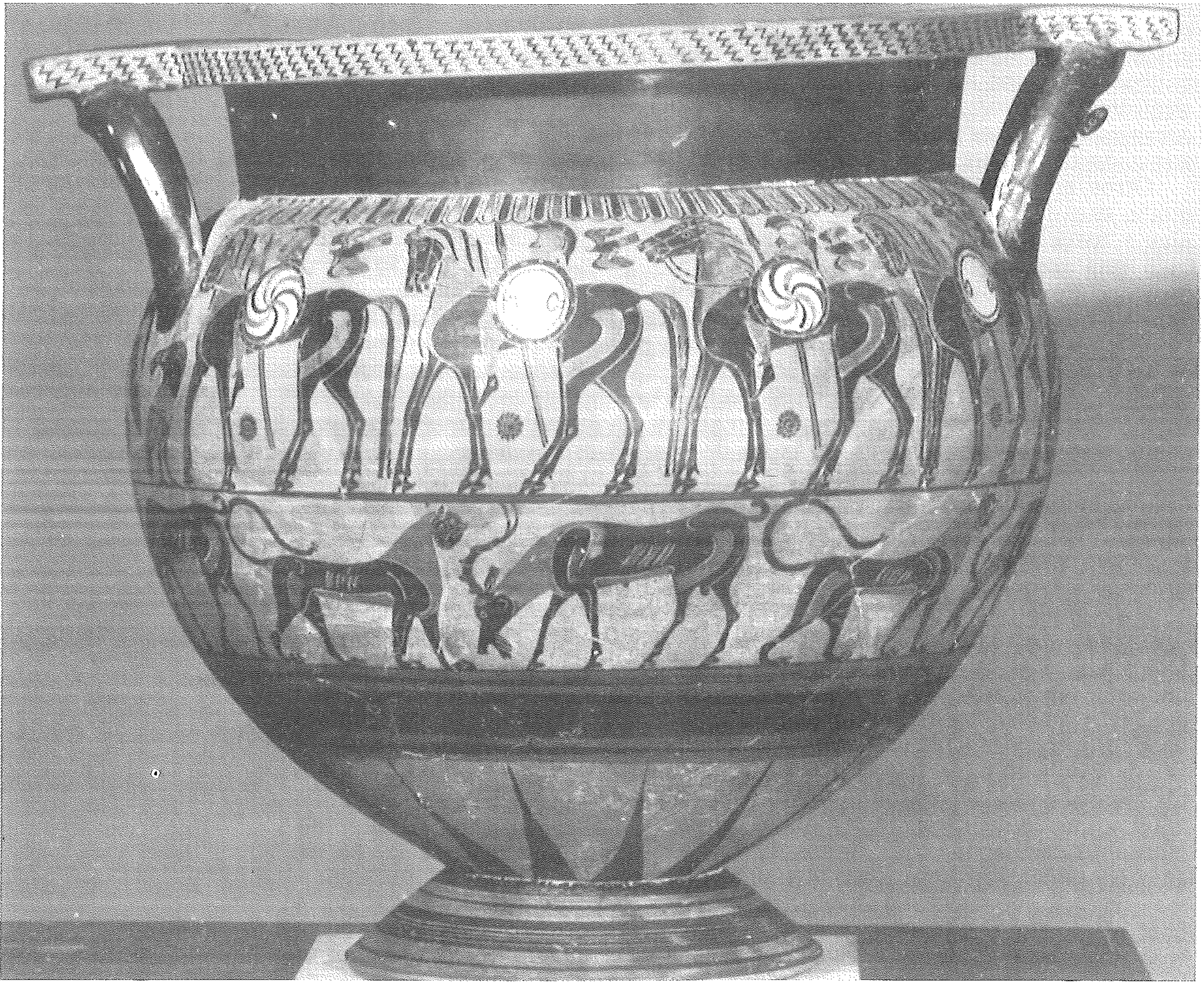
Hecateo de Mileto (siglo VI a. de C.), historiador y geógrafo griego, autor de las Genealogías, *de las cuales sólo se conservan fragmentos.*

Barca tuvieron que someterse al nuevo soberano. Las tumbas más antiguas de Cirene, que son de tipología oriental, se han fechado en el último cuarto del siglo VI y los hallazgos cerámicos más antiguos, corintios y rodios, corresponden a finales del siglo VII; pero los más representativos son los del Peloponeso. Cirene acuñó su propia moneda siguiendo los tipos de Corinto, Atenas y Samos.

Según los testimonios escritos, a mediados del siglo VI, colonos de Cirene fundaron Barca, pero los restos arqueológicos más antiguos corresponden a mediados del siglo V a. de C. Los de Evespérides son de principios del siglo VI. En Taucheira se ha encontrado un rico depósito votivo del santuario de Deméter y Core de finales del siglo VII y principios del siglo VI cuyos restos cerámicos son rodios, corintios, áticos y quiotas.

9. Las relaciones con el mundo bárbaro y las consecuencias de las colonizaciones

Las relaciones entre los colonizadores griegos y los restantes pueblos estuvieron cuajadas de consecuencias para unos y otros, pues ambos sufrieron profundos cambios económicos y culturales como resultado de estos contac-



Crátera griega, estilo corintio reciente (570-560 a. de C.), jinetes armados, conduciendo caballos que pretenden dar un sentido de profundidad, pertenece a la cerámica de figuras negras.

tos. Aunque el helenismo, por su superioridad, supuso un contagio más enriquecedor, a su vez, los propios griegos pudieron reflexionar frente a aquéllos que empezaron a denominar «bárbaros»; en aquel ambiente de libertad desaparecieron no pocos prejuicios tradicionales del mundo heleno. Es así que en el mundo colonial surgió aquella nueva poesía, una nueva filosofía que implicaba nueva concepción del mundo y dio origen a la misma Historia o a unas nuevas leyes.

Por supuesto, fueron muy diversas estas relaciones; hubo receptividad dispar en aquellas gentes entre las que se asentaron, por el tipo de comercio o de actividad agrícola que emprendieron, por la mayor o menor entidad de las ciudades y su frecuencia en la costa y que determinaron grados diversos de influencia y helenización. En los capítulos siguientes tendremos ocasión de analizar detalladamente los efectos en Grecia de la colonización en el campo de la economía, de las instituciones sociales y la cultura. Así, por ejemplo, no podemos ignorar que las primeras leyes aparecieron en el mundo griego de Occidente. También debemos resaltar con carácter general que el comercio y la moneda llevaron por doquier nuevas concepciones económicas y modos de producción al sustituir el trueque por la acumulación de capital, pero con los griegos caminó también su arte, su religión, sus leyes, sus modos de vida, vestidos y armas, organización política ciudadana y el urbanismo, el uso del hierro, que penetró especialmente en el mundo celta desde el siglo VII a. de C. Y también la difusión de no pocas plantas y cultivos mediterráneos (vid, olivo), el uso del alfabeto y de la escritura particularmente patente en Italia y entre los latinos y etruscos, así como la modificación del alfabeto y escritura tartésica e íbera, las cerámicas y su decoración. Trataremos de sintetizar estas relaciones y sus consecuencias en cada una de las principales áreas geográficas en que se asentaron las colonias: Etruria, Lacio, Galia, Iberia, Egipto, Escitia.

a) *Etruria.* La arqueología ha comprobado la presencia de cerámica y diversos elementos de cultura material griegos y orientales en la geografía etrusca. Sin duda los calcidios de Cime y Pitecusa, descendientes de los eubeos que habían abierto el mundo oriental al mundo griego, influyeron en gran manera sobre los etruscos. Estos estuvieron siempre dispuestos a recibir aquellas novedades que Grecia les pudiera aportar. Aún más, serían intermediarios de los griegos en Iberia y, más allá de los Alpes, llevaron a los celtas el conocimiento del hierro. La fase orientalizante etrusca está vinculada a estas relaciones comerciales. Es posible que, antes de que los calcidios se asentasen en Cime, la aportación de los comerciantes orientales fuese muy parca, a juzgar por los escasos restos cerámicos.

Con posterioridad a la fundación de las colonias de Calcis en Cime y otros lugares de Campania en los siglos VIII y VII se ha comprobado que tanto la cerámica euboica como la corintia alcanzaron las zonas etruscas. Esta última seguirá vigente a lo largo del siglo VII a. de C.

A su vez algunos ceramistas griegos asimilaron el gusto etrusco; así Nicóstenes, en la segunda mitad del siglo VI, fabricaba buccheros indígenas decorados con figuras áticas.

Según Plinio, a mediados del siglo VII, momento en el que Corinto atraviesa una grave crisis política, Demarato, noble corintio, emigró de su patria para establecerse en Tarquinia (Etruria) donde montó un próspero negocio. Trajo consigo a un pintor y tres modeladores de arcilla que introdujeron la técnica de la estatuaria en arcilla. La influencia griega se acusa en la cerámica, especialmente, pues la cerámica griega llena las tumbas etruscas. Ya desde el siglo VIII muchas de ellas son obra de gentes eubeas establecidas en Etruria. Desde mediados del siglo VI jonios minorasiáticos emigraron de su patria y algunos quizá se asentasen en Etruria. Este momento constituye el periodo más activo del comercio griego oriental canalizado a través de Síbaris. Los indígenas copiaron los diferentes estilos eubeos, orientalizante primitivo y corintio, muy populares a raíz de las fundaciones de las primeras colonias griegas.

Otra huella que acusa la influencia de los griegos la constituyen las pinturas de tumbas. La verdad es que este tipo falta en Grecia, pero las pinturas de Licia y Frigia realizadas por griegos orientales así como en Posidonia son bien indicativas a este respecto. Se puede decir que los etruscos siguieron desde época temprana las pautas griegas aunque distorsionaron las proporciones y malinterpretaron los temas. Luego, desde el siglo VI, Etruria, enfrentada a Roma y los latinos, se aliaría con Cartago.

Los etruscos aprendieron su alfabeto de los calcidios: tablilla de Marsiliana de hacia 700 a. de C. También del alfabeto griego de Cumas tomaron modelo las restantes lenguas del Lacio y centro de Italia, latín, osco, umbro.

b) *Lacio.* Ya existían desde época micénica, según las tablillas de Pilos,



Fragmento de relieve de procedencia ática con cabeza masculina. Ha. 530-520 a. C.

algunos testimonios del culto a los Dioscuros y del culto debido a los Penates en Roma y Lavinium. Aquí la arqueología ha descubierto al Sol Indiges. A su vez los historiadores sicilianos —Antioco, Alcino y Calias— han subrayado las relaciones de la ciudad de Roma con los griegos de Sicilia. Fruto de ellas parece ser el paso de una sociedad sin clases hacia una estructura social basada en el parentesco, confirmado por el cambio experimentado en la forma y mobiliario de las tumbas a lo largo de los siglos VIII y VII a. de C. También la cerámica griega hallada en Roma acusa estas relaciones y obedece a influencia griega la evolución de la sociedad romana en los comienzos de la República y otros cambios institucionales. Así, durante el siglo VI, Roma, al igual que otras ciudades del Mediterráneo, quiso estructurar sus instituciones de acuerdo con las fórmulas que regían los principios de las polis griegas; de manera que la época de Solón coincide más o menos con las reformas de Servio Tulio en Roma y el momento de la transición de la Monarquía a la República con el paso del régimen tiránico al democrático en Atenas. Por otra parte, la influencia ática queda patente en los cultos, las instituciones y en el modelo de edificios públicos sagrados: el santuario de Lavinium fue indudablemente el foco de irradiación de los cultos helénicos en el Lacio, y conviene hacer referencia al culto de los Argeos, al de Hera Argeia o argiva y al de Diana Nemorensis.

c) *Celtas y ligures.* En la actualidad se puede comprobar claramente la irradiación cultural y la penetración comercial de Massalia en el mundo céltico. HATT ha puesto bien de relieve ciertos aspectos de esta importante penetración griega entre los celtas galos. Así, en Borgoña, en las necrópolis del Hallsttat final, se acusa la presencia de objetos griegos y etruscos. Lo que todavía es tema de debate son las vías de penetración. Según algunos los artículos comerciales pudieron haber llegado por los Alpes (Simplon y Gran y Pequeño San Bernardo), ya abierta desde la época del bronce. También, según Herodoto, existían unos *kapeoli*, un pueblo de mercaderes nómadas que transportaba sus mercancías en carros desde el Danubio hasta el territorio de los vénetos y que también eran conocidos por los ligures, vecinos de los massaliotas. Estas rutas transalpinas facilitaron la comercialización de los diferentes productos griegos y etruscos por Alemania meridional, Suiza, el Franco Condado y la Borgoña francesa. Seguramente la vía de los Alpes no excluía la vía del Ródano. F. VILLARD dice que la vía alpina no pudo ser utilizada antes del siglo V basándose en la presencia de cerámica de origen massaliota del Mte. Lassois. Para romper el monopolio púnico de la ruta del estaño por el Atlántico los massaliotas abrieron una ruta a través de la Galia, por el Ródano-Sena hasta la isla de Wight, mencionada por Timeo y Posidonio. A la intensificación de esta ruta hubieron de proceder después de que, como hemos visto al hablar del colonialismo griego en Iberia, los fenicios obstaculizasen después del 500 a. de C. el comercio meridional de la península; y después de que el inicio del imperialismo de Cartago condujera a la lucha grecopúnica en Sicilia; y desde el siglo III a la lucha de Roma con Cartago.

A principios del siglo VI Masssalia jugó un papel muy importante en la comercialización de los productos griegos en la Galia Céltica, a través del valle del Ródano, pues la arqueología ha comprobado estos intercambios. Desde entonces, Massalia era el punto de origen de esa vía de penetración del comercio mediterráneo hacia el norte de Europa. Hasta hace poco se creía que la expansión del comercio massaliota se detenía en el río Durance, afluente del Ródano, pero las excavaciones del Pegue, que han aportado abundante cerámica jónica de los siglos VI-V a. de C., han ampliado este campo hasta el río Isere. En Vix también se ha recogido cerámica massaliota y, en Mte. Lassois, abundante cerámica griega; lo que ha llevado a sugerir que desempeñó un papel muy importante en las actividades comerciales de Massalia. Monte Lassois actuaría de importante centro distribuidor del estaño.

Hacia el 500, momento de transición entre las culturas del Hallsttat y La Tène, se aprecia un abandono de los centros fortificados y del emplazamiento del Monte Lassois, comprobándose un descanso de las importaciones de cerámica griega en la Galia, que VILLARD atribuye a la marcha de grupos celtas hacia el Mediterráneo.

d) *Egipto.* Los egipcios no veían con simpatía la presencia de gentes griegas en su país, pero los faraones admiraron sus cualidades bélicas, de las que se sirvieron. Precisamente los griegos lucharon contra esta corriente desfavorable de manera positiva; y buena prueba de ello es que permanecieron en Egipto durante largo tiempo. El viaje del samio Colaios nos indica el comienzo de los intereses comerciales de los griegos samios por Egipto, pues en Samos, Creta y otras regiones de Grecia aparecen bronces egipcios.

A los griegos les interesaba fundamentalmente el trigo aunque completaban su cargamento con otros productos tales como el papiro y el lino. Los griegos del Asia Menor, en concreto los de Quíos, eran productores de vino y aceite, tenían la necesidad de conseguir el grano en otras partes, una de las cuales era Egipto. Sobre este particular conviene destacar el papel de los habitantes de Egina, que se encargaron de abastecer de cereal a toda la Grecia central. Los productos empleados para el intercambio eran el aceite de oliva, según se constata por algunos cántaros áticos, y el vino, según confirman múltiples vasijas del siglo VI llevadas de Quíos. Pero el producto más valioso que los griegos llevaban fue la plata, bien en acuñaciones de monedas o en material bruto, pues se han descubierto bastantes tesorillos. Las cecas de estas acuñaciones pudieran indicarnos, o bien la filiación de aquellas ciudades que llevaron la plata o su procedencia. Entre ellas cabe citar a Egina, Atenas, Corinto, Mileto y Quíos y en menor cuantía Samos, Focea y Teos. Se ha comprobado la enorme proporción de monedas acuñadas en la Grecia del norte, Tracia y Macedonia que posiblemente fueran empleadas en su comercio por otras ciudades que también desarrollaban sus actividades comerciales en el norte de Grecia.

La importación de escarabeos y sellos de fayenza egipcios por los griegos, con posterioridad a la fundación de Naucratis, queda patente en el elevado número de estos objetos posiblemente procedentes de Naucratis y que por consiguiente son más obra de griegos que de egipcios. Han aparecido en la Grecia oriental: Egina, Sunion, Perachosa, en las colonias occidentales y en Etruria. Las influencias egipcias propiamente dichas quedan manifiestas en el campo religioso, en las matemáticas, medicina, arquitectura y escultura. Los viajes del sabio Solón a Egipto nos hablan de cuánto los griegos admiraban el progreso egipcio y el saber de su casta sacerdotal.

Desde finales del siglo VII a. de C. los griegos intentaron adaptar los patrones arquitectónicos egipcios a sus estilos tradicionales, creando el llamado orden dórico. La escultura monumental también se embebe en la tipología egipcia; buena prueba de ello son los *kuroi.* A su vez la avenida de los leones de Delos recuerda a las esfinges egipcias. El arte espartano del siglo VI acusa una influencia del egipcio, debida indudablemente a sus relaciones con Cirene y con Samos. La pintura mural egipcia, quizás desde mediados del siglo VII influyó sobre los griegos en lo referente a los temas, estilo y color.

Los kuroi, son estatuas de jóvenes desnudos, características de la escultura griega arcaica. A los kuroi se les ha llamado también, Apolos arcaicos, los cuales eran ofrecidos a los santuarios o se colocaban en las tumbas. Estas esculturas, normalmente eran de tamaño natural o incluso de mayor tamaño; se hicieron desde el siglo VII hasta el V a. de C., en bronce o mármol.

e) *Escitas.* También la presencia griega en las acogedoras tierras del Ponto Euxino ejerció una gran influencia en la vida de los escitas. La necesidad de los griegos de cereales, fue un determinante básico de su orientación hacia el mar Negro. Se hizo necesaria la sedentarización de los escitas, los cuales a su vez se sintieron atraídos por las formas de vida de la civilización urbana de las colonias griegas. Herodoto nos relata con detalle sus costumbres. Pero será durante el siglo V cuando se produzca un mayor impacto de lo griego sobre lo escita. Es verdad que la arqueología ha podido comprobar lejos de las costas del mar Negro la existencia de cerámica griega de finales del siglo VII, lo que ha llevado a algunos a afirmar que desde época temprana los escitas se vieron atraídos por las novedades de los griegos; en cambio, otros afirman que determinados tipos de vasos y colonos griegos habían llegado a estos lugares antes que los escitas se asentasen sobre los ríos de la Rusia meridional. Al siglo VI pertenecen restos cerámicos griegos procedentes de centros escitas del sur de Kiev y el mayor número de testimonios griegos aparecidos en Escitia corresponden a finales del siglo VI a. de C. De principios del siglo V son las tumbas próximas al estuario de los ríos Dnieper-Bug en las que se aprecia una simbiosis de las costumbres escitas y griegas. En algunas hay cántaros de Quíos y cerámica ática de figuras negras. Ciertos arqueólogos afirman que el desarrollo del arte greco-escita es un resultado de la diáspora de artistas jónicos en el siglo VI; precisamente del momento en que las ciudades jonias fueron sometidas por lidios y persas.

MEDITERRANEO OCCIDENTAL									
GRUPOS ÉTNICOS	*Ciudades fundadoras*	*Cronolog.*	PENÍNSULA IBÉRICA	GALLIA	CÓRCEGA	SICILIA	PENÍNSULA ITÁLICA *Tirreno*	*Jónico*	DALMACIA *Adriático*
DORIOS	Siracusa	663				Acras			
JONIOS	Síbaris	s. VII					Pixis		
	Síbaris						Escidros		
	Zancle	649				Himera			
DORIOS	Mégara Hyblaea	628				Selinunte			
JONIOS	Focea	600		Massalia					
DORIOS	Siracusa	598				Camsrina			
	Gela	580				Akragas			
	Cnido	580/576				Liparas			
	Locres Epic.	575					Medma		
JONIOS	Focea		Emporión						
	Focea	560			Alalia				
	Crotona	540					Terina		
	Focea	535					Elea		

MEDITERRANO ORIENTAL			MAR NEGRO						
ILIRIA y NW de GRECIA	MACED./ CALCÍD.	TRACIA	PROPÓNTIDE	PONTIDE	CIRENAICA	EGIPTO	*Cronolog.*	*Ciudades fundadoras*	GRUPOS ÉTNICOS
			Bizancio660	Mégara	DORIOS				
				Sinope			657	Mileto	JONIOS
				Istros Tiras			656	Mileto	
	Acanto Estagiria						655	Andros	
		Abdera	Lampsaco				654	Clazomene Focea	
				Selimbria			650	Mégara	DORIOS
				Olbia			644	Mileto	JONIOS
				Sinope	Cirene		630	Tera Mileto	DORIOS JONIOS
Epidauro							627	Corcira	DORIOS
Ambracia Leucras							625	Corinto	
						Naucratis	610	Mileto?	JONIOS
				Apollonia			609	Mileto, Focea, Rodas	JONIOS/ DORIOS?
Apollonia							600	Corinto	DORIOS
	Potidea							Corinto	
				Teodosia Panticapea				Mileto	JONIOS

MEDITERRANEO OCCIDENTAL						
				PENÍNSULA ITÁLICA		DALMACIA
GRUPOS ÉTNICOS	*Ciudades fundadoras*	*Cronolog.*	SICILIA	*Tirreno*	*Jónico*	*Adriático*
JONIOS	Calcis Eretria Kyme (Eolios)	757		Kyme		—
	Calcis	734	*Naxos**			
DORIOS	Corinto	733	*Siracusa*			
	Calcis Kyme	730	*Zancle*			
JONIOS	Calcis	730/720		Regio		
	Naxos	729	Catania Leontini			
DORIOS	Mégara	728	*Mégara Hyblaea*			
	Achaia	720			*Síbaris*	
JONIOS	Zancle	716	Mylae			
	Achaia	708			Crotona	
DORIOS	Esparta	706			Tarento	
	Síbaris	700		Poseidonia		
	Achaia	690/680			Metaponto	
DORIOS	Rodas Creta	688	*Gela*			
	Colofón	680/*670*			*Siris*	
JONIOS						
	Achaia	675/650			Caulonia	
DORIOS	Locros	673			Locros Epizephery	

MEDITERRANEO ORIENTAL			MAR NEGRO				
ILIRIA y NW de GRECIA	MACEDONIA CALCÍDICA	TRACIA	PROPONTIDE	PONTIDE	*Cronolog.*	*Ciudades fundadoras*	GRUPOS ÉTNICOS
				Sinope	770	Mileto	
			Cicico	Trapezunte		Mileto	JONIOS
Corcira				Amysos	s. VIII	Eretria Mileto/Focea	
Corcira					733	Corinto	DORIOS
	Metone	Mende			730	Eretria	
							JONIOS
	Iorone	Tasus			710	Calcis Paros	
	Sicion				700	Achaia	
			Calcedonia Cicico		676	Mégara Mileto	DORIOS
			Abydos		675	Mileto	JONIOS

* *Naxos:* Colonias-Metrópolis.

ADAMESTEANU, D.: «Nuovi aspetti dei rapporti tra Greci e indigeni in Magna Grecia». *Assimilation et resistence à la culture greco-romaine dans le monde ancien*, París-Bruselas, 1976.
ADAMCZYK, H.: «La batalla de Alalia». *Neander*, XXV (en polaco), 1970.
D'AGOSTINO, B.: «Grecs et indigenes sur la cote Tyrrenienne au VIIe siècle». *Annales*, 1972.
ALMAGRO, M.: «L'influence grecque sur le monde ibérique». *VIIe Congres International d'Arhceologie Classique*, París, 1965.
BARRECA, I.: «La colonizzazione fenicio-punica en Sardegna alla luce della nuove scorpeta». *Simposio de colonizaciones*, 1971. Barcelona, 1974.
BENOIT, F.: «La competition commerciale des Pheniciens et les Hellenes. Ambiance ionienne au royaume de Tartessos». *R S L*, XXX, 1964.
BERARD, J.: *La colonisation grecque de l'Italie meridionale et de la Sicile dans l'Antiquité. L'histoire et la legende*, París, 1957.
BERARD, J.: *L'expansion et la colonisation grecque jusqu'aux guerres mediques*, París, 1960.
BERTOLDI, V.: *Colonizzazione nell'antico Mediterraneo occidentale*, Nápoles, 1970.
BLAVASTKIJ, V. D.: «Influencias de la civilización antigua sobre los países del litoral norte del Mar Negro». *S A* (en ruso), 1964.
LÁZQUEZ, J. M.: «La colonización griega en España en el marco de la colonización griega en Occidente». *Simposio de colonizaciones, 1971*, Barcelona, 1974.
BOARDMAN, J.: *The Greek Overseas*, Londres, 1973.
BOSCH GIMPERA, P.: «Pheniciens et Grecs dans l'Extrème Occident». *Nouvelle Clio*, III, 1951.
BRACESI, L.: *Grecita adriatica. Un capitulo della colonizzazione greca in occidente*, Bolonia, 1971.
BRADEEN, D. W.: «The Calcidians in Thrace». *A J P L*, LXXIII, 1952.
BUCHNER, G.: «Metropoli e colonie di Magna Grecia». *Atti III Convegno de studi sulla Magne Grecia*, Nápoles, 1964.
CASSON, S.: *Contribution a l'étude de la societé et de la colonisation eubéennes*, Nápoles, 1975.
CLAVEL-LEVEQUE, M.: *Marseille grecque*, Marsella, 1977.
COMPERNOLLE, R. VAN.: «L'hellenisation de la Sicile antique». *R V B*, XIII, 1960-1.
CUADRADO, E.: «Penetración de las influencias greco-fenicias en el interior peninsular». *Simposio de colonizaciones, 1971*, Barcelona, 1974.
DREWS, R.: «The Earliest Greek settlements on the Blak Sea». *J H S*, XCVI, 1976.
DUVAL, P. M.: «Les Grecs en Afrique. Les origines de la Cyreanaique». *I H*, XVII, 1955.
EBNER, P.: «Il mercato del metalli preziosi del secolo d'oro dei Focei (630-645 a. de C.)». *P. P.*, XXI, 1966.
FERNÁNDEZ NIETO, F. J.: «La colonización griega». *Historia de España Antigua. Protohistoria*, Madrid, 1980.
FINLEY, M. I.: «The Black Sea Danubian Regions and the Slave trade in Antiquity». *Klio*, XL, 1962.
FOL, A.: «Rapports entre la culture grecque et le monde thrace». *Assimilation et resistence à la culture grecque-romaine dans le monde ancien*, París-Bucarest, 1976.
GARCÍA Y BELLIDO, A.: «La colonización griega». *H E M P*, I, 2, Madrid, 1960.
GAUTIER, PH.: «Grecs et Pheniciens en Sicile pendant la periode archaïque». *R H*, CCXXIV, 1960.
GENIEVE, J. DE LA.: «Contribución a l'étude des relations entre Grecs et indigenes sur la Mer Ionienne». *M E F R*, LXXXII, 1970.
GRAHAM, A. J.: «The Date of the Greek Penetration of the Black Sea». *B I C S*, 1958.
GRAHAM, A. J.: *Colony and Mother City in Ancient Greece*, Manchester, 1964.
GRASS, M.: «A propos de la batalle d'Alalia». *Latomus*, XXXI, 1972.
HUMPHREYS, S. C.: «Citta e campagna nella Grecia antica». *Riv. Stor. Ital.*, 83, 1971.
JESSEN, A.: *La colonización griega de la costa septentrional del mar Negro* (en ruso), Leningrado, 1947.
LACROIX, L.: *Monnaies et colonisation dans l'occident grec*, Bruselas, 1965.
LAPIN, V. V.: *La colonización griega del litoral norte del mar Negro* (en ruso), Kiev, 1966.
LEPORE, E.: «Problemi dell'organizzazione della chora coloniale». *Problemes de la terre en Grèce ancienne*, París, 1973.
LEVEQUE, P., y CLAVEL, P.: «La signification geographique de la premier colonisation grecque». *R G L*, XLV, 1970.
LOMBARDO, M.: «La concezioni degli antichi sul ruolo degli oracoli nella colonizzazione greca». *Richerche sulla colonizzazione greca a cura di G. Nenci A S N P*, 1972.
MALUQUER, J.: *El impacto colonial griego y el comienzo de la vida urbana en Cataluña*, Barcelona, 1966.
MARAZZI, M.: *Egeo e Occidente alla fine del II milenio a. de C.*, Roma, 1976.
MARTIN, R.: «Rapports entre les structures urbaines et les modes de division et d'explotation du territoire». *Problèmes de la terre en Grece ancienne*, París, 1973.
MASSON, O.: «Grecs et Lybiens en Cirenaique d'apres les temoignages de l'épigraphie». *Assimilation et resistence à la culture greco-romaine dans le monde ancienne*, París-Bucarest, 1976.
MAXINOVA, M. I.: *Ciudades antiguas del litoral sudeste del mar Negro: Sinope, Amisos, Trebisonda* (en ruso), Moscú, 1956.
MILLER, M.: *The Sicilian colony dates*, Albania, 1970.

MONTENEGRO, A.: «Los griegos en España». *Historia de España Antigua* (UNED), Madrid, 1975.
MOSSÉ, C.: *La colonisation dans l'antiquité*, París, 1970.
NOONAN, T. S.: «The Grain Trade of the Northern Black Sea in Antiquity». *A J Ph*, XCIV, 1973.
PUGLIESE CARRATELLI, G.: «Dalle adysseiai alle apoikiai». *P P*, XXVI, 1971.
PRÉAUX, C.: «Les Grecs à la deouverte de l'Afrique per l'Egypte». *C E*, XXXII, 1957.
PIPPIDI, D. M.: «Les problème de la main d'oeuvre agricole dans les colonies grecques de la Mer Noire». *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, Paris, 1973.
SAKELLARIOU, M. B.: *La migration grecque en Ionie*, París, 1958.
SCHAEFER, H.: «Peculiaritá e caratteri della colonizzazione greca». *Apollo*, I, 1962.
SEIBERT, J.: *Metropolis und Apoikie, Historische Beiträge zum Geschichte ihrer gegen seitigen Beziehungen*, Würzburg, 1963.
SULIMIRSKI, T.: «Greek colonization and the early Iron Age east of the Volg». *B I A L*, 1973.
TARRADELL, M.: «El impacto greco-fenicio en el extremo occidente: resistencia y asimilación». *Assimilation et resistence à la culture greco-romaine dans le monde ancienne*, París-Bruselas, 1976.
TRIAS, G.: «Economía de la colonización griega». *Estudios de economía antigua en la península Ibérica*, Barcelona, 1968.
VALLET, G.: «Espace privé et space public dans une cité colonial d'occident Megara Hyblaea». *Problemes de la terre en Grèce ancienne*, Paris, 1973.
VALLET, G.: «Metropoles et colonies. Leurs rapports jusqu'à la fin du VI siècle». *Atti del terzo Convegno de studi Magna Grecia*, Tarento, 1963.
WALLINGA, H. T.: *De Griekse Colonisatie in Zuid-Italie en Sicilie*, Groninga, 1965.
WASOWICZ, A.: «Recherches sur la peuplement et l'urbanisme du littoral septentrional de la Mer Noire à l'époque de la colonisation grecque. Jolons pour une étude comparative». *Atti Convegno sulla cittá etrusca e italica*, Bolonia, 1970.
WERNER, R.: «Probleme der Rechtsbeziehungen zwischen Metropolis und Apoikia». *Chiron*, I, 1973.

LA TRANSFORMACION POLITICA Y SOCIAL DE GRECIA EN LOS SIGLOS VIII AL VI. DE LA ARISTOCRACIA A LA TIRANIA

A. Montenegro Duque
J. M. Solana Sainz

1. Definición y carácter de ia polis

Alejandro Magno (356-323 a. de C.), rey de Macedonia, hijo de Filipo II, de Olimpia. Educado por Aristóteles. Preparó una expedición contra los persas, en la que venció a Darío III, primero a orillas del Gránico, en el 334, y luego en Isso, en el 333. Entró en Siria, sometió Fenicia y conquistó Egipto, donde fundó Alejandría, en el 332. Casó en segundas nupcias con Estatica, hija de Darío III; al año siguiente, en el 323, murió. Tras su muerte, se derrumba su imperio y comienza la época helenística.

Las invasiones dorias sobre Grecia y las subsiguientes migraciones y colonización masiva del Egeo y costas de Asia Menor después del siglo XII habían sembrado un profundo desorden y confusión de grupos étnicos entre los núcleos de población griega. Terminaría con la constitución de las ciudades-estado en un proceso lento y como resultado de causas varias y complejas que fueron influyendo en aquel mundo griego. Las más evidentes de estas causas que implantan en la Hélade la ciudad-estado son: coincidencia sobre una región o valle de grupos heterogéneos de población; desarrollo económico en el que a su vez confluyen el comercio, la colonización mediterránea y la posterior aparición de la moneda y la escritura; aparición de una población artesana; el espíritu de independencia innato al griego; el infinito fraccionamiento de Grecia por valles, islas y costas recortadas.

Por los años 800 a. de C. ya se han definido en casi toda la Hélade estas polis o ciudad-estado, aunque muchas de ellas, a partir de entonces, sufrirán los avatares políticos internos inherentes al progreso económico y a los cambios en la mentalidad y estructura de la sociedad griega. Consiguientemente se producirán alternativas en los grupos dominantes en el que se sucederán los aristócratas terratenientes con las tiranías y democracias, no sin que entre tanto los propios grupos sociales contrapuestos hayan intentado poner orden en las ciudades con la aparición de legisladores, cuya misión sería el dar leyes escritas, concretas y justas para el pueblo, que anularan el arbitrario ejercicio de la justicia que venía practicando la aristocracia en provecho propio, al erigirse en depositarios e intérpretes de unas normas tradicionales que a ellos solos les era dado conocer y aplicar.

Al margen de los pecualiares episodios locales, una serie de caracteres comunes definen a la ciudad-estado, del mismo modo que comunes fueron las causas que les dieran origen. Aparecen en toda la Grecia continental insular, en las costas minorasiáticas y también en las ciudades que fueron naciendo con la colonización mediterránea y mantuvieron rasgos comunes con las ciudades fenicias y sus fundaciones coloniales. Fueron comunidades ciudadanas independientes, de extensión territorial más reducida que los antiguos reinos micénicos a los que reemplazaron como forma política de gobierno. Estuvieron autogobernadas y dotadas de una ciudadela, *asty,* a la que circundaba su territorio, dentro del cual, a su vez, se suelen ubicar varias aldeas. Otro rasgo característico de las ciudades-estado es que en sus primeros momentos fueron regidas por las aristocracias locales constituidas por nobles de sangre y poseedores de la tierra. La ciudad-estado sería el régimen normal en el mundo helénico hasta Alejandro Magno. Analizaremos el proceso histórico que conduce al singular régimen político de la *polis* a partir de los testimonios más antiguos citados en *La Ilíada*, que describe los tiempos micénicos del siglo XII, *La Odisea*, que refleja la vida inmediatamente postmicénica y *Los Trabajos y los Días*, que recoge los aspectos de la vida griega en torno a los años 800 a. de C.

2. El nacimiento de la Polis

En la Ilíada no aparece semejante tipo de organización política, pues Homero no diferencia en ella centro urbano y pueblo, *ethne;* tampoco

Tucídides cuando hace la descripción del Atica en época anterior a Teseo. Pero, ambos brindan pruebas de que la polis ya se perfilaba a finales de la época oscura. Así, en *La Odisea* se dice que los Cíclopes son seres totalmente incivilizados, no sólo porque ignoran las leyes de la hospitalidad, sino porque «no tratan en juntas ni saben de normas de justicia *(themistes)*, moran en la cima de los montes elevados y de sus cuevas hacen mansión y cada uno aplica su ley a su esposa o hijos y no piensan en los otros». Las características de la polis se nos manifiestan en *La Odisea* en boca de Nausicaa: «Mientras vayamos por el campo, por terrenos cultivados por el hombre, anda ligeramente con las esclavas detrás de las mulas y el carro; y yo te enseñaré el camino por donde se sube a la ciudad, que está cercada por alto y torreado muro y tiene a uno y otro lado un hermoso puerto de boca estrecha, adonde son conducidas las corvas embarcaciones, pues hay estancias seguras para todas. Junto a un magnífico templo de Poseidón se halla el ágora labrada con piedras de acarreo profundamente hundidas.»

El carácter defensivo y la posesión de un lugar adecuado para proteger a la población que trabaja las tierras es inherente al nacimiento de la ciudad-estado. *Polis*, antes de significar «ciudad», significó «defensa». Debió tener, pues, orígenes militares y surgió la unión de pueblos vecinos de esta necesidad común de defenderse en una ciudadela, *asty*. La ciudad amurallada es un tema manido en Homero que describe ciudades asediadas e incendiadas. A su vez, el campamento de los aqueos frente a Troya ofrece los elementos esenciales de una polis: muralla, altares y un lugar para las asambleas. Un



Fresco de Pompeya que representa a jóvenes troyanos conduciendo el caballo de madera al interior de la ciudad.

ejemplo ilustrativo de este tipo de *poleis* puede ser Esmirna, una de las ciudades que la tradición considera la patria de Homero. La arqueología ha comprobado que estaba amurallada y situada sobre un promontorio y coincide en gran manera con la descripción que se hace en *La Odisea;* la muralla, que data del 850 a. de C., podía ofrecer protección a unos 2.000 habitantes, que moraban en unas 400 ó 500 casas de ladrillos de barro sobre cimientos de piedra. Hacia el 700 a. de C. Esmirna fue destruida quizá por causa de un movimiento sísmico y de nuevo las murallas fueron reconstruidas y la ciudad se adaptó a un plano regular. Aunque J. M. Cook piense que ésta última sería la polis helénica organizada, hay que estimar que la vida comunitaria y determinadas formas de organización deben remontarse a mediados del siglo IX a. de C. y que durante el siglo VIII ya eran numerosas las ciudades rodeadas de muros.

Otro aspecto fundamental que define el paso a la ciudad-estado es el *cambio de la propiedad comunitaria* —los bienes arrebatados por la gentilidad en la guerra y las tierras que cultivan y que poseen y disfrutan el común— por la propiedad familiar o privada: los bienes que cada ciudadano obtiene y disfruta con su trabajo y que posee a título personal. En la estructura social indoeuropea reafirmada por la invasión doria, las *etne*, *genos* o *gentilidades* se apropiaron del suelo, el cual, a efectos de trabajo fue repartido entre las familias que los integraban. Pero, cuatro siglos después, en la Grecia de Hesíodo puede comprobarse cómo desaparece la propiedad colectiva del *genos* para dar paso a la familiar. La extensión labrada por cada familia varió con el tiempo. En la mayoría de los casos, progresivamente se tornó menor, ya que en cada herencia se dividía por igual entre los hijos. A finales de la época geométrica se percibe una gran desigualdad entre los propietarios de la tierra, pues la nobleza de cada genos se habían asignado lotes más extensos y mejores, de acuerdo con su poder. Además, las iniciativas individuales que ponían en cultivo nuevas tierras, deducidas del terreno no repartido o del arrebatado al bosque, habían aumentado las diferencias. Ello provocó los problemas sociales que durante algunos años inquietaron a las ciudades griegas y que sólo en parte resolvieron algunos tiranos.

La extensión de las tierras correspondientes a cada ciudad-estado fue muy diversa, pero generalmente era pequeña; Egina tenía alrededor de 80 km^2. En raras ocasiones ocuparon territorios de cierta importancia, como Esparta y Atenas. Además, el crecimiento territorial de ambas, fue relativamente tardío. Fue normal que una región, Acaya o Beocia, tuviera dentro de su territorio varias ciudades con reducido territorio y que en la mayoría de los casos fueron rivales entre sí. Precisamente este fraccionamiento y rivalidades mutuas acarrearon la debilidad de Grecia en momentos difíciles, como ocurriera en Asia Menor frente a Lidios y Persas, en Sicilia frente a los cartagineses o en la propia Grecia frente a las sucesivas ambiciones de Esparta, Atenas, Tebas o Macedonia.

Constatamos también que, en alguna ocasión, el pacto entre pueblos de raza o etnia diversa, mediante el *synoikismos,* dio lugar al nacimiento de la ciudad; caso de Esparta y Atenas. Tucídides recuerda la formación del estado ateniense que se conmemoraba en las *synoikias* o fiestas en las que se reunían los *oikoi*, «casas, familias». En el caso de Esparta hubo igualmente pactos entre los últimos invasores dorios y grupos de población anterior.

Por encima de las ciudades se formalizaron en Grecia con carácter más o menos permanente las confederaciones; entendiendo por tales, aquellas federaciones naturales y no las surgidas artificialmente en tiempos clásicos. Hubo dos modos de formalizar tales alianzas; una de ellas, de índole religiosa, surgió a través de las anfictionías en torno a determinados santuarios. Pero ni los mismos dioses fueron capaces de consumar las hermandades religiosas en uniones reales políticas. La etimología del nombre *anfi-ctiones*, «los que habitan alrededor», parece hacer alusión a un agrupamiento geográfico, aunque no se deben descartar factores de índole comercial o étnico. Sin embargo, nunca sobrepasaron el campo religioso; en el político fue irregular e intermitente. La anfictionía de Calauria estaba integrada por una serie de ciudades distantes geográficamente, de diferente población, pero con intereses económicos semejantes (Calauria, Hermione, Nauplia, Praxias, Epidauro, Egina, Atenas y Orcomeno). La anfictionía de Delfos, en un principio, estuvo formada por una agrupación de pueblos, vecinos de las Termópilas, que tenían su sede en el santuario de Antela, administrado en común por todos ellos. Después de ocupar Delfos, consiguieron admitir en su seno a ciudades más alejadas y étnicamente diferentes: gentes jonias de Atenas o dorias del Peloponeso. Quizás haya sido la primera que manifestó una vocación panhelénica. Pero resistió todo intento de sumisión a poderes políticos en las conocidas guerras sagradas. Otra anfictionía que sentó sus bases en criterios étnicos y regionales fue la Dodecápolis jónica de Asia Menor. Otra vía de integración de territorios de varias ciudades se produce a través de la unidad geográfica de una región que terminó dando unidad a las poblaciones allí integradas; tal fue el caso de Beocia, cuyos habitantes —Tebas, Orcomeno, Tanagra— se identificaron más como beocios que como griegos en general. Pero, con frecuencia, sobre el conjunto de estas regiones surgieron ciudades independientes que llevaron a cabo confederacio-

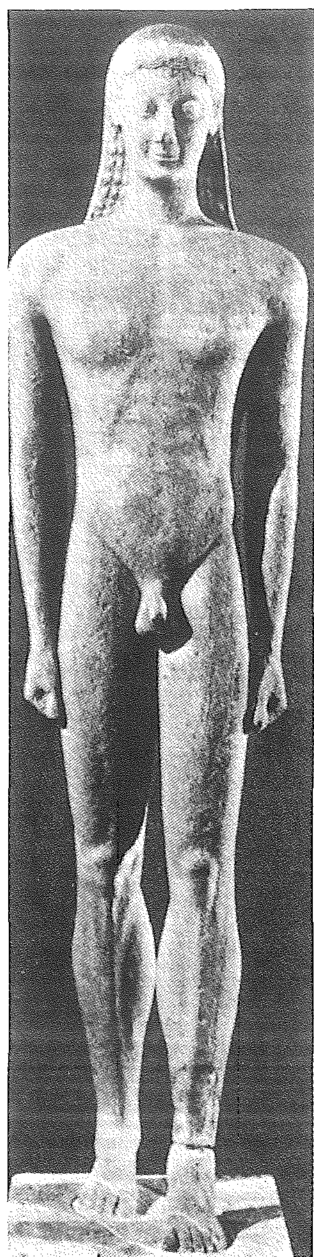
nes de estados, *Koiná* cuya organización federal es mal conocida. Cada ciudad defendía su autonomía y sus derechos, aunque en determinadas ocasiones se aprovechaban del poder de la confederación para hacer frente al enemigo exterior. Ejemplos bien ilustrativos a este respecto son las desconfianzas de las ciudades más pequeñas de Beocia, celosas de la hegemonía de Tebas; o Tesalia, solidaria frente a Atenas y Macedonia. En Macedeonia, la unidad de varias tierras y ciudades no se logró sino por imposición violenta a través de conquistas sucesivas desde el siglo VII a. de C. hasta la gran unidad de Filipo.



Anfictionía de Calauria del siglo VIII en torno a los templos de Poseidón (según Levêque).

3. Las instituciones de la Ciudad-Estado

El ethnos o la comunidad tribal del pueblo, estaba asentado en una región salpicada de aldeas abiertas, *komai*, dispersas y sin jefes comunes aunque su población tenía conciencia de su unidad racial; desapareció en el curso de la época arcaica al evolucionar bien hacia la *poleis*, bien hacia las *koiná* o confederaciones. Los locrios etolios y acarnanios pervivieron durante mucho tiempo como simples grupos étnicos, pero la mayor parte se transformó en ciudades. Así, en el siglo VIII a. de C. la Fócide vio nacer entre otras a Elatia y



Kourós de Nilo. Ha. 550-540 a. C.

Crisa. Donde la cohesión interna era grande se organizaron en *koiná*, caso de Etolia, en el siglo IX a. de C. Pero la conformación de las ciudades no acarreó la pérdida de conciencia de unidad de los pueblos. Tan sólo pasaron a aceptar y asegurar la defensa común, *asty*, ocupándose los órganos federales de los asuntos militares y de las relaciones con el extranjero. Pero no todos los *koiná* estaban cortados por un mismo patrón; se diferenciaron por el tipo de régimen de gobierno. Así el *koinon* de los epirotas era de corte monárquico; el de los beocios aristocráticos y los de Acaya y Arcadia democrático.

La crisis, por otra parte, de la sociedad micénica hizo posible el nacimiento del nuevo *demos*, entendido como unidad de pueblo y territorio, y como elemento que condiciona las estructuras políticas de las *poleis* griegas. En el cambio se puede contemplar la adaptación del antiguo *laos*, «pueblo» homérico, básicamente militar, a la nueva realidad política; estas gentes del *laos* se van integrando en el cuerpo de los ciudadanos con lo que este atributo conlleva: ascendencia común, posesión individual de tierras, participación en la vida de los grupos corporativos particulares que tiene su máxima expresión en la Asamblea del pueblo.

Tucídides enumera esos elementos fundamentales de la vida ciudadana: *Boulé* o Consejo, los magistrados o *Archontes* y la *Asamblea* popular. Serán los cargos de gobierno que sustituirán al *Basileus* en los tiempos micénicos de Homero. Al parecer en toda la Grecia de la transición, la forma primitiva de gobierno fue la monarquía. El *basileus* tenía poderes civiles, militares y religiosos, gobernada la ciudad, dirigía el ejército, juzgaba la materia civil —la criminal estaba reservada al *genos*— y ofrecía sacrificios públicos. Su poder era grande pero no absoluto. Le asistía un Consejo de basileis del que formaban parte los jefes de las familias nobles. En La Odisea se usa un término tardío, *basileuein*, muy significativo, que en cierta manera concibe el poder como atributo del *basileus*, pero rompe la tradición monárquica como tal, para expresar una concepción oligárquica, familiar y colectiva del poder del *basileus*. El nuevo monarca deberá tener en cuenta a la comunidad de ciudadanos que utiliza una forma de gestión colectiva del poder totalmente nueva. En un principio esta imagen se encarnó en los aristócratas, que terminaron a su vez por ceder el sitio a los magistrados, *(arkontes)*. La condición social y moral de estos aristócratas está próxima a la del *basileus*. Hesíodo les llama «reyes devoradores de regalos»; se definen a sí mismos los «aristoi», «los mejores». Sustituirán progresivamente al *basileus*, cuyo poder terminó por reducirse a una función religiosa.

El Consejo de las ciudades recibió, según su procedencia, diversos nombres: *Gerousia*, *Boulé*, *Sinhedrion*. De acuerdo con la etimología, la *Gerousia* era un consejo de ancianos o de nobles, elegidos o delegados en su mayoría de por vida, según sistemas que varían en cada ciudad. En Esparta, para su elección se tuvieron en cuenta factores de índole genética; en Atenas y Creta de carácter burocrático, como era el haber ocupado cargos en el Areópago o en la Boulé; en Corinto eran los jefes de una gran familia. El número de consejeros variaba según las diferentes *poleis;* podía ser reducido o elevado, llegando a alcanzar la cifra de varios centenares. Las funciones principales del consejo quizá fueran las que Aristóteles atribuye al Consejo del Areópago ateniense: vigilar el buen funcionamiento de las leyes, la supervisión y gestión de los asuntos más importantes de la ciudad, la administración de la justicia y el nombramiento de los magistrados. Estas competencias le vinculaban a la Asamblea popular, la cual debía resolver sólo sobre las propuestas del Consejo.

Según Aristóteles, la manifestación expresa de los derechos cívicos se plasmaba en la participación en la elección de las magistraturas y en la participación en tribunales de justicia. Se ha solido relacionar el origen de la magistratura con el eclipse de la monarquía y con la división de sus poderes. Los magistrados llevaban diferentes títulos: *Arcontes* (Atenas, Beocia), *Prytanos* (Mileto) y *Eforoi* (Esparta). Los *Arcontes* heredaron los poderes del *Basileus*, a quien únicamente se reservó la autoridad sacerdotal. Así, en Atenas el *Arconte* ostenta el poder político, militar o judicial y su cargo es anual para evitar el poder personal de los antiguos reyes. Es decir, se limita el campo de jurisdicción y el tiempo de su ejercicio.

La *Asamblea* debía tener el menor número de intermediarios delegados de la comunidad. En el período homérico existía la *Agoré* del ejército y de la comunidad que fue el precedente de la *Asamblea* de los ciudadanos de pleno

derecho en las ciudades griegas. Se la conoce con diferentes nombres: *Agora* (Tesalia, Delfos), *Ecclesia* (Atenas y otros lugares), *Haliaia* o *Halia* (Peloponeso, zona de dominio dorio y en el área colonial) y *Apella* (Esparta). La cuantía de sus componentes no fue uniforme, pues en aquellos lugares donde el número de ciudadanos de pleno derecho fue limitado se aproximaba al millar (Kyme eólica, Colofón y colonias de la Magna Grecia): en otros era de 600 e incluso menos; por ejemplo, en Epidamno, 180. Quizá las 200 familias de los Bacquiadas de Corinto enviasen un individuo por cada una de ellas.



Cabeza de Kourós. Ha. 540 a.C.

4. El régimen aristocrático en los orígenes de la Ciudad-Estado

En la mayor parte de las ciudades las monarquías fueron sustituidas por un nuevo régimen político, el aristocrático. Según parece, a comienzos del siglo VIII a. de C., Jonia fue la protagonista de este cambio que no se produjo de manera violenta, pues algunos ejemplos acusan un periodo de transición entre ambos regímenes durante el cual el basileus era elegido por un tiempo determinado. En algunas ciudades (Atenas, Argos, Corinto) se le identificó con una magistratura y en otras (Mileto, Efeso) con un sacerdocio. A partir de entonces, la monarquía pervive solamente en aquellas zonas en donde no floreció la ciudad-estado o *poleis* (Macedonia, Epiro) o en ciudades muy tradicionalistas (Esparta, Tarento, Creta, Tera, Cirene). En todo caso, pierden atribuciones. En Esparta siguen como jefes de Estado, pero muy controlados por la ley y por los Eforos; en Cirene custodian el santuario. En Efeso el rey es simple sacerdote con púrpura y cetro.

a) *Los aristoi.* Las aristocracias gobiernan con mano dura, pues, tienen todos los instrumentos del poder: ascendencia divina —son los herederos de los héroes— ocupan las magistraturas, son sacerdotes y poseen los secretos de la justicia, la *themis* y la *diké;* también detentan el poder material, poseen armadura de bronce y caballo, y son dueños de tierras y rebaños que cuidan con esclavos; prestan en especie cuando la cosecha es mala y van acaparando toda la tierra y esclavizando a los hombres libres empobrecidos; comercian y acaparan moneda. La colonización y el comercio aumentaron su poder y riqueza, pues muchos de ellos se pusieron al frente de empresas y negocios, aunque otras muchas gentes plebeyas y no nobles de sangre también se enriquecieron en aventuras marineras y quisieron pronto competir en honores y poder con aquella aristocracia tradicional de ascendientes divinos o heroicos.

Hesíodo llama a estos *aristoi* de vida fácil, los «gordos», porque eran los únicos que quedaban satisfechos de comida todos los días. Con frecuencia daban fiestas en sus mansiones, amenizadas por los aedos que recordaban a aquellos aristocráticos héroes de Homero en los que veían a sus nobles antepasados. Alceo, nacido en una gran familia de Mitilene es bien expresivo a este respecto en los fragmentos que de él se conservan. Como gentes orgullosas, amantes de la gloria, anhelaban la victoria de sus caballos y carros en el hipódromo de Olimpia. Teognis de Megara, en las elegías dirigidas a su amigo Cirnos, pone de relieve el ideal moral de la aristocracia, acusando el ardiente amor por la justicia y la importancia de la amistad entre los hombres de la misma casta: «complace a aquéllos que disfrutan de gran poder, pues de las gentes virtuosas podrás aprender la virtud...». Es el ideal homérico que aún persiste y que identifica nobleza de sangre con virtud, y valor guerrero. Jenófanes de Colofón les describe cuando se presentan en el ágora revestidos de púrpura, en número superior a mil, jactanciosos, orgullosos de su graciosa cabellera y untados con finos perfumes. Su orgullo desmesurado queda patente en las pompas fúnebres, según acusan las decoraciones de los vasos. La «larga túnica» de los aristócratas, sostenida con agujas de oro, contrastaba con los vestidos austeros de los campesinos, confeccionados de ruda lana. El poder de los aristócratas se basaba en el prestigio de su origen, considerado divino y en su riqueza basada en la tierra y en la ganadería. Algunos *aristoi* monopolizaron los cultos, las magistraturas, el aparato militar y agonístico.

Como el caballo era el símbolo distintivo de poder, se transformaron en los *hippeis*, caballeros por excelencia: en Eubea, *hippobotes*, «criadores de caballos». Muchos de sus antropónimos derivan del nombre *hippos*, «caballo». Servían en el ejército en calidad de *hippeis* y en tiempo de paz participan en las carreras de caballos y carros de Olimpia, según Aristóteles, estrecha-

mente vinculadas al régimen aristocrático. Fueron muchas las sociedades caballerescas en las que la cría de caballos implicó la posesión de grandes extensiones de tierras y en las que prevalecieron los ordenamientos militares, herencia de la aristocracia homérica, como el uso del carro; el magistrado epónimo de Cícico y de otras ciudades recibió el nombre de *hipparchos; hippeis* en Eretria; *hippobotiai* en Calcis y Eubea. Algunas regiones griegas como Tesalia presentan un estrato de nobleza caballeresca similar. Su campiña nos proporciona un ejemplo de una organización aristocrática no ciudadana y de señoríos rurales que dominaban centros pseudourbanos o en vías de urbanización de los territorios circundantes.

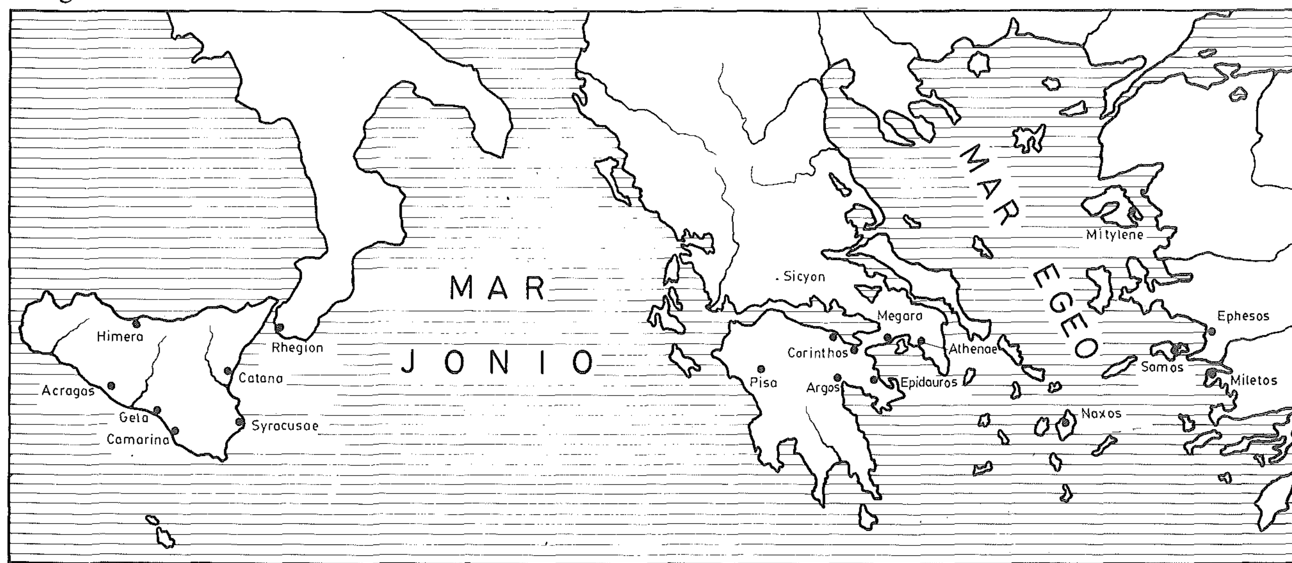
b) *La aristocracia de los negocios.* Los aristócratas traspasaron sus límites y muchos jugaron una baza importante en la empresa ultramarina colonial. En líneas generales el tráfico marítimo se había basado en mercancías de primera necesidad —productos alimenticios— y en materias primas. En buen número de ciudades la navegación y el comercio estuvieron bajo control de los grandes terratenientes y ganaderos o de sus clientelas. Según Herodoto, que recoge testimonios de Caron de Lampsacos, los miembros de las aristocracias jónicas participaron en todo tipo de negocios. Es también el caso de los colonizadores corintios, los Bacquiadas, del noble ateniense Solón o de Tales de Mileto. Herodoto menciona a Sóstratos de Egina, exportador de cerámica ática a la Toscana, en concreto a Gravisca. Si este comercio no estuvo dirigido de manera directa por los aristócratas, al menos estuvo en manos de sus representantes y agentes. En Calcis y Mileto grupos de aristócratas eran denominados *aeinautai* «siempre navegantes» y en Jonia se les vinculó a la clase dominante poderosa y rica. En la Atenas presoloniana la actividad naval estuvo relacionada con la aristocracia terrateniente, pues la marina de guerra se organizaba y costeaba a través del sistema de prestaciones *(liturgias)* de los aristócratas. Según Tucídides, en el aborto de la conjuración de Cilón, tomaron parte los *pritanoi* de las naucrarias junto a los arcontes y sus clientelas campesinas o sus agentes e intermediarios del comercio. En otras regiones de Grecia el desarrollo de los cultivos arbustivos, centrados más en la vid que en el olivo, favoreció el vínculo entre la aristocracia terrateniente y las actividades navales, transporte y comercio; tal aconteció en la Elide y las islas de Lesbos, Quíos y Corcira.

Solón (640-558 a. de C.), fue uno de los siete sabios de Grecia. Abolió las deudas y obligaciones de los gremios, reformó el sistema de pesos y medidas y transformó la Constitución ateniense.

c) *La aristocracia y la aparición de la moneda.* La aparición de la moneda se vinculó directamente con el poder y ambiciones de la aristocracia enriquecida por el comercio. Surge como una necesidad de la perpetuación de los valores tradicionales, el prestigio del blasón y de la profusión aristocrática que transforma la moneda en un buen instrumento político. Los emblemas de las monedas de Atenas se han solido identificar con los blasones de los clanes áticos, y sólo más tarde se convertirán en símbolo de la comunidad ciudadana. Posteriormente se entenderá como depósito y medida de valor. Para poder entender este origen deberemos tener en cuenta dos factores. En primer lugar que las primeras acuñaciones —el electrón— aparecen en Asia Menor y se atribuyen a Lidia, aunque también circulaban en otras ciudades de Jonia, como Efeso. Estas emisiones no son anteriores al 640/630 a. de C., según E. G. S. Robinson; por consiguiente, las series restantes deberán rebajarse cronológicamente. Las emisiones más antiguas de las poleis griegas no son anteriores al 590 a. de C. y en algunos casos de la segunda mitad o finales del siglo VI a. de C. El segundo de los factores a considerar es su difusión como elemento de prestigio y democratización. Así en Atenas, donde la economía urbana conoció un pronto desarrollo porque los aristócratas habían fijado en Atenas su residencia, las acuñaciones de moneda empezaron con valores nominales bajos; por el contrario en Lidia y algunas ciudades de Jonia, caso de Efeso, fueron mayores para las primeras emisiones. Algunos han supuesto que las causas que motivaron las acuñaciones fueron las exigencias de un comercio local, no de amplio radio. En cambio otros autores piensan que, en efecto, en la rápida aceptación de la moneda por los griegos, se ha de tener en cuenta su valor de equilibrio político y social; el de cohesión de una comunidad cívica que se fue consolidando a pesar de una fuerza residual de las estructuras gentilicias y de la imposición de nuevas formaciones corporativas. La equidad o igualdad ante la ley impuesta por los Legisladores y la libertad *(eleutheria)* de la nueva democracia encontraron en la moneda el medio de expresión de las obligaciones inherentes al funcionamiento de las instituciones

(liturgias, gastos políticos, contribuciones militares) y una cierta redistribución pública de los bienes.

Tampoco cabe la menor duda de que el intercambio se vio favorecido por el nuevo sistema. Utilizó únicamente la moneda para facilitar las cuentas como término de referencia generalmente admitido y como garantía de la comunidad política. Las dificultades de abastecimiento de metal impidieron un desarrollo mayor del sistema monetario. En general, se puede afirmar que el conjunto monetario fue muy inferior al de los productos intercambiados. Todavía se utilizará durante mucho tiempo el trueque de un producto por otro, tanto en los mercados locales —agora— como en los de larga distancia. Una buena prueba de la ausencia del patrón metal es la estructuración de las clases censitarias de acuerdo con las cantidades de productos agrarios que recogían.



Ciudades que conocieron el régimen de la tiranía.

d) *Las limitaciones a la aristocracia.* Pero, si en cierto modo fue la moneda expresión del poder de la aristocracia, terminaría por minar su prepotencia basada en la posesión de la tierra y de su consiguiente ostentación exclusiva del poder militar, tanto en el ejército de tierra como en la marina. Hasta el siglo VII inclusive la caballería *(hippeis)* habían jugado el papel más importante como defensoras de la ciudad, pero a partir de este momento cederá su importancia a la infantería hoplítica, cuyo armamento pesado se costeaba el propio soldado, sobre todo, en el Peloponeso. En el vaso de Chigi se describe a este nuevo militar con la lanza y el escudo que cubre su pecho y vientre. La disciplina a que debe someterse un guerrero le impedirá hacer ostentaciones del valor personal en hazañas individuales y le obligará a mantenerse en el sitio que se le ha asignado junto a sus compañeros para apoyarse mutuamente. Se producirá con ello un modo de democratización del servicio a la patria, que, según Aristóteles acarreó la preponderancia de la clase media sobre la aristocracia. El coste de la nueva armadura era elevado, pero mucho menor que el de un caballo y, por consiguiente, era asequible para un mayor número de ciudadanos. En todo caso, aunque subsistió la caballería, el hoplita sustituye en la guerra al caballero; el humilde al noble en la defensa de la patria.

También en el aspecto naval se produjeron cambios. Los barcos de guerra, que aparecen a finales del siglo IX a. de C. se diferenciaban de los mercantiles en que eran más estilizados y más rápidos, debido a la superposición de los remos: las pentecónteras —50 remeros— y las tricónteras —30 remeros—. En la segunda mitad del siglo VI a. de C., entre el 550 y el 525, se puso en uso una auténtica revolución, la trirreme, de tres filas de remos superpuestos, de 50 remeros cada una; era un navío estrecho, alargado y sin puente; su eficacia permitirá a los griegos en el siglo siguiente ser los dueños del mar. Los astilleros de Corinto, según Tucídides, fueron los promotores de estas nuevas embarcaciones que pronto vendería a diversas ciudades griegas. Sabemos que Samos le encargó cuatro navíos. El contingente de marineros le constituían los *thetes*, es decir, los ciudadanos de menor fortuna. Ahora bien, los hoplitas

y marineros pertenecientes a la clase media y pobre de las ciudades, al transformarse en los nuevos defensores de la patria, entendían que debían, también, participar en la dirección política de su país y ejercer el poder de una manera activa.

e) *Los grupos sociales inferiores.* En el nivel inferior de la sociedad se encuentra la plebe, que trabaja en la ciudad o en el campo. La mayoría de los *demiurgoi* «los que trabajaban para el pueblo» eran artesanos. Podrían aumentar sus ingresos con una producción artesana de calidad en cueros, armas, cerámicas que podría añadirse a la exportación de vino y aceite. Pues, además se habían introducido los cultivos arbustivos y acusaron una disminución en su producción cerealística viéndose en la necesidad de importar el grano. La única forma de paliar esta penuria de grano era mediante la potenciación del artesanado. En Atenas, el término *epigeomoroi* «los que están junto a los labradores» acusa la existencia de esta actividad artesana paralela a la agrícola. Aquella actividad artesana posibilitada a un hombre libre el trabajo por cuenta propia sin tener que depender de nadie. Esta variante se opone a la concepción de los *demiourgoi* de época homérica, que



Terracota de Beocia, de finales del siglo VI a. de C. Grupo de panaderos.

eran artesanos de la comunidad. La actividad artesana conoció un desarrollo precoz en Corinto, Eubea, Egina, islas del Egeo y Jonia. Según P. CHANTRAINE los términos *cheirotechnai* y *cheironactes* acusan el carácter manual de su actividad, pero también hacen referencia a unos orígenes aristocráticos arcaicos. Estas ciudades contaron probablemente desde mediados del siglo VII a. de C. con un volumen importante de producción cerámica. Así, hacia finales del siglo VIII Corinto la exportó en gran cantidad, junto con sus aceites perfumados, por todo el Mediterráneo. Los *aryballoi* de vivos colores acreditan para el siglo VII la proliferación de los talleres artesanales. Sin duda, la familia dirigente de los Bacquiadas se interesa por este desarrollo, sobre todo a raíz de las fundaciones coloniales de Corcira y Siracusa; pero no debemos descartar la posibilidad de que junto a ellas surgieran iniciativas individuales de otros ceramistas. Egina no fabricó cerámica de lujo, pues utilizaba para su comercio la ática; en cambio, Calcis, Creta, Quíos y Rodas tuvieron un gran florecimiento, aunque su esplendor se redujo a períodos breves. Herodoto

hace referencia a otros tipos de objetos artesanales producidos por argivos y eginetas, según lo prueban sus fíbulas características. Los tejidos de lana de Mégara y otros objetos refinados de Jonia y de las islas fueron elementos del comercio y del intercambio. Por doquier hubo, pues, una clase artesana importante.

Pero, buena parte de los plebeyos procedían de la agricultura; unos en calidad de pequeños propietarios cultivaban sus tierras llevando una vida más bien miserable y otros trabajaban como *thetes*, «jornaleros», al servicio de los grandes propietarios. El siglo VII fue testigo del enriquecimiento de los ricos y del empobrecimiento de pequeños terratenientes; un fenómeno que debió ser muy similar en toda Grecia, porque en épocas de mala cosecha, los campesinos más pobres se vieron obligados a pedir préstamos en especie a sus vecinos más ricos. Por doquier se originó un proletariado agrícola miserable que vio cómo su única salvación era emigrar a la ciudad. Pero allí encontró una fuerte competencia en la masa de esclavos cada vez más numerosa. Otras alternativas les ofrecían las empresas ultramarinas o servir como mercenarios de los príncipes de Asia o Egipto. Un ejemplo de estos depauperados puede ser el de Arquílocos de Paros, perteneciente a una gran familia arruinada, que vivió una vida miserable y se estableció en Tasos, en donde dice «se había reunido toda la miseria de Grecia». Se trasladó a Siris (Magna Grecia) y a Eubea, y se alistó como mercenario, y por fin moriría en un combate librado entre las islas de Paros y Naxos.

La crisis social del siglo VII, según algunos, se originó también en el cambio del sistema de cultivos, al sustituir los cereales por la vid y olivo, pues sólo los ricos podían llevar a cabo una empresa rentable a largo plazo. Pero tampoco se ha de olvidar que los cereales griegos tuvieron que sufrir la dura competencia de los de las colonias y Egipto que eran mejores y más baratos. Todo ello incidió en la progresiva ruina de los pequeños propietarios, cuyo número, por otra parte, se incrementaba con los sucesivos repartos entre los herederos. Hesíodo menciona las terribles deudas del pequeño campesino que al poner la tierra y aun su propia persona como garantía, terminó perdiendo la posesión y aun su propia libertad. En Atenas, éstos, endeudados con la tierra como garantía, se comprometían a pagar un sexto de la cosecha: se le llamó *hektémoroi*. Por el aumento de la deuda cuando la cosecha era mala o la familia larga, les condujo a una auténtica condición de esclavos y aún a la venta de estos hectémoros como tales esclavos. Solón acabaría con esta lacra social y abuso de los más ricos prestamistas.

f) *La lucha de clases.* Esta situación de desequilibrio hizo que las clases bajas se consumieran en penas. Así se expresa Hesíodo: «pues cualquier cosa es mejor que abandonar la ciudad y sus campos fecundos para ir a mendigar aquí y allá, llevando a la venerada madre, al anciano padre, a los hijos de corta edad y a la mujer que se ha desposado virgen».

El mal se extiende por toda Grecia, pues la nueva economía empobrece al pobre y enriquece al rico. Lo que no prevee Hesíodo, conformista, es que la plebe acabaría por agruparse. La desgracia unió a los humildes, cada vez más numerosos; pues, no todos los descontentos huyen a las colonias. Se agrupan y forman una hermandad que lucha por doquier contra las familias ilustres. Conocemos la matanza de Basilides en Efeso y Eritrea; Codridas en Focea, Pentilides en Mitilene, Geomoros en Samos, Neleidas, proscritos en Mileto. Aunque esta lucha, es preciso consignarlo, no siempre fue cruenta.

Teognis de Mégara explica bien la rabia de la aristocracia vencida por el pueblo: «Nuestra villa es todavía una villa, pero ya habitan en ella otros que en otro tiempo eran extraños a todo derecho y a toda ley; llevan a sus espaldas pieles de cabra y apacientan sus ganados extramuros, como los ciervos. Y ahora ellos son los buenos y los buenos se han vuelto malos... El orden ha quedado destruido y no hay reparto equitativo, pues son los mercaderes los que mandan. ¡Ojalá pudiera yo beber su sangre! El corazón del hombre se contrae cuando ha recibido una injuria y se dilata con la venganza.»

Precisamente, en contra de la venganza particular practicada por el *genos*, Hesíodo preconiza la ordenación legal de las relaciones entre el individuo y la sociedad. Pero, esta pretensión hesiódica era para entonces ilusoria; sólo un poder dictatorial, los legisladores y tiranos, reducirían las atribuciones de los que se sentían dueños de la tierra y del cielo.

5. Los legisladores

Las comunidades políticas disponían de una serie de normas, *themistes*, cuyo origen entendía la nobleza les correspondía por decisión divina y se manifestaba en los oráculos. A través de las consultas las recibían, las aprendían y las mantenían en su memoria. Al no ser consideradas como una creación humana tenían que ser anteriores a la propia comunidad. Las *themistes* se confirman como normas que transcienden al ámbito familiar y, por consiguiente, son normas de carácter colectivo, además de sagrado. En las diferentes ciudades se mantuvo este derecho consuetudinario que evidentemente no suponía una justicia recta, sino arbitraria, en función de los propios intereses de la nobleza. Hesíodo se lamenta de los juicios tortuosos de los basileus o nobles, corrompidos y egoístas. Esta situación se tornará mucho más crítica con la crisis social. Una de las reivindicaciones más importantes de los descontentos fue la fijación de leyes escritas, establecidas objetivamente para todos. Esta exigencia fue mayor a medida que la escritura se propagaba y resultaba viable fijar aquella tradición que los nobles interpretaban a su medida. Muchos nuevos ricos comerciantes que no siempre eran de sangre noble se unieron a los desheredados para arrebatar el poder a la nobleza tradicional. La nobleza y los ricos burgueses terminaron por entenderse. Así, el poder entró en una vía reformista sirviéndose de mediadores propuestos por ellos mismos, los *aisymnetai*, término que en Homero significa «árbitro del concurso o certamen». También se les conoce como *dialactai*, «mediadores», *thesmothetai* (Atenas) y *nomothetai;* se les encomendaba redactar códigos que garantizasen el orden en la ciudad. Estos árbitros debían llevar a cabo una revolución pacífica al tener que atender las peticiones de los estratos más bajos de la sociedad. Su misión tenía una duración limitada a cinco o diez años; sólo en algunos casos era vitalicia. Generalmente durante este tiempo se les concedía poderes absolutos; por eso Aristóteles les denomina *tiranos-electivos*. Después de haber cumplido su misión se reincorporaban a la vida ordinaria. Con su labor evitaron casi siempre cualquier tipo de violencia. Conocemos el nombre de alguno de ellos: Pítaco de Mitilene, Aristarco de Efeso.

Las ciudades coloniales de la Magna Grecia y Sicilia, en las que pesaba menos la fuerza de la tradición, fueron probablemente las primeras en disponer de leyes escritas, *nomoi*. Como en ellas convivían inmigrantes de clases sociales distintas, y que se regían según normas civiles diferentes, surgió la necesidad de redactar unas leyes que afectasen a todos por igual, pues también todos por igual iniciaban una nueva vida y todos participaban en la común empresa. La tradición ha conservado los nombres de tres de los *nomothetai* más antiguos: Zaleuco de Locros, Diocles de Siracusa y Charondas de Catania. Los dos primeros bastante mitificados, como Lycurgo de Esparta. Las leyes que se les atribuye se centran básicamente en los casos referentes a venganzas privadas para las que se establecen diferentes tipos de penas, a veces extremadamente severas. La legislación de Zaleuco, hacia 663 a. de C., cambió la forma de la constitución, pues la base de las leyes y del poder era la religión; formaban parte de la asamblea los mil ciudadanos más ricos y a ella competía establecer las leyes y nombrar a los magistrados. El poder supremo lo detentaría el *kosmópolis*. Zaleuco sitúa la jurisdicción de la polis por encima de la privada, de modo que elimina la venganza personal e impone la obligatoriedad del arreglo entre partes; para los posibles casos de sentencias injustas introdujo el sistema de apelación. Prohibió los préstamos de dinero y la enajenación de los lotes de tierra familiares; limitó el consumo de vino o de objetos suntuarios. Este código se mantuvo en vigor sin apenas experimentar variaciones durante casi tres siglos.

Charondas vivió también a finales del siglo VII a. de C. y redactó su código en verso, que destacaba por su esmerado carácter formal y por la precisión de su contenido. La constitución de Catania era más democrática que la de Locres, pues todo el pueblo formaba parte de la Asamblea; tribunales populares se encargaban de la administración de la justicia. Suprimió también la tradicional venganza privada; cualquier tipo de crimen o delito tenía dos sanciones: reparación de daños y perjuicios, debiendo costear el culpable el doble del daño ocasionado y, por otra parte, se añadía el castigo del delito. El derecho privado se restringe; así el padre pierde toda autoridad sobre los hijos

una vez que han abandonado el hogar; la mujer tiene personalidad jurídica propia y se permite el divorcio. Las autoridades públicas se encargaban de controlar el ejercicio de la patria potestad sobre los niños y la delación de la tutela. El patrimonio familiar podía ser enajenado. Este código señala un hito en la historia institucional, pues, el régimen democrático, el individualismo y la ley sustituyen a la aristocracia, al parentesco y a las costumbres. Según Charondas, tal régimen sería efectivo si se tenía en cuenta la valía del individuo y su esfuerzo personal, por eso cada ciudadano debe cumplir una serie de obligaciones: ser solidario, ser moderado, respetar a los magistrados y prescindir del derroche en objetos de lujo. Este código fue copiado por Regio y Cime, así como por otras muchas ciudades de Sicilia, Tracia, Calcidia. Mal conocidas son las leyes de Fidón de Argos y Dracón de Atenas, contemporáneos de Charondas. En la misma Grecia otros legisladores redactaron algunas constituciones que prácticamente no tuvieron en cuenta las leyes precedentes: así, Filolarco en Tebas y el código de Gortina que recogía una tarifa de multas. De finales del siglo VII a. de C. es la legislación de Eleunte, en la que se suprime la responsabilidad colectiva. Luego vendrían legisladores bien conocidos, como Pítaco de Mitilene, o Solón de Atenas, que más adelante estudiaremos.

6. La tiranía en el mundo griego

a) *Definición, origen y caracteres.* Las reformas que proponían los legisladores, en su mayoría representaron un compromiso entre las reivindicaciones populares y los intereses de los aristócratas. A pesar de sus grandes esfuerzos no pudieron poner fin a la crisis. Esas soluciones provisionales evitaron, al menos, el derramamiento de sangre. Se produjo en muchas partes el establecimiento por la violencia de un poder personal y al que lo detentaba se le denominó «tirano». Aquél que se hace con el gobierno de esta manera y quiere conservarle por la fuerza es distinto del *basileus* que desempeña una autoridad legítima, porque la ha heredado; y del legislador, que ha sido designado por la mayoría de los ciudadanos para la función que se le ha encomendado. La tiranía, movimiento con connotaciones revolucionarias, por tanto, constituye un tipo de tiranía por usurpación, distinta de la tiranía electiva del legislador.

El término *tyrannos* parece claramente emparentado con el etrusco *turan*. En Etruria vemos este término formando nombres de reyes y nobles: Turno, Iuturna. No conocen el vocablo los escritores más antiguos como Homero y Hesíodo. Surge por vez primera en Arquíloco de Paros: «No me importan las riquezas de Giges rico en oro, ni me ha dominado la ambición, ni envidio las acciones de los dioses y no codicio la soberbia tiranía.» Además, por entonces, el término tirano no tenía valor peyorativo, pues significaba «dominio» y era palabra del lenguaje doméstico. Posteriormente, durante las luchas políticas que siguieron a la caída de los regímenes oligárquicos, pasó a significar el nuevo poder que gobernaba en la polis. A juicio popular, el tirano dirige a la plebe contra la nobleza o al noble contra el más rico. Esta lucha social tenía un objetivo concreto: la transformación de la estructura ciudadana.

Sin embargo, al generalizarse este modo irregular de acceso al poder, al comprobar los abusos a que conducía y los medios expeditivos a que acudía, fue unánimemente juzgado con dureza. Así dice Alceo hablando de Pítaco: «El que han puesto de tirano en esta ciudad mísera y sin temple es el malnacido Pítaco.» También Solón, que pudo y no quiso ser tirano, aunque se vio empujado hacia ello por un fuerte sector ciudadano, se expresa así: «Respeté a mi patria y no me entregué a la amarga violencia de la tiranía, manchando y deshonrando mi fama; no me avergüenzo de ello, pues creo que así superaré más a todos los hombres Se generalizó, pues, la calificación peyorativa de un régimen que entendían no era monarquía, ni oligarquía, ni democracia, pero que tomaba los defectos de cada uno de ellos. Además, accedían al poder por el engaño o la violencia para colocarse por encima de todos los magistrados tradicionales y de las leyes; y pretendían hacer ver que el derecho y la ley emanan de su arbitraria voluntad.

En general, el tirano llegaba al poder después de haber desempeñado una

alta magistratura o de una importante carrera militar. Una vez dado el golpe de Estado con el apoyo de la masa popular, y en nombre suyo, el tirano constataba que su persona carecía de títulos o antecedentes tradicionales, y por ello, hubo de reivindicar a los ojos del pueblo una especie de investidura carismática. Es consciente de que debe legimitar lo más rápidamente su poder y hacerlo hereditario; pero para ello debía tener en cuenta las instituciones. A su vez, tampoco el tirano podía asumir el título de rey, ya desprestigiado. La excepción que confirma la regla la tenemos en una zona periférica, Cirene, en donde bajo la dinastía de los Batiadas un tirano se transformó en *basileus*. Así pues, el tirano deberá buscar extraconstitucionalmente una legislación de su poder. Y, para mejor conseguirlo, invocará un derecho divino y para ello se como una legitimación de su poder. Invocará un derecho divino y para ello se manifestará falsamente como una persona religiosa y temerosa del dios. Su farsa continuará al mandar construir templos, al instituir fiestas religiosas nuevas. Aristóteles dejó constancia de esta política: «Es preciso que el tirano demuestre una piedad ejemplar ya que los súbditos temen menos sufrir alguna injusticia de un señor, si creen que es piadoso y honra a los dioses.»

b) *Causas de su aparición.* Según parece, los regímenes tiránicos se dieron en aquellas ciudades más evolucionadas desde el punto de vista político, social y económico. Tucídides (I, 13,1) es el primero que relaciona la génesis de la tiranía y los inicios de un expansionismo ultramarino: «Al hacerse Grecia más poderosa y adquirir aún más riqueza que antes, surgieron, en general, en las ciudades, tiranías; pues los ingresos crecían (antes había monarquías hereditarias con atribuciones limitadas) y Grecia comenzó a equipar escuadras y a ocuparse más del mar.» A su vez, Herodoto (III, 122, 4) dice que: «Polícrates (de Samos), es, que sepamos, el primero de los griegos que pensó en el imperio del mar, aparte de Minos de Cnossos y algún otro anterior.» La Grecia del siglo VII a. de C. conoció un gran desarrollo económico que produjo trastornos en la posición de la aristocracia, pues la única diferencia que existía entre ésta y los nuevos ricos era el linaje o ascendencia. En efecto, éstos eran los únicos que podían apoyar con su dinero y su reclutamiento de mercenarios las aspiraciones de los desheredados. Lo refrenda también Tucídides: «Como Grecia trataba, con mayor afán que antes, de adquirir riquezas, se vio cómo iban estableciéndose las tiranías a medida que aumentaban los ingresos pecuniarios.» Prevaleció, pues, el tirano donde los comerciantes pudieron reclutar mercenarios y resistir la oposición noble. Egina fue excepción porque allí la nobleza terrateniente se hizo todopoderosa.

Fidón (siglo VIII a. de C.), tirano de Argos, de la familia de Teménidas. Luchó contra Esparta. Expulsó a los eleos de Olimpia en beneficio de Pisa y dominó durante algún tiempo el Peloponeso. Fue, el primero en acuñar moneda en Grecia.

Hubo otras causas y modos de aparición de la tiranía. Así, en Argos, Fidón accedió al poder apoyado por los recién creados hoplitas. La oposición entre la aristocracia doria y la población predoria esclavizada debió aportar en el norte del Peloponeso los primeros tiranos. Y en Occidente, la amenaza del peligro bárbaro exterior haría necesario el nombramiento de jefes militares fuertes. En cambio, en el Asia Menor dominada por los persas, los tiranos de las ciudades griegas sólo fueron gobernadores a las órdenes del Gran Rey. En todo caso, la aparición de la tiranía fue el modo que encontró la plebe para romper la defensa que la nobleza venía haciendo de sus privilegios, y esto sólo lo pudieron hacer hombres de prestigio apoyados por un fuerte partido popular.

c) *Difusión.* Podemos establecer tres grandes áreas de difusión de la tiranía: en torno al istmo de Corinto, en el occidente griego (Sicilia y Magna Grecia) y en Anatolia con las islas adyacentes.

Mitilene, Mileto, Samos y Naxos. Conocieron todas ellas la tiranía a finales del siglo VII y principios del VI a. de C. Los más antiguos tiranos parece que surgieron en Efeso, con Pitágoras, y en Mitilene. Antes de la instauración de la tiranía, la ciudad de Mitilene (Lesbos) estaba gobernada por el genos aristocrático de los Pentilidai, que se decían descendientes de un hijo de Orestes. A su caída se inició una lucha sin cuartel entre las facciones aristocráticas. A una de ellas pertenecía Alceo, cuya obra nos permite reconstruir este periodo comprendido entre el 620 y el 570 a. de C. Los tiranos pertenecían a estas familias aristocráticas (Pentilidai, Keanactidai) o a otras similares. Según parece, se había proclamado tirano un tal Melancros, que fue asesinado y sucedido por Myrsilo. Se fragua una conspiración contra éste último en la que Pítaco traicionó su juramento, cambió de bando y terminó

convirtiéndose en tirano. El propio Alceo (frag. 129) nos describe el juramento hecho por los conspiradores ante los dioses de Lesbos. Acusa a Pítaco de conducir al demos a la ruina y advierte al pueblo que será engañado. Pero el partido de Alceo no obtuvo el voto de la ciudad pues el pueblo eligió a Pítaco en calidad de legislador por un periodo de diez años. Elaboró una partida de leyes destinadas a restringir la competencia aristocrática, limitó los gastos suntuarios de los funerales e impuso una constitución dirigida hacia una mayor justicia social.

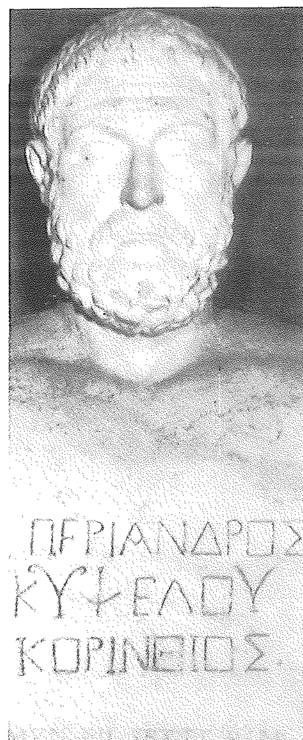
La tiranía de Samos está vinculada al nombre de Polícrates que desarrolla su actividad en la primera mitad del siglo VI a. de C. Descendía de una familia aristocrática que ya había desempeñado altos cargos. Los samios destacaban fundamentalmente por su marina comercial, aunque el poder le detentaba una pequeña oligarquía poseedora de las tierras. Polícrates dirigió una revuelta contra ellos y se hizo con el poder. Fue ayudado por otro tirano, Ligdamis de Naxos. Según parece, Polícrates no empleó la violencia para hacerse con el poder, lo cual indica que culminó un proceso que ya estaba en marcha.

Según Heródoto, Trasíbulo pudo acceder a la tiranía en Mileto cuando dirigía el ejército contra Aliacte (Lidia). Ya dueño de la situación, mantuvo excelentes relaciones con otros tiranos como Periandro de Corinto y Aliacte de Lidia. La tiranía de Trasíbulo coincide con la época de mayor expansionismo ultramarino y prosperidad de las numerosas colonias que se fundan en el Ponto Euxino y el control que Mileto ejerciera sobre el comercio de grano. Prontamente situó a la isla en el primer plano económico. Mantuvo el predominio de Mileto sobre las Cícladas y en ocasiones actuó como intermediario entre los griegos europeos y minorasiáticos. A su vez, firmó un pacto con Amasis de Egipto. Mileto y Samos eran rivales, tenían en Naucratis intereses comunes y lucharon por conseguir la hegemonía mercantil en el Mediterráneo. Ya en la guerra lelantina cada una de ellas había tomado un partido diferente ayudando bien a Calcis, bien a Eretria. Polícrates inició una guerra contra Mileto a la que ayudaban los de Mitilene. La victoria de los samios les permitió asegurar cierto control sobre las tierras asiáticas del interior.

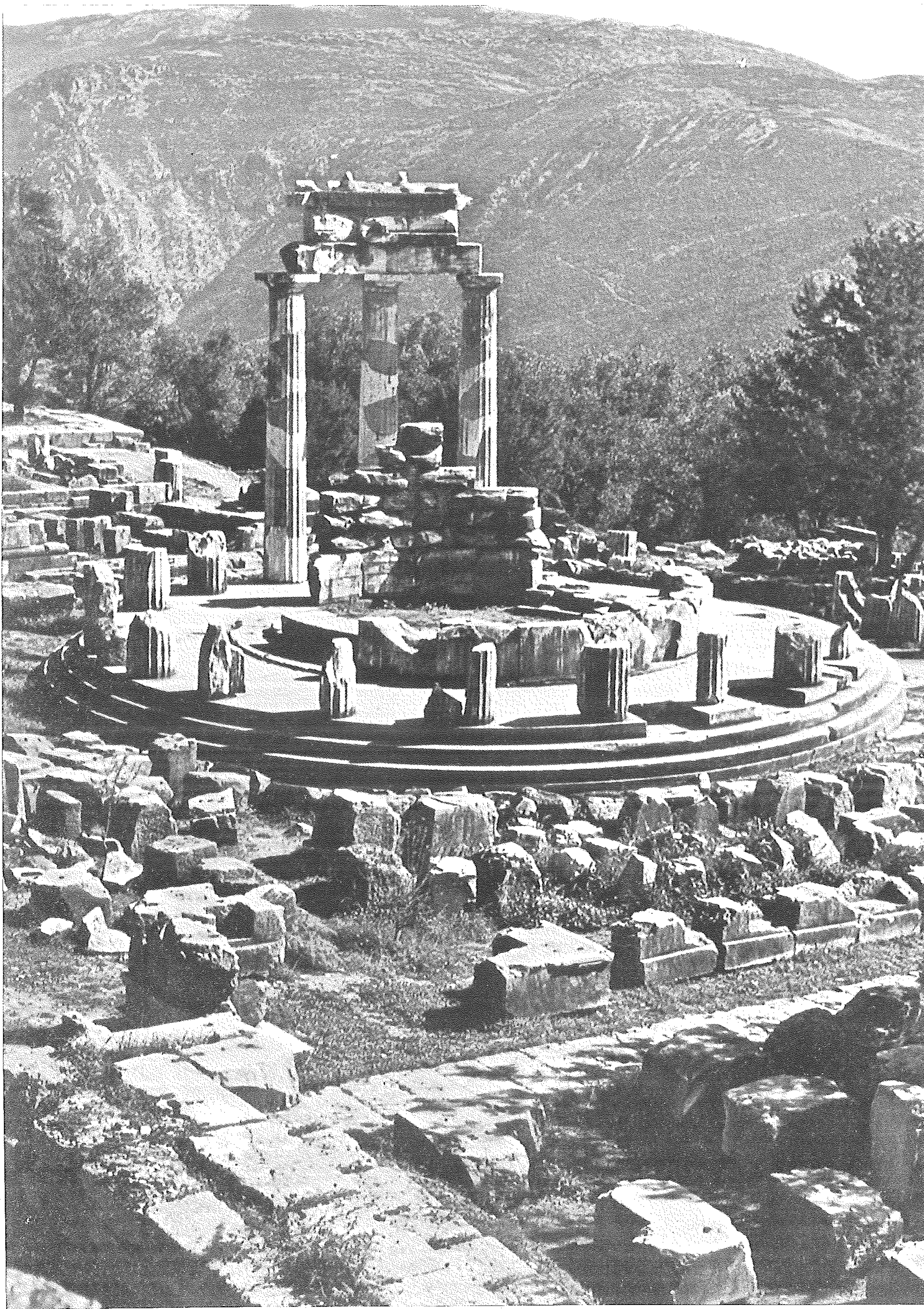
El Istmo. Cinco fueron las ciudades, en el entorno del istmo de Corinto, en las que la presencia del régimen tiránico se hace más acusada: Sicione, Corinto, Epidauro, Mégara y Atenas, de ésta última nos ocuparemos con más detalle en otro capítulo. Todas ellas presentan muchas analogías: El tirano es el exponente de un grupo de comerciantes arriesgados y abiertos al exterior; al amparo del santuario de Delfos intentan crear un imperio colonial; para hacerse más fuertes propician matrimonios entre los hijos de los tiranos; y en lo económico desarrollan la moneda. Entre los tiranos hay que destacar a los Ortagóridas de Sicione, a los Cipsélidas de Corinto, a Teágenes de Mégara y a Procles de Epidauro.

Sicione controlaba las vías que por occidente accedían a Corinto. En la segunda mitad del siglo VII a. de C. Ortágoras desempeñó el cargo de polemarco y se apoderó del poder al mando de sus hoplitas. El régimen tiránico, según la tradición, duró unos cien años, hasta mediados del siglo VI a. de C. Según Aristóteles, el éxito de la tiranía ortagórida se debió a la popularidad y benevolencia de sus jefes y a la habilidad militar del sucesor de Ortágoras, Clístenes. La política exterior se basó fundamentalmente en dos pilares: un expansionismo hacia la costa de Acarnania y el Epiro y la consolidación de alianzas matrimoniales. Heródoto alude al matrimonio de Agarista, hija de Clístenes con el ateniense Megacles, hijo de Alcmeón; de ahí la ingerencia de Sicione en la vida pública de Atenas.

Según Heródoto, Sicione llevó a cabo diversos intentos para librarse de la influencia de Argos; prohibió recitar *La Ilíada*, porque glorificaba a los héroes de ascendencia argiva y abolió el culto del héroe argivo Adrasto, que fuera gobernador de Sicione, sustituyéndole por el del tebano Melanipo, personaje mítico, adversario de aquél. La enemistad entre Sicione y Argos surgió en la época en que esta última quiso extender su hegemonía por toda la Argólida, llegando a someter temporalmente a Sicione. Clístenes llevó a cabo una prudente medida de protección a la plebe añadiendo a las tres tribus existentes una cuarta, integrada por aquéllos que aún no habían obtenido el derecho de ciudadanía y estaban al margen de la vida política.



Periandro, tirano de Corinto, hijo de Cipselo. Su nombre figura en la historia entre los Siete Sabios de Grecia.



Corinto fue una de las ciudades más antiguas en desarrollar un fuerte comercio ultramarino. Se enriqueció sobremanera mucha gente noble que introdujo un espíritu abierto capaz de contrarrestar el poder de la nobleza tradicional. Un relato de Heródoto, aunque legendario, nos permite intuir los movimientos que ya de antiguo se hicieron contra la aristocracia terrateniente; cuenta que Cipselos (*kypselos* significa «jarrón», «cofre»). Recibió del oráculo de Delfos la orden de adueñarse del poder: se suele datar este acontecimiento hacia 655 a. de C. El tirano más conocido y célebre de la dinastía Cipsélida fue Periandro (625-585), quien por sus sabias leyes pasaría a integrarse en el grupo de los «Siete Sabios» de Grecia. Su política, como la de todos los tiranos corintios, fue doble: propiciar amplias obras públicas y acrecentar el comercio. Con este fin Corinto fabricó las poderosas trirremes de gran calado y rapidez; proyectó la apertura del istmo de Corinto y facilitó el paso de las naves desde el golfo Sarónico al golfo de Corinto sobre una vía empedrada y con canales para las ruedas de las plataformas sobre las que se cargaban éstas. Amplió por doquier el campo de comercio y entre otras medidas sometió a Coercira y Epidamno, mientras añadió colonias en Ambracia, Leucade y Apolonia o Potídea en Calcidia. También inauguró las famosas cecas corintias del Pegaso. A estas y otras medidas, que pusieron el comercio de Corinto y sus cerámicas al más alto nivel y condiciones de competitividad, añadió Periandro las medidas internas correspondientes, principalmente desarrollando industrias que utilizaban materias primas importadas de las colonias. Al mismo tiempo legisló en favor de los artesanos y humildes, mientras limitaba el lujo de los poderosos. Hizo grandes construcciones como el templo de Apolo e inauguró los Juegos Istmicos; patrocinó el culto del Poseidón. Por otra parte, trató de favorecer las relaciones con las otras grandes potencias comerciales, especialmente con Atenas y Mitilene; aunque se enfrentó con Mégara y Egina, rivales suyas comerciales en el golfo Sarónico.

Mégara es también, como Corinto, una de las más ricas ciudades colonizadoras. Contaba con dos puertos: el de Pagas en el Golfo de Corinto y el de Nisea en el Sarónico. Su actividad colonizadora queda manifiesta en sus fundaciones en la Póntide. Sin duda, el principal apoyo en la consolidación del régimen tiránico vino del grupo de comerciantes-navegantes. Al frente de los conspiradores estaba Teágenes, quien derrocó a la oligarquía que monopolizaba el comercio ultramarino. Poco sabemos acerca de este personaje que se transformó en tirano hacia 640 a. de C. Teágenes no pudo lograr que Mégara fuera una gran potencia militar. Una de las causas de su caída, la más importante, fue el verse rodeada de vecinos muy poderosos; entre otros, los corintios, que contaban con mejores naves y puertos bien situados, lo que les permitió ejercer el control en ambos golfos. Otro enemigo fue Atenas con la que entró en liza por la posesión de Nisea y la isla de Salamina. Los atenienses bajo Solón se apoderaron de Salamina, lo que acarreó la impopularidad de Teágenes. Más tarde perdieron también el puerto de Nisea. Al fin, Mégara y Atenas llegaron a un acuerdo para que Esparta arbitrara esta situación, decidiendo que Atenas devolviera Nisea a los megarenses y que se quedase definitivamente con Salamina. También Mégara terminará por perder su floreciente posición comercial que le disputaban Corinto y Atenas. Colaborará con Atenas en las Guerras Médicas y en las batallas de la Guerra del Peloponeso. Por ello, la democracia vigente al estilo ateniense impidió todo intento posterior de tiranía.

Sicilia y Magna Grecia. Las ciudades del Mediterráneo occidental conocieron la presencia de los regímenes tiránicos en época más tardía ya que en ellas no se produjeron las tensiones sociales que condujeron a Grecia a su instalación; en ellas existía una mayor cohesión entre sus ciudadanos. Estas tiranías del Mediterráneo occidental, cuya aparición se retrotrae a la época clásica, estuvieron condicionadas por el ambiente del área colonial, especialmente por sus luchas intestinas, contra los aborígenes o contra el expansionismo de Cartago. Pero estos acontecimientos son objeto de estudio posterior.

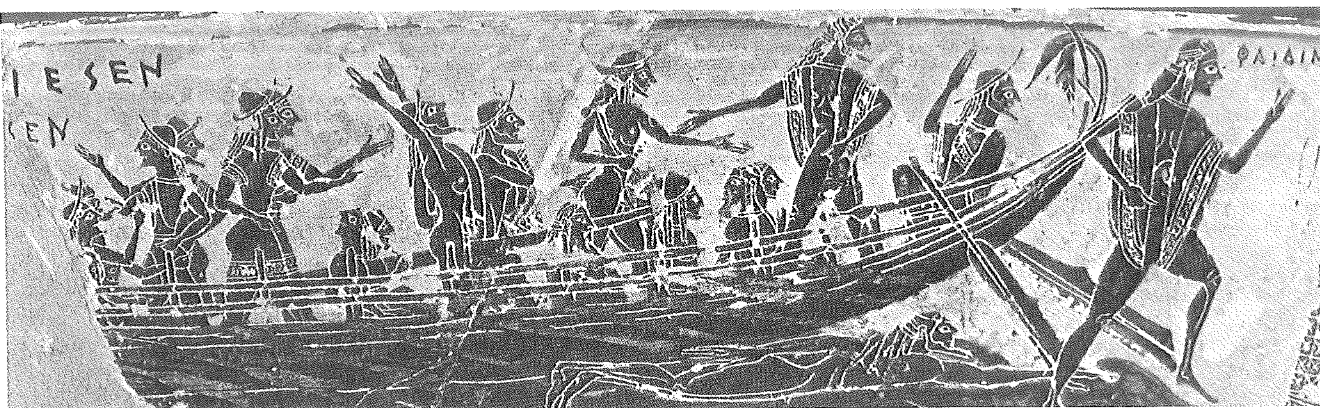
d) *La obra política, social y económica de los tiranos.* El estudio de la tiranía griega evidencia que los tiranos, en su intento de perpetuarse en el poder, siguieron una prudente política: respetar en lo posible y al menos aparentemente la constitución e instituciones políticas tradicionales; favorecer económicamente a los humildes, al mismo tiempo que promovían iniciativas económicas de industria y comercio capaces de enriquecer a la mayoría de

Thólos del santuario de Delfos.

ciudadanos; promocionan obras públicas útiles o suntuarias: revitalizan los cultos más populares, festejos públicos religiosos o privados (dionisíacas, juegos, etc.). Es así que, por ejemplo, nunca vemos que traten de abolir la constitución vigente; simplemente añaden algunas normas supletorias. En las ciudades en las que hay Asamblea, el tirano procuró servirse de ella halagando y domesticando a la masa popular. Se rodean de guardia personal que impone respeto a los rebeldes, mientras prohiben la tenencia de armas, destierran a los más peligrosos cabecillas o retienen como rehenes a los hijos de los oligarcas. Cuando se ven en peligro o tienen que combatir con las armas a los oligarcas, solicitan la ayuda de un tirano vecino: Pisístrato fue ayudado por Ligdamis de Naxos. Así dice Trasíbulo a Periandro: «es necesario cortar las espigas que sobresalen». Ello no quiere decir que acudieran al crimen sistemático como medio; aunque se les llamó «bebedores de sangre» no fueron implacables con sus enemigos; pero si no es común el crimen, el destierro del enemigo se hizo frecuente. Más bien protege al amigo y su acción es social y económica. Teágenes se granjea la simpatía del pueblo con un acto simbólico: degüella los rebaños de los oligarcas mientras estaban reunidos en el abrevadero. Limita las tierras de pastos y reparte el resto. Cipselo confisca las tierras de los ricos para repartirlas entre los pobres. Clístenes cuando fue tirano de Sicione, sustituyó los étnicos tradicionales de las tribus dorias —hileos, dimanes y pamphiloi— por los insultantes de «cochinos», «asnos» y «cerdos», bautizando a la nueva tribu que creó, no doria, con el nombre de *archelaoi*, «jefes del pueblo». Los cipsélidas ordenaron que se distribuyesen entre el pueblo las tierras confiscadas. Pisístrato les concedió préstamos para que plantasen en sus tierras viñedos y olivares. Pero los tiranos no deseaban ver a los campesinos en la ciudad. En concreto Periandro les prohibió que fueran a ella y que participasen en los debates políticos; para que los campesinos no se sintieran atraídos por la ciudad y pudieran incrementar el proletariado urbano, porque con ello acentuaban el paro e incrementaban la miseria, instituyó tribunales locales diseminados a lo largo y ancho de la campiña corintia. Pisístrato también creó jueces itinerantes en el campo.

Pisístrato (600-527 a. de C.), tirano de Atenas. Fue el jefe de los diacros (campesinos pobres). Tomó el poder por la fuerza en el 560 a. de C. Después de ser derrocado y exiliado en dos ocasiones, volvió de nuevo al poder, después de diez años de exilio. Después de su vuelta, gobernó con prudencia, favoreciendo la agricultura y el comercio; erigió numerosos monumentos. A su muerte le sucedieron sus hijos Hipias e Hiparco.

Los tiranos procuraron desarrollar su prestigio mediante una política de construcciones públicas que, al tiempo que perpetuaban la memoria del tirano, renovaban las ciudades y daban trabajo a los desempleados. Según



Cerámica de figuras negras.

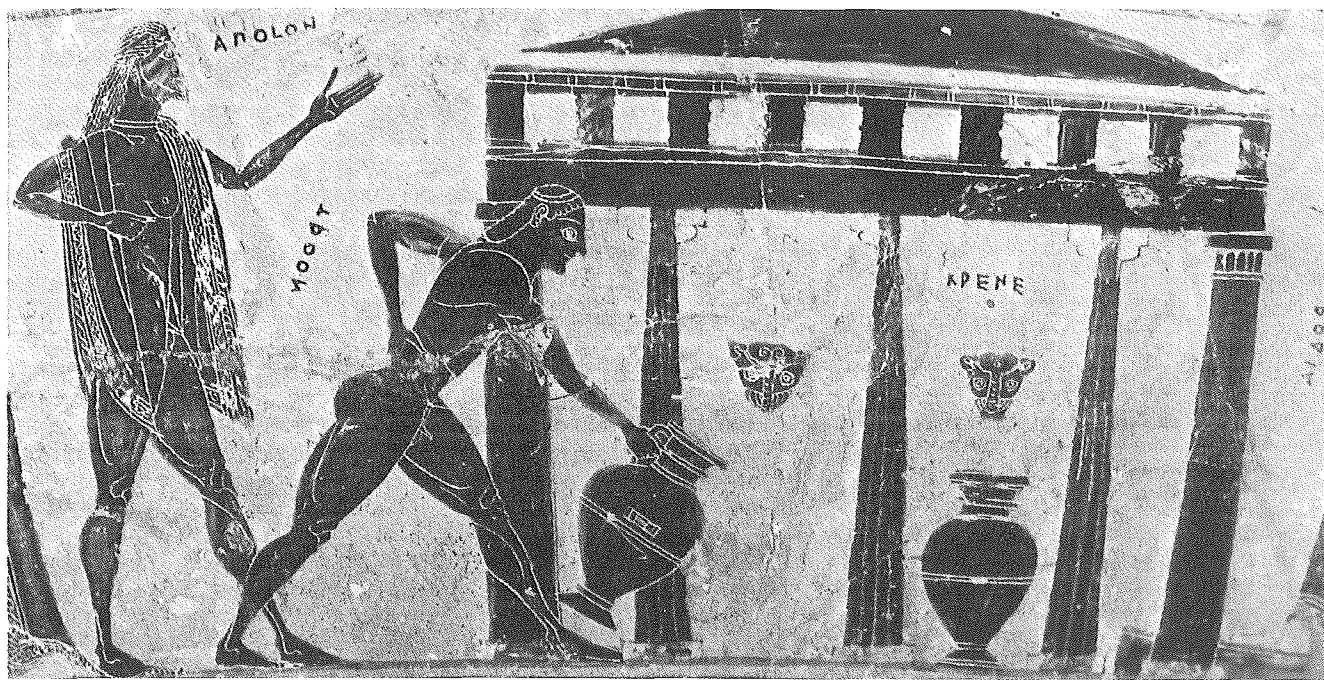
Aristóteles, esta política apuntaba también al castigo y empobrecimiento de los ciudadanos ricos y nobles, obligándoles a un trabajo forzoso y no remunerado en las obras públicas; al decir del filósofo, agotados por el cansancio cotidiano, no tenían tiempo de conspirar.

Otra de las grandes preocupaciones de los tiranos la constituyó la religión. El culto popular de Dionisos ocupó en Atenas y en Corinto un lugar destacado, merced a la labor de Pisístrato y Periandro. A su vez instituyeron brillantes fiestas que eran motivo de atracción de los extranjeros. De esta manera consiguieron entusiasmar al pueblo con piadosas distracciones. Así,

Clístenes de Sicione organizó unos juegos en honor de Apolo Pitio; Pisístrato, las Panateneas y las Grandes Dionisíacas y Periandro, los concursos ístmicos. Tuvieron muy en cuenta mantener buenas relaciones con el oráculo de Delfos que, generosamente obsequiado, les proporcionaba un gran apoyo; prueba de ello es que Cipselo se hizo reconocer *basileus* por la Pitia.

Los tiranos favorecieron también a los poetas y artistas, aunque lo hicieron en función de sus propios intereses. En sus cortes eran bien acogidos siempre y cuando cantasen su gloria. Así, Periandro protegió a Arión y los Pisistrátidas a Anacreonte y Simónides, y fueron los protagonistas y patrocinadores de la primera edición de los poemas homéricos. Clístenes contó con la colaboración de dos escultores de Creta, Dipoinos y Escilis. Pisístrato hizo llegar a Atenas a los más afamados artistas griegos de la arquitectura y la escultura que entre otras obras construyeron la hermosa fuente de Callirrhoe con nueve caños y dotaron a Atenas de numerosos y bellos templos.

Pero, pese a esta indiscutiblemente beneficiosa labor, filósofos, historiadores y poetas griegos lanzaron sus más hirientes palabras contra los tiranos; porque, decían, reinaban sin rendir cuentas, mientras el tirano se convierte en ser entregado a sus propios instintos, debe su excepcional poder a la fuerza y sólo por la fuerza y las precauciones policíacas puede perpetuarse. Es egoísta, disimulado, cruel, suspicaz. En torno al tirano todo es angustia, bajeza, adulación, disimulo, hipocresía.



Cerámica de figuras negras.

Se comprendería mal esta unánime reprobación, este duro lenguaje, si no supiéramos, por una parte, que: esta institución no es conocida sólo por fuentes aristocráticas; el tirano era el jefe de los humildes contra los ricos; y los humildes sólo podían plantear entonces sus reivindicaciones por medios revolucionarios y, en consecuencia, ilegales; la deposición de los tiranos fue inexorablemente hecha por los nobles y los ricos, al menos sólo nobles y ricos la combatieron; sólo hubo tiranos donde el partido popular era fuerte. Mas, por otra parte, también hay que comprender y tener en cuenta que los propios partidos populares y democráticos, llegaron, como en Atenas, a odiar y temer el régimen tiránico, porque: era personalista y el poder personal era contrario a los principios básicos griegos (desde Homero vemos al rey consultar a su pueblo); el ejercicio de la tiranía, para que fuera más tolerable, presuponía un equilibrio y ponderación que raramente se daba a lo largo de toda una vida.

De transitorio se convertía en vitalicio y aún hereditario. Por eso, en general, las ciudades no soportaron que perdurara más allá de la vida del instaurador. Y, si vieron con agrado su instauración, aplaudieron su deposición. Igualmente, quitaba toda iniciativa personal y exigía culto a la persona del tirano y aceptación previa de todos sus criterios; pero esto contrariaba el carácter voluble griego, inclinado y propicio a los cambios. Constituía, en fin, un régimen que a los griegos les recordaba el despotismo oriental. En conclusión, no era un régimen apto para el carácter liberal griego. Y el pueblo, que había ayudado a los nobles a eliminar a los monarcas, no quería verse ahora sometido indefinidamente a la voluntad de un aventurero que, además, en general, ni siquiera podía presumir de nobles y divinos antepasados.

BIBLIOGRAFIA

AMPOLO, C.: «Politica instituzionali e politica edilizia di Pisistrato». *Parola del Passato*, 28, 1973.
ANDREWES, A.: *The Greek Tyrants*, Londres, 1956.
——: «Phratries in Homer». *Hermes*, 89, 1961.
AUSTIN, M., y VIDAL NAQUET, P.: *Economies et societés en Grèce ancienne*, Paris, 1972.
BERVE, H.: *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967.
BRACES, L.: «Las tiranías y los desarrollos políticos y económicos sociales». *Historia y Civilización de los griegos*, Barcelona, 1982.
CATAUDELIA, M. R.: *Atene fra in VII e il VI secolo*, Catania, 1966.
CORNELIUS, F.: *Die Tyrannis in Athen*, Munich, 1929.
DAVERIO ROCCHI, G.: «Aristocrazia genetica ed organizzazione política arcaica». *Parola del Passato*, 28, 1973.
DIESNEVR, H. J.: *Griechische Tyrannis und griechische Tyrannen*, Berlín, 1960.
FINLEY, M. I.: *Storia della Sicilia antica*, Bari, 1970.
GERNET, L.: «Droit et ville dans l'antiquité grecque». *Extraits Soc. Berlín*, UNI (1957), págs. 45 y siguientes.
GITTI, A.: «Clistene di Sicione e le sue Riforme». *Mem-. Accad. Lincei*, 2, 1929.
HAMMOND, N. G. L.: *Studies in Greek History*, Oxford, 1973.
LANZA, D.: *Il tiranno e il suo publico*, Turín, 1977.
LARSEN, J. A. O.: *Greek Federal States*, Oxford, 1968.
LEANHY, D. M.: «The Dating of the Orthagorid Dinasty». *Historia*, 17, 1968.
LEVI, M. A.: *La Grecia antica*, Turín, 1963.
MASARACCHIA, A.: *Solone*, Florencia, 1958.
MEISTER, A.: «Das Tyrannen Kapitel in der Politik des Aristotels». *Chiron*, 7, 1977.
MOMIGLIANO, A., y HUMPHREYS, S. C.: «The Social Structure of ancient city». *Ann. Sc. Norm. Pisa*, III, 4, 2 (1972), págs. 331 y siguientes.
MOSSE, C.: *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969.
MUHL, M.: «Die Gesetze des Zaleucos und Charondas». *Klio*, 22, 1968.
NILSSON, N. P.: *The Age of the Early Greek Tyrants*, Belfast, 1936.
PUGLIESE CARRATELLI, G.: «Dal regno miceneo alla Polis». *Atti del convengo internazionale sul tema Dalla tribu allo stato*, Roma, 1961; *Accad. Naz. Lincei*, 1962.
SNODGRASS, A. M.: «The Hopüte reform-and history». *Journ. Hell. St.*, 85, 1965, 110 y siguientes.
TALAMO, C.: «Isteo ed Erodoto: per la storia della tirannia a Mileto». *Rend. Acca. Napoli*, 44, 1969.
VRE, P. N.: *The Origin of Tyranny*, Ca,bridge, 1922.
WATERS, K. H.: *Herodoto on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971.
WILL, E.: *Korinthiake*, Paris, 1955.

EL ESTADO ESPARTANO

A. Montenegro Duque
J. M. Solana Sainz

I. EVOLUCION HISTORICA DE ESPARTA

A pesar de que poseemos sobre Esparta una información literaria importante, estos testimonios deben ser analizados con profundo espíritu crítico, ya que, en general, tanto los historiadores antiguos como los modernos han puesto con frecuencia esta información al servicio de unos fines teóricos y partidistas. Los propios espartanos no han conservado nada escrito respecto a su propia historia, salvo algunos poemas y oráculos; no obstante, se ha podido reconstruir en líneas generales su historia militar, constitucional y cultural ya que el primordial papel político que ostentó en Grecia atrajo la atención de toda la literatura griega.

Para el período arcaico los poemas líricos de Tirteo y Alcman de Sardes, compuestos en Esparta entre 650 y el 600 aproximadamente, son aprovechables como fuentes contemporáneas. A ellos hay que añadir para los tiempos antiguos los resultados obtenidos por las excavaciones británicas en el santuario de Artemisa Ortia, fechados en los siglos VII y VI a. de C.

Contamos con mayor información para el periodo clásico: Platón, que redactó en su *República* una visión crítica de las instituciones espartanas, y las *Leyes* de Aristóteles. Esparta era en ambos un modelo histórico a imitar por una sociedad ideal y ambos autores coinciden en que lo malo del sistema espartano no eran sus métodos sino sus fines. Jenofonte fue autor de una *Constitución de Esparta*. Herodoto y Tucídides nos proporcionan también importantes relatos que se complementan con otros no menos objetivos de Polibio y Plutarco. En todo caso Esparta fue objeto de contradictorios juicios y afectos: se convirtió en refugio de los oligarcas de todas las procedencias; los políticos griegos conservadores la tomaron como modelo en la política y en el comportamiento social, fascinados por sus triunfos militares y la disciplina y sobriedad de sus ciudadanos. La subordinación del individuo y de su educación y vida privada a los fines del Estado convencía a todos aquellos que creían que la libertad debía supeditarse al orden y a aquella máxima espartana de que todos los ciudadanos destacasen por su valor y disciplina, lo que para ellos equivalía a destacar en todas las virtudes.

Plutarco (50-125 d. de C.), historiador griego. Estudió en Atenas y viajó por Grecia, Egipto y Roma. Fue sacerdote de Apolo en Delfos. Gran parte de sus obras se han perdido, las restantes se han clasificado en dos grupos: Vidas paralelas de Grecia y Roma, *y* Obras morales.

1. La formación del Estado espartano

Esparta, conjuntamente con Atenas, mostró ya su especial protagonismo desde los tiempos de la Grecia arcaica, en los siglos que cabalgan en el cambio de milenio (siglo XII al VIII a. de C.).

Estaba situada en la Laconia, en el sudeste del Peloponeso de cuya superficie de unos 10.000 km^2 ocupaba aproximadamente una tercera parte en una llanura baja y fértil, regada por el río Eurotas que desemboca en el golfo de Laconia y cerrada por el monte Taygeto.

El estado de Lacedemonia, el más antiguo, fue fundado por los aqueos a mediados del II mileno a. de C., es decir, a principios de la época micénica. Homero ha conservado en su obra el recuerdo de esta ciudad rica y poderosa bajo el reinado de Tíndaro y de su yerno Menelao, mientras Néstor reina sobre los aqueos occidentales de Lacedemonia, sobre Pilos. En el catálogo de naves incluido en el canto II de *La Ilíada*, Lacedemonia aportó 60 navíos para la expedición contra Troya. Diomedes (en Argos) y Agamenón (Micenas) ocupaban el resto del Peloponeso

A partir de 1200 el Peloponeso se ve amenazado por los dorios, que descendiendo por el norte, tratan de encontrar tierras de cultivo para su pueblo. Con la presión doria, los héroes de Troya se ven desplazados de sus reinos. *La Ilíada* nos habla de la llegada de estos dorios o Heráclidas; y es, según la tradición, Aristodemo quien tras apoderarse del alto valle del Eurotas, sometió toda la Laconia. Su reino lo heredaron sus dos hijos, Euristenes y Procles, de los que la tradición hace derivar la doble realeza, atribuyendo la fundación de Esparta al último de ellos. Sin embargo, resulta muy difícil concretar los pasos que llevaron a los dorios hacia el dominio de los reinos micénicos de Laconia. Hoy sabemos que la presencia doria se produjo de manera gradual y no masiva, en una época anterior a la caída de los palacios micénicos y que por consiguiente no está relacionada con el final de aquéllos. Puede aceptarse la idea de quienes dicen que los dorios puedieron haber prestado servicios militares y posiblemente civiles en los palacios. Se explicaría esta colaboración con los antiguos dueños de Laconia si tenemos en cuenta que por entonces todavía las diversas tribus griegas no tenían aún esa cerrada conciencia de grupo étnico diferenciado, ni mucho menos habría llegado a cuajar ese ideal militarista dorio que caracterizó su posterior actuación frente a eolios, aqueos y jonios. El primer autor clásico que utiliza el término dorio fue Píndaro, aunque con un significado político y no social. Por el contrario, Tirteo y Teognis en sus alabanzas a Esparta y Mégara destacan las cualidades de estas dos ciudades y de sus constituciones, pero no hacen alusión al dorismo. Por consiguiente debemos subrayar que originariamente no existieron ni costumbres, ni espíritu, ni razas jonias o dorias y menos aún, una conciencia étnica de estos grupos que sólo se diferenciaban en aspectos lingüísticos.

Una rama de los dorios llegó antes de 1000 a. de C. a la «hundida Lacedemonia», la fértil llanura del valle del Eurotas, y se afincó en ella. Según parece, en un principio se mantuvieron aislados de las otras comunidades griegas antiguas. Testimonios de restos micénicos en esta demarcación han sido detectados por la arqueología en Terapné, en donde existe un poblado que, al parecer, fue atacado en esta presión doria hacia el sur. También Amiclas sirvió de freno a la expansión doria hacia el mar; cuenta con numerosos ídolos micénicos y hay en Vafio tumbas que han proporcionado admirables vasos tallados. Luego los dorios se instalaron en las montañas formando núcleos aislados entre 1000 y 900. De este modo, conocemos desde mediados del siglo IX a. de C. cuatro aldeas u *obai:* Pitane, Mesoa, Cinosura y Limnai. Se unieron políticamente mediante un pacto, *sinoikismo*, a las que se añadió poco después en las mismas condiciones la *oba* de Amiclas. Con aquella última integración había nacido el estado de Esparta. En lo sucesivo cada espartano pertenece a una de las tres *filai* en razón de su parentesco de sangre y habita en una de las cinco *obai.*

La ciudad de Esparta, según parece, estuvo situada sobre el emplazamiento de la Lacedemonia aquea, pues en los medios griegos vecinos se la conocía como la «ciudad de los lacedemonios». Posiblemente no hubo una equivalencia total entre lacedemonios y espartiatas, pudiendo ser válida, aunque con algunas reservas, la diferencia que han querido hacer algunos historiadores según los cuales los espartiatas eran los ciudadanos que descendían de los conquistadores dorios mientras que los lacedemonios abarcarían el conjunto de la población de la región: *espartiatas*, *hypomeiones* y *perioikoi;* los *heilotai* no formaban parte de la comunidad. Hoy parece bien hacer una pequeña precisión a esta hipótesis y es que algunos aqueos de la sometida Amiclas recibieron el derecho de ciudadanía junto con los dorios. Además, aunque una de las dos familias espartiatas, la de los *Agiadas,* descendía de Cadmos, la otra, la de los Taltibiadas debió ser aquea, pues Taltibios era un heraldo de los Pelópidas. Por consiguiente no nos debe extrañar que el propio rey de Esparta Cleomenes I dijese de sí mismo que era aqueo. Por lo demás esta asimilación por la estirpe doria de gentes no dorias responde al estilo general del comportamiento indoeuropeo que entendía incrementar el poder de la tribu o gentilidad con la asimilación de gentes que fueran integrándose por pactos y convivencia pacífica. El hecho es tanto más explicable en aquella dura lucha con que los dorios hubieron de abrirse camino hasta dominar el Peloponeso meridional.

Los espartanos siguieron avanzando y anexionando territorios del sur del Peloponeso tras la anexión de Amiclae; en primer lugar los emplazamientos dorios de la llanura, la *perioikis*, cuya cuantía de comunidades se aproximaba a la treintena. Las tierras de los periecos permanecían en su poder y sólo pagaban tributo. Las tierras anteriormente conquistadas en torno a Esparta fueron repartidas en lotes, *kleros*. Hubo un tercer grupo social en este proceso de conquista, el de los *heilotai*, cuyo significado onomástico bien pudiera ser «cautivos de guerra» o «habitantes de Helos», aldea situada al sur de Laconia. En definitiva, las gentes sometidas a Esparta no fueron tratadas todas de igual manera. Algunos fueron admitidos en situación de igualdad con los espartanos, *isotimia*. Otros —los *perioikoi*— dejados en libertad, pero sometidos a fuertes impuestos, a prestaciones personales y a servir en la guerra en calidad de hoplitas y unos terceros —los *heilotai*— reducidos a servidumbre.

Una vez sometida Laconia, los espartanos dispusieron del golfo de Laconia con el puerto de Gyteion, distante 40 km de la capital. Dominaban pues, Aigytis al norte de Esparta, los cabos Malea y Tenara, Oitilos al pie del Taigetos, Ferai en el límite con Mesenia y en el sur la contigua isla de Citera. A partir de este momento, los espartanos intentarían dominar las tierras vecinas al occidente, Mesenia, donde probablemente se habían refugiado no pocos habitantes prehelenos y aqueos de las tierras sometidas en el Peloponeso; y de donde podía surgir una seria amenaza para su seguridad. Quizás una insuficiencia de tierras que repartir entre la creciente población ciudadana les obligó también a buscar esta expansión territorial.

2. La expansión espartana sobre Mesenia

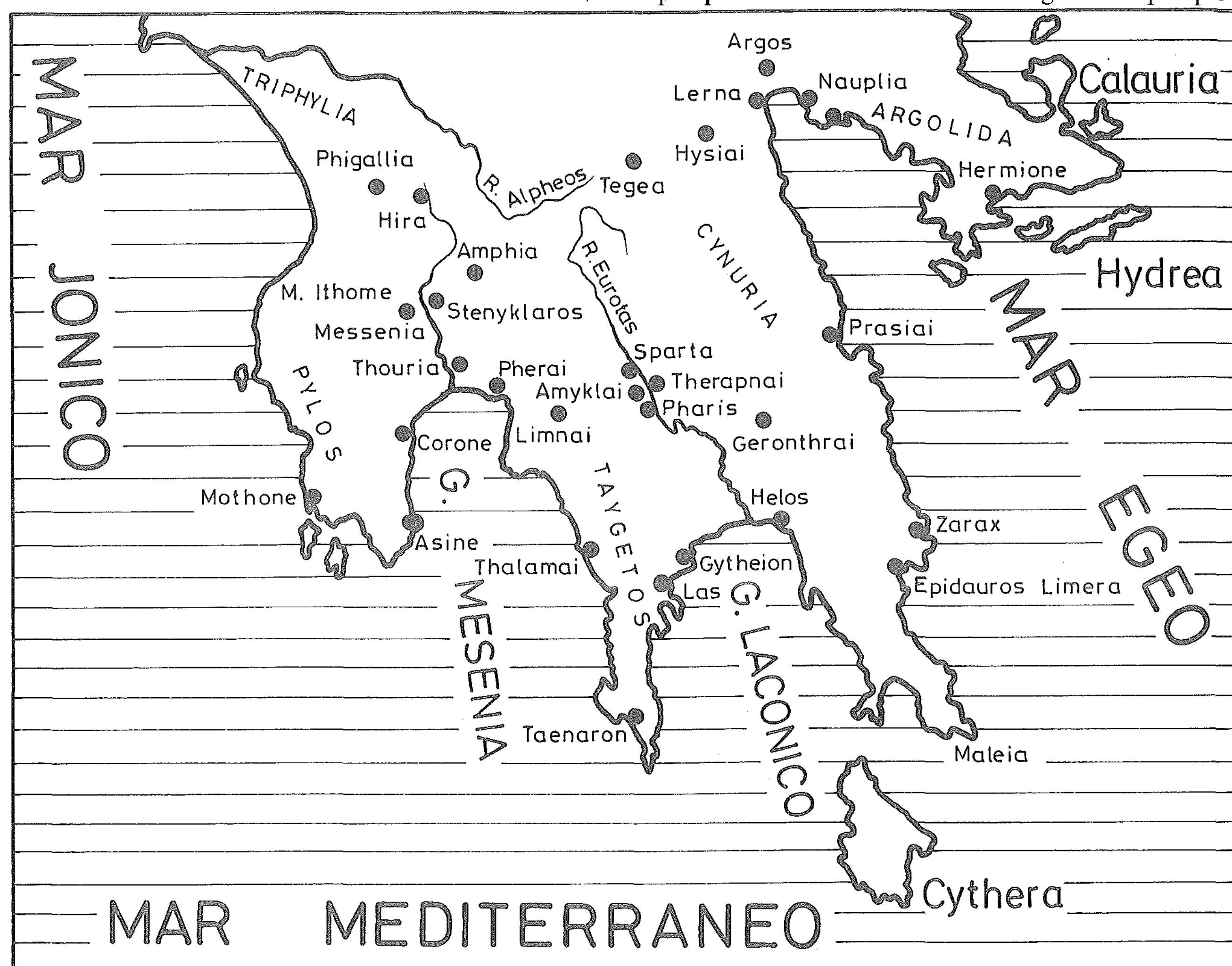
Las guerras contra los mesenios constituyen un capítulo importante de la evolución social y política de Esparta, ya que la incorporación de tan amplios territorios proporcionó a los espartanos las tierras suficientes en el suroeste del Peloponeso para que no tuvieran necesidad de llevar a cabo empresas ultramarinas. Este acontecimiento se suele situar entre los años 730 y 715 a. de C.; para ello se han tenido en cuenta las listas de vencedores de los juegos de Olimpia, pues entre el 776 y el 736 se registran los nombres de siete mesenios y a partir de esta fecha se contabiliza sólo uno. A su vez, desde el año 720 hasta el 576 a. de C. más de la mitad de los vencedores registrados son espartanos. Hay otro dato en favor de esta fecha para la primera guerra mesenia en Tirteo: «A nuestro rey, a Teopompo caro a los dioses,/ gracias al cual conquistamos Mesenia, la de la ancha llanura./ Mesenia tierra buena para arar y para hacer plantaciones./ Por ella lucharon durante diecinueve años,/ sin descanso y sin ceder, con corazón valiente/ los padres, armados de lanzas./ Al vigésimo año los mesenios abandonaron sus feraces campos/ y huyeron de las grandes montañas del Ithome...» (frag. 4). En consecuencia, los espartanos combatirían en la primera guerra de Mesenia entre 750/735 y sus nietos harían la segunda guerra de Mesenia hacia 650 a. de C.



Yelmo corintio, de bronce, utilizado por los hoplitas del siglo VII-VI a. de C. Los pernos de los bordes tienen una función decorativa y de refuerzo.

Dirigidos por su rey Teopompo consiguen, en efecto, vencer a Aristodemo que ofreció tenaz resistencia en el monte Itome. Muchos mesenios consiguieron huir a ciudades aliadas como Sicion, Argos o Eleusis. Con esta conquista los espartanos no sólo poseyeron suficientes tierras, sino que dispusieron de campesinos para cultivarlas, pues los mesenios prisioneros permanecieron en su tierra como renteros que habían de pagar la mitad de la cosecha a los nuevos dueños. La noticia nos llega también de Tirteo: «Abrumados por las grandes cargas, igual que asnos, llevando a sus señores, bajo una dolorosa necesidad, la mitad de todo el fruto que produce la tierra; llorando por sus amos, ellos y sus propias mujeres también, cada vez que el hado terrible de la muerte alcanzaba a alguno de ellos...» (frag. 5).

En vez de hacer un reparto de *kleros* entre todos los habitantes ciudadanos, la tierra fue dividida en *temenos*, y se hizo un reparto que beneficiaba sólo a la aristocracia. El pueblo protestó de este reparto y pudo conseguir que se hiciera uno nuevo que quedó fijado en las reformas de Licurgo. Solamente un grupo de espartanos, los *partheniai* «hijos de doncellas», quedaron excluidos de la distribución, bien porque no habían luchado en la guerra o porque



Esparta y su ámbito.

no eran hijos legítimos de espartano y espartana. Ellos fueron los descontentos que se convirtieron en fundadores de la única colonia ultramarina de Esparta, Taras (Tarento), en el sur de Italia. Los testimonios arqueológicos confirman la fecha del 706 a. de C. como el momento de la consolidación de este establecimiento colonial.

Las conquistas y reparto de tierras convirtieron a Esparta en el Estado más sólido de Grecia, con mayor número de ciudadanos capaces de tomar las armas en servicio de su patria. Durante esta etapa de conquista el número de los espartanos no fue superado por el de las gentes sometidas tanto como lo serían posteriormente. No contamos con datos seguros para estos primeros momentos de la conquista de Mesenia; los únicos datos sobre la cuantía de

reclutamiento corresponden a la batalla de Platea en el 479 a. de C.: 5.000 espartanos, 5.000 *perioikoi* y 35.000 *heilotai;* es decir, a cada espartano le fueron adjudicados siete *heilotai.* Quizás en estos tiempos del siglo VIII la relación espartanos-periecos-hilotas no difería mucho de la de dos siglos después, ya que en ellos Esparta no soportó las guerras que menguaran su número.

Durante el siglo VIII a. de C. Grecia sufrió una fuerte transformación económica y social producida en especial por la fundación de colonias, el comercio marítimo y el impulso agrícola e industrial. Esparta no participó en el movimiento colonizador de la era arcaica, si exceptuamos el grupo de *parthenoi* que fundó Tarento. La realidad es que con la conquista de Mesenia resolvió el problema demográfico de momento; aunque, como veremos más adelante, otras causas políticas anularon en el pueblo espartano toda iniciativa en pro de un progreso y desarrollo económico o social.

Licurgo (siglo IX a. de C.), famoso legislador espartano, hijo de Eunomo, rey de Esparta. A la muerte de su padre ocupó el trono. Creó una constitución que duró, mientras Esparta existió como estado. Se carece de noticias históricas sobre su personalidad, sólo nos han llegado referencias legendarias de Heródoto y de otros autores antiguos.

3. Los inicios de su participación en la vida griega y la Segunda Guerra Mesenia

Durante la primera mitad del siglo VII a. de C. Esparta se enfrentó a Argos y a Mesenia y en el siglo siguiente a Arcadia. En la lucha mantenida contra Argos, la ciudad de Tegea ocupó un puesto destacado, pues era aliada de esta última y además estaba situada en la vía estratégica que atraviesa el Peloponeso hacia el istmo. Los tegeatas sabían que si los espartanos sometían su ciudad instalarían en ella una guarnición militar y Argos quedaría incomunicada con Cinuria. Esparta se apoderó, en efecto, de la llanura de Tireatide y obligó a sus habitantes a emigrar a la Argólida, ocupando sus tierras gentes de Egenia con el beneplácito de Esparta que estableció allí dos perioikias. Pero luego, la derrota de los espartanos por parte de Fidón de Argos en Hisias (669) fue decisiva para que los espartanos renunciaran a seguir su política de conquistas hacia el norte.

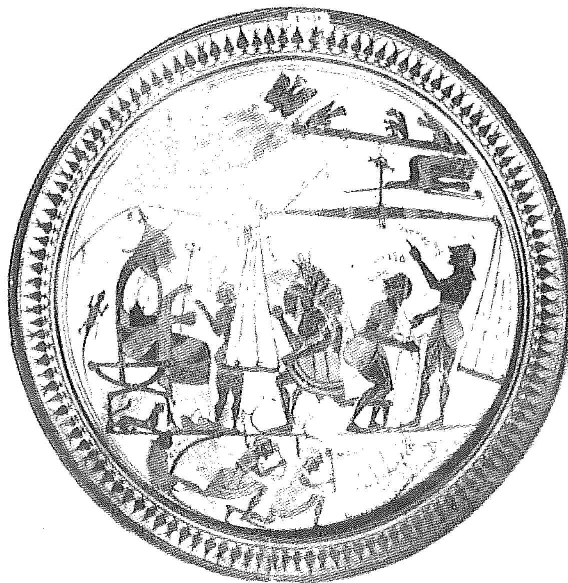
Por otra parte Esparta sacaría sus propias lecciones de este derrota. Así, instituyó el festival de las Gimnopedias, con un rito expiatorio por esa derrota, vinculado estrechamente con el entrenamiento militar espartano. Al mismo tiempo introdujo profundas reformas políticas y perfeccionó su táctica militar y la disciplina de sus gentes. Los hallazgos de exvotos de plomo dedicados en el altar de Artemisa Ortia, que representan hoplitas, ponen de relieve que, hacia el 650 a. de C., Esparta disponía de una clase social militar que tenía conciencia de sí misma.

Aunque, por entonces, Esparta se encontraba aún bastante abierta y relacionada con el mundo griego, especialmente con Rodas, Samos, Cirene y Chipre. Samos le proporcionará una escuadra en la 2.ª guerra de Mesenia y ante el peligro de la rebelión mesenia, Esparta no dudó en solicitar la ayuda de Atenas. También tuvo en Olimpia 46 espartanos vencedores entre los 81 que triunfaron desde 720 a 580 a. de C. Aún favorecía el arte como otros estados y del siglo VII parece que era el templo dedicado a Artemisa Ortia reconstruido hacia el 600. Poco después el artista Teodoros de Samos decora el Skias, mientras sus cerámicas no desmerecen de las mejor acabadas de la Grecia de los comienzos del siglo VI. Terprando alaba a sus alegres danzantes y los poetas Alcman y Tirteo no dudan en aceptar su hospitalidad y adoptarla como patria. Pero son los graves aprietos de la 2.ª Guerra de Mesenia, lo que, sin duda, encerró a Esparta sobre sí misma; lo que decidió su cerrado sistema político en el que se situaba por encima de todo el orgullo ciudadano y la defensa de sus privilegios y su integridad como casta por encima de toda otra suerte de ideal. Esparta desde entonces sólo saldrá al exterior para defender esa integridad si la estima directa o indirectamente amenazada.

La derrota de Hisias acarreó, en efecto, la sublevación de los mesenios y fue el catalizador de la creación del sistema espartano. Sobre esta guerra apenas tenemos datos, si exceptuamos algunas referencias de Tirteo, ese cojo que le enviará Atenas como respuesta a su solicitud de ayuda, pero, que con sus versos enardeció a los combatientes espartanos. Sus canciones reflejan, por otra parte, el carácter heroico de esta lucha desesperada.

En los poemas de Tirteo se recoge por primera vez la nueva ética de los hoplitas espartanos, cuyo sacrificio por la comunidad no debía tener límites,

en pos de la victoria que a toda costa se había de lograr: «pues conocéis las obras destructoras de Ares, rico en lágrimas, y habéis experimentado la manera de ser de la guerra dolorosa y con frecuencia estábais entre los perseguidos y los perseguidores ¡oh, jóvenes! hasta gustar a saciedad de lo uno y de lo otro. Aquéllos que sin romper las filas se arriesgan a llegar al cuerpo a cuerpo y a alinearse en la vanguardia mueren en menor número y salvan a los de detrás, mientras que el valor de los que huyen ha desaparecido» (frag. 7). Tirteo define la *areté* como el valor inmutable necesario en las batallas. Para él no cuentan las virtudes aristocráticas tradicionales y afirma que, si falta el valor, la fuerza y velocidad en el atletismo, la belleza física, la riqueza, la cuna noble y la capacidad de hablar no valen nada. Los honores conseguidos por un hoplita, muera o sobreviva, son iguales que los que se otorgaban a los héroes homéricos, aunque ahora se introduce una novedad, la de hacerse extensivo este título de héroe, no sólo a los nobles sino a toda la comunidad. Esto puede apreciarse en uno de sus pasajes: «es bien común para la ciudad y todo el pueblo el que un guerrero, con las piernas bien abiertas, se mantenga firme en la vanguardia sin cansancio y se olvide por completo de la huida vergonzosa exponiendo su vida...» (frag. 8). Así pues, la ciudad impone la disciplina y justifica la ética de los hoplitas. Tirteo sitúa a la comunidad al mismo nivel que la tierra y la familia ya que, según él, cuando un hombre muere, llena de gloria a su ciudad, a su pueblo y a su padre: «jamás su gloria ni su nombre perecen sino que, aún estando bajo tierra, alcanza la inmortalidad aquél a quien mata el violento Ares cuando despliega su heroísmo, aguanta a pie firme y lucha por su patria y por sus hijos...» (frag. 8). En la época de Tirteo, se sustituyó la ética competitiva de los tiempos homéricos por la de cooperación como deber que tenía un individuo con su Estado. En su primer momento, el cambio se circunscribió al ámbito militar y el patriotismo sustituía al honor individual. Ya no se va a tener en cuenta el campo de batalla ni la cuna ni la riqueza, sino el valor, que en un principio hacía a todos ser iguales. De esta manera podemos entender que surgiera una conciencia de clase hoplítica con sus correspondientes valores. Así nos podemos explicar que la aristocracia espartana, a diferencia de las restantes de Grecia, pudiera superar la aguda crisis que en ella se cebaba. Se satisfacieron las exigencias económicas y sociales de los hoplitas, en cambio, las políticas no, aunque en Esparta nunca serían tan imperiosas, pues era muy difícil que se produjera una revolución. Según FORRETS, las concesiones del 650 no alteraron sustancialmente la distribución del poder dentro del Estado. Es probable que la combinación de factores económicos y militares motivase una transmisión abrupta, ya que a partir de esta fecha los hoplitas constituían el cuerpo de ciudadanos espartanos. Indudablemente las consecuencias de este cambio están plasmadas en el término *homoioi* que se aplica a los espartanos, es decir, «los hombres son iguales o semejantes».



Copa lacónica, del siglo VI. Representa a Arcesilao de Cirene. En Cirene estaba asentada la colonia espartana.

La Segunda guerra de Mesenia fue extremadamente larga y dura (660-640). Fueron conducidos por Aristomenes y ayudados por Argos, Pisa con su rey Pantaleón, Orcomeno bajo el mando de Aristócrates y otras varias ciudades del norte del Peloponeso que temían el expansionismo espartano. Al fin Esparta tomaría Pilos y finalmente alcanzaron Tege, el último baluarte mesenio, después de que se rompiera la coalición formada contra Esparta y los mesenios quedasen abandonados a su propia suerte. Esta restitución del

dominio espartano sobre Mesenia devolvió al ejército su confianza, pero el precio que pagó Esparta por la consolidación de este nuevo dominio fue desorbitado, pues para mantener a los mesenios como *heliotai* los espartanos hubieron de adaptarse a la durísima disciplina de una absorbente vida militar. Una vez sometidos los mesenios hubieron de organizar el militarismo espartano como solución única para sus dos problemas más urgentes: supresión de la descomposición interna y el mantenimiento del control sobre los *heilotai*. Porque la verdad es que la guerra había sido peligrosamente larga y sólo con la ayuda externa habían conseguido vencer al enemigo. Esparta, a partir de entonces, hubo de replegarse cada vez más sobre sí misma y limitar y medir meticulosamente sus empresas externas para poder mantener la situación privilegiada de los ciudadanos, frente a siempre temidas rebeliones. Y, si es cierto que llevó a la práctica la absoluta igualdad de todos los ciudadanos, *oi homoioi*, el control de esta igualdad absoluta les hizo esclavos de la ley y de los administradores de la ley.

Después de la guerra mesenia, Esparta buscó el modo de contrarrestar el poder de las ciudades del Peloponeso que le habían puesto al borde del desastre apoyando a los rebeldes. En 572 ayuda a Elea contra Pisa y más tarde intentó conquistar la Arcadia aunque no pudo conseguirlo. Luego, dando una nueva orientación a su política, buscó el apoyo, mediante pactos, del mayor número de ciudades. Así, llevó a cabo alianzas con Epidauro, Trezen y Hermione, ciudades independientes de la Argólida. Derrotó a Argos en diversas ocasiones, destacando sobre todas, la victoria del año 544 a. de C. y redujo sus dominios e influencias que quedaron circunscritos a su propia ciudad. Esta política de Esparta para asegurar su hegemonía en el Peloponeso, la verdad es que no supuso una solución definitiva, pues los argivos no desaprovecharon cualquier oportunidad favorable que pudiera poner fin a la supremacía espartana. Pero nació aquella coalición lacedemonia que los modernos bautizaron con el nombre de Liga del Peloponeso; de gran influencia; pues abarca a todo el Peloponeso, exceptuando a Argos y Acaya. Las ciudades que la integraban no pagaban tributos, pero sí tenían la obligación de aportar contingentes de tropas cuando fuera necesario, y debían actuar siempre a las órdenes de Esparta. El creador de esta iniciativa fue el misterioso éforo Chilos; el mismo que terminó de consolidar el militarismo espartano.

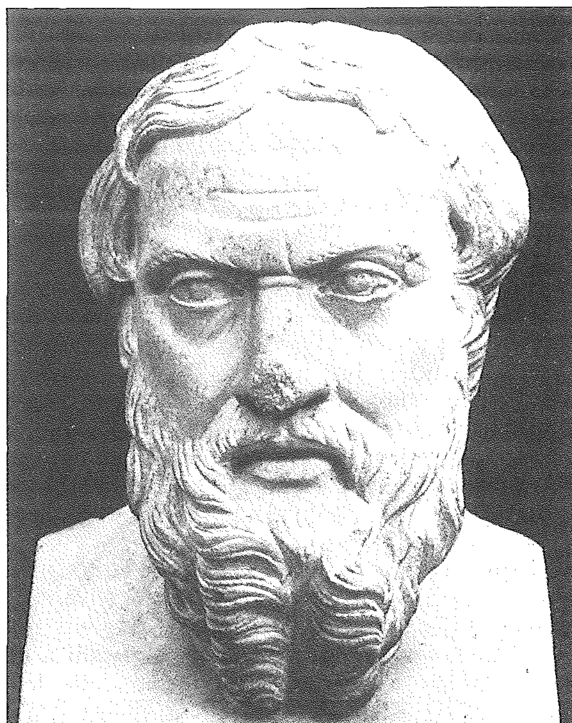
Todavía a finales del siglo VI a. de C. Esparta llevó a cabo empresas fuera del Peloponeso, sobre todo en la Grecia central y el Atica. Así, la campaña del 506 dirigida por Cleomenes contra el Atica, de la que formaban parte calcídicos y beocios. A pesar del resultado negativo, Esparta no perdió su prestigio, pues sabemos que al iniciarse las Guerras Médicas, ninguno discutió su hegemonía entre todos los griegos.

4. Los orígenes y antecedentes de la constitución espartana: Licurgo

Según la tradición, Licurgo fue el creador de la constitución espartana aunque hoy prevalece la idea de que no fue obra de un solo personaje, sino que fue producto de una evolución paulatina. En todo caso, Esparta consiguió la constitución política más antigua y estable. Los escritores antiguos así lo reconocieron unánimemente y Tucídides (I, 18) recoge el orgullo de los espartanos por esta estabilidad de sus leyes y ser Esparta de las pocas ciudades que había conseguido eludir la tiranía. Aunque la realidad es que, al ser Esparta una sociedad disciplinada y militar, la jerarquización fue muy rígida de modo que por encima de aquella teórica libertad e igualdad hubo para los espartanos un tirano, la ley; inexorablemente administrada por los guardianes de esta ley, los éforos. Además, si en teoría todos eran iguales, fue en realidad un régimen de egoísmo perfectamente organizado para que una minoría de ciudadanos privilegiados y entregados al servicio militar tuvieran sometidos y explotados a otros muchos miles de periecos e hilotas; sin que hubiera posibilidad legal de salvar la barrera que separaba a unos y otros.

Fue Licurgo, personaje del que se ha llegado a cuestionar no ya sólo aspectos de su personalidad mítica, sino incluso su propia existencia y

vinculación a este héroe mítico con la cofradía de los *licantropos* «hombres lobo», que alcanzaron extraordinaria importancia en la primitiva Esparta. Ciertos autores le sitúan en el reino de Carilo (775-750) a. de C.) y algunos incluso antes. En efecto, según Tucídides, Licurgo vivió más o menos 400 años antes del fin de la guerra del Peloponeso. Pero si aceptamos este presupuesto clásico, surge el problema de la existencia de una legislación en Esparta a principios del siglo VIII a. de C. o anterior. Algunos historiadores creen que es posible, pero la mayoría se inclina por rebajar la fecha de esta constitución al siglo VII, considerando la fecha del 675 a. de C. como la más idónea. Tirteo a mediados del siglo VII, resumió esta nueva constitución en un poema perdido en su mayor parte (frag. 4). Herodoto y Tucídides hacen referencia a unas perturbaciones antiguas que pudieron haber influido en el contexto de la constitución y que bien pueden ser las que, tras la derrota de Hisias en 669 a. de C., les obligó a profundas reformas en la estructura y disciplina del ejército ciudadano. Se produjeron durante la guerra mesenia, según Aristóteles, después del 640: «porque muchas personas empobrecidas durante la guerra pedían que se distribuyese la tierra...» (*Política*, 5, 1307 a.).



Busto de Heródoto. Conocido por el padre de la Historia. Heródoto tenía una gran preocupación por el conocimiento de la verdad histórica.

Así, la definición territorial de Esparta y la consolidación de la constitución tras los últimos repartos de tierras mesenias tendría lugar bajo el eforado de Cilon, hacia 640 a. de C. Sin embargo, en la mítica figura de Licurgo no debemos olvidar que subyacen auténticas influencias del derecho consuetudinario dorio. Este derecho espartano tenía analogías en Creta, por ejemplo en la *Apella*, poblada también con gente doria y de donde se decía proceder el oráculo de Delfos. La tradición habla de reiterados viajes de Licurgo. Parecen así explicadas y confirmadas estas vinculaciones múltiples —Esparta, Creta, Delfos— en el origen y fundamentos de las leyes espartanas, luego ampliamente reestructuradas en el correr de los tiempos bajo el impacto de la conquista Mesenia.

II. LA CONSTITUCION DE ESPARTA

Esparta estructuró su constitución sobre cuatro pilares básicos: 1) institucionalización de una clase militar dominante integrada por los ciudadanos, los *homoioi;* 2) asignación a cada ciudadano de un lote de tierra, *cleros*, trabajada en su beneficio por la clase sometida de los *heilotai;* 3) instauración de un órgano de decisión política, *Apella*, en la que participan todos y eligen las autoridades encargadas de vigilar el orden político establecido y las decisiones ocasionales de la Asamblea; 4) fijación de una educación y conducta cívica, adecuada al mejor funcionamiento de esta organización militar y de la salvaguarda de los intereses comunes de la patria. Todos los demás valores éticos o de moral pública o privada pasan a ser accidentales y, en todo caso, son válidos en cuanto sean subsidiarios de la rígida solidaridad ciudadana que defiende el honor y la integridad de esos intereses patrios.

1. Estructura militar y la condición cívica de la tierra

La vida militar será la clave de la concepción espartana del Estado. El espartano se considera en situación de servicio permanente y su existencia y sus actos se ordenan de modo absoluto y total para el mejor cumplimiento de esta función militar, a la que ni siquiera la producción de alimentos, encomendada a otros, debe restar atención y tiempo. Se fijaron unidades de esta sólida organización y convivencia en el ejército: las *enomotiai* (grupo de 40 hombres unidos por juramento), las *triekades* (grupo de 30) y los *syssitia* (lugares para comidas en grupo). Cuatro *enomotiai* formaban una *pentecostys* (compañía de 160 hombres) y cuatro de éstas un *lochos* (batallón de 640 hombres). En un principio hubo cinco *lochoi* en el ejército, que fue reforzado por un sexto con contingentes de Sciris, periecos e hilotas. En 426 disponían de 6 *morai* (dos *lochoi* por *morai)* equivalente a 12 *lochoi*, unos 8.000 soldados.
perioikoi e heilotai. En 426 disponían de 6 morai (dos *lochoi* por morai) equivalente a 12 *lochoi*, unos 8.000 soldados.

En los orígenes, la organización militar se hacía de acuerdo con las tres tribus dorias en cuerpos de brigadas y en las acciones bélicas la aristocracia desempeñaba un papel destacado, primando el combate singular. Después de la reforma, el ejército se organizó de acuerdo con una base territorial surgiendo la falange hoplítita. Este descubrimiento tuvo lugar en los círculos aristocráticos. A partir del 669 la guerra se hizo más técnica, convirtiéndose el soldado en uno de tantos elementos que formaban el cuerpo de la falange. Ahora, en los resultados cuenta más la cantidad, siempre y cuando el ejército esté bien dirigido y coordinado. Frente a la antigua entrega individual o personal, ahora la base de esta actuación solidaria es la disciplina férrea que supieron imprimir al soldado cumpliendo la consigna de los versos de Tirteo: «que cada cual esté bien firme sobre sus piernas, los pies pegados al suelo, y mordiéndose los labios se mantenga firme; piernas y espaldas cubiertas por el vientre del largo escudo, blandiendo la larga lanza, mientras el penacho flota al viento».

Indudablemente, para formar un ejército potente hubo de acrecentarse al máximo su número. Sólo a los 60 años el ciudadano queda libre del servicio militar. Hasta entonces, como dice Tirteo «es hermoso morir por la patria como un bravo en primera línea». También integró al antiguo demos y a la nobleza que había surgido en el grupo de los *homoioi;* todos participarán por igual en las actividades militares o sociales.

Como para formar parte de las *syssitia* había que aportar una cuota de bebidas y alimento, las reformas hubieron de alcanzar a la propiedad de las tierras conquistadas. Se llevó a cabo un reparto igualitario de *kleroi*. Con esta medida no menguaría el número de los 9.000 ciudadanos propietarios de la tierra. Y de esta manera todos los *homoioi* podían hacer efectivas esas cuotas. Ahora bien, esta distribución no supuso que todos los ciudadanos fueran iguales en cuanto a riqueza, pues aquéllos que poseían un mayor número de tierras siguieron disfrutando de ellas. Y sobre todo quedó libre la propiedad de la perioikis. Según Herodoto (IX, 53), uno de los batallones espartanos que participó en la batalla de Platea (479) recibía el nombre de *lochos pitanense*, aldea de los espartanos. Pero esto no concuerda con la descripción de Tirteo, según el cual el combate mantenía la antigua formación tribal ternaria doria y el propio Tucídides (I, 20) refuta a Herodoto por creer que tienen una compañía de Pitana.

El aspecto más importante de la reforma atribuida a Licurgo es la estructura territorial que recibió el Estado; innovación esencial en la tradición indoeuropea que tenía como base la familia y los bienes muebles de sus ciudadanos integrados en tribus o gentilidades.

Originariamente, los dorios estaban divididos en tres tribus agrupadas según lazos de parentesco, pero no confinados necesariamente en un territorio concreto, sino variable. Licurgo no rompió aquellos lazos de sangre entre gentes y tribus, pero en parte los sustituyó por otras de nueva creación basadas en la localidad y no en el nacimiento. De esta manera el Estado cuenta con una organización territorial ya que cada tribu era entendida como una unidad política y militar, ubicada en su territorio. Estas nuevas agrupaciones eran las cinco *obai*, de cada una de las cuales salía uno de los cinco *lochoi* «batallones». A su vez constituían el armazón administrativo del

Estado. Estas *obai* posteriormente fueron denominadas *phylai* o tribus. Parece que antes de llevar a cabo la reforma constitucional, cada tribu aportaba diez de sus miembros a la *gerusia* y cien al ejército. En cambio, Licurgo mantuvo los valores religiosos tradicionales y propios de la comunidad gentilicia o tribal indoeuropea, pues a efecto del culto siguieron reuniéndose por tribus los correspondientes ciudadanos que la integraban y que en este sentido no perdieron su idea de hermandad.

En los dominios de Esparta se integraban dos clases de tierras: la «cívica» y la «perioikis». La *politike chora* es la tierra que rodea a la ciudad de Esparta y donde cada ciudadano tiene su lote *(cleros);* se añade la perioikis o tierra que posee en Mesenia. Las tierras espartanas que integran los *cleros*, en líneas generales, están enmarcadas por los montes Taygetos y Parnon. Es indivisible e inalienable y pasará forzosamente al varón primogénito. De ellas le proporcionarán los esclavos el alimento para sí y para su familia. La herencia puede recaer en el hijo adoptivo o en el esposo de su hija mayor, cuando carezca de descendiente varón; pero en este caso sólo las autoridades del Estado pueden legitimar la herencia. La renta era fija, 82 medimnos de trigo (unos 60 hectolitros), más la mitad de las frutas, del vino y del aceite. También recibe la mitad de la producción de sus tierras en la *perioikis*. Estas tierras sí podían ser vendidas, lo que permitió a algunos espartanos y sobre todo a la clase libre de los periecos enriquecerse, y aún a algunos formar grandes fortunas. También el Estado espartano posee allí lotes importantes de tierra, en las que a veces instaló a espartanos desheredados o aún a extranjeros, como hiciera con algunos de Egina a los que dieron asilo, cuando en 458 a. de C. fueron expulsados de su isla por los atenienses.

Al final, a principios del siglo IV, cuando el número de espartanos descendió de modo alarmante y había múltiples *cleros* sin ciudadano a que asignar, también la tierra cívica o *cleros* fue alienable en virtud de la ley de Epitadeo.

2. Organización política

En los primeros momentos de su historia, los dorios de Esparta apenas se diferenciaban de las otras comunidades griegas y sus organismos políticos fundamentales fueron: el príncipe o *monarca* elegido para la guerra, la *Gerusia* o consejo de ancianos y la *Apella* o asamblea de ciudadanos libres.

a) *Monarquía.* Desde luego no sabemos cómo los primitivos dorios pasaron a instaurar la monarquía. Fue, sin duda, tras su asentamiento en el Peloponeso. Entre las ciudades más importantes de Grecia, la única que conservó la monarquía fue Esparta. Precisamente uno de los problemas más sometidos a debate de las instituciones espartanas ha sido el de su monarquía dual. Según los autores clásicos las dos familias reales, la de los Agiadas y la de los Euripóntidas, remontaban su descendencia hasta los hijos de Heracles, afirmando que la tradicional división griega de la herencia entre los dos hijos desembocó en esta diarquía. Según ciertos autores modernos, esta dualidad derivaría de una duplicidad étnica y uno de los reyes sería el representante del grupo dorio y el otro de las gentes predorias —fusión de los cuatro poblados dorios con la *oba* de Amiclas—. En cambio W.G. FOREST dice que ambos eran dorios, rivales entre sí. Ello nos permitiría explicarnos mejor los desacuerdos entre las dos familias y la estricta prohibición de casarse entre ellos. Por su parte L. PARETI dice que cada uno de los reyes sería el representante de cada una de las tribus espartanas, que en un principio fueron tres y posteriormente se redujeron a dos. Pero las casas reales no estaban conectadas con la organización original tribal militar, que siempre fue tripartita, y que aún se mantenía en la época de Tirteo: «Ea, pues, avancemos cubriéndonos con nuestros cóncavos escudos/ marchando separados los *Pamphiloi*, *Hylleis* y *Dymanes* y blandiendo en las manos las lanzas de fresno matadoras de hombres...» (frag. 1, 10). Recientes trabajos defienden que esta dualidad se debió a una especialización funcional. Así, los *Agidas*, conductores del pueblo en armas —*laos*—, se centraron en las empresas exteriores, especializándose en la guerra: ello explicaría que sus monarcas tuvieran vidas muy breves. Los *Euripóntidas* serían los reyes de la paz, de la ciudad, de la salud y del demos, así como los protectores de la fecundidad. Otros autores han intentado dar una solución satisfactoria a una parte de la paradójica

monarquía dual afirmando que jamás los soberanos de Esparta fueron reyes en el sentido convencional de la institución y, basándose en datos de ARISTÓTELES sobre los distintos tipos de monarquía, llegan a la conclusión de que la espartana era un generalato hereditario y vitalicio cuyas funciones fueron exclusivamente militares y no reales.

Según Herodoto (6, 56-60) los espartanos dieron a sus reyes particulares prerrogativas: un dominio especial en la perioikis, además de su cleros; dos sacerdocios, el de Zeus Lacedemonio y el de Zeus Uranio; la jefatura, con derecho de vida y muerte, del ejército en campaña, pudiendo ambos soberanos ir a la guerra juntos o separados. Durante el reinado de Agis II uno de los reyes mandaba el ejército llevando a su lado un consejo de diez individuos que controlaban el poder real, mientras el otro rey quedaba en Lacedemonia. También disfrutan de un lugar preferente en las ceremonias; y, cuando se hacía un sacrificio público, los reyes eran los primeros en sentarse al convite y se comenzaba a servir por ellos todos los manjares, distribuyendo a cada rey doble ración que a los demás convidados. A ellos correspondía la iniciación de las libaciones y los cueros de las víctimas sacrificadas; la facultad de nombrar *proxenoi* «ciudadanos representantes de los intereses de otra ciudad en la suya propia», protegidos por un cuerpo especial de guardias. Cada uno de los reyes disponía de los servicios de dos *pythioi*, que eran los responsables de consultar el oráculo de Delfos y de conservar sus respuestas.

Agis II, rey de Esparta del 427 al 397 a. de C. Pertenece a la dinastía de los Agidas, cuyo fundador fue Agis I en el siglo VI a. de C. Agis II ganó la batalla de Mantinea, en el 418 a. de C., y rindió a Atenas en el 404 a. de C.

Los soberanos tenían competencia en aquellos casos referentes a las adopciones y a los matrimonios de las hijas *epicleras* que no habían sido desposadas por sus padres mientras vivían. Los reyes formaban parte de la *gerusia*, y en caso de que faltasen a su reunión, los ancianos más allegados disfrutaban de las prerrogativas regias. Cuando los soberanos morían, los espartanos les rendían honores públicos con rituales complejos que Herodoto compara a los de los pueblos bárbaros del Asia Menor, persas y egipcios. La sucesión era hereditaria y recaía en el varón primogénito, el primer varón nacido ya reinando. En caso de falta de hijos o en la minoría de edad se encargaba de la realeza o de la regencia el pariente varón más próximo.

Aunque los monarcas gozaban de todos estos privilegios hereditarios no por ello se libraron de las críticas de los espartanos sobre presuntas irregularidades de nacimiento o de conducta. En el caso de incurrir en ellas se les podía deponer u obligarles a que se exiliaran voluntariamente. Así, desde época muy antigua, cada nueve años los *eforoi* «veedores» observaban el cielo por la noche y si veían una estrella fugaz los reyes eran suspendidos de sus funciones hasta que se consultara el oráculo de Delfos. Por otra parte, no tienen guardia especial en tiempo de paz, ni son jueces, ni administran finanzas del Estado, ni presiden la *Apella* en la que se dirimen las decisiones de Estado.

b) *La Gerusia.* Era el consejo de ancianos compuesto, según Herodoto, por 28 gerontes y los dos reyes. Aquéllos eran elegidos por la *Apella* en forma de aclamación y con carácter vitalicio, entre los espartanos mayores de sesenta años. Cada una de las tribus aportaba diez miembros al consejo y en principio se ha de elegir al más sabio y virtuoso, con lo que se otorgaba el más alto honor al elegido. Los paladines de la aristocracia la denominaban *gerokhia* «asamblea de privilegiados». Conocemos mal los poderes de estos consejeros aunque en época arcaica debieron ser considerables. En el período clásico fueron muy importantes: aprobaban los proyectos de ley que eran sometidos después a la Apella, podían disolver la asamblea si el proyecto era rechazado y también constituían una alta corte de justicia. La *Gerusia* conservará siempre sus orígenes aristocráticos. No rinde cuentas a nadie y ejerce control de la política exterior. En lo criminal es tribunal sin apelación. Juzgan a los propios reyes. Sus extraordinarios poderes determinaron una auténtica gerontocracia en Esparta.

c) *La Apella.* Era la asamblea de guerreros y estaba formada por todos los hombres adultos de 30 años que pertenecían al grupo de los *homoioi*. Se reúnen en la *Skías*, convocada y presidida por los éforos. Escuchaba las propuestas de la *Gerusia* pero es sólo asamblea consultiva y no debatía sobre las proposiciones que le presentaban los gerontes; sólo votaba, por aclamación —método pueril según Aristóteles— en favor o en contra. La elección de *gerontes* y *efori* queda limitado al ámbito de prerrogativas de la *Apella*. Pero su libertad de decisión es a veces falseada, pues se decide el candidato según es el ruido y fuerza del clamor de la Asamblea y esta fuerza es apreciada

por unos jueces ocultos en cabinas. En cambio, la *Apella* tenía poder decisorio en cuestión de guerra, paz o alianzas.

d) *Los Eforoi.* Eran magistrados equiparados a la diarquía regia como epónimos y representantes de la comunidad. Sobre sus orígenes oscuros existen varias hipótesis. Quizás eran observadores de astros, según acusa el nombre de uno de ellos, Asteropos, personaje en parte mítico y enemigo acérrimo del poder real. Los cinco éforos desempeñan el cargo por un año; son elegidos, uno de cada *oba* por la Apella. Cualquier ciudadano, en teoría los cinco más justos, pueden aspirar a estos cargos que aparecieron en el momento en que surgieron las luchas entre el demos y la aristocracia, quizás en tiempo de Teopompo. Sus miembros, que probablemente tuvieron un origen popular, vigilaban y juzgaban la vida pública y privada de cada espartano; se preocupaban de que todos obrasen de acuerdo con las leyes y la tradición. También en campaña uno o dos éforos se encargaba de vigilar al rey. Ante la falta que tiene Esparta de leyes escritas, los éforos juzgaban en todo lo civil con arreglo a normas de derecho consuetudinario, con lo que pasaron a ser intérpretes personales de la justicia. Podían interferir la actitud de los magistrados y juzgarles y cesarles en sus funciones; y al salir del cargo debían rendirles cuentas. Su autoridad de policía y judicial alcanza a los propios reyes. También eran vigilantes y jueces de los periecos e hilotas. Los *eforoi* se relacionaban con las circunscripciones territoriales, *obai*, y como representantes de la comunidad supervisaban los negocios de la polis, se identificaban con las funciones mismas de gobierno y asumían otras competencias en su nombre; así, el control de las finanzas o las negociaciones con las potencias extranjeras. Uno de los *eforoi* era epónimo. Entre otros privilegios presidían la Apella y permanecían sentados cuando entraba el rey, en tanto los mismos reyes debían levantarse cuando entraban los éforos.

3. Organización social

Los dorios estaban divididos en tres tribus: *Hylleis*, *Dymanes* y *Pamphiloi*. Cada una de ellas se hacía descender de un héroe antepasado. Estas tribus de tipo gentilicio se organizaban según lazos de parentesco y acorde a sus orígenes indoeuropeos no tenían un concepto territorial claro. Licurgo en su reforma las sustituirá por otras nuevas en las que prima la localidad, marginando por completo la prioridad del nacimiento, pues ya el tiempo transcurrido desde su llegada al Peloponeso les había acercado al concepto territorial del Estado. En definitiva, la reforma de Licurgo facilitó al Estado espartano su organización territorial; cada tribu era una unidad política y militar. Estas nuevas demarcaciones con sus habitantes se denominan *obai* «aldeas».



Vaso griego del siglo VI a. de C. Representa a un hombre maduro acariciando a un efebo. Se insinúa el tema de la pederastia, lacra de la sociedad griega.

En la sociedad espartana existían varios grupos: los *homoioi*, los *perioikoi*, los *heilotai* y los *hypomeiones*. Entre ellos hay acusadas diferencias.

a) *Los homoioi o espartanos.* Si hubiera que definir al régimen espartano habría que decir que era aristocrático y oligárquico ya que sólo una minoría ciudadana controlaba las magistraturas, estaba libre del trabajo manual, se dedicaba tan sólo a la noble tarea de la guerra y decidía en la Asamblea, *Apella*, la política de Esparta.

Fundamental para los espartanos era la igualdad entre todos: se denominaban a sí mismos *homoioi* «los hombres que son iguales». Sólo se diferencian entre sí por la edad o el grado militar. Debían haber nacido de padres

espartanos y participar en las *syssitia* o comida común. Los éforos vigilaban su cumplimiento. Gozaban de plenitud de derechos políticos y no reconocían más jefe y superior que el Estado y la ley de la que son intérpretes los reyes, gerontes y éforos.

Sólo en teoría eran iguales jurídica, social y económicamente, pues existían diferencias en cuanto a la riqueza. A esta desigualdad contribuían los *temene* asignados a los dos reyes o los que de manera más o menos legal se reservaban los aristócratas y altos magistrados y se transmitían en herencia a los miembros de su grupo, y otras posesiones extraordinarias. Algunos medios legales permitieron enriquecerse a las mujeres y también la transferencia de los *cleroi* a personas ajenas en los mencionados casos de falta de hijos varones. En definitiva, el enriquecimiento de unos pocos fue una realidad en Esparta.

Contribuyó también a establecer diferencias sociales, la obligación de aportar una cuota para las comidas comunitarias entre hombres adultos, *syssitia*. Para participar en estas mesas era necesario aportar una determinada cantidad de bebidas y alimentos: a cada *syssitia* de 15 miembros aportan trigo, higos, vino, queso, 10 óbolos para carne, más la caza que obtienen. Pero aquellas familias empobrecidas, quizá por haber aumentado el número, que no podían cumplir la obligación, eran degradados a la categoría de *hypomeiones*.

El acceso a la categoría de ciudadano espartano desde las categorías de *perioikoi* e *heilotai* fue franqueada en algunas ocasiones, merced a los medios de producción y cambio. Sobre todo los periecos comerciaron y fabricaron armas, armaduras, utensilios metálicos, cerámica «laconia» lo que les sirvió para mantener unas relaciones de cambio con los espartiatas. A su vez, cuando Esparta se vio obligada a intensificar el esfuerzo militar en circunstancias precisas, las exigencias militares facilitaron la posibilidad de lograr la ciudadanía y figurar entre los *homoioi;* hay los ejemplos de los *heilotai* admitidos en el damos como *neodamodeis*. En particular hubo un progresivo acercamiento a los cuerpos militares para los *perioikoi* y la posibilidad de ser premiados con la ciudadanía en casos de heroísmo evidente o por haber salvado la vida de un espartano.

Los espartanos no podían ejercer actividades artesanales o comerciales, ni trabajar la tierra y debían someterse a la educación y disciplina del Estado. Quedaban excluidos del grupo todos aquéllos que se mostrasen indisciplinados, los que cometieran un crimen o los que huyeran del combate. A todos éstos se les penalizaba con la *atimia* o pérdida de los derechos cívicos.

El número de espartanos hacia el año 500 a. de C. era de 9.000 a 10.000, quedó en 8.000 por el año 480, bajó a 2.000 en 371 cuando la batalla de Leuctra, a 1.000 en tiempos de Aristóteles y se redujo al insignificante número de 700 el año 242 a. de C.

b) *Los periecos*. Vivían en las zonas periféricas de una ciudad espartana, sobre todo en Laconia. Eran hombres libres y no tenían que pagar ningún tipo de tributo personal. Habitaban en *komai*, o aldeas, o ciudades, en las que disfrutaban de sus derechos. Sus poleis, subordinadas a la ciudad a la que rodeaban, eran autónomas y disponían de su propio ejército. Sus comunidades eran de pequeñas dimensiones, en la mayoría de los casos parecidas a los *demoi* áticos, y su número de aldeas debió aproximarse al centenar en la época clásica. Aunque los periecos eran considerados desde el punto de vista jurídico *xenoi* «extranjeros», pertenecían a la comunidad lacedemonia. No tenían derechos políticos en Esparta, pero disfrutaban de una situación envidiable ya que se administraban libremente y tenían sus magistrados, su constitución y sus propias fiestas y el Estado espartano les garantizaba una total seguridad. Entre los periecos existían diferencias sociales, pues había un grupo aristocrático de *kaloi kai agathoi* «los hermosos y buenos». Tenían sus *cleros* en la tierra circundante, lo mismo que los espartanos los tenían en la tierra cívica. En algunos casos, debido a su importancia militar, ciertas regiones de los periecos —las de la isla de Citera— tuvieron que soportar una guarnición espartana y someterse a la autoridad del *citerodiko*, el representante del Estado laconio. Por supuesto no pueden federarse o pactar con otras ciudades extranjeras, pero participan en calidad de tales en los concursos panhelénicos. No pueden adquirir tierra cívica, ni contraer matrimonio legal con espartanas.

La obligación de las comunidades de *perioikoi* con el Estado espartano, aparte de mantener las propiedades reales y las tierras correspondientes a los templos y al culto, son estrictamente militares. Debían contribuir con contingentes de tropas en calidad de hoplitas y algunos de sus personajes consiguieron la graduación de oficiales. Hasta las Guerras Médicas su falange formó un cuerpo paralelo al de los *homoioi*, pero a partir del 425 a. de C. se incorporaron a las mismas filas de los espartanos. El cambio quizás fuera introducido a raíz del terremoto del 465 que produjo un número elevado de bajas de espartanos. Su incorporación vendría a compensar la creciente escasez de espartanos. Por otra parte, integran la marina ellos solos y pueden alcanzar en ella ciertos grados de mando.

Acerca del origen de los periecos se han planteado serios problemas entre los historiadores. Para unos eran aqueos refugiados; otros afirman la hibridez de este grupo que estaría compuesto por gentes dorias llegadas en época tardía, mezcladas con pre-dorios lo bastante fuertes como para escapar al heilotado. Las investigaciones más recientes nos confirman que los periecos no componen un grupo de origen unitario, pues los estudios lingüísticos han apreciado que en el grupo había dorios y aqueos. Según parece algunas perioikias se formaron con refugiados, como los de Tirea, Asine, y Metone, que servían de guarnición en los puntos claves de los territorios conquistados; otras perioikías fueron fundadas por razones estratégicas, caso de las ubicadas en el territorio comprendido entre Esparta y Arcadia. Como esta región era muy pobre estos periecos no podían contribuir al ejército lacedemonio con contingentes de hoplitas sino con tropas ligeras. Diferente es el ejemplo de las perioikias próximas a Mesenia —Feras, Thuria, Aitea— cuyos enclaves tenían un carácter fundamentalmente económico, ya que las tierras sobre las que estaban situadas eran muy feraces; estas perioikías mantendrían aislado a un grupo de *heilotai.*

Pero, la vida de los *perioikoi* no estaba consagrada a la guerra, pues ejercían actividades económicas y vivían de la agricultura y del artesanado. También, como hemos señalado, el comercio, vedado a los espartanos, enriqueció a muchos periecos. Suyo fue seguramente también el arte que aunque escaso se produjo en Lacedemonia y que se muestra en el estilo de la cerámica laconia; llegó a su apogeo entre el 590 y el 550 a. de C. y su distribución señala que siempre se difundió como género de lujo y en ámbitos limitados: Tarento, Cirene, Samos, en donde existía una aristocracia proclive a lo laconio.

Los periecos fueron uno de los pilares fundamentales de la estabilidad de Esparta con su desarrollo económico y su aportación militar en momentos críticos.

c) *Los heilotai o hilotas.* Este término ha sido interpretado por los diversos autores como «gentes cautivas», «gentes del Helos (Laconia)» u «hombres de los pantanos». Ya durante la antigüedad su estado jurídico y social planteó una serie de problemas, pues los hilotas no se ajustaban a la categoría de «libres», ni de «esclavos». Tucídides (V, 23, 3) les llama *dulos* «esclavos»; Pausanias les denomina «esclavos del Estado espartano». Más correcta es la definición que da de ellos el autor helenístico Pollux, quien afirma que los hilotas *«tienen un estatuto entre la libertad y la esclavitud».* Ahora bien, aunque el ateniense Tucídides les llama esclavos, es menester precisar las diferencias que hubo entre la esclavitud de Atenas y la de Esparta. La fundamental es que no son propiedad particular adquirida, sino gentes reducidas a la condición de dependencia por causa de la conquista; pero los espartanos individualmente no tenían derecho de propiedad sobre ellos. Nadie puede venderlos, liberarlos o modificar su situación jurídica fuera del Estado que los cede a los particulares. Ejemplos similares los tenemos en otras localidades; así los *penestes* (Tesalia); los *clarotes* «los que están vinculados al lote» y los *mnoïtes* «los dominados» (Creta); los *gymnetes* «los desnudos, los no armados» (Argos), los *oikiatai* «gentes del oikos» (Locrida), los *killyrioi* (Siracusa) y los *mariadynoi* (Heraklea del Ponto).

Los hilotas incrementaban su número con su propia producción, pues no se compraban en los mercados de esclavos. El Estado es el único que podía concederles la manumisión. Los *heilotai* estaban adscritos a concretos *cleros* y no podían abandonarlos. Cada año tenían que pagar una renta fija, *apofora*, al espartano que tenía asignado el *cleros*, equivalente a 70 medimnos de

cebada para el señor y 12 para su mujer; y la misma proporción de frutas, vino y aceite. Si un espartano cobraba una renta superior a la estipulada era expulsado de la *syssitia* o mesa comunal.

Los *hilotas* prestaban servicios en el ejército espartano como infantes ligeros, pero a partir del siglo v a. de C., debido a la disminución de espartanos, prestaron servicio como hoplitas y algunos ganaron su libertad. Los *hilotas*, emancipados por el Estado, se transformaban en *neodamodes* «*nuevos miembros del damos*». *Estos nuevos individuos eran libres y tenían derecho al voto en la Asamblea. A su vez no podían reintegrarse en su antiguo cleros*, sino que el Estado los instalaba en la perioikis. De todos modos esta liberación de los hilotas fue muy lenta y escasa y no llegó a compensar el descenso del número de espartanos. En todo caso Esparta no supo o no pudo desarrollar una política más generosa y la historia de Esparta, por ello, no dejó de estar siempre mediatizada por el temor a una rebelión de los hilotas. Ello más de una vez paralizó su ejército, quizá bajo un temor infundado, pero alentado por sus enemigos. A tal punto les temieron que, en ocasiones, los éforos ordenaron la caza y muerte de hilotas, la *crypteia*, con el fin de tenerlos atemorizados y pendientes de la venganza espartana.


Torso femenino. S. VI a.C.

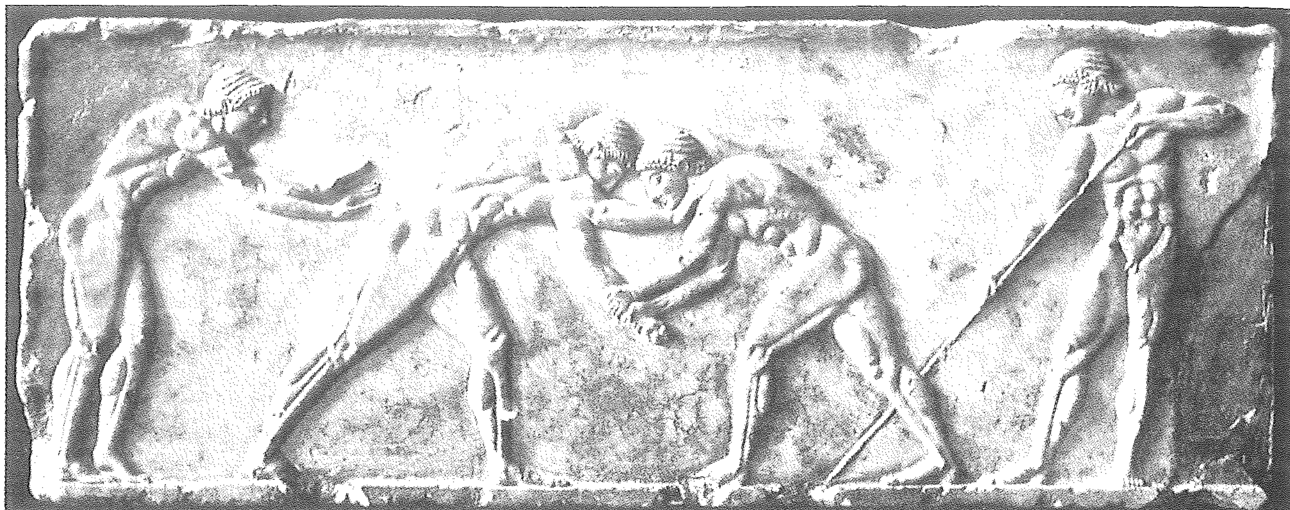
La situación económica de los hilotas fue relativamente buena, pues pagaban una renta fija y en cambio toda mejora de la tierra iba en su propio provecho. Cuando intervienen en la guerra les está permitido el pillaje. Así, acumularon riqueza de tal modo que, cuando en el siglo III el rey Cleomenes les ofreció la libertad mediante pago de cinco minas de plata, nada menos que 6.000 hilotas pudieron lograrla.

Sobre el origen de los hilotas ya los antiguos opinaban que debían constituir una herencia de la conquista: su nombre derivaría del de la ciudad de Helos (Laconia), cuyos habitantes fueron reducidos a servidumbre por los espartanos. Algunos piensan que la oposición ciudadanos-heilotai reflejaría la situación de los dorios vencedores y la de los aqueos vencidos. A su vez, KAHRSTED opina que la evolución económica fue la que originó la servidumbre de los pequeños propietarios a los dueños, en un estado conservador que no conoció el equivalente de la *seisákhteia* ateniense; pero esta hipótesis no puede ser admitida, ya que, si la reducción a la esclavitud hubiera sido por causa de deudas, los hilotas hubieran tenido que pertenecer a simples particulares y no al estado, aparte de que el hecho de su esclavización habría afectado a gentes diversas y no a grupos definidos como eran los hilotas. Parece más razonable aceptar que los heilotai en su origen fueron una población sometida. Otra cuestión es si su origen es predorio o no. Según P. LEVEQUE la mezcla de poblaciones debió ser considerable puesto que los hilotas y espartanos hablaban el mismo dialecto dórico. Es posible que gentes dorias poco favorecidas pudieran haberse convertido en hilotas, como también que algunos aqueos consiguieran introducirse en la comunidad de los vencedores cuya mayoría doria determinó la genérica comprensión del grupo.

El número de hilotas es difícil de calcular. En la batalla de Platea pudieron movilizar a siete por cada espartano. Tras la conquista de Mesenia algunos estiman su número en más de 200.000.

d) *Los hypomeiones o «inferiores».* Estos formaban una clase de degradados socialmente, situada a caballo entre los *homoioi* y los *perioikoi*. Dentro de esta categoría se incluían los espartanos que no podían pagar la cuota de la *syssita*, aquéllos a los que había aplicado la pena de *atimta* y los hijos ilegítimos. No participaban en el gobierno y desconocemos cuáles eran sus derechos y sus deberes. Posiblemente su situación jurídica fuera muy próxima a la de los periecos. Tuvieron que ganarse la vida como pudieron en la industria, el comercio y la expatriación. Sabemos que existieron y no pocos, pero las fuentes escritas no son explícitas sobre su suerte ya que no entraron como grupo propio en el trato que el Estado espartano diera a estos grupos inferiores.

e) *Los parthenianoi.* Eran bastardos espartanos nacidos durante la Primera Guerra Mesenia de una unión ilegal, quizás entre los propios espartanos o quizás entre espartanos y periecos. No tenían derechos políticos, ni disfrutaban del reparto del *cleros*. Llegaron a ser numerosos y a constituir un peligro para los ciudadanos cuando decreció su número. Así la conspiración de Cinedon, en 397 d. de C., es uno de los numerosos ejemplos de conjuras de estos «inferiores». Ya de antiguo, en sus orígenes, consultado el oráculo de



Relieve de dos luchadores en pleno ejercicio. El deporte en Atenas constituía un privilegio de las familias nobles.

Delfos sobre su destino, respondió que se les debía exilar. Entonces muchos fueron a la Magna Grecia, en donde fundaron la colonia de Taras (Tarento) en el 706 a. de C., el único establecimiento colonial espartano ultramarino; pues luego no volvemos a tener noticias de que se produjeron nuevos exilios de este grupo social.

f) *Los motaces.* Eran hijos de hilotas; comprendían tanto a los nacidos en la casa de un hilota por la unión de padre espartano y madre hilota, como a los hilotas que participaban en la educación militar de los jóvenes espartanos. Los primeros, si eran legitimados, podían aspirar a conseguir los derechos cívicos; los segundos no eran admitidos en el seno de los *homoioi* ni formaban parte de los lacedemonios y, aunque eran soldados, carecían de prestigio y no recibían un *cleros*, ni formaban parte de la Apella, ni tenían ningún tipo de derechos políticos. Su situación era humillante, pues debían someterse a la disciplina del Estado y tenían que depender de la caridad de los espartanos para poder sobrevivir. Ahora bien, como el número de espartanos fue disminuyendo sensiblemente, pero no la rentabilidad de la tierra y habida cuenta de que el Estado contaba con tierras propias y no pocos ingresos no debió ser raro el caso de asentamientos extraordinarios de estos desheredados como colonos en lotes de tierras de la *perioikio* que les fueron cedidas para su explotación, aunque sin variar o mejorar su situación jurídica.

4. Organización económica

900 a. de C. Fundación de Esparta. 950-700 a. de C. Período geométrico o la formación de un mundo ornamental nuevo basado en la aparición de decoraciones a base de líneas, grecas, semicírculos en relación equilibrada de horizontales y verticales. En este momento se introduce el alfabeto fenicio y se crea la primera escritura puramente fonética. Según VENTRIS, *la escritura lineal B, corresponde a la transcripción de la lengua griega arcaica.*

La plataforma fundamental sobre la que se apoyaba la economía espartana era la agricultura —feraces tierras de Mesenia— que junto con la ganadería, era muy próspera. En el frugal régimen dietético espartano entraban las salchichas cocidas, queso, pan de cebada, vino y unos pocos higos. Los periecos e hilotas explotaron bien tales tierras ya que redundaba exclusivamente en su propio beneficio el rendimiento de las mismas.

La agricultura también constituía la base económica de los *periecos*. Pero estas comunidades estimularon el desarrollo de la industria y el comercio. La demanda de una serie de productos artesanos y de lujo —como vestidos, cerámicas y exvotos— les permitió mantener un comercio de exportación. Probablemente los protagonistas fueron los *periecos*, pero bajo el patrocinio de los espartanos, ya que la actividad manual estaba prohibida a estos últimos.

Durante el siglo VII los espartanos participan activamente en la vida de los pueblos griegos. Están en relaciones regulares con la Magna Grecia (Taras), Tera, Rodas, Chipre, Cirene y quizá con Egipto y los lejanos países del norte. También con Samos, que les proporcionó una escuadra durante la Segunda guerra Mesenia y en donde la aristocracia era proclive a lo lacónico. Lidia busca también su amistad. A su vez los espartanos produjeron una estatuaria en maderas finas y en bronce. También las grandes crateras para mezclar vino eran regalos de gran valor y mercancías valiosas para comerciar

con los príncipes bárbaros; sabemos que Creso de Lidia recibió una como presente diplomático, aunque nunca llegaría a su destino, pues, según Herodoto, la donaron en ofrenda a Hera en su santuario de Samos. Estas cráteras han sido descubiertas en las tumbas de los jefes bárbaros escitas y en el sepulcro de una princesa de Vix (Francia). La fabricación de estas piezas continuó a lo largo del siglo VI a. de C. y, según algunos autores, fueron un producto relacionado con los armamentos, pues los espartanos hubieron de adquirir regularmente hierro para armas y útiles agrícolas que sus artesanos periecos elaboraban.

Creso (siglo VI a. de C.), fue el último rey de Lydia. Famoso por sus riquezas, hijo y sucesor de Aliates. Extendió sus dominios por Asia Menor, después de someter a los jonios, dorios y eolios. Fue vencido en Timbrea por Ciro el Grande.

Las excavaciones realizadas en el santuario de Artemisa Ortia han puesto de relieve que hacia el 700 se importaban objetos orientales, como marfiles, escarabajos y cuentas de ámbar. Todo ello demuestra un comercio regular con el Oriente. A partir del 570 se aprecia una disminución de las importaciones, cuyos motivos parecen ser sociales. El modo de vida de la aristocracia espartana se vio afectada por las reclamaciones de igualdad, las costumbres militaristas de los *hoplitai* y el sistema educativo espartano.Esta nueva sociedad no necesitaba del artista, aunque sí del artesano para vestido, calzado y útiles militares y agrícolas. Conservó sólo su vieja moneda de barras de hierro, mientras que otras ciudades griegas comenzaron a acuñar monedas de plata, pues como bien dice Plutarco (Licurgo, 9) con la moneda de hierro no se podían comprar efectos extranjeros ni atraer a los mercaderes, poetas y artistas. Esparta prohibió la acuñación de moneda en metales preciosos con el fin de que no se pudieran acumular riquezas.

La cerámica denominada «laconia» conoció su auge entre los años 590 y 550 a. de C.; es el momento en que el pintor de la copa del rey Arcesilas II (565) estaba en actividad; algunas de sus creaciones tienen un contenido mitológico y ciertas escenas denuncian la influencia de las leyendas propias de Cirenaica, por eso ciertos autores admiten la existencia de los centros de fabricación simultánea, uno en Esparta y otro en Cirene. La cerámica laconia tiene como forma preferida la copa de pie alto, fina y de forma elegante; llevan en general en el exterior una ornamentación de motivos vegetales (granadas, lotos) o de animales, predominando los pájaros (perdices, palomas, gallos). Al igual que el resto de los vasos jonios la fabricación de estas cerámicas continuó hasta el 525 a. de C.

6. El sistema educativo

Uno de los engranajes claves del adecuado funcionamiento de este sistema lo constituía la educación del joven espartano y prepararlo para el servicio del Estado por completo. Más concretamente es una educación que busca seleccionar y formar hombres para la guerra.

Algunos fragmentos de Tirteo, Alcman de Sardes, Plutarco y sobre todo Jenofonte nos proporcionan una pequeña información sobre el desarrollo de este sistema educativo espartano. Jenofonte sirvió como capitán mercenario en el ejército espartano y pasó casi treinta años de exilio en Esparta.

En el momento del nacimiento de un niño los ancianos de la *Lesche* y no su padre eran los que decidían, una vez comprobado su estado de salud y formación física, si aquel debía ser criado o arrojado en las Apotetas «depósito de residuos», sobre un barranco del monte Taigeto. Si merecía vivir recibía un adiestramiento duro organizado por el Estado, *agogé*. De todos modos, muchos niños al nacer son expuestos ante la imposibilidad de muchos espartanos para mantener una familia numerosa y siguiendo el adagio «familia que crece, familia que empobrece».

Hasta los siete años cubre una etapa a la que se denomina *anatrophé*, exclusiva de crianza por la madre en la que no se tiene en cuenta la educación. Finalizada ésta, el niño deberá ir quemando una serie de etapas clasificadas de acuerdo con grupos de edad. De los siete a los doce años son iniciados en la educación colectiva. De doce hasta los veinte años los niños, a excepción de los herederos reales, pasaban a depender de un magistrado, *paidonomos*, que se encargaba de supervisar su educación, que ahora es ya eminentemente entrenamiento para la milicia.

A los doce años, cuando iniciaban la vida de comunidad, se preparaban sus lechos de paja, iban descalzos, tan sólo disponían de una capa para todo el

año y debían soportar una dieta totalmente desequilibrada. No obstante se les permitía robar comida, habilidad que se consideraba un honor; pero los que eran sorprendidos en este acto tenían que aguantar duros castigos que le servían de escarmiento para no volver a incurrir en el mismo error. En su educación, la gimnasia y el manejo de las armas ocupaba un lugar preferente. Este adiestramiento, supervalorado en ocasiones, en realidad, según H. I. MARROU, inculcaba al niño un ideal de suboficial de carrera. Se les enseñaba a leer y a escribir en un grado mínimo, también cultivaban la música, tocaban la flauta y entonaban canciones, que les servía para elevar su ánimo y acompañarles en las marchas de prácticas militares para el combate. La música tuvo mucha importancia en la misma guerra en la época arcaica, pero desde el siglo VI a. de C. sólo se utilizó para llevar el ritmo de los ejercicios militares. La gimnasia estuvo subordinada a lo militar y sus ejercicios se orientaban en función de los cambios de formación de la falange de hoplitas. La caza también se practicaba con una finalidad militar, a la vez que les procuraba un suplemento alimenticio y vigilaban los campos donde trabajaban aislados los hilotas.

Este sistema educativo inculcaba en la mente del espartano la disciplina, la seguridad en sí mismo, la cohesión social, la lealtad y la obediencia. Esta conformidad era el requisito previo para la supervivencia. Para conseguir que fuera efectiva esta disciplina la ciudad creó la institución de los *martigophoroi* «portadores de látigos» que se encargaban de castigar físicamente a los indisciplinados. Los *eirenes* se encargaban de llevar un control casi absoluto de los jóvenes.

A los veinte años aquéllos que habían superado todos los escalones de la *agogé* tenían el derecho de participar en las *syssita* o *andreia*. Eran ciudadanos completos. A su vez estas congregaciones constituían la base del entrenamiento militar, según nos relata Herodoto. En ellas los espartanos vivían hasta los treinta años. Al final del eirenado un grupo escogido de espartanos debía vivir a la manera de hombre-lobo sin dejarse ver. Esta institución denominada *crypteia* «vida secreta» era uno de los requisitos para poder pertenecer al cuerpo de los *hippeis*, «infantes» no «caballeros», los cuales formaban la guardia real o la policía secreta de los *eforoi*. Esta institución, que ya llamó la atención incluso de las gentes filoespartanas, consistía según Plutarco (Licurgo, 28) en que un grupo selecto de jóvenes iba a vivir en secreto al campo. Durante el día permanecían ocultos y por la noche salían de sus escondites para matar a todos los *heilotai* que encontraran. Esta costumbre refleja un rito de adolescencia, en el que jóvenes guerreros se sometían a un período de aislamiento de la comunidad para poner a prueba su virilidad y demostrar su astucia y valor. Tenía un fin, el aterrorizar a la población heilota.

El espartano adulto no escapaba a la influencia del Estado. Después de los treinta años podía tener su casa, aunque debía seguir participando, una vez al día, en las *syssitias* con los fondos que le procuraba sus *cleros*. El espartano vivía muy poco en familia.

Otro factor a considerar en este sistema educativo es el de la *pederastia*, practicada en algunas regiones de Grecia. En Esparta debemos establecer una diferenciación entre la pederastia pura y la inversión sexual. La pederastia surgió de una relación de compañerismo entre los guerreros que convivían juntos, consecuencia de la separación del sexo contrario impuesta por el Estado. Una de las bases establece que la mujer no podía participar en las cofradías masculinas, porque tenían prioridad las virtudes varoniles, tales como la fuerza o el valor. De ahí que las relaciones entre el hombre y la mujer pasaran a un plano secundario. Resulta curioso comprobar que las áreas geográficas en las que es más frecuente la homosexualidad coinciden con las zonas de asentamiento de los dorios, tal es el caso de Creta y Esparta. En ambas hubo una pervivencia de esta institución de las primitivas cofradías masculinas de guerreros que tanta importancia habían tenido en el periodo indoeuropeo.

Ahora bien, debemos descartar la suposición de que la pederastia doria fuera una simple homosexualidad ya que en su defensa abogan una serie de valores institucionales muy complejos y además hay que tener en cuenta que jugaba una baza muy importante en el sistema educativo espartano. En Creta, durante el periodo de iniciación, un adulto se encargaba de la tutela de un

joven al que inscribía en el *andreion*, «círculo de hombres» donde realizaban una serie de comidas que en un principio debieron tener un carácter privado. Lo mismo debió ocurrir en Esparta, pero después de las reformas de Licurgo se institucionalizaron y la pederastia se sumó a la educación militar. Los precedentes de esta institución tal vez deban buscarse en la *hansa* indoeuropea lo que prueba que el Estado espartano conservó, aunque actualizándolas, una serie de instituciones gentilicias. Después convivían tutor y efebo dos meses en el bosque o en el campo en donde se ejercitaban en la caza. Finalizado este tiempo el tutor regalaba al protegido una armadura y otros objetos, transformándose en su escudero, *paratatheis*, y consejero. A través de la pederastia se intentaba conseguir un objetivo, la virilidad total. En las relaciones tutor-efebo, el último debía ver en el primero una especie de héroe a quien trataría de imitar, de ahí los contactos carnales para una mayor identificación, pensando quizás el efebo que de esta manera se le transmitían todas las cualidades y vigor de su patrono o protector.

Las mujeres tienen realmente una independencia casi absoluta. De jóvenes practican toda clase de deportes y ejercicios físicos, pues deben ser aptas para criar hijos robustos. Realmente tienen no pocos rasgos viriles en su comportamiento, en el duro trato a sus hijos y el escaso espacio u ocasiones en que los tienen consigo. Ven poco a su marido y su comportamiento, escandalizó con frecuencia a los restantes griegos, ya que lejos de estar recluidas, llevan una vida de bastante actividad y se entregan, con frecuencia, a los negocios que no pueden practicar sus maridos. Aristóteles y Platón contraponen su libertad a la disciplina y rigor de los varones; aunque gozaban de una fama de castidad que no siempre merecían y que compensaban con su frecuente lesbianismo. Al poder ejercer el comercio y como administradoras de los bienes de la familia algunas de ellas llegaron a acumular grandes fortunas.

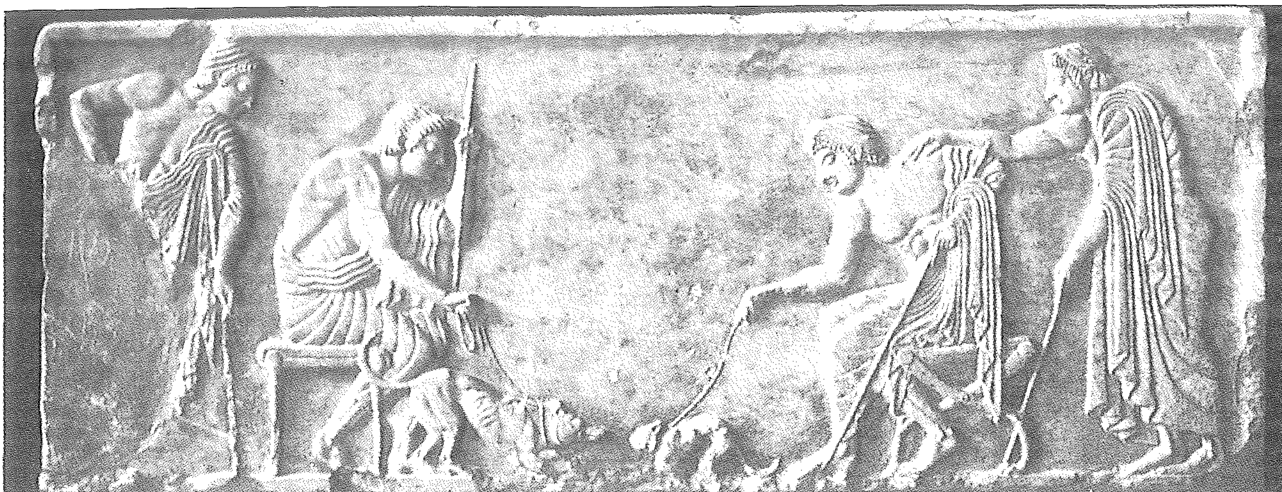
De la misma manera que los jóvenes, las muchachas espartanas debían recibir una educación rígida que conocemos mal. Era similar a la de los varones y sus aprendizajes básicos eran la música, la danza, el canto y los juegos atléticos. Se mezclaban libremente con los jóvenes y al igual que ellos hacían ejercicios desnudas en público. Pero sobre todo se las mentalizaba para que engendrasen hijos vigorosos. Es muy probable que una parte de su educación, en concreto el canto y la danza, la recibieran en las *thiasas*, «asociaciones» en las que la maestra se encargaba de su formación. En la obra de Safo se hace mención a estas asociaciones en las cuales las relaciones eróticas entre docente y discente eran normales, lo mismo que ocurría entre los varones. Aristóteles criticaba a las espartanas por su inmoralidad y autoritarismo y decía que fueron la causa de que los varones fomentaran la pederastia. Aunque en la sociedad espartana la mujer nunca tuvo gran influencia, algunas gozaron de una buena posición en cuanto a riqueza se refiere.

Safo (620-580 a. de C.), poetisa lírica griega. Vivió en Mitilene, donde tuvo una escuela femenina de poesía y música. Según la leyenda se dio a la homosexualidad, a la que dio su nombre (safismo); también se cuenta que enamorada del joven Faón y desesperada por la indiferencia de éste, se arrojó al mar.

La ceremonia matrimonial se constituía en un auténtico ritual, pues el matrimonio era llevado a cabo mediante la forma de rapto, secuestro ritual, frecuente en los cultos egeos de la vegetación —rapto de Coré por el dios de los infiernos—. A la mujer después se le afeitaba la cabeza y la novia era vestida con ropas de hombre para esperar a su prometido en una habitación a oscuras. Todo ello nos pone de relieve una subordinación de la mujer a la sociedad masculina. El matrimonio debía de ser clandestino hasta que a los treinta años todo hombre debía establecer su casa, estabilizándose desde el momento en que la mujer quedaba embarazada. Las esposas podían ser prestadas a otro hombre a petición suya para tener hijos con ellas. Varios hermanos podían tener una esposa común y el adulterio no parece que constituyera una ofensa y un deshonor.

6. Religión y cultura

El sistema educativo espartano además de tener un gran componente político-social tuvo también un importante bagaje religioso. Se puede decir que existió un estrecho vínculo entre educación y ritual. Conocemos algunas de las festividades religiosas como las *Jacintias*, en honor de Jacinto, las *Carneas*, en honor de Apolo, las *Gimnopedias* y las *Staphilodromias*. En ellas



Relieve de la última década del siglo VI a. de C. Este relieve pertenece a la Basa de los Palestritas. Representa la lucha entre un perro y un gato.

tenían lugar distintos tipos de competiciones *(agones)*, tales como las carreras, concursos de danza o de coros. En estas fiestas se hacían ostensibles los valores espartanos que debían servir de estímulo para los jóvenes.

Existía un ritual primitivo de robo conectado con el santuario de Artemisa Ortia, que en un momento determinado se convirtió en una auténtica y dura prueba de resistencia. Plutarco nos dice que él mismo lo presenció: «he visto a muchos de ellos morir bajo el látigo ante el altar de Artemisa Ortia...» (Licurgo, 18). Según diversos testimonios sabemos que pervivió hasta el siglo IV d. de C. Esta transformación de un antiguo rito de fertilidad en una prueba de resistencia, característica de los rituales espartanos señalada por Platón, nos pone de relieve el cambio de los festivales espartanos a raíz de las disposiciones de Licurgo. La educación entendida como iniciación aparece reflejada en divinidades tales como Artemisa y Apolo y también en los mitos de Coré y Couros. Estas pervivencias de rasgos de las iniciaciones primitivas se deben a las instituciones estatales, tales como la agogé espartana o la efebia ática.

En Esparta se erigieron numerosos edificios religiosos. El templo de Atenea Calcioicos es denominado así por los relieves en bronce, obra de Gitiades, correspondiente a principios del siglo VI a. de C. El Limnaion, hieron de Ortia, identificada con Artemis, tuvo un gran número de fieles, según acusan los cuantiosos exvotos rescatados por las excavaciones allí realizadas. Esta deidad era un legado de la época cretomicénica, pues se nos ofrece ataviada como una diosa del II milenio a. de C. con arco y rodeada de leones. Sus atributos son los de la Gran Madre: fertilidad, protección contra las miasmas de los pantanos, guerra, caza y educación de los hijos. En el Menelaion se veneraba a Menelao y Helena, héroes aqueos de Laconia. En el Amiclaion a Jacinto y Apolo. Las ofrendas de marfil y de objetos de plomo que han aportado los diversos santuarios y en especial el de Ortia acusan la fe que los fieles depositaron en estas deidades.

Esparta conoció una esplendorosa civilización que no tenía en nada que envidiar a la de las ciudades griegas más prósperas. Fue testigo del desarrollo de la poesía lírica, la música y la danza. Su poderoso atractivo fue el motivo de que acudieran poetas famosos, algunos de los cuales fijaron allí su residencia. La lírica coral era interpretada por coros, preparados para esta finalidad, integrados por hombres y mujeres, que actuaban en festivales religiosos o en acontecimientos muy importantes. Los cantos y danzas eran acompañados por instrumentos. El máximo representante de la elegía es Tirteo, un poeta didáctico que al parecer vivió durante la Segunda Guerra Mesenia. Tirteo se nos presenta en sus fragmentos como un espartano y concretamente como miembro del ejército espartano, por consiguiente no debemos tener en cuenta la leyenda que le hace oriundo de Atenas desde Platón. Su poesía tuvo una función social. Dio ánimos a sus ciudadanos en su lucha contra los mesenios. La obra de Tirteo fue clasificada por los alejandrinos en elegías y canciones anapésticas de guerra. De estas últimas no se ha conservado nada auténtico. No sucede así con sus *Elegías*, una de las

cuales, *Eunomia* «buen orden, buen gobierno», era muy estimada por los antiguos.

Alcmán de Sardes es el primer lírico coral que ha llegado hasta nosotros. Sus poemas escritos hacia finales del siglo VII a. de C. cantan con delicadeza a las robustas doncellas a las que brindó sus *parthenai*. Su poesía es reflejo de todo lo oriental. Sus poemas están llenos de referencias a sus relaciones con danzarinas o a las de ellas mismas. Estas bailarinas tienen nombres aristocráticos: *Agido* «lider», *Astumeloisa* «favorita de la ciudad», *Hegesichora* «conductora de la danza»... Algunos de estos antropónimos estaban relacionados con las casas reales. Sus atributos son los de la aristocracia y ellas son el símbolo viviente de un pasado en el que las mujeres espartanas eran famosas.

Hacia mediados del siglo VI a. de C. la cultura espartana comienza a eclipsarse, pues, después de Alcman, si existieron poetas debieron ser muy inferiores. Una de las fuentes más valiosas para la historia de la música de la antigüedad es la obra atribuida a Plutarco, *Sobre la música*, que nos informa sobre las dos «escuelas» que existían en Esparta en el siglo VII a. de C. Según Plutarco, la primera fue creada por Terpandro de Lesbos, de quien se dice que consiguió el triunfo en la competición musical de las primeras Carneas celebradas en la 26 Olimpiada (676/673). El desarrollo de la denominada segunda escuela se relaciona con la celebración de las Gimnopedias en honor de Apolo, creadas en el 665 a. de C. Conocemos, asimismo, la procedencia de diferentes artistas que se afincaron en Esparta: Taletas de Gortina, Jenócrito de Locros, Jenódamo de Citera, pero las creaciones de estos artistas no se han conservado.

Esparta ha sido juzgada muy contradictoriamente por antiguos y modernos, tanto en su comportamiento interior como en lo que afecta a la marcha general de la historia de Grecia. La verdad es que sus avatares políticos estuvieron llenos de sorprendentes contradicciones: traicionó no pocas veces a los griegos y se entendió con el enemigo persa. Pero también defendió y salvó a la Hélade en situaciones críticas, como en las Termópilas o en Platea. Y, cuando Atenas fuera vencida en 404, se alzó una sola voz para oponerse al común deseo de las ciudades griegas de arrasarla, argumentando que no podía ser destruida la ciudad que tantos días de gloria había dado a Grecia.

Por otra parte, formó hombres modélicos, disciplinados, que con su conducta constituyeron un ejemplo constante para Grecia en el cumplimiento del deber ciudadano. Por ello nadie ni nunca descutió su superioridad militar. Y, contra los romanos, aunque eran ya ínfimos en número, constituyeron el último baluarte de resistencia a las legiones.

La decacencia de Esparta fue lenta, pero inexorable. Porque cometieron el error de no desarrollar su economía y precipitaron la progresiva desaparición del número de ciudadanos. La Esparta del siglo VI tenía 250.000 hilotas, con 100.000 periecos y 25.000 espartanos que en el siglo III se había convertido en tan solo unos cientos de ciudadanos. Cerrada sobre sí misma, sobre su ciudadanía no pensó en otra cosa que en preservar sus propios privilegios: nadie podía establecerse, y ni siquiera permanecer en Esparta sin permiso de los éforos. Les hubiera bastado con reponer los ciudadanos muertos en la guerra o desaparecidos por falta de hijos. Pero, al contrario, favorecieron el maltusianismo y no premiaron la natalidad. Permitieron que se concentraron los cleros en manos del Estado y que fueran administrados por unos pocos. La escasa renta de cada ciudadano era ruinosa para una familia numerosa y entrañaba el peligro de *atimia* por no poder pagar la comida común de los espartanos. Nadie quería más que un hijo heredero, pero si moría en la guerra desaparecía el titular del cleros y la vacante no se cubría.

En todo caso, la constitución espartana, no carente de virtudes y excelencias, no dejó de ser en manos de sus *éforos* y *gerontes* el instrumento adecuado para convertir aquella ideal igualdad y democracia, en una real y suprema tiranía y militarismo. Esparta fue víctima de su egoísmo y de una gerontocracia retardataria.

ANDREWES, A.: «Probouleusis. Sparta's Contribution to the Technique of Government», Oxford, 1954.

——: «The government of Classical Sparta». *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, 1966.

BORING, T. A.: «Studies in Spartan History». *DA*, 1972.

BRELICH, A.: *Paides e Parthenoi*, Roma, 1969.

BUTLER, D.: «Competence of the demos in the Spartan Rhetra». *Historia*, XI, 1965.

CALAME, C.: *Rite e poesia corale in Grecia*, Laterza, Bari, 1977.

CARTLEDGE, P. A.: «Hoplites and heroes Sparta's. Contribution to the Technique of ancients warfare». *JHS*, 97, 1977.

COOCK, R. M.: «Spartan History and Archaeology». *CQ*, XIII, 1962.

CHRIMES, K. M. T.: *Ancient Sparta*, Manchester, 1952.

DAWKINS, R. M.: *The Sanctuary of Artemis Orthia at Sparta*, Londres, 1929.

DEN BOER, W.: *Laconian Studies*, Amsterdam, 1954.

FINLEY, M. I.: «Sparta». *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, La Haya, 1968.

——: «Sparta». *The use and abuse of History*, Chatto, 1975.

FORREST, W. G.: «The date of the Lykourgan Reforms in Sparta». *Phoenix*, XVIII, 1963.

——: *A History of Sparta 950-192 BC*, Hutchinson, Londres, 1968.

HAMPL, F.: «Die Lakedaimonischen Periöken». *Hermes*, LXXII (1937), págs. 1 y siguientes.

HAMMOND, N. G. L.: «The Licurgean reform at Sparta». *JHS*, 70, 1950.

HOLLIDAY, A. H.: «Spartan austerity». *CQ*, 27, 1977.

HUXLEY, G. L.: *Early Sparta*, Londres, 1962.

JANNI, P.: «La cultura di Sparta arcaica». *Richerche*, I, Roma, 1965.

JEANMAIRE, H.: «La cryptie lacedemonienne». *REG*, 26, 1913.

——: *Couroi et couretes. Essai sur l'éducation spartiate dans l'Antiquité Helenique*, Lille, 1939.

JONES, A. M. H.: «The Lycurgan Rhetra». *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966.

——: *Sparta*, Oxford, 1965.

KIECHLE, F.: «Laconien und Sparta». *Vestigia. Beiträge zur alten Geschichte*, 5, Munich-Berlin, 1963.

MARROU, H. I.: *A History of education in Antiquity*, Routledge, 1956.

——: «Les classes d'age de la jeunesse Spartiate». *REA*, 48, 1946.

MICHEL, H.: *Sparta*, Cambridge U. P., 1952.

LENSCHAU, TH.: «Agiaden und Euripontiden». *RE*, 88, 1939.

MURRAY, O.: *Early Greece*, Glasgow, 1980.

OLIVA, P.: *Sparte and her social Problems*, Praga, 1971.

PARETI, L.: *Storia di Sparta arcaica*, Florencia, 1920.

RAWSON, E.: *The Spartan tradicion in European Thought*, Oxford, 1969.

REDFIELD, J.: «The Women of Sparta». *CJ*, 73, 1978.

RODRIGUEZ ADRADOS, F.: *Líricos griegos*, Barcelona, 1956.

ROUSSEL, P.: *Sparte*, 2.ª ed., París, 1960.

STARR, CHESTER G.: «The credibility of early Spartan history». *Historia*, 14, 1965.

STUBBS, H.: «Spartan austerity. A possible explanation». *CLQ*, XLIV (1950), págs. 32 y siguientes.

TIGERSTEDT, E. N.: *The legend of Sparta in Classical Antiquity*, Estocolmo, 1965.

TOYNBEE, A.: «The rise and declive of Sparta». *Some essay of Greek History*, Oxford, 1969.

TSOPANAKIS, A. G.: *La Rhetre de Lycurgue, L'Annexe-Tyrtée*, Tesalónica, 1954.

WADE GERY, H. T.: «The Sparta Rhetra in Plutarch, Lycurgos VI».*CQ*, 37, 1943.

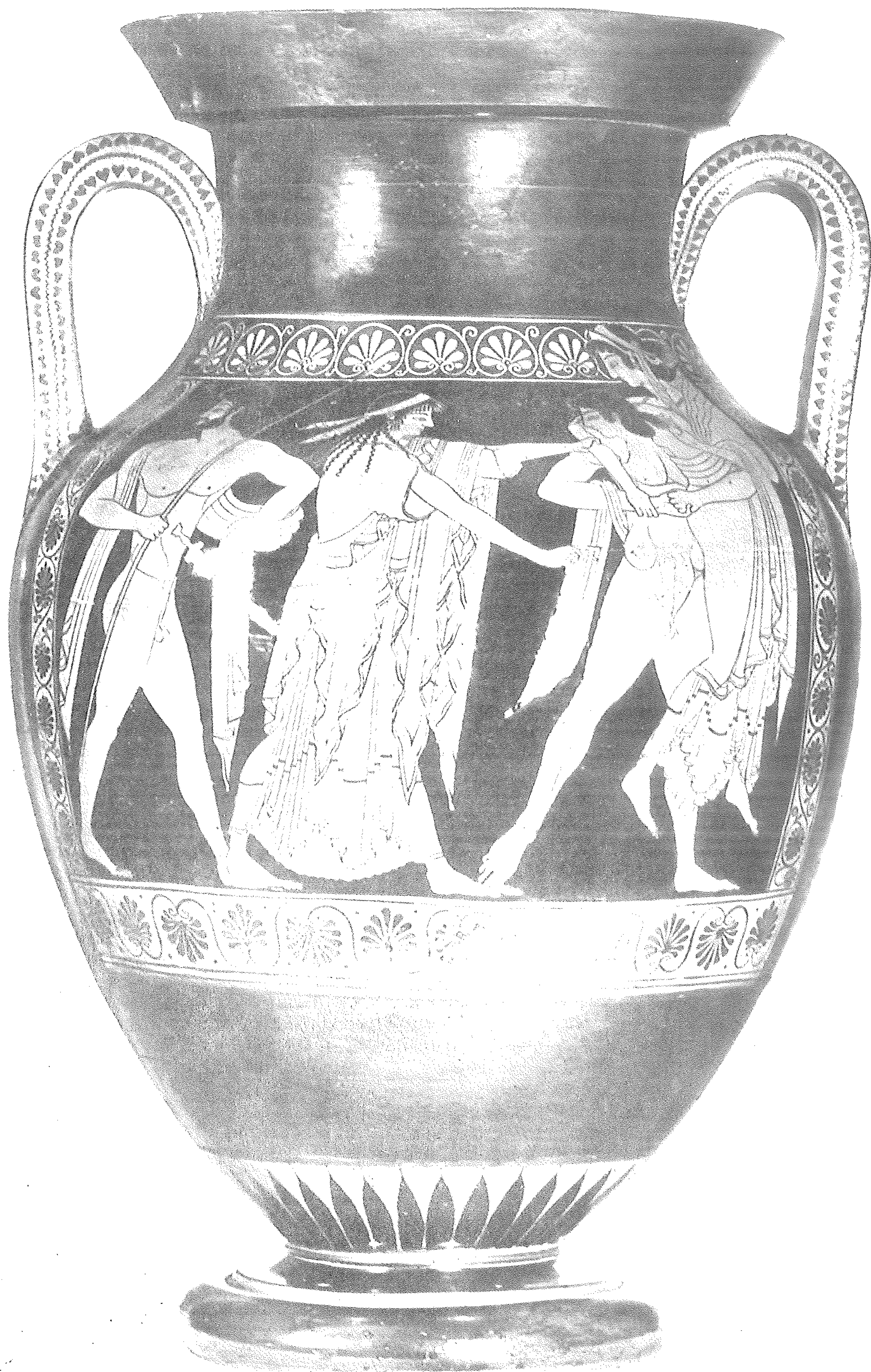
——: «What is the Rhetra». *Essays in Greek History*, Oxford, 1958.

WALBANK, F. W.: «The Spartan Ancestral Constitution in Polybius». *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966.

WATHERHOUSE, H., y HOPE SIMPSON, R.: «Prehistoric Laconia, I». *BSA*, 55, 1960.

WILL, E.: *Doriens et Ioniens. Essai sur la valeur du critère etnique appliqué à l'étude d'histoire et de la civilisation grecque*, París, 1956.

WITKOWSKY, S.: «Die spartanische Heeresgliederung und der Ursprung des Ephorats». *EOS*, 1934.



ATENAS BAJO EL REGIMEN ARISTOCRATICO (siglos IX-VI a. de C.)

Angel Montenegro Duque
José M.ª Solana Sainz

I. EVOLUCION DE ATENAS HASTA EL SIGLO VI

1. El Atica

El Atica, destinado a convertirse en el centro neurálgico de la vida política y cultural de la antigua Grecia, constituye una pequeña península triangular con 2.650 km^2 de superficie. Hay en ella tres regiones geográficas bien diferenciadas: Paralia, Mesogea y Diacria que se complementan en sus funciones humanas y económicas, especialmente, y dieron unidad a una población heterogénea en la que confluyen los autóctonos pelasgos, allí asentados desde el neolítico, con los nuevos emigrantes de estirpe helena: aqueos, eolios y jonios, que en sucesivas oleadas fueron llegando durante el segundo mileno a. de C. Los dorios no conseguirían entrar en el Atica. La base de este triángulo se apoya sobre los montes Citeron y Parnus que marcan la divisoria con Beocia, mientras el istmo de Corinto y el sistema montuoso de Kerata en el ámbito de la ciudad de Mégara se constituyen en una fuerte barrera contra la penetración hacia y desde el Peloponeso.

La Paralia es la franja costera meridional y oriental, dotada de litoral arenoso apto para el fondeo de las embarcaciones y determinante por ello de la vocación marinera de las posteriores generaciones atenienses. Esta costa se ve flanqueada a corta distancia del mar por pequeñas y no muy elevadas cordilleras: Laurion al sur, rica en plata, y Pentélico; y definen las regiones interiores del Atica, la Diacria al norte y la Mesogea al sur. A la vez se convirten en sólida muralla protectora del Atica, sin llegar a constituirse en aislante del resto de la Grecia continental con la que se une por fáciles vías de comunicación. La *Diacria* es la zona norte, esencialmente montuosa y rocosa, procura pastos para ovejas de fina lana y procura la madera; también florecen los viñedos en sus laderas más abrigadas y bajas, y fino mármol blanco del Pentélico. Dos regiones llanas, la *Mesogea* al sur y el *Pedion* (llanura por antonomasia) al norte de Atenas son lógicamente las mejores tierras agrícolas junto con la llanura de Eleusis.

En torno a Atenas surgen otras pequeñas cordilleras: Anhydros, Hymetto, Anchermos y Aigalê. Sobre estas abundantes zonas montuosas y las de la Diacria, surgen pastos para una rica ganadería y procuran madera para los hogares y la industria naviera o cerámica. En pequeñas llanuras se cultivan cereales, aceite, vino y árboles frutales: región de Pedión, Eleusis, Maratón, Atenas (regada por el Cefiso y el Iliso) o las de Mesogea, la más extensa con importantes núcleos urbanos en Pallene, Paiana y Phyla. Pero, en conjunto, el Atica es más bien pobre, con veranos secos e inviernos de lluvia torrencial y clima atemperado por la siempre próxima vecindad del mar. Cuando la población ciudadana aumentó, la importación de cereales y la pesca suplieron la escasez de alimentos. El centro de población más importante de todo el Atica fue Atenas, situada a corta distancia de la costa que se enfrenta a la isla de Salamina. En sus alrededores se elevan cuatro cerros testigos calcáreos: la Acrópolis, el Pnix, Aerópago y Lycabeto. Sobre el golfo Sarónico en sus inmediaciones, se asienta el puerto del Faleron en el que avanzando el tiempo se centró una gran actividad comercial importadora y exportadora; de puerto con carácter más militar actúa el Pireo, también próximo y bien comunicado con la capital, Atenas.

2. El Atica entre la leyenda y la historia: la sinoikia

La participación del Atica en la Historia de Grecia acaece en tiempos relativamente tardíos. Los datos arqueológicos son escasos y la tradición legendaria transmitida por mitógrafos y logógrafos resulta muy poco fiable. Pero del análisis de una y otra fuente histórica —entre las que resultan particularmente interesantes los datos entresacados de Herodoto, Tucídides, Plutarco y la *Athenaion Politeia* en Aristóteles— nos permiten establecer hitos importantes en la evolución de Atenas con anterioridad al siglo VI, fecha en que aparece la historia más segura, en torno a la personalidad y obra de Solón.

La arqueología detecta restos neolíticos de un primer poblamiento situado en la zona de la Acrópolis y sus alrededores, precisamente en donde la tradición ubica la ciudad primitiva. Esta población primitiva y aborigen es conocida con el nombre de «pelasgos». Muy probablemente desde el 1950 a. de C. se acusó la presencia de gentes jonias. Durante la época aqueomicénica conoció cierta prosperidad, pues los restos exhumados en la Acrópolis, en otras colinas próximas (Areópago, Las Musas) y en los valles, como en el que se asientan el Agora, así nos lo hacen pensar, y nos confirman en el hecho de la dependencia cultural respecto al círculo creto-micénico de que nos habla la tradición legendaria referida a Teseo. El asentamiento en la Acrópolis se caracterizaba por ser un núcleo rural, situado en un medio geográfico también rural. Merced a esta posición estratégico-militar favorable pudo contener la presión de los invasores dorios hacia el 1150 a. de C. y acoger dentro de su seno a gentes aqueas procedentes del Peloponeso, como fue el caso de las de Pilos. Sin duda, la presencia de estas gentes en el Atica y su feliz entendimiento y unión en términos que nos precisa la leyenda, *sinoikia*, permitió a sus habitantes sacudir el dominio cretense y micénico, repeler los intentos de penetración doria sobre el Atica y posteriormente disfrutar un periodo de esplendor cultural. Corresponden esos gloriosos momentos a los siglos X y IX, «protogeométrico» y «geométrico», en los cuales aparece Atenas entre las zonas más civilizadas o la que más de la Antigua Grecia.

La tradición legendaria complementa aquella visión del Atica prehistórica. Ello hizo de Cécrops el primer rey de la Acrópolis y verdadero fundador de Atenas, la que entonces recibiera el prístino nombre de Cecropia. Allí reposarían sus restos mortales donde un templo guardaba su memoria. En tiempos de su hijo y sucesor Erecteo situaban la disputa de Atenea y Poseidón por la posesión de Atenas. La primera haciendo crecer un olivo triunfó en el juicio de los dioses sobre su rival Poseidón que con el tridente había hecho brotar una fuente. Sería precisamente desde entonces cuando estas tierras recibieron el nombre de Atica por su diosa protectora, en cuyo honor se celebrarían en lo sucesivo las Panateneas y cuyo auténtico sentido está en celebrar fiestas de la recolección. Sin duda en esta leyenda subyace el recuerdo también de la lucha entre poblaciones neolíticas agricultoras matriarcales frente a los invasores indoeuropeos de ritos religiosos prioritariamente patriarcales y quizá se trata de recordar en la leyenda la victoria y expulsión de los dorios de tierras áticas.

Pero en verdad el más famoso descendiente de Cécrops sería su biznieto Teseo, a quien, al igual que Cécrops y Erecto, les honraba un templo erigido en la Acrópolis. De Teseo resalta la tradición, sobre todo, dos hechos vitales para la historia de Atenas: la liberación de la servidumbre cretense y la *sinoikia*. Así, de Teseo se dice que venció a Minotauro, rey que habitaba en un palacio de Creta, el Laberinto. Con ello liberó a Atenas de pagar el ominoso tributo de los siete adolescentes y las siete hermosas doncellas. Tal liberación del poderío cretense, que pretende embellecer la leyenda, debe situarse en torno al 1400 a. de C. coincidiendo con la decadencia del poder minoico, suplantado por los aqueos. Pero este papel significativo de libertador fue resultado de la gloria que Teseo recibiera como fundador de la unidad ateniense, de la *polis* de Atenas, reuniendo en una sola entidad a todos los diversos pobladores del Atica. Pues hasta entonces eran estas tierras un auténtico mosaico de aldeas autónomas, hecho explicable en función del relieve. La *sinoikia* reunía en absoluto plano de igualdad a todos los pobladores del Atica. Tenían su capital en Atenas y su máximo baluarte defensivo en la Acrópolis. Tan importante obra llevada a cabo por Teseo nos

Teseo, héroe griego, rey legendario de Atenas. Hijo de Egeo o Poseidón, fue educado por su madre Etra. A los dieciséis años llegó a Atenas, donde se enfrentó a Medea, la nueva esposa de Egeo, y la hizo desterrar. Después se fue a Creta, para matar al minotauro, con la ayuda de Ariadna.

es recordada por Plutarco (*Teseo*, 24-25) quien califica a Teseo de *oikistes* o fundador de la *polis*. Reuniría en una todas las magistraturas de las aldeas áticas, pero sin que esta unificación política implicara desplazamiento o concentración de los habitantes dispersos. En sucesivas etapas se completaría la obra de Teseo y la fijación y repartición de sus cuatro *phylai* o tribus; y se procedería de igual modo al sincretismo religioso sin mengua de la subsistencia de cultos locales. En esta progresiva integración no faltaron resistencias individualistas; pues durante cierto tiempo subsistieron sin integrarse Salamina, Eleusis y la tetrápolis de Maratón. A este respecto Tucídides (II, 15-16) recuerda las disputas de los reyes Eumolpos de Eleusis y Erecteo de Atenas y cómo la agregación de Eleusis fue tardía y no pacífica. Pero, con todo, el núcleo básico de la *sinoikia* debió ser muy antiguo; anterior a la penetración doria, aunque no tenemos seguridad de que estuviera sólidamente afirmada en tiempo de la guerra de Troya, ya que no parece claro que figurase el Atica dentro del catálogo de las naves que hiciera Homero al consignar a los helenos combatientes contra Troya; pues el pasaje de *La Ilíada,* II, 546 y siguientes, bien puede ser una interpolación posterior al momento de la redacción de Homero. En todo caso, sobre estas tierras no se conoce otro pueblo que el ateniense.

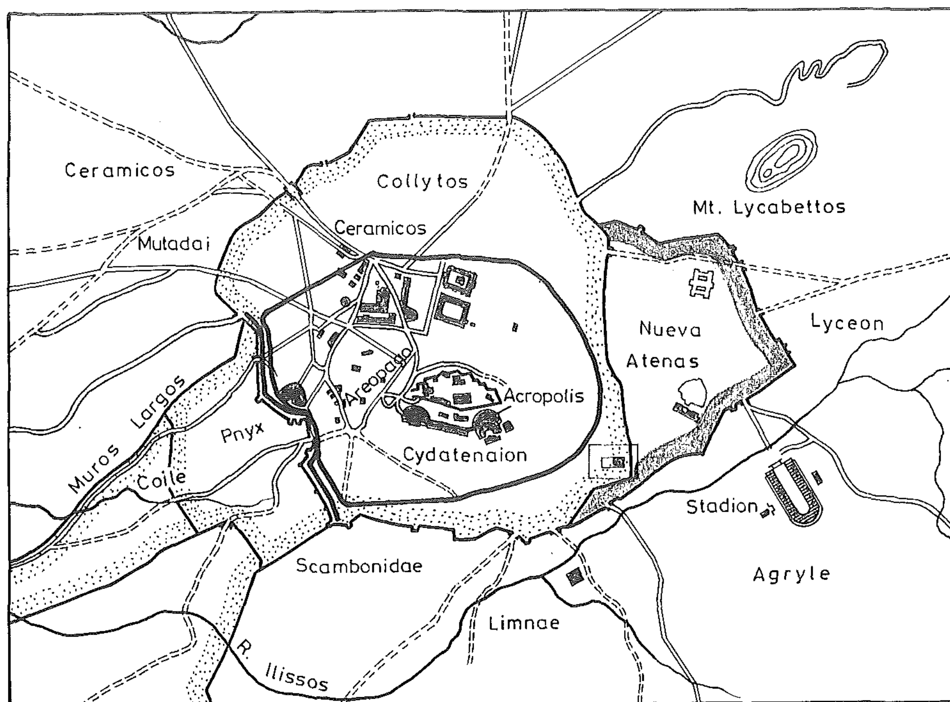
Los Panateneas tenían entre sus ritos más importantes la simbólica conmemoración de esta *sinoikia*, que se hacía sintomáticamente, y para expresar aquella pacífica unión inicial practicando un sacrificio sin efusión de sangre de la víctima ofrecida. Atenea sería la diosa protectora de su ciudad y pueblo homónimo; ella era tradicionalmente en tiempos homéricos la diosa protectora del palacio real, de la casa familiar y de todo el pueblo, que en adelante fue conocido como «ateniense»; en paridad de derechos y deberes para toda la población. Desde entonces el símbolo y expresión de esta diosa sería la lechuza, ambas con el epíteto de *glaukopis* «ojos de mirada clara». La *sinoikia* ateniense, embrión de su futura democracia es explicable sobre todo porque aquella tierra no había sido conquistada, como Esparta, por un pueblo suficientemente fuerte y capaz de establecer dos mundos, el del vencedor y el de los vencidos, señores y esclavos.

3. El gobierno aristocrático

Desgraciadamente se ha perdido el inicio de la obra de Aristóteles, la *Athenaion Politeia*, que debía contener valiosas aportaciones sobre la historia más antigua del Atica, deducidos de los atidógrafos. Así, pues, nuestros conocimientos de la más antigua organización político-social se limitan a unas pocas noticias fragmentarias.

Después del «sinoikismo» se mantuvo el tradicional régimen monárquico, pues las fuentes mencionan dos dinastías, Medontidas y Erecteidas, cuyas listas de soberanos mezclan nombres de héroes míticos e históricos. Pero pronto se produjo la decadencia y finalmente la desaparición de la monarquía, sustituida por el gobierno de la aristocracia. Paralelo fenómeno se produjo en toda Grecia durante el periodo protohistórico, es decir, entre los siglos XII al VII a. de C. Según Aristóteles *(Ath. Pol.*, 3) el sucesor de Codro fue el último rey hereditario. Por lo general se ha venido considerando que la fecha que señala el fin de la monarquía de los Códridas es la del 1066 a. de C. y que en este momento fue instituida la magistratura del arcontado. El tránsito entre ambos tipos de gobierno no debió de ser inmediato sino más bien progresivo. La nueva forma de poder experimentó una evolución que iba desde el rey vitalicio a sólo diez años y más tarde anual. Las grandes familias como los Alcmeónidas, Licómidas, Filóidas, Eteobutadas y Medóntidas reunían en sus manos todos los cargos políticos y religiosos; pero en un principio la elección se hacía entre la familia de los Medóntidas, aunque posteriormente se hizo extensiva a las restantes familias aristocráticas o de los *eupátridas*.

a) *Organización política.* La primera constitución de Atenas conoce como elementos fundamentales al *rey* o *basileus*, al *polemarco* y al *arconte:* El *rey* seguía conservando el título y las funciones del *basileus* primitivo, en particular las religiosas del micénico *wanax*. Estaba asistido por cuatro *fylobasileis* y le competía juzgar aquellos delitos relacionados con la religión.



Atenas.

Poco a poco las familias aristocráticas despojaron a los reyes de sus poderes efectivos a excepción de los religiosos, vinculados a la dinastía; de aquí el mantenimiento de un *arconte-rey* cuyos poderes eran estrictamente religiosos; en esta condición administraba los terrenos del Dios y presidía el sagrado tribunal del Areópago, órgano de justicia, que en aquellos momentos revestía un carácter eminentemente religioso. El *polemarco*, el jefe de la guerra, estaba al frente del ejército y entendía en aquellos procesos relativos a los extranjeros. Según Aristóteles la polemarquía fue creada como consecuencia de la debilidad de algunos reyes para la guerra, motivo por el cual, ante la situación crítica, se tuvo que llamar a Ion como primer polemarca. El arcontado es la más moderna de las magistraturas, pues los *arcontes* no administraban nada de lo tradicional como lo hacían el *rex* y el *polemarco*, sino simplemente las materias que se iban añadiendo. Pero los *arcontes* limitaban el poder real. Al principio fueron los tres citados, el *arconte-basileus*, el *arconte-polemarco* y el *arconte* propiamente dicho. Este último era el epónimo, el que daba el nombre al año, y tenía el poder ejecutivo. Sólo después el colegio pasaría a tener nueve miembros al adicionarle seis personas encargadas de administrar justicia, ejecutando las sentencias y dictámenes de los *arcontes* principales. El paso del arcontado vitalicio al decenal sucedió en el año 752 a. de C. y la ampliación para formar el colegio de nuevo arcontes acaece hacia el año 682 a. de C., lo que lleva a suponer que se había consumado a principios del siglo VII a. de C., pues se posee una lista de estos magistrados para el año 683/2 a. de C. La elección de los *arcontes* se hacía entre los notables y ricos: la aristocracia terrateniente, heredera de la nobleza de sangre.

Un organismo a tener en cuenta es el *Consejo*, que posteriormente se conocerá con el nombre de *Consejo del Areópago*. Es la corte suprema judicial y la componían todos los que habían cesado en el cargo de *arconte*. Según Aristóteles el Consejo tenía la misión de conservar las leyes, administrar la mayor y más importante parte de los asuntos de la ciudad y castigar con penas corporales y pecuniarias, sin apelación, a todos los delincuentes. Las funciones de este Consejo recuerdan las del Senado romano primitivo. Supervisaba a los magistrados y sus miembros debían sufrir la «docimasia», examen, antes de ocupar el cargo de consejero para evitar su posible incompetencia, y cuando cesaban en el mismo debían rendir cuentas de sus actos.

Otros magistrados eran los *colacretai*, literalmente «los que trocean las víctimas sacrificadas», ya que en su origen debieron ser ayudantes del rey en las ceremonias sagradas. Posteriormente, como oficiales subalternos, desempeñaron el cargo de funcionarios del tesoro y su misión era cobrar los impuestos y entregar la recaudación a los tesoreros. La Asamblea popular

740-720 a. de C. Primera Guerra Mesenia.

debió tener unos poderes muy limitados y es posible que designara a los nuevos magistrados impuestos por el Areópago y no por su propia iniciativa.

El régimen local del Atica se basaba en el sistema de *naucrarias;* era 48 el número de estas unidades administrativas; es decir, doce por cada una de las cuatro tribus. Cada *naucraria* era una unidad fiscal y de reclutamiento y estaba obligado a suministrar al Estado un navío equipado y dos jinetes. Sus jefes eran los *naucraroi* «los que mandan un navío», de condición eupátrida; formaban un colegio presidido por los *pritanoi*, los cuatro reyes de las cuatro tribus.



Detalle del Friso del Partenón. representa varios hombres transportando hidrias durante la procesión en honor de Atenea, al término de las fiestas panateneas.

b) *Estructura social.* La célula más pequeña es la familia y una agrupación de treinta de éstas constituyen un *genos*, cuyo número debió alcanzar el centenar. Los rasgos más importantes que definían a los individuos que integraban este grupo eran: la solidaridad, la existencia de cultos comunes y el de descender de un común antepasado (*homogalactos*). Los componentes del grupo llevaban el nombre de ese antepasado común, cuyo antropónimo podía aludir a un topónimo (*Cefisos*) o a una función sagrada (*Eumolpidas*, «buenos cantores»). Existía la propiedad familiar e individual, no la colectiva del genos, pero la posesión de la tierra estaba vinculada al clan; por este motivo aquel ciudadano que no tuviera descendencia no podía legar sus bienes a individuos de otros *genos*.

Cada *fatria* «hermandad» agrupaba treinta *genos* y el nombre que designa su origen común está sufijado en *-idai* o *-adai* «hijos de». Los padres presentaban a la asamblea de la *fatria* a los hijos nacidos durante el año; lo hacían en el tercer día de las fiestas de las Apaturias. Si el niño era aceptado como legítimo, disfrutaba de los derechos de ciudadanía y sucesión. Se veneraba como deidades de las *fatrias* a Zeus Fatrios y Atenea Fatria.

Tres *fatrias* formaban la *tribu*, cuyo número era de cuatro. Según Aristóteles los atenienses fueron divididos en época de Ion por primera vez en cuanto *filay* «tribus», cada una de las cuales estaba representada por un *fylobasileis*. El léxico de Patmos conserva un fragmento parafresado de la obra del Estagirita, que dice que «las *fylai* eran cuatro, a imitación de las estaciones del año, y cada una de ellas estaba dividida en tres partes, de modo que todas juntas eran doce, como los meses del año. Las tribus se denominan: *Geleontes* «brillantes», la de los nobles; *Aigikoréis* «cabreros», la de los pastores; *Argadéis* «terreno difícil de cultivar», la de los agricultores; y la de los *Hopletes* «hombres de armas», la de los soldados. Esta distribución ha llevado a algunos historiadores a defender la hipótesis de un reparto profesional o territorial aunque parece más verosímil la de un origen étnico y propia

ya de los jonios en el momento de la invasión del Atica, tal como ocurriera con la estructura ternaria doria.

Partícipes y beneficiarios de esta organización política subsiguiente a la *sinoikia* fueron los *eupátridas*, los «bien nacidos», los que detentan la posesión de la mejor tierra. Sobre la base de tal estructura social la evolución económica de los siglos XII al VII fue definiendo la clase plebeya, *demiurgos* y *thetes*. En ésta la masa de marginados, probablemente descendientes de las poblaciones prehelenas. Irán contando cada vez más en el peso político a través del enriquecimiento de algunos de ellos y de la presencia de inmigrantes a los que el Atica dio frecuente acogida. Los *demiurgos* son comerciantes o artesanos, herreros y alfareros especialmente; los *thetes* son mercenarios, posesores de tierras pobres y empleados en tareas del campo; se integran en las *tribus* individualmente, pero no en los *genos* aristocráticos. Sin embargo, se asocian y celebran cultos propios. Son todos ellos libres pero no participan en las tareas políticas y judiciales, reservadas a los eupátridas que integran los genos.

4. Evolución económica

La arqueología ha podido comprobar que la ciudad de Atenas en torno al año 900 a. de C. se convierte en uno de los centros más prósperos y avanzados de Grecia; posiblemente el que más. En Atenas, por entonces, se aplica un nuevo estilo en la decoración de los vasos cerámicos que se caracteriza por la geometrización de las escenas, estilo que alcanza su punto más elevado con el maestro del Dipilon (760-750 a. de C.) y sus seguidores. A partir del 850 a. de C. aparecen en Creta, Esparta y Atenas objetos de arte fenicio y sirio y en Corinto marfiles anatolios. A principios del siglo VIII a. de C. se acusa en la ciudad la presencia de orfebres orientales; al mismo tiempo, la cerámica ática aparece en los niveles inferiores del yacimiento de Al-Mina. Sin duda una de las grandes obras de arte orientalizante, con fecha del 730 a. de C., es un grupo de estatuillas de marfil esculpidas por un artesano de Atenas, basado en las figuras sirias de Astarté. Hasta el 750 a. de C., más o menos, la ciudad había sido un foco de riqueza y población. En ella se encuentran ricos mausoleos geométricos pertenecientes a la aristocracia, mientras que gran parte del espacio rural estaba deshabitado. Durante el último tercio del siglo VIII se acusa un gran declive de la prosperidad de Atenas, que algunos historiadores han querido explicar en función de la hostilidad de Argos y del surgimiento de Egina como potencia naval que controla el golfo Sarónico.

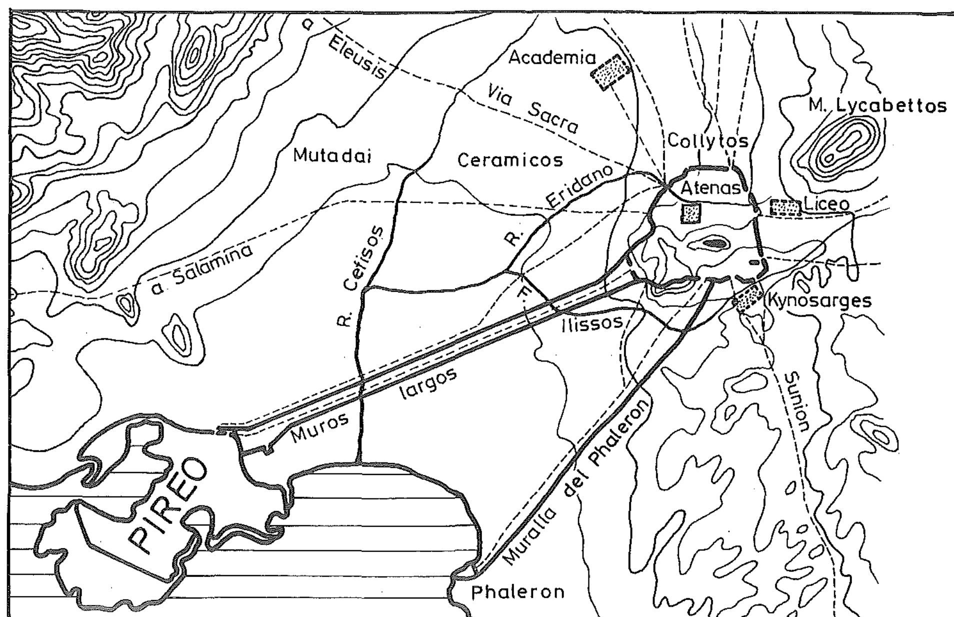
Frente a este declive de la ciudad de Atenas se produce un resurgimiento del interior de la Península, pues gran parte de los antiguos establecimientos micénicos del Atica, abandonados en torno al 1200 a. de C., fueron repoblados según ponen de relieve las tumbas: su número se ha multiplicado por seis, y el número de hallazgos arqueológicos que aparecen en el área central de la ciudad de Atenas sólo se ha triplicado con respecto a la época pasada. No sabemos con seguridad si los eupátridas fueron los auténticos posesores desde época remota de estos dominios rurales, cuestión difícil de resolver; pero lo que sí se sabe es que por el 740 a. de C. estaba totalmente vinculada en lo económico a la capital y de esta manera Atenas pudo disponer de un amplio territorio en el Atica a través del cual pudo llevar a cabo su expansión. Esto nos llevaría a entender por qué Atenas, a diferencia de otras ciudades, no participó en la aventura colonial de esta época arcaica, al disponer de un área amplia de desahogo para su creciente población urbana. La realidad es que la sociedad ateniense permaneció aislada, tornándose conservadora y agraria.

Sin perder este carácter eminentemente agrícola y conservador, la situación económica y social del Atica va a iniciar a partir del siglo VII un proceso de fuerte evolución hasta situarse en plano de igualdad con las restantes ciudades colonizadoras: Corinto, Mégara, Egina, Sicione. Estas se habían abierto al progreso con la navegación y el comercio en general y la fuerte afluencia de toda clase de productos, especialmente llegados de las colonias: metales preciosos e industriales (cobre y hierro). La circulación monetaria ya en el siglo VIII había permitido constituir algunos capitales allegados por el comercio. Pero, mientras en el ámbito de la Grecia colonizadora habían surgido buenas industrias metalúrgicas y cerámicas y los propios agricultores

706 a. de C. Fundación de Tarento.

de las ciudades coloniales veían revalorizados sus excedentes agrícolas de buena calidad, como los vinos y aceites, Atenas, al margen de aquella colonización, apenas si exporta escasas cerámicas de Dipilon, y sus naves no eran capaces de emprender largas rutas, y apenas circulaban monedas. Todavía Dracón, en 621, debe fijar las multas en cabezas de ganado y solamente a partir de Solón, a comienzos del siglo VI, las leyes atenienses podrán determinar las penas con equivalencias en dracmas y podrán disponer de un erario propio del Estado e iniciar la acuñación de una moneda propia en Atenas.

Pero el despertar económico de Atenas a fines del siglo VII es bien patente en el aumento de la circulación monetaria por todo el ámbito del Atica y de sus productos de fabricación y exportación: cascos, objetos de arte, cerámicas de Dipilon; mientras en vasijas de cerámica común expanden por el sur de Grecia sus excelentes vinos y aceites.



Atenas y el Pireo.

5. Transformación y crisis social

La aristocracia, los eupátridas, dueños de la tierra y portadores del prestigio sacrosanto de su pureza de sangre vinculada en último término a los dioses y héroes antepasados, conservaron la casi totalidad de los antiguos privilegios hasta el siglo VII y ciertamente sin que nadie osara disputárselos. Ahora bien, una serie de factores decisivos van a cuestionar estos derechos tradicionales, para, finalmente, en tiempos posteriores, plantear la crisis de este orden social tradicional. La evolución económica implicará serios reajustes en la estructura social.

En primer lugar, dentro del grupo aristocrático se produjo una fragmentación, ya que distintos intereses provocaron los subsiguientes enfrentamientos entre los propios grupos de aristócratas. Pues en aquella economía agrícola, si bien la tierra mejor era de su exclusiva pertenencia, su reparto era muy desigual: la mediana y pequeña propiedad tendía a desaparecer cada vez más bajo la sucesiva parcelación por herencia, mientras la acumulación de mano de obra, esclava o semiesclava, barata, al servicio de los más ricos, les permitía incrementar su poder y riqueza desmesuradamente. A mediados del siglo VII se hará ya una definición tiomocrática o censitaria de esta aristocracia: los *pentacosiomedimnoi* o grandes propietarios que recolectan más de 500 medimnos, los *triacosiomedimno* o *hippeís* con más de 300 medimnos; los *zeugitas*, 200; los *thetês* que no alcanzaban esta cantidad recolectada. A su vez en la ciudad de Atenas surge el colectivo de «los nuevos ricos», pues en el barrio del Cerámico proliferan los alfareros y los forjadores, que no sólo abastecían con sus productos a los atenienses, sino que también exportaban sus excedentes de producción, según ponen de relieve la incorporación de Atenas a la *anfictionia*

de la isla de Calauria, de la que formaban parte entonces las ciudades de Egina, Orcomeno, Epidauro, Hermione, Nauplia y Prasia. Estas gentes acomodadas, muchas de las cuales no eran aristócratas, y por ello no participaban en los asuntos públicos, hacen patentes sus ambiciones políticas. A finales del siglo VII a. de C. estos nuevos ricos, sin acceso a la propiedad territorial ni en consecuencia a la participación en la política, reclaman sus derechos.

A su vez, los pobres pedían justicia y seguridad, ya que los terratenientes incrementaban sus bienes en detrimento de los pequeños campesinos libres. Todos ellos alentaron y provocaron una profunda crisis sólo en parte resuelta por Dracón y Solón y más en profundidad por la tiranía de Pisístrato. Consiguientemente nuevos grupos sociales fueron surgiendo con el impacto económico derivado del desarrollo del comercio y de la industria y de la crisis sufrida en la propiedad agrícola. Entre las clases inferiores muchos ven empeorar su situación o simplemente sobreviven. Son los agricultores pequeños, que, cuando falla la cosecha en una tierra de suyo escasa, deben endeudarse con préstamos, poniendo la tierra como garantía. Las tierras hipotecadas, marcadas con mojones *(horoi)* llenaron el Atica, señal de las deudas que frecuentemente no pueden reintegrar. Pero, si el deudor no posee tierras o si el valor de la deuda adquirida sobrepasa el valor de aquéllas, la garantía es la persona. En este caso el deudor insolvente puede ser obligado al destierro, ser vendido como esclavo o adscrito al trabajo de la propia tierra, de la que sigue teóricamente siendo dueño. Son los hectémoros, que, en opinión corriente entre los historiadores, quedan adscritos a la tierra debiendo pagar la sexta parte de la cosecha. Muchos atenienses quedaron en esta dura situación o trabajaron para otros como *pelatai* «clientes». Los veremos permanecer en esta situación hasta que Solón dicte la legislación anulatoria

624 a. de C. Legislación de Dracón, Atenas.

Entre tanto una generalización de tan injustas situaciones fomentó la inquietud social. Los nuevos ricos, que no participan en los cargos públicos, se unirán a los no ciudadanos y a los esclavizados para dar fin al poder abusivo de la aristocracia. Ya que estos eupátridas son los dueños únicos del poder y únicos jueces que conocen e interpretan la fuente única de derecho en Atenas: la costumbre, la tradición. Lo tienen todo: riqueza, pureza de sangre, nobleza, poder, justicia. La crisis subsiguiente se hará patente ya a fines del siglo VII con el episodio de Cilón; estallará abiertamente en el siglo VI, pese a las reformas incompletas de Dracón y Solón, para terminar resolviéndose en gran parte bajo la tiranía de Pisístrato y poder dar paso decisivo a la democracia inaugurada por Clístenes.

6. La Conjuración de Cilón

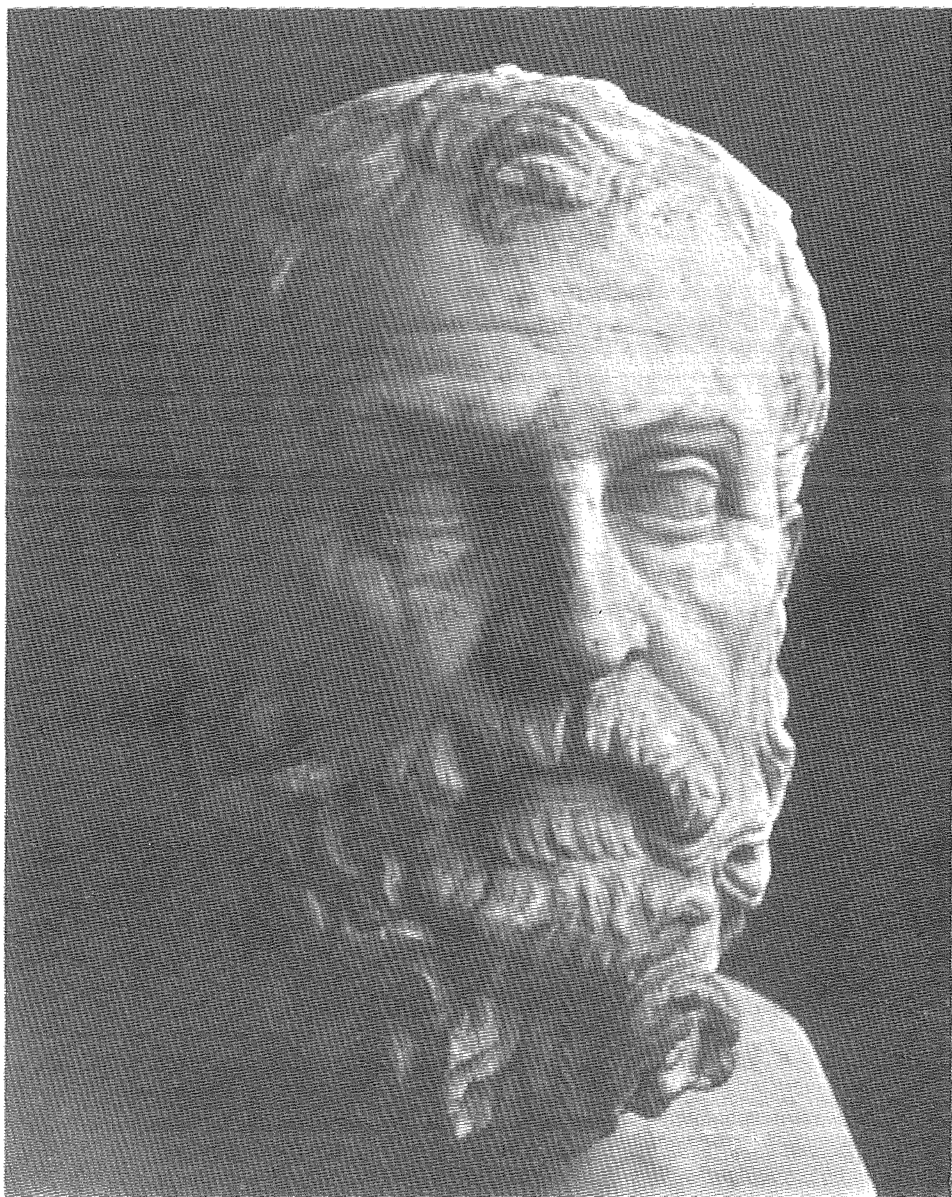
El primer brote de lucha se situa hacia 630 a. de C. con Cilón, héroe triunfador en los Juegos Olímpicos. Era noble y poderoso y estaba casado con una hija de Teágenes, tirano de Mégara; consultó el oráculo de Delfos y la divinidad alentó sus deseos renovadores: durante la fiesta mayor de Zeus debía apoderarse de la Acrópolis de Atenas. Con la ayuda de los megarenses tomó la Acrópolis: Atenas tenía su tirano. Cuando los ciudadanos salieron de su sorpresa, le pusieron sitio a las órdenes de los nueve arcontes. Los sitiados estaban en un aprieto por falta de víveres y de agua; Cilón con unos pocos pudo huir, mientras los demás se sentaron suplicantes ante el altar de Atenea Poliade y, bajo promesa de ser respetada su vida, abandonaron la Acrópolis. Vana confianza, pues todos fueron muertos, algunos incluso al pie del altar de las Euménides, a cuya protección se habían acogido.

700 a. de C. Jonia establece relaciones con los reinos de Frigia y Lidia. Lidios y frigios introducen en Grecia la economía monetaria. Comienzo del uso de la Constitución Gran Retra *por parte de los espartanos. Hesíodo de Ascra, en Beocia, compone la* Teogonía, *y* Los trabajos y los días.

Cilón refugiado en Mégara, buscó la venganza y alentó a su pariente Teágenes, el tirano de Mégara, a apoderarse de Salamina y después de lograrlo pudo devastar las costas del Atica. Los sufrimientos de la población, la derrota humillante frente a Mégara y el horrible espectáculo de los ejecutados, sacrílegamente y a traición, provocó la repulsa de la mayoría de los atenienses. Condenó a la familia de los Alcmeónidas, principales responsables de la sacrílega matanza, al destierro perpetuo, al tiempo que hacía purificar la villa por un experto sacerdote traído expresamente de Creta.

7. Dracón y la transcripción de las leyes consuetudinarias en leyes escritas

Tras el fracaso del primer intento de reforma social, aquellos ricos no aristócratas y los pobres exigían la transcripción de las normas consuetudinarias para poder escapar a la arbitrariedad de la justicia de los *genos* y de los jueces aristócratas y poder participar en el gobierno de Atenas. Según parece una primera reforma fue encomendada a seis *thesmothetes* (*thesmoi* «costumbres»); pero no resolvió el problema y el ambiente seguía manteniéndose tenso. Por este motivo se confió a Dracón en el 621 a. de C. la misión de fijar las leyes; su trabajo dio como resultado el primer código ateniense, un código escrito con sangre y no con tinta, según asevera la tradición posterior. Para Aristóteles, las leyes de Dracón son una simple recopilación de las antiguas normas conservadas por la tradición, confirmada en una inscripción de finales del siglo v a. de C. (*IG*, I^2, 115), que reproduce parcialmente el texto de estas leyes. En todo caso es calificada de severa ya que arrebataba a los genos su derecho inveterado de venganza y a los jueces aristócratas su exclusivo ejercicio de justicia y de la arbitraria interpretación de la costumbre como fuente de este derecho. Con la ley escrita se rompía, pues, la fuerza y solidaridad de estos genos y de sus poderosos dirigentes eupátridas. En efecto, a partir de Dracón se fijan las leyes sobre los homicidios, diferenciando los asesinatos premeditados, que eran juzgados por el Areópago y aplica a los



Solón, legislador ateniense, cuyas reformas aumentaron la ıvertención de las clases populares en la vida pública de Atenas.

culpables la pena de muerte; los no premeditados, juzgados por un colegio especial de treinta miembros, los *efetai*, pertenecientes a la aristocracia de abolengo y mayores de cincuenta años y cuya pena era el destierro sin la confiscación de bienes; los homicidios en defensa propia, que no se penalizaban. Con estas medidas el Estado se transformaba en árbitro soberano de la justicia e impedía que un asesino pudiera estar expuesto a la venganza de sangre de los clanes. Por otra parte limitó a los parientes directos de la víctima el derecho a reclamar justicia, impidiendo así las presiones sobre los jueces con reclamaciones de fuerza, multitudinarias.. Era un derecho más humano. A su vez con el nombre de Dracón están relacionadas unas leyes que se refieren al comportamiento de los ciudadanos y que castigan de manera severa a los inactivos y a los ociosos.

8. Los primeros pasos colonizadores de Atenas

660-640 a. de C. Segunda Guerra Mesenia. Los mesenios acaban sometidos gracias a la nueva táctica de la formación en falange de los hoplitas.

Atenas se lanzó muy tardíamente al comercio y colonización exterior. Sin embargo, el excedente de población se acusó en el Atica como en el resto de Grecia y también la escasez de cereales. Los buscaría en las tierras del Ponto Euxino; pero no lo conseguiría sin lucha con otras potencias griegas. Del trigo del sur de Rusia dependía su subsistencia. Las importaciones de cereal las pagaba en aceite, artículo que no se producía en la Rusia meridional. Como la zona de Sigeon estaba controlada por los de Mitilene, también productores de aceite, necesariamente tendrían que entrar en lucha con ellos. La arqueología acusa la presencia de los atenienses en este espacio geográfico, pues los restos de cerámicas áticas así lo ponen de relieve. Estos vasos áticos eran de lujo, posiblemente no utilizados para envasar los aceites: acusan una competencia con la producción cerámica corintia a la que han desplazado de este mercado.

Una expedición ateniense a ultramar se organizó hacia 610, según el testimonio de Alceo, posiblemente alentada por los de Mileto. Se emprendió bajo la dirección de Frinón. Ocupó Sigeo en la Eolida, punto estratégico en la ruta del Ponto y de las colonias megarenses. Los de Mitilene fortificaron Achilleion y futuro *aisymneta* de Mitilene. Pítaco mató a Frinón en un combate singular, aunque, según Herodoto (V, 95) el arbitraje de Periandro, tirano de Corinto, decidió que Sigeo quedase para los atenienses.

II. SOLON Y SU OBRA

La acción legisladora de Dracón había puesto en manos del Estado la justicia criminal que hasta entonces estaba a merced del genos y de las abusivas imposiciones de sus más poderosos dirigentes eupátridas. Pero quedaba intacto el grave problema social y económico de los atenienses. Los eupátridas, que mantenían la posesión de la tierra, se reservaban el poder supremo del arcontado para los más ricos, los *pentacosiomedimnoi*, esclavizando a los desposeídos *(hektemoroi* y *peletai)*. El hombre que pondría equilibrio en esta excesiva desigualdad sería Solón.

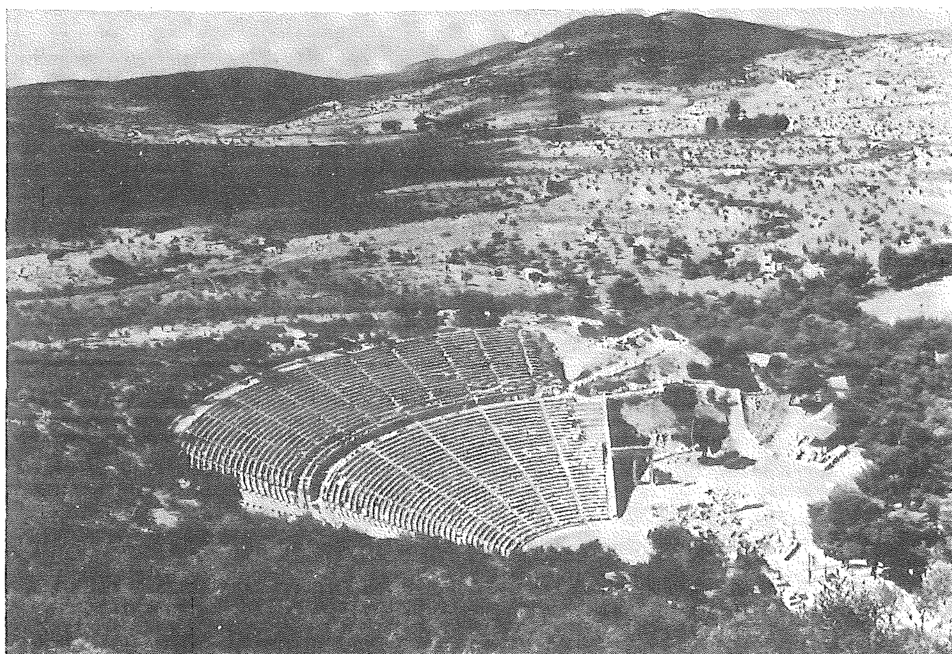
1. El personaje y su vida

Desde el siglo v a. de C. la leyenda ha envuelto la personalidad de Solón, el que fuera considerado como uno de los siete sabios de Grecia. Para los logógrafos antiguos la fecha de su arcontado (594/593 a. de C.) coincide con su edad madura y por ello entonces tendría unos cuarenta años; pudo haber nacido, pues, entre el 640 y el 630 a. de C. Solón descendía de antepasados nobles; pues, según Plutarco, su padre Exekestides pertenecía al *genos* de los Medóntidas y su madre era tía de Pisístrato. A pesar de ello sólo heredó de su padre una pequeña fortuna y hubo de dedicar los primeros años a viajar y practicar el comercio; pero, movido más que por un afán de lucro, por un ansia de instrucción y conocimiento de hombres y costumbres. De su viaje a Egipto nos queda un testimonio en el fragmento número 6 de su propia obra, así como en el *Critias* de Platón al hablar de la Atlántida; y de su

estancia en Chipre, en el frag. 7, admitiéndose que también debió viajar al Asia Menor. Cuando regresó a su patria redactó sus *Elegías* que tenían como fin concienciar a los atenienses, divididos en hóstiles facciones, de la necesidad de un más justo comportamiento ciudadano y del respecto a la persona.

De Solón conservamos gran parte de su obra, *Elegías* y *Yambos*. De ahí que sea uno de los personajes mejor conocidos de la antigüedad y además con carácter más fidedigno en lo que respecta a su ideario político. Por otra parte, la importancia de su actuación política hizo que diversos autores, especialmente Aristóteles y Plutarco, nos hayan transmitido una serie interesante de datos en torno a su faceta de hombre político y literario.

Hacia 612, Solón ya se hizo famoso entre sus conciudadanos incitándoles a la conquista de Salamina. Según una tradición, más pintoresca que verídica, apareció en el Agora vestido de viajero con el *pilos* en su cabeza y subido a la piedra desde donde hablaban los heraldos. Recitó a sus paisanos unos versos que conservamos: «acabo de llegar de la encantadora Salamina, habiéndome proclamado a mí mismo heraldo que trae como proclama un poema lleno de encanto... yo quisiera ser de Felagón o de Sikinos, más bien que de Atenas. Pues, pronto se dirá entre los hombres: he aquí uno de esos cobardes atenienses que abandonaron Salamina». Luego termina con un grito de guerra «vayamos, pues, a Salamina a combatir por una isla atractiva y a deshacer esa vergüenza intolerable». Parece que él mismo capitaneó la empresa que terminó con éxito y suponía nuevas tierras, restituir la unidad y confianza de los atenienses y eliminar la posible amenaza de Mégara, como ya lo hiciera en otros tiempos, atacando a Atenas desde Salamina.



Estadio de Delfos, los griegos dieron una gran importancia a la cultura física y debido a ello construyeron grandes estadios, como éste de Delfos, donde se celebraran cada cuatro años los Juegos Píticos.

Con la victoria de Salamina lograda hacia 610 a. de C. Solón se convirtió en un héroe nacional. Nuevas empresas surgirán poco después bajo su impulso. Hacia 607 se afianzaría la presencia de Atenas en Sigeo, junto a Troya, en el camino hacia el Ponto Euxino, de donde llegaban cereales y un lucrativo comercio. También intervendrían los atenienses militarmente, en favor de Delfos, contra las pretensiones de dominio por parte de Crisa, en la llamada Primera Guerra Sagrada (600-590): la disputa surgida entre Delfos y Crisa dio pie a los atenienses para intervenir en esta guerra. Los de Delfos apelaron a la Anfictionía de Antela para que tomara medidas contra Crisa, que les impedía la salida al mar y que, a su vez, cobraba a los peregrinos que acudían al santuario. La declaración de guerra a Crisa se hizo efectiva. Esta fue sitiada por los ejércitos de Tesalia, Atenas y Sición; entre el 596/590 a. de C. la obligaron a rendirse. La ciudad fue destruida y su territorio consagrado a Apolo Délfico. En adelante, Delfos sería la sede central de la Anfictionía y en donde en el 582 a. de C. se celebraron por vez primera los Juegos Píticos. El prestigio de Delfos creció y los tesalios ocuparon el primer puesto en la

Anfictionía. Los atenienses obtuvieron, por su ayuda, uno de los votos de que disponían los jonios en el Consejo de la Liga de Delfos.

2. Ideario político de Solón

Solón haría de su poesía el mejor instrumento de su programa político. Un programa sencillo, claro y adecuado a las más perentorias necesidades y luchas internas que entonces amenazaban sumir a Atenas en luchas civiles, de las que había acaecido con Cilón era un aleccionador ejemplo. Sólon predica ante todo la unidad de los atenienses y la solidaridad mutua, lo cual exigía la renuncia a la desmesurada ambición de los unos y la eliminación del deseo de venganza de los oprimidos. La resolución de las disputas se haría por leyes equitativas, evitando siempre exasperar al pueblo con la opresión. En esta vía de equidad, Solón amenaza a los extremistas de uno y otro bando y trata de situarse en el justo medio. Así dice Solón: «Pues di al pueblo tanto honor como le basta sin quitar ni añadir a su categoría social. Y de los que tenían el poder y eran considerados por su riqueza, también de éstos me cuidé para que no sufrieran ningún desafuero. Me mantuve en pie colocando entre ambos bandos mi escudo y no permití que ninguno de ellos venciera contra la justicia.» Al mismo tiempo, trató de avalar su ideario político con la fuerza de la religiosidad y tradición de Homero y Hesíodo; pero argumentando con un fuerte racionalismo de cuño jonio. Reconoce que la ambición humana no tiene límites y por consiguiente, se ve arrastrada a la desdicha. Pero entiende también que de ello no debe surgir, necesariamente, una resignación como suprema «virtud»; se debe partir de este presupuesto para poder conseguir un principio de madurez y de concordia. Así pues, la grandeza del fundador de la Atenas histórica se cimentará en su serenidad, humanidad, moralidad y su sentido de la realidad. De esta manera el ideal de justicia se añadirá a los de riqueza y honra, un patrimonio exclusivo de la antigua aristocracia.

La idea de justicia en Solón sigue los patrones hesiódicos, según los cuales el buen orden en la sociedad se basará en la justicia social. Pero el ateniense profundiza más que el beocio ya que da un enfoque a sus normas más racional y práctico. Mientras que para Hesíodo eran los dioses los que garantizaban el orden social entendiendo que la práctica en la ciudad de la justicia se correspondía con la ausencia de signos de cólera divina (guerras, plagas, pestes, hambre) y el otorgamiento generalizado de bienes (fertilidad de las tierras, incremento de los rebaños y mujeres); para Solón los designios divinos no influyen en la ciudad y los beneficios o los perjuicios son causados por los propios hombres. Es decir, la sociedad civil es la que prospera o muere y el hombre es el dueño de su destino y son los humanos, concretamente los aristócratas, los que afligen a la ciudad y la sumergen en un caos por causa de la *disnomía* o «leyes malas».

Solón predica la solidaridad entre ciudad y ciudadanos y que una *diké* «justicia» impuesta por una *eunomía*, es decir, la actividad humana que se inspira en la *diké* y en las leyes divinas, trate de combinar los derechos de todos y modere los excesos de riqueza y pobreza. «La *eunomía* —dice *Solón— hace que todo aparezca en buen orden y bien ajustado. Allana las* asperezas, reprime los excesos, extingue la llama de la insolencia, seca los brotes de locura, ajusta los juicios tortuosos, dulcifica los actos de violencia, pone fin a las discordias y al odio de las ásperas querellas. Con su ayuda, entre los hombres, todo se hace orden y sabiduría.» El sería uno de los Siete Sabios.

3. Solón arconte: sus leyes

La fama de Solón como poeta y su experiencia viajera, llevó a Solón al arcontado para el año 594/593, con poderes extraordinarios para actuar —según Atristóteles— como árbitro equitativo entre ricos y pobres. Pues la mutua hostilidad crecía por momentos y amenazaba desembocar en lucha violenta. Pondría en práctica su ideario político, situándose en el justo medio y resolviendo el acuciante problema de los oprimidos que se veían privados de libertad, mientras otros muchos temían por su suerte futura. Quizá de este

año de arcontado datan sus leyes que prohibían la usurpación de las tierras y la esclavización de las personas por deudas contraídas. Parece que volvió a ocupar el cargo de arconte en varios años sucesivos; entonces con el encargo de reformar la constitución de Atenas. Las leyes emanadas de Solón serían escritas en unas tablillas de madera, *kyrbeis*, a modo de mesa en forma de pirámide de tres caras que giraba sobre un eje. Luego fueron repetidas en papiro, pero conservando la redacción y distribución original.

4. Reforma de la Constitución de Atenas

Solón procedió a realizar un censo de bienes de cada ciudadano y con arreglo a su montante establecer la clasificación social censitaria. Al decir de Aristóteles y Plutarco, Solón dividió la población en cuatro clases, de acuerdo con las rentas en *medimnos* de cereal y *metretos* de aceite.

1) Los *Pentakosiomedimno* eran aquellos ciudadanos que obtenían al año unos ingresos superiores a las 500 medidas de áridos (260 Hl). Este desahogo les obligaba a costearse todos sus gastos durante las expediciones de guerra. También podían servir en la caballería. Tenían plenitud de derechos políticos y podían elegir y ser elegidos para desempeñar las magistraturas.

2) Los *Hippeis* o «caballeros» eran los que podían mantener un caballo. Sus ingresos eran superiores a los 300 medimnos de áridos o líquidos. Este grupo estaba formado por pequeños nobles vinculados al suelo, que disfrutaban de plenitud de derechos políticos y que también podían elegir y ser elegidos en los organismos del Estado.

3) Los *Zeugitai* «labradores de un par» obtenían al año más de 200 medimnos de áridos o de aceite. Eran pequeños propietarios y formaban el cuerpo de hoplitas, infantería pesada que se costeaba su propio armamento.

4) Los *Thetes* eran asalariados o gentes que recogían al año menos de 200 medimnos. Componen el *demos* o pueblo simple. Aunque integraban el grupo de los *peltastes*, guerreros de armas ligeras, también prestaban su servicio en la flota como remeros de las trirremes.

La jerarquización social se había establecido hasta Solón en función de una riqueza agrícola y por consiguiente planteó problemas cuando surge la moneda, *dracma*, que Solón subsana al identificar el medimno del cereal con esta unidad monetaria. Así pudo dar entrada a los hombres ricos que no tenían sus bienes en tierras, principalmente los nuevos ricos comerciantes. Respetuoso con la tradición y sin querer atentar en exceso a los privilegios hasta ahora ostentados por los eupátridas, no realiza una nueva estructura social; se limita a rebajar los montantes exigibles para el alto cargo del arcontado; basta para ser elegido arconte el estar inscrito en el censo de la primera clase timocrática, *pentakosiomedimnoi*, sin necesidad como hasta ahora de pertenecer a alguna familia aristocrática. La administración de las finanzas, dentro de las máximas magistraturas, quedaría reservada tam-



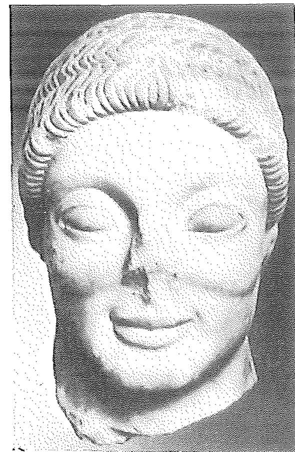
Estela funeraria, del siglo IV a. de C. Representa la figura de un guerrero hoplita.

bién a los *pentakosiomedimnoi* con objeto de que su propia fortuna sirviera de garantía frente a posibles malversaciones de los fondos públicos. Pero, para impedir que los eupátridas mantuvieran el control en la designación de los arcontes, mediante su influencia decisiva sobre los *genos*, Solón establece que la elección se hiciera mediante un sorteo previo de 40 candidatos (10 por cada tribu) y entre ellos se elegirían los tres *arcontes* y seis *themothetes*. Los nueve *arcontes* más un arconte secretario actuaron como poder ejecutivo de las leyes y disposiciones superiores. La *Ekklesia* sigue siendo responsable del poder legislativo; está integrada por los ciudadanos de las cuatro clases censitarias; elige a los arcontes; se reúne con mayor periodicidad, ya que toda ley o asunto importante debe ser por ella aprobado. La presentación de leyes a la discusión y aprobación de la Ekklesia era hasta entonces misión de la *Bulé*, integrada por los exmagistrados arcontes y, por tanto, eupátridas; pero de ahora en adelante aquel derecho de introducir nuevas leyes a la asamblea de ciudadanos corresponderá a la nueva *Bulé*, constituída por 400 miembros (100 por cada tribu) que además vigila la ejecución de las leyes y el orden público.

De igual modo Solón introduce reformas radicales en el ejercicio de la justicia. Sigue vigente la antigua *Bulé* o *Consejo del Areópago*, pero, aparte de perder la iniciativa legisladora, ve profundamente limitadas sus funciones judiciales; sigue juzgando los delitos religiosos y criminales, pero sus sentencias pueden ser revisadas por un tribunal de apelación, el *Heliaia*, que se reúne en el Agora y está integrado por 400 miembros (100 por cada tribu) designados por sorteo para cada año; pueden revisar las sentencias de las areopagitas, y por tanto, aumentar, disminuir o anular sus penas; además cualquier ciudadano, no ya sólo los familiares del damnificado, puede presentar denuncia por escrito (*graphé*); con ello el *Consejo del Areópago* (antigua *Bulé*) perdió progresivamente importancia y los juicios terminaron por pasar directamente al *Heliaia*, quedando para la *Bulé* los delitos intrascendentes o los no denunciados. En las leyes de Solón quedaron fijadas la cuantía de las penas correspondientes a los diversos tipos de delito, al objeto de eludir la arbitrariedad del tribunal.

5. Reformas sociales

Diversas leyes de Solón hacen alusión al individuo, la familia y la herencia. Consolidó la independencia del individuo limitando la patria potestad; prohibiendo el derecho de vida y muerte y estableciendo que el hijo fuera igual al padre al llegar a la mayoría de edad. Restringió en gran manera las posibilidades de vender a las hijas. Favoreció la división de los patrimonios en cada sucesión hereditaria y concedió derechos de sucesión a los hijos naturales y a las hijas. Anuló ciertas normas que defendían la continuidad del patrimonio familiar y obligaban a la heredera *(epiclera)* a casarse con el pariente más próximo. Otras leyes prohíben la mendicidad, exigen que se enseñe un oficio a los hijos, quitan al padre el derecho de vida o muerte sobre sus hijos reconocidos. Finalmente Solón hizo una campaña contra toda clase de excesos y gastos suntuarios, sobre todo en contra de los despilfarros originados por las ceremonias fúnebres que reunían a los miembros del *genos*. Al eliminar estas pompas que suponían una demostración de poder y riqueza, asestó un duro golpe al orgullo aristocrático.



Cabeza masculina 530 a.C.

Pero la reforma social más importante de Solón fue la que afectó a la abolición de la esclavitud de ciudadanos atenienses y a la distribución de la tierra en la clase más humilde de los *thetês*. Atañe a ese numeroso grupo de los *hectemoroi* o endeudados con préstamos, frente a los que eran frecuentemente insolventes; en consecuencia, eran esclavizados o escapaban a tal situación mediante el exilio. Aunque hay grandes discusiones entre los historiadores al interpretar los datos antiguos, trasmitidos especialmente por Plutarco y Aristóteles, parece claro que las leyes de Solón actuaron en tres direcciones: abolición de la esclavitud por deudas, abolición general de deudas, o *seisachteia*, y aminoración (lograda por la adopción del tipo euboico) de la tasa de interés por préstamo y de la cuantía de la renta por labrantío de tierras. Prohibió que a partir de entonces se pusiera la persona como garantía de préstamos. Así nos habla un texto de Aristóteles: «Coloca-

do, pues, Solón al frente de los negocios libertó al pueblo para el presente y para el futuro con la prohibición de préstamos sobre la persona y puso leyes e hizo una cancelación de las deudas privadas y públicas que llaman *seisachteia*, pues fue como si se hubiesen quitado un peso de encima...» (Ath. Polit., 6). Otro texto del propio Solón nos precisa el alcance y consecuencia de sus medidas: «De ello podría dar testimonio la tierra negra de la cual yo antaño quité los mojones en muchas partes ahincados; ella que antes era esclava y ahora es libre. A Atenas devolví muchos hombres que habían sido vendidos, ya justa ya injustamente. Y a otros que se habían exiliado por su apremiante pobreza.» Uno de los aspectos más discutido sería el de la total abolición de las deudas, cuestión difícil de admitir y que, en realidad, pudo consistir en la simple devaluación de la moneda ateniense, con lo cual consiguió al mismo tiempo reducir el montante del censo timocrático, el de las deudas adquiridas previamente y la tasa de las rentas de la tierra. Todo ello entraría en la *seisachteia*, «descarga», «sacudir el pesado fardo», término en el que se expresa la reforma de Solón según Aristóteles. También hay dudas sobre un pretendido o real reparto de tierras entre los humildes; quizá se limita a restituir los predios perdidos por deudas impagadas. Atica en época posterior estuvo definida esencialmente como una región de pequeños propietarios, aparte de que el desarrollo de la industria, especialmente la de cerámica, no sería tan grande como para absorver a un gran número de estas gentes desposeídas de su tierra. Esto ha llevado a suponer que los *hektemoroi* y su familia consiguieron de nuevo, de manera legal, sus antiguas propiedades una vez que Solón suprimió los *horoi*, «mojones», según constata en sus *Yambos*.

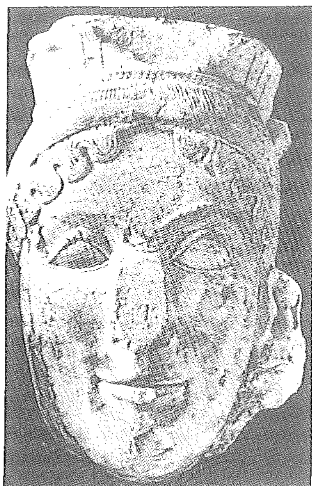
6. Reformas económicas

Las reformas sociales de Solón van íntimamente ligadas y son en cierto modo dependientes de las reformas económicas. Aristóteles *(Ath. Polit.*, 10) y Plutarco *(Solón*, 15) hacen referencia a estas reformas, que por lo general han sido eclipsadas por las políticas y sociales, y fueron —como obra de aquel buen comerciante que fuera Solón antes de ser legislador— la base del posterior desarrollo económico de Atenas. En pesas, medidas y monedas se utilizaban fundamentalmente dos sistemas, el *eginético* y el *euboico*. El primero de ellos estaba en boga en los países dorios: el Peloponeso, Egina, Mégara y las islas de la Grecia del Norte; tenía como base el *talento* que pesaba 36 kg, que fue modificado por Fidón de Argos hacia 650 a. de C. Desde entonces acuñó monedas de plata, al mismo tiempo que introducía un sistema de pesas y medidas. Atenas en la época anterior a Solón giraba en torno a este sistema métrico y monetario, lo que implicaba dependencia comercial de Egina y de Mégara. Este sistema eginético fue objeto de competencia por otros, en particular el euboico utilizado por Jonia, Eubea, Corinto y las colonias corintias y calcidias: su patrón también era el *talento*, pero de menor peso, de 26,200 kg. La habilidad de Solón fue crear un tipo monetal intercambiable con el de Corinto, Eubea y Egina. Pero se decidió por el sistema euboico, mucho más ligero en peso; así una *mina* ática equivalía a 100 *dracmas* euboicas y a 73 *dracmas* eginéticas. Las equivalencias de ambos sistemas eran las siguientes:

Monedas	Sistema eginético	Sistema euboico	Pérdida de peso
1 óbolo	1,04 g	0,73 g	
1 dracma = 6 óbolos	6,28 g	4,36 g	
1 didracma o estátero = 2 dracmas	12,57 g	8,73 g	27 %
1 mina = 100 dracmas = 50 estáteros	628 g	436 g	
1 talento = 60 minas	37,70 kg	26,20 kg	

Según Androtion —opinión no compartida por G. F. HILL y F. E. ADCOCK— fue precisamente esta reducción del 27 por 100 del peso de las monedas lo que produjo la disminución de las deudas, del interés de los préstamos y de las rentas de la tierra en ese mismo porcentaje.

Las acuñaciones de plata atenienses, de buena ley, fueron posibles gracias al metal de Corinto. A partir de entonces, Atenas tendría bellas monedas y de gran aceptación en los mercados mediterráneos. Las unidades de peso se hicieron de acuerdo con el de las monedas del mismo nombre. Así el *talento* equivalía a 63 *minas*. La relación entre ambas unidades era de 21/20. Solón fijó definitivamente las medidas de capacidad. El *medimno* para los sólidos se redujo de 1.72 l a 1.51 l y el *metreto* para líquidos de 1.54 l a 1.38 l. Estas reformas económicas solonianas y el impulso al comercio permitieron a Atenas situarse por encima de las demás ciudades de la Grecia arcaica.



Cabeza de Hera procedente de Olimpia. Ha. 590 a.C.

En agricultura e industria, Solón intentó transformar el tradicional sistema cerealístico autárquico para dar paso a los cultivos arbustivos, viñedo y olivar. Sus excedentes, sobre todo de aceite, deberían exportarse para importar cereales de Egipto, puesto que de su comercialización dependían, además de pingües ganancias para Atenas, la solución a la escasez de víveres.

Amén de la legislación agraria para consolidar la situación de los pequeños propietarios, fomentó el desarrollo de la agricultura, redactando disposiciones sobre los tipos de cultivo, sobre la regulación del uso y consumo del agua y sobre el cuidado de los ganados. Bajo su impulso, Atenas pudo competir con la industria cerámica de Corinto a la que sobrepasó como primera potencia comercial, alcanzando un gran radio de acción. Para desarrollar esta industria no tuvo necesidad de importar mano de obra especializada de alfareros corintios. La difusión de la cerámica ática alcanzó desde entonces gran importancia en el Mediterráneo occidental, pues coincide con el final de la expansión colonizadora de otras ciudades griegas, motivada por la competencia cartaginesa y etrusca con los que Atenas comerciará intensamente. De esta manera también los metales de la Toscana y de las islas adyacentes, así como los de la Península Ibérica formaron parte del cargamento de los atenienses. Sin duda, también la incorporación del sistema de pesas y medidas análogo al de Corinto, a la que trataba de desbancar, contribuyeron a cambiar en Atenas una gran cantidad de mano de obra en los cultivos especializados, en el comercio y en la industria.

7. Las dificultades postsolonianas

Las reformas de Solón fueron prudentes, pero cuajadas de consecuencias. En primer lugar el profundo cambio del Estado, luego la garantía dada a los ciudadanos del derecho electoral activo; se abolía el código draconiano para dar paso a una concepción del derecho más humana y madura; se había alejado el fantasma de los créditos y de las hipotecas que pesaban sobre el mundo campesino, estableciéndose las bases sobre las que se asentaría la plataforma del desarrollo de la pequeña propiedad. Pero la obra de Solón —él lo sabía muy bien— no había satisfecho a nadie: los ricos creían haber perdido más de lo justo, los pobres pensaban que no habían recibido lo suficiente. Intención de Solón era que estas disposiciones previnieran posibles disturbios sociales. Pero, a pesar de que marcaron un hito importante en la carrera hacia la conquista de las instituciones democráticas más maduras, no surtieron todo el efecto pacificador esperado. Solón viviría lo suficiente para constatar que su obra no eliminaba la tiranía ni la violencia. En efecto, tras cesar Solón como arconte, en la lista de los magistrados aparece dos veces (*Ath. Polit.*, 13), en el 584/581 y en el 580/579, el término *anarquía*. Después de esto, Damasias fue elegido arconte y permaneció en el cargo dos años y dos meses, teniendo que ser despuesto por la fuerza. Damasias era un «eupátrida» posiblemente partidario de Solón, que desbordando los marcos de la constitución intentaba establecer una tiranía. Según Aristóteles, después de esta destitución, en el 579 a. de C. se acordó elegir diez arcontes, cinco «eupátridas», tres campesinos y dos artesanos, que mandaron durante el año siguiente a Damasias. Es decir, el número de «no-eupátridas» debía ser igual al de los «eupátridas».

Las violencias desencadenadas en los años siguientes a las reformas ponen de

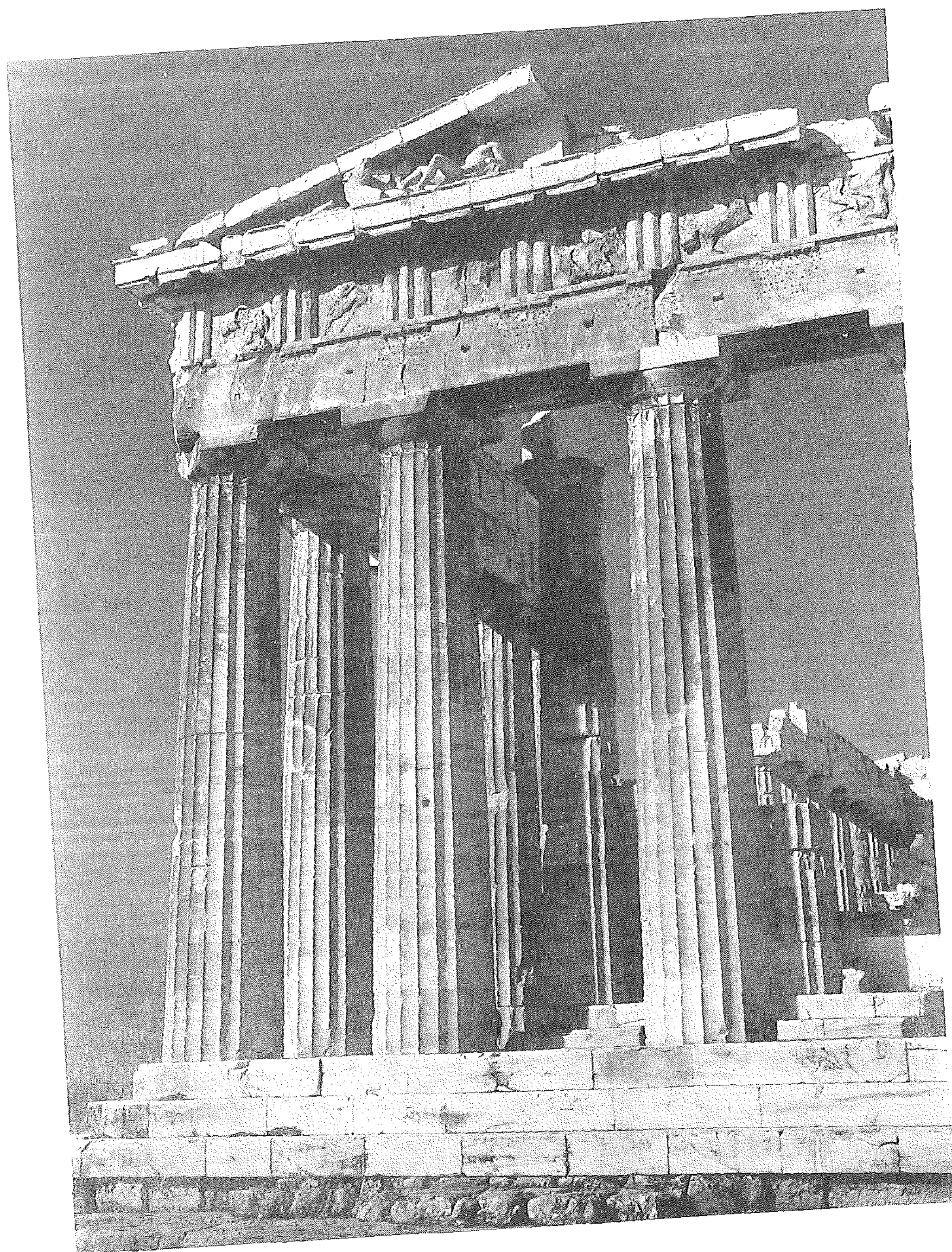


Economía. relieve la ambición de estos nuevos ricos que aspiraban al ejercicio real del poder. En la revolución posterior a Solón éstos sacaron la mejor parte, ya que los integrantes del *demos* fueron convertidos en instrumento de su ascenso. Pero empezaron a formarse rápidamente grupos antagonistas y las luchas no cesaron hasta que Pisístrato se hizo con el poder. Los principios básicos de la reforma de Solón substieron durante el siglo VI, pero las luchas sociales situaron a Atenas en trances críticos hasta tanto la tiranía diera nuevos pasos en la solución económica de los problemas acuciantes de las clases atenienses menos dotadas.

BIBLIOGRAFIA

ANDREWS, A.: *Greek Society*, Penguin, 1971.
ASHERI, D.: *Distribuzioni di terre nell'antica Grecia*, Turín, 1966.
ASHERI, D.: «Leggi greche sul problema dei debiti». *St. Class Orient*, 18, 1969.
AUSTIN, M., y VIDAL, P.: *Economies et societes en Grèce ancienne*, París, 1972.
BURN, A. R.: *Lyric Age of Grece*, Arnold/St. Martin's Press, 1960.
CASSOLA, F.: «Solone, la terra e gli ectemori». *Parola del Passato*, 19, 1964.
——: «La propieta del suolo in Attica fino a Pisistrato». *Parola del Passato* (1973), págs. 85 y siguientes.
CATAUDELLA, M. R.: *Atene fra el VII e il VI secolo*, Catania, 1966.
DAVERIO ROCCHI, G.: «Aristocrazia genetica ed organizzazione politica arcaica». *Parola del Passato*, 28, 1973.
DAVIES, J. K.: *Athenian Propertied families 600-300 BC*, Oxford, 1971.
DAY, J., y CCHAMBERS, M.: *Aristotle's Constitution of Athens and relateds texts*, Nueva York, 1950.
EHRENBERG, V.: *From Solon to Socrates*, Londres, 1973.
FERGUSON, V. S.: «The Athenian phratrie». *Class. Phil* (1970), págs. 257 y siguientes.
FERRARA, G.: *La politica di Solone*, Nápoles, 1964.
FINLEY, M. I.: *The Ancient Economy*, Berkeley-Los Angeles, 1973.
FORREST, W. G.: *The Emergence of Greek Democracy*, Weindenfeld/Nicolson, 1966.
FRENCH, A.: «The economic background to Solon's reforms, *Class. Quart*, 6, 1956.

GERNET, L.: «Les dix archantes du 581». *Rev. Phil*, 1938.
GHINATTI, F.: *I Gruppi politici ateniensi fino alla guerre persiane*, Roma, 1970.
HAMMOND, N. G. L.: «Land tenure in Attica and Solons "seisachteia"». *Jour. Hell. St.*, 81, 1961.
HIGHETT, C.: *A history of the Athenian Constitution*, Oxford, 1952.
JEFFERY, L. H.: *Archaic Greece. The city-states c. 700-500 BC*, Londres, 1976.
MARTINO, A.: *Solon*, Roma, 1968.
MASARACHIA, A.: *Solone*, Florencia, 1958.
MURRAY, O.: *Early Greece*, Glasgow, 1980.
MYRES, J. L.: *Geographical history in Greeck land*, Oxford, 1953.
OSTWALD, M.: *Nomos and the beginnings of the Athenian democracy*, Oxford, 1969.
RHODES, J. P.: *The Athenian Boule*, Oxford, 1972.
RODRÍGUEZ ADRADOS, F.: *Líricos griegos*, vol. I, Barcelona, 1956.
ROUSSEL, D.: *Tribu et cité*, París, 1976.
RUSCHENBUSCH, E.: «Solons's Nomoi». *Historia*, Supple., 9, 1966.
STARR, G.: *The Economic and social Growth of Early Greece 800-500 BC*, Oxford, 1977.
VLASTOS, G.: «Solonian justice». *Class. Phil.*, 41 (1946), págs. 65-83.
WILAMOWITZ-MÜLLENDORF, V. VON: *Aristoteles und Athen*, Berlín, 1893.
WILL, E.: «La Grece archaique». *Deux. Cong. Int. d'Histoire Economique*, Aix en Provenze, 1962, págs. 41 y siguientes, París, 1965.
WILL, E.: «Soloniana». *Rev. Et. Grecques*, 82, 1969.
WOODHOUSE, W. J.: *Solon the Liberator*, Oxford, 1938.



LA TIRANIA DE PISISTRATO Y LA DEMOCRACIA DE CLISTENES EN ATENAS

A. Montenegro Duque
J. M. Solana Sainz

Los grandes problemas sociales subsistieron en Atenas tras las innovaciones constitucionales de Solón por la reacción de los eupátridas y su denodada resistencia a verse desplazados de los altos puestos de gobierno. Y las reformas económicas, aunque resolvieron los casos más flagrantes de los pequeños propietarios y asalariados esclavizados, no pudieron dar inmediato acceso a la propiedad de la tierra de forma masiva. Solón en modo alguno había intentado arrebatar la tierra y los privilegios políticos a las clases superiores. En todo caso, aquellas disposiciones tendentes a crear nuevos puestos de trabajo con el comercio y la industria precisaban de tiempo antes de alcanzar logros importantes. En consecuencia, había descontento en los extremos de las clases sociales, los más ricos y los más pobres; las luchas de clases subsistían, llegando a formarse auténticos partidos políticos en busca del poder. Y sólo los revolucionarios métodos de gobierno popular, la tiranía de Pisístrato, abriría nuevas posibilidades de posesión de tierras o ampliaría soluciones al problema económico en sectores humildes con el desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria en gran escala. Y sólo entonces, tras medio siglo de vigencia de las reformas con un bienestar económico generalizado, sería factible la más equilibrada y justa democracia en Atenas definitivamente programada y puesta en marcha por Clístenes.

I. LA TIRANIA DE PISISTRATO

1. La pugna de intereses y la formación de partidos

Al cesar como magistrado extraordinario, Solón se dedicó a viajar por Chipre y Egipto. Entre tanto, Atenas sería campo de duras luchas por el poder. Los primeros brotes de enfrentamiento para obtener las designaciones por votación de los diez arcontes (rey, polemarca, epónimo, los seis tesmotetes y el arconte secretario) se manifiestan en el interior de la capital, Atenas, en donde los eupátridas pugnan con los *georgoi* y *demiurgo.* Con los nuevos ricos no eupátridas no sólo aparece un nuevo núcleo de atenienses en las más altas esferas del poder, sino también una nueva mentalidad aportada por esos hombres de empresa, comerciantes e industriales.

Las rivalidades interclasistas terminaron por conformar tres partidos políticos que cuajaron a través de circunscripciones territoriales y que se constituyeron de acuerdo con sus intereses y fortunas: *pediaioi*, *paralioi*, *diákrioi*. Los *pediaioi* se agruparon en torno a Licurgo; lo formaban la vieja aristocracia terrateniente de la llanura poseedora de la mejor tierra, que deseaba anular las reformas de Solón. El partido de los *paralioi*, dirigido por Megacles, prosperó entre pescadores, productores de sal y comerciantes de la costa así como entre los burgueses enriquecidos en la ciudad por la industria y el comercio o que eran pequeños propietarios. Los *diákrioi* seguían a Pisistrato; eran pobres campesinos de la montaña, propietarios de la ciudad o del campo, artesanos, pastores, carboneros; eran los más humildes ciudadanos del Atica.

560 a. de C. Creso de Lidio somete a los jonios. Tiranía de Pisístrato.



Pieza cerámica con formas femeninas, procedente de Samos (540-530 a. de C.)

2. El primer intento de tiranía de Pisístrato

El jefe del partido popular, Pisístrato, era oriundo de una aldea de la Diacria, cerca del monte Parnis junto a la frontera de Beocia. Desconocemos la fecha exacta de su nacimiento, pero se puede situar a finales del siglo VII a. de C. o principios del siglo VI. Su ascendencia era aristocrática, pues su madre era sobrina de la madre de Solón; creció, pues, dentro del círculo soloniano. Fue un gran orador, enérgico y ambicioso y provisto de grandes dotes políticas. Su meta era lograr las reformas sociales y el progreso económico, solamente esbozado por Solón, e incluía en su programa fundamental la defensa de los débiles frente a los aún no eliminados atropellos de la nobleza. Pisístrato se hizo famoso desde que en calidad de *polemarco* dirigió el ejército ateniense contra Mégara conquistando el puerto de Nisea. Era una guerra importante en la que se ventilaba el comercio de cereales con el Mar Negro. Este éxito, además, fue conseguido fundamentalmente por la nueva participación y valor de los hoplitas, los soldados reclutados entre las clases más humildes. Un día, Pisístrato apareció en el Agora cubierto de sangre y gritando que había sido atacado por sus enemigos, y se hizo proteger por una guardia personal de 50 incondicionales; la guardia aumentaba de día en día. Entonces, siendo arconte Comeas (561/560), ocupó la Acrópolis y se erigió en tirano de Atenas. Solón murió poco después, desesperanzado por no haber podido evitar con sus reformas, ni la violencia ni la tiranía, no sin reprochar a sus conciudadanos su parte de responsabilidad: «Y si por vuestra causa —les dice— os han ocurrido cosas penosas, no echéis la culpa a los dioses. Vosotros mismos le habéis llevado al poder al darle una guardia y es por esto por lo que habéis caído en la esclavitud. Cada uno de vosotros camina con pasos de zorra, pero todos reunidos tenéis la manera de ser del papanatas; atendéis a las razones y a las palabras de un hombre astuto y no miráis a ninguna de las cosas que suceden.»

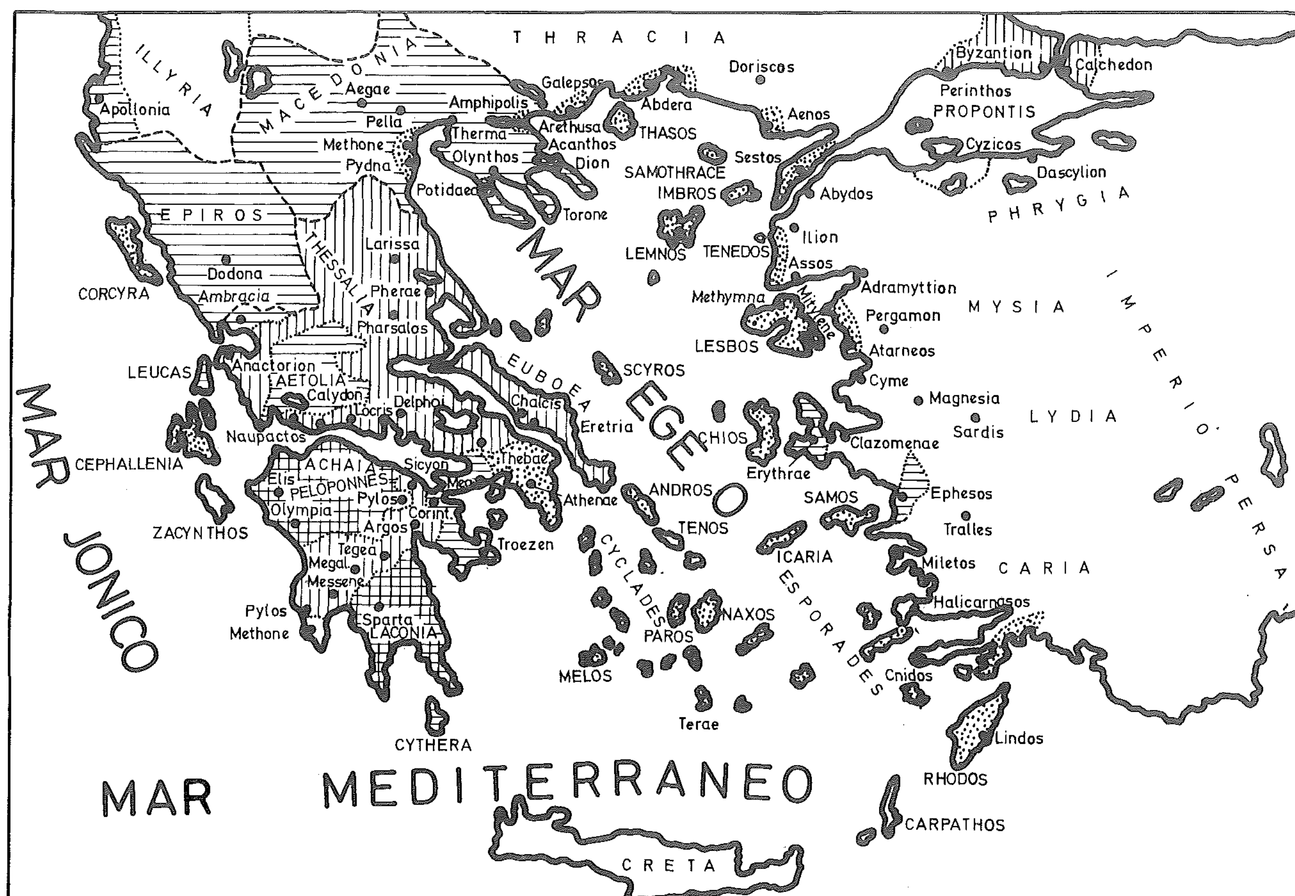
La sorprendente decisión de Pisístrato paralizó a sus enemigos que no quisieron oponérsele, ni Licurgo ni Megacles. Milciades, el Antiguo, se fue al Quersoneso a luchar contra los tracios; fueron autorizados a salir de Atenas cuantos quisieran acompañarles.

3. La consolidación de Pisístrato como tirano (546-528 a. de C.)

550 a. de C. Formación de la Liga del Peloponeso bajo hegemonía espartana.

Sin embargo, las dificultades para Pisistrato no tardaron en producirse. Se aliaron los más ricos, los partidos de la llanura y de la costa, *pediaioi* y *paralioi*. Entonces Pisístrato fue obligado a salir de Atenas, aunque no quizá del Atica, refugiándose posiblemente entre sus partidarios de la Diacria. Pero un año después surgen discordias entre Licurgo y Megacles, los dos jefes de los partidos temporalmente triunfantes. Megacles llama a Pisístrato y le ofrece su hija en matrimonio, pactando la sucesión de Pisístrato en el hijo que hubiera de este enlace. Pisístrato es de nuevo tirano. Sin embargo, fracasó pronto este entendimiento, cuando Pisístrato mostrara preferencia por los otros hijos anteriores, ya que no deseaba instaurar en el poder a un descendiente de los Alcmeónidas, familia a la que pertenecía Megacles; hubo de salir de nuevo para un destierro que duraría diez años (556-546).

Pisístrato dedicaría estos años de destierro a grangearse adictos y ganar dinero. Funda la colonia de Raikelos, en la península de Calcidia; luego va a la desembocadura del Estrimón en Tracia zona rica en minas de oro. Cuando ha reunido suficiente riqueza se establece en Eretria, recluta un cuerpo de mercenarios de Eubea, Tebas, Argos y de Ligdamis, al que después ayudaría a instaurarse como tirano de Naxos. Entonces, desembarca en la Diacria, donde tiene sus adictos, ocupando Maratón. A poco vence a sus adversarios en Pallene y entra en Atenas sin resistencia: es tirano por tercera vez y ya de forma definitiva. La batalla de Pallene interrumpirá el juego de las facciones políticas hasta el año 507 a. de C. Sus enemigos huyeron; los hijos de los más influyentes del bando aristocrático fueron tomados como rehenes y envió al exilio a los Alcmeónidas. A la vez, según Herodoto, se mostró moderado y clemente con los vencidos. Pisístrato permanecería en el poder casi veinte años, hasta su fallecimiento en el año 528/527.



Grecia hacia 545.

4. Su política interior

La obra de Pisístrato en sus años de tiranía vendrá a facilitar la democratización de la sociedad ateniense esbozada por su pariente Solón. Hombre inteligente y astuto, buen gobernante, entendió que sólo una autoridad firme y unas adecuadas reformas podían devolver a Atenas la paz que necesitaba como base de una promoción económica que alcanzase mayormente a las clases populares sin menoscabo de los ricos. Paralelamente quería situar a Atenas a la cabeza de la Hélade en todos los campos: poder militar y económico, desarrollo de la cultura, el arte, las obras públicas. Al mismo tiempo quiso dar un sentido nacional a sus reformas institucionales, a los cultos con base popular, a las empresas en el exterior o en el interior. Para servir de ejemplo entre los más humildes siguió viviendo en su modesta casa, junto a la Acrópolis, sin ostentación ni lujos que ofendieran a los hombres o a los dioses, sus vecinos. Eso sí, tomó medidas de seguridad pues, amén de coger rehenes entre las familias más destacadas, mantuvo una guardia personal de arqueros y lanceros áticos y tracios. Además, no desarmó a sus partidarios. Aspecto también importante es que Pisístrato nada cambió de la constitución ateniense: se contentó con ocupar el arcontado por parientes e incondicionales, de modo que parecía más un gobierno familiar que una tiranía. Presumía de ser el primero en obedecer ciegamente a la ley: un día compareció para defenderse ante el Areópago. Eso sí, obligó a los aristócratas a someterse a la ley e hizo realidad el principio de que ante la ley todos eran iguales.

546 a. de C. Se inicia el dominio persa en Jonia.

a) *Sentido nacional y popular de su política.* Diversos factores contribuyeron al desarrollo de un gobierno centralista, sin duda, el logro más sorprendente de la tiranía. En primer lugar la subordinación de lo local a lo nacional. Los asuntos locales hasta ahora eran sólo controlados por los aristócratas locales. Estos trataban de seguir viviendo de acuerdo con el sistema de fratrías en sus costumbres e ideología. A partir de este momento adquieren una conciencia nacional. Es decir, el individuo natural de Maratón o Sunion seguirá siendo en lo fundamental un maratoniano o un sunio-

nano pero deberá ahora rebasar este horizontal local. La grandeza con que embelleció a Atenas y la solemnidad que otorgó a los cultos nacionales actuaron de modo decisivo, junto a otras medidas, en crear esta conciencia de comunidad. Aunque sin menoscabo de los vínculos locales; en este sentido procedió a crear un cuerpo de jueces itinerantes, *dikastai kata demos*, cuyo fin era arrebatar a la fratría una parte de su autoridad legal. Esta institución excusaba a los campesinos viajar a la ciudad, con lo que no se veían obligados a abandonar sus tareas cotidianas; al tiempo que fue introduciendo a los



Anfora, de mediados del siglo VI a. de C., de figuras negras. Representa a un guerrero cubierto con una pesada armadura y a su escudero, ambos a caballo.

campesinos en los quehaceres cívicos. Además, esta medida evitaba que su presencia en Atenas les tentase jugar a la política. Acuñó también nuevas monedas; pero, mientras las antiguas emisiones exhibían los distintivos de las familias eupátridas, las nuevas tenían la lechuza ateniense en su reverso y en el anverso la cabeza de Atenea, la divinidad principal de Atenas. Por su buena aleación, así como por su belleza, la moneda ateniense inundaría la Hélade y todo el mundo colonial mediterráneo.

b) *Protección económica a las clases rurales y proletarias.* Nota característica del gobierno de Pisístrato es el programa social al que, después de tantos años de penalidades permitía al pequeño campesino beneficiarse de las reformas de Solón, al bracero poder participar en el reparto de las tierras confiscadas a los aristócratas desterrados. Parceló algunos de sus grandes dominios y distribuyó las tierras comunales. Por otra parte, organizó el crédito agrícola para los necesitados. Para los artesanos y mercaderes incrementó su producción e ingresos con la exportación de las manufacturas áticas a los mercados internacionales, según detallan los estudios de F. CASSOLA y R. ROSSATI. Con ello, la paz y la prosperidad económica permitieron realizar la transformación social con lo que Atenas se elevó a la categoría de gran metrópoli. A partir de Pisístrato, el Atica sería el país de los pequeños y medianos propietarios y el problema de la tierra no resurgiría de nuevo. Persiguió, en la línea de Solón, a los ociosos y obligó a los inactivos a situarse en las pequeñas aldeas rurales donde pudieran alcanzar trabajo. También prosiguió en la línea de favorecer los cultivos de la vid, en la esperanza de que alcanzara los rendimientos que ya entonces les daba el olivo a los atenienses y de dar nuevos impulsos a la exportación. La industria cerámica conoció un gran desarrollo, pues, sus exportaciones alcanzaron un gran radio de acción. Los productos salidos de los centros alfareros y de las manos de los decoradores atenienses desbancaron de todos los mercados internacionales los artículos de otras ciudades que hasta entonces habían ocupado el puesto principal. La cerámica de figuras negras, de mediados del siglo VI a. de C., se vendía en un vasto ámbito comercial que se extendía desde Etruria hasta Ucrania. En suma, Pisístrato intentó llevar a cabo la consolidación del equilibrio social y la estabilización económica para potenciar la producción.

c) *Obras públicas, arte y cultura.* Un amplio programa de obras buscó el máximo desarrollo urbanístico de la ciudad de Atenas mediante la construcción de una serie de edificios sagrados e importantes obras públicas e hidráulicas, dando de esta manera trabajo a muchos ciudadanos. Entre las que se pueden atribuir a Pisístrato con toda seguridad conviene destacar la fuente de Calirrhoe, una de las fuentes de Ilisos y el *Enneacrunos* «la fuente de los nueve caños», sobre cuya localización y aspecto se ha discutido mucho; lo más probable es que fuera un acueducto con nueve bocas repartidas a lo largo de su curso, que abastecía de agua a Atenas. Ambas obras rivalizaban con el acueducto de Polícrates de Samos y la fuente de Mégara mandada construir por Teágenes. También fue de importancia la construcción de un gran colector para detritos y aguas sobrantes.

Polícrates (522 a. de C.), tirano de Samos. Durante la época de Polícrates, Samos se convirtió en un importante centro artístico, sede de un famoso templo dedicado a Hera. Cuando el persa Cambises atacó Egipto, Polícrates envió en su ayuda una escuadra, que se volvió contra él. Atrapado por el sátrapa Orestes, murió crucificado.

Realizó muchas obras relacionadas con el culto; su finalidad era concentrar los cultos y las diferentes ceremonias esparcidas por todo el Atica, pero sobre todo incrementar el carisma del tirano. De esta manera la política constructiva de los tiranos de Atenas terminó dando a la ciudad una fisonomía sólo superada en la época de Pericles. La institución de las Panateneas se hizo realidad en un nuevo templo, el Hecatompedon, de estilo dórico, hexástilo, dedicado a Atenea Poliade. Era el primer Partenón, destruido por los persas, en cuyos frontones se representaban escenas de toros y serpientes. El Eleusínon, al pie de la Acrópolis, tenía como finalidad estrechar los vínculos con el cada vez más popular culto mistérico. Las Dionisíacas se materializaron en un importante templo dedicado a Dionisos Eleuteros, culto importado del demos de Eleuteras, y en el primer teatro ubicado primero en la plaza del Agora y luego, bajo Clístenes, cerca del tempo de Dionisos. Otro templo, iniciado por Pisístrato, pero no se acabó hasta tiempos del emperador Adriano, honraba a Zeus Olímpico. Es probable que Pisístrato introdujera el culto a Artemis Brauronia, muy querida por él, y que estaba estrechamente vinculada a su demos de origen, Braurion. Posiblemente se estableciera sobre la misma Acrópolis el lugar de su residencia, siguiendo la moda de los tiranos de la Gracia Oriental. Además en Muniquia a donde se había retirado Hippias en el año 514 a. de C. se documenta otro culto de Artemisa que había asimilado algunos elementos originarios del Braurion, las llamadas «*ossai*». A la época de Pisístrato, según J. BOARDMAN, se pueden vincular algunos edificios de la Acrópolis, de los que sólo conocemos los frontones y en los que destacan la figura de Heracles, al que emuló Pisístrato cuando regresó a Atenas después de su primer exilio. A Pisístrato y a sus hijos se deben la rampa de acceso a la Acrópolis, parte de las murallas de Atenas y

una porción de los Propíleos, así como un pequeño templo dedicado a Atenea Niké. La incorporación del culto a Atenea Ergane, deidad popular entre los grandes y pequeños artesanos, fue favorable a la relación entre el tirano y los diversos grupos sociales importantes. Los cultos del Agora que se fijan durante la tiranía responden a un deseo de crear aspectos comunes religiosos, el recinto de los doce dioses, los santuarios de Apolo Patroo, el gran dios patrio de los jonios, y el de Zeus. Es indudable que la planimetría y la decoración de los templos de Atenas tienen una fuerte influencia de Corinto; así la de los dos templos de la máxima divinidad poliada. Esta influencia se verá temperada en la decoración por las corrientes insulares y en la disposición de su plano por las tradicionales de la época geométrica; por ejemplo, la planta con megaron absidal del tempo de Apolo Patroo.

Todas estas construcciones necesitaban una decoración escultórica, labor que desempeñaron artistas procedentes de las islas de Jonia, especialistas en la talla de mármol y en fundición de bronce. Pisístrato hizo venir a Atenas a reconocidos artistas: Archermos de Quilos, Onatos de Egina, Alcernos de Naxos, Aristion de Paros. Uno de ellos, Antenor, es reconocido como el maestro directo de Fidias. En sus tiempos surgieron las graciosas Korai, el friso jónico con la procesión de las Panateneas o los frontones de la Gigantomaquia con relieves polícromos.

También en cerámica la pintura sobre vasos adquiere gran resonancia con los sucesores de los ya célebres a principios del siglo VI, Clitias y Ergatinos, de hacia 580/570. Contemporáneos de Pisístrato serán los ceramistas áticos Amasis, Exequias, Nearchos. Incluso surgen innovadores célebres como Nicostenes y Andócides con su nueva técnica de figuras rojas.

Sabios y poetas acudirían a Atenas convocados por el tirano. Se hizo una edición crítica de Homero, en la que se hizo probablemente la inserción de los versos que señalaban la presencia de Atenas entre los combatientes de Troya. En el año 534 se menciona a Tespis, primer triunfador de los certámenes trágicos, nacidos y ahora fuertemente apoyados oficialmente en torno al popular culto a Dionisos. Luego apareció Frínicos cuando Esquilo era ya joven de 15 años.

Resto del antiguo camino de las panateneas, en el ágora de Atenas. Aquí se efectuaba la procesión que cerraba las fiestas en honor de Atenea Poliada.



Esta corte de literatos y artistas contribuyeron a hacer de Atenas, pequeña aldea hasta entonces, la gran metrópoli cultural del mundo helénico. Para poder hacer frente a esta política de enormes gastos, el tirano tuvo que crear una caja con sus recursos personales y los del propio Estado. Los ingresos procedían en parte, según Tucídides, de un impuesto sobre el beneficio de las tierras, que no era gravoso (5 por 100), aunque constatamos la protesta del campesino de Hymettos; pero sobre todo provenían los ingresos de las minas de oro de Pangeo (Tracia).



Cabeza de la Koré 673 (520-510 a. de C.)

d) *Cultos de carácter nacional y popular.* Pisístrato llevó a cabo una hábil política que le permitió ganarse a la masa popular. Favoreció el culto de dioses y héroes nacionales, mientras debían de pasar a un plano secundario las creencias tradicionales locales de las fratrias, en detrimento de la aristocracia tradicional. Instituye festividades religiosas no exentas de significado político. En honor de Atenea, la diosa que les había protegido y que simbolizaba la unidad nacional, dio gran auge a las Panateneas, festividades cuatrienales instituidas poco antes de la tiranía, que pasaron a ocupar lugar privilegiado en el calendario religioso de Atenas; y se sacaron de la penumbra a divinidades rústicas extrañas a los cultos gentilicios, Dionisos y las diosas de Eleusis (Demeter y Core). La imagen y el culto de Dionisos fueron traídos de Eleuteras (Beocia) y establecidos en una capilla en la ladera sur de la Acrópolis. En honor de Dionisos se creó una fiesta anual, las Grandes Dionisíacas, en las cuales se desarrollaban competiciones musicales y representaciones dramáticas muy rudimentarias, precedentes de la comedia y de la tragedia áticas. El primer vencedor en este concurso (534 a. de C.), cuyo nombre se conserva, fue Tespis de Icaria a quien se atribuye el mérito de haber inventado el género. El culto a Dionisos se orientó hacia el campesinado y, si hasta este momento tenía un significado estrictamente rural y campesino, a partir de este momento se reconocerá como un culto del Estado. La religión dionisiaca centra, pues, su atención en las clases más marginadas de donde salían sus seguidores más fervientes, en las mujeres, los esclavos y los extranjeros. Los epítetos de Dionisos, Eleuteros «salvador» y Lisios «liberador» ponen de relieve el carácter de la divinidad. Este movimiento religioso defendió el principio de la isonomía; es decir, la igualdad de derechos para todos los hombres.

A su vez, se desarrolló el culto de Deméter, a la que se dedicó un templo en la parte sureste del Agora. Estos nuevos cultos nacionales, que prometían a sus seguidores la felicidad eterna, seguían estando monopolizados por las familias aristocráticas, los Eumolpidas y los Cerices entre otras. Pero había una diferencia con respecto a las épocas pasadas, pues ahora los servidores actuaban como sacerdotes de Atenas y no de su propio séquito. Pisístrato hizo edificar una sala para los iniciados (*telesterion*) dos veces mayor que la antigua, lo que nos acusa el notable incremento de sus seguidores.

5. Política exterior

La política exterior inagurada por Solón recibió bajo Pisístrato un gran impulso y sentó las bases para convertir a Atenas en una potencia marítima. Se produjo un cambio radical cuando Atenas entró en relaciones más estrechas con las islas del Egeo y con Argos. La cerámica conocerá un nuevo estilo, el de las figuras rojas, cuya difusión en el exterior han dejado patente las excavaciones arqueológicas. El barrio del Cerámico será testigo de un gran desarrollo fabril. Atenas se beneficiará de la presencia de gentes jonias que han abandonado su patria por causa de la conquista persa. A partir de este momento se acusará en las esculturas de las «kores» de la Acrópolis la denominada sonrisa arcaica y lujosos vestidos. La situación política en el Próximo Oriente presentaba un panorama favorable para la actuación de los atenienses porque Senaquerib acababa de destruir Tiro, en el año 574. Los largos años de exilio habían permitido al tirano que Atenas participara en empresas próximas y lejanas. Pisístrato entró en contacto con los griegos de Oriente y trató de evitar que los desterrados políticos fueran apoyados por otras ciudades de la Grecia continental. Para poder llevar a cabo esta empresa exterior tenía que desarrollar una política de paz y amistades. Así, con Tesalia, el estado militar más poderoso de Grecia, mantuvo una estrecha



Moneda ática con la cabeza de la diosa Atenea.

amistad y concluyó con los Aleuadas de Larissa un pacto familiar; y su hijo Hegesístratos recibió el significativo cognomen de Tésalos. Como símbolo de la alianza, fue acuñada una moneda que representaba en el anverso a Atenea y en el reverso la ninfa Larisa. Evitó la rivalidad comercial con Corinto, Mégara, Egina, Calcis y Eretria. Consiguió que su amistad con Esparta no fuera incompatible con sus buenas relaciones con su enemigo Argos, patria de su segunda mujer que luchó en la batalla de Pallene como aliado. Trató de evitar roces con Tebas; no podía contar con Tebas desde que Beocia, sometida a los tesalios después de la primera guerra sagrada, había conseguido su independencia merced a la victoria de Keressos, poniéndose a la cabeza de una confederación que podía resultar una amenaza para sus vecinos.

Reconquistó Salamina a los de Megara, les arrebató el puerto de Nisea y entró en competencia con Egina por el control del golfo Sarónico. Ayudó a Ligdamis a consolidarse en el poder como tirano de Naxos, en recompensa por la ayuda que le había prestado anteriormente para volver como tirano a Atenas; pero lo más importante era asegurarle como aliado de las islas del Egeo y poder ocupar un lugar preferente en las alianzas que se llevaran a cabo entre los tiranos. Intentó ejercer su protección sobre el centro religioso de los jonios, la isla de Delos, cosa que hizo realidad. Como Atenas no poseía los fundamentos básicos para poderse transformar en la metrópoli de los colonos que estaban dispersos por las islas del Egeo y el Asia Menor, Pisístrato se hizo descendiente de los Neleidas, al igual que los reyes de Mileto. Como desconocía que el culto de Apolo Délfico había penetrado en el Atica por la Tetrápolis, creó la leyenda de que procedía de Creta y que Teseo le trajo a Delos. Una *theoria* ateniense se embarcó en la nave de Teseo para purificar la isla de Delos. Las tumbas que había en esta isla fueron exhumadas y trasladadas a Renea, cercana a Delos, prohibiéndose que en adelante nadie pudiera morir o dar a luz en la citada isla de Renea. Pisístrato estrechó las relaciones con Polícrates de Samos, a quien había ayudado Ligdamis, de Naxos, a conseguir el poder en la isla y a establecerse a su vez como tirano. Fundó la colonia de Raikelos en el golfo Termaico, en donde tenía posesiones personales.

Por otra parte, Pisístrato comprendió que, si Atenas quería ser poderosa en el futuro, debía ser dueña del mar ejerciendo su control. Para lograrlo, del mismo modo que había hecho evolucionar a Atenas desde una simple aldea agrícola a una ciudad merced a su programa urbanístico, también la transformó en una ciudad marinera próspera. Quiso competir con el poder naval de Corinto; para ello creó una escuadra que, aunque modesta en el primer momento, fue suficiente para sus objetivos expansionistas. De la construcción de esta flota se ocuparon las *naucrarias;* al mismo tiempo hizo construir un gran puerto en Atenas a la entrada de Faleon.

Atenas carecía de cereales para su abastecimiento por su orientación hacia los cultivos arbustivos, olivo y vid, productos que destinaba a la exportación y que le proporcionaban ingresos importantes; a cambio importaba cereales. La política expansionista de Pisístrato intentaba asegurar, de una manera regular, este abastecimiento de grano: hacia el Adriático (delta del Po) siguió las rutas de los de Egina y hacia oriente (área póntica) las de los megarenses. Como el Bósforo estaba en manos de las colonias de Megara (Calcedonia y Bizancio), Pisístrato se vio obligado a ejercer el control sobre los estrechos que llevaban al Ponto Euxino, y por consiguiente, tomar el relevo de los megarenses. Se aseguró el dominio de los Dardanelos enviando al Quersoneso Tracio a colonos, al frente de los cuales estaba Milcíades el Viejo, aristócrata de Braurion, de la familia de los Filaidas.

Milcíades se instauró como tirano hacia el año 555 a. de C. en la nueva colonia que surgió, producto de la anexión de Critote, Pactfia y Cardia. Este establecimiento debería rendirle los honores de *oikistes* una vez que hubiera muerto. Se alió con el rey Creso, de Lidia, e hizo la guerra a Lampsaco. Como no tenía sucesor, nombró a Estesógoras, hijo de su hermano uterino Cimón Coalemos, adversario de Pisístrato. Este, en el año 528 a. de C. hizo la paz con el tirano ateniense y, a cambio, obtuvo la restitución de sus bienes. Consiguió la victoria por segunda vez en los juegos olímpicos y de manera aduladora decía que Pisístrato era el dueño de su carro. Cuando accedieron al poder en Atenas Hipias e Hiparco, sucesores del tirano, desconfiaron de

Cimón y en el 524 a. de C., después de haber conseguido una nueva victoria en Olimplia, tomaron como rehén a su hijo Milciades el Joven. De esta manera Atenas pudo ejercer el control sobre las dos riberas de estrecho de los Dardanelos.

Pisístrato potenció de nuevo el establecimiento del Sigeo, en la Troade, que era dominio ateniense desde la primera mitad del siglo VI a. de C., merced al arbitraje de Periandro. De esta manera se coronaba el objetivo que se había propuesto el tirano: ejercer el predominio sobre el mar Egeo.

6. La obra de Pisístrato

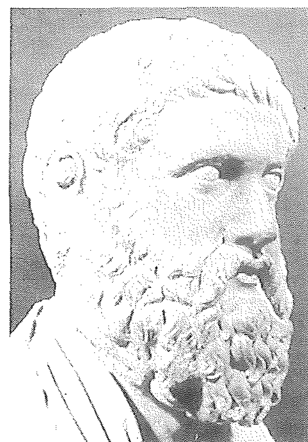
537-522 a. de C. Tiranía de Polícrates en la isla de Samos.

Pisístrato murió el año 528 a. de C. en el ejercicio del poder, de muerte natural. Bello fin para un tirano. Los historiadores de la antigüedad juzgaron su gobierno de manera muy diferente. Así, la democracia triunfante que siguió a la expulsión de los tiranos vio en ellos unos déspotas; Herodoto, amigo de los Alcmeónidas, les reprochó haber reducido al pueblo al mutismo y a la inercia de la servidumbre. Por el contrario, cierto sector de la historiografía posterior presenta a Pisístrato, al margen de los iniciales hechos sanguinarios, de manera menos parcial. Tucídides, que ha utilizado las mejores fuentes, alaba sus cualidades morales e intelectuales. A su vez, Aristóteles reconoce que Pisístrato administró el Estado más como ciudadanos que como tirano, poniendo de relieve los valores de moderación, filantropía, justicia y, sobre todo, su amor por el pueblo. El Estagirita sentía nostalgia de una época que él consideraba la edad de Cronos, una especie de época dorada.

En efecto, Atenas, al final de los tiempos pisistrátidas era una ciudad floreciente y con prestigio internacional. El tirano Pisístrato, gracias a las reformas de Solón, no tuvo que hacer cambios ni en las leyes ni en las instituciones; llevó a cabo una profunda transformación cultural, económica y social de Atenas, y encontró resuelto el grave problema de los privilegios de la aristocracia pudiendo disponer de órganos eficaces para su gobierno. Para consolidar su obra y, por consiguiente, para mantenerse en el poder debía procurar que las personas que iba a elegir para desempeñar las magistraturas fueran de su total confianza; y contentaran a su partido. Como Pisistrato había desterrado a sus enemigos los nobles terratenientes, le resultó fácil confiscar sus tierras y repartirlas entre los campesinos humildes, sus fieles seguidores. Aristóteles se maravillaba del suave tacto con que Pisístrato supo grangearse la simpatía de todas clases sociales y cómo aborrecía el sistema de represión universal como único medio para mantenerse en el poder. La pérdida de la libertad fue el precio que los atenienses pagaron por el logro de un periodo de paz, prosperidad y equilibrio social para largos decenios.

7. La sucesión de Pisístrato: Hipias e Hiparco (528-510)

Busto de Milcíades, general ateniense. Nombrado estratega en el 491 a. de C. Vencedor de Maratón.



Pisístrato legó a sus hijos Hipias e Hiparco sus poderes excepcionales como si se tratase de un patrimonio familiar o de una monarquía. Según Tucídides y Aristóteles el poder lo heredó Hipias, que era el mayor, opinión compartida por J. K. DAVIES, aunque otros autores discrepan de ellos y piensan que ambos hijos legítimos heredaron el poder compartido. En todo caso, Hipias gobernó otorgando a Hiparco ciertas funciones de gobierno.

Los nuevos tiranos hicieron no pocas concesiones a las familias de la oposición, según se ha podido comprobar recientemente gracias a una inscripción, estudiada por T. J. CADOUX, en la que se transcribe la lista de los arcontes de los años 528 al 521 a. de C.: Hipias (526D525), Clístenes, hijo de Megacles el Alcmeónida (524D523), Milciades, hijo de Cimón Coalemos (522/521) y Pisístrato, hijo de Hipias (522/521). De acuerdo con estos datos se puede deducir que durante los cinco primeros años que siguieron a la muerte de Pisistrato, el arcontado estuvo desempeñado alternativamente por los tiranos y los jefes de las dos familias más importantes aristocráticas. Posiblemente los Pisístrátidas trataron de grangearse la simpatía o la tolerancia de las grandes familias, a través de estos privilegios y otros que desconocemos, para de esta forma poder continuar el programa político de su padre de

527-514 a. de C. Hipias e Hiparco suceden como tiranos a su padre Pisístrato.

manera más cómoda y de acuerdo con las leyes vigentes. Pero también cabe pensar que ello suponía el primer síntoma de cuarteamiento del régimen tiránico. También es indudable que el regreso del exilio de Cimón Coalemos a finales del gobierno de Pisístrato, supone una reconciliación entre éste y las familias aristocráticas de mayor relieve, en este caso concreto la de los Filaidas, pues buena prueba de ello es que en el 525 a. de C. y en el 522 dos de sus miembros, Clístenes y Milciades, desempeñaron la magistratura del arcontado. Poco después de esta fecha se produjeron algunos cambios que motivaron cierto desequilibrio político. En efecto, en el Quersoneso tracio Esteságoras, hijo de Cimón Coalemos, había sucedido a su tío Milciades y a su vez aquel pereció en una de las frecuentes guerras sostenidas con la vecina ciudad de Lampsacos. Hipias encontró en esta defunción el pretexto para alejar de Atenas a Milciades el Joven, al que encomendó que se hiciera cargo del gobierno del Quersoneso. Este gobernó desde el año 515 a. de C. como soberano absoluto y conquistó la isla de Lemnos, que entregó a Atenas de manera oficial.



Detalle de la Koré n.º 682, fechada hacia 520-510 a. de C.

Posiblemente también por estas fechas se exilaron los Alcmeónidas, al frente de los cuales estaba Clístenes, según se deduce de Elio Arístides, quien confirma su marcha a raíz del asesinato de Hiparcos. Así pues, los Filaidas y los Alcmeónidas renovaron una abierta oposición contra los herederos de Pisístrato. A partir de este momento le resultó difícil a Hipias conservar la herencia legada por su padre y tuvo que reprimir no pocos intentos de éstos y otras familias aristocráticas, que reivindicaban la instauración de un régimen democrático y la abolición de la tiranía.

Los Pisistrátidas continuaron el embellecimiento de Atenas, que había iniciado su padre, a través de una política de construcciones. No obstante, resulta difícil saber si algunas de las obras se llevaron a cabo durante el mandato de Pisístrato o fueron obra de sus hijos. A su iniciativa se debe la restauración del templo de Atenea Poliade, del que se conocen los elementos del alzado y los frontones de mármol y que está estrechamente relacionado con el Apolonio de Corinto, aunque tiene algunos detalles típicamente jónicos. En la zona suroeste de la Acrópolis, cerca del río Ilisos, iniciaron o prosiguieron la construcción del templo jónico dedicado a Zeus Olímpico. Los Pisistrátidas se rodearon de un círculo de poetas y, gracias al mecenazgo de Hiparco, siguieron desfilando por Atenas las primeras figuras de las letras entre las que cabe destacar Ibico de Regio, Anacreonte de Teos, Simónides de Ceos, Pratinas de Fliunte. Durante su reinado se terminó la transcripción que de los poemas homéricos se hiciera por primera vez. Nombraron a Onomácrito poeta órfico, vaticinador de oráculos y Maestro de ceremonias de estos cultos.

La situación política exterior ofrecía en estos momentos un panorama claramente antitiránico, según ha subrayado V. Ehrenberg. Si a Hipias le resultaba difícil conservar el poder, aún más le era mantener la política de prestigio de Atenas que había llevado a cabo su padre. Los hechos lo demuestran. Pues en el año 522 a. de C., el avance de los persas hizo sucumbir a Polícrates, que había sustituido a Atenas en el predominio sobre la isla de Delos. Samos pasó a poder persa en el año 518 a. de C. y, desde entonces, los persas ejercieron un control efectivo sobre las ciudades griegas de Asia Menor y los estrechos de acceso al mar Negro. Esta expansión suponía un corte en el aprovisionamiento de grano del Ponto y de metales del Pangeo tracio. Por esta época también desapareció Ligdamis, de Naxos, merced a un ataque llevado a cabo por isleños exiliados y espartanos. Era un duro golpe, ya que Samos y Naxos habían sido dos aliados de Atenas con su mismo tipo de régimen político y los hijos de nobles atenienses que guardaba el tirano de Naxos quedaron en libertad. A su vez, en la Grecia continental la Liga Beocia se había declarado enemiga del régimen tiránico, pues había sido derrotada cuando Platea se negó a entrar en su confederación y reclamó la ayuda de Atenas. A partir de este momento Tebas, enemiga de Atenas, se convertirá en el refugio de los exilados políticos atenienses y la emplearán como base de sus operaciones de ataque contra los tiranos. Sobre tierras más lejanas Hipias concertó una alianza con Tesalia, para llevar a cabo una acción antitebana, lo que a su vez motivó la hostilidad de los focidios, a los que habían sustituido en el control de la anfictionía délfica.

517 a. de C. Sardes se convierte en capital de la satrapía jonia.

Pese a estas prudentes alianzas exteriores de los Pisistrátidas, pronto iba a

estallar la tormenta. Los Alcmeónidas exilados, acogidos en Delfos, gozaban del apoyo de la clase sacerdotal, ya que se había preocupado de la reconstrucción de los edificios sagrados gracias a sus donativos generosos. De aquí que contasen con el apoyo de la Pitia para regresar a Atenas, la cual a su vez medió para que los espartanos se sumasen a la causa de los aristócratas atenienses en el exilio. Así pues, faltaba la chispa que provocase la explosión del descontento, ya que Atenas se encontraba sola y Esparta y sus aliados enarbolaban la bandera contra los regímenes tiránicos. Esparta, que en los últimos decenios del siglo VI a. de C. había utilizado su fuerza militar para derrocar las dictaduras de los estados vecinos, estableció una liga de estados peloponésicos vinculados con ella, libres entre sí, para de esta manera asegurarse la tranquilidad de sus fronteras y evitar que acudieran en ayuda de los mesenios esclavizados, los *heilotai*. También entraron dentro de su órbita Corinto y Mégara, que habían resultado perjudicadas por la política comercial desarrollada por los Pisistrátidas. De esta liga no formaban parte Acaya y Argos, rival tradicional de Esparta y amiga de Atenas. Esta amistad era motivo más que suficiente para que Esparta interviniera fuera del Peloponeso, coaligando a todos los enemigos de los tiranos de Atenas. Estos actuarían cuando se produjese la más mínima iniciativa en el interior.

8. La caída de la tiranía

En Atenas los enemigos del régimen, que cada vez alistaban más partidarios, entendían que este tipo de gobierno era improcedente y anacrónico a finales del siglo VI a. de C. Sobre todo la nueva generación no veía ninguna ventaja en la subsistencia de la tiranía. La lucha abierta surge en el 514 a. de C. Se organizó entonces una conjuración, al frente de la cual estaban dos aristócratas, Harmodios y Aristogitón. Según parece sus motivos de oposición eran estrictamente personales y no políticos, pero fueron tergiversados por aquéllos que hacían correr el rumor de que su rebelión se hacía contra el régimen tiránico. La tradición popular y la propaganda posterior les hicieron mártires de la libertad, según ponen de relieve el arte y la literatura. Sobre el número de conjurados hay disconformidad entre los autores de la antigüedad. Los hechos se desencadenaron en el año 514 con motivo de la procesión de las Panateneas, cuando Hipias e Hiparco participaban en ella. Harmodio y Aristogitón, con un grupo de seguidores, dieron muerte a Hiparco. Harmonio pereció también en la refriega y Aristogitón fue ejecutado pronto.



Detalle de un relieve de la basa de una estatua. Fines del siglo VI.

Aristóteles insiste en que, tras la muerte de los héroes tiranicidas, Hipias se tornó suspicaz y cruel. En efecto, según cuenta Herodoto, la desaparición de Hiparco en el 514 a. de C. agravó la situación, pues los atenienses soportaron durante cuatro años una tiranía peor que la anterior. Hipias, receloso, reforzó su guardia personal y desarmó a la población. Para poder sufragar estos gastos y otros muchos de obras suntuarias, tuvo que desarrollar la medida impopular de aumentar los impuestos sobre los nacimientos y las defunciones. Como resultado de ello numerosas personas fueron asesinadas o enviadas al exilio. Además, cuenta Aristóteles que, cuando Aristogitón fue sometido a terribles torturas, denunció a los conjurados que se proponían derrocar la tiranía, entre los que había un gran número de nobles atenienses hasta entonces colaboradores del régimen. Este dato, un tanto sospechoso, acusa una vez más el cuarteamiento y la descomposición del régimen tiránico. De hecho, Hipias fortificó la colina de Muniquia (El Pireo).

514 a. de C. Asesinato por Harmodio y Aristogitón.

Este momento de caos e intranquilidad fue aprovechado por Clístenes, de la familia de los Alcmeónidas, para intentar regresar a Atenas en el 514-513; fue vencido en Leipsydrion, en la Diacria, y allí pereció buen número de aristócratas. Tras este fracaso, Clístenes buscó apoyo militar en el exterior para poder derrocar a Hipias, al que apoyaba la caballería tesalia. Tres años más tarde el oráculo de Delfos aconsejó a los espartanos que rescindieran el contrato de hospitalidad que habían suscrito con los Pisistrátidas. Acto seguido enviaron una pequeña escuadra contra Atenas, que desembarcó en el Falerón en el año 511 a. de C., pero que fue vencida por los mercenarios de Hipias y la caballería de los tesalios. Al año siguiente Cleómenes I de Esparta, que deseaba conseguir prestigio mediante una campaña en el exterior para debilitar la prepotencia de los éforos, dirigió personalmente su ejército contra

Atenas. Asedió la Acrópolis y expulsó de Atenas a Hipias y a sus familiares; éstos se refugiaron en el Sigeo.

De tal modo, la tiranía, que había hecho no pocas obras de indiscutible valor, finalizaba en el mayor desastre; tanto más que Hipias, desde su destierro, sería instigador y guía de los reyes persas en su posterior ataque a Atenas y a toda la Hélade, durante las Guerras Médicas. Y esta traición al mundo griego nunca sería olvidada por el pueblo, para el que el derrocamiento de los tiranos y la gran victoria que poco después lograron sobre el coloso persa, serían inseparables e integrantes de una sola realidad: la recuperación de la libertad ateniense que había vuelto a aunar sus voluntades y esencias nacionales.

II. CLISTENES Y LA CONSOLIDACION DEL REGIMEN DEMOCRATICO

1. Reacción oligárquica y triunfo de Clístenes

A la expulsión de Hipias y la definitiva desaparición del régimen de los tiranos, siguieron algunos años de disturbios en Atenas. La victoria lograda por los espartanos en lo militar acarreó fuertes presiones en el terreno político. Cleómenes intentaba sustituir la tiranía por un régimen oligárquico del que Esparta se consideraba el máximo exponente y difusor. Ello favorecía a los aristócratas atenienses que querían renovar el juego de las facciones políticas que se había interrumpido en el año 546 a. de C. a raíz de la victoria de Pisístrato. El pueblo ateniense estaba dividido en dos grupos, uno el



Acrópolis. Era la parte más alta y fortificada de la ciudad griega. La de Atenas es la más notable, especialmente por la riqueza de sus monumentos, como son el Partenón y el Erecteion.

democrático, al frente del cual estaba el Alcmeónica Clístenes; otro, el oligárquico, acaudillado por Iságoras. De momento triunfó Iságoras con el apoyo de las tropas espartanas y de su rey Cleómenes I. Clístenes hubo de salir de Atenas juntamente con 700 familias de sus partidarios. Entre las medidas que tomaron para afirmar su poder, los oligarcas quisieron cambiar el consejo de los 400 y reducirle a 300. Pero en Atenas —con predominio de pequeños propietarios y unos hábitos institucionales populares que, incluso, se habían mantenido con los tiranos— no estaban dispuestos a retroceder a los viejos tiempos de la aristocracia con métodos opresivos para el pueblo. Entonces surgió una fuerte resistencia por parte de los 400 que terminó con el sitio y la capitulación de la Acrópolis, en donde se habían refugiado Iságoras y Cleómenes. A los asediados se les exigió una sola condición: la retirada del ejército espartano. Clístenes y los desterrados fueron llamados a Atenas en el 508 y, con apoyo del demos, puso en marcha su reforma constitucional democrática, que da al traste con la aspiración de Esparta. Esta actitud abría de nuevo la hostilidad entre atenienses y espartanos que seguirá latente a lo largo del siglo v a. de C., enfrentando el poderío militar espartano y el poder de la riqueza y la diplomacia ateniense, siempre orgullosa del régimen democrático que instaurara Clístenes.



Detalle de un relieve con animales. Fines del siglo VI a. de C.

2. Las bases de la nueva democracia

Clístenes era nieto del tirano de Sicion, de su mismo nombre, e hijo de Cimón Coalemos de la familia de los Alcmeónidas. Era partidario de la constitución de Solón e, incluso, colaboró con Hipias en ciertos momentos ya que los Pisistrátidas la mantuvieron en su esencia. En este momento encabezaba el partido popular y deseaba para Atenas una auténtica democratización de las instituciones. Para ello introduciría esenciales reformas a la constitución soloniana con tres finalidades bien concretas. Primero despojar a los eupátridas del poder que mantenían sobre la elección de cargos y decisiones en los órganos de gobierno, a través de su influencia en los distritos ya que poseían su riqueza territorial o fiduciaria; o, como dice Tucídides procurar amparo a los pobres y poner freno a los más ricos. En segundo lugar, impedir la formación de partidos locales, territoriales o tribales reforzados con las relaciones de vecindad. Finalmente, obstaculizar la aparición de tiranos. Conseguiría estos propósitos por un lado con la nueva estructura del demos y de la composición de los altos organismos del poder político y judicial. Por otro, con mayor participación del pueblo a base de una división geométrica y selección de los candidatos a los órganos de gobierno, muchas veces mediante el sorteo; luego con la instauración del ostracismo.

Clístenes venía comprobando que podía controlar a la oposición aristocrática, pero para ello se debía ganar al demos, no de una manera temporal, sino estable. En esa línea, a las clases populares, que desde hacía tiempo venían luchando contra los nobles y luego contra los tiranos y sus simpatizantes, les entregó todas las armas que necesitaban. A los «eupátridas» les arrebató el poder rompiendo sus vínculos políticos con los *genos*, las *fratrias* y las tribus. Pues, aunque estas unidades tradicionales siguieron vigentes en la vida familiar y religiosa, evitó que se tradujeran en una formación de partidos regionales. Trató de impedir que algunos ejercieran el poder personal explotando su prestigio sobre el pueblo.

La *isonomía*, hasta entonces concepto político de la aristocracia, encontrará nuevos horizontes de aplicación, merced a un correcto funcionamiento de las instituciones y de su *nomos* e integrará a todo el pueblo dentro de los nuevos marcos institucionales. Con Clístenes el término *isonomía* es sinónimo de *demokratia*.

519 a. de C. Alianza de Platea y Atenas contra Tebas.

La reforma de Clístenes no tuvo implicaciones económicas, pues la aristocracia del dinero o de la tierra no desaparece; pero la novedad es que, a partir de este momento, el derecho basado en la sangre y en el dinero no supone una discriminación política en la gestión pública. La vida política está regulada por un principio territorial que sustituye al gentilicio; es decir, las cuatro tribus creadas por Ion han caducado y los acuerdos de las tribus jonias ya no valen para individualizar los *genos*, pues las diez nuevas tribus creadas por Clístenes las anulan políticamente al dividirlas y mezclarlas. A su vez, la

antigua oposición campo-ciudad es superada por el nuevo Estado que no hace diferenciaciones entre campesinos y ciudadanos a la hora de organizar los tribunales, las asambleas o las magistraturas. La equiparación política de todos los componentes del demos hacía posible una mayor presencia en la ciudad; y, desde entonces, la mayor parte del público que asistía a las representaciones teatrales estaba integrada por gentes campesinas que gozaban de los dramas satíricos, salpicados de elementos campestres. A partir de los tiempos de Clístenes, y ya durante todo el siglo v, la educación cívica y cultural deberá ser una necesidad para todos y cada uno de los ciudadanos, ya que todos por igual participaban en las decisiones de todo tipo en la ciudad. La democracia en Atenas será una realidad perfecta y responsablemente asimilada —como lo demostrarán las decisiones sobre los vencedores en el certamen de las trilogías de las tragedias— porque la cultura ha pasado a ser auténtico patrimonio del pueblo ateniense sin distinción de clases sociales.

Las reformas constitucionales de Clístenes van a ser en alto grado respetuosos con los tradicionales órganos de gobierno. El Consejo de los 500 o nueva *Bulé*, el tribunal del *Heliaia*, frente al tradicional cuerpo judicial del *Consejo del Areópago* o antigua *Bulé*, los *Arcontes* y *Estrategos*, la *Ekklesia*, el *demos* y las *tribus*, todos los órganos decisorios de la vida política ateniense, mantendrán sus funciones tradicionales. Pero serán objeto de nuevas normas en su composición y competencias. Además, la vida política en la ciudad cobrará un aspecto nuevo y moderno, en la que el *Ostracismo* penderá sobre cualquier osado que intente ponerse por encima de la ley. Y con la centralización en Atenas de toda la vida política social y económica, la ciudad se convertirá en centro exclusivo de la convergencia ciudadana espiritual y material.

3. La estructura social del pueblo ateniense

Clístenes reestructura la base popular ciudadana y su integración en los *demos*, *trittyes* y *phylai*. Esta nueva agrupación es la verdadera clave de su reforma.

a) *Los ciudadanos.* La primera cuestión en la reforma de Clístenes es ver quiénes son ciudadanos y cómo se identifican. La reforma inicial partía de una nueva agrupación de los ciudadanos; suprimía el antiguo sistema de las *naucrarias*. Esto no quiere decir que las naucrarias fueran eliminadas por Clístenes, pero su número fue homologado al de las nuevas tribus. Todavía durante algunos años seguirán proporcionando navíos al Estado y soportando los gastos de las *theorias*. Dejaron de tener importancia desde el momento en que los estrategos y la Bulé centralizaron en sus manos la administración militar y naval.



Demóstenes. Gran orador que se opuso a los macedonios en defensa de las ciudades griegas.

Todo ciudadano debía pertenecer a un *demos*. Clístenes mandó redactar listas en los *demos*. Junto a los ciudadanos tradicionales parece que admitió a un gran número de metecos y libertos, proporcionando de esta manera a la democracia el apoyo de una mayoría de habitantes ya afincados. La inscripción acarreaba un disfrute de los derechos civiles y políticos. Todos los ciudadanos eran iguales prescindiendo de su origen. Para subrayar esta igualdad y evitar que existieran diferencias entre los nuevos ciudadanos y los antiguos, es decir, entre los hijos de las familias de abolengo y las gentes de extracción humilde, de ahora en adelante no llevarán sólo el patronímico (Demóstenes, hijo de Demóstenes) que pudiera acusar su origen, sino que añadirán el de su demos, el demótico (por ej. Paianeus). El nombre tendrá en consecuencia, tres partes: el nombre propio, el patronímico y el demótico. En adelante será ciudadano aquel individuo nacido de padre ciudadano, cualquiera que fuese la condición cívica de su madre. Cuando aquél cumplía los 18 años de edad se presentaba a los *demotes* que le admitían en su seno, si reunía los requisitos exigidos por la ley. Después de prestar servicio militar durante dos años, tenía el derecho de asistir a la *Ekklesia* o Asamblea del pueblo. El nombre demótico se transmitía de padres a hijos y persistía, aunque se produjeran cambios de residencia. Algunos historiadores han puesto en duda la admisión de nuevos ciudadanos por Clístenes basándose en que Herodoto no lo menciona y en que el pasaje de Aristóteles en el que se hace referencia a esta concesión de ciudadanía es muy dificultoso. Pero los estudios de D. KAGAN, K. W. WELWEI y C. HIGNET nos inclinan a aceptar esa ampliación del derecho de ciudadanía. Pisístrato también se lo concedió a los metecos, descendientes de libertos y *hektemoroi*, a quienes, después de la caída de Hipias, se les privó de él. Sin duda esta medida popular aumentaría para Clístenes el número de votos favorables en la *Ekklesia*.



Cabeza de la Koré 670. Hacia 520 a. de C.

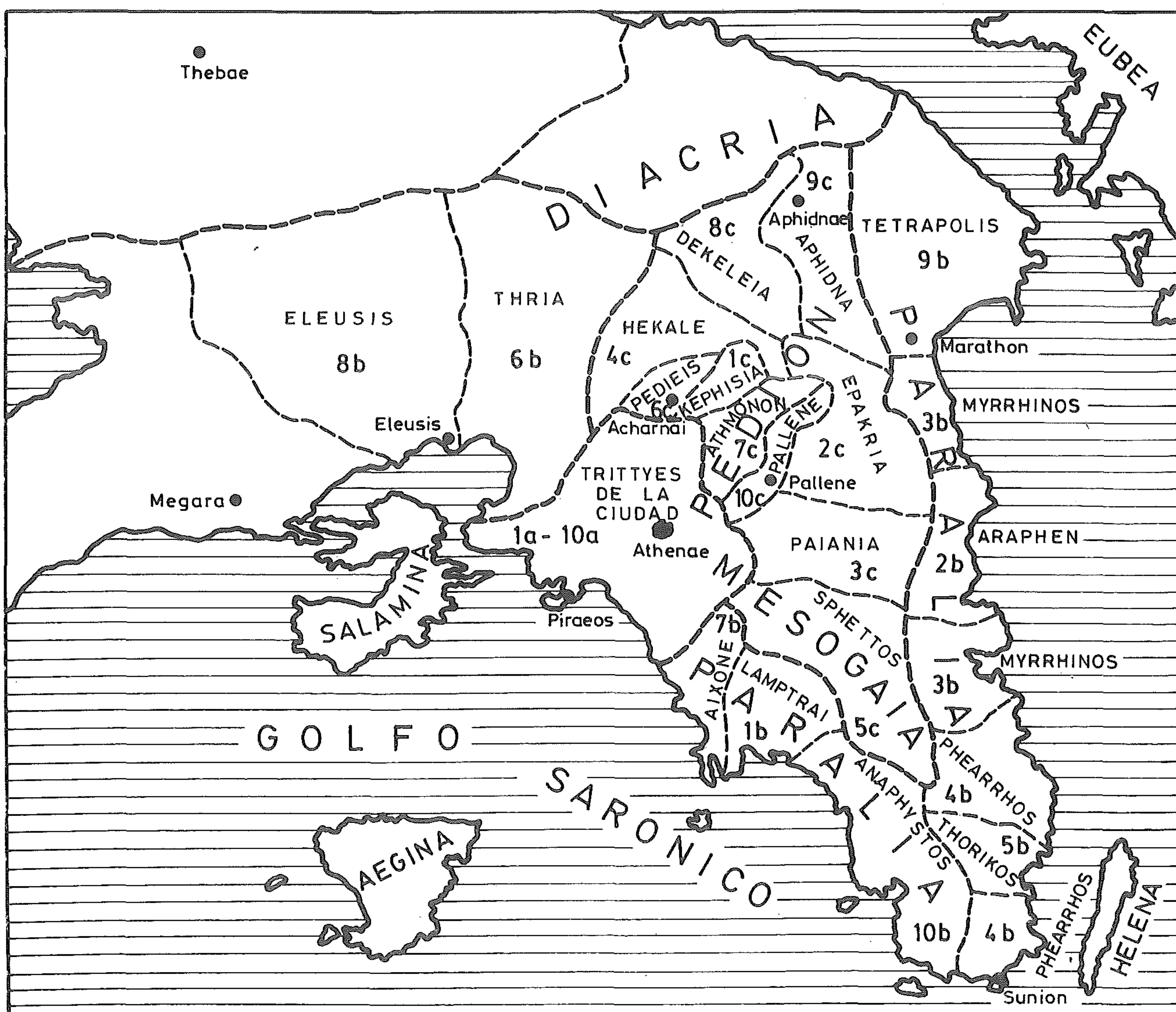
b) *Los demos.* Todo ciudadano correspondía a un *demos* en el que estaba inscrito, le daba nombre y le encuadraba a efectos políticos y militares. Según Herodoto todo el Atica fue dividida en 100 circunscripciones territoriales, *demos*, aunque la cifra pudo variar por desgloses posteriores de algunos de mayor extensión o población, pues, en cierto momento parecen contabilizarse 174. La superficie y población de cada *demos* es desigual. Y su formación no obedece a reglas fijas: en ocasiones se agrupan aldeas y caseríos para constituir un *demos;* en otras se dividen núcleos importantes. Así, Brauron fue dividido en dos y Atenas en cinco (Kydathenaion, Collytos, Melite, Kerameis y Scambonides). Adoptan el nombre de la aldea principal (Maratón, Acarnas), o el del genos principal (Filaidas, Paionidas, Boutadas), bien de la topografía (Cefisos) o bien el nombre de una producción predominante (Acherdonte, Rhamnonte). Estos nombres se homologaron a un personaje legendario como héroe epónimo o patrón del *demos*. Según D. M. LEWIS, la mayoría de los *demos* gentilicios se encontraban situados en el llano al oeste de Atenas; con ello Clístenes había tratado de quebrar definitivamente la consistencia del viejo genos.

Cada *demos* tenía sus dioses, sus santuarios y sus fiestas. Era como una Atenas a escala reducida, y su autonomía no iba en detrimento del antiguo sinoicismo ático. A su frente estaba un *demarca*, elegido por el Agora, Asamblea del *demos*, que dirigía la hacienda municipal junto a los *tamiai*, «tesoreros», y podía imponer multas. El *demarca* controlaba el registro del estado civil y clasificaba a los ciudadanos de acuerdo con el censo. El *Agora* decidía en materia de impuestos y gastos, las *liturgias* o impuestos a extranjeros residentes, prestaciones suntuarias debidas por los ricos. Elegía a los ciudadanos del demos, *demotes*, que debían concurrir anualmente a un sorteo del que salían los que iban a formar parte de la *Bulé* y de los *arcontes*. También resolvía las cuestiones políticas propias. Es, en definitiva, el *demos*, una escuela de aprendizaje para la alta política, así como vía de canalización de gobernantes y programas a desarrollar a nivel nacional; del *demos* salían las clasificaciones de los ciudadanos a efectos militares (caballeros, hoplitas, remeros).

c) *Las phylai y las trittyes.* La reforma de Clístenes estableció unas agrupaciones de los *demos* en unidades superiores, más complejas por tanto. Estructuró toda la población del Atica en 10 tribus, *phylai*, en lugar de las cuatro antiguas tribus heredadas probablemente de la invasión jonia. Pero en lugar de definir cada *phylai* sobre un territorio único, procedió a establecer

tres regiones geográficas, la ciudad de Atenas, la costa y el interior. Cada una de estas tres regiones fue dividida en 10 sectores, de lo que resultarían 30 *trittyes*. Las *phylai* o tribus resultarían de agrupar una *trittyes* de cada una de las tres regiones. Habría en consecuencia *10 phylai* compuesta cada una de gentes de la ciudad (*Mesogaia*), la llanura interior (*Pedion*) y la costa (*Paralia*). Quedaba así rota la posible formación de partidos clasistas apoyados en la posesión de la tierra, o en la categoría social, o en vínculos de sangre, al compensar los grupos locales con otros distantes y de intereses económicos o familiares no coincidentes. Tanto más eran patentes estos efectos por cuanto en cada *trittyes* se integraban varios *demos* y la ciudad y barrios de Atenas se desintegraban también en décimas partes para unirlas a las otras dos *trittyes*, la costera y la de la llanura. Quizá la agrupación de las trittyes en tribus se hizo por sorteo, aunque C. W. ELLIOT piensa que de haberse utilizado el sorteo habría podido darse el caso de que surgieran diferencias entre las 10 tribus y precisamente la premisa fundamental de la nueva distribución era que las 10 tribus fuesen lo más parejas posibles. Funciones más específicas de cada una de las 10 *phylai* era designar por sorteo los 50 *buleutes*, entre ciudadanos de más de 30 años que integrarían una *pritania* en la *Bulé* de 500 miembros. También cada *phylai* elegiría por sorteo uno de los diez *estrategos* que debería dirigir el ejército nacional.

Según Arístoles los nombres que recibieron las 10 nuevas tribus de Clístenes, fueron elegidos por la Pitia de una lista de 100 nombres de héroes del Atica (Erechteis, Aigeis, Pandionis, Leontis, Acamantis, Oineis, Cecropis,



Las divisiones del Atica en época de Clístenes.

Hippothomtis, Aiaritis, Antiochis). Pero los centros de culto de Erecteo, Leo, Cecrops y Ayax no estaban situados en el territorio de ninguna de las tribus homónimas. Cada uno de los epónimos tenía su santuario con sus archivos, su tesoro, su dominio sagrado, su sacerdote y su fiesta. Sus 10 estatuas se levantaban en Atenas sobre una terraza situada en el lado sur del Agora, cerca del Buleuterion. Sobre los 10 pedestales se ponían las actas oficiales, proyectos de ley, listas de efebos que alcanzaban la mayoría de edad.

Las trittyes eran unidades de desigual riqueza y población. C. W. ELLIOT ha estudiado la Paralia basándose en la arqueología, las listas de representantes en la Bulé y el número de ciudadanos conocidos en cada *demos*, comprobando la existencia de ciertas desigualdades demográficas entre las *trittyes*. Pues, mientras que las de la Costa son grandes por lo general, las de la ciudad son más pequeñas; subraya también que muchas de las *trittyes* clistenianas parecen tener fronteras geográficas bien delimitadas, lo que nos explicaría sus diferencias de tamaño. Según D. M. LEWIS algunos *demos* se constituyen territorialmente separados de las *trittyes* a las que lógicamente deberían pertenecer. Estas irregularidades se dan en antiguos centros de culto. En el caso de Probalintos, separado de la Tetrápolis dórica, los componentes de la antigua *Tetrakomai* fueron distribuidos en tres *trittyes* diferentes; en las *trittyes* de Pallenis no fueron incluidos todos los *demos* de la antigua liga de Atenea Pallenis. Halimus fue una *trittya* de la ciudad, en la que podían existir clientes de los Alcmeónidas. W. E. THOMPSON ha podido demostrar que Clístenes unió en una sola *trittyes* dos centros culturales, el de Artemisa Brauronia y el de Zeus Carios, con la finalidad de neutralizar su fuerza. De todo ello se deduce que Clístenes deseaba destruir las antiguas cohesiones regionales, una de las bases del poder de los aristócratas, que ejercían, a su vez, el dominio sobre un determinado lugar de culto. Es curioso que estas anomalías se centren en unas zonas y unos cultos sobre los que habían ejercido un control los Pisistrátidas e Iságoras, la región de Braurion y la Diacria; seguramente buscando anular recientes vínculos y apoyos a la tiranía.

Cada tribu reclutaba su regimiento de infantería y su pelotón de caballería. Las 10 *phylai* aportaban 10 *taxeis* o «batallones de hoplitas» que tenían por jefes 10 estrategos, todos ellos a las órdenes del *arconte polemarco*. Más tarde, en el curso del siglo se emanciparon de su autoridad y dejaron a los 10 *taxiaros* al mando de los *taxeis* para convertirse en magistrados supremos de Atenas. A su vez, ciertas liturgias fueron repartidas entre las 10 tribus y era la tribu la que se consideraba victoriosa en las diferentes actuaciones y no el individuo. La nación en armas estaba sometida desde el año 501/500 a. de C. a los 10 estrategos, cada uno de los cuales mandaba el efectivo de una tribu y ejercía por turno el mando supremo un día de cada 10. Aunque existía la posibilidad concreta de que uno o varios estrategos declinasen el mando en el día de su turno. Estos tuvieron alta responsabilidad, pues incluso negociaban los tratados de guerra. El cargo era reelegible, sin duda, para garantizar la preparación del mando en tan importante misión.


Estela funeraria de Aristión procedente del Atica. (510 a. de C.)

4. Los órganos de decisión política y judicial: Bulé, Ekklesia y Heliaia

Los órganos de gobierno, democratizados en su composición, apenas sufren modificaciones en sus respectivas competencias tradicionales.

La *Bulé* o Consejo soloniano de los 400 sería incrementado en 100 individuos; no tenían que pertenecer, como en el pasado, a las clases censitarias superiores. Los 500 miembros de la *Bulé* se escogen a razón de 50 consejeros, *buletai*, por cada una de las diez tribus o *phylai;* han sido sacados de los *demos*, proporcionalmente, a suerte entre los candidatos mayores de 30 años que, en número ilimitado, ha presentado cada *demos*. Ejercen sus funciones por un año y no pueden repetir al año siguiente, pues, al finalizar su mandato han de sufrir, como a la entrada, un juicio de honorabilidad y efectividad en el desempeño de su cargo, la *dokimasia*. El cargo de *buletai* se puede desempeñar una segunda vez en la vida. Es misión de la *Bulé* preparar todos los asuntos que han de someterse a la *Ekklesia* y hacer cumplir los acuerdos emanados de esta Asamblea. Someten a *dokimasia* a los *buletai*.

Actuan como delegados de la *Ekklesia* y toman decisiones cuando ésta no se puede reunir y existe algún asunto urgente.

Como el número de 500 parece excesivo para estar entregados totalmente a la política durante el año que dura su actuación, la *Bulé* se divide en 10 secciones, cada una integrada por los 50 de cada tribu; es la *pritanía*. Por turno actuará cada *pritanía* durante un mes de los diez en que se divide el año; es decir, durante 36 ó 37 días, en los cuales la *pritanía* era la auténtica soberana de la nación: hacienda, cultos, política exterior.

Los *pritanoi* se reunían en las *skias* o *tholos*, próxima al *Buleuterion*. Allí comían a expensas del Estado y elegían cada día, mediante sorteo, a un presidente, *epistates*, que también presidía la *Bulé* y la *Ekklesia* en el caso de que se reuniese en ese día; permanecía día y noche en la *tholos*. Por eso se decía que el gobierno de Atenas no dormía. El *epistates* es el jefe supremo de Atenas por un día: tomaba las decisiones más urgentes. Competía a los *pritano* convocar la *Bulé* y la *Ekklesia;* ésta trataba los asuntos previamente discutidos en aquélla. La *Bulé* era, por tanto, el organismo más importante del sistema político de Clístenes. El papel que adquirió la *Bulé* fue en detrimento del Areópago que, aunque no fue suprimido, acabó perdiendo su poder, no sin antes ofrecer una tenaz resistencia hasta la reforma de Efialtes en el 462/461 a. de C.


Detalle de jinete de un relieve de fines del siglo VI a. de C.

La *Ekklesia* era la Asamblea de todos los ciudadanos. Como asamblea soberana se reunía una vez por *pritanía*, cada décima parte del año, pero podía ser convocada por el *epistate* de la *pritanía* en función, si había algún asunto de importancia. La Bulé y el Areópago estaban sometidos a su soberana autoridad. No sabemos casi nada del papel desempeñado por la *Ekklesia*, antes del periodo descrito por Tucídides, y sólo conocemos algunas de sus atribuciones a través de Aristóteles. En los tiempos clásicos trataba toda clase de asuntos importantes para el Estado y los ciudadanos. En ella se votaban las magistraturas, así como las acusaciones de alta traición que se presentaban mediante una *eisangelia* (denuncia escrita). En la sexta *pritanía* se decidía sobre materia de ostracismo. Era competente en condenas de muerte por causa política. Paulatinamente fue restringiendo las atribuciones de la *Bulé*, aunque sólo tomaba decisiones después de la información previa a sus miembros. Atribución suya era la *dokimasia* o votación de confianza para los magistrados entrantes y la de censura a la salida de estos cargos. También tenía competencia en el abastecimiento y defensa del país. Suya es, pues, la paz y la guerra y las finanzas de la nación, especialmente en la leva de los ejércitos de tierra y mar. Vigila las inversiones y obras públicas, templos, fuentes, murallas.

Dentro de esta vigilancia por la seguridad del Estado, el *ostracismo* fue una garantía extraordinaria contra la posible aparición de la tiranía o cualquier tipo de poder personal. Con la ley sobre el ostracismo, Clístenes trataba de impedir que los jefes de partido instaurasen cualquier tipo de poder personal. Esta ley permitía al pueblo prevenir los golpes de Estado y expulsar del demos a toda persona sospechosa que intentara atentar contra el orden público. La *Ekklesia* decidía en la sexta *pritanía* sobre materia de ostracismo. Entonces simplemente se opinaba acerca de si había alguna persona que por su poder amenazara la democracia. En caso afirmativo, la votación decisoria se celebraba en la octava *pritanía*, en asamblea general presidida por un arconte. Cada ciudadano inscribía en un *ostrakon* «tejuelo de barro» el nombre de aquél a quien creía oportuno expulsar. Si el número de *ostraka* con un mismo nombre era de 6.000, este ciudadano debía abandonar Atenas en el plazo de diez días y por un periodo de diez años, pudiendo fijar su residencia en cualquier parte y conservar su fortuna. En general y, prescindiendo de algunos casos, el ostracismo fue una atenuante respecto a la *atimia*, pues con aquél ya no se llevaba a cabo el destierro de toda la familia, ni la confiscación de sus bienes. No hizo falta poner en práctica el ostracismo en veinte años.

Un problema preocupa a los estudiosos de la antigüedad: ¿La ley sobre el ostracismo fue una creación original de Clístenes o pertenece a una época posterior? Opinan que fue obra de Clístenes autores clásicos como Aristóteles, Eforo, Eliano, y en contra, Androtion, que da la fecha del 488D487 a. de C. Pero esta última fecha ha sido refutada recientemente por J. J. KEANEY.

Conocemos con cierto detalle el funcionamiento real de la *Ekklesia* de

fines del siglo V. Aunque todo ciudadano puede asistir a la *Ekklesia*, de hecho hay fuerte absentismo, sobre todo, entre gentes del campo y entre los hombres de treinta a cuarenta años, menos introducidos en los temas de la política y más entregados a sus faenas habituales. Pero el aldeano también gusta de visitar la ciudad y participar en las tareas ciudadanas. El quorun se fijó en 6.000, aunque cuando no hay particular asunto de interés, sólo asisten de 2 a 3.000 ciudadanos. A principios del siglo V, Pericles hubo de primar la asistencia para compensar la pérdida de jornadas de trabajo.

Para la convocatoria ordinaria se fija el programa, que se hace público cuatro días antes. En caso de convocatoria extraordinaria y urgente el *epistates* de la *pritanía* de turno llama a son de trompeta o con fuego en el Agora. Al principio es el Agora el lugar de reunión; luego fue el Pnyx, colina allanada frente a la Acrópolis de unos 6.000 m^2; más tarde tuvo lugar en el teatro de Dionisos, desde el siglo IV.

Preside el *epistates* que convoca, asistido de heraldos y un secretario. Este mantiene el orden ayudado por arqueros escitas al principio, más tarde por atenienses escogidos a suerte. Hace abatir el pendón que sobre el Pnyx recuerda la convocatoria: se ofrece un sacrificio, un heraldo lee una oración y a continuación el *probuleuma* u orden del día sobre proyectos de ley o decretos a discutir, todos ellos previamente aprobados como tema de discusión por la *Bulé*. En cuestiones de orden judicial, como confiscaciones, crímenes, alta traición o peligro grave para la moral y religión (caso seguido contra Sócrates) hay una denuncia previa por escrito, *eisangelia*. Se puede aprobar directamente, por voto a mano alzada, estos probuleumas. En otro caso se procede a la discusión. Todos pueden hablar desde la tribuna y con corona de mirto, símbolo de que son inviolables. Cada uno, incluso, con su poder de iniciativa, puede proponer cualquier otro tipo de leyes. De su oratoria y fundamentos dependen la aprobación. Pero conlleva grave responsabilidad, ya que la ley nueva propuesta y aprobada llevará su nombre; en el futuro puede llegar a ser sancionado por haber introducido una ley nociva para los ciudadanos o la nación. Acabada la discusión, se vota a mano alzada y el epistates proclama el resultado; sólo hay voto secreto para casos graves: ostracismo, atimía, alta traición. Los altos magistrados, *arcontes*, son los órganos ejecutivos de los decretos y leyes de la *Ekklesia*. Pero aún puede volverse sobre una ley aprobada, si alguien estima que su votación ha sido precipitada o manipulada.

El viejo tribunal, *Consejo del Areópago*, integrado por los exmagistrados arcontes, no desapareció; simplemente perdió todo control sobre delitos contra el Estado, ejecución de las leyes y vigilancia del orden que había pasado al *Heliaia*. En estos tiempos sigue juzgando delitos comunes de asesinato, incendio; aún cuando el derecho de apelación a la *Ekklesia* disminuye la importancia de sus sentencias.

En número de 6.000, el Heliaia pasó a actuar en diez tribunales de 500, con otros mil de suplentes. Juzga las causas más graves y las pequeñas en apelación.

5. La defensa de la democracia

La democracia ateniense se convirtió en el blanco de las peores amenazas. Iságoras presionaba para que Esparta atacase a Atenas e Hipias hacía lo mismo con los persas. Por dos veces Esparta intentará derribar a Clístenes y poner fin a su régimen democrático. Esparta solicitó la ayuda de Persia suscribiendo un tratado que sus embajadores gestionaron con el sátrapa de Sardes, Artafernes. El Atica fue invadido a su vez por los ejércitos del Peloponeso por el sur, el beocio por el norte y la flota calcidia por el este. Pero los coaligados no se entendieron. Los reyes de Esparta, Cleómenes I y Demarato, llegaron a Eleusis en compañía de Iságoras, pero la defección de los corintios les obligó a suspender las operaciones en el año 505 a. de C. Esta fue la última vez en la historia que los dos reyes espartanos estuvieron al frente de una expedición. El ejército ateniense atacó a los beocios en Oinoe, les derrotó junto al río Euripo, y a los calcídicos, que habían ocupado la costa oriental. Los atenienses pasaron a Eubea donde consiguieron una victoria privando a los *hippobotoi* de Calcis de sus ricos dominios. Por su parte los tebanos continuaron la lucha y solicitaron el apoyo de la flota de Egina.

Cleómenes I (491 a. de C.), rey de Esparta. En el 510 expulsó al tirano ateniense Hipias y derrotó a los argivos. Herodoto cuenta que, a pesar de sus triunfos, se volvió loco y se suicidó.



Jugador de hockey en relieve procedente de la basa de una estatua. Hacia 510 a. de C.

En el año 504 a. de C. Cleómenes I propuso una nueva intervención militar. Convocó un congreso federal en el que exigía la restauración de Hipias en el gobierno de Atenas, haciéndole venir del Sigeo. La propuesta espartana no encontró un apoyo efectivo en los oligarcas que no veían con buenos ojos a la persona del tirano. El éxito de Atenas frente a la alianza de peloponesios, tebanos y calcídicos quedaba patente: la democracia estaba consolidada, Aristóteles dice que en el año 501D500 a. de C. se exigió a los 500 *buletai* su juramento de fidelidad a la Constitución; lo cual, según P. J. RHODES, no significó ninguna limitación de sus amplios poderes, sino que venía a ser el broche de unas reformas desarrolladas a lo largo de varios años. Precisamente en este año el ejército se agrupó según la nueva estructura de las *phylai*.

Clístenes quiso recompensar a sus partidarios con una medida popular, y a la vez, fundamentalmente política: para fortificar las posiciones de avance en el Egeo, concedió a los ciudadanos que permanecieran en estas demarcaciones el título de propiedad de las tierras que ocupasen. Según *Eliano* fueron distribuidos entre dos mil clerucos atenienses, ciudadanos pobres y partidarios del régimen democrático, dos mil lotes de terreno en el valle del Lelanto (Eubea); la cifra es más real que los 4.000 a los que hace referencia Herodoto. Para prevenir posibles agresiones de Mégara o Egina contra Eleusis y el Pireo, hizo instalar colonos en Salamina y mandó redactar un decreto que regulase las obligaciones fiscales y militares de los antiguos habitantes.

A su vez, le era necesario controlar las intrigas de los Pisistrátidas asentados en el Sigeo y llegó a un acuerdo con Milciades, amenazado en el Quersoneso por los persas. En calidad de ateniense invocó un oráculo para tomar posesión de las islas de Lemnos e Imbros, en las que los atenienses se establecieron por estas fechas; se les permitía, según Herodoto, conservar su sitio en las tribus de su metrópoli. Los clerucos, soldados campesinos, serán los peones claves en la política exterior de Atenas y las cleruquías constituirán los puntos de apoyo básicos.

Así, pues, Atenas llegaba, plena de paz y equilibrio interno, engrandecida y prestigiada a finales del siglo VI por obra de tres grandes políticos: Solón, Pisístrato y Clístenes. El bienestar se había extendido a las grandes masas de beneficiados en la industria, el comercio, la fundación de colonias en el Helesponto, Calcidia, Quersoneso, Eubea. El asentamiento de miles de ciudadanos o clerucos era muy diferente de otras colonizaciones griegas, pues mantenían la ciudadanía y vinculación absoluta con Atenas a todos los efectos políticos o económicos. Consolidó, a su vez, la democracia al integrar una gran masa del pueblo que concebía como propios los intereses y tareas del Estado y que gustosa participaba en su defensa a través de su encuadramiento en el ejército en la condición de hoplitas. Sería, así, en el futuro, este cuerpo ciudadano, impregnado de espíritu patriótico, el que daría jornadas de gloria en momentos difíciles para Atenas. También la gran empresa ateniense expansionista e integradora convertiría a Atenas al final del siglo VI en un importante poder dentro de la Hélade. Sus triunfos sobre Egina, Esparta y Tebas, su prestigio ante el oráculo de Delfos, su expansión en Calcidia, su incorporación de Eubea, Imbros y Lemnos para apoyar su afianzamiento en el Helesponto y Quersoneso pusieron a Atenas en la cumbre del poder militar y naval. Por ello, precisamente, y por su papel de adalid defensor de la Hélade vendría a chocar con el creciente imperialismo persa que, luego de sojuzgar la Grecia minorasiática, miraba a Tracia y el Egeo como objetivos más inmediatos. El intento persa de destruir el freno que Atenas ofrecía a sus aspiraciones no se haría esperar.

BIBLIOGRAFIA

AMPOLO, C.: «Politica instituzionale e politica edilizia di Pisistrato». *Parola del Passato*, 28, 1973.
ANDREWS, A.: *The Greek Tyranes*, Hutchinson Harper, 1956.
BERVE, H.: *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967.
BICKNELL, P. J.: «Whom did Kleisthenes enfranchise?». *Parola del Passato*, 124, 1969.
BRADEEN, D. W.: «The Trittyes in Cleisthenes Reforms». *Tapa*, LXXXVI, 1955.

CADOUX, T. J.: «The Atenian archons from Kreon to Hypsichides». *HS*, 68, 1948.
CASSOLA, F.: «La propieta del suolo in Attica fino a Pisistrato». *Parola del Passato*, 28, 1973.
CLOCHÉ, P.: *La democratie athenienne*, París, 1951.
CROMEY, R. D.: *The Alkmeonid in heritance in Kleisthenes reforms*, 1973.
DAVIES, J. K.: *Athenian propertied families 600-300 BC*, Oxford, 1971.
DETIENNE, M.: «En Grèce archaique: géometrie politique et société». *Annales*, 20, 1965.
DIESNER, H. J.: *Griechische Tyrannies und griechische Tyrannen*, Berlín, 1960.
DREWS, R.: «The first tyrants in Greece». *Historia*, 1962.
ELIOT, C. W.: «Kleisthenes and the creation of the ten Phylai». *Phoen.*, XXII, 1968.
EHRENBERG, V.: *From Solon to Socrates*, Londres, 1973.
FORREST, W. G.: *The emergence of Greek Democracy*, Weidenfeld/Nicolson, 1966.
GARCÍA MORENO, L. A.: «El último cuarto del siglo VI a. de C. en Atenas». *Hispania*, XXXV (1975), págs. 89-116.
GHINATTI, F.: *I gruppi politici ateniensi fino alle guerre persiane*. Roma, 1970.
GRIFFITH, G. T.: «Isegoria in the Assembly of Athens, Ancient Society and Institutions». *Studies presented to V. Ehrenberg*, Londres, 1966.
HAMMOND, N. G. L.: «The philaids the Chersonese». *CQ*, 50, 1956.
HIGNETT: *A History of the Athenian Constitution*, Oxford, 1952.
HIND, J. G. F.: «The Tyrannies and the exiles of Pisistratus» *CQ*, 24, 1974.
JONES, A. H. M.: *Athenian Democracy*, Blackwell/Praeger, 1957.
JORDAN, B.: «Herodotus, 5, 71, 2, and the Naucraroi of Athens». *Californian Studies in Classical Antiquity*, 3, 1970.
KAGAN, D.: «The origins and purposes of ostracims». *Hesperia*, 30, 1961.
——: «The enfranchisement of aliens by Cleisthenes». *Historia*, 12, 1963.
KIENATS, D.: «Die innepolitische Entwicklung Athens im 6 Jahrundert und die Reformen von 508». *Hist. Zeits.*, 200, 1965.
LANG, M.: «The Murder of Hipparchus». *Historia*, 3, 1954.
LANZA, D.: *El tirano e il suo pubblico*, Turín, 1977.
LARSEN, J. A. O.: «Cleisthenes and the Development of the Theory Democracy at Athens». *Essays in Political Theory presented to G. W. Sabine*, Ithaca, N. Y., 1948.
LEWIS, D. M.: «Cleisthenes and Attica». *Historia*, 12, 1963.
MEISTER, K.: «Zum Zeitpunkt der Einführung de Ostrakismus». *Chiron*, 1, 1971.
MERITT, B. D.: *The Athenian Year*, Berkeley, 1961.
HOMMEL, H.: «Die dreissig Trittyen des Kleisthenes». *Klio*, XXXIII, 1940.
MOSSÉ, C.: *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969.
MUNRO, A. R.: «The ancestral laws of Clisthenes». *CQ*, 1979.
NILSSON, M. P.: *The Age of the Early Greek Tyrants*, Belfast, 1936.
OLIVER, J. H.: «Reforms of Cleisthenes». *Historia*, 9, 1960.
OSTWALD, M.: *Nomos and the beginnings of the Athenian democracy*, Oxford, 1969.
PIPPIDI, D. M.: *Greci nel basso Danubio*, Milán, 1971.
PLEKET, H. W.: *Isonomia and Cleisthenes*, Groningen, 1972.
RHODES, P. J.: *The Athenian Boule*, Oxford, 1972.
SARTORI, F.: *Le eterie nella vita politica ateniense del VI e V seccolo a. de C.*, Nápoles, 1957.
SCHACHERMEYR, F.: «Zur Chronologie del Kleisthenischen Reform». *Klio*, 25, 1932.
SEALEY, R.: «Regionalisms in Archaic Athens». *Historia*, 9, 1960.
SIEWERT, P.: *Die Trittyen Attikas und die Heeresreform des Kleisthenes*, Munich, 1982.
STATON, G. R.: «The introduction of ostracism and Alcmeonid propaganda». *JHS*, 90, 1970.
STROGECKIJ, V. M.: «Cleisthenes and the Alcmeonids». *VDI*, Moscú, 1972.
THOMSEN, R.: *The origin of ostracism*, Kobenhavn, 1972.
THOMPSON, W. E.: «The deme in Kleisthenes reforms». *Symbolos*, 46, 1971.
——: «Kleisthenes and Ageis». *Menemosyne*, 22, 1969.
TRAILL, J. S.: «The political organization of Attica. A study of demes, trittyes and phylai and their representation in the Athenian council». *Hesperia*, suppl. XIV, Princeton, Nueva Yersey, 1975.
WADE GERY, T. H.: «The Laws of Kleisthenes. Essays in Greek History», Oxford, 1958.
WOODHEAD, A. G.: «Isegoria and the Council of 500». *Historia*, 16, 1967.
WÜST, F. R.: «Zu Kleisthenes». *Historia*, XIII, 1964.

ECONOMIA DE LA GRECIA ARCAICA

J. M. Blázquez

La época arcaica griega se caracterizó por la existencia de graves problemas económicos, que repercutieron en la sociedad, y la cambiaron profundamente en el aspecto social y en el político.

La concentración de la riqueza agraria, que era la fundamental, en manos de la aristocracia, ocasionó una grave crisis agraria, que motivó la colonización griega ultramarina y la aparición de la tiranía como forma de gobierno. El hecho de que ambos fenómenos se documentasen en casi todo el mundo griego, o por lo menos en las principales ciudades, indica que las causas que ocasionaron la colonización y la tiranía se habían generalizado.

I. ORIGEN Y DESARROLLO DE LA ECONOMIA COLONIAL

1. Aparición del comercio y del artesanado sobre las fuentes primitivas de riqueza, la agricultura, la ganadería y la piratería

a) *Agricultura.* En la época arcaica empezó a tomar fuerza una clase comerciante y artesanal, en función de la colonización, que cada vez es más rica, y que se opone a la clase de los terratenientes.



Oinochoe con forma de cabeza de mujer. Hacia 500 a. de C.

El pequeño campesino tendía a desaparecer aplastado de deudas, que no podía pagar, y por lo tanto se veía obligado a caer en la esclavitud y llevar una vida de hambre y miseria.

El poeta HESIODO en su obra los *Trabajos y los Días*, describe magníficamente esta grave crisis económica, que no era típica de Beocia, sino de casi toda Grecia. El poeta aconseja a su hermano Perses que continúe labrando la tierra, y que no se haga comerciante, «para librarse de las deudas y de la penosa hambre» (*Los Trabajos y los Días*, 644-649). Magníficamente describe HESIODO la situación grave de este campesinado, deudas por un lado, debidas a los préstamos, que se solicitaban de los terratenientes, y hambre por otro, motivados por las malas cosechas y por tener que pagar los intereses; al no abonarlos, caía en la esclavitud. El comercio en tierras lejanas era una manera de escapar a la desastrosa situación económica.

La crisis agraria, y la concentración de la riqueza agrícola en pocas manos, ocasionaron que se buscaran tierras en territorios de ultramar. Algunas familias aristocráticas, como las de Eubea y los Baquíadas de Corinto, comenzaron la colonización de sus respectivas ciudades y se hicieron grandes comerciantes. La colonización y el comercio se vieron favorecidos por un factor geográfico: la gran cantidad de costa que tenía Grecia.

Siempre hay que tener presente que Grecia era muy pobre de recursos naturales. Los escritores, como el historiador HERÓDOTO (VII, 102), y el poeta lírico ALCEO (142 D), aluden frecuentemente en sus obras a la pobreza.

Más de la mitad de la población, en edad de trabajar, se dedicaba siempre a la agricultura.

Los cereales plantados eran preferentemente la cebada y el trigo, en

secano. Las uvas, los higos y las aceitunas eran una base importante en la alimentación.

El cultivo del vino se extendió mucho en el Atica, en la isla de Quíos y en la de Tharros. Se exportaba ya desde estas regiones —mitad del siglo VI a. de C.— a las orillas del Dnieper.

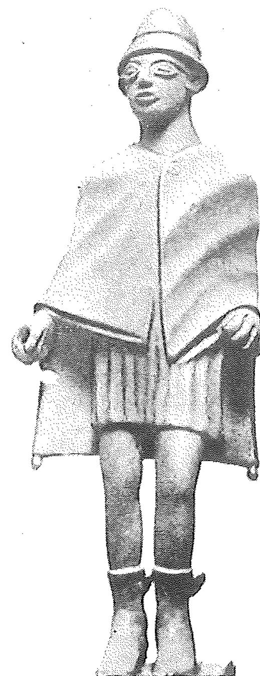
Grecia consumía y exportaba mucho vino, a él alude frecuentemente la poesía lírica, como el poeta ALCEO (39,73, 91, 94, 96, 97 D).

En muchas regiones vivía la población desperdigada por el campo, como en Elida (Diod. XI 54, 1); en otras regiones del Peloponeso cada ciudad consistía en un grupo de muchas aldeas (Str. VIII, 3, 2), pero también este fenómeno, en la época arcaica, se observa en el Atica.

b) *Ganadería.* Ganado bovino, ovino, caprino y asnal, constituía la base de la ganadería de Grecia. El número de ganado bovino, con respecto a la época homérica descendió mucho. En Grecia se consumió siempre poca carne. El ganado caballar se empleaba para las carreras, a las que fueron muy aficionados los atenienses.

La transhumancia del ganado está documentada por SÓFOCLES en su *Edipo Rey* (1133/1139): «que recuerde el tiempo en que cada año iba a la región del Citerón con dos rebaños, y yo, en compañía de mi rebaño, era vecino de este hombre, durante seis meses, desde la primavera hasta que se elevaba Arturo. Al llegar el invierno, marchaba yo con mi rebaño a mis apriscos, y él marchaba con sus ovejas a los rediles de Layo».

c) *Piratería.* La piratería, que estaba bien vista, era un procedimiento de obtener géneros vendibles. A ella se dedicaban los etruscos según el himno de Dionysos y los focenses según textos de HERÓDOTO citados más adelante, y en general los griegos, según TUCÍDIDES (I, 5, 8). El comercio era más bien individual, no estatal, ni de grandes sociedades.



Hermes con clámide. Bronce de principios del siglo V a. de C.

El mar era un camino más fácil de recorrer que la tierra firme.

En la llamada Edad Oscura, en el siglo XI, ya hacen su aparición en Grecia algunos objetos importados de Oriente, lo que indica que existe ya un incipiente comercio, que se generaliza, al igual que la artesanía, a partir de mediados del siglo VIII con el fenómeno de la colonización.

Estos objetos debieron ser llevados a Grecia por los fenicios, expertos navegantes y comerciantes que, poco después de la invasión de los Pueblos del Mar, estaban abriendo nuevas rutas comerciales por todo el Mediterráneo. El año 1.100 habían fundado Cádiz, con vistas a la obtención de metales de la Península Ibérica y de la costa atlántica.

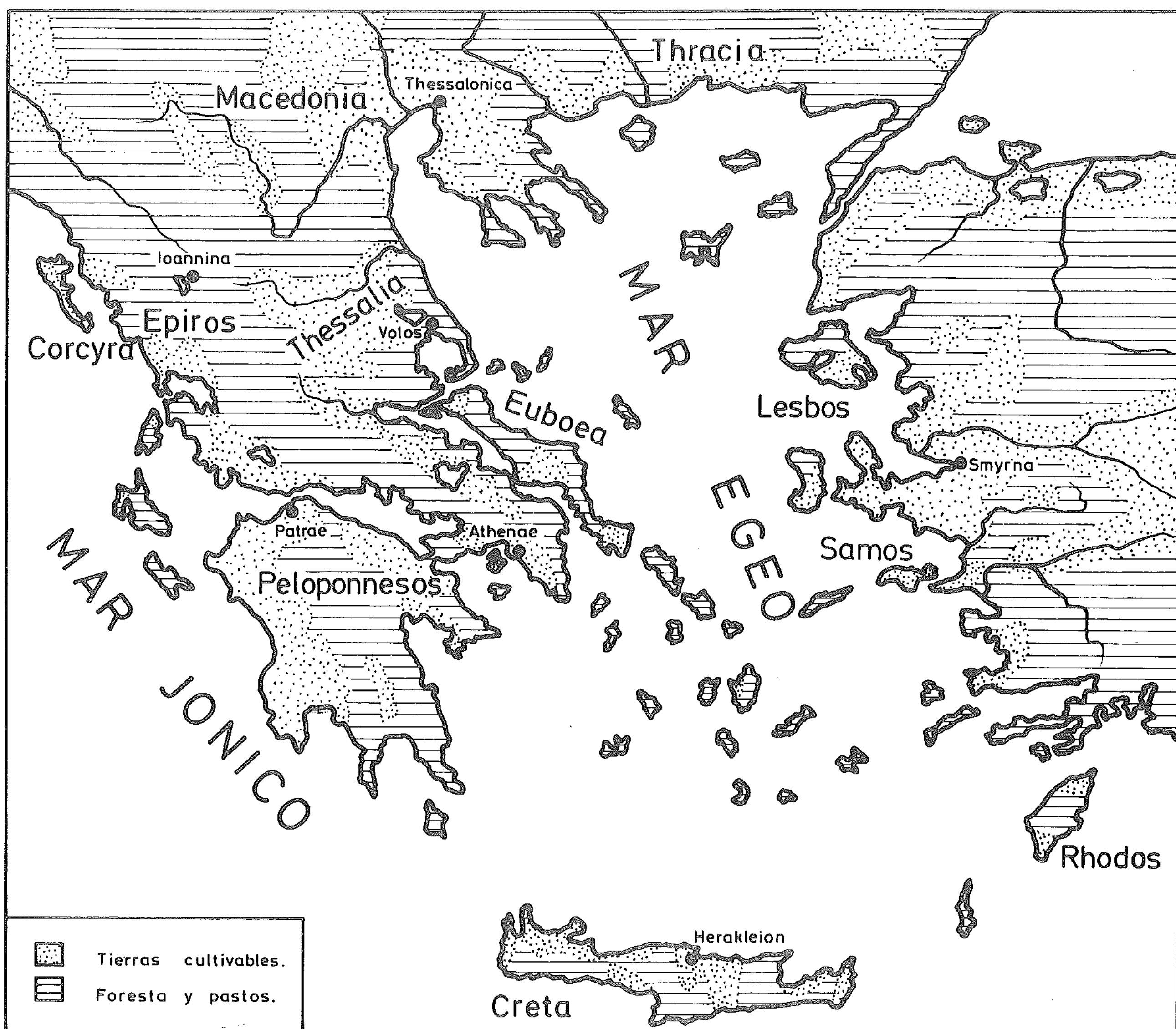
Los griegos aprendieron de los fenicios la técnica de la navegación y la importancia excepcional del comercio, como factor creador de riqueza. Los griegos ya en época micénica habían llegado a Italia y Sicilia y al Occidente de Asía ya los fenicios habían comerciado con todo el mundo. El profeta Ezequiel (27, 12-24) indica bien todos los lugares con los que comerciaban los fenicios y los productos en los que estaban interesados. HOMERO cita como objetos del comercio fenicio con los griegos: una crátera de plata fabricada en Sidón (*Il.*, XXIII, 741); y otra crátera de plata de borde aúreo, regalo del rey de Sidón, que Menelao regaló a Telémaco (*Od.*, IV, 615). Era tal su calidad que Menelao la consideró obra del propio Hefaistos; y un vestido que Hécuba eligió para recubrir la estatua de la diosa Atenea, entre un lote de prendas confeccionadas por las mujeres sidonias y traído por París (*Il.*, VI, 489). Un objeto, mezcla de elementos fenicios y griegos, era el escudo de Aquiles trabajo por Hefaistos (*Il.*, XVIII, 378).

El historiador HERÓDOTO (I, 1) ha descrito muy acertadamente la característica de este comercio fenicio, que no debía ser muy diferente del de los griegos, en la época más antigua: «Los comerciantes fenicios, escribe el padre de la historia, desembarcaron sus mercancías, y las pusieron en orden, para venderlas en público. Los géneros de venta se exponían en la plaza; en cinco o seis días se vendía la mayor parte de éstos. Las mujeres eran las principales compradoras.

Homero, célebre poeta griego, autor de La Ilíada *y* La Odisea. *En concreto, no se sabe nada de su vida. Según Herodoto, vivió hacia el 850 a. de C. En su obra* La Iliada *relata un episodio de la guerra de Troya, es un poema épico dividido en 24 cantos.* La Odisea, *poema épico igual que* La Ilíada, *relata las aventuras de Ulises durante su regreso a Itaca, su reino, después de la conquista de Troya. En la epopeya homérica se anuncia el mundo griego clásico.*

Antes de la colonización propiamente dicha, hubo una etapa llamada precolonial, en la que comerciantes griegos, aislados, recorrían las tierras intercambiando sus productos.

Fueron las necesidades de la aristocracia las que desarrollaron en primer lugar este comercio, por la necesidad de obtener metales, y ante todo hierro, que está ya citado en la *Iliada* como metal importante. HOMERO en la *Odisea*



Distribución de los cultivos y vegetación en el mundo griego.

(I, 180 ss.), poema que celebra bien el mundo de la colonización griega, describe a la diosa Atenea, disfrazada de un aristócrata tafio, que intercambia hierro por cobre, en Temese. En segundo lugar, la aristocracia griega necesitaba objetos de lujo, que Grecia no producía, y que se traían del Oriente, lo que desarrollaba el intercambio de mercancías.

2. El comercio en Oriente

Antes de la colonización entre los siglos X y VIII a. de C. los griegos ya se habían asentado en diferentes puntos del Oriente, y como después, a partir del siglo IX a. de C., sucedió en Chipre, estaban en contactos comerciales con los fenicios.

En este sentido el establecimiento griego más importante de comercio se encontraba en el Norte de Siria, en la desembocadura del río Orontes, territorio ya conocido de los griegos micénicos, y se llamaba Al-Mina. Las excavaciones han descubierto el barrio comercial del puerto, que se fecha entre los años 800 y 600 a. de C.

Al-Mina, era un mercado, que esto es lo que significa la palabra griega *emporion*, donde comerciaban fenicios, chipriotas y griegos, estos últimos venidos de la isla de Eubea. El centro comercial estaba muy bien elegido, ya que se encontraba en el norte de Siria, que con Fenicia, era la región comercial más importante de todo el Mediterráneo, y cerca de las explotacio-

nes mineras del Sudeste de Anatolia. Los griegos podían obtener objetos de lujo, como marfiles, telas bordadas y damasquinadas, que eran uno de los principales productos con que comerciaban los fenicios, joyas y hierro.

3. El comercio y el Mediterráneo central

La obtención del hierro motivó la fundación de la colonia griega más antigua del Mediterráneo central, Pitecusa, hoy Ischia, asentada en la isla de Eubea, a partir del año 775 a. de C. donde llegan, a juzgar por la cerámica, gentes de Eubea (Calcis y Eretria) y de Corinto. Se explotaba el hierro de la cercana isla de Elba, que se fundía en Pitecusa.

Las excavaciones han descubierto un gran número de escarabeos egipcios y de sellos del norte de Siria, fechados hacia el año 800 a. de C., lo que indica unas relaciones intensas con Siria; a través de ella llegaría el material egipcio.

Productos de comercio entre Grecia Arcaica y otros países del Oriente (según A. R. Burn).



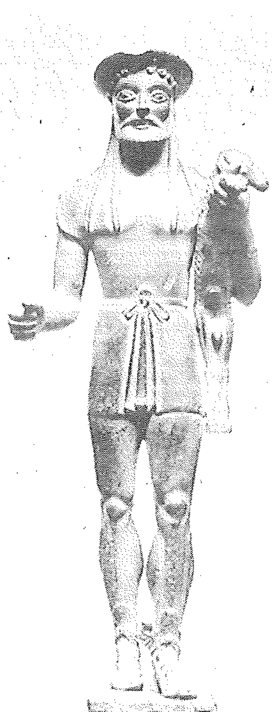
La fundación de la colonia de Pitecusa no está sólo en función de la obtención del hierro por la aristocracia de Eubea, sino del comercio con los etruscos, que se extendían entonces hasta el valle del Po y Pompeya. La presencia de la cerámica corintia en Pitecusa se ha interpretado en el sentido de que los eubeos no bordeaban, para llegar al mar Tirrénico, la península del Peloponeso, siempre peligrosa, sino que atravesaban el istmo de Corinto, donde obtenían esta mercancía.

Los eubeos de Pitecusa, hacia el año 750 a. de C., ya comerciaban con los etruscos, y les cambiaban su cerámica. Este comercio, junto con las aportaciones directas de los fenicios, originó, a partir del año 750 a. de C., el periodo orientalizante etrusco y fue la causa de la extraordinaria prosperidad que las ciudades de Etruria alcanzaron en este periodo, según indican las recientes excavaciones arqueológicas.

La guerra entre las dos importantes ciudades eubeas de Calcis y de Eretria, por la posesión del valle del Lecanto, en que por vez primera hace su aparición en el mundo griego el armamento de los hoplitas, y en la que apoyaron a uno u otro bando los principales estados griegos, a finales del siglo VIII a. de C., ocasionó la pérdida de la importancia que hasta entonces las dos ciudades eubeas habían desempeñado en los orígenes de la colonización y del comercio griego. Los eubeos en Al-Mina, a partir del 700 a. de C. fueron sustituidos por los corintios, por Samos, por Rodas, etc., como lo indica la procedencia de sus cerámicas.

La guerra lecántica también demuestra el valor de un pequeño trozo de tierra en Grecia.

4. El comercio con el Bósforo y el Mar Negro



Bronce con la representación de Hermes, siglo V a. de C.

La colonización y el comercio griego poco a poco llenaron de factorías comerciales todo el mar Negro y gran parte del Mediterráneo. Con ello solucionaban la falta de tierras en sus lugares de origen y desarrollaban el comercio y el artesanado, pues había que producir objetos para intercambiar por metales y otros productos.

La ocupación del terreno de la nueva colonia no era siempre pacífica. Los focenses para asentarse en Lampsaco, tuvieron que matar antes a sus habitantes, los Bebryces.

La falta de productos de primera necesidad, además de los metales, originaron la fundación de colonias.

El establecimiento de Cízico en el Estrecho del Bósforo, fue motivado por la necesidad de contar con salazones de atún, tan necesarios, como los cerales, para la subsistencia de las ciudades griegas. Fue fundada hacia el 756 a. de C. por los jonios, y arruinada por la invasión cimmeria. Entre los años 756 y 675 a. de C. Mileto fundó una de sus primeras colonias en el Estrecho, en competencia con Megara. Estaba asentada en la vecindad de una llanura muy apta para el cultivo del trigo, pero que pertenecía a los dolios de Frigia, lo que obligó a los colonos a vivir de las pesquerías. Los colonos vivían de la explotación de los bosques vecinos, tan necesarios para extraer madera para la construcción naval. En las islas vecinas había buenas canteras de mármol. Mileto fundó, a finales del siglo VII a. de C., Proconeso para la explotación de estas canteras.

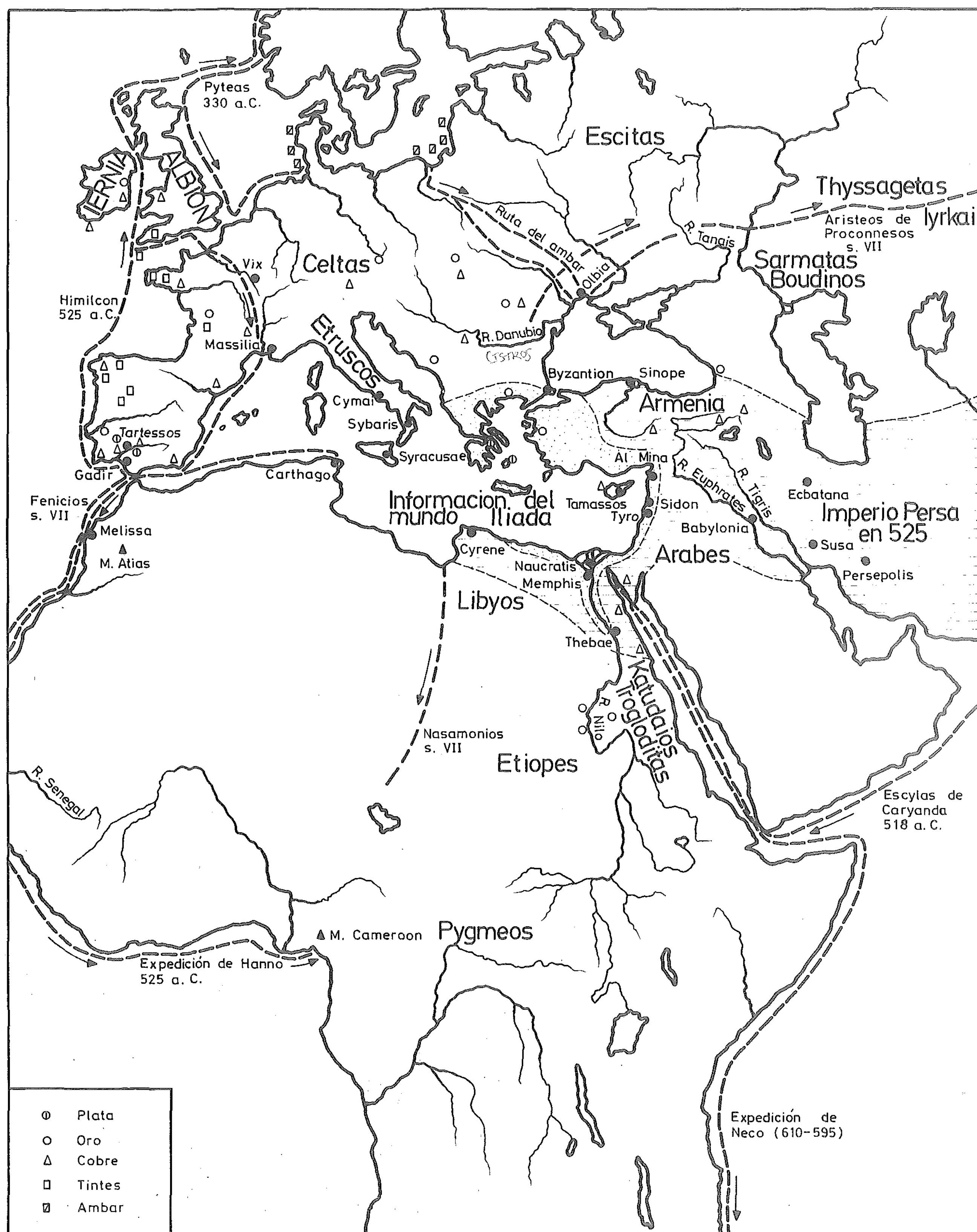
La riqueza de Cízico, sin embargo, era la pesca del atún, que figura en sus estáteras de *electrum* a partir del año 550 a. de C. La salazón era exportada a otras regiones del mundo griego, a Jonia y a la Grecia continental, o intercambiada a los indígenas por metales, ganados, cereales o madera. Existían también viveros de pescado ya en esta época. La explotación de la pesca llevaba unida la explotación de las salinas necesarias para la conservación de la misma. La buena situación económica de que disfruta esta colonia queda bien reflejada en sus monedas, con las que se comerciaba en todas las orillas del mar Negro, y con el Imperio Persa, y en sus suntuosos templos consagrados a la Madre de los Dioses, a Perséfone y a Apolo. Una importante fuente de ingresos para la ciudad era el cobro de las tasas de peaje, a los barcos que hacían la travesía entre el Egeo y el mar Negro.

A la entrada del Bósforo, Megara fundó Bizancio hacia el 660 a. de C.

Después llegaron colonos de Argos. El primer asentamiento se hizo en el actual Topkapi.

Bizancio llegó a exportar cantidades importantes de minerales procedentes de Tracia, pez, pieles de ganado, metales, pero su fundación fue motivada, al parecer, por la cercanía de un gran bosque, en el paraje denominado Petra.

Comercio, colonización y exploraciones griegas.





Guerrero en bronce. Hacia 500 a. de C.

Grecia necesitaba mucha madera para la construcción naval, y era pobre en bosques en general. Bizancio en el siglo VI a. de C., con Corintio y Samos, fue la gran cantera naval del mundo griego.

Bizancio acuñó moneda de hierro para su mercado interior. Para las transacciones comerciales con el exterior se sirvió de una moneda fuerte. Se hacía pagar en las estáteras de *electrum* de Cízico, o en la moneda de oro persa.

Bizancio hacia el año 560 a. de C. fundó Herakleia Póntica al norte de Lykos, que tenía en las cercanías importantes yacimientos de hierro, aguas minerales y carbón. Precisamente los Kalibes en esta región habían descubierto el acero, que se exportaba a los estados griegos. Sin embargo, a pesar de esta riqueza minera, en todo el borde oriental del mar Negro, las colonias griegas de Trebizonda, Kerasus Teniskyra, Amisos y Sínope, vivían en gran medida de la pesca, del comercio y de la agricultura. Cínope era una colonia de Mileto y fue fundada hacia el año 550 a. de C. Los habitantes de Sínope fundaron a su vez Trebizonda. También se interesaron los colonos griegos en la plata, es decir, en el plomo argentífero. El plomo tenía multitud de aplicaciones de uso corriente. Estos colonos, que aprendieron de los armenios y de los capadocios, el trabajo de este mineral, llevaron después al Atica, a Rodas y a las islas del Egeo, la técnica de este trabajo. En Sifnos hasta el siglo VII a. de C. no se trabajó en las rocas argentíferas. Mileto obtuvo sustanciales ingresos de este comercio, de la obtención de oro y plata. En estas tierras de la Cólquida, colocaron los griegos las leyendas del Vellocino de Oro. En esta tierras en el siglo VII a. de C. se fundó un estado fuerte, la Cólquida, del que los griegos no pudieron adueñarse.

Al decir de HERÓDOTO (III, 102), la arena extraída de debajo de la tierra era oro purísimo, que se cambiaba por los vinos de Samos y de Rodas, y por el aceite, pero los griegos no llegaron nunca a conocer otro sistema de extracción del oro, que practicaban los indígenas, que el lavado de las arenas.

Los griegos fundaron establecimientos coloniales en la desembocadura de los grandes ríos: Danubio, Dniester, Dnieper, Don y Kuban, en función de la obtención de los cereales y del oro.

En el año 657 a. de C. los milesios fundaron Istaia en la desembocadura del Danubio. Olbia fue creada igualmente por Mileto, poco después, en el año 645 a. de C. Estos primeros colonos fueron ante todo, marineros y comerciantes, pues estos grandes ríos permitían remontarlos en una extensión de 300 ó 400 km. Los nómadas indígenas intercambiaban con los colonos griegos asentados en la costa por los productos de sus ganados, vino, minerales (cobre, estaño y hierro), sal, lanas y joyería. Mileto era famoso ya por la abundancia de sus ganados, y la calidad de sus lanas, y lo fue por ello hasta la época helenística.

Estos colonos desarrollaron mucho la joyería, que intercambiaban con los productos de los escitas, y les impusieron sus gustos, originando una interesantísima cultura artística greco-escita.

La colonia griega más importante en esta zona fue Olbia, cuyo significado alude a la felicidad de la ciudad por su riqueza. Olbia tenía una extensión de 50 ha. Fue fundada hacia el año 645 a. de C. por gentes de Mileto y por rodios. Estos colonos se dedicaban fundamentalmente a la pesca, al cultivo de los cereales y a la ganadería. Hacia el año 600 a. de C. los descendientes de los primeros colonos cambiaron de lugar y se instalaron en las dos riberas del estuario.

Nuevos colonos llegados de Jonia aumentaron la población y fundaron 25 establecimientos rurales, en la desembocadura de los ríos Dnieper, Pong, Berezan y Sasik. A la fundación más importante, que recibió en el 550 a. de C. nuevos contingentes de milesios, la llamaron Olbia. Su riqueza queda bien reflejada en que acuñó moneda y en que tenía un barrio de fundidores, que hacían espejos en bronce dorado o plateado y armas de hierro forjado. También se dedicaban a las conservas de salazón, que intercambiaban a los escitas por esclavos, por oro y por caballos, y por arneses de bronce, de arte escita, que aparecen en la necrópolis de Olbia. Escitia, Caria y Tracia fueron las tres regiones que proporcionaban fundamentalmente a los griegos los esclavos. Importaban los colonos aceite, vino, tejidos y materiales de construcción.

Todas las colonias griegas obedecían al mismo esquema. Cada ciudadano

tenía derecho a una parcela de tierra para dedicar a la agricultura, lo que convertía a la colonia en una comunidad de agricultores. Aparte de las tierras de propiedad privada, existían otras, de dominio público. Los extranjeros, y los bárbaros, al no poseer tierras, estaban excluidos de los cargos administrativos, políticos, religiosos y jurídicos, tampoco participaban en los mismos cultos. La ciudadanía se alcanzaba al estar inscrito en el registro de propiedad.

Al noroeste de Berezan se ha descubierto la fundición más antigua de una colonia griega. El mineral llegaba de Sínope o de Krivoi Rog, y las piedras de moler del Egeo.

La vida económica de Olbia era semejante a la de otras colonias griegas, como las asentadas en la desembocadura de los grandes ríos: Istros, en el delta del Danubio; Tanais, en el Dniester; y Tannais, en el Don.

5. Economía del sur de Jonia

La costa sur de jonia era conocida de los griegos ya en el segundo milenio a. de C.



Interior de una copa, de Exequias del 530 a. de C. Representa a Dionisios, en el mítico viaje en que llevó la vid a Grecia.



Ménade del interior de una copa del Pintor de Brygos. 490 a. de C.

A partir del siglo VIII a. de C. los griegos fueron atraídos a frecuentar algunas ciudades de Cilicia, como Korikos y Patare, en Licia, o Poseideion, en Siria, por la posibilidad de intercambiar sus productos de incienso y vino, tan necesarios para los sacrificios, por plata, maderas o esclavos. A partir del año 700 a. de C. los productos griegos, como la cerámica del periodo orientalizante, están bien atestiguados en toda esta costa, como en Misis, Xanthos o Tarso de Cilicia. Comerciantes de Rodas o de Mileto frecuentaron estas costas. Vendían a los indígenas armas y objetos de lujo.

A lo largo del siglo VII a. de C. los griegos establecieron cuatro colonias al sur de Anatolia: Faselis, Selge, Side y Soloi. En el año 690 a. de C. Los habitantes de Lindos de Rodas llegaron a estas costas y crearon junto a Tahtali Dag tres puertos. Estos colonos se dedicaban en gran parte a la pesca. Faselis fue pronto una ciudad próspera, que un siglo después de su fundación estableció una colonia en Egipto.

Los habitantes de Cumas se establecieron en Side. Los colonos de estas dos ciudades, al igual que los de Soloi, se dedicaban al comercio con vistas a controlar las ricas minas del Tauro.

Al borde del golfo licio de Glaucos se encontraba la colonia rodia de Diadele, que era un auténtico centro minero, donde se trabajaba la limonita, la calcopirita y probablemente la cromita.

La minería de la colonización griega en esta región de Soloi, de Mallos o de Mopsuestia, eran el plomo argentífero y la blenda de Bolkar Dag, de Kamisli y del desfiladero de las Puertas Cilias. Todo el Taurus era un gigantesco coto de plata.

Los griegos no explotaban directamente los yacimientos mineros, que se encontraban en manos de los indígenas, o mejor en manos de los reyezuelos nativos. Los comerciantes griegos intercambiaban tejidos, armas, vino y aceite por los metales.

Sin embargo, estas colonias no despreciaban el cultivo del campo. En Soloi se cultivaban viñedos y árboles frutales y cereales. También se cultivaba el sésamo.

Estas colonias griegas estaban habitadas por una multitud de comerciantes procedentes de diferentes regiones, que debían vivir en barrios separados. Los artesanos eran con frecuencia indígenas en principio, pero pronto los griegos abrieron talleres. Ya en este tiempo debía haber una rudimentaria división del trabajo, en el que intervenían gentes libres junto a esclavos, dirigidos por un patrón. Esta región del sur de Anatolia tenía una larga experiencia en el trabajo del metal, y estos obreros debieron trabajar para los colonos griegos. Hacia el año 1200 a. de C. un navío cargado con un taller completo de un herrero naufragó en el cabo Gelidonya.

En esta región, los griegos pronto establecieron talleres de construcción naval, debido a la importancia excepcional de los navíos como medio rápido y barato de transporte. Disponían de los bosques del Tauro, del Antitauro, y del Ausano. Además de pinos crecían cedros y cipreses.

Los griegos comerciaban con otros productos igualmente. Mira, establecimiento greco-licio en la costa de Licia, debía su renombre a la fabricación de perfumes. Faselis vivía de los aceites olorosos, del agua de rosas y de los ungüentos, necesarios en las ceremonias religiosas y en la higiene personal.

6. Economía de Chipre

A unas 40 millas de las costas de Cilicia o de Panfilia, a unas diez horas de navegación, se encontraba la isla de Chipre, conocida ya en el segundo milenio por las explotaciones de cobre. A finales del siglo IX a. de C. los fenicios se establecieron en dos buenos puertos de la costa sur, en Kition y en Amathus. Los fenicios obtenían de Chipre cobre y oro, que exportaban al Oriente. La isla también contaba con buenos bosques necesarios para la construcción naval.

A comienzos del siglo XI a. de C. los griegos colonizaron Salamis, que según la leyenda había sido fundada por Teukros, hijo de Telamón, con la ayuda del rey de Sidón.

Belus era otra de las ciudades importantes de la isla; Kurion, según la tradición recogida por HERÓDOTO, era fundación de los habitantes de Argos.

Pafos, donde se encontraba uno de los más mundialmente famosos santuarios dedicados a Afrodita, fue creación del Agapenor, rey de Tegea, que fundó la ciudad en compañía de los arcadios, después de la caída de Troya. La Arqueología y la lengua han confirmado estas relaciones con Arcadia, al igual que las de Kurion con Argos. En fecha posterior, durante los siglos VII y VI a. de C., Grecia no fundó nuevas colonias en la isla, tan sólo nuevos emigrantes reforzaron los establecimientos antiguos. Muchos procedían de Jonia, ocupada por los persas.

A pesar de la riqueza minera, la economía de Chipre era fundamentalmente agrícola. Producía vino, aceite y trigo. Abundaban las plantaciones de sicomoros, de granados y de higueras, y de otra serie de arbustos, como la menta, el mirto, el basilico.

Sin embargo, el vino era, junto con el cobre, el principal producto de Chipre, como se deduce, de que al racimo de uvas figuraba como el emblema de las monedas de Pafos.

Chipre cultivó un arbusto del que extraía una tintura y un aceite medicinal. También el nombre de ciprés deriva del nombre de la isla. Los colonos obtenían del cedro, igualmente, un aceite, del que confeccionaban un ungüento. Otros árboles, que se cultivaban en la isla eran la higuera, de la que se obtenían higos sabrosos; el alibonfie, del que se sacaba una goma. Otros árboles producían perfumes.

Un objeto hallado en un templo de Kition es una pipa para tomar opio, sustancia de la que se hacía un gran consumo en el Egeo y en el Próximo Oriente. Se cultivaba en Chipre y se exportaba a Egipto. La papaverácea, de la que se obtenía el opio, iba vinculada con diosas, y aparecen sobre la cabeza de la diosa en Chipre. Esta planta se la relacionaba con el culto de Démeter, en Eleusis. En esta papaverácea, lo importante era el perfume, al ser quemada.

Chipre importaba de Fenicia o de Siria gran cantidad de plantas aromáticas, como el nardo, la mirra, y el cinamomo, con el que se untaban las estatuas de los dioses, y los cadáveres. Se hacía un gran consumo de cosméticos, ungüentos y de aromas.

Los griegos desarrollaron mucho la explotación y exportación de minerales, desde el siglo XIII a. de C., pero esta industria decayó un tanto hasta la colonización del siglo VII a. de C. La causa de esta decadencia hay que buscarla en la generalización del hierro. La minería cobró nuevamente importancia con la colonización griega al utilizar los griegos el bronce, para confeccionar las armas u otros objetos, como estatuas, objetos domésticos, etc. Los griegos de esta etapa explotaron nuevamente la cuprosa y la pirita de cobre. Las ciudades griegas se encontraban asentadas en las proximidades de estos yacimientos.

Los minerales se refinaban en primer lugar junto a las minas, donde abundaba la madera necesaria para su reducción. Se les quemaba en hornos, que eliminaban los sulfuros. El resultado se fundía de nuevo en un horno, mediante corrientes de aire, y luego con carbón de madera, de este modo se obtenía una mezcla de cobre, óxido de hierro, que contenía pequeñas cantidades de antimonio, de arsénico y de sílice. En una tercera etapa de la elaboración, se calentaba nuevamente la torta de fundición y se le echaba un fundiente silicio para quitarle el óxido de hierro.

Las planchas de metal se oxidaban, ya en las colonias, a altas temperaturas. Se hacían otros diferentes procesos hasta que el metal tomaba el color rojo. Los sistemas de tratar el mineral eran tan perfectos, que el cobre refinado de Chipre contenía pocas impurezas. Las minas de cobre de Támassos eran una gran riqueza para la isla. La riqueza de Chipre queda bien patente en el desarrollo de la urbanística, que se dio mucho antes que en el resto de la mayoría de las ciudades griegas.

Chipre contó con gran número de artesanos, como lo indica la abundante joyería (collares, diademas, etc.) encontrada en las tumbas de Salamis. También contó con buenos talleres de carpintería y de trabajadores del marfil. Los ceramistas trabajaron mucho, como lo prueba la gran cantidad de cerámica chipriota pintada y las terracotas, que siguen aún con influencias de la época micénica. La influencia de la costa del norte de Siria y de la lejana Urartu a través de los fenicios se deja sentir claramente en los objetos chipriotas. Los talleres debían trabajar en Salamis y en los principales centros.



Espejo grabado, de finales del siglo VII. Representa una pareja.

El marfil pudo llegar de Siria, donde los monarcas asirios cazaron elefantes hasta el siglo VIII a. de C. Algunos muebles, como un gran sillón fabricado de cedro, hallado en una tumba de Salamis, estaba todo recubierto de placas de marfil y de plata. Las planchas de marfil decoraban una cama, en la que las patas eran de marfil macizo.

Los fundidores de cobre fabricaron en Chipre grandes calderos, adornados con prótomos de animales, trípodes, atalajes de carro y arneses de caballos, armaduras, candelabros y espejos. En todo este material la decoración es toda ella orientalizante. También se hicieron estatuas estucadas de influjo fenicio en piedras locales. Se trabajó mucho el alabastro. Los mismos colores, con que se pintaban las personas, se utilizaban en las imágenes de los dioses.

El uso de estos últimos objetos indica un nivel alto de vida, donde el lujo se encontraba a la orden del día, entre los siglos VII-VI a. de C. Un buen exponente de este nivel de vida son las tumbas de Salamis, excavadas en los últimos años.



Grupo en bronce, de estilo geométrico del 750 a. de C. Representa un combate entre Zeus y el monstruo Trifón.

7. La economía en las colonias de Africa, de Egipto y de la Cirenaica

Los egipcios tuvieron conocimiento de los griegos desde los comienzos del segundo milenio. La *Odisea* alude a diferentes personajes famosos del mundo griego, como Helena, Menelao y Ulises, que obtuvieron fabulosos ingresos del comercio con los egipcios. Hacia el año 650 a. de C. lograron los griegos del faraón Psamético I un establecimiento fijo, en Náucratis, donde junto a la ciudad griega se creó un barrio indígena.

HERÓDOTO (II, 178), que visitó Egipto, describió bien las características de esta colonia: «como sincero amigo de los griegos, no se contentó Amasis con hacer muchas mercedes a algunos individuos de esta nación, sino que concedió a todos los que quisieran pasar a Egipto, a la ciudad de Naucrátis, para que fijasen en ella su establecimiento, y a los que no quisieron asentar allí su morada, les señaló lugar donde levantaran a sus dioses ara y templos, de los cuales el llamado Helénico es sin discusión el más famoso, grande y frecuentado. Las ciudades, que, cada una por su parte, concurrieron a la fábrica de este monumento fueron: entre las jonias, la de Quíos, la de Teola de

Focea y la de Clazomene: entre las dorias, la de Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselida, y entre las eolias, únicamente la de Mitilene. Estas ciudades, a las cuales pertenece el Helénico, son las que nombran los presidentes de aquel emporio, pues las demás que pretenden tener parte en el templo solicitan un derecho que de ningún modo les compete. Otras ciudades erigieron allí mismo templos particulares, como a Zeus los eginetas, otro a Hera los samios, y los milesios uno a Apolo».

II, 179: «la ciudad de Náucratis era la única antiguamente, que gozaba del privilegio de emporio, careciendo todas las demás de Egipto de tal derecho; y esto en tal grado, que el que llegara a cualquier lugar de la desembocadura del Nilo, que no fuera la Canobica, se le exigía el juramento de que no había sido su ánimo arribar allá y se le precisaba luego a pasar en su misma nave a la boca Canobica, y si los vientos contrarios le impedían navegar hacia ella, érale absolutamente forzoso rodear el Delta, en las barcas del río, trasladando en ellas la mercancía hasta llegar a Naucrátis: tan privilegiado era el emporio de esta ciudad» (Traducción de B. Pou).



Cabeza de Atenea procedente de Agrigento. Hacia 490 a. de C.

En la fundación de esta colonia intervinieron un gran número de ciudades griegas, como puntualiza Heródoto, atraídas, sin duda, por las fabulosas ventajas de esta excepcional plaza de comercio. En los templos de Afrodita y de Apolo ha quedado constancia, en sus cerámicas depositadas como exvotos, del lugar de procedencia de los colonos. Mileto es la ciudad mejor representada, pero también lo están Corinto, Atenas y la vecina Cirene, siendo las ciudades de Jonia las que enviaron mayor cantidad de cerámica. A partir del siglo VI a. de C. la cerámica de fabricación local desplazó a la importada. Se importó ahora mucho vino y aceite a juzgar por las ánforas halladas, al igual que ungüentos, aceites perfumados y miel, que se consumía en los banquetes sagrados de los templos. Náucratis mantuvo un comercio con todas las ciudades griegas, como lo indica la presencia de su cerámica.

Los talleres cerámicos trabajaban ahora con personal especializado, como en Atenas, unos hacían el envase y otros lo pintaban. La cerámica de Náucratis evolucionó a lo largo de la vida de la ciudad. Se han señalado unos 12 estilos diferentes. En el siglo VI a. de C. los talleres de Náucratis exportaban a todos los lugares del Mediterráneo cerámica esmaltada, con técnicas tomadas de Egipto, que necesitaban una temperatura entre 750 y 900 °C. Muy famosos fueron los aríbalos de Náucratis, que contenían perfumes y los escarabeos, que se pusieron de moda, como talismanes en toda la costa mediterránea. Probablemente estaban fabricados por artesanos indígenas, que trabajaban para los griegos. Estos objetos se han encontrado hasta en el Occidente.

Una industria familiar fue la confección de tejidos, a imitación de la egipcia agrupada alrededor de los templos y de la corte. Se usaba el lino de Egipto, que era de mejor calidad que el griego y se le empleaba para la confección de las velas de los navíos y telas, que eran transparentes.

También tejían otras fibras, como la llamada kannabis, el papiro, el cártamo, el junco y el esparto, que se empleaba en la fabricación de cuerdas.

Los mercaderes griegos se aprovisionaban en Náucratis de ciertos productos raros de Africa o de Arabia, como marfiles y perfumes, de albatro natrón y de productos farmacéuticos. También se comerciaba con drogas. Todos los productos que llegaban a la colonia pagaban una tasa.

Hacia el año 525 a. de C. los mercenarios samios y de otras ciudades griegas de la costa jonia, estaban al servicio del faraón, lo que indica que estas gentes encontraban un escape a su mala situación económica, en ponerse a sueldo de monarcas extranjeros. En compañía de los mercaderes habitaron el oasis de Bahariya.



Vaso en forma de cabeza femenina. Hacia 490 a. de C.

Cirene fue fundada por los habitantes de Tera, en el año 631 a. de C. Heródoto (IV, 150-153) cuenta el motivo de la fundación de la colonia, por el oráculo de Delfos, que fue que la Pitia mandó a Gimio, hijo del rey de Tera fundar una colonia en Libia, lo que no hizo, y motivó que durante siete años no lloviera en la isla. Consultado nuevamente el oráculo de Apolo, la Pitia les ordenó de nuevo fundar la colonia. Se envió una embajada a Creta, para obtener datos. Un mercader de púrpura les informó de la isla llamada Platea, a donde enviaron los habitantes de Tera una comisión que dejó en la isla a Corobio, quien fue auxiliado por Colaios de Samos. Después se fundó la colonia enviando Tera naves cargadas de colonos.



Cabeza de Atenea procedente de Olimpia. Hacia 490-480 a. de C.

Una inscripción de mediados del siglo IV a. de C., descubierta en Cirene, recoge datos interesantes sobre la fundación de la colonia, como son que todos los colonos disfrutan de los mismos derechos, que cada familia de Tera podía participar con un hijo, que no se embarcaron nada más que adultos y gentes libres, que los habitantes de Tera, que llegaran después tendrían los mismos derechos políticos y civiles y que recibirían lotes de tierra por sorteo. Los colonos, que no se establecieran y que estando en necesidad durante cinco años, Tera no les socorriera, podían abandonar la tierra de Africa y tornar a Tera, donde encontrarían sus bienes y derechos de ciudadanos. El que no se embarcase sería castigado con la pena de muerte y sus bienes confiscados. El que le socorriese sufriría el mismo castigo, aunque fuera su padre o hermano.

La riqueza de Cirene va unida a la explotación y comercio del silfio, que fue descrito minuciosamente por Teofrasto (*Plant.* VI, 3, 1-6), pero que en realidad no se sabe lo que era. Se empleaba para muchas y variadas recetas, como alimento o medicina para diferentes enfermedades. Servía de purgante y era astringente. También era aromático.

Al comienzo de la fundación de Cirene, la explotación del silfio se encontraba en manos de los nativos, hasta que en el año 750 a. de C. fueron vencidos los egipcios y los libios por Bathos II, pasó en gran medida a los nuevos colonos griegos, que habían llegado. Los indígenas pagaron a partir de entonces el tributo de cierta cantidad de silfio, que comerciaban los colonos. Quizá fuera un monopolio de la corona, pues una copa lacedemonia representa al rey Arcesilas II contemplando el peso de los bulbos en el palacio de Cirene; a partir del año 520 a. de C. se acuñó moneda con la representación de la flor del silfio.

Los habitantes de Cirene se dedicaban a la cría de ovejas, famosas por su lana y por su carne, y de ganado vacuno. La riqueza queda bien patente en la ciudad construida utilizando piedra.

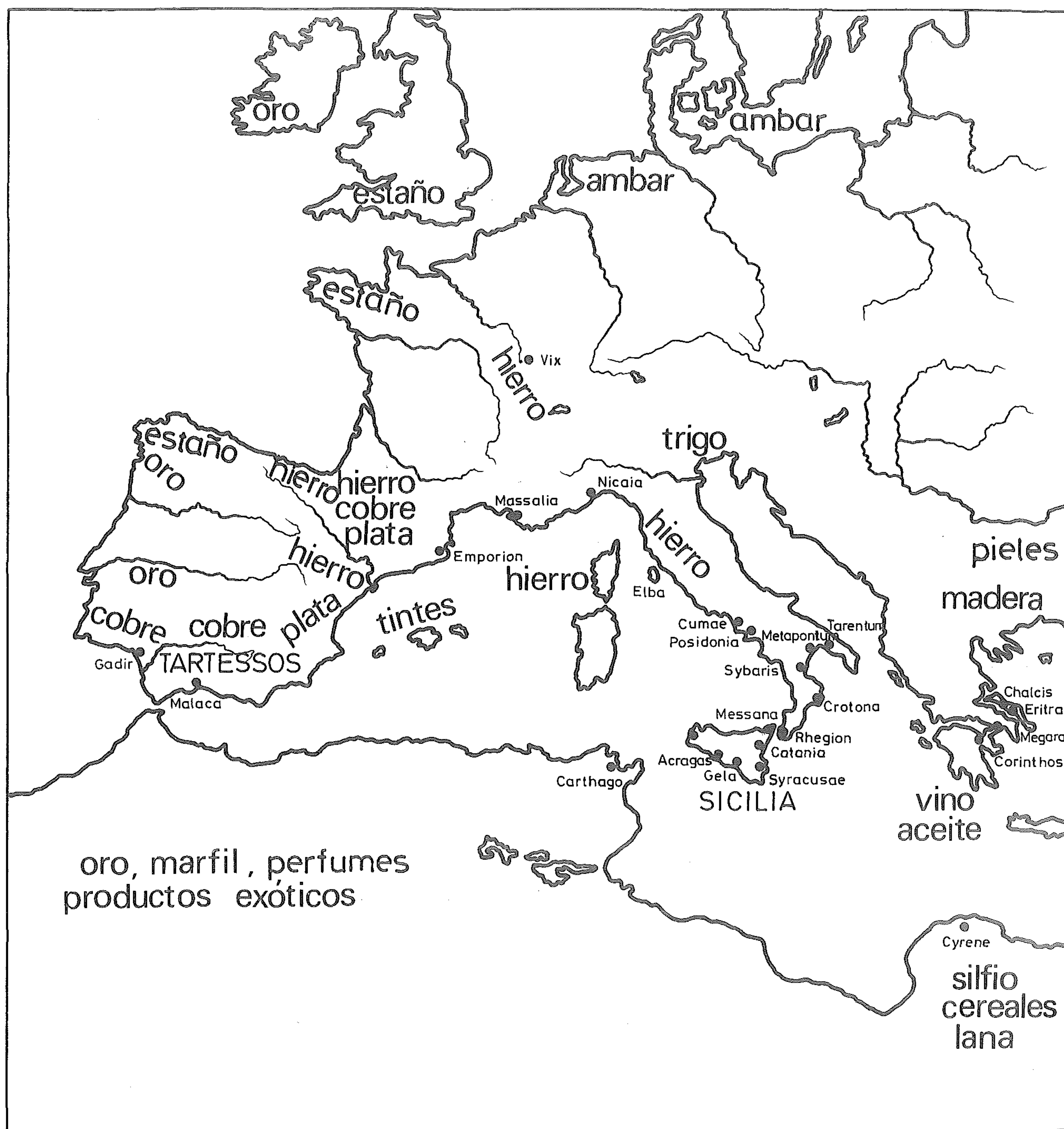
En Cirene, como en otras colonias griegas, la población se clasificaba en cuatro grupos: los propietarios de las tierras; los artesanos, y los empleados; los nativos y los esclavos. En los ajuares de las necrópolis de Cirene han quedado bien marcadas las diferencias económicas de los difuntos. En época de Píndaro, que celebró el triunfo de Arcesilas IV de Cirene en los juegos políticos del 462 a. de C., llegó una tercera oleada de colonos procedentes de Corinto, de Samos y de Chipre.

8. Economía de las colonias griegas de Occidente

a) *Iberia.* Los colonos y comerciantes griegos llegaron a la Península Ibérica varios siglos después de que lo hicieran los fenicios. HERÓDOTO (IV, 152) cuenta que: «una nave samia, cuyo capitán era Colaios, fletada para Egipto, fue llevada por los temporales a la misma Platea. Los samios que en ella venían... levantando ancla, deseosos de llegar a Egipto, partieron de la isla, por más que soplaba el viento subsolano, el cual, como no quisiera amainar, les obligó a parar más allá de las Columnas de Heracles, y a llegar por su buena suete a Tartesos. Era entonces Tartesos para los griegos un imperio virgen y reciente que acababan de descubrir. Allí negociaron también con sus géneros, que ninguno les igualó jamás en la ganancia del viaje, al menos de aquellos de quienes puedo hablar con fundamento, exceptuando siempre a Sóstratos de Egina, hijo de Laodemante, con quien nadie puede equipararse en lucro. Los samios, poniendo aparte la décima parte de su ganancia, que subía a seis talentos, hicieron con ella un caldero de bronce a manera de pila argólica; alrededor de él había unos grupos mirándose unos a otros y era sostenido por tres colosos puestos de rodillas, cada uno de siete codos de alto, fue dedicado en el Heraion» (traducción de B. POU).

HERÓDOTO afirma claramente en este párrafo que antes de este viaje, que coincide con la fecha de la fundación de Cirene, los griegos no habían comerciado nunca con el Occidente, que Colaios obtuvo unas fabulosas ganancias, lo que le movió a consagrar un importante exvoto en el Heraion de Samos, y que otro navegante afortunado, que visitó estas tierras, fue Sóstratos, de Egina.

Los peines de tipo Carmona aparecidos en Samos confirman la veracidad de lo escrito por HERÓDOTO, que debió conocer el viaje por la inscripción que



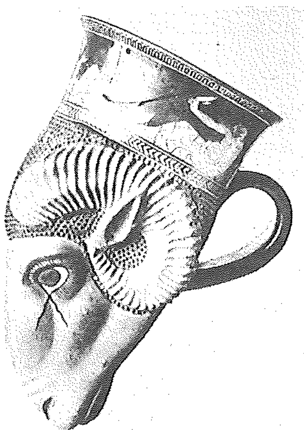
Principales productos de comercio de la Grecia arcaica con Occidente.

el propio Colaios consagró en el Heraion de su isla. Sóstratos, de Egina, logró aún mayores ganancias de Tartesos. La acuñación de las monedas de Egina se hizo posible gracias, probablemente, a la plata de Tartesos, que era el distrito más rico de todo el Mediterráneo en todo género de metales. Tartesos se ha identificado generalmente con la Tarsis bíblica. El profeta Ezequiel (XXVII 12) puntualiza los minerales con que comerciaba con Tiro, que eran plata, hierro, estaño y plomo, todos los cuales abundaban en el sur de la Península Ibérica y eran los que buscaban. HERÓDOTO (I, 163) ha recogido la noticia de que «los primeros griegos que hicieron largos viajes por mar fueron los focenses, los cuales descubrieron el mar Adriático, el Tirrénico, Iberia y Tartesos, no valiéndose de naves redondas, sino de pentecónteras. Habiendo llegado a Tartesos, supieron ganarse toda la confianza y amistad del rey de los tartesios, Argantonio, el cual ochenta años hacía que era señor de Tartesos, y vivió hasta la edad de ciento veinte, y era tanto lo que este príncipe los amaba,

que cuando la primera vez desampararon la Jonia, les convidó a sus dominios, instándoles para que escogiesen en ellos la morada que más les acomodase. Pero viendo que no les podía persuadir y sabiendo de su boca el aumento que cada día tomaba el poder de los medos, tuvo la generosidad de darles dinero, para la fortificación de su ciudad, y lo hizo con tal abundancia, que siendo el circuito de las murallas de no pocos estadios, bastó para fabricarlas de grandes y bien labradas piedras» (traducción de B. Pou).

La fecha que hoy día se asigna al gobierno de Argantonio oscila entre los años 625-545 a. de C.

El historiador de Halicarnaso afirma en este párrafo, que los primeros griegos que hicieron largos viajes fueron los focenses gracias al empleo de los barcos de 50 remeros, navegando dos mares: el Adriático y el Tirrénico y llegando hasta Tartesos, de donde volvieron cargados de riqueza, que emplearon en la reconstrucción de su muralla. La confirmación arqueológica del comercio griego es la gran cantidad de cerámica griega, de las islas, de Esparta. y de los mejores talleres áticos, que a partir de finales del siglo VII a. de C. y durante todo el siglo siguiente, está apareciendo en la Ría de Huelva, lo que indica que el interés de los griegos en Occidente era la obtención de metales. Los vasos griegos anteriores a esa fecha, así como las ánforas SOS de fabricación ateniense, que traían aceite, han aparecido en factorías fenicias, y las trajeron al Occidente los mercaderes fenicios. Es probable que en barcos fenicios llegaran comerciantes griegos, al igual que Ulises estaba asociado durante mucho tiempo a un mercader fenicio en la *Odisea* (XIV, 284-292).



Rhyton con forma de cabra. Pintor de Syriskos. Hacia 480 a. de C.

Una tercera fuente griega informa sobre la exportación de bronce tartésico a Grecia, hacia el año 600 a. de C. PAUSANIAS (VI 19, 1-4) a final de la época de los Antoninos, escribía: «Hay en Olimpia un tesoro llamado el tesoro de los Sicionios, dedicado por Mirón que fue tirano de Sicione. Mirón lo edificó para conmemorar una victoria en la carrera de carros en la olimpiada treinta y tres. En el tesoro hizo dos habitaciones o cámaras: una de estilo dórico y otra de estilo jónico. Comprobé que estaban hechas de bronce, pero no sé si realmente el bronce es de Tartesos, como afirman los eleos... En la más pequeña de las cámaras del Tesoro de Olimpia hay inscripciones, las cuales nos informan de que el peso del bronce era de quinientos talentos y de que los que lo dedicaron fueron Mirón y el pueblo de Sicione» (traducción de F. DE P. SAMARANCH).

El dato importante, que se deduce de este texto, es que los eleos creían que hacia el año 600 a. de C., fecha del triunfo de Mirón en Olimpia, se había exportado de Tartesos una cantidad superior a las 13 toneladas de bronce.

La confirmación de estas relaciones de los focenses con la Ría de Huelva en busca de metales, además de la cerámica griega, son los cascos corintios del Guadalete y de Huelva, y los bronces votivos del santuario de Despeñaperros (Jaén), que acusan influencias griegas, algunas precisamente de Samos.

Los griegos, además de la obtención de bronce, plata e hierro, estaban interesados en la obtención del estaño de Lusitania y de Galicia, y el de la costa atlántica (Cornualles y Bretaña francesa) (Str. III, 2, 9), y posiblemente en esclavos.

Un comerciante griego, que visitó el Occidente hacia el siglo VI a. de C., fue Midácrito, que fue el primer navegante que llevó el estaño a los griegos. La noticia ha sido conservada en Plinio (VII 197).

Poco después de la fundación de Marsella por los focenses hacia el año 620 a. de C. (*Just.*, XLII 3, 4-12), los mismos focenses fundaron, como sucursal de Marsella, Ampurias, que significa mercado. El material arqueológico ha dado una fecha en torno al 575 a. de C. La ciudad, como afirman autores posteriores (*Liv.*, XXXIV, 9) era doble, indígena y griega, mezclándose la legislación bárbara y la griega (*Str.*, III, 4, 8). Probablemente la plata de los Pirineos fue decisiva para la elección del lugar. Según la leyenda hacia el siglo VIII a. de C. los colonos de Rodas se establecieron en Rosas (Gerona), pero la Península Ibérica ha proporcionado escasísima cerámica de Rosas, no así el sur de Galia, en la segunda mitad del siglo VII a. de C.

La fundación de Marsella obedece muy probablemente a la necesidad de contar con un puerto para comerciar directamente a través de la Galia con Bretaña y con Cornualles, tierras productoras de estaño. Esta ruta del estaño insular, la atlántica se encontraba en manos de los fenicios de Cádiz, queda señalada por los hallazgos arqueológicos, como el célebre vaso de bronce

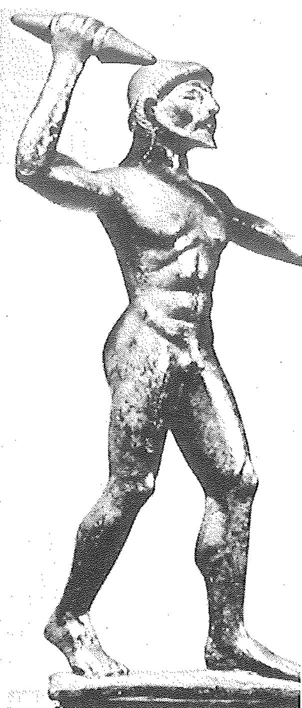
hallado en Vix, que pesa 20 kg, y tiene una capacidad de 1200 litros, fabricado probablemente entre 530-525 a. de C. en Tarento.

En la segunda mitad del siglo VII a. de C. los mercaderes rodios habían visitado el sur de Galia vendiendo su cerámica; viajes a los que aluden los escritores, como Ps. SKYMNOS, de Chios (206-209), ESTRABÓN (IV, 1, 5), PLINIO (III 33) y ESTEBAN, de Bizancio (v. *Rhodamousia*), los cuales se refieren a un lugar de comercio rodio, entre Marsella y el Ródano, que podría localizarse en las proximidades de Arlés. La cerámica que se vendía a los indígenas en este periodo de precolonización era también de Corinto y de Quijos. Abunda también el *buquero nero* etrusco y vasos púnicos, lo que señala que estos parajes eran visitados por los etruscos y por los cartagineses. En la propia Marsella ha aparecido una gran cantidad de cerámica orientalizante.

JUSTINO (XLIII, 3, 5), historiador que extracta al historiador TROGO POMPEYO, contemporáneo de Augusto, informa, que los focenses explotaban

Relieve en bronce, procedente del lateral de un carro de combate. Representa a dos hombres luchando sobre un hombre caído. El relieve es de origen etrusco y tenía una gran influencia griega.





Bronce con la imagen de un Zeus acechante procedente del Epiro. Principios del siglo V a. de C.

los productos del mar más que los de la tierra, vivían del comercio y frecuentemente se dedicaban a la piratería, que consideraban un honor. Probablemente las salazones desempeñaron un papel importante en la elección del lugar. También existían salinas, tan necesarias para la fabricación de la conserva.

El producto que los colonos griegos proporcionaban a los indígenas era el vino importado de Jonia.

Desde Marsella se establecieron 15 puertos de comercio y cabotaje: Agde, Arlés, Saint-Guilles, Saint Blaise, Saint-Tropez, Antibes, Niza, Mónaco, etc. Algunas de estas fundaciones datan ya de mediados del siglo IV a. de C. El establecimiento de todos estos lugares de comercio dio lugar a la aparición de otros puntos de comercio indígenas, como Enserune.

Los focenses, al decir de HERÓDOTO (I, 166), vivían también del saqueo del territorio vecino, lo que motivó que se unieran cartagineses y etruscos y que cada pueblo de estos equipase 60 naves. Otras tantas prepararon los focenses. Ganaron la batalla naval los focenses, pero perdieron 40 naves y quedaron inservibles las 20 restantes. Después los focenses navegaron a Rhegion. La conquista de Jonia por parte de Persia en 545 a. de C. había motivado que los focenses, que habían huido, se instalasen en Córcega. Alalia en la costa de Córcega no sólo era para los griegos una escala comercial, sino un punto de contacto de griegos e indígenas, al igual que Ampurias. Sin embargo, la batalla de Alalia, hacia el 540 a. de C. no significó, como se creía hace años, ninguna catástrofe para el Occidente, ni el corte del comercio griego, pues las recientes excavaciones francesas en la necrópolis de Alalia han proporcionado un material rico y variado, qué indica un buen momento económico, con gran cantidad de cerámica griega importada. Comerciaban estos colonos con el vino, lo que explicaría satisfactoriamente la propagación del culto de Dionysos.

Los artesanos griegos no sólo trabajaban en las colonias griegas. En Etruria las famosas hidrias de Caere, contemporáneas de la batalla de Alalia, son obra de un artesano jonio. Pintores griegos decoraron hacia la misma fecha, la Tumba de Barón, en Tarquinia. El corintio Demaratis en compañía de un grupo de artistas griegos se asentó en Tarquinia. En el año 493 a. de C. dos artistas griegos, de nombre Gorgasos y Damófilo, decoraron el templo de Ceres en Roma. En la Península Ibérica las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén), datadas en la segunda mitad del siglo V a. de C., son obra muy probablemente de escultores focenses, que trabajaban para los reyezuelos indígenas. Algunas cabezas acusan una influencia clara del arte de Egina. En Ilice, (Alicante), en la costa ibérica, trabajó igualmente un taller de escultura, lo que hizo también en otros lugares de la región mediterránea, bajo la influencia del arte focense.

b) *Sicilia.* Los griegos micénicos habían llenado Sicilia y el sur de Italia con sus productos. En todas las colonias griegas se ha señalado una ocupación precolonial en función de las explotaciones agrícolas o del comercio.

La isla estuvo dividida, al igual que Chipre, en dos zonas de influencia, griega y semita. A comienzos del siglo VII a. de C. los fenicios se retiraron al Occidente de la isla, y se afincaron en Solunte, en Palermo y en Motia. Los contactos entre las dos poblaciones en principio fueron pacíficas, incluso en ciudades de constitución fenicia vivían muchos griegos dedicados al comercio y al artesanado y viceversa.

Sicilia y la Magna Grecia fueron la verdadera tierra de promisión para las masas griegas hambrientas de tierras.

Hacia el año 757 a. de C., al decir de la tradición, habitantes de Calcis, en Eubea, faltos de tierra, se asentaron en el cabo Skhiso conducidos por Theócles, pero será Naxos la primera fundación propiamente dicha, asentada en una fértil llanura, pues eran tierras lo que buscaban los colonos, y las de Sicilia eran de primera calidad.

Las fundaciones se sucedieron una detrás de otra: Zancle, que se fundó hacia el 750 a. de C. con colonos de Calcis y piratas de Cumas, en el estrecho de Mesina, vivirá cómodamente de cobrar el peaje a los numerosos barcos, que comercian con Etruria y con la Magna Grecia. Siguen Megara Hiblea, colonia de Megara en el golfo de Augusto en 750 a. de C., y en 734 a. de C. Siracusa, colonia de Corinto en un excelente puerto, junto a unas canteras. La última fue una fundación de uno de los miembros de los Báquiadas, la familia

reinante en Corinto, de nombre Arquias. En la colonización de Sicilia intervienen jonios y dorios. Senunte fue fundada a su vez por Megara Hiblea entre 640-630 a. de C., Camarina en 598 a. de C., colonia de Siracusa, y en 580 a. de C. los habitantes de Gela, en compañía de los rodios, fundaron Agrigento.

Las colonias, salvo Corcira, eran independientes política y económicamente de sus metrópolis. Pero importaban de las ciudades fundadoras las cerámicas, los perfumes, en el caso de Corinto, bronce, telas, etc.

El caso de Agrigento es particular, pues comerciaba con Cartago en aceite y vino, y vendía a las restantes colonias los productos cartagineses. Zancle y Rhegion, las dos en el estrecho de Mesina, vivían del peaje.

La fundación de un establecimiento colonial por otro se explica por exceso de población, debido a una elevación del nivel de vida, o por la llegada de nuevos emigrantes. Este fenómeno de la fundación de una colonia por otra fue en Sicilia frecuente. Además de los casos recordados, cabe citar a Heracleia Minoa, fundación de Selinonte.

La prosperidad de las colonias queda bien reflejada en sus murallas, en el caso de Agrigento y de Siracusa, y en sus templos. Hacia el 565 a. de C. Siracusa levantó un templo períptero en honor de Apolo. En 555 a. de C. se construye en la misma ciudad un templo dorio en honor de Zeus. Gela consagró templos a sus diosas protectoras Hera y Atenea. Entre los años 550-500 a. de C. Selinunte dedicó cuatro templos, que también están documentados, en Megara Hiblea. A finales del siglo VI a. de C. Agrigento recubrió la colina del sur de la ciudad de templos, esto indica un buen momento económico de las colonias griegas sicilianas. Se ha calculado que algunas de estas colonias llegaron a tener hasta 50.000 habitantes, con barrios indígenas. A Siracusa y a Agrigento a finales del siglo V a. de C. se les ha calculado una población de 200.000 habitantes.



Detalle de un relieve de principios del siglo V a. de C.

La explotación del suelo y el desarrollo del comercio se vieron favorecidos por el hecho de que en general los nativos recibían bien a los emigrantes. Se establecieron intercambios comerciales en poblados indígenas asentados en las cercanías de las colonias griegas, en Megara Hiblea, en Catania, y en Leontinoi. Los productos del comercio griego, como la cerámica, invadieron las tierras del interior.

La política seguida por algunas colonias, como Siracusa y Gela, consistió en controlar militarmente los puntos estratégicos, que defendían las tierras de cultivo y las ciudades. Esta política llevó al sometimiento de la población indígena, que quedó reducida a la clase de siervos y fue obligada a pagar tributos. El caso mejor conocido es el de los llamados *gamoroi* de Siracusa, equiparados frecuentemente a los *penestes* de Tesalia, a los *afamiotai* de Creta, y a los *mañandienes* de Herakleia. Se les llamaba en Sicilia kilirienes, y como los mesenios con relación de los espartanos, cultivaban las tierras de sus amos. Estos territorios indígenas fueron incorporados a los de las colonias.

Estos indígenas esclavizados fueron siempre un elemento peligroso para las colonias, lo que explicaría la presencia de lugares fortificados en manos de soldados griegos, y la presencia de numerosas armas en las tumbas. El comercio griego acabó helenizando profundamente a la población indígena del interior, e incluso a los mismos púnicos, que llamaban a artesanos griegos, a escultores y a arquitectos, principalmente, a sus ciudades de Sicilia.

En las colonias sicilianas griegas no se repartieron al comienzo del asentamiento todas las tierras. Grandes extensiones pasaron al dominio público y otras se dejaron en espera de la llegada de nuevos emigrantes. La posibilidad de nuevas reparticiones de tierras de Agrigento hizo que los rodios enviaran un siglo después de la fundación de Gela, nuevos contingentes de colonos.

Los colonos fundadores, el *oikista*, y los sacerdotes, recibieron al comienzo de la fundación de las colonias, los lotes de tierras mejores y más extensos, que no eran inalienables. Sus descendientes se convirtieron en una aristocracia de terratenientes. La mayoría de los griegos asentados en las colonias vivían del comercio, de la artesanía y de la pesca, profesiones que dieron a las ciudades un alto nivel económico, como se desprende de la acuñación de moneda. La agricultura y la ganadería en estas ciudades eran las principales fuentes de riqueza. Leontinoi fue famosa por su trigo, Etna por sus vides y las

colonias calcidias por la lana, lo que presupone buenos rebaños de ovejas. La plata procedía muy probablemente del sur de la Península Ibérica.

En 550 a. de C. Naxos acuñó dracmas de plata, con el rostro de Dionysos, lo que seguramente es un indicio de que la vid desempeñaba un papel importante en su economía. Agrigento, Gela, Siracusa y Selinonte copiaron la moneda de Eubea, mientras Himera y Zancle seguían los modelos de Corinto. La acuñación de la moneda no sólo era símbolo de riqueza de las ciudades, que las acuñaban, sino que favorecía el comercio, y convirtió la economía de intercambio en economía monetal.

En la segunda mitad del siglo VII a. de C. la aparición de la legislación con Zaleukos de Locres y Karondas de Catania indica una crisis social, que responde a una crisis económica. Esto mismo se deduce de la llegada de la tiranía como forma política de gobierno. La mayoría de los tiranos sicilianos no son más que un nombre. Panaitios fue tirano de Leontinoi a finales del siglo VII a. de C. y entre los años 570 y 550 a. de C. Fálaris en Agrigento. Entre 505 y 491 a. de C. Cleandros e Hipócrates en Gela, y Pithágoras y Eurycleon en Selinonte, por los mismos años. Probablemente la tiranía obedecía a la concentración de la riqueza agrícola en pocas manos y a la mala administración de la clase dominante, en opinión de Luciano de Samosata en su *Phalaris* I 3. La superpoblación de estas colonias ocasionó la falta de tierras. Hubo una marginación en la vida real de los mercaderes y de los artesanos. Los tiranos favorecieron a esta última clase, en detrimento de los indígenas, que fueron reducidos a esclavitud. Luciano afirma del tirano Fálaris que «restauró los acueductos, construyó hermosos edificios, fortificó la ciudad con murallas, aumentó los ingresos públicos, confiando la administración a buenos gerentes, cuidó de la juventud y de la vejez y divirtió al pueblo por los espectáculos, por las distribuciones, por las fiestas y por los banquetes populares».


Cabeza de guerrero del Templo de Aphaia en Egina. Hacia 480 a. de C.

La política seguida por Fálaris es la misma de la de los restantes tiranos: favorecer la construcción de edificios públicos, con lo que ocupaba a gran número de obreros, lo que era una buena propaganda para su gobierno; les daba trabajo y, por tanto, no tenía ociosa a parte de la población, y entretenía al mismo tiempo al pueblo con festejos y banquetes.

Una salida, que se dio a la crisis económica fue el colectivismo, según afirma DIODORO SÍCULO (V 9, 1-5), escritor contemporáneo de Augusto. El historiador siciliano cuenta que los habitantes de Cnido y de Rodas, que toleraban mal la opresión de los ricos de Asia, decidieron enviar una colonia a las órdenes de Pentathreos, de Cnido, a los alrededores de Lilibeo, en Sicilia. Se encontraron a las ciudades de Segesta y de Selinonte a punto de hacerse la guerra. Se encaminaron a Lipari, donde fueron acogidos bien y pensaron vivir en común con los indígenas, descendientes de Eglo. Hostigados por los piratas etruscos se dividieron en dos grupos: uno cultivó la isla junto con los nativos, el otro hacía la guerra a los piratas. Todos los bienes eran comunales y comían en común. Después se repartieron la isla por un periodo de veinte años.

c) *Magna Grecia.* Los calcidios y los eretrios de Eubea fueron los primeros griegos en establecerse en estas tierras: en Pitekusas entre los años 775-770 a. de C. llegaron los calcidios y cumanos de Eubea a Cumas; en 730 a. de C. a Rhegion los calcidios y los aqueos de Aigai, de Bura y de Helike. En una segunda etapa de la colonización arribaron gentes del Peloponeso: los aqueos a Crotona, en 709 a. de C., y los Laconios a Tarento en 706 a. de C.; hacia 700 a. de C. los aqueos a Metaponto. En la tercera etapa colonos ya establecidos fundaron otras colonias. Hacia 650 a. de C. los aqueos de Crotona a Caulonia y hacia 640 a. de C. a Posidonia los aqueos y los sibaritas, y los trezenios. Corfú ya en 733 a. de C. era un punto de escala hacia Italia de los colonos corintios, obligados por la presión de los grandes propietarios a abandonar la ciudad. En Corfú se cultivaba fácilmente el olivo y los árboles frutales, así como en Metaponto el trigo y la vid, que fue catastrado ya en la edad arcaica con un total de 21.200 ha. cultivables. La unidad de cultivo parece ser de 6 ha. Se trazaron con este motivo caminos, canales de drenaje y casas de labor. Los campos de Siracusa estaban parcelados del mismo modo, a juzgar por una indicación de TUCÍDIDES (VII, 81, 4). Las explotaciones más pequeñas se encontraban alejadas y las centrales eran las mayores. Parte del suelo era de propiedad pública.

La base de la riqueza era la agricultura, aunque algunas ciudades como Tarento eran famosas por sus fundiciones de bronce, tan celebradas como las de Corinto y Locres como lo demuestran el citado vaso broncíneo de Vix y la hidria de Grachwyl, fabricada hacia el año 600 a. de C.. Su colonia Heracleia se encontraba asentada en una fértil llanura triguera.

Los metales los adquirían fuera de su territorio, de Caladria o quizás de la Península Ibérica.

La pesca del atún desempeñaba un papel importante en la economía de Corcira y de Tarento, al igual que en la de Rhegion y Zancle, aunque en estas ciudades las tasas del peaje constituían la fuente principal de ingresos, probablemente.

El nivel de vida altísimo, logrado por estas colonias, queda bien patente en el caso de Síbaris, famosa por el lujo escandaloso de la vida de sus habitantes. Síbaris explotaba a la población indígena.

Estas colonias acuñaron moneda también, como símbolo de poder económico y para favorecer el comercio.

La colonización solucionó la falta de tierras en las metrópolis en el periodo arcaico. Desarrolló enormemente el artesanado de todo tipo, y el comercio de productos de todo género, lo que contribuyó a helenizar a las poblaciones indígenas con las que entraban en contacto los colonos, los etruscos, los galos, los íberos, etc. Dio la sensación de unidad a toda la cuenca del Mediterráneo. Favoreció las vías de comunicación. La aparición de la tiranía indicó que en las ciudades importantes hubo grandes problemas económicos.

II. LA DINAMICA ECONOMICA RESULTANTE DE LA COLONIZACION EN GRECIA CONTINENTAL

La mayoría de las ciudades griegas durante los siglos VII y VI a. de C. tuvieron grandes problemas económicos y sociales, que intentaron solucionar con la colonización y con el cambio de forma política de gobierno, la tiranía, según se indicó. La causa de esta crisis, fue, según se ha indicado ya, la concentración de la riqueza agrícola en las manos de la aristocracia, que detentaba así el poder económico, político, religioso y militar.

Algunas ciudades, como Esparta, se vieron libres de esta catastrófica situación económica.

En el caso de Esparta ello se debía al hecho de vivir de la explotación de los mesenios. En el caso de Egina, por la pequeña extensión de su territorio, que no permitió la concentración de la riqueza agrícola en pocas manos. Calcis, al enviar a gran número de sus habitantes a las colonias, careció de problemas económicos. Incluso importantes ciudades como Corinto, Megara y Mileto, que participaron activamente en la colonización, tuvieron esta crisis económica y la intentaron además solucionar con la tiranía.

La transformación política viene motivada por la aparición de una clase artesanal y mercantil, como resultado de la colonización, cuyos intereses eran marginados por la aristocracia, con intereses en la tierra. La economía artesanal y la comercial promueven como salida a la nueva situación creada, el cambio de la forma política de gobierno en tiranía. La tiranía fue un fenómeno muy extendido en todo el mundo griego arcaico, que indica gran descontrol económico y social en las ciudades. La gran expansión comercial de las ciudades, como Corinto, bajo la tiranía de los Cipselidas, Mileto bajo la de Trasíbulo, Samos bajo la de Polícrates, y Atenas bajo la de los Pisistrátidas, motivó que la clase artesanal y mercantil cada vez pesase más en la economía de la ciudad.

El tirano depende de los intereses de esta nueva clase, que emerge potente, de comerciantes y artesanos, al mismo tiempo que de los pequeños campesinos libres arruinados por deudas, y que caían en la esclavitud. El tirano se apoyó también en los hoplitas, en la clase de ciudadanos que se pueden pagar su armadura. La aparición de la tiranía, coincide con la generalización de la moneda, no tanto en función del comercio, como del pago a esta clase, que cada vez toma más importancia. Al apoyarse el poder político del tirano en el

campesinado libre arruinado y en los artesanos y comerciantes, el tirano favorece los intereses económicos de todos ellos, lo que llevó a una nivelación económica y social. Los tiranos, aunque casi todos procedían de la aristocracia terrateniente, desterraron a gran número de aristócratas, lo que les permite hacer reparticiones de tierras entre sus partidarios. Este programa se llevó a efecto de una manera silenciosa y no originó una revolución económica y social. La distribución de tierras provocó la recuperación de la agricultura, al generalizarse algunos cultivos como el aceite en la Atenas de los Pisistrátidas. Esta elevación del rendimiento agrícola, y la parcelación de los dominios en manos antes de la aristocracia, originó que el campesinado no quisiese convertirse en un proletariado urbano y planteara problemas económicos al poder. Punto fundamental de la política de los tiranos fue el mantener al campesinado asentado en los campos, para lo cual Pisístrato administraba justicia recorriendo la campiña, y Periandro hizo recorrer las tierras a los tribunales.



Partenón. Fue construido en la época de los pisistrátidas y destruido por los persas en el 480 a. de C. Entre el 448-432 fue edificado nuevamente bajo la dirección de Fidias.

Todas las tiranías se caracterizan por su programa de obras públicas, con lo que la tiranía lograba una gran fachada exterior. Los Pisistrátidas construyeron bajo su gobierno el antiguo Partenón, destruido por los persas en 480 a. de C.; el Olimpeión, terminado por Adriano; y la fuente de los nueve caños; y el Hecatómpedon. Polícrates fortificó la ciudad e hizo una traida de aguas, y los Cipsélidas levantaron el templo de Apolo, y construyeron la fuente Pirene. El proyecto de perforar el istmo de Corinto, para evitar la circumnavegación del Peloponeso, fue sólo un proyecto.

Estas construcciones de todo tipo desarrollaban mucho el artesanado y los medios de transporte, que necesitaban gran número de bueyes. Se ha calculado que por lo menos una tercera parte de los colonos vivían de la construcción de estos edificios. El trabajo ya estaba especializado en estos siglos. Se desarrolló mucho el trabajo de la piedra para imágenes de culto, como en

Selinunte, y metopas, las de Selinunte se datan entre los años 530-520 a. de C. y estaban pintadas; y el de los ceramistas para los tejados. Para ello se empleaban grandes masas de ciudadanos, que vivían en la ciudad. Generalmente se interpretó una política, como un sistema de dar trabajo a gran cantidad de gente desocupada. Las fuentes antiguas creían que ello se hacía para entretener a la población y pagarles sueldos muy bajos. Es probable que no fuera una única causa la que motivara esta política de obras públicas. Un gran desarrollo del comercio y del artesanado requería el embellecimiento de la ciudad. Con estas obras el proletariado urbano no estaba desocupado.

La tiranía como forma política de gobierno no sobrepasó la segunda o tercera generación. Sucumbió al desaparecer las causas económicas que la motivaron.

1. En Jonia

Se carece de datos concretos. Muchos tiranos, al igual que en Sicilia, no son más que un nombre, como Anficles y Politecnos de Quíos o Píndaro, de Efeso, pero hay que suponer que todas las ciudades que tuviesen tiranos, en principio tenían los mismos problemas económicos.

Se está relativamente bien informado de la tiranía de Mileto, con Trasíbulo, al que siguieron Toas y Damasenor, a comienzos del siglo VI a. de C..

Mileto, al igual que Atenas, pasó de la monarquía (los Nélidas), como forma política de gobierno, a una aristocracia. La tiranía de Mileto, como la de los Cipselidas de Corinto y la de los Pisistrátidas de Atenas, coincide con el auge mercantil, industrial y colonizador de Mileto, que comerciaba con el Ponto Euxino y con Náucratis. Mileto era famosa por sus lanas, que exportaba en grandes cantidades a Etruria, y por el comercio de cereales. Producía también grandes cantidades de aceite y vino, que exportaba al mar Negro. Importaba ámbar, pieles y esclavos. También su flota pesquera era famosa. Mileto comerciaba tanto con el mundo griego, como con el bárbaro, productos propios, otros procedentes del mundo bárbaro y griego. HERÓDOTO (V 29) recoge la noticia de luchas que duran dos generaciones después de la caída de la tiranía, de dos grupos con intereses encontrados. Un grupo estaba compuesto por los ricos comerciantes, que además debían ser terratenientes, lo que es una particularidad de Mileto, que no se documenta en otras ciudades. El segundo estaba compuesto por gentes con pequeñas propiedades. La lucha sería, por lo tanto, entre la grande y la pequeña propiedad, como en otras varias partes. Los intereses de los artesanos eran idénticos a los de los pequeños campesinos.

No se tienen datos concretos sobre las luchas económicas de Mitilene, a partir de finales del siglo VIII a. de C., que ocasionaron las tiranías de Melanero, de Marsilo y de Pitaco. Tan sólo se sabe que las luchas eran constantes y enconadas, y los intereses económicos encontrados, y que estaban en función de la distribución de la tierra, lo que indica la concentración de la riqueza agrícola en pocas manos como en todas partes, y la existencia de una clase agrícola empobrecida.

Pitaco, en el siglo VI a. de C., pacificó la ciudad, lo que parece indicar que repartió las tierras. Como Solón, legisló sobre el lujo, lo que demuestra que el nivel económico de un grupo social era altísimo y escandaloso.

Polícrates de Samos, en la segunda mitad del siglo VI a. de C., se apoderó de la tiranía, cuando ya la isla pensaba en la colonización y sus naves habían llegado hasta la Península Ibérica. Samos tenía el mismo problema general de la concentración de riqueza agraria en manos de la aristocracia. Polícrates intentó solucionar este punto, aunque después reprimió un movimiento proletario, lo que es un indicio de que la capa baja de la población de la isla no quedó contenta con sus reformas.

Polícrates supo convertirse en el Egeo en una figura de primer orden. Razones mercantiles son las que explican su pacto con Amasis, de Egipto, en detrimento de Mileto, pues ambas, Samos y Mileto, comerciaban en Náucratis; y sus conquistas en tierra firme, contra Mileto.

Su política contra Corinto igualmente obedece a causas económicas; probablemente Samos durante la tiranía de Polícrates alcanzó un gran momento económico, patente en el lujo oriental (Herod. III, 125, 1) y

escandaloso para los griegos de su corte, y en la flota naval de 100 pentecónteras (Herod. III, 39, 3-4). Samos contó con buenos broncistas, Roicos y Teodoro de Samos inventaron la fundición en bronce.

Polícrates contó con enemigos internos, como los pescadores, que querían una mayor reforma; y a los que envió a Egipto a auxiliar a Cambises (Herod. II 42, 2), después se volvieron a Samos y se mantuvieron independientes por algún tiempo.

2. En el Peloponeso e Istmo de Corinto

En la península del Peloponeso y en el istmo, las tres ciudades que tuvieron serios problemas económicos que motivaron la llegada de la tiranía fueron Argos, Corinto y Sicione, y Megara al norte del istmo.

Esparta siguió gobernada por una monarquía. Los territorios explotados por ella, como Mesenia, o controlados por ella como Arcadia, Acaya o Elida, no fueron gobernados por tiranos.

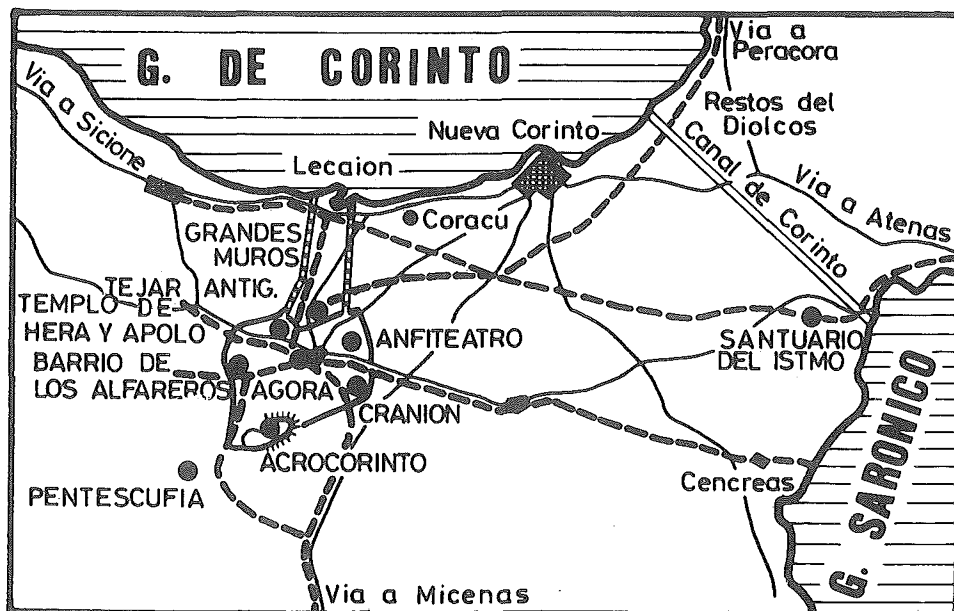
La monarquía era la forma de gobierno de Argos. En el siglo VII a. de C. era rey Fidón, al que se le suele considerar un tirano. Su gobierno se apoyaba en la clase media de los hoplitas, y con ellos intentó controlar los estados del Peloponeso en oposición a la liga espartana. Para ello se vió obligado a liquidar a la aristocracia vinculada con los intereses agrícolas y a incrementar el comercio con Oriente, para favorecer a sus partidarios.

Fidón introdujo en la Grecia Continental el uso de la moneda, que llegaría a ser un instrumento de comercio de primer orden.

Las tres tiranías del istmo presentan características comunes. Los tiranos se apoyan en la clase comerciante y artesanal. Dos de ellas, Megara y Corinto, participan activamente en la fundación de colonias y exportan productos en gran escala, al igual que Sicione. Corinto antes de la tiranía de los Cipsélidas estaba gobernada por la familia de los Baquidas, que liquidó la monarquía.

El tirano Cípselo y su hijo Periandro arremetieron contra la clase dominante, como lo indica el hecho de que frenaron el lujo de los ricos. Se apoyaba Cípselo en la clase media de la sociedad corintia, de donde salían los hoplitas, que ayudaron a la subida al poder de su polemarco. Cuando llegó al poder Cípselo, ya Corinto estaba embarcada en la empresa de la colonización, con la fundación de Siracusa. Corinto durante el mandato de los tiranos alcanzó una fabulosa riqueza y poder que ya había comenzado con los Baquiadas, cuyos bienes confiscó en beneficio del Estado.

La colonización obligó a Corinto, que estaba muy bien situada en medio de la Grecia continental y entre el Este y el Oeste, a un desarrollo gigantesco del comercio y de la navegación. Exportaba perfumes en grandes cantidades.



Corinto antiguo y moderno.

Hasta la llegada al poder de los Pisistrátidas, Corinto fue la primera potencia mercantil de Grecia. Corinto se encontraba a la vanguardia de la industria naval y fabricó las primeras trirremes.

Corcira, que era un punto de apoyo en la ruta a Siracusa, y que controlaba en gran parte todo el comercio griego con el Mediterráneo central, intentó independizarse de la metrópoli, pero los intereses de la clase mercantil, y marinera no lo toleraron. Cayó dentro de la órbita de Corinto, también, Epidauro y se fundó una serie de establecimientos coloniales de primer orden, como Ambracia, Apolonia, Anactorion y Léucade, en la costa adriática, próximas a minas de plata, fundamentalmente para las acuñaciones monetales. En un pinax corintio del 550 a. de C. se representó el trabajo de una mina. Intervienen cuatro personas. Una pica el mineral. A sus pies un joven recoge los trozos en un cesto de mimbre. Un tercero da un caldero a un cuarto, que se encuentra al borde de la pared. En un segundo fragmento, de otro pinax de la misma fecha, se pintó un minero picando.

Estas colonias tenían buenos bosques, tan necesarios para la construcción naval. Otras colonias corintias fueron Potidea, en la península calcidia, famosa por las minas, los bosques y la agricultura, y Cípsela en el Quersoneso tracio, importante por la agricultura. Todas estas colonias, al revés de las restantes, dependían políticamente de la metrópoli.

Cípselo no se contentó con esta política expansionista. Entabló relaciones comerciales con Egipto y Lidia.

El tercer cipsélida, de nombre Psamético, fue derrocado hacia el 590 a. de C. por una revuelta popular, cuyas causas se desconocen, pero que, como en el caso de los Pisistrátidas, quizás obedezca a manejos de los aristócratas desterrados, ya que la tiranía ya no defendía los intereses de la clase que la había apoyado.

Megara había participado activamente en la colonización del Bósforo y del mar Negro. Igualmente que en Corinto, una nueva clase comercial intentaba liquidar a la aristocracia, que monopolizaba el comercio. El tirano se llamó Teognis y gobernó a finales del siglo VII a. de C. Luchas intestinas mercantiles de Megara eran opuestos a los de Corinto y a los de Atenas.

Sicione estaba situada en la ruta comercial de Corinto y de aquí derivaba su importancia. La clase media de los hoplitas, liquidó los privilegios aristocráticos de los terratenientes. El polemarco Ortagóridas alcanzó la tiranía. Se apoyaba en el elemento no dorio, que había estado explotado por la aristocracia doria.

Sicione se hizo famosa por las fundiciones de bronce, y se expansionó por la costa adriática, rica en plata. La ciudad gravitaba en la órbita de Corinto.



Cabeza de esfinge del templo de Aphaia (Egina). Hacia 480 a. de C.

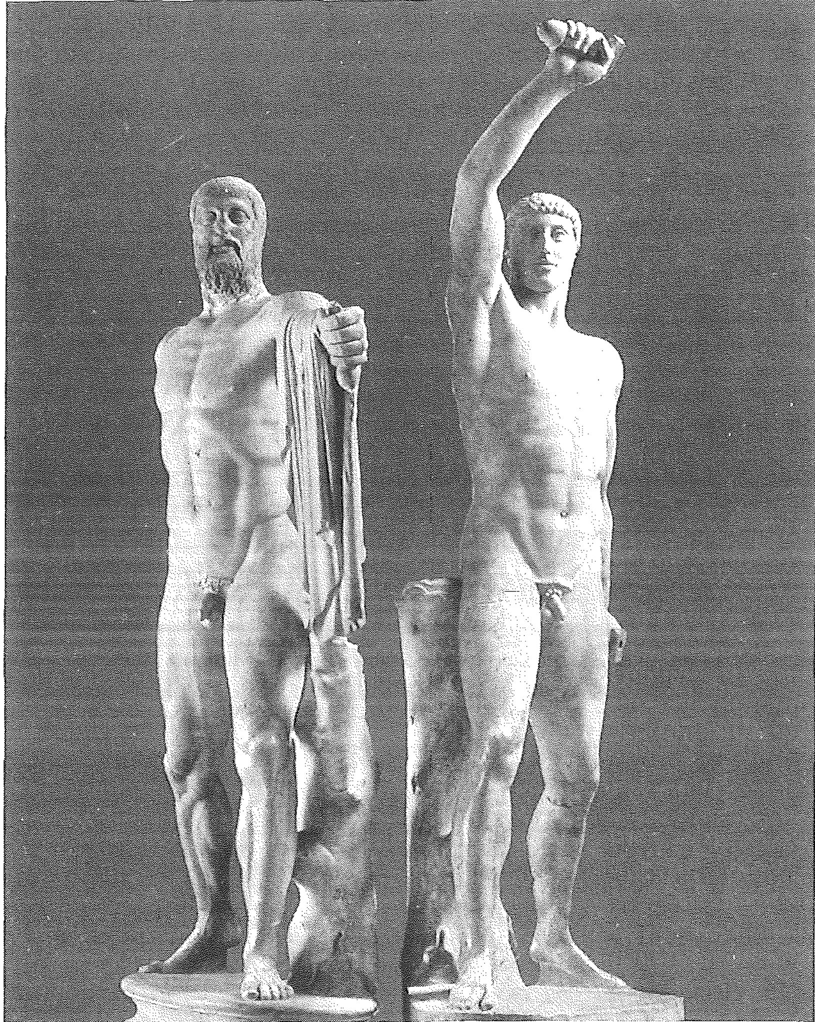
3. En Atenas

La aristocracia de Atenas, dividida en siete familias, llamadas los Eupátridas, conoció una etapa de gran esplendor durante los siglos IX-VIII a. de C. como lo demuestra el lujo de los funerales pintados en la cerámica del Dipilón. Atenas ya a finales del siglo IX a. de C. había tenido algún conocimiento de lo que eran los productos orientales, como lo indica la pátera fenicia hallada en el Cerámico y las figurillas de marfil de finales del VIII a. de C. La base económica de la aristocracia era la agricultura. En la segunda mitad del siglo VII a. de C. ya exportaba aceite. La situación económica hacia el 594 a. de C. era ya insostenible para amplias masas de la población. Esta situación calamitosa la intentó sanar Solón. A la subida al arcontado, la sociedad ática estaba dividida en un grupo formado por aristócratas terratenientes y una masa de campesinos arruinados por deudas, que para pagarlas tenían que vender sus propiedades, su familia o a ellos mismos.

Solón propuso una redistribución de las tierras. Impidió la venta de las personas por deudas. Rescató a los vendidos, con dinero del Estado, fuera del Atica, y abolió todas las deudas. Para evitar la concentración de la propiedad agrícola limitó la extensión de la tierra, que cada ciudadano podía poseer y definió de una manera mejor el derecho sucesorio, todo lo cual favoreció a la pequeña propiedad. Prohibió también la exportación de granos. Dividió la población en cuatro clases según los ingresos y en función de ello distribuyó

los cargos públicos. Los mercaderes y artesanos entraban en la clase más baja. Solón legisló también contra el lujo.

Retirado Solón del gobierno, la sociedad ática se dividió en tres grupos: los propietarios de la llanura central, que eran los aristócratas terratenientes; los habitantes de la costa, que eran artesanos, marinos, mercaderes y pequeños propietarios; y los habitantes del interior, campesinos y braceros en los que se apoyó Pisístrato, atrayendo también a su partido a los comerciantes y marineros, para apoderarse del poder, pero al no lograr la unión de los dos grupos de sus partidarios, fue desterrado en 556/555 a. de C. (Herod. I 60, 1). En el año 546/5 a. de C. volvió a Atenas, presentándose como pacificador. Gobernó hasta el 528/7 a. de C. Durante estos años Atenas gozó de una gran prosperidad económica, que la convirtió en una gran ciudad. Según HERÓDOTO (I, 64) su poder estaba en gran parte apoyado en sus recursos financieros obtenidos de la explotación de plata del río Estrimón, en Tracia, y en las del Atica. Con esta última frase alude el historiador a la explotación de las



Aristogitón y Harmodio. Tiranicidas que en el 514 a. de C., mataron a Hiparco, hermano de Hipias.

minas, también de plata, de Laurión, descubiertas en la Edad del Bronce, pero puestas en rendimiento ahora. Pisístrato incrementó el comercio con el exterior. Los vasos de figuras negras invadieron los mercados de Etruria, Chipre, Jonia, y llegaron hasta Ampurias, con lo que se favoreció a la clase de los artesanos y de los comerciantes, que le habían apoyado. Hacia el 550 a. de C. se estancó la producción de los talleres de cerámica en Corinto, siendo sustituidos sus productos en el mercado exterior por los áticos.

Impuso un impuesto del 5 por 100 sobre la producción de las tierras, impuesto que fue antipopular, aunque no gravoso, para llevar a término su programa de obras públicas, que en gran parte costeó con los ingresos de las

explotaciones mineras, que eran patrimonio personal suyo y que le convertían en el hombre más rico del Atica.

Pisístrato fundó una colonia, Raicelos, en el golfo Termaico. Creó una flota importante, necesaria para la exportación. Se desarrollaron los talleres, no sólo de ceramistas, sino de broncistas y de escultores. Incrementó el cultivo de la vid y del olivo, con vistas a la exportación. La pintura vascular del siglo VI a. de C. ha tomado a diferentes oficios relacionados con la agricultura como tema de sus composiciones. En un pelike ático de figuras negras, el artista representó la venta del aceite conservado en dos ánforas. El transporte de aceite es el tema de un ánfora en la que dos personas llevan un vaso igual a éste en una pértiga. Una prensa de aceite está pintada en un skyphos ático de figuras negras. En otro ánfora de finales del siglo VI a. de C., del pintor Antimenes, se capta el momento en que cuatro personas recogen el fruto de un olivo. Dos personas varean el árbol, una tercera recoge el fruto, y la cuarta está subida al olivo.

En cambio importó cereales del valle del Po y del Ponto Euxino, cuya ruta controló enviando al aristócrata Milcíades, a mediados del siglo VI a. de C. al Queroneso tracio, rico en minas y cereales, lo que indica que Atenas no cosechaba los cereales suficientes para alimentar a su población.

La política emprendida por los Pisistrátidas de primar la producción de aceite sobre la de los cereales, probablemente debida a que el aceite era más exportable, hizo que Atenas siempre fuera deficitaria de grano. Esta política también obedecía a la pobreza del Atica. Corinto también importaba grano de Sicilia.

La política económica de Pisístrato, seguida por sus hijos, Hipias e Hiparco, hasta el 510 a. de C., transformó socialmente a Atenas y maduraron a la ciudad para la democracia.

4. En los templos

Los grandes santuarios panhelénicos, como Delfos, Delos, Olimpia, Dodona, el Artemisión de Efeso, etc., se convirtieron en la edad arcaica en centros económicos de primer orden, al almacenar las fabulosas riquezas que entregaban los devotos.

Estos templos se levantaron antes de generalizarse la urbanización en piedra, sistema constructivo que se había abandonado desde los finales del mundo micénico. Algunos templos, como el de Apolo, en Basae, en Arcadia, y el Heraion de Argos, se alzaron en el campo.

En fechas muy posteriores, se conservan datos de cómo en el año 432 a. de C. los grandes santuarios de Olimpia y de Delfos, y los templos, prestaron dinero (Tuc., I, 121, 3). Delfos le prestó a Filipo II de Macedonia 10.000 talentos, cifra fabulosa.

Al mismo tiempo favorecieron el artesanado más variado como en el Artemisión de Efeso, el trabajo de marfil a finales del siglo VII a. de C.; en el Heraion de Samos el de la madera, en la misma época; y en Olimpia, además, la fundición del bronce, con armas, calderos, etc., la confección de piezas finísimas, como el arcón de Cípselo (Paus., V, 17, 597), fabricado de cedro con figuras de marfil, de oro y de cedro.

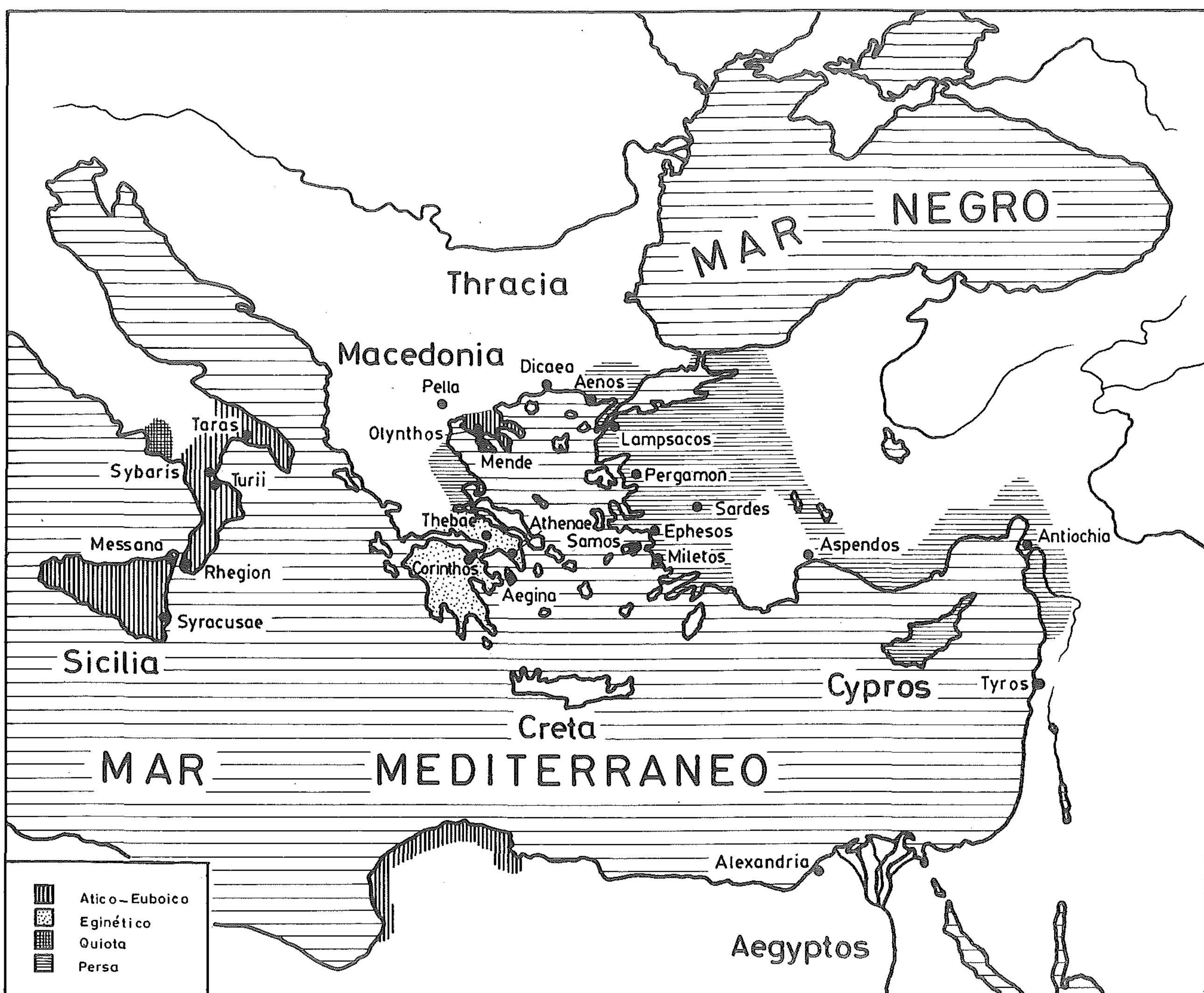
En la gruta Ilaca de Zeus, en Creta, se ofrecieron unos escudos votivos con figuras repujadas, muy próximas el arte fenicio, en compañía de vasos y estatuillas fenicias, siglo IX-VII a. de C. .

El trabajo de los escultores está en función de los exvotos de los templos, al igual que en gran parte el de los broncistas y el de los carpinteros.

5. La aparición de la moneda

En opinión de HERÓDOTO (1, 94) los lidios fueron los primeros que acuñaron monedas, que fueron de oro y plata.

Los hallazgos del Artemisión de Efeso, hallados hacia el 600 a. de C., dan una idea de los pasos en la acuñación: metales sin estampar, de igual tamaño;



La moneda griega y su expansión.

piezas estampilladas de un lado, estampilladas y raspadas en el reverso; y monedas estampilladas en ambos lados y marcadas. Esta mezcla de tipos se dio entre los años 625 al 600 a. de C. Egina hacia el 595 a. de C. fue el primer estado con sistema monetal. Le sigue Atenas, hacia 575 a. de C. y Corinto hacia 570 a. de C. Durante el siglo VI a. de C. muchos Estados griegos acuñaron moneda. La moneda se empleó en origen más bien como unidad contable, para el pago, que como medio de intercambio. Su generalización favoreció el intercambio de mercancías y de servicios. Se ha defendido también que el uso de la moneda está relacionado con un comercio ya muy desarrollado, pero ello debió ser después del siglo V a. de C. No es posible establecer una distinción clara entre la economía de intercambio y la monetal. Existían diferentes unidades de valor, expresadas en ganado, bueyes, etc., en trípodes o en puntas de hierro. La aparición de la moneda no barrió de golpe en Grecia la economía natural.

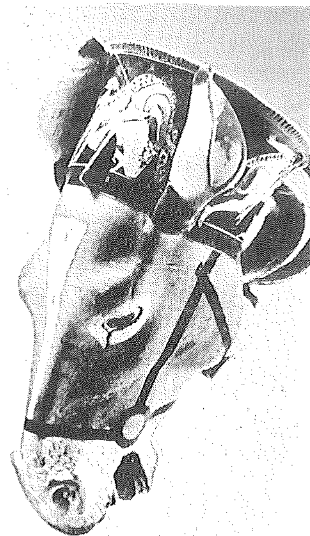
6. La esclavitud

La sociedad griega siempre fue esclavista, pero, al parecer, los esclavos no desempeñaron un papel importante hasta el siglo VI a. de C. TEOPOMPO (*FHG* 115, fr. 122) en el siglo IV afirma que las primeras economías esclavistas de Grecia fueron agrarias: «Los habitantes de Quíos fueron los primeros griegos, después de los tesalios y de los espartanos, que usaban esclavos; adquiridos de diferente manera. Los espartanos y los tesalios con seguridad constituyeron

una clase de esclavos con los griegos, que antes habitaban esas tierras, que ellos poseían ahora; los espartanos cogieron las tierras a los aqueos, y los tesalios a los perraibeos, y a los magnesios. En el primer caso llamaron a los esclavos hilotas, y en el segundo, perrestes. Los habitantes de Quíos compraban los esclavos bárbaros.»

Con el tiempo, el esclavo se convirtió en bien mueble. Con un valor fijo, en una inversión, según su posibilidad de producir. Quíos fue el primer Estado griego que compró esclavos. Se ha supuesto que el comercio de esclavos estaba en función del mercado oriental, y a él se dedicaban los fenicios. Los eunucos se vendían bien en Sardes o Efeso (Herod. I, 105). Los esclavos griegos procedían del mundo bárbaro, Tracia, Caria, Escitia, y se cree también que de la Península Ibérica. Las grandes metrópolis mercantiles, como Corinto y Mileto, debieron contar con gran número de esclavos, pero la carencia de datos es total. Aristóteles propone para Egina la cifra de 470.000 esclavos, y otros autores 460.000 para Corinto, cifras que, al parecer, son desorbitadas. Recientemente se supone que el número de esclavos no era superior al de los libres. Por los datos de la historia de Solón se sabe que la venta de ciudadanos griegos estaba instituida, aunque era mal vista.

En Argos, según HERÓDOTO (VI, 83), a comienzos del siglo V a. de C. los esclavos prácticamente se habían apoderado de la ciudad, desprovista de hombres: «los esclavos dirigían la vida ciudadana, llenaban los edificios públicos y todo lo administraban. La situación continuó hasta que los hijos de todos aquellos que habían sido matados por orden de Cleómenes crecieron. Estos arrojaron a los esclavos y controlaron nuevamente la ciudad, pero los esclavos arrojados declararon la guerra y asediaron y se apoderaron de Ritinto... La guerra se prolongó muchos años, hasta que los de Argos lograron vencerlos».



Rhytón en forma de cabeza de asno. Hacia 480 a. de C.

7. El desarrollo de la minería

La riqueza de algunos lugares, como la del territorio de los sifnios, en 525 a. de C. era enorme. Según HERODOTO (III, 57, 2), debido a los ingresos que obtenían de las minas «los sifnios... se hallaban entonces en el ápice de su poder, pues todas las restantes islas no poseían tantas riquezas como ella. En su territorio existían minas de oro y de plata, cuya producción era tan importante, que con una décima parte de lo obtenido en sus minas los sifnios enviaron a Delfos un tesoro que en nada desmerecía del mayor de los que allí había. Lo que se obtenía mediante la explotación de las minas era distribuido, todos los años, entre los ciudadanos».

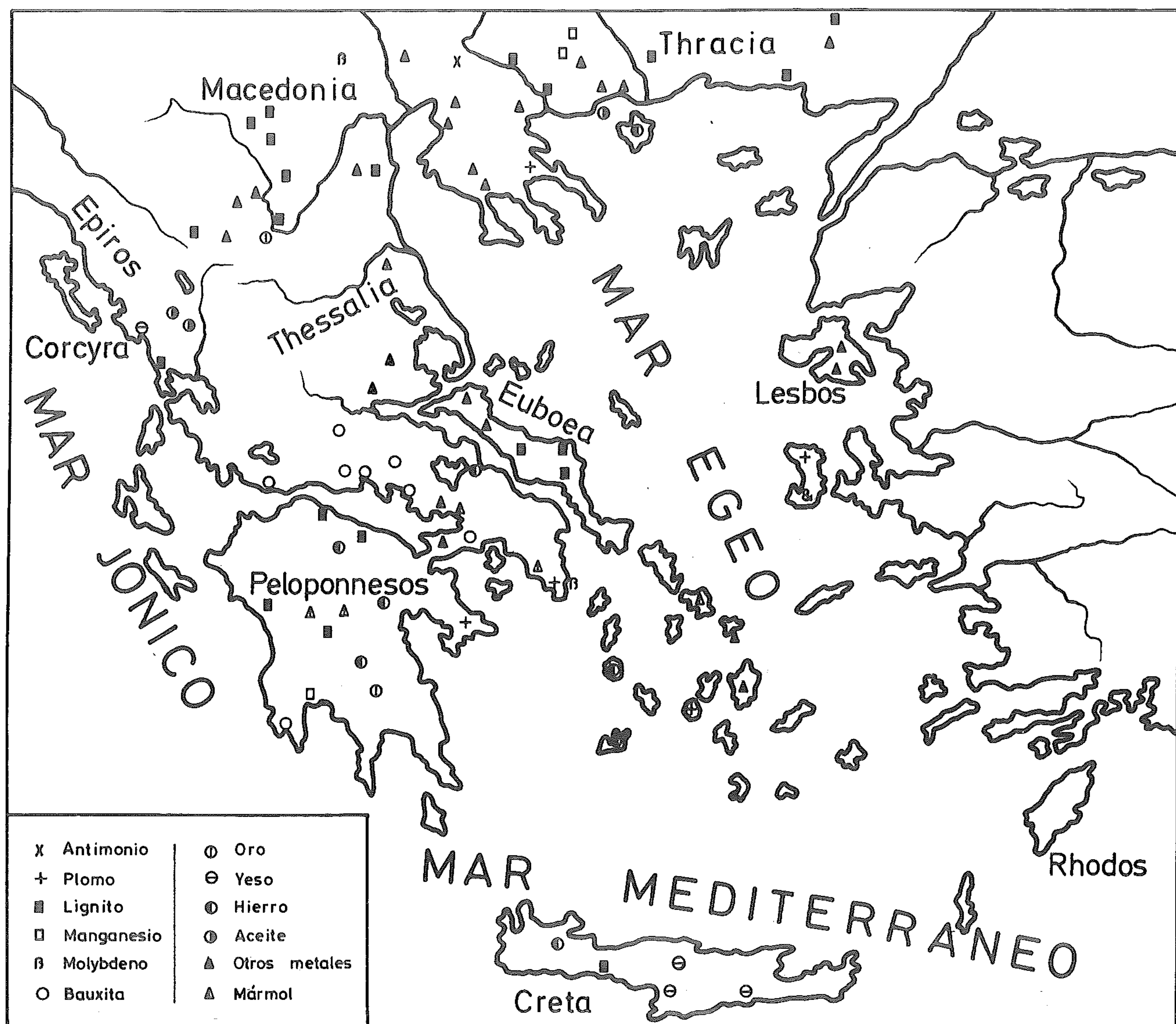
Teniendo los atenienses, escribe HERÓDOTO (VII 144, 1-2), «mucho dinero público, producto sacado de las minas de Laurión y estando a punto de repartirlo, distribuyeron diez minas a cada ciudadano, les persuadió Temístocles, que, dejando el reparto, prefirieran con aquella suma construir 200 naves para la guerra contra Egina... al mismo tiempo construyeron otras en los astilleros». Las minas eran, pues, estatales, y los ingresos se repartían entre los ciudadanos.

La explotación de las minas de Tracia por los atenienses les enfrentaron con los habitantes de Tasos, que también las querían explotar (tuc. I, 100, 2).

En el año 483/2 a. de C. se explotaron nuevos filones en Maroncia (Tracia) y comenzó el apogeo de las explotaciones mineras de Laurión, que duraron setenta años hasta la ocupación espartana de Dealeia en el año 413 a. de C.

8. Artesanos y oficios

En la cerámica se representan frecuentemente a artesanos. Se ha calculado que los talleres áticos de figuras negras daban trabajo a unas 150 personas. En cerámica de figuras rojas es donde se documentaban sus talleres entre los motivos decorativos, como en el interior de un vaso, que representa a un ceramista que da vueltas a la rueda para fabricar una copa. Otras varias, ya hechas, están colocadas en una repisa. En una hidria de finales del siglo VI a.



Minerales de la antigua Grecia.

de C. están representados los diferentes trabajos, que se efectúan en un taller cerámico. En él trabajan cinco personas. En una copa ática de figuras rojas un pintor decora una pieza. En un jarro ático de figuras rojas Atenea fabrica un caballo de arcilla.

Un taller de broncistas, de finales del siglo VI a. de C., es la composición de un ánfora ática de figuras rojas: un varón sentado sujeta un trozo de hierro caliente con unas tenazas, mientras otro lo golpea con un martillo. Dos varones miran la escena. En la parte superior se encuentran colgados diferentes utensilios de herreros. Un taller de bronce completo se halla en una copa ática de figuras rojas. En él participan siete personas: un fundidor, un joven sopla detrás del horno, un tercero de pie, apoyado en un martillo, descansa, y contempla a los dos anteriores, un cuarto golpea una figura, que levanta los brazos, la cabeza está depositada entre los pies. Dos dan los últimos retoques a una gran estatua de guerrero en actitud de caminar y atacar, entre dos personajes que contemplan el trabajo. Diferentes instrumentos de trabajo y piezas ya fabricadas cuelgan de las paredes.

En un oinochoe, del 510/500 a. de C. de figuras negras, Hefaistos, sentado en su fragua, coge unas tenazas y un hombre de pie, colocado delante del dios, con un martillo le contempla. A Hefaistos, trabajando en su fragua, se le esculpió en el friso Este del Tesoro de los sifnios, en Delfos, obra, del 525 a. de C. Los talleres de broncistas se multiplicaron mucho con la aparición del armamento de los hoplitas, por todas partes.

9. Construcción naval

El desarrollo del comercio en la época arcaica y la guerra, origina una artesanía naval importante. Se navegaba a vela y eran los navíos de forma redonda. La velocidad media era entre 4 y 5 nudos.

En los vasos de figuras negras encontramos pentecónteras, monorremes y birremes; triacónteras, mono y birremes, barcos de veinte remeros en una o dos filas... Pero el avance técnico más importante de esta época es la aparición de la trirreme.

La primera noticia escrita, que tenemos acerca de las trirremes, es de Hiponacte, hacia mediados del siglo VI a. de C. Sin embargo, es HERÓDOTO quien señala su utilización más temprana, relacionada con el canal de Necao Herod. (II, 158). Este faraón muere en 593 a. de C., por lo que la invención de la trirreme hay que situarla en la segunda mitad del siglo VII a. de C. La primera noticia de trirremes en la propia Grecia procede de NICOLÁS DE DAMASCO, quien al parecer sigue a Eforo. Según afirma, Periandro construyó trirremes con las que dominó los mares (*Frag.* 58), por lo que en el primer tercio del siglo VI a. de C. había ya trirremes en Grecia. Además, hacia el 525 a. de C. Polícrates, de Samos, envió a Cambises 40 trirremes, según nos hace saber HERÓDOTO (III, 44).

En los periodos arcaico y clásico hubo en el Mediterráneo dos tipos diferentes de trirremes, la griega y la fenicia. Esta debió ser inventada en Sidón, según texto de CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (*Stromateis*, I, 16, 76), en el siglo VII a. de C., más concretamente cuando Tiro fue sitiada por una coalición, en la que estaría Sidón, antes de su destrucción, en la época de Senaquerib; por tanto, como más tarde hacia 677-676 a. de C. Las trirremes egipcias fueron construidas por armadores fenicios, no griegos y por ello Heródoto menciona antes este tipo de barco en Egipto que en Grecia. Se reafirma esta teoría alegando que Polícrates elige en 538 a. de C., para equipar su flota, cien pentecónteras (Herod. III, 39). Sería extraño que Polícrates encargara pentecónteras, si existieran ya las trirremes.

Sin embargo, a esta teoría se oponen otros autores para quienes no existen diferencias esenciales entre las trirremes griegas y las fenicias. Además se piensa que las trirremes de Necao fueron construidas por griegos, ya que éstos comerciaban asiduamente con Egipto con anterioridad al 630 a. de C., según demuestra la historia de Coleo de Samos. Se defiende que la trirreme fue inventada en Corinto en la segunda mitad del siglo VII a. de C., y que la ausencia de representaciones en la cerámica de este momento es porque aún no se ha convertido en el prototipo del barco de guerra.

Algunos autores han considerado que a finales del siglo VIII a. de C. se construyeron trirremes en Grecia, pero esto es debido a una mala interpretación del texto de TUCÍDIDES (I, 13). Algunos consideran que la invención de la trirreme tuvo lugar en Corinto durante el reinado de Cipselo o Periandro. Se sitúa la aparición de la trirreme en Grecia a finales del siglo VII a. de C. y otros lo hacen en torno al 600 a. de C.

La trirreme es una nave para buen tiempo, no se aleja más que rara vez de la costa y pasa excepcionalmente la noche en el mar, incluso con ancla, pues no dispone más que de anclas ligeras de 40 ó 50 kg, que no le proporcionan un asidero firme.

Su velocidad máxima sería de unos ocho nudos.

La pentecóntera, que es el barco de guerra en época homérica, sería monorreme. Pero hay representaciones de birremes en época geométrica.

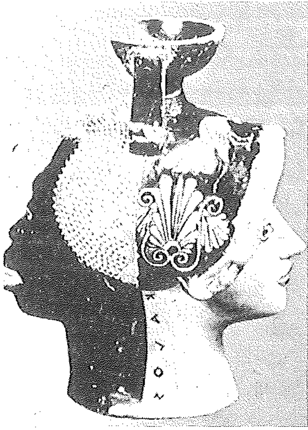
La aparición de las pentecónteras birremes puede situarse en la primera mitad del siglo VIII a. de C.

Por HERÓDOTO sabemos que las pentecónteras de la flota de Jerjes llevaban, cada una, 30 hombres además de la tripulación. Por otra parte, Thera fundó Cirene con los colonos desplazados en dos pentecónteras, de donde se calcula que en la fundación participaron 150 colonos, pero según otros investigadores, con los mismos datos, calculan que los colonos fueron 200 ó 300.

La estación navegable está determinada por HESÍODO (*Trabajos*, 663-665; 678-684): cincuenta días antes de la caída de las Pléyades (de mitad de julio a mitad de septiembre). La orientación se obtenía por medio de la observación de los vientos, corrientes y astros y por la liberación de aves. La dirección se

controlaba con el remo timonel, que en los poemas homéricos es simple. El doble comenzó a emplearse a partir del siglo VIII a. de C. La velocidad máxima sería de siete nudos.

10. La economía de Esparta



Vaso de perfume con dos cabezas de fines del siglo VI a. de C.

PLUTARCO, en su Vida de Licurgo (8-9), ha descrito bien la estructura económica de Esparta, que en gran medida se mantiene siglos después. Dice así: «La segunda y más osada ordenación de Licurgo fue el repartimiento del terreno, porque siendo terrible la desigualdad y diferencia, por la cual muchos pobres necesitados sobrecargaban la ciudad, y la riqueza se acumulaba en muy pocos, se propuso desterrar la insolencia, la envidia, la corrupción, el regalo, y principalmente los dos mayores y más antiguos males que todos estos: la riqueza y la pobreza, para lo que les persuadió que, presentando el país todo como vacío, se repartiese arraigados, dando el prez de referencia a sólo la virtud, como que de uno a otro no hay más diferencia o desigualdad que la que induce la justa represión de lo torpe y la alabanza de lo honesto; y diciendo y haciendo, distribuyó a los del campo el terreno de Laconia en treinta mil suertes, y el que caía hacia la ciudad de Esparta, en nueve mil, porque éstas fueron las suertes de los espartanos. Algunos dicen que Licurgo no hizo más que seis mil suertes, y después Polidoro, rey, añadió otras tres mil, y otros que éste hizo la mitad de las nueve mil, y la otra mitad la había hecho Licurgo. La suerte de cada uno era la que se juzgó podría producir una renta, que era por el hombre setenta fanegas de cebada y doce por la mujer, y una cantidad de frutos líquidos proporcionada, porque creyeron que ésta era comida suficiente para que estuviesen sanos y fuertes, sin que ninguna otra cosa les hiciese falta. Refiérese que mucho más adelante, volviendo él mismo de un viaje al país, en tiempo que acababa de hacerse la siega, al ver las parvas emparejadas e iguales, sonriéndose, había dicho a los que allí se hallaron: Toda la Laconia parece que es de unos hermanos que acaban de hacer sus particiones.

«Intentaba repartir también los muebles para hacer desaparecer toda desigualdad y diversidad; pero cuando vió que así, a las claras, era mal recibida esta reforma, tomó otro camino y trajo a orden el lujo en estas cosas. Y en primer lugar, anulando toda la moneda antigua de oro y plata, ordenó que no se usase otra que de hierro, y a ésta en mucho peso y volumen le dio poco valor, de manera que para la suma de diez minas se necesitaba un cofre grande en casa y de una yunta para transportarla. Y con sola esta mudanza se libertó Lacedemonia de muchas especies de crímenes, porque ¿Quién había de hurtar o dar en soborno, o trampear, o quitar de las manos una cosa que ni podía ocultarse, ni excitaba la codicia, ni había utilidad en deshacerla? Porque apagando, según se dice, en vinagre el hierro acerado hecho ascua, le dejó endeble y de mal trabajar. Desterró además con esto las artes inútiles y de lujo, pues sin echarlas nadie de la ciudad debieron de decaer con la nueva moneda, no teniendo las obras despacho, por cuanto una moneda de hierro, que era objeto de burla, no tenía ningún atractivo para los demás griegos, ni estimación alguna; así ni se podían comprar con ella efectos extranjeros de ningún precio, ni se acercaba a la Laconia o sofista palabrero, o saludador y embelecador, u hombre de mal tráfico con mujeres, o artífice de oro y plata, no habiendo dinero; de esta manera, privado de lujo de su incentivo o pábulo, por sí mismo se desvaneció, y a los que tenían más que los otros, de nada les servía, no habiendo camino por donde se mostrase su abundancia, que tenía que estar encerrada y ociosa. Pero para eso las cosas manuales y necesarias, como los lechos, las sillas, las mesas, se trabajaban entre ellos con pintor, y el jarro laconio era el preferido por la tropa, según dice CRITIAS, porque con su color cubría la vista en el agua y demás cosas necesarias, lo que podía hacerlas de mal beber, y pegándose y adheriéndose a los bordes por dentro la tierra, si alguna tenía, quedaba con esto limpia la bebida. También esto debe atribuirse al legislador, porque desterrados los artífices de cosas inútiles, en las necesarias mostraban su habilidad.» (Traducción de A. SANZ ROMANILLOS).

Esta repartición de las tierras es lo que hizo que en principio todas las familias espartanas fueran iguales, con lo que se evitó de raíz los graves problemas derivados de la concentración de la riqueza agrícola en pocas

manos, y la no necesidad de la fundación de colonias, pues la de Tarento obedeció a otras causas. Esta igualdad dio un gran equilibrio a Esparta a lo largo de los siglos.

Esparta tampoco necesitó moneda, y se servía de unos asadores de hierro. Todo ello hizo que el régimen de vida de Esparta fuese considerado como austero, siendo desterrado todo lujo.

Esparta vivía en realidad de la explotación del suelo de Mesenia, o sea, de los trabajos agrícolas de las antiguas poblaciones nativas griegas a las que había esclavizado y que, como algunas obras citaban, trabajaban para ella, lo que le permitió dedicarse a la guerra como ocupación primordial. No obstante en el siglo VI a. de C. los talleres cerámicos laconios produjeron obras maestras, que exportaron por el Egeo, Etruria y hasta Huelva, como la copa hallada en Caere, con Boreas persiguiendo a las Harpías.

EVOLUCION CULTURAL DE LA GRECIA ARCAICA

A. Montenegro Duque
J. M. Solana Sainz

Los mismos factores que determinaron la transformación política, social y economía de Grecia entre los siglos VIII al VI propiciaron el cambio de la mentalidad del griego y afectaron a sus modos de vida religiosa y a las orientaciones de la cultura literaria o el arte. Entre ellas y muy especialmente las colonizaciones que desarrollaron las más amplias relaciones comerciales entre las ciudades griegas y propiciaron la difusión de la moneda y de la escritura, y consiguientemente de la literatura. Además, últimamente los tiranos compitieron entre sí para embellecer las ciudades y proteger a poetas y artistas. Pero hay otros rasgos específicos del pueblo griego que afectaron muy en particular a sus manifestaciones culturales: su proximidad a Oriente, el individualismo griego y el espíritu de permanente superación. La vecindad de Egipto y de los grandes imperios culturales de Oriente fue sin duda un constante y poderoso estímulo para los griegos que de antiguo poblaron desde Chipre al Bósforo todas las islas y tierras costeras minorasiáticas y aún de la costa Siria. Con estas influencias Grecia alimentó ya desde los tiempos micénicos de forma bien conocida, su arte y sus letras. Por más que la gran oscuridad del griego y su ansia de buscar cosas nuevas, unida a esa total libertad de espíritu, cristalizó en grandiosas creaciones que superaron con creces sus propios modelos anteriores o los orientales. A Homero y Hesíodo, y los bellos modelos del arte geométrico seguirán los líricos y los inigualables logros de la pintura cerámica de Corinto o Atenas en estos siglos, aún de transición.

Los siglos VII y VI se nos presentan como un mundo anárquico en el que luchan diferentes fuerzas sociales creadoras de una nueva civilización. Este periodo es testigo del nacimiento de nuevas formas políticas, artísticas —la estatuaria y los estilos arquitectónicos— poéticas y filosóficas. Se acusa la inexistencia de esquemas preconcebidos y el florecimiento de una total libertad y espontaneidad en todos los campos. El puro individualismo vitaliza y etiqueta estas nuevas creaciones y tendencias. En este momento, por primera vez, el artista firma su obra; así, Mimnermo incorpora su nombre a sus versos para subrayar la propiedad intelectual y lo mismo hacen los ceramistas, muy especialmente los atenienses. Desde estos siglos los poetas se interesan por el aquí y el ahora y se les ve participar en las luchas y en las problemas de su propia ciudad. De este presentismo tratan de sacar enseñanzas generales mediante el empleo de la máxima, el mito o la fábula. Los poetas nos dejan manifiestas sus ideas y sentimientos. En general se puede decir que, en su poesía, todo el mundo de la Grecia arcaica cobra vida y se nos muestra el espejo en el que se refleja.

La nueva sociedad que resurge en la vida política y en la del espíritu no podía aceptar el antiguo ideal aristocrático que se asignaba en exclusiva la posesión de la verdad, la nobleza y la virtud (la *areté*). Ahora el poeta intenta racionalizar y moralizar este ideal y hacerlo asequible a todo el pueblo. Hesíodo, como ya anotamos, fue el primero en colocar la justicia y el esfuerzo personal como los valores más altos. Y en su misma línea estuvieron los más antiguos poetas líricos, entre otros Arquíloco y Solón. Pero esta sociedad, lejos de querer medir sus fuerzas con los dioses, como hiciera la sociedad heroica y legendaria, se hace humilde. Surge una concepción del hombre



Efebo de bronce procedente de Esparta. Principios del siglo V a. de C.

como un ser limitado e indefenso ante el enorme poder de los dioses. Esta idea de limitación tiene tonos morales en Solón, conduce a Arquíloco y Teognis a predicar la resignación ante lo inevitable y al pesimismo y la doctrina del *carpe diem* en Mimnermo y Simónides. Será ahora cuando se cree toda una filosofía de la vida y la Tragedia nos muestra con crudeza a través de la leyenda y el mito, toda la debilidad y grandeza del hombre.

I. RELIGIOSIDAD

Las tablillas micénicas recogen algunos de los teónimos de las divinidades a las que se rendía culto durante el siglo XIII a. de C.: Zeus, Hera, Poseidón, Hermes, Atenea, Artemis, Dionisos. Los poemas homéricos marcaron los rasgos que definen a estas divinidades olímpicas a las que humanizaron y personificaron. Homero compuso el panteón divino, de acuerdo con la jerarquía que reinaba en la sociedad aristocrática de la época que él describe, siglos XII y XI a. de C. Así, Zeus es el dios padre y rey que controla los fenómenos atmosféricos, es portador del rayo, deja oír su opinión a través del trueno y propicia la lluvia fertilizadora de la madre tierra. Su voluntad prevalece sobre la del resto de las divinidades.

El racionalismo surgido de la época geométrica tendió a poner en orden el precedente complejo panteón. Primero simplificando el número de divinidades, al reducir a una aquéllas que presentaban grandes similitudes de competencias: Poseidón, cuyo símbolo era el caballo (pegaso, fuente), recibió el tridente porque se le hizo soberano del mar. Luego, fijando una prelación de dioses en la que Zeus se definió como única e indiscutible jerarquía suprema.

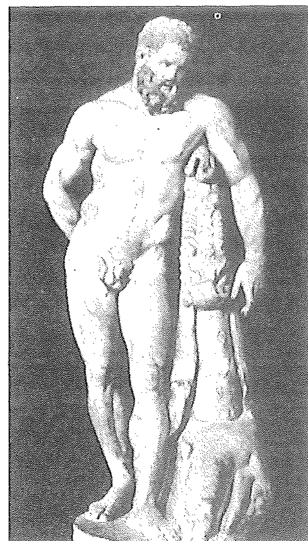
Además, durante todo el II milenio a. de C., los indoeuropeos invasores de Grecia y el Egeo entraron en relación con una figura religiosa prehelena, la Diosa-Madre. La mayor parte de los rasgos religiosos de los emigrantes indoeuropeos eran masculinos; en algunas partes identificaron el culto de la divinidad femenina mediterránea con la Artemisa efesia, símbolo de la pureza virginal. La unión de estos dos elementos, el masculino indoeuropeo y el femenino mediterráneo, se recoge en las múltiples teogamias de Zeus con las variantes locales de la Diosa-Madre, que aparecen en la compleja mitología griega, como es, por ejemplo, *La Teogonía* de Hesíodo.

1. El complejo mundo de los mitos, dioses y héroes griegos

Con numerosas variantes en la tradición de cada ciudad —según las noticias transmitidas por los textos, la escultura o la pintura cerámica— las creencias griegas se estructuran en torno a una serie de dioses, héroes y mitos legendarios.

Uno de los mitos más arraigados en Grecia afecta al origen del mundo que aparece en Hesíodo: De la masa informe *(Caos)* surge la Tierra *(Gea)*, el Cielo *(Urano)* y sucesivamente de ellos nacerán los Montes, el Mar, el Día y de la unión de Uranos y Gea, saldrían los Siete Titanes, pasando uno de ellos, Cronos, a gobernar por un tiempo el Universo. Las Erinias serán guardianes del órden del Universo y vengadoras de los hombres impíos.

Más tarde, de Cronos y su hermana, Rea, nacerían tres dioses: Hades, Poseidón y Zeus; más tres diosas: Hestia, Demeter y Hera. Zeus, con la ayuda de algunos dioses, los Cíclopes y los Titanes, destronó a su padre Cronos. Zeus será desde entonces el todopoderoso que gobierna el mundo de los dioses y de los hombres; sólo escapa a sus decisiones el destino de los hombres, que deciden las Moiras (Cloto, Laquesis, Atropos). Zeus, sentado en los altos montes, lo ve todo y todo lo ordena. Se le representa a menudo con la fuerza del rayo en su diestra, preparado para vengar todo desorden o injusticia. Zeus tuvo sucesivamente varias esposas: Metis, de la que nació Atenea; Themis, madre de las citadas Moiras; Demeter, que engendró a Perséfone; Mnemosine, que tuvo como hijas a las Musas; Afrodita, que engendró a las Gracias; Letona, que dio a luz a Artemisa y Apolo; y a Hera, la madre de Hebe, Ares, Ylythia y Hefesto. Sería Hera la convertida en legítima y única esposa de



Heracles, héroe de la mitología griega. Según la leyenda homérica, nació en Tebas, hijo de Zeus y de Alimena, mujer de anfitrión, rey de Tirinto. Llevó a cabo los doce trabajos, para expiar el asesinato de sus hijos y de su mujer Megara.



Dionisos en bronce. Hacia 470-460 a. de C.

Zeus; pero los amores de Zeus, que no se interrumpieron, despertaron las iras de Hera, que persiguió implacablemente a tales amantes y a los hijos de aquéllas, aunque no siempre con éxito; Dionisio y Heracles, entre otros, esquivaron sus aniquiladores propósitos.

Heracles fue uno de esos ilegítimos hijos de Zeus con Alcmena. Cuando iba a nacer, Hera envió dos temibles serpientes, pero el recién nacido las estranguló al instante; más tarde le hizo enloquecer y en su delirio, Heracles mató a sus propios hijos. Para expiar estos involuntarios crímenes realizaría los famosos doce Trabajos: vencer al león de Nemea, destruir a la Hidra de Lerna, capturar los bueyes de Gerión, etc. Hércules, símbolo de la lucha contra la injusticia y del coraje ante el peligro, recibió importante culto en Grecia y luego en Roma, teniendo en Cádiz dedicado uno de los más famosos y ricos templos.

Otras leyendas griegas que enriquecieron la literatura y el arte, surgieron de la Guerra de Troya, el mito de Prometeo que vincula a los dioses con los orígenes de la especie humana, las hazañas de Teseo o la leyenda de los Argonautas. Pero, ciertamente no todos los héroes legendarios recibieron culto; si bien cada ciudad griega conservaba celosamente su propia tradición legendaria, que enlazaba a sus más remotos antepasados con estos héroes, hijos de dioses y de humanos.

El politeísmo griego, esbozado en Homero, no concibió a sus dioses con atributos y poderes claramente delimitados y diferenciados; aunque en general, cada dios tiene encomendada una misión concreta en la vida del mundo y del hombre. Residen habitualmente en el Monte Olimpo, donde celebran sus asambleas y se alimentan del néctar y la ambrosía. Poseen en grado sumo las virtudes humanas, aunque no están exentos de debilidades y pasiones. Pero, sobre todo, son inmortales, de una vigorosa e inalterable juventud, con belleza, sabiduría y felicidad exentas de todo dolor. En forma humana descienden a la tierra, a veces, e intervienen en el curso de los acontecimientos ayudando a sus fieles servidores o persiguiendo a sus adversarios e impíos. Y, no pocas veces, diosas y dioses cohabitan con los humanos y engendran héroes y dioses: Eneas, hijo de Afrodita y el troyano Anquises; Heracles (el Hércules latino) hijo de Zeus y Alcmena, esposa del rey de Micenas, cuya figura adoptó Zeus para seducir a su esposa aprovechando su ausencia; Dioniso, hijo de Zeus y Semele (la hija de Cadmos fundador de Tebas); los gemelos Apolo y Artemisa, hijos de Zeus y Leto. De entre ellos surgirían los doce principales dioses del Olimpo griego: Zeus, Hera, Apolo, Artemisa, Hermes, Hefesto, Afrodita, Ares, Poseidón, Demeter, Dioniso y Hades. Cada uno de ellos tendrá especiales atributos y atribuciones en la vida del hombre y en su futuro.

Zeus se erige en ordenador del mundo y cuida de la rectitud del ejercicio de la justicia.

Su esposa y hermana *Hera* reina en la Luna, el Cielo y las Estrellas, y protege a la mujer y la vida conyugal.

Apolo era célebre por su belleza y sus amores; uno de sus hijos sería Esculapio. Generalmente se le dan como atributos un arco y las flechas, pero también la lira. Pasó por ser el dios de las purificaciones, la profecía o la curación. En Delfos tuvo su templo más renombrado.

La hermana gemela de Apolo, *Artemisa*, es la diosa bella, pura y santa; arquera de dardo infalible. La más frecuente de las representaciones artísticas nos la muestra con falda corta y su carcaj a la espalda, dispuesta para la caza.

De *Hermes*, inventor de la lira y la flauta, hicieron los griegos el dios protector de los deportistas, los caminantes y de las almas en su paso al otro mundo. Más tarde es adorado como dios de los rebaños y de los campos.

Hefesto es dios del fuego y de la metalurgia. Se hizo famoso por su cojera en ambas piernas y por el adulterio de su esposa Afrodita con Ares.

Afrodita es la diosa hermosa y afable que protege los matrimonios y la fecundidad del hogar. Desde antiguo recibió culto como diosa del mar y de la navegación.

Ares, pese a ser uno de los principales dioses del Olimpo, nunca tuvo gran acogida, pues es el «destructor», el dios de la guerra y de la lucha, amigo de las disputas, violento y brutal. Sus símbolos son la lanza y la antorcha, y le ayuda en su desventurada misión, su hermana *Eris*, la discordia.

Poseidón es el célebre dios del mar y protector de la navegación. Por eso se

le venera sobre todo en las ciudades portuarias y comerciales. En su disputa con Atenea por la posesión del Atica hizo brotar un olivo. De sus infinitos amores sólo tuvo descendientes nefastos como Chrysaor y el cíclope Polifemo.

Demeter aparece representada con un manojo de espigas entre sus manos y una serpiente, animal ctónico por excelencia; ella enseña el arte de la agricultura y favorece la obtención de buenas cosechas. La leyenda cuenta que como su hija Perséfone fuera raptada por Hades y llevada a los Infiernos, Demeter, irritada, hizo que se secasen todos los frutos del campo. La humanidad se libró de semejante plaga cuando Zeus intervino para que su hija pasase la mitad del año en el Hades y la otra mitad en la tierra.

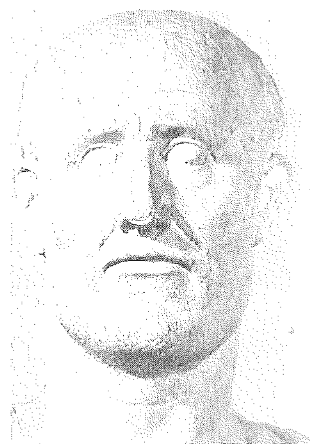
Dionisos es otro dios de la agricultura y de la abundancia. Los inicios de su vida transcurrieron en medio de grandes aventuras y en su errar por el mundo fue plantando viñedos y enseñando a obtener vino. Logró extender su culto por todo el Mediterráneo y se hizo símbolo del poder de la naturaleza. Y, por el vigor y la alegría que transmite el vino, pasó a ser el dios inspirador de las artes y de las fiestas humanas, que borran las preocupaciones; por ello se le conoció como «liberador». Dioniso, como la naturaleza, revive cada año. Cada año al llegar la primavera se celebran las populares y mistéricas fiestas Dionisíacas de las que eran parte las representaciones teatrales. Por doquier recibió templos, esculturas y le recordó la pintura en temas llenos de vida y exuberancia en correlación con los atributos que se asignan a este dios.

Hades dominó en los Infiernos o mundos subterráneos, llamados asimismo Hades. Su culto trató de eludir los males del averno y también propiciar los bienes minerales que guarda la tierra en sus entrañas. Sentado y portador del cetro, dicta su ley implacable de la muerte. Con el sobrenombre de Plutón se le verena también como dispensador de riquezas y de vida.

Enlazado directamente con el culto a Hades se encuentran los mitos y creencias en la inmortalidad. El mito de los Infiernos o de la vida de ultratumba tuvo diversas interpretaciones en el correr de los tiempos y acorde con los sistemas filosóficos que aceptaron o negaron la inmortalidad del alma. Tesis muy antigua fue aceptar un modo de pervivencia del hombre y una vuelta al lugar de origen, desde el cual podía hacer favores o infringir daños a los vivos. Algunas descripciones de los Infiernos llegan a aceptar una moral de castigo para los malos y el lugar de las buenaventuras o de los Campos Elíseos para los buenos. Estos lugares de destino de los hombres en ultratumba se entendían gobernados por Hades y su esposa Perséfone (el Plutón y Proserpina latinos). Pero otras tesis idearon una vida de ultratumba en la impotencia, la sombra o el olvido absoluto de la vida sobre la tierra, lo que equivalía a negar la subsistencia real en ultratumba.

2. Los cultos ciudadanos

Aunque partícipes todos los helenos de comunes creencias y cultos, en cada ciudad hubo preferencias respecto a determinados dioses. Los avatares políticos dejaron también su huella en el auge o decadencia de ciertos dioses o atributos bajo los cuales se les veneraba. Hubo una lógica predilección de las manifestaciones religiosas en los tiempos de dominio de las aristocracias; distintas en parte de los momentos de ascendencia de las clases populares, artesanas o campesinas, que también pesaron en la vida de la ciudad, a veces de modo decisivo. Pero, aparte de estos dioses y cultos que podríamos llamar oficiales, en cada ciudad surgió una religiosidad privada, más íntima y en general más tradicional y representativa de viejas creencias, en ocasiones importadas del exterior. Vemos así que en el siglo VI renacen los cultos de Demeter en Eleusis, el de Apolo, de origen nórdico y en Atenas a finales de este siglo VI se recibe a Cibeles (la Gran Madre de los Dioses). Pues, si en apariencia la religión oficial era floreciente, ello se debía más a los edificios y a las fiestas nacionales que a una auténtica motivación religiosa; de modo que los creyentes fueron retirando poco a poco su fe en los dioses de la ciudad para depositarla en las nuevas deidades. En consecuencia, hubo en cada ciudad una variada gama de manifestaciones culturales: los oficiales, los privados, los catárticos y de adolescencia; aspectos religiosos estos últimos que revistieron especial importancia en la vida griega.



Alcibíades. Político ateniense promotor de la desafortunada expedición a Sicilia.

a) *Los cultos oficiales de la polis.* Cada una de las colectividades griegas

tenía sus creencias y sus dioses propios y los éxitos o fracasos se hacían depender de la eficacia o buena disposición de sus dioses ciudadanos. El órgano que llevó a cabo la centralización cultual fue la propia comunidad que encauzó todas las corrientes religiosas a excepción del orfismo que actuó al margen de ella. Además, las corrientes religiosas y los cultos propiciados en cada momento en la ciudad tuvieron siempre una doble incidencia. Por una parte, en la creencia popular que se veía arrastrada a unos cultos magnificados por los dirigentes políticos que ponían en primer plano a sus propios y preferidos dioses; aunque esta preferencia fuese relativa, pues en general, todas las ciudades aceptaron el conjunto del Olimpo griego. Así, en la Acrópolis de Atenas se estableció una filial del santuario de Artemisa de Braurion, se incorporaron a sus tesmoforias las de Halimonte y los misterios de Eleusis y se introdujo el culto de Dioniso, a quien se veneraba en el distrito de Eleuteres en las Grandes Dionisíacas. El Estado ateniense se erigió siempre en defensor de las creencias y los cultos ciudadanos. Defensa que, no se limitó a la erección de templos estatuas y actos de culto por toda la ciudad, sino que inició procesos de *asebeia* o impiedad contra ilustres personajes, como Sócrates, Alcibíades, Anaxágoras y la propia esposa de Pericles. En la política edilicia de los templos no primaba la fe sino el prestigio de la ciudad. Buena prueba de ello es el Hecatompedon que fue derribado y ampliado para que Fidias pudiera materializar su obra del Partenón, orgullo nacional de los atenienses. Sería también utilizado para guardar el tesoro público, pero, posiblemente, nunca se llevaron a cabo en él prácticas rituales.

El servicio de los cultos oficiales era ejercido por ciertas familias aristocráticas herederas de la clase sacerdotal aquea. Así, en Atenas, los Eteobutadas estaban encargados del culto de Poseidón Erecteo y de Atenas Poliada y en Eleusis los Eumólpidas y los Cerices. Pero en la mayor parte de las ciudades el cargo era anual y los sacerdotes eran elegidos por sorteo.

Hubo otros cultos de tipo gentilicio, herencia de las viejas agrupaciones políticas en genos y fratrías, y aún otros más limitados de tipo democrático. Así, las ciudades jonias celebraban la fiesta de las *Apaturias:* «los que tienen el mismo padre» en honor de Zeus «Phratrios» y Atenea «Apaturia». En el día tercero de la fiesta, el niño que había cumplido un año y que había sido admitido en el cuerpo social era inscrito por su padre en el registro de la fratría. Cuando dejaba de ser impúber, ofrecía a los dioses en esta fiesta, su cabellera, Cureion. El hombre que contraía matrimonio estaba obligado a ofrecer un sacrificio *(gamelias)* a los dioses de la fratría y a continuación debía subir con su esposa a la Acrópolis para recibir de Atenea su bendición.



Cabeza de efebo en bronce. Hacia 470 a. de C.

Junto a estos cultos oficiales pervivieron importantes cultos privados menos conocidos, pero no por ello menos importantes. En cada una de estas células sociales el padre ejercía las funciones sacerdotales. Según F. DE COULANGES, «el padre que engendraba un hijo, le transmitía al mismo tiempo su creencia, su culto, el derecho de alimentar el hogar, de ofrecer la comida fúnebre y de pronunciar las fórmulas de las oraciones. La generación establecía un lazo misterioso entre el hijo que nacía, la vida y todos los dioses de la familia. Estos dioses eran su misma familia *(zeoi eugeneis)* y su misma sangre *(zeoi sinaimoi)*. El hijo tenía pues, al nacer, el derecho de adorarles y ofrecerles sacrificios. Algunos de estos dioses familiares, en determinados casos, se transformaron en cultos ciudadanos; y entonces la nueva divinidad dejó de llamarse sólo *patros* para convertirse también en *poliada:* fue el caso de *Atenea Poliada*.

La ciudad de Atenas como un gran conjunto de familias que era, mantenía varios de estos cultos domésticos: se adoraba a Hestia y su fuego se mantenía vivo en el Pritaneion, antigua residencia principesca que posteriormente heredó el arconte-rey; tenía sus dioses ancestrales, los «dioses patrios» entre los que debemos citar a Apolo, que tenía su templo en el Agora; y Zeus Herqueios, cuyo altar estaba en la Acrópolis.

b) *Las fiestas de Zeus Polieus y Atenea Poliada.* La polis tomó el relevo de los antiguos cultos palaciegos. Sus nuevas deidades protectoras, heredadas del pasado, eran un dios soberano masculino, Zeus, y una diosa, Atenea, cuya función principal era la de proteger y salvaguardar la ciudad. En Esparta, el culto de Zeus lo desempeñaban los dos basileus. En la Acrópolis de Atenas, la diosa Atenea tuvo que disputar a Poseidón el lugar privilegiado que ocupaba. Este se identifica con el antiguo rey Erecteo y cogobernaba con Atenea, pero

el Erecteion también admitió a Zeus Hypatos. Zeus tenía el epíteto *Polieus*, «patrono de la ciudad» y su altar y su estatua estaban ubicados en un lugar próximo al Partenón y era homenajeado en las Dipolias, celebradas en los meses de junio y julio, cuya ceremonia principal era la singular muerte de un buey *(Bufonia)*. Cerca de su altar, el sacerdote deposita cebada y trigo para que lo comieran los bueyes que se habían soltado en el recinto; cuando se acercaba uno de ellos el matador de bueyes lo abatía con su hacha huyendo a continuación. El buey era desollado y su carne se consumía en un banquete. Su piel se rellenaba de paja y se uncía a un arado. Los oficiales se culpaban unos a otros de la muerte de la res y por fin se condenaba al hacha, que se llevaba ante el tribunal del Pritaneo y luego se arrojaba al mar. La ceremonia de la muerte del buey tenía una lógica, pues entre los primitivos estaba prohibido matar a los animales de trabajo; por eso se le unía al yugo, para simular la continuidad de su vida. Además, temían que la muerte de un animal pudiera ser funesta para la conservación y proliferación de la especie: Por eso entendían que se ofrecía voluntariamente a la muerte al acercarse al hacha. Cultos similares, con sacrificios de animales hubo en Corinto y en la isla de Tenedos, Cos, Magnesia.

A Zeus se asoció Atenea como protectora de la ciudad o de las fratrías, por más que cada una de estas divinidades ejerza funciones propias; Zeus es el dios universal que encarna en cada ciudad los preceptos morales y religiosos, por los que se rigen las familias: el respeto a las leyes no escritas e inmutables, los derechos del huésped y del extranjero, y la inviolabilidad. Atenea fue, a su vez, una diosa de poder creciente en Atenas, su ciudad epónima y preferida. La antigua asociación indoeuropea de los dioses soberanos y de la guerra al frente del Estado se mantiene en Atenea, diosa armada, al igual que Ares y Zeus. Ellos debían defender la ciudad contra el enemigo. Pero, mientras Atenea reinaba en la ciudad cerrada, Zeus la abría al exterior. Por eso la diosa conoce los problemas de los ciudadanos y compartía sus penas y alegrías. Su símbolo, el olivo de la Acrópolis, que fue cortado por los soldados de Jerjes, volvió a retoñar al día siguiente. Atenea está representada en la vida ordinaria por una sacerdotisa vestida con la égida y su presencia se materializa en su estatua que poseía poderes extraordinarios. En la Acrópolis había dos ídolos que simbolizaban cada uno de los aspectos de la diosa; uno que la representaba armada de pie, sustituida por la colosal estatua crisoelefantina del Partenón esculpida por Fidias, y el otro, tallado en un tronco de olivo que representa a la diosa sentada, portando los atributos de la paz, que tenía su sede en el Erecteion y que era la estatua más sagrada de Atenea. Se decía que había caído del cielo lo mismo que el Palladion troyano. Le rendían honores solemnes porque encarnaba el destino de la ciudad. Se celebraban las fiestas de Atenea el mes último del año; se purificaba el templo y se hacía lo mismo con el ídolo mediante un baño en el puerto Faleron. Con ello entendían revitalizar los poderes mágicos del ídolo debilitados durante el año. La diosa, después de ser confortada con un pastel de higo seco, era reintegrada a su residencia. Al finalizar el mes Hecatombaion se celebraban las Panateneas, y cada cuatro años, con más solemnidad, tenían lugar las llamadas Grandes Panateneas. Se conmemoraba el nacimiento de Atenea y su victoria contra las fuerzas del desorden simbolizadas en los Gigantes. En la fiesta debemos diferenciar dos actos: el de la investidura y el del sacrificio. En el primero, las arréforas ergasimas, pertenecientes a una corporación femenina, nueve meses antes de este acontecimiento comenzaban a tejer un gran peplo, para la diosa, en el que bordaban la escena de los combates de Atenea con los Gigantes. Participaba el gremio de los artesanos que honraban a su patrona Atenea «Obrera» y quizás a Hefesto, pues el trabajo se empezaba en la *Chalkeia*, «fiesta de los herreros». Rematada la fabricación del peplo, se le trasladaba en procesión solemne a la Acrópolis, acto inmortalizado por el escultor Fidias en los relieves del Partenón; en ella participaban todos los representantes de la nación, en grupos de edades, según títulos y cargos. A través del Agora subían hasta el Erecteion en donde ofrendaban el peplo a la diosa colocándole sobre sus rodillas. Una segunda fase de la fiesta la constituía el sacrificio de cuatro vacas y cuatro ovejas, que en un principio hacían las cuatro tribus integrantes de la ciudad, acusando el carácter político de este ritual.

c) *Los ritos catárticos.* Para que una ciudad gozara del favor divino y



Cabeza juvenil masculina en bronce. Hacia 460 a. de C.

no se rompiera la paz de los dioses con delitos conscientes o inconscientes, el Estado instituyó ritos purificadores. A partir del siglo VII a. de C. aparecen tales ritos, al igual que las personas especializadas con cultos agrarios. P. VERNANT precisa que, desde el momento en que nace la ciudad, surge un sentimiento de solidaridad colectiva frente a posibles delitos individuales que puedan ser nocivos para el resto de la comunidad ciudadana.

d) *Los ritos de adolescencia.* Antes del nacimiento de la ciudad-estado, cada grupo social sometía a los impúberes a un ciclo de pruebas rituales, cuya superación permitía el acceso a la plenitud de derechos y obligaciones. El adolescente era apartado temporalmente de los de su edad; se entendía como una muerte. Durante este tiempo vivía en contacto con las potencias sobrenaturales; luego se incorporaba de nuevo a su grupo en calidad de resucitado. Más o menos, éste es el ciclo de iniciación de Aquiles que en su adolescencia fue enviado disfrazado de muchacha a la corte del rey Licomedes, un hombre lobo, hechicero. En la Arcadia, un país atrasado, se mantuvieron algunos de estos cultos hasta el siglo IV; así, la familia de Anthides celebraba periódicamente un banquete en el santuario de Zeus Liceo en el que se servía a los invitados carne de niño mezclada con otros alimentos. El que la comía se sentía convertido en «hombre lobo». Se desnudaba y atravesaba un estanque, símbolo del tránsito a un más allá sobrenatural, y en las montañas vivía durante nueve años como un lobo. Después de este tiempo volvía a cruzar el estanque en sentido inverso y de nuevo se transformaba en humano, revestido de un nuevo poder. Rito también de iniciación de los adolescentes es posible que se recogiera bajo la antigua leyenda de los siete jóvenes y siete doncellas que Teseo liberará del Minotauro. En Atenas se conservan rituales de iniciación femenina; Aristófanes, en el coro de Lisístrato, hace referencia a ellos: «A los siete años ya era arrefora, a los diez molía el grano para nuestra patrona, después vestía con la túnica de azafrán, fui osa en las Brauronias. Por último, al convertirme en mayor fui canéfora y llevaba un collar de higos secos...» Las arréforas vivían en la Acrópolis, tejiendo el peplo para las Panateneas. Ser osa no significa otra cosa que participar en el «baile de la osa» que se celebraba en honor de Artemisa Brauronia.

3. Anfictionías, fiestas y oráculos panhelénicos

a) *Las anfictionías.* Pueden definirse como tales, ciertas asociaciones político religiosas de gentes y ciudades que vivían en torno a un santuario. Desde época antigua, algunos centros tenidos por sagrados alcanzaron capital importancia religiosa y solían estar bajo la protección de Poseidón, Demeter o algún otro dios. Con Poseidón se relacionan doce ciudades jonias minorasiáticas, fundadas a raíz de la expulsión de los jonios de Grecia por los dorios, que rendían culto a Poseidón Helikonio, el dios de Helike (Acaya). En el santuario del cabo Micala se celebraba en su honor la fiesta de las Panionia, según las costumbres de Helike. El toro destinado para el sacrificio era paseado en torno al altar y de sus mugidos se deducían los presagios. En una época posterior, cuando los jonios vuelven a restaurar su culto, solicitaron de los de Helike la estatua del dios o que, al menos, les entregaran algunas reliquias, cosa que no consiguieron. Todo ello ha llevado a suponer que Helike fue la metrópoli religiosa de los jonios minorasiáticos.

Otra anfictionía se constata en Beocia; se reunía en Onquesta en donde se practicaban sus ritos: lanzaban un carro a gran velocidad; si se estrellaba contra los árboles del bosque sagrado se entendía que la divinidad aceptaba la ofrenda. A continuación, los restos del vehículo se colocaban junto a los muros del templo.

También anfictionía importante fue la de Calauria integrada por ciudades de la Argólida a las que se sumaron posteriormente Atenas y Orcómeno. Este centro, a pesar de la decadencia del culto a Poseidón, mantuvo su nivel internacional.

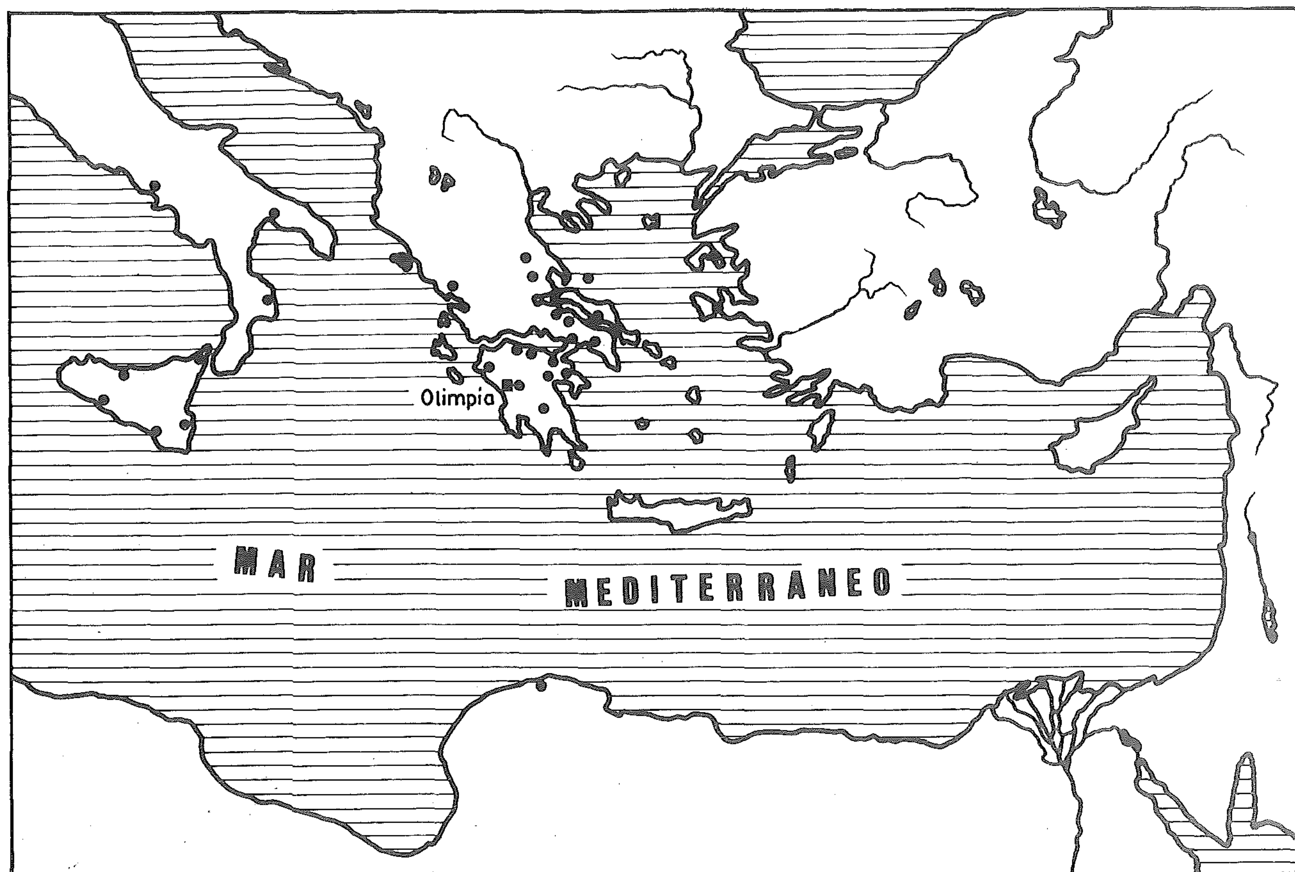
Con *Demeter Acaia*, «patrona de los aqueos» se relacionan las anfictionías de Aigion, la integrada por las seis ciudades dorias de Asia Menor con centro en Driopion (Cnido) y la de Delfos con centro en Antela y en la que participaban los pueblos de Tesalia y Grecia central.

Presidieron también anfictionías Apolo y Atenea Itonia. Apolo no era un

genuino patrono de la ciudad, pero como legislador tenía que favorecer el movimiento federativo, como ocurrió en Delfos y Delos. Atenea Itonia, divinidad poliada de Iton (Tesalia) se convirtió en la protectora de los beocios y en su honor se celebraban las fiestas de toda Beocia *(Pamboiotias)*. Desde el siglo VII los jonios de las islas del Egeo se reunían en Delos todas las primaveras; cada una de las ciudades enviaba sus delegados y las muchachas de las islas cantaban himnos en honor de los dioses y de los héroes, y para solidarizarse con los asistentes hablaban en sus dialectos. Según parece, el santuario de Delos no debió desempeñar el papel político que le hizo honor hasta el siglo VI.

b) *Fiestas panhelénicas.* Ciertas ciudades celebraban las *Panegirias*, grandes juegos panhelénicos, como parte de las fiestas dedicadas en sus santuarios a los dioses respectivos. En el caso de que algunas ciudades estuvieran en guerra, los heraldos hacían conocer a los helenos la tregua sagrada que garantizaba el libre tránsito por toda la geografía para facilitar la asistencia. A las *Panegirias* acudían no sólo los atletas, sino también las gentes de letras: poetas, retóricos y filósofos que en duras competiciones *(agones)* luchaban para obtener el máximo premio. Los artistas plásticos se esforzaban en adornar los edificios de los centros culturales. Aparte de los templos que erigía la propia ciudad titular de los juegos, otras ciudades construían pequeños templos o tesoros de bella factura y decoración ornamental y escultórica. Servían de orgullo a sus ciudadanos y a los asistentes, pues, eran los centros de convergencia de la civilización griega y estaban por encima de los particularismos locales. Fueron cuatro los más notables juegos panhelénicos: del Istmo, Nemea, Delfos y Olimpia. Allí se inspiraron los artistas griegos que contemplaban a los atletas en pleno esfuerzo, y en los cuidados entrenamientos. Por citar dos ejemplos de excepción: de su grandiosidad y apoteósis triunfal salió la poesía de Píndaro y, gracias a los Juegos Olímpicos, el escultor Fidias pudo idear y materializar la figura de Zeus, padre de los dioses, que sin este contexto le hubiera resultado imposible. Sin duda, los más bellos e inigualables desnudos griegos tuvieron en estos juegos sus más directos y reales modelos.

Juegos entre 700-400 a. de C. (según Levi).

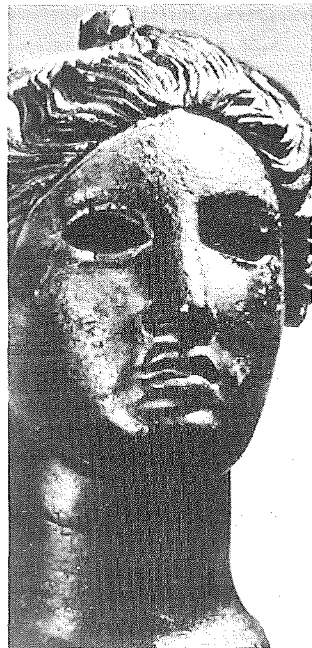


Todas las competiciones eran presididas por los sacerdotes, que eran los encargados de realizar las ceremonias cultuales. Ciertos autores han insistido en los orígenes funerarios de estos actos agónicos: así celebra Homero la muerte de Aquiles y Patroclo. Pero la verdad es que también en Homero aparecen los Juegos como simple espectáculo. Los Juegos Olímpicos estaban relacionados con Pelops y con su túmulo funerario; los Istmicos conmemoraban la muerte de Melicertes, los Nemeos honraban primeramente a la diosa de la naturaleza Arquemora, y al final al dios Zeus; y los Píticos se fundaron para expiar la muerte de la serpiente Pitón por Apolo. Ahora bien, los Juegos funerarios tenían lugar únicamente durante los funerales y probablemente en sus aniversarios, pero no cada dos, cuatro u ocho años, cosa normal en los grandes juegos. Además, en los juegos se honra a adolescentes; así, Pelops despedazado por su padre Tántalo, Melicertes devorado por un dragón; pero a continuación, son resucitados por los dioses y elevados a la categoría de Héroes. Parecen, pues, estar relacionados con los ritos de adolescencia. Según H. JEANMAIRE, los Juegos Olímpicos fueron instituidos por Heracles en honor de los Curetes, los adolescentes míticos.

Los triunfadores en las competiciones recibían como premio una corona de hojas sagradas, que en Olimpia se confeccionaba con las ramas de olivo que Heracles trajo del Paraíso de los Hiperbóreos. Eran proclamados en el templo de Zeus, participaban en un desfile triunfal y tenían derecho a que se colocara su estatua en el santuario. Píndaro nos ha plasmado el valor de la consagración: «A lo largo de la vida, el vencedor saborea la miel del triunfo. Se convierte en émulo de los héroes, cuyas virtudes cantan las odas y si es comedido, cuando muera, puede ser admitido en la isla de los bienaventurados.»

c) *Los centros oraculares.* Lo mismo que los grandes juegos, los centros oraculares fueron focos de atracción de gentes; allí los adivinos se esforzaban por dar respuesta a los interrogantes de la vida y del porvenir. Se entendía que las respuestas emanaban del dios, presente en determinados lugares. También los griegos invocaban a los héroes o demonios que solían advertir a los hombres a través de los sueños. En algunos santuarios —Amfiargos (Beocia)— el que iba a realizar una consulta, previamente debía someterse a una ceremonia de purificación y luego pernoctar en un lugar apropiado teniendo como única cobertura la piel de una víctima recién inmolada. En Epidauro los enfermos consultaban a Asclepios, que según la tradición visitaba a los enfermos mientras dormían y les daba el tratamiento curativo a seguir.

Cuatro divinidades olímpicas tenían sus centros oraculares: Zeus, Atenea, Hermes y Apolo. Ninguno tan célebre como el Apolo en Delfos. En *La Ilíada* (IX, 404-405) ya se hace referencia a su gran riqueza. Apolo habría sustituido a una antigua diosa prehelénica de la tierra que practicaba la adivinación a través de los sueños en las proximidades de la fuente Castalia en el siglo VIII a. de C. En un principio el santuario dependía de Crisa y su influencia sólo se ejercía sobre la Grecia central. La Primera Guerra Sagrada puso fin al predominio de Crisa y se trasfirió a Delfos. En la segunda mitad del siglo VII a. de C. sacerdotes cretenses incorporados al santuario se encargaron de remozar y organizar el culto. A partir de este momento, la influencia de esta ciudad en el seno de la anfictionía de Antela creció considerablemente. En torno al 582 se reorganizaron los Juegos Píticos y se incrementaron las donaciones al santuario. Buena prueba de su poder y de la fuerza que ejerció sobre los griegos la tenemos cuando se produjo un incendio en el año 548 a. de C. Entonces Grecia entera no escatimó esfuerzos para correr con los gastos de su reconstrucción.



Cabeza de Niké en bronce. Hacia 450.

La Pitia y el intérprete se encargaban de dar las respuestas oraculares. La Pitia, intermediaria entre la divinidad y los hombres era escogida entre los habitantes de Delfos y como mínimo debía tener cincuenta años. Durante el ejercicio de sus funciones tenía que guardar castidad lo que no excluía el hecho de que fuera la esposa del dios. En la época más antigua, el consultante consagraba un pastel de miel a la divinidad, sustituido más tarde por un pago en metálico. Se inmolaba una cabra rociada con agua. Si el animal temblaba se entendía que Apolo quería dejarse oír. El pastel y el holocausto se ofrendaba a la divinidad. En los casos más sencillos se echaba a suerte con habas blancas y negras; en los más complicados la Pitia desde su trípode, bajo el influjo de un delirio profético, comunicaba la voluntad divina. Serían



Relieve de Atenea. Representa el momento de recibir el homenaje y los dones de los artesanos protegidos por ella.

también en no pocas ocasiones los consejeros de Grecia; como en la elección del lugar donde fundar una colonia, la designación del *oikistes* o la mediación en conflictos. Otras veces auguró calamidades sobre Grecia, como lo hiciera en vísperas de las Guerras Médicas.

4. Creencias y cultos de salvación

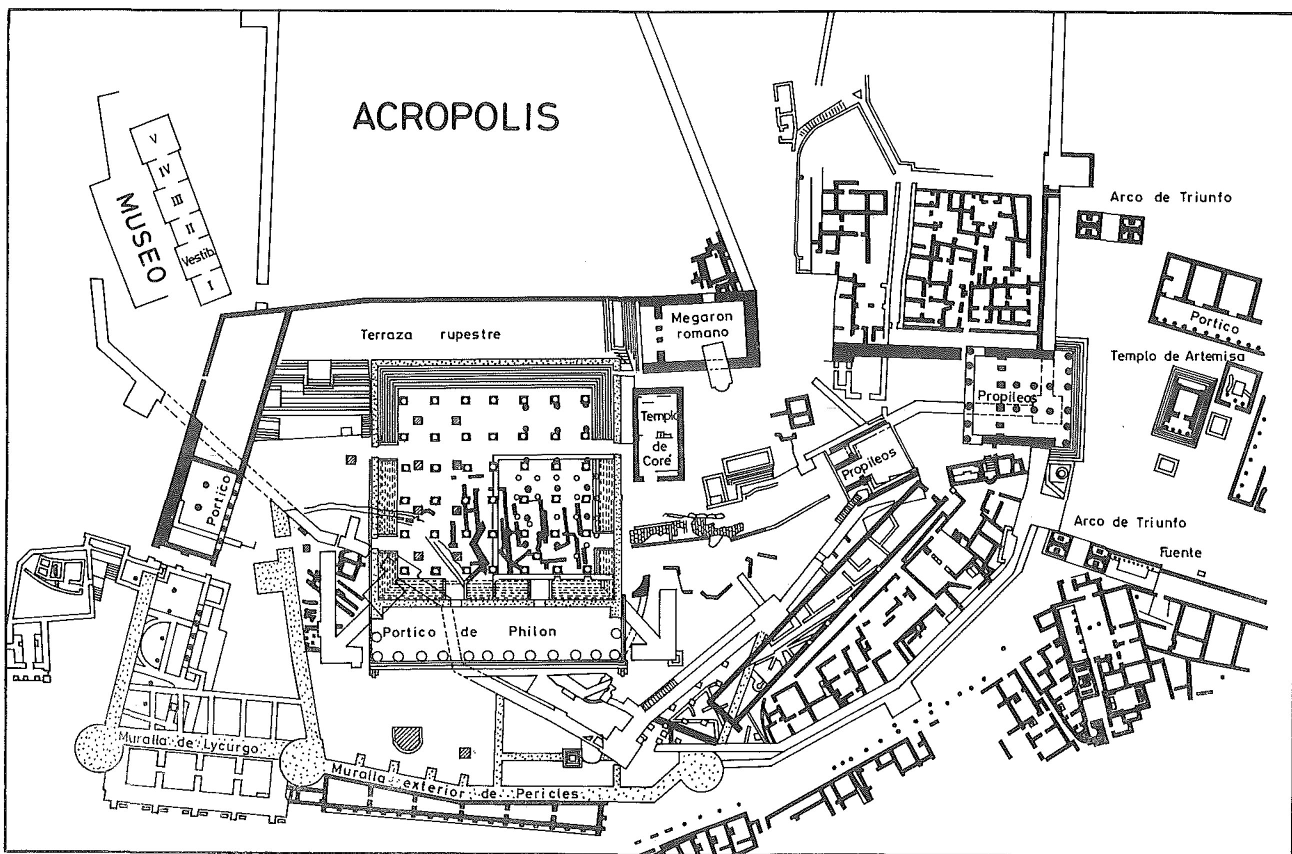
Ni los cultos oficiales ni los panhelénicos buscaron otra cosa que el conseguir bienes privados o colectivos para esta vida. Pero muchas gentes tuvieron esperanza en un mundo futuro y se adscribieron a determinados credos y rituales esotéricos que la tradición griega desarrolló especialmente en torno a Demeter, Apolo y Dioniso. Algunos de estos cultos y ritos presentan grandes probabilidades de ser muy antiguos, pero por tener carácter íntimo y privado no recibieron atención especial de los magistrados de la ciudad. Sin embargo, algunos de ellos, a partir de los tiempos clásicos, pasaron a ser también objeto de atención pública y oficial.

a) *Demeter y los misterios de Eleusis.* La faceta más conocida y antigua de Demeter, es su misión protectora de las cosechas: el ciclo de invierno, con

Sófocles (496-406 a. de C.), poeta trágico griego. Amigo de Pericles, dio mayor agilidad a la tragedia griega, al introducir un tercer actor. Profundizó en la psicología de los protagonistas y exaltó la figura del héroe, mitad hombre mitad dios. De sus tragedias quedan completas siete: Ayax, Antígona, Edipo, Electra, Las Traquinias, Filoctetes y *Edipo en Colona.*

la muerte aparente de la vida en el campo, y el ciclo de verano o de recolección se preconizan en el mito de su hija Perséfone (la Proserpina latina). Raptada por hades, era recluida la mitad del año en las oscuridades del Infierno, para luego renacer a la vida y pasar la otra mitad a la luz del día sobre la tierra. Pero también se reconocía a Demeter como diosa de la vida en general, una de cuyas facetas era la de «criadora de niños» *(curotrofa)* y que tenía poderes para prolongar la vida en el más allá; así la vemos cuidando a los hijos de Demofonte. Y, cuando deja morir a uno de ellos por descuido, Demeter le consuela otorgando a Demofonte una vida eterna y feliz junto a los dioses.

Ignoramos los orígenes del culto a Demeter en Eleusis, pero tenemos noticias más concretas desde que esta ciudad fue anexionada a Atenas en tiempos de Solón. Desde entonces, con carácter panhelénico, tenía lugar cada año la celebración de los Misterios de Eleusis; se iniciaban el 13 de Boedromion (septiembre). Desde Eleusis, los efebos llevaban a Atenas los *hiera*, o santas reliquias de Demeter, encerrados en cestas; en Atenas eran recibidos; por la sacerdotisa de Atenea; se depositaban los *hiera* dentro del Eleusinon, especie de templo filial del santuario de Eleusis. Al día siguiente, los «iniciados» se reunían en el Agora para escuchar la excomunión decretada por el hierofante contra los impuros. El día 16 se iban al puerto del Faleron y tomaban un baño purificador. Se sumergía en el mar un cerdo, que se ofrecería en holocausto más tarde. El día 19 la procesión de iniciados volvía a



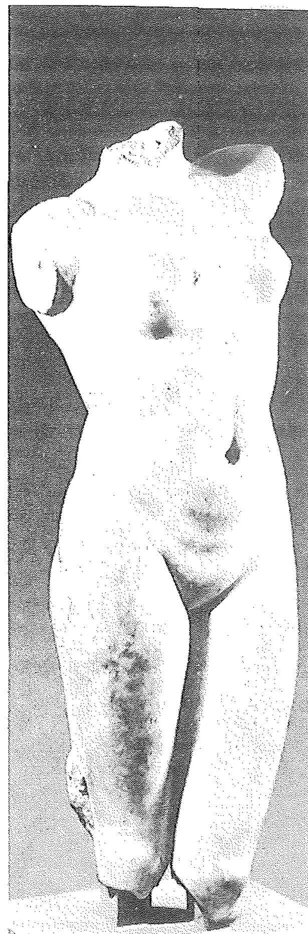
Eleusis.

Eleusis. Allí ayunaban dos días y luego recibían la revelación de los misterios a través de los *dromena*, *legomena* y los *deiknymena*. Los *dromena* aleccionaban al iniciado sobre la ruta a seguir después de la muerte para encontrar el camino y lugar de la felicidad; según un diálogo falsamente atribuido a Platón, Hércules y Dioniso obtuvieron de estas enseñanzas a los iniciados eleusinos los conocimientos necesarios para llegar al reino de los muertos; según Plutarco, estas enseñanzas describían las angustias del alma en su peregrinar hacia el Hades y el regocijo final al alcanzar la morada de los elegidos. Los *legomena* era un formulario secreto y símbolo o contraseña para

utilizar en esa dificultosa peregrinación e invocaciones a los dioses y guardianes infernales. Para los más perfectos entre los iniciados se reservaba una visión o iluminación, *deiknymena;* tenía lugar en el interior de la sala de iniciación del santuario de Eleusis; P. BOYANCÉ estima que consistía en una serie de ídolos que el sacerdote mostraba a estos elegidos. Quedaba así expédito el camino de la salvación, según expresa el himno a Demeter recogido en el *Fedón* de Platón: «quienquiera que llegue al Hades sin haber recibido la iniciación previa o la completa, será sumergido en el cenagal, pero el que haya sido purificado y luego iniciado vivirá con los dioses».

b) *Apolo, el Orfismo y el Pitagorismo.* Al nacer Apolo, nos dice la tradición legendaria de Hesíodo, recibió una mitra de oro, una lira y un carro arrastrado por cisnes; alimentado con néctar y ambrosía se hizo rápidamente un fornido adolescente y con su carcaj partió para el legendario país de los Hyperbóreos, donde habitan hombres inmunes a la vejez y a la muerte. Cuando los griegos colonizaron el Ponto Euxino en el siglo VII a. de C. situaron en su ámbito estas misteriosas tierras de donde salían los practicantes del canto, la danza, éxtasis místico y vidas etéreas con revelaciones proféticas: tales fueron Abaris, Aristeas y Hermotino. Apolo será el dios profético por antonomasia. Uno de los protegidos de Apolo sería el tracio Orfeo, al que regaló una lira con cuya música seduciría a todos los seres del cielo y de la tierra. Así obtuvo de Zeus el poder resucitar a su esposa Eurídice.

Se afirma de Orfeo que fue el fundador de una corriente religiosa, cuya existencia se ignora hasta el siglo VI a. de C. La doctrina panteísta que rodea a la personalidad religiosa de Orfeo se vinculaba, en último término, con Zeus como único dios y principio de todo; en esencia su credo parte de la idea del hombre dotado de cuerpo mortal, pero de alma inmortal y surgida del principio divino que radica en Zeus; mancillada por el pecado original y los crímenes de muchas generaciones, debe ser purificada tras sucesivas encarnaciones, sobre todo por la «iniciación». Al fin vuelve al alma universal, a Zeus, principio y fin de todas las cosas. De varios misioneros del orfismo contaba la tradición órfica vidas milagrosas: Epiménides de Creta había dormido 57 años en la gruta de Zeus Ideo en Creta, para resucitar con el poder profético y de iniciación.

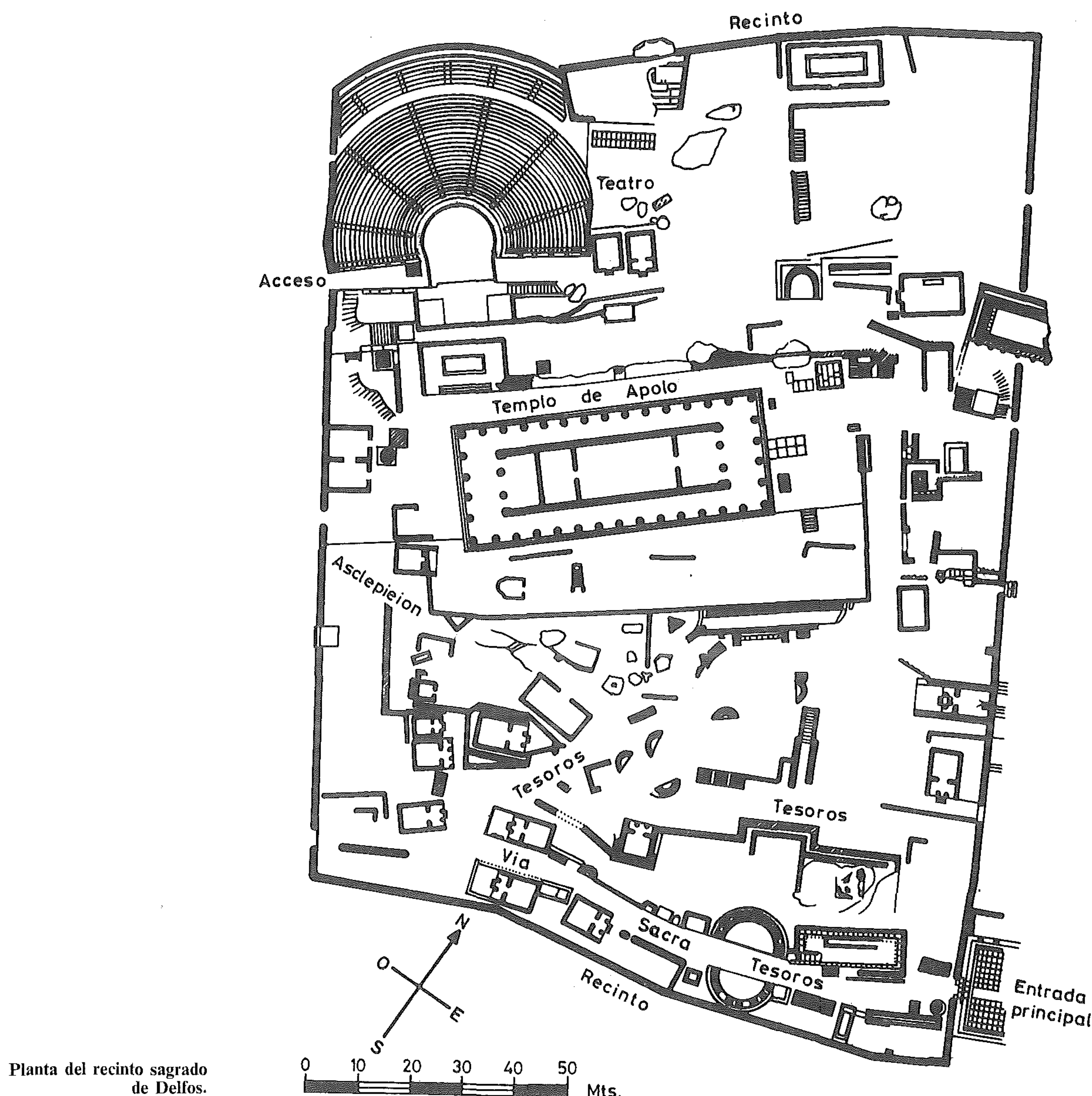

Torso femenino de mediados del siglo V a. de C.

En este rito de la iniciación radica la esencia de la doctrina salvadora del orfismo. En los intervalos de sus reencarnaciones se va expiando con la mortificación las manchas del pecado. Pero sólo los *mystes,* los iniciados en los misterios órficos, conocen las fórmulas mágicas por las que pueden irse reencarnando en seres cada vez más perfectos hasta llegar a la beatitud en la reabsorción panteística de Zeus. Los iniciados eran enterrados con tablillas o láminas de oro que llevaban inscritas fórmulas rituales, confesión de su fe y de la esperanza de llegar al cielo bienaventurado, es decir, a la fusión de su alma con el alma universal de Zeus.

La expansión del orfismo alcanzó límites importantes y así acusa su influencia en filósofos como Platón o trágicos como Esquilo y Sófocles. Era predicado por misioneros que, entre sus enseñanzas, alentaban a los creyentes a prácticas de ayuno y mortificación o abstinencia de carne animal. Logró especial aceptación en Magna Grecia y Sicilia y en la Atenas de Pisístrato. La escuela que Pitágoras fundó en Crotona hacia 530 tenía grandes afinidades con la doctrina órfica. En efecto, Pitágoras mantuvo el credo órfico de la transmigración y el destino sotérico por la ascesis; enseñaba a sus discípulos, recluidos en el noviciado durante dos años, prácticas morales y ascéticas: vivían en silencio, guardaban régimen vegetariano y rehuían vestir también cualquier prenda de origen animal. Una tradición afirmaba que Pitágoras era una reencarnación de Apolo; su doctrina religiosa de las prácticas purificadoras del hombre supone la búsqueda de una armonía del alma semejante a la matemática y astronomía que rige a la tierra y a los astros; con las prácticas ascéticas que sugiere podrán llegar a la isla de los bienaventurados, es decir, al sol y a la luna.

c) *Los cultos dionisíacos.* Dioniso es el dios cuyo relato legendario más se aproxima a los humanos; su madre es una mortal y de él afirmaba la tradición que tenía su tumba en el templo de Apolo en Delfos. Fue un dios que enloqueció e hizo enloquecer a Licurgo, rey tracio, a los tebanos y a los piratas marinos. Vinculado a la producción del vino, simbolizaba el poder de la naturaleza y recibía culto en múltiples lugares; pues, según la tradición,

recorrió muchos países buscando adeptos y enseñando el cultivo de la vid. Pero las fiestas más notables y significativas nos son conocidas a través de las Dionisíacas que se celebraban en Atenas; duraban varios días en cuatro etapas (diciembre, enero, primeros días de marzo y fines de marzo). Consistían en procesiones, representaciones teatrales, apertura de las cubas de la última cosecha de vino, coros y danzas. Su culto adoptó aspectos de la religión ciudadana. Dioniso, el hombre-dios, que vivía en Tracia y Asia, cuando le apetece cambia de forma y se hace visible en lugares diferentes; entra en trance y comunica su delirio a sus seguidores. Estos aspectos del



Planta del recinto sagrado de Delfos.

culto a Dioniso se han recogido en diversas leyendas, una de las cuales fue utilizada por Eurípides en *Las Bacantes:* después de un largo viaje regresó a su patria Tebas en calidad de dios, pero sus tías se niegan a adorarle; Dionisos las hace enloquecer y con ellas a todas las tebanas a las que conduce al Citeron; Penteo, hijo de una de las tías, que reina en Tebas, ordena que se le detenga, pero Dioniso consigue liberarse; corre el rumor de que las tebanas dan de mamar a cervatos y lobeznos, que hacen brotar fuentes de leche, miel y vino y que descuartizan toros sin emplear cuchillos y que cuando son asediadas por los soldados de Penteo les tocan son sus bastones y les hieren;

Penteo quiere cercionarse de ello y acude al Citeron; cuando las tebanas le ven piensan que es un león, se lanzan sobre él y le descuartizan.

Esta tragedia nos pone de manifiesto algunos de los ritos dionisíacos. Por una parte, la *oribasia*, es decir, el retiro a la montaña en donde se celebraban las orgías sagradas; por otra, la laceración de la víctima y por último la homofagia o comida de su carne cruda. El propio Dioniso es conocido como *Omadios*, «comedor de carne cruda». Las orgías báquicas tenían lugar cada dos años y no se adaptaban a los ciclos agrarios. Probablemente fueran ceremonias místicas, en un principio, cuya finalidad era la de aportar una revelación sobrenatural. A diferencia de las revelaciones de Demeter y Apolo, orientadas fundamentalmente a la vida futura. El dionisismo trató de identificar a sus fieles con su dios en la existencia terrena. Así, en el rito de la *oribasia* las danzas fundían a la divinidad y al devoto en uno sólo y en comunión. Era denominado «*Bacchos*», calificativo que también recibía el propio Dionisio. La homofagia constituye el momento principal de la comunión mística, pues el animal sacrificado y consumido era el propio Dioniso. Por este sentido trascendente y transformador del ser humano se convirtió en una de las religiones más aceptadas en Grecia, en las colonias griegas y en todo el mundo helenizado, incluso el oriental.

d) *Demonios y héroes*. A partir de Homero y Hesíodo, el *daimon* no es sino el poder divino ejercitado en forma funesta o benéfica; así, *daimon* es a veces sinónimo de *theos*. Pero también se identificaba el demonio con unos seres sobrenaturales situados a caballo entre las divinidades olímpicas y los hombres, como las Moira, Tyche y los héroes. Platón hace referencia a demonios, genios y héroes a los que hay que sumar las ninfas, relacionadas con los árboles, pues cuando eran abatidos, su alma abandona la luz solar. Las *ninfas* son las sucesoras de las divinidades minoicas del árbol y hermanas de los genios de la vegetación. Entre ellas existe una diferencia, pues los últimos se identifican con el ciclo anual y lo que encierra de muerte y resurrección; en cambio, aquéllas son longevas, lo que no quiere decir que sean inmortales. En Esquilo abunda el uso de *daimon* como equivalente a *Tyche* o destino feliz o desdichado del hombre.

A. Brelich define a los *héroes* como seres intermedios entre los dioses y los hombres y poseen una naturaleza sobrehumana muy acusada en sus aspectos externos: talla gigantesca o enana, apariencia teriomórfica, androgenia, sexualidad exagerada. Supera, pues, al hombre en fuerza, valor e influencia cerca de los dioses. Muchos son de origen divino. El vocablo héroe, «señor» debió tener en un principio un carácter honorífico como forma de designación de un personaje extraordinario. Están con frecuencia más cerca de los dioses y son casi siempre especialmente protegidos de alguno de ellos, que le ama o le dio su paternidad. Antes de que naciera la historia crítica en Grecia en el siglo V a. de C., las ciudades y no pocos aristócratas pretendían traer su origen más o menos remoto de uno de estos héroes; origen que defendieron con relatos legendarios tan bellos como plenos de imaginación y enriquecedores de la literatura griega; la cual, aún en tiempos tardíos, se deleitó, especialmente a través del relato de los Trágicos en los que el drama humano encontró las más sublimes expresiones revestidas de mito heroico. También la escultura y las pinturas de las cerámicas nos han dejado infinitas muestras de estas tradiciones y creencias griegas.



Detalle de una copa ática con Apolo y una musa. Hacia 450 a. de C.

El héroe, el hombre de los tiempos pasados, como le llama Aristarco, al ser considerado como un difunto debe merecer la misma honra. Los griegos establecieron una diferencia entre el sacrificio destinado a los Olímpicos, *thisia*, y el de los dioses infernales y héroes, *enagismos*. Los primeros eran celebrados por la mañana; el animal era degollado con la cabeza alzada y sobre un altar se depositaba la grasa y ciertas vísceras para ofrecérselas a los dioses y el resto lo comían los fieles. Los *enagismos* tenían lugar por la noche y la víctima era degollada con la cabeza baja para que su sangre se derramase sobre la tierra; luego era incinerada. Los centros de culto a los héroes lo constituían los cenotafios con los restos de los héroes, cuidados celosamente por las ciudades. Así, el recinto de Artemis en Delos alojaba las tumbas de las Vírgenes Hiperbóreas, a pesar de que estaba prohibido enterrar a los muertos en esta isla.

Las ceremonias y lamentaciones fúnebres en honor a los héroes no ofrecen una misma característica. En Amiclas (Lacedemonia) las dedicadas a Jacin-

tos comprendían un día de luto y dos de alegría, desempeñando un papel muy importante en estas fiestas los jóvenes de ambos sexos, lo que ha llevado a algunos autores a relacionarlos con el culto a un genio de la vegetación o con los ritos de adolescencia. Otros ritos solían celebrar las desventuras de los héroes; por ejemplo, las desgracias de Adrasto, el jefe de la expedición de los siete contra Tebas. Según M. NILSSON el origen de la tragedia debe buscarse en estas prácticas, pues, las más antiguas tuvieron lugar en torno a una tumba y finalizaban con un lamento fúnebre, un treno.

II. LA POESIA

Los griegos, creadores de casi todos los géneros literarios, logran en cada uno de ellos, obras de inigualable perfección. En los siglos VII y VI fue la lírica la que brilló a máxima altura como posteriormente lo sería el género histórico y dramático o el pensamiento filosófico. La poesía lírica griega de estos siglos, al parecer compuesta para ser acompañada de música y danza en la mayoría de sus composiciones, se suele agrupar en tres grandes géneros, todos ellos como expresión de los sentimientos personales y compuestos en las más variadas gamas de ritmos: poesía elegíaca, poesía yámbica y poesía mélica o canción.

1. La elegía



Detalle de una cerámica ática con una Musa tocando la cítara. Mediados del siglo V a. de C.

Elegía viene del término *elegos* «lamento fúnebre» o canto de duelo, del que deriva *elegeion* que hace referencia al contenido trenódico del poema y a la estructura métrica. Favoreció la formación de este tipo de estrofa la incorporación de la flauta que procedente de Asia llegó a Grecia en el siglo VII a. de C. Ahora bien, no debemos buscar el origen de la elegía exclusivamente en el lamento fúnebre del banquete, pues se ha comprobado que tiene vinculación con ciertos cultos, en concreto con el de Demeter. Además, según RODRIGUEZ ADRADOS, *elegos*, seguramente palabra no griega, tiene relación con glosas que designan simplemente un estado de locura que los griegos consideraban consustancial con la creación poética. La elegía, surgida en el ambiente de los lamentos y elogios fúnebres, acusa también una fuerte influencia de la época. De esta manera se consolidó como un género literario que expresaba todas las necesidades de la nueva sociedad. Por eso, la elegía recogió diversos temas: militares, religiosos, políticos, morales, autobiográficos, etc.

Forman un primer grupo de poetas elegíacos aquéllos en los que vibra el patrimonio al estilo de Homero. A él pertenecen Calino de Efeso, que vive en la primera mitad del siglo VI a. de C., y Mimnermo de Colofón. La poesía de Calino estimula a sus paisanos a la defensa de su patria amenazada por los cimerios. Era autor también de poemas históricos y mitológicos hoy perdidos. La obra de Mimnermo es ante todo erótica: exalta la juventud, la alegría, los placeres y se siente abrumado por las tristezas o la futura vejez.

El segundo grupo de poetas elegíacos lo integran autores de marcada intencionalidad política: Solón y Tirteo. Era Solón de Atenas y a través de sus elegías su actuación política de equilibrio entre la aristocracia todopoderosa y las clases humildes que reclamaban un trato justo y un beneficio más equilibrado sobre la producción del suelo. A su vez, vibrantes de fuerza, están las elegías de Tirteo que se han conservado en pasajes de autores antiguos; tienen como meta primordial estimular a los espartanos a la lucha contra sus enemigos los mesenios. Tirteo exalta el valor militar y algunas de sus canciones debieron ser entonadas por espartanos así como al cargar sobre el enemigo, en sus entrenamientos y paradas militares.

En un tercer grupo, con poesía lírica de carácter eminentemente moral y que vive a finales del siglo VI (en 545-500 a. de C.) figura Teognis, originario de Mégara. Era aristócrata y cuando triunfó la democracia en su ciudad, fue

desterrado. En versos con gran fuerza de expresión muestra su odio a la plebe y exhorta a Cirno para que se defienda ante la grave amenaza de la decadencia de los ideales aristocráticos.

2. La poesía yámbica

Se encuadran en la poesía yámbica tres principales autores: Arquíloco, Simónides e Hiponax. Hacia 700 vivía Arquíloco, un poeta original con respecto al pasado y que fue un modelo muy imitado en la posterioridad. Da a su propia poesía el nombre de *yámbica*, conservado posteriormente en poetas de léxico sencillo y popular, y de contenido esencialmente satírico. Conservamos más de cien fragmentos de su obra en la que es primordial el aquí y ahora. En ocasiones utiliza recursos de la epopeya y en algunos poemas se limita a exponer sus sentimientos o ideas destacando el amor y el odio, que suelen cristalizar en un alud de maldiciones, injurias o sarcarmos contra determinadas personas. Esta faceta, la que más ha llamado la atención de su obra, nos proyecta la vida de un bastardo llena de avatares que vive en un mundo conmovido social y espiritualmente en sus cimientos. El poeta es un ejemplo del individualismo de la época. Aunque Arquíloco fue una persona anárquica, participó como uno de tantos ciudadanos en empresas de su ciudad, cuyos jefes eran miembros de la aristocracia hacia la que muestra su desprecio. Al igual que Homero, Arquíloco dice que sus sentimientos le han sido inspirados por la divinidad. El individualismo que surge en el siglo VII y que quiere romper con el pasado tradicional, trata de ensayar nuevas normas y fundamentos para las acciones humanas; Arquíloco se suma a ello. Idea suya es que el hombre reconozca el límite de sus aspiraciones señalado por los dioses, los cuales le ensalzan y humillan a su antojo. Algunos autores han atribuido a Arquíloco la paternidad de un sentimiento de pesimismo e inseguridad ante las fuerzas irracionales que gobiernan el mundo y la vida del hombre; y el aconsejar como remedio único la resignación. Idéntico pesimismo y fatalidad puede apreciarse en determinados pasajes de las obras de Homero. Es característico de su poesía, a la vez que original, el que por doquier aparezca la experiencia concreta; el poeta vive intensamente el presente.

Simónides de Amorgos, colonia de Samos, o quizá de la misma Samos, predica la inacción, la despreocupación y el placer. La poesía le sugiere una resignación ante el destino, similar a la de Arquíloco. También como Arquíloco tiene acerbas sátiras contra la mujer a la que compara al zorro y a la perra. Se le atribuye una *Arqueología de los samios* de la que se ignora totalmente su contenido. Hiponax de Efeso vivió a fines del siglo VI y se hizo también célebre por sus mordaces sátiras.

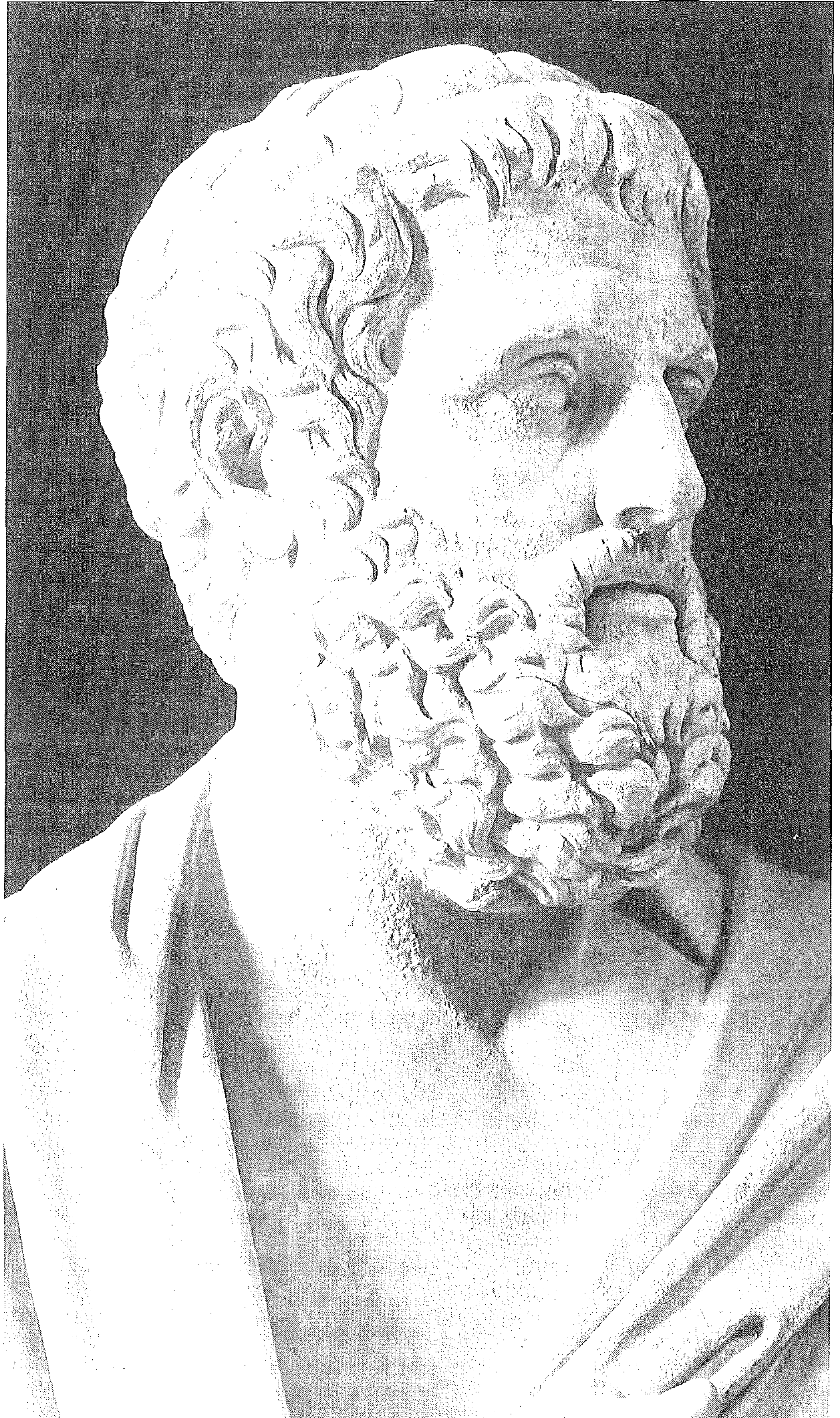
3. La poesía mélica

La poesía lírica propiamente dicha se conocía como mélica (*melos*, «canto») y se oponía al *logos*, «lenguaje» expositivo, no cantado. Esta poesía se dividía en coral y monódica, según fuera interpretada por el coro con acompañamiento de danza o por un solista. Entre los líricos mélicos hay que citar a Terpandro de Lesbos (siglo VII), de quien se decía que había inventado la lira de las siete cuerdas. Actuó en Esparta y compuso premios citaródicos del tipo de los himnos homéricos. La lírica monódica surge en Lesbos y sus principales intérpretes, Safo y Alceo, vivieron a principios del siglo VI a. de C. Tomó parte Alceo en las luchas políticas de su patria, Mitilene, al lado de los aristócratas, a cuyo grupo pertenecía, aunque abandonó cobardemente su escudo en la batalla. Se muestra apasionado y violento contra sus enemigos y es igualmente fogoso en su exaltación del vino y el libertinaje. Queda poco de su obra: Himno de Harmodio y Aristogitón, diversas canciones báquicas y epigramas.

A la poetisa Safo no le importa el poder o la lucha política, sino el individuo, sus experiencias íntimas, la belleza del ser a quien ama; por ejemplo, la de una muchacha que forma parte del grupo que se ejercitaba en la música y en la canción. En sus composiciones es ingeniosa y elegante. La simplicidad de estos poetas lesbios reaparecerá con las canciones de Ana-

creonte (hacia 570-490 a. de C.); como poeta áulico de varios tiranos cultivó con preferencia la lírica individual cortesana y aduladora; canta los placeres con aire alegre y burlón.

En los países dorios se desarrolló con éxito una escuela coral poderosa en la segunda mitad del siglo VII. A ella pertenecieron Alcmán de Sardes, en



Sófocles, poeta trágico griego. Junto a Eurípides y a Esquilo forman la gran tríada del teatro trágico griego.

Esparta, que compuso canciones de coros femeninos *(partenios)*. En Sicilia, Estesícoro de Hímera (640-555) compuso baladas de tipo homérico y aporta novedades como el tema pastoril, muy propio de su país natal y la historia novelesca de amor. En Regio es Ibico, en la segunda mitad del siglo VI, el que mezcla en sus coros el mito, el erotismo y la morbosidad; debió coincidir con Anacreonte en la corte de Polícrates de Samos.

III. ENTRE LOS MYTHOS Y EL LOGOS: LOS ORIGENES DE LA HISTORIA, LA TRAGEDIA Y LA FILOSOFIA

Como expresión pura y decidida del individuo frente al fatalismo divino y a la sociedad integrada en el genos y que mediatiza la vida del hombre, la poesía lírica había logrado todo su esplendor en el periodo de transición entre los siglos VII y VI. Otras manifestaciones del espíritu seguirían idéntico camino liberalizador en el que se abandonaría la concepción heroica de la vida al servico de una aristocracia, que pretendía mantener sus derechos apoyados en su comunidad de sangre con sus divinos antepasados; se abre paso la realidad, la razón, la virtud adquirida y no heredada. Veremos esta transición de los siglos VIII al VI en cuatro grandes creaciones del espíritu griego que preconizan la grandiosidad del clasicismo del siglo V: el teatro, la historia, el pensamiento filosófico y el arte.

1. Los inicios de la Historia: Logógrafos y Mitógrafos

Los primeros pasos de la Historia en Grecia se los debemos a los llamados *Logógrafos*, según la designación de los propios antiguos. La palabra indicaba una actividad meramente literaria en prosa, sobre hechos pretéritos, pero ajena por completo a la de los verdaderos historiadores. En el término «logógrafo» se indica la analogía con los que escribían en verso. El asunto de estos escritores parece haber sido, en general, la historia genealógica de las principales familias de sus ciudades; el intento de consagrar los gloriosos antecedentes de la nobleza les llevó a admitir tradiciones o hacer invenciones lamentables y ajenas a todo sentido crítico. Estrabón, que había leído muchos de estos relatos de los logógrafos, nos cuenta que no eran, sino epopeyas en prosa, con entera ausencia de la indagación histórica y de la más elemental crítica. Sus mismos temas, tomados al pasado más lejano, contaban tan sólo mitos y genealogías más a propósito para despertar la curiosidad de los lectores que para provocar en ellos un conocimiento útil acerca de la valoración de lo histórico. Pretenden alcanzar una fidelidad en escasos y limitadísimos casos y ello a costa de la quebradiza credulidad de los propios interesados; incluso esta fidelidad, verdad, sólo busca consolidar una gloria legendaria a las aristocracias. Cierto que cuando aquellos logógrafos contaban el origen de las ciudades con objeto de perpetuar la memoria de algunas familias nobles provocaban un sentimiento patrio. Pero lejos de su propósito cualquier visión de conjunto sobre la vida del mundo, ni siquiera para comprender a todos los griegos; sus relatos son crónicas locales y, si exceptuamos a Hecateo de Mileto, están faltos en absoluto de la crítica de veracidad más elemental. Tucídides (Hist. I, 21) con un desdeñoso comentario nos reseña a los principales de estos autores de los que obtenemos más datos para la historia cultural que para la historia propiamente tal. A principios del siglo VI, Cadmos, considerado como uno de los primeros logógrafos y padre de la prosa griega, escribe «La fundación de Mileto» y poco después Acusilao de Argos más bien como mitógrafo que como cronista, narra los orígenes de su ciudad.



Detalle de un relieve griego con figuras de caballos.

Próximos a la Guerras Médicas nos encontramos con dos personajes, Escilas y Hecateo, en los que sus aficiones de escritores de Geografía despertaron forzosamente un elemental sentido crítico, al describir las ciudades y sus razas, y establecer las inevitables comparaciones. Escilas de Carianda, en una obra de vida fugaz, describe la India por encargo de Darío; más importancia y solidez tuvo la obra de Hecateo de Mileto, a la vez

historiador y geógrafo, en sus obras «Genealogías y Descripción de la Tierra»; la superioridad de Hecateo sobre sus antepasados radica en el espíritu crítico que le anima, al preocuparse por la verdad y afirmar el derecho de la razón sobre la tradición. Estableció así el más sólido fundamento de la ciencia histórica, de cuerdo con el racionalismo que expresa en el comienzo de su obra: «Escribo estas cosas que me parecen verdaderas, pues los discursos de los griegos son diversos y para mí ridículos.» Con todo, no es de extrañar que en la realidad, la obra de Hecateo no estuviera a la altura de sus ideales; no llegó siquiera a negar valor científico a los mitos homéricos y más bien intentó una autentificación de la leyenda mediante un estudio comparativo de la leyenda y de la Historia. Sin embargo, en Hecateo, el escepticismo hacia la mitología griega y el racionalismo de la filosofía jonia, abrieron ya los auténticos cauces para el logro de la verdad histórica; aunque no tuvo toda la fuerza necesaria para desprenderse del lastre del tiempo en que vivía. Su obra llegó a merecer el elogio de Herodoto, que debe a Hecateo más de lo que él mismo admite. Si Herodoto superó a Hecateo no es porque su espíritu crítico fuera mucho más lejos, ni porque sus métodos de investigación histórica fueran superiores, sino porque un grandioso acontecimiento, las Guerras Médicas, le proporcionó el más sublime objeto de su historia, en una materia en la que el conocimiento de la realidad acaecida estaba con facilidad a su alcance.

Con Ferécides de Leros, Janto de Lidia y Caron de Lampsaco, cuyas obras revisten más bien el carácter de romances que de relatos puramente mitológicos, llegamos a los tiempos de Heródoto, no sin que se promulguen aún algún tiempo las obras de la tradicional mitografía en la persona de Hellánico y Antíoco de Siracusa. Pero revistiendo ya sus crónicas de carácter local un mayor aspecto de anales y mostrándose por ello mucho más próximos a la verdadera historia.

Las obras de todos estos escritores, en su mayor parte perdidas y sólo conservadas en citas de escritores posteriores, fueron despertando la conciencia histórica de los pueblos helenos y no es en ellos pequeño mérito el haber abierto el camino a la verdadera concepción de la historia, que nace con Heródoto durante el siglo v para encontrar su madurez en Tucídides. Al mismo tiempo, ellos dieron a Grecia una nueva concepción del mundo y del hombre que se incorporaría al pensamiento griego

2. Los orígenes del pensamiento científico

Ya por el siglo VII a. de C. nace en el mundo griego el pensamiento crítico, la filosofía, cuyo primer y principal problema fue el origen del mundo y de la vida, los principios y leyes que forman y rigen al Universo. Lejos de las tradiciones míticas y sobrenaturales se hacen planteamientos lógicos y racionales a partir de la experiencia y de las realidades que observan sobre la tierra. Como en tantas otras facetas del pensamiento, la literatura y el arte, el pensamiento científico, la Filosofía nace en Asia Menor para pasar luego a las tierras griegas de Italia, en contacto con otras culturas, libres del peso de la tradición religiosa que en la Grecia propia guarda toda su fuerza tradicional. Lógicamente, tras esta búsqueda de la esencia y estructura del mundo van a surgir otras ciencias: física, ciencias de la naturaleza, matemática, astronomía, metafísica. Prefiguraron así casi todos los tipos de especulación para darles sus peculiares respuestas. Respuestas que, ciertamente hoy nos son mal conocidas porque de sus ideas sólo se nos han transmitido algunos esquemas y principios; pero, ni todas ellas, ni, por supuesto, su apoyatura lógica. Por eso sólo a grandes rasgos llegamos a conocer su pensamiento y no sin riesgo de alguna interpretación improcedente, Aristóteles llama a esta generación anterior al año 500, *fisiólogos*, los que hacen una física con métodos filosóficos.

a) *La Escuela Jonia.* Tales de Mileto vivió aproximadamente entre 624 y 546. Viajó por Egipto y Babilonia. Algunos relatos antiguos atribuyen a Tales numerosas actividades: ingeniero, astrónomo, político; fue considerado como uno de los Siete Sabios. Introdujo en Grecia el cálculo de las distancias y alturas en función de la sombra y de la semejanza de los triángulos, utilizado por los egipcios. Aristóteles confirma que Tales fue el primer



Los centros culturales griegos de los siglos VIII-VI. (Según Leveque.)

filósofo; pensaba que el agua era el primer principio y por eso llegó a sostener que en la tierra todo emanaba del agua, pues observaba que el agua era el alimentos de todas las cosas, pues todas las semillas poseían una naturaleza húmeda. Aristóteles y Diógenes Laercio le atribuyen la frase «todas las cosas están llenas de dioses». Pero parece que no debemos entenderla en un sentido panteísta, sino como una fuerza activa, vivificante y transformadora.

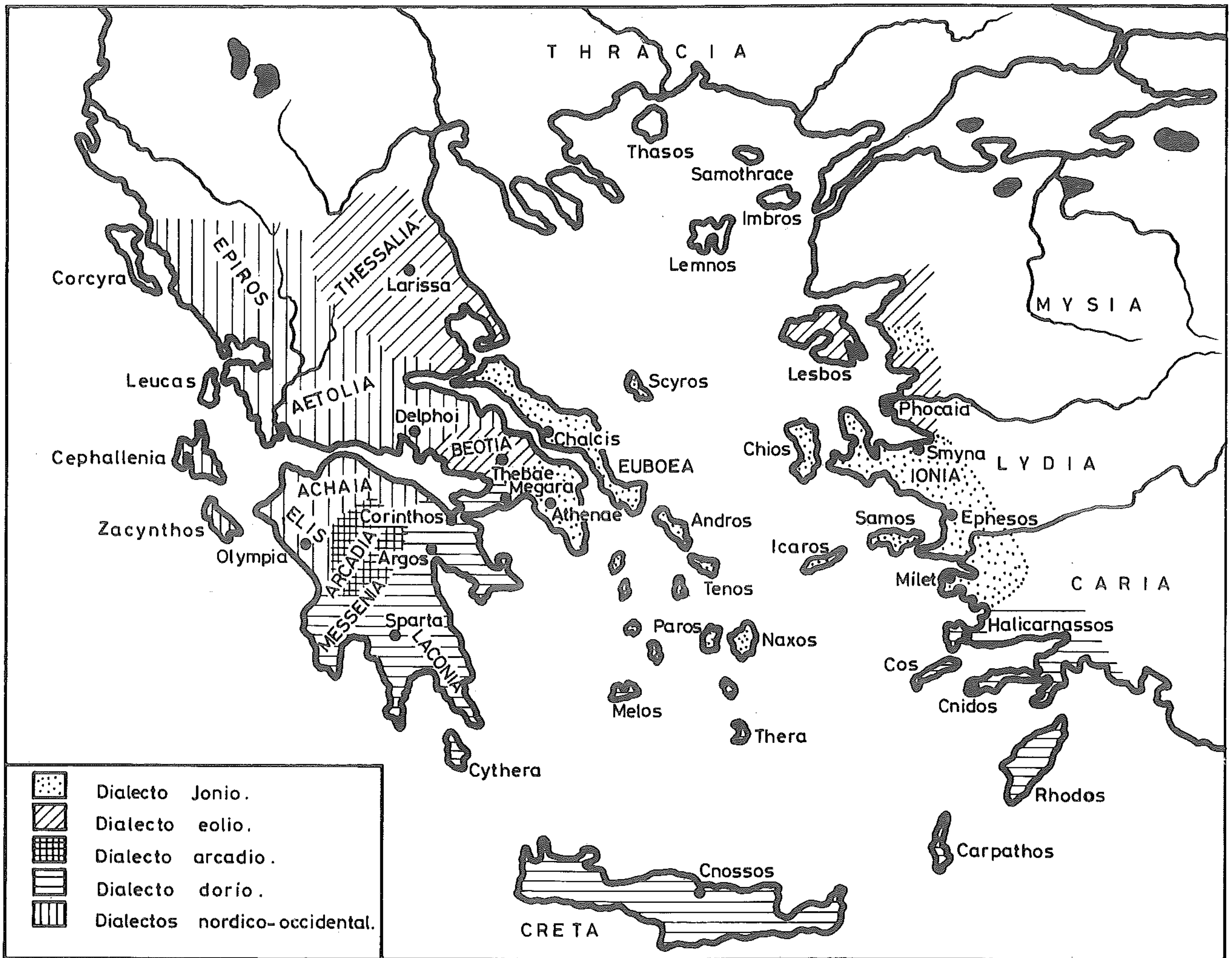
Hacia 610 nació Anaximandro. A diferencia de Tales, que no escribió sus ideas, sino que se limitó a predicarlas, es el primer autor de escritos filosóficos. Su obra, «Sobre la naturaleza», influirá mucho en sus seguidores presocráticos. Su concepción del universo prescinde también de los elementos míticos. Según él, el principio de todas las cosas es el *apeiron*, «infinito», «ilimitado», no en sentido matemático, sino en el de indeterminación. Según él, las cosas nacen por transformación o por una especie de segregación y se van separando del total por un sistema de criba, primero lo frío, luego lo caliente y a continuación el resto. Este engendrarse y perecer es una *adikia*, «injusticia», un predominio injusto de un contrario sobre otro —lo caliente sobre lo frío, o lo húmedo sobre lo seco—. Por esta injusticia existe el predominio de las cosas individuales. Afirma que el hombre procede del pez y que en otros tiempos no había más que peces. El *apeiron*, que también gobierna el mundo, además de sustancia es ley. Las cosas cuando terminan el ciclo que tienen impuesto por esa ley se disuelven de nuevo en el *apeiron*, inmortal e incorruptible. Este infinito eterno y sin vejez, que comprende todas las cosas sin ser abarcado por ellas y que es ley de justicia, es de carácter divino.

Pitágoras (siglo VI a. de C.), filósofo y matemático griego. Nació en Samos, fundó una escuela filosófica en Crotona. Creador de las ciencias matemáticas, para él, los números eran los elementos de todas las cosas y el mundo era una armonía aritmética. Percibió el movimiento de la Tierra sobre sí misma y enseñó que ésta era esférica. Se le atribuye el teorema de Pitágoras.

Anaxímenes, también de Mileto (588-524 a. de C.), vuelve sobre el origen de los seres. Añadió dos elementos a las ideas de Anaximandro. En primer lugar, el aire. La respiración es aliento vital. Del aire nacen todas las cosas y a él retornan cuando se descomponen. Es una vuelta a la tesis de Tales, pero sustituye el agua por el aire. La condensación y rarefacción son el modo concreto de la formación de las cosas. Así, el aire enrarecido es fuego y condensado, y en función de su densidad, nubes, agua, tierra y rocas.

Anaxímenes precisa la naturaleza del *apeiron* al que atribuye los mismos caracteres de la infinitud de donde surgen todas las cosas, al estar animado de un movimiento eterno, el devenir cíclico, con su disolución periódica en el principio originario y una periódica renovación. Todas las cosas e incluso los dioses nacen del aire. Aunque no entiende como tal el aire atmosférico, sino, un protoelemento inmortal e imperecedero, divino.

b) *La escuela itálica de Pitágoras.* Después de Mileto, el núcleo filosófico más importante surge en torno a Pitágoras y sus seguidores. Era Pitágoras de Samos (584-504 a. de C.). Salió huyendo del tirano Polícrates y se refugió en Crotona, al parecer después de viajar por Egipto, Babilonia y la India, en donde fue asimilando su sabiduría. En Crotona creó una Escuela desde el año 530 a. de C.; por una parte, de aprendizaje científico-filosófico, y por otra, de profundo sentido religioso, que parece vincularse al orfismo, y se ajustó a rigurosas normas de ayuno y silencio. Esta escuela tuvo gran acogida en todo el sur de Italia: Agrigento, Catania, Síbaris, Regio. Por doquier llevó sus ideales místicos y formativos que buscan la santificación por el ascetismo.



Las lenguas del Egeo en el siglo VIII a. de C.

En la doctrina filosófica de Pitágoras se defendía que el ser humano estaba integrado por dos principios, el cuerpo material y el alma espiritual, que procedía del *pneuma,* espíritu que informa todo el universo. El alma produce la armonía entre los distintos elementos que forman el cuerpo y que es una cárcel, *soma*, para el alma. Entendían que había que superarla sin perderla, siendo necesario para ello un estado previo del alma, el entusiasmo o endiosamiento. Así se llegaba a una vida insuficiente, desligada por la ascesis de las necesidades del cuerpo; es decir, a un modo de vivir divino. El hombre que llega a este estado es un sabio y ciudadano perfecto, cuyo espíritu ha sido purificado, por la ciencia.

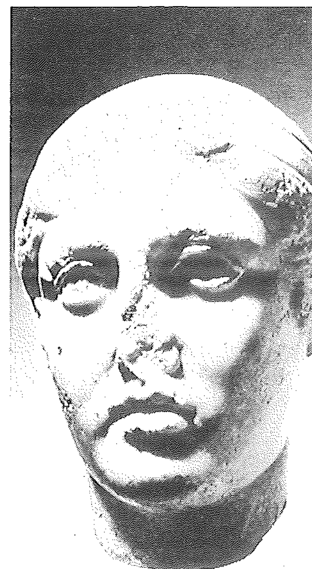
Otra aportación importante del pitagorismo es su especulación matemática. Hay un tipo de entes no corporales pero reales, los diez primeros números naturales y los cinco poliedros regulares. Para los pitagóricos, los números y las figuras son la esencia de las cosas y en algunas ocasiones llegaron a afirmar que los números eran las cosas mismas. El 1 es el punto, el 2 la línea recta, el 3 la superficie, el 4 el sólido, y así sucesivamente. Hay estrecha relación geométrica y aritmética. Pero también el 1 significa la razón que no admite divergencia, el 2 la opinión, el 3 la masculinidad, el 4 la justicia, que es el producto de dos factores iguales, el 5 el matrimonio, por ser la suma del 2 —el primer par que representa lo femenino— y el 3 —el primer impar que representa lo masculino—. El sentido mágico del número se observa en el culto religioso que se dio a la *Tetractys* —10—, la suma de los cuatro primeros números de la serie natural considerados perfectos. Representada en la figura del triángulo, en cuyo interior iban señalados los diez puntos, la *Tetractys* alcanzó un sentido tan mágico que los pitagóricos llevaban un amuleto con su diseño.

Junto a los pitagóricos apareció en la Magna Grecia otro brote filosófico: la escuela de Elea, representada por Parménides, Zenón y Meliso. Esta escuela eleática, tiene un antecedente en Jenófanes de Colofón. Lo más importante de su obra es la crítica que hizo de la religión popular griega y un cierto panteísmo que será el precedente de la doctrina de la unidad del ser en la escuela de Elea. Jenófanes encontraba absurdos e inmorales a los dioses de Hesíodo y Homero de los que tan sólo se podían aprender robos, adulterios y engaños. Rechaza el antropomorfismo de los dioses. Es partidario de la existencia de un solo dios, el mayor entre los dioses y los hombres, distinto de los humanos en la forma y en el pensamiento.

3. La Tragedia

a) *Sus orígenes.* También asistimos a finales del siglo VI a. de C. al nacimiento de los géneros dramáticos; vinculados íntimamente, como hemos visto, a determinados cultos religiosos. Los textos que hacen referencia al origen del drama son escasos y muy poco explícitos. Al decir de Aristóteles la tragedia tomó su origen de los cantores del ditirambo, canto religioso dionisíaco interpretado por un coro de «entonadores».

Según RODRÍGUEZ ADRADOS la palabra *komos* que en su origen equivalía a «comitiva ritual festiva» de cualquier índole, fue común para la comedia y la tragedia. Posteriormente *komoidos* se aplicaría al actor de una determinada clase de *komoi* jocosos, mientras que *tragoidos*, «canto del macho cabrío», quedaría especializado para actores trágicos y para la tragedia surgió probablemente por las innovaciones de Arion a partir del ditirambo dionisíaco cuyo solista comenzaría a dialogar con el coro. Es decir, surgiría de un ritual religioso relacionado con el culto de Dioniso como dios de la fertilidad y con elementos rituales de tipo mágico (máscaras, mimo, danzas y trenos) e inquietudes políticas (fomento de los *agones* por los tiranos para agradar al demos). La tragedia acusa un marcado carácter ático debido al auge que Pisístrato dio al culto de Dioniso Eleuteros, natural de la ciudad de Eleuteras (Beocia). Dioniso y el mito, elementos básicos de la tragedia, se encuentran ya en la fase más antigua. La influencia de Dioniso debe entenderse en función del origen popular de su culto que tuvo en Solón y, sobre todo, en Pisístrato y Clístenes, apoyo paralelo al progreso de la democracia. Epigenes de Sicione fue el primero que en las fiestas dionisíacas fue recogiendo todos los momentos dramáticos de los mitos; con él el corifeo se convirtió en narrador del mito, mientras el coro entona la réplica lírica. Pero el verdadero origen de la tragedia va unido al nombre de Tespis de Icaria, que hacia el año 534 a. de C. se presentó en las Grandes Dionisíacas. De él se dice que recorría las aldeas dando representaciones ambulantes en un carro. Dio el paso crucial al introducir un *hypocrites* «contestador» o «narrador» que sustituyó al corifeo y que podía recitar discursos y conversar con él. De esta manera surgió el primer actor. A Lesky destaca la importancia de estos «entonadores» que iniciaban el canto y se enfrentaban al coro que respondía. Aquí radica, en el diálogo, el sentido purificador de la meditación sobre el contenido de la tragedia.



Cabeza masculina. Taller de Fidias. Hacia 450-440 a. de C.

A partir de la reforma de Clístenes, que fomentó la tragedia por razones políticas, ésta se fue enriqueciendo en su temática y contenido. Aparecen los grandes dramaturgos Querilo, Frínico y Pratinas, precursores de Esquilo. Querilo escribió entre el 524 y el 520. Frínico, vencedor por primera vez en un certamen entre el 511 y el 508, utilizó los hechos históricos como contenido de sus tragedias. Predecesor de Eurípides en su *Alcestis* introdujo la moralidad, que no cuajó en la tragedia histórica. Prátinas de Fliunte escribió principalmente drama satírico y compitió con Esquilo en los primeros años del siglo v. Los grandes trágicos del periodo clásico habían tenido sus dignos predecesores; pero la grandiosa elocuencia y fuerza trágica que lograron relegó al olvido a sus maestros.

b) *Los caracteres esenciales de la tragedia griega.* Tenemos definida en la *Poética* (6,20) de Aristóteles, la Tragedia: «La imitación de una acción memorable y completa, de cierta extensión, en *lenguaje elevado y elocuente;* de un género particular que consta de *diversas partes* supeditadas entre sí. Esta imitación es hecha por personajes en acción y no por simple relato, de modo que *suscitando piedad y temor opera la purificación* consiguiente a semejantes emociones.» El propio Aristóteles glosa los conceptos de «*lenguaje elevado y elocuente*», precisando que es «aquél que tiene ritmo, melodía y canto»; y sobre las «*diversas partes*» del drama añade que son «ejecutadas unas con la ayuda de la métrica, mientras otras lo son con ayuda del canto». Aspecto también según Aristóteles, fundamental en la Tragedia es la «purificación» o *catarsis* subsiguiente al «temor y piedad que suscita».

Tal purificación se logra en la mentalidad dionisíaca con las danzas y cantos, pero muy especialmente mediante la comunión con el dios y el temor que en el espectador despierta la contemplación de que alguien quebranta el orden que dios impuso al mundo. En definitiva, según Aristóteles, amén de su contenido como género literario, la tragedia entraña un sentido purificador que emerge de la meditación. Es lo que le dio valor universal ayer y hoy: su valor humano, el tratamiento, a través del mito, de los problemas eternos del hombre.

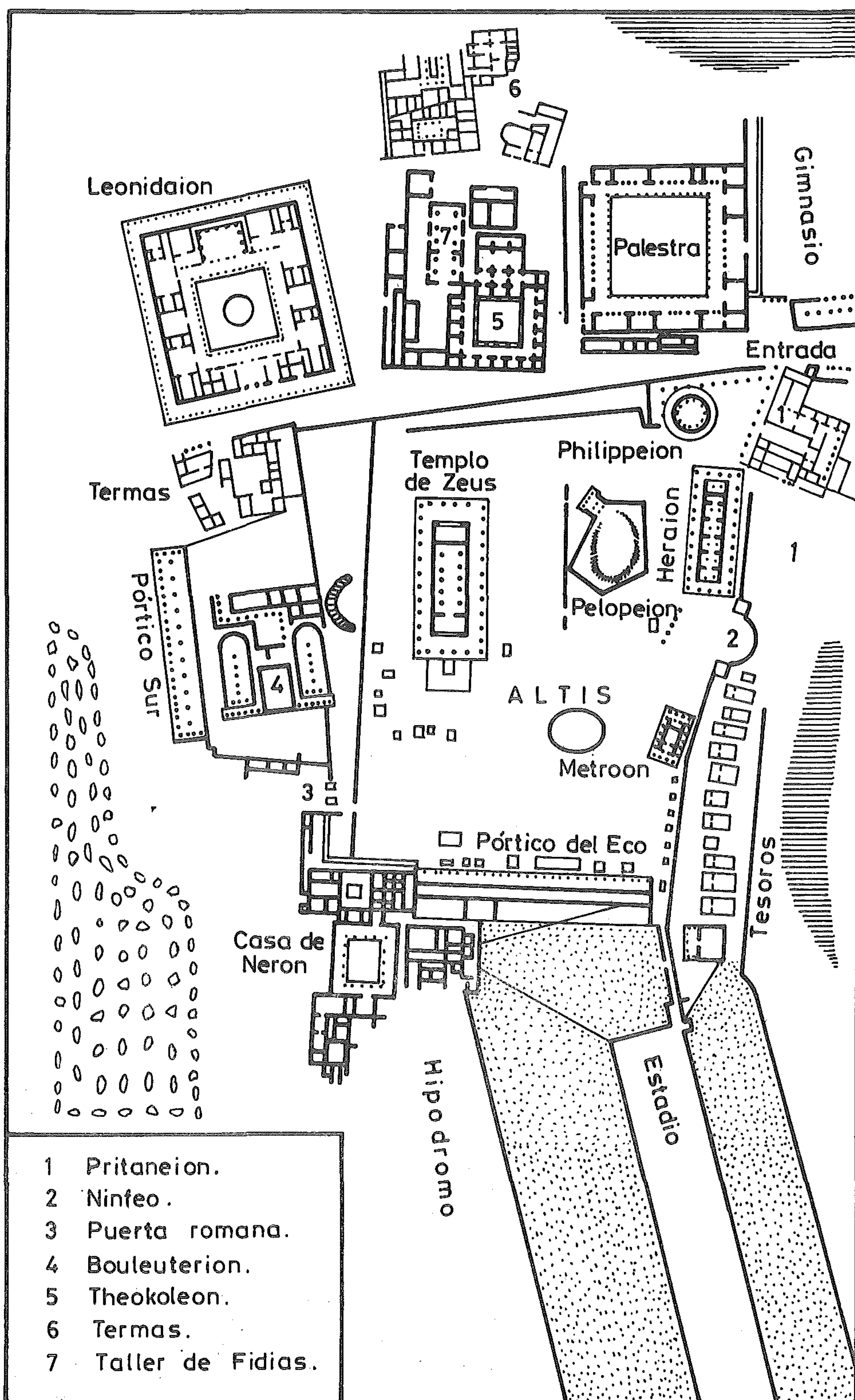
En efecto, uno de los más importantes papeles expresamente asumidos por los escritores griegos es la defensa del hombre y de su libertad; libertad que no debe entenderse sólo como libertad política, sino también y, sobre todo, como libertad esencial e íntima; la que emana de la capacidad de decisión propia y personal en todos los órdenes de la vida: religioso, político, social o económico. Ello lleva anejo la búsqueda y consecución de la verdad y la liberación de todo determinismo religioso, —como el que presidía hasta entonces todas las creencias y cultos— y de toda tiranía u opresión ejercida sobre el individuo más allá de las leyes universales. Esto es lo que hace exclamar a Sófocles en cierta ocasión: «¡Qué cosa tan extraordinaria es el hombre!»

El planteamiento universal de este problema de la libertad corresponde, pues, de lleno a la tragedia griega, auténtica expresión del drama humano, que utilizó el mito como envoltura, o medio de expresión de esta lucha del hombre por su libertad, verdad, bien y justicia. Ya los mitos abordaron estos problemas eternos del hombre: el amor, el odio, el ciego destino, la guerra, la ambición, el conflicto con la ley o la autoridad; el enfrentamiento del hombre con el hombre, con la mujer, con la autoridad, con la divinidad, con la sociedad. La tragedia se produce, y así la plantea el teatro griego, cuando esta lucha o estos enfrentamientos carecen de solución lógica, son irracionales o incongruentes, o contradictorios, o crueles, o aniquiladores.

La grandiosidad de la tragedia está precisamente en ese planteamiento del problema humano y la meditación aleccionadora y purificadora que desencadena; cuando el hombre abrumado por el destino de los dioses, por el discurrir irracional de la vida, sufre por obedecer a su instinto de justicia, por defender sus derechos imprescriptibles; es así que Antígona guiada por su piedad filial se verá enfrentada trágicamente a Creón que obedece a la razón de Estado.

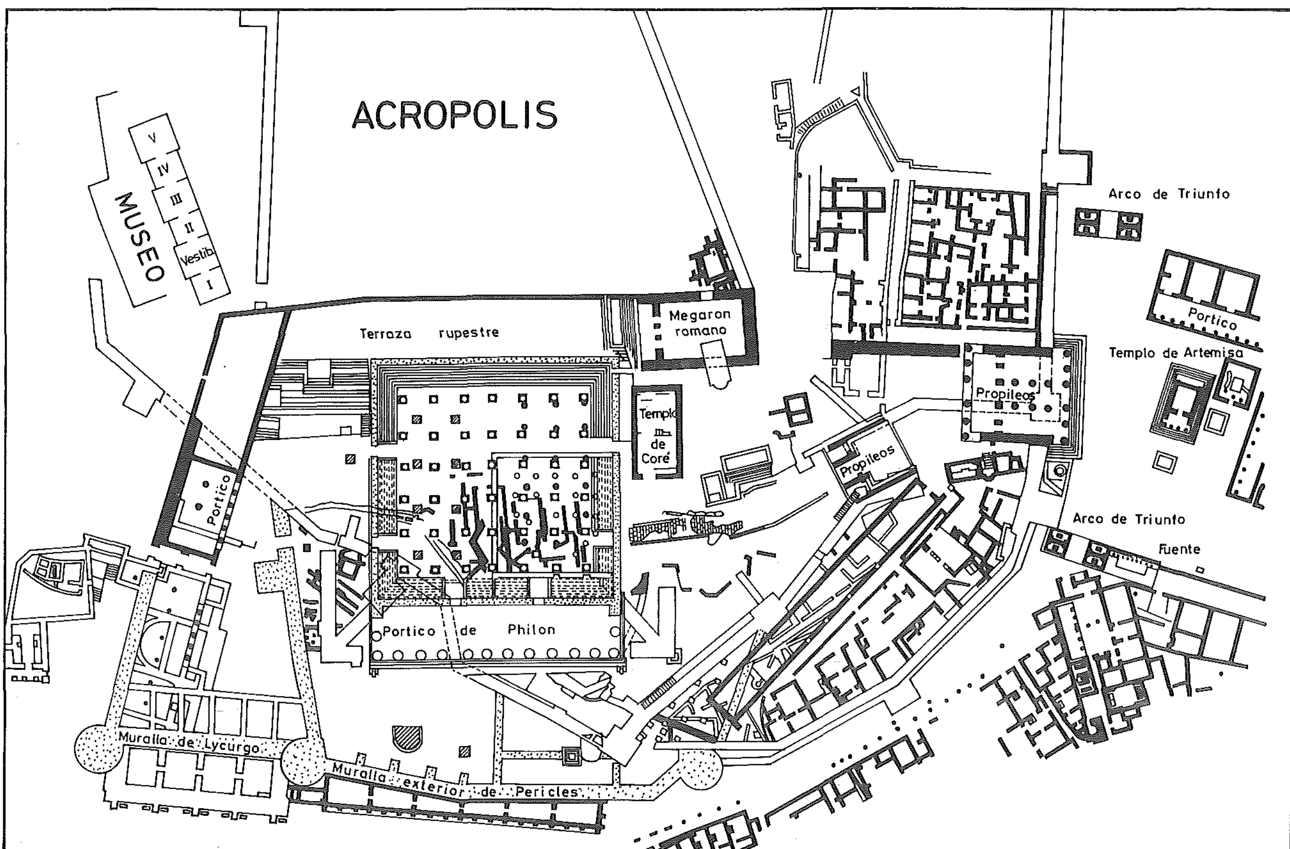
El trágico se limitará a plantear a sus oyentes el problema a través del mito, dándole énfasis y belleza, pero sin dictar la solución ni prejuzgar su fin irracional, desgraciado, o aún injusto, porque tampoco la vida del hombre y sus problemas reales encuentran aquí la anhelada solución favorable, Tal solución lógica sólo a veces se cumple; así, en *Los Persas*, Darío recibe con su

derrota la humillación que los dioses le infringen por su arrogancia. Otras veces, la solución del poeta es el absurdo, la aniquilación del culpable o aún el propio suicidio. Como observa N. Papaiannou, el autor trágico ni siquiera nos muestra cuándo el adulterio y crimen de Clitemnestra «deja de ser venganza saludable para convertirse en odioso parricidio; a fin de cuentas son los dioses quienes salvan y juzgan». Ante esos desarrollos absurdos o irracionales de la acción en la tragedia, el papel del hombre no es la rebeldía, sino aceptar en frase de Esquilo la ley de vida: sufrir para aprender.



Altis de Olympia.

El desarrollo cultural, paralelo al desarrollo económico, afectó a toda Grecia, pero muy especialmente a las ciudades colonizadoras de la costa minorasiática, a partir de los siglos VIII y VII a. de C. Junto con la literatura y el pensamiento filosófico, de allí surgirían también poderosas influencias artísticas, en particular de arquitectura y escultura. Por su riqueza, junto a Mileto, Sardes, Mitilene, Efeso y Halicarnaso, rivalizarían en la Grecia propia también Corinto, Atenas, Calcis y otras ciudades de la Magna Grecia y Sicilia; por doquier se elevó el nivel de vida y la exigencia de productos selectos. Así, a partir del 750 a. de C. cesa el geometrismo del arte para iniciarse un periodo de trayectorias diferentes e imbuidas de un gran sentido



Eleusis.

de progreso. Las influencias orientales van a servir de estímulo a la iniciativa griega para crear los grandes precedentes del arte clásico, tanto en el campo de la arquitectura como de la escultura y de la pintura. Fundamental fue la progresiva sustitución de la madera en las columnas, por piedra, y también en techos y pared.

Hay predominio de los motivos orientales, neohititas, asirios, egipcios. Aparecen en Rodas y Corinto, cuyas pinturas cerámicas reproducen los clásicos monstruos: esfinges, leones alados, sirenas. Por otra parte, ciertos centros, como Creta, Samos o Atenas reciben productos elaborados en oriente, a través de Chipre y del activo comercio de las ciudades colonizadoras fenicias; el mismo fenómeno de difusión de productos orientales se registra en toda la costa italiana e hispana meridional con cargo a los activos navegantes fenicios y también en estas regiones conlleva un período orientalizante del arte y de la cultura a través del activo comercio que se centra en la costa sirio-palestina. Pero en realidad, como afirma N. PAPAIANNOU, las clásicas tendencias griegas ya se prefiguran: en Atenas, Argos, Corinto y Eleusis, el geometrismo va cediendo paso al arte figurado y narrativo que se nutre de todo tipo de mitos griegos.

1. La arquitectura religiosa

Entre el 700 y el 500 toda Grecia se va a llenar de templos, consagrando los dos órdenes arquitectónicos más genuinamente griegos, el dorio y el jonio. Además, no sólo en el estilo artístico, sino también en la finalidad que van a asignar al conjunto arquitectónico destinado a la divinidad, los griegos van a partir de ideas originales. Ya desde sus orígenes, el templo griego no se concibe como lugar de culto, sino donde se ubica la estatua del dios; es una simple habitación que con el tiempo fue adquiriendo nuevos elementos plenos de grandiosidad y belleza: pórticos y entornos de columnatas, pinturas, estatuas y relieves. Y utilizarán materiales nobles que sustituyen al primitivo uso de madera y adobe. Además, a la *naos* o habitación del dios, se añadió el *pronaos* o vestíbulo anterior y el *opistodomos* o vestíbulo posterior; éste sin comunicación con la *naos* y dedicado casi siempre a depósito de tesoros y ofrendas. Hoy, no todos aceptan la vieja teoría de que este esquema del templo derivase del *megaron* micénico.

Desde un principio los griegos supieron dar a sus templos ritmo y correcciones ópticas que mejorasen los puros módulos y simetrías metamáticas, mejorando así los modos egipcios y asirios que, sin duda, observaron y en parte copiaron. Es así, que todas las líneas están ligeramente arqueadas hacia fuera, las perpendiculares abombadas *(entasis)* y las distancias de las columnas van gradualmente disminuyendo desde las esquinas hacia el centro; con ello se consigue el perfecto equilibrio estético en la visión óptica del conjunto.

El *orden dórico,* caracterizado por su sobriedad, nace en el Peloponeso. Luego, los colonizadores lo difundieron por Occidente. Parece claro que la columna dórica se inspiró en la tradición micénica, ejemplarizada en el llamado Tesoro de Atreo, más que en la arquitectura egipcia. Sus elementos esenciales son: columna estriada que se apoya directamente en el suelo; capitel geométrico que consta de equino y ábaco paralelepípedo; la techumbre al manifestarse al exterior de la fachada constituye el *entablamento* que consta de tres partes: arquitrabe, friso y cornisa. La forma del friso se explica en función de una primitiva arquitectura en madera; en él alternan triglifos, cabezas de las antiguas vigas de madera y metopas decoradas.

Los elementos fundamentales del *orden jónico*, con esbeltez de proporciones y mayor riqueza de decoración que el dórico, son: columna que descansa sobre una basa moldurada, y acanalada de 24 estrías verticales con aristas biseladas; capitel de volutas; arquitrabe con tres fajas en avance progresivo. El friso es liso o recibe decoración animada. La cornisa está formada por un cuerpo de dentellones o tacos rectangulares. La rareza en Asia de las robustas encinas del Peloponeso, que permitían las fuertes estructuras de la arquitectura dórica, pueden explicar la ligereza de este orden. Por otra parte, es evidente la influencia oriental en la voluta del capitel que imita prototipos neohititas o iranios.



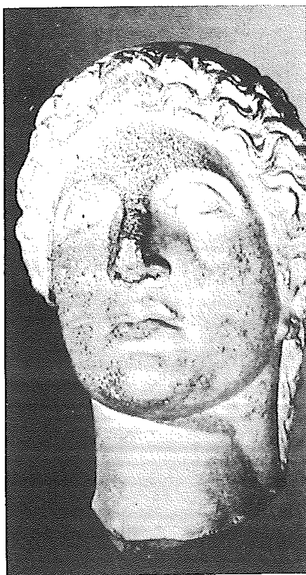
Detalle de una estela funeraria. Hacia 440 a. de C.

Dos templos de finales del siglo VII han servido para la reconstrucción de los orígenes del orden dórico, el de Hera en Olimpia y el de Apolo en Termo. El Heraion, edificio períptero (6 × 16 columnas), estaba dividido en *pronaos*, *cella* y *opistodomos*. Las columnas originarias eran troncos de árboles que fueron, con el tiempo, reemplazadas por otras de piedra. El templo de Apolo en Termo sustituyó a mediados del siglo VII al Megaron B. Templos dorios del siglo VII son también el de Apolo en Corinto, el de Zeus en Siracusa y los de Hera en Pestum, Síbaris, así como otros en Selinunte. De la primera mitad del siglo VI a. de C. es el templo de Atenea Polias de Atenas, que algunos identifican con el Hecatompedon. Su frontón principal estaba decorado con esculturas que representaban la lucha de Heracles con Tritón. Pisístrato lo convirtió en períptero y fue terminado por su hijo Hiparco.

Los templos jónicos, que acusan mayor influencia oriental, son el Artemisión de Efeso y el Heraion de Samos. El de Artemisa en Efeso se levantó gracias a la munificencia del rey Creso de Lidia (entre 570-560 a. de C.). Ambos son de imponentes dimensiones: el Heraion, con 112 × 56 metros, obra de Roikos y Teodoro; el Artemision es obra de Quersifón y su hijo Metagenes, de 115 × 55 metros. Obra maestra del estilo jonio de esta época, hacia 525, y de los mejores conservados, en el Tesoro de los Sifnios en Delfos.

2. La escultura

También la escultura caminó en Grecia, a pasos agigantados, hacia su perfeccionamiento y genialidad de realización; pues en el curso de dos siglos, entre 700 y 500 a. de C., superaron todas las concepciones orientales de naturalidad e idealismo perfectamente conjugados en el logro griego de la belleza de expresión y realización. Las creaciones genuinas del arcaísmo escultórico griego está, por una parte, en sus *Kouroi* (jóvenes) y *Korai* (doncellas); y también, por otra parte, en el gran genio creador e imaginativo que plasman en la escultura monumental de sus templos (frisos y frontones). Y, aunque no ignoraron la figuración de animales, como los leones, que a modo de las esfinges guardaban el acceso a Delfos, el hombre o el dios humanizado fue su objeto preferido de realización. Los *kouroi* representan tanto a dioses como a hombres; aparecen desnudos, avanzando la pierna izquierda, lo cual parece responder a la necesidad formal de animar la figura y darle una mayor estabilidad. Su rostro de ojos almendrados y labios gruesos está animado por la denominada «sonrisa arcaica». La evolución de los *kouroi* acusa un conocimiento cada vez más perfecto de la anatomía, un modelado más rico y una expresión más natural. El *kouros* griego aparece por vez primera en Naxos hacia el 640 a. de C. y a fines de siglo, en el resto de las islas, en Atica y en el Peloponeso. Entre las obras de mayor interés hay que citar el exvoto de Nicandra de hacía 630 a. de C., la Esfinge de Naxos y el Apolo Strangford.



Cabeza de Hera. Hacia 420 a. de C.

Un aspecto importante a considerar es el de la derocación de las partes altas de los templos: frisos y frontones con figuras policromadas. Durante todo el siglo VII a. de C. escultores y arquitectos se esfuerzan por resolver el difícil problema de la composición de los frontones. Según ellos, una figura o bien un grupo de personajes principales deben ocupar el centro del frontón triangular. Pero a sus lados la altura disminuye progresivamente hasta alcanzar su punto mínimo en los ángulos del triángulo. Una de las soluciones fue llenar este espacio con figuras cuyo tamaño iba disminuyendo. En el siglo VI incorporaron el tema de la lucha de un héroe con monstruos, dragones y serpientes o animales cuyos cuerpos se adaptan bien a los espacios más angostos. En el templo de Corcira la figura central es una Gorgona que lleva en brazos a Pegaso y Crisaor y a su lado se acuestan dos leones o panteras que incrementan el efecto terrorífico de la figura mayor y que llenan con sus cuerpos este espacio anguloso. La solución final a estos problemas la tenemos en las decoraciones de los templos del último tercio del siglo VI, como el Tesoro de los Sifnios; representa la lucha de Apolo con Heracles para adueñarse del trípode. Es evidente que el artista no ha conseguido evitar la reducción de escala, pero sus soluciones se repetirán en Olimpia y en el Partenón. En el de Atenea Polias todas las figuras se acomodan a una misma pauta Zeus, Atenea y Heracles desbaratan a los Gigantes que se inclinan o caen por las dos alas, con lo que precisan un volumen adecuado al espacio de que el artista dispone.

3. La pintura en cerámica

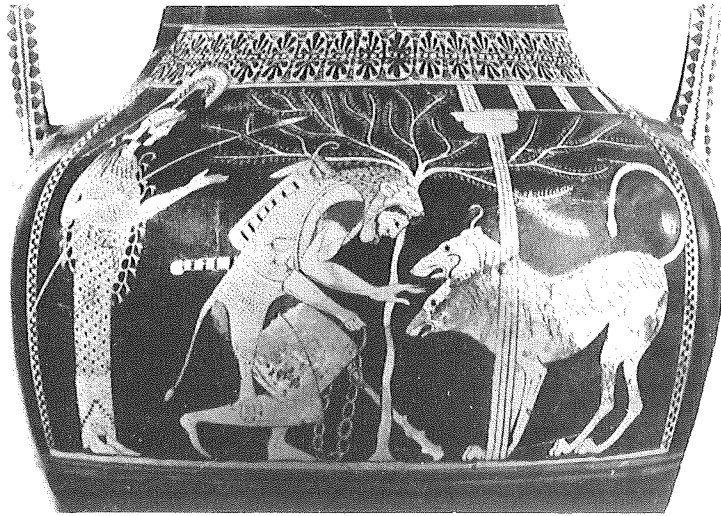
Tres son los más característicos centros productores de cerámicas: la isla de Rodas, Corinto y Atenas. Los ceramistas rodios tienen fuerte influencia de Oriente. Sus vasos se recubrían de un baño blanco sobre el cual se pintaba en negro con retoques blancos o rojos. La cerámica rodia florece durante el siglo VII y desaparece a principios del VI. Su estilo es muy decorativo, de dibujo cuidado. En sus oinochoes, alternan las flores de loto con cinco pétalos, las cabras persas, ciervos, ánades, grifos y esfinges. En Samos, Larisa, Clazomene y Naucratis había talleres que abastecían al mundo griego de cerámicas semejantes a las rodias.

En la Grecia europea, Corinto fue el foco principal de la cerámica orientalizante. Sus vasos se diferenciaban por el color amarillo pálido de su arcilla sobre la cual se pintaba una decoración en barniz negro. La cerámica corintia se colocó pronto a la cabeza de todas, y sus vasos se difundieron por todo el mundo griego, Etruria y países de Occidente, entre 725 y 600 a. de C.



Anfora con dos frisos de animales del siglo VII. Estilo corintio tardío.

Anfora del estilo de figuras rojas, de alrededor del 510 a. de C. con Hércules y el cancebero.



Después del año 600, la cerámica ateniense la sustituye en casi todos los mercados. Los motivos de decoración corintia por influencia oriental son también animales: toros, jabalíes, ciervos o leones, sobre fondo vegetal.

Hacia 700 a. de C. también Atenas acusa la huella orientalizante, pero desde el principio se observa en su decoración la genialidad narrativa atenien-sey ésta fue una de las fuertes razones de su aprecio extraordinario en todos los ámbitos comerciales. En esta cerámica ateniense vemos el gusto por la representación escénica: los mitos homéricos se enmarcan en una decoración vegetal. La técnica utilizada es la misma empleada por los corintios. El pintor de Analatos, el pintor N y el pintor de Passas, trabajan en mutua colaboración. En la segunda mitad del siglo VII la policromía se enriquece con el empleo frecuente del rojo. A finales del siglo VII domina la técnica de las figuras negras de procedencia corintia. La personalidad más notable es el pintor de Neso. Durante el siglo VI a. de C. la cerámica ática conoció un considerable progreso; entonces se elaboraron los ejemplares más bellos de la cerámica de figuras negras. Los temas decorativos solían tomarse de la mitología, sobre todo, del ciclo de Heracles. Entre las cerámicas atenienses de mayor relieve destacan el vaso François (2.ª mitad del siglo VI) con sus 250 personajes y sus 128 inscripciones que lleva las firmas del pintor Clitias y del alfarero Ergótimos. A este momento pertenecen los pintores Amasis y Exequias. Una célebre ánfora del Vaticano muestra a este pintor en la plenitud de sus facultades; sus vasos acusan claramente que la decoración de figuras negras han alcanzado su punto álgido.

Desde mediados del siglo VI a. de C. una revolución técnica transformó la cerámica ateniense. Hasta entonces los temas se habían pintado en negro sobre un fondo rojo y los detalles se hacían con incisiones hechas con un buril.

A partir de este momento las figuras serán rojas sobre un fondo de barniz negro. El artista pintaba los detalles con mayor realismo en el rostro, la musculatura o el vestido. Los discípulos de Exequias favorecieron su desarrollo. Aunque la técnica de figuras rojas, atribuída a Nicóstenes, no eliminó a la de figuras negras, sí ocupó el lugar principal. Además, a finales de la época del arcaísmo se descubre el sombreado. El kylix adquiere la máxima importancia. Andócides (530-520), que dirige el taller más importante de su tiempo, tenía a sueldo a varios pintores, dos de ellos dedicados a las figuras rojas. Entre el 520 y el 500 destacan Oltos, Epicteto y Eutimides. Predominan los temas de escenas de palestra, los bailes de gentes enloquecidas por el vino, bacantes y sátiros. Con ellos la pintura griega sobre vasos cerámicos alcanza la máxima belleza de color y composición.

BIBLIOGRAFIA

I. *RELIGIOSIDAD*

BOYANCE, P.: *Le culte des Muses chez les philosophes grecs*, París, 1932.
——: «Sur les Mystères d'Eleusis.» *REG*, LXXV, 1962.
BRELICH, A.: *Gli Eroi greci. Un problema storica-religioso*, Roma, 1958.
COULANGES, F. DE: *La ciudad griega*, Barcelona, 1982.
DEFRADAS. J.: *La Grèce. Religions du monde*, I, París, 1963.
DELCOURT, M.: *L'Oracle de Delphes*, París, 1955.
——: *Légendes et cultes des héroes en Grèce*, París, 1942.
FLACELIERE, R.: *Devins et oracles grecs*, París, 1961.
GUTHRIE, W.: *Les Grecs et leurs dieux*, París, 1954.
JEANMAIRE, H.: *Dionysos, Histoire du culte de Bacchus*, Paris, 1951.
KERENYI, K.: *La religion antique. Ses lignes fundamentales*, Ginebra, 1957.
——: *Die Mysterien von Eleusis*, Zúrich, 1962.
MOULINIER, L.: *Orphee et l'orphisme à l'époque clasique*, París, 1955.
MYLONAS, G.: Eleusis and the Eleusinian Mysteries, Princeton, 1961.
NILSSON, M.: *La religion populaire dans la Grèce antique*, París, 1954.
——: *Les croyances de la Grèce antique*, París, 1955.
——: *Cults, myths, oracles and polities in ancient Greece*, Lund, 1951.
PETTAZZONI, R.: *Le religion dans la Grèce antique*, Paris, 1952.
Parke, H., y WOEMELL, D.: *The Delphic oracle*, Oxford, 1956.
VERNANT, J. P.: *Les Origines de la pensée grecque*, París, 1962.
VIAN, F.: «La religión griega de la época arcaica y clásica.» *Las religiones antiguas*, II, Madrid, 1977.

II. *LITERATURA*

ANTI, C.: *Teatri greci arcaici*, Padua, 1947.
ARIAS, P. E.: *Il teatro greco fueri di Atene*, Firenze, 1934.
ARNOTT, P. D.: *An introduction to the Greek theatre*, Londres, 1959.
BIEBER, M.: *The history of the Greek and Roma Theatre*, Nueva Jersey, 1961.
BOWRA, C. M.: *Greek lyric poetry*, Oxford, 1961.
——: *Early Greek Elegits*, Cambridge, 1960.
BROOKE, I.: *Costume in classical drama*, Londres, 1962.
DEFRADAS, J.: *Les elegiaques grecs*, París, 1962.
DETIENNE, M.: *Les maitres de verité dans la Grèce archaïque*, París, 1967.
ELSE, G. F.: *The origin and early from of Greek Tragedy*, Cambridge, 1965.
FALCO, V. DE: *Studi sul teatro greco*, Nápoles, 1958.
FÄRBER, H.: *Die Lyrik in der Kunsttheorie der Antike*, Múnich, 1936.
FRITZ, K. VON: *Antike und moderne Tragödie. Neun Anhandlungen*, Berlín, 1962.
GRANDE, C. DEL: *Tragodia. Essenze e generi della tragedia*, Nápoles, 1962.
HARSH, PH. WH: *A handbook of classical drama*, Stanford. California, 1948.
HUNNINGHER, B.: *The origin of the Theater*, Hague, 1955.
KIRKWOOD, G. M.: *Early Greek Manody*, Itaca, 1974.
LESKY, A.: *Geschichee der griechischen Literatur*, Berna-Múnich, 1971.
——: *Die Griechische Tragödie*, Sttutgart, 1958.
LIBERTINI, G.: *Il teatro antico e la sua evoluzione*, Catania, 1933.
LUCAS, D. W.: *The Greek tragics poetas*, Aberdeen, 1959.
LLOYD-JONES, H., FERNÁNDEZ GALIANO, M., RODRÍGUEZ ADRADOS, F., y TOVAR, A.: *Estudios sobre la tragedia griega*, Madrid, 1966.

MANDEL, O.: *A definition of tragedy*, Nueva York, 1961.
MARZULLO, B.: *Studi di poesia eolice*, Firenze, 1958.
MUSURILLO, H.: *Symbol and myth in ancient poetry*, Nueva York, 1961.
NAVARRE, O.: *Le théatre grec*, París, 1925.
——: *Les representations dramatiques en Grèce*, París, 1929.
PAGE, D. L.: *Poetae melici Graeci*, Oxford, 1962.
PICKARD-CAMBRIDGE, A. W.: *The dramatic festivales of Athens*, Oxford, 1953.
——: *Dittiyramb, tragedy and Comedy*, Oxford, 1927.
RIDGEWAY, W.: *The origin of tragedy*, Cambridge, 1910.
RODRIGUEZ ADRADOS, F.: *Líricos griegos I. Elegíacos y Yambógrafos arcaicos*, Barcelona, I, 1957; II, 1959.
SECHAN, L.: *Études sur la tragedie grecque dans ses rapports avec la cèramique*, Paris, 1926.
SNELL, B.: *Poetry ans Society. The role of Poetry in ancient Greece*, Indiana, 1961.
SPANDONIDIS, P. S.: *Introducción a la tragedia griega antigua*, Atenas, 1963.
UNTERSTEINER, M.: *Le origini della tragedia e del tragico*, Turín, 1955.
WEBSTER, T. B. L.: *Greek theatre production*, Londres, 1956.
WEGNER, M.: *Das Musikleben der Griechen*, Berlín, 1949.
WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, V. VON: *Textgeschichte der griechischen Lyriker*, Berlín, 1900.

III. *FILOSOFIA*

BACCON, R.: *Histoire de la science Grecque de Thales a Socrates*, París, 1951.
BOYANOV, S.: «La escuela jónica y los orígenes de la ciencia.» *Anal. Univ.*, Sofía, 1949-1950.
DICKS, D. R.: «Thales.» *Clas. Quart*, 53 (1959), págs, 294 y siguientes.
CIGON, O.: *Los orígenes de la filosofía griega*, Madrid, 1971.
GOMPERZ, TH.: *Pensadores griegos*, Buenos Aires, 1951-1952.
GUTHRIE, W. K. C.: «Anaximenes and the Krystalloeides.» *Clas. Quart*, 50, 1956.
HAVELOCK, E. A.: «The milesiam philosophers.» *Amer. Phil. Ass.*, 1932.
JAEGER, W.: *The Theology of the early greek philosophers*, 1947.
KAHN, CH. H.: *Anaximander and the origins of Greek Cosmology*, 1960.
KIRK, G. S., RAVEN, J. E.: *The presocratic philosophers; a critical history with a selection of texts*, 1957.
LUMPE, A.: *Die Philosophie des Xenophanes von Kolophon*, 1952.
MADDALENA, A.: *Sulla cosmologia Ionica de Talete a Eraclito*, Padua, 1940.
MONDOLFO, R.: «Anaximenea.» *Riv. Filol. Class.*, 1935.
——: *El pensamiento antiguo*, Buenos Aires, 1969.
RIVAUD, A.: *Historia de la filosofía*, Buenos Aires, 1962.
SCHAERER, R.: *L'homme antique et la structure du monde interieur*, París, 1953.
SINCLAIR, T. A.: *Histoire de la pensée politique grecque*, París, 1953.
TATON, P., y colaboradores: *La ciencia antigua y medieval*, Barcelona, 1967.
THOMSON, G. D.: *Studies in ancient Greek Society. The First Philosophers*, Cambridge, 1957.
VOGEL, O. J. DE: *Pythagoras and early Pythagoreanism*, 1966.

IV. *ARTE Y SOCIEDAD*

AKURGAL, E.: *Orient and Okzident*, Baden, Baden, 1966.
ARIAS, P. E., HIRMER, M.: *Mille anni di ceramice greca*, Florencia, 1960.
BARNETT, R. D.: *Ancient Oriental Influences on Archaic Greece in the Aegean and the Near East. Studies presented to H. Goldman*, Nueva York, 1956.
BEAZLEY, J. D.: *Potter and Painter in Acient Athens*, Oxford, 1949.
BEAZLEY, J. D.: *The Development of Attic Black Figure*, Berkeley-Los Angeles, 1951.
——: *Attic Black-Figure Vase Painters*, Oxford, 1956.
——: *Attic Red-Figure Vase Painters*, Oxford, 1963.
BENSON, J. L.: *Die Geschichte der Korintischen vasen*, Basilea, 1953.
BLANCO FREIJEIRO, A.: *El arte griego*, Madrid, 1975.
BLUMEZ, C.: *Die archaïsch griechischen skulpturen der Staatlinchen Museen zu Berlin*, Berlín, 1964.
BOCCI, P.: *Richerche sulla ceramica cicladica*, Roma, 1962.
BRANN, E. T. H.: *The Athenian Agora VIII. Late Geometric and Protoattic Pottery*, Princeton, 1962.
BROMMER, F.: *Vasenlisten zur Griechischen Heldesange*, 1960.
CANCIANI, F.: «La cultura orientalizante y sus expresiones figurativas.» *Historia y civilización de los griegos*, II. Barcelona, 1978.
COLDSTREAM, J. N.: *Grek Geometric Pottery. A Survey of Tem Local Styles and Their Chronology*, Londres, 1968.
COOK, R. M.: *Greek Painted Pottery*, 1960.
CHARBONNEAUX, J.: *Les vases grecs*, París, 1958.
——: *L'art grec*, París, 1959.
DAVIDON, J. M.: *Attic Geometric Workshops*, New Haven, 1961.

DEVAMBEZ, P.: *Sculptures grecques*, París, 1960.
——: *Histoire de l' art. I. Le monde non-chrétien*, París, 1961.
DINSMOOR, W. B.: *The architecture of Ancient Greece*, 1950.
DUGAS, CH.: *La cèramique Grecque*, París, 1924.
FREYER-SCHAUENBURG, B.: *Samos IX. Bildwerke der archaischen Zeit und des strengen Stils*, Bonn, 1974.
HAMPE, R.: *Kretische Löwenschale des siebten Jahrhunderts. Sitzungds*, Heidelberg, 1969.
HOMANN WEDEKING, E.: *Die Anfänge der griechischen Grossplastik*, Berlín, 1950.
JENKINS, P. J. K.: *Daedalica a Study of Dorian Plastic Art in Seventh Century B. C.*, Cambridge, 1936.
LANE, A.: *Greek Pottery*,1948.
LAPALUS, E.: *Le fronton sculpté en Grèce*, 1947.
LAWRENCE, A. W.: *Greek architecture*, Londres, 1957.
LIPPOLD, G.: «Die Griechische Plastik.» *Handbuch der Archäeologie*, 1951.
MARTIN, R.: *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1956.
METZGER, H.: *La cerámica griega*, Buenos Aires, 1962.
MINTO, A.: *Il vaso François*, 1960.
PAPAIOANNOU, K.: *Arte griego*, Barcelona, 1973.
PAYNE, H. G. G.: *Protokorinthische Vasenmalerei*, Berlín, 1933.
——:*Necrocorinthia*, 1931.
PICARD, CH.: *Manuel d'Architecture grecque. La sculpture*, I-IV, Paris, 1935, 1963.
POULSEN, F.: *Artes decorativas en la antigüedad*, Barcelona, 1958.
RICHTER, G. M. A.: *Korai, Archaic Greek Maidens*, Londres-Nueva York, 1968.
——: *The Sculpture and Sculptors of the Greeks*, Yale, 1950.
——: *Kouroi*, 1960.
——: *Archaic Greek Art*, 1959.
——: *Attic Red Figured Vases. A Survey*, 1946.
RIZZA, G., y SANTA MARÍA, SCRINARI, V.: *Il santuario sull'acropoli di Gortina*, Roma, 1968.
SCHMIDT, G.: *Samos VII. Kyprische Bildwerke aus dem Heraion von Samos*, Bonn, 1968.
SCHUCHHARDT, W. H.: *Archaische Giebelkompositionem*, 1940.
STIBBE, C. M.: *Lakonische Vasenmaler des sechsten Jahrhunderts v. Chr.*, Amsterdam, 1972,
VOGELPOHL, CH.: *Zur Ornamentik der griechischen Vasen des 750 v. Chr.*, Munich, 1972.
VILLARD, F.: *Les vases grecs*, París, 1956.

EL ENFRENTAMIENTO ENTRE GRIEGOS Y PERSAS. LAS GUERRAS MEDICAS

A. Montenegro Duque
J. M. Solana Sainz

1. Los griegos en Asia Menor; las ciudades de Jonia

La colonización griega del Asia Menor, que se inicia en el siglo XIV a. de C. con las fundaciones de Mileto y Colofón, se continúa a finales del s. XI a. de C. con las de Samos, Quílos, Efeso y Esmirna. Hacia el 800 a. de C. se puede decir que toda la costa minorasiática estaba bajo dominio griego. Allí, aunque no siempre aceptada por la crítica moderna, la tradición clásica terminó definiendo tres grandes zonas; una de las cuales, la central, la ocupaban los jonios; las otras dos, los dorios al sur y eolios al norte. Los colonizadores jonios procedían mayormente de Beocia, Argólida y Corinto y en menor cuantía del Atica, Eubea, Tesalia y la Arcadia. Como los atenienses habían facilitado tal aventura colonizadora, reclamaron posteriormente el patronato sobre las ciudades jonias.



Interior de una copa. El joven Leagros. Es obra del ceramista Eufronio. Siglo VI-V a. de C. Representante del estilo severo al que sabe animar con viveza de expresión. Los museos europeos que conservan obras suyas son el Louvre, el Museo de Munich y el de Leningrado.

A finales del siglo X a. de C. los jonios disponían de doce ciudades que en época posterior originaron la dodecápolis jónica. Diez de ellas eran continentales: Focea, Eritra, Clazomene, Teos, Lebedos, Colofón, Efeso, Priene, Miunte y Mileto. Las dos restantes eran isleñas: Quíos y Samos. El poema de Mimnermo (frag. 9) hace referencia a la instalación de esos colonos jonios en las costas de Asia Menor: «Nosotros somos quienes abandonamos la escarpada Pilos, la ciudad de Neleo, y en nuestras embarcaciones llegamos a la

encantadora Asia. Con una indomable fuerza nos instalamos en la acogedora Colofón, precursores de la impetuosa violencia, y desde allí con la ayuda de los dioses nos apoderamos de la eolia Esmirna...»

La civilización desarrollada por estos colonos heterogéneos guardaba cierta unidad; pues, aunque plurales eran sus manifestaciones religiosas, la fiesta de las Apaturias, en las que se admitían como ciudadanos en la fratria a los jóvenes menores de edad, era común para todos los jonios, salvo para los de Colofón y Efeso, en donde la población estaba muy mezclada. Además, la dodecápolis jónica practicaba en común el culto a Poseidón Heliconios en el Panionion, situado en el monte Micale. Esta anfictionía étnica y regional se consolidará a principios del siglo VII a. de C. y engendrará la noción de los doce dioses del Olimpo, asimilada primero por Grecia y después por Roma. Entre otros elementos comunes figuran la lengua jónica, con algunas variaciones dialectales, acusadas en Heródoto, y sus instituciones. También el comercio fue uno de los elementos que contribuyeron a la unidad de Jonia, a su riqueza y a la prosperidad de sus ciudades. Hasta el año 625 a. de C. se orientó hacia los diversos puntos cardinales. Importó productos de Egipto (perfumes, marfil, ébano), del Helesponto y del Ponto (trigo, pescados, sal, ámbar y esclavos); trajo metales del occidente; pero también buscaron productos del interior de Asia. Los pingües beneficios obtenidos quedan manifiestos en el lujo de la moda y en la ornamentación de los jonios, según acusa, entre otros, Jenófanes de Colofón, quien afirma que les gustaban las telas finas, el aseo personal, las joyas y los perfumes.

De todas las ciudades, Mileto era la más importante, pues contaba con rico y extenso territorio, trabajaba la lana que le proporcionaban los corderos del interior del país y fabricaba lujosas cerámicas. Sus cuatro puertos eran los centros receptores de productos egipcios, del Ponto y de Síbaris. De la primitiva ciudad existen escasos testimonios arqueológicos. Conocemos el santuario del Apolo Didimeion, cuyo culto estaba dedicado a la familia de los Branquiadas. Otras ciudades hacían la competencia a Mileto, como Efeso, Colofón y Focea. En Efeso controlaban las terminales de las rutas de Lidia y Mesopotamia; su santuario dirigido por un sumo sacerdote, el Megabizo, era un auténtico poder teocrático; estaba asistido por un clero numeroso y allí jugaban importante papel las *melissai* o sacerdotisas. Colofón disponía del puerto de Notion y del próximo oráculo de Apolo. Focea hizo acto de presencia tanto en el Helesponto como en el occidente. Quíos y Samos destacaban por la metalurgia. Según la tradición, Glauco había inventado la soldadura de hierro en Quíos. La gran rival de Mileto fue Samos; sembró de colonias los estrechos de acceso al Ponto Euxino y el occidente mediterráneo, y, según testimonios de Heródoto, Colaios, natural de esta ciudad, llegó a Tartessos después de cruzar las Columnas de Hércules; los restos de cultura material recogidos en el Artemisión acusan relaciones con Siria, Chipre, Anatolia y las islas Cícladas.

Según ciertos historiadores, en torno al año 500 a. de C., la población griega de Jonia alcanzaría unos 320.000 habitantes, de los que casi la mitad estaban asentados en Quíos y Mileto; la primera reunía 80.000 habitantes y la segunda 65.000. La Jonia minorasiática conoció diferentes tipos de régimen político; así Mileto se gobernó mediante la tiranía, Colofón y Eritras con la oligarquía y Samos, que fue regida primero por los geomoros «los que se reparten el suelo», conoció la tiranía bajo Polícrates. Quíos fue la primera en la que gobernó un régimen democrático. En estas ciudades tuvo sus verdaderos orígenes la cultura clásica griega: las ciencias, las letras, el arte, según ya hemos tenido ocasión de anotar.

La célula política fundamental en la Grecia minorasiática, como en la europea, era la ciudad, que en muy raras ocasiones ejercía un control sobre territorio extenso. Tal mosaico político fue causa de la debilidad griega frente a frigios, lidios y persas quienes consiguieron constituir reinos centralizados y poderosos; al menos en relación con la debilidad que presentaban las individualizadas ciudades griegas. Pues, aunque ricas y bien fortificadas, nunca accedieron a unir sus fuerzas frente a los enemigos comunes. Antes bien, surgieron rivalidades intestinas políticas y comerciales, y subestimaron la peligrosidad de sus vecinos bárbaros que deseaban dominar tan ricos emporios y fueron sometiendo, una tras otra, a todas las florecientes ciudades griegas.



Muchacha corriendo h. 490-480 a. de C. Fue encontrada esta graciosa estatua en Eleusis donde con seguridad, por su forma y el cincelado en amplias superficies, pudo pertenecer a algún tímpano. El movimiento en fuga hacia la izquierda se ha captado en amplio vuelo, mientras el contorno anguloso imprime a la figura un acento de áspera rudeza.

2. Los griegos minorasiáticos y el reino de Lidia

Los griegos convivieron en el Asia Menor con dos reinos que se consolidaron después de la desaparición de los hititas: el de los frigios y el de los lidios. Griegos y frigios mantuvieron estrechas relaciones culturales y políticas y según la tradición su rey Midas envió numerosas ofrendas al santuario de Apolo, en Delfos. Luego surgió en las costas minorasiáticas el reino de Lidia. Allí, una dinastía inteligente, la de los Mermnadas («halcones»), hizo de Lidia un país poderoso y próspero entre los años 685 y 546 a. de C.; en ciertos momentos reconoció la soberanía de Asiria. Se sucedieron grandes soberanos entre los que hay que destacar a Giges, Aliato y Creso. En general, respetaron la autonomía de las ciudades del litoral, aunque les impusieron tributos y organizaron contra ellas expediciones militares y no pocas veces desataron luchas entre las propias ciudades griegas. Tal fue el caso de Efeso contra Mileto. En ocasiones favorecieron la instalación de tiranos en el gobierno, con tal de que fueran adictos a sus soberanos. Algunos, caso de Aliato, se casaron con griegas. El reino de Lidia tenía por capital a Sardes. Bajo el reinado de Ardis (675 a. de C.), sucesor de Giges, el Asia Menor acusa la invasión de los *cimmerios* que procedían de las estepas del sur de Rusia y que, atravesando el

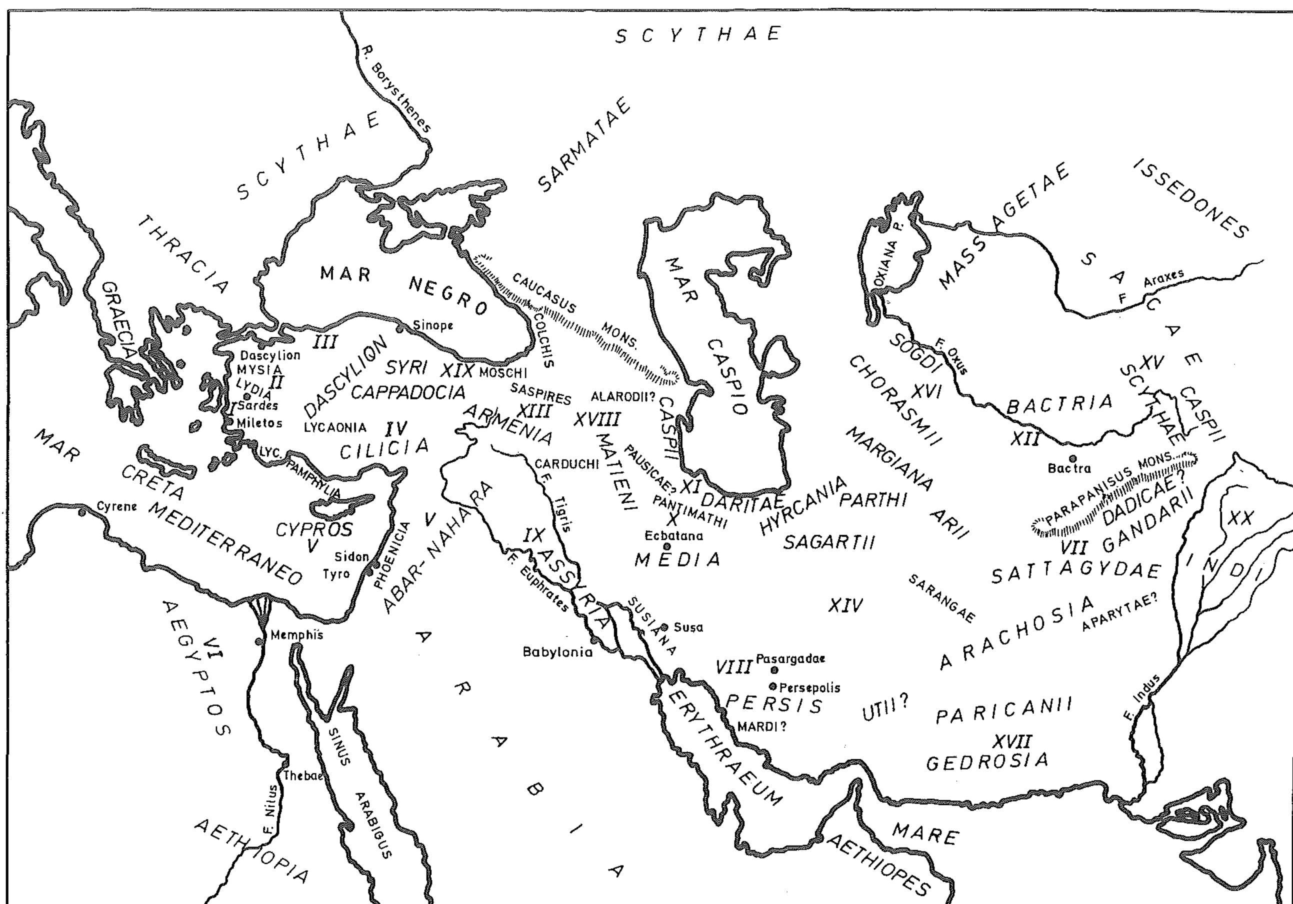


Fragmento de una copa. Epikteto, *Iris atacada por centauros* h. 520-500; era éste pintor de copas que dominaba la nueva técnica de las figuras rojas. Esta había surgido cuando, a mediados del siglo VI, los artistas y amantes del arte quisieron relacionar de una manera cada vez más estrecha, las figuras del arte con las figuras del natural. Así las figuras ya no serían negras, silueteadas en rojo, sino rojas dentro de un fondo negro.

Cáucaso, se dirigieron hacia el oeste de Asia Menor, provocando el fin del reino de los frigios. Ante estos nómadas, las ciudades griegas de la franja costera tuvieron que oponer una gran resistencia, aunque no pudieron impedir que los invasores saqueasen e incendiasen algunas ciudades y templos, como el Artemisión de Efeso. Los lidios, poco después, consiguieron hacerse fuertes y en el 627 a. de C. se dirigieron contra las ciudades jónicas conquistando Esmirna y en la primera mitad del siglo VI a. de C. sometieron todas las ciudades griegas, a excepción de Mileto. La hegemonía lidia fue soportada con facilidad por los griegos, pues vieron respetada su independencia cultural y abierto el tráfico comercial hacia el interior de Asia. Además, a partir de estos momentos, los lidios se helenizaron profundamente: consultaban los oráculos de Delfos y de Claros y se rodeaban de artistas griegos. A su vez, la huella de Lidia sobre Jonia también fue profunda: el régimen tiránico, la acuñación de moneda y los juegos lidios fueron mediatizadas por la corte regia.

3. La sumisión de Jonia por Ciro y la expansión de Darío en Europa

Su situación cambió cuando aparece Ciro al frente de los persas e inicia una política de expansión, en la que va sometiendo el Asia Menor. Una coalición de Lidia, Egipto y Babilonia, que trató de oponerse a sus amenazas,



Satrapías del imperio persa en tiempo de Darío.

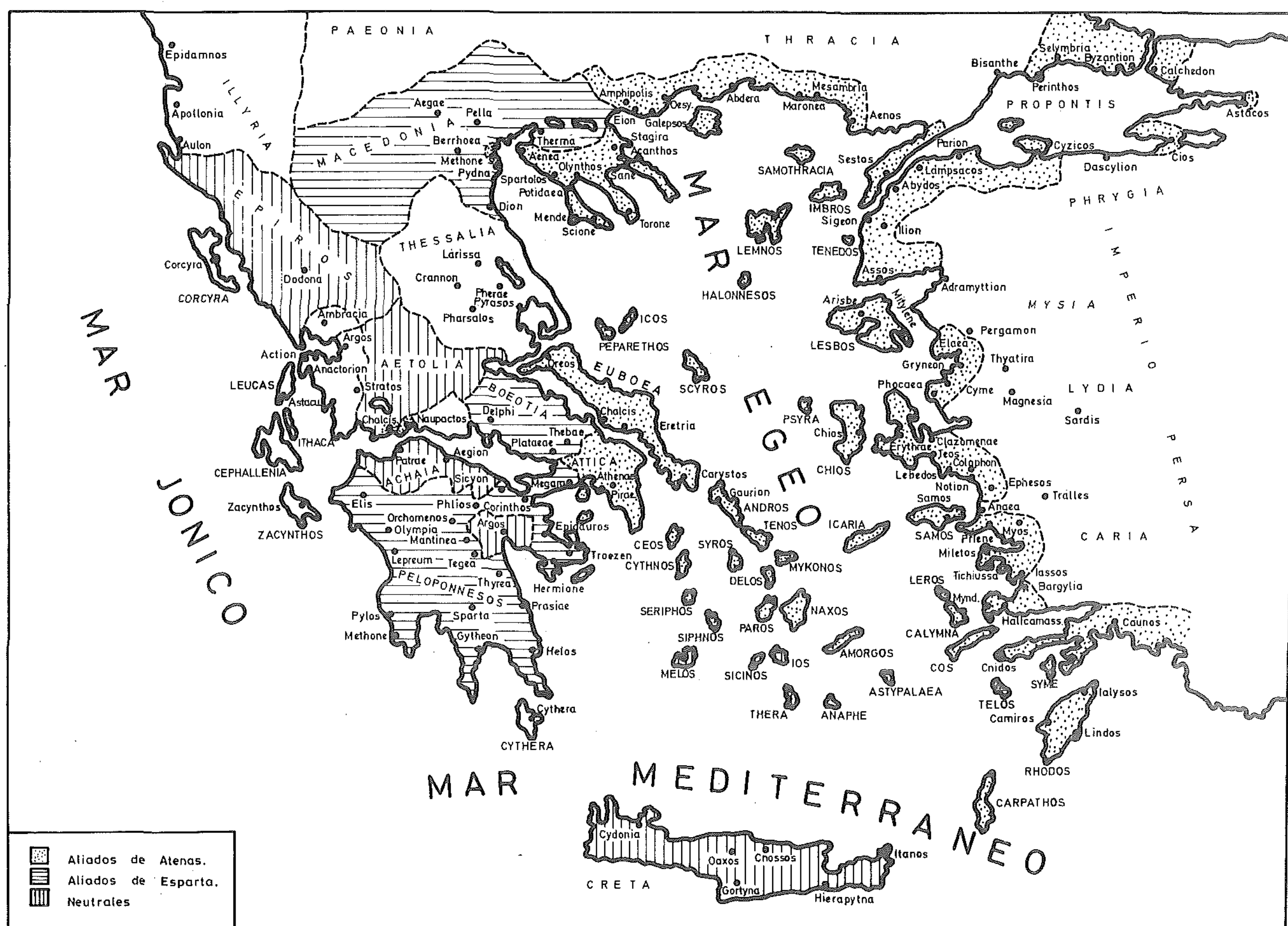
Ciro II (528 a. de C.), hijo de Cambises I y de Madane, fundador del Imperio Persa. A partir del 546 a. de C. conquistó el reino de Lidia, conquistó también las colonias jonias de Asia Menor, Arabia del Norte y en el 539 tomó Babilonia, liberando a los judíos cautivos. Cuando murió, su imperio era el mayor de los conocidos en la antigüedad.

fue derrotada en la batalla indecisa de Pteria, en el 547 a. de C. Ciro persigue a Creso que se refugia en Sardes y toma la ciudad. Esta campaña tuvo gran importancia para la historia posterior de los Aqueménidas, pues por primera vez entraban en tierras desconocidas y se ponían en contacto con las gentes griegas del Egeo. Estos derroteros dieron a los persas una nueva orientación que sería decisiva en su historia. La victoria persa fue una sorpresa para las ciudades griegas del Asia Menor. Todas, a excepción de Mileto, habían minusvalorado el avance persa. Y lejos de aceptar los pactos que Ciro pretendía, habían ofrecido contingentes de tropas al rey de Lidia. El avance de los persas fue irresistible y todas las ciudades griegas fueron sucumbiendo. Los focenses y los de Teos abandonaron sus ciudades respectivas y se hicieron a la mar. Los primeros hacia el Occidente y se establecieron en Alalia (Córcega), mientras los de Teos fundaron Abdera en la costa de Tracia y Fanagoria, en el estrecho de Crimea. Estas fueron integradas, según su situación geográfica, en las satrapías de Sardes y de Dascilea. La ciudad de Mileto, que había pactado con Ciro, pudo conservar cierto grado de independencia. También sometió las grandes islas vecinas (Quíos, Lebos, Rodas). La isla de Samos vivió unos momentos muy prósperos bajo la tiranía de Polícrates, pero al fin fue conquistada por Darío.

Sin embargo, la conquista no terminó de momento con el poder comercial de los griegos, pues, primero a Ciro y luego a sus sucesores, les interesaron los productos y los ingresos que provenían de todo aquel gran comercio anatólico. En cambio, en lo político, si durante el mandato de Ciro y de Cambises apenas se había modificado la situación de las ciudades griegas, bajo Darío, que tenía otra concepción del Estado, se agravará su dominio. Conocerán la presencia de guarniciones, sus tributos se verán incrementados y tendrán como dirigentes de sus gobiernos a tiranos sostenidos por el rey persa.

Una vez que Darío pacificó las provincias centrales y meridionales de su imperio, intentará ampliar los límites septentrionales y occidentales del Asia Menor. El año 512 a. de C. Darío partió a la cabeza de un ejército que, según

la tradición, estaba compuesto de 700.000 soldados y 600 navíos. Atravesó el Bósforo, sin obstáculo, a través de un puente de barcos que unía Calcedonia y Bizancio, ideado por Mandrocles de Samos. Continuó hasta el río Istros y sometió a los getas de la Dobrudja. La flota persa integrada por jonios, eolios y helespónticos, iba dirigida por los griegos: Histizo, tirano de Mileto, Aristágoras de Cícico y Milciades de Quersoneso. Navegó hacia el Ponto Euxino y remontó las bocas del río Istros, en donde construyeron otro puente con las embarcaciones. Una vez que se hubo consolidado en las costas, Darío se puso en marcha hacia el interior, sin aprovisionamientos, alcanzando el río Oaros (Volga). Pero, hostigados constantemente por la caballería escita, que le causó numerosas pérdidas, tuvo que regresar al Istros. Entonces Darío pudo bordear el desastre, pues parece que los escitas habían sugerido a los jonios colaboradores de Darío que destruyesen el puente sobre el río Istros y que se volviesen a su patria. La idea fue rechazada, pero la sensación de



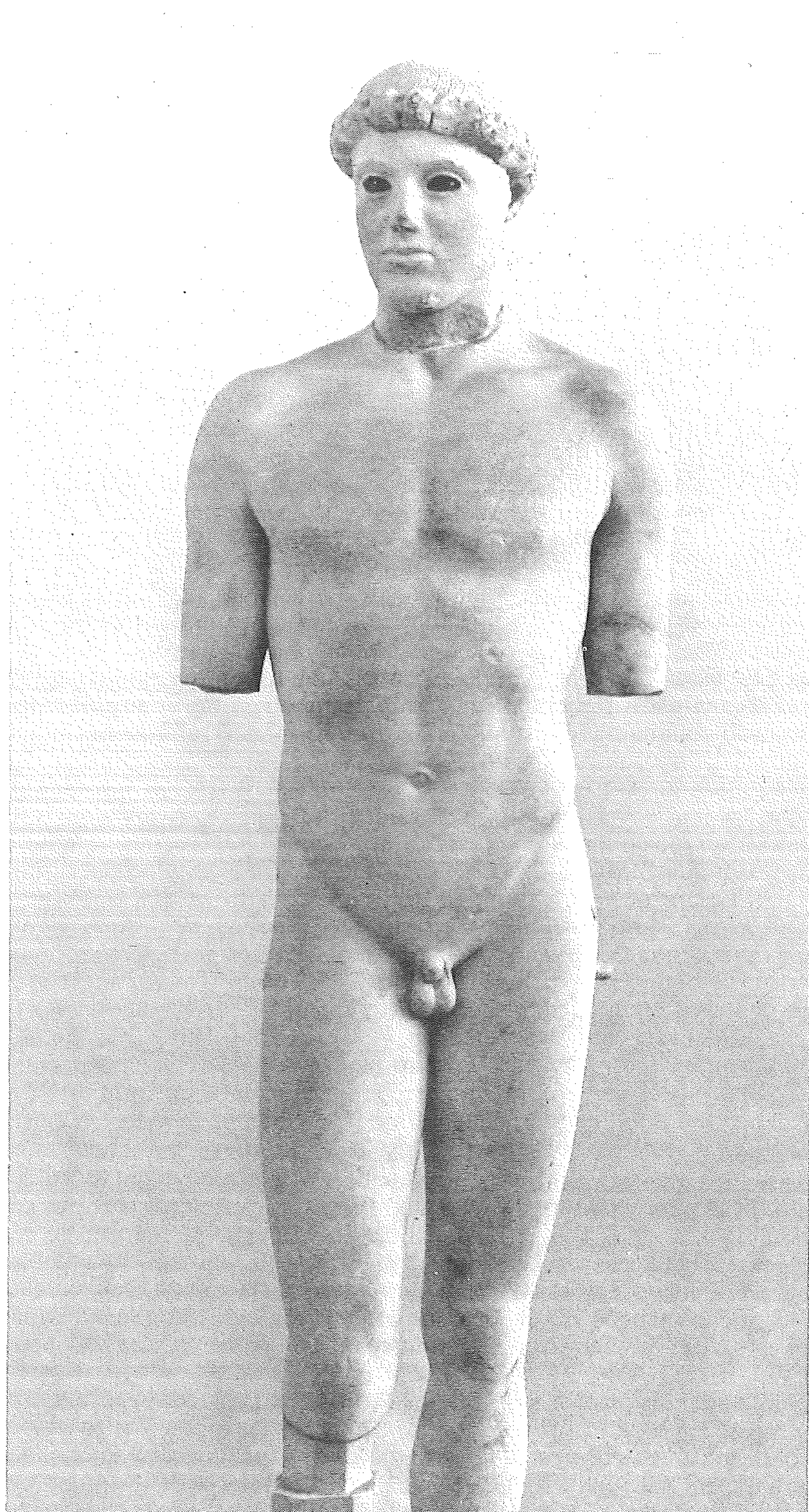
fracaso se generalizó entre los griegos que deseaban ver ampliados sus mercados entre los escitas. Entonces, Bizancio, Calcedonia y Antandro se volvieron contra el persa. Desde allí Darío atravesó Tracia y llegó a Sesto, en el Quersoneso. Volvió luego a Asia, dejando en Europa, al mando de su ejército, al general Megabazos con 80.000 hombres. Le encargó una doble misión: someter a los pueblos del Helesponto que no simpatizaban con el partido de los medos y penetrar en Peonia para consolidar la conquista de la Tracia.

Grecia en vísperas de las Guerras Médicas.

Megabazos tomó Perinto, a orillas de la Propóntide, porque quería concentrar sus esfuerzos en el oeste. Recorrió toda la Tracia, subyugó a todos los pueblos y sus ciudades, aprovechándose de sus disensiones. Cruzó el río Strimon y deportó a las tribus más turbulentas al Asia. Envió una embajada de siete nobles persas a pedir la tierra y el agua del reino de Amintas de Macedonia, que también se sometió a su vasallaje. Pero fracasó contra los

Panionios. Por ello, cuando volvía al Helesponto, fue relevado de sus funciones por Otanes, a quien Darío encomendó la misión de someter las ciudades griegas insurrectas. Otanes conquistó Bizancio, Calcedonia, Antandro, Lamponion y las islas de Lemnos e Imbros. De esta manera se alcanzaba uno de los objetivos propuestos por Darío y se añadía una nueva provincia al imperio persa cuya frontera estaba constituida por el Strimon y el Istros.

Tras estas conquistas de Darío en Europa, cesa la expansión persa en



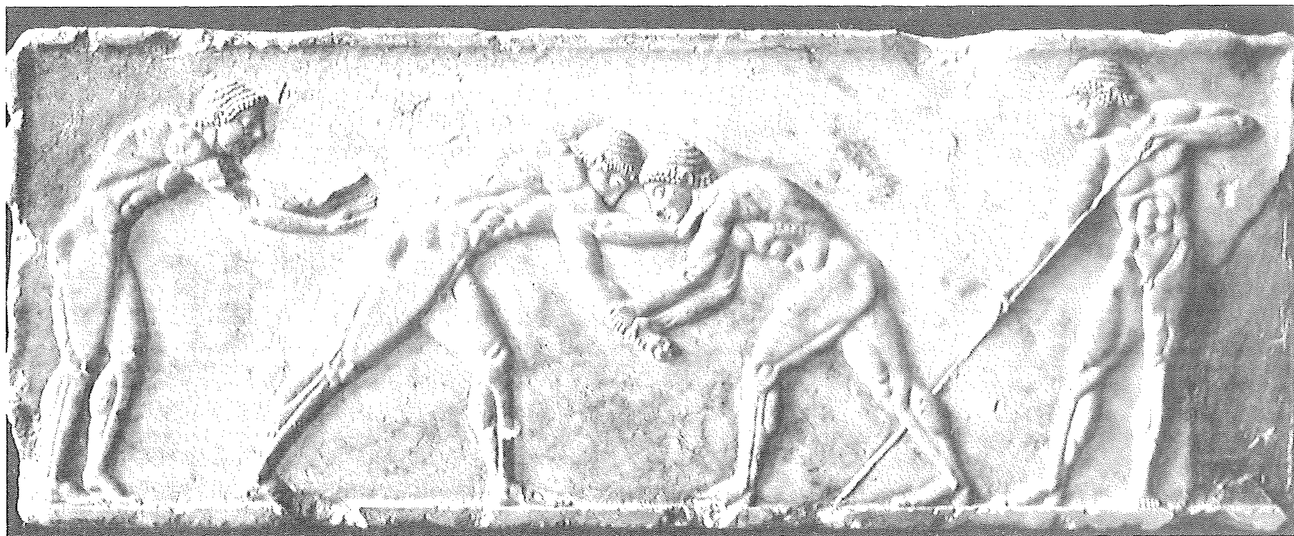
Efebo de Critio h. 490-480. Una de las primeras y principales obras que inauguraron la época clásica es esta estatua encontrada en la Acrópolis de Atenas. Sus medidas apenas alcanzan los 86 cm, sin embargo, ello no fue obstáculo para ofrecer este aspecto monumental. La figura puede ser considerada como símbolo de aquella juventud griega que participó en las grandes batallas.

occidente. Otros problemas ocupan de momento su atención y en vano el desterrado Hipias, el antiguo tirano de Atenas, clama en Susa para que los persas conquisten Grecia. En la corte persa quieren ignorar a Atenas y Esparta. Será necesaria la revuelta Jonia para que Darío tome conciencia del peligro que los griegos del continente entrañaban para la subsistencia de las posesiones persas en Europa.

4. La revuelta jonia (500-494 a. de C.)

En efecto, de pronto, un hecho transcendental se va a producir: la sublevación de los jonios de Asia Menor. Ello, no sólo supone una pérdida, importante en sí, sino que haría peligrar los dominios persas en Europa. Por otra parte, el apoyo que los griegos del continente prestaron a los sublevados provocará nuevas represalias persas.

La sublevación de las ciudades de Jonia aún constituye un problema de debate entre los historiadores. Según Heródoto (V, 35) el levantamiento se produjo por causas personales; Aristágoras de Mileto había convencido al sátrapa persa Artafernes para llevar a cabo una expedición conjunta contra la isla de Naxos. Esta empresa fue un fracaso y Aristágoras temió que Darío le pidiese cuentas, por lo que aprovechó el general descontento de los griegos para provocar una sublevación general de Jonia. Su suegro Histieo, que estaba en Susa, le animó a ello. Pero, para esta empresa Aristágoras tuvo que abdicar como tirano de Mileto, ejemplo seguido por otros colegas tiranos, que no reconocieron como soberano a Darío.



Representación en relieve de luchadores en pleno ejercicio. Hasta el siglo V a. de C. el deporte constituía un privilegio de las familias nobles atenienses; sin embargo, y como consecuencia de la creciente democratización del estado y de la sociedad, pronto estuvo al alcance de todos.

Ahora bien, frente a esta visión un tanto simplista de los acontecimientos que abocaron a la sublevación jonia, la historiografía moderna entiende, razonablemente, que son más complejas las causas de la revuelta; se debió a motivos nacionales o económicos; o más bien, a una combinación de ambos y en los que el asunto de Histieo y Aristágoras fue un mero pretexto. En efecto, algunos historiadores han hablado de extorsiones económicas diciendo que Darío favoreció a los fenicios en detrimento de los jonios. Esta hipótesis es poco convincente, ya que Jonia conoció una gran prosperidad, a pesar de que su comercio había experimentado numerosas pérdidas. Por otra parte, para Mileto, el hundimiento de Síbaris, con la que mantenía estrechas relaciones, había significado un duro golpe a su comercio. Se añadían otras circunstancias, como la decadencia de Naucratis, la floreciente colonia griega del bajo Nilo, anulada tras la ocupación de Egipto por Cambises el año 525. Habría que añadir que la expedición de Darío contra los escitas (512 a. de C.) ocasionó un grave perjuicio para el comercio griego del mar Negro, pues los Dardanelos y el Bósforo estaban bajo control persa y cortaban el libre suministro de cereales del sur de Rusia. A su vez, el ascenso del comercio de

los cartagineses y etruscos en el Mediterráneo occidental, en detrimento de los focenses, presentaba una situación preocupante para los jonios. Todos estos eran factores negativos que realmente pesaban en la evolución económica de las ciudades jonias. Pero, la unidad impuesta por Darío en todo el Oriente, incluso en la región de los estrechos que acceden al Ponto Euxino, el desarrollo de los dáricos persas y la ampliación de la red viaria sólo podían beneficiar las operaciones del comercio de los jónicos. Evidentemente existen unos factores desfavorables para el comercio de los griegos del Asia Menor; sin embargo, no son suficientes para entender que fueran los únicos motivos que desembocaron en la sublevación de las ciudades de Jonia; pues no resulta lógico que éstas se expusieran a una guerra de imprevisibles derroteros.

En consecuencia, las razones económicas debieron pesar en la revuelta jonia; pero, sin duda, el deseo de libertad fue el elemento más decisorio en esta lucha, pues los griegos del Asia Menor habían sido heridos en lo más profundo de su conciencia política, ya que Darío les trataba como súbditos, mientras que los lidios y los primeros Aqueménidas habían respetado su autonomía. Por otra parte, un griego no podía tolerar que la dirección política de la ciudad en que vivía estuviera sometida a las intervenciones de los sátrapas persas y que fueran tiranos, puestos y apoyados por los persas, quienes decidieran acerca de los destinos de la comunidad y no una persona elegida por los propios ciudadanos, según era el régimen habitual de los helenos.

Sin la ayuda de Grecia continental, el movimiento de liberación hubiera sido muy débil y no hubiera podido prosperar, pues el poder del persa era muy grande en dinero y ejércitos. Los jonios eran conscientes de esta desigual capacidad militar. En consecuencia, Aristágoras se trasladó en otoño del año 499 a Esparta para solicitar ayuda militar; la negativa espartana era lógica, dado su habitual recelo a enviar al ejército ciudadano lejos de sus fronteras. En esta ocasión se añadía su disputa inminente con Argos. Por su parte, Atenas y Eretría prometieron enviar su flota en apoyo de sus hermanos jonios. Sin duda, Atenas quería asegurar sus posesiones junto a los Dardanelos, Lemmnos e Imbros, ya que sus subsistencias dependían de las importaciones de grano del sur de Rusia. A su vez, la decisión de Atenas respondía a una política panhelénica más abierta iniciada bajo Pisístrato. Atenas proporcionó 20 navíos de guerra que, según Heródoto, fueron el principio de las desgracias para griegos y bárbaros.

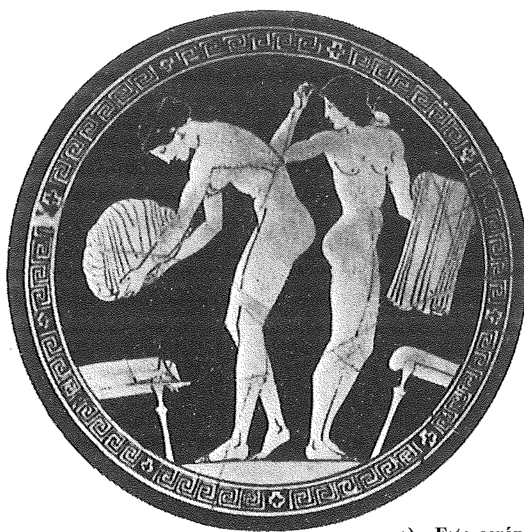
Los jonios iniciaron la guerra atacando Sardes, la capital de Lidia, que fue saqueada e incendiada, siendo pasto de las llamas el templo de Cibeles (498). Pero no consiguieron apoderarse de la acrópolis de la ciudad, lugar de refugio del sátrapa y de la guarnición persa. Con posterioridad a este episodio se sumaron al movimiento las ciudades griegas de la Propóntide y del Bósforo, los carios, los licios y los chipriotas. Los sublevados amenazaron las arterias de comunicación más importantes del imperio persa en occidente y la satrapía de Tracia quedó totalmente aislada.

La respuesta de los persas no se demoró. Recuperaron Chipre (496) y progresaron en el Helesponto y en Caria, estrechando cada vez más el círculo de los sublevados en torno a Mileto, foco de la revuelta de los jonios. Estos, después de un consejo en el Panionion, decidieron atacar a la escuadra persa. Nueve ciudades jonias sumaron sus navios a los confederados, juntando en total 353 hacia la isla de Lade, frente a Mileto. En la lista de los contingentes dada por Heródoto se acusa la falta de Efeso, Clazómenes, Colofón y Lebedos probablemente ya sometidas. Dionisio de Focea, jefe de la flota, que se había ganado la antipatía de muchos griegos por su severidad, no lograba imponerse y los barcos de Samos y de Lesbos abandonaron el frente de lucha. Los esfuerzos del contingente de Quíos y el valor personal de Dionisio no fueron suficientes y los griegos perdieron la batalla en el 495 . Al año siguiente Mileto fue destruida y sus habitantes deportados como esclavos a la desembocadura del río Tigris. Las fuentes nos relatan que, entre los numerosos artesanos que participaron en la construcción del palacio real de Susa, figuraban jonios y carios. En 493 Darío era dueño, de nuevo, de la costa minorasiática y de muchas de las islas vecinas: Quíos, Lesbos, Ténedos, Imbros. En 492, Mardonio, afianza a la autoridad persa en Tracia y Macedonia.

494 a. de C. Destrucción de Mileto.

El fracaso de la sublevación había puesto de manifiesto la superioridad militar de los persas frente a los griegos. La combinación del ejército y la





a) Esta cerámica de figuras rojas, h. 500 a. de c. atribuida al pintor Oltos, nos ha dejado la imagen de un guerrero griego vestido con piel de pantera y armado con yelmo, espada corta, escudo y espinilleras. El empuje persa obligó a Grecia a organizar un sistema de defensa.

b) Cerámica de pinturas rojas. Mujeres preparándose para el baño, h. 470-460 a de C. Se atribuye esta obra a Douris, conocido artista ático que expresa ya en términos clásicos la belleza de la composición. El manejo de las posturas que indican la cadencia de los movimientos producen una pintura seductora, plena de elegancia.

flota, ésta proporcionada por fenicios, egipcios, cilicios y chipiotas, aplastó a los jonios. La derrota suponía la reposición del poder de los sátrapas que renovaron el antiguo sistema tributario. Pero no repuso al frente de los gobiernos respectivos a tiranos que tan mal resultado habían dado. Artafernes propuso que las ciudades griegas concertaran entre sí tratados de arbitraje de litigios jurídicos, medida beneficiosa, pues los conflictos entre los griegos eran incesantes. A su vez, mandó llevar a cabo una nueva medición de la tierra, que debía registrarse en el catastro, para de esta manera fijar más justamente las contribuciones. Pero sobre todo el Imperio persa, aunque vencedor, sacó una lección: el apoyo de los griegos continentales a la sublevación de los griegos minorasiáticos se podía repetir con mejores planteamientos y aportaciones. Y los persas conocían bien el potencial de la Grecia continental. De momento se vio desaparecer a los cabecillas de la revuelta jonia; Histieo fue crucificado por ejercer la piratería; Dionisio de Focea pudo huir a la isla de Sicilia en donde llevó una actividad de corsario frente a etruscos y cartagineses; Aristágoras se había refugiado en Tracia, donde moriría luchando contra tribus salvajes.

5. Griegos y persas ante la primera Guerra Médica

La revuelta de los jonios es el primer episodio de las denominadas Guerras Médicas. En cumplimiento del juramento de Darío de vengarse de Atenas por su abierto apoyo a los sublevados jonios, sobrevendrán los dos intentos persas de dominar la Grecia continental en 490 y 480: son las Guerras Médicas propiamente tales. Analizaremos, previamente a la descripción de los hechos, cuál era la situación y mentalidad entre ambos contendientes —persas y griegos— en vísperas del gran encuentro armado.

a) *Persia.* No parece que el objetivo de Darío fuese la incorporación de una satrapía nueva a las conquistas de sus precedesores y a las suyas propias. Diferentes autores han hablado de la aspiración de Darío al imperio universal, basándose en los títulos grandilocuentes que utilizaba en sus inscripciones. Pero, en realidad, éstos eran un legado de los monarcas sumerios y babilónicos; su meta parece que era mucho más modesta y realista; y que, al menos de momento, buscaba neutralizar a los griegos continentales. Quizá, también, lograr colaboración en el comercio. Así, primeramente la política de Darío consistió en granjearse las simpatías de la aristocracia griega; acogió y enriqueció con tierras a Metíoco, hijo de Milciades; al depuesto Demarato, rey de Esparta y a Hipias, ex-tirano de Atenas. También halagó al colegio de sacerdotes de Delfos.

Para afianzar el dominio persa en Tracia, como dice Heródoto en el preámbulo del ataque a la Hélade, Darío encomendó a su yerno Mardonio, que en la primavera del 492 se hiciera a la mar en Cilicia, la base de operaciones navales de los persas. De modo paralelo, pero por tierra, las



Detalle de una estela funeraria procedente de Salamina. Hacia 430 a. de C.

tropas de a pie se dirigían hacia el Hellesponto. Este ejército se vio en apuros a causa de los ataques de los frigios en Macedonia. La flota sometió a Tasos y llegó a Acanto; pero, parte de élla se perdió a causa de un temporal en el monte Atos (Calcídica). El propio Mardonio fue herido y tuvo que renunciar a la campaña en el norte del Egeo. Según Heródoto, esta expedición iba dirigida contra la Hélade y las pérdidas sufridas por los persas fueron la causa que impidió de momento su realización.

Posteriormente al fracaso de esta acción militar en Tracia, Heródoto afirma que Darío envió en el año 491 embajadores a la Hélade para exigir de los griegos los símbolos de sumisión: tierra y agua; y que numerosos estados cumplieron la petición del aqueménida. Sólo en Atenas y Esparta los heraldos fueron asesinados. Entre las ciudades griegas que aceptaron las demandas del Gran Rey estaba Egina interesada en desarrollar su tráfico marítimo. Entre tanto, Darío preparaba en Cilicia su expedición militar contra Grecia.

b) *Grecia.* La situación en la Grecia continental hemos de calificarla cuando menos de confusa. Acusaba entonces —pese al escarmiento que suponía el destino de los jonios— el clásico enfrentamiento entre ciudades rivales por el comercio y por las aspiraciones territoriales. La diplomacia persa lo había constatado y pretendía utilizarlo en su intento de vengar las graves pérdidas que a Darío le habían ocasionado ciertas ciudades jonias.

Esparta era sin duda el poder más fuerte, pues dominaba la Liga del Peloponeso y aspiraba por entonces a dominar Argos, única ciudad importante que le era hostil en el Peloponeso. Pero atravesaba en estos momentos por serios problemas internos en los que se enfrentaban sus reyes. Sin embargo, en 491, cuando la amenaza persa a Grecia se intuía como una realidad inminente, Esparta dio una noble lección de defensa del helenismo. Intervino para eliminar la enemistad de Egina hacia Atenas y, aunque no llegó a tiempo, se comprometería e intentaría colaborar en la batalla de Maratón.

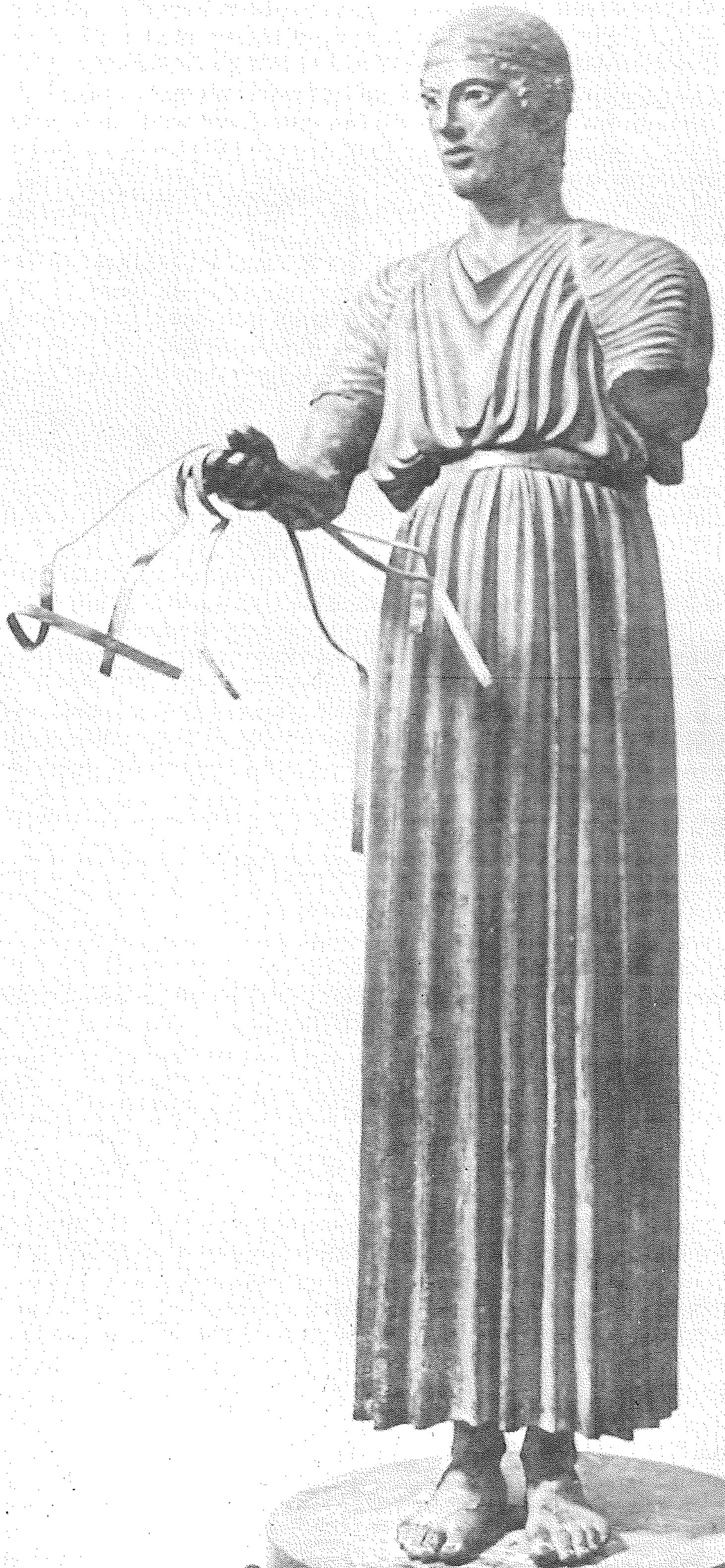
Tampoco estaba clarificada la situación en la no menos poderosa Atenas, donde se registraron en los primeros años del siglo V duros enfrentamientos entre demócratas, aristócratas y partidarios de Hipias. Cada uno entendía a su modo el remedio a las dificultades del comercio provocado por la expansión persa y las luchas contra los jonios. En 496 los partidarios del entendimiento con los persas consiguieron hacer retirar la escuadra ateniense destacada a Asia Menor y, cuando Frínico, en 493 conmueve al pueblo con su tragedia *La caída de Mileto,* se prohíbe la representación y se multa al autor. Pero, en definitiva, también aquí la reacción fue favorable al helenismo. Y realista. Temístocles, elevado al arcontado en 493, inició una amplia política naval y la fortificación del Pireo; luego la llegada de Milciades en 493, huyendo del ataque persa al Quersoneso, iniciará con preferencia los preparativos bélicos con el fortalecimiento del ejército ciudadano, los hoplitas, a los que estimaba muy superiores en preparación militar sobre los persas. Había, en consecuencia, un común entendimiento de las intenciones persas y de la ineludible necesidad de hacerle frente.

c) *La opinión griega ante el conflicto.* Al margen, y por encima de estas circunstancias concretas de los principales protagonistas griegos de esta lucha, es menester consignar que no se trata de meros episodios; responden a la mentalidad del pueblo heleno, tal como se refleja en sus diversas actuaciones políticas y en las interpretaciones que de los hechos da la historiografía o la literatura griega.

492 a. de C. Los persas mandados por Masalonio conquistan Tracia y Macedonia.

De parte griega, la amenaza persa hizo despertar su identidad de griegos, tanto en el plano de su esencia y características como en el plano espacial, según ha precisado recientemente GIUSEPPE NENCI. Precisamente como respuesta a este peligro cobran conciencia de lo que separa lo griego de lo bárbaro. Y contraponen lo que entienden ser característico de Persia, cual es la tiranía en el poder y la brutal sumisión de los pueblos en aras de su expansionismo sistemático. Ello, a costa del pueblo griego minorasiático, que mantiene identidad de raza y lengua con las ciudades de la Hélade; que goza de análoga libertad; que se estructura políticamente en torno a la polis; y que venera dioses comunes en templos y ritos también comunes. Heródoto, el coetáneo historiador de la minorasiática ciudad de Halicarnaso, insiste en la necesidad de luchar por la supervivencia de este *helenikón* puesto en peligro por el expansionismo persa. Análogamente, el ataque cartaginés a los griegos

de Occidente, amén de una lucha por intereses económicos, se entendió como una oposición al modo helénico en el que igualmente se integran las colonias griegas de Occidente. Parece que esta ofensiva cartaginesa al mundo heleno de Occidente se hizo bajo la inspiración de Jerjes, lo que corrobora que este mundo heleno colonial era captado y sentido por propios y extraños como algo característico y unitario.



Auriga de Delfos. En el año 474 a. de C. el tirano Polyzalos de Gela (Sicilia) ganó una carrera de carros en Delfos, y para dejar memoria de su triunfo, mandó erigir una cuadriga de bronce, cuyo conductor es éste que vemos aquí representado. Será esta escultura el más antiguo de los grandes bronces clásicos.

De otro lado, el enfrentamiento greco-persa contribuye a precisar y definir el sentido espacial, del helenismo que no se limita a la Hélade o tierra europea griega. Lo helénico está allí donde hay una comunidad griega, donde se configura una *polis* organizada en libertad al estilo de la metrópoli y que la diferencia intrínsecamente y tanto en el orden humano, como en el social y político de lo bárbaro o extranjero. No se constriñe, pues, el *helenikón* a la tierra griega del *Hellas*. Aunque en ciertos momentos no coincidieran sobre la respuesta que debían dar a la opresión persa o al intento de dominio cartaginés sobre las colonias griegas de Sicilia. En cierto momento, Esparta pensó salvar a esta parte helena de Asia mediante la repatriación de los griegos sometidos o amenazados; parece que entonces afluye en Esparta aquel viejo concepto indoeuropeo, que compartieron los primitivos griegos, de que el Estado no era precisamente un ente territorial, sino cívico, y que la patria griega estaba allí donde estaban los ciudadanos y no en el territorio que en determinado momento ocuparan. Pero no era éste el sentir generalizado y así Aristágoras, ante la amenaza de represión sobre Jonia, busca en Grecia y particularmente en Atenas y Esparta la solidaridad que estima debe existir entre los griegos. Grecia, comprende bien este alcance espacial de lo helénico que integra Asia Menor y también el mundo colonial. Especialmente lo es el Asia Menor litoral, donde los griegos llevan ya siglos de existencia con vida propia en urbes civilizadas y organizadas, e incluso, con capacidad creadora en su mundo colonial de nuevas polis griegas. Y por ello este mundo helénico debe ser respetado por el persa y en caso necesario defendido por el resto del mundo griego libre.

Para los persas, por supuesto, el límite espacial o el conceptual de la Hélade es muy otra, pues entienden que Asia debe ser para los asiáticos, haya griegos o no; es el caso de Jonia. Incluso, progresan sus conquistas sobre el mar Negro entre los escitas, tracios y macedonios. Aunque no parece que la penetración en Grecia tenga otra misión que la de castigo y sumisión al dictado persa, pero no una auténtica conquista.

En cuanto a la respuesta que cada ciudad del continente heleno dio al desarrollo y resultados derivados de la lucha en Grecia, en el Egeo o Asia Menor fue diversa: contradictoria a veces, triunfalista, partidista inclusive, a tenor de las fuerzas políticas preponderantes en cada momento y en cada ciudad. Intereses económicos, política de alianzas y muchas veces el dinero de la diplomacia persa, explican la traición, la neutralidad o el cambio de línea de actuación, dentro de Grecia, respecto al imperio persa. Por ejemplo, cuando se producen las conquistas persas en Asia Menor y luego la represión de la rebeldía jonia, las aristocracias griegas piensan que Darío restauraría antiguos tiranos y poderes personales más fáciles de obedecer a su causa; caso de Demarato o Hipias. También la interpretación de los hechos bélicos fue diversa en cada ciudad. En Atenas prolifera la tesis triunfalista con la, sin duda, gloriosa victoria que, en solitario, alcanzaron en Maratón, y entendiendo que la joven democracia y el sentido cívico a ella inherente había prevalecido sobre la tiranía bárbara persa.

6. La Primera Guerra Médica (490 a. de C.)

490 a. de C. 1.ª Guerra Médica. Septiembre: Batalla de Marathon.

En el verano del 490 la flota persa se hizo a la mar, al mando de Datis, un medo, y Artafernes, sobrino de Darío. A bordo llevaba, quizás, unos 25.000 hombres entre tropas de desembarco, infantería y caballería. Les acompañaba Hipias, el ex-tirano de Atenas, que había aconsejado la empresa. Los persas arribaron a Naxos, que fue sometida y sus habitantes castigados por su anterior comportamiento. El siguiente objetivo fue Delos, que también fue sometida, pero respetada; en particular el santuario de Apolo délico a quien Datis dedicó una valiosa ofrenda. El nuevo hito fue la isla de Eubea en donde ocuparon Caristos y Eretría, que años atrás también, con Atenas, había apoyado a sus hermanos jonios. Los esfuerzos de los atenienses por conseguir que los 4.000 clerucos de Calcis combatiesen en favor de los eretríos fueron inútiles. Los templos de la ciudad fueron pasto de las llamas y sus habitantes deportados al interior de Persia. De esta manera quedaba expédito el camino para la invasión del Atica.

Los atenienses esperaban a los persas en el puerto del Faleron, pero

eligieron el llano de Maratón, tal vez por consejo de Hipias; en este lugar había desembarcado su padre Pisístrato para conquistar Atenas y probablemente los tiranos tenían aún amigos en esta zona. Milcíades propuso a la Asamblea popular abandonar la ciudad y salir al encuentro de los persas, una decisión osada pero realista, porque la ciudad no estaba preparada para resistir un largo asedio. El mando supremo lo ejercía el polemarco Calímaco, quien depositó toda su confianza en Milcíades. Los atenienses contaban con 10.000 soldados a los que se sumaron otros 1.000 de la fiel Platea. Los espartanos no llegaron a tiempo de participar en la batalla.

Sin duda, los persas eran muy superiores en número a los atenienses y por ello buscaban a toda costa entablar combate. Milcíades situó el ejército en las alturas del lugar, reforzando las alas. Sin perder su formación de falange, les

Cabeza de Apolo procedente del templo de Zeus en Olimpia, h. 460 a de C. El canon que corresponde a la figura humana alcanza paulatinamente las medidas ideales. El perfecto equilibrio entre cuerpo y espíritu se insinuó en un rostro sugerentemente geométrico, que es la octava parte de toda la figura.



hizo recorrer rápidamente el espacio cubierto por las armas arrojadizas, para iniciar la lucha cuerpo a cuerpo, pues tenía mejor armamento e instrucción. La peor parte la llevó el centro, que tuvo que ceder, lo cual no obstó para que los atenienses lograran la victoria. El éxito no fue completo porque los persas consiguieron retirar a bordo de sus naves gran parte de su ejército.

Algunos traidores, cuya identidad se desconoce, llamaron a la flota para que viniera hacia la ciudad, que no tenía defensa. La flota persa dobló el cabo Sunión e hizo acto de presencia en el Faleron. Milciades, conocedor de su intención, les había aventajado con su ejército, tomando posición junto al gimnasio de Cinosarges. Acto seguido los persas regresaron a Asia sin intentar siquiera el desembarco.

El éxito de los atenienses en Maratón fue de importancia trascendental para todos los griegos en general. La victoria ateniense, lograda sin la ayuda de otros griegos, suponía el triunfo de la joven democracia y de su infantería. Insiste E. WILL en que en esta batalla aparece por última vez como supremo jefe militar el arconte polemarco. Otro hecho resalta entonces: que los hoplitas y la estrategia griega eran superiores a la persa. A su vez, los persas aprendieron que con pequeñas expediciones no podían conseguir nada decisivo y que era necesario para someter a los griegos llevar a cabo un planteamiento detallado y mejor preparación de los combatientes.

7. El decenio entre guerras

Las fuentes confirman que Persia reorganizó sus fuerzas. Los griegos pudieron beneficiarse del éxito de Maratón, pero no lo hicieron. Milciades propuso que se dispusiera contra los persas una línea de defensa naval en la que se incluyeran las Cícladas, sometidas a los persas, y que podían aportar su tributo. Así, Naxos fue saqueada por Datis y Artafernes en el 490 por su actitud antipersa, ya que había tomado partido en los acontecimientos que precedieron al levantamiento jónico. Pero para que los atenienses pudieran controlar Naxos era imprescindible dominar la isla de Paros, también sometida a los persas. Esta opuso una tenaz resistencia en el 490/489 a Milciades, que resultó herido de gravedad. La empresa se estancó en Paros y la flota ateniense hubo de regresar tras un inútil asedio de cuatro meses. Esta empresa posiblemente debía ser el preludio de otras dirigidas contra Tasos y el Pangeo, ambas ricas en oro. Cuando la flota llegó a Atenas, los adversarios de Milciades le acusaron de haber engañado al pueblo al emprender la expedición de Paros; no podía defenderse por causa de la herida recibida y fue condenado a una multa de 50 talentos, que fue pagada después de su muerte en prisión por su hijo Cimón.

La muerte de Milciades facilitó el camino hacia el poder de Temístocles. Desde ahora, y hasta su destierro en 471, será la figura dominante de la política de Atenas. Por inspiración de Temístocles se llevaron a cabo una serie de reformas en el año 487 de gran transcendencia para el desarrollo de la democracia ateniense. Cabe destacar la ampliación de los poderes de los diez *estrategos* y las construcciones navales a gran escala.

487 a. de C. Sorteo de los cargos del arcontado.

A partir de este momento el arconte polemarco ya no ejercerá como comandante supremo del ejército y los *estrategos* se incorporarán a la administración de las finanzas. Sus antiguas funciones militares pasarán a manos de nuevo colegios de los diez taxiarcos. Los nueve arcontes ya no serán electos, sino designados por sorteo entre quinientos candidatos que presentaban las diez tribus a razón de cincuenta por cada una (*prókrisis*). Así se acentuaba la democratización en el cargo más responsable del Estado ateniense. A su vez, podían ocupar el arcontado los *hippeis*, ciudadanos de segunda clase censitaria. Sin duda, el arcontado había perdido importancia y el polemarco podía verse desposeído de sus funciones; la diferencia entre los antiguos nueve arcontes y los diez nuevos estrategos era la reelegibilidad de estos últimos que estaría en función de los conocimientos técnicos de los jefes militares. Esta reforma de los comandantes supremos militares hizo posible que determinados políticos —como Pericles— se mantuviesen durante largo tiempo en el poder en la Atenas del siglo V y puso en manos de Temístocles un instrumento de poder personal.

El ostracismo aplicado en estos años, revela la agudización de las luchas

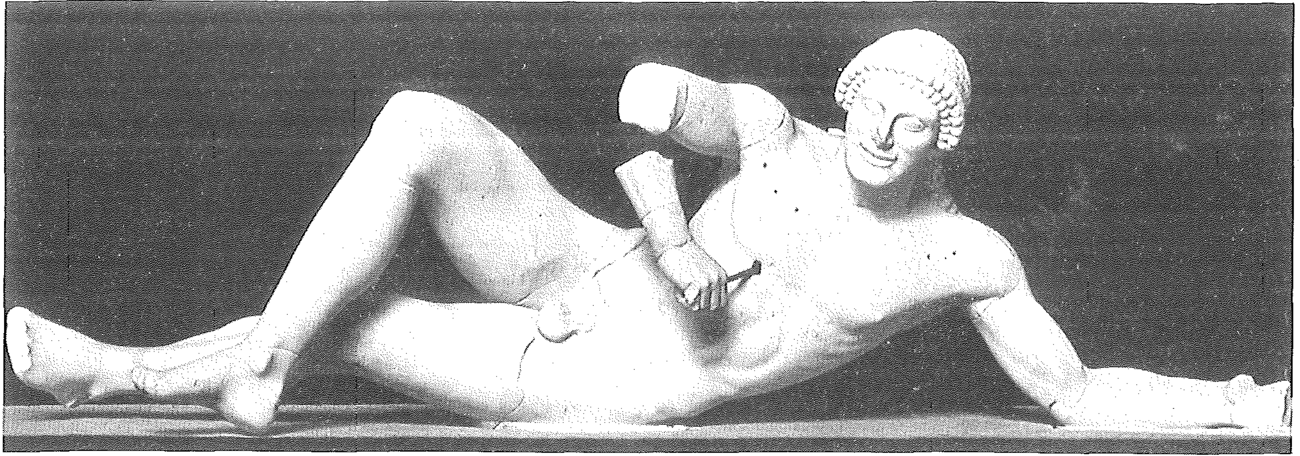
políticas internas y que era necesario alejar de la ciudad a quienes obstaculizaban los planes de Temístocles. El primero se decretó contra Hiparco, hijo de Carmo, en el 488/7 ; siguió el de Megacles, jefe de los Almeonidas y más tarde Arístides (483/2). Estos ostracismos no parecen tener relación con los asuntos



persas ni con la política exterior. La preponderancia del partido popular bajo la dirección del todopoderoso Temístocles, era la que imponía sus decisiones, en la línea de transformar a Atenas en el primer poder militar y sobre todo naval de Grecia. En esta línea, la más importante novedad introducida por

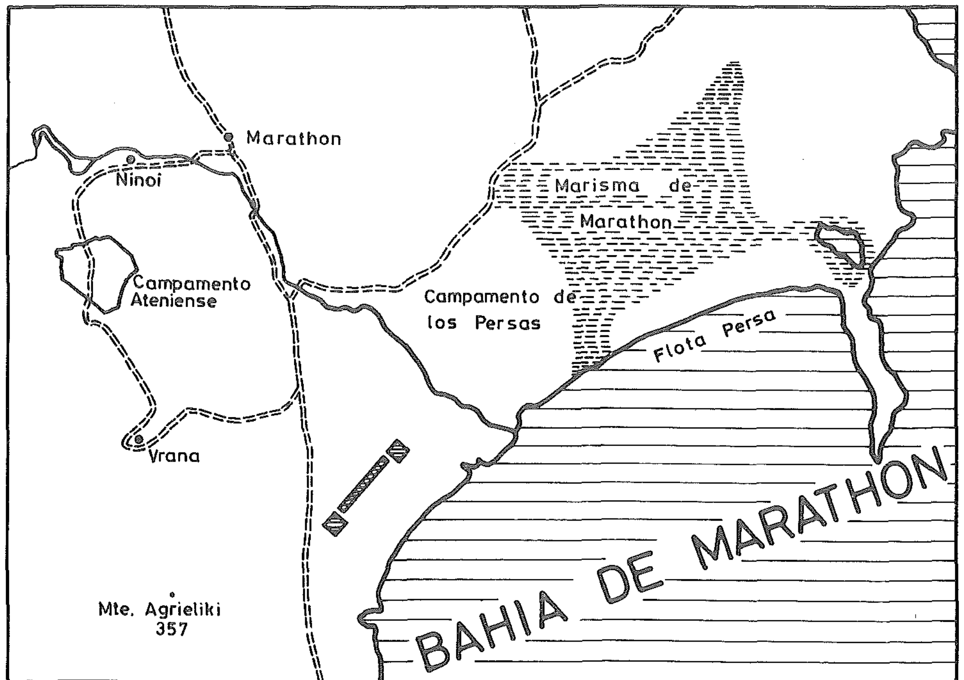
Las Guerras Médicas.

Temístocles fue el fomento de una política de construcciones navales a gran escala. La ocasión la proporcionó la humillación que los atenienses habían sufrido en los últimos años del siglo VI en la guerra con su rival comercial Egina. En el 486 ésta impuso su supremacía naval. Atenas debía terminar con esta preeminencia y debía ser capaz de resistir nuevos posibles ataques



Guerrero yacente. Frontón oeste del templo de Afaya en Egina. Mármol. Arte arcaico griego. Principio siglo V a. de C. Es una figura interesante del arte egineta, donde se aprecian más las formas de un bronce que las de una escultura, donde las formas han sido estudiadas con cuidado, donde los contornos han sido depurados con una precisión concienzuda, que no excluyen la frialdad ni el arcaísmo.

persas y mantener expédita la vía de los suministros de grano del Ponto. La experiencia del fracaso de Milciades, en Paros, abundaba en la necesidad de una política naval. Temístocles en el 482 consiguió que la Asamblea votara un programa de construcciones de 200 trirremes y que su financiación se hiciera con los ingresos de las explotaciones de un nuevo filón de plata de las minas del Laurion. Es verdad que el proyecto no se pudo rematar por entonces, pero lo que se pudo cumplir del programa transformó a Atenas en la primera potencia naval de Grecia. Lo demostraría en Salamina poco después.



Batalla de Marathón.

Las medidas adoptadas por Atenas no serán suficientes ya que eran limitadas las posibilidades. Buscaron la ayuda de los estados y ciudades griegas, pero pocos aprobaban la lucha de la defensa común (Tesalia, Argos) y fuera de Grecia no cabía esperar ayuda; únicamente Failo de Crotona contribuyó con una trirreme; los griegos de Sicilia se veían presionados por la posible alianza de Jerjes con los cartagineses y los de Jonia, Chipre y Cirene,

bajo dominio de los persas, estaban obligados a poner sus fuerzas a disposición de Jerjes. Los embajadores de los estados griegos que se habían negado a aceptar el dominio persa se reunieron en otoño del 481 en el istmo de Corinto, después de unas conversaciones previas en Esparta. Se sumaron a la confederación que presidían Esparta y Atenas unos treinta miembros. En primer lugar acordaron una paz general en Grecia, que puso fin a todas las querellas; autorizaron el retorno de los desterrados. Además, se amenazaba a los griegos que se sometieran a los persas, sin verse obligados, con la destrucción; y la décima parte de sus bienes se entregarían a Apolo délfico. Aunque sólo una parte de los griegos formaba parte de la Liga del istmo, era suficiente para destacar los balbuceos de un sentimiento de solidaridad y responsabilidad ante la amenaza persa que todos conocían como inminente. Sin lugar a dudas, las predicciones del oráculo de Delfos deberían haber estimulado el ánimo de los griegos en esa solidaridad contra los persas; pero no fue así, porque ya Darío con el soborno se había granjeado la simpatía del colegio de sacerdotes. El oráculo se mostró totalmente convencido de que los persas eran invencibles y que ofrecerles resistencia era inútil; profetizaban destrucciones y ruinas por doquier y aconsejaban a los argivos y cretenses que se mantuviesen apartados de la guerra y a los atenienses que huyeran al fin del mundo, pues su única esperanza estaba en «el muro de madera», que Temístocles interpretó como una incitación a reforzar su flota.

480 a. de C. 2.ª Guerra Médica. Batalla de Himera.

480 a. de C. Agosto. Paso de las Termópilas.

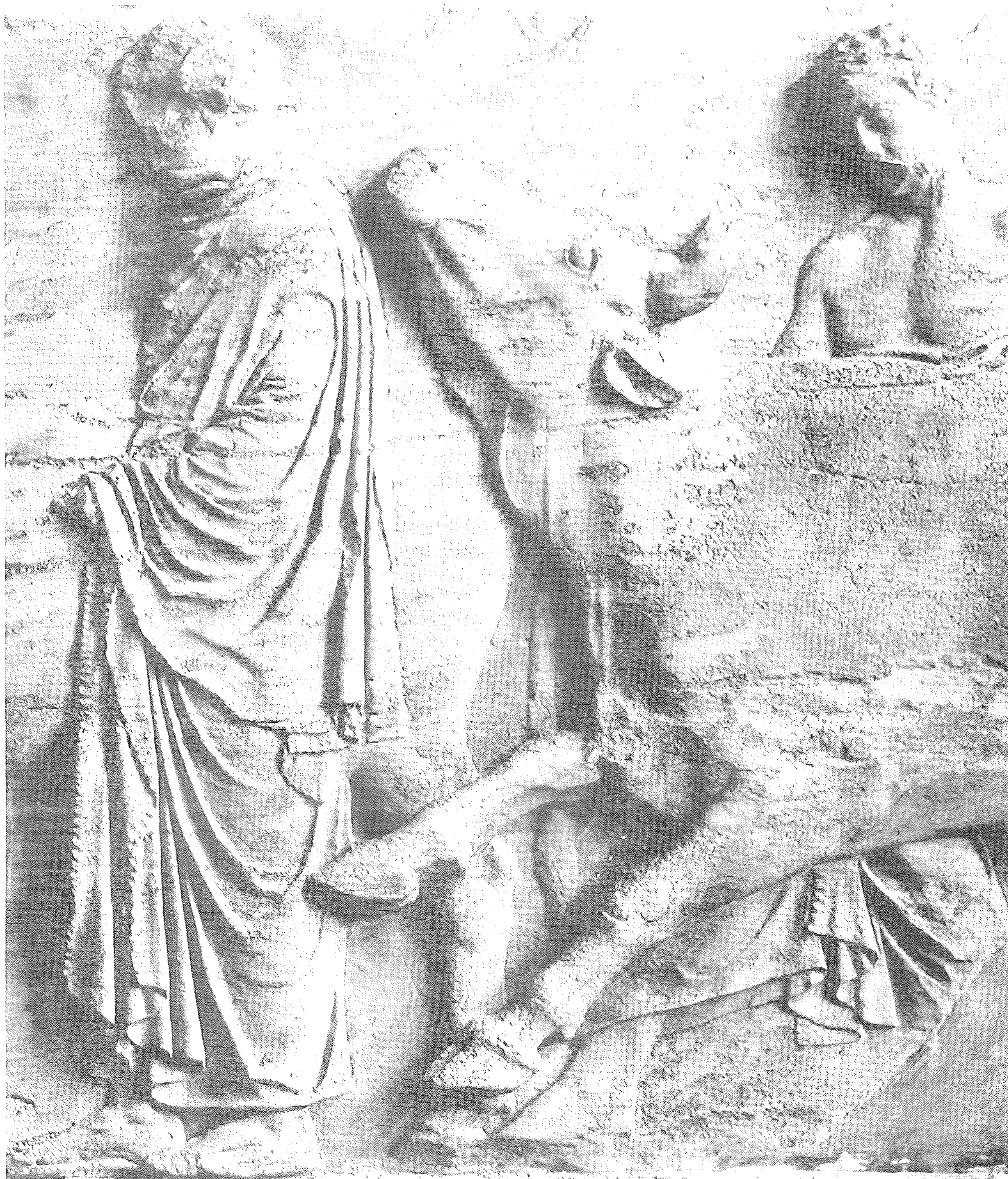
480 a. de C. Septiembre. Batalla de Salamina.

Persia tampoco podía en estos años llevar a cabo una ofensiva de desquite aunque Darío no dejaba de hacer previsiones en vistas a tomarse la revancha de Maratón. Varias circunstancias explican la demora de diez años por parte de los Aqueménidas: primero fue el desasosiego interno del imperio con la sublevación de egipcios en 486. Después fallece Darío y la represión persa debe efectuarla ya Jerjes. Luego éste debe pacificar a los babilonios, lo que ocupa su atención hasta el 483. A su vez, Jerjes quería evitar que un posible temporal, como el del 492 ocurrido en el monte Atos, detuviera el avance de su marina. Para ello, en el 483 mandó hacer un canal a través de la península oriental de Calcidia. Por otro lado los preparativos militares son imponentes. Todas las satrapías del imperio persa, desde la India hasta Egipto, aportaron sus contingentes al ejército y a la flota. De ésta formaban parte barcos y marinos fenicios, egipcios, jonios y carios.

8. La Segunda Guerra Médica (480 a. de C.)

Un imponente ejército partió de Sardes a las órdenes de Jerjes y cruzó el Hellesponto en la primavera del 480 por dos puentes de barcazas, obra del griego Harpalos. Herodoto (VI, 21-24) nos ha descrito de manera detallada el impresionante espectáculo que ofrecían los contingentes de los diversos pueblos del gran reino, a los que Jerjes pasó revista en Dorisco, junto al río Estrimón. Sus cifras son muy elevadas y poco reales, pues alcanzaban la cuantía de 1.700.000 hombres, 80.000 jinetes y 20.000 en camellos y carros de combate. A su vez, las cifras aportadas por Eforo y Ctesias (800.000 y 700.000) siguen siendo elevadas. Mucho más razonables son las calculadas por E. Meyer en torno a los 100.000 hombres. La flota, según Esquilo, de 1.027 barcos se acerca a la realidad. Cabe preguntarse, cuáles eran los objetivos perseguidos en esta expedición. Respondía a un amplio proyecto que venía fraguándose años atrás. A su vez, su alianza con los cartagineses desataría el temor de los griegos de la Magna Grecia y Sicilia, impidiendo una posible ayuda de éstos a las metrópolis. Muy posiblemente el objetivo que pretendía alcanzar Jerjes era el sometimiento de toda Grecia y de todos sus dominios en el Occidente, aunque esto no puede ser demostrado. En todo caso, con el paso del Hellesponto había comenzado la invasión de Europa. La reacción de la Grecia amenazada no se hizo esperar.

a) *Termópilas y cabo Artemision.* En el istmo de Corinto los griegos habían decidido enviar un cuerpo de 10.000 hoplitas a la frontera meridional de Tesalia para controlar el paso del Tempe, al sur del monte Olimpo, y disponer de una primera línea defensiva contra el ejército persa que avanzaba desde Macedonia. Este contingente fue transportado por mar a Halo (Tesalia) y desde aquí se trasladó por tierra al valle del Tempe.



Escena de sacrificio. Partenón, h. 450 a. de C. se inician en Atenas las obras de este templo y se encarga a Fidias la dirección de todos los trabajos, así como levantar la gran estatua de Atenea Parthenos a quien iba dedicada. Se ve en el Partenón el arte clásico más puro, el que lleva la impronta del arte de Fidias.

Como esta posición podía ser circunvalada fácilmente, aparte de que los tesalios que quedaban a sus espaldas eran poco de fiar, la posición fue evacuada por los griegos.

Posiblemente Jerjes tuviera conocimiento de esta situación y, a pesar de ello, avanzó hacia el oeste alrededor del monte Olimpo, mientras que la escuadra iba bordeando el litoral.

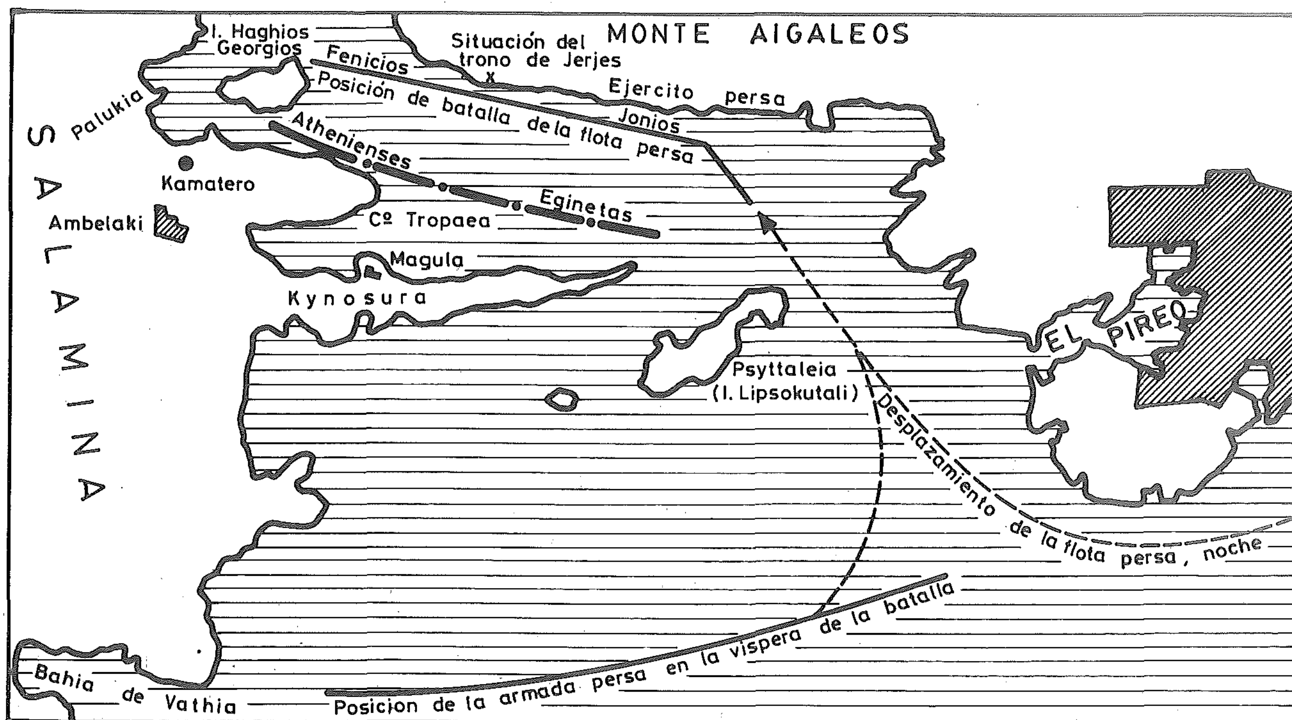
Los griegos decidieron esperar a los persas en las Termópilas, en la Grecia central, en donde las angosturas del terreno hacían posible frenar con pocas fuerzas a un enemigo superior. La base del ejército griego la componían

peloponesios con algunos tespianos, tebanos, focidios y locrios. A su frente estaba el espartano Leónidas. La flota griega, cuya mitad de trirremes eran atenienses, estaba emplazada en el cabo Artemision, y la mandaba otro espartano, Euribiades, aunque el verdadero estratega naval era Temístocles, el ateniense. El plan de operaciones consistía en que mientras frenaban el avance por tierra, la flota derrotase a la persa encerrándola en el estrecho entre Eubea y el continente. La vanguardia naval de los persas estableció contacto con los barcos griegos, pero un fuerte temporal les causó graves daños al lanzar numerosos barcos contra las rocas de las costas de Magnesia. A Jerjes no le quedó otro remedio que acampar sus tropas en la llanura de Traquis y esperar a que su flota volviera de nuevo a la batalla. Los persas iniciaron un inútil bloqueo para aprisionar a la marina griega en el canal que separa Eubea del continente. Al mismo tiempo y durante dos días, los persas trataron de forzar el paso de las Termópilas, pero fue en vano. El éxito vendría cuando se enteraron por un lugareño que existía un sendero litoral, deficientemente guardado por los focidios, que conducía a la retaguardia de los griegos. Entonces Leónidas advirtió a los jefes de la flota su difícil situación y pudo disponer del tiempo necesario para que aquella se retirara por el canal de Eubea sin pérdidas. La resistencia griega, al fin, sucumbió en las Termópilas como resultado de la traición; al menos pudo retrasar el avance del ejército de tierra enemigo algunos días.

Con el camino expédito hacia el sur de Grecia, los persas llegaron a Delfos, que consiguió conservar sus tesoros por su actitud filopersa; la Fócide fue tomada a sangre y fuego; Tebas respetada, porque había sido obligada a tomar las armas en contra de su voluntad. Tespias y Platea fueron incendiadas. Ahora la amenaza se cierne sobre Atenas.

b) *La toma de Atenas por Jerjes y la batalla de Salamina.* Temístocles vio claro que la baza decisiva de Atenas estaba en la flota que apoyaba al ejército de tierra Heródoto, que estudia los hechos cincuenta años después, intuyó perfectamente el significado panhelénico de la alternativa de Salamina, afirmando que si los atenienses, como sugerían los espartanos, hubieran abandonado su tierra y se hubieran retirado al Peloponeso, nadie se hubiera podido enfrentar al aqueménida; ya que la defensa del istmo no habría valido para nada, pues los persas hubieran conseguido la rendición total de todas las ciudades griegas, una vez dueños del mar Egeo. Esta actitud hizo, pues, de los atenienses los «salvadores de Grecia».

Así pues, ante la ya inminente e implacable amenaza de Jerjes, Atenas



Batalla de Salamina (según Kromayer).

479 a. de C. Bat. de Platea y victoria griega en la batalla naval de Micala.

puso a salvo a las mujeres y niños en Trecen, Egina y Salamina. La escuadra griega se concentró frente a la persa en el golfo de Salamina. Atenas, que sólo tenía una pequeña guarnición, cayó en manos de los persas en el año 480. La Acrópolis fue tomada e incendiada asolando la obra artística de los Pisistrátidas y Clístenes. Temístocles, viendo que los griegos no se decidían a emprender la lucha, les amenazó con que los atenienses se trasladarían con sus naves al Occidente.

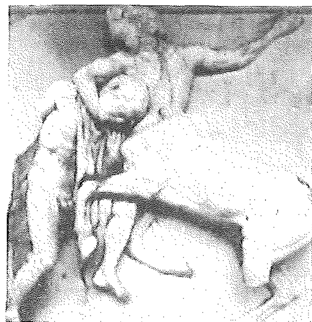
Los persas también querían conseguir una victoria definitiva en el mar, porque entendían que el paso por el istmo de Corinto les sería difícil, al igual que les había ocurrido anteriormente en las Termópilas; tanto más que allí se había retirado el sólido ejército espartano. En consecuencia, la flota persa salió de la playa del Faleron, donde se había concentrado, para presentar batalla a los griegos entre la isla de Salamina y el Atica. Jerjes decidió bloquear los tres estrechos y dispuso la armada en tres líneas: la primera cerraba el paso entre la costa del Atica y la isla de Psitalea; la segunda el estrecho entre esta isla y la de Salamina; y la tercera circundaría esta isla por el sur y bloquearía el pasillo entre Salamina y Megáride.

Los griegos, después de ordenar a las naves corintias que se colocaran frente a la tercera formación persa, simularon querer salir por el paso entre Psitalea y Salamina. Consiguieron que las naves persas se adentraran cada vez más en los estrechos, en donde perdieron su capacidad de maniobra, cambiándose los frentes de lucha. Los atenienses cerraron el estrecho entre Salamina y Psitalea, mientras sus hoplitas, al mando de Arístides, desembarcaban en Psitalea y aniquilaban a la guarnición enemiga que allí había desembarcado Jerjes. Desde la costa ática pudo contemplar el rey persa el ímpetu destructor de las naves griegas y la huida apresurada de su derrotada flota. Había triunfado la mejor estrategia de los griegos y su valor ciudadano.

Aunque la flota persa seguía siendo superior, Jerjes no quiso arriesgarse en un nuevo enfrentamiento con los expertos y, ahora, crecidos de moral, marinos griegos. Retiró la escuadra y el ejército al Hellesponto y desde allí pasó a Asia mientras Mardonio con una tropa selecta reemprendería el ataque a Grecia. Entre tanto, los aliados griegos no accedieron al plan de Temístocles de atacar con la flota en el Hellesponto para deshacer al ejército persa, cortando sus líneas de aprovisionamiento. No obstante, la derrota de Salamina produjo un gran desasosiego en todo el imperio persa. Se sublevaron Olinto, que fue reducida, Potidea, que pudo resistir, y Babilonia, a la que el rey persa suprimió la autonomía de que gozaba. Esta insurrección impidió a Jerjes realizar los preparativos de una nueva e inmediata expedición contra los griegos. La decisión quedaba en las solas manos de Mardonio.

c) *Platea.* El peligro todavía acechaba a los griegos, pues el ejército de tierra persa, aún entero, estaba acampado en Tesalia. Mardonio, desde su cuartel general, intentó cuartear la confederación de los griegos y atraerse la flota de los atenienses para suplir la ausencia de la persa. Envió a Atenas al rey macedonio Alejandro I, vasallo del Gran Rey, con el ofrecimiento de reconstruir Atenas y la soberanía sobre toda Grecia si se unían a los persas. El pueblo rechazó la oferta porque no estaba dispuesto a traicionar a sus hermanos de raza, los griegos.

Temístocles había asistido a una conferencia celebrada en Esparta en la que se estableció la estrategia a seguir en la campaña siguiente. Entre tanto, los atenienses, que no estaban contentos con sus negociaciones, eligieron estrategas a Arístides y Jantipo, dos adversarios suyos. Este último emparentado con los Alcmeónidas, lo que podía inclinar la balanza política hacia el lado de los persas, ya que es conocido el filomedismo de las familias aristocráticas. Pero no fue así y siguió prevaleciendo el espíritu de solidaridad griega.



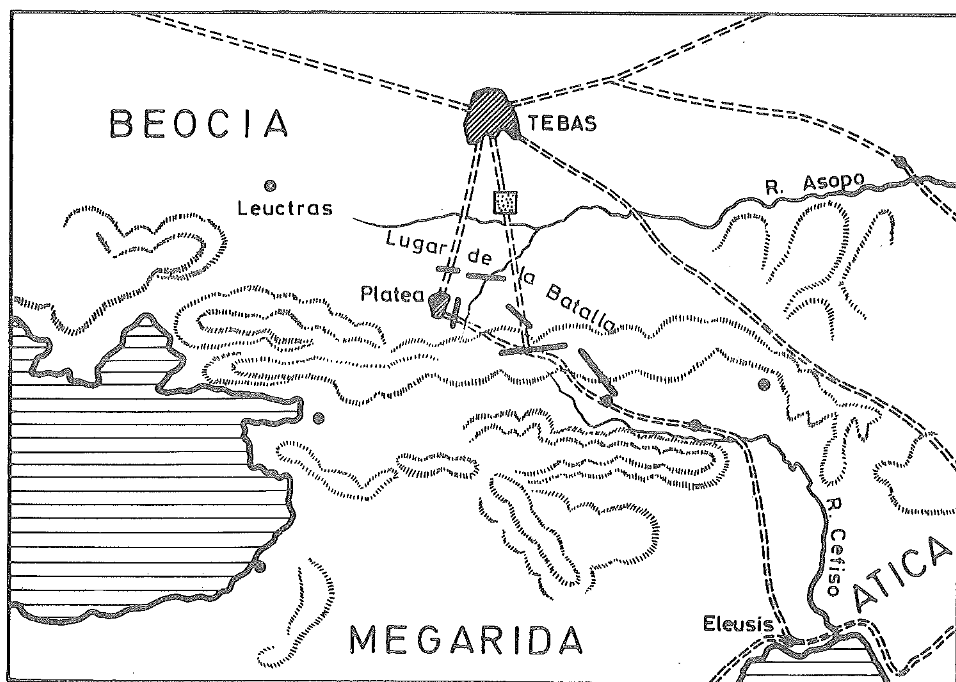
Metopa con lapita y centauro en lucha procedente de la fachada sur del Partenón (hacia 450 a. de C.). Los centauros son seres mitológicos que, según la leyenda, eran hijos de Ixión y de Nefele, diosa de las nubes. En las bodas de Piritoo, rey de los lapitas, los centauros intentaron raptar a la novia y violentar a las mujeres pero fueron vencidos por Heracles, Néstor y Teseo.

El mando supremo del ejército griego lo desempeñaba Pausanias, sobrino de Leónidas, y estaba compuesto por lacedemonios, contingentes de la Liga del Peloponeso, atenienses y platenses; era inferior en número al de los persas; también era de superior calidad la caballería de Mardonio: pero aventajaban los griegos a los persas en la infantería pesada de sus hoplitas. En el encuentro en Platea, el año 479, atenienses, espartanos y tegeastas hicieron frente a los ataques de los persas y causaron múltiples bajas en sus filas, siendo una de las víctimas el propio Mardonio. Sólo 3.000 invasores, según Heródoto, lograron escapar del general desastre. Pero, en verdad, la victoria de Platea no fue

el triunfo de la unidad griega, sino el éxito de Pausanias, y sobre todo, de sus espartanos. Sobre el campo de batalla los griegos pudieron recoger un inmenso botín abandonado por el ejército persa.

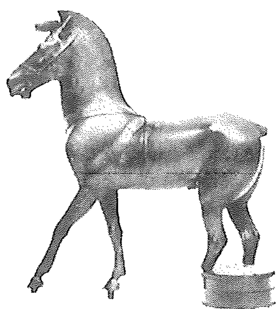
De Platea salió una expedición de castigo contra los tebanos por haber luchado al lado de los persas. La ciudad soportó un asedio de veinte días, al cabo de los cuales, sus habitantes se rindieron a los griegos, entregando a los jefes que simpatizaban con la causa persa; que fueron pasados por las armas.

d) *La ofensiva griega: Micala y Sesto.* La victoria de Salamina permitió a los griegos llevar la guerra al escenario del Asia Menor. Su flota, después de una demostraciom naval por las Cícladas, hizo escala en la isla de Delos. Eran los dueños del Egeo, pues antes de que los griegos desembarcaran en Samos, la flota persa había sido desmovilizada en gran parte. Sus almirantes no se atrevieron a presentar batalla, ya que habían prescindido del servicio de los fenicios y a los demás les ordenaron que se refugiasen en la costa al amparo del ejército de tierra. El espartano Leotiquidas, al mando de la escuadra griega, hizo escala en Samos y a continuación se dirigió a la costa jónica hacia el promontorio de Micala, en la desembocadura del río Meandro, en donde estaba lo poco que quedaba de la flota enemiga. Allí, mientras una parte de sus tropas de desembarco incendiaron las naves persas, la otra, con ayuda de jonios y melisios, reducía a los persas que se habían refugiado en la parte montañosa. La batalla de Micala tuvo lugar al fin del otoño del 479 a. de C. y supuso la total liquidación del poderío naval persa. Por otra parte, contribuyó a la defecación de diferentes comunidades jónicas sometidas a Persia. Por doquier derrocaron los regímenes tiránicos instaurados por el Gran Rey.



Plano de la batalla de Platea.

Ahora bien, esta situación exigía el compromiso griego de protegerles frente a los persas. Los confederados sometieron a debate la propuesta de los jonios que aspiraban a ser admitidos en la Liga Panhelénica, dirigida por Esparta; también deseaban ocupar las ciudades de aquellos helenos que habían hecho causa común con los persas. A propuesta de Atenas sólo las islas de Samos, Quíos y Lesbos fueron admitidas en la confederación griega. Estas disponían de grandes flotas y, por consiguiente, aumentarían el potencial marítimo de la Liga. Pero, por su parte, los espartanos no quisieron garantizar el futuro de los griegos minorasiáticos, por lo que varias ciudades jónicas y del Helesponto, firmaron tratados con Atenas. Los atenienses aconsejaron actuar antes de que llegara el invierno para hacerse con el control del Hellesponto. Pero cuando la flota orientó hacia allí su rumbo, Leotiquidas



Caballo. Bronce h. 470 El repertorio de temas animales en esta época es ilimitado, pero son las figuras de caballos las más interesantes que nos han llegado. Unas formaban parte de estatuas ecuestres, otras eran figuras únicas; pero, ya en unas o en otras se percibe la misma evolución artística que culmina en ejemplares tan bellos como el que aquí vemos.

y los de la Liga del Peloponeso, regresaron a su patria, ya que no estaban dispuestos a defender unos intereses a los que entendían ser absolutamente ajenos.

Atenas, sin embargo, no quiso renunciar al dominio de un enclave sólido sobre el Helesponto. Su escuadra, a las órdenes de Jantipo, asedió la ciudad de Sesto, que cayó en la primavera del 478 a. de C. Este acontecimiento victorioso de los griegos cierra la obra de Heródoto, porque entendía que era el final de la guerra contra persia. No era tal, pero, en realidad, con la toma de Sesto, Atenas culminaba tres objetivos primordiales de aquella lucha: dominar el Helesponto y prevenir todo futuro ataque persa a las tierras del continente griego, proteger sus rutas marítimas de abastecimientos de grano y otros productos del Quersoneso, y sentar las bases de su futuro imperio marítimo. Aspectos, todos ellos, decisivos para Atenas en el momento mismo en que no sólo fracasaba la cooperación panhelénica, sino que comenzaba a abrirse la dualidad que iría cuajando en abierta hostilidad entre los dos grandes poderes del momento en Grecia, Atenas y Esparta.

9. El enfrentamiento greco-púnico en Occidente: Himera, Cumas, Artemision

En tanto que la Hélade decidía favorablemente su libre destino frente a los persas, casi simultáneamente, las colonias de la Magna Grecia y Sicilia obtenían una resonante victoria en Himera sobre sus seculares enemigos, los cartagineses. Ya muchos autores clásicos pretendieron ver en estos simultáneos ataques al mando griego la conspiración del rey persa impulsando a los fenicios a deshacerse de sus competidores en el comercio de Occidente. Aunque la verdad es que los cartagineses venían ya protagonizando desde mucho antes frecuentes y duros ataques a los colonos griegos. La lucha se planteaba fundamentalmente por las rutas de comercio que llevaban a los productos agrícolas de Sicilia y sur de Italia; pero muy especialmente hacia los ricos yacimientos de metales de los que Etruria y el mediodía de Iberia eran grandes y exclusivos abastecedores para todo el ámbito mediterráneo. Lógicamente será Sicilia el centro de estas disputas entre púnicos y griegos. En razón de su rica producción agrícola, por sus populosas ciudades tanto griegas como púnicas, y por su situación estratégica de eje entre las dos mitades del Mediterráneo; muy en particular por el papel del estrecho de Mesina como ruta vital de comunicación para los griegos. Los hechos más importantes y directos que conducen a la lucha en Himera en el 480 tienen lugar a mediados del siglo VI, tanto del lado griego como del cartaginés.

478 a. de C. Liberación de las ciudades jonias de manos de los persas por la flota del rey espartano Pausanias.

A la caída de Tiro y Sidón bajo el dominio persa, Cartago había heredado el caudillaje y defensa del colonialismo púnico en Occidente. Hacia 654 había establecido una sólida colonia en Ibiza. Desde el año 550 Magón funda en Cartago una dinastía de personajes que como reyes o caudillos van a desarrollar esta política centralizadora y protectora de todo el movimiento colonial púnico. El historiador Justino califica a Magón de fundador de un imperio colonial al que da organización y disciplina militar. Sus poderosas escuadras y ejércitos mercenarios buscarán aunar las fuerzas púnicas y limitar o anular la fuerte competencia griega. La arqueología confirma este centralismo de Cartago que transciende al orden religioso y cultural: máscaras de terracota, navajas de afeitar. El occidente de Sicilia (Motye, Panormo, Solunte), así como el mediodía hispano (Ibiza, Gades, Sexi, Abdera) y norte de Africa, acusan este centralismo hegemónico de Cartago. Los pasos decididos de este expansionismo cartaginés, frente a las poderosas ciudades griegas de Occidente, se marcan en diversos escenarios a lo largo de la segunda mitad del siglo VI. Pactan con Etruria, cuando este poderoso Estado trata de anular el progreso de las colonias griegas sobre Campania.

La acción decisiva se produce cuando los focenses son derrotados en Alalia hacia 535 y mientras Córcega pasa a ser ámbito etrusco, los cartagineses se afianzan en Cerdeña (Nora, Caralis, Tharros, Olbia, Sulcis). Por entonces, o quizá poco antes, también se adueñan casi en exclusiva del rico comercio de metales del sur de Iberia donde, además de Ibiza, son sólidos asentamientos púnicos, Gades, Abdera y Sexi. Tienen gran fuerza sus empo-

ríos por el resto de la costa íbera hasta Cataluña, al punto de que en Hímera pueden contar con fuertes contingentes mercenarios de íberos y celtas. Quizás en torno al 510 es destruido o anulado el reino de Tartessos bajo sus ataques, y los griegos son eliminados del sur, en *Mainake*, para sustituirla por la púnica *Malaka*. El sudeste y mediodía ibéricos serán casi en exclusiva ámbito del comercio púnico durante varios siglos.

Era lógico que este expansionismo púnico en Occidente se completara con el dominio de Sicilia. Sólo así podría ahogar el comercio griego en Occidente, que aún se mantenía poderoso en el sur de Italia, en torno a Massalia y sobre Emporion, en las costas de Iberia.

La colonización griega mostraba también su fuerza expansionista, sin duda, en estos momentos muy superior a la púnica. Pero, como siempre, sus ricas y populosas ciudades, no sólo mostraban su independencia, sino que con frecuencia eran rivales en el comercio y aún hostiles en su comportamiento. Síbaris destruyó a Siris; a su vez, Síbaris fue arrasada por Crotona el año 510, produciendo una verdadera consternación en el mundo griego, en particular en Mileto, que mantenía importantes intercambios comerciales con Síbaris.

En un período relativamente corto de tiempo, la expansión colonial griega se incrementó en varias direcciones: hacia el este, alcanzando las zonas costeras del Mar Negro, hacia el oeste, ocupando los territorios del sur de Italia, la Magna Grecia.

En Sicilia no eran menores las disputas entre los griegos y tuvieron especial encono cuando surgieron algunos ambiciosos tiranos que trataron de secundar estas aspiraciones particulares, propiciando una política de anexiones. Así, ocurrió que los tiranos Teron de Acragante y su yerno Gelón de Siracusa, dominaban buena parte de Sicilia. Aspiraban entre ambos a dominar la región del estrecho de Mesina, donde Anaxilas gobernaba en Región y su suegro Terilos, en Hímera. El cartaginés Amílcar que deseaba afianzar su control sobre el estrecho de Mesina había cerrado un pacto de amistad con Terilos que, no sin razón, temía a Terón y Gelón.

Los acontecimientos, en efecto, se precipitaron cuando Terón depuso a Terilos como tirano de Hímera. Surgió el comienzo de la lucha porque los cartagineses sitiaron a Teron en Hímera y luego Gelón acudió en su ayuda con 50.000 hoplitas y 5.000 jinetes. Sería el 480 cuando se dio la decisiva batalla de Hímera, coincidiendo con la lucha que en Grecia sostenían contra los persas. El ejército cartaginés fue deshecho y Amilcar se suicidó. Poco después, Hieron, sucesor de Gelón, enviaba su escuadra a Cumas para combatir a los etruscos que dominaban Campania; fueron vencidos también los etruscos, aliados de los cartagineses. Desde entonces se inició la decisiva desaparición de Etruria, bajo los ataques de Roma. Y quizá también a poco los griegos vencieron en Artemisión (Hispania) a los cartagineses, asegurando su comercio en Levante y Cataluña.

En definitiva, no parece que las enemistades tradicionales de griegos y cartagineses precisasen de un especial aliento por parte de los persas; aunque quizá las pudo haber. Pero parece más bien que fue una conexión que los propios griegos idearon y que recoge Píndaro cuando celebra tal coincidente victoria del helenismo sobre los persas en Grecia y sobre los cartagineses en Sicilia.

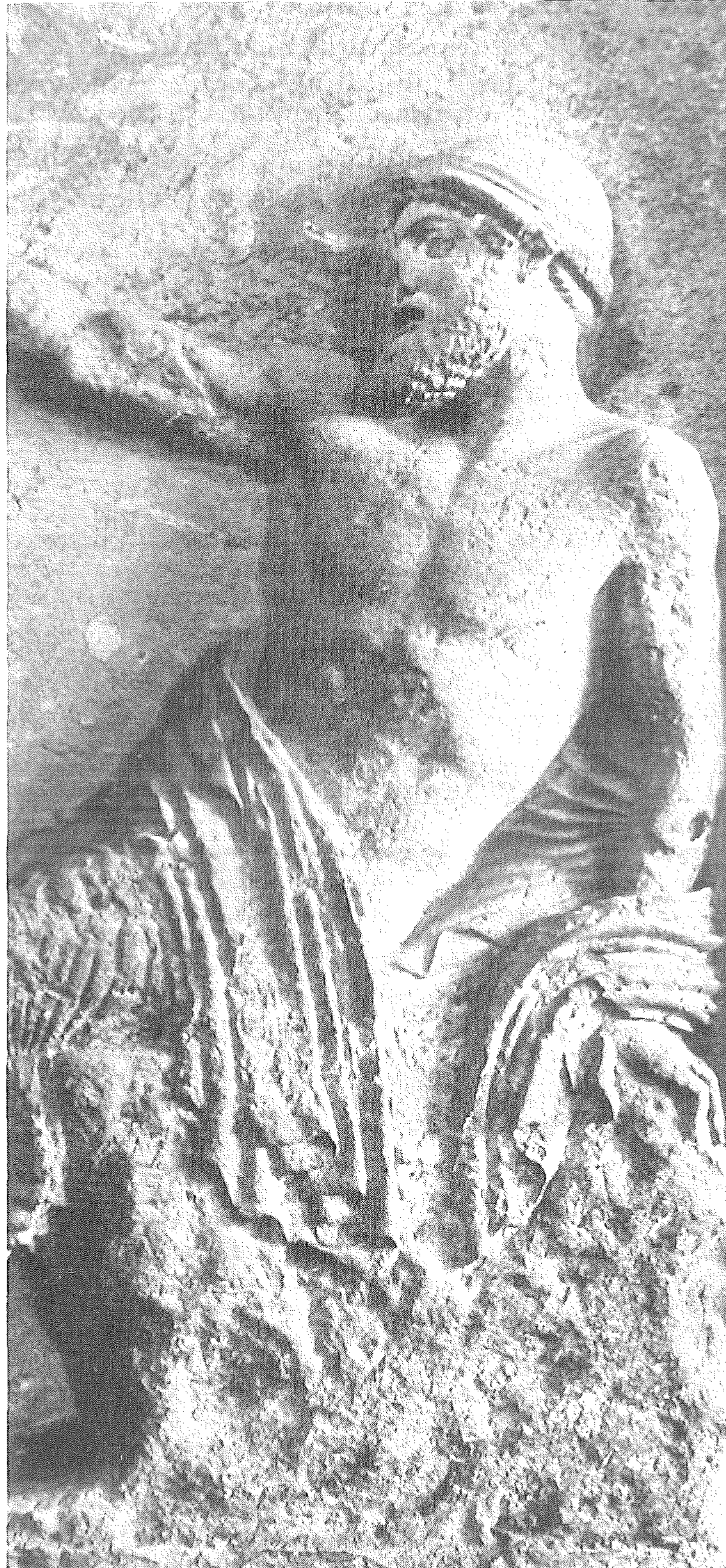
10. Las consecuencias de las Guerras Médicas y las nuevas perspectivas del mundo griego victorioso

a) *La formación de bloques antagónicos.* No tomarían los mismos derroteros, tras las Guerras Médicas, Atenas, Esparta o las ciudades griegas de la Jonia minorasiática del occidente. Si el éxito de Platea o Hímera fue celebrado por todos los griegos como las batallas de la liberación de la Hélade, mayor éxito fue la victoria de Salamina, que aumentó en gran manera el prestigio de Atenas y que supo mantener alentado las campañas de reconquista en Micala y Sesto.

La reputación ganada por Atenas vino acompañada de profundos cambios en la vida interna y en la política exterior de la ciudad. El triunfo de la marina y la importancia adquirida por las masas populares contribuyeron a transformar su antigua política «defensiva» marcada por la Liga del Peloponeso en «ofensiva», buscando la liberación de las ciudades de Asia todavía bajo el dominio del soberano persa. Ello suponía continuar el conflicto que, en efecto, seguirá latente hasta la paz de Calías del 449/8 a. de C. Así pues, la

flota, la democracia interna, la agresividad contra el persa, las nuevas bases de la política de Atenas, serán los factores más destacados del periodo postbélico, frente a una Esparta, con poderoso ejército de tierra, pero carente de poder marítimo necesario y siempre reticente a enviar el ejército lejos de sus fronteras o a arriesgarlo en trances difíciles.

Para poner en marcha sus planes liberadores del mundo egeo de raigambre griega y al que iban vinculados fuertes intereses económicos de comercio y



Zeus. Relieve de las bodas de Zeus y Hera. Museo Nacional de Palermo. Era éste la divinidad suprema del panteón griego. En sus orígenes era la personificación del elemento luminoso, pero con el paso del tiempo, y ya entre los griegos, que organizaron jerárquicamente su religión, se convirtió en el padre de todos los dioses, a quien todos temían. Zeus vigilaba la vida de los hombres y revelaba los fenómenos atmosféricos.

abastecimiento, Atenas hubo de configurar un programa de alianzas y solidaridad: la Liga Atico-Délica. Pero ello, si por una parte aumentaba la capacidad militar de respuesta frente a los persas, entraba en conflicto con la suspicacia espartana que acaudillaba la Liga de Corinto. Así, todo el siglo v vendrá marcado por este duelo hegemónico entre Atenas y Esparta.

En consecuencia, en el plano político, Grecia saldrá del conflicto dividida en dos grandes bloques; uno constituido por la mayor parte de las ciudades del Peloponeso y las ciudades griegas que veían con buenos ojos el patrón de régimen aristocrático espartano, unidas en torno a Esparta; el otro formado por las ciudades jonias y las partidarias de la democracia y que se vincularon a Atenas.

b) *El renacer del mundo jonio.* El mundo jonio minorasiático, que había sido pionero en la guerra, fue lógicamente el más favorablemente afectado por la derrota persa y la iniciativa liberadora ateniense. Las ciudades se afiliaron progresivamente a la Liga Délico-Atica, concretamente después de la victoria de Cimón en Eurimedonte (469/8 a. de C.); pero no volvieron a conocer su antigua situación de privilegio vivida durante la dominación de los lidios, pues fueron relegadas a un área de comercio limitado. No obstante, algunas, caso de Focea que poseía recursos naturales como el alumbre, conocieron una gran recuperación al entrar en el marco del mercado común ateniense. Un hecho fue importante en esta iniciativa ateniense: por primera vez en la historia de Grecia unas cuantas ciudades olvidaron momentáneamente sus discordias porque comprendieron que lo fundamental era defender en común la libertad. Así pues, las Guerras Médicas contribuyeron a la fijación de esa latente conciencia nacional panhelénica que tardaría en consolidarse totalmente siglo y medio. Por otra parte, las Guerras Médicas, fortalecieron la moral de los griegos que se sometieron a una fuerte disciplina, necesaria para la supervivencia de las *poleis* y contribuyeron a la cristalización de la unidad griega, según reconoce Platón en sus *Leyes:* «De esta gigantesca invasión por tierra y por mar, que nos inspiró un miedo desesperado, resultó una extraordinaria unión entre nosotros».



Detalle de una estela funeraria. Hacia 420 a. de C.

c) *La ampliación de la economía.* Hubo también importantes secuelas para la economía y la sociedad griega. La ciudad sobre la que disponemos mayor cúmulo de datos es Atenas. Ya desde el 480 a. de C. germinaba la evolución de una Atenas democrática y marinera. Plutarco destaca algunas frases muy significativas del programa de Temístocles, como la de hacer depender del Pireo a la ciudad y a la tierra del mar. Esta afirmación insiste en el hecho de que la victoria se logró en el mar y en la previsión política que había sido llevada a cabo entre las dos fases de las dos Guerras Médicas: se intensificarán los trabajos de las explotaciones de las minas del Laurion, que habían facilitado la construcción de la flota y que ahora servirán para el pago de la deuda exterior del grano; la ciudad destruída por los persas se verá renovada y se la conectará con el puerto del Pireo; se practicará una sistemática política de ampliación de la marina. Atenas, por primera vez, no sólo llevará a cabo una política de aprovisionamiento de grano vinculada a determinadas alternativas, sino que puede abastecerse de otras áreas. Después del 480, incluso durante las Guerras Médicas, se ha observado en toda Grecia que no fueron interrumpidos del todo los intercambios, por el comercio estaba en manos de mercaderes independientes de los dos bloques enfrentados. Esta realidad comercial griega en estos momentos difíciles lo prueba un pasaje de Herodoto en el que se dice que Jerjes no quiere interceptar y hundir a los barcos briegos que transportaban grano desde el Ponto a Grecia, ya que así, cuando él llegara a Europa dispondría de víveres suficientes. Las Guerras Médicas, que conllevaron tranquilidad al Egeo, reanudaron la vía de acceso al mar Negro y también posibilitaron el poderse aprovisionar en Sicilia y en el Adriático. Para equilibrar la balanza de pagos del comercio del grano, Grecia se verá obligada a exportar metales preciosos (plata), productos artesanales, así como armas, cerámicas u otros productos monopolizados. Atenas se convirtió en una ciudad de artesanos y comerciantes, de *emporoi* y *kapeloi*, lo que motivó que la dependencia tradicional del campo fuera cada vez menor. Por esta causa se producirá una transformación de la estructura social de Atenas. Los *metecos* —extranjeros domiciliados en Atenas sin derecho de ciudadanía— son cada vez más numerosos y su papel en la ciudad, vinculado al desarrollo económico, es cada vez más importante. Precisamente Jenofonte

dice que para revitalizar la economía de Atenas hay que ejercer unas medidas de urgencia y una de las más importantes es la de fomentar el establecimiento de metecos y que puedan disponer de tierras y casas. A su vez, la tragedia ha recogido en algunos pasajes la acogida favorable que los atenienses dispensaron a los extranjeros. Esquilo, en *Las Suplicantes*, considera positiva la concesión por parte de la Asamblea de Argos a las hijas de Danao y dotarlas de un estatuto jurídico semejante al de los metecos. Tucídides en el discurso de Nicias que dirige a los metecos para que no abandonen la ciudad en un momento crítico les adula destacando su condición de «atenienses», a sabiendas de que no lo eran.

d) *El despertar cultural.* Al prestigio político, económico y social hay

Guerrero del templo de Aphaia en Egina. Hacia 480 a. de C.



que añadir el religioso después de las Guerras Médicas. Se revitalizaron en Atenas los cultos de Eleusis, ligados a Demeter, y los cultos a Atenea Poliade o diosa protectora de la ciudad. Su misión era unir a los aliados y frenar la penetración de otros cultos, como el de Asclepios. Se decía que diversas deidades habían propiciado a los griegos la victoria con su presencia: Pan en Maratón, Baco en Salamina, y que Boreas había contribuido al naufragio de la flota persa. Herodoto recoge múltiples episodios que muestran estrecha conexión entre los cultos y las Guerras Médicas. También conviene destacar la función del oráculo de Delfos durante el conflicto, al que Herodoto acusa, por sus posturas ambiguas, como con motivo de la batalla de Salamina. Por ello no será Apolo, sino Atenea, la divinidad que triunfe en el conflicto, hecho que se confirma cuando Atenas, por consejo de Arístides, erigió un templo a Atenea Area en Platea, en conmemoración de esta victoria. Además, Atenas explotó en beneficio suyo, después de las Guerras Médicas, la decadencia religiosa de Delfos.

El triunfo de Atenas sobre los bárbaros se manifestará en el ambiente cultural y en las manifestaciones artísticas. Tucídides denuncia en los atenienses cierto afeminamiento en la manera de vestir, que se ve confirmado en la escultura griega posterior a las guerras. Donde se observa una mayor influencia es sobre todo en los temas dedicados al encuentro con los bárbaros y en la propaganda de las luchas épicas del pasado contra las amazonas o en las empresas de Teseo y de Heracles. Mientras la cerámica se decora con el tema del guerrero persa, la escultura hace proliferar el del bárbaro vencido. Esta glorificación artística se observa en la obra de Fidias, que esculpió en Delfos, el *heroón*, para conmemorar la batalla de Maratón. También en el mismo Partenón, en la *Iliupersis* de Polignoto y en la Amazonomaquia de Micón.

e) *La revitalización del helenismo de Occidente.* Para las colonias griegas de Occidente, la victoria obtenida por Gelón, en Hímera, abría un periodo de esplendor para el comercio griego en Occidente y para el brillante porvenir de sus ciudades. Marsella y Ampurias son buen ejemplo. Cartago no sólo vio desbaratado su proyecto de exclusividad comercial en el Mediterráneo occidental, sino que quedó desarticulado su poderío naval en el que residía su verdadera fuerza, mientras el cuerpo mercenario era prácticamente aniquilado. En consecuencia, su incapacidad de respuesta, por el momento, frente a los griegos les llevó al convencimiento de que era preferible comerciar con los propios griegos y ser intermediarios de sus excelentes productos. Así, el siglo v y iv será testigo de la difusión de los típicos productos griegos —cerámicas, armas, objetos de arte— en todo el ámbito colonial propio de los cartagineses.

También con la victoria griega en Cime sobre los etruscos se iniciaba la decadencia etrusca que Roma completaría con sus conquistas a costa de aquel viejo y hasta ahora poderoso pueblo. Y los griegos —aliados de Roma— serían sus más directos beneficiarios, ya que Roma, aún por muchos siglos, no será poder comerciante, sino conquistador, y los griegos se mantendrán como fieles aliados de Roma en Italia. A cambio, el inicio del poderío de Roma no es ajeno a estos hechos y al apoyo griego.

BIBLIOGRAFIA

BENGTSON, H.: *Griechische Geschichte*, Munich, 1969.

BERVE, H.: «Miltiades». *Hermes*, 2, 1937.

BRUNT, P. A.: «The Hellenic League against Persia». *Historia*, 2 (1953), págs. 135-163.

BURN, A. R.: *Persia and the Greeks*, Londres, 1962.

BUCK, R. J.: «The reforms of 487 B C in the selection of archons». *Class. Phil.* 60 (1965), págs. 96 y siguientes.

COOK, J. M.: *The Greeks in Jonia and the East*, Londres, 1962.

DASCALAKIS, A.: *Problèmes historiques autour de la bataille des Thermopiles*, París, 1962.

EVANS, J. A. S.: «Histiaeus and Aristagoras: notes on the Jonian Revolt». *Amer. Journ. Phil.*, 84 (1963), págs. 113-128.

FORREST, W. G.: «Themisticles and Argos». *Class. Quart.*, 54 (1960), págs. 221-241.

GILLIS, D.: «Marathón and the Almeonids». *Gr. Rom. Byz. St.*, 10 (1969), págs. 133-145.

GRANT, J. R.: «Leonidas Last Stand». *Phoenix*, 15 (1961), págs. 14-27.

GREEN, P.: *The year of Salamis 480-479 BC*, Londres, 1970.
GURATZSCH, G.: «Der Sieger von Salamis». *Klio*, 39 (1961), págs. 48-65.
HABICHT, C.: «Falsche Urkunden zur Geschichte Athens im Zeitalter der Perserkriege». *Hermes*, 89 (1961), págs. 1-35.
HAMMOND, N. G. L.: «The Battle of Salamis». *J. H. S.*, 76 (1956), págs. 32-54.
HAMMOND, N. G. L.: «The Campaign and the Battle of Marathón». *J. H. S.*, 88 (1968), págs. 13-57.
HIGNETT, C.: *Xerxes Invasion of Greece*, Oxford, 1963.
HUXLEY, G. L.: *The early Ionians*, Londres, 1966.
INSTINSKY, H. V.: «Herodot und der erste Zug des Mardonics gegen Griechenland». *Hermes*, 84 (1956), págs. 477 y siguientes.
JUNGE, P. J.: *Dareios der Grosse König der Perser*, Leipzig, 1944.
KEIL, J.: «Die Schlacht bei Salamis». *Hermes*, 73 (1938), págs. 329-340.
Labarbe, J.: *La loi navale de themistocle*, París, 1957.
BUA, V. LA: «Gli Ioni e il conflicto lidio-persiano». *Quinta Miscellanea greca e romana*, Roma (1977), págs. 1-64.
LAZENNBY, J. F.: «The Strategy of the Greeks in the Opening of the Persian War». *Hermes*, 92 (1964), págs. 264-284.
LENARDON, R. J.: *The Saga of Themistocles*, Londres, 1978.
LIPPOLD, A.: «Pausanias von Sparta und die Perser». *Rhein Mus.*, 108 (1965), págs. 320-341.
MACKENZIE, G.: *Marathon and Salamis*, Londres, 1934.
MARTIN, V.: «La politique des Achemenides. L'exploration, prélude à la conquete». *Mus. Helv.*, XXII (1965), págs. 38 y siguientes.
NENCI, G.: *Introduzione alle guerre persiane e altri di storia antica*, Pisa, 1958.
NENCI, G.: «La monetazione delle rivolta ionica nei sui aspetti economici e politici», *Studi... Fanfani*, págs. 71 y siguientes, Milán, 1962.
PODLECKI, A. J.: *The life of Themistocles. A critical curvey of the literary archeological evidence*, Montreal-Londres, 1975.
PRITCHETT, W. K.: «Xerxes 'Fleet at the "Ovens"». *Amer. Journ. Arch.*, 68, 1963.
ROBINSON, C. A.: «Athenians politics 510-485 B C». *Amer. Journ. Phil.*, 66 (1945), págs. 243 y siguientes.
SCHACHERMEYR, F.: «Marathon un die persische politik». *Historische Zeitschrift*, 172 (1951), págs. 1 y siguientes.
STARR, C. C.: «Why did the Greeks Defeat the Persian». *Parola del Passato*, 17 (1962), págs. 321-360.
WALLACE, W. P.: «Kleomenes, Marathon, the Helots and Archadia». *J. H. S.*, 74 (1954), págs. 32 y siguientes.
WARDMAN, A. E.: «Tactics and tradition of ther Persian War». *Historia*, 8 (1959), págs. 49 y siguientes.
WILL, E.: *Le monde grec et l'Orient. Le Ve siecle (510-403)*, págs. 83-124, Paris, 1972.
ZEILHOFER, G.: *Sparta, Delphoi und Amphiktyonem im 5 Jht. v. Chr.*, Erlangen, 1959.

LA HEGEMONIA DE ATENAS: LA PENTECONTECIA

A. Montenegro Duque
J. M.ª Solana Sainz

El periodo de cincuenta años, que Tucídides llama *pentekontetia*, abarca desde el 478 a. de C., fin de la segunda guerra médica, hasta el 431 a. de C., inicio de la guerra del Peloponeso. Será el momento del auge de Atenas, como paladín de la lucha contra Persia hasta el año 449/8 a. de C. y de la paz de Calias, en la que se concluye un tratado de paz entre las dos partes litigantes. A su vez, en esta etapa irá en aumento la rivalidad política entre Atenas y Esparta, con una serie de campañas, que se verá temporalmente interrumpida por la Paz de los Treinta años (446 a. de C.), para poco después (431 a. de C.) desembocar en la llamada guerra del Peloponeso.

Jenofonte (430-355 a. de C.), escritor ateniense, de familia acomodada. En el 401 marchó con su amigo Proxenos a Asia Menor, allí se unió al ejército de mercenarios griegos de Ciro el Joven que estaba en guerra contra su hermano Astajerjes. El ejército de mercenarios, después del asesinato de sus jefes, hicieron a Jenofonte uno de los cinco generales que dirigieran su retirada. En su obra. La Anábasis, *relató esta expedición.*

La historia de Atenas en estos cincuenta años conocerá la formación y desarrollo de lo que se ha denominado también «imperialismo ateniense». En este período crucial de la antigüedad, Atenas contribuirá al desarrollo cultural en tan alto grado que marcará con huella profunda la historia de toda la humanidad. Como primera tarea, los atenienses se dedicaron a fortificar su ciudad y el Pireo. Temístocles y Arístides fueron los impulsores de aquella misión. Relegando a segundo término la reconstrucción de sus hogares reducidos por Jerjes a un montón de ruinas, se apresuraron a levantar las murallas durante el invierno del año 479/478. Era la mejor garantía de defensa para sus gentes y sus naves. Esparta, so pretexto de que podían ser utilizadas en una nueva incursión persa, se oponía a ello; pero Temístocles dispuso la apresurada participación de todos —hombres, mujeres y niños— y en un mes Atenas tenía sus murallas. Mientras parlamentaba con Esparta y la ponía ante un hecho consumado. Luego de fortificarla, la embellecieron con obras sublimes. Crearon los modelos universales de las artes y las letras.

La historiografía del periodo se centra en Tucídides, excepcional testigo de los acontecimientos. Menos fiables resultan los datos de Jenofonte, aunque sin duda también importantes, así como los que aportan Diodoro de Sicilia, Eforo y las biografías de Plutarco sobre los principales protagonistas de la política ateniense, Arístides, Cimón y Pericles. Cobran especial interés para el conocimiento de la vida social e institucional los escritores contemporáneos: los trágicos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, el comediógrafo Aristófanes y los tratados políticos o filosóficos de Platón y Aristóteles. También este momento de auge económico y cultural griego ve completar su cuadro con la abundante epigrafía, numismática y restos monumentales que han llegado a nosotros; desde sus grandiosos templos y esculturas hasta sus ricas cerámicas.

I. LA LIGA ATICO-DELICA: ARISTIDES

1. Las últimas actuaciones de la Confederación bajo la dirección espartana (479/8 a. de C.)

Después de la conquista de Micala y Sesto, se pondrían de relieve las diferencias entre los griegos, en especial en lo que se refería a la liberación de las ciudades griegas sometidas a Persia en el Egeo, Bósforo o Chipre.



Leónidas I fue rey de Esparta entre 490 y 480 a. de C. Escultura en piedra. Sería él uno de los grandes héroes de la antigua Grecia. Sacrificó su vida en el paso de las Termópilas que defendió con 300 hoplitas contra el ejército persa de Jerjes. Fue, sin duda, un signo viviente de lo que podía suponer la fuerza espartana, frente al cerebro y al corazón heleno.

Procedió Atenas con una mezcla de idealismo panhelénico y de intereses económicos que podrían proporcionar la reapertura del comercio al mar Negro. Tenía una poderosa escuadra, recursos financieros por el comercio y las minas, la admiración de la mayoría de las ciudades helenas y un alto espíritu ciudadano en todas las clases sociales. Esparta, en cambio, era reacia a estas empresas lejos de su suelo, sin directos intereses comerciales, sin marina y sin recursos económicos; y aún temerosa, y no sin razón, de la fidelidad de los mesenios e hilotas. En los años siguientes, pues, se van a definir los programas y los partidarios de cada una de las dos potencias sobresalientes de la Hélade.

De momento, los espartanos prosiguen al frente de la Confederación y luchan con su ejército, pero más respondiendo a ambiciones personales de sus reyes que al sentir popular. Así ocurrió en otoño del 479 que el rey espartano Leotiquidas —que no estaba de acuerdo en luchar en Sesto como lo hiciera la escuadra confederada, ya que estimaba que ello sólo favorecía a Atenas— se marchó con su escuadra contra Tesalia, en razón a que se halló siempre bien dispuesta con respecto a los persas y que por consiguiente podía facilitar un nuevo ataque. En todo caso, querían darle un castigo ejemplar. Pero la operación no tuvo éxito, pues, a pesar de la acción de la flota sobre los Aleuadas de Larisa, el partido oligárquico filoespartano de Tesalia, no pudo imponerse, y la campaña resultó inútil. Leotiquidas fue desterrado. Después, el ejército griego dirigido por Pausanias procedería a la apertura de los Dardanelos. Con ello se mantendría expédita la navegación hacia el mar Negro. El año 478, Pausanias, tras realizar una expedición a Chipre, que liberó buena parte de la isla utilizando la flota de los confederados, se dirigió contra Bizancio; sucumbiría en el año 475. La toma de Bizancio era fundamental para la guerra contra los persas, porque el control del Bósforo desde Sesto a Bizancio suponía el aislamiento de la satrapía de Tracia del imperio persa, y el poder reanudar las importaciones de trigo de estas regiones, lo cual era decisivo para las siguientes campañas de los griegos.

Pero, con su odiosa actitud, Pausanias exasperó a los griegos en Bizancio; ello acarreó la retirada de la dirección de la guerra a Esparta y la fundación de la Liga délico-ática. Al parecer Pausanias pensaba transformarse en dirigente de un imperio personal extendido a toda Grecia con la ayuda del Gran Rey; se casaría con una de sus hijas, adoptaría las maneras de vestir persas y protegería su persona con una escolta de persas y egipcios, formada con sus prisioneros. Su conducta externa y el despotismo hacia sus subordinados fueron motivos más que suficientes para que los confederados propusieran la transferencia a Atenas de la dirección de las fuerzas expedicionarias. Así fue, pues los eforos espartanos ordenaron a Pausanias que regresara a Esparta y procedieron a una investigación minuciosa sobre su conducta; aunque al no encontrar pruebas suficientes sobre la acusación de complicidad con el rey persa, Pausanias quedó en libertad y regresó a Bizancio, en donde se mantuvo como gobernador hasta el año 472 a. de C. Sin embargo, el incidente de Pausanias en Bizancio fortaleció en Esparta al grupo político reacio a la empresa en el exterior, que prefería limitar su papel a dirigir la Liga del Peloponeso. Por eso estaba conforme con que la acción bélica del Egeo contra los persas la prosiguiera Atenas. La solución, por otra parte, era razonable. Ya que, al limitarse a la lucha por mar, Atenas, como principal potencia naval en el Egeo, era la más indicada para esta misión. En consecuencia, retiró su ejército Esparta. Actuarían en el futuro por separado y surgía un peligroso dualismo.

2. La formación de la Liga marítima Atico-Delica con Arístides

El grupo de ciudades del Asia Menor e islas del Egeo liberadas del yugo persa temía caer de nuevo en sus manos, si no contaban con un apoyo sólido en la Hélade. Así pues, a la defección de Esparta, Atenas tomará el relevo para proseguir la guerra contra Jerjes y defender la libertad de los griegos. Las propias ciudades del litoral egeo ofrecieron la hegemonía a Atenas, en tanto durase la guerra; concertaron con ella una *symmachia* «alianza», cuyo centro lo constituía el santuario federal de Delos. De ahí el nombre de Liga délico-ática.

La tradición data de la fundación de la Liga por Arístides en el arcontado

de Timóstenes (478/7 a. de C.). Arístides era hombre de gran prestigio y honestidad que, tratando de hacer olvidar los humillantes y deshonestos modos del gobierno del espartano Pausanias, buscó una política eficaz en la defensa del helenismo. Luchó sin tregua hasta conseguir la total liberación de las ciudades griegas que aún persistían bajo el poder persa. Hasta su muerte en 467, Arístides sería adalid de los ideales que se asignaba la Liga Atico-Délica, compaginando con su carácter equilibrado y contemporizador la necesaria severidad con quienes olvidaran sus compromisos y su fidelidad a la empresa común.

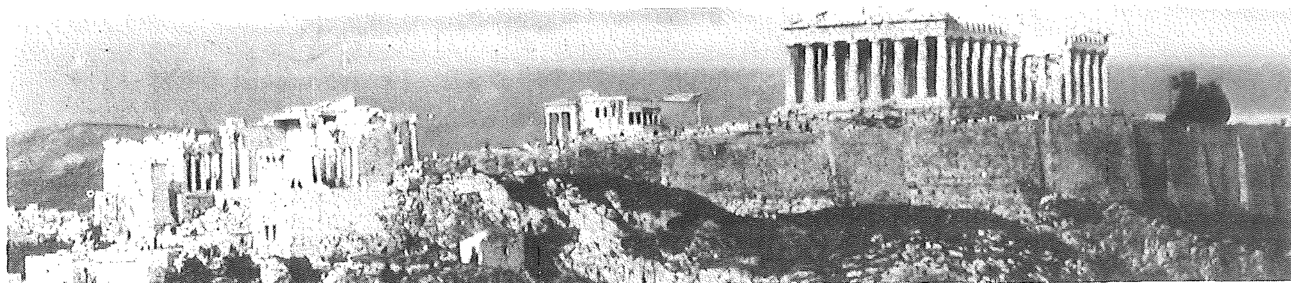
Si Arístides fue el alma de la Liga Atico-Délica, parece que, un gran técnico, Cimón introdujo grandes reformas en las naves que las dieron especial potencia: puentes de abordaje laterales, o a proa y a popa, que facilitaban la acción de los hoplitas. Su cometido ofensivo y defensivo completaba su potencial y no era, como el de los espartanos y sus aliados, básicamente defensivo.

La fundación de la Liga marítima no supuso la eliminación de la Confederación del 481 a. de C.; la única novedad es que la iniciativa la llevaba ahora Atenas y sus aliados, mientras que la antigua Confederación quedaba relegada a un plano secundario. Ahora bien, la aparición de un nuevo frente militar marginal, según vio claramente Tucídides, conduciría inexorablemente al enfrentamiento de Atenas y Esparta, y sería el camino directo hacia la guerra del Peloponeso. Habría, sin embargo, un espíritu de paz entre el 478 y 431.

Desconocemos el número exacto de los estados que formaban parte de la *symmachia* Atico-Délica, pero no es exagerado suponer que su cuantía oscilaría entre cien y doscientos, aunque durante la guerra arquidámica alcanzarían la cifra de cuatrocientos. La alianza se concertaba a perpetuidad, según se deduce de las lineas de Aristóteles en su *Athenaion Politeia*, que habla de tener amigos y enemigos comunes y que estos compromisos serían válidos hasta que saliesen a superficie unos pedazos de hierro candente arrojados al mar. El nombre oficial de la Liga acusa un carácter dual, pero no suponía una plena paridad de todas las ciudades. Por un lado estaba Atenas y en el otro el resto de los aliados, dentro de los cuales tampoco existía una igualdad. Según Tucídides los aliados eran autónomos en su origen y deliberaban en un consejo general, *synhedrion*. El procedimiento de adoptar una decisión por votación estaba en su origen muy extendido, aunque los únicos que disfrutaban de paridad de voto con Atenas eran los de Mitilene. De esto se deduce que cada polis tenía un voto y en esto debía consistir la paridad. Como el voto no era secreto, las ciudades menos poderosas deberían votar al dictado de Atenas.

La *symmachia* Atico-Délica contaba con una flota potente pues estaba constituida por ciudades insulares del Egeo. Las *poleis* poderosas podían aportar naves y tripulación de una manera homogénea (Samos, Quíos, Naxos, Tasos, Egina) y disfrutaban de algunas prerrogativas; las pequeñas y menos ricas quedaban exentas de estas obligaciones, pero en compensación deberían pagar una contribución en dinero, *foros*, «tributo» y no gozaban de los privilegios de las otras. Es importante recordar que las naves construidas con el dinero de los aliados se integraban en la flota y mando ateniense. Según la tradición, Arístides fue quien fijó la contribución que tenían que pagar al tesoro común de la Liga cada uno de los aliados. Esta difícil tarea parece que la llevó a cabo sin complicaciones, motivo por el cual le apodaron «el Justo». En él veían los aliados «al hombre excelente entre todos, enviado por la divina Atenas», según asegura Timocreonte de Rodas. Pagaban según su capacidad económica y al parecer la primera contribución anual ascendió a 460 talentos.

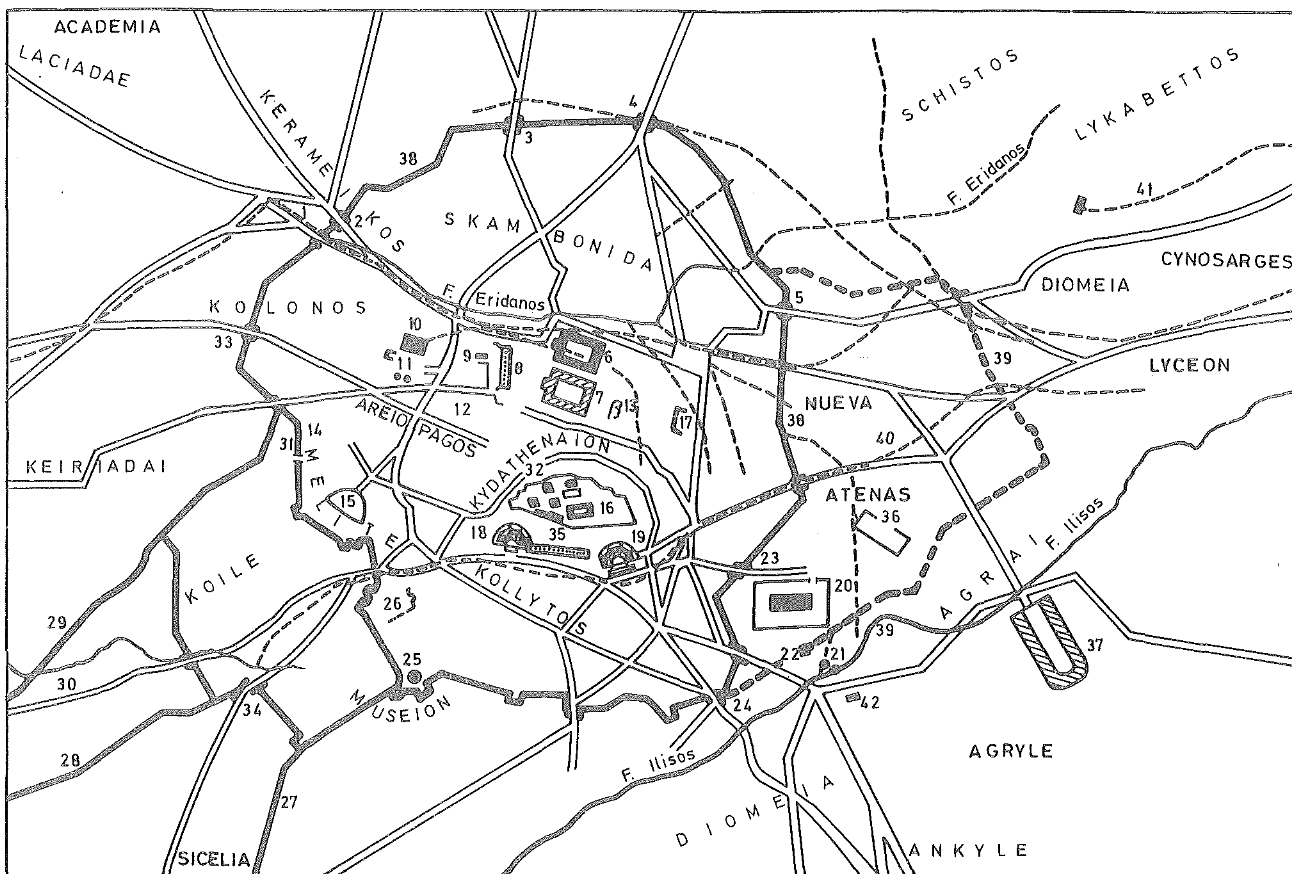
Vista general de la Acrópolis. Una vez terminado el Partenón y hasta fines del siglo V se produce un impulso en la obra de conversión de la acrópolis, que alcanzará los rasgos esenciales de su fisonomía. No se había terminado aún el Partenón cuando se empiezan a levantar los Propileos, que a manera de enorme pórtico aspiraban a cubrir todo el costado occidental de la Acrópolis que se erige majestuosa sobre Atenas.



Los *foroi*, «tributos» de los aliados, eran recaudados por los *helenotamiai*, «tesoreros», magistrados atenienses en número de diez, elegidos entre las tribus antiguas; aunque en un principio fueron magistrados delios los encargados de estas recaudaciones. Estos magistrados también se encargaban de pagar los gastos de la Liga. Para la designación de las cuotas la confederación estaba dividida en cinco distritos: el *insular* (Cícladas —excepto las dóricas Tera y Melos— Eubea, Egina, Imbros y Lemnos); el trácico (Calcídica, costa de Tracia y las islas de Tasos y Samotracia); el hellespóntico (región de los estrechos del mismo nombre y la isla de Tenedos); jónicos (ciudades de la costa de Asia Menor e islas adyacentes desde Troade hasta Mileto); el cario (desde el sur de Mileto hasta Faselis con las islas de Rodas, Cos y Cárpatos). La eficacia y la procedencia de esta organización lo confirma el hecho de que durante más de 50 años se mantuviera la cantidad global de manera fija; al cabo de estos años fue modificada por Cleón y ampliada a 1460 talentos. El *foros* de la Liga tenía un doble significado económico e ideológico, pues los estados que le pagaban moralmente participaban en la lucha contra los persas, aunque no de manera activa. En este aspecto, Atenas mostró tener planes y modos distintos a la Liga del Peloponeso, que nunca conoció la formación de una caja federal. La sede de la Confederación estaba en Delos, antigua capital de la Anfictionía, allí se reúne una vez al año el *synhedrion* y allí se guarda el tesoro de los confederados, en el templo dedicado a Apolo y Artemisa, uno de los santuarios religiosos de más prestigio en todo el mundo jónico.

Delos seguirá siendo el centro de la Liga hasta el 454 a. de C. momento en que el tesoro de la Confederación fue trasladado a la Acrópolis de Atenas. El

Atenas antigua.



1. Vía Sagrada.
2. Puerta del Dipylon.
3. Puerta Thriasia.
4. Puerta Acharnica.
5. Puerta de Diocharis.
6. Stoa de Adriano.
7. Agora Romana.
8. Stoa de Attalo.
9. Stoa.
10. Theseion.
11. Kolonos Agoreios.
12. Agora.
13. Torre de los Vientos.
14. Colina de las Ninfas.
15. Pnyx.
16. Acrópolis.
17. Diogeneion.
18. Odeón de Herodes.
19. Teatro de Dionisos.
20. Olimpieion.
21. Fuente de Callirhoe.
22. Pythion.
23. Puerta de Adriano.
24. Puerta Itonia.
25. Monumento de Philopappos.
26. Prisión de Sócrates.
27. Muro de Phalera.
28. Muros Largos.
29. Muros exteriores.
30. Camino del Pireo.
31. Camino del Pireo.
32. Grutas de Pan.
33. Puerta del Pireo.
34. Puerta.
35. Stoa de Eumenes II.
36. Termas romanas.
37. Estadio.
38. Recinto de Temístocles.
39. Recinto de Adriano.
40. Acueducto de Pisístrato.
41. Acueducto de Adriano.
42. Templo de Demeter.

cambio de sede del tesoro fue debido a que, una vez finalizada la guerra contra los persas en el 449/8 con la paz de Calias, Atenas quería mantener la Liga y sus aportaciones económicas. Efectuado el cambio del tesoro federal en el año 454/3 a. de C., se entregó como primicia la sexagésima parte de los tributos al tesoro de Atenas a razón de una mina por talento. Disponemos de documentación sobre las listas de estas sexagésimas para los años 454/3 al 415/4 a. de C.

Hubo dos aspectos negativos en la historia de la Liga. En primer lugar el que los miembros no estaban situados en un mismo plano de igualdad, pues Atenas era poderosa en extremo frente a débiles o muy débiles aliados. En segundo lugar hubo alianza por tiempo indefinido, ya que no se concretó el derecho de cada uno de los miembros a salirse de ella, con lo cual Atenas pudo servirse de su posición ventajosa para sofocar cualquier intento de defección.

3. La lucha de partidos y el antagonismo de sus dirigentes: Temístocles

Los grupos políticos antagónicos de aristócratas y demócratas siguieron pugnando en la Atenas del siglo V, con preponderancia alternativa, bajo la dirección, siempre, de hombres de ilustres familias. Prevaleció normalmente el partido popular, aunque realmente pesaron sobre todo los programas y valía personal de los dirigentes y, muy en particular, los éxitos logrados en la lucha contra los persas y la subsiguiente apertura de mercados, así como las obras



Cabeza de Gorgona, procedente de un edificio de Siracusa. Las gorgonas eran tres hermanas monstruosas que tenían el poder de convertir en piedra a todo aquél que osara mirarlas; su función en dicho edificio era alejar los malos espíritus.

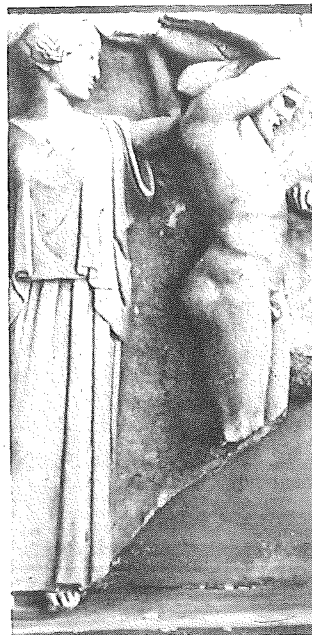
suntuarias y de defensa de la ciudad de Atenas. En esta tarea directriz de la política de Atenas coincidían a veces, a veces se alternaron o sucedieron, grandes personajes del momento: Milciades, Temístocles, Arístides, Cimón, Pericles. Todos ellos fueron dando días de gloria a Atenas, como también a Esparta se los diera Pausanias, el vencedor heroico de Platea.

Pero, ciertamente, y sin duda, movidos por la desconfianza hacia hombres ricos y convertidos en héroes nacionales, sobre todo entre los atenienses, persistió el recuerdo de la tiranía. Prácticamente todos los grandes dirigentes del siglo V ateniense fueron sucesivamente víctimas del ostracismo, multas y hasta condenas a muerte; en todo caso, el agradecimiento de los griegos hacia sus héroes nacionales no parece que fuera una virtud nacional, al menos hasta el punto de hacer olvidar sus debilidades; ni parece que en estos héroes griegos sobraran los escrúpulos que les impidieran colaborar con los reyes persas. A menudo pusieron egoísmo y rencor por encima de los supremos intereses de la Hélade. ¿Exceso de suspicacia en el pueblo o abundancia de dinero persa

Arístides (540-467 a. de C.), estadista ateniense. Fue uno de los diez estrategas que consiguieron la victoria de Maratón en el año 490. En el año 482 fue condenado al ostracismo; cuando regresó del exilio, combatió en Salamina en el 480 y en Platea en el 470 a. de C. Más tarde colaboró en la organización de la confederación marítima de Delos.

capaz de corromper a los más íntegros atenienses y espartanos? Respuesta difícil, tanto más cuanto que los persas no renunciaron a utilizar la corrupción como arma de división entre los griegos. Así, Pausanias y Temístocles terminaron aceptando las prebendas del rey persa al que gloriosa y heroicamente habían combatido, como años antes lo hiciera Hipias. Sabemos que el soborno provocado por el dinero persa fue arma frecuente de división entre los oráculos y las ciudades griegas antes, durante, y después, de las guerras médicas.

Temístocles, nacido en torno al 538 a. de C. era hombre rico y de extraordinaria erudición. Le hemos visto buscar el apoyo popular para el desarrollo de la marina; era vital para el desarrollo del comercio y el logro de la supremacía de Atenas sobre la Hélade y su defensa frente a la poderosa escuadra persa, en la que servían expertos fenicios y de las colonias griegas minorasiáticas sometidas. Lo logró y se convirtió en el indiscutible héroe de Salamina. Era partidario del entendimiento con Esparta a cuyo poderoso ejército de tierra deseaba tener como colaborador, no como enemigo. Después de la batalla de Salamina se confirmó en la idea de que la fuerza de Atenas estaba en su marina. Así, mientras daba largas a los espartanos que eran reacios a la reconstrucción de las murallas de Atenas, fue Temístocles quien las hizo reconstruir apresuradamente, aprovechando toda clase de materiales de las ruinas de Atenas. Hizo lo mismo en el puerto de Faleron y Muniquia que unió con una amplia muralla. Se construirían, según su programa, veinte nuevas naves cada año.



Atenea ayudando a Atlas. Metopa del templo de Zeus en Olimpia, h. 468-460 a. de C. En cada uno de los lados menores del templo había doce metopas, seis a cada lado, con los trabajos de Hércules. El escultor cargaría todo el acento en la belleza monumental del conjunto sin preocuparse de pequeños detalles que no se veían desde abajo.

En el decenio siguiente a Salamina pugnaron por el liderazgo popular Temístocles y Arístides. Este ya había sufrido el destierro, provocado por su rival, con el ostracismo a que se vió condenado en 832. Pero con buen acuerdo fue llamado para combatir en Salamina y Platea. Arístides, quizá aleccionado por esta sanción, se mantuvo como político en la tarea de organizar la Liga de Delos. Temístocles sería, pues, el hombre de acción de la Liga, interviniendo como gran experto, tras la batalla de Salamina, en Micala, Sesto y Bizancio, donde hemos visto actuar también al espartano Pausanias. Precisamente el eclípse político de Temístocles ha sido relacionado por algunos investigadores como corresponsable del medismo junto con el espartano Pausanias, que se mantuvo en Bizancio hasta el 476, de donde fue expulsado por Cimón para trasladarse a Colonas en territorio persa. En Esparta se acusó a Pausanias de colaboración con los persas. A Pausanias no se le pudo probar su complicidad y quedó en libertad. Y en verdad, tampoco se puede probar que Temístocles estuviera en contacto con Pausanias. Después de ser condenado al ostracismo en 471, marchó a Argos y estando allí, de nuevo fue acusado en Atenas de haber conspirado con Pausanias en favor de los persas. Temístocles no acudió a defenderse y fue considerado rebelde y condenado a muerte bajo acusación de medismo; no digna de crédito, porque él había contribuido más que ninguno a la derrota de los persas. Temístocles pudo escapar a la persecución de los agentes atenienses y espartanos. Huyó a Corcira y de aquí al Epiro, donde el rey de los molosos, Admeto, le facilitó el viaje a Pidna; para desde aquí dirigirse a Efeso, aún en poder de los persas. En la travesía estuvo a punto de caer en manos de una flota de guerra ateniense frente a Naxos. Artajerjes I, rey de los persas desde el 465 a. de C., le recibió en Susa y le ofreció protección y le entregó, por vida, varias ciudades griegas del Asia Menor, entre éllas Lampsaco, Miunte y Magnesia. Todavía en los primeros años del decenio siguiente acuñó monedas con su efigie en el anverso. En Magnesia vivió como vasallo del Gran Rey y es posible que muriera poco antes del 450 a. de C.

4. Cimón y las nuevas conquistas de la Liga entre 471-461

477 a. de C. Fundación de la 1.ª liga marítima (délica) creada por Atenas.

476 a. de C. Reconstrucción de la muralla de Atenas.

474 a. de C. Batalla naval de Kyme (Comas).

La actuación de Cimón en Bizancio expulsando a Pausanias el 476 fue el principio de su ascenso político en Atenas y que, como hemos visto, acarreó también, justificadamente o no, el comienzo del descrédito de Temístocles.

La era de Cimón comienza en 471 con el destierro de Temístocles y termina en el 461 a. de C. cuando, a su vez, también fuera desterrado. Su época es de gran importancia por sus diferentes aspectos en conexión con el

desarrollo interior en lo que afecta a la Liga Atico-Délica, a las relaciones espartano-atenienses y a la política griega frente a Persia.

Cimón, nacido alrededor del 510 a. de C., era hijo de Milcíades, el glorioso vencedor de Maratón, de la familia aristocrática de los Filaidas, que, como tantas otras de su clase, veía con admiración la vida y el régimen político espartano. Se apoyó particularmente en la aristocracia en contra de los populares de Temístocles. Era extraordinariamente rico y sus riquezas le permitieron rasgos de munificencia; de esas liberalidades se hacen eco las construcciones de Atenas. En la línea de Temístocles sobre la importancia de la marina para Atenas, introdujo grandes innovaciones técnicas en las trirremes, dotándolas de puentes de abordaje y alargando sus flancos para albergar infantería de desembarco. Comenzó con la toma de Eion en Tracia (476/5), donde obtuvo la autorización para ofrendar estatuas de Hermes en la nueva galería de este dios; aunque la colonia terminó desastrosamente. Luego tomaría Esciros. A continuación hizo levantar los grandes muros de la Acrópolis con los cuales la superficie de la fortaleza pudo ampliarse conside-



Busto de Temístocles. Copia romana en mármol. Sería este personaje elemento de vital transcendencia en la democratización de Atenas: sólo la unión del pueblo y el voto soberano del mismo podían servir de obstáculo al avance persa y así lo entendió él.

rablemente. Se remontan a su iniciativa los jardines de la Academia. A ejemplo de los tiranos reunió a su alrededor a un grupo de poetas que divulgaron su fama por todas partes. El pueblo ateniense le admiraba al principio, pues en Eion encontraron muchos clerucos atenienses ricas tierras de cultivo. Realizaría nuevas empresas siempre victoriosas en estos años. Y aunque desterrado en el 461, volvería a Atenas llamado por Pericles y moriría luchando en Cition (Chipre) el año 450 cuando trataba de liberar de nuevo a esta isla que había caído otra vez en manos persas.

a) *Afianzamiento en el Egeo y represión de los disidentes.* Cimón puso

especial cuidado en limpiar de piratas el Egeo y eliminar a los centros importantes no integrados en la Liga. Así, ayudó a los habitantes de Teos a liberarse de piratas y en el 472/471 tomó Caristo, en la isla de Eubea, que se había separado de la Liga en el 480. Luego obligó a Naxos en el 470/469 a mantenerse, pese a su voluntad de ausentarse de la alianza de Delos: como castigo perdió su autonomía.

También Cimón, reuniendo una gran flota de varios centenares de navíos, trató de limpiar de enemigos las costas de Caria y Licia con la liberación de las comunidades minorasiáticas que aún seguían sometidas a los persas. Posiblemente desde el 469 ya formaban parte de la Liga Atico-Délica. El centro más importante reconquistado fue Faselis. Los persas respondieron de manera inmediata a este ataque con su flota fenicia concentrada en Panfilia; pero Cimón, anticipándose a la escuadra persa, la atacó en la desembocadura del Eurimedonte (Panfilia). El éxito conseguido en este lugar en el 469 fue una prueba del gran talento militar de Cimón. El éxito se podía equiparar a las anteriores victorias de Maratón y Salamina. Pues, merced a ella, se terminó con el dominio persa en aguas de Chipre y Asia Menor, lo que supuso un hito muy importante para la Liga Atico-Délica. Los persas sufrieron grandes pérdidas por mar y por tierra, y el dominio costero de los persas experimentó un gran retroceso hacia el interior del Asia, transformándose de esta manera el mar Egeo en un nuevo mar griego.

470 a. de C. Temístocles es condenado al ostracismo y muere como vasallo de Persio en Magnesia junto al río Meandro.

465 a. de C. doble victoria de Cimón a orilla del Eurimedonte.

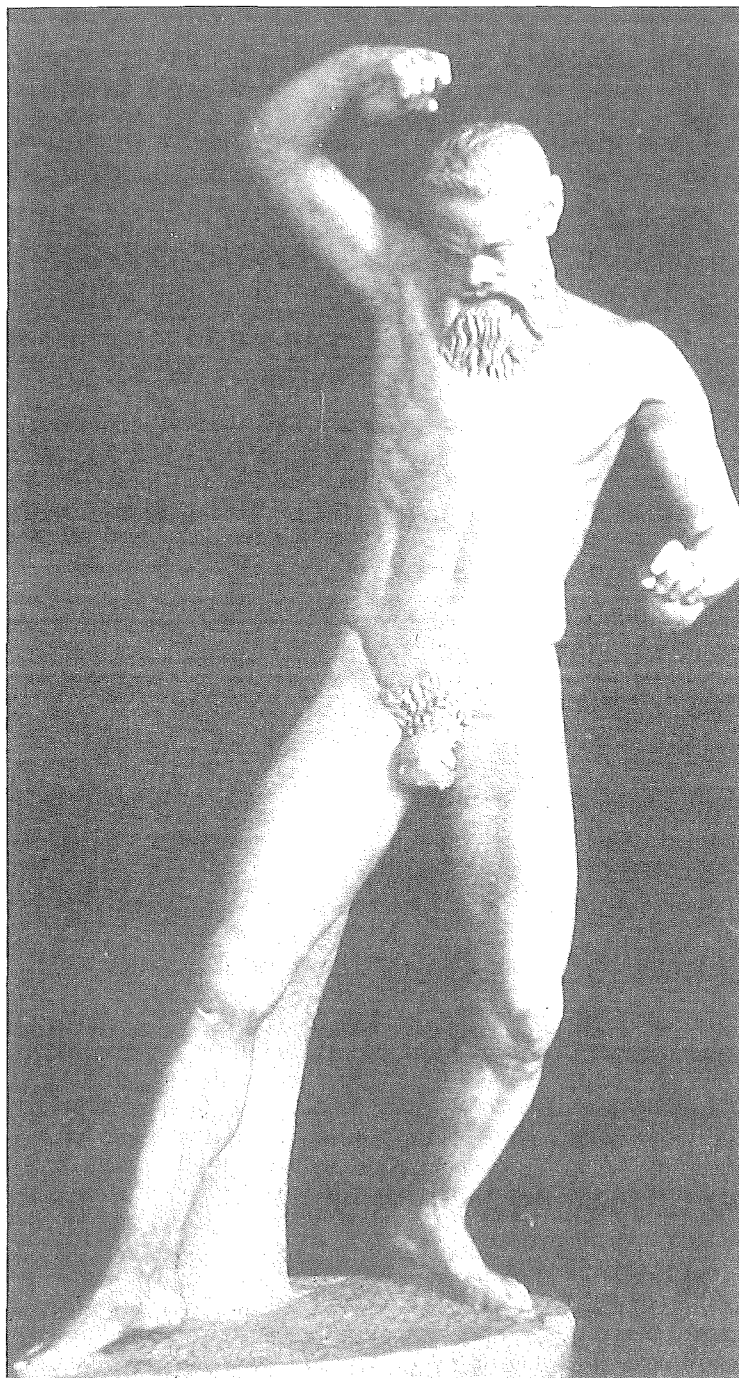
Lo lógico y natural habría sido que los griegos hubieran seguido explotando su racha de buena suerte en esta zona y hubiesen liberado la isla de Chipre, pero se contentaron con que Faselis, en Licia, fuera su puerto más avanzado. Así pues, de nuevo tomaron rumbo al norte del Egeo, en donde los persas todavía controlaban Dorisco, en la desembocadura del río Hebro y el interior del Quersoneso tracio. Los griegos intentaban consolidar sus posiciones y hacer del Egeo un mar pacífico y expédito. Cimón, en el 465, consiguió derrotar a las tropas persas y a las tribus tracias que las apoyaban, anexionándose el Quersoneso tracio. En el mismo año se dirigió al Estrimón, zona rica en oro ya explotada desde la época de Pisístrato. Rechazará allí a los tracios edones y fundará la colonia de Enneahodoi «Nueve caminos» con 10.000 clerucos; desde este enclave podrían controlar el tráfico de la Calcídia con la costa de Tracia y tener vigilado el paso del río para poder frenar una posible expedición persa contra Grecia. Además, estaban bien comunicados con el monte Pangeo, distrito minero importante, y sería la plataforma básica de la penetración política y económica en el área de influencia de los tracios, a la vez que se constituía en una firme barrera que frenaría una posible expansión de Macedonia. Al intentar los colonos avanzar hacia el norte, al año siguiente, junto al Drabesco, les sorprendió una coalición de tribus tracias que les causó un gran número de bajas, viéndose obligados a abandonar el recién creado establecimiento colonial.

Estas últimas expediciones a Tracia incomodaron a los griegos de la isla de Tasos que se beneciaban en gran manera del comercio con los tracios y de las explotaciones auríferas del Pangeo. Por ello, Tasos, en el 465, hizo defección de la confederación marítima délico-ática, a la que contribuía con naves y tripulación. Pero rápidamente fue reducida por Cimón, como anteriormente le había ocurrido a Naxos. El sitio se prolongó dos años, hasta el 463, lo que pone de relieve la fuerza y los recursos de la isla. Además, hizo un supremo esfuerzo ya que confiaba en la promesa de los espartanos de llevar a cabo una incursión en el Atica; pero aquella no se cumplió. Tasos capituló y se la obligó a entregar la flota, a destruir sus murallas, a dar una indemnización por los gastos de guerra, a comprometerse a pagar un tributo anual a la caja de la Liga Atico-Délica a perder sus posiciones en la costa tracia y su participación en las explotaciones mineras del Pangeo. Este ejemplo tenía una moraleja triste, pues de ahora en adelante ninguna ciudad, sin permiso de Atenas, podría retirarse de la Liga. De ciudades aparentemente autónomas pasaban a ser estados sometidos.

b) *La postura de Esparta y el Peloponeso*. Desde el 478 a. de C., ausente del sitio de Bizancio, Esparta se mostraba inactiva prácticamente porque debía hacer frente a problemas graves internos, tales como el incidente de Pausanias que había sacado a la luz el punto débil del régimen espartano. La crisis constitucional pudo ser resuelta al atribuirse los éforos un poder en detrimento de los reyes. Pero de nuevo Esparta, poco antes del 470 a. de C.,

atravesaba una situación crítica. En el Peloponeso se había formado un movimiento antiespartano a cuya cabeza figuraba Argos que se había aliado con Tegea y Arcadia. Venció a la coalición en las batallas de Tegea y Dipaia. A su vez, una confederación de los eleos dio lugar al fortalecimiento de Elis, cuya constitución era copia de la democrática de Atenas, y desbancaba del poder a los aristócratas filoespartanos.

Por otra parte, Pausanias parece que había pactado con los *heilotai* en contra del Estado, lo que minaba los cimientos sobre los que se apoyaba Esparta. Quizás la sublevación de los *heilotai*, en la llamada «Tercera Guerra Mesenia» del 463, tuviera como precedente esta conspiración de Pausanias. En el verano del 464 a. de C. un terremoto destruyó en Esparta casi todas sus casas y diezmó considerablemente su población. Los espartanos entendían que era un castigo de Poseidón porque habían violado el derecho de inmunidad de asilo, al sacar a la fuerza de su santuario del Tenaro a unos *heilotai* suplicantes, a



Marsias. Pertenece al grupo de Atenas y Marsias, obra de Mirón de mediados del siglo V. Nacido en Eléutherai, aldea fronteriza entre el Atica y Beocia, puede considerarse a este artista como ateniense, aunque sus obras no son representación pura del aticismo. La obra que aquí observamos es una copia romana de un original del autor por la que podemos admirar la forma narrativa de la composición.

los que dieron muerte. A su vez, los *heilotai* de Mesenia dedujeron de esta calamidad que la deidad les protegía. Junto con algunos poblados de periecos se sublevaron y marcharon contra la ciudad en ruinas. Algunas tropas espartanas fueron víctimas del odio centenario de los *heilotai*. Pero la disciplina espartana, la presencia de Arquídamo, y la ayuda de Mantinea, facilitaron el control de la situación. Cercaron a los insurrectos mesenios en el monte Itome, utilizado en la Primera Guerra Mesenia con la misma finalidad. Los espartanos, percatados de la difícil empresa que entrañaba el asedio de los mesenios, tipo de lucha extraño a sus dotes combativas, a comienzos del año 462 pidieron ayuda a los integrantes de la Liga del Peloponeso y entre ellos a Atenas y a los aliados de la Liga Panhelénica, que aún seguía vigente desde la Segunda Guerra Médica. La Asamblea ateniense escuchó la petición, pese al partido popular a cuya cabeza estaba Efialtes. Cimón partió hacia Mesenia en la primavera del año 462 con 4.000 hoplitas. Participaron en el asedio de Itome, pero de forma desganada, posiblemente porque gran número de atenienses veían con buenos ojos a los sublevados. Ante esta actitud, los éforos espartanos decidieron despedir a Cimón y a sus tropas; suponía una gran afrenta para Atenas y distanciaba peligrosamente a ambas potencias. En Atenas, la subsiguiente caída de Cimón y la transferencia del mando político a Efialtes y Pericles será bien significativa. Como lo fue el que Atenas diera cobijo en Naupactos a los mesenios, cuando capitularon con Esparta.

II. EL GOBIERNO DE PERICLES

1. La radicalización de la democracia ateniense y la caída de Cimón

Cuando Cimón hubo regresado de Tasos, se le acusó de no haber dirigido sus fuerzas contra Alejandro I de Macedonia. El denunciante fue el partido popular encabezado por Pericles, que por vez primera aparecía en público, aunque había desempeñado el cargo de corega en el 473/2. En el proceso Cimón resultó absuelto, pero no cejaron en las intrigas sus enemigos políticos. Mientras intervenía en Mesenia para ayudar a Esparta, en Atenas Efialtes introdujo un cambio decisivo en la constitución; a partir de este momento, el pueblo ateniense verá sustancialmente incrementadas sus atribuciones. De ello da cuenta Aristóteles en la *Athenaion Politeia:* «Efialtes, hijo de Sofonides, un ciudadano que gozaba de reputación de incorruptible y de poseedor de una virtud pública sólida y que se había convertido en uno de los jefes del pueblo, atacó al Consejo. En primer lugar eliminó a muchos de los miembros del Areópago poniendo pleitos contra ellos, censurándoles sus manejos de los bienes públicos. Después, durante el arcontado de Conón, quitó al Consejo todos los privilegios añadidos que le habían convertido en guardián de la Constitución y determinó que algunos de esos privilegios pasaran a los Quinientos y otros al pueblo y a los tribunales...» En definitiva, al poderoso tribunal del Areópago le fueron arrebatadas todas sus atribuciones añadidas y las competencias básicas en materia de administración y jurisdicción; excepto las referentes a la pena capital y los crímenes religiosos. Efialtes traspasó estas competencias en parte al Consejo de los Quinientos, en parte al pueblo y a los tribunales populares de justicia. La función protectora de las leyes fue transferida a la Ekklesia con la institución de la *graphé paránomos*, por la cual todo ciudadano ateniense podía recurrir ante la asamblea popular para anular proyectos que fueran en contra de los intereses públicos; podían también revisar las leyes aprobadas que tuvieran menos de un año de vigencia. El control de los magistrados corría a cargo del Consejo de los Quinientos, desposeído de todo poder decisorio, pero cuyas funciones eran las de preparar y asesorar las decisiones de la Ekklesia. Unas comisiones delegadas de la Heliaia, de 6.000 ciudadanos elegidos por sorteo, exigían cuentas a los magistrados al salir de su cargo.

462 a. de C. Pericles y Efialtes despojan al areópago de la mayoría de sus poderes.

461 a. de C. Fracaso de la política filoespartana de Cimón. Se conceden dietas a los miembros de la Bulé y del tribunal popular de los heliastas (evolución democrática). Atenas se alía con Argos y denuncia sus compromisos con Esparta.

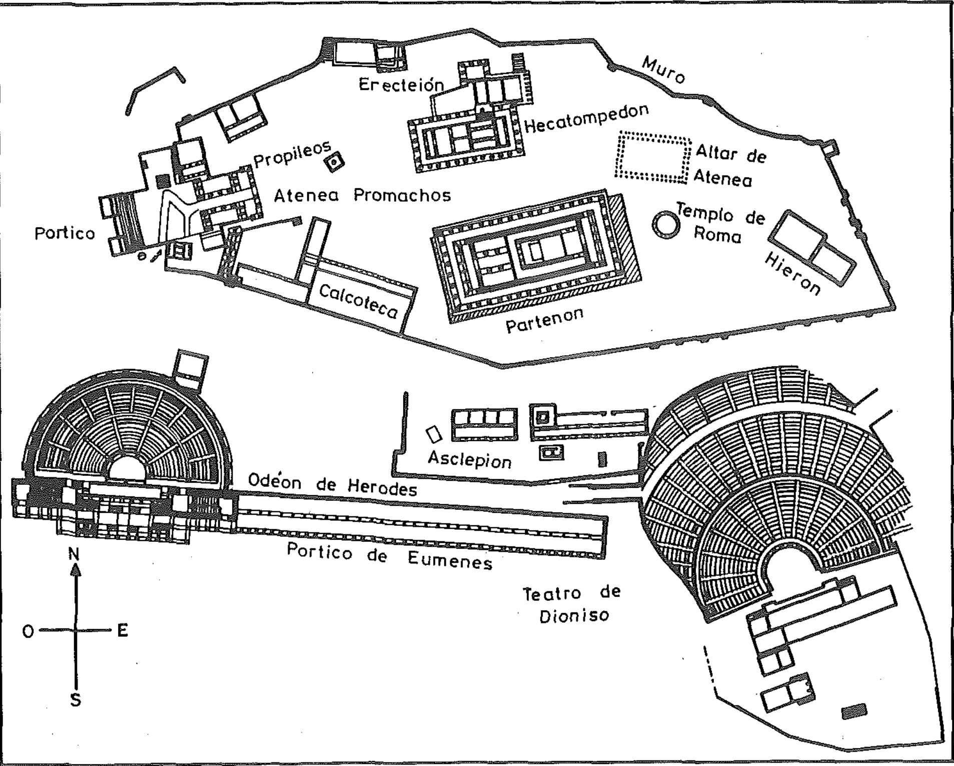
La figura de Cimón se vio debilitada por la reforma de Efialtes y el desprecio espartano hacia el ejército ateniense que combatía en Mesenia. Sus seguidores no se sentían con fuerzas para oponerse a los populares de Efialtes.

Y, cuando Cimón se esforzó en eliminar las reformas, fue condenado al ostracismo. Atenas abandonó la confederación panhelénica y firmó tratados de alianza con Tesalia y Argos, la principal enemiga de Esparta en el Peloponeso, y dio asilo en Naupactos a los mesenios. De esta manera se llegó a una ruptura entre las dos grandes potencias. La política particularista de las ciudades-estado volvía de nuevo al primer plano y había enfrentamiento. Por otro lado, era normal que Atenas cuidara de que el mar Egeo no se viera obstaculizado por los persas: era la guerra en dos frentes que resultaba peligrosa para Atenas y superior a sus fuerzas. Pericles sería el hábil político del momento que reafirmó el poder naval de Atenas, al tiempo que trataba de sortear los enfrentamientos abiertos y totales con ambos enemigos: terminaría en una sabia actuación, pactando ambas potencias, Esparta y Atenas.

2. Pericles en el poder: sus líneas de actuación

Pericles (499-429 a. de C.), estadista ateniense, de la familia de los Alcmeónidos, hijo de Jantipo y de Agarista. Hizo importantes reformas democráticas. Luchando contra los persas y contra Esparta, llevó a su apogeo la potencia naval y colonial de Atenas. Mandó construir en Atenas magníficos edificios como el Partenón, los Propileos, el nuevo Erecteión, etc. Su época fue calificada como «el siglo de Pericles». En el 433 apoyó la conclusión de una alianza con Corciza, que condujo al estallido de la guerra del Peloponeso. Pericles murió de peste.

A la muerte de Efialtes, asesinado, y tras el ostracismo de Cimón, Pericles se erigió en el máximo dirigente de Atenas el año 461. Había nacido el 499 a. de C. en el seno de la aristocrática familia de los Alcmeónidas, a la que pertenecía el reformador Clístenes, del que era sobrino nieto. Con Pericles asistimos a un nuevo periodo de preponderancia del partido popular sobre la línea aristocrática representada por Cimón, con sus consiguientes simpatías por Esparta y su régimen. Pericles, en efecto, encarnó todas las conspiraciones populares, incluso en aquella búsqueda de un imperio territorial para Atenas.



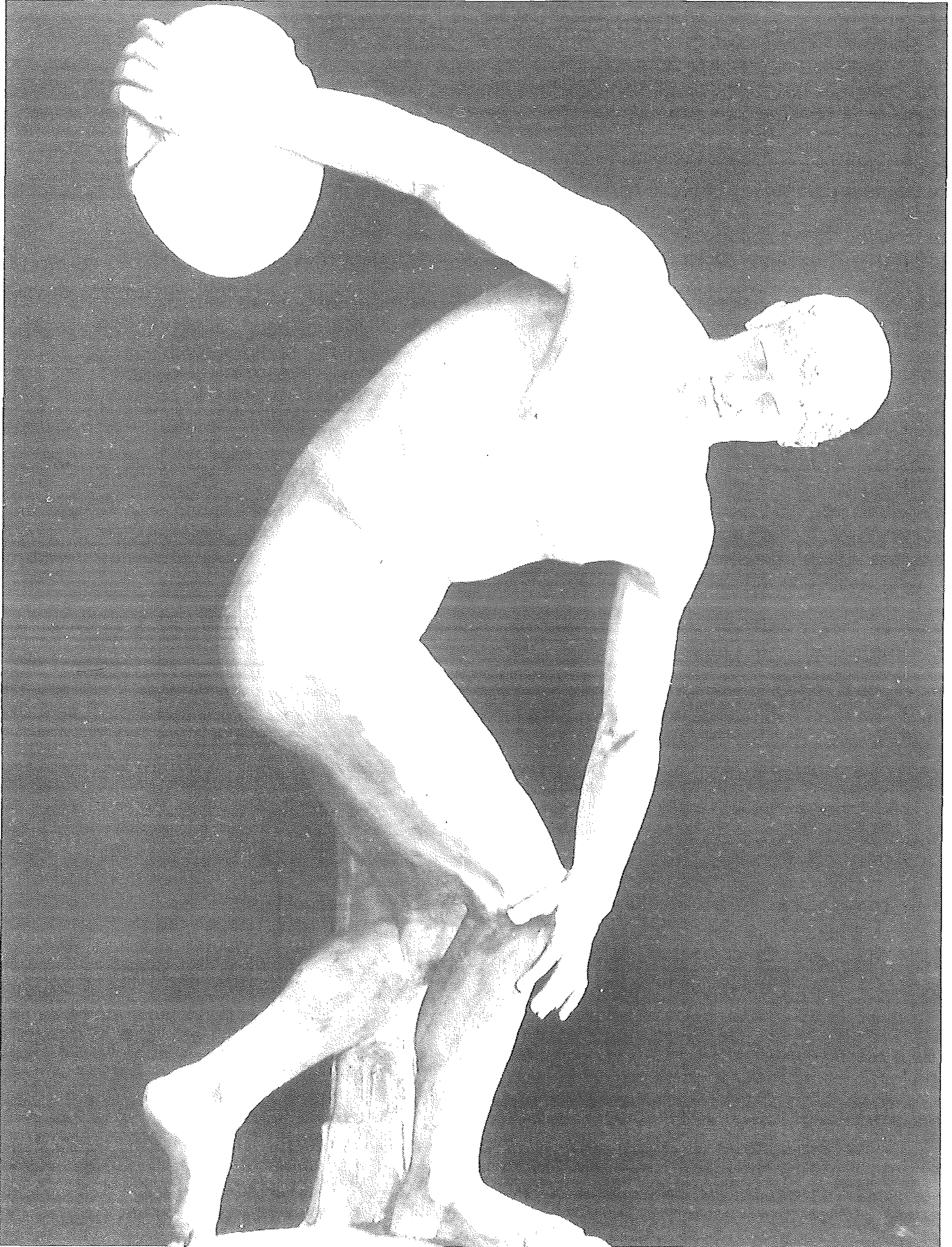
Planta de la acrópolis de Atenas.

Este afán imperialista ya se venía reflejando en el deseo de que Cimón hubiera dirigido su ejército a combatir a Alejandro I de Macedonia, en lugar de dedicarlo a ayudar a Esparta en la guerra contra los mesenios. Si bien, Pericles, como gran estadista que era, supo moderar estos afanes utópicos atenienses y terminó renunciando a la guerra imposible para Atenas, que simultaneaba el enfrentamiento con Esparta y Persia. Fue Pericles un hombre de esmerada educación en las artes y las letras, gran orador, de elocuencia concisa y serena, que eludió la demagogia en la que terminaron por incurrir sus sucesores con programas políticos o empresas tran grandiosas como

Discóbolo. Mirón. Copia en mármol del original griego de h. 460-450 a. de C. Desconocemos la fidelidad de cada una de las copias con la pieza primera, sin embargo el motivo ha alcanzado un carácter tan popular por su repetida mención en la literatura clásica. La figura representa a un lanzador de disco en el momento decisivo de volverse para arrojarlo al aire

irrealizables y que dieron al traste con la hegemonía ateniense. Pericles, por el contrario, supo calcular las fuerzas reales y las posibilidades de Atenas. Hombre reflexivo, prudente y persuasivo, se dirigió directamente al pueblo en la Ekklesia sólo en contadas ocasiones. En su tiempo Atenas llegó a la cumbre universal del pensamiento y de las artes, y a ello no fue ajena la mano de Pericles.

Pericles dirigió la política de Atenas entre 461-429 desde el cargo de *strategos autokrator* para el que reiteradamente fue elegido, y sin interrupción entre 443-429, fecha en que murió víctima de la peste. Gobernó a través de su



influencia sobre la Ekklesia, suprema y absoluta autoridad en todos los aspectos importantes de la vida política ateniense. Al igual que su pariente Clístenes, se complació en la amistad de hombres del pensamiento y el arte: Damón, Pitóclides, Zenón de Elea, Anaxágoras, Hipodamo de Mileto, Fidias, Ictino, Heródoto, el trágico Sófocles, Pitágoras. De ellos aprendió la sutileza del discurso, el actuar reflexivo y cuateloso, la precisión de sus juicios. Gustaba de la compañía y de los consejos de Aspasia, su esposa, la sabia ciudadana de Mileto.

Fue Pericles víctima del odio de muchos por su destacado papel político en la Atenas del siglo V.

Ciertos autores cómicos (Cratino, Teleclides, Eupolis) se burlaron en repetidas ocasiones de la forma de su cabeza alargada, aunque de su cuerpo dice Plutarco que era perfecto. En vano sus enemigos trataron de herirle de manera indirecta persiguiendo a su mujer Aspasia, «la impúdica concubina de ojo de perro», o intentando procesar a sus amigos, Anaxágoras o Fidias, porque no se atrevían a llevar a Pericles a los tribunales. Fue famosa la acusación contra Fidias, al que culpaban de haberse quedado con parte del oro destinado a la escultura de Atenea crisoelefantina. Anaxágoras se vio desterrado bajo acusación de irreligiosidad, como más tarde lo fuera Sócrates.

Pericles llevó al terreno práctico las reformas iniciadas por Efialtes. Para ello asignó sueldo compensatorio de las jornadas de trabajo perdidas, a causa de su actuación como prítanos, buleutes, jueces o funcionarios de la administración, que les cupiere por sorteo. Fue un modo se contrarrestar los métodos del opulento Cimón. Pues Cimón, como tenía riquezas de príncipe, las cargas comunes que le correspondían las desempeñaba con magnificencia; y, además, sostenía a muchos de los de su demos, pues cualquiera del demos de los Laciadas, que lo desease, podía ir a casa de Cimón cada día a obtener lo que necesitaba. Todas sus fincas estaban sin cercar de manera que el que quería podía servirse de su cosecha. Como para semejantes favores Pericles con su hacienda no podía hacerle la competencia, siguió el consejo que le dió Damón: «que, como con lo propio era vencido, diese a la muchedumbre lo que era de ella y así señaló jornal a los jueces; en lo cual algunos le acusaban de que resultó peor cada vez, pues se preocupaban más de ser sorteados los hombres sin escrúpulos que los hombres decentes...» Los más altos cargos, reservados a las clases más ricas no serían pagados.

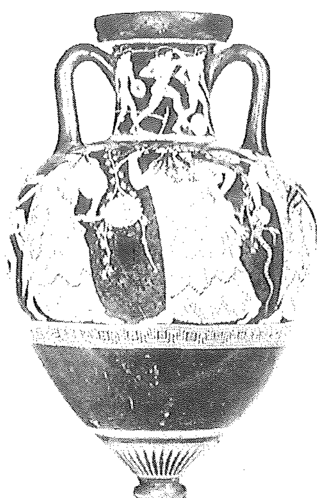
Sin embargo, aunque Pericles otorgó al pueblo los máximos poderes y prebendas, consiguió mantener a la democracia en su justo equilibrio, alejado de la demagogia. Y en política exterior supo también alejar a sus conciudadanos tanto del enfrentamiento simultáneo contra Esparta y contra Persia, pues suponían metas irreales e inasequibles para las grandes limitaciones de Atenas en poder militar.

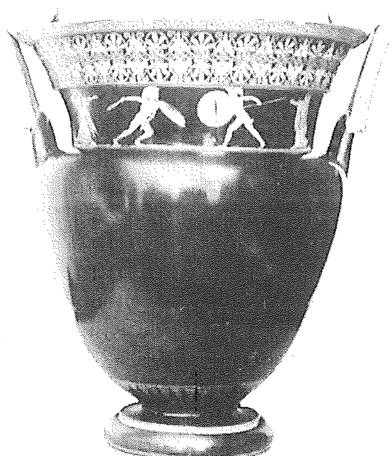
3. Las reformas constitucionales

Fueron también importantes otras conquistas que Pericles logró para las clases más humildes. De especial significación sería el que desde el año 457/6 a. de C. los *zeugitai*, ciudadanos de la tercera clase, podían ser elegidos arcontes. Pues, aunque el arcontado había perdido la importancia política anterior, los *zeugitai* se sentían satisfechos de esta conquista que les daba derecho a la magistratura máxima y al Areópago. En el año 451/450 a. de C. también facilitó la presencia de las gentes del campo en el cuerpo judicial. Se acordó pagar dos óbolos por día a los *dikastai*, los ciudadanos elegidos miembros del jurado o *Heliaia*, que se hizo extensivo a los *Buletai* o miembros del Consejo.

Esta *misthoforia*, o remuneración de las funciones públicas, permitía a todos los ciudadanos, sin tener en cuenta su patrimonio personal, participar en la gestión de los asuntos públicos. Al contrario, la participación en la Asamblea, un deber de todo ciudadano, aunque suponía una pérdida material de tiempo, no era retribuida. A los *thetês* se les excluye de derecho de las magistraturas más importantes no retribuidas. También se beneficiaron de un sueldo los auxiliares de la administración, marinos, caballeros y hoplitas.

En conexión con estas medidas hay que relacionar otra del año 451/50 a.







Son tres cerámicas de figuras rojas pertenecientes a p. siglo V, que representan la primera, la despedida de un guerrero, la segunda una escena de combate entre Aquiles y Memnón y la tercera una escena báquica. Todas pertenecen a comienzos del siglo V y destacan por la belleza de sus formas y el bello diseño de sus decoraciones.

de C. referente al derecho de ciudadanía: serán ciudadanos atenienses los hijos de padre y madre atenienses. Si el sistema de dietas facilitaba a las clases menos pudientes el ejercicio de sus derechos de ciudadano, sin provocar un perjuicio económico por causa del abandono de su trabajo, la restricción del derecho de ciudadanía tenía una finalidad discriminatoria ya que con esta medida se conseguía que los ciudadanos fueran una clase de privilegiados. Ellos se beneficiaban con sus dietas, que Atenas no pagaba de su tesoro, sino de los tributos de sus aliados. Con Pericles el derecho de ciudadanía se

Mte. Lycabettos
ATENAS
R. Ilissos
R. Cefisos
Muralla larga del Norte
Muro del Medio
Mte. Melyttos
Echelidia
EL PIREO
Muniquia
Pº de Muniquia
Bahia del Faleron
Muro del Sur
Falere

Atenas y el Pireo.

convirtió en un oficio y prácticamente todos los participantes en una función pública recibían una compensación económica. Los gastos se cubrían con el beneficio de las minas e impuestos sobre ventas y comercio.

4. La guerra contra Esparta y Persia

Después de la batalla de Eurimedonte del 469/8, no se habían producido encuentros importantes con los persas. De momento hemos visto que la atención de Atenas estaba acaparada por los problemas internos, como la segregación de la isla de Tasos, y sobre todo por la hostilidad declarada de Esparta.

La humillante afrenta recibida por los atenienses cuando ayudaban a Esparta en el sitio de Itome contra los sublevados mesenios traería las peores consecuencias para la paz entre los griegos, en especial entre las dos grandes potencias. Al destierro de Cimón, los atenienses agrupados en torno a Pericles decidieron la doble confrontación: contra los persas enviando su escuadra a Chipre; frente a Esparta adoptarían una política defensiva reforzando las murallas de la ciudad, incrementando su escuadra, pactando con los enemigos de Esparta y conquistando tierras en el entorno inmediato del Atica. Habría un decenio (461-451) de hostilidades mutuas, aunque no de choques importantes y decisivos entre ambos. Los primeros encuentros corrieron a cargo de los aliados de Esparta, en tanto esta ciudad terminaba con los sublevados mesenios.

460 (457) a. de C. Construcción de la Muralla Larga, que abarca la ciudad y El Pireo.

Atenas asegura su influencia sobre el golfo de Corinto.

458 a. de C. La evolución democrática concluye con la admisión de los miembros de 3.ª clase en el Arcontado.

a) *La guerra con Esparta.* Atenas firmó un tratado en el 462 a. de C. con Argos y Tesalia al que se sumó Mégara. La adhesión de esta ciudad fue de gran importancia, ya que permitió a los atenienses disponer de uno de los puertos de Mégara, Pagas, y el control del istmo que dificultaba la posible invasión del Atica por los peloponesios. Mégara fue unida al puerto de Nisea por una gran muralla que los atenienses guarnecieron con sus tropas. Pero, por ello, Atenas pagó un precio elevado, ya que se ganó la enemistad de Corinto, que consideró amenazados sus intereses comerciales en el occidente; por este motivo se unió a Egina, la antigua rival de Atenas en el comercio oriental. Por otra parte, Esparta y Argos entraron en conflicto; y, aunque Atenas no participó de manera oficial en la pugna, envió a los argivos un cuerpo auxiliar que obtuvo en Enoe (Argolida) en el 460 a. de C. una victoria sobre la Liga peloponésica, que fue inmortalizada por Polignoto.

Entre tanto los atenienses, que habían logrado rechazar una invasión de la Megáride, emprendieron una expedición contra Helieis (Argolida) para asegurarse la comunicación con Argos, el control de la costa oriental de Laconia y una sólida base naval. La empresa resultó fallida por causa de la intervención de Hermione y de los corintios, aunque poco después la escuadra ateniense consiguiera superar a la del Peloponeso cerca de la isla Cecrifalia.

Otro adversario de Atenas era Egina, la secular enemiga de Atenas. Los eginetas veían disminuir su comercio sobre el Egeo en favor de la Liga Atico-Délica. Presentaron batalla a los atenienses; fueron vencidos, pero Corinto y Epidauro ocuparon los montes de la Megáride y descendieron a la llanura ática. Los corintios fueron derrotados algunos días después y los atenienses, vencedores en Mégara, salieron con éxito de la lucha, aunque continuaba el asedio de Egina.

Cuando Esparta en el 457 a. de C. hubo finalizado su guerra de Mesenia, decidió intervenir en el conflicto. Si quería combatir de manera efectiva a Atenas sabía que tenía que buscarse un aliado al norte del istmo de Corinto: sería Tebas. Los espartanos contribuyeron a la restauración de la hegemonía de Tebas sobre el resto de las ciudades beocias, que se vieron muy afectadas por su tendencia pro-persa durante la invasión de Jerjes. Bajo el pretexto de que los focidios amenazaban a los dorios de Oita, un ejército de espartanos y peloponesios atravesó el golfo de Corinto y llegó a la Grecia central. Atenas se centró previsoriamente en la construcción de la triple muralla que comunicaba la ciudad con el Pireo y el Faleron. Pero encomendó a Pericles que hiciera frente al enemigo. Los atenienses fueron derrotados por los lacedemonios en Tanagra, cerca de Tebas; pero no se decidieron a marchar sobre Atenas para impedir la edificación de las murallas y se retiraron por el istmo ante la pasividad de los atenienses. La marcha de los espartanos dejó Beocia a merced de los atenienses, quienes, dos meses después, derrotaron a los confederados beocios cerca de Enofita. De esta manera restablecían su hegemonía sobre todo el territorio, excepto Tebas. La victoria conseguida supuso de momento el fin de la supremacía tebana y el derrocamiento de los regímenes oligárquicos pro-espartanos. En su lugar se instauraron gobiernos democráticos filoatenienses.

También a finales del 457 o principios del 456 a. de C., después de un largo asedio, Egina capitulaba incondicionalmente. Las estipulaciones que se le impusieron eran semejantes a las de Tasos: destrucción de sus murallas, entrega de sus barcos, pago de treinta talentos anuales al tesoro de la Liga. La alianza posterior con la anfictionía délfica aseguró a los atenienses el control de la Grecia central y la ocupación de Mégara, Egina y Trécen. De esta



Mujer lapita proveniente del templo de Zeus, en Olimpia, mármol, h. 460 a. de C. Los centauros asistieron a la boda de Deidalsas, lapita, con su amado, pero en el transcurso de la ceremonia se emborracharon tanto que decidieron raptar a la novia. Así se inició la lucha.

manera Atenas podía actuar a su antojo en el golfo Sarónico, a la vez que cerraba a los corintios la ruta del Egeo. Luego Tolmides dispuso la escuadra rumbo a Metone, en Mesenia, a la que tomó por asalto. Ante la llegada de los lacedemonios, se dirigió a Gyteion, el puerto militar de los espartanos, incendiando sus astilleros navales. Después marchó hacia Zacinto y Cefalonia a las que transformó en aliadas de Atenas. Más tarde tomó la ciudad corintia de Calcis, firmó una alianza con Acaya e instaló junto a Naupacto la colonia de *heilotai* mesenios procedentes de Itome. Naupacto recién tomada a los locrios ozolas, aseguraba el control de la entrada del golfo de Corinto. Así, esta expedición, ideada por Pericles, consiguió un doble objetivo: la amenaza de muerte al comercio corintio y el desprestigio de Esparta, que se había mostrado incapaz de defender el territorio propio y el de sus aliados. De esta manera los atenienses podían controlar las rutas occidentales y llevar a cabo alianzas con las ciudades de Sicilia. En estos momentos Atenas alcanzaba su máxima expansión, ya que Tesalia, Beocia, Acaya y Argos eran sus amigas; Mégara, Egina y Trecén habían sido ocupadas; y Naupacto estaba bajo control de sus aliados.

b) *La paz con Esparta.* Varias circunstancias favorecieron el pacto sellado en 451 entre Atenas y Esparta; Atenas se había mostrado peligroso enemigo, pues había conseguido importantes éxitos sobre Esparta y en

especial sobre sus aliados; además Esparta salía aleccionada y desgastada por la dura guerra contra los mesenios. Por eso no extraña que la vuelta del ostracismo del filoespartano Cimón fuera aprovechada para encontrar el camino de la paz. Paz de cinco años que Atenas deseaba no menos, pues la guerra de dos frentes suponía un desgaste excesivo que el prudente Pericles deseaba evitar a toda costa.

Sin embargo, se vio pronto turbada esta paz por cuestiones del oráculo de Delfos. Hubo intervención de los atenienses, luego de los beocios, que vencieron a Atenas en Coronea (447), con lo que Tebas ejerció de nuevo el dominio de Grecia central y restituyó los gobiernos oligárquicos proespartanos. Luego sobrevino la rebelión de Eubea (446) y Mégara. Para rematar las dificultades de Atenas, al expirar la paz de cinco años, Esparta irrumpió en el Atica con su ejército y aunque se retiró pronto y ya para entonces Pericles había acabado los «largos muros», la llanura estaba indefensa.

En el año 446 se firmaría una nueva paz entre Atenas y Esparta, esta vez por 30 años. Atenas renunció a sus conquistas del Peloponeso y el istmo de Corinto. Lo más importante es que decidieran someter sus diferencias a un tribunal de arbitraje y respetar las alianzas mutuas. Atenas conservaba Egina y Naupacto. Calcis y Eretria recibieron castigo ejemplar.

c) *Los últimos enfrentamientos con Persia.* Simultáneamente a las acciones bélicas en Grecia se produciría la intervención en Egipto. El príncipe libio Inaro había establecido en el delta un dominio propio que contaba con el apoyo de los egipcios. Se hizo fuerte en su posición de Marea y los indujo a la insurrección. En el 460 a. de C. habían vencido en Papremis al sátrapa Aquemenes, hermano de Jerjes. Los persas supervivientes se refugiaron en Menfis. Inaro sabía bien de la debilidad militar egipcia y por eso invitó a los atenienses, a cambio de grandes promesas, a que intervinieran en apoyo de su causa. Esta propuesta sedujo a los griegos, ya que entendían que un Egipto independiente aseguraría a Atenas grandes ventajas económicas y comerciales. Pericles consiguió que la flota ateniense de 200 navíos de Catatimides cambiase su rumbo de Chipre para dirigirse a Egipto. Participó durante un año en el cerco a la guarnición persa sobre el Muro Blanco de Menfis. La respuesta persa tuvo lugar en el 456 a. de C.: enviaron a Egipto a Megabizos con 300 trirremes, que puso fin al asedio de Menfis y sitió a su vez a los atenienses y egipcios en la isla de Prosopitis. Inaro fue conducido a Susa y condenado a muerte; los griegos supervivientes, a través de Libia y Cirene, se dirigieron a su patria. Este desastre se vio incrementado cuando otra flota ateniense, que acudía en socorro, fue sitiada y aniquilada por los persas cerca de la desembocadura del Mendes en el 454 a. de C. La expedición ateniense a Egipto finalizaba, después de seis años de duración, en un fracaso total. Ya se temía en Atenas el avance de la flota persa y en ese mismo año la caja de la Confederación que se guardaba en Delos fue trasladada a Atenas, aunque los persas se contentaron con afianzar de nuevo su dominio en Chipre.

457 a. de C. Alianza de Esparta y Tebas. Amenaza para Atenas.

Victoria espartana en Tanagra. Victoria ateniense en Enófite, anexión de Beocia, Lócuda y Fócida.

Sería Atenas la que intentara renovar la guerra a los persas, poco después, cuando Cimón volvió de su destierro en el año 451 y consiguió recobrar la confianza de sus conciudadanos, que habían presenciado el descalabro de Atenas en Egipto. Partía de una situación ventajosa en Grecia, pues, por su amistad con los espartanos se había conseguido la paz de cinco años del 450. En ese mismo año Cimon partió hacia Chipre con una fuerte escuadra, pero cuando sitiaba Citión pereció. La escuadra ateniense obtuvo poco después una importante victoria sobre la escuadra persa en Salamina de Chipre (449).

d) *La paz con los persas o paz de Calias.* A pesar del éxito obtenido en Salamina, los atenienses abandonaron Chipre, ya que Pericles, dueño de nuevo del poder en Atenas, entendía el grave peligro que entrañaba una guerra en dos frentes. Y, muerto Cimón, era ciertamente de temer el ataque de Esparta. Los persas volvieron a ejercer el control sobre la isla. En realidad, ninguna de las dos potencias había conseguido victorias decisivas y, por consiguiente, ambas buscaron una fórmula que pusiera fin a una guerra que duraba mucho tiempo. En el 449/8 a. de C. se concertó un convenio entre las dos potencias. Calias fue enviado a la corte imperial de Susa y después de unas negociaciones discutidas firmó el pacto que lleva su nombre, aunque las fuentes no nos afirman que se llegara a la firma de un tratado en toda regla. La paz de Calias es más bien un convenio bilateral jurado por ambos contendientes. No conocemos bien los puntos fundamentales del acuerdo que

456 a. de C. Con la hegemonía ateniense sobre la Grecia central hay una incorporación forzosa de Egina a la Liga Délica, que ya incluye Atenas, Argos, Megara, Beocia y Fócida. El Pireo se convierte en el puerto de mayor tráfico.

454 a. de C. Traslado a Atenas del Tesoro de la Liga (entrega de una sexagésima parte de los tributos a la diosa Atenea).

451 a. de C. Proclamación de la «Ley de Ciudadanía». Ambos progenitores deben ser naturales del Atica.

Tregua de 5 años con los espartanos.

449 a. de C. Doble victoria ateniense sobre los persas cerca de Salamina.

448 a. de C. Paz de Calias. Comienzo del período imperial ateniense.

se ha dado en llamar la «Paz de Calías». Posiblemente los referentes a la autonomía de las ciudades griegas del Asia Menor. A su vez, los persas se comprometían a respetar la distancia que podía recorrer un ejército durante tres días de marcha o una jornada a caballo de la costa jónica. Se fijaron los límites de demarcación para la escuadra persa: al norte las islas Cyaneas, a la entrada del Bósforo tracio, y al sur la isla Faselis. Los atenienses, por su parte, se comprometían a no atacar los territorios del Gran Rey. El comercio con el Imperio Persa se abría a los griegos.

5. Los años de paz, 446-431 a. de C.

La paz de Calias y la de treinta años, que no duraría más de quince, dejaban a Pericles las manos libres para desarrollar su amplio programa social y económico, el afianzamiento del poder de Atenas y el apoyo al arte y a la cultura. Pericles era omnipotente desde el cargo de estratego autócrata que año tras año le otorgara el pueblo y a través de su indiscutida influencia sobre la Ekklesia, en particular después de que en 433 lograra el ostracismo de su rival Tucídides, hijo de Melesias, jefe de la oposición y decidido defensor de los aliados de Atenas, cuyos tributos eran destinados a embellecer la ciudad.

a) *La política económica y social.* Por todos los medios a su alcance Pericles conseguiría satisfacer a los ciudadanos atenienses menos dotados de los medios de sustento necesarios: prosiguió las grandes obras en Atenas, como fuera la erección del templo de Atenea, las grandes obras en el puerto y el acabado de las murallas que unían Atenas y su puerto, los Propíleos, el Odeón, el Telesterion de Eleusis.

Los bienes del Estado y los fondos de la Liga sufragaron estos gastos y los que originaron los repartos de trigo. A las dietas asignadas ya en los tiempos atrás por asistencia a la Asamblea y a los tribunales, Pericles añadiría ahora repartos de trigo y aún favoreció la asistencia a los espectáculos. El comercio también se veía ahora extendido dentro de la propia Persia y Atenas se favoreció más que ninguno de sus aliados por las rutas del Helesponto y sobre todo hacia Magna Grecia con la creación de la colonia de Turios y los pactos que celebraron con varias ciudades como Leontini, Regio y Segesta, que le abrieron el estrecho de Mesina y dieron amplísima circulación en Occidente a todos los productos y manufacturas atenienses, al tiempo que favorecían una industria floreciente en la Metrópoli. La prohibición de acuñar moneda a cualquier integrante de la Liga favoreció la moneda ateniense y enriqueció sobremanera a la clase comerciante que luego redundó en beneficio de todos. Pero, sin duda, fue decisiva para este despegue económico la fundación de Turios y otros establecimientos coloniales porque en ellas encontraron tierras y modos de vida miles de ciudadanos.

Con estas medidas, hizo cambiar profundamente la estructura social del Atica. Ya no fue campo exclusivo de agricultores, más o menos poderosos. Comerciantes, artesanos y marinos competían en riqueza y poder con ellos. Muchos extranjeros asentados en Atenas, metecos, que participaban en la marcha de la ciudad en calidad de ciudadanos protegidos, pagaban sus impuestos y servían como hoplitas; lograron su inclusión en las listas de ciudadanos de pleno derecho. A ellos como a la multitud de esclavos les debió en gran parte su prosperidad Atenas. Podemos calcular para el año 431: ciudadanos, 140.000 almas; metecos, 70.000; esclavos, 200.000 (incluidos mujeres y niños en todas ellas). Por ello, no sin razón, se les tacha de sociedad esclavista; aunque, entre tanto, en la vecindad de Grecia también se esclavizaba al sometido o lo que era peor, se exterminaba al vencido o prisionero.



Atenea pensativa. Se atribuye a Fidias quien compuso esta bella composición de la diosa que, pensativa e inclinada sobre su lanza, contempló una piedra clavada en el suelo. Hay quien piensa no fuera obra de aquél, pues es extraño que composición tan bella pasara desapercibida para los coleccionistas romanos.

Incluso, el humanitarismo ateniense ha dulcificado el estatuto de los esclavos: no lleva vestido especial, asistía a los cultos y participaba en el ejército y la escuadra; el dueño carecía de derecho de vida o muerte, tenía derecho de asilo en el Teseion, podía solicitar cambio de dueño. Para los metecos extranjeros, legalmente domiciliados en Atenas, también hubo condiciones de vida estimables: poseen bienes, pagan impuestos no superiores a los de los ciudadanos y participan en la vida de la nación, salvo en la política. Y, desde luego, muchísimos metecos figuran entre esa lista gloriosa de atenienses que, en el campo del pensamiento y de las artes, serán luz de la humanidad:



Grecia en vísperas de la guerra del Peloponeso 431 a. de C.

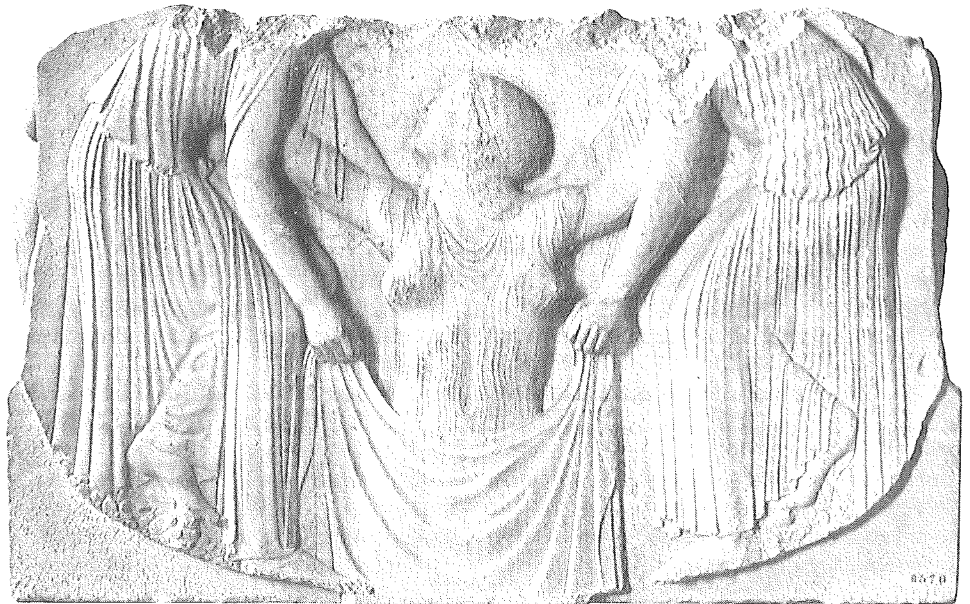
Escopas, Polignoto, Zeus, Parrasio, Hipódamo de Mileto, Hipócrates de Cos, Anaxágoras, Protágoras, Gorgias, Aristóteles, Diógenes, Lisias.

b) *Evolución de la Liga de Delos hacia un Imperio ateniense.* Tras la paz de Calias, Pericles sometió a la Asamblea Popular un proyecto de Ley por el que invitaba a todos los griegos a participar en un Congreso panhelénico. La idea de Pericles era reconstruir todos los santuarios destruidos durante las guerras médicas, propuesta que invalidaría el juramento de los ciudadanos de Platea, que comprometía a los griegos a no reconstruir ningún templo destruido por los persas, ya que eran los testigos vivientes del comportamiento vandálico de los persas. Según Plutarco, veinte embajadores atenienses, divididos en cuatro grupos, recorrieron todas las regiones. Los espartanos se opusieron al proyecto. Pericles llevaría adelante su idea al tiempo que afianzaba la Liga.

El proceso hacia la concentración del poder en manos de Atenas, al pasar los confederados de una situación de aliados a la de casi súbditos, conoció un considerable impulso entre los años 454 y 431 a. de C. La Liga Atica-Délica era sólo la sombra de su pasado, desde que transfirió el tesoro de los confederados a Atenas. Apolo délfico dejó de ser el dios protector del panhelenismo para convertir a la diosa Atenea en su máxima tutora. Sus templos y los de su ciudad se beneficiarían de una sexta parte de los tributos de la Liga y con ellos se emprenderían las grandes obras de reconstrucción de Atenas. Todo ello se hizo, no sin que los aliados se preguntasen acerca de la necesidad de mantener la Liga tras la paz de Calias del 449. En efecto, durante ese año no se recaudó el tributo, pero en el año 448 a. de C. se daban las nuevas normas que regirían el sistema de recaudaciones. Desde el 444 a. de C. el tesoro de los aliados se utilizaría para la construcción de la Acrópolis de una manera descarada, lo que causaba más enojo entre los federados, ya que no se les daba cuenta del empleo de los fondos comunes. También desde el año 449 se había decretado por Atenas la prohibición de acuñar moneda por los aliados de modo que sólo circularían las atenienses. Por igual se decretó la unificación de pesos y medidas según el tipo ático.

Las revueltas de Eubea (446) y Samos (441) son una triste respuesta a esta situación de descontento. Así mismo, a partir del 454 el *synhedrion* de la Liga, cuya misión era arbitrar los litigios entre los confederados, no se volvió a reunir, a excepción del 443; las decisiones se toman en Atenas. La Ekklesia fijaba el tributo y la Bulé lo repartía, según las valoraciones de los *taktai* «peritos». La recaudación era llevada a Atenas por los delegados de las ciudades durante las Grandes Dionisíacas y entregada a los *helenotamiai*. El *foros*, que oscilaba entre 450 y 500 talentos hasta el año 431, apenas aumentó; aunque el número de ciudades y territorios incorporados a la Liga se amplió de manera considerable, acarreando una disminución de la cuota de las ciudades.

Un aspecto importante del imperialismo ateniense radica en el hecho de que Atenas asumiera las tareas judiciales; las sentencias de todos los procesos importantes de los federados podían ser apeladas ante los tribunales populares de Atenas. Un ejemplo bien significativo a este respecto fue el decreto ático sobre Calcis. Esto suponía para los interesados grandes gastos, motivados por los largos desplazamientos y los días de estancia en la ciudad. Los lamentos por la parcialidad de las sentencias de los tribunales atenienses se recogen en diferentes pasajes de la *Constitución de los atenienses* del Pseudo-Jenofonte. Estos tribunales no juzgaban de acuerdo con unas normas de justicia, sino arbitrariamente y como tribunales clasistas. En un principio sólo juzgaban los delitos que atentaban contra el pacto federal, pero pronto entendieron en casos referentes a las causas que podían desembocar en la pena capital y en los asuntos privados de cierta transcendencia.



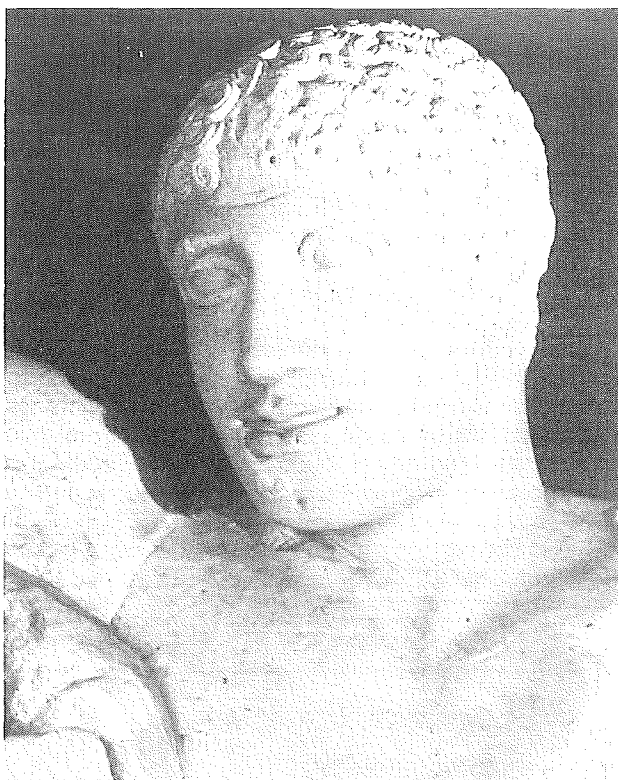
Trono Ludovisi. Detalle. Hacia 470-460 a. de C. Mármol. Este detalle del famoso tríptico representa el nacimiento de la diosa Afrodita. La diosa emerge de las aguas, lo que sugiere su túnica pegada al cuerpo, mientras las oras, a su lado, cubren pudorosamente su cuerpo, en las que las bellas curvas equilibran los plisados verticales de sus propias vestimentas.

La presencia de Atenas en el Egeo supuso ganar un prestigio panhelénico; y con él poder conseguir la hegemonía sobre los confederados del continente griego. Pericles intentará pasar de una hegemonía sobre el mundo griego que suponía también una supremacía sobre la Magna Grecia y Sicilia. Pero la realidad sería muy otra: sus aliados jonios aguardaban ansiosos el final de la guerra del Peloponeso para poder sacudirse el yugo que les esclavizaba; aunque esta esperanza fruto de la desesperación se tornará más desconsoladora al comprobar que otros regímenes eran aún más opresores.

El acontecimiento que define la amplitud de las ambiciones políticas de Atenas, y que trataba de unir el mundo griego oriental y occidental, tuvo lugar en el 444/3 a. de C. con la fundación de la colonia de Turios. Su creación constituye el punto de partida de una mayor participación de los atenienses en el occidente del Mediterráneo. La colonia ubicada en la Magna Grecia cerca de la aquea Síbaris era un asentamiento panhelénico y el plano del nuevo establecimiento fue trazado por Hipódamos de Mileto, que había confeccionado los de la nueva ciudad del Pireo y el de la reconstrucción de Mileto. Entre los ciudadanos más ilustres de Turios figuraban Heródoto de Halicarna-

so, Protágoras de Abdera —que redactaría su constitución— y Empédocles de Acragante. Sin duda, los milesios ejercieron una gran influencia en la elección de la ubicación de la colonia, pues las relaciones entre Atenas y Mileto eran muy antiguas. Además, Mileto formaba parte activa en la Liga al igual que Halicarnaso, patria de heródoto. La colonia de Turios sigue cronológicamente al intento del Congreso Panhelénico, el cual según G. DE SANCTIS era la tapadera de una maniobra diplomática para justificar y revalorizar la paz de Calías y para reaccionar contra las fuerzas disgregadoras del dominio ateniense. Por lo demás, supuso el establecimiento de un fuerte enclave para todos los jonios.

Atenas también buscó aliados en el occidente griego entre los que cabe destacar a Segesta, Regio y Leontinos, con los que había firmado tratados de alianza en una fecha en torno al 458/7 a. de C. y que fueron renovados en vísperas de la guerra del Peloponeso. Las buenas relaciones con Regio permitían a Atenas utilizar el estrecho de Mesina, fundamental para el comercio con Italia central y Etruria. Con estas alianzas y comercio hacia la Magna Grecia, Atenas invadía los dominios de Corinto, lo que contribuiría a aumentar la enemistad entre ambas; motivaría la guerra del Peloponeso. También Siracusa, fundación corintia, el centro comercial y cultural más importante de Sicilia e Italia, en buenas relaciones con su metrópoli, era la ciudad más afectada por la presencia ateniense en occidente. Atenas no podía ignorar la actitud imperialista de Siracusa respecto a las ciudades calcídicas aliadas de Atenas, Regio y Leontinos. La intervención activa de los atenienses en Sicilia se hace efectiva desde el 427 y culminará con la expedición de años más tarde en plena guerra del Peloponeso, en el 415 a. de C.



T. de Zeus en Olimpia. Detalle de joven lapita, mármol, h. 460 a. de C. La expresión de dolor de este muchacho, que ha sido mordido por un centauro en el brazo, se ha conseguido mediante el suave modelado de un rostro donde desaparece la rigidez de esculturas anteriores.

La política occidentalista de Pericles buscaba la salida de la producción ática hacia las áreas que le podían suministrar materias primas y grano. A pesar de la oposición de Siracusa, esta política se desarrolla en varias direcciones: hacia la costa adriática, hacia el golfo de Tarento y Sicilia (ruta Pilos-Corcira, Leucade, Regio y Siracusa) y en ciertos momentos hacia el bajo mar Tirreno. En el tráfico adriático la amistad con Corcira era fundamental, por su posición estratégica y comercial. Eran rutas bien conocidas por los corintios, hacia el Tirreno y Sicilia. El estudio de los tesorillos de la Italia meridional y de Sicilia han permitido valorar la intensidad de los intercambios

entre Atenas y Sicilia durante el periodo de la Pentecontecia, a la vez que confirman el interés ateniense por Sicilia ya desde el 480 o antes.

La Liga Atico-Délica sufrió una aguda crisis en el año 441 a. de C. con la sublevación de Samos. Esta isla formaba parte del grupo de federados que contribuían con naves y tripulación a la Liga. Samos disputaba a Mileto la posesión de Priene y los milesios recibieron ayuda de los antenienses. El conflicto resultó mucho más complicado debido a las luchas intestinas partidistas en Samos. Pericles había puesto al frente del gobierno de la isla a los demócratas; fueron derrocados por los oligarcas, a los que apoyaba el sátrapa persa Pisutnes. Los atenienses temían la intervención de Persia, pero no fue así; de manera que pudieron sitiar y rendir la ciudad. En los encuentros se distinguió el ateniense Artemón de Clazomene, quien, con sus máquinas de asedio, hizo más fácil la rendición de la ciudad. Samos capituló y fue castigada al igual que aquellos estados de la Liga que hacían defección: la entrega de la flota, que le pondría en situación de tributaria, el pago de los gastos ocasionado por la guerra, el desmantelamiento de sus defensas y la posible pérdida de la isla de Amorgos.

A la defección de Samos se sumó Bizancio que, a su vez, fue sometida de nuevo. En el 437 a. de C. Atenas fundó la colonia de Anfípolis, a orillas del Estrimón; ésta aseguraba el dominio sobre la región minera del Pangeo, a la que había aspirado cincuenta años antes Histieo, tirano de Mileto. También era la plataforma básica para su influencia política en Tracia y Macedonia. Poco después, Pericles realizó una expedición al reino del Bósforo cimmerio (Crimea) para consolidar el suministro del trigo ucraniano.

Ciertamente Atenas resultaba engrandecida, desde mediados del siglo v, por la activa y sagaz política de Pericles. El comercio ateniense inundaba las rutas del oriente y occidente del mar Mediterráneo, con sus acreditadas monedas, sus cerámicas y toda clase de manufacturas. En el ámbito de la Confederación Atico-Délica, su marina imponía la autoridad de buen o mal grado. Pero no era menos cierto que aquellos grandiosos proyectos de Pericles, contagiados al pueblo, y realizados gracias a su prestigio y prudente actuación, iban a desbordar la capacidad económica y humana de Atenas. Iba a conocer jornadas tristes y amargas decepciones. En los años siguientes al 431, Atenas soportaría la peste, la guerra contra la Liga del Peloponeso, el fracaso de la quimérica expedición de Sicilia provocada por políticos más demagogos que realistas. Sería el fracaso de su pretendido imperio panhelénico. Aunque, algo no le sería arrebatado a la Atenas de Pericles: la gloria de haberse convertido en la auténtica defensora del helenismo y de haber logrado el inigualable esplendor espiritual de la cultura que alumbraría los siglos futuros.

BIBLIOGRAFIA

ACCAME, S.: *Richerche intorno alla Pentecontetia*, Nápoles, 1968.

AMIT, M.: *Athenae and the Sea. A Study in the Athenian Sea-Power*, Bruselas, 1965.

BOWRA, C.: *La Atenas de Pericles*, Madrid, 1974.

BRUNT, P. A.: «The Hellenic League against Persia». *Historia*, 2, 1953-1954.

CLOCHÉ, P.: «La politique exterieure d'Athènes de 454/3 a 446/5 av. J. C.». *Et. Class.*, 14, 1946.

DAVIES, J. K.: *Athenian propieted families (600-324 BC)*, Oxford, 1972.

EHRENBERG, V.: *Sofocle e Pericle*, Brescia, 1958.

FROST, F. J.: «Pericles, Thucydides, son of Melesias, and Athenian politics before the War». *Historia*, 13, 1964.

GOMME, A. W.: *A historical commentary on Thucydides*, I, Oxford, 1945.

HERMANN, P.: «Zu den Beziehungen Zwischen Athen und Milet im 5 Jahrhundert». *Klio*, 52, 1970.

HOMO, L.: *Pericle*, Milán, 1962.

KNIGHT, D. W.: «Some Studies in Athenian Politics in the Fifth Century B. C.». *Historia Einzelschriften*, 13, Wiesbaden, 1970.

LARSEN, J. A. O.: «The contribution and original purpose of the Delian League». *Harvard St. Clas., Phil*, 51, 1940.

LEGON, R. P.: «Samos in the Delian League». *Historia*, 21, 1972.

LEVI, M. A.: *Plutarco e il V secolo*, Milán-Varese, 1955.

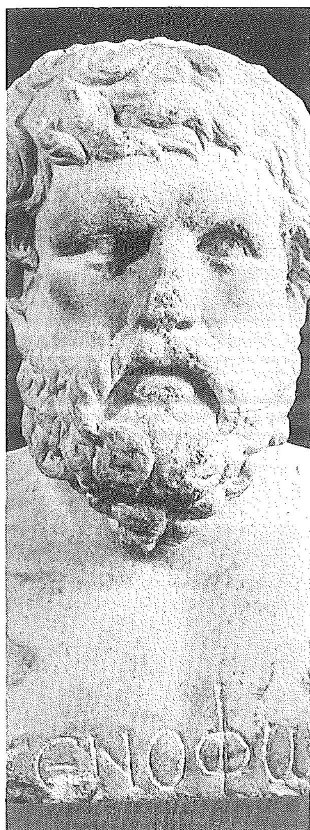
MANGANARO, G.: «La circolazione della moneta ateniese in Sicilia e in Magna Grecia». *Ann. Ist. It. Numis*, suplem., vol. 12-14.
MATTINGLY, H. B.: «Periclean Imperialism». *Studies... Ehrenberg*, Oxford, 1966.
MEAUTIS, G.: *Thucydide et l'impérialisme athenien*, Neuchatel, 1964.
MEIGGS, R.: *The Athenian Empire*, Oxford, 1972.
MERITT, B. D., WADE GERY, H. T., y MCGREGOR, M. F.: *The Athenian tribute List*, III, Cambridge, 1950.
MEYER, H. D.: «Thucydides Melesion und die oligarchische opposition gegen Perikles». *Historia*, 16, 1967.
NENCI, G.: «La formación y naturaleza del imperio ateniense». *Historia y civilización de los Griegos*, III, Barcelona, 1981.
POPP, H.: «Athen's Relations with the Allies», *Historia*, 18, 1969.
PRITCHETT, W. K.: «The Transfert of The Delian Tresaury». *Historia*, 18, 1969.
RAMBITSCHEK, A. E.: «The Peace of Pericles». *Amer. Journ. Arch.*, 70, 1966.
ROMILLY, J. DE: *Thucydide et l'impérialisme athènien. La pensé de l'historien et la genese de l'oeuvre*, Paris, 1951.
RUSCHENBUSCH, E.: «Die Wahl der Strategen im 5 und 4 jht. in Athen». *Historia*, 24, 1975.
STE. CROIX, G. E. M. DE: «The Character of the Athenian Empire». *Historia*, 3, 1954.
SANCTIS, G. DE: *Pericle*, Milán-Varese, 1944.
SCHACHERMEYR, F.: *Perikles*, Stuttgart, 1969.
SCHRADER, C.: *La paz de Calias. Testimonios e interpretación*, Barcelona, 1975.
SCHULLER, W.: *Die Herschaft der Athener in ersten attischen Seebund*, Berlin-Nueva York, 1974.
SEALEY, R.: «The Origin of the Delian League» *Studies... Ehrenberg*, Oxford, 1966.
STARR, CH. G.: *Athenian Coinage 480-449 BC*, Oxford, 1970.
WALLACE, W. P.: *The Euboean League*, Nueva York, 1956.
WILL, E: *Le monde Grec et l'Orient*, I, Paris, 1972.

LA GUERRA DEL PELOPONESO

A. Montenegro Duque
J. M. Solana Sainz

447 a. de C. Invasión del Atica por un ejército espartano 445 a. de C. Atenas se ve obligada a firmar la paz de los 30 años. Atenas es la 3.ª potencia mediterránea junto a Persia y Cartago.

443-429 a. de C. Siglo de Pericles. 443-442 a. de C. Reorganización de la Liga Délica: integración de sus ciudades en 5 distritos fiscales e instauración de la democracia.



Fue Jenofonte hijo de una familia acomodada que vivía próxima a Atenas. En el 401 a. de C., decidió unirse a su amigo Proxenos y enrolarse en el ejército de mercenarios griegos de Ciro el joven contra su hermano Artajerjes. Se los conoce como los Diez Mil, que hicieron de Jenofonte uno de los cinco generales que dirigieron su retirada. Este nos dejó un relato de su expedición en su obra «La Anábasis», por la que ha recibido el calicativo de historiador.

La paz firmada en el año 446, tras la llamada 1.ª Guerra del Peloponeso, no consiguió eliminar las diferencias entre Atenas y Esparta, ni, por supuesto, eliminar los temores que venía suscitando el creciente imperialismo ateniense. Así, en el 431, se reemprenderá esa verdadera guerra civil griega, que termina en 404 con el hundimiento de Atenas y el desencadenamiento de una auténtica crisis generalizada en Grecia durante el siglo IV, dejando expedito el camino al dominio Macedónico de Filipo y Alejandro Magno.

El ateniense Tucídides, testigo de excepción y aún partícipe activo de los hechos, nos dejó en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* un excelente y documentado relato con especial atención a los aspectos políticos, militares y diplomáticos. Interrumpe su relato en 411 a. de C. y la continuación histórica de la Guerra del Peloponeso, hasta su fin en 404, fue obra de Jenofonte en las *Helénicas*. Jenofonte, aunque no iguala a la magistral exposición de su maestro, no carece de objetividad histórica.

1. Las causas de la guerra del Peloponeso

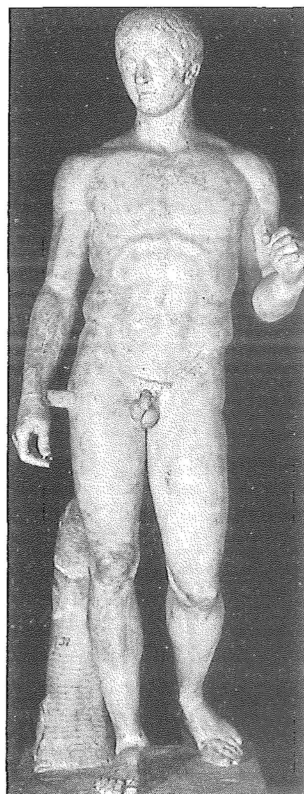
Tucídides fue el primero que intentó diferenciar la verdadera causa de la guerra: el imperialismo ateniense y la consolidación de su potencia naval a raíz de las Guerras Médicas. Insiste en las *aitiai* «causas», manifestadas por ambos bandos, tales como los sucesos de Epidamno y de Corcira, el asunto de Potidea y el decreto contra Mégara. Pero insiste en su carácter de causas secundarias o pretextos, ya que había decisión de ruptura por parte de los espartanos, pues veían que el dominio de los atenienses aumentaba de manera progresiva Atenas había conseguido reducir a su óbediencia a la mayor parte de Grecia. Así, precisa Tucídides (I, 118): «cuando la fuerza de los atenienses aumentó visiblemente y empezaron a subyugar a los aliados, entonces ya no lo consideraron soportable, sino que decidieron que debían actuar con decisión y arruinar en lo posible la potencia ateniense emprendiendo esta guerra...» Añade que el conflicto entre Atenas y Esparta se fue fraguando durante los años precedentes; desde el momento en que los atenienses obtuvieron de sus aliados la jefatura de la Liga, ya que estaban molestos por las pretensiones de Pausanias. La tesis de Tucídides diciendo que era una guerra inevitable, ante el hecho de que en Grecia surgiera el poder ateniense frente al ya tradicional e indiscutible de Esparta, es tema de debate hoy entre los historiadores. D. KAGAN ha replanteado el problema y piensa que a Tucídides, aunque no le falta razón, no es del todo exacto. Atenas entre el 445 y el 435 a. de C. no aumentó su poder ni realizó una política agresiva contra los aliados del Peloponeso y sólo se preocupó de la consolidación de sus dominios ampliados anteriormente. Por otra parte, Tucídides trata de demostrar que su amigo Pericles no era quien había llevado a Atenas a esta guerra desastrosa, como lo patentiza la conducta de los aliados con respecto a Samos, Corcira y Potidea. Pues, si bien silencia Tucídices las alianzas de Atenas con Regio y Leontinos y la expansión en Tracia con la fundación de Brea y Anfípolis, no parece que estas iniciativas inquietaran lo más mínimo a Esparta, quien por otra parte se opuso en varias ocasiones a que se rompiera la paz del 446 a. de C. Así vio Esparta con cierta indiferencia la guerra de Corcira y revuelta de Mitilene.

Otro punto de vista distinto es el de R. MEIGGS, según el cual, Atenas no se contentó con consolidar su imperio, sino que aumentó su poder en el Egeo. Buena prueba de ello son los datos aportados por las *aparchiai* «listas de tributos» y otras fuentes ajenas a Tucídides que acusan en estos años, y en concreto en el 443 a. de C., el endurecimiento de la presión ateniense sobre los confederados: caso de Efeso y Mileto en el 439 y la lista de tributos del 436 que incluye a pequeñas ciudades de la periferia del imperio ateniense. Puede relacionarse con estos hechos el ostracismo de Tucídides, Hijo de Melesias, que dejó el campo libre a Pericles en su carrera política, y el cobro anticipado de los tributos del año 442 a. de C. Por otra parte, si los atenienses hubiesen creído que la paz del 446 a. de C. iba a ser duradera, no hubieran acometido la construcción de la gran Muralla el 443/2 por iniciativa de Pericles. En definitiva para MEIGGS el incremento del poderío de Atenas en los años anteriores al 431 fue premeditado, irritando con ello a sus adversarios.

440 a. de C. Secesión de Samos. 431 a. de C. Comienzo de la Guerra del Peloponeso. 431-430 a. de C. Se suceden dos invasiones del Atica por Arquidamo.

Atenas, además, se empeñó en una defensa generalizada de los regímenes democráticos. Los demócratas, que se identificaban con los comerciantes e industriales, sabían que su prosperidad tenía el mismo destino que el imperio ateniense. En cambio, en las ciudades, los grupos aristocráticos, compuestos básicamente por grandes y pequeños terratenientes pro-espartanos, se oponían a los demócratas y eran partidarios de Esparta y de los gobiernos oligárquicos.

Otro factor importante en el enfrentamiento bélico fue la competencia comercial de Atenas con Corinto y Mégara. Los intereses de Atenas y Corinto chocaron en el Adriático y en la Calcidia porque el desarrollo comercial e industrial de Atenas y sus aliados necesitaba buscar nuevos mercados en otras zonas, en concreto en la Magna Grecia y en Sicilia. No sólo fueron perjudicados los corintios, sino también los megarenses y sicionios, que estaban molestos por los grandes progresos de los productos áticos, concretamente la cerámica, que desde principios del siglo había desplazado a los viejos centros productores de los mercados del Mediterráneo occidental, incluso de Etruria e Iberia. La exportación de manufacturas posibilitó la importación de cereales, ganado y minerales de Italia, Tracia y Ponto. Esta prosperidad comercial permitió a Atenas poder influir económicamente y políticamente en el norte y oeste del Peloponeso cuya subsistencia dependía de los productos alimenticios de occidente. Por esta razón Corinto veía con gran preocupación la expansión del comercio ateniense en Occidente. Y por ello Corinto celebró que los colonos de Turios rompieran los vínculos de unión que les ataban a Atenas; Turios se alió entonces con Tarento, una colonia espartana.



Doríforo. Copia romana del bronce de Polícleto, h. 440 a. de C. Con esta escultura Polícleto definía plásticamente las proporciones ideales del cuerpo humano, pues elaborado con un rigor matemático, esta anatomía de macizos volúmenes respira un equilibrio soberano e intemporal. No puede por ello extrañar que fuera incontables veces copiado desde la antigüedad.

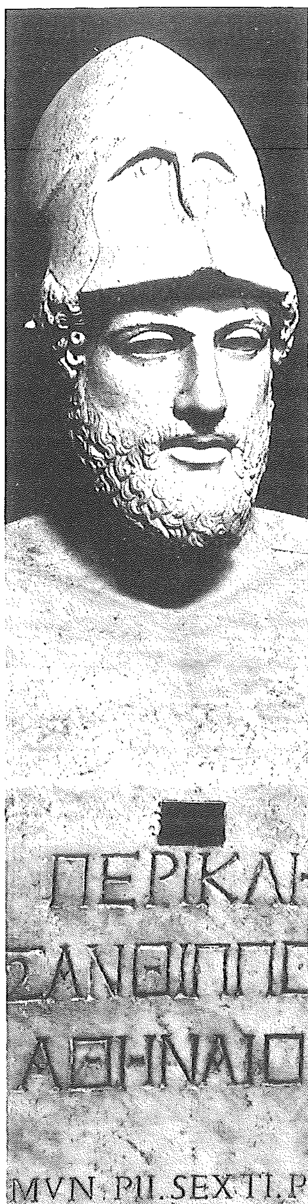
Pericles intentó aumentar este prestigio y comercio celebrando pactos con Segesta, Leontinos y Regio, amenazadas por Siracusa. También llevó a cabo Atenas la ocupación de Pagas, el puerto de Mégara en el golfo de Corinto, controló Naupacto y se alió con Acaya. Así puso cerco, económicamente, a Corinto. A Corinto se le ofrecían dos alternativas: someterse a los atenienses o bien quedar eliminada como potencia económica. También Egina, rival de Atenas, que había recibido ayuda de los corintios en el 456, terminó por entrar en la órbita de los atenienses. Esparta estaba marginada de esta lucha sostenida entre estos centros comerciales, pues carecía de flota y tampoco podía rivalizar en el campo económico porque eran mínimas sus relaciones comerciales. Será Corinto, pues, la que arrastre a los aliados de la Liga del Peloponeso a esta guerra económica.

2. Los «pródromos» de la guerra

Dos acontecimientos llevaron a la reanudación de la guerra que rompía la paz de treinta años firmada en el año 446 a. de C.: la lucha entre Corcira y Corinto y la defección de Potidea, colonia de Atenas. Actuarían de catalizadores de la lucha contra el imperialismo ateniense.

a) *La guerra entre Corinto y Corcira.* En el 435 a. de C. Corcira y Corinto iniciaron una guerra abierta en la que entraron en juego intereses comerciales: la búsqueda de plata para la acuñación de moneda, que se importaba de Iberia meridional.

En los comienzos el conflicto se desarrolló más bien como una fricción local e intrascendente. Corinto seguía imponiendo su autoridad en las



Busto de Pericles (500?-429 a. de C.) Fue este personaje posiblemente el más grande gobernante del mundo antiguo. Hijo de una sobrina del legislador Clístenes, pertenecía a una de las familias más nobles de Atenas, no obstante, siempre luchó en el campo democrático. Divorciado de su primera esposa, se unió a la famosa cortesana Aspasia de Mileto, que hizo de su hogar un centro cultural.

colonias de su fundación sobre el Adriático y así intervino en la guerra civil de Epidamno entre aristócratas y demócratas, para poner de relieve sus derechos de metrópoli y conservar su prestigio; envió a Epidamno colonos y una guarnición. Los oligarcas, que no se dieron por vencidos, se aseguraron el apoyo de Córcira, antigua colonia también de Corinto. Corcira corrió en su ayuda y puso asedio por mar a la ciudad de Epidamno. Los corintios prepararon una gran expedición en la que participaron naves y soldados de los aliados del Peloponeso y del mar Jónico y los propios tebanos. Los corcirenses junto con los embajadores espartanos y sicionios fueron a Corinto y solicitaron el arbitraje de la Liga del Peloponeso y de Delfos. Como los corintios rechazaron esta propuesta se entabló una batalla naval frente al promontorio de Leucinina (Corcira) en la que resultaron vencedores los corcirenses, que expugnaron Epidamno y castigaron a los aliados de Corinto. El mismo día firmó Epidamno una capitulación en Corcira.

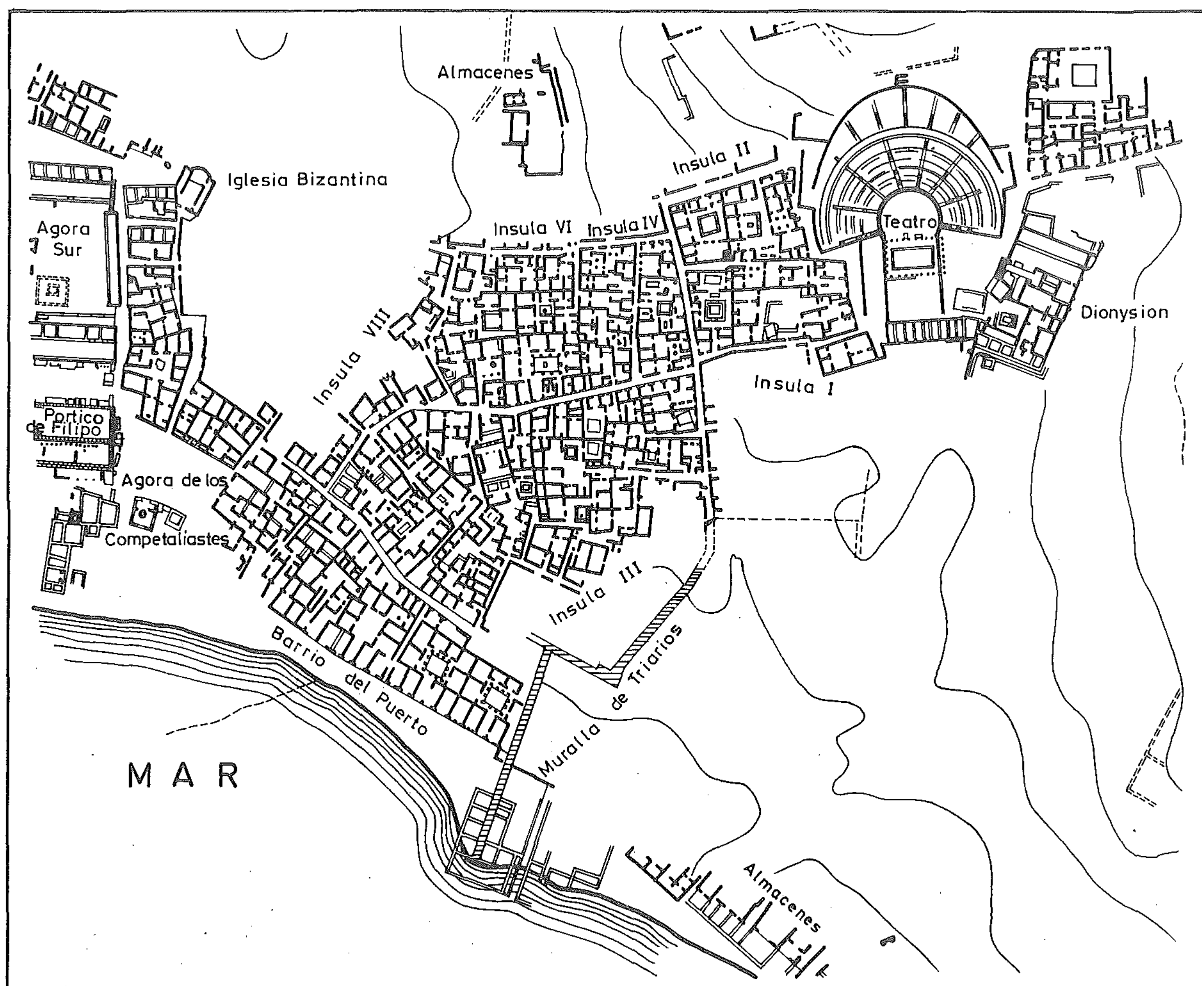
Dos años después de su victoria naval, en el 433 a. de C., Corcira solicitó su inclusión en la Liga ática porque sabían que los corintios, para vengar su derrota, estaban preparando una gran flota. Los atenienses, por sugerencia de Pericles, según Plutarco, aceptaron la petición de Corcira y les enviaron un contingente de diez naves y posteriormente otro de veinte; pero con orden de que no entrasen en batalla con los corintios si éstos no atacaban a la ciudad de Corcira. En la batalla de las islas Sibotas se enfrentaron las flotas de Corinto y Corcira, y en el momento en que la situación se mostraba favorable a Corinto, los atenienses se interpusieron entre ambas escuadras con lo que les arrebataron un triunfo seguro. Además, Corcira intensificó sus relaciones con Atenas que concluyeron en un *epimachia* «alianza defensiva», en la que Atenas se comprometía a prestarle ayuda. Y, aunque no concertaron con Corcira alianza ofensiva para no vulnerar el pacto del 446, resultaba que esta presencia ateniense en los puertos de Corcira ya no permitía a Corinto obstaculizar la expansión del comercio de Atenas hacia Occidente. Por eso, a partir de ahora, la política corintia intentará movilizar a Esparta y a su Liga del Peloponeso a un conflicto general.

b) *La defección de Potidea.* Los intereses de atenienses y corintios no sólo chocaron en el mar Jónico; también en el norte del mar Egeo. Ocurre en Potidea sobre la península calcidia. Aunque Potidea era uno de los miembros de la Liga Délico-Atica, había conservado las relaciones con su metrópoli, Corinto, que seguía enviando a los *epidamiurgoi*. Al agriarse las relaciones con Corinto, Atenas ordenó a Potidea derribar la muralla que del lado del mar la separaba de la península de Palene, que entregaran rehenes y que a partir de entonces no aceptase la presencia de los magistrados corintios. La respuesta de Potidea fue negativa, pues contaba con el apoyo de Pérdicas, rey de Macedonia y con Esparta, que les prometió la invasión del Atica en el caso de que los atenienses atacasen Potidea. Junto con los beocios y una serie de comunidades tracias y calcídicas anunció su retirada de la Liga de Delos en el 432 a. de C., acogiendo en esta fecha dentro de sus murallas a un cuerpo expedicionario de corintios y peloponesios al frente de los cuales estaba Aristeo de Corinto. De esta manera los corintios rompían el pacto del 446 con Atenas, aunque no de modo oficial, pues la expedición de carácter privado estaba formada por voluntarios.

Los atenienses enviaron una expedición a Tracia contra Pérdicas a principios del 432 a. de C. cuando ya se había producido la rebelión de Potidea. Según algunos historiadores, que se basan en las listas de tributos del 443/2 a. de C., es posible que Atenas, con vistas a la guerra contra el macedonio, aumentará de 6 a 15 talentos anuales la cuota de Potidea, del mismo modo que ya el 435/4 a. de C. se habían incrementado los tributos a otras ciudades vecinas. La rebelión de Potidea había sorprendido al cuerpo expedicionario de 30 naves que los atenienses enviaron contra Pérdicas y que eran insuficientes para asediar a la ciudad rebelde. Por eso, primero se apoderó de Terme y asedió luego Pidna y obligó a los macedonios a firmar una paz con los atenienses. Poco después Atenas ordenó el ataque a Potidea y envió dos nuevos cuerpos expedicionarios mandados por Calias y Formión. Atenas no quiso enviar al principio más contingentes, pues no sabía si los espartanos iban a cumplir lo prometido a Potidea de invadir el Atica. El asedio de Potidea duraría años. La guerra sería inevitable a menos que Atenas hubiese renunciado a esta colonia.

c) *El decreto contra Mégara.* Entonces Pericles respondió prohibiendo a Mégara todos los mercados atenienses. La fecha, contenido y motivos del *psephisma*, «decreto» o resolución sobre Mégara solicitado por Pericles, son temas debatidos. En cuanto a la fecha, algunos historiadores datan el decreto antes del 433 a. de C.; pero quizá la fecha más real deba fijarse entre la batalla de las islas Sibotas y la Asamblea convocada por Esparta. Sería, pues, en el 433/2 a. de C. Referente al contenido, se puede decir que el *psephisma* decretaba sobre Mégara un severo bloqueo mercantil que cerraba a los megarenses el acceso a los mercados de Atenas y de las ciudades de su liga.

Algunos historiadores defienden la existencia de dos decretos de Megara, el que cita Tucídides, que parece ser el mismo al que hace referencia Aristófanes en *Los Acarnanios*, y el de Carino. Según Plutarco, Pericles decidió enviar a su delegado Aritemócritos a Mégara y a Esparta y elevar una protesta, porque los megarenses cultivaban un terreno sagrado en Eleusis. El asesinato de este emisario por los megarenses acarreó el odio popular que decretó castigar con la muerte a cuantos megarenses hicieran acto de presencia en el Atica y además dos veces al año se tenía que hacer una expedición de castigo contra Mégara. Este es el decreto de Corinto que, si es auténtico, tiene que ser posterior al inicio de la guerra. El que cita Aristófanes hace una alusión sarcástica de una denuncia contra las mercancías megarenses y el reparto de mujeres de la casa de Aspasia. Según D. KAGAN el motivo que indujo a los atenienses a tomar su decisión en contra de una ciudad que no formaba parte de su liga, fue la participación de Mégara al lado de Corinto en la lucha contra Corcira. Suponía una moderación por parte de los atenienses que no querían entrar en guerra ya que no se trataba de un ataque militar. Con todo, en opinión de los enemigos de Atenas, este severo bloqueo mercantil, que impedía a los megarenses el acceso a los dominios mercantiles controlados por Atenas, violaba el espíritu del tratado de 446/5 a. de C., pues



Ciudad y teatro de Delos. (Según L. Benevolo)

Alcmeónidas. Familia ateniense a la que pertenecieron Clístenes, Pericles, Alcibíades, etc. Uno de sus miembros, Megades, formó parte del grupo de arcontes que aniquilaron en el templo de Atenea a los cómplices de Cilón. Por este hecho la familia de los alcmeónidas fue expulsada volviendo en el 509. Al estallar la guerra del Peloponeso, los espartanos atacaron a Pericles exigiendo de Atenas que expulsara a su familia.

Mégara era una ciudad aliada de Esparta y entendían que la medida aplicada por Atenas era muy grave.

Según G. DE SANCTIS, los atenienses con este decreto intentaban que los megarenses derrocaran al gobierno oligárquico y se alejasen de Esparta; para ello querían hacer pasar a la población por una situación de hambre, privándola del suministro de cereales. También esta medida dificultaría la posible invasión del Atica por los espartanos. La realidad es que el *psephisma* contra Mégara proporcionó al partido espartano beligerante un buen argumento para declarar la guerra a Atenas y conseguir su aprobación por la Apella espartana donde radicaba la última decisión de guerra o paz.

d) *Las negociaciones con Esparta.* En efecto, toda esta cadena de sucesos, aunque graves, no habían implicado directamente a Atenas y Esparta. Y la paz del 446, más o menos conculcada, no había quedado rota o al menos abiertamente denunciada. Faltaba oír las últimas voces autorizadas en tan grave cuestión. Ambos contendientes, Atenas y Corinto, trataron de lograr en su favor la autoridad de Esparta y el respeto a la paz del 446. Esparta convocó un congreso para resolver la conducta de los aliados hacia Atenas, previa audiencia de ésta.

En los dos discursos que Tucídides pone en boca de los embajadores corintios y atenienses frente a la asamblea en el 432 a. de C., que fue la que decidió la guerra, se conserva el recuerdo de la propaganda espartana con respecto a los aliados de Atenas. En el primero de ellos (I, 69) Corinto dice que si Esparta no intervenía sería la culpable del sometimiento de los aliados de Atenas, pues el auténtico esclavista no es en realidad el que esclaviza, sino el que puede impedirlo y no lo hace; tanto más si pretende para sí la gloria de presentarse como el libertador de Grecia. En su discurso y alegaciones (I, 76), los atenienses dicen a los espartanos que si se hubiesen atraído el odio de sus aliados, lo mismo que les ocurría a ellos, indudablemente se habrían visto obligados a tratarlos con dureza para no hacer peligrar su propia existencia. Todo fue inútil; el Congreso de la Liga del Peloponeso decidió por una gran mayoría ir a la guerra.

No fue inminente, pues casi durante un año, las dos Ligas siguieron intercambiando entre sí embajadas, al menos en tres ocasiones. En la primera, los espartanos exigieron a los atenienses que expiasen la mancha del sacrilegio contra Atenea, cometido antaño por los Alcmeónidas por el asesinato de Cilón, dentro del templo de la diosa. Esto suponía el exilio de Pericles puesto que era descendiente de esta familia por parte de su madre. La respuesta inmediata de los atenienses, naturalmente, fue la recriminación a los espartanos de la matanza de *heilotai*, en el santuario de Posidón de Tenaro, y el criminal atentado contra Pausanias en el templo de Atenea Calcicos, que también debían expiar. En la segunda embajada, los espartanos exigieron a los atenienses que se levantara el sitio de Potidea, que concedieran la autonomía a Egina y que derogase el decreto contra Mégara. Esta segunda embajada es la única que contiene propuestas precisas. Según parece, interesaba, por todos los medios, llegar a un acuerdo de paz al centrarse concretamente en el decreto contra Mégara. Tucídides se conformó con decir que los atenienses habían rechazado las exigencias espartanas, porque los megarenses cultivaban un terreno sagrado y prestaban asilo a esclavos fugados y que por consiguiente eran culpables. En la tercera embajada, los espartanos comunicaron a Atenas que habría paz si dejaban libres a todos los integrantes de la Liga Délica. La propuesta ateniense fue que las dos partes sometieran sus exigencias a un arbitraje y que, mientras tanto, cada una conservara en su poder lo que tenía.

¿Pudo Atenas evitar la guerra con sólo atender determinados puntos exigidos por los espartanos? ¿Intentó Pericles que estallase la guerra para paliar los problemas de su política internacional según decía Aristófanes? Parece que no. Pero la verdad es que, ni Pericles ni el pueblo ateniense estaban dispuestos a renunciar a su hegemonía y al floreciente comercio que tenían abierto por todo el Mediterráneo. Confiaban, por otra parte, poder defenderlos con su ejército y su escuadra. También los aliados de Esparta pensaban tener fuerza suficiente para hacer desistir a Atenas de su creciente imperialismo.

e) *Las fuerzas en liza.* Es conveniente hacer una breve referencia a la distribución geográfica y a la disponibilidad militar y económica de los dos

bloques. Atenas, potencia naval, abarcaba un imperio que comprendía las ciudades de la Liga Atico-Délica divididas en seis distritos: ciudades e islas del Egeo y del Bósforo (salvo Creta, Tera y Melos), Platea, los mesenios de Naupacto, la mayor parte de la Acarnania, Corcira y Zacinto. A estos hay que añadir los tesalios, cuya potente caballería contrarrestaba la de los beocios. Tesalia se sumó a los atenienses en el primer año de la guerra, posiblemente renovando la alianza del 462/1 a. de C., que había sido interrumpida por la defección de Tanagra. Según Tucídides, el ejército de Atenas contaba con 13.000 hoplitas, 1.200 jinetes y 1.600 arqueros a los que había que añadir 16.000 hombres de los reemplazos más antiguos, cuya misión era proteger el recinto amurallado de la ciudad, el muro de Faleron y el Pireo y Muniquia con una extensión total superior a los treinta kilómetros cuadrados. La fuerza naval de los atenienses era de 300 trirremes propios, a los que se añadían los de Lesbos, Quíos, Corcira, Cefalonia y Zacinto. Y sobre el ya importante número contaba la superioridad de su construcción y la pericia de sus mandos. Sus tripulaciones se reclutaban entre los *thetês*, metecos y esclavos de la propia Atenas y otras ciudades de su imperio. En caso de necesidad la flota podía transportar al ejército de tierra a lugares ultramarinos. La táctica de desgaste, utilizada por Pericles, consistía en mantenerse a la defensiva por tierra y tomar la ofensiva por mar para hostigar a los peloponésicos con desembarcos por sorpresa en sus costas. Esta estrategia exigía a los atenienses una gran disciplina y partía del principio de no arriesgarse en combates en tierra, más allá de una medida prudente y sin riesgo ante el poderoso cuerpo hoplita espartano.

En el bloque de los espartanos estaba todo el Peloponeso (excepto Argos y Acaya), Pelene, Mégara, Beocia (excluida Platea), locrios, focidios, ambraciotas, leucadios y anacterios. Los espartanos y su Liga eran superiores en fuerzas de tierra, pues su ejército contaba con 40.000 hoplitas, a los que había que añadir los contingentes beocios, focidios y locrios. En cambio, la flota de la Liga del Peloponeso era inferior a la ateniense y no llegaban a las 100 trirremes, aportadas por los aliados (corintios, magarenses, sicionios, pelenios, eleos, ambraciotas y leucadios). Desde el 431 a. de C. ordenaron a las ciudades de Magna Grecia y Sicilia que preparasen una flota de 500 navios y dinero. Por su parte los atenienses intentaron mantener el conflicto entre las colonias calcidias de Sicilia y de la Magna Grecia para cortar a Esparta el suministro de cereales sicilianos y tratar de evitar que los siracusanos y esa solicitada escuadra de 500 naves intervinieran en Grecia. También mantuvo Atenas la amistad con las gentes de Regio y Leontinos, que actuaban junto a los mesapios y etruscos en contra de los siracusanos.





Fachada oriental de los Propíleos. Se empezaron éstos a manera de bello pórtico, según Pausanias el más bello de la antigüedad, que diera acceso al pretendido recinto sagrado y cuando todavía no se había terminado el Partenón. Estos se erigieron entre el 437 y 432 a. de C. en bello mármol del pentélico bajo la dirección del arquitecto Mnesiklés. La obra no se acabó porque los sacerdotes de Artemis Brauronia no quisieron ceder parte de su terreno. Al lado, una vista del Partenón.

Los peloponésicos tenían a su favor una gran ventaja estratégica, ya que podían ejercer una operación de tenaza sobre sus adversarios al actuar desde el Peloponeso y desde la Grecia central, en particular desde Beocia. Su control sobre la Megáride y el itsmo les facilitaba sus penetraciones en el Atica. Lo que no podían impedir era el abastecimiento de los atenienses por mar en su puerto del Pireo.

Otro factor que jugaría una baza muy importante en esta guerra larga

serían las finanzas. Atenas tenía segura la entrada de los tributos anuales de sus aliados y además contaba con la reserva de fondos que contenía la caja de la Acrópolis. Al inicio de la guerra los atenienses disponían de una reserva de 6.000 talentos en el tesoro de la confederación a los que se añadían anualmente 600 talentos más, procedentes del tributo de sus aliados. Esparta carecía de tesoro y su única posibilidad era recurrir a los préstamos de los grandes santuarios de Olimpia y Delfos; pero esta medida no era bien vista por la opinión pública griega. A su vez, pudo solicitar y obtuvo fondos de Persia, la mayor potencia financiera. Esta solución fue expuesta por Arquídamo en el discurso que Tucídides le atribuye. También Atenas intentó ganarse al rey persa.

Pero Persia tardó en prestar oídos al reclamo de ambos contendientes, aunque lógicamente observó con mayor animosidad y recelo el creciente poderío naval de Atenas y de su imperio en el Egeo. Atenas logró gran competitividad comercial sobre todos los mares que circundaban las provincias persas de Occidente. Mas, lo cierto es que Persia entre 431 y 421 permaneció alejada del conflicto entre atenienses y espartanos. La guerra en su primer momento se ciñó exclusivamente a Grecia y a las zonas controladas directamente por las dos potencias. Además, al principio la guerra fue lenta, pues Arquídamo quería retrasar los comienzos de la guerra para poderse preparar suficientemente; por eso transcurrió casi un año entre la declaración de la guerra y el inicio de las hostilidades. Por su parte, Atenas no quiso atacar; esperó a que los espartanos iniciaran la lucha, ya que de esta manera podían justificarse de que habían sido agredidos y que no habían sido ellos los causantes de la ruptura de la paz.

3. La llamada guerra de Arquidamo (431/421 a. de C.)

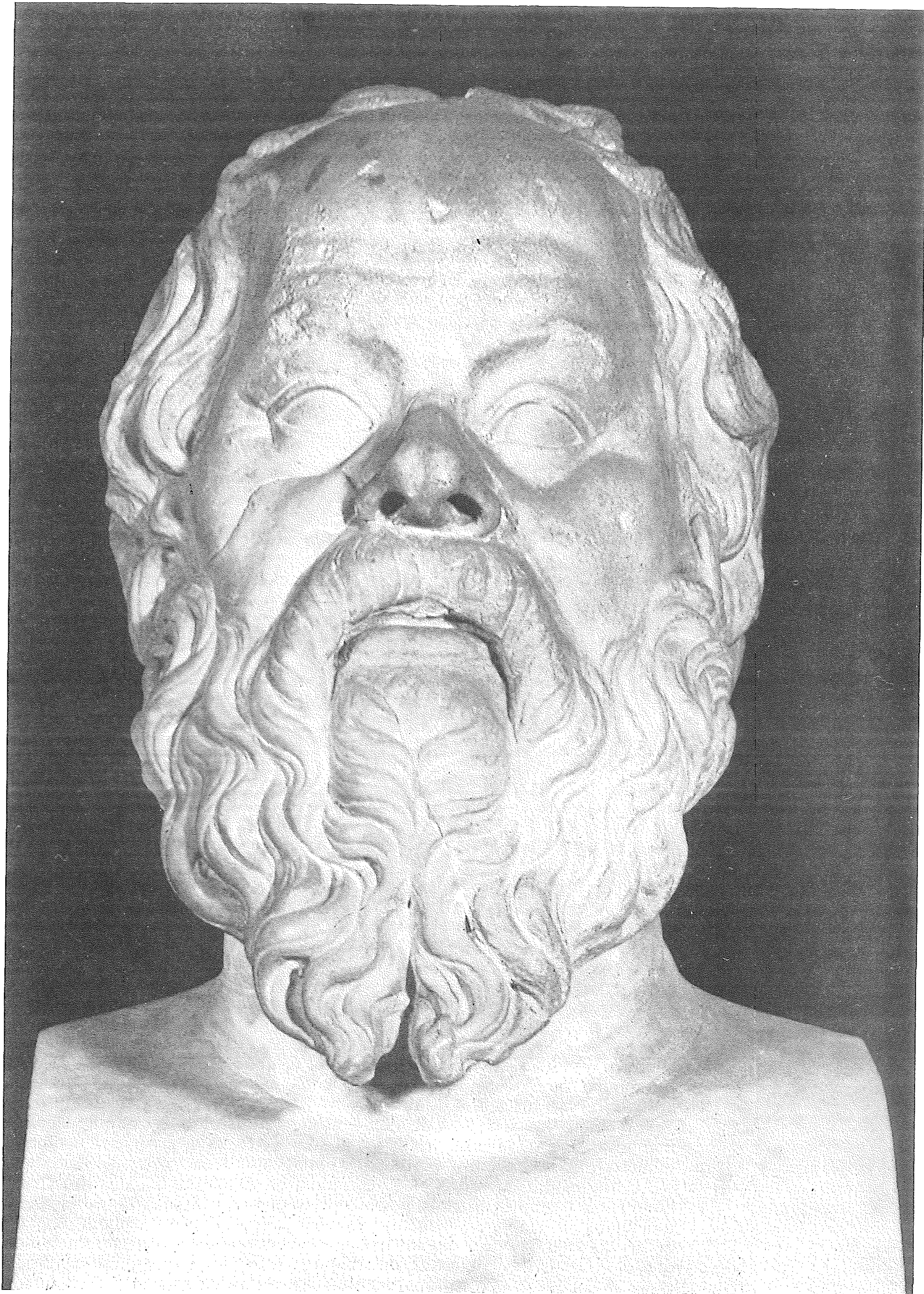
La guerra de Arquidamo duró diez años, del 431 al 421 a. de C. y lleva el nombre del rey espartano que dirigió las campañas contra Atenas hasta su muerte en 427 a. de C. Tiene cuatro fases: la guerra defensiva de Pericles (hasta su muerte); la guerra ofensiva de Atenas tras la muerte de Pericles; la ocupación ateniense de Pilo y la paz del 421 lograda por Nicias.

a) *La guerra hasta la muerte de Pericles.* El plan de operaciones de los lacedemonios y sus confederados consistía en hacer acto de presencia en el Atica todos los años, antes de la recolección, y arrasar los campos para de esta manera forzar a los atenienses a iniciar una lucha en campo abierto, en la que resultarían gravemente perjudicados. Por otra parte, Esparta seguía fomentando entre los aliados de Atenas el descontento. Los atenienses sabían que el resultado final estaba en manos de su flota a la que se asignó tres misiones específicas: el control de las rutas del Mediterráneo occidental a través del golfo de Corinto y en torno al Peloponeso; que hostigaran a los espartanos con una serie de desembarcos en sus costas y que consolidasen una serie de puntos estratégicos, claves para mantenerles bloqueados, a la vez que les aislaban de los filoespartanos de Sicilia y Magna Grecia.

Las acciones bélicas empezaron en el 431 a. de C. con el ataque de los tebanos contra Platea, aliada de Atenas. Entre las dos ciudades existían grandes tensiones ya que los tebanos buscaban ampliar la Liga Beocia, al frente de la cual estaban, y no querían renunciar a Platea. Por otra parte, los peloponesios contaban con un grupo de amigos de Platea que les facilitarían sus pretensiones. Los hoplitas tebanos tomaron durante la noche la ciudad y los plateenses en un principio aceptaron las negociaciones, pero al comprobar que el número de tebanos era pequeño, rechazando su primera decisión, les hicieron frente y les mataron. Los de Platea solicitaron el auxilio de los atenienses que establecieron una pequeña guarnición en la ciudad y evacuaron a las mujeres y a los niños a Atenas.

Dos meses después, el ejército espartano se presentó en el Atica y Arquídamo intentó de nuevo que los atenienses hicieran algunas concesiones. Pericles no cedió y además se promulgó un decreto que prohibía negociar con el enemigo, si presionaba con las armas. Para una mayor seguridad, los atenienses refugiaron a sus familias y sus bienes en los Muros Largos, mientras contemplaban con tristeza cómo sus trigales, viñedos y olivares eran destruidos por los peloponesios.

Sócrates. Vivió este filósofo h. 470-399 a. de C.; se conoce poco de su vida, pero se sabe que vivió muy modestamente, consagrando toda su energía a predicar su doctrina. Entre sus discípulos fueron los más conocidos Jenofonte, Platón y Alcibíades. Acusado de impiedad y de corromper a los jóvenes fue condenado a muerte por el tribunal popular de Atenas o Helieo.



Arquídamo hubo de retirarse del Atica después de esperar inútilmente durante un mes a que salieran las tropas de Pericles a defender sus tierras y tratar de expulsar al enemigo; por otra parte, carecía de alimentos, pues los atenienses habían retirado sus reservas de comida y sus ganados. Además, Pericles, de acuerdo con sus posibilidades y planes estratégicos, envió una escuadra de cien trirremes contra las costas del Peloponeso, que, aunque fracasó en Metone sobre la costa occidental de Mesenia, defendida por Brasidas, le sonrió la fortuna en la Elide y poco después la isla de Cefalonia se puso de su lado. A su vez, Pericles expulsó a los eginetas de su isla; de acuerdo con Esparta se establecieron en la región de Tirea.

Si las acciones navales de los atenienses fueron brillantes, las de tierra carecieron de relieve, pues se limitaron a la devastación de las regiones de la Megáride y a la lucha en la ciudad de Potidea, a la que pusieron cerco. Los potideos pidieron ayuda a Pérdicas II de Macedonia, mientras los atenienses consiguieron la promesa de ayuda de Sitalcos, rey de los odrisios tracios. Pero, si esta alianza supuso para Atenas la apertura de un vasto territorio rico en materias primas y esclavos, en cambio, las esperanzas de ayuda depositadas en el rey tracio se vieron frustradas.

De nuevo a principios del verano del 430 a. de C. se dedicaron a devastar el Atica los espartanos, aunque no lograron su objetivo: la batalla en campo abierto. A los pocos días Atenas fue presa de la peste importada de Asia, que produjo grandes estragos ya que la epidemia encontró en la población hacinada un campo propicio para su desarrollo. Como consecuencia de ella, Atenas vio reducida en una tercera parte el número de sus habitantes, entre el 430 y el 425 a. de C. Tucídides (III, 48-54) la ha descrito con minuciosidad y según cuenta, él mismo fue presa de élla. La peste no sólo diezmó la población, sino que proporcionó un duro golpe a la psicología de los atenienses y exaltó los ánimos en Atenas. Pues, aunque Esparta, ante el temor de contagio, evacuó el Atica, los atenienses, exacerbados, descargaron su ira sobre Pericles al que acusaron de desfalcos en el erario público. Perdió su cargo de estratego, que había desempeñado de manera ininterrumpida durante quince años, al ser condenado a pagar una multa de 50 talentos.

429 a. de C. Capitulaciones de Potidea. Declaración de la peste en Atenas en la que cae Pericles.

De Calcidia llegaron, sin embargo, buenas noticias a Atenas, pues se había producido la capitulación de Potidea en la primavera del 429. Las condiciones impuestas a Potidea fueron muy benignas: a sus habitantes se les permitió abandonar la ciudad y podían escoger lugar de residencia. Este éxito quedó en parte oscurecido, poco después, por la victoria de los calcídicos frente a los atenienses, junto a Espartolo. Entonces, por vez primera, la caballería y los *peltastes* «infantes ligeros» se habían impuesto a los hoplitas.

b) *La muerte de Pericles.* La buena noticia llegada de Potidea, propició un cambio de opinión en Atenas. Así, en el año 429 fue elegido de nuevo estratego Pericles, aunque poco pudo hacer ya, pues la peste terminó con él tres meses después. La herencia política de Pericles fue recogida por Eucrates, Lisicles y Cleón, todos ellos hombres de oficio. El primero explotaba un molino y un negocio de cáñamo; el segundo era tratante de ganado, y Cleón era dueño de una curtiduría. Posteriormente se añadió a ellos Nicias, que se había distinguido en la guerra de Arquídamo. Ninguno de ellos tenía el talento ni alcanzó suficiente prestigio entre sus conciudadanos; ninguno supo aprovechar las oportunidades que tuvo Atenas para salir airosa de una guerra difícil. De ahí que las resoluciones políticas de Atenas recayeran con frecuencia en manos de demagogos, más ambiciosos que capacitados y que hubieron de entregarse a una política de concesiones y proyectos quiméricos que conducirían al desastre final de Atenas. El resultado fue que el poder naval y económico de Atenas le produjo buenos éxitos, pero que no supieron aprovechar sus dirigentes de turno.

En el año 429 a. de C. Formión consiguió encerrar en el golfo de Corinto una gran parte de la escuadra de los aliados de Esparta, pese a ser mayor su número. Ello les impediría participar en la defensa de las costas del Peloponeso. Formión dio un rodeo por Acarnania, en donde los aliados de Atenas dominaban bastantes distritos; por Naupacto regresó a Atenas. De esta manera dificultaba al Peloponeso en los suministros de trigo itálico y siciliota. A pesar de sus éxitos, se le acusó ante los tribunales y fue condenado a pagar una multa que, al no poder hacer efectiva, determinó su *atimia* o pérdida de su condición cívica ateniense. Y ello le impidió volver a desempeñar ningún cargo.

En el 428 a. de C. la isla de Lesbos, que había sido durante medio siglo uno de los aliados más fieles de Atenas, se desentendió de la Liga de Delos. Esta defección llegaba en un mal momento, pues podía arrastrar a otras comunidades y minar el dominio ático en Asia Menor; precisamente en la estratégica región de los estrechos. Lesbos fue admitida en la Liga del Peloponeso, aunque los confederados no le prestaron una ayuda eficaz. Los atenienses enviaron a la isla al estratego Paques que llevó consigo 1.000 hoplitas y cercó Mitilene con un muro. Como la expedición había acarreado grandes gastos, hubo de recurrir a un impuesto sobre la fortuna, *eisfora*, que proporcionó un ingreso de 200 talentos. Mileto esperó en vano la ayuda de la Liga del Peloponeso y hubo de capitular. En el tratado entre Paques y los de Mitilene, el ateniense se comprometía a no ejecutar, transformar en esclavos o meter en la cárcel, a ningún mitilenio antes de que regresara una embajada que éstos habían enviado a Atenas. En esta ciudad la Asamblea popular,

428 a. de C. La isla de Lesbos abandona la Liga Délica.



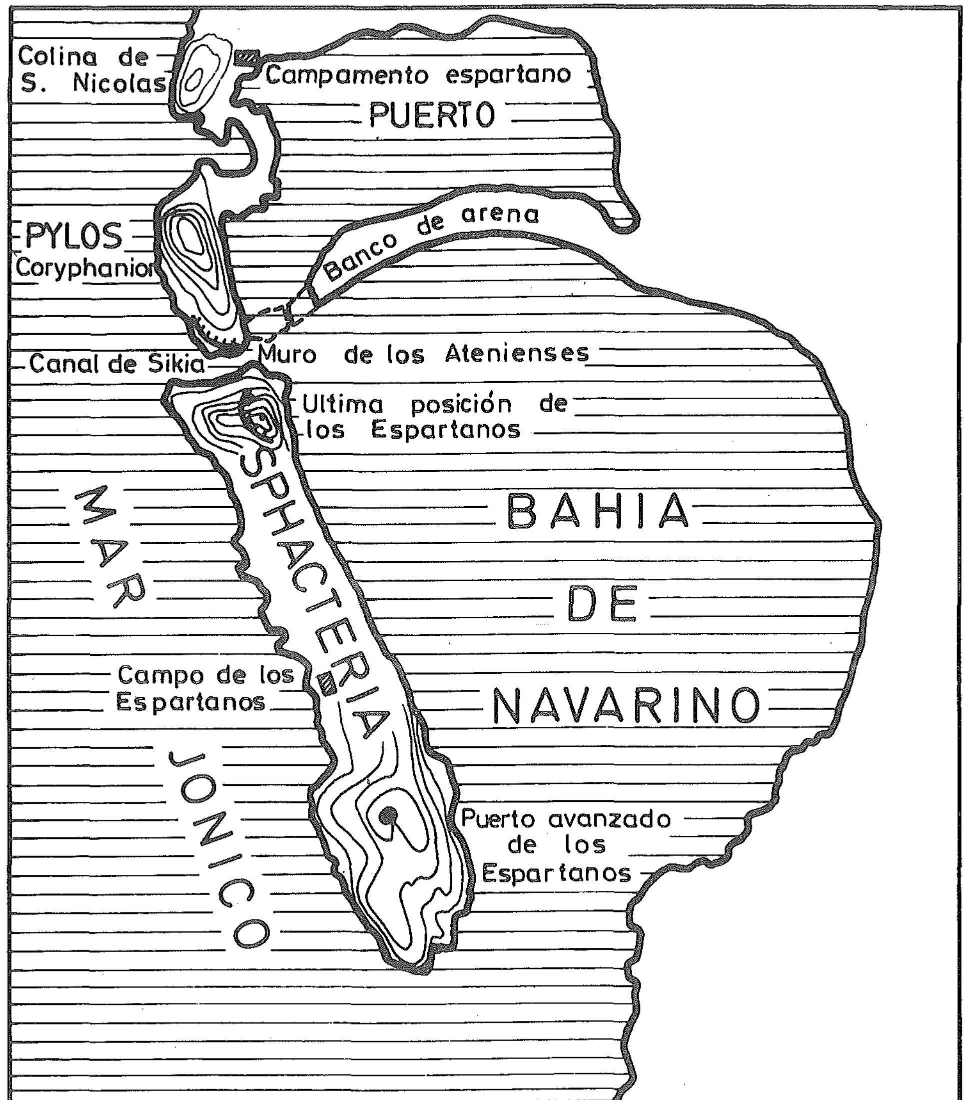
Vasija ática de figuras rojas con Ulises atado para no oír a las sirenas.

privada del consejo prudente de Pericles, decidió a propuesta del demagogo Cleón, que se castigase de manera ejemplar a todos los mitilenios, que los adultos fuesen pasados a cuchillo y que las mujeres y los niños fuesen reducidos a esclavitud. Una nueva decisión decretaba que sólo serían ejecutados los embajadores cuya cifra aún se discute, que las murallas fueran derribadas, la pérdida de la autonomía, la entrega de la flota y el establecimiento de una cleruquía ateniense en su territorio. La mano dura de Atenas en el caso de Mitilene acusa cómo los ánimos se iban exasperando y las posturas eran cada vez más exacerbadas. Los demagogos del partido popular ocuparon entonces el sitio que había dejado vacante Pericles en el escenario

425 a. de C. Más de 400 ciudades-estado forman parte de Liga-Délica instaurada por Atenas. Derrota espartana en Esfacteria. Cleón quiere pasar a la ofensiva.

político. Cleón, nombrado estratego en 426, dominaría la política ateniense e impondrá a las acciones bélicas esa línea de mayor recrudecimiento.

En el verano de este año tocó fondo el sitio de Platea. Los espartanos consideraban inútil apoderarse de la ciudad porque sabían que, al firmarse la paz, deberían ser devueltas a sus propietarios todas aquellas localidades anexionadas por la fuerza. Los espartanos se habían comprometido a nombrar un tribunal que castigase solamente a los criminales de guerra. Pero no fue así, ya que los jueces espartanos preguntaron a cada prisionero si durante la campaña habían ayudado a los peloponesios. Como sus respuestas eran negativas mandaron ejecutar a unos doscientos veinte individuos entre plateenses y atenienses. Este castigo tenía un paralelo, ya que también los de Platea, haciendo caso omiso de una promesa, habían ordenado antaño ejecutar a los tebanos que habían penetrado en la ciudad. Platea pasó a ser propiedad de los tebanos; fue destruida por completo y anulada de la lista de las ciudades griegas.



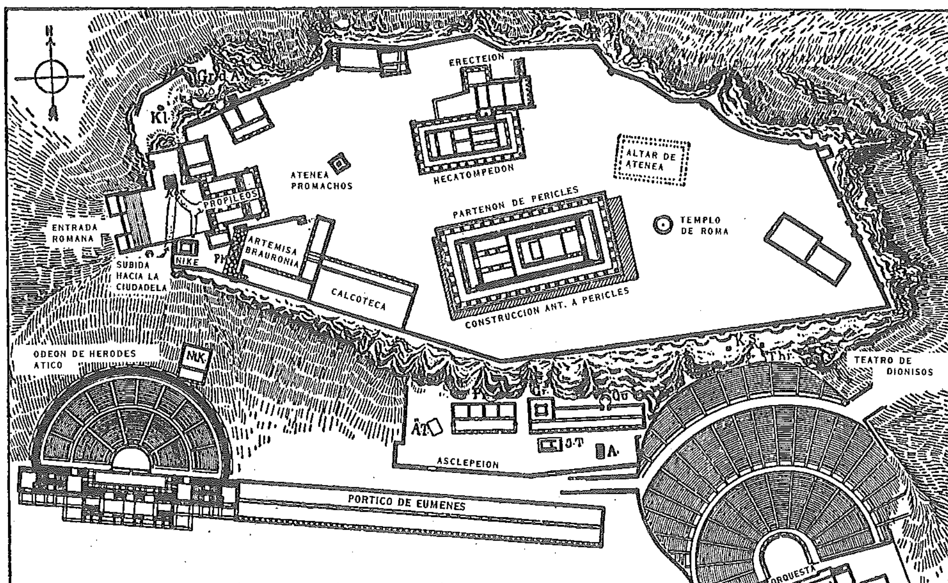
Esfacteria (Según Glotz-Cohen).

En el año 427 a. de C. en Corcira estalló una revolución oligárquica que hubiera dado al traste con los planes atenienses en occidente. La isla era aliada de Atenas; pero cuando regresaron los prisioneros corcíreos capturados en la batalla de las islas Sibotas prepararon el terreno para una subversión. Las luchas intestinas entre oligarcas y demócratas dan fe del enorme odio de los dos grupos. La intervención del ateniense Nicóstrato con su flota tampoco solucionó el problema, aunque de momento Corcira firmó una alianza con Atenas que sustituía a la anterior *epimachia*.

c) *La ocupación de Pilo y Esfacteria por los atenienses.* En medio de estos éxitos y fracasos en cada uno de los bandos contendientes, la guerra iba a tomar un sesgo nuevo e inesperado, favorable a Atenas. Sobre las aguas del mar Jónico Atenas había decidido llevar a cabo una intensa actividad naval, que si por una parte buscaba unos resultados realistas al atacar a los amigos de Esparta, no dejaba por otra parte de pecar de idealismo quimérico al pretender Atenas extender su imperio sobre Sicilia y Magna Grecia. Atenas destacaría allí sus naves con dos objetivos concretos: aislar al Peloponeso de las ricas colonias de Italia y Sicilia, en especial de Siracusa; imponer su hegemonía política sobre las colonias griegas de Occidente. La intervención de Atenas tuvo apoyo en las viejas y enconadas rivalidades que venían enfrentando secularmente a los griegos de las colonias de Occidente.

Ya de tiempos atrás, Siracusa amenazaba a Egesta, Leontinos y Regio, entre otras, y Pericles había pactado con ellas en contra de Siracusa y sus aliados (Gela, Selinunte, Himera y Locris). Durante los años 427 y 426 hicieron aparición las naves, que en número de 40 había enviado Atenas al mando de Laques. Volvieron a Atenas sin ningún éxito real, porque los griegos de Sicilia, viendo las intenciones anexionistas se reunieron en el año 424 en Gela y acordaron firmar la paz entre sí. Pero la Asamblea popular de Atenas, dando síntomas de obedecer a dirigentes megalómanos y cuya actitud se reproduciría en la segunda expedición a Sicilia del 415, condenaron al exilio a los tres estrategos de la escuadra y les acusaron de haber renunciado a la conquista por corrupción.

Resultado más favorable, que Atenas no sabría aprovechar, obtendrían en las costas del Peloponeso. Demóstenes para hostigar a los espartanos desembarcó en la costa de Mesenia. Entonces la flota hubo de echar anclas en la bahía de Pilo a causa de un temporal, momento aprovechado por aquél para que los estrategos Eurimedonte y Sófocles ocupasen la península de Corifanion; desde aquí los atenienses podían comunicarse fácilmente con los mesenios. Mientras la mayor parte de las naves continuaban hacia Corcira, Demóstenes se quedó atrás con cinco barcos de guerra. Los espartanos ocuparon la isla de Esfacteria, situada al sur de Pilo con ánimo de hacer frente al destacamento ateniense. Pero ocurrió entonces, que la flota ateniense que se había dirigido a Corcira, regresó desde Zacinto y bloqueó las dos entradas de la bahía de Pilo, aislando en Esfacteria a un buen número de hoplitas lacedemonios. Ante esa situación, Esparta concertó un armisticio para la región de Pilo y estaba dispuesto a llevar a cabo negociaciones de paz con los atenienses. Pero en Atenas el poder lo ejercían los radicales, en particular Cleón. Como la asamblea ateniense veía que no se podía rendir a los lacedemonios de Esfacteria, ordenó a Cleón que pusiese fin a esta situación. Los atenienses desembarcaron en la isla e hicieron deponer las armas a los espartanos, cayendo prisioneros 120 ciudadanos. El éxito de la



Plano de la Acrópolis de Atenas. Primero fue el Partenón, antes de concluir éste fueron los Propíleos. Ya en tiempos de la Guerra del Peloponeso (431-404 a. de C.) se construyó al norte de la Acrópolis, el Ereckteion, que reemplazó al templo de Atenea Polias levantado por los pisistrátidas y demolido por los persas. Finalmente, con otros edificios peor conocidos o de importancia secundaria los atenienses levantaron delante de los Propileos el bello templo jónico de Atenea Niké.

operación no fue de Cleón sino de Demóstenes, cerebro principal de la misma, aunque el triunfo se lo asignó Cleón que aprovechó para triplicar el tributo de los confederados, mientras aumentaba a 3 óbolos las dietas de los heliastas con lo que se granjeaba el favor de la plebe. Aquella derrota espartana conmocionó a Grecia. Tal victoria sobre su infantería y, sobre todo, la presencia de una guarnición en Pilo, constituida por atenienses y mesenios de Naupacto, suponía una gran amenaza para Laconia puesto que estimulaba a los *heilotai* a la sublevación.

4. Hacia la paz de Nicias (424-421 a. de C.)

a) *El fin de Cleón.* El éxito de Esfacteria había llevado a los belicistas de Atenas, conducidos por Cleón, a un programa de acción muy lejos de aquella prudente política de Pericles, que aconsejaba a sus compatriotas inhibirse en lo posible de emprender acciones guerreras por tierra frente al ejército enemigo. Con ello, de momento, los atenienses consiguieron otros éxitos en su lucha contra los peloponesios. La conquista de la isla de Citera en el 424 por Nicias acarreó también graves perjuicios a su comercio. Además los atenienses se apoderaron del puerto de Nisea, y luego un ejército ateniense quiso llevar a cabo la conquista de Beocia, aunque sufrió una derrota severa en Delio, frente a los hoplitas beocios que, por primera vez, aplicaron la táctica de la falange en formación oblicua. El resultado de la batalla daba la razón a la concepción estratégica de Pericles que reservó para el ejército de tierra una misión exclusivamente defensiva.

El espartano Brasidas dará un nuevo giro a la guerra que hasta este momento consistía en asolar el Atica y mantenerse a la defensiva en el Peloponeso. Sabían que el punto débil de Atenas estaba en Calcidia y en Tracia. Para llegar a este lugar los espartanos debían pasar por Tesalia, que, aunque oficialmente era aliada de Atenas, estaba dividida en filoatenienses y filoespartanos; el sector popular estaba de parte de Atenas y los grupos más ricos simpatizaban con Esparta y durante este año estaban influidos por Pérdicas de Macedonia. Brasidas atravesó el istmo, Beocia, Tesalia y se presentó en Calcidia, en donde se unió a los rebeldes locales a los que había estimulado para que se sublevasen. Las ciudades de Acanto y Estagira se pusieron de su lado y su éxito más sobresaliente fue la conquista de Anfípolis. De este modo, Brasidas dio a los atenienses un golpe considerable en una zona en la que su imperio parecía estar muy seguro. Tucídides, el historiador, entonces estratego y encargado de la defensa de la ciudad, no pudo evitar que fuera tomada por Brasidas. Esta pérdida era importante por su posición estratégica con respecto a Tracia y los Estrechos, porque Anfípolis proporcionaba madera para construir barcos y porque contribuía financieramente. Tucídides sería castigado al destierro por el pueblo ateniense. A raíz de la victoria espartana, numerosas ciudades calcidias hicieron defección del imperio ateniense y las ricas minas del Pangeo pasaron a un nuevo amo, Esparta.

422 a. de C. Derrota ateniense junto a Anfípolis donde mueren Cleón y Brásidas.

La situación de Atenas en Tracia se debilitó con la pérdida de otras localidades como Torone. Además, también se vieron obligados a subir las cuotas del tributo, lo cual provocó también la defección de otras ciudades de la Liga. Pero atenienses y espartanos encarnados en las personas de Nicias y Plistoanacte deseaban firmar una paz cuanto antes ya que los últimos estaban muy preocupados por el futuro de los prisioneros de Pilos a quienes se ejecutaría si los peloponesios invadían de nuevo el Atica. En consecuencia, en la primavera del 423, Laques gestionó una tregua de un año que parecía dejar un portillo abierto hacia la paz definitiva. Tucídides (IV, 118) recoge su contenido en el que se fijaban las diferentes líneas locales de demarcación en ambas fuerzas y sus posesiones territoriales; ciertas cuestiones problemáticas quedarían sometidas a un arbitraje.

Pero, cumplido el plazo, la guerra se reanudó en Calcidia y prosiguieron las intrigas. La ciudad de Sicione hizo defección de los atenienses y según el acuerdo tenía que haber sido devuelta a éstos, pero Brasidas se negó. Nicias logró atraerse a Pérdicas II de Macedonia y el príncipe Arrabayo de Lincestas, consiguiendo alguna ventaja en el norte. A su vez, Cleón se presentó con un fuerte contingente y cosechó algunos triunfos, entre los cuales

cabe destacar la conquista de Torone, pero al acercarse a Anfípolis los espartanos le infligieron una severa derrota. Cleón y Brasidas murieron en el campo de batalla en el 422 a. de C.

b) *La paz de Nicias.* La muerte de Cleón y Brasidas hizo desaparecer del escenario político a dos pertinaces partidarios de la guerra y permitió a Plistoanacte y a Nicias reanudar unas negociaciones de paz que la mayoría, más sensata, deseaba a toda costa. Los acontecimientos de Delion y de Anfípolis dieron en Atenas gran importancia a los oligarcas que bajo la dirección de Nicias querían volver al plan de Pericles y, aún mejor, acabar con una guerra que estaba arruinando la economía agrícola y hacía peligrar determinados intereses. En Atenas se oponían a Nicias los demagogos radicales, Hipérbolo y Pisandro. También Esparta deseaba la paz; entre otras cosas, quería que le devolviesen los ciento veinte prisioneros de Esfacteria, ya que Esparta estaba profundamente afectada por la disminución del número de espartanos.

421 a. de C. Paz de Nicias, acordada por 50 años entre Esparta y Atenas.

En los primeros días del mes de abril del año 421 a. de C. se firmó la paz por una duración de 50 años. Los puntos fundamentales glosados en Tucídides (V, 18) son: 1) Atenas y Esparta volverían a la situación anterior a la guerra y por ello debían reintegrar todo lo conquistado durante ella; 2) los espartanos y sus aliados recobrarían Pilo, Citera, Metane y la isla de Atalante; 3) canje de los prisioneros; 4) obligación de los atenienses de dejar paso libre a los peloponesios y sus aliados establecidos en Escione; 5) los atenienses guardaban Nisea y Esparta Platea, y restituirían a Atenas Anfipolis y las ciudades de Calcidia y Tracia que habían sido liberadas por Brasidas; sus habitantes podían escoger la residencia que les apeteciera y las ciudades serían autónomas, pero aquellas que se adhirieran a la confederación de Atenas pagarían la tarifa de Arístides y no las cuotas señaladas por Cleón; 6) Panactón, la fortaleza levantada por los beocios en el Atica, pasaría a los atenienses; 7) se reconocía la autonomía del santuario de Delfos, acontecimiento importante porque había desempeñado un destacado papel financiero en favor de los espartanos; 8) se podían hacer modificaciones a los compromisos jurados por Atenas y Esparta y los miembros de las dos Ligas, bastando para ello que hubiera un acuerdo entre atenienses y espartanos.



Partenón h. 447 a. de C. El friso, obra de Fidias, recorría en todo su perímetro la parte alta de los muros de la cella y medía doscientos metros de longitud. El tema central es la procesión de las grandes fiestas de las Panateneas, de las que vemos aquí un fragmento, de los jinetes del lado este.

5. La paz que no se cumple: Alcibíades (420-415 a. de C.)

La paz de Nicias suponía un triunfo real para Atenas y finalizaba una lucha de diez años; aunque sin una decisión clara. Atenas y Esparta conservaban sus antiguas posesiones, pero esta última había quedado bastante debilitada y por eso declinó la defensa de la autonomía y libertad de las ciudades

griegas, traicionando la causa que había motivado el conflicto, es decir, los intereses comerciales de Corintio. De esta manera la gran triunfadora de momento sería Atenas que vería sancionada por Esparta la realidad de su Imperio, aunque era precaria la situación de los atenienses. Les costaba recuperarse demográficamente de los estragos producidos por la peste, a la vez que acusaban la falta de un jefe de la talla de Pericles.

Por lo demás, el cumplimiento del tratado resultaba extremadamente complejo y difícil para los espartanos si querían complacer a los aliados. La última cláusula del mencionado tratado, que permitía a atenienses y espartanos hacer modificaciones, si ambos estaban de acuerdo, sin contar con los miembros de sus ligas respectivas, y la decisión de Esparta de devolver a Atenas ciudades que se habían sublevado contra ello (caso de Anfípolis),

Las Coéforas, obra de Esquilo, inspiran este relieve. El drama está invadido de una fuerte tensión. Orestes, hijo desterrado de Agamenón, vuelve a Argos para vengar a su padre. De acuerdo con su hermana Electra mata a su madre y a Egisto, su amante, momento que recoge el relieve. Al final Orestes será presa de remordimientos.



motivaron el descontento de los antiguos aliados de Esparta: corintios, megarenses, eleos y beocios. Esparta se vio aislada por la deserción de sus seguidores en este momento decisivo. Así, Corinto la hizo responsable de la pérdida de Collio y Anactorio ocupadas por los acarnanios. Mégara se quejaba de que no había podido recuperar su puerto de Nisea ya que los atenienses se negaban a devolverlo mientras los tebanos no dieran libertad a Platea. Por su parte, Elis se mostraba intransigente en la reivindicación de Lepreón, y Mantinea quería conservar el lugar conquistado durante la guerra de Arcadia. Beocia se obstinaba en rehusar la restitución de Panactón y de los prisioneros atenienses. Argos, en el momento en que la paz de treinta años firmada con Esparta en el 451 a. de C. llegaba a su término, intentaba aprovecharse de las circunstancias para desintegrar la Liga peloponesia y organizar contra Esparta una coalición de sus antiguos aliados descontentos.

Atenas estaba en mejores condiciones que antes de la guerra para controlar el comercio con occidente, pues había conseguido una situación favorable en el mar Jónico al adherírsele Corcira, Cefalonia y Zacinto, eslabones básicos de la cadena que unía Grecia e Italia. Por este motivo Corinto se esforzará en conseguir que los atenienses no ejercieran el control en esta zona.

El jefe de las tropas espartanas que se encontraba en Anfípolis y sucesor de Brasidas, Clearidas, fue visitado por tres delegados que le anunciaron que deberían entregar su ciudad y las ciudades tracias, de acuerdo con las cláusulas del tratado. Pero no le obedecieron, ya que entendían que el contenido de aquél era desventajoso para ellas. La actitud indisciplinada de Clearidas de negarse a devolver aquellas ciudades iría en detrimento de los prisioneros de Esfacteria, que encontrarían dificultades para ser liberados. Efectivamente, los atenienses decidieron no devolver Pilo ni Citera y retener a los prisioneros espartanos. Corinto, Elea, Mantinea, Calcidia y Argos llevaron a cabo una coalición que se consolidó como una tercera fuerza. Corinto propuso un programa democrático que iba en contra de los sistemas oligárquicos representados y defendidos por Esparta. Mantinea y Elis se unieron y Argos y las ciudades calcídicas se integraron después. En cambio los beocios, gobernados por oligarquías aristocráticas, aparte de que se fiaban poco de los argivos, no quisieron romper con Esparta y acabaron concluyendo con ella un tratado de alianza en el invierno del 421/20 a. de C. Tampoco Mégara ni Tegea quisieron romper con Esparta. Ahora bien, si había dificultades y quejas, las principales fuerzas, Beocia, Esparta y Atenas, estaban de acuerdo.

Tratado de los beocios con Esparta en el invierno del 421-420 a. de C.

La fatalidad quiso que en Atenas apareciese la figura de un hombre tan atractivo para la plebe como irresponsable. Discípulo de Sócrates, con gran talento y poder sobre las masas, sin escrúpulos morales ni perspectiva política, condujo a Atenas al más estrepitoso fracaso en el que no faltó su propia traición a Atenas. Alcibíades alentó al partido radical belicista. Hijo de Clinias y sobrino de Pericles, con quien había vivido y se había educado, fue elegido estratego en el 420. Encarnación del hombre violento y ambicioso, tenía como máxima, tanto en su vida personal como política, que todos los medios eran válidos para conseguir los fines que se proponía. Influido por la formación sofística y dotado de extraordinarias dotes personales, con don de gentes y gran conductor de masas, consiguió que se adhirieran a su causa personas de ideología diversa.

El fin de Alcibíades, prescindiendo de toda moral, religión e instituciones, sería arruinar a Esparta, apartándose de la política de su enemigo Nicias y aliándose con los demócratas radicales. Para ello debería concertarse una colaboración entre Atenas, Argos y los peloponesios descontentos. Así, en primer lugar se produjo en el 420 a. de C. una alianza entre espartanos y beocios y poco después la de Atenas, Argos, Mantinea y Elide, fijada para cien años. Argos intentó imponer a Epidauro, fiel aliada de Esparta, que entrara en la coalición, lo que obligó a los espartanos a intervenir. A su vez, los aliados, convencidos por Alcibíades, atacaron Orcomeno de Arcadia. Los espartanos, que temían perder esta plaza, Tegea y el resto de la Arcadia acudieron y presentaron batalla en Mantinea (418 a. de C.) en la que su ejército, al mando del rey Agis, obtuvo una victoria sobre la coalición argiva. Se reintegraba la hegemonía de los lacedemonios en el Peloponeso. Se reconstruyó la poderosa Liga del Peloponeso. Esparta concertó dos tratados, uno con Argos, Pérdicas II de Macedonia y los calcidios y otro con

Mantinea. Este ascenso de Esparta propinaba un duro golpe a la política belicista de Alcibíades que intentaba aislar a Esparta, y que fue la causa del acercamiento político de los peloponesios con Esparta.

El descontento de los atenienses se manifestó en la exigencia de responsabilidades a los culpables. Sin duda Alcibíades hubiera sido condenado; no obstante, gracias a su gran habilidad, consiguió firmar un pacto con Nicias y en los *ostraka* de los partidarios de ambos se inscribió el nombre de Hipérbolo, que fue condenado al destierro en el 417 a. de C.

Ahora las riendas del gobierno de Atenas serían compartidas por Alcibíades y Nicias, que habían sido elegidos estrategos para el año 417/416 a. de C. Después de Mantinea, los atenienses tuvieron que renunciar a la idea de crear en el Peloponeso una oposición estable contra Esparta, pero no renunciaron a su acción antiespartana. Alcibíades quería conseguir algún éxito que paliara sus antiguos fracasos; por eso dirigió una expedición contra la isla de Melos, la única de las Cícladas, junto con Tera, que siendo colonia espartana había rechazado entrar en la alianza ateniense e intentaba mantenerse neutral. Melos fue conquistada y sus hombres pasados a cuchillo y sus mujeres y niños vendidos como esclavos. Esta actitud de Alcibiades ponía de manifiesto sus cualidades inmorales y su falta de escrúpulos. El diálogo entre atenienses y melios, recogido en Tucídides (V, 85-113), que contrapone el derecho de la fuerza a la fuerza del derecho, es uno de los pasajes más fascinantes y discutido de este historiador. Fundamentalmente vuelve a poner sobre el tapete el problema de la *arché* ateniense y la necesidad para Atenas de no permitirse ninguna debilidad en relación con sus aliados navales. También lógico en aquella ocasión era que Esparta hubiera acudido en socorro de los melios; pero les fue imposible, debido a que sus relaciones con Argos habían empeorado y por ese motivo no osaron abandonar su patria. Firmaron con Atenas en el 416 a. de C. un nuevo tratado. El acontecimiento de Melos, que cubría de ignominia a Atenas, fue pronto olvidado merced a otro evento más

6. La expedición a Sicilia (415 a. de C.)

415-413 a. de C. 4.ª guerra siciliana. Alcibíades entabla batalla naval contra los espartanos. Junto a él, Nicias y Lamaco.

Después del Congreso de Gela del 424 a. de C. de nuevo van a surgir los enfrentamientos entre las ciudades griegas de Sicilia, sobre las que Siracusa quería mantener su hegemonía. En el 416 a. de C. Egesta, aliada de Atenas, había sido atacada por Selinunte, a su vez, aliada de Siracusa. Los elimios de Egesta, apoyados por Leontinos, sometidos por la fuerza a Siracusa, pidieron auxilio a los atenienses. En el caso de que esta solicitud fuera atendida se volvería a iniciar la política interrumpida por la Paz de Gela.

Alcibíades encontró, pues, pretexto para acudir en ayuda de sus aliados; y el mando de la expedición le proporcionaría una sólida posición. No le sería difícil convencer a los atenienses para que participasen en la expedición; les hizo creer que podrían adquirir en Sicilia grandes riquezas, un motivo alentador para la muchedumbre ambiciosa. La meta a conseguir era el logro de un imperio en el Mediterráneo occidental con la sumisión de Sicilia y la aniquilación de Cartago. Sólo la ignorancia de que se trataba de empresa que excedía en absoluto a las fuerzas atenienses, pudo llevar a aceptar la propuesta de sus dirigentes políticos con menos escrúpulos que ambición. La Asamblea accedió a la solicitud de Egesta y de liberar a Leontinos. El mando de la expedición contra Siracusa se confió a tres estrategos: Alcibíades, Nicias y Lamaco.

Pero, en vísperas de partir la flota, se produjo en Atenas un acontecimiento sacrílego: la mutilación de los Hermes; eran pilares cuadrangulares de piedra, adornados de un falo y rematados por una cabeza barbada, que la piedad popular erigía delante de los santuarios o en las puertas de las casas para alejar de ellas a los poderes malignos. Este acto podía desencadenar, a juicio de los atenienses, la ira de los dioses contra ellos, si no se castigaba a los culpables. No se descarta la posibilidad de que los autores actuasen únicamente por divertirse y sin intenciones políticas. Juzgar este tipo de actos era competencia de los tribunales ordinarios; pero, al ser considerado como un golpe de Estado, el consejo comisionó a diez ciudadanos para que investigasen la causa e identificasen al autor o autores del sacrilegio. En este asunto, así como en ciertas profanaciones contra los misterios de Eleusis, se implicó a

Alcibíades. Este negó su participación en los hechos y consiguió un aplazamiento del juicio hasta después de la expedición a Sicilia.

En el verano del año 415 partía la expedición a Sicilia, integrada por 134 trirremes, atendida por 20.000 hombres, 5.100 hoplitas y 1.500 hombres de armadura ligera. Tal flota era superior a la de los siracusanos. Las opiniones de los tres estrategos eran diferentes en cuanto al plan de actuación, pues mientras que Nicias quería ir contra Selinunte, Lamaco opinaba que se había de atacar directamente Siracusa; en cambio, Alcibíades proponía un plan más racional, como era buscar aliados antes de emprender el ataque a Siracusa.

Aceptaron el plan de Alcibíades. Pero a su llegada a Sicilia la expedición ateniense no fue bien recibida; pues Tarento y Locres se mostraron hostiles, y Regio, su antigua aliada, tampoco le dio una acogida cordial. Ni las ciudades griegas de Sicilia manifestaron su adhesión a los planes de Atenas. La flota fondeó en Catania, en donde Alcibiades recibió la orden de regresar a Atenas porque Tésalo, el hijo de Cimón, le había denunciado como autor del sacrilegio cometido contra los Hermes.

Plano de Siracusa.

Los atenienses habían enviado un barco-despacho, el Salamina, para arrestar a Alcibíades. Este siguió al barco en una trirreme hasta Turios, en donde desembarcó y pasando por Elis y Argos se refugió en Lacedemonia, después de obtener garantías de que en Esparta no tomarían represalias contra él. Bajo el consejo de Alcibíades, el rey espartano Agis ocuparía poco

después Decelea, enviarían un cuerpo expedicionario en auxilio de Siracusa y Corinto destacaría también a Sicilia su escuadra. Por el contrario no se hizo realidad la ayuda por parte de los aliados de Atenas: Catania, Naxos, Leontinos, elimios, sículos y sicanos. Tampoco ayudaron a Atenas sus amigos los etruscos, probablemente los de Tarquinia, cuya hostilidad a Siracusa se había ido fraguando en la primera mitad del siglo v a. de C. y con los que Atenas había establecido en el Adriático intercambios comerciales en sus ciudades de Adria y Spina.

A fines del otoño del 415 a. de C. la flota ateniense desembarcó al sur de Siracura y, después de un encuentro desafortunado con los siracusanos, hubo de abandonar su posición. En el 414 a. de C. los atenienses llevaron a cabo otro desembarco y edificaron fortificaciones para aislar la ciudad. Desde la importante posición de Epipolas dominaban Siracusa, mientras la escuadra ateniense era dueña de la situación en la bahía y bloqueaba la entrada a su puerto.

Mas, la ayuda que no recibió Atenas, sí que cuajó en favor de Siracusa. Por consejo de Alcibíades, Esparta inició la guerra contra Atenas. Les convenció de que si Atenas reducía a los siracusanos, adquiriría la hegemonía sobre la isla de Sicilia, Esparta quedaría desprestigiada ante sus aliados y quedaría relegada a un pequeño estado del Peloponeso. Por eso los espartanos enviaron a Siracusa a Gilipo, que desembarcó en Himera y de allí se dirigió a Siracusa, hacia Epipolas, obligando a los atenienses a abandonar esta posición y a replegarse al promontorio de Plemmirion. A su vez, la flota corintia levaba anclas en Leucade y Ambracia con destino a Siracusa.

413 a. de C. Fracaso ateniense contra los espartanos. Ejecución de Nicias. Guerra de Deceia, desde esta fortaleza los espartanos aconsejados por Alcibíades hostilizan el Atica.

Con estas ayudas la situación de los atenienses se presentaba extremadamente grave. De modo que a principios del invierno del 414 a. de C. Nicias envió un mensaje a Atenas en el que solicitaba urgentemente la suspensión de la empresa o que le enviara nuevos contingentes. Los atenienses atendieron su petición y pusieron al frente de la nueva expedición de auxilio a Eurimedonte, quien partió en la primavera del 413 a. de C.; poco después, con otro contingente, siguió Demóstenes.

Gilipo efectuó un ataque nocturno contra las fortalezas construidas por los atenienses en Plemmirion. Quiso responder Demóstenes, atacando los muros de Epipolas, ahora ocupados por los espartanos. Ante el fracaso, Demóstenes quiso abandonar la lucha y retirarse a Catania o a Tapso; pero Nicias se opuso y cuando ambos llegaron a un acuerdo ya era tarde. Se produjo un eclipse de luna (27 de agosto) y la mayoría de los atenienses pidieron a sus generales que aplazasen la marcha y el propio Nicias propuso la salida un mes después, de acuerdo con el consejo de los adivinos. A su vez, animados por la victoria naval en el Gran Puerto, los siracusanos decidieron bloquear la entrada para cortar la retirada a la escuadra ateniense y, si era posible, destruirla. Los atenienses intentaron romper el cerco, pero perdieron casi la mitad de su flota y no pudieron embarcar su ejército de tierra. Además, el retraso en la retirada impuesta por los adivinos dio tiempo a los siracusanos a bloquear los caminos que conducían hacia el interior de Sicilia, a lo largo del río Anapos. En consecuencia, el ejército de Atenas hubo de dirigirse hacia el sur. Primero fue alcanzado Demóstenes, y dos días después fue hecho prisionero Nicias, y ambos estrategos fueron ejecutados. El balance era fatal para Atenas: 50.000 hombres perdidos, entre muertos y prisioneros, y 216 trirremes, de las cuales 160 eran atenienses.

Es implacable el juicio de Tucídides (II, 65, 11) sobre aquellos ambiciosos e inexpertos sucesores de Pericles, que, deseosos de destacar, estaban dispuestos a secundar los caprichos del pueblo siendo incapaces de orientarle ni de dominarle. Pero, afirma aquél que «la expedición a Sicilia resultó un desastre, no tanto por un error de cálculo respecto al poder de aquéllos contra quienes iban a luchar, como por los que la enviaron, que no tomaron las disposiciones más provechosas para los que partieron, sino que, a causa de las difamaciones de individuos particulares, de las que hacían objeto a otros por obtener la jefatura del partido popular, debilitaron las fuerzas del ejército y por vez primera promovieron disturbios por causa de los asuntos públicos...»

7. La caída de Atenas (413-404 a. de C.)

El desastre de Sicilia supuso un rudo golpe para Atenas. Pero no hubiera sido tanto si el pueblo de Atenas y sus dirigentes hubieran sacado las

consiguientes lecciones de cordura; no tuvo Atenas dirigentes políticos de talla, y demagogos como Cleofón se adueñaron de la situación e incurrieron, cada vez más, en los clásicos errores de política interior, que oprimía a los integrantes de la Liga Atico-Délica, y en política exterior, despreciando las ofertas de paz o provocando al Imperio persa. Para colmo, las intrigas de Alcibíades desencadenaron golpes certeros contra Atenas y provocaron divisiones y luchas de partidos que conducirían a la caída de Atenas y al fin definitivo de su hegemonía en Grecia. Así, la crónica de los sucesos debida a Tucídides y Jenofonte entre los años 413 y 404 es una alternativa de victorias y derrotas en ambos bandos, pero en la que llevaría la mejor parte Esparta. Pues prosiguió en su incesante acoso a Atenas desde Decelea. Logró la preparación de una poderosa escuadra construida con el oro y la ayuda técnica de los persas, que pudo en ocasiones imponerse a la bien experimentada flota ateniense. El primer factor decisivo en la lucha civil griega sería, en esta fase, el rey persa y su oro.



Los Propíleos. Siglo V a. de C. Estos se alzaron según el orden dórico. El dórico tiene como base un pedestal de tres escalones. La columna carece de base, por lo que el fuste arranca directamente del primer escalón o estilóbato; veinte o dieciséis estrías longitudinales unidas en aristas vivas, surcan el cuerpo del fuste, lo que realza la verticalidad de la columna. Entre ésta y el capitel, tres surcos horizontales que culminan en aquél formado por formas planas.

a) *La ofensiva persa.* Había muerto en Persia Artajerjes I después de un reinado largo y poco glorioso. Le sucedieron por breve tiempo sus hijos Jerjes II y Sogdiano. Por fin, en el 424, se consolidó en el poder un sátrapa de Hircania, Darío II. El 412 estaba al frente de esta satrapía Tisafernes, hombre de gran influencia con el rey, pues había participado en la lucha contra Pisutnes y su descendiente Amorgos de Caria, sublevados contra el soberano persa. El apoyo que Atenas había prestado a los rebeldes suponía a juicio de Darío II una violación de la Paz de Calias, que había sido renovada en el 424/3 a. de C. Por eso, cuando los persas se enteraron de la derrota de los atenienses en Sicilia, decidieron proceder contra las comunidades griegas del Asia Menor y las islas adyacentes, obligándolas a que hicieran efectivos los tributos atrasados. Lo lógico es que Esparta hubiera sentido reparos en

sacrificar a estas comunidades griegas, pero no fue así; desde el 412 a. de C. recibía fuertes subvenciones de los persas.

En el 412 a. de C. Quílos, Mitilene, Metimne y Mileto hacían defección. Eubea, Lesbos, Quíos, Eritras y otras ciudades de Jonia iniciaron negociaciones con Esparta, participando también los sátrapas persas Tisafernes de Sardes y Farnabazo de Dascilio. Los aliados de Atenas, que habían abandonado su causa, solicitaron de los espartanos que mantuvieran las promesas de liberación hechas al comienzo de la guerra, que les enviasen una flota de socorro y que colaborasen en los nuevos frentes de lucha en Jonia y en el Helesponto. Tucídides (VIII, 5-6) recuerda las promesas que Tisafernes y Farnabazo hicieron a Esparta, entre otras, la de financiar la guerra contra Atenas, pues de esta manera los persas podían volver a recaudar los tributos de las ciudades griegas minorasiáticas. Tucídides hace referencia a tres tratados firmados por Darío II (VIII, 18; VIII, 37; VIII,58) en los que Tisafernes fue una de las partes contratantes. En ellos Esparta reconocía los derechos del Rey persa sobre las regiones y ciudades del Asia Menor que éstos poseían en el momento del tratado y que habían poseído sus antepasados; esto suponía por parte de Esparta una renuncia a la liberación de las ciudades griegas del Asia Menor e iba en contra de la razón que había esgrimido para declarar la guerra a Atenas. También se acordó que espartanos y persas continuarían juntos la guerra contra los atenienses, no pudiendo ninguno de los dos firmar una paz por separado.

411 a. de C. Triunfo de la oligarquía en Atenas. Elección de estratega ateniense a Alcibíades.

Sin embargo, contra esta colaboración Persia-Esparta actuó Alcibiades, quien pudo convencer a Tisafernes de que los persas deberían mantener una posición de equilibrio entre espartanos y atenienses, argumentando que el apoyo incondicional a Esparta podría resultar perjudicial para Persia. El juego complicado de Alcibíades, decidido a sacar el máximo provecho de su entendimiento con Tisafernes y emplearlo para conseguir su regreso a Atenas, queda manifiesto en Tucídides y las fuentes paralelas.

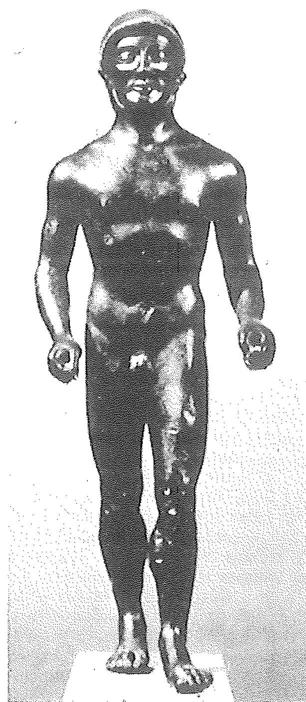
Consistía este nuevo ardid de Alcibíades en que Persia apoyara a los oligarcas de Atenas. Sus principales figuras eran Antifonte de Ramnunte, Pisandro, Frínico y Teramenes. En el 411 a. de C. llevaron a cabo una conjura que abolió el gobierno y la constitución democrática. Se aprovecharon de la débil posición de los demócratas, motivada por los fracasos bélicos en Sicilia, Decelia y Persia no menos que por la grave situación financiera. Alcibíades esperaba que los oligarcas le abrieran el camino para regresar a Atenas; por eso se comprometió a hacer de mediador entre persas y atenienses para que ambos llegasen a un acuerdo y firmasen un tratado. El grave error de Alcibíades fue calcular erróneamente su influencia sobre Tisafernes, pues en estos momentos persas y espartanos firmaron el tercer tratado recogido por Tucídides, en el que por primera vez se confirmaban los subsidios persas, a la vez que se comprometían a prestar apoyo con una flota en el Egeo para combatir a Atenas.

Sin embargo, en Atenas los cambios políticos se precipitaron. Se disolvió el Consejo de los 500 y sólo tuvieron derechos políticos cinco mil ciudadanos. Los oligarcas, dueños del poder, impusieron un gobierno de 30 plenipotenciarios, entre ellos los diez *probuloi*. Eligieron cinco *prohedroi* «presidentes», encargados de designar cien ciudadanos; estos cien elegían, a su vez, cada uno a otros tres para constituir el Consejo de los 400. De esta manera la *Bulé* «democrática» de los 500, elegidos por sorteo, era sustituida por la *Bulé* «cooptada» soberana, que convocaba a los 5.000 cuando le apetecía. A su vez, se suprimieron todas las dietas, *misthoi*, que los ciudadanos cobraban hasta ahora por la asistencia al tribunal del *Heliaia* y a la *Bulé*. Ello suponía un gran alivio para las finanzas públicas y que habían sido instauradas por Pericles. Del seno del Consejo de los 400 se elegían los estrategos y demás funcionarios.

410 a. de C. Bat. de Cízico: Alcibíades vence a los espartanos. 409 a. de C. Destrucción de Selino e Himera por los espartanos. 407 a. de C. Regreso triunfal de Alcibíades a Atenas. Derrota de la escuadra ateniense en Nocia y deposición de Alcibíades.

El cambio constitucional no fue aceptado por la flota establecida en Samos. Los estrategos Leonte y Diomedonte, el trierarca Trasíbulo y el hoplita Trásilo, se enteraron de la conjura de los oligarcas y dieron conocimiento de ella a los marinos, cuya mayoría pertenecía al grupo de los *thetês*, a los que armaron contra los conjurados. En Samos se reforzó el régimen democrático y los soldados destituyeron de sus cargos a los estrategos y trierarcas favorables a la conjura de Atenas, y colocaron en su lugar a Trasíbulo y Trásilo. Acto seguido eligieron a Alcibíades estratego e iniciaron

de nuevo la lucha contra los peloponesios de Jonia y el Helesponto. Aconsejados por Alcibíades, iniciaron negociaciones con los enviados de los 400 a pesar de que no le agradaba este nuevo Consejo de los 500. Mientras tanto, en Atenas comenzaba a producirse la escisión entre los oligarcas: uno de sus jefes, Frínico, fue asesinado. El propio Terámenes estaba preocupado por la reacción de los demócratas en Samos y de Alcibíades y por las negociaciones de los oligarcas de Atenas y los espartanos. Pronto, oligarcas y demócratas llegaron a un acuerdo según el cual se respetaba el gobierno de los 5.000, aunque se eligiría de su seno un nuevo Consejo. Los oligarcas extremistas, Antifonte, Pisandro y Arisnia, decidieron entregar la ciudad a los espartanos, quienes llegaron a ocupar Eubea, favorecidos por la situación inestable de Atenas. Teramenes y sus seguidores impulsaron a los hoplitas para que fueran contra los 400 y devolvieran la autoridad a los 5.000. Esta actitud suponía la vuelta a la democracia. Según Tucídides, la nueva constitución ateniense combinaba acertadamente elementos oligárquicos y democráticos. A partir de entonces se teorizará sobre las ventajas de la constitución mixta que a través de Polibio llegará a los romanos y que constituirá el modelo utópico de todo el mundo antiguo. Según parece, Terámenes fue el partidario de este ideal en los acontecimientos constitucionales del 411 y en los del 404.



Atleta en bronce procedente de Atenas. Hacia la primera mitad del siglo V a. de C.

La amnistía de Alcibíades y el restablecimiento de las relaciones con Samos fueron los actos más importantes de los 5.000. No obstante debieron ceder su lugar a la democracia radical restaurada en el 410. Hicieron funcionar el Consejo de los 500 y los jurados con las antiguas dietas. Cleofón fue el nuevo dueño de la situación. Aunque desconocemos muchos detalles de esta crisis, porque la obra de Tucídides se interrumpe en este momento y ni Jenofonte ni Aristóteles nos explican de manera satisfactoria la evolución de los acontecimientos a este respecto.

Alcibíades alivió este panorama al obtener en el Helesponto algunos éxitos frente a la escuadra peloponesia en Cinosema, Abydos (411) y Cícico (410); hitos estos en los que Atenas dejó constancia de su superioridad al dominar de nuevo el centro vital de los Estrechos. Según algunas fuentes, la derrota de los espartanos en Cícico fue tan grave que Esparta pidió la paz sobre la base de mantener el imperio ateniense y cambiar Decelia por Pilo y Citera. La paz fue rechazada una vez más por los demócratas radicales presididos por Cleofón.

En el año siguiente del 409, los atenienses, a pesar del fracaso de Efeso, recuperaron con Alcibíades Calcedonia y Bizancio en el Bósforo y obligaron a los espartanos y al sátrapa de la zona, Farnabazo, a negociar. Al mismo tiempo que Trasíbulo reconquistaba, para Atenas, Tasos y las localidades rebeldes de Tracia. Así, cuando Alcibíades regresó a Atenas en 408 se le tributó una acogida triunfal y fue elegido estratego junto a Trasíbulo y Conón para el 407/6 a. de C. La Asamblea le concedió plenos poderes para llevar adelante la guerra por tierra y por mar. Tres meses después se pondría al frente de las operaciones de Jonia.

b) *La colaboración persa con Esparta y el bloqueo final de Atenas.* Pero, entretanto, la situación había cambiado en Esparta, pues Lisandro fue elegido navarca y preparó con la ayuda persa una gran escuadra. Además, entendía que debía ganarse el apoyo incondicional del soberano persa y que debía de separar de Atenas el mayor número posible de aliados. Por eso intentó convencer al rey de Persia de que su interés verdadero estaba en conseguir una victoria total para Esparta, poniendo fin a aquella política pendular entre Atenas y Esparta defendida por Tisafernes.

La habilidad de Lisandro consiguió su propósito. Tisafernes fue alejado de Sardes y destinado a la satrapía de Caria. En su lugar actuaría Ciro, el joven, hijo de Darío II. La colaboración de Ciro y Lisandro llevaría a Atenas al borde del abismo. Lisandro logró cuantiosos subsidios que le permitieron reforzar considerablemente la flota espartana fondeada en Efeso; además, el pago de las tripulaciones espartanas subió de tres a cuatro óbolos.

El objetivo inmediato de Esparta era controlar la región de los estrechos ya que a través de ella llegaban a Atenas los aprovisionamientos de trigo. Era inevitable un enfrentamiento entre ambas escuadras, la ateniense y la peloponesia. La flota que Alcibíades había encomendado a su lugarteniente fue derrotada por Lisandro en Notion (406 a. de C.). Este acontecimiento puso fin a la carrera política de Alcibíades a quien los atenienses culparon del



Grecia hacia 404 a. de C.

fracaso y le privaron del cargo de estratego para el 406/5 a. de C. El político consideró prudente no regresar a Atenas y huyó al Quersoneso tracio, donde llevó una vida opulenta. A la caída de Atenas se refugió en la corte de Farnabazo, sátrapa de Frigia, quien le mandó ejecutar a petición de Lisandro en el 404 a. de C..

Se produjeron algunos cambios en la dirección de las operaciones, pues Alcibiades fue sustituido por Conón y Lisandro, al cumplirse el año improrrogable de su navarquía, por Calicrátidas.

De nuevo la flota espartana desplegó una intensa actividad logrando alcanzar algunos éxitos sobre la ateniense mandada por Conón. Más tarde, los estrategos atenienses, Conón, Diamedonte, Leonte y Trasíbulo, realizando un gran esfuerzo, equiparon con la ayuda de Samos una gran flota de unos ciento cincuenta trirremes que durante el año 406 batió a la espartana en la batalla de las islas Arginusas, cerca de la isla de Lesbos, donde los espartanos habían bloqueado a Conón. En el enfrentamiento pereció Calicrátidas, pero también se hundieron 25 naves atenienses y los náufragos no pudieron ser salvados por causa de una repentina tempestad. Por esta razón los estrategos con mando, excepto Conón, fueron procesados por la Asamblea popular, que les juzgó de manera colectiva y no individual, condenándoles a muerte; entre ellos se encontraba un hijo de Pericles y Aspasia. Sin duda, este proceso fue uno de los errores jurídicos y políticos más graves del pueblo ateniense. Según Jenofonte, Sócrates, uno de los pritanos encargados del juicio, fue el único que resistió a la loca excitación popular. Con este proceso Atenas se privaba de sus mejores generales y de los partidarios más fieles de la democracia.

406 a. de C. Victoria ateniense en las Arginusas.

Además, la miopía política de los dirigentes, en particular la de Cleofonte, se puso de manifiesto en el rechazo de una nueva proposición de paz de los espartanos, haciendo como venía siendo habitual en tales casos, una contrapropuesta irrealizable por Esparta: la restitución de todas las ciudades que habían hecho defección.

405 a. de C. Victoria de Egospótamos, conseguida por el general espartano Lisandro junto al Helesponto. Conquista de Agrigento (Sicilia) por los cartagineses. Comienzo del reinado de Dionisio I.

La experiencia negativa de las Arginusas para la flota espartana llevó a



Partenón. Vista en ángulo, h. 447 a. de C. El dórico resultaba ser la más bella y noble expresión arquitectónica. Para alcanzar la máxima perfección entre el friso y los elementos sustentantes había de ensancharse ineludiblemente el arquitrabe para resistir el enorme peso del entablamento de mármol. La inevitable e inapreciable desproporción condujeron a la eliminación progresiva del estilo, que no encajaba con un momento tan calculado como el clásico.

Esparta a restituir a Lisandro en la dirección de la escuadra, aunque para ello acudieron a una ficción jurídica: nombraron navarca para el 405 a Araco; pero la dirección de la campaña la ejercía Lisandro, que le acompañaba en calidad de alto oficial. Lisandro de nuevo contó con el apoyo persa.

En estos momentos, cuando los atenienses atacaban Quíos, se enteraron de la presencia de Lisandro en el Helesponto y acudieron rápidamente a su encuentro, coincidiendo ambas flotas a la altura de Egospótamos. Lisandro fingió que se retiraba cayendo los atenienses en la trampa; creyéndose libres aprovecharon para desembarcar y abastecerse de provisiones, Lisandro les sorprendió y se apoderó de la mayor parte de su escuadra y mandó ejecutar a 3.000 atenienses en Lampsaco. Lisandro se justificó de este acto criminal apoyándose en las crueldades que habían cometido los atenienses. Conón huyó a Chipre, cerca de Evágoras, y envió una de las dos naves sagradas para informar de la derrota de Atenas. Cuando en la ciudad se recibió la noticia, se puso en estado de alerta.

Por su parte, Lisandro aprovechó la ocasión para liquidar el imperio ateniense; envió comisarios a las cleruquías atenienses para ofrecerles una doble opción: regresar a Atenas o, si se quedaban, cargar con las consecuencias de las represalias de los espartanos. Acto seguido fueron llegando a Atenas, de manera intermitente, expediciones de estos atenienses que contribuyeron a hacer más crítica la situación interna de la ciudad, privada de las importaciones de trigo del mar Negro y hostigada por la guarnición de Decelia.

No mucho después Lisandro penetró con su flota en el golfo Sarónico, mientras el rey Pausanias II le apoyaba con nuevos efectivos del Peloponeso uniéndose al rey Agis en el Atica. El bloqueo terrestre y marítimo motivó la escasez de víveres en Atenas y, por consiguiente, surgió la apremiante necesidad de enviar unos delegados para negociar con los peloponesios.

404 a. de C. Asedio y capitulación de Atenas.

A comienzos del 404 a. de C. ambas partes llegaron a un acuerdo cuando intervino en las negociaciones Terámenes, con plenos poderes, y se prescindió de Cleofonte. Corintios y tebanos presionaban para que se destruyera Atenas. Los espartanos, lo que habla en su favor, vetaron esta postura. No obstante las condiciones concedidas por los espartanos no fueron benignas: Atenas debía derribar los Muros Largos y los del Pireo; entregarían todas sus naves, excepto doce; permitirían el regreso de los desterrados y se integrarían en la Liga del Peloponeso. La Asamblea de Atenas ratificó las condiciones negociadas por Terámenes y, a finales de abril de 404, Lisandro entraba triunfalmente en el puerto del Pireo. Atenas se extinguía como potencia, pues había perdido el dominio sobre la Liga marítima. Pero si en aquella guerra civil había una

clara perdedora, Atenas, la verdad es que no hubo ningún bando ganador que se beneficiara de los éxitos bélicos. En definitiva, aquella guerra había sido meramente destructiva de algo: el imperialismo ateniense y del inigualable auge comercial que envolvió en sus beneficios efectos a todos los integrantes de la Liga Atico-Délica, por más que el abuso de autoridad por parte de Atenas fue siempre malquisto en Grecia.

BIBLIOGRAFIA

ANDREWS, A.: «Sparta and Arcadia in the Early fifth Century». *Phoenix*, 6, 1952.

BLOEDOW, E. F.: *Alcibiades reesamined*, Wiesbaden, 1973.

BRUNT, P. A.: «Spartan policy and strategy in the Archidamian War». *Phoenix*, XIX, 1965.

DELEBECQUE, E.: *Thucydide et Alcibiade*, Aix, 1965.

GILLIS, D.: «The Revolt at Mytilene». *A J Ph*, 92, 1971.

HAMMOND, N. G. L.: «The Campaigns in Amphilochia during the Archidamian War». *B S A*, 37, 1936-1937.

HATZFELD, J.: «Alcibiade». *Etude sur l'Historie d'Athénes à la fin du Ve siecle*, Paris, 1951.

HILL, G. F.: *Sources for Greek History between the Persian and Peloponnesian Wars*, Oxford, 1951.

KAGAN, D.: *Corinthian diplomacy after the peace of Nicias*, *A J Ph*, LXXXI, 1960.

——: *The outbreak of the Peloponnesian War*, Itaca-Londres, 1969.

LOTZE, D.: «Lysander und der Peloponnesische Krieg». *Abh. d. Sächs. Ak. d. Wiss.*, Phil-Hist. Kl., LVII/1, 1964.

MEIGGS, R.: «The Crisis of Athenian Imperialism». *H S C P*, 67, 1963.

MCGREGOR, M. F.: «The genius of Alcibiades». *Phoenix*, XIX, 1965.

MONTENEGRO, A.: «El tradicionalismo político de Sócrates». *Rev. Est. Políticos*, 72, 1953.

MUNRO, J. A. R.: «The End of the Peloponnesian War». *Cl. Q.*, XXXI, 1937.

PEREMENS, W.: «Thucydide, Alcibiade et l'expedition de Sicile en 415 av. J. C.» *A C*, XXV, 1956.

RENAUD, R.: «Cleophon et la guerre du Peloponnese». *Et. Cl.*, XXXVIII, 1970.

STE. CROIX, G. E. M. DE: *The Origins of the Peloponnesian Wars*, Londres, 1972.

SANCTIS, A. G. DE: *Pericle*, Milán-Mesina, 1944.

SARTORI, F.: *La crisi del 411 nell'Ath. Pol. di Aristotele*, Padua, 1951.

SEAGER, R.: «Thrasybulus, Conon and Athenian Imperialism 396-386 B C». *J H S*, 87, 1967.

SEALY, R.: «The Revolution of 411 B C». *Essays in Greek Politics*, Nueva York, 1966.

WENTKER, H.: *Sizilien und Athen*, Heidelberg, 1959.

WOODHEAD, A. G.: «Pisander». *A J Ph*, LXXV, 1954.

LA SUCESIÓN HEGEMONICA DE ESPARTA Y TEBAS

Juan Francisco Rodríguez Neila

1. El fin del imperialismo ateniense

a) *Los «Treinta Tiranos» en Atenas.* Culminada su caída nada impedía, sin embargo, que Atenas siguiera gobernándose por el sistema democrático. Pero el régimen instaurado por Pericles estaba ahora en pleno desprestigio, hundido en el exterior y sin el dominio del mar (que había sido presupuesto básico de la soberanía popular), y además con el enemigo en la ciudad presto a apoyar las exigencias de los oligarcas desterrados, que ahora regresaban dispuestos a pedir cuentas. La masa popular, empobrecida por el peso de la derrota, estaba presta a aceptar un gobierno oligárquico como medio de congraciarse con los vencedores. En Atenas se perfilaban en ese momento tres tendencias políticas. Por una parte estaban los partidarios de la democracia, abrumados por el peso de la derrota. Ante ellos se alzaba una facción oligárquica radical capitaneada por Critias, un hombre sin escrúpulos, discípulo de Sócrates, cuyos miembros estaban organizados en hetairías que contaban con el tácito respaldo de Lisardo, el hombre fuerte en esta situación. Y entre ambos polos quedaban Terámenes y un sector de propietarios moderados dispuestos a admitir una democracia con limitaciones. Si tenemos en cuenta que Atenas y Esparta en el 404 a. de C. no firmaron un tratado de paz en pie de igualdad, sino un convenio de capitulación, que dejaba a la primera inerme ante su vencedora, que había impuesto las condiciones, es fácil comprender las intromisiones de Lisandro, verdadero árbitro del momento, en la política interna ateniense. El caudillo espartano, prometiendo restaurar la libertad y autonomía de aquellas ciudades sometidas antes al imperialismo ático, había ido desalojando las guarniciones rivales, sustituyéndolas por tropas espartanas mandadas por harmostes. El mantenimiento de la paz en el Egeo exigía nuevas contribuciones económicas, obtenidas a menudo coactivamente. Y el retorno de los oligarcas a los gobiernos de las ciudades (organizados en comisiones de diez miembros, *decarquías)* se tradujo en una cadena de muertes, exilios y confiscaciones, contemplada pasivamente por Esparta. El mismo esquema, obviamente, se reprodujo en Atenas. Lisandro, presionando a la asamblea, consiguió que se votara un decreto, mediante el cual se concentraba el poder en una comisión de treinta individuos (los «Treinta Tiranos»), dotada de potestades constituyentes. En ella estaban masivamente representados los partidos de Terámenes y Critias, inicialmente de acuerdo en la acción antidemocrática. Se configuró un Consejo de 500 miembros, y se nombraron algunos magistrados —en particular diez para administrar el Pireo—. Los Treinta anularon las leyes de Efialtes y los tribunales populares, iniciando una revisión del código de justicia. Algunas medidas, como la condena de quienes bajo la democracia habían actuado como sicofantes (delatores), gozaron del respaldo popular. Pero pronto la situación se radicalizó, al estar sostenidos los oligarcas por una guarnición espartana al mando del harmoste Calibio, la cual se instaló en la Acrópolis con cargo al tesoro público. La primera consecuencia fue la ruptura entre Critias y Terámenes.

Ambos, como dice JENOFONTE, habían sido inicialmente «de la misma opinión», lo que debe entenderse como que habían estado de acuerdo en

eliminar a los dirigentes demócratas, restableciendo la oligarquía. Pero cuando, bajo la presión de los oligarcas más extremistas, empezaron a multiplicarse las venganzas, las condenas contra ciudadanos no responsables de excesos, o contra metecos, con el evidente deseo de confiscar los bienes de los demócratas más ricos, y las regiones cercanas al Atica comenzaron a llenarse de refugiados (entre ellos algunos líderes políticos demócratas como Trasíbulo), el frente oligárquico se resquebrajó. Para Terámenes estaba claro que el régimen, cada vez más aislado, iba a desprestigiarse rápidamente, «a menos que se tomase un número suficiente de participantes en los asuntos políticos», lo que presuponía anular la capacidad de gobierno dejada a los Treinta Tiranos. Critias y los Treinta, a fin de adelantarse a los acontecimientos, y para evitar que Terámenes aglutinara el apoyo de muchos ciudadanos elaboraron una lista restringida de tres mil atenienses, los únicos con plenos derechos y capacidad de decisión política, nombrándose un comité de diez individuos encargado de elaborar una constitución. La iniciativa fue criticada por Terámenes. Tras desarmar a la mayoría de la población,



Las Parcas. Relieve del Partenón h. 447. Obra de Fidias. Estas eran cada una de las tres deidades hermanas, Cloto, Sáquesis y Atropos, con figuras de viejas de las cuales la primera hilaba, la segunda devanaba y la tercera cortaba el hilo de la vida del hombre. Los griegos las llamaban Moiras, hijas de la noche.

los oligarcas desencadenaron nuevas proscripciones y confiscaciones de bienes, especialmente entre los metecos.

Aunque Terámenes y Critias habían sido incluidos entre los Treinta, pronto las diferencias surgieron entre ellos. El primero temía el radicalismo de los oligarcas, y su aislamiento si persistía la política de terror. La oposición de Terámenes se hizo gradualmente más abierta, hasta el punto de que los oligarcas pensaron en desembarazarse de él. Lanzaron contra su persona una campaña de difamación, y le acusaron formalmente ante el Consejo de los 500. JENOFONTE, a la sazón en Atenas, nos describe con gran aproximación el apasionado debate entre ambos líderes, quienes defendieron sus respectivas posturas políticas. Critias acusó a Terámenes de traicionar a su partido: «Y, si desde un principio hubiera pensado así, sería un enemigo, pero no sería considerado con toda justicia un cobarde. Mas ahora él, que fue el primero en conseguir la confianza y amistad de los lacedemonios, y también en el derrocamiento del régimen democrático y sobre todo nos lanzó a nosotros a imponer penas a los primeros acusados ante vosotros, y ahora que vosotros y nosotros hemos llegado a ser enemigos declarados del pueblo, ya no le agrada lo que ocurre, para él ponerse a salvo y nosotros sufrir castigo por nuestros actos. En resumen, que le conviene sufrir castigo no sólo como enemigo, sino

también como traidor vuestro y nuestro». Frente a tal extremismo, Terámenes alzó la bandera de la moderación, alegando que «mientras vosotros os limitábais al cargo de consejeros y a ser designados magistrados y procesar a los sicofantes declarados, todos éramos de la misma opinión, pero cuando esos empezaron a arrestar a hombres de bien, desde este momento también yo empecé a ser de opinión contraria». Argumentó que había sido constante su oposición a toda una serie de medidas que habían contribuido a aislar y debilitar al régimen surgido del final de la guerra: las condenas a ciudadanos honestos, y a los metecos, el destierro de líderes demócratas como Trasíbulo, Anito y Alcibíades, con lo que se había conseguido reforzar la oposición externa, el desarme del pueblo. Y terminó haciendo profesión de fé política: «Pero yo, Critias, siempre combato a aquellos que no creen que haya una democracia auténtica si los esclavos y los que están dispuestos a vender la ciudad por una dracma no participan del poder; y a su vez siempre soy adversario de estos que no creen que se implante una oligarquía auténtica antes de disponer que la ciudad sea tiranizada por unos pocos. Sin embargo, el administrar el poder con los que pueden defenderlo con caballos y escudos reconocía con anterioridad que era lo mejor, y ahora no cambio.»


Estela funeraria. Hacia el 400 a. de C.

Este programa era, a fin de cuentas, el de los moderados defensores de la «patrios politeia», quienes habían intentado vanamente establecerlo en el 411. Ahora la ocasión parecía propicia para ponerlo en práctica y, como nos dice JENOFONTE, el Consejo manifestó todo su apoyo al discurso de Terámenes. Pero Critias, estimando que la inminente votación le iba a ser rotundamente desfavorable, dio un golpe de fuerza. Rodeó el Consejo de una guardia armada, borró a Terámenes de la lista de tres mil ciudadanos con derechos plenos, lo que le dejaba sin garantías legales, lo sacó al ágora ante la pasividad del Consejo, y finalmente le obligó a beber la cicuta.

b) *El retorno a la democracia.* La desaparición de Terámenes eliminaba el último obstáculo a la política extremista de los Treinta quienes «pensando que ya podían gobernar sin miedo como tiranos, advirtieron a los que no estaban en el catálogo (la lista de los Tres Mil) que no entraran en la ciudad; con todo, los sacaban de sus fincas para apoderarse ellos y sus amigos de sus tierras» (JENOFONTE). Consiguientemente, muchos atenienses se refugiaron en el Pireo, que se constituyó en baluarte de la oposición popular contra los tiranos, o huyeron a Mégara o Tebas, donde los demócratas se habían reorganizado bajo el liderazgo de Trasíbulo, uno de los artífices de la restauración democrática del 411, quien contaba con la ayuda tebana. El primer aldabonazo afortunado lo dieron los exiliados contra la fortaleza de File (en la ruta entre Atenas y Tebas). La contraofensiva de los Treinta, que recurrieron incluso a la guarnición laconia de Atenas, fracasó. A raíz de este éxito, el número de los sublevados se incrementó (invierno del 404-403).

La localidad de Eleusis, que aseguraba las comunicaciones con Mégara y Corinto, quedaba demasiado expuesta ahora a un ataque desde File. Los Treinta reforzaron el control de la ciudad, anulando a los eleusinos sospechosos, pero el siguiente golpe de mano lo dio audazmente Trasíbulo apoderándose con mil hombres del Pireo, sede de los metecos ricos, quienes podían ayudar a la causa demócrata (mayo del 403). Los oligarcas, una vez recuperados de tan sorpresiva iniciativa, enviaron tropas espartanas, caballería y los hoplitas censados en la lista de los Tres Mil, que obligaron a Trasíbulo a concentrar sus fuerzas en Muniquia. Tras ocupar el camino de salida que iba al templo de Artemis, los efectivos enviados por los Treinta se lanzaron a la ofensiva contra un enemigo inferior en número, pero que combatía desde mejores posiciones. Este factor fue decisivo, y los sitiados lograron despejar el cerco. En la lucha murió Critias. Como resultado de ello, los insurrectos aumentaron sus efectivos y pudieron aprovisionarse por mar de armas y víveres.

403 a. de C. Trasíbulo restablece la democracia ateniense.

Señala JENOFONTE que, tras este encuentro, los vencedores «se apoderaron de las armas, pero no despojaron a ningún ciudadano de sus túnicas. Después de hacer esto y recoger los cadáveres bajo tregua, se acercaron muchos de los dos bandos y conversaban unos con otros». Estos contactos, y las exhortaciones a la concordia y a la paz puestas de manifiesto por el bando demócrata, debieron actuar como un revulsivo psicológico entre las tropas mandadas por los Treinta, que los arcontes retiraron a la capital, «movidos en parte al oír tales argumentos». La consecuencia inmediata no se hizo esperar. Los Treinta

se encontraban cada vez más aislados, y entre los Tres Mil cundió la desmoralización y el miedo a las represalias. Finalmente, los oligarcas más radicales se retiraron a Eleusis. Entre los moderados que se quedaron se eligió una comisión de Diez, pero la paz, cada vez más ansiada, no llegó. Aunque reprobaban los métodos drásticos propugnados por Critias, de hecho los Diez eran favorables a un acuerdo, pero no sobre la base del retorno a la democracia, sino de la instauración de un régimen oligárquico moderado, al estilo del representado por Terámenes.

La guerra continuó en el verano del 403 con ventaja para el partido demócrata, cuyas correrías devastaban la campiña ateniense. Los insurrectos dieron garantías de que «los que lucharan con ellos, aunque fueran extranjeros, tendrían igualdad de impuestos (*isotéleia*)» (JENOFONTE). La única posibilidad de subsistencia para el régimen oligárquico radicaba ahora en la ayuda espartana. Los Treinta desde Eleusis, y los Tres Mil desde la capital, enviaron embajadores a Lacedemonia en demanda de apoyo. Esparta concedió cien talentos y efectivos militares al mando de Lisandro como harmoste, y su hermano Libis como navarco. El objetivo de Lisandro era asediar el Pireo por tierra y mar, cortando así los abastecimientos. Pero las tensiones internas de Esparta, donde Lisandro se había atraído una fuerte oposición por su belicismo y su ansia de poder, jugaron esta vez a favor de los demócratas sitiados. El rey Pausanias, con el ejército espartano y las tropas aliadas corintias y beocias, acudió dispuesto a zanjar el conflicto civil, convencido de que la intervención laconia contra los insurrectos no tenía razón de ser, porque aquellos no habían faltado a los pactos. Con algunas demostraciones militares trató de impresionar a los insurgentes, a quienes infligió una leve derrota. No obstante, la lucha no estaba terminada. Ni a Pausanias ni a los éforos espartanos, celosos de la prepotencia de Lisandro, les interesaba alargar un conflicto que podía redundar en un mayor prestigio para aquél, así que entablaron negociaciones de paz con los sitiados del Pireo, a las que se sumaron los representantes enviados por el gobierno de la capital ática. Todos fueron oídos en Esparta, y finalmente Pausanias arregló un acuerdo entre los dos bandos, sobre la base del retorno de los exiliados, el castigo sólo para delitos de sangre y una amnistía de la que quedaban excluidos los Treinta, los Once (magistrados encargados de aplicar las penas) y los diez magistrados instituidos por los Treinta en el Pireo, antes de la ocupación de Trasíbulo. Todos éstos, refugiados en Eleusis, constituyeron allí un gobierno autónomo.

Euclides (450-380 a. d C.), filósofo griego, discípulo de Sócrates en Atenas. Fundó la escuela filosófica de Megara.

La definitiva paz y reconciliación fue proclamada por Trasíbulo cuando, tras retirarse todas las tropas espartanas, entró en la acrópolis, reunió la asamblea y confirmó la amnistía prometida (septiembre del 403). Una comisión de veinte individuos, elegidos por una asamblea conjunta de moderados y demócratas, recibió poderes para elaborar una constitución y administrar internamente la ciudad. Durante el arcontado de Euclides (403-402) la democracia creada por Efialtes y Pericles fue confirmada en sus rasgos esenciales. No obstante, el régimen democrático, restaurado en sus instituciones tradicionales, y manejado por políticos de la tendencia moderada que había encarnado Terámenes, iba a mostrarse muy conservador. Es muy significativo que, según el procedimiento de la «*graphé paranomón*», se declarase ilegal la propuesta que había hecho Trasíbulo de conceder la ciudadanía ateniense a quienes hubiesen combatido junto a los demócratas en el Pireo. El *démos*, una vez recuperado su protagonismo político, volvía a defender su privilegiada situación como lo había hecho antaño en pleno apogeo del gobierno de Pericles. Tan revolucionaria propuesta, que hubiera supuesto introducir en la ciudadanía a muchos extranjeros, metecos y esclavos, y con las que Trasíbulo pretendía compensar las pérdidas demográficas de Atenas, presentándola como cuna de la libertad, no prosperó, restringiéndose dicha concesión a quienes habían participado en la toma de File.

Con el restablecimiento de la democracia se cerraba para Atenas una aguda crisis interna, iniciada en el 411, y agravada por el desastroso final de la guerra del Peloponeso. Sólo quedaba el último rescoldo oligárquico de Eleusis, contra el que se mandó una expedición de castigo (401-400). Pero los nuevos dirigentes de Atenas supieron mantener las promesas de amnistía y gobernar con moderación, lo que incluso reconocieron hombres como PLATÓN, ARISTÓTELES o JENOFONTE, poco proclives al régimen democrático. Los discursos de Lisias testimonian, no obstante, que las tensiones internas

suscitadas por el terror de los años precedentes tardaron algún tiempo en desaparecer, siendo buena prueba de ello el proceso y condena de Sócrates en el 399. Desde ahora la oposición crítica al régimen iba a canalizarse por otros derroteros, en particular las escuelas filosóficas.

2. La guerra entre Esparta y Persia

a) *Las consecuencias de la victoria sobre Atenas.* Esparta, que se había presentado como abanderada de la libertad ante todos los griegos en lucha contra el imperialismo ateniense, fue aclamada como libertadora del mundo helénico al acabar la guerra del Peloponeso. Se le presentaba ahora la difícil tarea de hacer realidad lo que hasta entonces había sido un simple tema de propaganda. Para ello no le iban a faltar dificultades. Estaba comprometida con Persia, que le había ayudado con subsidios durante el conflicto. Conocidas eran las apetencias del imperio aqueménida sobre las ciudades griegas de Asia Menor, limitadas hasta entonces por el imperio marítimo ateniense. Mantener ahora buenas relaciones con el Gran Rey suponía, obviamente, dejar a los griegos del este a su suerte, lo que podía entenderse como una traición a la causa helénica. Por el contrario, defender la independencia de los griegos minorasiáticos solamente podía acarrear un nuevo conflicto con Persia. Esparta, sin definir radicalmente sus intenciones, optó por reforzar todo su aparato político-militar en el ámbito del mar Egeo, en sustitución de la hegemonía ática. En todas partes fueron expulsados los partidos demócratas y restauradas las constituciones oligárquicas. Esto último fue facilitado por el establecimiento de guarniciones lacedemonias, a las órdenes de gobernadores militares espartanos (harmostes). Bajo su supervisión el poder ejecutivo de las ciudades quedó en manos de comisiones de diez individuos denominadas decarquías. Toda esta estructura de dominio fue consecuencia directa de la gestión de Lisandro, quien mantuvo también, a favor de Esparta, las contribuciones que los antiguos aliados habían pagado a Atenas, necesarias ahora para sostener su escuadra en el mar Egeo.

Lisandro era a los ojos de los espartanos y de muchos otros griegos la encarnación de la victoria sobre Atenas. Contaba con el respaldo político y económico de los persas, el mando sobre la flota aliada, y la lealtad de los grupos oligárquicos a quienes había devuelto el poder. En muchas ciudades se le tributaron homenajes, y su retorno a Esparta, con un gran botín, fue triunfal. Ejerciendo su navarcado en el 404-403, con un prestigio no limitado ni siquiera por los éforos, Lisandro había impuesto a la política exterior espartana unos presupuestos claros: instalación de los oligarcas, mantenimiento del aparato militar en el Egeo, apoyo al tirano Dionisio de Siracusa y buenas relaciones con el persa Ciro el Joven. Eran criterios que parecían conducir a Esparta por la misma vía imperialista que Atenas.

401 a. de C. Bat. de Cunaxa en la que muere el príncipe persa Ciro.

No obstante, tales directrices no eran respaldadas ni por algunos estados griegos, ni por la opinión pública lacedemonia. Esparta había hecho la guerra contra Atenas con la ayuda de otros estados (Beocia, Corinto, Megara, Siracusa), a quienes no habían convencido las condiciones de paz impuestas a Atenas, y que veían al estado laconio como único beneficiario de la victoria. Tebas y Corinto mostraron pronto una línea propia de actuación política, tanto acogiendo a los exiliados víctimas de los poderes oligárquicos restaurados, como negándose a apoyar militarmente a Esparta en el 403 cuando la invasión del Atica. Pero había más. Dentro de la propia Esparta se había ido imponiendo, desde el final de la guerra, un sector hostil a la impositiva política de Lisandro, de cuya gestión llegaban muchas quejas. Esa unidad de criterio y solidez interior, esa seguridad y garantía de estabilidad, producto de sus conservadoras instituciones, que habían sido cualidades proverbiales y decisivas para reconocer a Esparta el liderazgo del frente griego antiateniense, parecían ahora tambalearse. Además, la dura guerra había supuesto para la limitada demografía ciudadana del estado lacedemonio una considerable pérdida de efectivos, que se había tratado de compensar recurriendo a los «neodamodas». En cuanto al exterior, la opinión pública griega tenía motivos para quejarse de la política espartana. Los objetivos hegemónicos trazados por Lisandro eran discutidos, habían causado muy mala impresión las vacilaciones de Esparta a la hora de defender a los griegos minorasiáticos ante



Cerámica de Exequias. (h. 550-530 a. de C.). Detalle de la lucha entre Aquiles y Pentesilea. Llegados a esta altura podremos entender lo que supuso este ceramista hacia la producción de un nuevo tipo de cerámica, la de figuras rojas. Las figuras se recortan sobre un fondo claro con la fuerza y precisión de una escultura de bronce. También se sugiere con mayor precisión el sentimiento amoroso de última hora, de Aquiles hacia Pentesilea.

la amenaza persa, y muchos de los harmostes lacedemonios se comportaban como auténticos tiranos. Siempre limitada internamente por sus condicionamientos socio-económicos, y con una proyección exterior no más allá del ámbito peloponésico, Esparta se encontraba ahora en una posición hegemónica sobre todo el mundo griego, pero sin criterios claros para ordenar la nueva situación y acometer las responsabilidades del triunfo.

Además, no poseía los recursos económicos y, sobre todo, humanos, para mantener un dominio que empezaba a ser mal visto en Grecia, y contra el que pronto se volcó la propaganda ateniense. En todo caso, el «producto» económico de la victoria incidió negativamente sobre un estado ancestralmente asentado en una base agrícola, y en el que todos los ciudadanos estaban situados en un plano de igualdad. El oro y la plata produjeron ahora la riqueza de algunos y el endeudamiento de otros. La ruptura del tradicional equilibrio se tradujo en tensiones sociales, cuyo episodio más destacable fue la conjuración encabezada por Cinadón (398), un «hypomeion» que se puso al frente de todos los sectores espartanos inferiores (periecos, ilotas, etc) contra los «Homoioi». El complot, descubierto a tiempo, fracasó, pero puso en evidencia lo peligroso que podía ser para el Estado desplazar de la vigilancia interna a efectivos espartiatas, para enviarlos a asegurar su hegemonía exterior.

b) *La Expedición de los Diez Mil.* Cuando Darío II murió, le sucedió en el trono de Artajerjes II Mnemón (404), quien dejó a su hermano Ciro como gobernador de Asia Menor con residencia en Sardes. Ciro el Joven tenía

apetencias sobre el trono aqueménida, y para realizar sus proyectos contaba con el apoyo de los griegos. En el 401, cuando se dispuso a marchar contra su hermano, solicitó la ayuda del gobierno espartano, poniéndole ante un arduo dilema. En efecto, Esparta se había comprometido con Persia en el 412 a abandonar en sus manos las ciudades griegas de Asia Menor, por lo que cualquier ayuda a Ciro la debía entender Artajerjes como una declaración de guerra. Si, por el contrario, Esparta se decidía a defender la Jonia de la intromisión del Gran Rey, tener el apoyo de Ciro resultaba aconsejable, y esta fue la decisión que se adoptó, ofreciéndole ayuda naval.

Ciro contaba entre sus efectivos con un contingente de 13.000 mercenarios griegos, procedentes en su mayoría del Peloponeso, bajo el mando del espartano Clearco. En la batalla de Cunaxa (401), que decidió esta contienda dinástica, los griegos tuvieron un destacado papel, pero la muerte de Ciro y el hundimiento de sus tropas nativas inclinaron la balanza a favor de Artajerjes. Una vez sofocada la revuelta, el contingente helénico que había apoyado al pretendiente se encontró sin mando en medio de un país hostil. Su difícil y azaroso retorno hacia Grecia, a través de Armenia, hasta llegar al mar Negro, constituye el tema central del «Anábasis» escrito por JENOFONTE, quien estuvo al frente de aquel grupo de griegos que sobrevivió en una tierra enemiga gracias a su organización y a su superioridad militar. El relato resulta sumamente interesante, tanto por ilustrarnos sobre las costumbres de muchos pueblos del imperio persa, como por describirnos la situación de las colonias griegas del mar Negro. Los griegos pudieron finalmente retornar a su patria. Este episodio, que desde una perspectiva simplemente bélica no pasa de ser un acontecimiento interno de la historia persa, tuvo, sin embargo, connotaciones más amplias que interesa resaltar.

El éxito de la expedición de los Diez Mil, brillantemente relatado y resaltado por JENOFONTE, creó en el mundo heleno dos falsas imágenes: que los griegos eran militarmente superiores a los persas, y que el imperio aqueménida estaba en trance de desmoronarse. La primera podía ser relativamente cierta, como había puesto de relieve la eficaz intervención del cuerpo hoplita griego en Cunaxa. Respecto a la segunda, era indudable que en



Expedición de los diez mil según La Anábasis de Jenofonte.

399 a. de C. Sócrates es condenado a beber la cicuta. Comienzo de la Guerra de Esparta contra Persia que duraría hasta el 394.

caballería, efectivos navales (con mandos griegos) y potencial económico Persia seguía siendo superior. Resulta incuestionable, sin embargo, que la influencia helénica sobre el mundo persa, cada vez mayor en el siglo IV, se canalizó en buena parte a través de las tropas mercenarias incorporadas a los ejércitos del Gran Rey o de sus sátrapas. A principios de dicha centuria existía en Asia Menor un verdadero mercado de mercenarios, gentes a quienes el final de la guerra del Peloponeso había dejado sin oficio ni beneficio, y que se habían convertido en profesionales de las armas. Tanto las campañas espartanas en Asia Menor, como las acciones de la flota persa dirigida por el ateniense Conón, o la posterior «Guerra de Corinto», movilizaron una gran cantidad de mercenarios, muy solicitados al ser de todos reconocida la superioridad táctica de la falange hoplítica griega en un combate convencional. Especialmente destacable fue el uso que muchos sátrapas hicieron de tales profesionales, cuya fidelidad era proporcional a la capacidad financiera de quienes los contrataban, y cuyas iniciativas dependían de las ambiciones y relaciones políticas de sus jefes. Los persas, que podían y sabían pagar bien, conocían tanto la eficacia de los remeros atenienses, como las virtudes de las tropas y oficiales espartanos, al igual que el afán de gloria de muchos estrategos, a veces desplazados de sus patrias. Compraban estos apoyos pagando en moneda (dáricos), incluso acuñada especialmente para ello a imitación de los tetradracmas áticos, con un estilo artístico plenamente helénico.

c) *Las campañas de Agesilao.* Una vez confirmado en el poder, Artajerjes se decidió a hacer cumplir las estipulaciones del acuerdo del 412 con Esparta. Mientras Ciro se había mantenido en la satrapía de Sardes, muchas ciudades griegas se habían puesto bajo su tutela, pero su desaparición las dejaba ahora en manos del sátrapa Tisafernes, quien retornaba con nuevas exigencias. De hecho, la dominación aqueménida no era radicalmente odiada por todas las ciudades helenas, donde existían facciones dispuestas a un compromiso, o incluso al reconocimiento del dominio persa. Las comunidades jonias, enfrentadas a menudo entre sí y divididas por banderías internas, eran incapaces de mantener una política militar de envergadura, y debían confiar la defensa de su autonomía tanto a las tropas mercenarias como a las alianzas con otras comunidades. En este juego diplomático, en el que quedaba descartada cualquier acción unitaria ante un enemigo superior, los gobernadores persas o las potencias griegas tenían mucho que decir, presentándose como fuerzas tutelares y garantes de su independencia. Para las ciudades griegas, necesitadas a menudo de un protector (fuese el harmoste laconio o el representante del Gran Rey), la dominación aqueménida en sí no era temida, pero sí las modalidades que pudiese adoptar. Con el retorno de Tisafernes, enviado por Artajerjes para ocupar las ciudades griegas, la situación volvía a agravarse. Esparta, con la presión de la opinión pública helénica, no podía renunciar a la defensa del helenismo en Asia Menor, y se decidió a intervenir, aunque contaba con limitados efectivos humanos.

Esta guerra movilizó pocas fuerzas en uno y otro bando. El espartano Thibrón llegó en el 400 con una leva de 4.000 peloponesios, 1.000 «neodamodas» y 300 jinetes atenienses. Hizo algunos reclutamientos entre las ciudades griegas, y en el 399 incorporó a su ejército 6.000 supervivientes de los Diez Mil de Ciro. Esparta contaba en ese momento con algunas bazas favorables: el control del mar Egeo con una potente flota, y el apoyo de Egipto, sublevado contra Persia, que podía suministrar trigo y pertrechos para la escuadra. Las instrucciones dadas por los éforos espartanos a Thibrón, y a su inmediato sucesor Dercílidas, eran claras: invadir Caria y controlar los puertos que la armada persa podía necesitar para operar en el Egeo. Pero el ejército espartano no sólo careció de medios efectivos para culminar tales objetivos, sino que vio mermada su capacidad operativa al actuar su escuadra y sus tropas terrestres bajo mandos diferentes. Inicialmente la ofensiva se lanzó (399-398) contra la satrapía de Farnabazo (Frigia), pero los resultados no fueron decisivos, solamente se ocuparon algunas plazas, y todo terminó con una tregua, que Dercílidas aprovechó para saquear Bitinia, obteniendo así medios para subsistir.

En el 397 Dercílidas y el navarco Pharax conjuntaron sus efectivos para atacar Caria. Los sátrapas Farnabazo y Tisafernes unieron sus tropas para defender la flota persa, acantonada en Caunus bajo el mando del ateniense

Conón. Tampoco hubo esta vez operaciones decisivas, concluyéndose un armisticio. Dercílidas reclamaba la autonomía e independencia para las ciudades griegas de Asia Menor, mientras que los sátrapas exigían la retirada total del ejército espartano, y la desaparición de los harmostes y guarniciones lacedemonias en el ámbito egeo. El armisticio no concluyó en paz, quizás por negarse Artajerjes a reconocer la autonomía de los jonios. La posición de Esparta no parecía en ese momento segura. Algunos antiguos aliados, como Beocia y Corinto, mostraban abiertamente su disconformidad con el imperialismo lacedemonio. Muchas ciudades griegas de Asia Menor y las islas no habían apoyado el avance de Dercílidas sobre Caria. Incluso Atenas había entablado contactos con el Gran Rey.

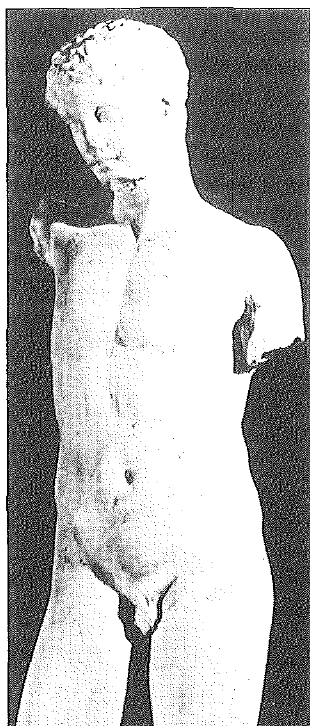
Por otra parte, los persas, ante la incapacidad de vencer al ejército espartano en tierra, buscaron una solución por mar, aconsejados por el almirante Conón. Grandes efectivos navales se habían dispuesto en Chipre y Fenicia. Ante tales preparativos, Esparta decidió concentrar sus esfuerzos en Asia Menor, para adelantarse a la acción de su rival. Inspiraba esta política el belicoso Lisandro, consciente de que, controlando Caria y Cilicia, Persia no contaría con puntos de apoyo en el Egeo. Para ello se organizó una nueva expedición (396).

Esta expedición se estimó de tal importancia, que las tropas fueron puestas bajo el mando del rey Agesilao, a quien acompañó Lisandro con un núcleo selecto de espartiatas, y un ejército compuesto por 2.000 «neodamodas» de Laconia y 6.000 hoplitas aliados. También se incorporaron los efectivos de Dercílidas y las oportaciones de algunas ciudades minorasiáticas. A ello había que añadir el importante contingente naval que controlaba el Egeo. Jamás una potencia griega había enviado un ejército similar a un país bárbaro. No obstante, le faltaban a Agesilao dos elementos importantes, caballería y material de asedio. En el 396 Agesilao desembarcó en Efeso. Al año siguiente obtuvo un notable éxito sobre la caballería persa cerca de Sardes (junto al río Pactolo), y consiguió un gran botín. Esta victoria le costó al sátrapa Tisafernes la vida, siendo sustituido por Titraustes, quien prefirió negociar un acuerdo con Agesilao sobre las siguientes bases: si los espartanos se retiraban, el Gran Rey se comprometía a reconocer la autonomía de las ciudades griegas de Asia Menor, que continuarían pagando el tributo ya establecido. Mientras se evacuaban consultas con los respectivos gobiernos, se firmó un armisticio de seis meses (395), por el que Agesilao se retiraba con sus tropas a los dominios de Farnabazo y recibía de Titraustes 30 talentos para mantener el ejército. La intención del sátrapa estaba clara: alejar de Jonia al contingente espartano, y crear problemas a Farnabazo, que actuaba con gran independencia en Frigia. Contaba para ello con el respaldo del Gran Rey. Con grandes poderes confirmados desde Esparta (mando único sobre efectivos navales y terrestres) y nuevos refuerzos, Agesilao se dedicó a asolar la circunscripción de Farnabazo, conquistando varias ciudades y allegando muchos recursos. Era una estrategia que halagaba el afán de botín de las tropas, y confirmaba las enseñanzas derivadas de la expedición de los Diez Mil, a saber: que Persia no tenía infantería para resistir a los griegos en su suelo, y que una pequeña tropa helénica podía avituallarse «in situ» con facilidad. Pero a la larga, este planteamiento iba a resultar fatal. Los persas redoblaron sus preparativos navales durante el 395, mientras Conón se apuntaba algunos éxitos: logró ocupar Rodas, tras expulsar a la guarnición espartana y restablecer el gobierno democrático, transformándola en base de futuras operaciones marítimas, e interceptó los convoyes procedentes de Egipto. En el 394 su escuadra estaba dispuesta para lanzar una ofensiva en el Egeo.

395-387 a. de C. Guerra de Corinto.

394 a. de C. Bat. de Cnido. La flota persa reorganizada por el ateniense Conon triunfa sobre los espartanos.

En este momento la posición de Esparta en la Grecia continental parecía estar en quiebra. Tebas acometía con firmeza una política antiespartana, en la que comprometía a la Liga Beocia. Los subsidios persas, traídos por Timócrates de Rodas, llegaban a los líderes de Tebas, Corinto y Argos, frente antilacedemonio al que se inclinaba también Atenas. La situación llegó a hacerse para Esparta tan insostenible que, ante la posibilidad de una invasión del Peloponeso por obra del ejército confederado, se decidió llamar a Agesilao y al grueso de sus tropas (394). Esparta renunciaba, pues, a sostener a los griegos de Asia Menor, en cuya defensa de la libertad se había al final comprometido. Realmente, todo lo había tenido en contra: generales incompetentes, reducidos efectivos, falta de coordinación entre las tropas de mar y



Escultura de joven atleta procedente de Eleusis. Hacia los comienzos del siglo IV a. de C.

tierra, afanes imperialistas no siempre entendidos, hostilidad de otras potencias griegas y, en fin, los inagotables recursos que un imperio tan inmenso como el persa podía casi siempre, aunque fuese con lentitud, movilizar. Para Persia, interesada en que Grecia estuviera dividida y sin ninguna potencia hegemónica, se abrían vastas posibilidades de intervención en Asia Menor. La oportunidad decisiva vino dada por la victoria de Conón sobre la flota espartana en Cnido (394), donde pereció el almirante lacedemonio Pisandro. Atenas, cuyas empresas exteriores habían sido frenadas desde el 404 por los políticos moderados, podría buscar desde ahora la recuperación de su hegemonía marítima perdida.

3. Hostilidad antiespartana: la «guerra corintia»

a) *El predominio espartano: batallas de Nemea y Coronea.* Mientras en Asia Menor la estrategia desarrollada por Agesilao no obtenía frutos decisivos para Esparta, en la Grecia continental el sentimiento antilacedemonio, cada vez más expandido, iba a desembocar en un nuevo conflicto. Los antiguos aliados de Esparta, insatisfechos por no haber sacado producto de la caída de Atenas, y estimulados por la prodigalidad del oro persa, habían rehusado apoyar las iniciativas laconias en Asia Menor. Las tensiones suscitadas estallaron finalmente en el verano del 395, con ocasión de un conflicto local entre Fócide y Lócride, que iba a dividir a los principales estados helenos en dos bandos. Tebas arrastró a la Liga Beocia, para acudir en ayuda de los locrios, mientras que Esparta se puso al lado de los focidios. Tras unas negociaciones fallidas, las tropas beocias asolaron el territorio focidio, a lo que Esparta y sus aliados respondieron preparando sus tropas para invadir Beocia. Por medio actuaron agentes enviados por el Gran Rey que, avivando estas disensiones internas del mundo griego, que sólo podían favorecer a Persia, consolidaron con sus subsidios un frente antiespartano en el que se alinearon fundamentalmente Tebas, Corinto, Argos y Atenas. Esparta, con este conflicto a las puertas de su territorio, ya no podía concentrarse en las operaciones asiáticas, que era lo que el soberano aqueménida deseaba.

El ejército lacedemonio pasó pronto a la ofensiva con una doble operación. Lisandro se centró en la Fócide y en Orcómenos, para desde allí atacar a Tebas por el norte. El rey Pausanias, con quien no se llevaba bien, tomó la iniciativa desde el Peloponeso. Pero Lisandro se precipitó y, sin esperar la llegada de Pausanias, presentó batalla en Haliarto (otoño del 395) a las tropas beocias, reforzadas por un contingente ateniense al mando de Trasíbulo. Lisandro fue duramente derrotado, pereciendo tanto él como la mayor parte de su reducido contingente. Pausanias llegó tarde en su ayuda, y solamente pudo solicitar una tregua para recoger a los caídos espartanos, a cambio del compromiso de retirarse al Peloponeso. Las condiciones de este acuerdo desprestigiaron a Esparta ante sus propios aliados, y provocaron una acusación de alta traición contra Pausanias quien, condenado a muerte, escapó a Tegea. Las consecuencias de la derrota no se hicieron esperar: Corinto, Argos, Acarnania, Leucas, Ambracia, Eubea y la Liga Calcidia se incorporaron a la insurrección. Muchas guarniciones espartanas fueron desalojadas, mientras las tropas beocias asolaban la Fócide. Ante la eventualidad de una invasión del Peloponeso por parte de las fuerzas aliadas, Esparta recurrió a Agesilao, a quien se hizo retornar de Asia. La denominada «guerra corintia» iba a entrar en una nueva fase.

Si los coaligados deseaban asestar un golpe efectivo contra Esparta, antes de que Agesilao llegase, debían intentarlo en el propio suelo lacedemonio. Pero, como nos dice Jenofonte, perdieron un tiempo precioso «mientras discutían sobre el mando supremo y se ponían de acuerdo sobre el número de filas para formar el ejército...». Por el contrario, los éforos actuaron con celeridad, decretando una rápida movilización. Bajo el mando de Aristodemo, tutor del joven rey Agesípolis, Esparta pudo reunir contingentes de Tegea y Mantinea, concentrando a sus aliados en Sicione. Contaba en total con una fuerza de unos 20.000 hoplitas, 6.000 de los cuales eran espartanos, junto a 200 jinetes y 300 arqueros cretenses que servían como mercenarios. Los confederados, por su parte, habían aportado 24.000 hoplitas y unos 1.500

jinetes, así como un número superior de tropas ligeras. El encuentro decisivo acaeció junto al río Nemea (394). Los aliados no tenían un mando único, y ello se dejó sentir en esta batalla, que acabó con un claro triunfo de los espartanos, quienes pusieron una vez más de manifiesto la superioridad de su infantería hoplita bajo un mando competente. El camino hacia el Peloponeso quedaba cerrado para el frente antilacedemonio.

Los aliados, ya a la defensiva, se prepararon entonces para cortar el avance de Agesilao hacia el corazón de Grecia. Tras dejar a cuatro mil hombres para mantener las ciudades ocupadas en Asia, Agesilao cruzó el Helesponto y, después de hacer en el Quersoneso una selección de sus mejores tropas de hoplitas, arqueros y peltastas, avanzó con rapidez a través de Tracia y Macedonia. En Antípolis conoció la noticia de la victoria de Nemea. Luego llegó a Tesalia, donde derrotó a la caballería de los tesalios, aliados de los beocios. A mediados de agosto del 394, cuando se disponía a entrar en Beocia, conoció la derrota naval espartana en Cnido, y la muerte de Pisandro. Para no desmoralizar a su ejército, ante acontecimientos que prometían ser decisivos, tergiversó la noticia, anunciándola como una gran victoria. En la llanura de Coronea se encontró con el ejército enemigo. Frente a él se hallaban las tropas beocias, atenienses, argivas, corintias, enianas, eubeas y locrias, tal era la gran coalición antiespartana. Agesilao, por su parte, recibió refuerzos lacedemonios y hoplitas de Orcómenos y Fócide. Su superioridad en peltastas era notable, aunque en caballería ambos bandos estaban equilibrados.

La batalla de Coronea supuso una gran victoria para Esparta, al nivel de las más importantes conseguidas antaño. La superioridad de las armas lacedemonias volvía a ponerse de manifiesto, y el prestigio de Agesilao llegó a su cénit. Durante los años siguientes, dado que el otro rey, Agesípolis, era más joven y menos popular, Agesilao se convirtió en el gran caudillo de Esparta.

La superioridad espartana se manifiesta, sobre todo, a partir de la victoria de Coronea.

A partir de ahora, el estado laconio iba a llevar la iniciativa de la guerra, consolidando su posición en el Peloponeso, y en una zona clave, como era el istmo de Corinto, vital para las comunicaciones con el resto del ámbito continental griego. Tropas espartanas invadieron la Lócride desde sus bases en Fócide. Luego, los acontecimientos tuvieron como escenario principal Corinto, desde donde los aliados hostigaban a la guarnición espartana de Sicione. Escribe JENOFONTE que «como los corintios veían su propio territorio devastado y que morían muchos por estar siempre cerca los enemigos, en cambio los demás aliados estaban en paz y sus tierras eran cultivadas, los aristócratas, que son la mayor parte, deseaban la paz...». Ante la eventualidad de que los oligarcas corintios pactaran con Esparta, los aliados, en connivencia con los demócratas de Corinto, planearon una revuelta (392). Muchos aristócratas murieron, otros marcharon al exilio, y acudieron a la guarnición espartana de Sicione, prometiendo entregar el puerto de Lequeo. La cuestión era vital para ambos bandos. Las murallas de Corinto y la Acrocorinto eran inexpugnables, y controlaban todo el tráfico del istmo. La operación conjunta de los oligarcas expulsados y lacedemonios resultó un éxito. Los espartanos pudieron penetrar en el recinto amurallado, rechazaron un contraataque, derribaron parte de las murallas, y situaron guarniciones en Sidunte y Cromión, al norte de Corinto. Estas murallas, reocupadas y reconstruidas por el ejército ateniense, fueron de nuevo derribadas en el 391 por Agesilao, quien invadió el noroeste de Corinto en el 390 consiguiendo un gran botín, y estableciendo una guarnición en Enoe. Pese a estos éxitos, sus líneas de comunicación estaban amenazadas desde Corinto y Argos, y la inestable posición espartana en el istmo quedó pronto de manifiesto, al ser aniquilado un contingente lacedemonio cerca de Lequeo. El ateniense Ifícrates, con sus peltastas, desalojó las posiciones espartanas en Corinto salvo Lequeo. Con el istmo cerrado, Agesilao cruzó el golfo de Corinto, asoló Acarnania, y la sumó a la alianza espartana. También realizó operaciones contra Argos. En todas estas acciones de guerra Esparta movilizó un número considerable de mercenarios, a fin de conservar sus reducidos efectivos ciudadanos. Los mercenarios peltastas, dotados de un armamento más ligero, demostraban ahora ser más rápidos y ágiles que los pesados hoplitas.

b) *La acción diplomática de Persia.* La guerra parecía, tras las anteriores acciones, haber entrado en un punto muerto, sin acontecimientos decisivos. Los beocios, después de las batallas de Nemea y Coronea, apenas se

habían movido. Atenas, cuyos cuerpos hoplitas habían sufrido en Nemea un duro descalabro, recurría para sus empresas bélicas sólo a los peltastas de Ifícrates, introductor de esta nueva modalidad guerrera. Corinto estaba desgarrada internamente por dos facciones, la oligárquica, inclinada a Esparta, y la demócrata, favorable a la alianza antilacedemonia. Los líderes demócratas unieron Corinto a Argos, cuyo territorio fue a menudo devastado. La Liga de Beocia había reforzado su posición en Grecia central. La guerra iba a definir



Anfora ática. Detalle h. 480 a. de C. Obra atribuida al Pintor de Berlín, quien siempre trabajó el ánfora con la decoración de una única figura decorándolo sobre un fondo intensamente negro; figura que amplía su espacio con la ampliación del volumen de sus brazos.

su curso por nuevos derroteros, en los que la actividad diplomática de Persia haría con fuerza acto de presencia.

Efectivamente, el teatro de operaciones de Asia Menor y el mar Egeo iba a jugar de nuevo para decidir el curso del conflicto. El año 394 había significado para Esparta el asentamiento de su política continental, con el triunfo en Coronea, pero también el fracaso de sus proyectos asiáticos, tras la derrota naval en Cnido. Los acontecimientos posteriores confirmaron la solidez de la posición espartana en el Peloponeso, bajo la égida de Agesilao, sin menoscabarse tampoco la situación de los aliados. La victoria de Cnido permitió de nuevo a Persia intervenir en los asuntos griegos. Después de la batalla, y actuando conjuntamente, Conón y el sátrapa Farnabazo trataron de poner en práctica la promesa que había hecho Titraustes a Agesilao de respetar la autonomía de las ciudades griegas de Asia Menor. Recorriendo las islas y puertos «expulsaron a los harmostes lacedemonios y aconsejaron a las ciudades que no fortificasen las acrópolis y ellos las dejarían libres» (JENOFONTE). Luego completaron la campaña con un recorrido por el Helesponto, donde se atrajeron a muchas ciudades, si bien no pudieron expulsar a los espartanos de Sesto y Abido. Finalmente, pusieron proa al Peloponeso, cuyas costas asolaron, consiguiendo la sumisión de Citera. Tras estos hechos, y después de exhortar a los aliados en el Istmo a luchar contra Esparta y seguir las directrices del Gran Rey, Conón, con la aquiescencia de Farnabazo, partió para Atenas, donde fue recibido triunfalmente (393). Con subsidios persas contribuyó a la reconstrucción de los Muros Largos y murallas del Pireo, lo que constituía una afrenta a las condiciones de paz impuestas por Esparta al final de la Guerra del Peloponeso. Los confederados, con la ayuda persa, pudieron equipar nuevas naves. Tras las grandes batallas terrestres, la evolución de la guerra iba a decidirse en el mar. La recuperación naval de Atenas iba a ser un factor decisivo.



Cabeza de Afrodita. Es una copia romana de un original de Policleto que se encontró en Satala (Armenia). La fama de este escultor de Argos, capaz de competir en perfección con sus bronces con el mismo Fidias, llegó a los más extremados lugares de la órbita helena.

Efectivamente, una Atenas fuerte tras sus reconstruídas murallas, con una flota financiada por el Gran Rey, y muchas ciudades aliadas en el ámbito egeo, era ahora la gran amenaza para Esparta. La diplomacia ateniense tampoco había estado inactiva. En el 393 se habían estrechado lazos con Dionisio, tirano de Siracusa, y con Evágoras de Chipre, se había firmado una alianza con Eretria en un plano de igualdad (394/3), y durante el 392 se habían restablecido las cleruquías de Lemnos, Imbros y Esciros, todo ello bajo la tácita tolerancia persa. Esparta comprendió muy bien el giro de los acontecimientos, cuando en el 392 envió a su embajador Antálcidas ante el sátrapa Tiribazo con propuestas de paz, sobre la base de ceder las ciudades griegas de Asia Menor al Gran Rey y garantizar la autonomía de los demás estados helenos. Atenas envió también emisarios, y a su instancia lo hicieron igualmente Beocia, Corinto y Argos. Tiribazo acogió favorablemente la iniciativa espartana, pero «los atenienses, dice JENOFONTE, temían comprometerse a que las ciudades y las islas fuesen libres por no verse privados de Lemnos, Imbros y Esciros; los tebanos para no verse obligados a dejar independientes las ciudades beocias, y los argivos creían que no podían mantener Corinto como dependiente de Argos, que era lo que deseaban, si ratificaban semejantes tratados y treguas. En consecuencia, esta paz quedó frustrada y cada uno volvió a su patria». Realmente, Tiribazo no consideraba seguro negociar con Esparta sin el permiso de Artajerjes, pero suministró dinero a Antálcidas para reforzar la flota lacedemonia y tener así un contrapeso al auge naval de Atenas, obligándola a buscar la paz. Incluso llegó a detener a Conón, considerándolo culpable de todo. Una prueba más de la política personal de los sátrapas con independencia del Gran Rey, quien confirmó su inclinación proateniense enviando a un virrey, Estrutas, afecto a Atenas. Esparta mandó contra él una expedición dirigida por Thibrón, que fracasó (392).

c) *La recuperación naval de Atenas.* La política llevada por ambos bandos en lucha se había podido comprobar que no era clara. Esparta buscaba la paz con Persia, pero seguía mandando expediciones a Asia Menor. Atenas reconstruía su poderío con ayuda persa, pero reaccionaba ante cualquier iniciativa de paz que, en los términos propuestos por Esparta, significara renunciar a la posibilidad de rehacer su imperio marítimo en el Egeo, aún a costa de Persia. La duplicidad de intenciones de unos y otros quedó de manifiesto pronto. Rodas, desde la expulsión de los oligarcas, y la

restauración de los demócratas, mostraba una abierta inclinación hacia Atenas. Los espartanos enviaron allí un cuerpo expedicionario al mando de Dífridas que «en la travesía se encontró con Filócrates, hijo de Efialtes, que iba con diez trirremes de Atenas a Chipre para una alianza con Evágoras (que se había sublevado contra Persia) y se apoderó de todas; realizando los dos los planes más opuestos entre sí; efectivamente, unos atenienses que tenían al Rey como amigo enviaban ayuda a Evágoras, que luchaba contra el Rey, y Teleutias (almirante espartano), cuando los lacedemonios luchaban contra el Rey, destruyó a quienes iban a una guerra contra él» (JENOFONTE).

387 a. de C. Paz de Antálcidas entre Atenas y Esparta.

Al margen de cualquier veleidad diplomática, la política de Atenas tenía un objetivo principal: recuperar su posición hegemónica. Era el planteamiento defendido desde años atrás por Trasíbulo, quien había favorecido la alianza con Tebas, pero Atenas, para rehacer su prestigio, actuaba ahora con moderación, sin afanes imperialistas. Sus líderes demócratas eran respaldados por una masa popular que apoyaba los proyectos de recuperar el Quersoneso, restablecer las cleruquías y afianzar la potencia naval. Las propuestas de paz formuladas por Esparta en el 392/1 sólo encontraron eco en algunos políticos moderados, cada vez más aislados. La ocasión parecía propicia. Ni Esparta, ni Persia, controlaban el Egeo. Atenas contaba con la amistad del Gran Rey, de los sátrapas Estrutas y Farnabazo, de Evágoras, y con las simpatías de los regímenes democráticos establecidos en Rodas, Samos, Efeso y Mitilene. No obstante, armar una flota potente requería tiempo y dinero, que el gobierno ateniense buscó obtener gravando impositivamente a las clases adineradas.

En la primavera del 390 Atenas lanzó su ofensiva naval con una armada de cuarenta barcos dirigida por Trasíbulo. Sus líneas de comunicación estaban aseguradas por la amistad de Eubea, Beocia y Tesalia. Los éxitos fueron notables en el norte del Egeo, donde se obtuvo la alianza de dos reyes tracios. El apoyo de Tasos y Samotracia, y las cleruquías de Lemnos, Imbros y Esciros, garantizaban el libre acceso al Helesponto. Trasíbulo continuó hasta Bizancio, donde restableció a los demócratas, y se atrajo a Calcedón. Durante el recorrido se hizo con considerable botín, y restableció los suministros cerealísticos a Atenas desde el Ponto. Para obtener recursos impuso una tasa del 10 por 100 sobre las mercancías procedentes del mar Negro, cuyos accesos controlaba gracias al apoyo tracio y al respaldo de Farnabazo.

El ascenso ateniense provocó la inmediata reacción de Esparta, que se fijó dos objetivos prioritarios para frenar la recuperación naval de su rival: entorpecer las rutas marítimas atenienses con el Helesponto desde sus enclaves en Sesto y Abido, y acosar a Atenas en las aguas del golfo Sarónico (389-387). Atenás envió a Ifícrates para defender sus posiciones en el Quersoneso tracio, y a Cabrias para ayudar a Evágoras de Chipre. Por su parte, los espartanos, desde sus bases en Egina, saquearon las costas del Atica y llegaron a atacar el Pireo, a fin de obstaculizar el comercio ateniense y los abastecimientos de trigo. Paralelamente, Esparta reinició sus negociaciones de paz con Persia, enviando al navarca Antálcidas en el invierno del 388/7. Artajerjes tenía ahora poderosas razones para revisar su política antiespartana: el apoyo ateniense a Evágoras, la necesidad de proveerse de mercenarios griegos para las campañas de Egipto, el deseo de mantener Asia Menor libre de toda intervención lacedemonia, para concentrarse mejor en las anteriores empresas. Atenas también tenía motivos para llegar a un compromiso: los espartanos seguían controlando el Helesponto desde Sesto y Abido, y bloqueaban la capital desde Egina. También debió jugar en esta determinación la influencia que aún tenían sobre los políticos más moderados los sectores económicos fuertes sobre quienes había recaído principalmente la financiación de la «guerra de Corinto». En el otoño del 387 Tiribazo convocó a los embajadores de los estados griegos, para darles a conocer el plan de Artajerjes para regular los asuntos griegos.

4. La paz del Rey

Las condiciones de paz que habían sido expuestas en Susa a Antálcidas por Artajerjes, y que fueron planteadas en el congreso de Sardes ante los embajadores de todos los estados griegos en liza, son transmitidas por Jenofonte en los siguientes términos: «Artajerjes, el rey, considera justo que

sean suyas las ciudades de Asia y las islas de Clazómenas y Chipre, que queden libres las otras ciudades griegas, pequeñas o grandes, excepto Lemnos, Imbros y Esciros; que éstas sean de los atenienses como antaño. A cuantos no acepten esta paz, a esos yo les declararé la guerra, junto con quienes la acepten, por tierra y por mar con naves y con dinero». Se trataba, por tanto, no de un acuerdo negociado con las principales potencias griegas, sino de una verdadera imposición del Gran Rey, que aprovechaba la situación para convertirse en árbitro de la política helénica. Los dos bandos contendientes, que habían visto muy mermados sus recursos económicos a causa de las exigencias de una larga guerra, y que en muchos casos habían sido sostenidos por los subsidios persas, estaban al límite de sus posibilidades, y parecían dispuestos a renunciar a sus ambiciones hegemónicas. Tan sólo ofrecieron una inicial resistencia a aceptar la paz los tebanos, que pretendían «jurar en nombre de todos los beocios», es decir, que se les reconociera su liderazgo sobre la Liga Beocia. Pero, precisamente, uno de los objetivos de Artajerjes con esta paz era terminar con cualquier tipo de hegemonía, dividiendo a los estados griegos lo máximo posible, so pretexto de mantener su autonomía. Ello significaba frenar el proceso de Atenas hacia una reconstrucción de la Liga Marítima, desmantelar la Liga Beocia (con la consiguiente anulación de la alianza entre atenienses y beocios), y acabar con la unión entre Corinto y Argos. El rey espartano Agesilao se encargó de obligar a tebanos y argivos a atenerse a los principios de la paz. De inmediato, como escribe JENOFONTE, «después de cumplir estas condiciones y jurar las ciudades mantener la paz propuesta por el Rey, se licenciaron los ejércitos de tierra e igualmente las fuerzas navales. En consecuencia, entonces se concluyó por vez primera esta paz entre lacedemonios, atenienses y aliados después de la última guerra en la que destruyeron las murallas de Atenas. Aunque en la guerra los lacedemonios actuaron contra los adversarios más de contrapeso que de otra cosa, consiguieron mucha mayor influencia por medio de la llamada paz de Antálcidas. Efectivamente, al convertirse en los representantes de la paz otorgada por el rey y lograr la libertad de las ciudades, se ganaron a Corinto como aliado, dejaron las ciudades beocias libres de los tebanos, precisamente lo que deseaban hacía tiempo, y obligaron a los argivos a dejar de considerar como propia a Corinto, decretando la movilización contra ellos si no salían de la ciudad».

La «paz del Rey» iba a ser el primero de los muchos intentos realizados por los estados griegos a lo largo del siglo IV, para llegar a una «paz general» que regulara su coexistencia y limitara las sucesivas tentativas hegemónicas. Con frecuencia esos ulteriores acuerdos, siempre frágiles, apelaron a este precedente del 387, que había aportado dos novedades esenciales: la extensión de la paz a todo el ámbito helénico, y la tutela que sobre su cumplimiento se había reservado no un líder griego, sino un dinasta bárbaro. Pero la paz llevaba en sí el germen de su propia inefectividad. Como pone bien de relieve el texto de JENOFONTE indicado *supra*, la paz se había fraguado bajo un dictado común: la confluencia de intereses entre Persia y Esparta. A Persia no le interesaba el renacimiento naval ateniense, que podía fraguar un nuevo imperialismo anti-persa al estilo del desarrollado en la centuria anterior. Esparta no veía con buenos ojos que su superioridad terrestre en la Grecia continental se viera contestada por Tebas y la confederación beocia, y por una fusión entre Corinto y Argos en un área que consideraba de su influencia. Además, aunque en el acuerdo de paz se proclamaba la autonomía de las ciudades griegas y la disolución de todas las alianzas, seguían persistiendo los derechos persas sobre las comunidades helenas de Asia Menor, los de Atenas sobre las islas de Lemnos, Imbros y Esciros, y la propia liga del Peloponeso controlada por Esparta. Por si todo eso fuera poco, tampoco se creaba un instrumento supremo de arbitraje, que juzgase inapelablemente los problemas que pudiera plantear la legitimación de los gobiernos de ciertas ciudades y la salvaguarda de su autonomía, aspectos ambos que quedaban expuestos a las interpretaciones que Esparta y Atenas juzgasen convenientes, lo que presagiaba futuras disensiones. Sí estaba claro el intervencionismo persa en Grecia, que había tenido defensores helenos desde Conón a Antálcidas, y un sólido respaldo material en el oro bárbaro. La idea de una «paz general» quedaría, sin embargo, como un proyecto constantemente reiterado.

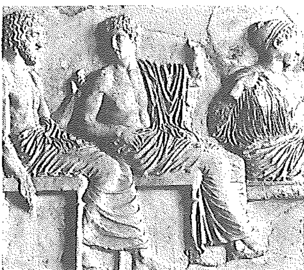
Lisandro (395 a. de C.), estratega y político espartano, hijo de Aristócrito. Fue jefe supremo de la flota espartana durante la guerra del Peloponeso, derrotando a la flota ateniense en la batalla de Egospótamos en el 405 a. de C. Tomó Atenas y estableció el gobierno de los Treinta; murió luchando contra Tebas.

5. El apogeo del hegemonismo espartano

Al igual que, con la ayuda persa, los confederados griegos habían obligado a Esparta a renunciar a las campañas de liberación de los griegos de Jonia, para concentrarse en la «guerra corintia», también, con el oro del Gran Rey, Esparta había obligado a los demás estados helenos a someterse a los dictados de la corte de Susa. Es indudable que este panorama suscitaba las mejores esperanzas para el imperio aqueménida, que podía concentrarse ahora en controlar las insurrecciones de Chipre y Egipto. Y al mismo tiempo provocaba la inquietud de muchos griegos que, como el panegirista Isócrates, lamentaban la desunión del mundo helénico, y acusaban a Esparta de vender Grecia a los bárbaros en aras de sus propios intereses. Paradójicamente, el estado lacedemonio se presentaba (siempre había sido su vieja aspiración) como líder de los griegos, y garante de su autonomía, de la autonomía de muchas comunidades sobre las que había hecho recaer tiempo atrás todo el peso de su agresivo imperialismo. Eran momentos confusos, faltaban objetivos claros que dieran a Grecia una independencia política, y tampoco existían estadistas de talla que insuflaran nuevas ilusiones al decaído mundo helénico.

El panorama, además, lo iba a volver a complicar Esparta que, con el respaldo persa, y amparándose en el papel de guardián de la paz que el acuerdo del 387 le otorgaba, veía ahora la ocasión propicia para afianzar su hegemonía. Bien es verdad que dentro de la misma Lacedemonia no existía una unidad de criterio ante la política a desarrollar. El rey Agesípolis era partidario de actuar con moderación, pero frente a él se alzaba la prestigiosa personalidad de Agesilao, que entendía el papel de su patria en Grecia bajo el mismo prisma imperialista que había preconizado Lisandro, y cuyo patriotismo y capacidad militar gozaban de general aprecio. Para lanzarse a una amplia política expansionista, Esparta necesitaba dinero, que podían suministrarlo los aliados, y hombres, principalmente mercenarios. Con estos instrumentos, la primera tarea que se presentaba era cimentar su posición dentro del Peloponeso. Apelando a la paz del Rey, Esparta restableció a los partidos oligárquicos en Corinto y otras ciudades, pero algunos estados no estaban dispuestos a someterse a los dictados lacedemonios, y sobre ellos cayó el peso del militarismo espartano.

En el Peloponeso los regímenes democráticos se habían mantenido en Mantinea y Fliunte. En el año 385 Esparta exigió a Mantinea el derribo de sus murallas, alegando infidelidad a la causa lacedemonia y la expiración de una tregua de treinta años. Mantinea se negó, sufrió un asedio, y finalmente tuvo que aceptar una capitulación sobre las bases siguientes: las murallas serían demolidas, la población se dispersaría en cinco aldeas autónomas, se sustituiría el gobierno democrático por uno aristocrático, y cada aldea tendría a su frente un oficial espartano, debiendo suministrar tropas a la liga peloponésica. A cambio se respetó la vida de los demócratas y la retirada de algunos argivos. Por lo que respecta a Fliunte, Esparta solicitó que la ciudad volviera a acoger a los oligarcas exiliados. Según JENOFONTE, «por temor votaron acoger a los desterrados, devolverles los bienes inmuebles y a sus compradores reintegrarles el valor a costa del tesoro público; además resolver los asuntos litigiosos entre unos y otros por medio de un juicio». Pero en el 381 los oligarcas acudieron a Esparta quejándose de malos tratos. Agesilao, que contaba con amistades entre ellos, decretó la movilización, y marchó contra Fliunte exigiendo la entrega de su acrópolis. Su demanda fue rechazada, por lo que emprendió el asedio de la ciudad que, finalmente, asolada por el hambre, cayó tras un sitio de veinte meses en el 379. El rey espartano tomó las siguientes determinaciones: dejar una guarnición durante seis meses, y someter a un tribunal de cincuenta oligarcas retornados y cincuenta fliuntinos de los que capitulaban la decisión sobre qué individuos debían ser ejecutados y cual debía ser la futura constitución. La ciudad tomaba la obligación de aportar tropas para la Liga peloponésica. Con estas disposiciones dos regímenes oligárquicos y proespartanos más quedaban consolidados.



Partenón. Friso oriental, Poseidón, Apolo y Artemisa, h. 476 a. de C. Las figuras en perfecto equilibrio señalan el movimiento con el escorzo de la figura central que corresponde a Apolo. Poseidón era el dios del mar. Apolo, el dios del día, personificación del sol y divinidad tutelar de artes y letras. Artemisa, la diosa de la caza, hermana de Apolo.

El predominio espartano, sin embargo, no podía quedar firmemente cimentado, mientras persistiera en la Grecia central la oposición de Tebas y Atenas, las dos grandes antagonistas. Ni una ni otra, donde gobernaban moderadamente partidos democráticos, daban a Esparta ningún pretexto para intervenir, aunque el estado lacedemonio buscaba ocasiones propicias

para seguir castigando a quienes, durante la «guerra corintia», se habían decantado por el frente aliado. En el año 382 surgió la oportunidad de atacar a uno de esos estados, la Liga Calcidia, que se había desarrollado bajo la iniciativa de Olinto. Los calcidios se habían organizado bajo un gobierno federal con poderes soberanos y una ciudadanía y moneda comunes. Probablemente, en este momento Olinto y otros miembros de la confederación se regían democráticamente. La Liga mantenía una alianza defensiva con Amintas, rey de Macedonia quien, a raíz de una invasión iliria, puso algunas ciudades macedonias bajo la tutela de la Liga, que acabó anexionándolas. El expansionismo calcidio quiso extenderse sobre otras ciudades de la zona. Dos de ellas, Acanto y Apolonia, apelaron a la ayuda espartana para evitarlo. Esparta vio una ocasión propicia para asestar un golpe indirecto a Tebas y Atenas, que mantenían buenas relaciones con la Liga que, además, abastecía de madera a la industria naval ateniense. Se decretó la guerra contra Olinto, enviándose una fuerza expedicionaria al mando del harmoste Teleutias, que fue derrotada por la caballería, los peltastas y los hoplitas de Olinto. Un segundo ejército, más amplio, fue mandado bajo la dirección de Agesípolis en el 381, que contó con la ayuda de la caballería tesalia y macedonia. Olinto fue sitiada, y al fin capituló bajo las siguientes condiciones: debía abandonar la jefatura de la Liga Calcidia, admitir su disolución y entrar como aliado en la Liga del Peloponeso.

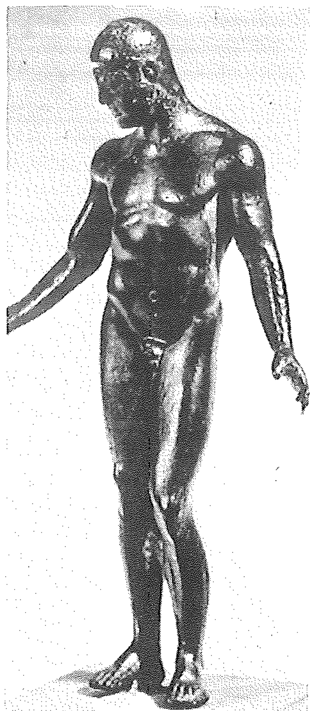
Aunque las empresas contra Mantinea, Fliunte y Olinto habían puesto ya de manifiesto de qué modo peculiar Esparta entendía el mantenimiento de las autonomías ciudadanas, ninguna de estas iniciativas causó en el mundo griego tanta indignación como la agresión contra Tebas en el 382. Lo prueba que el propio comandante espartano Fébidas fuese acusado ante los éforos y la asamblea, salvándose sólo por la mediación de Agesilao. Los hechos ocurrieron del modo siguiente. Cuando el ejército espartano que marchaba hacia el norte para intervenir en la Calcidia acampaba en las afueras de Tebas, Leontiades, líder de una facción oligárquica tebana, se ofreció a Fébidas para entregarle a traición la acrópolis de la ciudad. Fébidas aceptó y ocupó la Cadmea, mientras muchos miembros del partido rival de Ismenias se refugiaban en Atenas. Ismenias fue llevado a Esparta y ejecutado, mientras los oligarcas proespartanos se hacían con el gobierno de la ciudad.

377 a. de C. Fundación de la 2.ª Liga Délica

A raíz de los acontecimientos reseñados, la situación para Esparta no podía ser más favorable en el año 379. Tenía un control absoluto sobre la Liga del Peloponeso, que le suministraba dócilmente dinero y soldados. Muchos estados griegos estaban gobernados por regímenes oligárquicos que le eran favorables. Elis, Mantinea y Fliunte, las más insumisas ciudades del Peloponeso, estaban ahora firmemente controladas, y las ligas calcidia y beocia habían desaparecido del firmamento político griego. Los espartanos mantenían algunas guarniciones en la Grecia central (Platea, Tebas, Tespias), desde donde amenazaban a Atenas, y en el norte contaban con la alianza de Tesalia, Macedonia y los molosos del Epiro. En el mar Esparta y sus aliados seguían contando, mientras que sus flancos internacionales al este y oeste estaban cubiertos respectivamente por la amistad de Persia y Siracusa. Los temores expuestos por Isócrates en su «Panegírico» del 380 parecían confirmarse. Pero la hegemonía espartana iba a encontrar pronto una doble réplica: por una parte el afianzamiento del poder marítimo de Atenas en el Egeo, y por otra la restauración del poder tebano en Beocia. A fines del 379 algunos demócratas tebanos, con ayuda ateniense, desalojaron la guarnición espartana en la Cadmea y expulsaron a los oligarcas. A raíz de ello, el rey espartano Cleómbroto avanzó hacia Beocia con un ejército peloponesio, aunque tuvo que retirarse. Esfodrias, que quedó en Beocia al frente de algunos contingentes espartanos, intentó un golpe inefectivo contra el Pireo para vengar el apoyo de Atenas a los demócratas tebanos (378/7). Poco después con los acuerdos de la paz de Antálcidas prácticamente rotos, se fundó la segunda Liga Marítima ateniense.

6. La segunda Liga Marítima ateniense

a) *El decreto de Aristóteles del 378/7 a. de C.* La fundación de la segunda Liga Marítima nació bajo los auspicios de gran parte de la opinión



Atleta haciendo una libación. Bronce procedente de Adrano, hacia el 460.

pública ateniense, deseosa de recuperar para su patria el rango de gran potencia. En todo ello jugó también la consolidación en el escenario político de una generación de hombres nuevos (Timoteo, Calístrato, Cabrias, Ifícrates), conscientes de que sólo el afianzamiento exterior podía asegurar el equilibrio social ateniense y la independencia nacional. Atenas se beneficiaba igualmente de la general inquietud que el expansionismo espartano había provocado en muchas ciudades griegas, inclinándolas hacia ella. Ese estado de opinión se había ido fraguando en los años anteriores al compás de sucesos ya descritos, y tiene un exponente muy claro en la figura de Isócrates. En su «Panegírico», publicado el año 380, este orador desarrolló una serie de ideas políticas que para muchos estudiosos constituyen un precedente claro del «programa» según el cual se configuraría la liga. Uno de los puntos básicos era la concordia entre todos los griegos para hacer frente común a la bárbara Persia que, pese a la inestabilidad que se le reconocía, había podido imponer al mundo helénico la deshonrosa paz del 387 que, según Isócrates, «entregó a los bárbaros numerosas ciudades helénicas», convirtiendo al Gran Rey en «árbitro de la situación presente». Para llevar a cabo esa guerra panhelénica contra el reino aqueménida era necesaria una dirección única, que asegurase dicha concordia. Según Isócrates, la potencia hegemónica no podía ser Esparta, cuya política filopersa la había desprestigiado ante todos los griegos. Ese liderazgo lo reclama para Atenas, fundamentándolo tanto en tradiciones legendarias como en hechos históricos, si bien tiene que justificar el imperialismo ejercido por su patria en el siglo anterior. Para Isócrates, que exageraba indudablemente la debilidad interna de Persia, estaba claro que esa empresa panhelénica contra el gran imperio oriental podía reportar a Grecia algunos grandes beneficios: explotación del Asia Menor, sometimiento servil de los bárbaros, traslado a los territorios confiscados de los griegos sin tierras, etc. Todas estas ideas, obviamente, pudieron suministrar a los estadistas atenienses un punto de partida para crear una nueva confederación, si bien el orador, no olvidando la experiencia de la Liga ático-délica, era partidario de crearla bajo unas condiciones que no repitieran los abusos cometidos antaño con los aliados: los confederados estarían en un pié de igualdad, y toda modificación de los estatutos de la Liga debería contar con su aprobación; se respetarían los regímenes políticos internos de cada ciudad, libres de las decarquías y harmostes impuestos por Esparta.

La nueva «symmachia» creada por iniciativa ateniense fue fundada bajo el arcontado de Nausinico (378/7), de acuerdo con un decreto presentado ante la asamblea por un tal Aristóteles, documento que se nos ha conservado. Poco antes habían ocurrido dos hechos que probablemente influyeron también en esta decisión: el derrocamiento del régimen filo-espartano de Tebas, de lo que Atenas no fue ajena, y el intento del lacedemonio Esfodrias contra la capital ática, que rompió la paz entre Esparta y Atenas, inclinando a la segunda a la alianza con Tebas. Ante la nueva situación que se planteaba, Atenas contaba, por lo pronto, con el respaldo de los nuevos estados adheridos a la Liga: Quíos, Mitilene, Metimna, Rodas, Bizancio y Tebas. En todos ellos, lo mismo que en la propia Atenas, los acontecimientos históricos inmediatamente anteriores, cifrados en el auge del imperialismo espartano, habían provocado una enorme inquietud, habían fomentado una conciencia defensiva y el sentimiento de que la guerra podía ser inminente y, consecuentemente, habían revalorizado el papel de Atenas como contrapeso al poder lacedemonio. Prueba de ello habían sido las alianzas que Atenas había ido estableciendo tras la paz de Antálcidas con ciertos estados griegos a raíz de la política de Trasíbulo. Primero con Quíos, en 384/3, firmándose un acuerdo cuya formulación serviría de prototipo al citado decreto de Aristóteles. Luego fueron haciendo «symmachia» con Atenas los bizantinos, rodios y mitilenios por este orden, es decir, los miembros fundadores de la Liga. Las referencias de JENOFONTE y DIODORO clarifican cómo se llevó a cabo dicho proceso.

b) *Reglamentación de la Liga.* La Liga comprendió una gran mayoría de las islas del Egeo, ciudades de la costa tracia, grandes islas del mar Jónico, e incluso Acarnania y parte del Epiro. Se presentaba como una alianza de carácter defensivo, dirigida contra Esparta, mucho mejor estructurada que la liga ático-délica, revelando los progresos del federalismo helénico. JENOFONTE, prolacedemonio, no la menciona, pero el citado decreto de Aristóteles, y las referencias de Diodoro, nos permiten conocer su constitución interna. La Liga

carecía de ciudadanía y gobierno federales. Su máximo órgano de gestión era el consejo o «synhedrion», que tenía carácter permanente, acogía a todos los aliados y quedaba abierto a la admisión de nuevos miembros. El «synhedrion» radicaba en Atenas, donde cada aliado mandaba un representante sobre cuya elección tenían entera libertad. Todos los estados, fuesen grandes o pequeños, disponían de un voto. Se les consideraba autónomos y libres, condición que, al menos durante un tiempo, Atenas respetó, lo que explica la adhesión posterior de muchas ciudades. Los aliados reconocían el mando ateniense en una hipotética guerra. Atenas, por su parte, no estaba representada en el «synhedrion», y renunciaba a las guarniciones y a que sus ciudadanos poseyesen bienes públicos o privados en el territorio de los confederados. Esto implicaba abandonar el sistema de cleruquías, que podían, sin embargo, enviarse a otros estados no incorporados a la Liga, y a países sometidos.

Las decisiones dentro de la Liga debían ser tomadas de común acuerdo por Atenas y el «synhedrion» de los aliados. Así lo vemos en un decreto que contiene la alianza entre Atenas y Corcira (375/4), con la consiguiente entrada de la segunda en la «Symmachia». En el documento aparece la fórmula «los atenienses y la mayoría de los aliados». El procedimiento seguido era el siguiente: la *Boulé* ateniense preparaba el decreto a someter a los aliados. Si se aceptaba, la *Boulé* lo reelaboraba bajo la forma de un *probouleuma*, sobre el que se definía la *Ecclesia*. Lo normal era que un decreto propuesto por la *Boulé* lo adoptaran los aliados y lo ratificara la asamblea.

El «synhedrion» era convocado por los prítanes en ejercicio, siendo el epístata quien designaba por sorteo al presidente del consejo federal, que se encargaba de elaborar el «orden del día» de las sesiones y comunicar a los miembros del consejo las propuestas de la *Boulé* sobre las que debían pronunciarse. Atenas dejaba, pues, amplia libertad de decisión a sus aliados, que dictaminaban en cuestión de política exterior y litigios entre los estados integrantes. En lo tocante a admisión de nuevos miembros, bastaba con una decisión de la asamblea ateniense, limitándose los aliados a participar en el juramento que garantizaba la nueva alianza. Sin embargo, Atenas, cuyo influjo sobre las decisiones de la Liga fue aumentando con el tiempo, conservó el derecho a establecer alianzas con estados no incorporados a la Liga (Macedonia, Siracusa, etc.).

No se estableció un tributo regular, pero sí contribuciones (*syntaxeis*), que los miembros de la Liga debían entregar a la caja federal, cuyo régimen administrativo no es bien conocido. Inicialmente, tales aportaciones no fueron regulares (anuales), tratándose de entregas concretas efectuadas por cada aliado para asuntos determinados (repeler una agresión, enviar una expedición). El montante total de estas contribuciones se ha evaluado en unos 180 talentos, cantidad muy inferior al *phoros* del siglo v. No obstante, tales contribuciones, en principio voluntarias y para fines especiales, se fueron estabilizando, con vistas a la conservación e incremento de poder de la Liga. Existía para los aliados la obligación de suministrar naves y soldados. Muchas ciudades pequeñas, incapaces de hacer frente a esta obligación, la sustituyeron por dinero en efectivo, aunque las contribuciones fueron establecidas de acuerdo con la capacidad de cada aliado, debiendo ser aprobadas por Atenas, que era donde se recibían las aportaciones. Cuando las entregas se demoraban, Atenas se encargaba del cobro, bien mediante personas especialmente elegidas para ello, o utilizando a sus estrategas y comandantes, que a veces las exigían brutalmente. Por su parte, Atenas se responsabilizaba, como líder de la Liga y máxima potencia, de mantener la seguridad de los mares frente a la piratería, que durante el siglo IV dañó al comercio.

El «synhedrion» tenía también atribuciones judiciales. En el decreto de Aristóteles se especifica que los atenienses que tuvieran o adquirieran posesiones en territorio aliado podían ser condenados a la *atimia* (privación de la ciudadanía) y confiscación de bienes. Hay dudas sobre si la instrucción del juicio correspondía a los aliados y el juzgar a la asamblea ateniense, o si el juicio era competencia de un tribunal compuesto por aliados y atenienses, realizando la instrucción previa los estrategas atenienses o comisarios nombrados por el «synhedrion». También en este apartado Atenas tendió a restablecer las amplias facultades judiciales de sus tribunales respecto al resto de la Liga.

Agesilao (445-360 a. de C.), rey de Esparta desde 398 al 360 a. de C. Invadió Asia y venció a los persas en la batalla del río Pactolo. En Queronea derrotó una coalición formada por Atenas, Tebas y otros estados griegos; en el 362 fue derrotado en Mantinea por Epaminondas.

7. Esparta, del cénit al ocaso

a) *Tebas y Atenas contra Esparta.* La expulsión de la guarnición espartana de la Cadmea a fines del 379, por parte de un grupo de demócratas tebanos exiliados, encabezados por Epaminondas y Gorgidas, contó con el auxilio de una fuerza ateniense al mando de dos generales. Mientras el contingente lacedemonio se retiraba a Megara, un ejército espartano, mandado por Cleómbroto, avanzó hacia Beocia esperando que los oligarcas tebanos restablecieran la situación a su favor, y que Atenas se abstuviera de intervenir.

En Atenas esta demostración del poder espartano provocó una reacción inmediata y diversa. En primera instancia, los atenienses hicieron gala de neutralidad, condenando a muerte a los dos generales que habían apoyado a los exiliados tebanos. Pero a raíz de la intentona de Esfodrias contra el Pireo, y pese a la propia condena que Esparta dio a tan irresponsable acción, los vientos de la guerra volvieron a soplar sobre Atenas. El prestigio de Agesilao era tan grande en Esparta, que su respaldo personal libró a Esfrodias de la condena. Pero el equilibrio internacional se había ya roto, y el primer paso que dio Atenas fue enviar un ejército al mando de Cabrias, para contribuir a la defensa de Tebas.



Partenón. Friso septentrional. Cabeza de muchacho h. 474 a. de C. Fidias. Bella figura de perfil que señala el grado de idealización alcanzado por los griegos.

Para Esparta, la guerra, en principio, se dirigía solamente contra Tebas. Agesilao fue el encargado de conducirla, mientras «los atenienses pusieron puertas al Pireo, construyeron naves y ayudaron a los beocios con entusiasmo» (JENOFONTE). Los dirigentes lacedemonios sabían que era vital una acción rápida para impedir que se reconstruyera la confederación beocia bajo la égida tebana, y conseguir que Atenas, tras la derrota tebana, quedase aislada. A fines del 378 Agesilao invadió Beocia, que se había puesto ya en estado de defensa. Estos preparativos, así como el apoyo ateniense, y la poca confianza puesta por Esparta en las tropas aliadas, impidieron a Agesilao obtener un triunfo decisivo, debiendo limitarse a saquear el territorio tebano desde su base en Tespias. Tales acciones se repitieron en el 377, de modo que «los tebanos estaban muy apurados debido a la falta de alimentos, ya que hacía dos años que no recogían cosechas de sus tierras» (JENOFONTE). Una posterior expedición dirigida por Cleómbroto (376), al estar Agesilao enfermo, también fracasó.

Esparta, cuyo triunfo decisivo sobre Tebas parecía por el momento imposible, veía peligrar sus guarniciones en Beocia, mientras la fuerza de Atenas aumentaba con la fundación de la Liga Marítima. En el invierno del 378/7 la guarnición de Tespias fue derrotada, pero más resonante fue la victoria de los hoplitas tebanos sobre los espartanos en Tegyra, lo que aumentó el prestigio de la infantería tebana dirigida por Pelópidas. En el 374 sólo Orcómenos permanecía fiel a la alianza espartana. Paralelamente, los demócratas tebanos habían ido consiguiendo que regímenes similares se instalaran en otras ciudades beocias, en detrimento de las oligarquías prolacedemonias. Sobre estas bases se fue recomponiendo la Liga Beocia. Se estableció una asamblea general de todos los beocios, se nombraron magistrados federales, jueces y encargados de las finanzas, un arconte o magistrado supremo, así como siete generales o beotarcas, entre los que la autoridad de los tebanos Pelópidas y Epaminondas era notable. La Liga Beocia, así configurada, se alzó como una nueva potencia que iba a ocupar un espacio destacado en el firmamento político heleno. El otro motivo de preocupación para Esparta era, lógicamente, Atenas.

Entre los años 377 y 374 la Liga Marítima había ido asentando su poder. Muchos de los nuevos estados aliados se encontraban en la ruta del mar Negro, que era vital para el aprovisionamiento de trigo de Atenas e incluso de Tebas. En el 376 Esparta, incapaz de inclinar la balanza a su favor en Beocia, cambió sus planes ofensivos y se dispuso a aislar a Atenas por mar. Desde sus bases en Egina, Ceos y Andros los barcos lacedemonios entorpecieron la llegada a la capital ática de los transportes de trigo. Atenas planteó su réplica sobre una doble acción: enviar un ejército al Peloponeso, para obligar a Esparta a concentrarse en la defensa de su propio territorio y disuadirla de un nuevo ataque terrestre contra Tebas; y mostrar su supremacía marítima. Una victoria naval en Naxos sobre la flota espartana significó para Atenas el restablecimiento de los suministros cerealísticos y la entrada de las Cícladas en la Liga. De inmediato se organizó la campaña contra el Peloponeso,

equipándose una flota de 60 naves bajo el mando del estratega Timoteo, uno de los hombres más prestigiosos de Atenas en este momento (era hijo de Conón), en quien Isócrates llegó a ver el líder que su patria necesitaba. Timoteo, fiel a la política ateniense de ganarse aliados sin recurrir a la fuerza, sometió Corcira, dándole un trato digno, por lo que «en consecuencia, todas las ciudades de aquellos territorios le fueron más favorables» (JENOFONTE). Luego derrotó a la armada lacedemonia en Alicea (375). Los refuerzos navales recibidos de Corcira dieron a Atenas una total supremacía marítima.

En el 374, la Liga Marítima se había ya afianzado como la potencia destinada a dar la réplica a Esparta y sus aliados. Las circunstancias políticas griegas la habían favorecido. El renacimiento de la Liga Beocia había protegido las fronteras áticas de una invasión por tierra, permitiendo a Atenas concentrarse en las acciones navales. Muchos estados griegos, desanimados ante la tiránica hegemonía espartana, habían visto en la Liga su salvación, y los partidos democráticos recobraron su vitalidad. Atenas supo hacer también en este momento un supremo esfuerzo financiero, reorganizando los distritos fiscales y las declaraciones de propiedad con vistas a asegurar la tributación. Igualmente contó en estos momentos decisivos con generales capacitados como Calístrato, Cabrias, Ifícrates y Timoteo.

b) *La Paz del 374.* A fines del 375 Tebas, con el respaldo de la Liga Beocia y un ejército hoplita experimentado, pasó por primera vez a la ofensiva. Los viejos proyectos de un expansionismo tebano en Grecia central volvieron a resucitarse. Atenas no era ahora el obstáculo tradicional. Siendo aliada, estaba además ocupada en su contienda marítima con Esparta. En el norte Tebas contaba con un aliado poderoso, Jasón, tirano de Feras, que poseía un ejército de mercenarios y una adiestrada caballería. Este hombre aspiraba a unificar Tesalia bajo su poder, siendo el único obstáculo para ello Polidamante de Fársalo. Mientras un ejército lacedemonio mandado por Cleómbroto efectuaba una campaña en Fócide, Polidamente acudió a Esparta en demanda de ayuda. El vibrante discurso que pronunció ante la asamblea espartana, que recoge JENOFONTE, nos muestra cuáles eran los objetivos perseguidos por Jasón: dominar Tesalia, obtener la alianza de Macedonia, construir una flota con la madera proporcionada por ese reino, y conquistar el imperio persa. Proyectos ambiciosos, sin duda, que la situación lacedemonia facilitaba. En efecto, Esparta, acosada en el Peloponeso por las trirremes atenienses, no podía distraer efectivos para ayudar a Polidamante, cuya sumisión obtuvo Jasón, quien se transformó así en jefe absoluto (*tagos*) de toda Tesalia.

Los acontecimientos en Grecia central, que obviamente tenían que alarmar a Esparta, provocaron también gran inquietud en Atenas. JENOFONTE nos dice claramente cuáles fueron las circunstancias que modificaron la política ateniense y propiciaron un entendimiento con Esparta: «Los atenienses, al ver a los tebanos engrandecidos gracias a ellos y que no contribuían con dinero a los gastos de la flota, y en cambio ellos mismos estaban agobiados por las inversiones de dinero, por las piraterías desde Egina y por la vigilancia del territorio, deseaban acabar la guerra y enviando embajadores a Esparta firmaron la paz» (375). Es indudable que el hegemonismo tebano en Grecia central resultaba contrario a la tradicional política de Atenas que, por otra parte, una vez consolidado su poder marítimo, necesitaba recuperarse de los agobios financieros. Diodoro señala la intervención del rey persa Artajerjes en las negociaciones de paz, hecho que calla JENOFONTE. Atenas y Esparta pretendían renovar las estipulaciones de la paz de Antálcidas, reafirmando el principio de autonomía y libertad de todos los estados griegos. Los objetivos de Atenas eran claros: obligar a Esparta a retirar definitivamente sus guarniciones beocias, limitar las apetencias hegemónicas de Tebas, y obtener el reconocimiento de la Liga Marítima. Esparta, tras sus derrotas navales, tenía que aceptar un estado de hecho, la existencia de la Liga, que se insertaba así en el cuadro de la paz de Antálcidas como defensora de la autonomía y libertad. Dos alianzas (no una, la Liga Peloponesia, como en el 386) quedaban frente a frente para hacer respetar la paz, actuando nuevamente el Gran Rey como mediador.

371 a. de C. Tregua entre Atenas y Esparta. Batalla de Leuctra.

Sin embargo, este acuerdo, como tantos otros que proliferaron a lo largo del siglo IV, fue efímero, pues el antagonismo Esparta-Atenas era de por sí un factor de hipotética inestabilidad. Y ello se vio bien pronto. Timoteo, a raíz

de la paz, fue llamado a Atenas. Bastó una simple intervención suya en favor de los demócratas desterrados de Zacynthos, para que Esparta protestase. La decisión ateniense de adherirse a la causa de los demócratas de Zacynthos significó la apertura de nuevas hostilidades.

c) *El declive espartano: Leuctra.* La primera decisión de Esparta fue enviar sendas flotas contra Zacynthos y Corcira, que eran los principales apoyos de la acción naval ateniense en el mar Jónico. Igualmente, reforzó su amistad con Dionisio, tirano de Siracusa. Ambos estados estaban interesados en dejar las rutas marítimas entre el Peloponeso y Sicilia fuera de la acción ateniense. La ofensiva lacedemonia se centró esencialmente sobre Corcira, pues «de ninguna ciudad salvo Atenas salían naves ni dinero en tanta cantidad» (JENOFONTE). Atenas equipó una flota dirigida por Timoteo, y un cuerpo expedicionario que llegó por tierra a través del Epiro y entró en Corcira. Timoteo recibió la orden de obtener nuevas contribuciones de los aliados egeos. Consiguió muchos recursos, pero disgustó a aquellos (373). Acusado por Calistrato e Ifícrates, fue relevado del mando, pero sus oponentes tuvieron que conseguir también dinero con nuevas tasas. La expedición en apoyo de Corcira fue mandada por Ifícrates quien, al llegar, se encontró con que las tropas espartanas habían sido derrotadas por los corcirenses. Puso a las tripulaciones a trabajar las tierras de Corcira, se apropió de la flota insular y se dedicó a recaudar dinero en Cefalenia y a ayudar a los aliados de Acarnania (372). Reforzando todo este frente, Atenas buscaba evitar la conjunción de las fuerzas siracusanas y espartanas. El proceso contra Timoteo, sin embargo, ponía de relieve las tensiones internas que la agitaban en ese momento.



Cabeza de jefe libio. Bronce. (Cirene). Hacia 360 a. de C.

En efecto, la acometividad ateniense era aparente. La guerra había significado para la ciudad un enorme esfuerzo financiero, que le había obligado a aumentar las contribuciones de los aliados, con el consiguiente descontento. Las relaciones con Tebas se habían ido deteriorando, y llegaron a su máxima tirantez cuando los tebanos sometieron Tespias y destruyeron



Templo de Niké Apteras, h. 449 a. de C. Con este templo, erigido en la Acrópolis se quiso conmemorar el vantajoso tratado de paz, recién firmado por los persas. Los planos los hizo Calicrates, uno de los arquitectos del Partenón, y se levantó en bello estilo jónico.

Platea, cuyos refugiados acudieron a Atenas. Isócrates, en su «Plataica», clamaría contra esta acción, poniendo el acento en el peligro que significaba el ascenso tebano para la paz de Grecia. La amistad entre Tebas y Jasón era otro factor preocupante. Por todo ello, Atenas, bajo la iniciativa de Calistrato, decidió entablar negociaciones de paz con Esparta, informando a Tebas de sus propósitos. En el verano del 371 tuvo lugar en Esparta una conferencia, donde se decidió la paz «con la condición de que retiraran de las ciudades los harmostes, licenciar las tropas tanto de mar como de tierra y dejar las ciudades independientes. Si se actuaba en contra de lo estipulado, que ayudara el que quisiera a las ciudades agraviadas, pero sin quedar obligado por juramento el que no quisiera luchar con las agraviadas» (JENOFONTE). Esta última cláusula suponía una importante innovación respecto a la paz de Antálcidas, pues garantizaba la independencia política de las ciudades de las confederaciones ateniense y peloponesia, las cuales, a su vez, eran reconocidas como garantes del acuerdo. Unos y otros juraron la paz y eligieron quienes supervisaran la retirada de guarniciones.

El juramento lo prestaron «los lacedemonios en su nombre y en el de los aliados, mas los atenienses y sus aliados cada uno por ciudades». Pero los tebanos, que «estaban inscritos entre las ciudades que habían prestado juramento... al día siguiente... exigieron que se cambiase lo escrito, que en lugar de tebanos se escribiera que habían jurado los beocios» (JENOFONTE). Tebas buscaba así un reconocimiento oficial del mantenimiento de la Liga Beocia, a lo que Esparta se opuso. La conferencia se disolvió con el desacuerdo de los tebanos. Los atenienses, fieles a lo pactado, retiraron sus guarniciones. Los espartanos también, salvo las tropas que Cleómbroto mantenía en la Fócide. El rey lacedemonio recibió órdenes de dirigirse contra Tebas, si ésta no licenciaba sus tropas y reconocía la independencia de las ciudades beocias. Tebas no lo hizo, exponiéndose a una acción mancomunada de la Liga peloponésica y la Liga ateniense, que se presentaban como promotoras de la paz. Cleómbroto se dirigió a Beocia, para adelantarse a una factible intervención del tesalio Jasón. En la llanura de Leuctra ambos ejércitos se encontraron frente a frente. Los tebanos estaban forzados a luchar para mantener el apoyo de las ciudades beocias. Los presagios eran también favorables. Aunque JENOFONTE reconoce la inferioridad de la caballería espartana respecto a la tebana, el peso de la batalla, que fue un resonante triunfo tebano (Junio/371), lo llevó la profunda ala izquierda tebana, cuya primera línea era el Batallón Sagrado, constituido por una selecta tropa dirigida por Pelópidas, según innovadores principios tácticos. La infantería tebana arrasó al ala derecha de hoplitas espartanos. Murieron mil lacedemonios, de ellos cuatrocientos espartiatas, una pérdida irreparable para el estado laconio.

8. La hegemonía tebana

a) *Campañas de Epaminondas en el Peloponeso.* La noticia de la derrota de Leuctra llegó a Esparta el último día de las Fiestas Gimnopedias en honor a Apolo. Inmediatamente, los éforos decretaron la movilización de todos los hombres disponibles hasta la edad de sesenta años, y Arquídamo, hijo de Agesilao, quien seguía enfermo, se puso al frente del ejército, incorporando los contingentes aportados por los aliados (Tegea, Mantinea, Corinto, Sicione, Fliunte, Acaya, etc.). Por su parte, los tebanos enviaron mensajeros a Atenas en demanda de ayuda, la cual no fue prestada, y a Jasón de Feras, quien descendió hacia Beocia con su ejército de mercenarios y caballería tesalia. Tebas intentó convencer a Jasón de que un ataque inmediato contra los lacedemonios, aprovechando la favorable coyuntura, era lo más oportuno, pero el líder tesalio mostró lo inconveniente de tal empresa, por los riesgos que podía suponer forzar a los espartanos a una acción desesperada. A Jasón una Beocia engrandecida al sur de su estado tampoco le interesaba, por lo cual inició a Tebas a aceptar la solicitud de tregua de los espartanos para recoger los cadáveres, y pocos días después se cerró un convenio especial que permitió a los restos del ejército laconio retirarse a Beocia sin ser hostigado. Una vez que estas tropas se unieron al contingente que traía consigo, Arquídamo retornó a Corinto, despidiendo allí a sus aliados y volviendo a la patria.

Jasón (370 a. de C.), Tirano de Feres (Tesalia). Siguió la política de su padre Licofrón, intentó adueñarse de Tesalia. Con su poderoso ejército se impuso a todos los griegos. Se alió con los tebanos para luchar contra Esparta. Fue asesinado en circunstancias misteriosas.

La situación del panorama político griego cambió sustancialmente tras Leuctra. Esparta quedó desde ahora a la defensiva, mientras Tebas, consolidada la unidad beocia, llevó sus acciones bélicas hasta el mismo Peloponeso, último reducto del poder lacedemonio. Por su parte Atenas, ante la derrota espartana, intentó sacar partido de la situación y convocó una conferencia de todos los estados griegos dispuestos a mantener la paz del 371. Propuso que la Liga ateniense garantizara dicha paz, e invitó a los estados participantes a sellar una alianza defensiva con la Liga, que respetase la independencia de todas las ciudades. Actuando en este papel moderador, Atenas buscaba también atraerse a algunos miembros de la confederación lacedemonia, aislando diplomáticamente a Tebas. La invitación sería aceptada por todos los estados peloponesios, excepto Esparta y Elis.

Para Esparta, sin embargo, había llegado la hora del ocaso. Su derrota en Leuctra produjo una cadena de movimientos democráticos contra las oligarquías filolacedemonias que le apoyaban. Así sucedió en Tegea y Mantinea, y quizás en otras ciudades como Corinto, Megara, Sicione, etc. En el 370, y apelando a la independencia que poco antes se había reconocido a todas las ciudades, «los mantineos se reunieron también todos y votaron unificar Mantinea y amurallar la ciudad» (JENOFONTE). Esparta, para impedirlo, envió como embajador a Agesilao, quien no tuvo éxito en sus exigencias. Paralelamente, y bajo iniciativa de Tegea, se configuró una Liga Arcadia, que pronto entró en alianza con Elis y Argos. El Peloponeso ya no estaba unido bajo la égida espartana, y Tebas se iba pronto a encargar de que tal panorama se consolidase aún más.

La situación en Grecia central era preocupante para Atenas. Tebas seguía contando con la ayuda de Jasón quien, tras retornar de Beocia, se dedicó a asolar la Fócide y ocupó Heraclea. Dice JENOFONTE que «después de regresar a Tesalia (Jasón) se hizo realmente poderoso, tanto por constituirse en soberano según las leyes tesalias, como por mantener muchos mercenarios a su alrededor, infantería y caballería... Fue el más poderoso de los de su época, ya que nadie le despreció». Efectivamente, Jasón consolidó su situación en Tesalia, y tuvo la amistad de Epiro y Macedonia. Tenía grandes proyectos, entre ellos dirigir una campaña de los griegos unidos bajo su mando contra Persia, lo que le constituye en un precedente de Filipo de Macedonia. Contaba, además, con un disciplinado ejército de mercenarios y hoplitas, reclutados seguramente en la gran masa de los penestes. Este detalle apunta, sin duda, a las profundas transformaciones sociales sufridas por un país, como Tesalia, que tan sólo unos decenios antes aún conocía como única arma de combate la caballería feudal aristocrática. Jasón, que gobernó tiránicamente amparado en sus mercenarios, quiso imponer su ley al resto de Grecia, y buena prueba de ello fue su intento de hacerse por la fuerza con la presidencia de los juegos Píticos en Delfos (verano-370), para lo que movilizó muchas tropas. Cuando tenía tales objetivos en perspectiva fue asesinado, y Tesalia quedó momentáneamente colapsada por las disputas de sus sucesores, hasta el advenimiento de Alejandro de Feras. Esta situación favoreció la consolidación de la Liga Beocia en la Grecia central, cada vez más unificada bajo la batuta tebana. El siguiente paso dado por Epaminondas, verdadero líder de la confederación beocia, fue llevar la guerra al Peloponeso.

369 a. de C. Alianza de Esparta y Atenas contra Tebas.

El Peloponeso, como hemos visto, había registrado violentas convulsiones políticas en el 370. Argos y Elis sostenían a la Liga Arcadia contra Esparta. La Liga Arcadia, a su vez, empleó sus fuerzas contra Orcómenos y Heraea, que no habían querido adherirse. Contando con la no intervención de Atenas y sus aliados, los arcadios convencieron a los tebanos para emprender un ataque contra Esparta (370). Tebas tuvo inicialmente ciertas reticencias ante este objetivo, pero finalmente fue convencida con los siguientes argumentos expuestos por arcadios, argivos y eleos: el ejército beocio estaba muy bien adiestrado y contaba con contingentes aliados de calidad (entre ellos jinetes y peltastas tesalios); y era factible una sublevación interna de los periecos dentro de Esparta. Para los tebanos Laconia resultaba un país difícil de invadir, por encontrarse lejos de sus bases, y luchar los lacedemonios en su propia patria. Finalmente, el gran ejército tebano, dirigido por Epaminondas y Pelópidas como beotarcas, descendió por el curso del Eurotas y asoló las haciendas espartanas. La ciudad, no preparada para sufrir un asedio, carecía de murallas. Los espartiatas, que eran pocos, se mantuvieron a la expectativa

sin trabar combate, y movilizaron a un gran número de ilotas prometiéndoles la libertad. Los tebanos atravesaron el Eurotas por Amiclas, e intentaron sin éxito un ataque de caballería. No obteniendo ningún resultado decisivo, marcharon luego hacia el sur, asolando el país, y capturaron Gytheum, la base naval espartana. En la primavera del 369 Epaminondas retornó a Beocia por el istmo de Corinto, tras superar el bloqueo que intentaron imponerle corintios y atenienses, ahora aliados de los lacedemonios. Esparta se había salvado, pero en toda Grecia causó una honda impresión este «raid» tebano contra su propio suelo. Atenas y Esparta reforzaron su alianza, turnándose en el mando. En el verano del 368 Epaminondas retornó al Peloponeso, contando con la ayuda de arcadios, argivos y eleos. Sus tropas atacaron Sicione y Pelene y devastaron los territorios de Corinto y Epidauro. Por aquella misma época llegaron las fuerzas de socorro que Dionisio, tirano de Siracusa, enviaba a los espartanos, entre ellas jinetes celtas e íberos. Tras unas escaramuzas no decisivas retornaron a Sicilia.

Las dos campañas de Epaminondas completaron el declive y desprestigio de Esparta. La reputación de la infantería lacedemonia estaba puesta en entredicho desde Leuctra, pero Tebas, además de en el aspecto militar, quebró la solidez de Esparta en dos terrenos: en el económico, al declarar independiente a Mesenia quitándole muchas tierras de cultivo y las consiguientes subsistencias, y al facilitar con su acción la huida de muchos periecos e ilotas; y en el político, al propiciar la fundación de otras entidades, como la Liga Arcadia, con lo que desaparecería la unidad que bajo su férula había tenido el Peloponeso, que había sido básica para su hegemonía exterior. A primera vista podría parecer que, pese a las prestaciones de ayuda ateniense a Esparta en estos difíciles momentos, la gran ganadora del conflicto, junto a Tebas, iba a ser la cuna de la democracia, liberada así de su tradicional antagonista. Pero los acontecimientos ulteriores demostraron que, hasta cierto punto, la situación no era tan favorable. No hay que olvidar un hecho clave: el colapso de Esparta hacía desaparecer la justificación por la cual Atenas había propiciado la formación de la Liga Marítima. Para atraerse a muchos aliados Atenas se había aprovechado de la impopularidad motivada por la dureza del dominio lacedemonio. Pronto sus verdaderas ambiciones expansionistas iban a quedar al descubierto. Ya se vio en el 374, cuando intervino políticamente en Zacynthos, y en el 371 cuando configuró su red de alianzas. Todo ello era un mal ejemplo para los aliados, a quienes debieron sorprender algunas iniciativas políticas atenienses, como los acuerdos con el tirano Dionisio de Siracusa, con Persia o con los oligarcas de Corinto, que mostraban cómo Atenas estaba dispuesta a posponer a sus intereses el compromiso de defender la libertad de los griegos. Tampoco Tebas podía considerar en este momento (368) su situación totalmente consolidada, pues sus afanes imperialistas empezaron a provocar ciertas reticencias entre algunos de sus aliados, como se vio pronto a propósito de la Liga Arcadia. En este ambiente de incertidumbre llegó a Grecia a fines del 368 Filisco, un agente del sátrapa persa Ariobarzanes, con mucho dinero y proposiciones de paz. Reunió en Delfos a tebanos, aliados y lacedemonios, pero no se llegó a un acuerdo, pues los tebanos se negaban inflexiblemente a que Esparta recuperara el control de Mesenia.

El declive espartano se origina con las campañas de Epaminondas.

b) *Los progresos del federalismo griego.* La consolidación de las tendencias federalistas es uno de los fenómenos más interesantes del siglo IV griego, y comienza a adquirir importancia en los años posteriores a Leuctra. Tras esta batalla se entra en un periodo de hegemonismo tebano, siendo Beocia saludada ahora como salvadora de la Hélade. No conviene olvidar que el estado beocio se había configurado sobre bases federalistas dentro de un sistema democrático, por lo que resultaba hasta cierto punto lógico que el proceso federalista griego estuviera inspirado por el organigrama político de la potencia del momento. Entre las creaciones más importantes al respecto estuvieron la Liga Arcadia, la Liga Etolia y la Liga Acarnania. En la fase posterior a Leuctra sería la Liga Arcadia, consolidada bajo la inspiración de Epaminondas, la que adquiriría un gran protagonismo en el Peloponeso. Su centro radicaba en Megalópolis (fundada en 368/7), y con este «sinecismo» (producto de la unión de veinte aldeas) se puso fin a la tradicional rivalidad entre Tegea y Mantinea. Respecto a su organización, ilustrada por un epígrafe del 362/1, sabemos que existía una asamblea, denominada «de los Diez Mil», de naturaleza censitaria poco clara, respecto a cuya composición estamos mal



Estela de Mnesarete, h. 380 a. de C. El tipo de estela había consolidado su forma durante el siglo V. El bajorrelieve rectangular era flanqueado por dos pilastras y coronado por un frontón. Las figuras, que generalmente aparecen dialogantes, alcanzan, en ocasiones tal maestría, que hacen pensar en el trabajo de un gran artista.

informados, aunque es probable que fuese un cuerpo distinto a la totalidad del «*demos*» arcadio. En la citada inscripción del 362/1, erigida por el *Koinon* arcadio en honor del ateniense Philarcos, se especifica: «el consejo y los Diez Mil han decidido». Ese Consejo estaba formado por los *damiorgoi*, cuyo número variaba según las ciudades, siendo elegidos de acuerdo con una distribución cantonal. Los estados miembros adoptaron constituciones democráticas. A la cabeza de la confederación había un estratega, conductor del ejército federal. El primero fue Licómedes de Mantinea, uno de los probables organizadores de la Liga. Este mando unipersonal (no colectivo, como es el caso de los beotarcas beocios), señala una tendencia a concentrar los poderes (sobre todo militares) en manos de un magistrado anual, tendencia que será práctica común durante el siglo III en las grandes confederaciones etolia y aquea.

Aunque los tebanos tuvieron en la Liga Arcadia sus principales apoyos en el Peloponeso, después de la retirada de Epaminondas en el 368 aparecieron los primeros intentos de dar una independencia propia a la confederación y, si cabe, las primeras muestras de desconfianza hacia la política beocia. Licómedes excitó el orgullo arcadio «difundiendo que únicamente ellos tenían el Peloponeso como su propia patria» (JENOFONTE). Alegó que contribuir al engrandecimiento de Tebas era crear una nueva Esparta. Con tales proclamas consiguió suscitar recelos no sólo entre los tebanos, sino entre sus vecinos eleos, con quienes Arcadia entraría en guerra al cabo de un tiempo.

Para Tebas no sólo el Peloponeso era un hipotético factor de inestabilidad. También su flanco norte, Tesalia, donde había desaparecido su aliado Jasón de Feras, era causa de preocupación. En el 368, mientras Epaminondas retornaba al Peloponeso, Pelópidas acudió con tropas al país tesalio, tanto para ayudar a algunas ciudades tesalias frente al ejército de Alejandro de Macedonia, como para contener a otro Alejandro, el nuevo tirano de Feras. Quizás la intervención de Pelópidas sirvió para que la Liga Tesalia se organizara según el modelo de la confederación beocia, con una asamblea, una configuración cantonal y un número de magistrados y delegados en el consejo. Alejandro de Feras no sólo se mantuvo al margen, sino que en 367 atacó la Liga Tesalia y Tebas se vio obligada a intervenir de nuevo. Pelópidas e Ismenias fueron enviados y consiguieron la alianza de Ptolomeo, entonces administrador del reino de Macedonia, viniendo como rehén a Tebas el futuro Filipo II, quien aprendería durante su estancia las importantes innovaciones militares introducidas en el ejército tebano por Epaminondas, las cuales aplicaría luego en la falange macedonia. Pelópidas e Ismenias cayeron traidoramente en manos de Alejandro de Feras, quien desde este momento se convirtió en aliado de Atenas. Sólo algún tiempo después una intervención militar de Epaminondas forzó a Alejandro de Feras a devolver a los dos líderes tebanos, pero para entonces Tesalia, de antiguo aliado, se había convertido en una amenaza por el norte sobre Beocia.

Desde la venida de Filisco, Persia había mostrado su preocupación por el ascenso tebano, y su deseo de contribuir a la recuperación espartana. En el 367, enviados lacedemonios y atenienses habían visitado al Gran Rey en demanda de ayuda. Los tebanos, deseando contrarrestar la influencia enemiga en estas negociaciones, acudieron también a la corte aqueménida junto a los embajadores aliados de Arcadia y Elis. Esparta necesitaba subsidios para derrotar a los arcadios, ahora sus antagonistas en el Peloponeso. Por su parte, Atenas, que había conseguido reforzar su posición obteniendo las alianzas de Alejandro de Feras y Dionisio de Siracusa (367), no había dejado de provocar cierta inquietud entre sus aliados egeos con dichas iniciativas. Para tenerlos controlados le era también importante contar con la ayuda persa. Sin embargo, quien obtuvo el favor del Gran Rey en la conferencia de Susa fue Pelópidas, que apeló al antiguo apoyo tebano a los persas durante las Guerras Médicas, y exigió que constaran entre las cláusulas de la paz la renuncia de Esparta a Mesenia, y de Atenas al imperio marítimo, en especial su reivindicación de Anfípolis. Este resultado hizo que los atenienses ejecutaran a Timágoras, uno de sus embajadores.

En la primavera del 366 «los tebanos convocaron a los representantes de todas las ciudades para oír la carta del rey y... exigieron que juraran esas cláusulas los que deseaban ser amigos del rey y suyos» (JENOFONTE). Los enemigos de Tebas rechazaron la propuesta de plano, y Licómedes de Arcadia

se les añadió. La situación volvía a complicarse de nuevo, y la tensión aumentó cuando, pocos meses después, los exiliados de Oropo, una ciudad de la frontera beocia ocupada por Atenas en el 374, la recuperaron entregándola a Tebas. A los cinco años del congreso panhelénico de Esparta del 371, la situación general en Grecia volvía a complicarse, y la concordia a la que tanto había apelado Isócrates parecía más lejana que nunca. Estos amargos sentimientos, y la inquietud provocada por el exacerbado imperialismo tebano, se hallan bien reflejados en su «Arquidamos», discurso compuesto quizás en el 366. Para entonces el orador ya había renunciado a su viejo proyecto de unir a los griegos en una empresa común contra Persia. Tan sólo esperaba quizá que una inminente «entente» entre atenienses y arcadios viniera en ayuda de Esparta. Tendrían aún que transcurrir unos años para que entre Filipo y Alejandro de Macedonia se llevara a cabo aquel gran proyecto asiático.



Partenón. Friso lado norte, h. 474 a. de C. Atribuido a Fidias. Sería este escultor quien diera al arte clásico su forma perfecta y los más delicados matices de su expresión. La madurez que su genio alcanza y, sobre todo, el profundo contenido de sus obras hace pensar que sobre él influyeron los intelectuales que rodeaban a Pericles.

c) *El difícil equilibrio.* Tras la «paz de Pelópidas», las perspectivas de la política exterior ateniense no parecían muy halagüeñas. El desastre diplomático sufrido en Susa, la falta de un éxito decisivo en sus intervenciones en el Peloponeso, y la pérdida de Oropo, hacían ganar terreno al predominio tebano. También el descontento de algunos miembros de la Liga, a causa de las exigencias fiscales motivadas por la activa política internacional ateniense, podía ser explotado en su provecho por Persia y Tebas. La entrada en alianza con Arcadia (366), desencantada ya ante el imperialismo beocio, no podía paliar una situación de hecho preocupante. Las tensiones suscitadas en el *demos* ateniense hicieron una vez más objetivo de sus dardos a los políticos, en especial aquellos que habían propugnado una política expansionista, que ahora parecía haber llevado a su patria a un callejón sin salida. Las acusaciones no se hicieron esperar, especialmente contra Calistrato y Cabrias. Atenas se hallaba en la encrucijada de renunciar totalmente a una proyección exterior, que la comprometía en nuevos gastos y alianzas, o de lanzarse abiertamente a una política ofensiva en todas sus consecuencias, que podía suponer situar la Liga al servicio de sus propios intereses. Esta segunda opción fue la que, en definitiva, se siguió, y el hombre providencial de la «nueva política» volvió a ser su estratego Timoteo.

Timoteo había quedado al margen de la vida pública ateniense tras su proceso del año 373, y se había puesto desde entonces a las órdenes del monarca persa. En el año 366 volvió al Atica y se le concedió el mando de una flota de 30 naves y 8.000 peltastas mercenarios. Su misión consistía en fomentar la revuelta del sátrapa Ariobarzanes contra el Gran Rey, aunque la expedición se dirigió directamente contra Samos, que no era miembro de la Liga y contaba con una guarnición persa. Tras un bloqueo de diez meses la isla cayó, siendo muchos habitantes expulsados y sus tierras ocupadas por clerucos atenienses. Posteriormente, Timoteo se dirigió al Quersoneso tracio, donde tomó Sesto y Crithote, asentando también allí sendas cleruquías. Ambas ciudades ocupaban una ventajosa posición sobre el Helesponto, especialmente para el comercio de trigo con el Bósforo, y para amenazar los territorios persas. En el 364 Timoteo, con la ayuda de Pérdicas, rey de Macedonia, capturó Potidea, Torone y otros puntos de la Calcídica y, a expensas de Pérdicas, Pydna y Methone, en la costa macedonia. Fue el inicio de una activa política ateniense en el norte del Egeo, que suscitaría algunos años después la hostilidad del rey tracio Kersebleptes, con quien Atenas acabó concluyendo un tratado que garantizaba su preponderancia en el área. Por el momento Timoteo, para financiar sus operaciones, exigió contribuciones de los estados aliados de Tracia, iniciativa contraria a los principios financieros de la Liga. Bien es verdad que no sojuzgo ni instaló clerucos en ningún miembro de la alianza, pero, obviamente, esta vuelta de Atenas a las directrices imperialistas no podía ser bien vista por aquellos estados que, confederándose con ella, habían creído obtener así una garantía de su libertad.

También para Beocia las alternativas de su expansión exterior habían repercutido en su situación política interna. Aunque luchaba con un ejército de ciudadanos y disponía de contados recursos navales, no es menos cierto que la prolongación y alternativas de las sucesivas guerras provocaron tensiones entre su población. Esta tirantez se puso de manifiesto en la mudable actitud de la asamblea beocia respecto a sus líderes. Epaminondas y Pelópidas fueron los verdaderos artífices del irresistible ascenso de Tebas, a la que dieron un lugar de privilegio en el concierto político griego. En aras de

este objetivo hegemónico, no tuvieron reparos en recurrir a la ayuda persa, contribuyendo así a la dispersión del mundo helénico. No obstante, y pese a su incuestionable prestigio, Epaminondas y Pelópidas fueron censurados en el 369 por haber superado su año de mandato como beotarcas durante la primera invasión del Peloponeso, si bien se les exculpó. Pero, tras la segunda invasión, Epaminondas no fue reelegido beotarca para el 367, quizás a causa de su política liberal, opuesta a la ocupación de territorios e instalación de guarniciones, y proclive al entendimiento con Orcómenos, rival de Tebas dentro de Beocia, y con los emigrados tebanos. Sin embargo, la negativa de los estados griegos a aceptar los términos de la paz propuesta conjuntamente por Beocia y Persia en el 367, radicalizó la política tebana, encaminada a conseguir tal acatamiento por la vía bélica. Y Epaminondas volvió a ser en tales circunstancias el conductor del ejército beocio, con la novedad de que ahora Beocia estaba dispuesta a lanzar también su ofensiva por mar.

De nuevo como beotarca, Epaminondas dirigió una tercera expedición contra el Peloponeso en el 367. Contando con el apoyo de Argos, superó las defensas atenienses y espartanas en el istmo de Corinto, y se reunió con sus aliados peloponésicos. Luego marchó contra Acaya, cuya alianza obtuvo, aunque respetó el régimen oligárquico. El respaldo de Acaya significaba para Tebas tener el control sobre el golfo de Corinto, facilitando el acceso por mar al Peloponeso. Las decisiones de Epaminondas, no obstante, seguían teniendo fuertes oponentes dentro de la confederación beocia. El mantenimiento de los oligarcas fue duramente criticado por considerárseles propensos a una política pro-espartana, temida por los aliados arcadios. Tales acusaciones prosperaron, por lo cual Tebas instaló finalmente gobernadores y guarniciones en las ciudades aqueas, que expulsaron a los oligarcas e instalaron gobiernos democráticos. La situación volvió a invertirse al poco tiempo, cuando los exiliados retornaron y rescindieron la alianza aquea con Beocia. «Después de regresar, dice JENOFONTE, no fueron neutrales, sino que combatieron con ardor con los lacedemonios y los arcadios fueron presionados de un lado por los lacedemonios, de otro por los aqueos.»

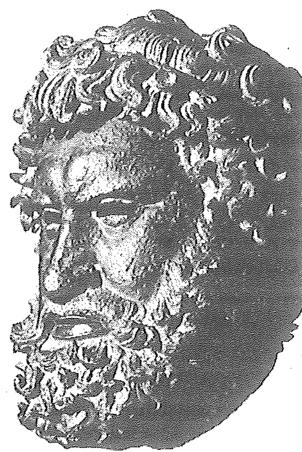
Epaminondas (418-362 a. de C.), general beocio que venció a los espartanos en Leuctra en el 371 y en Mantinea en el 362, donde murió. Estableció la hegemonía tebana durante cierto tiempo en Grecia.

También en Sicione, donde Epaminondas había respetado a los oligarcas en el poder, la política del gran líder tebano sufrió un duro revés. Un ambicioso oligarca, Eufrón, con el concurso de tropas arcadias y argivas, proclamó la democracia en la ciudad, se hizo con un ejército de mercenarios y acabó transformándose en tirano. Tebas respondió instalando una guarnición en la acrópolis de Sicione, con la que inicialmente cooperó Eufrón en un ataque fallido contra Fliunte. Derrotado por los arcadios, Eufrón fue expulsado de Sicione, aunque recuperó el puerto con sus mercenarios y se inclinó a la alianza espartana. Con ayuda ateniense acabó recobrando la ciudad, pero no su acrópolis. Finalmente, intentó volver a formar parte de la Liga Beocia, pero fue asesinado. Los tebanos ocuparon el puerto de Sicione, pero su política agresiva en Acaya y Sicione, que recordaba las viejas apetencias imperialistas de Esparta y Atenas, les había ya desacreditado a ojos de los griegos. La ocupación de Oropo fue un hito más en este proceso expansionista, y la alianza entre atenienses y arcadios (366) la respuesta lógica a los temores que el ascenso beocio estaba suscitando.

d) *La cúspide del poder tebano.* En el 364 Beocia atendió una llamada de ayuda de los tesalios contra Alejandro de Feras, el aliado de Atenas en la zona. Pelópidas se encargó de dirigir las operaciones, teniendo lugar el encuentro decisivo en Cinoscéfalos. Allí murió Pelópidas, un brillante general y diplomático, y el principal soporte político de Epaminondas. Su muerte fue vengada poco tiempo después, cuando un ejército beocio consiguió la sumisión del tirano de Feras, quien se vio obligado a devolver las ciudades tesalias en su poder y proporcionar tropas a Tebas, dueña ahora de toda la Grecia central. Algunos meses más tarde (363) Epaminondas lanzó la primera y única ofensiva naval contra Atenas. Beocia había incrementado su flota con nuevos barcos construidos con la madera traída quizá de Macedonia y Tesalia, y contando probablemente con la ayuda cartaginesa. Los tebanos consiguieron mediante negociaciones que Bizancio, Quíos y Rodas se separaran de la alianza ateniense. Luego, la armada beocia zarpó hacia el Bósforo, para interceptar los suministros trigueros de Atenas, cuya flota no intervino. También Ceos (costa ática) se separó de Atenas, que quedaba así muy desprestigiada ante sus aliados. Epaminondas retornó de esta campaña

victorioso. Pero durante su ausencia había ocurrido un hecho que exasperó aún más a los enemigos de Beocia. Un grupo de exiliados tebanos y de ciudadanos de Orcómenos (única ciudad libre de Beocia) intentó derrocar la democracia en Tebas (364). El castigo impuesto por la confederación beocia fue terrible: todos los varones de la ciudad fueron ejecutados, siendo mujeres y niños vendidos como esclavos. Orcómenos fue arrasada. Al volver, nuevamente la voz de Epaminondas se alzó contra la cruel política propulsada por sus compatriotas.

La situación en este momento parecía muy favorable para Tebas. Atenas empezaba a tener problemas con algunos miembros de la Liga Marítima. El poder beocio había quedado firmemente asentado en la Grecia central, y tenía cubierto su flanco norte al mantener buenas relaciones con Macedonia y Tesalia (anulado ya Alejandro de Feras). Quedaba el siempre inestable Peloponeso. Esparta, tras sus descalabros anteriores, se había autolimitado políticamente. Quedaba Arcadia, ahora decantada hacia el bando ateniense. La situación vino a complicarse de nuevo en el 365, cuando Arcadia y Elide entraron en conflicto por la posesión de Trifilia. Los líderes oligarcas de Elide obtuvieron el apoyo de Esparta y Acaya, mientras los arcadios se vieron respaldados por los estados democráticos, Mesenia, Argos, Tebas y Atenas. A mediados del 364 el ejército arcadio, con apoyo de contingentes argivos y atenienses, consiguió ocupar Olimpia pese a la dura resistencia de las tropas eleas y aqueas en el recinto religioso (Altis), y cedió a los pisatas la organización de los Juegos Olímpicos. Los vencedores se apropiaron de los bienes sagrados para pagar a las tropas federales, los 5.000 eparitas. Este acto sacrílego dividió inmediatamente a la Liga Arcadia en dos bandos irreconciliables, uno, encabezado por Tegea, que englobaba a los principales dirigentes que habían propulsado tal iniciativa; otro, con Mantinea al frente, que había denunciado tal acción. Esta división sacaba a relucir de nuevo la oposición latente dentro de Arcadia entre los elementos conservadores, muy fuertes en Mantinea, y los líderes demócratas, que favorecían a las clases menos pudientes, donde se reclutaban los eparitas. En el 363 la asamblea general de la Liga Arcadia condenó la apropiación indebida de los tesoros sagrados. Se abolió el pago de los eparitas y se prepararon negociaciones con Elide con vistas a una paz. El partido conservadurista de Mantinea tenía ahora las riendas del poder dentro de la Liga. Se exigieron cuentas a los magistrados que habían usado indebidamente los bienes de los santuarios, por lo que aquellos «enviaron mensajeros a Tebas e indicaron a los tebanos que si no venían con las tropas los arcadios corrían el riesgo de volverse partidarios de Laconia» (JENOFONTE). Una nueva intervención beocia en el Peloponeso, en apoyo de los demócratas, empezaba ya a perfilarse.



Cabeza de pugilista en bronce procedente de Olimpia. Hacia mediados del siglo IV a. de C.

Inicialmente se llegó a un compromiso entre todos los arcadios para observar la paz con Elide, tomándose juramento incluso al oficial tebano que mandaba una guarnición en Tegea de 300 hoplitas beocios. Pero inmediatamente «el tebano y los magistrados que temían la rendición de cuentas cerraron las puertas de la muralla de Tegea con ayuda de los beocios y los eparitas que se habían puesto de acuerdo». Muchos arcadios partidarios de la paz, especialmente los mantineos, fueron arrestados, aunque el gobernador tebano los liberó luego. Los arcadios se quejaron a Tebas de esa actitud. Pero Epaminondas, a la sazón beotarca, respondió acusando a la Liga Arcadia de haber infringido sus tratados con la confederación beocia al negociar por separado una paz con Elide. Las perspectivas de una nueva intervención, en un Peloponeso cada vez más dividido, eran ahora favorables para los intereses tebanos. La advertencia de Epaminondas ahondó aún más las divisiones en la Liga Arcadia. Tegea, Megalópolis y otras ciudades se inclinaron por Tebas. Mantinea y sus aliados reclamaron la ayuda de Elide, Acaya y Esparta, decidiéndose que cada cual tuviera el mando en su propio territorio.

En el 362 Epaminondas se puso en marcha hacia el sur con el ejército beocio, reforzado por tropas eubeas y tesalias. Era la cuarta vez que dirigía una expedición contra el Peloponeso, donde contaba con el apoyo, no sólo de las democráticas Argos y Sicione, que le permitían el acceso por el istmo de Corinto, sino también de muchas ciudades arcadias (Tegea y Megalópolis especialmente), donde predominaban los regímenes democráticos. Aprovechando la dispersión de los aliados de Mantinea, Epaminondas buscó inicialmente derrotarlos por separado. En Nemea conoció que Atenas iba a apoyar

a los arcadios por mar a través de Lacedemonia. De allí partió para Tegea, donde estableció su base de operaciones, mientras en Mantinea se organizaba el ejército enemigo. Enterándose de que Agesilao y las tropas espartanas, que acudían en ayuda de Mantinea, estaban en Pelene, decidió dar un golpe de mano contra la desguarnecida Esparta. Tras una rápida marcha nocturna llegó a la ciudad, pero Agesilao había sido informado de la operación, y se le había adelantado con algunos contingentes. Las tropas beocias no pudieron forzar la resistencia espartana. Epaminondas, ante la posibilidad de que el grueso del ejército lacedemonio con sus aliados arcadios retornara para defender la ciudad, volvió a su base de Tegea. Desde allí envió su caballería de tebanos y tesalios para hostigar a Mantinea, defendida en esta ocasión por los jinetes atenienses.

Las fuerzas de Esparta, Atenas, Elide, Acaya y Mantinea se habían ya concentrado en esta última, eje del movimiento antidemocrático. Epaminondas no tenía más remedio que buscar una acción decisiva contra ellas, pues el tiempo que se le había dado de campaña estaba próximo a expirar. No olvidaba las derrotas sufridas en Esparta y Mantinea, que habían puesto en entredicho el prestigio de su poderosa caballería. Dejar abandonados ahora a los aliados hubiera quebrado la confianza de quienes apoyaban a la confederación beocia, y mermado su fama personal. JENOFONTE, siempre pro-espartano, aun considerando tales reflexiones «propias de hombres ambiciosos», no deja de reconocer en cierto modo la capacidad de Epaminondas y, muy particularmente, de su ejército. Las tropas de los aliados bloqueaban el retorno de los beocios hacia el norte. El líder tebano, confiando en la eficacia de su caballería y en la demostrada capacidad combativa de sus hoplitas, planeó un ataque en masa contra el punto más fuerte del enemigo, su ala derecha, y un movimiento envolvente contra su ala izquierda. La victoria (Julio-362) sonrió a los tebanos, pero Epaminondas cayó muerto en el combate, y sus hombres, impresionados por ello, no supieron sacar un partido decisivo a su triunfo, dejando al enemigo una cómoda escapatoria. El genio militar de Epaminondas quedó puesto otra vez de relieve en esta batalla, que los beocios no consiguieron transformar en un triunfo decisivo. Ambos

Grecia y Asia Menor en el año 362 a. de C.



oponentes se consideraron con derecho a erigir sendos trofeos. Aquí cierra Jenofonte el relato de sus «Helénicas», concluyendo lo siguiente: «...aunque cada uno afirmó que había vencido, ninguno de los dos se vio con algo más que antes de que ocurriera la batalla ni en territorio ni en ciudades ni en imperio. En consecuencia, en la Hélade hubo aún mayor indecisión y confusión después de la batalla que antes».

9. Grecia tras la batalla de Mantinea

Las observaciones finales de Jenofonte son relativamente ciertas. Dicho autor no menciona la inmediata firma de un tratado de paz (361) entre los contendientes que, reconociendo definitivamente la independencia de Mesenia, consagraba la decadencia de Esparta, que se abstuvo de firmar tal acuerdo, e hizo luego algunos vanos intentos por recuperar aquella. Igualmente, quedó confirmada la división de Arcadia en dos federaciones separadas, una al sur encabezada por Tegea y Megalópolis, otra al norte dirigida por Mantinea. La aspiración tebana al dominio peloponésico también se esfumaba. Todos los principales estados griegos, salvo la ausencia apuntada, se comprometieron por juramento a observar una paz general. Es posible que se fraguase también una alianza de estados griegos con vistas a un objetivo común, vieja aspiración nunca lograda. Atenas parecía ser la potencia llamada a dirigir el nuevo organismo, especialmente con vistas a una ofensiva general contra Persia, una vez conseguido aparentemente un equilibrio interno en el mundo helénico. Pero en el 361 firmó dos alianzas, una con Arcadia, Acaya, Elide y Fliunte, y otra con la confederación tesalia, cuyas ambiciones en Grecia central comprometían la situación de Tebas. Tales alianzas significaron un duro golpe contra el acuerdo general mencionado, poniéndose de nuevo en evidencia que el litigio entre Atenas y Tebas, una vez hundida Esparta, estaba aún por resolver. Beocia no podía, desde luego, mantener indefinidamente su actitud ofensiva, aunque dentro del Peloponeso seguía conservando el control sobre Megalópolis.

361 a. de C. Firma de una Alianza con Arcadia, Acaya, Elide y Fliunte y de otra con la confederación Tesalia.

No obstante, la estabilidad política ateniense iba a verse afectada en los años ulteriores a Mantinea por diversos acontecimientos relacionados con la Liga Marítima, que acabaron poniendo en entredicho el papel directriz de Atenas dentro de la confederación. La ofensiva naval de Epaminondas en el 363, aunque no decisiva, sí había revelado las deficiencias del poder naval ateniense, y el descontento que gradualmente iba cundiendo entre algunos aliados. Sin embargo, Atenas no moderó su política, adoptando, en cambio, iniciativas de corte claramente imperialista. Se entrometió decididamente en la jurisdicción interna de algunas «poleis», como se vio claramente respecto a la isla de Ceos, sobre la que se reservó derechos judiciales y un control comercial. Al no cubrirse los gastos de las guerras ni con los impuestos directos ni con los aportes voluntarios de los ricos, tuvo que aumentar las aportaciones de los aliados. Los comisarios atenienses empezaron a efectuar el cobro de las contribuciones de la Liga por métodos más que dudosos, violando la autonomía de los confederados, mientras que la instalación de cleruquías ponía de manifiesto una vuelta a los procedimientos expansionistas del siglo v.

No obstante, al contar con aliados en el Peloponeso y en Tesalia, la agresiva actuación de Atenas cara al exterior no le fue radicalmente desfavorable hasta el año 358. En el norte del Egeo, Timoteo intentó infructuosamente conquistar Anfípolis, una vieja reivindicación ateniense. Anfípolis fue apoyada por la Liga Calcidia y por Pérdicas de Macedonia. Su sucesor, Calístenes, también fracasó, siendo ejecutado (362). Debido a sus derrotas en el Helesponto fueron enjuiciados igualmente los estrategas Ergófilas, Autoclés y Menón. En el 360 se exiliaron voluntariamente los estrategas Timómaco y Teótimo. Estos procesos volvían a poner en evidencia las fuertes tensiones internas que convulsionaban a un estado como Atenas, que iba perdiendo la confianza en sus dirigentes al compás adverso de los acontecimientos. Cada compañía naval costaba cientos de talentos, y obligaba a un gran esfuerzo económico. Para muchos atenienses empobrecidos las cleruquías eran la solución. De ahí los castigos a los generales derrotados. La situación se



Partenón. Torso de una joven. Fidias, h. 474 a. de C. Presumiblemente fuera Iris, mensajera de Zeus, personificación del arco Iris, a la que generalmente se representa portando alas y un caduceo.

agravó desde el momento en que la hostilidad de Bizancio, Calcedonia y Cízico afectó a los suministros de trigo del mar Negro (362), y Cotys, rey tracio, capturó Sesto y amenazó Crithote y Elaeus. En la costa asiática del Egeo los intereses atenienses contaban con el respaldo de Ariobarzanes, líder de los sátrapas sublevados contra Artajerjes Mnemón. Cuando este murió (invierno 359/8), la rebelión se perpetuó contra su sucesor, Artajerjes Ocho, que contaba sólo con el apoyo de Mausolo, sátrapa de Caria. Esta situación de inestabilidad en el reino persa, así como la desaparición por aquel tiempo de Pérdicas de Macedonia, y Cotys de Tracia, ambos tan hostiles a Atenas, parecieron despejar el panorama en favor de la potencia ática.

A partir del 357 la situación cambió radicalmente. Las ciudades de Eubea, rebeladas contra Beocia, recibieron ayuda ateniense y terminaron adhiriéndose a la Liga Marítima. Por su parte Anfípolis, hostigada por Filipo de Macedonia, ofreció su entrega a Atenas, que pactó con el rey macedonio en este asunto, al estar interesada en reforzar su posición en el Quersoneso, donde se envió un cuerpo mercenario al mando de Cares. Se llegó a un acuerdo con los reyes tracios, sobre la base de que las ciudades griegas del Quersoneso, salvo Cardia, pagarían tributo a los soberanos nativos y contribuciones a la propia Atenas. Inmediatamente se desencadenó la denominada «Guerra Social» (357/355).

Este conflicto puso a Quíos (que se negó a pagar contribuciones para la guerra contra Macedonia), Rodas y Cos, con el apoyo de Bizancio y Mausolo de Caria, en abierta hostilidad contra Atenas y la Liga Marítima. La flota ateniense, al mando de Cares, interceptó la ayuda enviada por los rebeldes a Quíos y bloqueó la ciudad. La derrota de la armada ateniense dirigida por Cabrias hizo que Cares se encaminara al Helesponto para emprender operaciones contra Bizancio, que cortaba las comunicaciones con el Ponto. La situación se complicó para Atenas cuando Filipo se alió con la Liga Calcidia, tras capturar Anfípolis, frente a Atenas. Los sublevados asolaron las islas atenienses de Lemnos e Imbros y sitiaron Samos, defendida por los clerucos. La suerte suprema de la guerra se decidió en Embata, entre la isla de Quíos y el continente. Atenas reunió una gran flota de 120 naves mandadas por Cares, Timoteo e Ifícrates. A causa del tiempo desfavorable, Timoteo e Ifícrates rehusaron comprometerse en un combate. Cares lo hizo solo, y fue vencido. A causa de las quejas de Cares, Timoteo e Ifícrates fueron juzgados (356). Tras esta derrota Atenas hizo un último esfuerzo para apoyar al sátrapa Artabazo, enviado a Cares con sus mercenarios. Intentó así contrarrestar el apoyo dado por Mausolo de Caria a los rebeldes, pero la operación finalmente fracasó. A mediados del 355 Atenas hizo la paz con los sublevados y reconoció su independencia. Fue un golpe muy duro para la segunda Liga Marítima, que quedó muy mermada. Paralelamente, el ataque de Tebas contra la Fócide, y la ocupación de Potidea por Filipo, habían acabado por poner de manifiesto las apetencias macedónicas al liderazgo helénico. Esparta ya no era rival. Atenas, sin el respaldo de la Liga, tampoco significaba nada. Sólo quedaba Tebas, pero su ciclo hegemónico pronto se iba a cerrar ante el acoso del soberano macedonio.

BIBLIOGRAFIA

ACCAME, S.: *La Lega ateniese del secolo IV a. C.*, Roma, 1941.

BUCKLER, J.: *The Theban Hegemony, 371-362 B. C.*, Harvard Univ. Press, Londres, 1980.

CLOCHE, P.: *La restauration démocratique à Athènes en 403 av. J. C.*, París, 1915.

CLOCHÊ, P.: *La politique étrangère d'Athènes de 404 à 338 av. J. C.*, París, 1934.

CLOCHÊ, P.: *Thèbes de Béotie, des origines à la conquête romaine*, París, 1952.

CLOCHÊ, P.: *Isocrate et son temps*, París, 1963.

DAVIES, J. K.: *La Democracia y la Grecia Clásica*, Madrid, 1981.

FERNÁNDEZ NIETO, F. J.: *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*, Santiago de Compostela, 1975.

HAMMOND, N. G. L.: *A History of Greece to 322 B. C.*, 2.ª ed., Oxford, 1967.

LARSEN, J. A. O.: *Greek Federal States. Their Institutions and History*, Oxford, 1968.

LEWIS, D. M.: *Sparta and Persia*, Leiden, 1977.

MANDEL, J.: «Jason: The tyrant of Pherae, Tagus of Thessaly, as reflected in Ancient Sources and Modern Literature: the Image of the "New" Tyrant». *Rivista Storica dell'Antichitá*, X (1980), págs. 47-79.

MARTIN, V.: *La vie internationale dans la Grèce des citès (VIe-VIe s. av. J-C.)*, París, 1940.

MATHIEU, G.: *Les idées politiques d'Isocrate*, París, 1966.

MOSSÊ, C.: *La fin de la démocratie athénienne. Aspects sociaux et politiques du déclin de la cité grecque au IVe siècle av. J-C.*, París, 1962.

MOSSÊ, C.: *Historia de una democracia: Atenas*, Madrid, 1981.

RICE, D. G.: «Agesilaus, Agesipolis and Spartan Politics, 386-379 B. C.». *Historia*, XXIII (1974), págs. 169 y siguientes.

Ryder, T. T. B.: *Koine Eirene. General Peace and Local Independence in Ancient Greece*, Oxford. 1965.

SALMON, P.: *Etude sur la confédération béotienne (447/6-386)*, Bruselas, 1978.

TÊNÊKIDÊS, G.: *La notion juridique d'indépendance et la tradition hellénique. Autonomie et fédéralisme aux Ve-IVe siècles av. J-C.*, Atenas, 1954.

VANNIER, F.: *Le IVe siècle grec*, París, 1967.

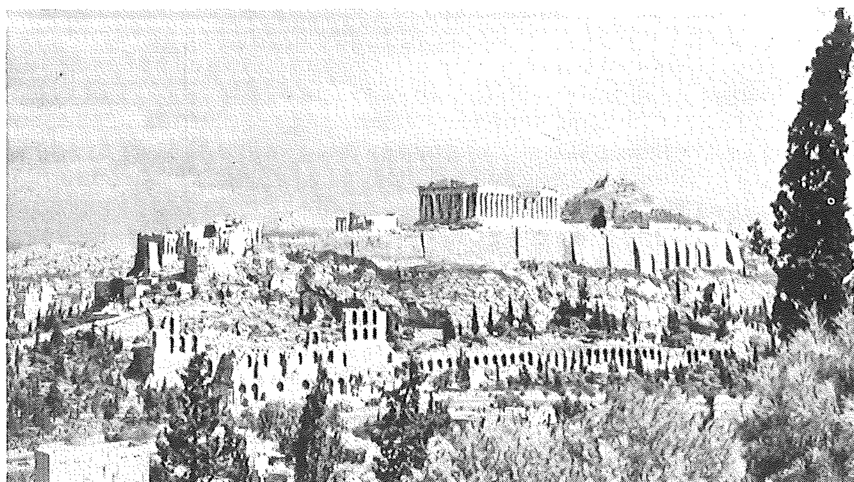
WESTLAKE, D.: *Thessaly in the fourth century B. C.*, Londres, 1935.

EVOLUCION POLITICA DE LA MAGNA GRECIA Y SICILIA DURANTE LOS SIGLOS V Y IV

Juan Francisco Rodríguez Neila

1. La época de los primeros tiranos

a) *El nacimiento de las tiranías.* Si los siglos VII y VI significaron para las colonias griegas de la Magna Grecia y Sicilia una etapa de estabilidad relativa y su consolidación material y demográfica, el siglo V iba a suponer el desencademiento de agudas tensiones. En el plano exterior, la supervivencia de los establecimientos coloniales se iba a ver afectada por la cercana presencia de dos poderosas talasocracias mediterráneas, la etrusca y la cartaginesa, a quienes estorbaba la prosperidad y el espíritu de iniciativa propios de los colonos helenos. Si bien es verdad que el primer cuarto de siglo se cerró con sendas victorias griegas frente a ambos competidores, de hecho la situación no se equilibró, al ser acosadas ulteriormente tales ciudades por la hostilidad de las poblaciones indígenas, especialmente en Sicilia, isla que vería otra vez hollado su suelo en la recta final de la centuria por una nueva intervención púnica, tras haber sufrido previamente las consecuencias de la expedición ateniense capitaneada por Nicias y Alcibíades, en pleno furor de la guerra del Peloponeso. No obstante, los problemas no vinieron siempre de afuera. La historia política de los griegos de Sicilia y Magna Grecia durante los siglos V-IV está señalada también por las profundas crisis sociales internas sufridas por muchas ciudades, con frecuentes enfrentamientos entre el *démos* y los regímenes oligárquicos, o entre las propias facciones oligárquicas, y por



Acrópolis. Odeón de Herodes Atico y Pórtico de Eumenes. Fue el primero un administrador ateniense del siglo II a. de C., que, gracias a sus inmensas riquezas, dotó a Grecia de importantes monumentos como el que aquí vemos. El segundo, un general griego, uno de los oficiales de Alejandro Magno.

las guerras entre unas comunidades y otras, bien por problemas de coexistencia territorial, o por el deseo de algunos políticos de conseguir la unidad de todos los griegos del Oeste. Un sueño a la larga tan irrealizable como la siempre añorada unión de los griegos de la Grecia continental, sólo fraguada bajo la hegemonía macedónica. Al compás de todos estos avatares fueron surgiendo en algunas ciudades greco-occidentales regímenes tiránicos, que dieron una especial impronta política a buena parte del periodo que estudiamos.

El primer tirano heleno occidental del que tenemos noticia fue Panaitios de Leontinoi, que al parecer vivió a finales del siglo VII. ARISTÓTELES menciona su tiranía como una de las que surgieron a partir de la oligarquía, lo que corrientemente es el caso de estas tiranías sicilianas arcaicas, cuyos miembros solían pertenecer a los sectores sociales más adinerados, aunque se hicieran defensores de las causas populares. En este sentido, al igual que otros ejemplos más, Panaitios encarna el tipo de tirano «demagogo», que habría sublevado al pueblo de Leontinoi contra los oligarcas, a quienes debemos perfilar como una aristocracia de grandes poseedores de tierras, seguramente los descendientes de los primeros colonos calcidios que, procedentes de Naxos, fundaron esta colonia. Por lo demás, desconocemos qué medidas políticas tomó Panaitios en favor del *démos*, y cuál era exactamente la composición de ese *démos*. Tampoco sabemos cómo se extinguió esta tiranía.

Respecto a otro tirano, Phalaris de Akragas, nuestra información no es más detallada. Akragas había sido fundada más de un siglo después de Gela por gentes de esta última ciudad, colonizada a su vez originalmente por elementos rodios y cretenses. La tiranía de Phalaris, a diferencia de lo que ocurre en otras ciudades, se sitúa en este caso en las primeras fases de la evolución política de una colonia, habiéndose sugerido fechas comprendidas entre 570-555 a. de C. ARISTÓTELES sitúa a Phalaris en el mismo rango de aquellos tiranos jonios que obtuvieron el poder personal a partir del ejercicio de una magistratura constitucional. Esta circunstancia encaja bien en el contexto político de una ciudad que, en esas fechas, tenía aún una andadura cronológica muy corta. Desconocemos si, con tan breve trayectoria, la sociedad de Akragas se había polarizado ya sobre una dualidad oligarquía-*démos*, tal como ocurre en otras colonias. En todo caso la tradición histórica, por lo que respecta a Phalaris, ciñe su figura con el mismo entorno legendario que observamos en otros tiranos, haciendo de él casi un prototipo mítico de crueldad. Algunas fuentes posteriores nos dicen que se hizo con el poder malversando las cantidades que le habían sido confiadas para la construcción de un templo a Zeus, dinero con el que contrató una fuerza de mercenarios y esclavos, que le sirvió para aniquilar a sus oponentes. El relato resulta algo sospechoso, al paralelizarlo con otras historias de surgimiento de tiranías. Estamos también informados de que durante su mandato dirigió varias campañas con éxito contra las comunidades indígenas sicanas. La conocida leyenda del toro hueco de metal, en cuyo interior asaba vivas a sus víctimas, hizo de él un modelo de monstruosa conducta para los antiguos, y le salva casi del anonimato. Este no es, sin embargo, el caso de otros tiranos, como Aristodemos de Cumas o Telys de Síbaris, quienes se hicieron con el poder a fines del siglo VI, aunque de ellos apenas sabemos algo. Sí conocemos que los adversarios de Telys, refugiados en Crotona, movilizaron contra Síbaris la guerra que acabaría fatalmente con su ruina definitiva, tras una etapa de prosperidad que llegó a hacerse proverbial.

Como Platón y Aristóteles manifiestan en sus escritos, la tiranía fue una forma de gobierno frecuente en la Antigua Grecia.

b) *Los primeros tiranos de Gela.* Aún persistiendo muchos puntos oscuros, algo mejor informados estamos de los primeros tiranos que forjaron la pujanza política de Gela. Con Cleandros se inician cuatro décadas históricas que fueron decisivas para Sicilia, y que estuvieron caracterizadas por continuas luchas por el poder dentro de las ciudades, por guerras entre las colonias en busca de la hegemonía, por la miseria de muchas poblaciones, y por la vida cultural fastuosa en la corte de algunos tiranos. ARISTÓTELES clasifica también a Cleandros entre los tiranos que accedieron al poder previo enfrentamiento con los oligarcas. Tanto él como su hermano Hippocrates que le sucedió (ambos gobernaron Gela entre 505-491), procedían de una rica familia, como lo confirma el que su padre Pantares hubiera sido vencedor en la carrera olímpica de carros (en 512 ó 508), iniciando así una tradición participativa de otros líderes sicilianos en la más cara y aristocrática de todas las pruebas olímpicas. No sabemos exactamente cómo Cleandros se hizo con el poder que, seguramente, había estado antes en manos del estamento oligárquico configurado por los descendientes de los primeros colonos. Tampoco conocemos la entidad exacta de la base popular que debió respaldarle y las reformas que acometió. En todo caso, como resalta MOSSÉ, la falta en las ciudades sicilianas de estructuras sociales firmemente arraigadas implica que ninguna tiranía tenía ineludiblemente que auparse sobre el previo aniquilamiento de cuadros sociales arcaicos, que brillan por su ausencia.



Efebo colocándose una corona. Relieve votivo encontrado en el cabo Sunion. Hacia el 460 a de C.

Además, la fundación de Akragas desde Gela implica que los primeros colonos de Akragas, base del sector oligárquico posterior, se hicieron con el control de las tierras, y que los nuevos colonos llegados con posterioridad se vieron obligados a buscar un nuevo suelo donde asentarse. Aunque Cleandros murió asesinado tras haber gobernado durante siete años, es probable que hubiera dejado ya prefigurada una línea de política expansionista, determinada por esta necesidad de tierras.

Le sucedió su hermano Hippócrates hacia el 498, tras una corta guerra civil, donde jugó como importante factor el apoyo leal de un hombre, Gelón, que estaba destinado a ser el primer gran hegemón siciliano. Hippócrates se lanzó al gran proyecto de extender la dominación de Gela sobre gran parte de la Sicilia oriental, iniciativa política clave en la actuación de los Deinoménidas. Contaba de salida con algunos elementos favorables. La conquista había sido ya preparada por la erección de una línea de fortificaciones en torno al territorio de Gela. En el ejército del tirano contaba como factor básico la caballería. Las llanuras cercanas a Gela eran entonces un afamado criadero equino, y un jinete constituyó el tipo monetal de las acuñaciones emitidas en aquel tiempo por la colonia. Estas monedas se usaron para pagar mercenarios, obteniéndose la plata de confiscaciones y del comercio de esclavos. Hippócrates contrató tropas, tanto griegas como indígenas. Cuando la situación interna de Gela estuvo asegurada, y su ejército dispuesto, Hippócrates invadió el territorio calcidio, tomando las ciudades de Naxos, Zancle y Leontinoi.

En Zancle, el tirano de Gela tuvo que hacer frente a unas circunstancias políticas muy especiales, derivadas de la propia situación de dicha ciudad en el estrecho de Messina, que la convertía en llave importante para las comunicaciones marítimas. Por aquel tiempo, la revuelta de los griegos de Jonia, y la respuesta inmediata de los persas, habían tenido consecuencias que se hicieron sentir en los ámbitos helenos occidentales. Muchos griegos de Asia Menor emigraron, entre ellos un cierto número de focenses. Por razones poco claras, los griegos de Zancle invitaron a los exiliados jonios a venir a Sicilia y fundar un establecimiento costero al este de Hímera (Kale Akte). El asunto lo conocemos por el relato transmitido por HERODOTO (VI, 22-23): «los samios fueron los únicos que, ante la invitación de los zancleos, se pusieron en camino, y con ellos lo hicieron los milesios que habían conseguido escapar». Cuando ese grupo de samios recaló en Locri, al sur de Italia, dos sucesos complicaron el panorama. Uno fue la captura de Zancle por Hippócrates, que dejó la ciudad al mando de un tal Escita. El otro, la instauración de un régimen tiránico en Rhegium, al otro lado del estrecho, cuyo principal representante sería Anaxilas.

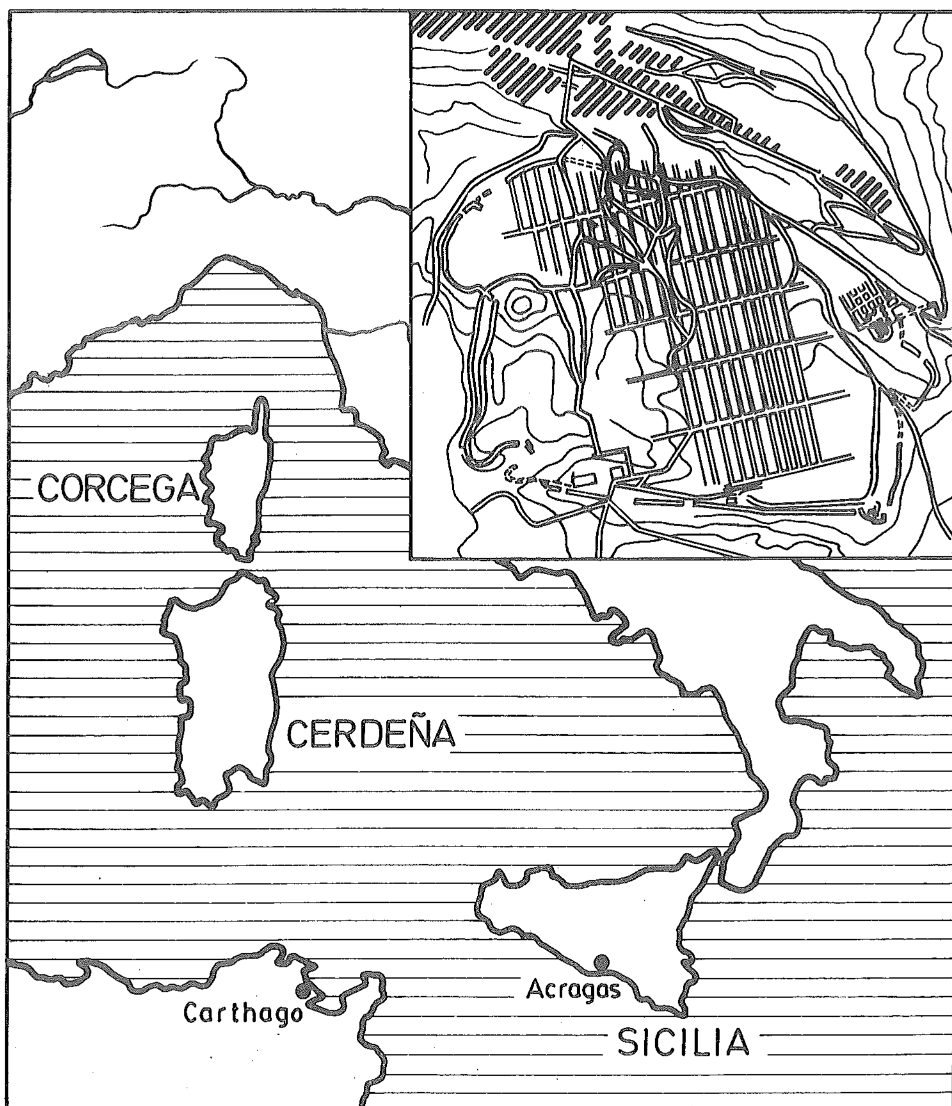
Su situación geográfica había motivado la prosperidad económica de Rhegium, centro de importantes exportaciones cerámicas. Anaxilas, su nuevo dirigente, era de origen mesenio. Ese hecho, junto al nombre con que Anaxilas rebautizó Zancle tras ocuparla (Messina), podría apuntar a una oposición étnica encabezada por la tiranía contra la oligarquía que dominaba Rhegium, descendiente de los primitivos colonos calcidios. Fue precisamente la lucha por la posesión de Zancle lo que motivó la guerra entre Hippócrates y Anaxilas. Este último, temeroso de la influencia del tirano de Gela sobre Zancle, que podía afectar a la prosperidad económica de su ciudad, trató de contrapesarla atrayéndose al citado contingente de refugiados samios. Les instó a, en vez de dirigirse a Kale Akte, ocupar Zancle, desguarnecida de defensores al estar el tirano Escita ocupado en tomar una ciudad sícula. Las gentes de Zancle apelaron a la ayuda de su aliado Hippócrates, cuya primera providencia fue arrestar a Escita, por descuidar la protección de la ciudad. A renglón seguido, con la intención de deshacer la maniobra de Anaxilas, Hippócrates se entendió con los samios, a quienes cedió Zancle, previo acuerdo que le permitía «ser dueño de la mitad de todos los enseres y esclavos existentes en la ciudad», recibiendo «todo lo que hubiese en los campos» (HERÓDOTO). La mayor parte de los zancleos fueron reducidos a esclavitud, y los trescientos ciudadanos más notables de la ciudad fueron entregados a los samios para que los ajusticiaran, resolución que no se llevó a efecto. Escita logró escapar, y huyó a la corte del rey persa Darío.

Con el control sobre Zancle, Hippócrates tenía un buen punto de partida para intentar ocupar Siracusa. Pero no llegó a realizar su sueño. Realmente

Gela no disponía de los efectivos navales necesarios para la empresa. Tampoco se desencadenó la revuelta popular contra la oligarquía de los *Gamoroi*, que Hippócrates esperaba para ser acogido como un libertador. Tras un intento no decisivo contra Siracusa, que acabó en un acuerdo conseguido con la mediación de Corinto (492), Hippócrates dirigió una campaña contra los sículos, probablemente en el Mte. Etna, en el curso de la cual murió. Tampoco su base en Zancle se mantuvo por mucho tiempo. Durante los disturbios que siguieron a su desaparición, y que precedieron al inicio de la tiranía de Gelón, Anaxilas, aprovechando la llegada a Sicilia de nuevos colonos mesenios, se apoderó de Zancle, a la que dio como nuevo nombre Messina.

Anaxilas, a partir de entonces, consolidaría su poder en Rhegium hasta el 476, controlando las dos riberas del estrecho, y aprovechando tan privilegiada coyuntura para acrecentar la prosperidad económica de su ciudad. Su política fue para ello oportunista, no dudando en respaldar a los púnicos en la campaña de Himera, e inclinándose luego a los Deinoménidas. Su hija casaría con Hierón, y las acuñaciones de Rhegium testifican la influencia siracusana. Tras su muerte, la tiranía desapareció pronto, y la oligarquía de ascendencia calcidia volvió a hacerse con el poder. Igualmente, el descenso de las exportaciones atenienses hacia Occidente significó la quiebra económica de la ciudad, el ocaso de lo que temporalmente había llegado a ser, con palabras de VALLET, «el Imperio del Estrecho».

c) *Gelón de Siracusa.* Rumbos muy diferentes tuvo la tiranía de Gela, con su inmediata proyección siracusana. Tras morir Hippócrates, Gelón, hijo



Plano de la ciudad griega de Acragas.

de Deinomenés, miembro de una importante familia de Gela y jefe de la caballería, se convirtió en protector de sus dos hijos, a quienes pronto desplazó para convertirse en tirano, contando seguramente con el respaldo de un sector de la aristocracia. Lo que hizo en los años inmediatos (491-485) está poco claro. Probablemente se alió con otro tirano, Therón de Akragas, con quien le unían lazos dinásticos. Quizá le ayudó en su conflicto con Selinunte por la posesión de Minoa. En el año 488 venció en la carrera de carros de Olimpia, en cuyo santuario dedicó el carro y una estatua suya. Algún tiempo después tuvo la oportunidad de hacerse con el control de Siracusa, donde estallaron graves desórdenes en el 485.

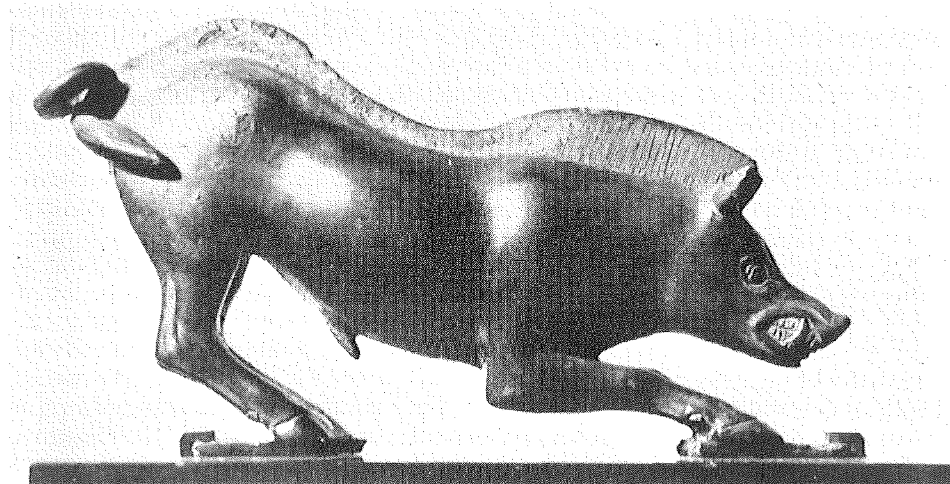
Son particularmente curiosas las circunstancias que propiciaron la instauración de Gelón en la antigua colonia corintia. Al contrario de la mayoría de los tiranos griegos, que obtuvieron el poder con el apoyo popular, y frente a las minorías oligárquicas, Gelón acudió a Siracusa en ayuda de los oligarcas *Gamoroi*, amenazados por una revuelta de los siracusanos con el concurso del elemento servil, los Kyllyrioi. Estos últimos eran seguramente indígenas reducidos a servidumbre para explotar las posesiones de los ricos aristócratas. Tras la intervención de Hippócrates contra Siracusa se había establecido un régimen democrático, que no tardó en conocer dificultades, a cuyo amparo Gelón consiguió intervenir en la ciudad, obteniendo su control.

Gelón (540-478 a. de C.), tirano de Gela y de Siracusa desde el 485 hasta el 478 a. de C. Se adueñó de toda Sicilia después de vencer a los cartagineses en Himera en el 480. Los siracusanos, después de su muerte, lo convirtieron en un héroe.

Ahora bien, si lo que determinó la intervención de Gelón fue la demanda de socorro procedente de los *Gamoroi* exiliados en Kasmenai, resulta dudoso que su verdadero objetivo fuera restablecer la oligarquía en Siracusa. Realmente la ocasión era propicia para culminar el proyecto de Hippócrates de controlar la Sicilia oriental, y Gelón se aprestó a aprovecharla, transfiriendo a Siracusa la sede de su poder, y transformando la ciudad en una urbe poblada y pujante, a la que dotó de fortificaciones, flota y fuerte ejército. Sus objetivos militares estaban claros, y ello quedaría evidenciado en la batalla de Himera, donde pudo presentar un formidable contingente. Para ello contaba no sólo con el efectivo humano de Gela, trasladado parcialmente a Siracusa, sino con la propia población siracusana, en especial los «neopolitai», antiguos Kyllyrioi convertidos en ciudadanos durante el breve paréntesis democrático, a quienes Gelón respetó su nuevo estatuto. Con un gran aparato militar, y contando con el respaldo al menos de una parte importante de la nobleza siracusana, unida a él por los mismos intereses expansionistas, Gelón se dispuso a ampliar sus dominios. Atacó Megara Hyblaea, cuyo territorio se incorporó. Los oligarcas de esa colonia, que precisamente habían propiciado la guerra contra Siracusa, fueron respetados e integrados en la nobleza siracusana, con el fin de evitar cualquier reacción y asegurar su apoyo militar. Por el contrario, el pueblo llano fue reducido a la esclavitud.

Con todas estas conquistas Gelón llegó a ser reconocido y respetado en el mundo griego. Se dice que una embajada helena le fue enviada el 481 en demanda de ayuda contra los persas. El tirano de Siracusa ofreció enormes recursos en naves, hombres y abastecimientos, pidiendo a cambio la jefatura de la empresa. La condición fue rechazada, y su oferta no cuajó. Este hecho no parece cierto, al menos en los términos en que está descrito, máxime si tenemos en cuenta que los objetivos de Gelón estaban en Sicilia, de donde más directamente podían sobrevenirle amenazas. Pero, al menos, como señala FINLEY, la enumeración de los efectivos que el tirano podía en ese momento desplegar confirma la impresión de que entonces Siracusa contaba con una población en expansión y una prosperidad en alza, que los hallazgos arqueológicos se encargan de confirmar. Y, en el plano exterior, la coalición entre Gelón y Therón suponía una baza de poder sin oposición posible por parte de las restantes comunidades sicilianas. Tras ocupar Therón Himera en 483, sólo Selinunte y Messina permanecían fuera del radio de acción de ambos tiranos, aunque con difíciles perspectivas de subsistencia. Al ocupar Himera, Therón había expulsado al tirano Terillus, que mantenía buenas relaciones con Cartago y, concretamente, con su líder Amílcar. También estaba emparentado con Anaxilas de Rhegium, que conservaba aún su dominio sobre Messina. Terillus y Anaxilas tenían mucho que temer del irresistible ascenso político y militar de Gelón, y apelaron a la ayuda púnica para contrarrestarlo, con la probable aquiescencia de Selinunte. Cartago respondió con la primera de una larga serie de invasiones, que iban a marcar el destino de Sicilia durante estas dos centurias.

d) *La primera invasión cartaginesa.* Es muy posible que, dado el activo expansionismo siracusano, Cartago temiera también un ataque hipotético contra sus bases en el oeste de la isla. Desde luego, en ese momento no existían planes púnicos para conquistar Sicilia. No obstante, la respuesta militar cartaginesa fue importante, preparándose una gran flota y un ejército con tropas oriundas del norte de Africa, Península Ibérica, Cerdeña y Córcega, dejándose el mando en manos del propio Amílcar. Quizá también buscaba Cartago compensar el debilitamiento de la posición etrusca en Italia tras la expulsión de los etruscos de Roma a fines del siglo anterior (509). A raíz de ello la alianza entre Etruria y Cartago había visto debilitadas sus posiciones en el comercio y las alianzas con ciertas ciudades. La llamada de Terillus y Anaxilas era una buena oportunidad para consolidar las bases sicilianas, e intentar, incluso, una posible intervención en Italia.



Estatuilla de bronce. Principios del siglo V. Cogido en el momento de lanzarse contra su presa, nos ofrece este animal una imagen perfecta del vigor, la firmeza y el encanto que adquirió el bronce griego de época clásica.

El ejército púnico desembarcó en Palermo el año 480, y desde allí continuó por tierra y mar hacia Himera, guiado por Terillus. Aunque la defensa de la plaza correspondía a Therón, fue Gelón quien acudió con su ejército para plantar cara a los invasores. El prometido apoyo que los púnicos esperaban de Anaxilas y la ciudad de Selinunte no llegó. La batalla, decantada a favor de los griegos, puso en evidencia la superioridad de los hoplitas frente a una fuerza combinada de mercenarios sin unidad de acción. Warmington la compara, en este sentido, a la victoria ateniense en Platea el año siguiente (479). Ambas decidieron, al menos momentáneamente, la supervivencia de los griegos en el Este y el Oeste. Amílcar murió en el combate. La flota fue destruida, los púnicos no pudieron escapar, y muchos fueron apresados y reducidos a esclavitud. Cartago debió pagar una fuerte indemnización, que permitió a Gelón disponer de recursos monetarios, construir nuevos templos en Siracusa y hacer ricas ofrendas en Delfos. A partir de entonces, y durante algún tiempo, Cartago, preocupada por los avatares internos (caída del régimen Magónida), y orientada su política territorial hacia el continente africano, dejó de interesarse por Sicilia, tras comprobar que sus bases allí no eran atacadas.

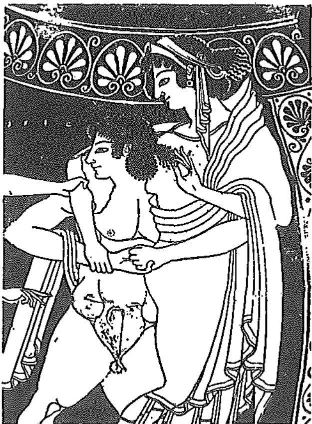
En la isla, la batalla de Himera dio paso a una fase de estabilidad. Anaxilas, que mantuvo el control de Messina, seguramente se reconcilió con la tiranía siracusana, pues casó a su hija con Hierón, tras la muerte de Gelón en el 476. El gran forjador del imperio siracusano desapareció dejando tras de sí un favorable recuerdo, el haber librado a Sicilia de la opresión púnica, al mismo tiempo que la Grecia continental se había desembarazado de la amenaza persa. HERÓDOTO paralelizó ambas empresas, indicando que las dos grandes victorias, Salamina y Himera, acaecieron la misma jornada. Más tarde se llegó a decir que persas y cartagineses se habían puesto de acuerdo para cerrar a los griegos con una tenaza invasora. Lo cierto es que la fama de Himera quedó en el activo de Gelón, y de ella se benefició su heredero Hierón. Algunas de sus empresas continuaron la línea de política exterior de su predecesor: transplantó las poblaciones de Naxos y Catania a Leontinoi, y

refundó Catania bajo un nuevo nombre (Etna), trayendo colonos hasta del Peloponeso. En el año 474, atendiendo a una solicitud de ayuda enviada por Cumas, derrotó a la flota etrusca frente a Nápoles, victoria que complementó la de Himera, con el definitivo derrumbamiento de la «entente» talasocrática púnico-etrusca.

Interiormente, la tiranía siracusana alcanzó con Hieron el cénit de su esplendor, como lo atestiguan algunos poemas de Píndaro, que residió en la corte del tirano. Siracusa llegó a ser un importante centro cultural, auspiciado por el generoso mecenazgo de su gobernante, al que acudieron también Esquilo y Simónides. No obstante, tras la muerte de Hierón en el 467, la tiranía siracusana se radicalizó con su sucesor Trasíbulo, de quien se cuenta que se rodeó de una guardia armada, mandó al exilio a muchos ciudadanos y confiscó sus bienes. Este proceso de decadencia, que nos ilustra el historiador Diodoro, acabó en oscuras circunstancias con el restablecimiento de la democracia en Siracusa, y la independencia de las ciudades sometidas anteriormente a su imperio. Atrás quedaba una etapa hegemónica, durante la cual los Deinoménidas habían sabido hacer de Siracusa la mayor potencia militar, evidenciada en Himera y Cumas, el principal foco cultural y, en una Sicilia desequilibrada en todos los órdenes, la única ciudad con capacidad para unir a los griegos en un interés común frente a otras amenazas interiores y exteriores, devolviéndoles esa unidad de sentimiento frecuentemente perdida.

2. El paréntesis democrático

a) *La transición de las tiranías a las democracias.* No conocemos con exactitud el desarrollo de las guerras y conflictos internos en las ciudades, que clausuraron la etapa de los primeros tiranos. Tampoco a partir de Diodoro, que es nuestra principal fuente de información, podemos extraer conclusiones cronológicas claras respecto a tales acontecimientos. Sí encontramos, para todos los postreros tiranos, las mismas tintas despóticas, aplicables lo mismo a Thrasydaeus de Akragas, que al siracusano Trasíbulo. Con este último se cierra el poder de los Deinoménidas, desaparecidas ya las grandes figuras de la dinastía. Las disputas familiares, así como el despotismo de que hizo gala Trasíbulo, determinaron el declive de aquella generación de tiranos que había hecho de Siracusa la ciudad hegemónica de Sicilia. El período se cierra con graves conflictos internos, provocados por la sublevación de las masas populares contra los tiranos y los grupos mercenarios que habían asegurado su poder. El paso siguiente viene dado por la instauración de regímenes democráticos.

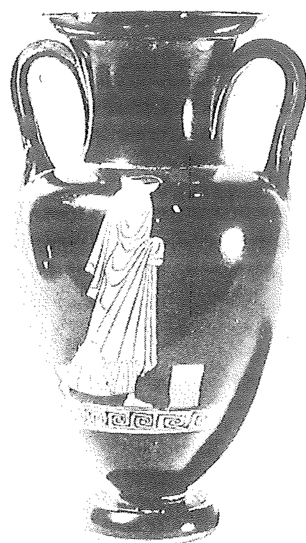


Anfora de figuras rojas. Rapto de una joven por Teseo. Es ésta una obra de Eutimides, autor fechado a f. siglo VI p. V. Este no alcanza el nivel de Eufronio en calidad técnica, pero lo superará en ocasiones, en el manejo de los escorzos.

Sin embargo, la información que tenemos para esos años de transición arroja poca luz sobre dicho proceso. No nos han llegado los nombres de los líderes demócratas, y si existieron reformadores constitucionales al estilo del ateniense Clístenes. Tampoco nos llegan noticias sobre la hipotética resistencia de los clanes oligárquicos ante las reivindicaciones populares, salvo la tardía y apócrifa tradición biográfica en torno al filósofo Empédocles de Akragas, miembro de una familia aristocrática, pero de convicciones democráticas, que contribuyó al derrocamiento de la facción oligárquica conocida como «los Mil». Desconocemos, por otra parte, el destino de aquellos *Gamoroi* siracusanos que apelaron a la ayuda de Gelón en el 485, desapareciendo luego de nuestras fuentes. También tiene puntos oscuros el relato de Diodoro sobre la expedición emprendida por Thrasydaeus contra Hierón. El tirano de Akragas fue derrotado, expulsado de su ciudad y reemplazado por un gobierno democrático que firmó la paz con Siracusa. Nada se nos dice en ese contexto de Empédocles y aquellos «Mil» oligarcas. En Himera debió acaecer una transición similar. El cuadro se completa con el tirano Trasíbulo, derrocado por los siracusanos secundados por la ayuda militar de Akragas, Himera, Gela, Selinunte y los propios sículos. Con su expulsión se inició una reacción en cadena, que significó en casi todas partes la sustitución de los regímenes tiránicos por gobiernos democráticos.

En este sentido, resulta difícil precisar cuál era la exacta identidad de ese *démos* que en tales años se hace con el poder en las ciudades sicilianas. No en

balde la etapa tiránica había estado marcada por continuos exilios y trasvases demográficos que habían desarraigado a muchas gentes y dejado una amarga herencia para muchas poblaciones. Diodoro destaca, precisamente como una excepción, la estabilidad interna de Himera desde su repoblación por Therón hasta su aniquilación por Cartago a fines del siglo v. Pero el panorama, evidentemente, no era el mismo en Siracusa, donde permanecían asentados muchos de los mercenarios traídos por Gelón. El nuevo régimen los apartó de la vida pública, aquéllos se rebelaron, y fueron definitivamente expulsados, situación que debió repetirse en otros lugares. Los exiliados que regresaban ante el giro político eran también un factor a tener en cuenta. Ciudades como Messina (libre ya de la sumisión a Rhegium) acogieron, sin embargo, a mercenarios desarraigados, mientras que comunidades como Kamarina eran refundadas con plena independencia. Es incuestionable que toda esta movilidad se debió acusar sensiblemente en las relaciones de propiedad, al ser las tierras confiscadas, distribuidas y redistribuidas con ocasión de tales mudanzas. Esta heterogeneidad demográfica, estos continuos cambios y desplazamientos, impidieron siempre consolidar una conciencia ciudadana y un sentimiento de patria común en las colonias sicilianas. Alcibíades haría luego hincapié en ello, como uno de los factores que podían facilitar la intervención ateniense del 415.


Anfora del 460 al 450 a. de C.

Siracusa es la única ciudad de la que tenemos una relativa información. Sus instituciones democráticas recordaban bastante a las atenienses. La suprema autoridad política recaía en una asamblea popular, que englobaba al total de la ciudadanía. Sus debates eran abiertos, y en ella se aprobaban leyes y decretos, se adoptaban las directrices de política exterior, las medidas militares, y en su seno eran escogidos anualmente los magistrados de la ciudad, encabezados por una junta de quince generales, cuyo prestigio era tanto militar como político. Había también un consejo que preparaba los trabajos de la asamblea, cuyos miembros eran elegidos por votación, no sorteados. No se pagaban las funciones públicas, lo que debió limitar la participación de las clases menos pudientes en los asuntos de gobierno. Esto apunta a otro hecho, que por debajo de esa estructura política participativa las divisiones sociales permanecían latentes. Aunque los Gamoroi hubiesen desaparecido, la mentalidad oligárquica debía seguir arraigada en ciertos sectores, que tratarían de controlar los cargos políticos y militares valiéndose de su riqueza. Incluso hubo un intento infructuoso en el 454 de restaurar la tiranía con el apoyo de los más desheredados, a raíz del cual se introdujo en Siracusa el ostracismo (allí denominado petalismo), mediante el cual todo líder político cuya influencia se estimase excesiva y peligrosa, podía ser enviado al exilio por cinco años. Diodoro, que describe el funcionamiento del sistema, concluye al respecto: «Los siracusanos lo abolieron pronto por los siguientes motivos: el temor al exilio hacía que los ciudadanos más destacados que, por su poder y virtud, habrían podido rendir grandes servicios a la ciudad, se apartaran de los asuntos públicos para dedicarse a sus asuntos privados. Ocupados únicamente en la administración de sus propios bienes, se abandonaron a los goces del reposo. Por el contrario, los ciudadanos más perversos y audaces se mezclaron en los asuntos de estado y fomentaron en las masas el desorden y la revuelta...» Como resultado de esta situación, dicho procedimiento de castigo acabó siendo abandonado.

b) *El despertar indígena: La revuelta de Ducetius.* La sustitución de los tiranos por regímenes democráticos tuvo un efecto claramente beneficioso: dar a Sicilia unos años de estabilidad y paz entre las ciudades, al desaparecer las ambiciones de expansión territorial de aquéllos, y al estar concentrados los gobiernos ciudadanos en la solución de sus asuntos internos. Esta situación de tregua sería aprovechada por un jefe sículo helenizado, Ducetius, para emprender un movimiento de reacción nacionalista indígena contra las colonias griegas. El momento histórico y el marco geográfico en que actuó Ducetius constituyen dos elementos básicos para comprender este capítulo tan singular de la historia siciliota.

El primer factor a considerar en Ducetius es su educación helénica. Nacido en Mineo, su primera tarea fue organizar a los sículos de su región en una especie de Liga, encabezada por él, dándoles asimismo una preparación militar, y exaltando su nacionalismo en torno al culto de los Palici, junto a cuyo santuario fundó una plaza fuerte. En estos dos aspectos, como fundador

de una ciudad y conductor del ejército, Ducetius actuaba con una mentalidad típicamente griega. Sus primeras empresas estuvieron dirigidas contra los centros fortificados griegos en el interior del país, especialmente Etna y Morgantina (entre 459-451).

Etna había sido fundada por los siracusanos en el 476 sobre la base de una población sícula, previa expulsión del elemento indígena. La caída de los Deinoménidas y la inestable etapa por la que pasó seguidamente Siracusa dieron a Ducetius la oportunidad de recuperarla (451). Los habitantes griegos de esta ciudad se refugiaron en Inessa, a la que bautizaron también como Etna. Parece claro que la política seguida por el líder sículo en esa zona tenía un doble objetivo: ayudar a sus compatriotas a recuperar sus tierras, y también obtener la ayuda de los elementos griegos calcidios, que habían sido desarraigados en esa parte de Sicilia por el dominio siracusano y la imposición cultural doria. A imitación de los tiranos de la generación anterior, Ducetius procedió seguidamente a fundar o refundar, y a fortificar, algunos puntos claves de ese territorio (área sur y oeste del volcán Etna), distribuyendo lotes de tierra y consolidando una fuerza militar. Algunas localidades indígenas empezaron a acuñar moneda. Una de esas creaciones estratégicas fue Palike, cerca del santuario de los Palici, ciudad que tuvo corta vida, pues fue



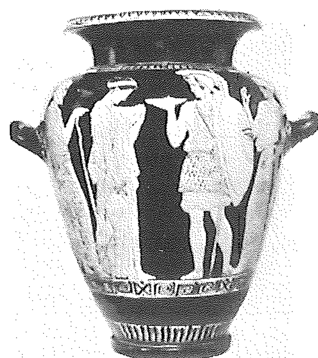
Planchas de escudos. Arriba, delfín zambulléndose; abajo, gallo. Son *numerosos los objetos encontrados* en Olimpia durante las últimas excavaciones alemanas que nos han permitido conocer un género que floreció a partir del siglo VI a. de C., como es la decoración de armas, corazas y escudos. He aquí un ejemplo en el que apreciamos una impresión de frescor y naturalidad.

destruida pocos años después por los siracusanos. Palike sería, no obstante, durante ese periodo el centro militar y religioso de toda la comunidad sícula, cuyo movimiento nacionalista quedaba así bajo el patrocinio de antiguas divinidades autóctonas. Diodoro confirma la llegada de muchos nobles indígenas a ese centro y la existencia de un fuerte contingente militar. Tras fundar Menainon (sobre su centro natal), Ducetius continuó sus planes de liberación de la parte sícula occidental, dado que hacia el sur le resultaba difícil expandirse por ser área de control siracusano. Como los testimonios arqueológicos confirman, se trataba de una zona de gran densidad de poblamiento sículo, aunque sometida a la irradiación cultural de Akragas y Gela. Un obstáculo para la expansión era la presencia de la plaza fuerte siracusana de Morgantina, que fue capturada por los rebeldes.

La fase ulterior de conquista debía encaminarse hacia los territorios occidentales expuestos a la influencia de Akragas. Primero sometió Motyon (451), localidad sita en la ruta que comunicaba Akragas con el noreste de la isla, siendo inútil la ayuda siracusana. Desde ese momento Ducetius podía amenazar la estabilidad de Siracusa y Akragas. Ambas ciudades, una vez

normalizada ya su situación interna, coordinaron sus esfuerzos para hacer frente a la amenaza indígena. Ducetius fue finalmente derrotado en un lugar llamado Nomae. Siracusa pudo recuperar su dominio sobre Morgantina, y Akragas su control sobre Motyon (450). Las fuerzas sículas supervivientes se retiraron al interior y se disolvieron, y el movimiento nacionalista acabó en total colapso. El propio caudillo sículo, tras entrar secretamente en Siracusa, apeló al derecho sagrado de asilo. Los siracusanos le respetaron, y fue exiliado a Corinto. Pero pronto volvería a Sicilia, movido por las instrucciones recibidas de un oráculo.

En efecto, Ducetius, con un pequeño contingente de griegos retornó a la isla, pero no lo hizo a su área interior, asiento de su antiguo dominio, zona demasiado expuesta a una amenaza desde Akragas o Siracusa. Marchó a Kale Akte, lugar costero, que refundó como una nueva ciudad (446), asentando allí a las gentes que había traído consigo desde el Peloponeso, y a los sículos que todavía permanecían fieles a su persona, entre ellos Archónides, príncipe de Herbita. Kale Akte, urbanizada según patrones griegos, y teniendo como «oikistés» a Ducetius, sería la última tentativa de crear una colonia sícula *modo graeco* en la isla. Para ello el caudillo indígena eligió un área septentrional lejos de la irradiación siracusana, una zona independiente, desde donde buscar la unificación, sin la interferencia de Akragas y Siracusa, que habían abortado su anterior empresa. Sin embargo, Ducetius murió pronto (h. 440), y con su desaparición se esfumó también este intento autonomista sículo, que había aprovechado el temporal retroceso externo de Siracusa a causa de sus problemas internos. Realmente, Ducetius había actuado en la línea de los tiranos siracusanos, fundando ciudades, dotándolas de territorio, persiguiendo la unidad de la isla. Tras su desaparición Siracusa recuperó su dominio sobre los indígenas del interior, y se convirtió en el más poderoso estado de Sicilia. El último asalto contra la resistencia sícula tuvo por objetivo la ciudad que Diodoro menciona como Trinakia, que puede ser identificada con Palike. Era una plaza que «contaba con muchos y buenos guerreros y había ocupado siempre el primer lugar entre las ciudades sículas», pero sus pobladores no tuvieron a quien solicitar ayuda, pues para entonces todas las comunidades nativas estaban sometidas a Siracusa, que les impuso tributos. Tras una heroica resistencia, Trinakia cayó y fue arrasada. Sus gentes fueron reducidas a esclavitud, y los siracusanos pudieron consagrar parte del botín en Delfos. La resistencia autóctona, salvo esporádicos coletazos ulteriores, quedó definitivamente anulada, aunque hay que reconocer la importante aportación de Ducetius al proceso de helenización de las poblaciones sículas.



Cerámica de figuras rojas proveniente de Vulci (Etruria), obra del pintor de Kléophon h. 430 a. de C. Puede considerarse esta obra como una de las más acabadas de la época del Partenón. La sutileza de los medios de expresión perfilan el más dulce sentimiento en esta escena de despedida de un guerrero a su amada.

c) *La guerra entre Leontinoi y Siracusa (427-424 a. de C.).* Durante la rebelión indígena Cartago se mantuvo al margen de los acontecimientos, ocupada tanto en sus cambios políticos internos (caída de los Magónidas), como en sus conquistas en territorio africano. Incluso sus relaciones con los griegos fueron amistosas, estableciéndose una colonia de comerciantes púnicos en Siracusa. La influencia helénica se hizo sentir gradualmente sobre los asentamientos fenicios al oeste de la isla, que acuñaron monedas en griego o bilingües (así lo hicieron Elymia, Segesta y Eryx), y cuyas aportaciones arqueológicas testimonian esa ósmosis cultural. Sin embargo, las relaciones entre algunas colonias griegas seguían siendo tirantes. La hostilidad era crónica entre Selinunte y Segesta, así como entre otras comunidades. Sería, no obstante, Siracusa, quien rompería el delicado equilibrio «internacional» inmediato a la caída de los tiranos, también esta vez por motivos expansionistas. Aunque Akragas y Siracusa habían actuado conjuntamente contra Ducetius, el generoso trato dado por los siracusanos al rebelde indígena, y su retorno a Kale Akte, estimado un factor peligroso por Akragas, suscitaron las sospechas de esta ciudad. Ante el inminente conflicto Siracusa contaba con la posición fuerte que le daba su recuperado control sobre los sículos del interior, y la aportación tributaria recibida de ellos. Con este respaldo económico pudo reforzar su caballería, incrementar su infantería y disponer de una considerable flota de 100 trirremes. En el 446 Siracusa atacó a Akragas y sus aliados, muriendo más de mil acragantinos en la batalla. En torno al 440 la antigua fundación corintia ejercía sobre Sicilia una hegemonía sólo comparable a la que Atenas tenía entonces sobre sus aliados.

Lo que aconteció posteriormente lo conocemos más en función de la historia ateniense, que de la propia historia interna de Sicilia. En efecto,

Atenas ya había mostrado desde antes un cierto interés por la isla, firmando un tratado de amistad con Halicyae, Leontinoi y Rhegium. No sabemos a qué proyectos concretos obedecía esta diplomacia siciliana de Atenas. Lo cierto es que la letra de los acuerdos debió ponerse en práctica cuando en el 427 «los leontinos, que eran originalmente colonos de los calcidios, aunque emparentados con los atenienses, fueron atacados por los siracusanos... y enviaron una embajada a Atenas para reclamar la mayor y más rápida ayuda posible, y la protección de su ciudad contra los peligros que la amenazaban» (DIODORO). Encabezaba la delegación de orador y sofista Gorgias quien, haciendo gala de una convincente retórica, y apelando a la alianza indicada, convenció a la asamblea ateniense. Dice DIODORO al respecto que «desde hacía mucho tiempo los atenienses codiciaban Sicilia, a causa de su fertilidad, por lo cual acogieron favorablemente las palabras de Gorgias y votaron el envío de socorros a los leontinos, alegando las necesidades de sus parientes y su demanda, pero deseando ardientemente en verdad conquistar la isla». Atenas envió una flota de veinte barcos, a la que se sumaron otras veinte naves suministradas por Rhegium. Eran momentos en que la guerra del Peloponeso duraba ya cuatro años, y la iniciativa ateniense suponía trasladar a un nuevo teatro de operaciones la contienda con Esparta. En efecto, el estado lacedemonio también había obtenido el respaldo de algunas ciudades de la Magna Grecia y Sicilia, al estar interesado, lo mismo que sus aliados, en los suministros de trigo procedentes de esa zona.



Cerámica de figuras rojas. Siglo V a. de C. Aquiles y Pentesilea. Se advierte la influencia de la gran pintura en el soberbio motivo de esta copa. La escena desprende ya el sentimiento trágico de la lucha que se desarrolla entre los dos adversarios.

El conflicto entre Siracusa y Leontinoi dividió a Sicilia en dos bandos. Himera, Gela y quizás Selinunte se decantaron por el lado siracusano, mientras que Kamarina, Catania, Naxos y algunas comunidades sículas sublevadas contra Siracusa se inclinaron por Leontinoi. En este marco de relaciones, en el que jugaba también su parte el antagonismo entre Atenas y Esparta, Akragas se mantuvo sorprendentemente neutral. La Magna Grecia, asimismo, se dividió: Locri por Siracusa, Rhegium por Leontinoi. La lucha por el control del Estrecho de Messina fue notable, mientras que tanto Rhegium como Messina sufrían graves quebrantos internos. La flota ateniense atacó las islas Lípari. Luego se volvió contra Locri y puso cerco a Mylai, donde la coalición siciliana enemiga fue duramente derrotada. Nuevos refuerzos navales llegaron desde la patria, pero no fueron suficientes para inclinar definitivamente la balanza del lado ateniense. Al alargarse el conflicto, Leontinoi entró en conversaciones con Siracusa y ambas ciudades firmaron un tratado.

Hacia el 424, quizás por iniciativa de Gela y Kamarina, se convocó en la primera un congreso de paz al que acudieron representantes de todas las ciudades griegas de Sicilia. El principal protagonista de esta convención fue el líder siracusano Hermócrates, el único personaje histórico siciliano que conocemos para ese periodo. Hermócrates defendió como principal argumento de su discurso que las colonias helenas de la isla debían cesar en sus enfrentamientos, si no querían acabar siendo sometidas al dominio ateniense. Los generales atenienses aceptaron el acuerdo de paz y regresaron a su patria, donde fueron castigados. Pronto la situación volvió a desestabilizarse. En el 422 la guerra civil estalló en Leontinoi y los aristócratas acudieron a Siracusa solicitando ayuda. Siracusa respondió con la expulsión de los elementos populares, que emigraron a Grecia. Leontinoi fue arrasada, y los oligarcas triunfadores se instalaron en Siracusa. Algunos insatisfechos retornaron pronto a la ciudad e hicieron una llamada a Atenas. Esta respondió cautamente enviando una embajada, que le mostró lo conveniente que era por el momento abstenerse de toda intervención militar en la isla.

d) *Situación de la Magna Grecia.* La Magna Grecia refleja también el mismo panorama de enfrentamientos entre las colonias que observamos en Sicilia. Ni siquiera la amenaza etrusca desde la Campania sirvió para fomentar una acción común. Una coalición entre Crotona, Síbaris y Metaponto destruyó Siris hacia el 530. Crotona, por su parte, sufrió una severa derrota ante la alianza de Locri y Rhegium y, a su vez, destruyó Síbaris, una de más ricas ciudades del oeste griego, hacia el 510. Al igual que en Sicilia, también aquí se instalaron algunos regímenes tiránicos. Anaxilas, un miembro de la aristocracia mesenia, se hizo con el poder en Rhegium, mientras Aristodemus hacía otro tanto en Cumas (h. 505), una colonia que mantenía un continuo contencioso territorial con los etruscos, a quienes venció en

Aricia. Ganó el apoyo popular proponiendo instalar un régimen democrático, pero una vez que consiguió desarmar al pueblo aseguró su autoridad con una guardia personal y buscando la ayuda etrusca. Dio asilo a Tarquinio el Soberbio, último representante de la realeza etrusca en Roma. Poco después del 490 el tirano y su familia fueron derrocados por los aristócratas exiliados que, con la ayuda de mercenarios campanianos, restauraron el régimen oligárquico.

Sin embargo, a diferencia de Sicilia, donde una coalición eventual de Akragas y Siracusa acabó con el movimiento nacionalista de Ducetius, en la Magna Grecia las ciudades-estado griegas no hicieron frente común ante los pueblos itálicos, divididas por sus disputas territoriales. Tras la destrucción de Síbaris (h. 510), Crotona dominó durante unos treinta años el área comprendida entre Caulonia y Metaponto. Mientras Rhegium apelaba a la ayuda de Tarento, Locri hizo lo propio con Siracusa. Por su parte, las colonias aqueas, debilitadas por la suerte acaecida a Síbaris, mantuvieron una precaria independencia. Cumas, para anular definitivamente la peligrosa vecindad etrusca, recurrió a Hierón de Siracusa. En muchas de estas colonias se habían instalado regímenes aristocráticos muy influidos por las doctrinas filosóficas de Pitágoras, quien había llegado a Crotona hacia el 530, tras marchar de Samos. El primer régimen democrático en ese área se instaló firmemente en Tarento, a raíz de una victoria de los indígenas yápiges contra la alianza entre Tarento y Rhegium. Los aristócratas tarentinos fueron casi totalmente aniquilados y el pueblo, que se había hecho cargo eficazmente de la defensa de la ciudad, se alzó con el poder político. Pese a estos conflictos con los nativos, la influencia cultural de las colonias griegas irradió profundamente hacia el interior, siendo patente tanto en la Campania, como en el ámbito territorial etrusco.



Hades y Perséfona. Relieve procedente del 470-450 a. de C.

La fundación de una colonia ateniense en Thurii, en el marco de la rivalidad ática contra las dorias Esparta y Siracusa, sería foco de nuevas tensiones. Thurii trataba de contrarrestar el influjo de Tarento, fundada por elementos laconios. En el año 444/3 ambas ciudades entraron en guerra. Hubo numerosas escaramuzas terrestres y navales, pero sin resultados decisivos. También Thurii, que había sido creada sobre la base de un variopinto contingente de población, sufrió agudas discordias internas, como las que estallaron en el año 434/3, según recuerda Diodoro. Atenienses y peloponesios discutían sobre a quién correspondía el gobierno de la ciudad, resolviéndose la pugna con una consulta a Delfos, que devolvió la concordia a los ciudadanos. Por su parte, Tarento reforzó su posición en la zona con la fundación de Heraclea (432). Durante la guerra del Peloponeso se inclinó, al igual que sus satélites en el área, por la causa de Esparta, a la que facilitó suministros de trigo. Mientras tanto, la amenaza de los indígenas itálicos contra las colonias griegas seguía latente. En el 421 Cumas fue asaltada y saqueada por un ejército campaniano. Sus habitantes fueron reducidos a esclavitud, y el territorio cumano fue ocupado por colonos campanianos.

Durante la siguiente centuria el acoso de las poblaciones indígenas (lucanios y mesapios) sobre las colonias griegas del sur se hizo más acuciante, sobre todo al caer la tiranía siracusana, que había sido un freno importante. Tarento tuvo que recurrir a la ayuda de su ciudad-madre, Esparta, que envió en el 343 a su rey Arquídamo con un ejército y una flota. Las relaciones entre ambos aliados acabaron rompiéndose, a raíz de lo cual Tarento apeló en el 334 al socorro de Alejandro, rey de los molosos (Epiro). Su intervención, que presagia la del epirota Pirro, no fue decisiva. Firmó un tratado con Roma (333/31), motivado por la lucha común contra los samnitas. Tras su desaparición (330), las comunidades griegas del sur de Italia pasaron por un período de paz, al estar empeñados lucanios y samnitas en su guerra contra Roma (326-304).

e) *Expedición ateniense a Sicilia (415-413).* Pronto la situación en la isla volvería a desestabilizarse. En el año 416 Selinunte y Segesta entraron en guerra por motivos territoriales. Siracusa se inclinó al lado de Selinunte, cuyas tropas invadieron el solar segestino anexionándose buena parte de él. Segesta, tras unas negociaciones fallidas, marchó contra los invasores y los expulsó. El antagonismo entre las dos ciudades creció desde entonces, realizando ambas grandes preparativos militares. Los segestinos, derrotados en la batalla, intentaron vanamente obtener ayuda de Akragas y Siracusa. Luego recurrieron al

apoyo de Cartago, que rehusó intervenir. Lo que sucedió de inmediato nos lo cuenta DIODORO así: «Los leontinos habían sido expulsados por Siracusa y habían perdido su ciudad y su territorio; los exiliados se coaligaron y decidieron apelar de nuevo a la alianza de los atenienses, sus hermanos de raza. Comunicaron su proyecto a quienes habían tomado partido por ellos, y enviaron una delegación común a Atenas, para solicitar que socorriera a sus ciudades, víctimas de la injusticia, ofreciendo todo su apoyo para poner en orden los asuntos sicilianos. La delegación llegó a Atenas, los leontinos alegaron el parentesco de raza y la precedente alianza, mientras que los segestinos prometieron suministrar dinero en abundancia para la guerra y prestar su apoyo militar contra Siracusa.»

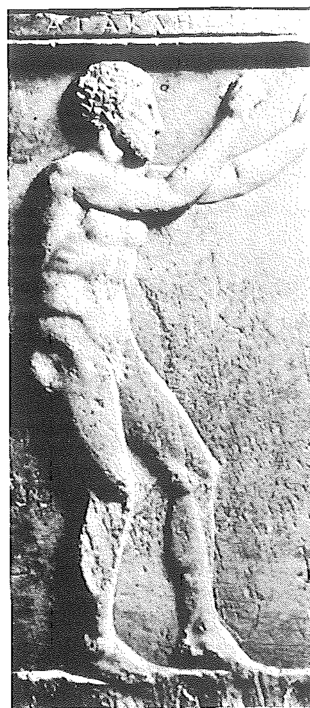
En este momento las circunstancias habían cambiado sensiblemente respecto al 422, cuando la potencia ática se había abstenido de enviar tropas a Sicilia. Ahora Atenas estaba enfrascada en plena guerra del Peloponeso, y contaba en ese momento con recursos. Le era imprescindible cortar los suministros cerealísticos que tanto Esparta como sus aliados recibían desde el oeste griego. Inicialmente se envió una misión a Sicilia para estudiar sobre el terreno la situación. Los segestinos deslumbraron a los embajadores con las riquezas propias y las que habían tomado prestadas de sus vecinos, para dar una falsa imagen de prosperidad. Esa fue la impresión de la isla que trasladaron los delegados a la asamblea ateniense. En el debate que se suscitó, Nicias desaconsejó mandar un cuerpo expedicionario, que desbordaba las posibilidades materiales de Atenas. Puso como ejemplo el fracaso de la potencia cartaginesa para dominar la isla. Por su parte, Alcibíades defendió ardorosamente el plan de invasión, insistiendo en que la desunión y falta de conciencia ciudadanas en las colonias sicilianas podían favorecer la empresa. Finalmente, la asamblea acordó conceder a Segesta la ayuda solicitada contra Selinunte. Todo se preparó concienzudamente. Se levantaron mapas de la isla, y se hicieron planos de puertos y ciudades. Se equiparon cien trirremes, a las que se añadieron treinta suministradas por los aliados. Se enrolaron cinco mil hoplitas. En el verano del 415 la impresionante, pero excesivamente costosa, armada ateniense, puso proa al oeste, teniendo a su frente como generales a Alcibíades, Nicias y Lámaco.


Estela funeraria de Eupherós. (Atenas). Hacia el 420 a. de C.

La empresa acabó en un completo desastre, al estar minada ya desde su inicio por ciertos factores negativos. Por lo pronto, no había unidad de mando. Es más, los generales atenienses mostraron su absoluto desacuerdo y mala voluntad. Por si fuera poco, y a consecuencia del famoso asunto de la mutilación de los hermes, Alcibíades fue denunciado, aunque se pospuso la acción judicial hasta el retorno de la flota. Destituido de su mando, huyó al lado espartano. El cuerpo expedicionario ateniense tenía una diversa composición, con aliados de Grecia, islas Egeas y Asia Menor, y mercenarios de Creta, Arcadia e Italia (incluso etruscos). Además, tampoco Atenas encontró en Sicilia la ayuda que alcibíades y otros habían esperado. El respaldo de Segesta y de muchos sículos no era importante, teniendo en cuenta que otros estados, más atemorizados ante la inminente invasión de la isla que ante el expansionismo siracusano, se abstuvieron de ayudar a Atenas. Siracusa consiguió apoyo militar de Gela, Kamarina, Himera, Selinunte y los sículos de Kale Akte, aunque proporcionó la mayoría de los efectivos bélicos. Akragas se mantuvo neutral, lo mismo que toda la parte fenicia de la isla. En la Magna Grecia, Tarento, Locri y Rhegium se declararon hostiles a Atenas. Cartago no quiso intervenir, lo que sí hizo lógicamente Esparta que, convencida por Alcibíades, entró en guerra en el invierno del 415/414 para auxiliar a la doria Siracusa. Allí se envió a Gilipo con un pequeño contingente de ex-ilotas, y la misión de hacerse cargo del ejército siracusano.

Tras algunas alternativas, la guerra se centró en Siracusa, donde tres objetivos eran básicos para el cuerpo militar ateniense: el control de su gran puerto, de las alturas de Epipoli que dominaban la ciudad por el norte y noroeste, y los trabajos de circunvalación para sitiar la colonia. La lucha fue durante un tiempo un tira y afloja sin episodios decisivos, pero que sí contribuyeron a socavar gradualmente la moral del ejército ateniense, no preparado, ni material ni psicológicamente, para mantener un bloqueo de dos años (hasta otoño del 413). Los refuerzos que se esperaban no llegaban y los generales estaban en completo desacuerdo. Demóstenes quiso abandonar la empresa, pero Nicias se opuso. La moral se fue resquebrajando ante la incer-

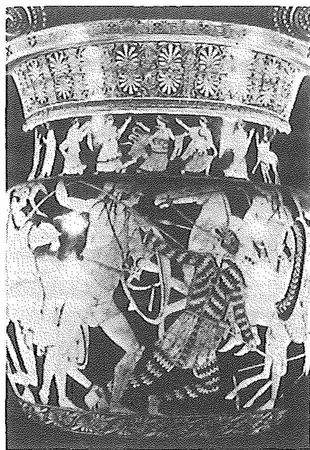
tidumbre de la situación y los conatos de epidemias. Muchos atenienses desertaron. Parecía imposible doblegar la resistencia de un enemigo que luchaba en su propio ambiente. Tras una ineficaz acción, la flota se perdió, por lo que los atenienses se vieron reducidos a luchar por tierra, bloqueados a su vez por los siracusanos, que les cerraron los caminos hacia el interior de la isla. La retirada acabó en un completo fracaso y una enorme matanza. Siete mil atenienses y aliados fueron capturados y enviados a trabajar a las canteras, donde muchos murieron. Otros fueron vendidos como esclavos. Los dos generales, Nicias y Demóstenes, fueron ejecutados. Siracusa celebró con gran pompa su victoria, dedicándose gran parte del botín a Apolo délfico. Sin embargo, el triunfo sobre el invasor no devolvió la paz interna a las ciudades sicilianas, donde las facciones internas, acalladas durante la intervención ateniense, volvieron a enfrentarse con renovado vigor.



Estela funeraria de un boxeador o un bailarín. Atenas. Hacia el 420 a. de C.

f) *La situación política en Siracusa.* El caso de Siracusa es el más sintomático, y también el que mejor conocemos. Tras la caída de los Deinoménidas, la ciudad había conocido el advenimiento de un régimen democrático, que había sabido capear los avatares de la historia siciliana (revuelta de Ducetius, guerras con Leontinoi y Akragas, expediciones atenienses). Sin embargo, ese sistema democrático que, institucionalmente, tanto recordaba al ateniense, reposaba sobre una base social muy distinta y, en esencia, frágil. Siracusa seguía siendo primordialmente una colonia agrícola, dependiente en gran parte de las importaciones manufacturadas procedentes de Corinto. No obstante, existía en la ciudad un artesanado de calidad. Los broncistas siracusanos eran famosos, los talleres monetales emitían preciosas monedas, y la construcción naval era importante. Pero ese *démos* urbano no tenía la consistencia del *démos* ateniense. Además, la población había sufrido notables alteraciones. Las tierras estaban en manos de un grupo privilegiado de propietarios, descendientes de los *Gamoroi* de la época de Gelón. La tiranía había propiciado ciertos cambios de propiedad, al repartir tierras entre los colonos oriundos de Gela y Kamarina. Pero la grande y mediana propiedad mantuvieron su importancia, siendo las tierras trabajadas por indígenas sometidos a servidumbre (los Kyllyrioi). No había, pues, equilibrio social en Siracusa, al igual que sucedía en otras ciudades sicilianas, donde faltaba también un sentimiento patrio. La situación política interna estaba radicalizada entre dos partidos, uno de tendencia moderada, que capitalizaba los intereses oligárquicos, otro democrático, proclive a la acción revolucionaria. El primero estaba dirigido por Hermócrates, el político siracusano más destacado de aquel tiempo, a quien Tucídides presenta como modelo de buen gobernante, para algunos sólo superado por el perfil que el gran historiador traza del estadista ateniense Pericles.

Hermócrates había destacado ya por sus intervenciones en el congreso de Gela del 424, donde pronunció un importante discurso, haciendo ver el peligro que significaba la amenaza ateniense sobre la isla, patente tras la expedición ática del 427-424. Obtuvo un notable éxito personal con esa intervención ante la asamblea de los principales líderes políticos sicilianos, hasta el punto de que su famoso discurso fue recogido por muchos historiadores (Antíoco de Siracusa, Tucídides, Filisto, Timeo). Hermócrates se presentaba como el adalid de la acción mancomunada de todas las ciudades griegas de Sicilia ante un enemigo común, preconizando si no una paz general, sí al menos una larga tregua que acabase con las tradicionales discusiones entre las colonias. Configuraba esta acción sobre la base del asentamiento en las ciudades de regímenes aristocráticos, buscando en ello el apoyo que a sus planteamientos oligárquicos no se daba en su misma patria. De sus postulados políticos formaba parte un odio implacable contra Atenas, la exportadora de esas ideas democráticas que minaban su prestigio personal en la propia Siracusa. Cuando en el 415 llegó a la isla la noticia de que una escuadra ateniense venía hacia Sicilia, Hermócrates pronunció un fogoso discurso ante la asamblea siracusana, incitándola a la resistencia contra el invasor, y exponiendo la necesidad de buscar la alianza de Esparta y Corinto. El partido democrático, encabezado por Atenágoras, era reacio a creer en la expedición ateniense, y veía un mayor peligro para Siracusa en la instauración de un régimen oligárquico. Tucídides nos ha recogido los apasionados debates suscitados en la asamblea siracusana ante el inminente ataque de la armada ática.



Crátera con volutas procedente de Ruvo (Italia meridional). Aquiles contra las amazonas. Resulta la *pieza un pálido reflejo* de la *pintura* monumental de Polignoto (siglo V a. de C.). La riqueza de colorido, que se intuye en esta pieza, llama la atención en una época en la que la pintura de vasos se limitaba a una severa bicromía.

El envío de la flota ateniense, una vez confirmado, dio a Hermócrates la ocasión de hacerse con el poder en su ciudad. El asedio de Siracusa lo aprovechó para obtener de la asamblea ciertas medidas de excepción, como la reducción a tres del número de generales, y el apoyo popular a sus directrices. A su iniciativa se debe probablemente la solicitud de ayuda a Esparta y Corinto. No obstante, el retorno a la normalidad tras la victoria significó un rudo golpe para las apetencias políticas del líder siracusano. El partido democrático, en el fondo dueño siempre de la situación, consiguió abolir las medidas de emergencia e inició el perfeccionamiento democrático de la constitución. Según ARISTÓTELES, el pueblo llano, «habiendo sido responsable de la victoria, transformó ahora el gobierno de una *politeia* en una completa democracia». Bajo el liderazgo de Diocles, uno de los generales, obtuvo un importante número de reformas basadas, paradójicamente, en la propia experiencia democrática ateniense. El sorteo reemplazó a la elección como modo de designar a los magistrados, se elevó el número de estrategos de tres a diez, y un nuevo código de leyes imperó tanto en Siracusa como en las ciudades incorporadas a su esfera de influencia. El camino fue facilitado por la ausencia de la principal figura política oligárquica, Hermócrates, puesto al frente de una flota de veinte naves (junto a dos de Selinunte) para ayudar a Esparta en el Egeo contra Atenas. El fracaso de la expedición siracusana significó el castigo de los tres generales enviados, quienes fueron condenados al exilio. Los tres pertenecían seguramente a la aristocracia siracusana, pudiéndose ver en esta decisión una maniobra de sus enemigos políticos demócratas, bastante reticentes ante empresas imperialistas, como esa expedición al Egeo, propugnadas por los oligarcas. Así quedaba libre el camino para las reformas de Diocles.

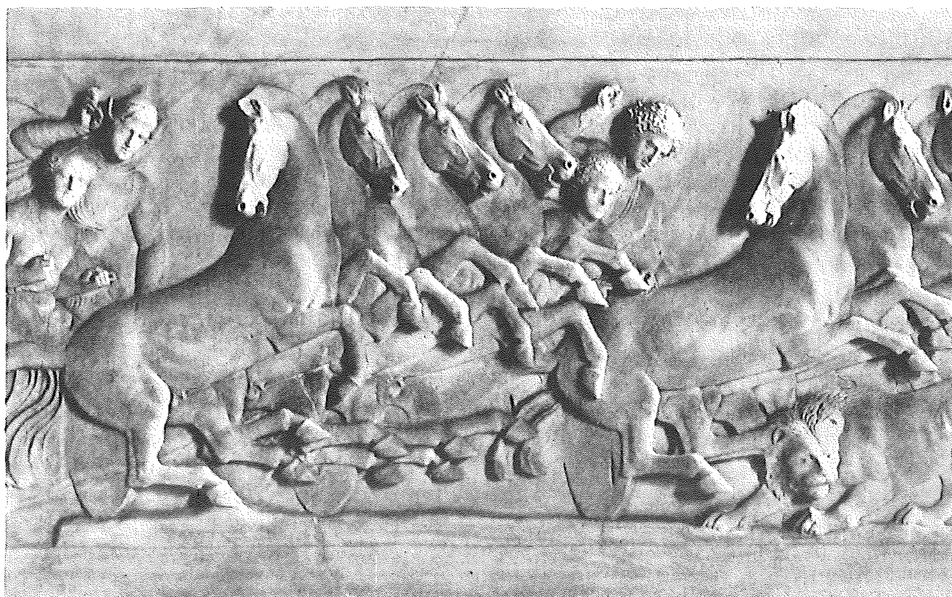
g) *El retorno de los cartagineses.* La retirada de los atenienses de Sicilia permitió a Selinunte atacar nuevamente a Segesta. Esta ciudad, temiendo ser destruida, apeló en el 410 a la ayuda púnica, mostrándose dispuesta a ser tributaria de Cartago. La gran potencia africana aceptó intervenir por razones que se nos escapan, pero envió un apoyo militar muy limitado, cinco mil libios reforzados por algunos contingentes mercenarios, lo que parece dar a entender que no había en ese momento un plan de conquista. Tampoco Cartago estaba por entonces preparada para una gran expedición a Sicilia que, como lo había mostrado la reciente derrota ateniense en la isla, era empresa que debía cuidarse al detalle. Sin embargo, el púnico Aníbal, nieto de aquel Amílcar que había muerto tiempo atrás en la batalla de Himera (480), fomentaba nuevas apetencias imperialistas. En el 408 Cartago envió una gran fuerza militar, al mando del propio Aníbal, que desembarcó en Lilibeum y puso cerco a Selinunte. La ciudad cayó tan rápidamente, que las otras colonias no pudieron enviarle a tiempo la ayuda prometida. Fue completamente destruida, y su población masacrada. Aníbal, contando con el apoyo de Segesta y de muchos nativos sículos, marchó desde allí a Himera, donde se encontró con el ejército siracusano dirigido por Diocles, que había mandado también llamar a la flota enviada al Egeo. Tras duros combates, los siracusanos se vieron forzados a la retirada, mientras que gran parte de los habitantes de Himera eran capturados y aniquilados, siendo la ciudad asolada. A renglón seguido, la armada púnica retornó a Africa, lo que confirma que todavía el mando cartaginés no tenía planes de ocupación para toda la isla.

No obstante, los éxitos de Aníbal, y el conocimiento de las disputas políticas internas existentes en Siracusa, incitaron a Cartago a una nueva operación. Los púnicos buscaron el apoyo de Atenas, aunque desconocemos en qué fraguó el acuerdo. Por su parte, Hermócrates, desposeído de su mando egeo, obtuvo ayuda financiera del sátrapa persa Farnabazo. Una alianza entre Siracusa, Esparta y Persia parecía ser la fórmula eficaz para doblegar definitivamente a Atenas. Hermócrates retornó a Sicilia, construyó naves en Messina con los subsidios persas, y enroló a seis mil mercenarios (408). En ese momento Diocles y el partido democrático siracusano estaban en entredicho a raíz de la derrota en Himera. Aunque sus partidarios no obtuvieron su vuelta a Siracusa, el líder oligárquico se dedicó a recorrer la isla, fomentando la resistencia antipúnica. Estableció su cuartel en lo que quedaba de Selinunte, se atrajo a muchos refugiados y mercenarios, y se dedicó con esa fuerza a asolar a los aliados y tributarios de Cartago (Motya, Panormos). Mientras tanto, en Siracusa estallaba un apasionado debate sobre el retorno del político

exiliado. Finalmente, Diocles fue desterrado en el 407, momento que Hermócrates aprovechó para volver. Pero cuando llegó a las puertas de la ciudad con sus seguidores se le negó la entrada, pues muchos temían que deseara convertirse en tirano. Probablemente eran los propios aristócratas, quienes, teniendo ahora el control de la situación tras la caída de Diocles, desconfiaban más de las intenciones de Hermócrates. Ante esta situación, Hermócrates intentó un golpe de fuerza con sus partidarios, pero fue derrotado y muerto. Entre los pocos supervivientes de su bando se encontraba el joven Dionisio, quien pronto conseguiría hacer realidad los planes fallidos del líder oligárquico, instalándose como tirano en Siracusa, y convirtiéndose en el amo de Sicilia.

3. Dionisio, tirano de Siracusa

a) *El ascenso de Dionisio.* La nueva ofensiva cartaginesa dio a Dionisio la oportunidad de hacerse con el control de Siracusa, el proyecto fallido de Hermócrates. En el 406 los púnicos retornaron a Sicilia con un considerable



Sarcófago. Detalle de un lateral. En mármol de Paros se elaboró este bello sarcófago encontrado en Sidón. El estudio de los animales y el movimiento que imprimen a la escena recuerdan el famoso mosaico helenístico que recoge la Batalla de Isso, donde participó el mismo Alejandro Magno.

ejército, capitaneado por Aníbal e Himilcón. Su intención era apoderarse de toda la isla. Numerosos mercenarios habían sido reclutados para esta empresa en Iberia, Baleares, Italia y norte de Africa. Las ciudades griegas se aprestaron a la defensa, especialmente Akragas, la más amenazada. Había prosperado mucho gracias a la neutralidad mantenida durante las guerras anteriores. Fue el primer objetivo de las tropas cartaginesas, que la sometieron a un largo asedio. Pese a la ayuda siracusana, y a la presencia de un cuerpo de mercenarios griegos dirigidos por el lacedemonio Deixippos, la ciudad fue abandonada por sus habitantes y, una vez ocupada por Himilcón, entregada al saqueo. Numerosas obras de arte fueron enviadas a la metrópoli, donde contribuyeron a generar una corriente de gusto por la cultura helénica. A raíz de la caída de Akragas, una ola de terror se expandió por Sicilia, y hubo numerosas quejas contra la actuación de los generales siracusanos. El asunto se llevó a la asamblea popular, cuya incertidumbre ante la situación aprovechó Dionisio para acusar a los estrategos de traición, incitando a la población a castigar a los culpables.

Dionisio, protegido por el rico Filistos, que sería su futuro historiógrafo, logró que su proposición prosperara. El pueblo destituyó a los generales nombrando a otros, entre ellos al propio Dionisio. De acuerdo con el relato de Diodoro, el inminente tirano había tomado entonces algunas iniciativas personales, como el retorno de los exiliados amigos de Hermócrates. Este grupo de partidarios no le era suficiente para llevar adelante su proyecto de

hacerse con un poder personal. Necesitaba dinero y respaldo militar. La lucha contra Cartago podía ofrecer el pretexto adecuado. Dionisio empezó asegurándose el apoyo de la guarnición de Gela, mandada por Deixippos. El dinero necesario para ello lo consiguió propiciando en dicha ciudad una revolución popular contra los ricos, cuyos bienes fueron confiscados y vendidos. Prometiendo recompensas económicas se atrajo también el favor de los soldados siracusanos. Vuelto a la capital, inició una campaña de desprestigio contra los otros generales, acusándolos de connivencia con los púnicos. El efecto de su iniciativa, según cuenta DIODORO, fue fulminante. La asamblea popular, recordando cómo Siracusa había sido capaz de vencer a los cartagineses en Himera (480) bajo el mando único de Gelón, nombró a Dionisio *estratego autocrator*, concediéndole plenos poderes. Dionisio consiguió, igualmente, un decreto que duplicaba la soldada de sus hombres y, tras haber propagado la noticia de un atentado fallido contra su persona, obtuvo una guardia personal de 600 individuos, a la que sumó muchos mercenarios. Los siracusanos, presionados tanto por la presencia en la ciudad de un ejército adicto a Dionisio, como por la inminencia del ataque púnico, tuvieron que aceptar la realidad. Dionisio se transformó en tirano, casándose con la hija de Hermócrates.

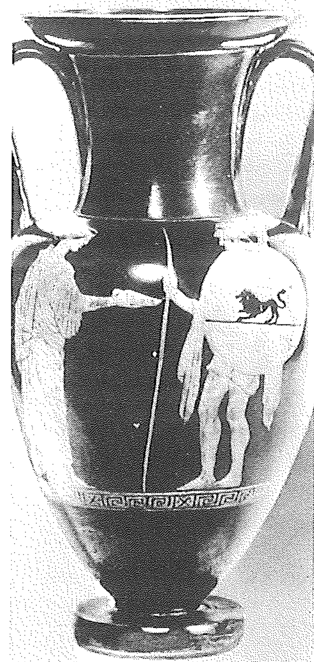
La lucha contra los cartagineses comenzó mal para Dionisio. El ejército de Himilcón había puesto sitio a Gela. Allí acudió el tirano con un ejército combinado de siracusanos, sicilianos e italiotas, y una flota, planeando varios ataques simultáneos para levantar el cerco. Su fracaso supuso la inmediata evacuación de Gela y Kamarina. Dionisio tuvo que desembarazarse de algunos oponentes y se aprestaba a defender Siracusa cuando, sorprendentemente, los cartagineses buscaron hacer la paz. DIODORO atribuye este cambio de actitud a una epidemia que, inmediatamente, los soldados llevaron a Cartago. No tenemos por ahora mejor explicación, aunque conviene tener en cuenta que el final por entonces de la guerra del Peloponeso (405) dejaba libre a Esparta para intervenir en Sicilia a favor de Siracusa. Esta circunstancia pudo ser tenida en cuenta por los púnicos. Lo cierto es que Dionisio tuvo que aceptar la paz propuesta, con condiciones poco favorables para los griegos.

Dionisio I el Viejo (430-367 a. de C.), tirano de Siracusa, de origen humilde. Se ganó el favor del pueblo alentando su odio contra los ricos magistrados y los ciudadanos influyentes. Se destacó por sus crueldades durante la lucha contra los cartagineses que dominaban parte de Sicilia. Gracias a él, Siracusa prosperó y adquirió una categoría de primer orden en el mundo griego.

El tratado que se firmó confirmaba la soberanía cartaginesa sobre la Sicilia occidental, reconocida como *epikrateia* (provincia) de Cartago. Selinunte, Himera, Akragas, Gela y Kamarina podían recobrar sus habitantes, con la condición de no ser fortificadas y pagar tributo al invasor. Leontinoi, Messina y las comunidades sículas se consideraban libres y autónomas. Quienes más se beneficiaron de este declive de poder de muchas ciudades sicilianas fueron obviamente Dionisio y Cartago. El tirano gozaba así de un compás de espera para reforzar su autoridad en Siracusa. Su poder quedaba reconocido en una de las cláusulas del tratado. Cartago aumentaba su área de influencia, y conseguía un enorme botín. La etapa democrática de las colonias griegas quedaba saldada con un balance de destrucciones, cambios demográficos y luchas entre ricos y pobres. Las continuas guerras habían llevado a las ciudades-estado a una situación crítica, al ser incapaces de una acción común. Esto hubiera sido muy importante. No en balde las colonias griegas se habían desarrollado en un ámbito hostil, amenazadas desde el interior por las poblaciones indígenas y la presencia semita en el oeste de la isla, y desde fuera por la competencia de etruscos y púnicos, más cercanos a sus bases. Ahora, con los cartagineses en el solar patrio, era la propia supervivencia del Helenismo en Sicilia lo que estaba en juego. Las condiciones parecían favorables para acoger un régimen tiránico que se presentara como defensor de la «causa helénica» ante el enemigo común. En este sentido, Siracusa iba a volver a ser la potencia hegemónica bajo la égida del tirano Dionisio.

b) *La consolidación de la tiranía.* La paz subsiguiente a la tregua con Cartago permitió a Dionisio asentar su autoridad en Siracusa y reforzar su aparato militar. Para ello contaba con el apoyo de las tropas mercenarias que constituían la guarnición de la ciudadela de Ortygia, fortificada entonces. Con el fin de allegar fondos, procedió a nuevas confiscaciones de los bienes de sus enemigos, que repartió entre sus partidarios. Muchos de éstos eran extranjeros, tanto griegos como bárbaros, a quienes asentó en los territorios de algunas ciudades. Otros eran esclavos a quienes dio el estatuto de ciudadanos, convirtiéndolos en *neopolitai*. Intentó, igualmente, atraerse a los mercenarios que luchaban en el bando púnico, que era de quienes podía esperar más

peligro. Una vez consolidada su posición en la capital, intentó someter entonces a las comunidades sículas. Pero sus enemigos seguían buscando minar su poder. En el 404 una rebelión estalló en el ejército con el que había iniciado el asedio de Herbesos, una ciudad sícula. Los sediciosos llamaron en su auxilio a muchos exiliados siracusanos. Dionisio abandonó el cerco de Herbesos y se encerró en Ortygia, donde sus adversarios le asediaron. Con la ayuda de un cuerpo de mercenarios campanianos que se habían pasado del servicio de Cartago al suyo, el tirano logró restablecer su dominio sobre la ciudad, mostrando gran indulgencia hacia sus adversarios.



Anfora de mediados del siglo V a. de C.

Los términos del acuerdo con Cartago habían reconocido la autonomía de las comunidades nativas de Sicilia. Dionisio, no obstante, reemprendió pronto sus operaciones contra las ciudades sículas y calcidias, que habían sido ya, decenios atrás, un objetivo del expansionismo siracusano. Atacó Herbesos y Herbita, y se adueñó de Catania y Naxos, cuyos habitantes fueron esclavizados. Leontinoi se rindió para evitar una suerte similar, siendo sus gentes deportadas a Siracusa. La política del tirano respecto a los pueblos indígenas fue distinta. Los sículos se convirtieron corrientemente en tributarios o aliados. De ellos podían obtenerse muchos soldados. Una vez dueño de la Sicilia oriental, Dionisio inició los preparativos para la guerra contra Cartago. La tarea inicial fue fortificar convenientemente a Siracusa, trabajo para el que fueron movilizados unos 60.000 ciudadanos. Las alturas de Epipolae fueron incluidas en el circuito defensivo, y una gran fortaleza fue construida en Euryelus, de tal modo que el recinto amurallado de Siracusa llegó a ser mayor que el de Atenas, e incluso más inexpugnable. DIODORO describe el impresionante espectáculo de toda una ciudad enfrascada en estas tareas constructivas. Se prometieron recompensas para quienes laboralmente rindieran más. El propio tirano dirigió en persona los trabajos, predicando con el ejemplo. En pocas semanas el recinto estuvo acabado.

Otro proyecto en el que se enfrascó Dionisio fue el reforzamiento de su ejército, dotándolo del armamento adecuado. DIODORO describe la enorme producción armamentística de Siracusa en aquellos momentos, a fin de proveer a cada cuerpo militar del material adecuado, almacenando toda esa panoplia en Ortygia. Muchos obreros especializados fueron llamados de diversos puntos, bajo la promesa de fuertes salarios. Numerosos talleres se pusieron en funcionamiento bajo la supervisión de inspectores. Gimnasios, pórticos, plazas se llenaron de gente que trabajaba afanosamente. Los técnicos de Dionisio fabricaron las armas apropiadas a cada mercenario, según su procedencia, inventaron la catapulta, perfeccionaron los dispositivos de asedio, y construyeron numerosas naves. Todos los trabajos se acometieron con entusiasmo y espíritu de emulación, motivados por las recompensas ofrecidas por el tirano, y también por la inminencia de la amenaza púnica. El cuadro que nos presenta DIODORO, que habla de obreros libres, confirma la impresión de que el dueño de Siracusa contaba por entonces con un fuerte respaldo popular, no sólo con el que pudieran darle sus mercenarios. Y el trabajo común tuvo un resultado eficiente y significativo: doscientos barcos nuevos, ciento diez navíos antiguos reparados, ciento sesenta hangares para albergarlos en el puerto, ciento cuarenta mil escudos, y cifras por el estilo de cascos, corazas, lanzas, catapultas, etc. Todo un esfuerzo sobrehumano que DIODORO, poco proclive a alabar a Dionisio, resalta en toda su magnitud.

Quedaba por organizar el ejército y la flota. El primero fue puesto a las órdenes no de magistrados renovados anualmente, sino del tirano y sus capitanes mercenarios. El núcleo de las tropas estaba formado por mercenarios, tanto griegos (en gran parte lacedemonios) como bárbaros, distribuidos en unidades especiales de caballería, hoplitas, peltastas y personal técnico. También se hicieron levas en las ciudades griegas y sículas del este de la isla. Respecto a la flota, las tripulaciones estaban formadas mitad a mitad por ciudadanos y mercenarios. Dionisio, comprendiendo la importancia de las operaciones anfibias en la guerra contra Cartago, puso especial empeño en este aspecto, colocando la armada bajo la dirección de su hermano Leptines. El tirano finalizó sus preparativos lanzando una ofensiva diplomática hacia las ciudades del Estrecho, cuyo control le interesaba. Rhegium había acogido a muchos exiliados siracusanos, y su hostilidad le inquietaba. La colonia mantenía frecuentes disputas con la cercana Messina, al amparo de las cuales Dionisio intervino buscando conciliarlas. A Messina le ofreció algunos



La representación de Hades y Perséfona es frecuente en estelas y relieves funerarios.

territorios. Con Rhegium intentó una política matrimonial. Tras fracasar en ello, el tirano siracusano consiguió la amistad de Locri por el mismo procedimiento.

c) *La segunda guerra contra Cartago.* A renglón seguido Dionisio convocó una asamblea para proponer la guerra contra Cartago. Conseguido este objetivo, fomentó una oleada de odio contra los púnicos por toda la isla. DIODORO señala que los cartagineses residentes en Siracusa y otras ciudades fueron maltratados, y sus bienes confiscados. Se lanzó un ultimátum a Cartago: debía evacuar todas las ciudades griegas de Sicilia, o Siracusa le declararía la guerra. Cartago rechazó el ultimátum y se preparó militarmente. Dionisio contaba con un tiempo de ventaja hasta que el ejército púnico desembarcara. Su objetivo era ocupar los puertos occidentales de la isla, para impedir la arribada del enemigo. Con su ejército, engrosado por las aportaciones de los aliados griegos, se dirigió contra Motya, plaza fuerte cartaginesa, a la que sometió a un duro cerco usando todos los elementos técnicos que había dispuesto (torres de asedio, catapultas). La operación quedó como modelo del nuevo arte poliorcético militar. Asimismo, se dedicó a devastar el territorio de las ciudades aliadas de Cartago (Panormos, Segesta, etc.). Un intento de la escuadra púnica para desbloquear Motya fracasó. Tras varios asaltos y numerosos combates, ampliamente relatados por DIODORO, la plaza fue tomada y saqueada (397). La población que sobrevivió a la masacre fue reducida a esclavitud. Dejando una guarnición en Motya y una armada de 120 barcos, Dionisio volvió a asolar el territorio cartaginés. Mientras tanto, Cartago, realizando grandes preparativos, equipó una escuadra para desembarcar sus efectivos en Panormos (397). Mientras que la flota púnica atacaba a la siracusana, el general púnico Himílcar se dirigió a Motya para recuperarla. La victoria de la flota de Magón obligó a Dionisio a retirarse.

La situación parecía ahora crítica para el tirano. Al llegar los cartagineses, los sículos le habían abandonado, pasándose al enemigo. Dionisio reunió todas las fuerzas posibles, dando la libertad a los esclavos. Engrosó su ejército con mercenarios lacedemonios y equipó más naves. Una nueva victoria de la flota púnica le obligó a retirarse a Siracusa, expuesta ahora al asalto cartaginés. La situación era crítica, por lo que Dionisio apeló a la ayuda de los griegos de Italia, de Esparta y de Corinto. Mientras tanto, Himílcar había iniciado el cerco de la capital, asolando el territorio circundante y los arrabales. El bloqueo suscitó algunas oposiciones internas contra el tirano, que tuvo de nuevo la suerte de su lado. En efecto, una epidemia de tifus estalló en el campamento púnico, circunstancia que los siracusanos aprovecharon para lanzar una doble ofensiva por tierra y mar contra los sitiadores (396). La flota púnica fue incendiada e Himílcar tuvo que retirarse con los restos de su ejército.

Cartago tuvo que renunciar temporalmente a su política siciliana, tanto por las pérdidas sufridas ante Siracusa, como a causa de sus propios problemas internos (especialmente una revuelta de libios). Aunque el triunfo de Dionisio pareciera aplastante, también para el tirano se acumulaban los problemas. La reciente guerra había supuesto la pérdida de muchas naves, equipamiento militar y hombres, capítulos en los que se habían invertido gran parte de los recursos del estado. Muchos mercenarios, descontentos, tuvieron que ser sustituidos por esclavos a quienes se concedió la libertad. También ingresaron en el ejército tropas procedentes del bando enemigo. El fracaso en defender las colonias griegas del poderío cartaginés, después de haberlas sublevado contra aquél, había restado a Dionisio prestigio ante el mundo helénico. Los sículos, además, demostraban ser un factor de inestabilidad, proclive a aliarse con un eventual invasor. Tenían el control de algunas importantes rutas a través de la isla. Durante las recientes campañas, el reforzamiento de las líneas de comunicación había demostrado ser vital. Cartago había fundado Lilybeum cerca de Motya, Thermae junto a Himera y Tauromenium cerca de Naxos, esta última como centro de resistencia sícula contra los griegos. Dionisio, por su parte, se dedicó ahora a afianzar sus posiciones cara al dominio de las comunidades indígenas y el estratégico estrecho de Messina. Miles de mercenarios fueron asentados en Leontinoi, muchos locrios fueron instalados en Messina, y se fundó Tyndaris para acoger a refugiados procedentes de Grecia (política que favoreció la fusión de razas, griegos e indígenas). También dirigió varias campañas contra los sículos,

sometiendo a unos, y aliándose con otros. Todavía Cartago hizo un último esfuerzo. En el 393 Magón retornó a Sicilia con medios económicos para levantar un gran ejército, atrayéndose a los sículos. Avanzó hacia Messina, donde fue derrotado. Su intento resultó finalmente infructuoso, y en el 392 tuvo que pedir la paz. El nuevo acuerdo supuso la renuncia púnica a toda exigencia sobre las ciudades griegas, y a toda alianza con las comunidades sículas (Tauromenium quedaba bajo control de Siracusa), aunque Cartago retuvo las ciudades fenicias y sicanas. Dionisio obtuvo así una libertad de movimientos en Sicilia, que le permitió orientar su política hacia nuevos derroteros.

d) *La política imperialista de Dionisio.* El primer objetivo fue la ciudad enemiga de Rhegium, que acogía a los exiliados siracusanos y le disputaba el control del estrecho de Messina. Un primer ataque en el 393 se saldó con un fracaso. En el 390 el tirano reanudó la ofensiva, aliándose con los indígenas lucanios, en cuyo apoyo envió una escuadra. Rhegium, presionada por dos frentes, tuvo que solicitar la paz (389), pagando una indemnización de 300 talentos y entregando su flota. A renglón seguido, Dionisio destruyó Caulonia e Hipponium, deportando sus poblaciones a Siracusa, y cediendo sus territorios a Locri. En el 388 provocó la guerra con Rhegium y puso cerco a la ciudad, que se rindió tras un sitio de diez meses (387). Muchos de sus habitantes fueron vendidos como esclavos. Estas conquistas convirtieron al tirano siracusano en el dueño de los estrechos y de una parte de la costa jónica, que controlaba con sus naves.



Cerámica con rostros funerarios de fines del siglo V o principios del IV a. de C.

El siguiente teatro de operaciones fue el mar Adriático (385-384). Estimulado por Alcetas, rey de los Molosos, que estaba refugiado en su corte, Dionisio envió armas y soldados a los ilirios, que irrumpieron en el Epiro y aniquilaron a 15.000 molosos. Esparta intervino para expulsar a los ilirios, pero Alcetas pudo recuperar su trono, y abrir los puertos del Epiro a la flota siracusana. Más al norte, donde los ilirios eran sus aliados, el tirano fundó una colonia en Lissus, se unió a los parios para colonizar las islas de Pharos e Issa, y envió colonos a Hadria. El objetivo de Dionisio era obtener el control sobre las rutas comerciales entre Grecia e Italia, y entre el Mediterráneo y el Adriático, siguiendo en este último mar la política de expansión mercantil llevada antaño por la metrópoli de Siracusa, Corinto, y su colonia Corcira. Tampoco el mar Tirreno quedó fuera de la irradiación siracusana. En aquella zona la flota de Dionisio se entregó impunemente a los actos de piratería, siendo especialmente célebre el ataque lanzado contra Pyrgoi, el puerto de la ciudad etrusca de Agylla (384), donde saqueó un templo y capturó prisioneros y propiedades por valor de 1.500 talentos. Todas estas expediciones tenían como finalidad no sólo asegurarle el control militar de los mares italianos y, consecuentemente, la hegemonía comercial de Siracusa, sino también obtener ganancias que revitalizasen el tesoro del estado, algo imprescindible tanto para pagar a las tropas mercenarias que aseguraban su poder, como para impulsar una política suntuaria que le diera prestigio ante sus conciudadanos. Obviamente, parte de ese dinero estaba también destinado a financiar otra guerra contra Cartago.

e) *La tercera guerra contra Cartago.* En el año 383 se desencadenaron de nuevo las hostilidades. El púnico Magón lanzó sendas ofensivas tanto en Sicilia como en Italia, donde contaba con la alianza de los pueblos italiotas. Realmente no hubo durante esta fase grandes encuentros bélicos, y los detalles de la contienda son oscuros. Dionisio obtuvo una gran victoria en Cabala, un lugar siciliano inidentificado, y solicitó a Cartago la completa evacuación de Sicilia y una indemnización de guerra. La revancha púnica no se hizo esperar, y ambos bandos tuvieron que firmar una paz en el 378, poco ventajosa, desde luego, para Dionisio, que tuvo que entregar 1.000 talentos de indemnización, y abandonar al enemigo una parte del territorio de Akragas. Este tratado fue seguido de un largo período de inactividad bélica, aunque Dionisio continuó sus operaciones en el sur de Italia, capturando Crotona y fracasando ante Thurii. Finalmente, las hostilidades se reanudaron diez años después, en 368-7, en un momento en que Cartago estaba desestabilizada por los efectos de una epidemia y revueltas en Africa y Cerdeña. Al igual que en ocasiones anteriores, Dionisio comenzó con ventaja, ocupando Selinunte, Entella y Eryx. Luego puso cerco a Lilybeum, pero su ataque fracasó ante la resistencia de la guarnición cartaginesa. Además, la flota púnica atacó la base

naval de Drepanum y capturó 130 trirremes siracusanas. Una tregua fue acordada poco antes de que en el año 367 el tirano de Siracusa muriera. Su sucesor, Dionisio II, hizo la paz con Cartago, sobre la base de mantener ambos adversarios sus posiciones anteriores.

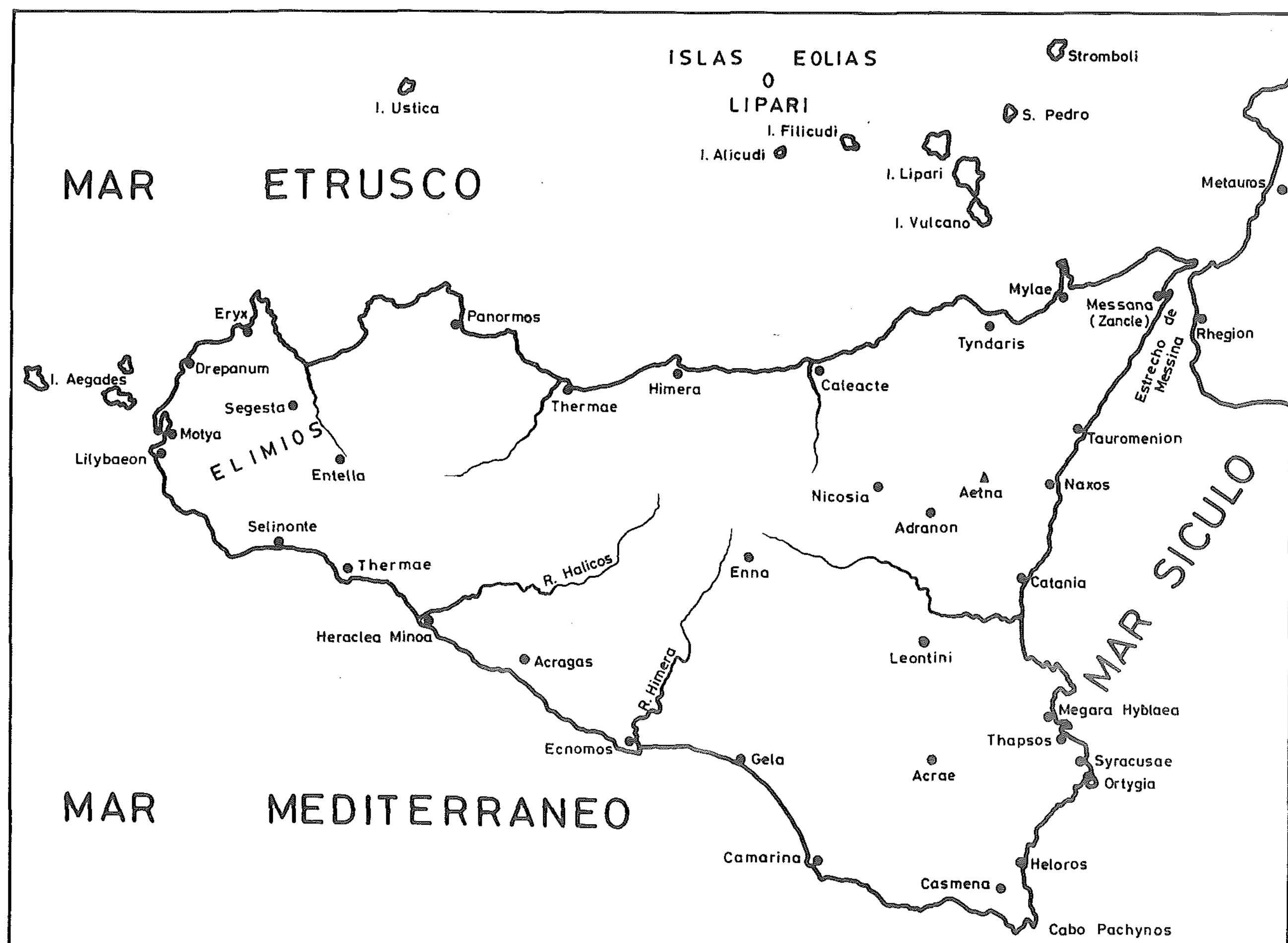
¿Cuál fue el balance final de la política expansionista de Dionisio? Es indudable que las guerras contra Cartago constituyeron el principal presupuesto de su política exterior que, en este aspecto, se saldó con un definitivo fracaso. Quizás el tirano no supo utilizar adecuadamente la ventaja numérica de los griegos y su superior potencia militar. O bien, como señala DIODORO, recogiendo tradiciones hostiles al tirano, Dionisio no condujo sus campañas con todo el rigor necesario, al ser consciente de que la amenaza púnica servía para consolidar su posición en Siracusa, y una victoria definitiva sobre sus enemigos hubiera dado a los siracusanos la oportunidad de deshacerse de él. Bien es verdad que hubo algunas agitaciones en Siracusa que comprometieron la seguridad del tirano, pero también es cierto que otros objetivos de su política exterior se cumplieron, y reforzaron su posición. Su política italiana le permitió reclutar mercenarios en la península y controlar un área comercial tan vital como el estrecho de Messina. La expansión en el Adriático le dio el acceso a las ricas materias primas de la zona (madera, metales), necesarias para asegurar la política armamentística y monetaria del tirano. Pero tales éxitos se compensaron con ciertos fracasos, especialmente en la lucha contra Cartago. Es más, no sólo no consiguió expulsar al enemigo, sino que, como resultado de estas guerras, Cartago mantuvo desde entonces mayores relaciones con el mundo griego, que afectaron profundamente a su cultura. El arte y otros goces de la civilización helénica impregnaron con su atractivo a los sectores dirigentes de la sociedad púnica. Los cartagineses acogieron en el solar patrio a muchos griegos que llevaron allí sus cultos, y enrolaron en su ejército a mercenarios de idéntica procedencia. Y, lo que fue más decisivo, tras estas guerras quedó expedito el camino para que Cartago pudiera intervenir en los asuntos internos de las ciudades sicilianas, a petición de cualquiera de ellas.

Dionisio de Siracusa fue tal vez el tirano más famoso de la Antigua Grecia por el hecho de haber recibido en su corte al filósofo Platón.

f) *Naturaleza de la tiranía siracusana.* Uno de los más ilustres visitantes que Dionisio acogió en su corte fue el filósofo PLATÓN. Sus opiniones sobre la tiranía siracusana están expuestas en una famosa correspondencia, especialmente en la carta VII, cuya autenticidad no parece ofrecer dudas. También en otros pasajes de sus obras, bien el «Gorgias», la «República» o la «Política», cuando se aborda la cuestión de la tiranía se está en cierto modo perfilando el retrato del líder siracusano. El testimonio de PLATÓN, por estar basado en una experiencia personal, tiene especial valor, aunque adolece de falta de imparcialidad. Dionisio debió ser una personalidad excepcional, patente a lo largo de las muchas iniciativas que señalan la progresión de su larga tiranía, y es indudable que su gobierno personalista debía provocar fuertes reacciones, favorables o en contra, entre quienes le conocieron, que no podían pasar desapercibidas, ni dejar de afectar, al conocido filósofo. El propio DIODORO, que en muchos aspectos se muestra abiertamente contrario a la tiranía, no deja de reconocer en Dionisio ciertas cualidades de bondad y equilibrio, por ejemplo, en el trato dado a sus adversarios vencidos o a los exiliados retornados. Las grandes obras de fortificación de Siracusa no fueron emprendidas bajo la férula de una naturaleza despótica, sino por iniciativa de alguien que supo insuflar a sus compatriotas un profundo sentimiento de solidaridad ciudadana, estimulando su trabajo con el ejemplo propio y los incentivos convenientes. Estos rasgos parecen apartarse mucho del retrato sombrío y apasionado de un tirano rodeado al final nada más que de enemigos, que es la semblanza que nos ha dejado PLATÓN. Es más, la facilidad con la que su sucesor, Dionisio el Joven, pudo instalarse en el poder, confirma el sostén popular que, pese a sus fracasos, había tenido Dionisio I.

Para Mossé, el mejor paralelismo para la tiranía de Dionisio puede encontrarse en Pisístrato, defensor, como aquel, del *démos* frente a las apetencias de los potentados. Resulta significativo que los intentos de derrocar a Dionisio procedieran siempre de los sectores económicamente más fuertes, aquellos *Gamoroi* de que habla HERÓDOTO, que varios decenios de democracia siracusana no habían hecho desaparecer. Sin embargo, las bases del poder de Dionisio eran diferentes, al radicar su fuerza en el soporte de los mercenarios y esclavos. Aunque el tirano, en vez de desarmar la ciudadanía

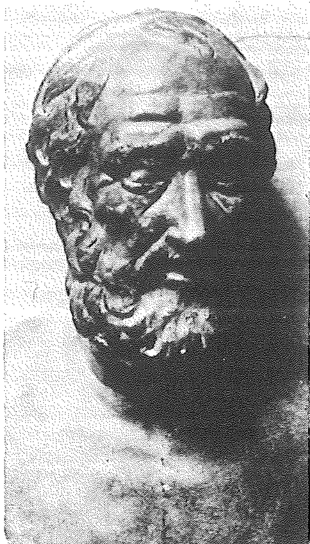
siracusana, la puso a servir en el ejército y la flota, el principal apoyo le venía de los mercenarios, cuyo ascendiente sobre el *démos* era incuestionable. Estos mercenarios no constituían, desde luego, un grupo homogéneo. Dionisio en este sentido no fue un campeón nato del Helenismo siciliano, pues no tuvo escrúpulos en enrolar a mesenios, peloponesios, celtas, íberos, sículos, lucanios, ilirios, etc. y, lo que es más significativo, en emplearlos contra las propias ciudades griegas. Claro está, la variopinta procedencia de su mercenariazgo le garantizaba su control, pues podía aprovechar sus rivalidades o desembarazarse de algunos, estableciéndolos en el territorio de ciudades sometidas. No obstante, y al igual que sucedió en Cartago, esos mercenarios acabaron con el tiempo transformándose en un grupo de presión cada vez más



Sicilia en el siglo IV.

activo en la vida de la ciudad, sobre todo al desaparecer con su muerte la ascendencia que Dionisio había tenido sobre ellos. Para asegurar su autoridad sobre esas tropas, que no sólo le servían de ejército contra el enemigo exterior, sino también de policía interna y guardia personal, el tirano adoptó las medidas convenientes. Sus servicios fueron bien pagados, acuñándose con tal fin monedas de oro y plata. Y sus operaciones fueron convenientemente dirigidas por este hombre que gobernó siempre no como líder de un partido político, sino como un autócrata militar, como un capitán de mercenarios, al igual que otros tiranos griegos.

Otro aspecto peculiar de su poder es el recurso a los esclavos liberados, frecuente entre los tiranos del siglo IV, pero que no presupone una oposición a la esclavitud. Es más, Dionisio los utilizó como fuerza de maniobra contra sus propios dueños, a quienes ocasionalmente los devolvió una vez pasadas determinadas ocasiones de peligro. Esos esclavos liberados tenían como principal misión asegurar la defensa de Siracusa y la estabilidad del tirano. Pero no siempre parecen tener la misma procedencia. DIODORO


Aristocles era el nombre original de este gran filósofo que conocemos como Platón, «el de anchas espaldas». Las fechas aproximadas de este filósofo se centran entre el 427 y 347 a. de C. Su mayor aportación, su doctrina sobre las ideas.

precisa que en el 396 Dionisio liberó a los esclavos «que estaban en Siracusa», es decir, los domésticos o artesanos, que luego retornaron a sus dueños. Los *neopolitai* que ensancharon la base popular siracusana debieron proceder de aquellos Kyllyrioi o indígenas sículos sometidos, empleados en el trabajo de las tierras de los ricos propietarios. Cuando éstos fueron desposeídos por la tiranía, sus propiedades fueron quizás repartidas entre aquellos nativos sometidos a servidumbre.

Aunque implantó un poder personal y autoritario, Dionisio mantuvo, sin embargo, en funcionamiento las instituciones políticas tradicionales: arcontes, *boulé*, estrategos y trierarcas. Incluso solía convocar a la asamblea siracusana para exponerle sus directrices políticas, aunque en la práctica el tirano decidiese sólo o asistido por un grupo de amigos. En este aspecto, como en el lujo deslumbrante con el que dotó a su corte, Dionisio preludia el fasto de los soberanos helenísticos, cuyo enorme y tecnificado aparato militar recuerda también la milicia siracusana de este tiempo. Para ello Dionisio tuvo que allegar recursos económicos de todo tipo, bien confiscando, o imponiendo tasas, o haciéndose con el control mercantil en Sicilia y sur de Italia. En éste, como en otros sentidos, aunque a menor escala, la Siracusa de Dionisio, dueña de un vasto imperio, centro comercial de los intercambios entre Grecia, Italia y Cartago, con una moneda poderosa, con una flota potente, con una población en auge amparada en una capital convenientemente fortificada, recuerda mucho el papel desempeñado por la Atenas del siglo v.

Pese a crear una poderosa ciudad, y un imperio notable, Dionisio fracasó en un aspecto: forjar un estado heleno unificado. Las ciudades griegas de Sicilia nunca renunciaron a su perdida libertad, aunque la consolidación de un imperio territorial significó una dura prueba para los tradicionales conceptos de ciudadano y ciudad-estado. Bien es verdad que esas apetencias integradoras son puestas de manifiesto en los títulos dados al tirano: «Arconte de Sicilia», «tirano de Sicilia», «dinasta de Sicilia», en todos los cuales el término «Sicilia», poco corriente en el lenguaje político griego, intenta reflejar un nuevo tipo de autoridad. Pero el éxito de Dionisio fue temporal, porque no era el triunfo de nuevas concepciones políticas que superaran el particularismo griego, sino de una empresa meramente personal, abocada a la quiebra al desaparecer su fautor. Una vez muerto este hombre, en quien el orador Isócrates creyó ver en un determinado momento el caudillo de todos los griegos contra Persia, todas las fuerzas que él había sabido controlar se desencadenaron: ataques cartagineses, reivindicaciones de los nobles exiliados, deseos de independencia de las ciudades sometidas, etc.

4. Dionisio II y Platón

Dionisio I, que se había casado varias veces y había situado a algunos de sus allegados en puestos de responsabilidad, dejó tras su muerte una compleja situación familiar, que determinaría en buena parte la inestabilidad política que dominó a Siracusa durante la siguente etapa. En vida, sin embargo, el viejo tirano había sabido controlar, con proverbial habilidad, tanto éste como otros factores. Dión, el hermano de su esposa siracusana y segundo marido de su hija Arete, le había servido con lealtad, siendo espléndidamente recompensado. Por su experiencia diplomática fue enviado alguna vez a Cartago. Leptines, hermano del tirano, desempeñó importantes puestos militares, aunque durante un periodo estuvo alejado del mando de la flota por problemas personales con Dionisio. De esta circunstancia tampoco se libró Filistos, uno de los más antiguos y fieles partidarios del tirano, a causa quizás de las intrigas del propio Leptines, que fue yerno suyo.

Con la desaparición del viejo Dionisio la situación en la corte siracusana se hizo más completa. Aquél había designado públicamente como sucesor a su hijo del mismo nombre, quien accedió al poder sin dificultad, tras reunir a la asamblea popular y obtener un voto de lealtad hacia su persona. Pero el joven Dionisio II, que por entonces (367) no había cumplido la treintena, no tenía la capacidad y energía política de su padre, ni tampoco sus virtudes militares. Más interesado por las especulaciones filosóficas, se inclinó por una vida cortesana de lujo, rodeado de poetas y filósofos. Hizo pronto la paz con Cartago y los lucanios y refundó dos ciudades que su padre había destruido,

Rhegium y Naxos. En Apulia situó guarniciones navales para salvaguardar al Adriático de la piratería. Sólo en el 366, de modo excepcional, continuó la política de su antecesor, enviando ayuda militar a Esparta y Atenas. Es más, parece ser que prefirió residir largas temporadas en Locri, su ciudad natal, dejando a otros el mando de los mercenarios y el control de Siracusa desde la fortaleza de Ortygia. Era un hombre de carácter débil y con poca experiencia de gobierno, a quien las profundas intrigas familiares afentaron pronto.

En su entorno, el personaje más destacado fue su cuñado Dión, unos diez años mayor que él, y líder de la rama siracusana de la familia del viejo Dionisio. Era hombre de muy diferentes cualidades: educado, altanero, ambicioso, calculador, con experiencia de mando por haber ejercido algunos cargos durante el gobierno anterior. En sus manos competentes quedó el dirigir los primeros pasos políticos del joven Dionisio. Con vista a su educación, consiguió persuadir al nuevo tirano para que invitase a la corte al filósofo PLATÓN.

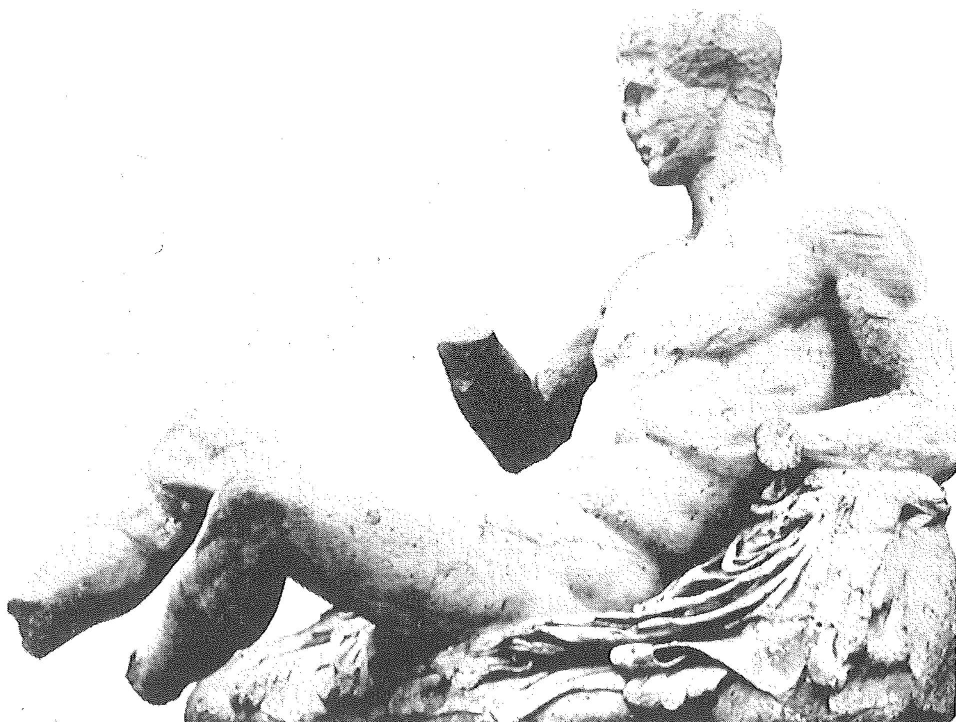
La estancia en Siracusa del director de la famosa Academia ateniense constituye uno de los aspectos más peculiares de esta etapa. Durante su primera visita a la ciudad en el 389, en vida de Dionisio I, PLATÓN había entablado una gran amistad con Dión, cuyas condiciones intelectuales y experiencia política llegó a valorar mucho. Al aceptar la invitación de Dionisio II en el 366, no sólo lo hizo por los deseos de Dión, sino también porque buscaba dar una «praxis» política a sus preceptos filosóficos, convirtiendo al joven tirano en un soberano filósofo. Dionisio aceptó dócilmente las sugerencias de su mentor, pero ese ascendiente llegó a alarmar a ciertos cortesanos que consiguieron el retorno de Filistos, para contrapesar así la influencia de PLATÓN y DIÓN, y mantener la autocracia militar en sus líneas tradicionales. Para ellos estaba claro que el filósofo era manipulado por Dión, quien en última instancia deseaba hacerse con el poder. Para desacreditar a Dión, sus oponentes hicieron llegar a Dionisio la copia de una carta de los cartagineses, como prueba de que aquél era un agente de los púnicos en Siracusa. El tirano envió a su cuñado exiliado a Grecia, permitiéndole recibir las rentas de sus grandes propiedades. Allí estuvo casi diez años, aunque poco se conoce de esa estancia, salvo que permaneció un tiempo en Atenas relacionado con la Academia platónica.

Aún falta esclarecer ciertas circunstancias acerca de la estancia de Platón en Siracusa, pero algunos estudiosos suponen que la condición de hombre libre del gran filósofo se vio seriamente amenazada.

Una vez desterrado Dión, la estancia de PLATÓN tuvo menos dificultades. Pero el filósofo se mantuvo al margen de la política cotidiana, concentrándose en la formación de Dionisio, e intentando reconciliarlo con Dión. Cuando su fracaso se hizo evidente, partió para Atenas, aunque conservando la estimación del tirano. En el 361 PLATÓN volvió a Siracusa, persuadido por Dión. Para entonces Dionisio había cambiado su actitud, espoleado por quienes desconfiaban de la influencia platónica. Había llevado una personal y hasta dura línea política, que le había granjeado una creciente oposición en Siracusa. PLATÓN abogó de nuevo por el retorno de Dión, pero recriminado por ello tuvo que regresar a Atenas. Dionisio confiscó entonces las propiedades sicilianas de Dión, evidenciando la imposibilidad de su retorno. Arete tomó un nuevo esposo.

5. El retorno de Dión

Entre quienes habían acompañado a PLATÓN en su visita se hallaba un íntimo amigo de Dión, el filósofo Speusippus, que comprobó directamente la oposición que existía en Siracusa contra el tirano. Cuando volvió a Atenas, incitó a Dión a intentar un golpe de fuerza. PLATÓN se mantuvo, al parecer, al margen. Dión obtuvo el concurso de su hermano Megacles, de Heráclides, otro distinguido exiliado, y de dos miembros de la Academia, Timónides y Callippus. Una misma afinidad filosófica les unía: la creencia de que sólo un monarca-filósofo podía gobernar a los griegos sobre bases éticas. Con el objetivo de derrocar a la denostada tiranía, Dión puso proa a Sicilia (357) con mil mercenarios, más los refuerzos que le traería Heráclides. Llegó a Heraclea Minoa, una dependencia cartaginesa gobernada por uno de sus amigos. En ese momento Dionisio estaba en Italia, y Filistos, a la cabeza de la flota, en las costas italianas para interceptar las rutas litorales. La maniobra de Dión les sorprendió. Este, con la ayuda del comandante de Heraclea Minoa,



Frontón oriental del Partenón. Detalle de Dionisio recostado. Hacia 476 a. de C. Fidias. Hasta Miguel Angel no se volvieron a crear figuras yacentes tan perfectas.

y contando con la neutralidad púnica (tenía buenos contactos con Cartago desde que fue consejero de Dionisio II), se dirigió a Siracusa, obteniendo apoyos en Akragas, Gela y Kamarina, que veían ahora la oportunidad de deshacerse del dominio siracusano. La ciudad le abrió sus puertas, mientras que el gobernador Timócrates, con sus mercenarios, se refugiaba en Ortygia. Dión y Megacles, acogidos como libertadores, fueron nombrados generales con plenos poderes. Filistos, tras intentar un vano ataque contra Siracusa, fracasó también en otra operación ante Leontinoi, ciudad que se había sublevado. Entretanto, Heráclides llegó desde Grecia con veinte trirremes y refuerzos militares, con lo que derrotó definitivamente al almirante de Dionisio en una batalla naval.

Los acontecimientos que se desencadenaron en Siracusa a renglón seguido fueron confusos y terribles. La ciudad estaba dividida en dos bandos, al permanecer la resistencia de Ortygia. Al amparo de estas discusiones internas, el imperio siracusano se fue desintegrando. Muchos aventureros se hicieron con el poder en un buen número de ciudades, respaldados por las prepotentes bandas de mercenarios, puestas al servicio del mejor postor. Las clases sociales volvieron a enfrentarse en muchas comunidades, y las demandas de confiscaciones y repartos de tierras se hicieron algo común.

Dionisio logró retornar a Ortygia, mantuvo el apoyo de sus mercenarios, y consiguió interceptar los abastecimientos que la ciudad recibía por mar (357). Hubo un armisticio entre los sitiados y los siracusanos (que exigían su renuncia a la tiranía), y negociaciones para una capitulación que fracasaron (356/5). Cuando Heraclides arribó con su flota, Dionisio quedó bloqueado en Ortygia. Pronto surgieron, sin embargo, discusiones entre Dión y Heráclides. El primero, que se había presentado como un libertador, era en el fondo partidario de un régimen oligárquico. Se extendió el rumor de que aspiraba a la tiranía, lo que disminuyó su popularidad entre las clases bajas, donde los extremistas demócratas iban ganando influencia. A estos se sumó Heráclides, quien logró expulsar a Dion. Este retornó finalmente a Siracusa en el 355. Para entonces Dionisio había logrado burlar el cerco y escapar a Italia. Su hijo Apolócrates, que quedó al mando de la guarnición, sólo resistió unos meses por falta de apoyo. Acabó aceptando un acuerdo de capitulación, que le permitió resistir a Locri, donde estaba su padre, a cambio de entregar Ortygia.

A pesar de la caída de la tiranía, la situación en Siracusa era de total desestabilización. La anarquía social, las luchas partidistas y los atropellos de los mercenarios, habían arruinado a la otrora capital de un floreciente

imperio. Dión, para acabar con las intrigas de Heráclides, le dio muerte, pero fue asesinado por Callippus, a causa de motivos personales. Callippus, convertido en un nuevo autócrata arrestó a Arete y a su madre Aristomache, aunque fueron luego liberadas, y pudieron ir a Grecia. Controló la ciudad durante unos meses, hasta que fue expulsado por un sobrino de Dión, Hipparinus, hijo mayor de Dionisio I y su esposa siracusana. Callippus se retiró como tirano a Catania, mientras que Hiketas, otro miembro del círculo de Dión, tomaba el poder en Leontinoi. Hipparinus, tras morir misteriosamente, fue sucedido por su hermano Nysaeus. En el 346, finalmente, Dionisio II, que durante todo este tiempo había permanecido inactivo en el sur de Italia, aguardando su oportunidad, volvió a Siracusa y expulsó a Nysaeus. Pero regresó lleno de resentimiento y crueldad, de modo que el pueblo siracusano acabó apelando a la ayuda de Hiketas de Leontinoi para acabar con el tirano. Era un momento difícil para Sicilia, llena de luchas fratricidas, con una economía arruinada, con las facciones enfrentadas, y algunas de ellas dispuestas a llamar a los púnicos en su ayuda.

6. La etapa de Timoleón

a) *La caída del imperio siracusano.* Cuando Dionisio II retornó a Siracusa (346), el imperio que sobre la isla había recibido de su antecesor estaba prácticamente liquidado. Dos factores habían contribuido a ello. En primer lugar, la situación de completa anarquía: muchos tiranos se habían instalado en varias ciudades durante los últimos años de desorden y confusión. Las fuentes, aunque muy incompletas, nos dan los nombres de algunos: Leptius en Apollonia y Engyon, Mamerco, un capitán de mercenarios quizá de origen campano, en Catania; Nicodemus en Centuripae; Hippo en Messina; Apolloniades en Agyrium; Andromachus en Tauromenium, y el ya citado Hiketas en Leontinoi. Apolloniades y Andromachus son citados como gobernantes más que como tiranos, quizás porque Agyrium era la patria de Diodoro y Andromachus fue padre de Timeo, siendo ambos historiadores



Estela funeraria. Siglo IV a. de C. La influencia de Scopas puede apreciarse en el dinamismo de la figura de este hoplita.

nuestros informantes al respecto. Aunque los dos fueron invitados a tomar el poder, no recurriendo a la fuerza, la distinción no parece tener mucho sentido.

Pero un segundo factor estaba operando en quebranto del dominio siracusano de una manera mucho más efectiva: la nueva ofensiva de Cartago. Para los púnicos las circunstancias eran muy favorables. Al margen de ciertos problemas internos, el expansionismo cartaginés se había afianzado en las últimas décadas. Una prueba de ello había sido la reciente firma de un tratado con Roma (348), la potencia en alza dentro de Italia tras sus victorias sobre los galos, equos, volscos y otros pueblos itálicos. Ese acuerdo amistoso había delimitado las respectivas áreas de influencia regulando los intereses comerciales. La Península Ibérica había quedado dentro de la esfera púnica. Los cartagineses acrecentarían allí desde ahora sus objetivos económicos, cifrados esencialmente en las explotaciones mineras y la recluta de mercenarios. Para completar este creciente imperio, Cartago ambicionaba ahora, ya sin tapujos, el control de toda la Sicilia griega y el estrecho de Messina. Para culminar este proyecto le era fundamental doblegar a Siracusa. Las perspectivas parecían ahora muy favorables: ningún peligro desde Italia, gracias al tratado con Roma; una Siracusa destrozada por los conflictos internos y externos; y los griegos más desunidos que nunca, y muchos de ellos, especialmente los tiranos, dispuestos a recurrir a Cartago para conservar el poder.

Hiketas y los aristócratas siracusanos que se habían refugiado en Leontinoi huyendo de Dionisio, apelaron primero a la ayuda de Corinto, la antigua metrópoli fundadora de Siracusa. Algún tiempo después llegó a Corinto una carta de Hiketas, desaprobando la intervención corintia, porque los exiliados siracusanos habían ya recurrido a la ayuda de Cartago. Los púnicos, que hasta entonces habían evitado todo tipo de hostilidad para no forzar a los griegos de la isla a una unión, y cuya oligarquía mercantil era reacia a las guerras de conquista, vieron entonces la oportunidad de controlar la isla sosteniendo simplemente a los tiranos que habían surgido por doquier. La situación para Cartago se hizo, no obstante, mucho más preocupante, cuando llegó la noticia de que Corinto iba a mandar un cuerpo expedicionario para poner orden en Sicilia. Era algo que no le interesaba a la potencia norteafricana, cuyos deseos imperialistas estaban favorecidos por la anarquía reinante entre los griegos.



Máscara de tragedia. Bronce procedente de El Pireo. Hacia el 350 a. de C.

Cuando Hiketas invitó a Cartago a ayudarle para expulsar a Dionisio de Ortygia (345-344), los cartagineses se dispusieron a ocupar Siracusa y otras ciudades griegas. La ayuda corintia solicitada por Hiketas parecía improbable que llegara de una Grecia sometida al impacto militar de Macedonia. Pero Corinto la envió, poniendo al frente de sus tropas a Timoleón, cuyos principales objetivos serían, precisamente, acabar con los dos factores que estaban arruinando la estabilidad de Sicilia: los tiranos y el intervencionismo púnico.

Corinto, ciudad-madre de Siracusa, nunca se había inmiscuido antes en los asuntos internos de su colonia siciliana. Las razones de esta intervención son poco claras si tenemos en cuenta que tan sólo unos años atrás no había prestado ayuda a Dión, cuando este retornó de su destierro. Bien es verdad que en el agitado mundo griego de entonces no faltaban aventureros dispuestos a rehacer su fortuna en el oeste, poniendo sus armas al servicio de la causa política más interesante. Y esto era más evidente desde que Filipo de Macedonia había asestado el golpe de gracia a la independencia de las ciudades-estado griegas. Pero no era Corinto, precisamente, una ciudad con empuje y fortaleza económica en este momento. Las guerras, las luchas intestinas en las que se había impuesto una monolítica oligarquía, la habían debilitado. ¿Qué podía ganar ahora interviniendo en Sicilia? No hay una respuesta apropiada. Sí sabemos que envió al mando de Timoleón un reducido contingente militar, quizá de 700 mercenarios en primera instancia (muchos veteranos de la guerra sagrada), seguidos más tarde por 2.000 infantes y 200 jinetes, junto con la ayuda de algunas colonias dependientes como Ambracia y Leucas. Poco más podía mandar.

Las razones para elegir como jefe de estas tropas a Timoleón las desconocemos. Poco sabemos de sus actividades antes de la expedición. Procedía de una familia perteneciente a la oligarquía de Corinto, pero pasaba por ser enemigo acérrimo de la tiranía. Se recordaba como su más destacada acción el asesinato, hacia el 365, de un hermano suyo, bajo el pretexto de que aspiraba a

la tiranía. No sabemos si exactamente Timoleón fue el asesino. Las versiones al respecto de DIODORO y PLUTARCO (este último autor de una «Vida de Timoleón») difieren. Pero en Corinto había sectores que dudaban de la pureza de sus intenciones, y Timoleón debió retirarse de la escena pública durante veinte años. Por eso resulta extraño que se le llamase ahora, aunque su éxito sería notable. Incluso tomó una decisión poco común entonces: dejar la palestra política, una vez cumplida su misión. Ello habla en favor de sus cualidades éticas. No en vano los siracusanos, tras su muerte, le dieron un culto de héroe.

Cuando Timoleón navegó hacia Sicilia en el 344 los púnicos intentaron interceptarle en Rhegium. Logró escapar hacia Tauromenium, donde fue muy bien acogido por Andromachus. Este era padre del historiador Timeo, a quien debemos los perfiles positivos de Timoleón que subyacen en fuentes como la biografía de PLUTARCO. El general corintio pronto tuvo sospechas de que Hiketas, que había conseguido encerrar a Dionisio en la fortaleza de Siracusa, tenía también apetencias tiránicas. Le atacó y derrotó. Este éxito le valió el apoyo de un rival de Hiketas, Mamerco, tirano de Catania, quien le puso quizás en contacto con Dionisio, con quien Timoleón compartiría una común oposición a Hiketas y sus amigos cartagineses. Se concluyó un acuerdo: Timoleón ayudaría a Dionisio a defender Ortygia, y Dionisio podría usar Catania como base. En el otoño del 344, Neón, lugarteniente de Timoleón, estaba ya en Ortygia ayudando a Dionisio a preparar la resistencia contra el inminente ataque púnico.

350 a. de C. Florecimiento del matemático y astrónomo Eudoxo de Cnido que posibilitó el desarrollo de la geometría.

b) *La victoria sobre Cartago y los tiranos.* La colaboración entre Timoleón y Dionisio duró sólo unos meses. A mediados del 343 el tirano renunció a la lucha, y se le permitió retirarse a Corinto. Su familia, menos afortunada, fue masacrada en Locri durante una sublevación. Leptines también abdicó y se le unió en Corinto. En ese momento Cartago había enviado ya una potente flota de 150 barcos al mando de Magón para ocupar Siracusa. Bloqueó Ortygia por tierra y mar, e interceptó en el sur de Italia cualquier socorro desde Grecia. Esto no impidió que Timoleón recibiera nuevos refuerzos desde Corintio, con lo que consiguió capturar Messina, que era aliada ahora de Cartago. Mientras tanto, las discusiones estallaron en el bando púnico entre Magón e Hiketas. El general cartaginés, quizás sospechando que los mercenarios griegos de Hiketas podían traicionarle, abandonó el asedio de Siracusa. Duramente censurado por su gobierno, acabó suicidándose. También Hiketas retiró sus tropas a leontinoi. En el otoño del 343 Siracusa, a la que había retornado Timoleón, estaba ya libre de toda amenaza. Sólo entonces el general corintio ordenó demoler el bastión de Ortygia, que había sido el símbolo del poder tiránico.

Timoleón tuvo entonces un paréntesis de tiempo, hasta el nuevo ataque púnico, que empleó en restablecer la normalidad en Siracusa. Los exiliados volvieron, se asentaron nuevos pobladores para revitalizar la depauperada demografía de la ciudad y se revisó la constitución. Llegó incluso a un acuerdo con Hiketas, que le proporcionó mercenarios. En el 341 un nuevo ejército enemigo desembarcó en Lilybaeum, al mando de Asdrúbal y Amílcar, apoyado por una gran flota. Constaba de 70.000 hombres, incluyendo no sólo tropas africanas y mercenarios, sino también lo más selecto del ejército ciudadano, el Batallón Sagrado. Tan grandes preparativos demostraban a las claras que la intención de Cartago era anexionarse de una vez la Sicilia griega. Timoleón sólo pudo reclutar en total 12.000 hombres, 3.000 de ellos siracusanos, algunos de Corinto y sus colonias, y el resto mercenarios. No contaba con barcos, por lo que le resultaba vital una victoria en campo abierto sobre el invasor. Tomando la iniciativa, irrumpió en territorio cartaginés, y sorprendió con mucha fortuna al ejército enemigo cuando cruzaba el río Crimisus, cerca de Segesta. Su éxito fue completo. El Batallón Sagrado fue aniquilado, lo que, según PLUTARCO, supuso la mayor pérdida de ciudadanos púnicos hasta entonces. Los mercenarios hispanos, galos, itálicos y africanos sufrieron también sensibles bajas. Timoleón culminó su triunfo capturando el campamento rival y haciéndose con un gran botín, parte del cual fue enviado a Corinto.

El éxito de Timoleón ante los cartagineses le dejaba las manos libres contra los tiranos, varios de los cuales, con el respaldo púnico (mercenarios griegos al mando de Giscón), se coaligaron contra él. En el 339 el general corintio hizo


Niké, la victoria, en una de sus múltiples representaciones del arte griego.

la paz con Cartago, aceptándose la misma frontera que en época de Dionisio I había delimitado la *epikratia* púnica: el río Halycus. A cambio, Cartago se comprometía a retirar su apoyo a los tiranos. Éstos indefensos, continuaron resistiendo hasta el 337. Hiketas, Mamerco e Hippo fueron finalmente ajusticiados. Nicodemus y Apolloniades fueron expulsados. Solamente a Andromachus, el amigo de Timoleón, se le permitió seguir en el poder. Con tales desapariciones se cerró uno de los capítulos más amargos y agitados de la compleja historia siciliana en estos siglos.

Sus éxitos ante Cartago y los anárquicos tiranos dieron un inmenso prestigio a Timoleón, quien acometió la difícil tarea de restablecer la normalidad tanto en Siracusa, como en las restantes ciudades griegas. Para todas esas actividades el general corintio no contaba con ninguna autoridad legal. Es más, utilizó unos recursos, no muy distintos de los empleados por los tiranos: fuerzas mercenarias, decisiones autocráticas y a menudo brutales, apoyo personal de algunos aventureros de la milicia, como aquellos Deinarchus y Demaretus, que pronto retornarían a Corinto para servir como agentes a Filipo de Macedonia. Pero el resultado práctico de su programa fue devolver unos años de tranquilidad a Sicilia. Cuando Timoleón se retiró en el 337, a causa de su edad y su ceguera, algunos objetivos importantes estaban en trance de conseguirse.

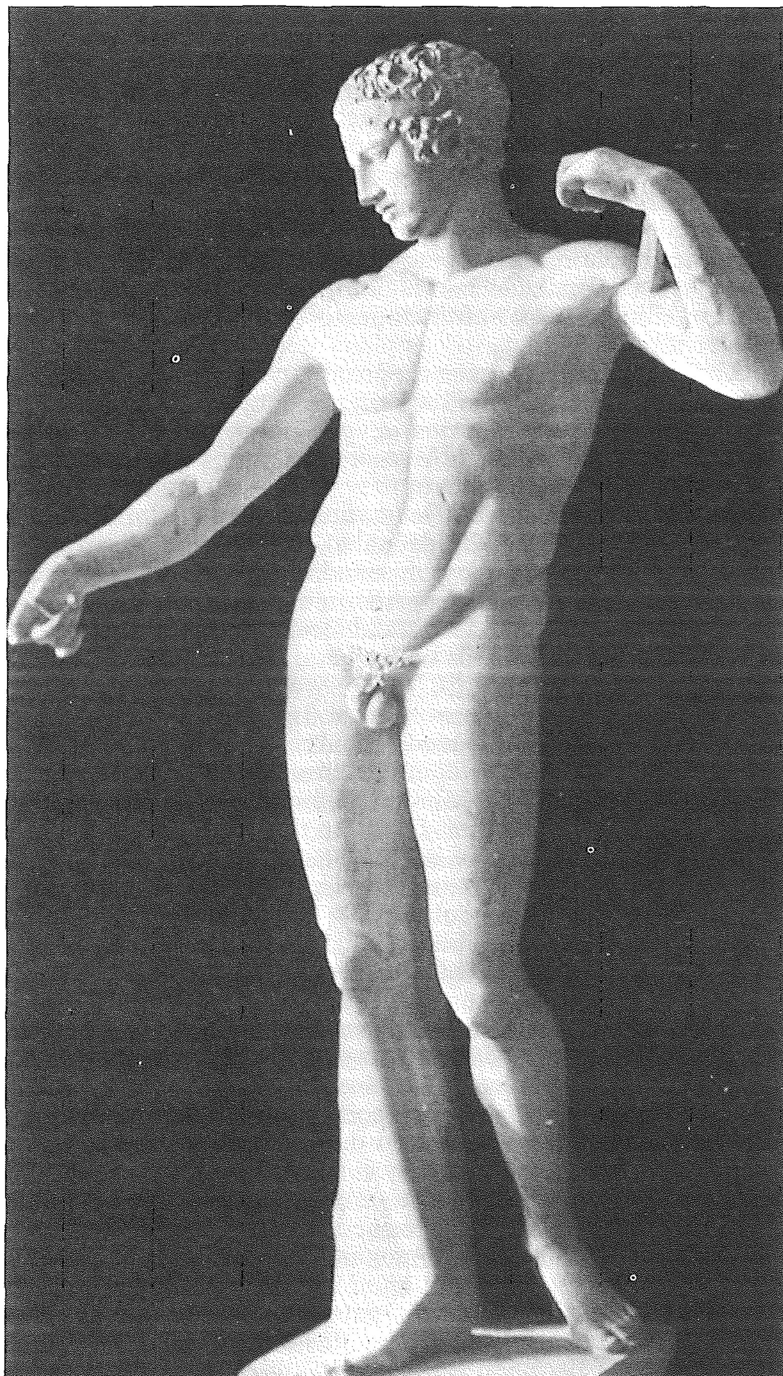
c) *Las reformas de Timoleón.* El primero de ellos era devolver a Siracusa su estabilidad política. Una comisión legislativa fue convocada para revisar la constitución de Diocles. Antes, ni Dionisio I, ni ningún otro gobernante se había ocupado en alterar la normativa democrática, aunque en la práctica fuese letra muerta. Tanto Plutarco como Diodoro coinciden en que Timoleón restableció la democracia en Siracusa. Algunos historiadores defienden, no obstante, que Timoleón, para evitar futuras reacciones tiránicas, no restauró la democracia extremista de la etapa de Diocles, sino un sistema oligárquico. A la cabeza del estado quedó como supremo magistrado civil el sacerdote de Zeus Olímpico, escogido en un reducido cupo de familias. Esta práctica no era corriente en el mundo griego. Quizás el cargo fue solamente ceremonial, y Timoleón lo que buscaba con ello era dar una sanción religiosa a esta reforma en el gobierno siracusano. Además un consejo de 600 miembros, escogidos probablemente entre las familias acomodadas de la ciudad, se encargaba de todo lo relativo a la administración civil, quedando la convocatoria de la asamblea popular para circunstancias excepcionales. Los asuntos militares se dejaron en manos de un cuerpo de generales que, en caso de guerra, cedían su mando a otro enviado desde Corinto. Aunque nos faltan más detalles sobre las reformas constitucionales emprendidas por Timoleón, parece evidente que buscaban evitar la lucha entre las clases sociales, dando a todas una cierta participación en el gobierno. Probablemente, el panorama se hizo extensivo a otras ciudades griegas, donde la desaparición de los tiranos dejó un vacío de poder, ocupado quizá por gobiernos similares al siracusano. Ninguna evidencia contradice esta posibilidad. El marco en que se desenvolvieron las relaciones entre las ciudades tampoco está claro, aunque el proyecto de Timoleón parece haber apuntado a una hegemonía siracusana sobre una federación libre de ciudades autónomas.

El líder corintio reformó y revitalizó también ampliamente las bases demográficas de Sicilia. Entre 342 y 336 muchos inmigrantes llegaron desde Italia y otros puntos del mundo griego para repoblar las ciudades. Se les dieron tierras, y muchas áreas desérticas volvieron a cultivarse. Sin embargo, los repartos no debieron ser equitativos, y tales desigualdades pudieron ser causa de posteriores agitaciones que acabarían con la estabilidad política y social de esa etapa. PLUTARCO apunta a una cifra final de 60.000 colonos. Los testimonios arqueológicos confirman que con ésta y otras medidas, Timoleón devolvió a Sicilia una era de paz y prosperidad. No sólo Gela y Akragas, tan a menudo asoladas, volvieron a recuperarse. Lo mismo sucedió con Kamarina, e incluso Megara Hyblaea, desierta desde que fue destruida por Gelón hacia el 483. Testimonios de este renacimiento existen también para Segesta, Morgantina y Lípari. Siracusa recibió cerca de 40.000 personas. DIODORO destaca cómo ese restablecimiento económico permitió igualmente una reactivación monumental, casi abandonada desde la llegada de los púnicos a fines del siglo V. Templos, teatros, murallas, fueron construidos o reparados en todas partes. Según el mismo historiador, los recursos para esta recuperación

procedían del incremento de la producción agrícola, de la que siempre había dependido la mayor o menor prosperidad de la isla. Las exportaciones de productos agrícolas se restablecieron hacia los mercados griegos. Las acuñaciones prueban este notable auge económico. Siracusa emitió, siguiendo tipos corintios, al igual que otras localidades, monedas en plata con el Pegaso y, tras la victoria de Crimisos, una serie con la cabeza de Zeus Libertador.

7. La realeza de Agatocles en Siracusa

a) *El origen del tirano.* Una vez completada su misión, Timoleón se retiró de los asuntos públicos y murió algún tiempo después en Siracusa. Fue enterrado con todos los honores. Con él desapareció un brillante militar, que había salvado temporalmente a Sicilia de su destrucción a manos de Cartago y



Diadúmenos. Policleto (480-410 a. de C.) Copia conservada en el Museo del Prado. Esta nos da idea de la maestría de este escultor, especialmente, en el modo de tratar la figura humana; en la que sobresalía tanto por su habilidad técnica como por su gran imaginación.

los tiranos, y el último político idealista que aún confiaba en restablecer las viejas tradiciones de la ciudad-estado. Pero los vientos políticos soplaban ahora en otra dirección. La propia Grecia, unificada bajo Macedonia, era buena prueba de ello.

A esta Sicilia, cada vez más quebrantada por las disputas internas, le quedó sólo una última posibilidad de unirse ante el enemigo común púnico: la tiranía de Agatocles. Los escritores antiguos comparan a este caudillo siracusano con Dionisio I, aunque sale peor parado. En el relato de DIODORO sobre la juventud de Agatocles y las circunstancias que favorecieron su acceso al poder, se repiten ciertos elementos míticos aplicados esquemáticamente a otros tiranos: un niño expuesto al peligro y milagrosamente salvado, un oráculo délfico que se cumple. Y el origen humilde, como una mácula. En las fuentes se nos dice que su padre Karkinos era un simple alfarero, que se trasladó de Thermae a Siracusa en época de Timoleón. El cambio de residencia pudo obedecer a la movilidad demográfica de la isla en ese momento, cuando se instalaron muchos colonos. Agatocles era entonces un muchacho, al que su padre enseñó el oficio de ceramista. Pero ese no fue su camino. Los textos nos hablan de las cualidades físicas del futuro tirano, que atrajeron la atención de un noble siracusano, transformado en su protector. Esta tutela le habría permitido acceder a las altas funciones militares, y heredar su riqueza, al casarse con su viuda. Parece difícil creer en este ascenso vertiginoso, si no se explica por el hecho de que Agatocles pertenecía a una noble familia, enriquecida por la industria cerámica. Lo cierto es que, tras desaparecer Timoleón, Siracusa conoció otra vez la inestabilidad política en manos de dos hombres, Heracleides y Sosistratos que, actuando despóticamente, habían derribado las frágiles bases de la reforma política anterior. Y en el torbellino de esos enfrentamientos políticos Agatocles había comenzado su carrera política.

La fama de Agatocles ha trascendido, al igual que ocurriera con Dionisio I de Siracusa, gracias al testimonio de escritores contemporáneos.

Al futuro tirano lo vemos pronto participando en una expedición de socorro enviada en auxilio de Crotona contra los indígenas brucios. Luego, con un grupo de mercenarios, se puso al servicio de Tarento y Rhegium, ganando prestigio militar. Al caer Sosistratos pudo retornar a su patria, donde partidarios de la oligarquía y de la democracia luchaban para hacerse con la situación. Agatocles se mantuvo algún tiempo neutral ante ambas corrientes. Pero su popularidad hizo temer a los oligarcas que aspirara al poder, razón por la cual, y haciendo uso de una cláusula constitucional establecida por Timoleón, recurrieron a una nueva intervención de Corinto, que envió a Acestórides. Este restableció las prerrogativas de la asamblea de los 600, e hizo la paz con los cartagineses. Agatocles, perseguido y amenazado de muerte, tuvo que exiliarse.

b) *Los poderes absolutos.* En el 317, aupado por un ejército reclutado en buena parte entre las ciudades sículas del interior, con un prestigio militar incólume, y presentándose como defensor de las masas populares frente a los oligarcas, Agatocles dio un golpe de mano contra Siracusa, siendo apoyado por una sublevación interna. DIODORO nos ha dejado una trágica descripción de las matanzas y pillajes a los que se entregaron los soldados de Agatocles. Más de cuatro mil personas, «cuyo único delito era ser de mejor nacimiento que otros», fueron asesinadas, y otras 6.000 marcharon al exilio. Dicho autor insiste, dentro de su proverbial hostilidad antitiránica, en estos dramáticos pormenores, usando, bien es verdad, una fuente como TIMEO, a quien otro gran historiador, POLIBIO, acusa de excesiva parcialidad hacia el tirano de Siracusa.

Acogido por el pueblo, como un libertador, Agatocles convocó la asamblea de todos los ciudadanos, lanzando duras acusaciones contra el consejo oligárquico de los seiscientos. Se presentó como restaurador de la democracia, y renunció espontáneamente al poder que se le había dado. Pero todos le suplicaron que siguiera al mando de la ciudad, y votaron a su favor plenos poderes: *stratégos autokrator*, que le confería autoridad sobre los asuntos militares y diplomáticos, y *épimélètès tès poleos*, con grandes potestades civiles. DIODORO concluye al respecto: «La asamblea le confirió el mando militar con los poderes de un monarca absoluto. Quedó al frente, por tanto, de toda la administración del estado y ejerció la autoridad soberana». Esto sucedía en el 317/316, cuando Agatocles rondaba los 45 años. Aunque sus poderes fuesen formalmente legales, de hecho se había nuevamente instaurado en Siracusa una situación clásicamente tiránica.

Agatocles buscó inmediatamente dar a su tiranía un carácter popular, prometiendo la abolición de las deudas y la distribución de tierras a los indigentes. Los pobres acogieron «con alegría» el nuevo régimen. El tirano cambió su actitud de dureza por una política generosa hacia los más humildes. DIODORO describe al respecto: «se mostró afectuoso y benevolente hacia la multitud, dio a unos recompensas, estimuló a otros con promesas, conciliándose con buenas palabras la consideración de todos. Pese a la amplitud de su poder, jamás llevó diadema, ni tuvo una guardia armada ni se hizo inaccesible, como suele ocurrir habitualmente con casi todos los tiranos. Administró bien las rentas públicas, llenó los almacenes de armas e hizo construir nuevos barcos de guerra que añadió a la flota ya existente. Hizo igualmente situarse bajo su autoridad a la mayor parte de las comarcas y ciudades del interior».

Agatocles (361-289 a. de C.), tirano de Siracusa. Casó con una viuda rica, y después de dos destierros, volvió en el año 317 y se hizo con el poder. Luchó contra los cartagineses para defender Siracusa. Se suicidó después de haber ejercido una tiranía llena de crueldad.

Después de los tintes sombríos con que el historiador siciliano expone el advenimiento de Agatocles, este balance positivo de la tiranía debe sorprender sólo relativamente. No puede dudarse del carácter popular y de los beneficios que Siracusa recibió de la tiranía de Agatocles. De hecho, la reactivación monumental de Siracusa en este periodo, constatada arqueológicamente, la renovación edilicia de otras ciudades, o el florecimiento de los talleres cerámicos, hablan en favor de lo que DIODORO dice. Medidas como la abolición de deudas y el reparto de tierras corresponden al palmarés de cualquier revolucionario. Que tales iniciativas fuesen llevadas a efecto no está atestiguado, pero es muy probable. Realmente, el respaldo popular de que gozaba Agatocles cabe deducirlo de las mismas fuentes. Dueño del estado, el tirano no tuvo que apelar a recursos demagógicos para obtener el apoyo que necesitaba frente a sus enemigos. Que fuese un tirano accesible al pueblo, y sin guardia personal, son rasgos que, por ejemplo, le diferencian claramente de Dionisio I, preocupado siempre por cualquier atentado. La misma violencia que empleó hacia sus oponentes fue siempre selectiva, contra los ricos oligarcas, y las fortificaciones que levantó en Siracusa estaban dispuestas frente a un enemigo exterior, no contra una hipotética revuelta ciudadana. No menos destacable es la afirmación de que administró bien las finanzas públicas. Lo típico de muchos tiranos era arruinar al pueblo a base de impuestos, necesarios a su vez para sostener una política belicista, que redundara en prestigio del gobernante. Manejando adecuadamente esos bienes públicos fue como Agatocles pudo financiar una política de fortalecimiento militar, construcción naval y sometimiento de gran parte de Sicilia. Pronto toda esta nueva reestructuración del estado fue puesta a prueba en la guerra contra Cartago.

c) *El gran proyecto: La expedición a Africa.* En Sicilia los exiliados siracusanos y las facciones oligárquicas dominantes en Akragas, Gela y Messina, contando con el apoyo de Cartago, movilizaron pronto la guerra contra Agatocles (314/3). Las tropas fueron puestas bajo el mando del espartano Acrotatos, que no estuvo a la altura de las circunstancias. Las tres ciudades tuvieron que firmar la paz con Agatocles, reconociéndole la hegemonía sobre las ciudades griegas de Sicilia. El tirano disponía en ese momento de grandes fuerzas militares: «Tenía numerosos aliados, muchos ingresos y un fuerte ejército. Independientemente de las tropas aliadas en Sicilia, y de las que habían sido enroladas en Siracusa, tenía bajo sus órdenes un cuerpo mercenario compuesto por diez mil hombres de infantería y tres mil cincuenta jinetes» (DIODORO). Es importante destacar cómo Agatocles, además de los mercenarios, contaba con tropas ciudadanas siracusanas y aliadas, lo que es un indicativo más del respaldo popular que tenía.

El equilibrio era muy inestable, sobre todo desde el momento en que Cartago, presionada por los exiliados y oligarcas, se decidió a entrar en escena y actuar. Los éxitos de Agatocles frente a sus adversarios políticos habían consolidado su poder y prestigio en la isla, razón por la que los púnicos optaron finalmente por un ataque de envergadura, que se desencadenó en el 311. Las principales operaciones tuvieron lugar en torno a Akragas. El tirano perdió parte de sus tropas en la batalla de Ecnomos. La matanza que, bajo su iniciativa, tuvo lugar en Gela, donde más de 4.000 ciudadanos fueron asesinados y sus bienes confiscados, le retrajo el apoyo de muchos sicilianos, más proclives a la conciliadora política púnica. Ese episodio se inserta en la tradicional política tiránica de hostilidad contra los ricos, pero sirvió para que



Tanagra de fines del siglo IV a. de C.

Agatocles se hiciera con importantes recursos, en un momento en que se estaba fraguando su proyecto de llevar la guerra a Africa.

La campaña norteafricana (sin ningún plan de conquista) supuso un episodio bélico singular y típico de la época helenística, en la línea de las empresas de Alejandro de Molossia o Pirro de Epiro. La situación de Agatocles en Siracusa se había visto muy afectada por su derrota cerca del río Himeros. Los adversarios políticos habían redoblado sus intentos, y era peligroso dejarlos atrás. También era imprescindible reforzar las defensas de Siracusa, y allegar hombres y recursos para la expedición. Tras su fracaso militar, Agatocles no podía contar con el apoyo seguro de muchas ciudades. Esta situación explica algunas de sus inmediatas iniciativas: nuevos atentados contra los ricos siracusanos, con la consiguiente confiscación de bienes. Sus adversarios políticos quedaban así debilitados. También tomó medidas fiscales de excepción, pues recurrió a los tesoros de los templos, invitó a las mujeres a contribuir a los gastos de la guerra con sus joyas, etc. La última medida fue liberar a los esclavos en edad de llevar armas, disponiendo así de una fuerza militar complementaria.

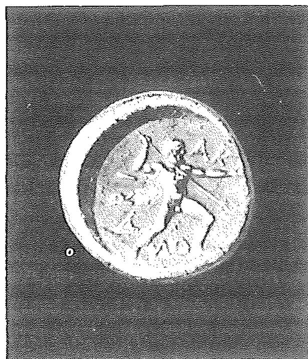
Las primeras operaciones en el norte de Africa fueron muy positivas para Siracusa (310). Agatocles desembarcó en la zona occidental del cabo Bon con un contingente de 14.000 hombres, un tercio siracusanos y el resto mercenarios griegos e itálicos. Los púnicos, que nunca habían recibido ataques en esta zona, tenían allí pocas guarniciones. Agatocles era el primer europeo en invadir Africa. Había dejado la defensa de Siracusa a su hermano Antander. Tras llegar al litoral africano quemó sus naves, y se dedicó a asolar el rico territorio circundante. A los pocos meses consiguió ocupar la Tunicia, que sería su base durante la expedición, y batió a los púnicos a las puertas de Cartago, que quedó cercada. Paralelamente, la situación de Sicilia se había agravado, hasta el punto de que, en un momento determinado, Cartago y Siracusa llegaron a tener ejércitos enemigos ante sus murallas. En efecto, los cartagineses, mandados por Amílcar, asediaron Siracusa y propagaron el rumor de que Agatocles había fracasado en Africa. La llegada de unos emisarios del tirano, con la noticia de su éxito, animó a los siracusanos, que obligaron al enemigo a levantar el cerco.

En este momento Agatocles era dueño de todo el territorio circundante a Cartago. Tanto los libios, como las ciudades sometidas a los púnicos, se le unieron, buscando recuperar así su independencia. Al año siguiente (309), sin embargo, las cosas cambiaron. El Sicilia las ciudades griegas, dirigidas por Akragas, buscaron librarse del dominio siracusano. El apoyo de los libios no era tampoco seguro, y estallaron rebeliones entre las tropas de Agatocles. Ante esta situación, el tirano optó por entablar negociaciones con Ophellas, el macedonio al que Ptolomeo de Egipto había confiado la Cirenaica en el 322, y que, al parecer, soñaba con hacerse independiente y extender sus dominios a costa de Cartago. Los dos caudillos concluyeron una alianza (309), según la cual Cartago, una vez vencida, pasaría a Ophellas y Agatocles recibiría la Sicilia púnica. Ophellas reclutó mercenarios y colonos y se unió a Agatocles a fines del 308. No sabemos ni las proposiciones hechas por el tirano a Ophellas eran sinceras. Lo cierto es que Agatocles acabó desembarazándose de él para incorporarse a reglón seguido sus mercenarios. No parece que hubiera una actitud premeditada por parte del siracusano. Tan sólo una falta de acuerdo entre ambos dinastas.

Las siguientes operaciones buscaron consolidar la situación de Agatocles en Africa, en un momento en que llegaban noticias alarmantes desde Sicilia. Los habitantes de Utica, proclives a hacer defección, fueron masacrados. También se ocupó Hippo Acra. Agatocles pudo así contar con puertos y astilleros para sus barcos, pero Cartago no pudo ser tomada, porque seguía manteniendo su superioridad naval. Finalmente, inquieto por lo que sucedía en Sicilia, el caudillo siracusano se embarcó para la isla, dejando al mando de sus tropas africanas a su hijo Archagatos, y llevándose 2.000 hombres. Sus lugartenientes Leptines y Demophilos habían hecho abortar una nueva intentona de Akragas contra Siracusa, que había arrastrado a otras ciudades donde los desterrados avivaban el odio contra el dominio siracusano. Agatocles actuó con celeridad, y consiguió sendas victorias frente a los akragantinos y los púnicos, tras lo cual retornó a Africa.

Sin embargo, desde este momento el rumbo de su empresa africana

empezaría a torcerse. Hubo amotinamientos en su ejército, y enfrentamientos desfavorables ante los púnicos. También Agatocles estaba inquieto al ver su autoridad sobre Sicilia cada vez más comprometida. Se mantuvieron negociaciones con los exiliados, que acabaron fracasando. Finalmente, en el 306-5 se llegó a una paz con Cartago. El tratado restableció el *status quo* en la isla (frontera del río Halykos), aunque los cartagineses conservaron Heraclea Minoa y Thermae en su *epikrateia*, así como Selinunte y Segesta. Por la misma época, según algunas fuentes, Cartago y Roma firmaron otro tratado, que permitía a los romanos comerciar en el área púnica de Sicilia. Aunque los intereses mercantiles romanos fueran por entonces aún muy limitados, el dato es sumamente significativo, pues refleja la rápida expansión del poder de Roma en la Italia central y meridional. La nueva potencia no tardaría mucho en intervenir en los asuntos sicilianos.



Stalera procedente de Beocia con figura del dios Poseidón. Hacia el 387-374 a. de C.

d) *La realeza de Agatocles.* Tras el fracaso de su expedición africana y el acuerdo con Cartago, el prestigio y autoridad de Agatocles se afianzaron en Sicilia. La nueva situación de dominio siracusano encontró también una adecuada manifestación institucional desde el momento en que Agatocles asumió el título de rey con el que aparece en las monedas de su ciudad. Este hecho debió tener lugar en el 307/6 (305/4 según otros), año en el que Demetrio Poliorcetes consiguió una importante victoria sobre Ptolomeo, que permitió a su padre Antígono ceñirse la diadema real. Poco después el propio Ptolomeo, así como Seleuco, Lisímaco y Casandro, acabaron imitándole. Y lo mismo hizo a su vez Agatocles, tal como nos dice DIODORO: «Cuando Agatocles supo que los soberanos que acabamos de nombrar habían tomado la diadema, tomó igualmente el título de rey, porque no se consideraba en nada inferior a los otros, ni por la extensión de sus dominios, ni por la brillantez de sus acciones». Fue una realeza personal, pero desconocemos cómo se plasmó en la organización del reino.

Esta decisión tiene, sin embargo, una gran importancia, pues actuando así Agatocles se consideraba igual a los Diadocos, que habían reivindicado para sí la herencia de Alejandro Magno. En la práctica, para un hombre como el dirigente siracusano, que gozaba ya de poderes tiránicos, asumir la condición de *basileus* no modificaba en absoluto la naturaleza real de su autoridad. De hecho, sabemos que Agatocles tenía un cierto desdén por el fasto y los atributos reales, y portó una diadema sacerdotal. Pero al margen de que el título monárquico no pasara de ser un ornamento superficial, hay que entender esta decisión en el marco de la evolución política de aquella época, un momento de profundos cambios, en el que se estaban configurando los grandes estados helenísticos. Agatocles, como nos dice DIODORO, no se consideraba inferior en nada a los Diadocos. Con los dinastas que reclamaron la sucesión de Alejandro mantuvo frecuentes relaciones que, además de suponer una importante ampliación del horizonte exterior de Siracusa, señalan una irradiación política del Helenismo hacia Occidente, donde, según algunos, el conquistador macedonio había fijado la próxima meta de sus empresas, que su súbita muerte impidió.

Al mismo tiempo, la condición real de Agatocles señala la etapa culminante de una evolución política en Sicilia, a la que ya había apuntado el imperio creado por Dionisio I: la desaparición del tradicional concepto de ciudad-estado, para sustituirlo por un estado de nuevo cuño, sobre bases territoriales más amplias, y con un poder personal y fuerte a la cabeza, que era el proceso que en la propia Grecia había culminado Filipo de Macedonia. Agatocles, al tomar el título monárquico, daba, pues, a su poder un sentido nuevo, una proyección superior, que lo integraba en el esquema universalista surgido de la expansión macedonia en Oriente. Resulta también notable constatar que esta evolución partió de bases místicas, como lo testimonia el hecho de que sólo portara una corona como insignia del sacerdocio, y que diera un contenido religioso a algunas de sus acciones.

Como hemos apuntado, un aspecto importante de la política exterior de Agatocles son sus vinculaciones con otros soberanos helenísticos. En primer lugar las que tuvo con Ptolomeo de Egipto. En principio, son dos los asuntos que ponen en relación a ambos dinastas, su conducta ante Ophellas de Cirene, y el interés común por la política africana. Los problemas que suscitan ambas cuestiones están mal documentados. Quizá la alianza entre Ophellas y Agatocles pudo inquietar momentáneamente a Ptolomeo. Lo cierto es que,



Mujer con abanico. Tanagra del siglo IV-III a. de C.

desde entonces, las relaciones diplomáticas entre las cortes de Siracusa y Alejandría debieron ser frecuentes. Prueba de ello es que, hacia el año 300, Agatocles tomó por esposa a una egipcia, Theoxena. Dado que por entonces era ya rey, la reina debía ser de sangre real lágida, y emparentada con la familia de Ptolomeo. Desde esta perspectiva, el matrimonio siracusano de Theoxena habría venido a ser la garantía dada por Agatocles respecto al afianzamiento político del rey lágido en Cirenaica.

e) *Apertura al mundo político helenístico.* Las relaciones del dinasta siracusano con otros monarcas helenísticos son mejor conocidas, y se enmarcan en la política exterior propulsada por Agatocles en Italia, y respecto a la propia Grecia, después del 300, empresas que sólo conocemos fragmentariamente al haberse perdido buena parte del relato de DIODORO. Hecha la paz con Cartago, y consolidada su autoridad en Siracusa, de lo que es buen exponente la asunción del título real, Agatocles se dispuso a reemprender en el sur de Italia y en el Adriático la política expansionista de Dionisio I, presentándose como el defensor de los griegos de Occidente. Los problemas seguían siendo los mismos: lucha de los griegos italiotas contra los indígenas lucanios y brucios, el factor romano incierto, pero amenazante. Las guerras entre los Diadocos y las de Roma contra los samnitas, daban en ese momento a Agatocles una cierta libertad de acción. Los resultados no fueron, sin embargo, sólidos.

En Italia, Tarento, amenazada por los lucanios, había apelado al espartano Cleonimo en el 303. Con Roma, que había apoyado a los indígenas, firmó Tarento un acuerdo que, entre otras cláusulas, situaba el cabo Lacinio como límite de la navegación romana. A su vez, Roma no parecía por el momento tener más intereses en el sur. Al amparo de ese vacío de poder, y siguiendo una tradición de intervencionismo exterior en la zona (recordemos las empresas de Dionisio I, Alejandro de Molossia y, luego, Pirro), Agatocles inició su acción hacia el 300, para contrarrestar el peligro de los brucios. De este hecho estamos poco informados, pero tal intervención no fue más que un punto de partida para entremezclarse en los asuntos de la propia Grecia. En una fecha incierta (entre 300-298) impidió a Casandro ocupar Corcira, que pasaría a sus dominios. No sabemos si Agatocles actuó así para frenar cualquier proyecto del macedonio hacia Italia, o de acuerdo con Ptolomeo, oponente de Casandro. Lo cierto es que Agatocles utilizó Corcira para sus fines diplomáticos, pues la constituyó en dote de su hija Lanassa, a la que casó con Pirro, rey del Epiro, que también mantenía buenas relaciones con el rey lágida (295). Más tarde este marco de alianzas cambiaría súbitamente. Agatocles rompió con Pirro para aproximarse a su adversario Demetrio Poliorcetes. Lanassa volvió a Corcira, donde casó con Poliorcetes, que también ganó la isla (290). El significado de este giro diplomático se nos escapa, pero parece incuestionable que Agatocles, en el complejo mundo político que sobrevino a la desaparición de Alejandro Magno, supo actuar con una gran capacidad, sabiendo escoger en cada momento los aliados más apropiados a sus intereses.

En el ámbito de una hipotética ruptura con Ptolomeo han interpretado algunos la vuelta a Egipto de la reina Theoxena y sus hijos. El hecho parece estar más bien relacionado con las sangrientas querellas dinásticas que estallaron en la corte siracusana, cuando el fin de Agatocles se avecinaba. La tradición dice que, en vísperas de su muerte, el anciano tirano habría depuesto todos sus poderes y restaurado la democracia (289). Al no poseer más que fragmentos de la obra de DIODORO a partir del libro XXI, el exacto final de Agatocles nos es mal conocido. Parece ser que tenía entonces proyecto de retornar a Africa, y que estaba preparando para ello una flota. Se dice que fue asesinado por su nieto Archagatos, hijo de aquel Archagatos que Agatocles había dejado años atrás al frente del ejército de Africa, donde murió. El móvil habría sido el temor del nieto ante la posibilidad de que la herencia recayera en otro hijo de Agatocles, del mismo nombre, al que también habría eliminado. Lo que parece seguro es que, tras la muerte del soberano siracusano, otra vez Sicilia recayó en la desestabilización interna, y se dio paso a nuevas intervenciones púnicas. Con Agatocles desapareció toda una obra política, que habría supuesto, de haberse culminado, la entrada de un reino occidental en el concierto de las monarquías helenísticas y no, como de hecho sucedió, una etapa de anarquía, que sólo se cerraría con el reinado de

Hierón II de Siracusa (desde el 269) y, sobre todo, con la intervención romana. Con Agatocles desapareció también uno de los pocos tiranos verdaderamente populares, pues, al margen de las opiniones negativas emitidas sobre su persona por historiadores como TIMEO, lo cierto es que fue siempre una personalidad asequible a sus súbditos, ante quienes nunca tuvo que defenderse. La ausencia de guardia personal es un detalle revelador. Sus adversarios fueron siempre los oligarcas, y, si murió asesinado, hay que tener en cuenta que no lo fue a raíz de una sublevación, sino por un complot tramado por cortesanos ambiciosos, y tras un largo gobierno. Tras Agatocles, Sicilia no volvió a tener en la Antigüedad un dirigente capaz de devolverle su independencia política en el concierto de los estados mediterráneos.

BIBLIOGRAFIA

ADAMESTEANU, D.: «L'ellenizzazione della Sicilia e il momento di Ducezio». *Kokalos*, 8 (1962), págs. 167 y siguientes.

ANDREWES, A.: *The Greek Tyrants*, Londres, 1980.

BABELON, J.: *Alcibiade*, París, 1935.

BERVE, H.: *Dión*, Mainz, 1956.

BERVE, H.: *Die Tyrannis bei den Griechen*, 2 vols., Múnich, 1967.

CIACERI, E.: *Storia della Magna Grecia*, 3 vols., Milán, 1924-32.

DOLCE, C.: «Diodoro e la storia di Agatocle». *Kokalos*, 6 (1960), págs. 124-166.

FINLEY, M. I.: *Ancient Sicily to the Arab Conquest*, Londres, 1968.

GAUTHIER, PH.: «Le parallèle Himère-Salamine au Ve et au IVe siècle av. J-C.». *R. E. A.*, 68 (1966), págs. 5-32.

GROSSO, F.: «Ermocrate di Siracusa». *Kokalos*, 12 (1966), págs. 102-143.

HAMMOND, N. G. L.: *A History of Greece to 322 B. C.*, 2.ª ed., Oxford, 1967.

MANNI, E.: «Agatocles e la politica estera di Siracusa». *Kokalos*, 12 (1966), págs. 144 y siguientes.

MOSSÉ, C.: *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969.

PARETI, L.: *Sicilia antica*, Palermo, 1959.

SORDI, M.: *Timoleonte*, Palermo, 1961.

STROHEKER, K. F.: *Dionysios I. Gestalt und Geschichte des Tyrannen von Syrakus*, Wiesbaden, 1958.

TILLYARD, H. J. W.: *Agathocles*, Cambridge, 1908.

COMPERNOLLE, R. VAN: «La clause territoriale du traitè de 306/5 conclu entre Agathoclès et Carthage». *R. B. Ph. H.*, XXXII (1954), págs. 395 y siguientes.

WARMINGTON, B. H.: *Cartago*, Barcelona, 1969.

WESTLAKE, H. D.: «Hermocrates the Syracusan». *Bulletin of the John Rylands Library*, 41 (1958/9), págs. 239-268.

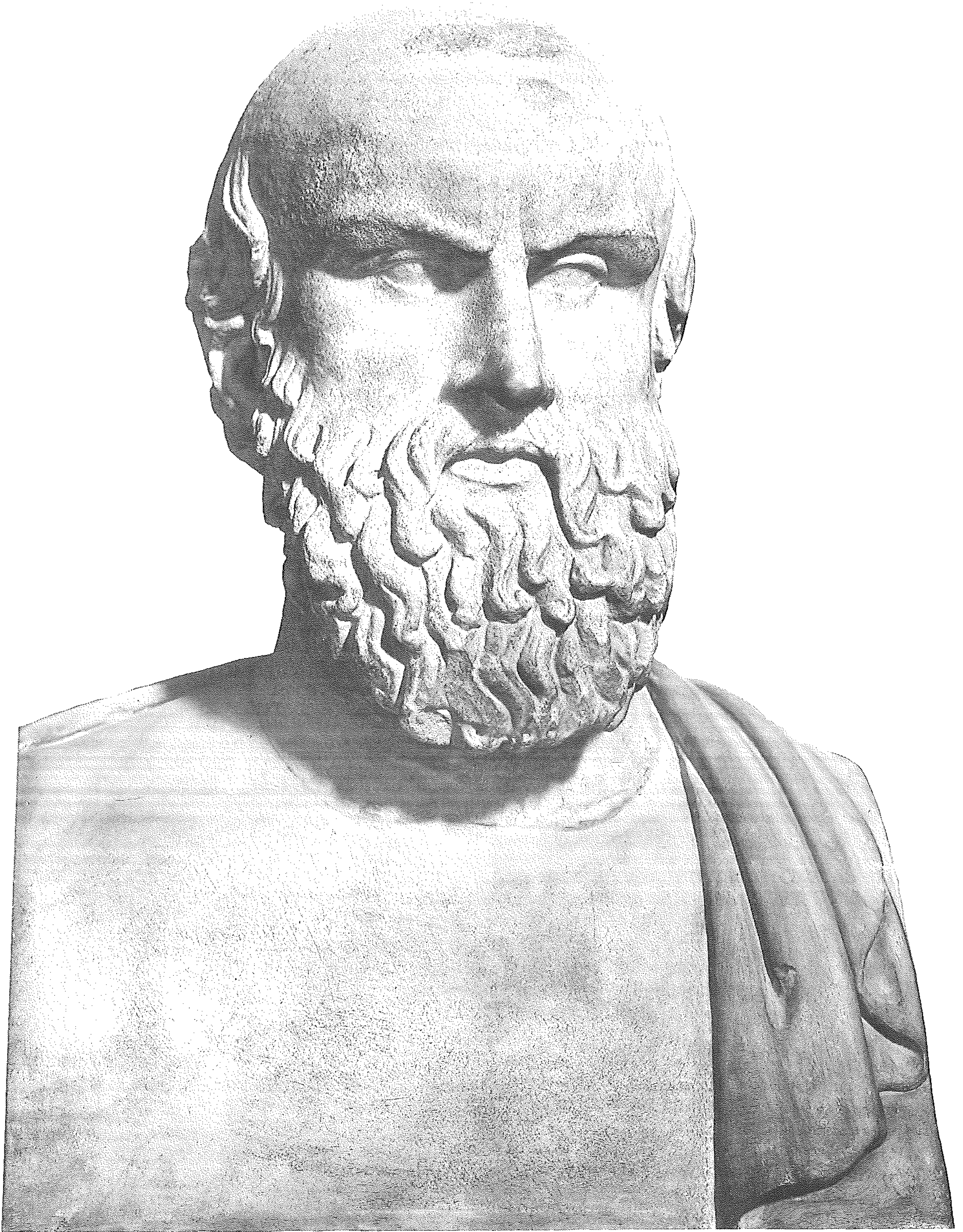
WESTLAKE, H. D.: *Timoleon and his relations with Tyrants*, Manchester, 1952.

WESTLAKE, H. D.: «Timoleon and the reconstruction of Syracuse». *Cambridge Historical Journal*, VII, 1942.

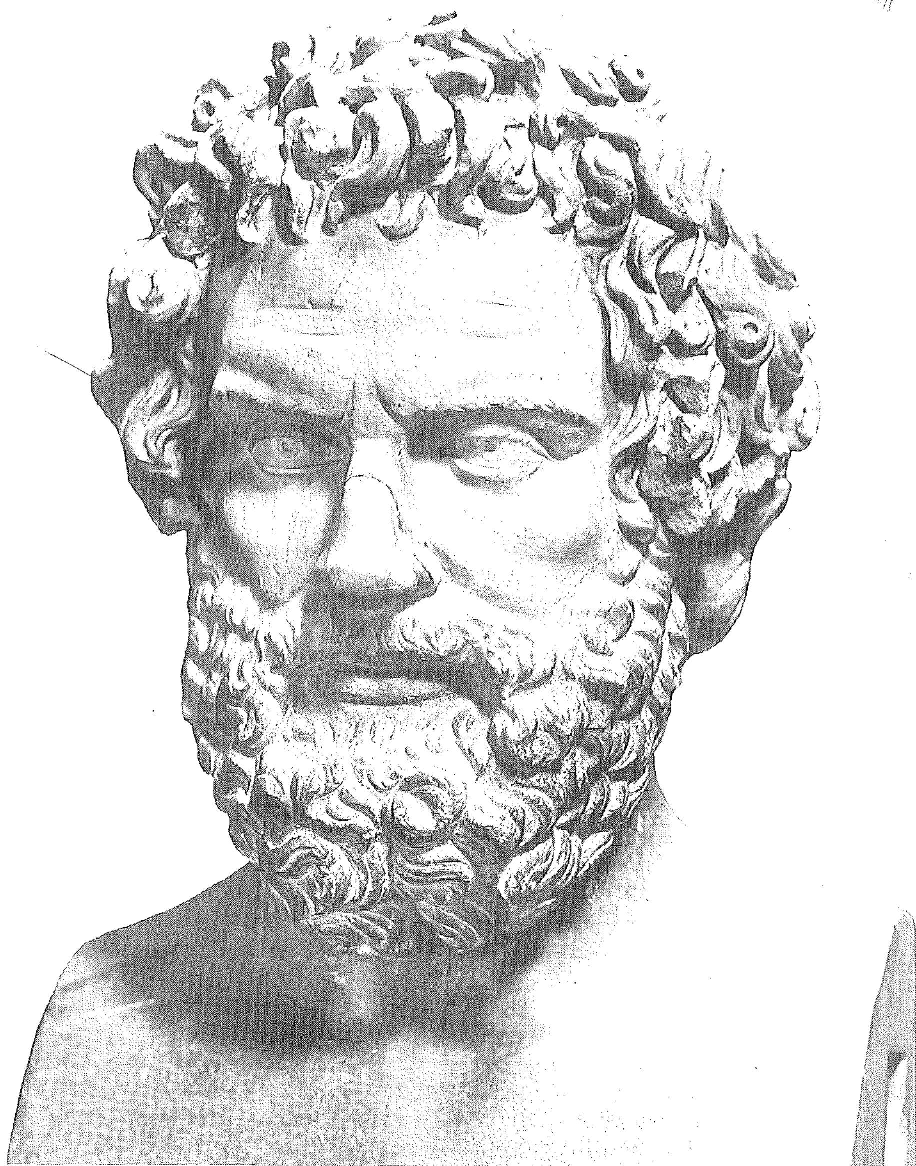
WESTLAKE, H. D.: «The purpose of Timoleon's mission». *A. J. Ph.*, LXX, 1949.

WILL, ED.: *Histoire politique du monde hellénistique*, Nancy, 1968.

WILL, ED.: «Ophellas, Ptolémée, Cassandre et la chronologie». *R. E. A.* (1964), págs. 320 y siguientes.



CULTURA DE GRECIA EN LOS SIGLOS V Y IV a. de C.



CULTURA DE GRECIA EN LOS SIGLOS V Y IV A. DE C.

Federico Lara Peinado

I. EL SIGLO V A. DE C.

El siglo v a. de C. marcó el florecimiento de la civilización griega en el propio marco continental y peninsular helénico, que pudo ser posible, aunque no se produjese la unidad política de las *poleis*, gracias a las nuevas circunstancias socioeconómicas vividas por Grecia y sus colonias en general y por Atenas en particular.

Los acontecimientos políticos (guerras Médicas, democracia y gobierno de Pericles, formación del imperio ateniense, guerra del Peloponeso) proporcionaron a lo largo de la centuria el caldo de cultivo necesario para que, junto a un progreso económico muy evidente —agricultura, industria, comercio—, se produjesen alcances y beneficios de todo tipo, una de cuyas manifestaciones más importantes quedó reflejada en el estímulo y progreso del pensamiento y del arte.

Un proceso de lenta evolución, junto a un cambio de mentalidades (ideal social aristocrático, humanismo racionalista, crítica de las estructuras políticas), iniciado a finales del siglo VI, condujo al primer plano de importancia al Atica, zona desde donde partiría una singular fuerza civilizadora que se proyectaría por todo el mundo helénico. Las fuerzas progresistas, conjuntadas en el marco institucional de la *polis*, dieron consolidación al fenómeno de la llamada «civilización clásica griega».

Donde se reflejaron de modo más preciso los matices de la civilización del siglo v a. de C. fueron en la poesía dramática —en su doble expresión de tragedia y comedia—, en la Historia y en la elocuencia, consecuencia directa de la nueva mentalidad antropológica de dicho siglo.

1. La tragedia y los grandes autores trágicos

La tragedia (de la palabra *tragos*, «macho cabrío») tuvo, al igual que la comedia, su fundamento en la lírica coral de las fiestas públicas y de las festividades religiosas de la etapa arcaica. En el Atica, y luego prácticamente en las principales ciudades del ámbito griego, se estableció la costumbre de representar *ditirambos* (danza y canto lírico a un tiempo escenificado por coreutas vestidos con pieles de macho cabrío) con ocasión de las fiestas de Dionisos, compitiendo literariamente en las mismas destacados poetas, como Píndaro, Simónides o Baquílides. Después, estas representaciones, que se ampliaron con la puesta en escena de tragedias y comedias en teatros habilitados al efecto, tuvieron lugar en momentos determinados, coincidentes con las Dionisíacas rurales (diciembre), las Leneas (enero/febrero) y las Grandes Dionisíacas (marzo/abril).

La tragedia, que fue el exponente máximo del sentimiento ciudadano y religioso, significó un aporte fundamental a la literatura universal, consiguiendo sus creadores elevarla a su máxima perfección, no siendo después nunca igualada. Si bien su fundador fue el ateniense Tespis, quien en las Dionisíacas del 534 a. de C. recibió coro y actor para la puesta en escena de una obra, sería a finales del siglo VI a. de C. con Quérilo y Frínico cuando comenzó a perfilarse su calidad. Este último autor, que seguía disponiendo de un solo actor en la escena, hubo de recurrir a la polivalencia representativa, obligando al actor a encarnar varios papeles, incluso femeninos; en cuanto a sus temas

los extraía no sólo de la Mitología, materia argumental obligada en un principio, sino de las circunstancias vividas en la realidad. En el 494 escribió *La toma de Mileto*, donde representó la represión persa ante la revuelta de tal ciudad, y en el 479 *Las fenicias*, obra ésta en la que festejaba la victoria griega de Salamina.

Serían sus sucesores, sin embargo, quienes llevarían la poesía dramática a las más altas cotas de calidad, especialmente los tres grandes trágicos, Esquilo, considerado como el verdadero fundador de la tragedia ática, Sófocles y Eurípides.

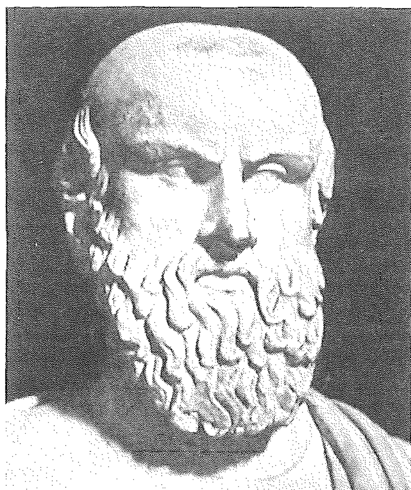


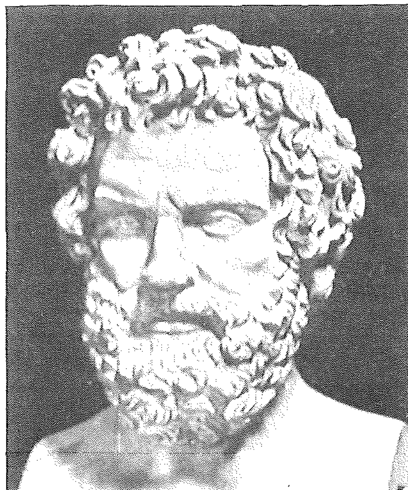
Cerámica de figuras rojas atribuida a Fintias, hacia 520-510 a. de C. Detalle de la decoración donde aparece un sátiro y una ménade en una fiesta dionisíaca. Este tipo de celebración se ofrecía al dios y consistía en una baile desenfrenado en el que los participantes se cubrían con pieles de corzo y ceñían su frente con coronas de laurel.

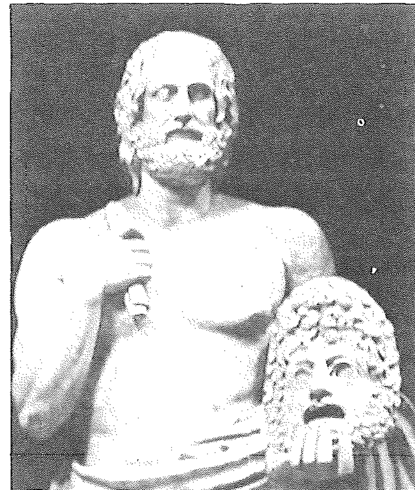
Con Esquilo (525/4-456/5), de quien sabemos poco (competidor de trilogías, al igual que el resto de los poetas trágicos, combatiente en Maratón y en Salamina, honores en la corte de Hierón I de Siracusa, muerte en Gela), la tragedia alcanzó ya una alta perfección técnica y formal. En sus 90 obras, que le supusieron dominar durante casi medio siglo la escena ateniense, de las que únicamente nos han llegado siete, demuestra el más alto sentimiento religioso y patriótico, envuelto en un tono solemne y majestuoso, donde gravita, por encima de todo, la idea del Destino y de la fatalidad del hombre. Técnicamente añadió un segundo actor a la tragedia (que elevaría luego a tres a la vista de las hechas por Sófocles), recortó las partes corales, dotó a los actores de coturnos, y supo envolver la acción con ropajes e incluso fastuosos decorados. Sus obras, de las que cuatro son independientes *(Las Suplicantes*, *Los Persas* —llevada a escena por Pericles como corego—, *Los Siete contra Tebas* y *Prometeo encadenado)* y las otras tres *(Agamenón*, *Coéforas* y *Las Euménides)* que forman parte de la trilogía *Orestíada*, son realmente de trama sencilla, pero desarrolladas alrededor de algún hecho heroico o histórico grandioso. Con sus tragedias asistimos a la nueva transformación ideológica del siglo v a. de C. producto, en última instancia, de las consecuencia de las guerras Médicas.

Sófocles (497/6-406/5), nacido en Atenas y en donde vivió casi siempre, y

sujeto de una completísima educación, logró vencer a Esquilo en el 468 con su tragedia *Triptólemo*, lo que le significó además del fervor popular importantes cargos públicos (entre ellos el ser helanotamía y estratego). Escribió 123 tragedias y supo enriquecerlas con un tercer actor con lo cual sus diálogos ganaban en intensidad y variedad; aumentó el coro hasta 15 componentes, dirigidos por un director (corafeo), pero desligándole en gran parte de la acción dramática. No se sometió al cliché de las trilogías argumentales, sino que compuso sus dramas con temáticas independientes entre sí. Supo hacer sus composiciones más serenas, más naturales, por lo que sus personajes si bien idealizados todavía, no eran ya dioses o héroes, sino hombres y mujeres en los que aparecían definidos nítidamente los caracteres y los sentimientos, pasando el plano divino o el Destino a un segundo término. Tan sólo han llegado a nuestros días siete de sus obras y un drama satírico, y ello gracias a una selección didáctica realizada en época romana: *Las traquinias*, *Antígona*, *Ayax*, *Edipo rey* —la más importante—, *Electra*, *Filoctetes* y *Edipo en Colono*.







Esquilo (525-456), Sófocles (495-406) y Eurípides (480-406), son los tres padres de la tragedia griega, sin embargo, presentan tres estilos diferentes. Mientras el primero nos ofrece un destino sobrenatural incomprensible para el hombre, presenta el segundo un equilibrio de fuerzas entre ambos y el último un realismo más reflexivo y cercano que lo aproximan a nuestra concepción de la obra teatral.

Eurípides (485/4-407/6), asistente a las lecciones de diferentes sofistas y hombre de esmeradísima formación intelectual, se dedicó desde muy joven a la poesía y a la tragedia. Al coincidir con Sófocles le costó muchísimo ganarse el favor de la multitud (desengañado por su público y por la marcha política de Atenas hubo de emigrar al extranjero invitado por el rey Arquelao de Macedonia, muriendo en Pella), pero gracias a su calidad literaria logró ser considerado un gran autor, obteniendo, sin embargo, más laureles tras su muerte que en vida. Técnicamente en sus obras mantiene el coro, por respeto a la tradición, si bien lo desliga completamente de la acción dramática, relegándolo a un verdadero intermedio lírico-melódico. El interés de la unidad dramática lo hace preceder de un monólogo donde expone el asunto para finalizar con un desenlace brusco, propiciado por una divinidad. En cuanto a sus personajes, al dibujar perfectamente los sentimientos más encontrados (amor, pasión, celos) sabrá hacerlos más humanos, más reales, conectando así con el movimiento sofista instalado ya en Atenas. Se cree que escribió durante su actividad escénica más de 92 obras, de las que se han conservado sólo 19. Entre las más importantes hay que destacar *Alcestis*, *Las Fenicias*, *Medea*, *Hipólito*, *Hécuba*, *Andrómaca*, *Las Suplicantes*, *Hércules furioso*, *Ifigenia en Aulide*, *Ifigenia en Taúride* y *Las Bacantes*.

Junto a estos tres grandes trágicos convivieron y les sucedieron otros muchísimos autores de menor significación literaria que no supieron emular ni mantener la línea de calidad alcanzada por la poesía dramática ática. Gracias a diferentes fuentes históricas, entre ellas unas inscripciones de época helenística, conocemos largas listas con nombres de autores y títulos de tragedias. Entre ellos hay que recordar a Ión de Quíos, amigo de Esquilo y cultivador de diversos géneros literarios en verso y prosa, a Aqueo de Eretria, autor de piezas satíricas y dramas, a Agatón, que destacó por su lírica coral y algunos dramas, y a los poetas Filóxeno de Citerea y Timoteo de Mileto, especialistas en ditirambos y nomos citaródicos.

2. La comedia antigua

Al igual que la tragedia, la comedia tuvo también sus orígenes en las fiestas dionisíacas. La comedia («canto de *komos*» o procesión burlesca) que tiene sus precedentes lejanos en el poema satírico *Margites*, atribuido a Homero, y en la poesía yámbica de Arquíloco de Paros, tuvo como cultivador excepcional a finales del siglo VI al renombrado Epicarmo, en Siracusa, autor de no menos de 35 comedias que caricaturizaban a dioses y héroes, considerado por Teócrito como el inventor de la comedia. Sin embargo, sería también en Atenas donde esta modalidad literaria alcanzaría su máximo desarrollo. Sometida a una rígida estructura externa, pero muy libre en cuanto a argumento, gozaría la comedia de un gran éxito popular dadas las críticas festivas y aceradas ironías que se hacían de los acontecimientos sociales, políticos, religiosos, económicos y artísticos vividos por las gentes del siglo V. Si en un principio las representaciones de este género fueron obra de aficionados, en el *demos* y suburbios de la ciudad, a partir del 487 alcanzaron estabilidad al ser admitidas en el concurso de las fiestas dionisíacas y leneas, llegándose a asignarles incluso premios.

Eurípides (480-406 a. de C.), escritor griego. De sus obras sólo han llegado hasta nosotros 17 tragedias y un drama satírico. Entre estas obras están: Medea, Los Heráclidas, Las suplicantes, Las troyanas, Electra, El cíclope, *etc. En sus obras, Eurípides utiliza las antiguas leyendas, pero, contrariamente a Esquilo y a Sóflocles, las juzga, las critica y no cree en los dioses de la mitología.*

Los principales comediógrafos áticos fueron Cratino, considerado como el padre de la comedia antigua, que ridiculizó a Pericles en *Las tracias* y *Los Quirones*, y llegó aún a vencer a los 90 años a Aristófanes con su comedia *Pitina, dama Botella;* Eupolis, fustigador de la política interior y exterior de su época en *Las ciudades* y *Las aldeas*, y crítico de los sofistas y filósofos. Por encima de dichos comediógrafos hay que situar a Aristófanes (450-385), autor que supo conectar con el alma ateniense. Su cultura le permitió criticar innumerables personajes y aspectos de la vida de su tiempo que plasmó bajo ropajes cómicos en sus 44 comedias de las que sólo se han conservado once. Así en *Los Caballeros* satiriza al demagogo Cleón y a los atenienses en general; en *Las Nubes* se burla de los sofistas y especialmente de Sócrates, considerado aquí como tal; en *Las Avispas* satiriza al pueblo ateniense dada su manía judicial; en *La Paz* intenta cantar con destellos cómicos el anhelo de la paz; en *Las Aves* critica la empresa ateniense contra Siracusa; en *Las Ranas* se lanza contra el teatro de Eurípides a quien compara con Esquilo. En todas sus comedias Aristófanes supo plasmar el retablo vivo y el cuadro sociólogo de la Atenas de fines del siglo V. Si bien recurre el autor a la risa fácil y en muchos casos a la obscenidad en no pocos momentos su fluida y cuidada poesía alcanza notabilísima perfección.

Otros comediógrafos también famosos fueron Formis de Sicilia, su hijo Deinoloco, Mesón de Megara y Sofrón de Siracusa, autor éste de numerosas pantomimas, que lograron gran popularidad, llegando incluso a ser leídas por el propio Platón.

3. La lírica

Dentro de las composiciones poéticas cultivadas en Grecia durante el siglo V sobresalieron la elegía, la lírica y el epigrama. La elegía, definida en sus orígenes más por su forma que por su contenido, era una combinación de un hexámetro y un pentámetro con libertad temática total que se acompañaban de un instrumento musical. Por su parte, la lírica, era una composición poética que se cantaba también acompañada con música, generalmente la lira, y que tendía a exaltar los sentimientos colectivos (morales, amorosos o satíricos) de la sociedad. El epigrama consistía en una composición breve en verso o en prosa y que festejaba un tema o hecho satírico o festivo.

En realidad, el griego siciliota Teognis fue el último de los grandes elegíacos de Grecia, que vivió en el siglo V. Su producción se centró en una antología de poemas en dos libros que fueron luego compilados hacia el año 400. Cultivador asimismo de la elegía y del epigrama fue Eueno de Paros, autor de conocidos aforismos. Sin embargo, el autor que domina el panorama lírico de este siglo fue el beocio Píndaro (518-438) que gozó de justa fama en todo el mundo heleno. Escribió 17 libros de cantos corales, que fue la forma lírica más importante del siglo, de los cuales sólo nos han llegado los fragmentos de sus *Epinikia* que cantaban las victorias de los atletas en los juegos olímpicos, itsmicos, píticos y nemeos. De excelente estilo y acusada

sensibilidad su poesía celebraba ante todo más las ciudades y los dioses que las personas singulares, victoriosas en los juegos. Otro lírico de importancia fue Baquílides de Ceos, autor de muchos tipos de poemas para ser acompañados musicalmente. También, por último, hay que recordar a las compositoras Telesila, que vivió en Argos, autora de cantos líricos en honor de su hermana y de los dioses, y a Praxila de Sición, autora de canciones báquicas.

4. El pensamiento filosófico y la sofística

Todavía en los comienzos del siglo v la actividad filosófica continuó centrándose en las zonas periféricas del mundo griego, en donde funcionaban diferentes escuelas de pensadores; pero muy pronto, cuando se dieron las condiciones necesarias, Atenas se pondría a la cabeza de esa actividad.

La escuela de Elea estuvo representada por su máxima figura, Parménides (*ca.* 500), cuyo pensamiento anunciaba ya la metafísica y la ontología (problemática del ente), destacando asimismo sus discípulos Zenón, descubridor de la dialéctica o método de argumentar y famoso por sus paradojas, y Meliso de Samos, continuador del pensamiento de Parménides. La escuela de Jonia contó, entre otros con Heráclito de Efeso (*ca.* 550-480), cuyo pensamiento más genuino fue la teoría del movimiento continuo, del cambio constante.

Pensadores ya inmersos en el siglo v, si bien foráneos también de Atenas fueron Empédocles, Anaxágoras, Leucipo y Demócrito, los cuales dieron soluciones más consecuentes y elaboradas a otros tantos problemas.

Empédocles de Akragas (495-435 a. de C.). Además de político fue médico, sacerdote y filósofo. Su doctrina fue una síntesis de la filosofía de Parménides y de la de Heráclito.

Empédocles de Agrigento, Sicilia (490-430), figura controvertida, dada su personalidad, negó el ser inmutable que defendía Parménides, y el devenir, sostenido por Heráclito. Nada se crea ni se destruye, sino que todo descansa en la desintegración y mezcla de la materia, lo que explica la variedad de cosas. Aceptó cuatro elementos invariables (tierra, aire, agua y fuego) que movidos por las fuerzas opuestas del amor y la lucha, constituían el orden universal, que evolucionaba periódicamente en un curso circular y eterno. En dos de sus composiciones, que nos han llegado fragmentariamente, *Sobre la Naturaleza* y *Sobre las Purificaciones*, dejó parte de su pensamiento filosófico que mezclaba con temas religiosos, biológicos y cosmológicos.

Anaxágoras de Clazomene (*ca.* 500-428), introductor de la filosofía jónica en Atenas, ciudad en cuya vida influyó hondamente, llegó a ser maestro y amigo de Pericles. Sostuvo la doctrina del pluralismo, argumentado que «todo está en todo» (homeomerías). Cuando en el caos primigenio se originó un movimiento rotatorio debido a una fuerza superior y ajena a la materia, a un principio motor, llamado *Nous* (Intelecto), las sustancias de la primera mezcla se separaron y agruparon por semejanzas originando el Universo, pero quedaron sometidas al motor, a la inteligencia. Al sostener tal pensador que el sol y la luna no eran dioses, sino simples cuerpos materiales fue procesado por impiedad y condenado a muerte, si bien pudo escapar a Lámpsco donde se dedicó a enseñar Filosofía.

Leucipo de Mileto, de quien apenas se sabe nada, ideó el mundo como un ente formado por partículas llamadas «átomos», elementos indivisibles e infinitos, que determinaban la esencia y propiedades de las cosas, pero sin quedar organizados por ningún principio de inteligencia. Sus principios atomistas los inculcó en su principal discípulo Demócrito de Abdera (460-370), gran viajero y autor de numerosas obras de las más variadas materias, que no han llegado a nuestros días. La Filosofía de Demócrito arranca del ser Uno —al igual que la de los pensadores de la Escuela de Elea—, pero argumentaba que éste no era una unidad, sino un complejo de partículas (átomos) indivisibles, indestructibles y por lo tanto inmutables. De ellos, por su movimiento, se formaban los seres, resultando finalmente el Universo. Con la teoría atomista se intentaba sentar la tesis del materialismo filosófico, si bien Demócrito, curiosamente, fue uno de los más grandes idealistas.

Hacia la mitad del siglo v el pensamiento filosófico sufrió una honda transformación que venía determinada ya por toda la anterior especulación física y metafísica, que había ido abocando paulatinamente a un cambio de mentalidades tendentes a un racionalismo muy evidente. En ese sentido las especulaciones metafísicas iban a ser sustituidas por preocupaciones más

reales y concretas, siendo los responsables de este cambio los sofistas *(sophistai)*, «sabios» itinerantes, en principio, que enseñaban filosofía práctica, encaminada al éxito político o profesional, a cambio de dinero.

La sofística, de hecho, se contraponía a toda la filosofía precedente en cuanto que fijaba su interés no en la metafísica o en la Naturaleza y su mundo circundante, sino simplemente en el hombre, entendido ya como individuo ya como ser social. Por primera vez el pensamiento griego se alejaba del mito o de la Naturaleza y se centraba en un interrogarse a sí mismo, en las propias conquistas espirituales, políticas o sociales. Nada escapó a la crítica sofista y todo fue considerado (dada su referencia antropológica) como puras convenciones humanas, incluso el mismo concepto de divinidad. Con todo ello se estaban cuarteando los principios de la *polis* y su propia *politeia*, institución que hubo de replicar rotundamente ante estos desviacionismos, que tanto eco despertaron en medios juveniles y aristocráticos, con procesos judiciales, algunos muy sonados (caso del de Sócrates en el 339).

Los sofistas influyeron grandemente en la vida griega del siglo v, ya que la mayoría de sus cultivadores o seguidores fueron personas de gran importancia social y cultural. Sócrates, Platón y más tarde Aristóteles, entre otros, criticaron lo que de engañoso tenían las teorías sofistas, pero es innegable que la sofística significó un paso adelante en determinados ámbitos de la vida intelectual griega.

Cuando la línea del pensamiento había llegado a una encrucijada sin solución surgirían los sofistas. Ellos, que calificaron de arbitrarias todas las teorías anteriores, nuevamente mecanicistas por su especulación solamente física, fueron quienes consideraron al hombre como la verdadera pauta de todo conocimiento, como la medida de todas las cosas.

Entre los sofistas más importantes hay que señalar a Protágoras y a Gorgias. El gramático y retórico Protágoras de Abdera (485-411), que recorrió las tierras griegas, gozó de enorme prestigio en Atenas donde fue encargado por Pericles de la revisión y puesta al día de la legislación de Carondas para la colonia de Turios. Más tarde sufrió destierro a causa de un proceso sostenido por impiedad por su escrito *Sobre los dioses*, teniendo que marchar a Sicilia, si bien murió, al parecer, en el curso del viaje. Sus obras capitales fueron *Verdad o los discursos destructores*, donde recoge sus dos famosas máximas: la relatividad del conocimiento («El hombre es la medida de todas las cosas, del ser en cuanto existe y del no ser en cuanto no existe») y la imposibilidad de probar la existencia divina («Nada puedo decir sobre los dioses, ni si existen ni si no existen»), las *Antilogías* (réplicas) y *Acerca de las Virtudes*.

Gorgias de Leontinos (Sicilia) (485-380), también gran orador y autor de un célebre Manual de Elocuencia, *Tékhne*, dedicado a la Filosofía y de enorme prestigio en Atenas, sostuvo en su obra *Del no ser* proposiciones que negaban toda posibilidad de que algo pudiera existir. Estos radicales principios fueron moderados poco después por otros sofistas de menor significación, Pródico de Iulis, en Ceos, autor de *Las edades de la vida* que contenía un mito sobre Hércules, y por Hipias de Elis, también historiador, y autor entre otras obras de una *Dialexeis* y de *El Diálogo troyano*, ésta última muy leída.

Con los sofistas la Filosofía perdió, de hecho, su real contenido, pues quedaba enmascarada por la retórica y por la temática humanista. Frente a tales planteamientos surgirán los pensamientos de Sócrates, y ya en el siglo siguiente, los de Platón y sobre todo de Aristóteles.

Sócrates (469-399), nacido en Atenas e hijo del escultor Sofrónicos, se dedicó primeramente al oficio de su padre, profesión que abandonó para dedicarse a la Filosofía, pero lejos de los métodos de la sofística. Sus enseñanzas e ideas, que determinaron el desarrollo filosófico posterior, se conocen a través de los escritos de sus discípulos Jenofonte y Platón, toda vez que Sócrates no llegó a escribir nada. Frente a las posturas de los sofistas que decían conocerlo todo, Sócrates argumentaba que el saber humano era limitadísimo. Su método filosófico descansó en la *mayéutica*, la cual mediante diálogos y razonamientos inductivos llegaba a descubrir las verdades ocultas. Sócrates no concibió la virtud sin el saber, ya que éste era la premisa obligada para el justo obrar. De este modo el objetivo de la vida y aún de la propia reflexión filosófica era la felicidad *(eudaimonia)* que se alcanzaba mediante el conocimiento de la propia personalidad. Por sostener la existencia de una conciencia interior *(daimon)* no venerar a los dioses de su país y corromper, según sus detractores a la juventud (en realidad por haber contado como discípulos a Alcibíades y a Critias considerados como los autores de la ruina de Atenas, y haber suscitado rencores entre partidarios de la aristocracia moderada por sus críticas e ironías) fue juzgado por el tribunal popular

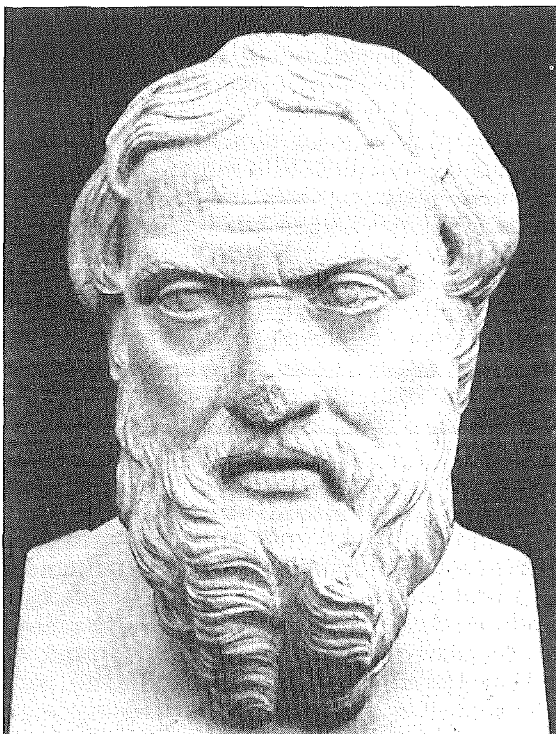
ateniense *(heliea)*, que lo condenó en un laborioso proceso a la pena capital. Su último día y los detalles de su muerte por ingestión de cicuta nos han llegado a través de su discípulo Platón, quien los recogió en su admirable diálogo *Fedón*.

La continuación de las ideas socráticas, muy diferenciadas del pensamiento y praxis sofista, se debió a una serie de discípulos y seguidores encuadrados en torno a las escuelas megárica, dirigida por Euclides el Socrático; cínica, fundada por Antístenes; y cirenaica, debida a Aristipo, sin olvidar el gran aporte que supuso en su propagación la labor de su máximo discípulo, Platón.

5. La historiografía

La sofística al trasladar la atención del estudio hacia los problemas del hombre motivó necesariamente el incremento de la historiografía, esto es, del conocimiento de los tiempos pasados. De ese modo, los primeros analistas griegos o logógrafos, autores de memorias biográficas y de genealogías, pronto se vieron desplazados por verdaderos historiadores.

Helánico de Lesbos y Hecateo de Mileto son las figuras puente entre estos dos momentos, a caballo de los siglos VI y V a. de C. Si bien el segundo, debido a su rudimentaria técnica, no puede ser considerado verdadero historiador, no es menos cierto que fue quien echó los cimientos de la ciencia histórica.



Busto de Heródoto. Llamado por Cicerón «padre de la historia», vivió entre el 480-425 a. de C. Mezcla en su obra historiografía y geografía apoyadas por cuantas notas fue observando en sus viajes.

Las dos grandes figuras, sin embargo, que informan la historiografía del siglo V fueron Heródoto y Tucídides.

Heródoto de Halicarnaso (484-425), que realizó numerosos y largos viajes por Egipto, Mesopotamia, Asia Menor y sur de Italia, de cuya experiencia y sobre todo de sus lecturas e investigaciones resultaría su magna *Historia Universal*, escrita en dialecto jónico, fue el primero en intentar separar la noticia histórica del mito. Su obra, inconclusa, carente de organización interna y rigor expositivo, tiene por objeto central la lucha entre helenos y bárbaros durante las guerras Médicas, junto a otras materias históricas, geográficas y etnográficas. La obra, dividida en episodios o relatos *(logoi)* y estructurada en época alejandrina en nueve libros (cada uno dedicado a una Musa) quiere ser un intento globalizador del proceso histórico de los pueblos de su época planteado con el examen de sus causas. En general, su obra es

viva, fluida, no exenta de cierta ironía en algunos pasajes, pero encerrando ya elementos que prefiguran como verdadera obra histórica (Cicerón llamó a Heródoto «padre de la Historia»), si bien hay en grandes pasajes carencia de espíritu crítico y considerables deficiencias en el método investigador. Adoptó, no obstante, al enjuiciar los hechos, una total imparcialidad, creyendo en el determinismo y la providencia divina como reguladores de los aconteceres humanos.

Continuador, en buena medida, de Heródoto, fue el ateniense Tucídides (*ca*. 460-400). En el 424, en plena guerra del Peloponeso fue enviado a Tracia como estratego, pero sufrió destierro por haber llegado tarde en ayuda de la ciudad de Anfípolis contra el ataque de Brásidas. Desde sus ricas propiedades de Tracia (minas de oro) realizó diferentes viajes por Macedonia y el Peloponeso, que le sirvieron para realizar su producción histórica, regresando otra vez a Atenas gracias a un plebiscito popular. A Tucídides es realmente a



Platón, filósofo griego de familia aristocrática. Discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, sus obras junto con las de éste, constituyen los únicos momentos sistemáticos de la antigua filosofía griega. La facilidad y frecuencia con que cita a los clásicos de su tiempo revelan una cultura superior a la generalidad de sus contemporáneos.

quien se debe la Historia científica, según se puede observar leyendo su también inconclusa *Historia de la Guerra del Peloponeso*, que detiene en el 411. Dividida en ocho libros por los editores de época helenística la obra recoge como tema central la guerra entre atenienses y espartanos, pero la precede de un esbozo sobre el establecimiento de los griegos en la Hélade hasta las guerras Médicas, el método a emplear y los orígenes de la guerra del Peloponeso. Tucídides fue también un historiador imparcial, aunque no riguroso, analizando los hechos por sus causas y despojándolos de todo lo accidental (oráculos, anécdotas, intervenciones divinas). En su *Historia* da cabida a opiniones, discursos, hechos económicos y sociales, fijándose en los personajes más dentro de un contexto generalizador que como personas singulares. Concibe la Historia como hecho y fenómenos que han de volverse

a repetir y, por tanto, el conocimiento de los mismos es fundamental como guía provechosa para el futuro.

El especial interés político que tenía el conocimiento del pasado, y que era esgrimido por las facciones sociales para demostrar la preeminencia de sus intereses, motivó la proliferación de historiadores, especialmente en la segunda mitad del siglo, no muy objetivos en determinados casos, conocidos en la historiografía como «historiadores menores», de los cuales casi nada se sabe, con la excepción de sus nombres. Antes de la guerra del Peloponeso pueden citarse a Eugeón de Samos, Eudemo de Paros, Acusilao de Argos y Meleságoras de Calcedonia, todos ellos en buena medida deudores de Hecateo de Mileto. A la segunda mitad del siglo v pertenecen Helánico de Lesbos, autor de una *Atthis*, Damastes de Sigeo, Jenómenes de Quíos y Jantos de Lidia. Fueron autores, en general, que se limitaron a la copia de textos y a reproducir relatos míticos, muy lejos de la calidad de Tucídides.

6. La elocuencia

El bien hablar era una de las cualidades, entre otras, que debía poseer todo joven aristócrata griego, según recogía ya la Ilíada. Prácticamente desde siempre el manejo de las palabras había sido un instrumento necesario para la vida pública en Grecia. Pero, de hecho, la importancia de este medio se debió al empuje de los sofistas. En el cultivo de la elocuencia sobresalieron dos zonas muy concretas, habida la importancia de su vida democrática cotidiana: Siracusa y Atenas. En Siracusa, Korax y su discípulo Teisias redactaron los primeros manuales de retórica *(Techne)* que se conocen, con claras finalidades didácticas para el dominio de esta especialidad y que influyeron hondamente en el reputado sofista Gorgias de Leontinos, autor asimismo de varios discursos solemnes y creador de una verdadera prosa artística. Por su parte, en Atenas, en su asamblea pública (donde cualquiera podía hablar) el orador debía demostrar sus facultades e inteligencia. La vida jurídica, las ceremonias patrióticas, los actos públicos requerían de la habilidad oratoria para convencer, impresionar o agradar a un público generalmente entendido. Después, fusionada la oratoria con la sofística la finalidad de la elocuencia, ya envuelta con el adecuado ropaje filológico, buscó demostrar la prevalencia de la tesis del orador por encima de otra consideración.

Gorgias (ha. 483-375 a. de C.) entendía la retórica como un arte refinadísimo de persuasión para lo que utilizaba una singular rítmica poética. Sus sutiles sofismas llegaban a engañar al auditorio, engaño consciente que el sofista justificaba en razón de la finalidad que se pretendía.

Antifón (480-411) quizás el más importante logógrafo del siglo v, sobresalió por sus discursos de tipo judicial, de los cuales nos han llegado tres completos y fragmentos de otro (su autodefensa, elogiada por Tucídides). Le siguieron en importancia Andócides, cuya vida estuvo siempre envuelta en litigios personales, y Lisias, éste a caballo de los dos siglos y autor de no menos de 233 discursos de los que nos han llegado 34.

Destacado lugar como oradores ocuparon también los políticos Temístocles y Pericles; el primero convenciendo a sus conciudadanos para adoptar todas aquellas medidas que fuesen necesarias para la prosperidad y defensa de Atenas, liberándole así del peligro persa; el segundo, perteneciente a otra generación posterior, encaminando su oratoria para reforzar la democracia ateniense y sobre todo para mantener su imperio marítimo y económico.

Otros oradores de menor importancia (Andócides, Terámenes) cierran la nómina de oradores del siglo v.

7. La vida científica

Los griegos al mismo tiempo que sistematizaron las primeras especulaciones sobre la Naturaleza se adentraron en sus conocimientos, dando así paso al cultivo de ciencias especializadas, cuyo origen hay que buscarlo, sin embargo, en los conocimientos babilonios y egipcios.

Fue en el siglo v cuando se echaron los verdaderos cimientos de la ciencia helénica tras dejar a un lado las concepciones arcaicas que de la misma se había tenido. La matemática, creada como ciencia de conceptos abstractos por Pitágoras, tendría su continuidad con sus discípulos, los cuales la hicieron progresar al plantear cuestiones fundamentales. Grandes teóricos de la matemática fueron Heráclito, Parménides, Zenón, Demócrito de Abdera y los

aludidos discípulos pitagóricos (sobre todo Teodoro de Cirene). La Geometría se centró en la trisección de ángulos y en la cuadratura del círculo, siendo su máximo especialista Hipócrates de Quíos.

También la astronomía, la física y la química alcanzaron notables progresos. Se llegó a explicar con acierto los meteoros y eclipses y se calculó el tamaño del sol y las distancias existentes entre aquél, la tierra y la luna. Empédocles argumentó que la tierra giraba en el espacio; Anaxágoras demostró que el sol era una roca ardiente, explicó también las fases de la luna, la causa de los eclipses y la composición de la Vía Láctea; Metón formuló un ciclo o calendario de diecinueve años y Enópides de Quíos, descubridor de la eclíptica, calculó un gran año lunisolar de 59 años, de 365 22/59 días cada uno. La física no progresó dado que no se intuyeron los conceptos de «masa» y «fuerza», si bien se formuló la teoría atómica por Leucipo y Demócrito.

En cuanto a la química, la noción de «elemento» fue la de mayor trascendencia doctrinal (los cuatro elementos de Empédocles: tierra, aire, agua y fuego). También la geología y la geografía alcanzaron evidentes progresos (Hecateo, Heródoto), rechazándose determinadas ideas arcaicas. En zoología, botánica, anatomía y fisiología se advirtieron positivos avances. Empédocles, aparte de indicar las cuatro sustancias o elementos primarios, enunció diferentes teorías biológicas. Anaxágoras practicó disecciones para el estudio de la anatomía de los animales y Dionisio de Apolonia escribió el primer tratado conocido de anatomía animal.

La medicina, que logrará erradicar en buena parte las prácticas rutinarias y el secreto sacerdotal que las rodeaba, alcanzó grandes adelantos merced a los estudios de Alcmeón de Crotona, Empédocles e Hipócrates. Tres grandes escuelas —la de Cnido, Crotona y Cos— se ocuparon de la medicina con diferentes planteamientos y técnicas, no sabiendo orillar del todo las connotaciones religiosas que comportaba la práctica de la misma (culto a Asklepios, restaurador de la vida). Alcmeón, discípulo de Pitágoras y experto fisiólogo, parece ser que realizó las primeras operaciones oculares en Grecia, descubriendo los nervios ópticos y lanzando la teoría de que el cerebro era la sede de la sensación. Empédocles, junto a nuevas teorías sobre los ojos, descubrió la existencia del laberinto auditivo. Su teoría de los cuatro elementos sería retomada por los hipocráticos para explicar la salud y la enfermedad (teoría de los humores). De Hipócrates de Cos (¿460-370?), de quien no se conoce prácticamente nada sobre su vida, ha llegado una extraordinaria colección de tratados médicos, el *Corpus Hippocraticum*, de diverso valor e interés. Consideraba que las enfermedades eran algo natural, producidas por la variación de los humores, y no un castigo de los dioses. Su medicina la hizo descansar en un riguroso método científico, dando a la *fisis* (naturaleza) su real significado («la naturaleza basta en todo y para todo») y en una ética profesional (juramento hipocrático) del mayor interés.



Detalle de una estela funeraria. Ha. 400 a. de C.

8. La actividad artística

La creación estética de los griegos supuso el logro de cánones, normas y conceptos elevados por su perfección —nunca después superada— a paradigmas en la Historia del Arte de todos los tiempos. Sería en el siglo v, especialmente en su segunda mitad, cuando se alcanzaron los máximos logros artísticos (en la plástica y en la arquitectura), proporcionados por las nuevas circunstancias que se vivían en las *poleis* griegas, especialmente en Atenas. Pero junto a una finalidad expresiva, puramente estética, los artistas supieron dotar a sus creaciones de un claro contenido religioso que informaba la obra de Arte y en última instancia justificaba su realización. De ahí la perfección, la actitud serena, el gesto severo, el noble rostro, notas significativas de la divinidad; de ahí también las magnas construcciones arquitectónicas (en claro constraste con la urbanística) para en ellas servir y honrar a los dioses.

a) *Escultura.* El siglo v está inmerso en el denominado periodo clásico de la estatuaria griega, época centrada en conseguir el arquetipo de belleza humana, reflejo en última instancia de la belleza de la divinidad. De acuerdo con los tratadistas, la escultura clásica arranca de una primera fase preparatoria (época preclásica) que abocará en el Naturalismo, si bien todavía con ciertos ribetes de idealismo y bajo los presupuestos de organicismo y la

perfecta simetría. Ejemplo de esta fase serían todavía el *kouros* denominado *El efebo rubio* y la *kore* de Eutídicos.

A este momento preclásico pertenecen también las esculturas de los frontones del templo dórico consagrado a Afaya, en Egina (hoy en la Gliptoteca de Múnich) con asuntos de las dos guerras de Troya y motivo central de Palas Atenea. Se desconoce exactamente la disposición que tuvieron las figuras, por lo que todas sus reconstrucciones no pasan de ser simples hipótesis. De todo el conjunto del frontón oriental sobresale un magnífico *Herakles arrodillado* y en actitud de disparar su arco, así como otras figuras de combatientes, sin olvidar la *Atenea Armada*, centro de interés del frontón; en el occidental se recoge la segunda guerra de Troya (la cantada por Homero) con figuras de gran majestuosidad.

El templo contó con otro frontón que hubo de reemplazar a uno de los primitivos. Las esculturas de Egina se hallan, en general, tratadas con gran finura y perfección, destacando sobre todo por su gran dinamismo.

Tras los primeros decenios surgen grandes escultores que tenían como denominador común su gran calidad plástica, centrados especialmente en las escuelas de Argos y Atenas. Entre los más significativos sobresalieron Hageladas, Hegias, Kritios, Onatas, Kálamis, Pitágoras y Mirón. De todos ellos conocemos sus obras de modo imperfecto y sólo a través de copias romanas que no siempre reflejaron la calidad originaria.

Hageladas, fundador probablemente de la escuela de Argos y maestro de Mirón, destacó por su estatua de *Zeus de Ithome*, aparte de otras obras que no nos han llegado; del ático Hegias apenas se sabe nada, siendo su nombre conocido por las fuentes. Kritios, aparte de su maravilloso *Efebo de la acrópolis*, todavía con indudables rasgos de arcaísmo, destacó por su grupo de *Los tiranicidas*, bronce ejecutado con la colaboración de Nesiotes, composición conocida hoy por copias romanas y que sustituyó a otra anterior, obra de Antenor, robada por los persas. Al escultor Onatas, natural de Egina, no ha podido adscribírsele ninguna obra con seguridad, si bien se sabe que hubo de ejecutar un *Herakles* y un *Apolo*, ambos de grandes proporciones. Kálamis fue autor de varias obras, entre las que destacan una estatua femenina, denominada *Sosandra*, dos *Apolos*, uno en el Cerámico de Atenas y otro en Apolonia, un *Hermes Crioforos*, en Tanagra, y un majestuoso *Zeus Ammón;* su faceta como escultor de caballos le granjeó merecida fama. Pitágoras, naturalizado en Región, vencedor en un concurso de Mirón, fue autor de distintos bronces, así como de un *Filoctetes.*

Obra de altísimo interés, fechada hacia el 474 a. de C. es el *Auriga* de Delfos, que formó parte de una cuádriga mandada fundir por el tirano de Gela, Polyzalos, en recuerdo de un triunfo en los torneos de Delfos. Tal bronce, todavía con evidentes rasgos de arcaísmo, presenta grandes hallazgos plásticos al lograr transmitir la idea de sencillez dentro de una gran complejidad compositiva. El tono mayestático de su rostro y los ropajes, que recuerdan las estrías de las columnas, sobresalen por su genialidad. La obra se atribuye a Pitágoras de Región y más fundadamente al broncista Sotades de Tespiai (Beocia).

Determinadas esculturas de la escuela de Argos, de autores anónimos, sobresalen por su interés, entre las que se pueden citar una *Démeter* o *Afrodita*, llegada a nosotros en la versión de la *Hestia Gustiniani* (Roma), atribuida a Kalamis, y la denominada Estatua de Amelung (Berlín), conocida usualmente como *Aspasia* y que según alguna hipótesis formaría parte de alguna composición igual que la estatua anterior.

Bronces de insuperable calidad son el *Apolo de Omphalos*, conocido hoy por varias copias, y el *Poseidón* (¿o Zeus?) de Artemisión, encontrado a comienzos de siglo en el fondo del mar, representado en actitud de arrojar el tridente. Ambos bronces se atribuyen a Mirón (tesis de Poulsen) si bien no faltan quienes la niegan. Próximos al bronce de Artemisión, por los aciertos estéticos —y también localizados en el mar en 1979— son los bronces denominados *Guerreros de Riace* (Italia) de gran preciosismo plástico.

De mediados del siglo v, y de ignorado autor, son los relieves del templo de Zeus en Olimpia, cuyos temas son asuntos mitológicos: la carrera de carros de Pélops y Enomao (frontón oriental) y la lucha de lapitas y centauros (frontón occidental). El reposo, la quietud, el aislamiento y la adaptación de las figuras al marco hacen del frontón oriental una acabada pieza de

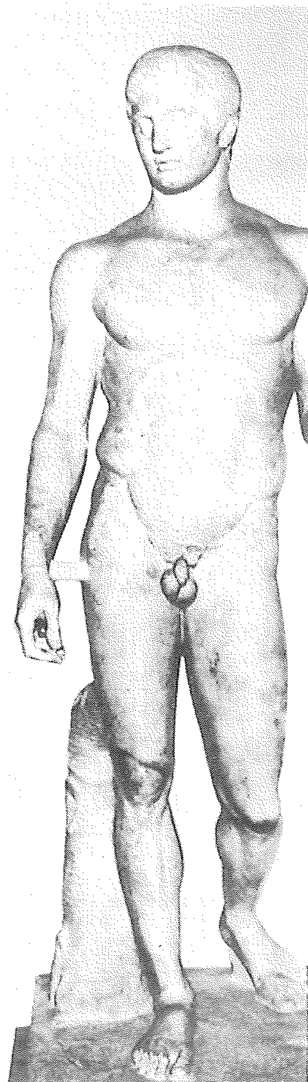
majestuosa y serena composición; el frontón occidental es su antítesis: el movimiento, la variedad, actitudes y conexión de los personajes dentro del tumultuoso desorden hacen del magno relieve un ejemplar lleno de vida y movimiento. Las metopas del templo presentan los doce trabajos de Herakles en cuidadísimos relieves.

A esta etapa preclásica se suele adscribir el *Trono Ludovisi*, del Museo de las Termas, con la representación del nacimiento de Afrodita, y el *Trono del Museo de Boston*, con el motivo de la contienda de Afrodita y Perséfone por el amor de Adonis. Ambos «tronos», en realidad frontales de un gran altar, localizados en Roma, presentan hoy día serias críticas de interpretación y de autenticidad, creyéndose que el de Boston es una falsificación. Un magno relieve de esta época y que puede competir con los de los «tronos» antes citados lo constituye la famosa *Atenea pensativa* del Museo de la Acrópolis de Atenas y que nos recuerda la majestuosidad de los relieves de Olimpia.

El apogeo del periodo clásico de la escultura griega corresponde a la época de Pericles. Es el momento de las grandes transformaciones de Atenas y también el periodo en que un sinfín de novedades plásticas hacen su aparición. Se rompe definitivamente con la ley de la frontalidad, la efigie humana adquiere mayor equilibrio, la serenidad espiritual logra transmitirse a la obra de arte, desapareciendo así los gestos violentos y logrando en muchos casos captar el movimiento instantáneo.

Entre los grandes maestros de esta etapa sobresalen Mirón, Policleto, Crésilas, Fidias y otros de menor significación, pero asimismo de gran altura plástica.

Mirón, nacido en Eleuteria, fue tal vez discípulo de Hageladas. Se sabe muy poco de su vida y son las fuentes clásicas las que nos permiten identificar algunas obras suyas: varias estatuas de *Herakles* y de *Apolo*, el grupo de *Palas Atenea y Marsias*, un *Perseo* y diferentes esculturas de animales, entre ellos una *Vaca* de extraordinario realismo y muy celebrada en la Antigüedad, y un *Discóbolo*, conocido por gran cantidad de copias romanas, sin duda, su obra más famosa. A Mirón le interesa básicamente el movimiento del cuerpo humano, si bien transmite con mayor perfección el aspecto sensorial que el espiritual. El *Discóbolo* presentaba la innovación de la postura y la actitud; sin embargo, sus rasgos anatómicos, especialmente los del rostro, eran inexpresivos. Otras dos obras atribuidas a tal escultor son una *Cabeza de Perseo* y la *Medusa Rondanini* de la Gliptoteca de Múnich (obra ésta atribuida también a otros escultores). Ultimamente en el Heraión de Samos aparecieron restos de un colosal grupo escultórico, obra indudable de Mirón, con las figuras de Zeus, Atenea y Herakles, grupo mencionado en su día por Estrabón.



Copia de un original de Policleto conocido como el Doríforo. Hacia 440 a. de C.

Policleto es el segundo gran artista de este periodo. Natural de Argos, supo reflejar en sus bronces la perfección clásica. Aunque su producción fue exigua en cuanto a número de piezas, sus matices plásticos fueron, sin embargo, variadísimos. Entre sus obras destacan el *Doríforo*, joven lancero de vívido movimiento contrapesado en piernas y brazos, y ajustado a su cánon personal; el *Diadúmeno* o joven atleta (¿tal vez un Apolo?) que se ciñe la cinta del triunfo en las sienes; y el *Kyniskos* de Mantinea, un atleta conocido por la copia del *Efebo* de Westmancott (Museo Británico). Asimismo, Policleto esculpió la *Amazona herida* de Efeso, con la que resultó vencedor en una competición artística con Fidias, Crésilas, Lidón y Fradmon, y una *Hera* para Argos en material crisoelefantino, su obra más importante y que conocemos por la descripción que nos dejó Pausanias y por algunas representaciones monetarias. Teórico del Arte, escribió un libro, el *Cánon* (la norma) donde exponía sus principios estéticos basados en la matemática y en la simetría.

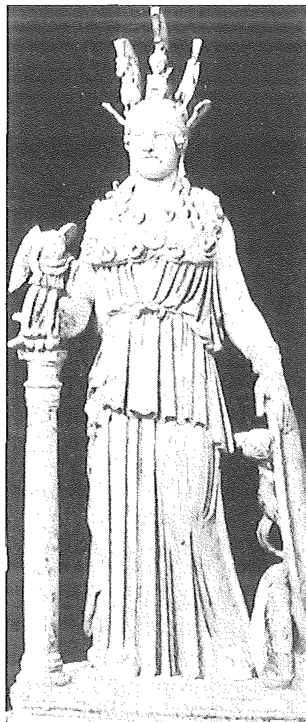
De Crésilas, originario de Cidonia (Creta) poco se sabe; sin embargo, fue un gran escultor ya que compitió en el concurso artístico de las *Amazonas* de Efeso con otros artistas, entre ellos Policleto y Fidias. Su actividad se centró en Atenas entre el 450 y 420. Entre sus obras destacan la estatua de *Pericles* revestido de estratego, levantada en la Acrópolis y conocida por diferentes copias, la *Amazona herida*, presentada al antedicho concurso y que puede corresponderse con la copia de la *Amazona* de Copenhague-Berlín, y el *Dietrefes* herido por flechas, un guerrero de pie a punto de caerse. Se le atribuyen la *Medusa Rondanini*, la *Artemis* de Ariccia (Museo de las Termas) y la *Atenea* de Velletri (Louvre).

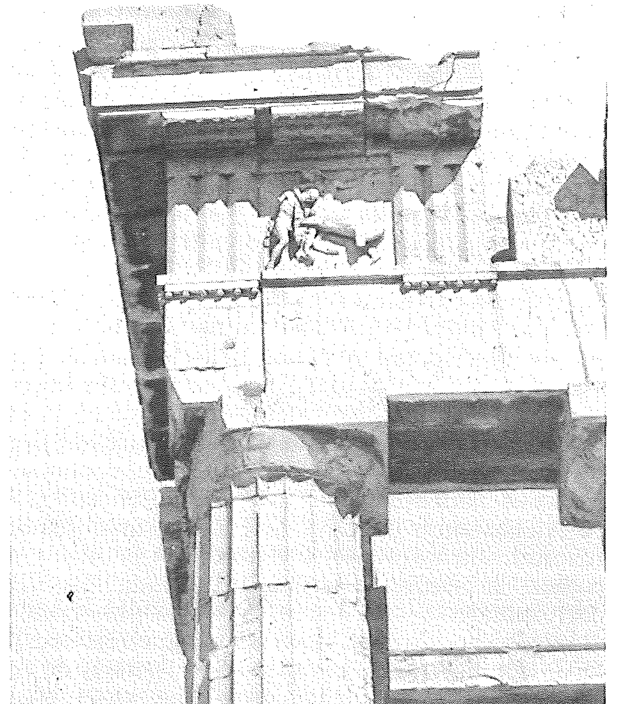
Fidias fue el más importante escultor de su época, llegando a ser consejero artístico de Pericles e inspector general de las obras de la Acrópolis. La biografía de dicho artista es apenas conocida. Nacido en Atenas, aprendió su arte en el taller probablemente de Hageladas. Tras realizar sus obras en el



Relieve procedente también del Partenón (Ha. 470) con un detalle de la Fiesta de las Panateneas.

Partenón sufrió un proceso por denuncia de robo, relacionado con los materiales nobles de la estatua de *Atenea Parthenos* que había finalizado en el 438 tras nueve años de trabajo; luego marchó a Olimpia, donde ejecutó su obra maestra, la estatua de *Zeus*. Entre sus obras, perdidas totalmente, con excepción de los relieves del Partenón, hoy en el Museo Británico y una pequeña parte en París, Atenas y Roma, sobresalen la *Atenea Prómachos*, de



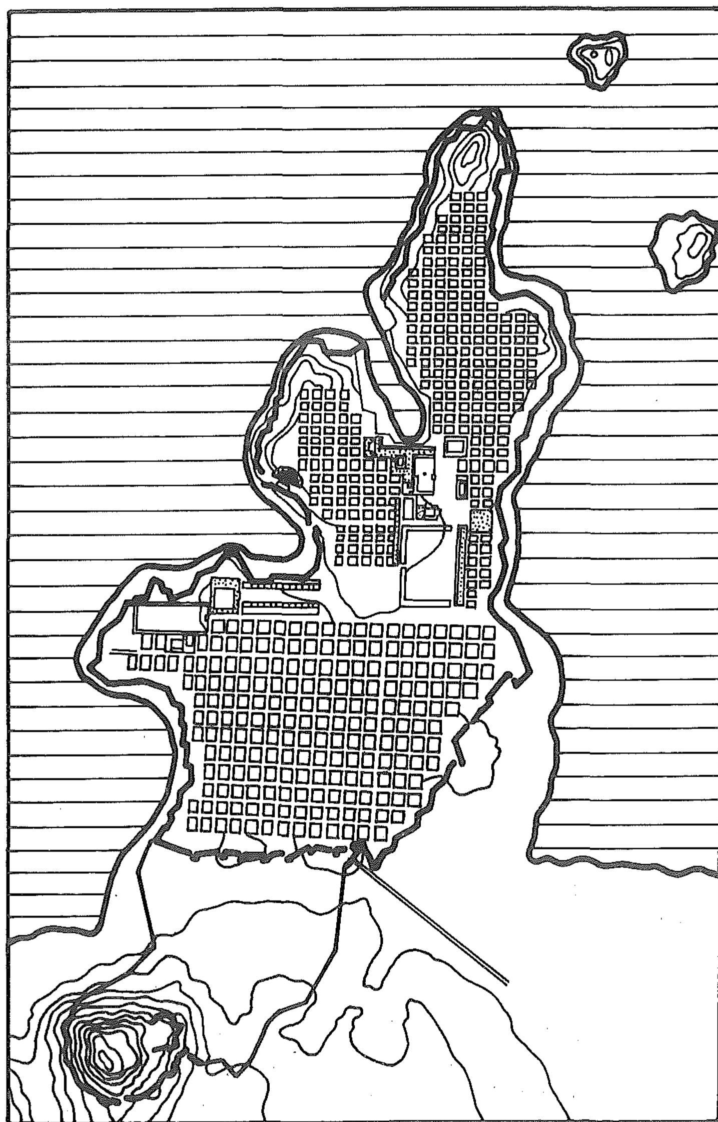


Atenea Parthenos, atribuida a Fidias. Copia del siglo I a. de C. (izquierda).

Detalle del Partenón. Hacia 470 a. de C. La imagen ilustra en detalle el estilo dórico y la estructura de la columna, capitel y ábaco (derecha).

15 m de altura y que se ubicó en la Acrópolis, siendo visible desde alta mar, la *Atenea Lemnia*, de insuperable belleza clásica, y la *Atenea Parthenos*, de 12 m de altura, escultura crisoelefantina con yelmo, escudo y lanza, de la que se conocen diferentes copias no coincidentes; el *Apolo Parnopios*, también para la Acrópolis y de enorme fuerza plástica; el *Zeus* de Olimpia de 12 m de altura, ejecutado en oro y marfil, su obra máxima y que causó enorme admiración; la *Afrodita Urania*, una de sus últimas obras, y la *Amazona* de Efeso, con la que participó en el concurso de dicha localidad, en el que resultó vencedor Policleto. Fidias realizó también, con la ayuda de diferentes colaboradores, los grupos de relieves que ornaban el Partenón (los frontones con la temática del *Nacimiento de Atenea* y la *Disputa de Atenea con Poseidón;* el friso de 200 m de longitud con la *Procesión de las Panateneas* y los relieves de las 92 metopas con las series de la *Gigantomaquia*, *Amazonomaquia*, *Guerra de Troya* y *Centauromaquia*). La producción plástica de Fidias, notabilísima por tantos considerandos estéticos, es una de las más importantes del Arte de todos los tiempos.

También brillaron en esta etapa, aunque a considerable distancia de los anteriores maestros, Alcámenes, discípulo de Fidias, a quien se le atribuyen numerosas estatuas de dioses y grupos escultóricos *(Prokne e Itys*, *Hermes Propíleos*, *Ares Borghese*, *Afrodita de los jardines);* Agorácritos de Paros, discípulo también de Fidias, y autor de la *Némesis Rhamnousia;* Paionios de Mende, que realizó la *Niké* de Olimpia, original que ha llegado a nuestros días; Estróngilo, con una figura del *Caballo de Troya*, levantada en la



Mileto ajustado en su reconstrucción del siglo V a. de C. a los plano de Hipodamo.

Acrópolis; Nauquides, hermano de Policleto, y autor de un *Discóbolo;* y Calímacos, ideador del capitel corintio, según el tratadista romano Vitrubio, y artista de ejemplares excesivamente refinados y trabajados *(Ménades, Venus de Frejus)*.

Sobresalieron asimismo otras obras de gran calidad, que nos han llegado por copias romanas, y de las que desconocemos el nombre de sus autores. Entre ellas hay que reseñar la llamada *Venus Genetrix*, de finales del siglo v, y el *Idolino* de Florencia, que nos recuerda algunas figuras de Policleto. También alcanzó alto nivel artístico la producción de retratos. Aparte del de Pericles, obra de Crésilas, hay que destacar el *Anacreonte* de Copenhague y los retratos, hoy perdidos, de un tal Demetrio de Alopeque, de quien los autores antiguos recuerdan su gran realismo.

Enorme éxito volvieron a alcanzar las estelas funerarias con relieves, de tamaño natural. Su renacimiento se debió en buena parte a la gran cantidad de artistas calcidios que se desplazaron a Atenas; sin embargo, dada la calidad plástica de muchas estelas, algunas de ellas deben de ser atribuidas a escultores de primerísima fila (Estela de la Villa Albani, Estela de Grottaferrata, estela de Fainerete, estela de Frasicleia, estela de Hegeso). También son de gran importancia las estelas localizadas en Rodas (Estela de Critón y Timariste) y en Salamina (Estela de Salamina). Determinados relieves alcanzaron gran perfección formal, entre ellos los votivos (*Equeleos y Basile*, *Relieve de Eleusis*, con las figuras de Démeter, Perséfone y Triptolemo), los arquitectónicos (relieve de *Hermes*, *Orfeo y Eurídice*) y los míticos (relieve de *Atenea y Erecteo*, del Museo del Louvre).

b) *Arquitectura.* El desastre causado por los persas en Atenas con ocasión de las guerras Médicas fue restañado por Temístocles, Cimón y especialmente Pericles, que logró hacer de Atenas la ciudad más bella de la Hélade.

Temístocles se esforzó en dotar de una muralla a la ciudad para su adecuada protección; a Cimón se le debieron nuevos edificios, pero sería Pericles quien ayudado por geniales arquitectos concibiera un plan unitario para la reconstrucción de Atenas, si bien la guerra del Peloponeso impidió su total realización.

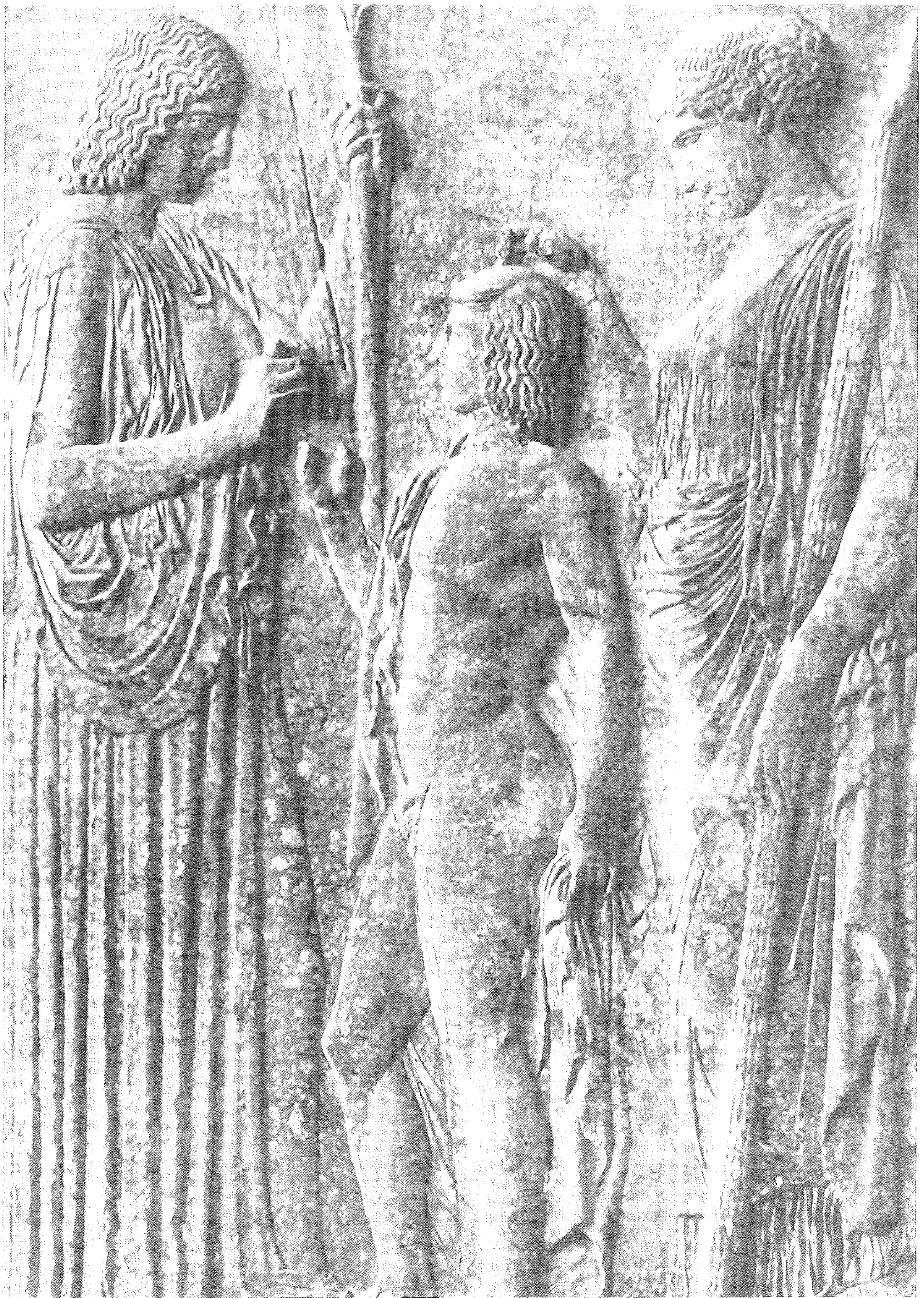
En el año 447 fue iniciado en la parte alta de Atenas el Partenón, el templo principal de todo el conjunto de la Acrópolis, y que se concluyó en el 438 con excepción de sus esculturas que lo fueron poco después. Sus arquitectos fueron Ictinos y Calícrates, corriendo la supervisión a cargo de Fidias. Tal templo, períptero y anfipróstilo marcó el apogeo del estilo dórico. Fue edificado con mármol del Pentélico (sus cimientos lo fueron con mármol local) y se levantó sobre otro templo anterior destruido por los persas. Por sus dimensiones (30,86 × 69,51 m) es el mayor templo dórico de la Grecia continental, contando con un peristilo de 17 columnas a los lados y ocho en los extremos. Su conjunto revela un armonioso equilibrio de proporciones; en cuanto a su decoración, debida a Fidias, Agorácrito, Alcamenes, Kolotes y otros artistas, tanto los relieves de sus metopas, friso y tímpanos, como su estatuaria, eran extraordinarios, teniendo por temática la glorificación de Atenea y su pueblo.

Fidias (490-431 a. de C.), escultor y arquitecto griego. Educado en una ciudad jonia. Su actividad artística se centra fundamentalmente en torno a la Acrópolis ateniense. Fidias aporta en sus obras una perfección técnica unida a una vida espiritual idealizada, que le convierte por esto en el más puro representante del arte clásico griego. Sus obras más importantes son: la estatua del Zeus crisoelefantino de Olimpia, las esculturas del Partenón, especialmente las metopas que representan el combate de los centauros y los lapitas, el friso interior de las Panateneas y la estatua crisoelefantina de Atenea Pártenos.

A los diez años de iniciado el Partenón, comenzó el arquitecto Mnésicles la construcción de los Propíleos que sustituyeron a la antigua puerta del siglo VI de acceso a la acrópolis. Eran dos grandiosos pórticos unidos en donde se hacían patentes los órdenes dóricos y jónicos. Esta construcción, en mármol del Pentélico, contaba con otros edificios anejos, uno en el ala norte, destinado a contener lápidas votivas de mármol y terracota *(pinakes)*, y otro en el lado opuesto, que no llegó a construirse, debido a la oposición del estamento religioso y a la guerra del Peloponeso.

Frente al Partenón, y al otro lado de la Vía de las Procesiones, en el sector norte y en lugares muy queridos de la mítica ática (tumba de Cécrops, sitio de la disputa entre Atenea y Poseidón) se halla el Erecteion, templo de pequeñas proporciones y de depurado estilo ático.jónico. Fue edificado sobre vestigios de antiguos santuarios por el arquitecto Filocles entre los años 421 y 407 y se dedicó a las divinidades Atenea Polias y Erecteo (identificado luego con Poseidón). Aparte de las dificultades técnicas que hubieron de resolverse dado el desnivel del terreno, lo que motivó diferentes volumetrías en sus variadas estancias, el monumento destaca por su planta poco corriente, sus detalles

Partenón. Hacia 470 a. de C. Atribuido a Fidias es este relieve en el que aparece Démeter con su hija Perséfone. En el centro el pequeño Triptolemo.



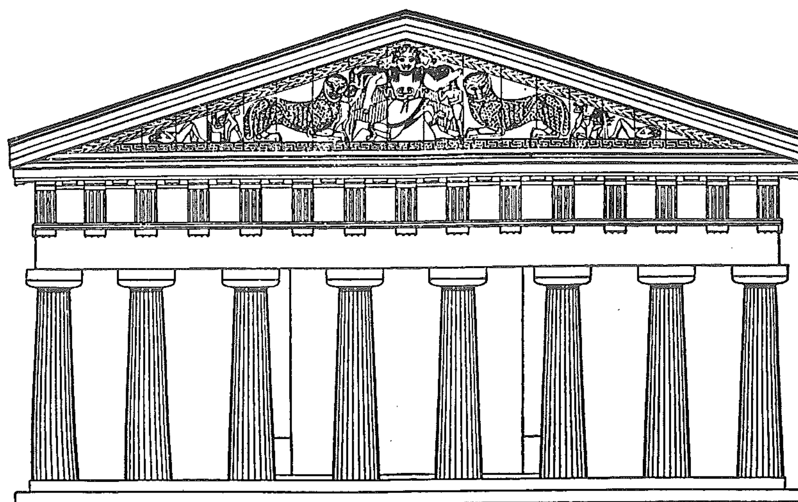
arquitectónicos y la elegancia de sus ornamentos exteriores, singularmente el de sus famosísimas *Cariátides* del pórtico sur del conjunto.

En el sudoeste de la colina se hallaba el templo jónico anfipróstilo y tetrástilo de Atenea Niké, conocido también como de Niké Apteros (Victoria sin alas), construido por Calícatres entre el 427 y el 424. Dado el poco espacio disponible por la topografía del lugar sus dimensiones fueron pequeñas (8,27 × 5,44 m). En la parte baja de la acrópolis se edificó el Teseión —el mejor de los templos griegos conservados— de estilo dórico períptero y dedicado a Hefaistos. Al oeste del teatro de Dionisos, ya fuera de la acrópolis, y junto a un manantial sagrado estaba el santuario dedicado a Esculapio, el Asklepion.

Las construcciones de Atenas fueron el modelo exportable para las otras construcciones del mundo helénico, caso del magnífico santuario dórico períptero de Figalia, en la Arcadia, dedicado a Apolo Epicúreo, y construido por Ictinos hacia el 430, y en donde se conjugaron también los otros dos órdenes clásicos.

De este mismo siglo v era el Telesterion de Eleusis, esto es, el gran santuario de los misterios, donde se representaban dramas litúrgicos y tenían lugar ceremonias mistéricas celosamente guardadas. Fue construido también por Ictinos y terminado por Filón en el 312.

En el promontorio de Sunion se levantó el templo de Poseidón, dórico períptero. Olimpia contó con otro dedicado a Zeus, de justa fama en todo el mundo griego, levantado hacia el 460 por el arquitecto Libón de Elis. Era períptero y hexástilo y se accedía a él por una rampa. En su *cella* se levantaba la colosal estatua crisoelefantina de *Zeus sedente*, obra de Fidias. También Egina contó con el templo de Afaya, dórico hexástilo, con dos frontones escultóricos con resabios de arcaísmo, y otro posterior, ya clásico, que sustituyó a uno de los primitivos. Samos levantó asimismo un templo a Hera no terminado hasta el año 406.



Reconstrucción de la fachada del Templo de Artemisa en Corfú, donde pueden apreciarse las diferentes partes del edificio, el elemento sustentante con las columnas y el sustentado adornado con el frontón.

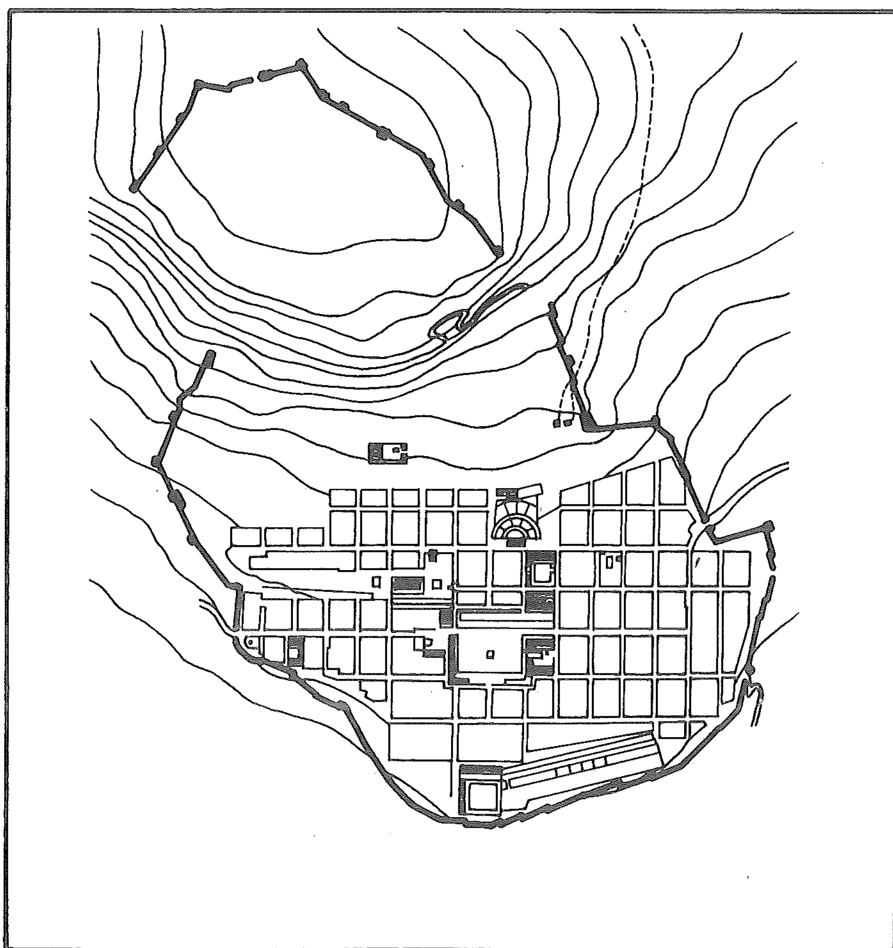
Magna Grecia levantó también muy importantes templos, continuando así la actividad constructora del siglo anterior. En Sicilia se erigieron diferentes templos con estilo colonial marcadamente dórico y detalles específicamente locales. En Agrigento sobresalieron los templos perípteros de la Concordia, de los Dióscuros y de Zeus Olímpico, éste de colosales dimensiones y de planta poco común. Selinunte contó con otros varios, correspondiendo a este siglo el llamado «templo E», dedicado probablemente a Hera, así como el «templo G», a Apolo. Segesta tuvo otro templo períptero, pero inacabado a causa de la invasión cartaginesa del 409. Siracusa, entre otros de diferentes épocas, tuvo un templo dedicado a Atenea, así como un teatro levantado también en este siglo.

En la Italia meridional se edificó el magnífico templo dórico de Paestum, dedicado a Hera (también conocido como templo de Poseidón), de ajustada estructura y gran solidez.

En el Asia Menor se levantaron significativos monumentos, destacando,

sin embargo, por su interés dos de tipo funerario, ambos en Licia, y que se pueden señalar como precedentes del Mausoleo de Halicarnaso: el Heroon de Trysa y el Monumento de las Nereidas. El primero era un cementerio rodeado por alto muro que encerraba diferentes tumbas y que poseía un pórtico conmemorativo, siendo destacable por sus ricas esculturas en jambas, dinteles y frisos y de temática mitológica; el segundo, un poco más tardío, consistía en un alto basamento decorado con relieves sobre el que se levantaba un templete jónico con interesantísimas esculturas de Nereidas en los intercolumnios.

Aparte de todo lo citado, hay que recoger un sinnúmero de monumentos de tipo civil, como pórticos (los ya citados Propíleos de Atenas), Teatros (el de Dionisos en la falda de la acrópolis ateniense), ágoras, fortificaciones (los Muros Largos de Atenas), fuertes, estadios, lugares para concursos musicales



Priene: ciudad construida con arreglo a las normas hipodámicas.

(Odeón de Atenas) o para reunión (stoas, lescas, buleuterios, etc.) que salpican tanto el mundo de Grecia como el de sus colonias.

c) *Pintura.* Unicamente a través de los vasos cerámicos, unos pocos frescos, algunos mosaicos romanos y las descripciones de autores clásicos, se puede intuir el grado de calidad y perfección que alcanzó la pintura monumental griega, especialidad en la que los helenos, a deducir de las fuentes, sobresalieron.

Técnicamente durante el siglo v los tonos pictóricos fueron planos, la silueta de las figuras descansó en el predominio de la línea, y la composición, de acertados ritmos, poco a poco conoció el escorzo e incluso intentos de perspectiva. Con ese bagaje se pudo desembocar en las escuelas realistas de los siglos posteriores. En cuanto a la temática, los asuntos más queridos fueron los mitológicos y legendarios para pasar paulatinamente a representar hechos transcendentales, sacados de la historia y la política, sin olvidar los asuntos familiares y cotidianos.



Vista de Ampurias. Corresponden estos restos a la antigua Emporión, factoría comercial fundada por los focenses en el siglo VI a. de C., sus restos más primitivos se descubrieron en 1908, lo correspondiente a la planta de la ciudad, y se ampliaron mediante posteriores excavaciones, desde 1940.

En realidad, la primera floración de la gran pintura tuvo lugar en el siglo v pudiéndose aislar dos grandes momentos, el significado por Polignoto, que arrincona los dibujos coloreados del arcaismo, y el representado por los grandes maestros de los tres últimos decenios del siglo.

Polignoto, nacido en Tasos, e hijo de pintor, se estableció en Atenas tal vez llamado por Cimón. Su actividad se sitúa entre el 475 y el 440 pintando numerosos cuadros en diversos lugares de la ciudad, como en la célebre Stoa Poikilé (Pórtico pintado), ornamentado también con obras de otros artistas. Gracias a Pausanias sabemos la temática de las obras allí pintadas por Polignoto: la *Batalla de Oinoe*, una *Amazonomaquia*, la *Guerra de Troya* y la *Batalla de Maratón*. En los Propíleos pintó varias obras, destacando *Aquiles entre las hijas de Licómedes* y *Odieseo y Nausicaa*. Sin embargo, sus composiciones más famosas fueron las realizadas en la lesca (sala de reunión) de Delfos, minuciosamente descritas por Pausanias. En los muros de la galería de dicho edificio pintó dos frescos con gran número de figuras, teniendo como temas la *Destrucción de Ilión* y el *Descenso de Odiseo al Hades*. Ambas composiciones estaban formadas por varias escenas con grupos de figuras conectadas entre sí únicamente por el tema; el dibujo era muy suelto y perfecto, pero la perspectiva todavía no estaba utilizada y el cromatismo se reducía a los pocos colores tradicionales y sus posibles conbinaciones. La influencia de Polignoto fue notoria en la pintura y aun en la escultura de su siglo, llegándo a copiarse sus temas y a utilizar sus innovaciones en la pintura de vasos.

Junto a Polignoto también sobresalieron otros pintores, entre ellos, Mikón, Panainos, hermano de Fidias, y Onasias, si bien se sabe muy poco de ellos. De Mikón hay referencias de que pintó motivos sobre los Argonautas, así como dos Amazonomaquias, una batalla de Maratón y diferentes cuadros. Onasias pintó en Platea, conociéndose únicamente el título de uno de sus cuadros, los *Siete contra Tebas*.

Durante las tres últimas décadas del siglo desarrollaron su actividad artística cinco grandes pintores: Apolodoro, Zeusis, Agatarco, Parrasio y Timantes, los cuales por sus innovaciones técnicas y perfeccionismo llevaron la pintura griega a su máximo esplendor.

Apolodoro de Atenas llegó a inventar la *skiagrafía* (pintura de sombras) con lo cual la pintura lograba un nuevo hito. A través de diferentes lekytos y de copias romanas es posible hacerse una idea de tal innovación pictórica.

Zeusis de Heraclea (Italia meridional), que trabajó a finales del siglo v y comienzos del IV en Atenas, Macedonia y Asia Menor, perfeccionó la técnica de Apolodoro. De su arte nos han llegado multitud de títulos si bien no hay elementos para precisar su técnica y estilo, aunque las fuentes hablan del empleo del escorzo, las sombras y el paisaje.

Agatarco de Samos, que trabajó también en Atenas, pintó y decoró la vivienda de Alcibíades. Según Vitrubio este pintor fue el descubridor de la perspectiva, innovación que plasmó en la decoración de un escenario; además escribió un comentario técnico sobre tal decoración, el cual tomado por los filósofos Demócrito y Anaxágoras daría origen a la teoría de la perspectiva geométrica.

Con Parrasio de Efeso la pintura griega llega a su culmen. Dominador de la línea y del manejo de luces y sombras, sus composiciones descansaban invariablemente en tres figuras. De sus obras, cuyos títulos en algunos casos son conocidos *(Demos*, *Teseo*, *Duelo por las armas de Aquiles*, *Ulises fingiéndose loco*, *Suplicio de Prometeo*, *Eneas y las Tindáridas*, *Filoctetes herido)* no han llegado copia alguna, con la excepción tal vez de su *Filoctetes*, que se quiere ver reproducido en algunos relieves y lekytos.

Coetáneo de Parrasio y de Zeusis y aún émulo de Parrasio en una competición artística, fue Timantes de Citnos, quien debió su fama a un cuadro, el *Sacrificio de Ifigenia*, donde supo expresar admirablemente el dolor, la tristeza y el llanto.

d) *Cerámica.* En los inicios del siglo v todavía la cerámica (considerada como un arte menor) pertenece tipológica y estilísticamente al segundo periodo cerámico de la fase arcaica. Los vasos de arcilla roja decorados con figuras en negro de los talleres áticos, que tanto esplendor alcanzaron, ceden su puesto a un nuevo estilo, en el que se invierte el colorido, el de «figuras rojas». Ahora la cerámica deja su fondo natural, rojizo o amarillento para ser

ocupado por los dibujos, y el resto de las paredes del vaso queda recubierto con barniz negro. De esta manera los dibujos podrán ganar en precisión, así como las pinceladas podrán matizar detalles en el interior de las figuras. La calidad de las obras obliga en no pocos casos a la firma de ceramistas y pintores. Quizá los más importantes sean Douris, autor que trabajó entre el 500 y el 470, que supo decorar bellamente infinidad de vasos con esbeltas figuras (kylices del Louvre, Berlín y Nueva York, psykter del Museo Británico) y Makrón, dominador de la línea y de la composición (kylix del Museo del Louvre con la *Despedida de Triptólemo*).

A partir del 475 la pintura cerámica alcanza su madurez (escorzos, claroscuro, lineamiento), ampliándose la tipología de vasos que reciben decoración. Es el momento de una gran floración de pintores que cultivan infinidad de temas, desde los mitológicos e históricos hasta los amorosos, funerarios y de género. Autores anónimos, pero identificados por sus obras, son los pintores de Cleofrades, de Berlín, de Diosfos, de las Nióbides, de la Villa Giulia, de Pentesilea, que sobresalen de una larga lista de pintores y ceramistas. De ellos los más importantes son el de las Nióbides, autor éste de la decoración de una gran crátera-cáliz del Louvre, donde recoge la matanza de los hijos de Níobe y la Asamblea de los Argonautas, todo ello de perfecto cromatismo y dibujo, y el de Pentesilea, llamado así por su monumental kylix de la Gliptoteca de Múnich, decorado con la muerte de Pentesilea a manos de Aquiles.



Detalle de una cerámica de figuras rojas atribuida al Pintor de Florencia. Ha. 460.

Tras estos artistas, y hacia la mitad del siglo, la pintura cerámica desciende de calidad al no poder rivalizar con la escultura ni con la pintura, iniciando una época de decadencia (es el periodo de pleno estilo libre), que se hará más patente en las últimas décadas del siglo v, cuando Atenas pierda mercados ante la competencia de los centros cerámicos surgidos en la Italia meridional. No obstante, aún destacan notables artistas con muy buenas obras, como el pintor de Aquiles (ánfora de Aquiles y Briseida del Vaticano), del Fial (fial de Bostón), de Eretria, especialista en el dibujo delicado, de Midias (hidria de Londres) y otros de menor significación.

II. EL SIGLO IV A. DE C.

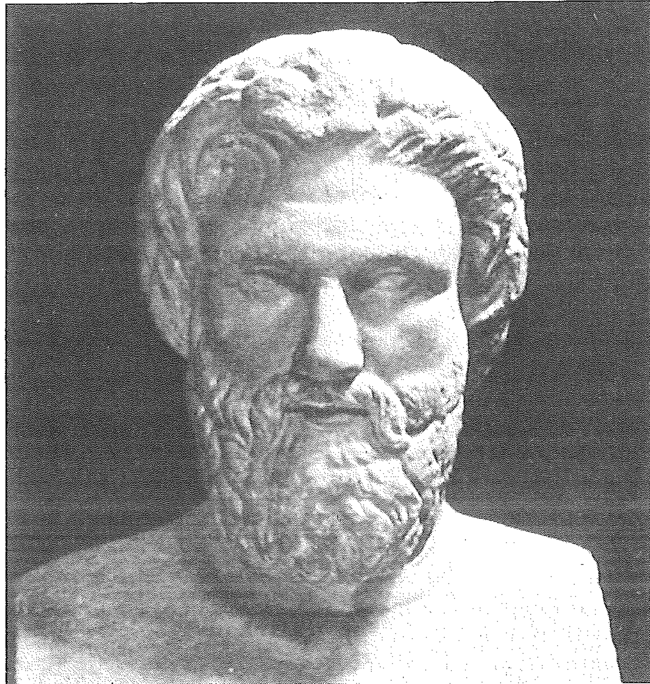
El siglo IV griego estuvo lleno de contrastes sociales y políticos. De hecho, todo el periodo de tiempo que va desde el año 404, en que Atenas sale derrotada de la guerra del Peloponeso por Esparta, hasta el 338, año en que el macedonio Filipo II sojuzgó en Queronea a las aliadas Tebas y Atenas (y por extensión a toda Grecia) constituyó una etapa de transición —mejor que de decadencia— preparatoria para los nuevos tiempos que se avecinaban, cuya directriz quedaría encomendada por el derecho de las armas y el agotamiento político griego, a Macedonia, artífice en última instancia de una efímera unidad helena.

En tal periodo de tiempo, aparte de las naturales transformaciones económicas y sociales operadas, las estructuras políticas sufrieron profundas reformas y conocieron graves momentos de crisis (profesionalización de la política, crisis de la *polis*, intentos federalistas). También la vida religiosa y cultural sufrieron notabilísimos cambios, pero en su conjunto el papel civilizador de Atenas continuaría marcado por la impronta de lo «clásico». En rigor no puede hablarse de decadencia cultural, sino más bien de evolución civilizadora, propiciada ante todo por las academias y las escuelas, creadoras y sintonizadoras de las nuevas corrientes mentales.

1. La actividad literaria

En la Literatura, como también en otros campos, se asiste en el siglo IV a. de C. a importantes transformaciones, que a la postre incidirían, sin embargo, negativamente en su desarrollo. Por lo pronto, la gran poesía dramática vive de la etapa anterior con nuevos valores, si bien no se conoce en profundidad su exacto alcance, y en cuanto a la Historia ya no se producirán obras equiparables a las de Heródoto y Tucídides.

a) *La poesía dramática.* En las festividades dionisíacas del siglo IV, junto a las nuevas tragedias, se solía reponer una de las tragedias antiguas, considerada de alguna manera como «clásica», en claro contraste con la nueva producción. Los autores dramáticos no rayaron a la altura de sus predecesores, a pesar de la copiosísima producción de obras que se produjo, en su mayoría carentes de interés y dominadas por ropajes ampulosos y retóricos. Autores dramáticos de este siglo fueron Astidamante, imitador de Esquilo; el anónimo autor de la pieza *Reso;* Meleto, autor de una *Edipodia;* Cáucino, que volvió a tocar el tema de Orestes; y Antifonte que siguió tratando los viejos temas de la tragedia del siglo anterior. Como ejemplo de autores de tragedias históricas hay que citar a Teodectes de Faselis, discípulo de Platón y de Isócrates, que celebró al sátrapa de Caria en una tragedia titulada *Mausolo;* a Mosquión, que trata la muerte del vencedor en Salamina en la tragedia *Temístocles*, y la caída del tirano Alejandro de Feres en los *Fereos.* Asimismo los cínicos Diógenes de Sínope y Crates de Tebas redactaron dramas humorísticos y parodias en donde recomendaban la vuelta a la Naturaleza.



Busto de Aristófanes. Fue el más grande de los poetas de la antigüedad, que vivía entre el 445 y el 380 a. de C. Su estilo, de una ironía hiriente, a menudo lírica, tiene un gran valor, sobre todo por su extraordinario dominio de la lengua.

b) *La comedia media.* En cuanto a la comedia, el siglo continúa con la producción de nuevas obras de Aristófanes, si bien, debido a las nuevas circunstancias, han perdido parte de su crítica política. En *Las Asambleístas* (392) critica las ideas feministas de comienzos de siglo y en *Pluto* (388) analiza con humor el reparto social de la riqueza. Con Aristófanes la «comedia antigua» desaparece y es sustituida por otro género cómico, la «comedia media» que influida hondamente por los sofistas y retóricos centrará su atención especialmente en la vida cotidiana, llegando a pervivir sólo hasta la segunda mitad del siglo. Esta «comedia media» fue debida ante todo a los hijos de Aristófanes, Araro, Nicóstrato y Filetero, autores de muy escasa importancia, y especialmente a Antífanes, prolífico autor (365 piezas) del que conocemos 134 títulos, a Alexis de Turios, también autor de bastantes comedias, a Anaxándrides de Camiro con 65 obras, y a Eubolo, que trató temas mitológicos. Entre las novedades de esta «comedia media» hay que señalar su helenización ya que las piezas no se escribían para ser representadas únicamente en Atenas, como en la etapa anterior, sino que eran exportadas a los teatros de toda la Hélade. En conjunto, y por los que se deduce de los fragmentos conservados, los temas eran directos y fáciles, sin preocupaciones psicológicas en los personajes, buscándose ante todo la risa directa y la evasión.

La «comedia media» sería sustituida por la llamada «nueva», de modales más refinados y con temas intimistas, sociales o parodias mitológicas, cuyo auge se producirá, sobre todo, a finales del siglo con Menandro y Filemón, perviviendo durante todo el siglo III.

c) *La lírica.* Dentro del apartado de la lírica griega del siglo IV que se ajustó prácticamente al cultivo del ditirambo y del *nomos* en un contexto formal muy musical y escénico (Pericles construyó el Odeion en Atenas para la representación de concurcos líricos) hay que señalar a unos cuantos cultivadores de dicho género, entre ellos a Filóxeno de Citerea (435-380), autor de 24 ditirambos de honda influencia posterior; a Timoteo de Mileto (450-360), de buen quehacer en composición musical, himnos, ditirambos y *nomos* (especialmente el titulado *Los Persas*); a Melanípedes de Melos, de quien han llegado algunos ditirambos, entre ellos un *Marsias* de gran éxito; y a otros líricos, como Diágoras y Cinesias, pero ya de menor éxito que los anteriores.

d) *La filosofía. Platón y Aristóteles.* El siglo IV, época de oro de la filosofía griega, comenzó marcado con la impronta de la enseñanza socrática, recogida y continuada por varios de sus discípulos, actuando en diferentes escuelas. Así en Megara, Euclides (450-380), de quien no se conoce exactamente su pensamiento, se dedicó a problemas relacionados con la Unidad y el Bien. En Elis, Fedón, de noble familia, pero vendido más tarde como esclavo a un amigo de Sócrates (y cuyo nombre sería tomado por Platón para uno de sus diálogos), explicó dialéctica y filosofía. En el gimnasio de Cinosarges, Antístenes (445-355), discípulo del sofista Gorgias y luego de Sócrates, enseñará y escribirá sus principios e ideales de vida (la pobreza) poniéndolos en práctica Diógenes de Sinope. Esta escuela, denominada *cínica*, del nombre del gimnasio donde se explicaban sus doctrinas, desdeñaba toda especulación, centrando su interés en la búsqueda de la felicidad, que identificaban con la virtud. Filosofía opuesta a la cínica fue la defendida por otro discípulo de Sócrates, Arístipo (435-355) en cuya escuela de Cirene (sus seguidores fueron denominados *cirenaicos*) argumentaba que el goce era el valor supremo de la vida, pero entendiendo éste con mesura (hedonismo). En Atenas, en fin, enseñaron Platón, el más importante discípulo de Sócrates, y también Aristóteles, discípulo a su vez de Platón, dos de las figuras capitales de la filosofía de todos los tiempos.

Platón (428-347), hijo de noble familia, descendiente de Codro y Solón, educado en varios estudios y dedicado en su juventud a la poesía, fue seguidor de Sócrates por espacio de ocho años, hasta la muerte del maestro, momento en que se dedicó a viajar por Creta, Egipto y Cirenaica. Llamado para la política, a la que hubo de renunciar por sus contrasentidos, viajó a la Magna Grecia y a Sicilia, trabando contactos filosóficos con los pitagóricos (especialmente con Arquitas) y políticos (con el tirano Dionisio I de Siracusa y su cuñado Dión, que se convirtió en entusiasta prosélito platónico). Vuelto a Atenas, tras un lance que le llevó muy cerca de la esclavitud, abrió hacia el 387 en las cercanías del gimnasio, dedicado al héroe Academos, una escuela (Academia) con la finalidad de formar cuadros dirigentes para el Estado ideal que imaginaba. Salvo dos viajes posteriores a Sicilia (366 y 361), en donde no renunciaba a imponer su utopía política en la práctica, el resto de sus días los vivió en Atenas dedicado especialmente a la enseñanza y en menor medida a sus escritos e investigaciones, en unión con su máximo discípulo Aristóteles.

Los escritos de Platón, conservados casi completos, forman junto con los de Aristóteles lo capital de la filosofía griega. Sus obras, dejando a un lado las apócrifas de las que se le atribuyen un buen número, pueden ser divididas en tres grupos: las que realizó entre la muerte de Sócrates y su primer viaje a Sicilia, como *Laques*, *Cármides*, *Eutrifón*, *Lisias*, *Protágoras*, *Hipias Menor*, *Ion*, *Hipias Mayor*, *Apología*, *Critón y Gorgias* y el *Libro I de la República*. Las redactadas entre el primero y segundo viaje, *Menón*, *Crátilo*, *Eutidemo*, *Menéxeno*, *Banquete*, *Fedón*, *Libros II-X de la República*, *Fedro*, *Parménides* y *Teeteto*. Finalmente las producidas entre el segundo y tercer viaje, el *Sofista* y el *Político*. Tras su regreso escribiría *Filebo*, *Timeo*, *Critias*, *Leyes* y algunas *Cartas*.

Su método, al igual que el de su maestro, descansaba en el diálogo, al que elevó a categoría literaria, dada su perfección, su esquema y su estructura; con la intervención de personajes reales, en cuyo transcurso dialogante afloraba la verdad y por tanto el conocimiento.

Su filosofía, en la que se cruzan distintas corrientes, atendió todos los órdenes del saber y de la conducta humana, centrando su pensamiento ante todo en la doctrina de las ideas. Su vastísimo pensamiento puede ser agrupado en orden a tres bloques temáticos: la *episteme* (conocimiento), la *paideia* (educación del hombre) y la *religión*.

Sobre el conocimiento sostuvo la diferencia del mismo respecto a la simple opinión. Lo buscado era demostrar que la verdadera idea hacía de todas las cosas de una misma clase ser lo que eran. La idea era la verdadera realidad y las cosas eran sombras de las ideas. Acerca de la educación Platón se propuso teorizar y llevar a la práctica el ideal del Estado perfecto, para lo cual era preciso la correcta educación del hombre en la verdad. En su obra *La República* pergeñó el Estado justo que convenía a las almas justas. Dicho Estado, que tiene su reflejo con las tres partes del alma, debía estar formado por tres clases sociales: los dirigentes (razón y sabiduría), los guardianes (querer apasionado y valor) y los campesinos (apetito y templanza). Sobre esta última clase se debía organizar y proyectar el gobierno. En casi toda la obra platónica está presente la motivación religiosa (*Fedón*, *Fedro*, *Timeo* especialmente), si bien no tuvo el concepto de Dios, sustituyendo su papel por la idea del Bien o del Uno, que era en última instancia la fuente de todo ser.

A la muerte de Platón la Academia fue dirigida por su sobrino Espeusipo (348-339), cuyo pensamiento más novedoso, aparte del cultivo de la Matemática y la ciencia, fue el sustituir la idea del Bien por otras diez ideas, agrupadas en parejas. A su vez fue sucedido por Jenócrates de Calcedonia (339-315) que destacó por su inteligencia reflexiva y sus conocimientos matemáticos, y luego por Polemón (315-269) de quien no sabemos casi nada. Todos ellos se dejaron llevar por las corrientes pitagorizantes, que ya se advirtieron en las obras tardía del propio Platón.

Otros escolares significativos, que se dedicaron también a la enseñanza filosófica fueron Heráclides del Ponto, Filipo de Opus y, sobre todo, Aristóteles, con cuya figura la filosofía griega alcanzó su plena madurez.

Aristóteles (384-322) nació en Estagira (Macedonia) y fue hijo de Nicómaco, médico y amigo personal de Amintas III de Macedonia, el padre de Filipo. Aristóteles llegó muy joven a la Academia de Platón, donde permaneció veinte años hasta la muerte del maestro, primero como escolar y más tarde como docente. Tras la muerte de Platón pasó a diferentes puntos (entre ellos Asso de Atarnea, donde se convirtió en consejero político del tirano Hermías, con cuya sobrina se desposó) dedicándose a la enseñanza. En el 342 el rey de Macedonia Filipo II le confió la educación de su hijo Alejandro, que contaba trece años de edad. Tras subir éste al poder Aristóteles pasó a establecerse en Atenas, fundando una escuela, que por su ubicación en un bosque consagrado a Apolo Licaios fue llamada Liceo y en la que permaneció trece años enseñando a sus discípulos, mientras paseaban (peripatéticos) y a oyentes en general. Tras la muerte de Alejandro, en el 323, que provocó el levantamiento general contra Macedonia, Aristóteles, culpable de filomacedonismo, hubo de soportar un proceso por impiedad. Retirado a Calcis, en la isla de Eubea, murió al año siguiente.

La producción escrita de este filósofo —editada en el siglo I a. de C. por Andrónico de Rodas— fue enorme, escribiendo dos tipos de obras, unas destinadas al gran público, llamadas «exotéricas» por el propio autor, bien en forma de diálogos o de tratados, y de las cuales nos han llegado escasísimos fragmentos, y otras dedicadas exclusivamente para sus discípulos y de contenido más conceptual, llamadas a menudo «esotéricas», para uso interno de sus alumnos, o «acromáticas» (para la enseñanza oral).

De su obra inicial hay que destacar *Eudemo*, *Protréptico*, *Acerca del Bien*, *De la Retórica*, y otros pequeños tratados, en donde la influencia de su maestro era patente, así como el *Organon*, que comprendía diversos tratados (*Categorías*, *De la interpretación*, *Analíticos primeros y Analíticos posteriores*, *Tópicos*, *Refutación de los sofismas*). Obras de madurez fueron los tratados científicos y filosóficos (*Filosofía*, *Del cielo*, *De la generación y corrupción*, *Meteorológicos*, *Del Alma* y los catorce libros de la *Metafísica* o *Filosofía primera*), de tipo ético y social (*Etica a Nicómaco*, *Etica a Eudemo* y *Gran Etica*), así como políticos y económicos (*La Política*, *La Constitución de Atenas* —descubierta en el siglo pasado— y los *Económicos* —probablemente apócrifa ésta—). Junto a esta producción hay que señalar obras de tipo

Aristóteles sería, junto con Platón, uno de los más grandes filósofos griegos, además de instructor de Alejandro Magno. Su filosofía, más empírica, consiguió montarse sobre la experiencia y la observación. El haría inteligible a la mente humana lo que es el movimiento y el cambio, reflexionaría sobre los fundamentos del conocimiento científico y encontraría las primeras leyes del razonamiento lógico.



poético *(Retórica* y *Poética)* y gran número de tratados o manuales de contenido enciclopédico y biológico *(Investigaciones sobre los animales).*

Aristóteles se preocupó de todos los saberes, pues sostenía que se debía observar todo lo existente para así poseer los máximos conocimientos de todo, pero centrado ese saber no en las cosas singulares, sino en la esencia de las mismas. La esencia estaba formada por cuatro causas (materia, forma, motor y fin) siendo su suma lo que formaba el ser. El ser no era una realidad unívoca como había afirmado Parménides, sino analógica, esto es, que estaba organizado a modo de estratos, desde la materia prima hasta la forma pura que era Dios, la causa suprema. El ser, con excepción de la forma pura o Dios, estaba integrado por una materia y una forma (hilemorfismo) que no eran dos partes de una cosa, sino dos momentos ontológicos de la misma.

El gran hallazgo de Aristóteles fue el de estructurar el saber mediante la clasificación que fue la base y el método de su Lógica. Para ello elaboró científicamente unos elementos fundamentales, con los cuales operar (concepto, juicio, raciocinio). El concepto era susceptible de poseer categorías, que fijó en diez tipos, las cuales a su vez estaban formadas por la sustancia y el accidente. La relación de conceptos derivaba necesariamente en una conclusión, por lo que se formaba así el núcleo de la lógica (silogismo), base del saber.

En cuanto a la Filosofía primera (o *Metafísica*) Aristóteles entendía un saber universal, referido al ser en cuanto tal, esto es, a la totalidad de las cosas en cuanto que eran.

Eticamente, el bien consistía en la felicidad, la cual procedía de la actividad humana, siempre y cuando el hombre se supiera adaptar a su «racionalidad». La virtud sería la actitud tomada al adoptar el justo medio, entre los excesos opuestos, determinado ello por la razón.

En cuanto a su pensamiento político afirmaba que el hombre era por naturaleza un ser social, político. En la comunidad, en la *polis*, es donde el hombre encuentra su perfección natural. Respecto a la forma constitucional de la *polis* considera que puede ser gobernada por tres formas políticas (monarquía, aristocracia y democracia) que pueden degenerar en otras tantas formas contaminadas (tiranía, oligarquía, demagogia). Admite la propiedad privada y la esclavitud, a la que en su *Política* no opone la menor objeción.

Tras la muerte de Aristóteles sus discípulos, ante la magnitud del pensamiento del maestro y los nuevos caminos abiertos, se vieron obligados a abandonar las especulaciones metafísicas y dedicarse de pleno a la física, la dialéctica y la retórica, sentando no obstante los presupuestos del cientifismo, según había concebido Aristóteles.

Entre los más significativos hay que señalar a Teofrasto de Eresos, sucesor del maestro como director del Liceo, al que dirigió desde el 322 al 288. Cultivó todos los campos del saber con sentido enciclopédico, criticando algunos puntos de Aristóteles y completando otros, singularmente en el campo del silogismo. Entre sus obras destacan *Opiniones de los físicos*, que fue la base de las historias antiguas de Filosofía, *Los Caracteres*, que influyeron en las posteriores clasificaciones sobre tipos y caracteres sociológicos, y dos trabajos de Botánica, *Investigaciones sobre las plantas* y *Causas de las plantas*, además de otras obras (hasta un total de 240) desgraciadamente perdidas. A Teofrasto le sucedió en la dirección del Liceo Estratón de Lámpsaco (del 288 al 268), dedicado a la física y desvirtuando no pocas de las ideas de Aristóteles.

Asimismo, en este siglo tuvieron un importante papel los continuadores de la escuela megárica, como Eubúlides de Mileto, probablemente el maestro de Demóstenes y enemigo de Aristóteles, contra quien escribió en varias ocasiones, y Diodoro Crono, hábil dialéctico.

e) *La Historiografía.* Las figuras de Platón y Aristóteles junto con los maestros de la elocuencia (Isócrates y Demóstenes) dominaron la prosa de este siglo, por lo que la Historia, que podía haber rayado a la altura del siglo anterior, quedó muy por debajo de las calidades observables en Heródoto y Tucídides. Del centenar largo de nombres de historiadores conocidos, el más importante, sin duda, fue el ateniense Jenofonte, que en atención a su variada obra habría que calificarlo en realidad como ensayista. De tal historiador (430-354), aficionado a la caza y a la guerra, apenas se conoce su biografía. Discípulo de Sócrates y empobrecido a causa de la guerra se enroló en el 401

Isócrates (436-338 a. de C.), célebre por sus discursos para las grandes solemnidades daba completísimos cursos de retórica en Atenas. Los diferentes escritos que dirigiera a personas como Nitocles de Salamina (Chipre), Dionisio I de Siracusa y Filipo II de Macedonia abrirían el camino a las monarquías helenísticas.

como acompañante libre en las tropas mercenarias griegas que iban a participar al lado de Ciro el Joven, en contra de su hermano Artajerjes, el Gran Rey persa. Las circunstancias de Cunaxa y la muerte de Ciro le obligaron a participar como oficial en la retirada de las tropas, dirigidas por Quirísofo, a través de Asia. Vuelto a Grecia se desconoce su inmediata actividad. Hacia el 396 marcha a Asia otra vez colaborando con el rey espartano Agesilao. Entre el 394 y el 369 fue expulsado de Atenas por su remarcada postura filoespartana (incluso combatió en la batalla de Coronea al lado de los lacedemonios), teniendo que vivir en Elida, en una finca regalada por los espartanos, para regresar, tras ser indultado, en el 367 al Atica, si bien fijó su residencia en Corinto.

En su destierro, y luego tras él, escribió obras de temas muy diversos: *Anábasis* (en siete libros), donde relata la expedición militar en la que tomó parte; *Helénicas*, su principal obra histórica, donde continúa la historia de Tucídides que había dejado en el 411 para proseguirla hasta el 362; la *Ciropedia*, verdadera novela histórico-psicológica, centrada en la educación de Ciro; diferentes escritos de tipo político *(Constitución de Esparta, Hierón* o *Sobre la tiranía, Sobre los ingresos de Atenas)* y relatos sobre la vida y magisterio de Sócrates *(Apología, Memorables, Banquete)* para finalizar con otros de menor importancia *(Agesilao, Arte hípica, Cinegético, Hiparco* y *Económico)*.

Sin rayar a la altura de un gran historiador, pues no se documentó suficientemente, sus textos históricos y etnográficos, de estilo agradable y llano, presentan valores muy aprovechables, aunque carezcan de objetividad y sean de manifiesta parcialidad filoespartana.

Por debajo de Jenofonte hay que mencionar a su coetáneo Filisto de Siracusa, que historió los hechos ocurridos desde finales del siglo v hasta mediados del IV en las ciudades griegas de Occidente y en particular de Sicilia; citar también a Ctesias de Cnido, autor de dos obras de tema oriental, *Persiká*, centrada en la historia asiria y meda, e *Indiká*, colección de relatos maravillosos; a Teopompo de Quíos, si bien su obra está prácticamente perdida, autor de unas *Helénicas*, con los acontecimientos ocurridos entre el 411 y el 394, y unas *Filípicas* extensa obra sobre el rey macedonio; y a Anaximenes de Lámpsaco, autor también de otras dos obras de igual título. Por último hay que recoger a Eforo de Cumas, cuya magna obra, *Historia general* (en realidad la primera Historia universal) que abarcaba desde la migración doria hasta el sitio de Perinto, lamentablemente no ha llegado a nuestros días, si bien marcó honda influencia en Polibio, Estrabón y Diodoro de Sicilia.

Ctesias de Cnido fue más un narrador que un investigador histórico. Como médico de cabecera del rey persa Astajerjes II conocería el Oriente, lo que le llevó a describirlo en su «Historia de Persia» e «Historia de la India» con gran cromatismo. También se conserva una obra geográfica de título «Circuitos».

Este siglo contó también con una verdadera legión de atidógrafos (historiadores del Atica y de Atenas) a imitación de Helánico de Lesbos, destacando entre ellos Clidemo, Androción, Melantio y Fanodemo. Su valor estribaba en la precisión del tema, dado su carácter local, y en las citas y regestas de documentos que recogían sus estudios.

Si bien Aristóteles no fue historiador, sí supo darle a esta ciencia la importancia que tenía, cultivándola de forma esporádica en algunas de sus obras, como en la *Política* o dedicándose de pleno a ella, como en la *Constitución de Atenas*, única monografía recuperada de las 158 que dedicó al estudio de otras tantas constituciones.

Hay que reseñar, por último, los breves fragmentos de las llamadas *Helénicas de Oxirrinco*, de autor anónimo (¿tal vez Cratipo, Démaco o Eforo?) y que narraban los hechos acaecidos entre el 411 y el 390/385.

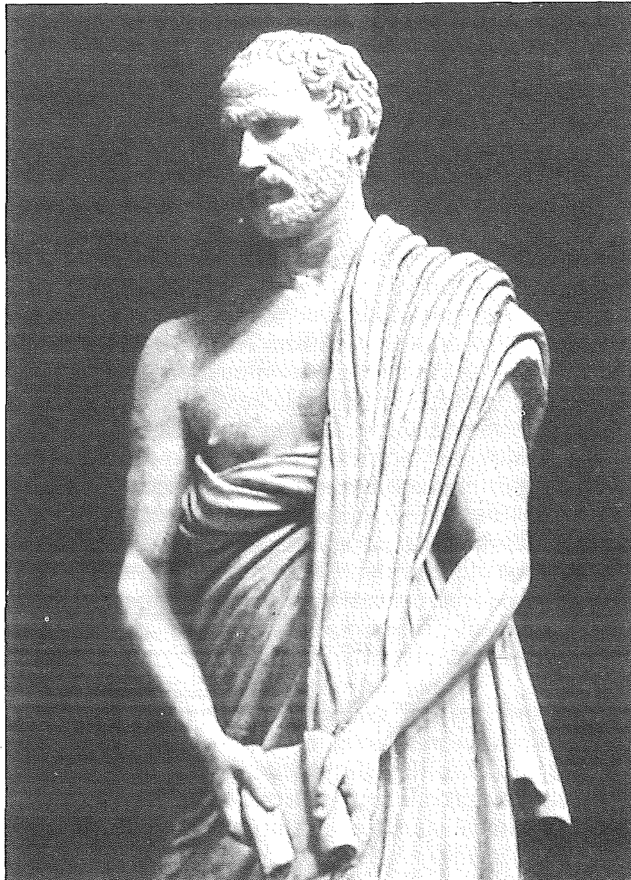
f) *La Oratoria.* Los hechos ocurridos a finales del siglo v y los del IV se hicieron presentes prácticamente en casi todos los oradores de esta última centuria, algunos de los cuales llevaron la elocuencia a su punto álgido. Todos los aspectos de la política, la economía, la sociedad aparecen en sus discursos, en los que las ideas en muchos casos están a disposición del talento expositivo y del dominio de la palabra.

La primera parte del siglo IV estuvo determinada por los oradores Andócides, Lisias, Iseo y Calístrato, y la segunda por Isócrates, Demóstenes y Esquines.

De los citados en primer lugar destacaron especialmente Lisias, un meteco, especialista en retórica judicial, que hubo de ganarse la vida como logógrafo, esto es, como escritor de trabajos para otros (llegó a escribir 233

discursos), e Iseo, también logógrafo y experto en la utilización de todos los frecursos de la oratoria.

Con Isócrates (436-338), personaje de alta influencia, discípulo de Gorgias y director de una famosa escuela de elocuencia, esta rama sería elevada por su perfección y tecnicismo a la más depurada retórica. Nos han llegado de él seis discursos, nueve cartas y 14 discursos epidícticos (sin duda lo más importante de su producción). Sus ideas políticas, expuestas en su *Panegírico* (380) se centraron en la necesidad de la unión de todos los helenos, bajo la dirección de Atenas, para hacer frente al peligro persa. En el *Panatenaico* (339), que fue realmente su testamento político, confía en Filipo II de Macedonia para llevar a cabo la idea panhelénica sostenida en su juventud. Su principal discurso forense, del 353, *Sobre la permuta de los bienes*, recapitula las ideas sostenidas en anteriores discursos.



Fue Demóstenes un famoso orador y estadista griego del siglo IV a. de C. Su carrera política se iniciaría con la lectura de su primera Filípica contra Filipo de Macedonia.

Demóstenes (384-322), discípulo de Iseo, se encaminó tras una etapa como logógrafo, a la carrera política. En realidad, toda su elocuencia la puso al servicio de Atenas, defendiéndola contra la idea del panhelenismo y sobre todo contra los macedonios. Su conocimiento de la Historia, la diplomacia y la economía de Atenas, así como su vivísima inteligencia los pondrá al servicio de sus ideales de democracia ática, si bien no pudo hacer frente a la decadencia de Atenas ni al empuje histórico de los macedonios. En el 351 pronunció su *Primera Filípica,* continuando durante diez años ininterrumpidamente *(Olínticas* y otros discursos menores) sus arengas hasta la *Cuarta Filípica.* En su discurso *Por la Corona* (330) que le sirvió para defender su carrera política y absolver a Ctesifonte, venció a su rival Esquines. Más tarde acusado de venalidad (asunto de Harpalo) habrá de exiliarse, pero Demóstenes sería llamado ante las circunstancias producidas por la prematura muerte de Alejandro. Tras diversas circunstancias, el más genial de los oradores atenienses (condenado a muerte tras la guerra Lámica) se vio obligado a envenenarse en Calauria para escapar de Antipater. De Demóstenes han llegado 60 discursos (muchos apócrifos) de estilo flexible, armonioso y

variable, y también una carta. Su elocuencia y su patriotismo dieron lugar a que la Antigüedad clásica le considerase el paradigma de orador por excelencia.

Hipérides y Licurgo, seguidores de Demóstenes, también destacaron en el campo de la oratoria, pero ya en un segundo plano de interés, rayando muy lejos del maestro. De Hipérides tenemos seis discursos y una oración fúnebre en honor de los muertos en la guerra Lámica, y de Licurgo poseemos únicamente un discurso de carácter patriótico.

Rivales de Demóstenes fueron Esquines (390-314?), partidario de la facción filomacedónica y hábil orador, de quien han llegado los discursos *Contra Timarco*, *Sobre la falsa embajada* (con los cuales logró vencer a Demóstenes en sendos procesos) y *Contra Ctesifonte*, discurso del proceso perdido ante su oponente Demóstenes y que le costó a Esquines el exilio al no poder pagar la multa como acusador derrotado; el corinto Dinarco (360-292), defensor también de la causa macedónica y del que sólo nos han llegado tres discursos; y Démades, de brillante ingenio y que en el 322 presentaría la propuesta que significaría la condena de Demóstenes.

2. Vida científica

Todas las áreas de la ciencia experimentaron un considerable avance en el siglo IV, girando la actividad científica en torno a las figuras de Platón y de Aristóteles, quienes sobresalieron no sólo en Filosofía, sino en las otras ramas del saber, llegando a sentar muchísimas bases científicas.

Con Platón, que recibió notable influjo de los pitagóricos, se lograron evidentes progresos en matemática, geometría y astronomía, llegando a creer en el sistema cósmico heliocéntrico. En el campo astronómico, que fue quizá el más cultivado en este siglo, Eudoxo de Cnido pensó en unos planetas girando sobre su eje y Heráclides Póntico, discípulo de Platón, admitió la rotación de la tierra alrededor de su eje.

En matemática Eudoxo de Cnido alcanzó notables progresos, logrando la teoría de las proporciones y el método del «agotamiento» (equivalencia de dos magnitudes), echando asimismo las bases de lo que a finales del siglo IV serían los *Elementos* de Euclides de Alejandría, obra en 13 libros y que llegó a ser objeto de constantes estudios posteriores.

Con Aristóteles, y su investigación positiva, se alcanzaron espectaculares progresos sobre todo en el campo de la biología (llegó a escribir varias obras sobre los animales), de la física, de la metafísica y aún de la psicología.

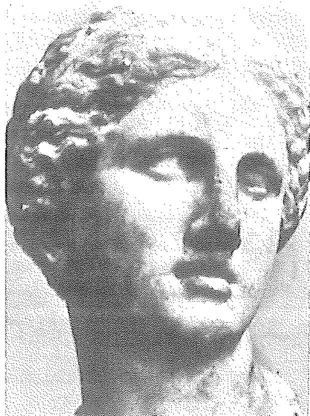
La medicina continuó bajo las directrices de los pitagóricos y de los hipocráticos, destacando entre los primeros Filistón de Sicilia que basó su terapéutica en principios dietéticos, y entre los segundos Diocles de Eubea, quien además de sus famosos estudios de embriología humana señaló que la epilepsia no era una enfermedad sagrada sino cerebral.

La botánica alcanzó un gran avance gracias a Teofrasto en Ereso, discípulo de Aristóteles y autor, entre otras obras, de dos tratados sobre las plantas.

De hecho, la fama de las escuelas griegas (y sobre todo las de Atenas) se verían eclipsadas muy pronto, tras la muerte de Aristóteles, para pasar el centro de la actividad científica e intelectual a Alejandría, ya en la etapa helenística.

3. La actividad artística

La guerra del Peloponeso significó un duro golpe para el desarrollo del arte, pero no para su progreso, que ciertamente es observable en esta centuria y que prepararía presupuestos para nuevos alcances artísticos. La penuria de las *poleis* tras la guerra tanto en numerario real como en el desenvolvimiento económico incidió negativamente en la actividad constructora y artística no sólo de Atenas, sino de toda Grecia; sin embargo, la capital del Ática volvería pronto a convertirse en foco artístico desde donde irradiaría su preeminencia prácticamente a todo el mundo griego, incrementando y potenciando las diferentes escuelas locales sobre todo en el Peloponeso y en Asia Menor.



Copia de la cabeza de Afrodita de Cnido. Praxiteles. Hacia 400-330 a. de C. Considerado el mejor escultor griego después de Fidias, fue un gran cantor de la femineidad que, en ocasiones, incidía hasta en las mismas esculturas masculinas.

Praxíteles (390-330 a. de C.), escultor griego. Hijo de Kefisodotos. Sus esculturas de jóvenes se caracterizan por sus rostros iluminados, por una leve sonrisa idealizada y por las líneas lánguidas y ligeramente curvadas de los cuerpos. Sus obras son: Hermes con Dionisio niño, Apolo Sauróctono *y la* Afrodita de Cnido.

Es observable asimismo en este siglo que la mentalidad estética se dirigió más hacia el hombre que hacia la divinidad, sin descuidar a ésta, hecho constatado en la gran cantidad de imágenes de efebos y hermosas mujeres y aún en las esculturas de las divinidades que transpiran humanidad por doquier. De todos modos y haciendo abstracción de unas cuantas personalidades artísticas, la primera mitad del siglo IV fue en su conjunto una época de transición preparatoria del periodo helenístico, cuyo inicio coincidiría con el fin de las hegemonías griegas ante la presencia de Filipo II de Macedonia.

a) *Escultura.* Quizá donde la evolución alcanzó mayor grado fue en la plástica, ya que los artistas, liberados de las ideas tradicionales de religiosidad y majestuosidad de las figuras divinas, darán rienda suelta, debido a diferentes motivaciones, a obras mucho más personales, más acordes con la interioridad del hombre y su psicología, reflejado todo ello en los rostros, parte del cuerpo que se convierte ahora en principalísimo centro de interés.

Tras diferentes obras de transición entre los siglos V y IV (escuela de Policleto) el siglo lo inician en realidad Hectóridas, Timoteos y Trasímedes, que trabajaron en la esculturación del templo de Asklepios en Epidauro. Ya con Cefisódoto el Viejo, ateniense que desarrolló sus actividades hacia el 375 y probablemente padre de Praxiteles, nos hallamos ante un escultor de valía. Su única obra documentada es una *Eirene* (La Paz), portando en brazos a Plutos (la Riqueza), obra muy próxima, estéticamente, a Fidias y de la que se conoce una versión en la Gliptoteca de Múnich. Se ha querido identificar con Cefisódoto un *Hermes con Dionisos* a partir de varias copias romanas y que sería el antecedente del *Hermes* de Praxíteles.

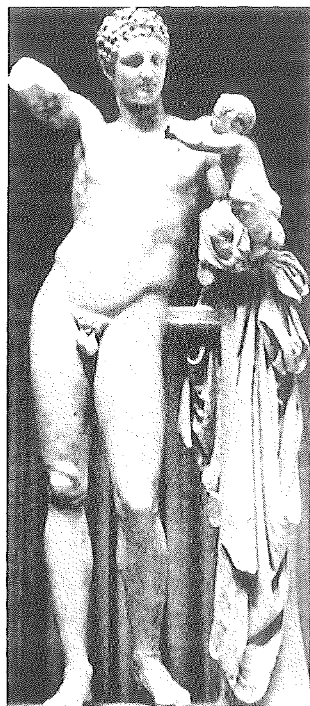
En este siglo alcanzaron justo prestigio tres extraordinarios escultores: Praxíteles, Escopas y Lisipo, que dentro del periodo clásico griego ocupan la denominada fase del «estilo bello», cuyas características generales se pueden sintetizar en la naturalidad, la movilidad, la esbeltez y el realismo que se supo transmitir a las figuras.

Praxíteles, nacido en Atenas alrededor del 390 a. de C., hijo del escultor Cefisódoto el Viejo, fue uno de los artistas más célebres y más copiados de la antigüedad. Entre el 370 y el 330 desplegó su actividad plástica en bronces y mármoles cuya perfección le granjeó una buena posición social y una justa fama. Poco se sabe de su vida, ya que los escritores antiguos aluden a él únicamente con ocasión de sus relaciones con la cortesana Friné, probablemente la modelo de sus estatuas. El artista supo reflejar en sus obra la belleza de efebos y de muchachas haciéndolos centro de su arte. Obras suyas indiscutibles son el *Hermes llevando en brazos a Dionisos*, del Museo de Olimpia, escultura vista y citada por Pausanias, y la *basa de Mantinea*, en la que colaboraron dos de sus hijos, también escultores, Cefisódoto el Joven y Timarco. El *Hermes* de Olimpia, de acertada expresión y proporciones junto a la delicadeza de tratamiento, hace patente la conjunción de líneas curvilíneas (lo que se ha dado en llamar «curva praxiteliana») y un suave difuminado presente en rostros y anatomía. También se le atribuyen diferentes obras que son conocidas únicamente por copias tardías, entre las cuales, por su importancia, destacan la celebérrima *Afrodita de Cnido*, considerada como la más hermosa estatua de la Antigüedad (Plinio, XXXVI, 20) y por ello muchas veces copiada, el *Apolo sauróctono* o matando un lagarto, de estudiadas líneas y contrastes, el *Sátiro escanciador*, una obra de su juventud, y la *Venus de Arlés*, donde representa nuevamente a Afrodita. Su obra, a la que podríamos sumar el *Eros de Tespias*, el *Eros de Parion*, el *Apolo Liceo* y otras piezas, se caracteriza, en general, por la sensualidad, rindiendo culto a un ideal de belleza de formas plenas y de anatomías blandas y sensibles, todo ello dentro de estudiadas composiciones de líneas curvilíneas muy perfectas. Su influencia fue muy profunda en artistas posteriores, hecho reflejado tanto en obras mayores como menores de época helenística.

Escopas, escultor y también arquitecto, natural de Paros, nacido hacia el 380 a. de C. es el segundo gran escultor de este siglo. Sus fechas de actividad son inciertas y con dificultad puede seguirse su producción. Junto a otros artistas trabajó hacia el 350 en la magnífica tumba de Mausolo, en Halicarnaso, siendo probablemente suyas las placas con el tema de la *Amazonomaquia* que adornaba uno de los frisos de tal monumento funerario. Pasó luego a construir el templo de Atenea Alea en Tegea, realizando los relieves de sus frontones *(Lucha de Aquiles y Telefo; Cacería del jabalí de Calidón)*. A

Escopas, autor que logrará plasmar en sus obras las múltiples emociones y sentimientos del hombre, los clásicos le atribuyeron una veintena de obras, entre las cuales sobresale su famoso *Meleagro* (Museo del Vaticano) del que se conocen varias réplicas, la famosa *Ménade furiosa* (Museo de Dresde), obra ésta en que la tensión, el espíritu interior y la fuerza de la bacante llegan a su máxima expresión y que viene a definir el estilo personal del autor, la escultura *Pothos* (Añoranza) conocida por copias romanas, y el *Herakles* de Landsdowne (California).

Lisipo, natural de Siciones, y coetáneo de Praxíteles, aunque un poco más joven que él, fue un escultor de fecunda y dilatada actividad (368-318) atribuyéndosele alrededor de 1500 estatuas. Famoso broncista parece ser que tuvo formación autodidacta, si bien se consideró discípulo espiritual de Policleto a quien no conoció y de la Naturaleza, su verdadera maestra. Su temática la centró sobre todo en los retratos y en los jóvenes atletas y deportistas vencedores, cuyos cuerpos sabe presentarlos con fuerza y movilidad. Seguidor de Policleto, adoptará también un nuevo canon, si bien más esbelto (la cabeza ocupará la octava parte de la altura total de la estatua) y equilibrado. Todo ello motivará una nueva concepción plástica de grandes consecuencias en la etapa helenística siguiente en la búsqueda del movimiento y del equilibrio. A pesar de su vastísima producción se conocen muy pocas obras de Lisipo. Su ejemplar más famoso y mejor documentado es el *Apoxiómeno* del Museo del Vaticano, copia del original broncíneo, en el que representa a un joven atleta que se frota la piel de su brazo izquierdo, sucia de polvo y aceite, con el estrígilo; aunque el movimiento de la escultura no es violento, la posición de los brazos y la intensidad contenida rompían con los moldes plásticos tradicionales. Otras obras suyas, conocidas por copias romanas, son el *Eros atando su arco;* la *Afrodita de Capua*, el *Herakles Farnese* (Nápoles), el *Herakles Epitrapezios* (Museo Británico) y el *Atleta Agias* del Museo de Delfos. Lisipo fue el escultos preferido de Alejandro Magno a quien realizó diferentes retratos, conocidos algunos por réplicas antiguas (Museo de Louvre) y en los que el temperamento del macedonio es reflejado con toda intensidad, sin concesiones a la idealización. Realizó también, aunque es obra de menor calidad, un retrato de Seleuco. Se sabe que escribió un tratado acerca de las proporciones de la escultura, que no ha llegado a nosotros, pero que fue aceptado y seguido por el escultor y pintor Eufranor, considerado como uno de los escultores máximos de este siglo IV, de lo que sería ejemplo la magnífica estatua acéfala de su *Apolo Patroos* (Museo del Agora, Atenas). A pesar de la importancia de este escultor ninguna de las obras anónimas de este siglo pueden serle asignada con certeza de paternidad.



Hermes con Dionisos. Praxiteles. Hacia 400-330 a. de C. Se le considera como el ideal de belleza masculina por la suavidad y gracia de sus contornos y la expresión de su rostro donde se unen energía física y vigor intelectual.

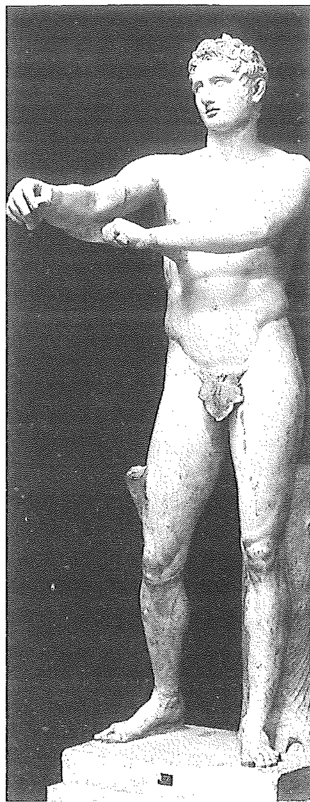
A este siglo pertenecen asimismo los escultores Leócares, Bryaxis y Timoteos, que participaron en la decoración escultórica del Mausoleo de Halicarnaso, junto a Escopas. Leócares destacó por su grupo *Ganímedes raptado por el águila* (Museo Vaticano) que quizá sea su obra más conocida; se le atribuyó el famoso *Apolo de Belvedere* del Museo Vaticano, la *Artemisa de Versalles* (Museo del Louvre), el *Poseidón de Milo* y aun el magnífico *Hermes de Itálica* (Sevilla).

Bryaxis, natural de Caria, donde alcanzó fama, fue autor de un *Asklepios* que serviría de modelo al famoso Serapis de Alejandría, del que sólo quedan copias y adaptaciones, y de la *basa* de una estatua (y probablemente de la estatua que la remataba) de sencilla ejecución; se le ha atribuido, entre otras obras, la magnífica cabeza del *Zeus de Otricoli*, del Vaticano.

Timoteos, nacido quizás en Epidauro, dirigió y realizó en parte las esculturas del templo de Esculapio de su ciudad; asimismo fue autor de una *Leda*, muy popular en época romana a tenor de sus copias. La crítica considera que este afrtista ejerció cierta influencia plástica sobre Escopas.

Grandes y magníficas obras anónimas pertenecen a este siglo IV, entre ellas la serie de *Afroditas* derivadas en su totalidad de la creada por Praxíteles y conocidas por copias romanas (*Venus Capitolina*, *Venus de Médicis*, *Venus del Delfín* del Museo del Prado, *Venus* de Nueva York); la *Démeter de Cnido* (Museo Británico), el *Zeus de Mylasa* (Boston), el *Hypnos* del Mseo del Prado y el *Ares Ludovisi* (Roma), el *Asklepios de Melos* y el *Paris* de Antiquiteria (Atenas).

Significativos avances adquirió la escultura retratista en este siglo. Los escultores, que trabajaron tal especialidad, se fijaron mucho más en la



Apoxyomenos. Lisipo. El siglo IV a. de C. traería un profundo cambio psicológico que revelan una evolución profunda de los conceptos. A mediados del mismo, tiene lugar la «época de las luces» con la que realmente se inicia la historia del hombre como individuo, de la que este escultor formaría parte.

personalidad y psicología individual de los retratados que en otros considerandos. Justa fama alcanzaron Silanión y Demetrio de Alopeke, que reflejaron en sus obras el realismo de sus modelos (caso del primero en su retrato de Platón). En el 327 a. de C. se levantaron por orden de Licurgo en el teatro de Dionisos de Atenas las estatuas de los grandes trágicos, obedeciendo en su tratamiento plástico al estudio psicológico, un tanto idealizado, recordando la personalidad de los mismos, destacando de ellas la de *Sófocles* (copia en el Laterano de Roma). Con Lisipo, el escultor de Alejandro, y su hermano Lisístrato el retrato progresó notablemente en los últimos decenios del siglo.

Notable importancia plástica adquirieron las estelas sepulcrales, que tomaron como modelo las realizadas en épocas anteriores en Atenas. Entre las llegadas a nosotros hay que destacar la del joven *Jinete de Dexileos* (Atenas) de gran preciosismo plástico fechable en el 394; la de *Mnesarete* (Múnich) donde se recoge una dama acompañada de su doncella; la de *Aristonautes*, representando a un soldado muerto. Parece ser que el uso de las estelas fue decayendo a partir del 317, fecha en que Demetrio de Falero prohibió su uso, aduciendo excesos de lujo.

De alto interés son también los relieves votivos que recogen escenas con los oferentes dirigiéndose a sus respectivas divinidades, entre los que podemos citar los que representan a *Hermes y las ninfas* (Nueva York), el dedicado a *Asklepios* (Atenas), el dedicado a *Herakles Alexikakos* (Boston). Finalmente, dentro de los relieves conmemorativos, de los que se conocen algo más de cincuenta ejemplares, sobresalen el de Atenas, que conmemora el tratado del 375-374 entre Atenas y Corcira, y el de Copenhague, levantado en el 329 en honor de Eufíes y Dexios.

b) *Arquitectura.* La actividad constructora de Atenas sufrió interupciones durante un período de tiempo debido a las resultantes de la guerra del Peloponeso. Ello motivaría el desplazamiento de tal actividad en favor de otras zonas griegas, especialmente el Peloponeso y la Jonia del Asia Menor, con lo que la primacía artística ateniense quedó seriamente perjudicada en este campo. En líneas generales la arquitectura del siglo IV no desarrolló concepciones innovadoras, pero sí, además de continuar con las edificaciones religiosas, dio un gran impulso a las construcciones de carácter civil, como teatros, estadios, sepulcros, pórticos, fuentes, monumentos conmemorativos, gimnasios, etc. prueba de los nuevos tiempos, pero todo ello sin alterar apenas los presupuestos estéticos y funcionales del siglo anterior de cuyos logros subsisten.

Junto al desplazamiento de Atenas como centro de interés se asistió también a los primeros síntomas decadentes que afectaron al templo dórico, que se vería sustituido ampliamente por el estilo jónico, defendido por el arquitecto Piteas, y asimismo por el corintio, estilo que si bien ya era conocido en el siglo V será ahora cuando desarrollará todas sus posibilidades ornamentales.

Importante obra del escultor Escopas fue el templo de Atenea Alea en Tegea, hexástilo dórico de considerable longitud y ornamentado en el interior de su *cella* con columnas corintias adosadas a los muros, considerado por Pausanias como el más bello y el más grande de todo el Peloponeso. En el Asia Menor sobresalen por sus proporciones diferentes templos: el de Atenea Políada en Priene, que constituye tal vez el paradigma del estilo jónico, iniciado hacia el 340 por Piteas, el teórico de dicho estilo. Templo asimismo magnífico fue el Artemision de Efeso, levantado sobre otro anterior destruido por los persas y que por la belleza de sus relieves, columnata y proporciones fue considerado como una de las maravillas del mundo. En él trabajaron Paionio de Efeso, Demetrio y el arquitecto de Alejandro Magno, Deinócrates.

En Lidia se construyó otro templo a Artemisa, que ha llegado a nuestros días en muy buen estado de conservación. En Dídime, cerca de Mileto, se levantó el dedicado a Apolo, cuyas obras, que no llegaron a finalizarse, duraron prácticamente tres siglos. Era decástilo díptero con un hermoso pronaos con columnatas. En Delfos un templo de nueva planta reemplazó al famosísimo templo de Apolo, destruido por un incendio en el 373-372.

Otros edificios de carácter religioso o cívico diseñados con planta circular *(tholoi)* se levantaron en Delfos, construido por Teodoro de Fócea; en Epidauro, obra de Polícleto el Joven, con hermosísimos capiteles corintios jamás superados; y en Olimpia (el Filippeion) costeado por Filipo y Alejandro.

Por sus majestuosas proporciones cabe señalar el magnífico teatro de Epidauro, construido por Polícleto el Joven a mediados del siglo IV y que ha llegado sin apenas aditamentos. También se levantaron otros templos en Grecia y su ámbito colonial, como el de Dionisos en Atenas o el erigido en Siracusa y en Halicarnaso, si bien éstos de menor importancia.

Obra de indudable interés es la llamada «linterna» de Lisícrates, corega triunfador en las Dionisíacas de Atenas del 335-334, y que ha llegado prácticamente intacta a nosotros. Tal monumento, de modestas proporciones, pero de gran elegancia por su esbeltez, se compone de un pedestal marmóreo de forma cúbica, sobre el que se levanta un cuerpo circular también de



Mausoleo de Halicarnaso. Detalle de Mausolo. Obra indicativa de un nuevo periodo fue erigida por Bryaxis y Leochares hacia el 352 por iniciativa del propio Mausolo y de su esposa Artemisa, muerta dos años después.



Detalle de la estela de Dexileos, principios del siglo IV a. de C.

mármol. Seis columnas corintias, que ahora aparecen por primera vez en el exterior de un monumento, sostienen el entablamento sobre el que se elevaba el trípode o trofeo conquistado por Lisícrates en la competición coral.

Entre los monumentos funerarios sobresale el majestuoso Mausoleo de Halicarnaso (Caria), hoy totalmente destruido, erigido por el sátrapa Mausolos y su familia. Dicho monumento es quizá la empresa arquitectónica más importante de todo el siglo IV por las novedades que presenta. Sus dimensiones fueron colosales (125 m de perímetro en su base por 50 m de altura), pero su importancia le venía dada por la magnífica decoración plástica (gran parte hoy en el Museo Británico) realizada por cuatro insignes artistas: Escopas, Timoteos, Bryaxis y Leocares. El proyecto, que retoma la composición arquitectónica del monumento de las Nereidas en Janto, fue realizado por Piteas y Sátiros, iniciándose las obras hacia el 352 a. de C. Estructuralmente el mausoleo consistía en un gran podio rectangular, sobre el que se elevaba un templo jónico rodeado por una columnata y coronado por una pirámide de 23 escalones. El podio estaba realzado con frisos continuos que representaban una *Amazonomaquia* y una *Centauromaquia*. En lo alto del templo había otro friso en el que se veía una carrera de carros; lo remataba todo una vacía carroza tirada por cuatro caballos. Tal monumento fue considerado por los antiguos como una de las siete maravillas del mundo.

En el siglo IV, aparte de realizar obras de remodelación en diferentes estadios de Grecia (como el de Olimpia), se construyeron otros de nueva planta como el famoso de Atenas, levantado por Licurgo. Asimismo se levantan gimnasios para el entrenamiento físico de los jóvenes, caso del de Delfos, sin duda uno de los mejores de toda Grecia.

c) *Pintura y cerámica.* Desgraciadamente todos los originales pictóricos del siglo IV han desaparecido y ni siquiera las copias pompeyanas o los mosaicos pueden servir para determinar el grado de perfección alcanzado ahora por la pintura griega que en opinión de los autores clásicos llegó a sus máximas cotas.

La pintura menor, efectuada sobre cerámica, tiene sus mejores ejemplos en diferentes artistas áticos (Vasos de Kertsch, en Crimea). Sin embargo, la pintura mayor es mucho más importante, centrada sobre todo en las escuelas de Atenas y Sición. La primera contó con Arístides y Eufranor y la segunda con Pánfilo y Apeles. De todos ellos Apeles de Colofón fue el más significativo; pintor de cámara de Alejandro Magno sobresalió por su esmerada técnica. Además de los retratos cortesanos de Alejandro Magno, Filipo y otros personajes, fue autor de los famosísimos cuadros *Afrodita saliendo del mar* (Afrodita Anadiomene) pintado para el templo de Asklepios en la isla de Cos y luego llevado por Augusto a Roma, conocido por la descripción de algunos autores clásicos e inspirador de Boticelli; la *Procesión de Magabizo*, pintada para Efeso y *La Calumnia*, cuadro alegórico y conocido por la descripción que hiciera de él Luciano. Pueden ser atribuidos a su genio diferentes obras que nos han recogido frescos y mosaicos pompeyanos, en donde se patentizan su buen quehacer artístico. Su arte creó escuela, contando con algunos seguidores, entre otros, Protógenes de Etión, autor tal vez del fresco conocido como las *Bodas Aldobrandini*, que recogen las bodas de Alejandro Magno y Roxana.

Asimismo, algunos mosaicos copiaron composiciones de los pintores más conocidos de este siglo y del helenismo, aunque es imposible fijar en qué medida de fidelidad se reprodujeron los modelos. El más importante es el mosaico que presenta la lucha de Alejandro Magno y Darío *(La batalla de Issos)*, copia pompeyana de un cuadro tal vez de Filóxeno de Eretria y que destaca por sus líneas compositivas, parquedad de colores y el claro-oscuro.

En este siglo la cerámica tras el período de los magníficos ejemplares del «estilo suntuoso» (última etapa del siglo V), sigue conservando un importante lugar a pesar del cierre de determinados mercados exteriores (en Italia sobre todo) y a la producción de talleres locales italianos, creados muchos de ellos por ceramistas atenienses emigrados. A pesar de la dura competencia a los artistas griegos, la calidad de los talleres provincianos (Campania, Paestum, etc.) fue siempre inferior, por lo que el Cerámico todavía logró exportar parte de sus producciones especialmente a la Cirenaica y otros puntos mediterráneos, así como al Bósforo cimerio, zonas en que los productos griegos eran particularmente apreciados.

La temática de los vasos griegos de figuras rojas de este siglo IV sigue

centrada en los temas mitológicos y en los aspectos de la vida doméstica e íntima (coloquios amorosos, escenas de baño, tocador, gineceo, raptos). Hubo ejemplares de diferentes calidades, si bien la imperfección del dibujo y pintado así como de la cochura son casi constantes. El gran mercado ático en Rusia (tumbas de Kertsch) ha arrojado numerosos ejemplares de desigual calidad. Gran importancia alcanzaron las vasijas áticas con relieves o figuras de bulto redondo realzados a menudo con dorados y que tuvieron remarcado éxito a partir de este siglo, y cuya fabricación lograría pervivir tardíamente, hasta el siglo II. Las cerámicas de figuras negras se reservaron para la confección casi en exclusiva de las ánforas que servían de premio en los Juegos Panatenaicos, decorados invariablemente con una Atenea y con la prueba objeto de competición.

BIBLIOGRAFIA

ADORNO, F.: *I sofisti*, Turín, 1964.

BIANCHI BANDINELLI, R. (Dir.): *Historia y civilización de los griegos. V. La crisis de la polis: Historia, Literatura, Filosofía*, Barcelona, 1980.

BIANCHI BANDINELLI, R. (Dir.): *Historia y civilización de los griegos. IV. Grecia en la época de Pericles. Las artes figurativas*, Barcelona, 1981.

BLANCO, A.: *Arte griego*, 4.ª ed., Madrid, 1975.

CHARBONNEAUX, J.; MARTIN, R., y VILLARD, F.: *Grecia clásica*, Madrid, 1970.

CLAGGETT, M.: *Greek Science in Antiquity*, Nueva York, 1956.

CLOCHÉ, P.: *La civilización ateniense*, Bilbao, 1972.

CORNFORD, F. M.: *Sócrates y el pensamiento griego*, Madrid, 1964.

DEVAMBEZ, P.: *Greek Painting*, Nueva York, 1962.

FARRINGTON, B.: *Ciencia griega*, Buenos Aires, 1957.

FARRINGTON, B.: *Ciencia y política en el mundo Antiguo*, 3.ª ed., Madrid, 1973.

FLACELIÈRE, R.: *La vie quotidienne en Grèce au siècle de Periclès*, París, 1959.

GARCÍA MORENO, L. A.: *La Antigüedad clásica*, 2 I., Pamplona, 1980.

GRUNDY, J. B.: *Thucydides and the history of his age*, Oxford, 1948.

JAEGER, W.: *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, 3.ª Reimpr., México, 1974.

LANE, A.: *Greek Pottery*, Nueva York, 1949.

LAWRENCE, A.: *Greek Architecture*, Londres, 1957.

LECHAT, H.: *Phidias et la sculpture grecque au Ve siècle*, París, 1924.

LESKY, A.: *Historia de la Literatura griega*, Madrid, 1976.

MALONEY, G., y SAVOIE, R.: *Cinq cents ans de bibliographie hippocratique (1473-1982)*, Quebec, 1982.

METHIEU, G.: *Démosthène*, París, 1948.

MAZZARINO, S.: *Il pensiero storico classico*, I, 2.ª ed., Bari, 1974.

MELERO, A.: *Atenas y el pitagorismo*, Salamanca, 1972.

MIRALLES, C.: *Tragedia y política en Esquilo*, Barcelona, 1968.

MYRES, J.: *Herodotus, the father of history*, Oxford, 1952.

NESTLE, W.: *Historia del espíritu griego*, 2.ª ed., Esplugues de Llobregat, 1975.

NESTLE, W.: *Historia de la Literatura griega*, Barcelona, 1930.

NORWOOD, G.: *Greek Comedy*, Nueva York, 1963.

PAPAIOANNOU, K.: *El arte griego*, Barcelona, 1973.

PARAIN, B. (Ed.): *Historia de la Filosofía Siglo XXI. La Filosofía griega*, Madrid, 1972.

REY, A.: *La madurez del pensamiento científico en Grecia*, México, 1961.

RICHTER, G. M. A.: *Sculpture and Sculptors of the Greeks*, 3.ª ed., Nueva York, 1950.

RICHTER, G. M. A.: *El arte griego*, Barcelona, 1980.

ROBIN, L.: *El pensamiento griego y los orígenes del espíritu científico*, México, 1962.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F.: *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, 1966.

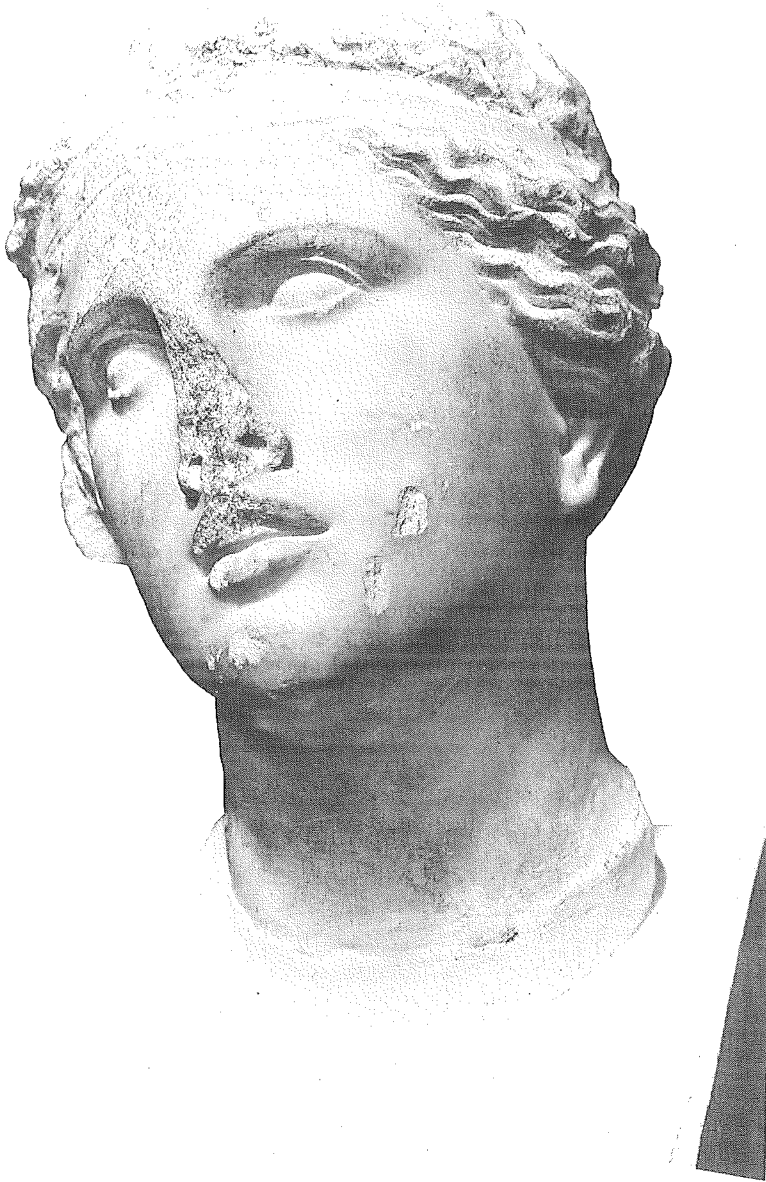
ROSS, W. D.: *Aristotle*, 5.ª ed., Londres-Nueva York, 1955.

ROUSSEL, D.:*Los historiadores griegos*, Buenos Aires, 1975.

Tratados hipocráticos, I, Madrid, 1983.


32
SATIRO VERSANTE
SCUOLA PRASSITELICA

ECONOMIA DE LA GRECIA CLASICA



ECONOMIA DE LA GRECIA CLASICA

J. M. Blázquez

Hacia 465-395 a. de C. Tucídides, discípulo de grandes oradores como Gorgias y Antifón decidió ser historiador. Tras la toma de Anfípolis por los espartanos, contra los que había combatido, hubo de exiliarse a Tracia, donde vivió. Escritor de vigoroso estilo hizo de su Historia de la Guerra del Peloponeso *una tragedia. Se le considera uno de los iniciadores de la ciencia histórica.*

En general se está mal informado de la vida económica de la Grecia Clásica. Las fuentes son escasas y poco expresivas. No se escribió ningún tratado de economía. El concepto que el griego del siglo v a. de C. tenía de ella difiere fundamentalmente del moderno. Existían diversas formas económicas, pero se carecía de una representación global. Estas formas no se coordinaban, sino que se yuxtaponían, lo que lleva a afirmar a algunos investigadores modernos, como E. WILL, que las ciudades carecían de una política económica, y que los principios que regían la economía griega son irreductibles a las teorías modernas económicas.



Pélike proveniente de Camiros (Rodas). Pintor de Marsyas. Tercer cuarto del siglo IV. Pertenece la obra al estilo suntuoso que se produce en esta época, en el que se combina la policromía, blanco, oro, azul y verde, con las figuras rojas. La escena recoge el momento en que la ninfa marina Thetis es sorprendida en el baño y capturada por Peleo.

El concepto económico que prevaleció entre los griegos fue el de autarquía, «el de ser suficientes a uno». La no dependencia del individuo y del Estado-ciudad de los medios de subsistencia. Este concepto explica la vinculación del ciudadano a la propiedad agraria; y que el trabajo del campesino sea el más digno. El *Económico* de JENOFONTE (VI 19) es un elogio de la vida del campo, con desprecio de los artesanos. ARISTÓTELES (*Pol.* 1326 b, 37-1329 a, 2) consideraba que las profesiones de obrero y de mercader eran inapropiadas para la virtud. En cambio, la clase de pequeños terratenientes eran la base de

la democracia (*Pol.* 1318 b, 9-14). Este concepto llevó a una jerarquía de valores de naturaleza moral, no económica. La autosuficiencia de muchos Estado-ciudades era una utopía al no producir todos los productos que necesitaban, lo que obligaba al Estado a remediar esta penuria tomando una serie de medidas, como la fundación de colonias y de cleruquías por parte de Atenas, aunque ello se hiciera con fines políticos y militares. En opinión de ARISTÓTELES (*Pol.* 1295 b, 23 y siguientes) «en la mayoría de los Estados, como norma general, la clase media era pequeña; tan pronto como las dos clases mayoritarias los terratenientes y la masa ganan el poder...»

1. Agricultura

La agricultura siguió siendo la columna vertebral de la economía durante toda la Antigüedad.

Las fuentes, aunque escasas, lo afirman claramente. El historiador ateniense TUCÍDIDES (I, 142), contemporáneo de los hechos que describe, pone en boca de Pericles las siguientes frases, para animar a sus conciudadanos atenienses, a esperar la victoria en la guerra: «Los habitantes del Peloponeso trabajan ellos mismo la tierra... no disponen de recursos financieros, ni privados, ni públicos... gentes de esta condición no pueden equipar flotas ni enviar frecuentemente expediciones por tierra, lo que les obligaría a alejarse de sus tierras y a malbaratar sus recursos.»

La misma táctica guerrera adoptada por Esparta de invadir el campo ático, cuando la población estaba concentrada en su mayoría dentro de los muros de Atenas, presupone que la agricultura era una de las principales fuentes de sostén del Estado ateniense. Del párrafo citado de TUCÍDIDES se deduce: que los peloponesios vivían de los productos agrícolas, que estaban incapacitados por ello, para sostener una guerra en la que había que hacer expediciones militares largas y para armar una flota; Atenas, por el contrario, gracias a los ingresos del comercio, estaba preparada para este tipo de guerra.

No a todas las ciudades de la Península del Peloponeso se puede referir el estadista ático, pues Corinto vivía, en gran parte, del comercio ultramarino. TUCÍDIDES opone en estos párrafos a la economía agrícola de los peloponesios, que era todavía la de amplias regiones de Grecia, como Beocia, Tesalia y Macedonia, la economía mercantil de Atenas.

A pesar de la importancia de la economía agrícola, Estados importantes de Grecia se veían obligados a traer habitualmente de fuera del mundo griego trigo para alimentar suficientemente su población, lo que indica que el suelo griego no producía los necesarios cereales, a pesar de que un gran número de sus habitantes vivían del campo, y como se desprende de ciertas frases de TUCÍDIDES (II, 14, 16), y de la *Paz* y de los *Acarnanios* (32 y siguientes) del cómico ARISTÓFANES, se veía obligada a importar habitualmente grano. Regiones productoras de trigo fueron al norte del Ponto, Cirene y las llanuras sicilianas.

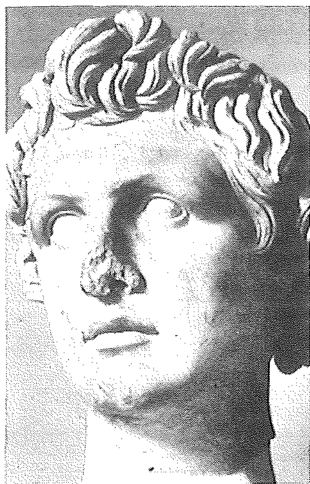
Junto a los cereales, principalmente trigo, en la época clásica se seguía cultivando el olivo y los frutales, que forman la producción típica de todo el Mediterráneo. La higuera continuó siendo un árbol frecuente en toda Grecia, las islas de Rodas y de Taros cultivaban grandes extensiones de vid. Los sistemas de cultivo fueron los mismos de la época anterior, y no se introdujo novedad alguna.

2. Ganadería

Ya con anterioridad a la época clásica, el ganado bovino había descendido considerablemente en número, y por lo tanto no tenía interés económico, como tampoco el caballo o las mulas utilizadas en la guerra o en las competiciones olímpicas.

Siglo VIII a. de C. Hesíodo, poeta griego, el primero de los tres grandes poetas didácticos de la antigüedad; Virgilio y Lucrecio se inspiraron en su obra: Los Trabajos y los Días, La Teogonía.

Grecia criaba muchos rebaños de ganado ovino. Se consumía mucha leche y queso. De la lana se fabricaban vestidos. También se criaban cerdos, representados frecuentemente en terracotas y vasos. Los rebaños de ganado eran importantes. En el año 370 a. de C., con ocasión de las fiestas píticas, se pedía a las ciudades vacas, ovejas, cabras y cerdos. Fueron llevados no menos



Busto masculino. Se cree que es el retrato de un rey de Pérgamo, posiblemente Atalo I, que fue rey entre el 241 y el 197 a. de C. Actuó como aliado de los romanos contra Filipo V de Macedonia.

de 1.000 vacas y 10.000 cabezas de otros animales (*Ken. Hell* VI, 4, 29). De estos datos se deduce que el consumo de carne decreció considerablemente. Grecia hizo un gran consumo de salazón. También se consumía pesca, pero el Mediterráneo es mucho más pobre que el Atlántico (*Str.* III, 7, 2).

Sobre la distribución de la propiedad agrícola se carece de fuentes. La aristocracia continuaba poseyendo propiedades agrícolas y sobre el campo pasaba temporadas. Se ha supuesto, con datos del siglo IV a. de C., que el 10 por 100 aproximado de los propietarios de tierras poseían más de 12 Ha. El resto de los agricultores se subdividían en tres grupos: los que tenían una propiedad entre 5 y 12 Ha., los que disponían de 2-5 Ha., y finalmente los que contaban con menos de 2 Ha. Pero estos datos no parecen aplicables al siglo V a. de C., pues la guerra del Peloponeso introdujo cambios sustanciales en la propiedad agrícola.

Se dispone de algunos datos sobre la gran propiedad, de la clase más rica, o sea, la que tenía unos ingresos anuales de más de 500 medimnos, de época de la expedición a Sicilia, cuando se vendieron los bienes de los acusados de mutilar los Hermes. Estas propiedades estaban dispersas, pero se desconoce como estaban construidas.

En el Atica no estaría parcelado el terreno, como en Metaponto, que fue el modelo para otras fundaciones, como la del Quersoneso Taurico, en la Península de Crimea en 422/1 a. de C. Existían, como en la época arcaica, y el ejemplo de Lócrida durante el siglo V a. de C., según indicación de las inscripciones, es bien evidente, tierras comunales, como prados o bosques, que incrementaban los ingresos de las ciudades. Estas tierras se entregaban a la explotación privada.

En las faenas del campo intervenían esclavos, generalmente procedentes del mundo bárbaro. En algunas regiones, como Arcadia, los esclavos no eran muy numerosos. En las tierras del Atica había esclavos, pero se carece de datos en relación con los obreros libres. Se ha observado que en la venta de los bienes de los que mutilaron los Hermes, figuran pocos esclavos. Entre 45, casi la mitad, 19, pertenecen a un meteco, que no poseía, por lo tanto, tierras, lo que demuestra que el número de esclavos dedicados a las faenas del campo era bajo. En las colonias, fronterizas del mundo bárbaro, el número de esclavos sería mucho más elevado. Como ha puntualizado E. WILL: «la agricultura es un modo de vida, el más conforme a la naturaleza de todos, el más en armonía con las fuerzas divinas, que gobiernan el mundo... la agricultura es una colaboración constante entre las divinidades alimentadoras y el hombre maduro, más que una técnica de producción y menos aún de productividad, es un ritual de fertilidad y de fecundidad, donde el hombre realiza mejor su virtud...» No sólo HESÍODO, sino JENOFONTE, afirma que «la tierra era una divinidad, que enseña la justicia a los que son capaces de conocerla y es a los que la consagran el mejor culto, que ella les concede a cambio la mayoría de los bienes» (*Econ.* V, 12). Ideas que hay que tener presentes para enjuiciar acertadamente el papel de la economía agrícola en la Grecia Clásica.

La causa de que no se introdujeran avances técnicos y se aumentara la producción o se facilitara el trabajo, la indica el citado investigador galo: «Los dioses son los que han dado a los hombres las plantas alimenticias (Demeter el trigo, Dionysos la vid, Atenea el olivo) e instituyeron el modo de cultivarlos, nada hay que cambiar, ni inventar procedimientos técnicos nuevos, que serían destinados a engañar a los dioses. El progreso técnico en agricultura implica una emancipación mental e intelectual, que no se plantea en los campos del siglo V.»

Todos estos conceptos pueden explicar seguramente el bajo rendimiento de la producción agrícola y el papel que la economía agraria desempeña en la vida de la ciudad. Es un hecho de *status* social. La riqueza procedente del campo no revertía sobre la existencia o sobre el comercio, sino que permitía dedicar el tiempo a desempeñar magistraturas.

Atenas con la fundación de las cleruquías pertendió tener unos puestos de policía diseminados por el Egeo, que controlaban a los aliados, tener asegurada la ruta de importación de cereales, tan vitales para ella, todas las cleruquías se encuentran situadas en esta ruta y en tercer lugar repartir tierras a una masa de atenienses necesitados y así descongestionar el Atica y librarse de problemas económicos.

Pericles según cuenta PLUTARCO en su vida (XI, 5-6) «envió 100 clerucos al Quersoneso, 500 a Naxos, la mitad de este número a Andros, 1.000 a Tracia, para que viviesen entre los bisaltas, otros marcharon a Síbaris, a la que llamaron Turioi, ciudad que fue fundada por segunda vez. Al obrar así, liberaba a Atenas de una chusma de zánganos, que molestaba por su holgazanería, remediaba la pobreza del suelo e impedía que los aliados hicieran una revolución».

Hacia 50 a. de C.-125 d. de C. Fue Plutarco historiador y moralista. Recibió una sólida formación que completó con estudios en Atenas y viajes por Grecia, Egipto y Roma. Desempeñó en Delfos funciones de sacerdote de Apolo. Muchas de sus obras no han llegado hasta nuestros días; las restantes han sido clasificadas en dos grupos: «Vidas Paralelas» y «Obras morales».

Los colonos de Bea, en 445 a. de C. procedían de las dos últimas clases (*ML* 49). En el año 427 a. de C., con motivo de contar TUCÍDIDES (III 50, 2), la rebelión de Lesbos, puntualiza que «a los lesbios no se les impuso tributo, pero toda su tierra, excepción hecha de los metinmios, se dividió en 3.000 parcelas, 300 fueron reservadas, con carácter de tierras sagradas, a los dioses, y el resto se sorteó a los clerucos atenienses, ...los lesbios quedaron obligados a pagarles una renta de dos minas por año, y parcela, mientras ellos cultivaban la tierra».

3. La esclavitud y el artesanado

Se carece de datos precisos sobre la población servil en Atenas. En el año 413 (Tuc. VII 27,5) 20.000 esclavos huyeron del campo ático, pero en opinión del historiador ático, eran obreros, posiblemente trabajadores de las minas de plata de Laurión.

Los esclavos estaban asentados en el campo, aunque no parece ser que en número elevado. Ayudaban al artesano, pero es imposible saber en qué proporción estaban con respecto al personal libre.

Sobre el número de esclavos, después de la batalla de Queronea, en 337 a. de C., se conserva algún dato, como que Glipérides (*Frag.* 29) propuso dar la libertad a 50.000 esclavos, que trabajaban las minas de Laurión y rurales.

Sobre el precio de los esclavos (*ML* 79 a, 33-49), se conserva una lista de la subasta de uno de los condenados en 414 a. de C. que es la siguiente:

Propiedad de Kephisodoros, residente extranjero que vive en el Pireo:

165 dracmas	mujer tracia	*144 dracmas*	escita
135 dr.	mujer tracia	*121 dr.*	ilirio
170 dr.	tracio	*153 dr.*	colquio
240 dr.	sirio	*174 dr.*	joven cario
105 dr.	cario	*72 dr.*	niño cario
161 dr.	ilirio	*301 dr.*	sirio
220 dr.	mujer tracia	*151 dr.*	melitt - (=¿maltés?)
115 dr.	tracio	*85 dr.*	mujer lidia

(*ML*, 79 A, líneas 33-49)

Están documentados esclavos en todas las profesiones. En la construcción del Erecteion trabajaban juntos libres y esclavos, al igual que en los talleres de cerámica, y se les pagaba la misma cantidad, que era 1 dracma por día. Se ignora cómo se repartían estos salarios entre los dueños y los esclavos.

En las minas del Laurión y de Anfípolis, trabajaban exclusivamente esclavos. Las minas pertenecían a la ciudad, que arrendaban la explotación de los filones a particulares ricos.

En la fábrica de armas de los hermanos Lisias, trabajaban 120 esclavos, pero la fábrica estaba organizada como si fuese un taller pequeño y el dueño trabajaba en compañía de esclavos, de los hijos, de los familiares y de los libres.

Talleres de todo tipo se han representado frecuentemente, según se afirmó ya. En Atenas, que es del único Estado del que se dispone de datos, los talleres siempre fueron de tipo artesanal, y se pasaba el negocio de padres a hijos. Se hacían así en ellos importantes fortunas. El taller de los hermanos Lisias, en 405 a. de C., que debió ser de los mayores, a juzgar por el número relativamente elevado de esclavos que trabajaban en él, 120, comenzó con el padre, Céfalos, que llegó de Siracusa, que lo heredó del abuelo; Céfalos fue amigo del trágico Sófocles y de Pericles. Los hermanos Lisias, que habían

Temístocles (524-459 a. de C.), político y general ateniense. Gracias a él se construyó una flota de 200 trirremes para hacer frente al ataque de los persas. Gracias a la flota, aseguró el éxito militar griego, decisivo en la Segunda Guerra Médica. Artajerjes I le dio el gobierno de tres ciudades: Magnesia de Menandro, Miunte y Lampsaco.

recibido una educación esmerada, no debieron trabajar directamente ya en su fábrica, pero debían tener otras fuentes de ingresos (Lys. *Erat.* 19 Ps. Xen I 11). Lisias era uno de los metecos, que en un número elevado, de antiguo, se habían establecido en Atenas en función de los negocios.

El plan de Temístocles era atraer el mayor número de metecos y artesanos, librándoles de impuestos *(Diod.* XI, 43,3). Los metecos solían ser gentes necesarias para mantener un nivel elevado de producción en el Atica, y principalmente su poder naval y el plan de Temístocles era construir 20 trirremes por año. Eran muy queridos generalmente, y tanto los esclavos, como los metecos, eran bien tratados (Ps. Xen. *Ath. Pol.* I, 10-12). No se les podía pegar. No sólo los metecos, sino muchos esclavos, vivían espléndidamente (Euri. *Lipl.* 888-900).

La poca demanda del mercado es la causa, que se ha aducido, de que una economía de tipo artesanal no se convierta en industrial. No se introdujeron en la época clásica, ni en el artesanado, ni en la agricultura, innovaciones técnicas, que mejoraran la producción o que la abaratasen.

El aumento de la población originó sólo un crecimiento del número de talleres, pero no la transformación en un mismo taller.

Se ha explicado igualmente la ausencia de una economía industrial en Atenas por la falta de capitales, y la posibilidad de utilizar esclavos. E. WILL rechazó recientemente estos dos causas. El prestar dinero a los artesanos para desarrollar su taller no parece ser que fuera una práctica corriente. Cuando se disponía de dinero, se montaba un taller con esclavos, para obtener una renta. Las minas de Laurión estaban arrendadas a gentes que disponían de ingresos. Los ciudadanos ricos preferían gastarse los ingresos en la política o en las liturgias, todo lo cual era improductivo.





Crátera de volutas. Ruvo (Apulia, Italia). Obra del pintor de Prónomos. Hacia 400 a. de C. Pertenece la pieza cerámica al estilo clásico tardío de figuras rojas. Policromía y figuras rojas se combinan en este lujoso vaso fue exportado desde el Atica hasta la misma Italia (izq.). Crátera de volutas procedente de Ceglio del Campo (Apulia, Italia). Detalle. Atribuida al pintor de Karheia. Hacia 410 a. de C. Los italiotes crearían su propia cerámica a partir de modelos exportados desde Grecia. Este detalle muestra al joven Dionisos en la compañía de ménades bailando y haciendo música (drcha.).

Tampoco, al parecer, la posibilidad de contar con mano de obra barata servil impidió la posibilidad de desarrollar una economía industrial. El esclavo había que comprarlo, y mantenerlo, lo que era caro. Siempre se estaba condicionado a la oferta que de ellos se hacía en el mercado. Probablemente no se introdujeron innovaciones técnicas por una mentalidad refractaria a la innovación, y por eso se echó mano del trabajo servil. Se intentó mejorar la calidad, pero no aumentar la cantidad. Esta tendencia se observa muy bien en la cerámica arcaica griega, con respecto a la Oriental, de donde procedían los estímulos.

La ciencia griega tendió a ser teórica, no de aplicación práctica. E. WILL encuentra la causa principal de la falta de inventiva técnica griega en el divorcio entre ciencia y técnica, entre teoría y práctica. La geometría y las matemáticas, por ejemplo, de Grecia, en el periodo clásico, son todas ellas teóricas.

La escasez de la demanda de productos, la debilidad del mercado, la ausencia de capitales, y el trabajo servil, explicarían, según otros autores, satisfactoriamente la no introducción de la tecnología, pero se explica suficientemente esta falta por una determinada mentalidad. Los factores socioeconómicos no son los determinantes, según E. WILL.

El modo de producción no estaba en relación con el tamaño del taller.

La oposición de Atenas no era entre trabajo libre y esclavo, sino entre trabajo de ciudadanos y de metecos. Los ciudadanos abandonaron gran número de trabajos en manos de los metecos, que de este modo se convirtieron en un elemento totalmente necesario para la marcha de la economía ática. Los talleres trabajados por esclavos no producían a más bajo precio sus productos. La idea de producir en función del precio era desconocida para los griegos, así como la idea de la amortización del capital invertido, y la de concurrencia entre los productores.

La producción en el mercado interior respondía a las necesidades del momento.

La guerra del Peloponeso redujo el número de talleres.

4. Comercio: importación y exportación

Las ciudades griegas desarrollaron un comercio local de productos de primera necesidad al por menor. Todavía se seguían intercambiando los productos a juzgar por los datos suministrados y por la comedia *Los acarnanios* (811 y siguientes, 899 y siguientes) de Aristófanes, representada en el año 425 a. de C.

Las rutas terrestres del comercio desempeñaron un papel poco importante, de ahí que las ciudades no costeras acentuaran la autarquía. El comercio con el exterior utilizaba fundamentalmente las vías marítimas. El comercio marítimo era rápido y barato. Para el siglo v a. de C. se conocen bien los productos importados y su procedencia, mal la estructura de este comercio y su procedimiento.

El primer producto que Atenas importaba eran cereales, del Ponto Euxinio, y del Quersoneso Tracio, cuya importancia era vital en este aspecto, según el célebre discurso de Demóstenes sobre esta región. Atenas era el Estado griego, que importaba más trigo (Dem., 20, 31), ya desde antiguo, pues la fundación de Sigeo hacia el 610 a. de C., la conquista del Quersoneso Tracio en 544 a. de C., y de Calcis en 506 a. de C., la colonización ateniense de Lemnos e Imbros en la ruta triguera, la captura de Bizancio en 478 a. de C., la toma y colonización de Esciro en 476 a. de C. y todo el Quersoneso Tracio entre 449-447 a. de C. obedecen a la necesidad de controlar la ruta de donde traía el trigo desde Crimea y de Tracia.

Entre 426-425 a. de C. a los metonios se les autorizaba a exportar trigo a Bizancio, hasta una cantidad de varios miles de medimnos cada año. Las ciudades que custodiaban el Helesponto no estaban autorizadas a interceptar estas exportaciones, ni a permitir que otro lo hiciera (*ML* 65, 34-37).

Demóstenes en su discurso contra Leptimio (30-35), da algunas referencias importantes sobre este comercio:

«Vosotros sabéis, imagino, que más que ningún otro país de todo el mundo somos importadores de trigo. Ahora bien, la cantidad de trigo que nos envía el Ponto es sensiblemente igual a la que nos llega de todos los demás mercados. Y se comprende. Fuera de que en esta región abunda el trigo, Leucón, el soberano de ella, ha concedido la libertad aduanera a los negociantes que lo importan a Atenas y por medio de la voz del heraldo, los navíos con destino a vuestro país están autorizados a cargar los primeros. Así, pues, la inmunidad fiscal que él ha recibido no se aplica más que a él mismo y a sus hijos, mientras que la que él os ha conferido es general. Y habéis de considerar cuál es su importancia. Este príncipe percibe unos derechos de la treintava parte sobre las exportaciones de trigo. La cantidad de trigo que aquí

384-322 a. de C. El político y orador ateniense Demóstenes, provenía de una familia acomodada. Parece que tenía un defecto de pronunciación que debió corregir antes del 354 a. de C., en que se dedicó a la política. Entre sus obras merecen citarse las Filípicas, *contra Filipo de Macedonia, que le trajeron numerosos problemas, y las* Olintiacas, *entre otras.*

nos llega procedente de su país puede valorar en unos cuatrocientos mil medimnos, cifra que se puede comprobar en el registro de los comisionados para el aprovisionamiento. Por consiguiente, sobre trescientos mil medimnos nos concede primero diez mil, y sobre los cien mil restantes, unos tres mil, poco más o menos. Y está tan lejos de retirarnos este favor, que habiendo fundado un nuevo lugar de comercio en Teodosia, que, al decir de los marinos, no deja nada que desear al del Bósforo, también allí nos ha concedido la franquicia aduanera. Entre tantos otros servicios que os han prestado, asimismo, este príncipe y sus antepasados, no voy a retener más que el siguiente: Hace dos años, en ocasión de una carestía universal, os envió una cantidad de trigo no solamente suficiente para vuestras necesidades, sino tal que os dejó un beneficio de quince talentos, de cuya administración se encargó Calístenes.» (Traducción de P. SAMARANCH).

Los datos que se desprenden de estos párrafos sobre el comercio triguero, son importantes, como que Atenas se abastecía de este cereal en el Ponto y en otros lugares por igual cantidad; Atenas no pagaba aduana en el Ponto y sus navíos tenían preferencia para cargar. El príncipe cobraba un derecho sobre la exportación, de 30 por 100, lo que parece una cantidad elevada. La cifra que se exportaba a Atenas era 400.000 medimnos, cifra que también es elevada, equivalente a otras tantas fanegas castellanas, lo que indica que otro tanto de trigo se agenciaba Atenas en otros regiones. Teodosia se convirtió en un nuevo puerto de comercio para los atenienses. El príncipe regaló una cantidad de trigo para cubrir una necesidad de Atenas.

El abastecimiento del trigo era tan vital para Atenas que la marina de guerra daba protección a los convoyes de naves que llegaban del Helesponto. Los comerciantes de trigo tenían ciertas restricciones legales, con vistas a asegurar el aprovisionamiento del Atica. Desde Solón no se podía exportar ningún producto alimenticio salvo aceite. Nadie estaba autorizado a transportar a otro lugar que no fuera Atenas el trigo. Para evitar el acaparamiento, la ley prohíbe terminantemente comprar de una sola vez más de cincuenta cargas, y probablemente el formar sociedades, con el fin de establecer la libre competencia. Existían unos vigilantes del trigo, en número de 10, que después ascendió a 30, estando la mitad en el Pireo, controlando las partidas importadas, los precios, y el peso del pan.

Había los importadores del grano, y los revendedores al por menor. Algunas veces, como poco antes del año 386 a. de C., el acaparamiento del trigo, contra lo legislado, hizo subir el precio del mismo.

Ya se ha indicado que el establecimiento de las cleruquías controlaba la ruta de llegada de los cereales a Atenas. Se ha pensado, pero ello no es probable, que la fracasada expedición a Egipto del año 459 a. de C. o la expedición a Sicilia del 415 a. de C. estuviesen en función de la necesidad, en que se encontraba Atenas, y en general todo el Egeo, de importar cereales.

Aunque el control, que ejercía Atenas sobre los miembros de la liga ático-délica, obedezca a razones políticas de dominio, no cabe duda que necesidades económicas, como la de abastecerse de cereales en el exterior, de manera para la construcción naval, y de otras materias como minerales, están en la base de las ideas políticas de poder. Atenas necesitaba autoabastecerse, y para ello necesitaba controlar una serie de estados. Se daba una solución aparentemente política. La fundación de Anfípolis, en la desembocadura del Estrimón, en Tracia, en un valle fértil, en 437 a. de C., respondía a la necesidad de obtener los minerales de los alrededores (plata y oro), esclavos, y material de construcción naval, pues estaba enclavada en las proximidades de bosques, cereales y asentar colonos, ya que el terreno circundante era de buena calidad.

La importancia económica de esta colonia era tal que explica la captura de Anfípolis por parte de Brasidas, en 423 a. de C., y las de Filipo II de Macedonia de Anfípolis y del Quersoneso Tracio. Filipo sabía que se trataba de dos puntos vitales para la economía ática. Atenas se vería obligada a rendirse con sólo quitarle las regiones de aprovisionamiento de trigo. Las campañas contra Egina y contra Megara, con el edicto megárico (*Tuc.* I 67, 139 y siguientes) responden a razones de prestigio, que camuflaban intereses económicos de competencia mercantil. El pueblo (Arist., *La Paz* 605) veía en este decreto la causa de la guerra, pero ello no era cierto, no era ésta la opinión de TUCÍDIDES, sino un resultado de ella.

Atenas canalizaba a través de ella el comercio de la liga ático-délica, lo

que le convirtió en una gran potencia económica en el Egeo. Ello le llevó a enfrentarse con Corinto, otra gran potencia económica, aunque en el Mediterráneo central.

La causa de la guerra del Peloponeso, por lo menos en opinión de los corintios, era de carácter de comercio internacional, más concretamente la exportación de sus salazones, y la importancia de los productos que el mar suministraba al continente (Tuc. 1, 120, 2). Probablemente aluden los corintios con esta frase a los cereales importados de Sicilia, o a las salazones del Ponto, más necesarios aún para la subsistencia, que los cereales; o a la madera de construcción naval, tan importante para Corinto, como para Atenas, ambas potencias marineras.

Grecia y particularmente Atenas importaba grandes cantidades de salazones de Bizancio, de Frigia y del sur de la Península Ibérica.

El autor ático de comedias Eupolis menciona la salazón de Cádiz junto a la de Frigia. Aristófanes recuerda la murena tartésica en *Las Ranas* 474-5. Hacia el año 400 a. de C. otro autor cómico, Antífanes, cita las conservas saladas del esturión de Cádiz, en compañía del atún de Bizancio (*FCA* I, 186). El hijo de Aristófanes, Nicóstratos, hacia el año 380 a. de C., también las menciona junto con las de Bizancio (*FCA* II, 43).

Muchos productos importados eran objetos de lujo para la vida corriente.

TUCÍDIDES (1, 38, 2) pone en boca de Pericles, que «la grandeza de nuestra ciudad hace afluir a ella los productos de todo el mundo».

El Pseudo JENOFONTE (II 7) afirma que «todo lo que es deleitable en Sicilia, en Italia, en Chipre, en Egipto, en Lidia, en el Ponto, en el Peloponeso, y en cualquier parte, se encuentra reunido en Atenas». El autor de este panfleto en este párrafo da la lista de las regiones con las que Atenas comerciaba y de donde importaba productos, que después redistribuía. Ya se ha indicado, que las salazones hispanas están atestiguadas en Atenas en la segunda mitad del siglo v a. de C., y debían ser importaciones de lujo.

El cómico Hermippos, contemporáneo, confirma el texto del oligarca ático, atribuido a JENOFONTE: «Decidme musas, con qué países trafica Dionysos sobre el mar de color de vino, y cuantos productos agradables trae a Atenas, en su negra embarcación... Siracusa suministra cerdos y queso... de Egipto llegan el lino y el papiro, de Siria el incienso, la hermosa Creta suministra cipreses... Libia vende marfil en grandes cantidades; Rodas uvas e higos; de Eubea llegan las peras y grandes manzanas; Pagases proporciona esclavos marcados por el hierro; Paflagonia nos envía bellotas dulces; Fenicia dátiles y la flor del trigo, Cartago tapices y cojines bordados.»

Los dos textos de Pseudo-JENOFONTE y de HERMIPPOS son de una importancia excepcional, pues ambos dan la lista de los Estados con los que comerciaba Atenas, y el segundo autor los productos que importaba, que son todos ellos no necesarios.

No se dispone de ningún dato relativo al volumen de importación.

Hay que tener presente que la manutención de los atenienses, incluso la de las clases altas, fue siempre frugal.

Estos productos se intercambiaban con otros áticos. Atenas siguió exportando en el siglo v a. de C. aceite, junto a lana, vino y frutos secos, y vasos. Durante este siglo Ampurias recibe vasos áticos, no así Marsella, que probablemente estaba muy presionada por los galos. Atenas siguió con buena producción de bronces, armaduras, etc., al igual que Argos y Corinto.

La cerámica ática de figuras negras se dirige en gran escala, siempre a través de intermediarios, probablemente griegos, a Etruria; la de figuras rojas, desde finales del siglo VI a. de C. hasta la mitad del siglo siguiente, a Sicilia y a Campania, sin abandonar este mercado etrusco, pero bajando progresivamente de volumen hasta la mitad del siglo v a. de C. Esta cerámica en la Península Ibérica, salvo en Ampurias, es muy escasa. Después de la Guerra del Peloponeso, los ceramistas áticos exportan al Sur de Rusia, pero también mucho al Occidente, costa levantina ibérica, Almería, Granada y Jaén. Almería y Jaén son regiones productoras de metales. En cambio la cerámica ática es escasa y de mala calidad en Huelva, al revés de lo que sucedía durante el periodo orientalizante. Se ha supuesto que el mismo barco, que comerciaba con Almería con los vasos áticos de los mismos talleres, aunque de peor calidad, que los enviados al sur de Rusia, las piezas más flojas las llevaba a Huelva, y se intercambiaban por metales. El problema es saber si eran los

mercaderes atenienses o los púnicos los que comerciaban con los íberos, con estos vasos, que probablemente servían de moneda. El Pseudo-SCYLAX (95 F II 2 M) afirma que los púnicos llevaban a la costa atlántica los vasos griegos, pero no hay que descartar que los mismos atenienses negociaran directamente con el sur de la Península Ibérica, pues las relaciones con Cartago después de la terminación de la guerra, en 404 a. de C. eran buenas. En las proximidades de Cádiz estaba asentado el oráculo y el puerto de Menesteo (Str. II, 1,9), que probablemente es Rota (Cádiz), donde se descubre bastante cerámica con los gaditanos. En la propia Cádiz otro héroe ateniense, además de Menesteo, Temístocles (Phil. *VA* V 4) era reverenciado.

El comercio ático también llegó hasta el valle del Po.

5. Moneda

Se ha supuesto que el desarrollo de la moneda pudo influir en el comercio exterior.

Hacia 90-20 a. de C. Era Diodoro un historiador griego de la época de Augusto, autor de la famosa «Biblioteca Histórica», historia universal de la que se conservan numerosos libros.

En el siglo V a. de C. se generaliza la economía monetal. Las ciudades, que acuñaban moneda y que producían el material en su territorio o en las cercanías, son escasas. Cícico, Mitilene y Focea, que acuñaron *electrum*, lo obtenían de las regiones vecinas. Atenas explotaba las minas de Laurión, y las de Anfípolis después de la fundación de la colonia ática. Las ciudades tracias que acuñaron moneda, como Ainós, Abdera y Maronea, se suministraban de plata en Tracia. Tasos también disponía de minas y explotaba las de Tracia. Las acuñaciones sicilianas, emplearon probablemente plata hispana proporcionada por Cartago, pues Cerdeña tenía minas de plata, pero no debían ser importantes. Egina debía también obtener la plata del sur de occidente, vía púnica. En este sentido el texto de DIODORO (V 35, 3) es totalmente fundamental y esclarecedor, dice así: «los fenicios, sirviéndose del comercio y de su experiencia adquirían la plata a cambio de cualquier otra mercancía; al transportarla a Grecia, a Asia, y a las demás tierras, se hicieron con grandes riquezas».



Moneda ateniense. Hacia 490-486 a. de C. Equivalente a diez dracmas, representa en su anverso la efigie de la diosa Atenea con el yelmo decorado con hojas de olivo. Esta moneda será uno de los signos de abundancia y hegemonía con el que Atenas, tras la batalla de Maratón, se erige sobre el resto de la Hélade. (Izquierda.)



Moneda ateniense equivalente de diez dracmas. Hacia 490-486 a. de C. Reverso que representa el búho símbolo de Atenea, diosa que aparece en el anverso. La explotación de las minas del Laurión facilitaron la acuñación de este tipo de monedas, que, utilizadas en un segundo momento para enriquecimiento de los propios atenienses, acabaron por terminar con la hegemonía atenienses. (Derecha.)

Las minas hispanas se encontraban en explotación por los reyezuelos indígenas, como afirma DIODORO SÍCULO (V, 35-38) en su famosa descripción de las minas hispanas. La gran cantidad de *turres Hannibalis*, que son anteriores al caudillo cartaginés, y que defendían el riquísimo distrito minero de Sierra Morena (Jaén y Córdoba), no tienen otra explicación posible, sino que las minas se encontraban en pleno rendimiento. Los cartagineses con seguridad no consumían esta plata, sino que la exportaban al mundo griego. Corinto podía aprovisionarse de metal en Illiria. El hecho de que monedas corintias fueran retocadas en Tarento y en Metaponto, y a veces en Rhegion indica que la moneda no sólo era transformada, sino que funcionaba como

mineral exportable, y por eso se encuentra en regiones que no acuñan moneda, como en Egipto o en la costa fenicia. La acuñación de moneda ática a partir de la segunda mitad del siglo v a. de C. hizo que el valor mercantil de la cerámica disminuyese.

Clearco, en fecha no fácil de precisar, hizo votar un decreto por el que se unificaban las monedas, los pesos y las medidas de los aliados de Atenas. Por este decreto se generalizaban las monedas, los pesos y las medidas de Atenas dentro de la liga ático-délica. Las razones que motivaron tal decisión son desconocidas. La unificación favorecía el comercio. Se evitaba el caos reinante en pesos, medidas y monedas y se eliminaba la moneda de inferior calidad, quedando la de Atenas como la de mejor calidad. Con esta medida se facilitaba el pago de los aliados a Atenas en su moneda. Razones de prestigio y prácticas pesaban sin duda más que las estrictamente económicas. Con la creación de la liga ático-délica, la moneda ateniense cobró cada vez más importancia, en cambio declinaron las emisiones de otros Estados griegos, lo que parece indicar que quizás el decreto de Clearco dio carta de ley a un fenómeno que ya estaba en marcha. Las monedas de Asia Menor de *electrum* se mantuvieron, así como las de Mitilene. Desaparece la acuñación de Tracia. Quíos no acuña moneda de plata después del 448 a. de C., Samos después del 439 a. de C. Filipo II acuñó monedas de oro, que utilizó para contratar mercenarios en número elevado y en sobornar a muchos griegos (Diod. XVI 8,7).

Para delimitar las zonas de influencia de las diferentes ciudades comerciales es importante conocer el sistema monetal al que pertenecen. Posidonia, por ejemplo, pasó del etalón foceo al aqueo, de Síbaris.

Sobre la organización práctica no se sabe casi nada. Existían intermediarios aislados o ciudades, muchos de estos intermediarios no serían atenienses y no excesivamente ricos y trabajaban por su cuenta. Se asociaban al dueño del barco y al comerciante. Estas expediciones comerciales necesariamente eran de poca envergadura, debido a los peligros y a la incertidumbre. El Pireo canalizaba las mercancías y las distribuía. Atenas no intervenía directamente en el comercio. Cobraba tasas, mantenía una policía en el mar y legislaba sobre el comercio. Tan sólo controlaba los materiales relacionados con la construcción naval, ya que la flota era totalmente necesaria (Ps. Xen. II, 11).

6. Organización comercial

a) *Créditos mercantiles.* Nada se sabe sobre los créditos marítimos en estos negocios en el siglo v a. de C. En el IV a. de C. los intereses eran elevados. Los bancos no parece que tuvieran mucho interés en estos asuntos comerciales en ultramar.

En el discurso contra Lácrito (10-13) de Demóstenes se conserva un acta de contrato muy importante, sobre el comercio de exportación de vinos y de sus etapas:

«Androcles, del damo de Esfeto, y Nausícrates de Caristo, han prestado a Artemón y a Apolodoro de Faselis, tres mil dracmas de plata para un viaje desde Atenas a Mende o Escione, y de allí al Bósforo, y luego, si les parece bien, hasta Boristene, bordeando la costa por la izquierda, con retorno a Atenas. El interés es de 225 por 1.000, y si ellos no vuelven a hacerse a la mar más que luego de la salida de Arturo para ir del Ponto a Hierón, de 300 por 1.000. El préstamo está garantizado por tres mil ánforas de vino de Mengar en que se encuentren, como si hubiera habido condena por parte de la justicia y vencimiento de plazo, perteneciendo el susodicho derecho solidariamente a los acreedores. Si ellos no llegan hasta el término de su viaje, harán escala diez días en el Helesponto en el momento de la canícula y desembarcarán las mercancías en un lugar donde no haya represalias pendientes contra los atenienses; volverán a Atenas desde allí y saldrán los intereses inscritos en el contrato del año anterior. Caso de que el navío en que se transporte el cargamento naufrague, si se consigue salvar las mercancías que están afectadas por el préstamo, la parte salvada pertenecerá a los acreedores pro indiviso. Respecto de todos estos puntos, el presente convenido deroga toda norma contraria.» (Traducción de P. SAMARANCH.)

Demóstenes proporciona en estos párrafos algunos datos del funciona-

miento del comercio de vino, pero el de trigo debía hacerse de igual manera.

El préstamo de 3.000 dracmas se hacía contra una hipoteca marítima, de las mercancías que desde Atenas iban al Ponto y regreso. El valor de la mercancía era doble del de la deuda. El deudor no pagaba la deuda, si las mercancías no llegaban al puerto de destino. La tasa de interés era la corriente, el 30 por 100. Los intereses se calculaban por la conformidad con el riesgo, no por la duración del préstamo. El género hipotecado es un cargamento de vino que debe recogerse en Mende o Escione en la Península Calcídica. El derecho del prestamista se ejercía, no sobre esta mercancía, sino sobre lo que se comprara en el Ponto con el producto de la venta del vino, que sería muy probablemente trigo, tan pronto como esta mercancía llegaba a Atenas, estaba inmediatamente a disposición de los acreedores. El vencimiento se fijaba en los 20 días posteriores. Se estipulaba que este acta llevase consigo la ejecución por vía inmediata, y que nada prevaleciese contra el escrito. En el discurso, que debió ser pronunciado hacia el año 351 a. de C. aparece que los prestatarios habían cometido diferentes fraudes desde el primer lugar, como son que no cargaron en la nave el número suficiente de mercancías, que contrataron un nuevo préstamo sobre la mercancía garante, que mintieron declarándola libre de toda hipoteca. No se devolvió el préstamo a su vencimiento, ni se presentó la mercancía garante a la llegada.

En otro discurso del mismo orador, contra Dionisodoro, del año 322 a. de C. se dan otros datos interesantes. Dos metecos habían prestado 3.000 dracmas a dos extranjeros, para un viaje de ida y vuelta a Egipto. La garantía era el navío. El trigo y otras mercancías eran propiedad de los prestatarios, el resto pertenecía a comerciantes que navegaban en el navío y debía ser hipotecado a otros acreedores. El trigo se vendió en Rodas. En el discurso aparece el gobernador de Egipto, de nombre Cleomenes, que dirigió los navíos a los mercados, donde mejor se cotizaba la mercancía.

b) *Industria naval.* Durante el siglo V a. de C. cobró mucho auge la industria naval como resultado de la guerra y del comercio. Atenas llegó a tener 300 navíos. Construyó una buena flota, con el dinero que obtenía de las minas de plata de Laurión (Herod. VII 144,2), durante su dominio en la liga ático-délica. En 434 a. de C. Corinto se entregó a la fabricación de naves, en lo que volcó todos los esfuerzos necesarios, para organizar una flota capaz; con pagas generosas, contrató remeros en el Peloponeso y en el resto de Grecia (Tuc. I 31, 1). Los remeros eran personales a sueldo, que encontraban en esta profesión un modo de vivir (*Demost.* L, 14-18).

La característica principal de la época clásica fue que los progresos navales pasaron de los astilleros particulares a los estatales. Desde este momento, la gran marina será militar, dirigida por los gobernantes de las *poleis;* las empresas individuales quedarán relegadas a actividades comerciales en la mayor parte de las ocasiones.

El aparejo de la trirreme en época clásica estaba compuesto por un remo timonero doble del tipo oiakostróphos (que gira sobre su propio eje), dos escaleras de mano, varas y una sola vela, en el siglo V a. de C. En el siglo IV a. de C. JENOFONTE habla de velas principales y velas de bote, aunque éstas también las menciona Aristófanes en 411. Las velas solían ser de lino, aunque había dos tipos, unas ligeras y otras pesadas; con las primeras se lograba mayor velocidad, pero debían ser más caras. Cada trirreme llevaba también dos anclas de hierro, a diferencia de épocas anteriores en que eran de piedra (Jenof. *Anab.* III, 5, 10).

7. Minería

Filipo II, rey de Macedonia, vivió entre los años 382-336 a. de C. Fue contra éste contra el que Demóstones escribió sus Filípicas. *Los atenienses se dieron cuenta tarde de su poder, y el 338 la batalla de Queronea puso Atenas a sus pies. Filipo moriría asesinado, víctima de una conjura fomentada por una de sus esposas.*

En el siglo IV a. de C. las minas de Laurión estaban ya en decadencia. JENOFONTE, en su tratado sobre las *Rentas Públicas* (IV, 14-15) recoge algunos datos importantes sobre su explotación y rendimiento. Algunos de ellos se refieren a mucho antes del año 354 a. de C. en que el historiador escribe que Nikias tenía 1.000 esclavos alquilados a Sosias, el tracio, con la condición de que Sosias le pagase la cantidad de un óbolo neto por día y hombre, no pudiendo rebajar el número de trabajadores; que Hyponikos tenía 600 esclavos alquilados trabajando en los mismos términos de contrato, lo que le producía un ingreso neto de 100 dracmas diarias; que Filemónides lograba 50

dracmas diarios por 300 hombres y que otros obtenían lo que sus recursos les permitía.

El rendimiento que se llegó a sacar fue en algunos tiempos realmente grande.

Macedonia contaba con minas, pero en época de Filipo II eran pobres e insignificantes. El monarca aumentó la explotación y llegó a sacar un rendimiento de 1.000 talentos anuales (Diod. XVI 8, 6).

8. Riqueza y pobreza

Se conoce la cuantía de alguna buena fortuna de Atenas hacia el año 380 a. de C., como la del padre del orador Demóstenes, que fue dilapidada por el tutor (*C. Afobo* I 9-11):

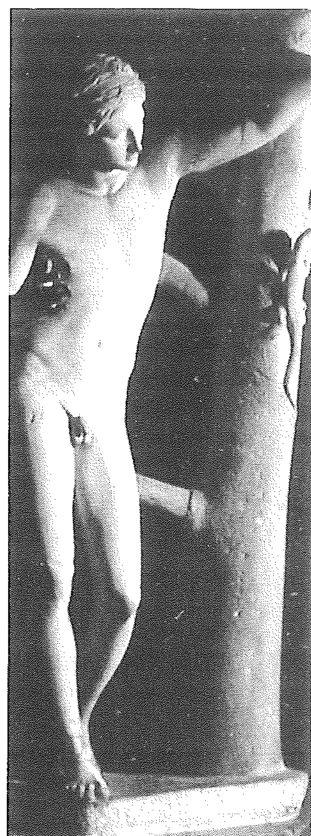
«Esto es ya suficiente para determinar la cuantía de la herencia: tres talentos es el censio correspondiente a una fortuna de quince; pues bien, esta es la tasa de contribución que ellos han admitido. Sin embargo, se os informará más detalladamente aún, dándoseos a conocer la composición del haber. Mi padre, jueces, dejó dos talleres o factorías; ninguna de las dos pertenecía a la pequeña industria: una poseía treinta obreros fabricantes de cuchillos, de los que dos o tres valían cinco o seis minas cada uno, y los demás no menos de tres: producía al año treinta minas limpias; la otra factoría poseía veinte obreros fabricantes de camas, los cuales le habían sido entregados contra un crédito de cuarenta minas, y que producían doce minas limpias. Además, una suma de un talento, prestada a razón de una dracma por mina: el interés anual de esto se elevaba a más de siete minas. Esto es lo que hay que decir respecto del capital activo, y mis adversarios habrán de reconocer ellos mismos la exactitud de estas cifras. Total: cuatro talentos y cinco mil dracmas de capital, cuya renta era de cincuenta minas al año. Además de esto, marfil y hierro, en calidad de materia prima, y madera para las camas, por un valor de ochenta minas; y nuez de agalla y una cantidad de bronce que se habían comprado al precio de setenta minas. Asimismo una casa, que vale tres mil dracmas, muebles, copas, joyas de oro, vestidos, el ajuar de mi madre —valorado todo en unas diez mil dracmas, aproximadamente—, y ochenta minas de plata en caja. Esto por lo que se refiere a la casa. Además de esto, préstamos marítimos por un valor de setenta minas, colocadas en casa de Xouto, un depósito de dos mil cuatrocientas dracmas en la banca de Pasión, de seiscientas dracmas en la de Pilades, de mil seiscientas en la de Demomeles, hijo de Demon, y, finalmente, diversas sumas prestadas en valores de doscientas y trescientas dracmas, hasta la suma total de un talento. Todos estos artículos reunidos pasan de los ocho talentos, cincuenta minas. Haciendo el cálculo, encontraréis el total de catorce talentos.»

El orador divide el capital en dos grupos: el activo, y el que no lo es. El primero es el capital que trabaja en la industria. El segundo son los artículos que producen intereses, como las materias primas necesarias, la casa, los muebles, las ropas y las joyas. 80 minas de plata, y el dinero colocado fuera, que asciende a 166 minas. El padre de Demóstenes puso depósitos bancarios en cuatro bancos diferentes. Un depósito estaba colocado en negocios marítimos.

El capital activo es un tercio de la fortuna total. En él figuran una fábrica de armas y una segunda de muebles. Sólo se calcula el valor de los esclavos obreros. Trabajaban en el taller obreros especializados. Había un intendente, que debía ser un director técnico.

Otros datos se conocen sobre los ricos de Atenas. En el año 340 a. de C. el orador Demóstenes (XVIII 102) afirmaba que los ricos mediante grandes desembolsos no pagaban los impuestos. El orador ateniense calcula el número de éstos en 1.200 hombres.

Aunque siempre hubo mercenarios en Grecia, éstos aumentaron ya al final de la Guerra del Peloponeso. A comienzos del siglo IV a. de C. Dionisio, tirano de Siracusa: «envió comisarios con grandes cantidades de dinero a alistar el mayor número posible de tropas en el Peloponeso, sin regatear soldada (Diod. XIV 62), y en el año 401 a. de C. había alistado a los mesenios expulsados de su patria por los espartanos, lo que induce a pensar que en el Peloponeso también había graves problemas económicos, en amplias masas



Apolo Sauróctono. Praxiteles. Hacia 350 a. de C. Es éste un Apolo juvenil que se dispone a lanzar una flecha contra el lagarto que asciende por el tronco. Aparece en esta obra por primera vez la solución más característica de este escultor, que consiste en descargar todo el peso de la figura sobre una de las piernas, dejando totalmente suelta la otra. Ello produce un hermoso contraste entre los dos costados de la figura.

de población, que se intentaban solucionar alistándose en el ejército a sueldo.

En época de la Paz del Rey, 386 a. de C. no existía aún una tendencia grande entre los griegos a servir como tropas mercenarias en los ejércitos (Diod. XV 38, 1). En cambio, ello era normal poco después en el año 360 a. de C. (Jen. *Cirop*. VIII, 8, 26), lo que indica que la situación económica y social se había degradado poco a poco. Filipo II de Macedonia luchó ya con grandes contingentes de tropas mercenarias (Diod. XVI 8, 7).

En el año 364 a. de C. la situación de Grecia en algunas partes era ya francamente mala, como es Heraclea Póntica, donde «el pueblo exigió con violencia la cancelación de las deudas y una nueva distribución de las tierras de los ricos» (Iust. XVI, 4,1). En los dos congresos de Corinto, en el convocado por Filipo II en el año 338 a. de C., y en el segundo de época de Alejandro Magno, se acordó no aceptar estos puntos, ni la libertad a los esclavos, ni la condonación de las deudas, ni la repartición de tierras, lo que indica que la situación económica era desastrosa en muchos lugares de Grecia.

9. Economía de Sicilia: esclavitud y artesanado

La fuente principal de información es el historiador siciliano DIODORO, que recoge algunos datos importantes. Después de la tiranía siracusana de Gelón y de su hermano Hierón, motivada por la lucha contra los cartagineses, Sicilia en general y Siracusa en concreto, entró en una época de gran prosperidad económica. Baste un solo testimonio del año 406 a. de C. sobre Agrigento: «La ciudad y el territorio de Agrigento gozaban de una gran prosperidad. Los viñedos superaban a todos por su gran extensión y por su calidad, en la mayoría de sus tierras se cultivaban los olivos, de los que se cosechaba aceitunas, que se vendían a Cartago. Por carecer entonces Africa de árboles frutales, los habitantes de Agrigente, a cambio de sus cosechas, recibían las riquezas que Africa producía, y amasaron gigantescas fortunas. De aquellas fortunas aún subsisten muchas entre los habitantes de Agrigento» (Diod., XIII, 8, 4-5).

Agrigento exportaba mucho vino y fruta a Cartago y recibía otros productos. El caso no debía ser único, sino en general de todas las ciudades griegas sicilianas y principalmente de Siracusa.

DIODORO alude también a la riqueza de Siracusa (XI, 68; XII, 30), y de Segesta (XII, 83), y en general de toda la isla (Diod., XI, 72). Según los historiadores, TUCÍDIDES (I, 44) y DIODORO (XII, 54), su fertilidad fue la causa de querer Atenas apoderarse de la isla.

Esta prosperidad no descarta ciertos problemas graves, como la falta de tierra, pues en el año 454 a. de C. estalló la guerra entre los ciudadanos de Segesta y de Lilibeo por la posesión de las orillas del río Mazare (Diod. XI, 86). En el año 416 a. de C. lucharon igualmente los de Segesta y los de Selinonte por un trozo de tierra (Diod., XII, 82; XIII, 42).

También hubo en Sicilia revueltas internas de naturaleza económica, como la que llevó a la tiranía a Gelón (Herod., VII, 155): «Después de lograr el poder sucedió que los geomoros siracusanos, que eran los dueños de las tierras, habiendo sido arrojados de la ciudad, por la violencia del proletariado y de sus propios esclavos, llamados cilirios, llamaron en su ayuda a Gelón, quien, queriéndoles restituir desde la ciudad de Casmena a la de Siracusa, logró apoderarse de esta plaza, pues el proletariado siracusano, al llegar Gelón, se le entregó, entregándose igualmente a sí mismo.»

En toda Sicilia existieron revueltas internas motivadas por el empadronamiento en función de las reparticiones de tierras, como puntualiza DIODORO (XI, 86). Incluso en la floreciente Siracusa. En la Magna Grecia estas luchas se documentan igual. En el año 446 a. de C. un demagogo, de nombre Telis persuadió a sus conciudadanos a desterrar a los 500 ciudadanos más ricos y a vender públicamente sus bienes. Lo mismo sucedió en 406 a. de C. en Gela.

Con motivo de las derrotas cartaginesas, Sicilia se llenó de esclavos. DIODORO (XI, 25) ha recogido algunos datos interesantes sobre el número de esclavos y su trabajo: «las ciudades, que en esta distribución recibieron prisioneros, los encadenaron, se sirvieron de ellos para realizar diversos trabajos públicos. Los agrigentinos, a los que se les asignó la mayor parte, les

emplearon principalmente en obras de embellecimiento de la ciudad. El número de prisioneros fue tan elevado que muchos particulares tuvieron hasta 500 esclavos... La mayor parte eran propiedad pública y se les empleó no sólo en cortar las piedras, que debían servir a la construcción de grandes templos consagrados a los dioses, sino a unos subterráneos destinados a sacar el agua fuera de la ciudad... Gelón había hecho tal número de cautivos, que pareció que Sicilia había hecho prisionera a toda Africa».



Decadracma procedente de Akragas (Agrigento). Hacia 412 a. de C. El magnífico carro de combate que aparece en el anverso de la moneda puede hacernos entender la evolución del arte militar hacia fórmulas más avanzadas y con un mejor equipamiento.

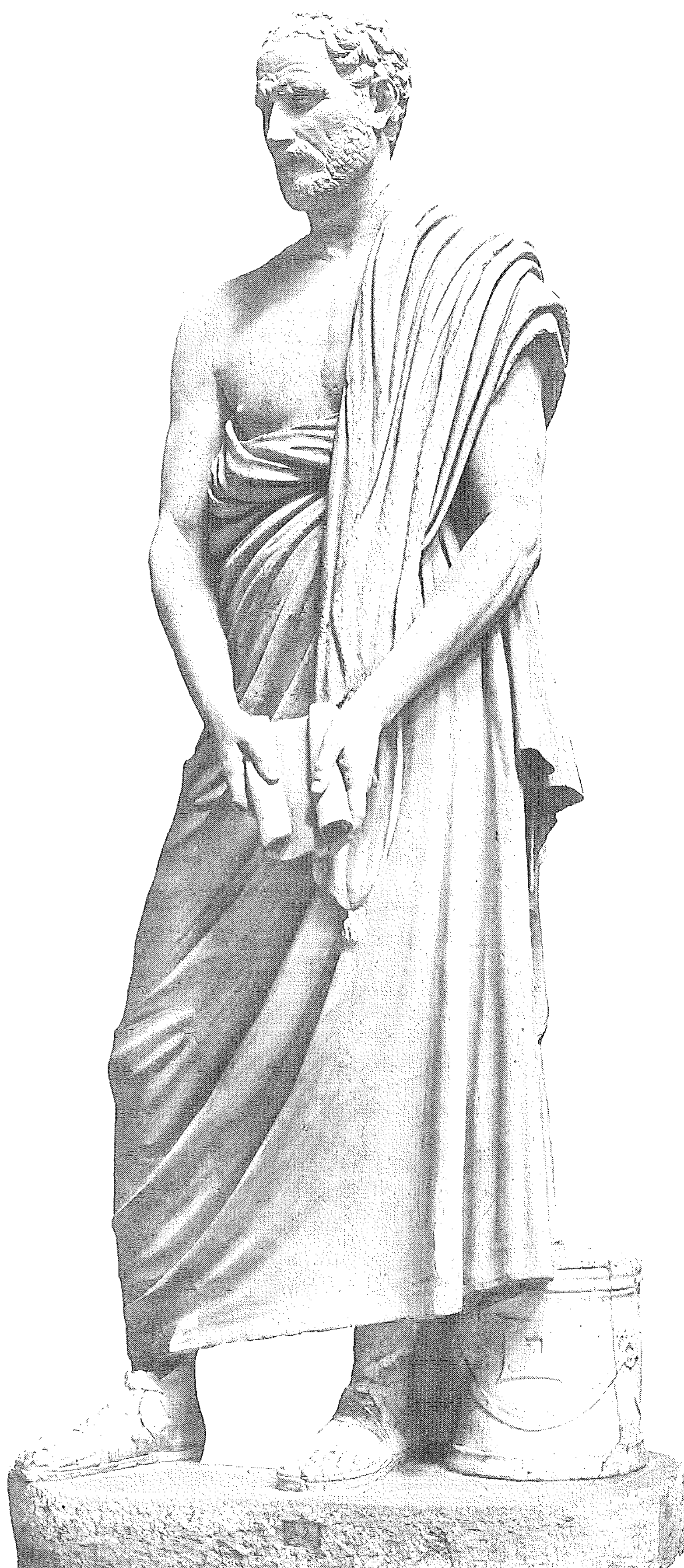
Incluso en Sicilia se vendieron esclavos griegos, lo que estaba mal visto en general. Dionisio vendió a los habitantes de Catania y de Naxos (Diod., XIV, 15, 40) en Siracusa. Esta venta también se hizo en la Grecia continental, como el año 395 a. de C. con los habitantes de Farsalia (Diod., XIV, 82).

Dionisio se adelantó con esta medida a lo que después va a ser un punto importante del programa político en época helenística e incluso antes. Dionisio se apoyó en los esclavos contra los siracusanos; les concedió libertad, les hizo ciudadanos, y les distribuyó tierras (Diod., XIV, 7). Esta medida tenía precedentes, ya que Gelón también dio libertad a esclavos y les hizo ciudadanos. En el año 396 a. de C. Dionisio concedió la libertad en Siracusa a un gran número de esclavos, para formar la tripulación de 60 barcos (Diod., XIV, 58). Esta determinación se había ya tomado en Grecia. Esclavos figuran en el ejército de Corcira (Tuc., I, 55). Esparta llamó a combatir a los hilotas (Tuc., IV, 80, 5; V, 67, 1; VIII, 9, 3), lo mismo hizo Atenas (Arist., *Ran.*, 33, 191, 693-694), pero todo esto no obedeció a causas económicas, sino circunstanciales.

DIODORO (XIV, 18) ha dejado, con ocasión de las obras realizadas por Dionisio, el documento más importante de toda la antigüedad sobre el trabajo en equipo. Se refiere el historiador siciliano a la construcción de la muralla en el año 402 a. de C. Trabajaban 600 obreros. Había un arquitecto por cada 180 m y un maestro por cada 30 m con sus correspondientes obreros en número de 200. Además una cifra elevada de hombres tallaban las piedras, y 1.000 pares de bueyes transportaban los materiales de construcción.

BIBLIOGRAFIA

Véase página 646



FILIPO II Y EL ASCENSO DE MACEDONIA



FILIPO II Y EL ASCENSO DE MACEDONIA

Juan Francisco Rodríguez Neila

1. Los orígenes del reino macedonio.

Desde un punto de vista geográfico, la antigua Macedonia estaba dividida en dos partes. El país meridional comprendía la llanura costera, a través de la cual dos grandes ríos, el Axius y el Haliacmon, desembocaban en el golfo Thermaico. Esa planicie estaba ceñida por elevaciones orográficas, salvo en su lado oriental. Más allá de tales elevaciones se extendía la alta Macedonia, rodeada a su vez de elevadas cadenas montañosas, excepto por su flanco este. La comunicación a través de tales montañas se realizaba por unos pocos pasos: el valle del Tempe, entre el Mte. Olimpo y el Mte. Ossa, y el paso de Oloösson, entre el Olimpo y la cadena del Pindo; dos pasos desde las comarcas de Orestis y Lyncus, a través de los Balcanes, conectaban con Iliria; otro acceso entre los Balcanes y el Mte. Paikon, y uno más entre éste último y el Mte. Cercine, conducían a Paeonia. La alta Macedonia estaba defendida, pues, por un cinturón de montañas, menos hacia el Este, donde el río Strymon constituía la primera barrera geográfica. Mientras esta parte del país era, en el terreno económico, fundamentalmente pastoril, la zona sur dispuso de buenas tierras para la agricultura y una amplia costa. En ambas áreas el clima es continental. La baja Macedonia era el paso obligado de algunas comunicaciones importantes. A través del valle del Tempe cruzaba la ruta principal que conducía al istmo de Corinto y al Peloponeso. Por el norte, a través del valle del Axius, el país se conectaba con la cuenca central del Danubio. Hacia el Oeste, una brecha a través de los Balcanes daba acceso a Iliria y al litoral adriático, asiento de algunas colonias griegas. En el Este, una depresión entre la península Calcidia y el Mte. Cercine enlazaba con el río Strymon, por una ruta que, cruzando Tracia, llevaba hasta el mar Negro. Los pueblos invasores de Grecia habían usado tradicionalmente las tres últimas vías de penetración, llegando desde Paeonia, Iliria y Tracia, para coincidir en la baja Macedonia. Dado el clima continental del país, la mayor concentración demográfica se dio en la Calcidia y en las llanuras costeras. Carácter continental, dos áreas diferenciadas y protegidas por cadenas montañosas, y una ubicación estratégica como encrucijada de las rutas balcánicas eran, pues, los rasgos geográficos que definían sustancialmente a Macedonia.

Escultura femenina hallada en Priene, y que lleva inscrito el nombre de Nikeso. Hacia el siglo III a. de C. Según parece, fue aquélla una sacerdotisa de Demeter. Resulta el conjunto una composición marcadamente cubista, pues hubo durante el siglo III una deliberada oposición a aquellas composiciones que, en las postrimerías del siglo IV, habían significado el avance hacia unas formas barrocas de más alto vuelo.



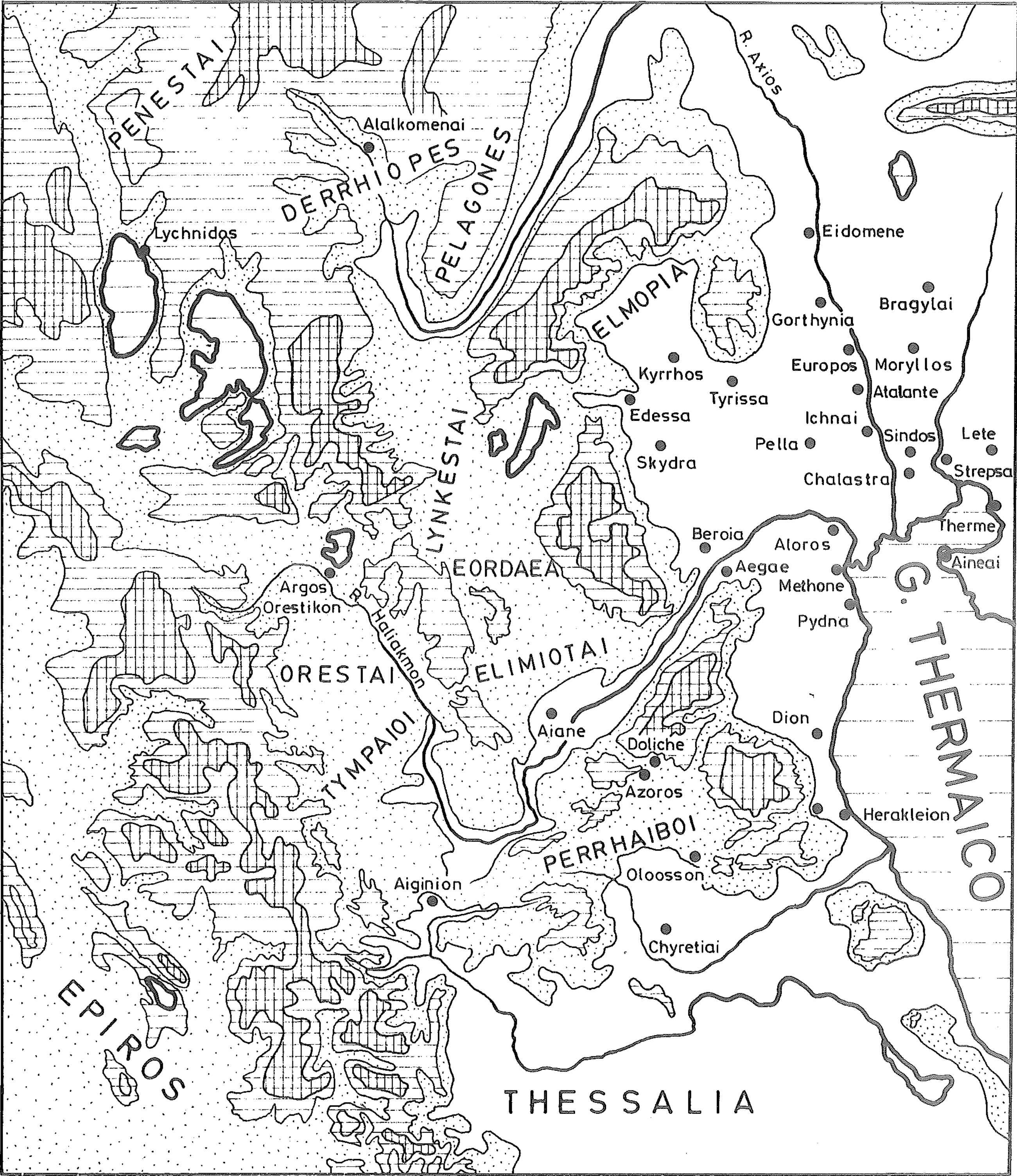
Al finalizar la Edad del Bronce, la península helénica fue invadida por varios contingentes de pueblos, entre los que destacan los dorios, quienes descendieron desde la accidentada cordillera del Pindo. Sin embargo, dada la presión demográfica de estas migraciones, las tierras situadas al sur no pudieron acoger a todos los inmigrantes del norte, algunos de los cuales permanecieron en el área montañosa citada. Estos pueblos son los que HERÓDOTO califica como *Makednon ethnos*, los cuales, desplazándose hacia el noroeste a través del Pindo, vinieron a desembocar en la región que se conocería como alta Macedonia. Hacia el 700 a. de C. encontramos algunas tribus macedonias ocupando las vertientes orientales del Pindo.

Entre esas tribus conocemos a los Orestai, asentados en torno al lago Kastoria, región llamada Orestis. De allí procedía el clan de los Argeadai, «descendientes de Argeas», cuyos reyes se consideraban herederos de los soberanos Teménidas de Argos, y por tanto de Hércules. Los Argeadai, en busca de tierras fértiles donde establecerse, se dirigieron al Este y ocuparon la llanura costera entre el Mte. Olimpo y el río Haliacmon. Para ello expulsaron a los Pieres, cuyo nombre permaneció en la región de Pieria. Al norte de esta

comarca, y junto al río Haliacmon, se fundó la ciudad de Aigai, junto a la cual estuvo el cementerio real. La siguiente etapa en la expansión del reino Argeada fue la expulsión de los Bottiaioi, asentados en la planicie aluvial situada entre los ríos Haliacmon y Axius. Estas dos áreas, Pieria y Bottiaia, serían el corazón del reino macedonio, que estuvo siempre expuesto, por ello, a todas las corrientes culturales que afectaron al mundo egeo.

Desconocemos casi todo de la Macedonia arcaica, pues no disponemos de fuentes escritas especializadas, aunque sí de las noticias que nos dan observadores extranjeros como HERÓDOTO y TUCÍDIDES. Probablemente, las instituciones básicas del incipiente reino fueron de tipo indoeuropeo, como las de

Geografía del ámbito macedónico.





Apolo del Belvedere. Leóchares. S. IV a. de C. Se atribuye la obra a este autor por su semejanza con el Gamínedes documentado en Plinio. Es éste un ejemplar excepcional, aunque en cierto modo menospreciado. Si se prescinde de la clámide quedaría completamente limpio el cuerpo del dios. La estatua incorpora algo nuevo como son la variedad de direcciones, el volumen y la multiplicidad de puntos de vista que enriquecerán el panorama escultórico griego, producto de su propio enriquecimiento cultural.

otros primitivos pueblos griegos. El lugar preeminente lo ocupaba el monarca, conductor del ejército y responsable de las relaciones entre su pueblo y los dioses. La asamblea la componían los hombres en edad de portar armas, quienes elegían también al nuevo rey entre los miembros aptos de sexo masculino de la familia real, haciéndose eco de las inquietudes del pueblo. Papel importante ejercían los *hetairoi* o «compañeros del rey», junto a quien combatían en la guerra, y a quien servían en la paz. A cambio recibían concesiones de tierras y otros privilegios. Este tipo de relación personal, con mutuos beneficios y obligaciones, es básica para comprender los principios que rigieron el reino macedonio. Su importancia quedó realzada por el festival de la *Hetairideia*, en honor de *Zeus Hetairides*.

La sociedad macedonia tenía también usos particulares, que le dieron un carácter muy peculiar a los ojos de los restantes griegos, para quienes los macedonios pasaban por ser «bárbaros». Banquetes y actividades cinegéticas consumían el tiempo de la aristocracia. En la primavera de cada año, el ejército, con el rey al frente, efectuaba singulares ceremonias de purificación. Aunque la religión era básicamente griega, como lo demuestran los nombres de las montañas, y la creencia de que el pueblo macedonio descendía de Makedon, hijo de Zeus, y la familia real de Hércules, existían muchos influjos tracios heredados de los pueblos a los que se había expulsado o subyugado. Así ocurría con el culto de Sabazios.

2. La expansión territorial

Tras las conquistas que configuraron su inicial base territorial, el reino macedonio no parece haber sido especialmente agresivo hacia sus vecinos. Sin embargo, algunas amenazas exteriores contribuyeron a su consolidación. La campaña realizada por Darío de Persia en el 513 contra los escitas le dio poder sobre las tribus tracias y los asentamientos griegos de la zona. Emisarios persas visitaron al soberano argeada Amintas I (c. 540-498), que se convirtió en súbdito del Gran Rey, aunque sin la supervisión de ningún sátrapa. Cuando el ejército persa marchó contra Grecia años después (491), los macedonios no pusieron ningún obstáculo. Y durante la ulterior expedición de Jerjes, el sucesor de Amintas, Alejandro I (c. 498-454), prestó su concurso a la campaña. Fue una decisión eventual, porque el soberano macedonio sabía que su independencia sólo era factible con la victoria griega. Antes de la llegada de Jerjes, Macedonia había suministrado materiales para la flota de Atenas, a la que Alejandro informó también secretamente de las intenciones persas. Cuando el ejército del Gran Rey se retiraba tras su debacle en Platea, Alejandro le infligió una severa derrota.

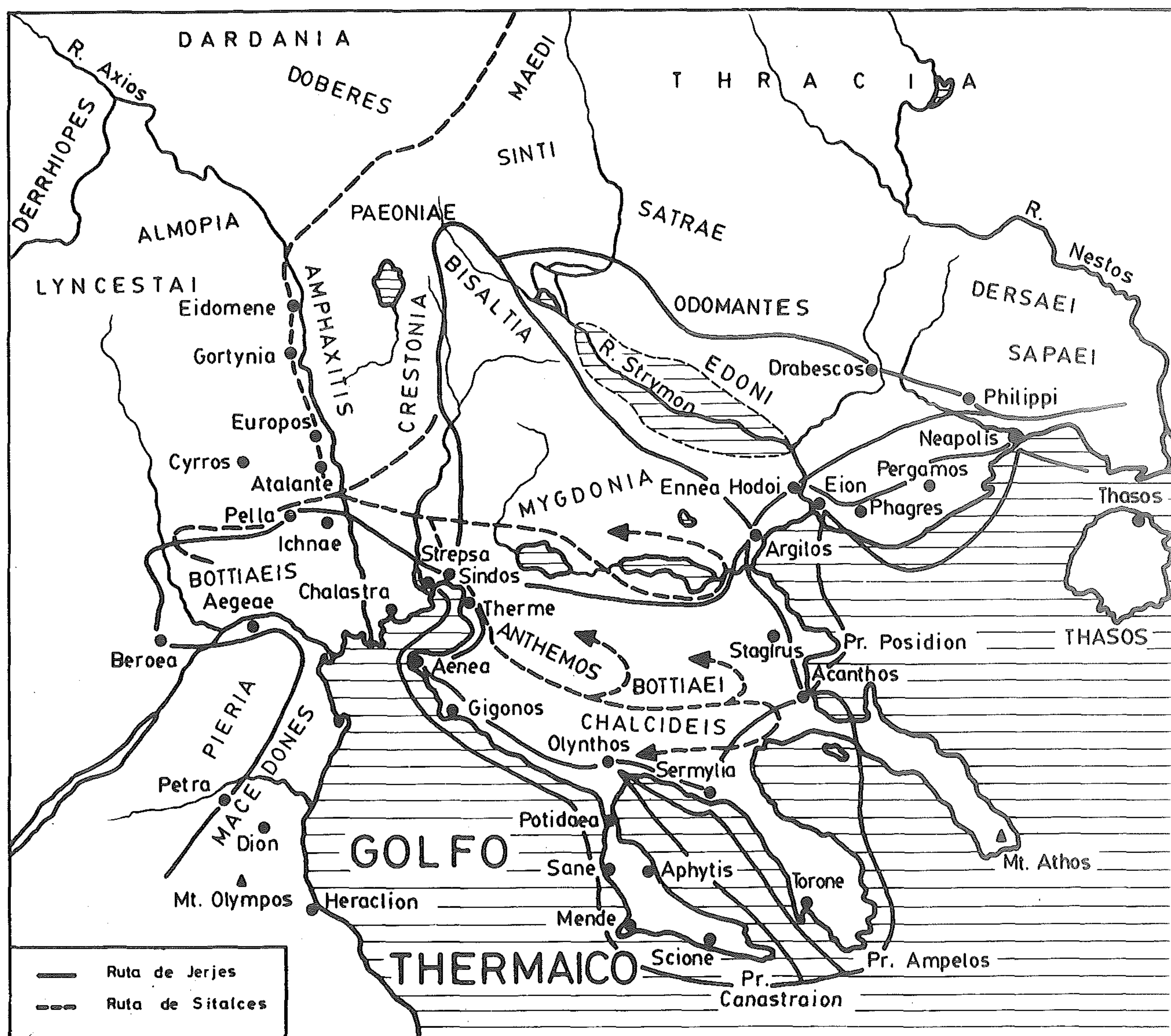
El final de la campaña persa dio al rey macedonio una oportunidad para expandir sus dominios. Pasó a controlar la cuenca baja del río Axius, y desplazó a los tracios Edones del amplio valle que se extendía entre los golfos Thermaico y Strymonico. Luego se volvió al Oeste, expulsó a los Eordoi de la cuenca del lago Bokeritis, y a los Almopes de sus tierras el noroeste de Bottiaia. La Macedonia de los Argeadas quedó así conectada con las tribus macedonias sitas al este del Pindo, que se convirtieron en súbditas y aliadas. Alejandro consiguió también dominar a los tracios Bisaltai, asentados en la ribera occidental del Strymon. A estos, y a los Krestones, situados inmediatamente al oeste, se les permitió continuar en sus comarcas. Alejandro adquirió igualmente Anthemous, zona que daba acceso a la Calcídica. Con todas estas incorporaciones el solar del reino de Macedonia se cuadruplicó en pocos años. Alejandro I fue el primer monarca Argeada que acuñó monedas con su nombre.

Las conquistas territoriales pusieron, sin embargo, a Macedonia en la vecindad de peligrosos pueblos: las tribus tracias (Odomantoi, Edones, Odrysioi) al este, las tribus Paionias al norte, los ilirios en el oeste. La consolidación del estado macedonio, de sus nuevos componentes, era requisito primordial para conjurar tales amenazas. Alejandro I desarrolló la antigua institución de los *Hetairoi*, abriéndola a los ricos propietarios rurales. Con algunos de sus elementos formó una compañía de caballería, pero la novedad básica del ejército macedonio fue la creación de los *pezetairoi* o batallones de infantería, en cuyo seno se fraguaron solidas relaciones entre los macedonios,

existentes antes sólo entre el soberano y sus compañeros de la aristocracia. Así se configuró un sistema de gobierno peculiarmente macedonio: el rey concedía la posesión de tierras a cambio de la obligación del servicio militar. Dando grandes propiedades a los *Hetairoi* y a los caballeros, y pequeños lotes a los infantes, Alejandro consiguió integrar a las gentes de su amplio reino, aumentando la lealtad de los macedonios hacia la monarquía. Las tropas de infantería significaban, igualmente, un contrapeso respecto a la poderosa aristocracia de los *Hetairoi*. A la asamblea de los hombres en armas correspondía la designación del nuevo rey o del regente. Esta y otras prerrogativas populares hacían de la realeza macedonia no un poder absoluto, sino una monarquía basada en usos consolidados por la tradición.

La expansión macedonia encontró también un difícil obstáculo: el imperio marítimo ateniense. La costa norte del Egeo quedó bajo control ateniense, y muchas de sus ciudades ingresaron en la Liga Atico-Délica. Macedonia era la más cercana y principal proveedora de madera para la industria naval, y su suelo era muy rico en minas. Para Atenas, necesitada de tales recursos, el acceso a Macedonia era un objetivo básico. Sus primeros esfuerzos se centraron en la cuenca del Strymon (expedición de Cimón del 476). Tras algunos descalabros iniciales, Atenas logró dominar el área de Bisaltia, donde Pericles pudo asentar algunos clérucos. En el 437 se estableció la colonia de Anfípolis. La rivalidad entre Atenas y Macedonia por la posesión del bajo valle del Strymon fue un hecho. Además, en Strepsa, al norte del golfo

Expansión persa en Tracia a finales del siglo VI a. de C.



Arquelaos I (413-399 a. de C.), fue hijo de Perdicas y de una concubina suya, rey de Macedonia. Mandó construir fortalezas y carreteras y orientó a Macedonia hacia una monarquía centralizada de tipo militar. Entró por la fuerza en Tesalia, apoderándose en el año 400 de Larisa, ante la desaprobación de Esparta. Murió asesinado.

Thermaico, Atenas tenía un enclave dentro del territorio macedonio, desde donde podía interferir en los asuntos políticos internos del reino Argeada, expuesto siempre a rivalidades dinásticas. Los principados vasallos de la alta Macedonia también podían ser manejados por la diplomacia ática, al igual que los pueblos bárbaros fronterizos. Atenas apoyó las aspiraciones al trono de Filipo, hermano del rey Pérdicas II (c. 454-413), el sucesor de Alejandro I. En el 429 consiguió que el reino odrisio asaltara Macedonia, asolando sus tropas extensas porciones del país. También apoyó al rey de Lyncus, enemigo de Pérdicas. Este había heredado un trono inestable, tras el asesinato de su predecesor en circunstancias poco claras. Las dificultades se patentizan en el retraimiento de la amonedación real, antes boyante. Aunque inicialmente consiguió por un tratado que Atenas reconociese su posición, propiciando una alianza entre los dos estados, las circunstancias apuntadas hicieron difícil la coexistencia. Mientras Atenas fue fuerte, con el respaldo de la Liga Marítima, Pérdicas llevó la peor parte. En el 413 tuvo que firmar un tratado que prohibía a Macedonia exportar madera sin el permiso ateniense. No obstante, al cabo de unos años el rey macedonio supo aprovechar la crisis de la Guerra del Peloponeso para obtener la ruina de la presencia ateniense en las costas de su reino.

A la muerte de Pérdicas, su sucesor Archelaos I (c. 413-399) asentó la posición de Macedonia, hacia la cual Atenas debió cambiar su política tras el desastre de la expedición siracusana. En el 407/6 Atenas honró a Archelaos como «*proxenos* y benefactor», dado que fue su proveedor de madera para la flota. El soberano macedonio, con las manos libres, pudo dedicarse a organizar administrativa y militarmente su estado. Se construyeron fortificaciones y carreteras, y el ejército fue mejor equipado, en un gran esfuerzo destacado por TUCÍDIDES (II, 100, 2). Fue seguramente este monarca quien trasladó la capital de Macedonia de Aigai a Pella, ciudad con más fácil acceso al mar. Con su reino fortalecido, Archelaos pudo consolidar el vasallaje de los principados de la alta Macedonia, y se permitió intervenir en los disturbios políticos de la vecina Tesalia.

En un aspecto fue positiva para Macedonia la presencia fronteriza ateniense. Los continuos contactos militares, diplomáticos y comerciales entre ambos estados tuvieron consecuencias culturales decisivas. El reino macedonio se abrió definitivamente a la superioridad civilizadora del resto de la Hélade. Ya a Alejandro I, llamado Philoheleno, se le había permitido participar en los juegos de Olimpia, al estimarse que su familia entroncaba con la vieja casa real de Argos. Pérdidas II acogió a emigrantes griegos, entre ellos un contingente de hoplitas que puso a su servico. En sus monedas aparece la cabeza de Hércules, antepasado heroico de la dinastía Argeada. Relaciones de amistad se establecieron entre notables atenienses y los soberanos macedonios. Archelaos, hombre culto, invitó a su corte a muchos artistas e intelectuales. Así, la residencia real fue decorada por el pintor Zeuxis. Los poetas Choirilos y Thimotheos, y el dramático ateniense Agathon, fueron sus huéspedes. Acontecimiento importante fue la llegada de Eurípides, a quien Archelaos honró con el título de «compañero». El poeta compuso en su honor el «Archelaos», dando forma literaria a la leyenda de los orígenes de la monarquía Argeada, y «Las Bacantes», donde reflejó el espíritu de aquella tierra que le acogió, y en la cual murió. La asamblea macedonia, por unanimidad, se negó a entregar sus restos reclamados por Atenas. También ciudades de nueva creación, como Herakelion y Dion, testimonian claramente cómo los macedonios reivindicaban un origen helénico no sólo para su dinastía, sino para la nación entera. El dialecto ático se convirtió en el lenguaje de la administración y la cultura cortesana. Fue esa civilización griega asumida por Macedonia, de base esencialmente ateniense, la que luego el gran Alejandro difundió por Egipto y Asia.

El reinado de Archelaos transformó a Macedonia en uno de los más fuertes estados del ámbito egeo. El rey, no obstante, murió asesinado víctima de las intrigas violentas que a menudo convulsionaban a la nobleza macedonia. Durante un largo periodo el reino estuvo sometido a las disputas de varios pretendientes, una vez interrumpida la sucesión directa, y esa debilidad fue aprovechada por la Liga Calcídica para expandirse en el territorio macedonio hasta Pella, amenaza sólo conjurada por una eventual ayuda espartana. Durante ese agitado periodo de la historia griega (primera mitad del siglo IV a. de C.), tanto Tebas como Atenas supieron sacar partido del

retraimiento de Macedonia, que se vio sometida a frecuentes ataques bárbaros. Desde el norte de los Balcanes descendieron los *Triballoi*. Los movimientos celtas en el centro de Europa, y la presión sobre el Danubio, provocaron el empuje hacia el sur de las tribus ilirias, a las que el enérgico, pero poco afortunado Amyntas III debió pagar tributo. Durante el corto reinado de su sucesor, Pérdicas III (365-360), Macedonia se recuperó eventualmente, pero a inicios del 359 el rey y parte del ejército macedonio perecieron en una gran batalla en la frontera del noroeste. Macedonia quedó sumida en el caos de los aspirantes al trono (con frecuencia apoyados desde fuera, que siempre aparecían al final de cada reinado, y los asaltos de sus vecinos. En esta difícil coyuntura sólo cabía, frente al inminente hundimiento, una sola respuesta: unificar todas las energías bajo la égida de una realeza Argeada sólida y plenamente aceptada. Los príncipes vasallos de Macedonia supieron entenderlo así. La tarea de reunificar el estado, devolverle su estabilidad interior y exterior, asegurar sus instituciones, quedó en manos del hermano más joven de Pérdicas, el famoso Filipo II.

3. El restablecimiento del estado

Tras la desaparición de Pérdicas III, el pueblo macedonio eligió rey a su joven hijo Amyntas, y como regente a su hermano Filipo, que tenía entonces veintidós años. Filipo se había educado durante algún tiempo en Tebas (367-364), donde había permanecido como rehén. Allí conoció a Epaminondas y



Tretradracma macedónico. Majestuosa la efigie de Filipo II de Macedonia llena el anverso de esta moneda, fechable, con toda probabilidad a finales de su reinado, hacia 336 a. de C.

Pelópidas, de quienes aprendió mucho en el terreno de la diplomacia y del arte militar. Estos conocimientos debió pronto ponerlos en juego, porque cuando se hizo cargo de la regencia macedonia, el estado se encontraba al borde del desastre. Lyncus se había perdido, y el vecino distrito de Pelagonia había firmado una alianza con Atenas. Durante el reinado de Pérdicas se habían independizado ciudades como Pydna y Methone en la costa, y Apollonia y Argilus en la zona de Anfípolis. Y estaba también el problema de los pretendientes al trono macedonio, al que optaban tres medio hermanos de Filipo (Archelaos, Arrideo y Menelao), y un pariente colateral, Pausanias, sostenido por los tracios. Argaeus, que había destituido en un tiempo a Amyntas, padre de Filipo, era apoyado a su vez por Atenas. Además, los Paiones, desde el norte, amenazaban el país como lo habían hecho los ilirios. Los únicos aliados de Macedonia eran la Liga Calcidia y Anfípolis.

Filipo II de Macedonia sería uno de los más grandes gobernantes del mundo antiguo. Sería él quien inaugurara una nueva etapa e impusiera en el mundo griego el concepto de monarquía frente al de «polis».

Filipo empezó por deshacerse de sus eventuales contrincantes. Sobornó a Berisades, rey tracio que apoyaba a Pausanias, quien fue asesinado, y se deshizo igualmente de Archelaos, cuyos hermanos se acogieron a la Liga Calcídica. Consiguió luego, pagando un subsidio, que los Paiones no invadieran el país. Retiró los soldados enviados a Anfípolis y, con sus tropas reorganizadas, se aprestó a hacer frente a la amenaza ateniense. Consiguió derrotar al contingente ático y a los macedonios que apoyaban a Argaeus, con lo que demostró a Atenas que contaba con el respaldo de su reino. Envió a su rival emisarios renunciando a sus pretensiones sobre Anfípolis, y firmó un tratado de paz, esperando mejores tiempos para recuperar la ciudad. Una vez asegurado este flanco, Filipo invadió Paionia en la primavera del 358, obtuvo una gran victoria y redujo a vasallaje a sus habitantes. De inmediato se lanzó sobre los ilirios e invadió Lyncus. El rey ilirio Bardylis ofreció la paz sobre la base del *status quo*, pero Filipo sólo la negoció tras conseguir un aplastante triunfo sobre quienes años atrás habían causado la ruina del estado macedonio. Bardylis tuvo que hacer grandes concesiones territoriales, y Filipo recibió en matrimonio una princesa iliria. Fue en esta campaña balcánica donde la preparación que Filipo había impuesto a ritmo rápido tanto a su infantería como a su caballería empezó a surtir sus efectos. A fines de año hubo ya una primera intervención macedonia en Tesalia.

La derrota de los ilirios significó un respiro no sólo para Macedonia, sino también para el vecino Epiro, desde donde Neoptolemo, rey de los molosos, envió en agradecimiento a su hija Olimpia, que se convertiría en reina de Macedonia. Fue quizás por esta época cuando los macedonios, tras deponer al joven Amyntas, eligieron rey a Filipo II.

Inmediatamente el nuevo soberano se enfrascó en el sitio de Anfípolis (primavera del 357). En esos momentos Atenas estaba ocupada en Eubea y el Quersoneso, así que, cuando las gentes de Anfípolis le ofrecieron entregar su ciudad a cambio de una efectiva guarnición, y Filipo propuso a su vez ceder Anfípolis a Atenas, cuando fuese tomada, la potencia ática, desencadenada ya la «Guerra Social», declinó el ofrecimiento anfipolitano, y prefirió negociar con el rey macedonio. Mientras Atenas veía su flota derrotada en Quíos, y lanzaba sus últimas operaciones en el Helesponto, Filipo estrechó el cerco. La Liga Calcídica, sintiéndose amenazada, lanzó una llamada de ayuda a Atenas que, con sus fuerzas concentradas en el Egeo contra los rebeldes de la Liga Marítima, no respondió. En el otoño del 357 Anfípolis cayó y fue declarada independiente por Filipo, retornando los exiliados. El rey macedonio, a renglón seguido, atacó Pydna, cuya ocupación facilitaron sus partidarios. Atenas se dio cuenta entonces de que el pacto con Filipo estaba roto, pero la «Guerra Social» le impedía cualquier reacción. El monarca macedonio se alió con la Liga Calcídica, mientras que Atenas le declaraba la guerra.

Filipo, no obstante, estaba en mucha mejor posición que su rival, y además las circunstancias políticas se le pusieron a favor. Por aquel tiempo atendió la demanda de ayuda que le dirigieron los Aleuadae de Larissa para defenderse de los tiranos de Feras. Una alianza entre Macedonia y Larissa quedó sellada poco antes de que Tebas interviniera en el país.

El apoyo de la Liga Calcídica fue muy importante para Filipo. Sus ciudades, bien relacionadas comercialmente con Macedonia y Tracia, habían alcanzado gran prosperidad. Su flota controlaba la salida marítima de Macedonia por el Golfo Termaico, y al mismo tiempo la Liga dominaba las comunicaciones de Filipo con Anfípolis. A cambio de su alianza el soberano macedonio le ofreció la rica zona de Anthemous, y le prometió su ayuda para rescatar a Potidea del yugo ateniense. La alianza, que contó con las bendiciones del santuario de Delfos, suponía un estado de guerra abierta contra Atenas, a la que Filipo asestó un duro golpe capturando poco después Potidea (verano del 356), que fue entregada a la Liga Calcídica. El socorro ateniense llegó tarde, y al estado ático no le quedó otro remedio que organizar un nuevo frente aliado para atacar a su poderosa enemiga, cuyas apetencias hegemónicas eran ya indudables.

Sin problemas en la Península Calcídica, Filipo pudo dar inmediatamente un paso decisivo avanzando más allá de Anfípolis hasta Krenides, que le había solicitado ayuda contra los tracios. La ciudad fue fortificada, reforzada demográficamente con el envío de colonos y rebautizada como Philippi. Desde esta base tuvo fácil acceso al área minera del Mte. Pangaion, pero se

atrajo la hostilidad de Cetriporis, rey de la Tracia occidental, quien con Lyppeus, rey de Paeonia, y Grabus, rey de Iliria, formó una gran alianza con Atenas a mediados del 356, dirigida contra Filipo. Todos veían atemorizados el imparable ascenso macedonio, pero se sentían incapaces de hacerle frente por separado. El acuerdo antimacedonio fue efímero. Atenas, a causa de la «Guerra Social», tenía sus recursos navales muy mermados y, por añadidura, el acuerdo con la Liga Calcídica dejaba a Filipo las manos libres para lanzarse contra sus adversarios bárbaros. Su general Parmenión derrotó a los ilirios, y Cetríporis debió igualmente doblegarse. En aquella época recibió Filipo la noticia del nacimiento de su hijo Alejandro. En el año 355 el rey macedonio aisló a la base ateniense de Neapolis. Algún tiempo después ocupó el territorio de Abdera y Maronea, en la costa tracia. Aprovechando el hundimiento ateniense al final del conflicto contra sus aliados, Filipo intervino en Tesalia y emprendió las operaciones contra Methone, última base ateniense en la costa tracia, cuyo control obtuvo finalmente (354).

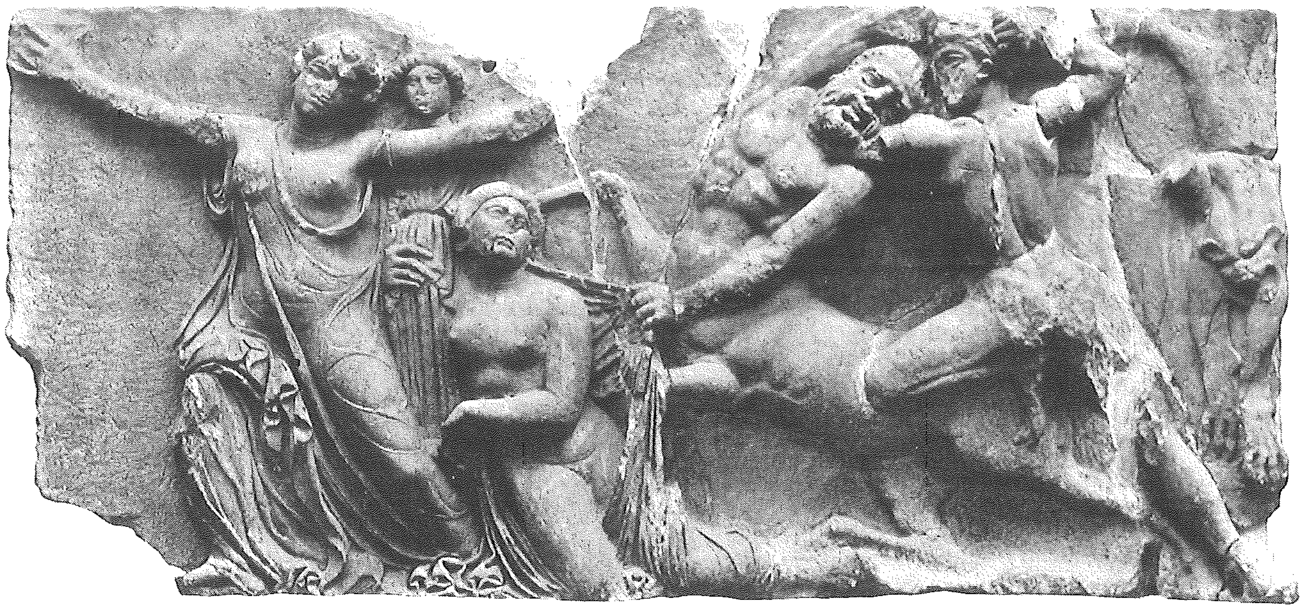
4. Política interior

La comprensión de la herencia de Filipo II. Sus infatigables trabajos por conseguir la hegemonía macedónica sobre el resto de los estados griegos, resulta indispensable como paso previo para el entendimiento del imperio de su hijo Alejandro.

Cuatro años después de hacerse cargo de un reino en trance de desaparecer, Filipo había devuelto a Macedonia su estabilidad interna y asegurado su posición exterior. Los vecinos estados bárbaros habían sido vencidos, Atenas estaba en franco retroceso, y el concurso de la Liga Calcídica aseguraba el flanco meridional del país. El momentáneo respiro fue aprovechado por el rey para consolidar su autoridad dentro de su reino. A fin de combatir las viejas tendencias autonomistas de las familias aristocráticas locales, atrajo a su corte a los nobles macedonios con el acicate de honores y empleos. Muchos pasaron a formar parte del séquito real como *Hetairoi*, y de sus filas surgieron hombres capacitados como Antipatro, Parmenión o Pérdicas, que contarían entre los mejores generales macedonios. La vida cortesana era un medio de alejar a esas familias de sus solares ancestrales, donde podían fomentar en momentos de crisis ciertas tendencias centrífugas.

Pella, la capital del estado, fue adoptando una fisonomía urbanística típicamente griega, siendo dotada incluso de puerto. Se construyeron nuevas carreteras, y se fundaron ciudades como Heraclea Lynci, para celebrar la victoria sobre los ilirios. En ellas se asentaron colonos. Fueron un eficaz medio de asimilación de los territorios sometidos y enclaves estratégicos de primer orden. A ellas enviaba Filipo a sus principales partidarios, recompensándolos espléndidamente. Estas iniciativas fomentaron también las relaciones comerciales, que se beneficiaron en algo grado de la alianza con la Liga Calcídica. Las riquezas obtenidas de la explotación del Pangaion, el auge mercantil, el prestigio de una monarquía fuerte y avalada por constantes éxitos, el control sobre la levantisca, pero ahora solidaria aristocracia, así como el afianzamiento exterior, hicieron de Macedonia una nación unida y centralizada, apta para hacer frente a cualquier vicisitud política, como ocurrió pronto con la Guerra Sagrada.

Sin embargo, y los hechos lo demuestran sin ambages, las mayores preocupaciones de Filipo fueron encaminadas a la reorganización del ejército macedonio. Este instrumento militar, en eficaz conjunción con las excepcionales cualidades del monarca en este campo, fue el verdadero artífice del poderío macedonio en aquellos años. Es sorprendente comprobar cómo Filipo, que se hizo con las riendas del estado en medio de una debacle casi total, consiguió en poco tiempo controlar los Balcanes, Grecia y el Egeo. Es verdad que sus primeros planes de estratega obedecieron a objetivos de mera supervivencia, con un ejército que acababa de sufrir graves derrotas ante los ilirios. Pero Macedonia contaba con una buena caballería, cuyo núcleo lo configuraban los *Hetairoi*, si bien su infantería apenas había destacado antes. Filipo fue el verdadero creador de la falange macedonia, a la que entrenó y rearmó convenientemente, devolviéndole la confianza. El gran triunfo sobre los ilirios fue el inicio de una serie de victorias que harían del ejército macedonio la más perfecta máquina de combate de la época. Fue Filipo problablemente quien introdujo la *sarissa*, una larga pica que se convirtió en el arma «standard» de la infantería. Los soldados, cuando actuaban sobre un terreno áspero y difícil,



Friso con la batalla entre lapitas y centauros. Procede del Templo de Apolo Epikourios (Bassoe Apecia). Hacia 460 a. de C. El templo, que no se terminaría hasta comienzos del siglo IV a. de C., denota en la caligrafía movida de estos ropajes la influencia del arte ático de principios del siglo V a. de C.

eran armados probablemente con la panoplia hoplítica, aumentando su capacidad de maniobra y su movilidad. Excepto la guardia real, constituida por hombres escogidos de todo el reino, la caballería y la infantería eran reclutadas sobre bases territoriales, suministrando cada región un cupo determinado. Seguramente eran las áreas de la alta Macedonia las que proporcionaban las más escogidas unidades militares pedestres. La base del éxito de estas tropas estribaba en la perfecta coordinación en sus acciones de los jinetes e infantes, la invulnerabilidad de sus componentes, que compensaba la pérdida de movilidad de la formación falangista cerrada, y el espíritu de victoria que Filipo supo insuflar a su ejército, surgido mayoritariamente de la masa popular.

De sus aliados recibió Filipo también contingentes de tropas, completándose los efectivos del ejército macedonio con algunos mercenarios. Aunque tenemos poca información al respecto, sabemos que los pueblos sometidos por Filipo (griegos, tracios, ilirios, etc.) le proporcionaron eventualmente soldados, que luego se integrarían en la expedición asiática de Alejandro. Tesalia, una de sus principales ganancias políticas, le brindó una caballería que tuvo actuaciones brillantes en momentos decisivos.

Pero de todo el aparato bélico creado por Filipo lo más destacado fue sin duda su técnica de asedio. En poco tiempo capturó Anfípolis, Pydna y Potidea, y continuó con los sitios de Methone y Olinto. Esta utilización de los recursos poliorcéticos era una novedad en el arte bélico de su tiempo. Filipo supo sacar el máximo partido a sus recursos, entre los que contaban algunos tipos primarios de catapulta *(gastraphetai)*, ensayados tiempos atrás por Dionisio I de Siracusa. Tuvo a su servicio a un ingeniero tesalio que se haría famoso, Polyeidos, quizás el inventor de catapultas más poderosas y efectivas, que posiblemente usó Filipo en los cercos de Perintho y Bizancio. En otros aspectos, sin embargo, como su genio táctico, la verdadera capacidad de Filipo se nos escapa, pues la información sobre sus empresas militares es muy limitada. Las descripciones de sus batallas no nos permiten conocer con precisión en qué forma la adopción de la *sarissa* cambió la táctica de la falange macedonia. Sabemos que fue Filipo quien introdujo para la caballería la formación en cuña a la hora de cargar (según el estilo tracio y escita), pero pocos datos tenemos sobre el desarrollo efectivo de tales ataques. En algunas de sus más importantes batallas sabemos que fue la caballería la que llevó la parte más decisiva.

Otro aspecto importante atendido por Filipo fue el restablecimiento económico de su estado. Las explotaciones mineras del Pangaion le dieron los recursos necesarios para movilizar un bien equipado ejército, sostener una activa diplomacia y una eficaz administración, y mantener el fasto de la vida cortesana. Es probable que Filipo empezara ya a acuñar monedas de plata en

la ceca de Pella desde el 359. En ello seguía el ejemplo de sus predecesores. Al colocar sobre las piezas monetales su nombre y su imagen ecuestre, conseguía al mismo tiempo declarar claramente y con firmeza su soberanía. Se ha hecho notar que no acuñó en oro al principio de su reinado. Aunque quizá tuvo ya intención de hacerlo en el 359, no lo llevó a cabo por el momento. Ninguno de sus predecesores en el trono lo había hecho, pues tal uso no era corriente entre los griegos. No obstante, tan pronto como Filipo reorganizó sus tropas y se desembarazó de la presión iliria, se preparó para la conquista de Anfípolis y de la región del Pangaion. La ciudad fue tomada en el 357. A renglón seguido el monarca consiguió controlar el monte Pangaion y extender sus dominios hasta el río Nestos. Esta conquista constituyó un notable éxito: no sólo se afianzaba el control sobre una importante ciudad que vigilaba el golfo de Strymon, sino también Macedonia pasaba a disponer de los notables recursos de las nuevas zonas sometidas: bosques que suministraban madera para la industria naval, minas de oro y plata que en tiempos habían hecho la fortuna de Pisístrato. Aunque seguramente las minas de plata eran las más productivas, fue la riqueza en oro del Pangaion lo que más sedujo a los antiguos griegos. Basándose en un conocido pasaje de DIODORO, muchos autores piensan que fue tras la captura de Krénides cuando Filipo empezó a acuñar en oro (356), pero para otros parece evidente que esas emisiones hay que retraerlas a la segunda parte de su reinado (entre 345-340), siendo el caudal monetal en oro relativamente bajo. Ese oro, bien en lingotes o en objetos artísticos, constituyó una parte sustancial de la riqueza del reino, y sirvió a Filipo para sobornar frecuentemente a muchos griegos.

356 a. de C. Segunda guerra santa contra los focios (Atenas, Esparta y Macedonia). Finalizaría el 346.

Aunque desde el 359 Macedonia acuñaba series de monedas en plata en la ceca de Pella, pronto se constatan otras emisiones argénteas procedentes de diferente taller. Esta nueva ceca pudo radicar en Anfípolis, y quizás empezó a funcionar en 357/6, poco después de capturada la ciudad. La apertura de esta segunda ceca fue consecuencia del control ganado por Filipo sobre el área del Pangaion. Aunque Anfípolis estaba más cerca de estas minas, su producción en plata no parece haber sido en este período superior a la de Pella, bien porque se hubiesen transferido a la capital parte de los nuevos recursos mineros, o porque ésta última poseyera suministros de materia prima propios. Las actividades de ambas cecas prosiguieron paralelamente durante todo el reinado.

La situación no fue la misma con relación a la emisiones aúreas, que quizás no se iniciaron hasta el final del reinado. Aunque Filipo dispuso tempranamente del oro extraído en el Pangaion, es factible que durante algún tiempo no considerase necesario o conveniente iniciar tales acuñaciones, que pudieron emprenderse sólo en fechas más avanzadas, cuando Macedonia tuvo que hacer frente a mayores gastos, y las monedas de plata ya no eran suficientes. La mayor parte de estas series en oro fueron producidas por el taller de Pella.

5. La política macedonia en Tesalia y Tracia

Tras la batalla de Mantinea (362) la posición dominante de Tebas en la Grecia Central quedó profundamente socavada. El estado beocio, demasiado agotado por las guerras para tomar de nuevo la iniciativa, sólo conservó una cierta capacidad de acción en el Peloponeso, donde mantenía el control sobre Megalópolis. Sus antiguos aliados, los tesalios y los eubeos, pasaron a estar bajo la influencia ateniense. La Fócide, que había rehusado enviar tropas a Mantinea, alegando que su alianza con Beocia era solamente defensiva, también buscó abandonar su relación con Tebas. El partido encabezado por Filomelo puso sus esperanzas en Atenas, en un momento no muy favorable para el estado ático, ocupado por el estallido de la «Guerra Social». Tebas, en un definitivo intento de recuperar el terreno perdido, quiso debilitar a la aristocracia focidia, que le era particularmente hostil y, aprovechando ciertas intrigas tesalias, movilizó a la Anfictionía de Delfos. En abril del 356 los focidios fueron acusados ante el consejo anfictiónico de cultivar sacrílegamente tierras sagradas pertenecientes al santuario délfico. Estas maniobras políticas, dentro de una institución de carácter eminentemente religioso, provoca-

ron inquietud en la Fócide. Tebas exigió que los focidios abandonaran tales tierras y pagaran una multa. En caso contrario, sus propiedades serían confiscadas y pasarían al templo de Apolo. El consejo determinó también que otras multas sagradas fueran pagadas. La medida afectaba a Esparta, que había sido condenada a abonar una fuerte suma a raíz de la ocupación por los lacedemonios de la Cadmea, acrópolis de Tebas. El veredicto, por tanto, incidía tanto sobre los focidios como sobre los espartanos. El estado laconio veía así renacer de nuevo su viejo contencioso con la liga Beocia.

La multa impuesta por la anfictionía suponía una durísima carga, que la aristocracia focidia no estaba dispuesta a acometer. El pueblo focidio eligió como *strategos autokrator* a Filomelo, y se aprestó a la defensa. A mediados del 356, y tras consultar con Arquidamo, rey de Esparta, Filomelo, argumentando que Delfos había pertenecido en el pasado a la Fócide, ocupó la ciudad sagrada de Apolo, y anuló el decreto que contra su país había elaborado el consejo anfictiónico.

El líder focidio puso en estado de defensa a Delfos con un cuerpo de mercenarios. Consiguió, igualmente, que la asamblea focidia aprobara su iniciativa, y obtuvo también el apoyo de Atenas y Esparta. Ante esta situación, la esperanza de Tebas, que ahora trataba a Filomelo no como un particular rebelde, sino como verdadero caudillo del estado focidio, se cifraba en el apoyo de los tesalios, que disponían de mayoría de votos en el consejo anfictiónico. Presionando adecuadamente consiguió en octubre del 355 que la anfictionía declarase la tercera «Guerra Sagrada» contra Fócide. Filomelo, apropiándose de los recursos que le brindaba el tesoro délfico, reclutó nuevas tropas con las que derrotó primero a los ejércitos de Beocia y Lócride, y luego a los tesalios (354) quienes, depués de este episodio, retiraron su ayuda al estado tebano. Como síntoma de los nuevos tiempos que se avecinaban en el arte militar, un ejército ciudadano como el de Beocia había quedado fuera de combate ante los contingentes mercenarios de la Fócide.

352 a. de C. Conquista de Tesalia por los macedonios.

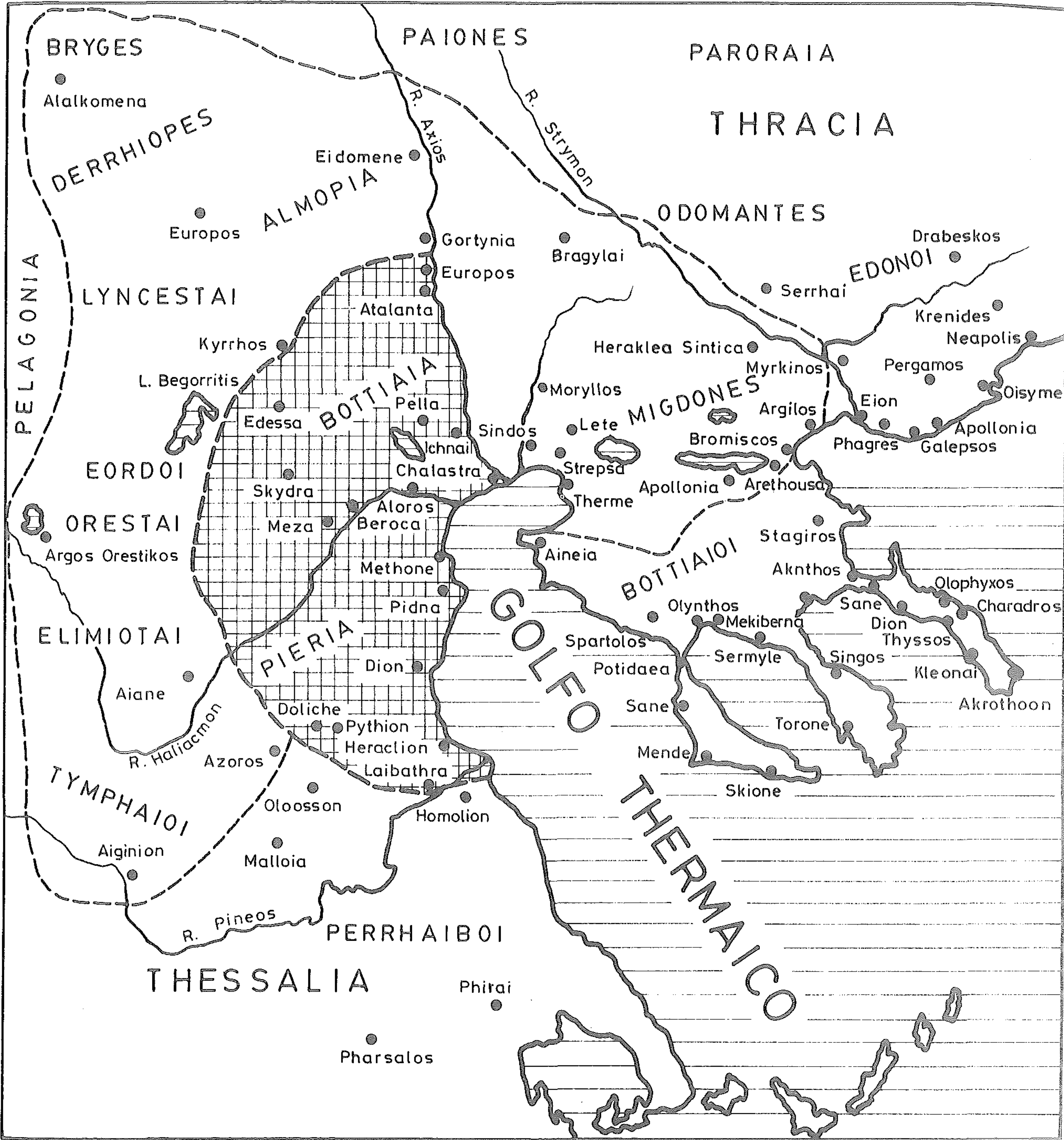
Filomeno, a raíz de su victoria, que había impedido la conjunción de las fuerzas tebanas y tesalias, había dejado al enemigo beocio rodeado por estados rivales. Atenas, Eubea y también Acaya estaban aliadas con Fócide. De la Lócride, agotada por las campañas precedentes, no podía esperarse un apoyo efectivo. A mediados del 354 la situación de Tebas era muy desfavorable. Además, por aquel tiempo los tiranos de Feras entraron en conflicto con la liga Tesalia. Los dos bandos antagonistas buscaron aliados en el exterior: los tiranos se dirigieron a Atenas. La liga se volvió hacia Filipo de Macedonia, quien en aquellos momentos, tras conseguir la sumisión de Methone, pudo poner sitio a Pagasae, el puerto de Feras, en cuya ayuda acudió una fuerza naval ateniense. De nuevo el rey macedonio volvía a toparse con Atenas. Actuando con celeridad, Filipo capturó finalmente Pagasae, controló los pasos del Tempe y Oloösson, y dejó aislada a Feras.

A fines del 354 Filomelo cayó derrotado y muerto ante los beocios en Neon (Fócide), y el grueso de las tropas focidias y sus mercenarios debieron retirarse al Parnaso. Para recuperarse económicamente, Beocia decidió ayudar al sátrapa rebelde Artabazo, a quien envió un cuerpo expedicionario al mando del general Pammenes, que marchó por tierra a través de Tracia. El jefe tebano se encontró allí con Filipo en Maronea (353). Consiguió que el rey macedonio firmara un pacto de no agresión con el monarca tracio Cersebleptes, lo que le sirvió no sólo para asegurar la amistad entre Tebas y Macedonia, sino también para tener libre acceso a Asia. Atenas, a su vez, cerró una alianza con Amadocus, rey de la Tracia central.

6. La Tercera Guerra Sagrada

La ejecución por los beocios de los prisioneros focidios capturados en la «Guerra Sagrada» (353) forzó a la Fócide a una acción decisiva y desesperada. Un experto caudillo militar, Onomarco, vino a ocupar la vacante dejada por Filomelo. Reclutó nuevos contingentes mercenarios, compró alianzas e invitó a toda una serie de estados (Atenas, Esparta, Corinto, Megara, etc) a enviar representantes a Delfos y contribuir a la reconstrucción del templo de Apolo. A renglón seguido, se lanzó sobre sus enemigos. Consiguió someter la Lócride y mantener a raya a las agotadas tropas beocias, pero no pudo

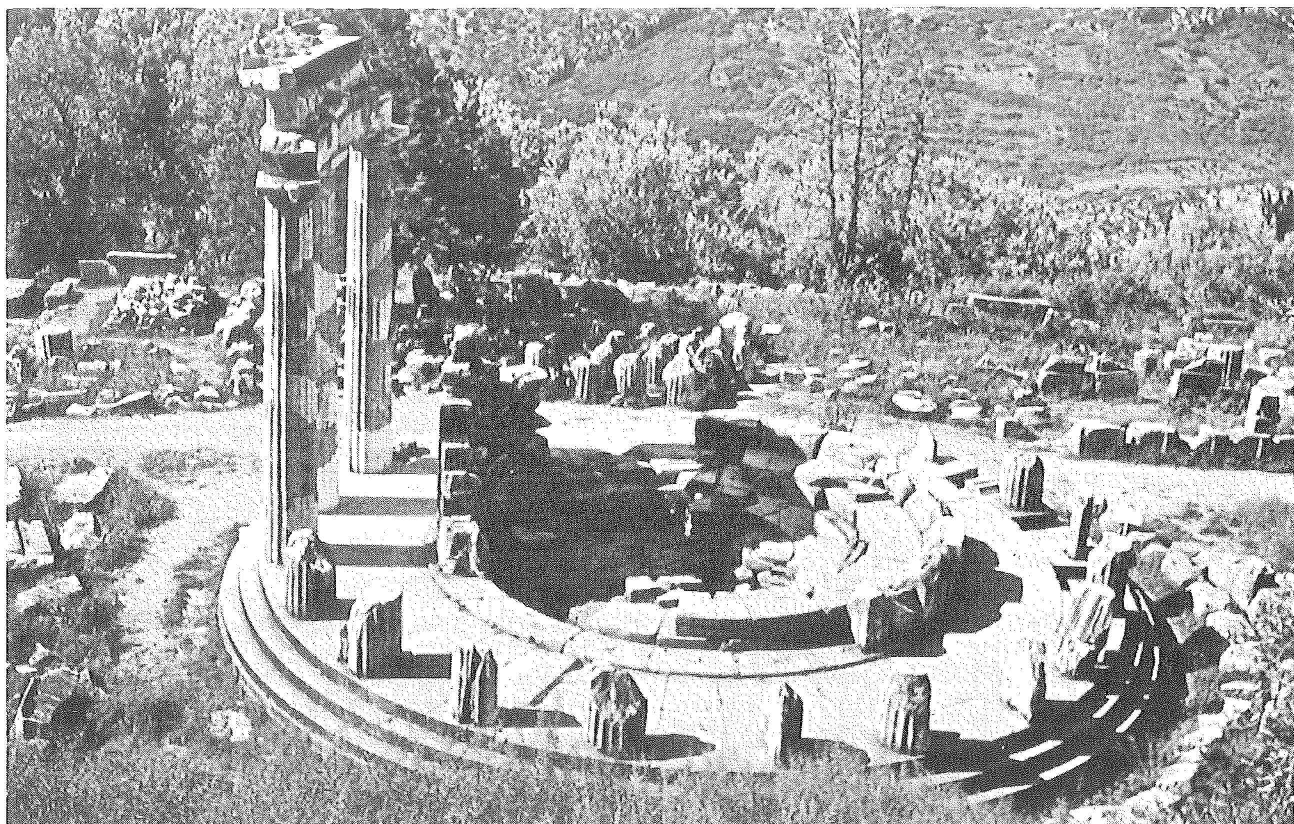
atraerse a las ciudades tesalias, que se habían decantado por la ayuda de Filipo para combatir a los tiranos de Feras y Crannon. A mediados del 353 el rey macedonio venció al ejército combinado de los tiranos y los focidios, estos mandados por Phayllos, hermano de Onomarco. Algún tiempo después el propio Onomarco marchó hacia el norte con el resto de sus fuerzas, venció a



Evolución de Macedonia del siglo VI al IV a. de C.

las tropas de Filipo y sus aliados tesalios, y expulsó al soberano macedonio de Tesalia con graves pérdidas. De vuelta a la Fócide, Onomarco derrotó al ejército beocio y tomó Coronea. La primera intervención de Filipo en la complicada política griega se saldó con resultados adversos.

En este momento el poder de Fócide, bajo el liderazgo de Onomarco, nuevo *strategos autokrator*, con el apoyo de los mercenarios y los recursos del



Tholos o templo circular de Delfos. Hacia 390 a. de C. Atribuido a Theodoros de Phokaia. Esta forma, para un tipo de edificación religiosa de la que se desconoce la función, enmarcada entre dos anillos de columnas, se repetirá también en Epidauro y Olimpia.

oro délfico, y el respaldo tácito de sus aliados, no parecía tener rival, y amenazaba directamente la supervivencia de Beocia. Por el mismo tiempo (353), Esparta recuperaba en el Peloponeso su iniciativa sobre Argos, y proponía la devolución de los territorios arrebatados en Grecia a sus ancestrales poseedores, lo que implicaba reconocer a Fócide la posesión de Delfos, y recuperar la Mesenia para el estado laconio. Atenas, por su parte, conseguía ocupar Sestos, en el Quersoneso, y forzar a una alianza al rey tracio Cersebleptes, que debió cederle algunas ciudades. El frente antibeocio y, por ende, antimacedonio, se encontraba en un momento de apogeo.

Al año siguiente (352) Filipo tomó la iniciativa sitiando Feras. Cuando los tiranos de la ciudad apelaron a la ayuda de focidios y atenienses, el rey macedonio convenció a la liga Tesalia (especialmente la aristocracia de Larissa, que le secundaba eficazmente) para que pusiera sus fuerzas militares bajo su mando. En la primavera Onomarco retornó al norte apoyado por una flota ática dirigida por Cares. La intención de los dos aliados era probablemente ocupar las alturas estratégicas al este de Tebas de Ptiótide, para permitir el desembarco allí de los atenienses y la ulterior conjunción de ambos ejércitos con la caballería y los mercenarios de Feras. Entretanto, Filipo había reunido junto a Feras un contingente mixto de macedonios y tesalios, con la intención de evitar que Onomarco se juntara con sus aliados. Al enterarse de que los focidios se acercaban, el rey macedonio abandonó momentáneamente el cerco de Feras, y marchó apresuradamente a la búsqueda de Onomarco, a quien encontró al sur de Tebas de Ptiótide. Antes de que los atenienses desembarcaran atacó a las tropas focidias, que fueron presionadas contra la costa por el ímpetu de la caballería macedonia y tesalia. Muchos soldados focidios resultaron ahogados en su intento de alcanzar las naves atenienses. Entre los caídos figuró el líder Onomarco. Otros fueron hechos prisioneros y, de acuerdo con las determinaciones tomadas por los combatientes de esta «Guerra Sagrada», se les ajustició por sacrílegos. La consecuencia inmediata de esta batalla, que se conoce como la victoria de la llanura de Crocus, fue la rendición de Feras y otras ciudades tesalias, que los tiranos Licofrón y Pitolao pudieron abandonar, junto a sus mercenarios, tras un acuerdo de capitulación. Desde este momento, el intervencionismo de Filipo sobre la Liga tesalia

fue total. El país fue pacificado y se liquidaron los enfrentamientos entre las ciudades. Filipo, aceptado por la Liga tesalia como general (arconte) de sus tropas, ocupó algunos puntos estratégicos del país, que le aseguraron el control de los pasos de Oloösson y Tempe, y puso una guarnición en Pagasae.

A mediados del 352 Filipo descendió hacia las Termópilas con su ejército combinado de macedonios y tesalios. Mientras tanto, Phayllos había sucedido a Onomarco al frente del estado focidio. Consiguió ayuda militar de Esparta y Acaya, así como los mercenarios que le trajeron los depuestos tiranos tesalios. También Atenas envió un contingente de hoplitas y jinetes por mar para contribuir con los focidios a defender las Termópilas ante el avance de Filipo, e impedir que se uniera con las fuerzas beocias. Ante la fuerte resistencia que se le oponía, el rey macedonio retrocedió, dejando para mejor ocasión el objetivo que se había propuesto, la ocupación de la Fócide como campeón de los derechos de Delfos frente a su sacrílega rival.

Olvidándose momentáneamente de la Grecia central, Filipo retornó a su plan de control sobre Tracia. Atendió la llamada de algunas ciudades de la Propóntide (Bizancio, Perintho), que estaban en guerra con Cersebleptes, a quien derrotó (351). El rey tracio debió ceder algunos territorios disputados a los aliados de Macedonia, y entregar su hijo a Filipo como rehén. Macedonia mantuvo buenas relaciones con Cardia, en el Quersoneso, y tuvo fácil acceso al Bósforo a través de su aliada Bizancio. Paralelamente, la Liga Calcídica hizo proposiciones de alianza a Atenas (fines del 352), que pronto fueron conocidas. El estado ático envió una expedición al Quersoneso, pero pronto Filipo logró conjurar la amenaza que se cernía sobre el acuerdo con los calcidios, vigente desde el 357/6.

7. El estado ateniense

Desde las pérdidas sufridas ante Filipo en Tracia el año 355, a las que se añadió poco después Methone, Atenas había limitado notablemente su política exterior agotada, como estaba, su posición por el resultado negativo de la «Guerra Social». Sus iniciativas ulteriores no significaron un enfrentamiento directo contra Macedonia, pero las hostilidades continuaron en alza desde el momento en que el estado ático se decidió a apoyar a los focidios. Faltaban recursos, no obstante, para aprovechar el retroceso sufrido por Beocia en Grecia central, eliminándose así a un enemigo peligroso, o para responder adecuadamente en Tracia o en el Quersoneso, salvo el episodio de la ocupación de Sestos en 353/2. Hizo una alianza con Lócride, pero tardó algún tiempo en cuajar el acuerdo que siempre había buscado con la Liga Calcídica.

La política ateniense en aquel tiempo estuvo inspirada por el partido pacifista de Eúbulo, que había suplantado en el poder al partido imperialista de Timoteo, descalabrado al final de la «Guerra Social». En las filas de Eúbulo, apoyado por los grupos acomodados atenienses, que no querían aventuras exteriores, sino sólo concentrarse en el aprovechamiento de los propios recursos, figuraba un importante e influyente orador, Esquines. Los planteamientos políticos de Eúbulo eran los siguientes: recuperación económica del estado ático, que tenía una difícil situación financiera tras el desastre de la «Guerra Social» y las pérdidas en el norte del Egeo ante Filipo, resistencia contra el expansionismo macedonio y control del Quersoneso. La propuesta de defender las Termópilas fue hecha por Diofanto, amigo de Eúbulo, y las negociaciones con la Liga Calcídica probablemente las llevó el propio dirigente ateniense. El partido en el gobierno tenía ahora clara conciencia de que una política no intervencionista era lo mejor para recuperar a Atenas, que, en efecto, vió sus finanzas restablecidas. Ello permitió recomponer la flota ateniense con nuevas trirremes e instalaciones, y mejorar las fortificaciones. Además, la cleruquía de Samos fue reforzada en 352/1. La explotación de las minas prosperó en manos de la iniciativa privada, y se aprobaron nuevos impuestos.

Fue ésta la época en que el gran orador Demóstenes inició su carrera política. En su primer discurso público («Sobre las simmorías»), pronunciado en el 354, se opuso a la política belicista contra Persia, promovida en la asamblea en un momento de gran abatimiento para Atenas. Aprovechó la oportunidad para proponer un gran saneamiento de la hacienda pública,

afirmando la necesidad de una reforma en el sistema de contribución para las trierarquías. Este discurso, que entonces armonizaba con la política de Eúbulo, fue seguido a los pocos años por otros dos en los que, por el contrario, recomendaba una ofensiva política exterior, opuesta a los principios pacifistas del clan dirigente. A fines del 353 Esparta y Megalópolis se hallaban enfrentadas, y ambas recurrieron a la alianza ateniense. En su discurso «En defensa de los megalopolitanos» (352) Demóstenes, conectando con la línea de acción exterior propugnada antes por Calístrato, recomendó apoyar a Megalópolis frente a Esparta, con el fin de mantener un equilibrio de fuerzas en el Peloponeso y separar a Megalópolis de la órbita tebana. En el 351 los exiliados demócratas de Rodas se dirigieron a Atenas solicitando ayuda para liberar a la isla de una oligarquía que estaba apoyada desde Caria, donde gobernaba Mausolo, príncipe vasallo del Gran Rey. Demóstenes, en su discurso «Por la libertad de los rodios», se mostró partidario de actuar en ayuda de Rodas. Las últimas intervenciones de Demóstenes mostraban a Atenas el camino a seguir para restablecer su prestigio entre los estados del momento: recuperación naval que permitiera intervenir de nuevo en el Egeo y en las islas de la «Segunda Liga Marítima»; política desafiante ante el imperio persa; y atención al Peloponeso para equilibrar el poder espartano. En este plan de acción exterior sorprende la total indeferencia respecto a Macedonia, quizás porque Demóstenes, en sus actuaciones ante la asamblea ateniense, sólo tenía entonces un camino para abrirse paso ante la postura no intervencionista propiciada por el gobierno de su patria: evocar las líneas maestras de una política que antaño había dado gloria a Atenas. Su aparente indiferencia ante los asuntos del norte no era, sin embargo, total, porque en su discurso «Contra Aristócrates» (352) se interesó por la política ateniense en Tracia, donde aconsejó fomentar las divisiones entre los principados indígenas, con el fin de mantener el control de Atenas sobre una zona que le era vital. El proyecto parecía olvidar no sólo la influencia de Filipo en dicha área, sino también la propia impotencia del estado ático para acometer empresas militares en aquel alejado país. Pero para Demóstenes cualquier movilización de la opinión pública en este sentido constituia un arma adecuada para atacar al partido de Eúbulo.

8. Filipo asegura la frontera norte

Tras ser frenado en las Termópilas, Filipo retornó momentáneamente a la frontera septentrional de su reino. Probablemente en el 351 realizó una campaña contra las tribus ilirias asentadas en torno al lago Lychnitis, sometiendo a su monarca como vasallo. Este área, que incluía las minas de plata de Damastium, le pagó tributo y suministró tropas. Sobre la campaña nos informan, con pareceres contrapuestos, Demóstenes, que acusa a Filipo de efectuar duros desplazamientos de poblaciones, e Isócrates, que alude a un plan de pacificación en la zona. Recientes descubrimientos en el sur de Yugoslavia y Albania nos permiten conocer el alcance de la obra de Filipo en esas regiones. Extendiendo su autoridad más allá de las fronteras de su estado, el rey macedonio ampliaba sus bases defensivas en toda la zona de Pelagonia, controlando los pasos montañosos, y asegurando la estabilidad de Lynkos. A fin de asegurar las comunicaciones con el Epiro se construyeron fortalezas, de las que quedan restos, y se instalaron guarniciones. Filipo propició la emigración a esas comarcas de muchos macedonios, que pusieron en explotación las posibilidades agrícolas y pesqueras de aquellas tierras sitas en torno al lago Lychnitis.

Macedonia se había aliado con Arybbas, soberano de los molossos, en el 357 para obtener la cooperación del Epiro contra las invasiones ilirias. En el 350 Filipo invadió Epiro y envió a su joven cuñado Alejandro a Pella para educarse en la corte, obligando a Arybbas a aceptar una posición secundaria como regente. Finalmente en el 342 acabó expulsándolo del Epiro e instaló a Alejandro en el trono de Molossia. Consiguiendo así una notable intervención en toda esta región, Filipo aseguraba la estabilidad de su frontera septentrional, desde Pelagonia hasta la costa jonia.

El alcance de esta eventual esfera de influencia de Filipo en los Balcanes lo señalan dos guerras contra distantes caudillos. En el 345 tuvo lugar la primera contra el rey Pleuratos, un nombre común entre los ilirios Ardiaioi estableci-

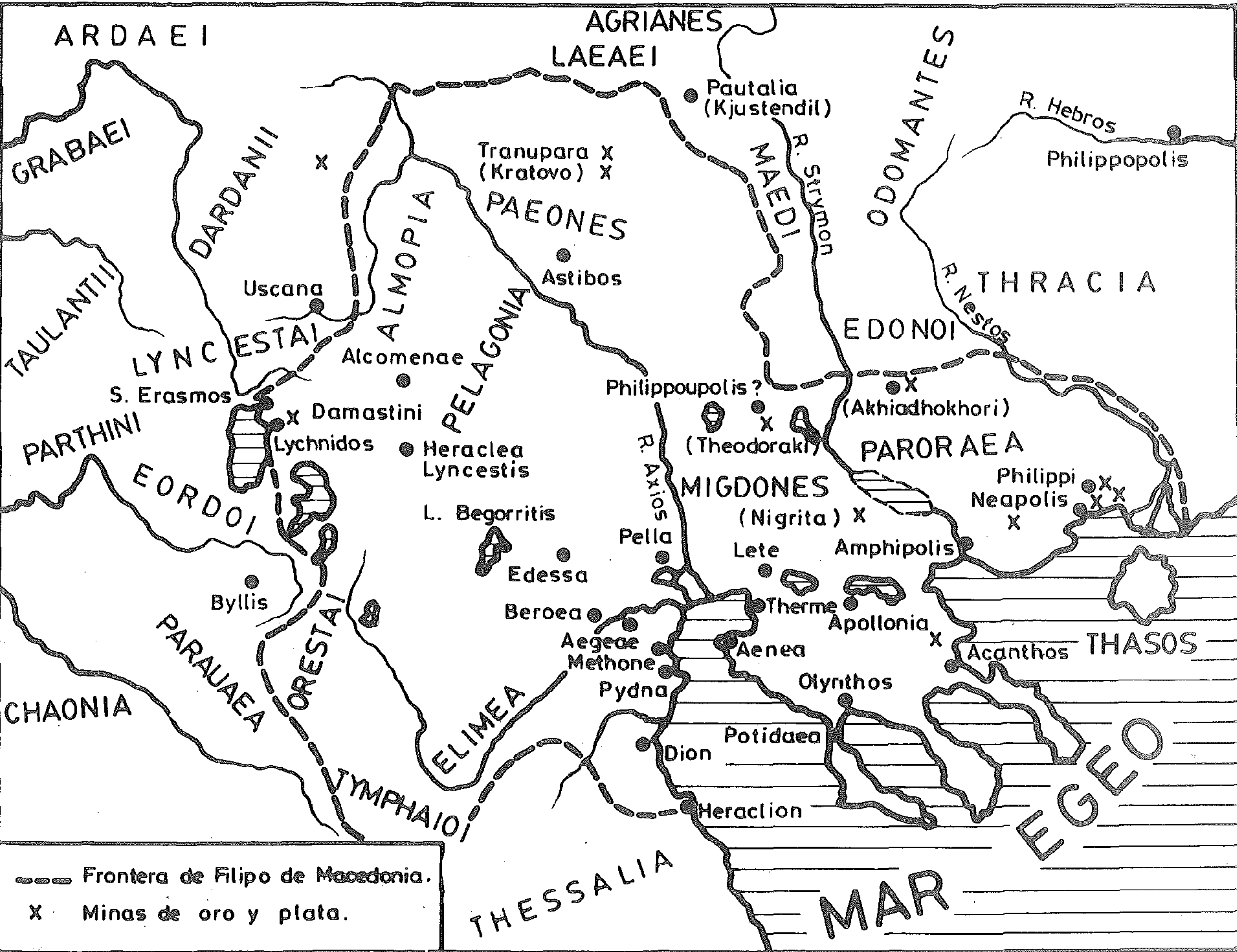
Filócrates (siglo IV a. de C.), ateniense; formó parte junto a Demóstenes y Esquines de una embajada que se envió a Filipo de Macedonia, después de la toma de Olinto. La paz de Filócrates, en el 346, fue para Atenas una grave derrota diplomática. Filócrates se exilió voluntariamente.

dos a lo largo de la costa dálmata. La segunda campaña se efectuó en el 337/6 contra Pleurias, nombre atestiguado entre los Dardanoi o los Autariatai situados más al interior. Los lugares donde se desarrollaron ambas guerras son desconocidos, de tal forma que no se sabe exactamente si Filipo entró en el corazón geográfico de aquellos pueblos, o se limitó a defender de sus incursiones sus nuevas ganancias territoriales en los Balcanes. Cuando Isócrates señala en el 346 que Filipo dominaba a todos los ilirios, salvo los que vivían en el litoral adriático, probablemente se refiere a que el rey macedonio controlaba todas las tribus ilirias sitas en los Balcanes centrales, a las que impuso tributos, y de las que recibió tropas. Macedonia pudo, de tal forma, asegurar su frontera occidental y concentrarse en otros teatros de operaciones.

9. La guerra entre Atenas y Macedonia por la Calcídica

Durante los años 351/0 Filipo extendió también su radio de acción a otros lugares. Aseguró su dominio sobre los tesalios, algo descontentos por sus imposiciones, y en cuyo territorio aseguró la posesión de Pagasae y Magnesia; y estableció un acuerdo de amistosa neutralidad con Persia, donde retornaron el sátrapa Artabazo y el capitán de sus mercenarios, Memnón de Rodas, refugiados temporalmente en la corte macedonia. La flota de Filipo, incrementada en ese tiempo, hizo incursiones contra Lemnos, Imbros y Scyros desde la costa tracia (351), y pudo interceptar desde sus bases tesalias los envíos de cereales que Atenas recibía. En el 349 Filipo consideró su posición lo suficientemente segura como para intentar un peligroso objetivo, la sumisión de la Liga Calcídica, que ofrecía una base de operaciones a sus enemigos. El desarrollo de las acciones bélicas iba a suponer la apertura directa de hostilidades contra Atenas.

Macedonia bajo Filipo.



En la capital ática los pasos dados por el rey macedonio habían sido seguidos con expectación y no poca preocupación. La intención de Filipo parecía evidente para todos: transformar a Macedonia de un estado interior agrícola de segunda fila en una gran potencia con salida al mar. La amenaza era directa para Olinto, importante ciudad comercial de la Calcídica que lindaba con el estado macedonio. En un tiempo había llegado a contraer una alianza con Filipo contra Atenas, movida por la tradicional rivalidad de muchas ciudades hacia el empuje marítimo y mercantil del Atica. Ahora se sentía amenazada. La primera «Filípica» de Demóstenes, quizá pronunciada en el 351, pone ya en candelero el tema de la expansión macedonia, debatido frecuentemente en la asamblea. El orador insiste en que el avance de Filipo es en buena parte resultado de las concesiones y ligerezas de Atenas, que parece incapaz de reaccionar. Sugiere que los planes de campaña sean alterados, para sustituir las simples expediciones de auxilio por verdaderas ofensivas contra el enemigo. Propone que se armen dos ejércitos, de los cuales uno debe estar disponible en todo momento, para ser embarcado inmediatamente en caso de que Filipo repita uno de sus ataques por sorpresa. Este ejército tiene que estar compuesto de ciudadanos, no de mercenarios (tema reiterado a menudo por Demóstenes), y atacará directamente a Macedonia cuando Filipo la deje indefensa para intentar otra empresa exterior. El segundo ejército, en campaña permanente, y con mayoría de mercenarios, será una fuerza de intervención inmediata que, desde las bases de Lemnos, Thasos y Sciathos, asolará el litoral tracio y bloqueará los puertos macedonios. Con este discurso Demóstenes incitaba a Atenas a tomar la iniciativa, enlazando así con su actuación en las cuestiones de Megalópolis y los rodios. Pero, por el momento, sus sugerencias no fueron escuchadas. Tendría que mediar el ataque de Filipo contra Olinto para que sus proposiciones fuesen tenidas en cuenta y sus claras previsiones políticas se impusieran.

En efecto, a mediados del 349, cuando sus partidarios en Olinto adquirieron influencia y consiguieron el destierro del líder demócrata Apollonides, el rey macedonio ordenó a los dirigentes de la Liga Calcídica la entrega de dos pretendientes que le habían disputado el trono, sus medio hermanos Arrideo y Menelao. El dilema para las ciudades de la Calcídica estaba claro: sumisión e integración en Macedonia, o independencia al precio de una guerra con su poderoso vecino. La Liga rehusó las pretensiones de Filipo y solicitó ayuda a Atenas.

Los tres discursos de Demóstenes llamados «Olintiacas», pronunciados antes de Noviembre o Diciembre del 349, cuando Macedonia inició las hostilidades, nos permiten conocer la actitud de Atenas en estos momentos decisivos. El orador propuso en el primero de ellos el rápido envío de una fuerza defensiva para proteger la Calcídica, y de otras tropas para atacar a Macedonia. Hasta los miembros del partido pacifista se dieron cuenta de la grave situación y abandonaron su pasividad. El plan doble de Demóstenes, expuesto ya en la primera «Filípica», parecía el único viable para atacar a un estado tan asentado continentalmente como Macedonia, y ponerlo en entredicho ante sus aliados. El orador insiste en que la ocasión de intervenir es oportuna y se debe tomar una decisión rápida, tratando de sacar a la población ateniense de su apatía, de su falta de responsabilidad. La asamblea ateniense votó una alianza con la Liga y el envío a Olinto de un cuerpo de 2.000 peltastas mercenarios y 38 trirremes al mando de Cares. En la segunda «Olintiaca», Demóstenes trata de demostrar al pueblo que Filipo ha obtenido su poder mediante la fuerza injusta y la traición, aprovechando también la política acomodaticia de Atenas, que en el fondo gobierna sobre una nación débil y descontenta, y que sus días están contados. Propone ejercer una presión diplomática sobre Tesalia y redoblar las operaciones bélicas. Presenta un cuadro totalmente negativo, tanto de la persona del rey macedonio, como de quienes le rodean, buscando con esta dura crítica moral del enemigo, destruir el mito de la imbatibilidad de Filipo. Pero Demóstenes se daba también cuenta de que la voluntad de ayudar a Olinto no bastaba, había que hacerla efectiva, y para ello era preciso recabar nuevas fuentes de ingresos. En su tercera «Olintiaca» propuso una medida impopular, porque afectaba a todos, especialmente a los más humildes. Se trataba del denominado fondo «teórico», dinero que los ciudadanos recibían del tesoro estatal para poder asistir a las representaciones teatrales en las grandes festividades nacionales.

348 a. de C. Por instigación de Filipo, Eubea se separa de Atenas.

346 a. de C. Paz de Filócrates entre Atenas y Macedonia.



Grecia en tiempos de Filipo II.

Precisamente Eúbulo, el líder de Atenas, debía su gran prestigio como hacendista a la gestión administrativa de ese capítulo durante aquellos años, por lo que la iniciativa de Demóstenes le afectaba directamente, y suponía un abierto enfrentamiento del orador contra el partido gobernante. Demóstenes basó su proposición, que «a priori» parecía difícil que prosperase, en una idea: los ciudadanos debían combatir, pues solamente un pueblo en lucha podía ganar su soberanía y ser dueño de su destino. Lo que significaba, a su vez, un

ataque contra las clases acomodadas de Atenas, cuyo pacifismo era proverbial. La propuesta de ingresar en el tesoro de la guerra el dinero para el teatro no encontró mejor acogida que el proyecto de conducir la guerra en dos frentes simultáneos. El partido de Eúbulo era aún demasiado poderoso y el odio de los ricos contra Demóstenes bastante fuerte, como se vio cuando acaeció por aquel tiempo el enfrentamiento del acaudalado ateniense Midias con el orador. A este último, sin embargo, los acontecimientos le darían pronto la razón.

A finales del 349 Filipo lanzó su ofensiva sobre la Calcídica, aprovechando que las condiciones climatológicas (un recurso que supo aprovechar bien) estorbaban el envío de la limitada ayuda ateniense. Algunas ciudades cayeron por traición, otras por asalto. El rey macedonio tuvo que ocuparse paralelamente de los asuntos de Feras, donde uno de los tiranos exiliados había recuperado el poder. A principios del 348, a raíz de los manejos de Filipo, estalló una sublevación en Eubea contra el tirano de Eretria, que solicitó la ayuda de Atenas. La pequeña fuerza expedicionaria ateniense no pudo hacer frente a los mercenarios macedonios llegados desde Tesalia, y a mediados de año el estado ático tuvo que reconocer la independencia de esta isla (salvo Carystus), cuyo control era vital para sus abastecimientos. Mientras tanto, el avance macedonio sobre la Calcídica había progresado. Atenas, mientras pudo, envió tropas desde el Quersoneso y Eubea, y recibió subsidios de Orontes, sátrapa de Mysia, rebelde contra el Gran Rey. En el verano Filipo, tras derrotar a las fuerzas de Olinto en dos batallas, puso cerco a la ciudad, que cayó antes de que los nuevos socorros atenienses llegaran por mar. Olinto fue saqueada y arrasada (actualmente está en curso de excavaciones), y sus pobladores vendidos como esclavos. Otras ciudades de la Calcídica fueron desprovistas de sus fortificaciones. La península fue incorporada a Macedonia, y se transplantó parte de su población al interior sustituyéndola por colonos macedonios. El resultado de la campaña fue desastroso para Atenas: se esfumó la última oportunidad de frenar el avance macedonio hacia el sur; la pérdida de Eubea facilitaba a Filipo el acceso a Beocia por las Termópilas; por si todo fuera poco, el estado ático se encontró en esta coyuntura totalmente aislado, pues sus demandas de ayuda no fueron atendidas. Dentro de Atenas la inquietud reinó. El partido de Eúbulo, que había tomado la fracasada iniciativa de mandar embajadas a todos los griegos para luchar contra Filipo, se sintió inseguro, mientras arreciaban las críticas contra quienes habían conducido la guerra. Empezaron a surgir voces clamando por una paz con Macedonia.

10. La paz de Filócrates

Tanto para Eúbulo y Esquines, como para el propio Demóstenes, parecía indudable que esa paz con Filipo eran la única salida viable que le quedaba a Atenas, cuyo poderío naval, a su vez, el rey macedonio todavía respetaba. También era la única opción para desentenderse de la Guerra Sagrada. Por su parte, Filipo esperaba obtener así definitivamente ciertas concesiones (como la posesión de Anfípolis), a las que el estado ateniense no parecía querer renunciar. En el verano y otoño del 348 Filipo mostró sus deseos a Atenas. Filócrates, un partidario de Eúbulo, propuso que Filipo enviase embajadores, postura defendida por Demóstenes quien, a su vez, solicitó en otoño del 347 la concesión de una corona de Aristodemus, quien había informado de que Filipo no sólo quería la paz, sino también una alianza defensiva con Atenas. Paralelamente, la Guerra Sagrada continuaba desarrollándose con episodios no decisivos. Los focidios quitaron el mando a Phalaeco por malversación de fondos, y nombraron tres generales, que se dedicaron a asolar Beocia. Los beocios recurrieron a Filipo, que envió en el 347 unas pocas tropas. Los dirigentes de Fócide hicieron también llamamientos secretos a Esparta y Atenas, que prometieron enviar ayuda. A principios del 346 Phalaeco recuperó el control del norte de Fócide, y espartanos y atenienses retiraron su apoyo. Una embajada de diez atenienses, entre los que se encontraban Filócrates, Esquines y el propio Demóstenes, se encaminó hacia Macedonia.

Las intenciones de Filipo en este momento no estaban claras para Atenas. Tras la caída de Olinto, el soberano macedonio podía haber aprovechado la

derrota y aislamiento de su rival para, con su proverbial celeridad, forzar el paso de las Termópilas, apoyándose en Eubea, unirse a sus aliados beocios, derrotar a los focidios y volverse contra Atenas. Y, sin embargo, no sólo había regateado su ayuda a los tebanos, sino que había hecho ofertas de paz a Atenas desde el 348. No sabemos si sus deseos de alianza eran sinceros, y pretendía mantenerse más como árbitro que como combatiente en la Guerra Sagrada; o si, astutamente, lo que deseaba era dar a Atenas una falsa sensación de seguridad. Desde luego, Filipo recibió en Pella a los emisarios atenienses con amabilidad, les sorprendió con su sagacidad y encanto personal, y según cuenta como testigo presencial el orador Esquines, dejó confundido al propio Demóstenes cuando le tocó intervenir. Filipo manifestó que no sólo la paz, sino también una alianza, podía ser muy beneficiosa para Atenas. En marzo del 346 los embajadores retornaron a la capital ática, siendo homenajeados. La asamblea se reunió durante dos días consecutivos para discutir los términos de la paz y alianza con Filipo, cuyos emisarios llegaron pronto a Atenas.



Moneda de oro de época de Filipo II de Macedonia (382-336 a. de C.). Representa una biga al galope. La biga es un carro de dos ruedas tirado por dos caballos, que se utilizó en las carreras, para el triunfo y otros usos. Se conserva en el Gabinete Numismático de Milán.

Las propuestas de Filócrates fueron aceptadas finalmente por la asamblea. Los términos acordados reconocían la situación imperante (Anfípolis pasaba a Filipo), y obligaban a los aliados de Atenas. La alianza incluía un compromiso mutuo para combatir la piratería y mantener la libertad de navegación. El juramento de Atenas y sus aliados se efectuó en presencia de los enviados de Filipo. En mayo llegaron a Pella los embajadores atenienses que iban a cerrar el acuerdo con el rey macedonio. Este retornó de Tracia, donde combatía a Cersebleptes, y se encontró con los delegados de Atenas, y también los de Tebas, Fócide, Eubea y Esparta. Se le presentaba una ocasión fácil para intervenir en los asuntos de los estados griegos, no sólo los de Grecia central, sino también los del Peloponeso, donde Argos, Megalópolis y Mesenia, los aliados de Tebas, esperaban su apoyo para luchar contra Esparta. En Feras, donde tenía ya reunidas sus tropas, Filipo prestó juramento al tratado de paz y alianza con Atenas y sus aliados. La embajada ateniense retornó apresuradamente. En la reunión de la asamblea se dio lectura a una carta de Filipo, donde reiteraba sus sentimientos favorables hacia Atenas. Esquines defendió la sinceridad de esta postura. Demóstenes, que se había opuesto a una paz que en el fondo creía necesaria para Atenas, y sobre todo a la alianza, porque en todo ello Filipo había impuesto sus condiciones, volvió a mostrar su disconformidad. Para el gran orador resultaba claro que esa paz dejaba a los focidios, que luchaban desesperadamente contra Tebas, y a quienes se había excluido de ella, a merced de Filipo, quien tenía una opción para intervenir directamente en los asuntos de Grecia central. Dejó que la responsabilidad de la paz recayera sobre el partido de Eúbulo, al que consideraba causante de la situación. La asamblea extendió la alianza a los descendientes de Filipo, y se mostró dispuesta a actuar contra los focidios si éstos rehusaban entregar Delfos.

A nadie se le ocultaba, y mucho menos a Demóstenes, que, pese a la alianza con Macedonia, Atenas estaba más aislada que nunca. Su pasividad en la política exterior había llevado a muchos estados griegos, incluso los del apartado Peloponeso, a buscar el amparo de la nueva potencia surgida en el norte. Los ideales panhelénicos (bajo el liderazgo moral de Atenas) que antaño defendiera Isócrates, parecían quebrantarse ahora ante el auge del gigante macedón. Puesto que el entendimiento entre Atenas y Esparta, ambas agotadas por largas guerras, parecía imposible para contrarrestar el ascenso imparable de Filipo, la única manera de impedir que el rey macedonio amenazara a los estados griegos era ahora para Isócrates involucrarlo en la defensa de la Hélade contra el enemigo persa. Pese a la presencia ateniense en los Estrechos, que no había sufrido mengua, Macedonia y Persia eran dos colosos destinados a enfrentarse tarde o temprano. Vemos cómo ahora (364) Isócrates retorna a una de sus viejas obsesiones (la guerra contra Persia) en su «Filipo», pero establece como presupuesto previo el restablecimiento de la concordia entre los helenos por obra del rey macedonio. Es innegable que tales ideas suponían una certera intuición del futuro, y resulta factible que su programa, al difundirse en el mundo griego, preparase el terreno a la Liga de Corinto, y a la propia expedición de Alejandro a Asia. Isócrates, en esa carta dirigida al soberano de Macedonia, insiste en que Filipo deje en evidencia las sospechas que su actitud ha provocado, coordinando la acción de todos los

griegos, sin apoyar a unos contra otros. Actuando así, el orador suministraba a Filipo el instrumento que en ese momento, y cara a justificar inmediatas acciones, necesitaba: una propaganda eficaz que presentase sus empresas no como fruto de una calculada política expansionista, sino como una verdadera tarea de unificación de la Hélade. Los acontecimientos ulteriores se desencadenaron en esta dirección.

Pronto se vio claro que Filipo iba a aprovechar la indefensión en que los focidios habían quedado, al ser excluidos del tratado firmado con Atenas y sus aliados. Las tropas macedonias penetraron en la Fócide por la vía de las Termópilas (julio del 346), y Phalaeco se vio obligado a capitular, permitiéndosele la libre retirada con sus 8.000 mercenarios al Peloponeso. Filipo colocó guarniciones en algunas plazas. La actitud de Atenas en este moemtno fue de relativa hostilidad, ya que rehusó enviar las tropas que el rey macedonio le había solicitado. Filipo reunió seguidamente el consejo anfictiónico. Algunos



Cerámica ática de figuras rojas, procedente de la colección Castellani, Roma. Principios del siglo V. Recuerda la copa el modelo de Eufronio, el mismo porte del caballero y la elegancia del caballo, sólo una novedad, la lanza del guerrero.

propusieron masacrar en parte a los focidios, y vender el resto como esclavos, práctica ya seguida en la Guerra Sagrada. Esquines, representante de Atenas, solicitó clemencia. La decisión quedaba en manos de Filipo, que controlaba los votos de los tesalios, que eran mayoría en el consejo. Se declaró sacrílegos a quienes habían intervenido en el saqueo de Delfos y se les sometió a juicio; las ciudades focidias fueron divididas en pequeños núcleos de población; las armas fueron destruidas y los caballos requisados; los focidios debían entregar a Delfos una indemnización de 60 talentos anuales, que se pagó así hasta el 338/7, en que se redujo a 10 talentos. Como demuestran algunas inscripciones délficas, los focidios cumplieron escrupulosamente estas condiciones. Los dos votos que tenían en el consejo anfictiónico fueron transferidos a Filipo, a quien se cedió también el privilegio de consultar primero el oráculo. Una delegación de la anfictionía, con una carta del rey macedonio, exigió a Atenas excusas por su pasividad y el envío de representantes. Tras presidir los juegos Píticos, Filipo retornó a Macedonia.

11. La lucha interior en Atenas

En las negociaciones que consolidaron la ruina de los focidios, Atenas había estado representada por Esquines, partidario, como su amigo Eúbulo, de la paz con Macedonia. Esta postura le convertía obviamente en antagonista de Demóstenes, que lo describe, de un modo excesivamente apasionado, como un traidor, vendido a Filipo y obligado, por tanto, a presentar con el cariz más optimista para Atenas todas las empresas del rey macedonio. Ahora, cuando Filipo presionaba sobre Atenas para que reconociese las resoluciones adoptadas por el consejo anfictiónico contra la Fócide, era el momento de

saber si el nuevo líder del mundo griego estaba dispuesto a cumplir las promesas con las que, al entender de Demóstenes, había seducido a muchos atenienses.

El discurso «Sobre la paz» nos permite conocer el pensamiento del gran orador en esta coyuntura difícil para su patria. Su postura se cifra en una desconfianza total ante las sugerencias de Filipo, aunque Demóstenes abogara en esta ocasión, con sorpresa de sus adversarios, por el mantenimiento de una paz que consideraba por el momento la única salida conveniente. Desde luego, no confiaba en que la paz fuese a durar, y sus palabras demuestran que estimaba inevitable un futuro enfrentamiento con Filipo. Frente a Isócrates, Demóstenes, fiel a sus planteamientos, no podía ver en el soberano macedonio el caudillo de todos los helenos. Su actuación en la Fócide, y las determinaciones tomadas bajo su presión en Delfos, le desacreditaban como tal. Pero reconocía que Filipo contaba ahora con muchos aliados, y lo más oportuno para Atenas, desde el punto de vista político, era aprovechar el paréntesis que ofrecía esa paz para superar la negativa situación presente, e intentar luego aislar a Filipo atrayéndose a sus aliados. Precisamente en este discurso «Sobre la paz» Demóstenes sugiere ya esa nueva orientación de la política exterior ateniense que, en principio, debe tener dos coordenadas definidas. Una, la ya referida en su discurso «En defensa de los megalopolitanos»: atraerse a los estados peloponésicos opuestos a Esparta (Arcadia, Mesenia y Argos). La otra, intentar un acuerdo con Tebas, a costa incluso de cederle la posesión de Oropo. Era, desde luego, una directriz difícil de entender para muchos atenienses, porque rompía con varios lustros de antagonismo hacia el estado beocio. Para Demóstenes se presentaba una ardua batalla contra Filipo que, realmente, debía mantener en dos frente. Dentro de Atenas la oposición a sus ideas de Eúbulo y Esquines llega a hora a su punto culminante. Para ambos la paz es una solución definitiva. Para Demóstenes no, pues tenía claro que esa postura significaba entreguismo y, en definitiva, traición. Esta fue la acusación que lanzó Demóstenes contra Esquines, cuando éste regresó de su embajada en Delfos. El proceso fue aplazado durante tres años por las intrigas de los adversarios de Demóstenes, quien en otoño del 344 fue enviado al frente de una misión para intentar sustraer a Argos, Arcadia y Mesenia de la influencia de Filipo. El resultado de la embajada fue totalmente negativo. Filipo, a quien se erigieron estatuas en Argos y Arcadia, elevó sus quejas por tal acción.

En respuesta a la protesta del monarca macedonio, Demóstenes pronunció su segunda «Filípica». En ella presenta a Filipo como el verdadero enemigo de Atenas, y lanza duras acusaciones contra Esquines, cuyo proceso estaba aún pendiente, como responsable de esa pasividad que había facilitado el avance del enemigo casi hasta las mismas puertas del Atica. Atribuye el hundimiento de la Fócide a la corrupción de los emisarios atenienses por Filipo, y reclama de nuevo para Atenas la posesión de Anfípolis y Potidea. A raíz de todo esto Filócrates fue condenado a muerte. Entre otoño del 344 y el verano del 343 Filipo hizo dos tentativas para mejorar sus relaciones con Atenas. En Delos se elevaron voces solicitando a la anfictionía de Delfos que el templo de Apolo Delio fuese liberado del control ateniense. La custodia del templo fue concedida a Atenas, decisión sin duda inspirada por Filipo, cuya influencia en la asamblea era incuestionable. El rey macedonio ofreció tambien revisar el tratado de paz y alianza, haciéndolo extensivo a otros estados griegos. La asamblea ateniense mandó a Macedonia una embajada presidida por Hegesippus, oponente de Filipo. Se pidió al rey macedonio que la cláusula que en el 346 había establecido el *status quo* entre ambos estados se rectificase, en el sentido de que cada uno de ellos mantuviera sus propias posesiones, lo que el partido de Demóstenes entendía como devolución por Filipo de las ciudades que se le reclamaban. Filipo se opuso a esta modificación, y el tema de la admisión de otros estados griegos a la paz del 346 fue olvidado. Por esa misma época llegaron embajadores de Persia a Atenas, cuyas propuestas de amistad fueron desatendidas.

Pronto la situación interna de Atenas desembocó en una dura lucha entre partidarios y enemigos de Macedonia. A mediados del 343 Demóstenes acusó abiertamente a Esquines por su actuación en la embajada del 346. El proceso contra Esquines, del que se han conservado los discursos por ambas partes, desató las más violentas pasiones. Los dos alegatos de Demóstenes titulados

«Sobre la falsa embajada» nos permiten seguir de cerca el ambiente de los tribunales atenienses del momento, convertidos en una mera palestra demagógica de los enconados ataques de los dos partidos en liza. Esquines fue absuelto por sólo treinta votos, gracias al apoyo del bando de Eúbulo, pero este resultado, al igual que la condena sufrida por Filócrates, demostraba que el prestigio de Demóstenes ante el pueblo ateniense era cada día mayor. El gran orador, junto con Hegesippus, formó parte de una delegación para sondear posibles apoyos en el Peloponeso contra Filipo. Al margen de las diatribas políticas, para los atenienses resultaba incuestionable la necesidad de un rearme frente a la amenaza macedonia, y de una ofensiva diplomática que reparase el aislamiento del estado ático. Se arbitraron nuevos recursos económicos, se revisó minuciosamente la lista de ciudadanos en los «demos», siendo muchos privados de dicha condición y sus bienes confiscados. Se invirtió mucho dinero en la industria naval, construyéndose un nuevo arsenal en Zea, y equipándose en el 343 trescientas trirremes. Ante el temor de la actividad que pudiesen ejercer los agentes de Filipo, se dotó al consejo del Areópago de especiales facultades para mantener la seguridad, ello a incitación de Demóstenes. Para garantizar los abastecimientos de trigo procedentes de Crimea, se enviaron clérucos al Quersoneso, y se intentó vanamente apoyar al rey tracio Cersebleptes, acosado por Macedonia. Se concluyeron, igualmente, acuerdos con algunas ciudades de Lesbos, con Thasos y las Cícladas.

12. Preludios de guerra

El rey macedonio había aprovechado el paréntesis abierto tras los acontecimientos del 346 para afianzar su posición en los Balcanes, realizando una campaña contra el rey ilirio Pleuratos. Se dedicó, igualmente, a consolidar la integración de la alta Macedonia, donde se fundaron ciudades, se transplantaron pobladores de otras procedencias, y se desarrolló la agricultura. Las comunicaciones fueron mejoradas y las relaciones comerciales se fomentaron. La nobleza local, integrada en la aristocracia macedonia, y la población campesina, que proporcionaba importantes contingentes para el ejército, fueron amalgamadas en un solo ideal bajo el carisma personal de Filipo.

Había que fortalecer las fronteras del reino y asegurar las lealtades de los estados aliados, antes de aspirar al definitivo liderazgo del mundo griego. Esta fue la principal tarea de Filipo en estos años. Puesto que Tesalia era el puente hacia la Grecia central, y proporcionaba una importante caballería, la atención del soberano macedonio se dirigió allí en el 344. Expulsó a algunos tiranos, instaló comisiones de diez miembros al frente de ciertas ciudades, y el país fue dividido en distritos para facilitar su administración. Las acuñaciones locales cesaron, y se usó unitariamente la moneda macedonia. El pueblo tesalio eligió a Filipo arconte vitalicio de la Liga, a raíz de lo cual pudo controlar la movilización de las tropas, dirigirlas en la guerra y recaudar los tributos. La guarnición macedonia de Feras le garantizaba el dominio de las rutas que conducían al sur. El paso de las Termópilas quedaba vigilado por un destacamento tesalio acantonado en Nicaea. La Liga Etolia se alió con Macedonia, y algunos líderes de Mégara también se volvieron hacia la potencia septentrional. En Delfos fueron erigidas por la anfictionía estatuas a Apolo y Filipo. Este entró en el 342 en el Epiro, donde instaló a su cuñado Alejandro de Molossia, cuyo reino quedó ampliado hasta el golfo de Ambracia previa incorporación de algunas ciudades griegas.

Diopeithes (mediados del siglo IV a. de C.). Condujo un cuerpo de clérucos en Quersoneso de Tracia, que habían entrado en conflicto con la ciudad de Cardia; ésta consiguió la ayuda de Filipo de Macedonia, cuyo territorio limítrofe fue entonces arrasado por Diopeithes.

Atenas, por su parte, no dilató una ofensiva diplomática, que le era del todo necesaria, para contrapesar los apoyos que Filipo se había ido garantizando. La actitud del rey macedonio en el Epiro había alarmado a Ambracia y Leucas, dos fundaciones de Corinto, por lo que solicitaron la ayuda ateniense. Se enviaron tropas a Acarnania, y Filipo, que no quería aún forzar los acontecimientos, se retiró. Durante el invierno del 343/2 Demóstenes, Hegesippus y otros enviados atenienses buscaron nuevas alianzas. En Tesalia no consiguieron nada, pero sí en el Peloponeso, donde estrecharon lazos con Corinto y sus colonias (Ambracia, Leucas, Corcira), y con la Liga Aquea, que desconfiaba de los etolios, aliados de Filipo. También se afianzaron relaciones con Cephallenia, Argos, Mesenia y Arcadia. Tras su retirada de Ambracia, Filipo ofreció de nuevo revisar su tratado con Atenas y someter las mutuas



Ruinas del Philipeion de Olimpia. Fue construido por Filipo II de Macedonia tras la victoria de Queronea, donde venciera el 338 a. de C. a ateniense y tebanos.

diferencias a un arbitraje, pero las negociaciones efectuadas a principios del 342 fracasaron. El rey macedonio, no obstante, aceleró su presión exterior sobre Atenas en todos los frentes posibles.

Precisamente una de las pocas ganancias territoriales que Atenas había conservado era el Quersoneso, una posición estratégica cuya importancia se acentuaría a tenor de los inmediatos acontecimientos. Filipo deseaba conseguir el control del Bósforo para entorpecer los abastecimientos de trigo a Atenas desde el Mar Negro. Para ello le era imprescindible poseer el dominio absoluto sobre Tracia, también objetivo vital ante la cambiante posición de Persia en la orilla oriental de los Estrechos. El Gran Rey (Artajerjes Occhos), tras aplastar la revuelta de Fenicia en el 345, se había lanzado a la conquista de Egipto en el 343, con fuerte apoyo de tropas griegas. El éxito persa fue absoluto, y el soberano aqueménida tuvo así las manos libres para dirigir su atención a Asia Menor. Allí el tirano Hermias de Atarneo había consolidado su posición sobre la Tróade y mantenía buenas relaciones con Filipo. Hermias fue expulsado, y el poder persa se afianzó en el Helesponto. Un acuerdo entre Persia y Atenas en aquella zona podía perjudicar sensiblemente a Macedonia.

Filipo realizó una campaña en Tracia en la segunda mitad del 342, en el curso de la cual pereció el rey Cersebleptes. El reino odrisio quedó incorporado a Macedonia. El rey de los getas, que ocupaban las llanuras del bajo Danubio, estableció amistad con el monarca macedonio. En los nuevos territorios fueron fundadas colonias y construidas carreteras. Phillippopolis dominaba la gran llanura del alto curso del Hebrus, y Cabyle la ruta comercial hacia el Danubio. Las ciudades griegas que conectaban con esta ruta, Aenus sobre la costa egea, y Apollonia y Odessus en el litoral del mar Negro, se aliaron con Filipo. Toda la zona se benefició tras la pacificación de las tribus tracias. Estos éxitos alarmaron, obviamente, a los elérucos atenienses del Quersoneso, pero también a dos ciudadanos aliadas de Macedonia, Perintho y Bizancio.

El comandante ateniense Diopeithes, que mandaba las tropas mercenarias de Atenas en el Quersoneso, precipitó los acontecimientos al invadir el territorio tracio y atacar Cardia, ciudad aliada de Filipo, que instaló allí una guarnición. Cuando el rey macedonio envió una nota de protesta a Atenas, la situación se hizo tensa (341). El partido promacedonio exigió la inmediata destitución de Diopeithes. En la asamblea se abrió de nuevo la polémica. Demóstenes pasó abiertamente a la ofensiva. En su discurso «Sobre el

Quersoneso» se opuso enérgicamente a la destitución de Diopeithes, alegando que si así se hacía Atenas no podría ayudar a Bizancio ni defender su control sobre el Helesponto, en caso de un eventual ataque macedonio desde Tracia.

En la tercera «Filípica» el gran orador denuncia sin ambages a Filipo como agresor y enemigo de Atenas, poniendo en evidencia ante el pueblo ateniense las claras intenciones belicistas del enemigo. Para Demóstenes, realmente, nunca ha dejado de existir un estado de guerra latente desde el brutal avance de Filipo contra la Fócide. Presenta en su discurso todas las transgresiones de Filipo, y no sólo los delitos contra Atenas, sino los que afectaban a toda Grecia, cuya unidad reclama frente al peligro macedonio. Demóstenes muestra la enorme labor de zapa que el oro de Filipo ha efectuado, corrompiendo a muchos griegos. Había que luchar por la libertad de Grecia, y Atenas debía estar como antaño en la vanguardia. Era una llamada al panhelenismo pero no, como pensaba Isócrates, bajo la égida de Macedonia, sino precisamente contra Macedonia, que era el mayor peligro que había amenazado al mundo griego desde las Guerras Médicas.

340 a. de C. Fundación de la Liga Helénica.

13. La lucha en los Estrechos

La invocación a toda Grecia hecha por Demóstenes en su tercera «Filípica» preludia el resultado final de esta contienda. En ese apasionado discurso, que ejerce aún sobre el lector moderno toda la fuerza de su fascinación, se sintetizan todos los ideales que habían movido al gran orador en la palestra política, que realmente se sintetizan en uno sólo: la unidad de todos los griegos, por encima de los sentimientos egoístas que los habían siempre dividido, la consolidación de un movimiento nacionalista que superase las tradicionales envidias entre los estados, amenazados ahora por un enemigo común. Demóstenes tenía clara conciencia de que, para rebasar esos ancestrales antagonismos, era preciso terminar también con rivalidades que habían llevado siempre al mundo helénico a una guerra casi continua. Un caso peculiar era la oposición entre Atenas y Tebas. Había que superarla ahora, a sabiendas de que Filipo contaba con la alianza beocia. Pero era de suponer que el irresistible avance macedonio suscitase recelos entre los tebanos, cuya voluntad podía ganarse más fácilmente si se contaba, como así ocurría, con la amistad de Mesenia y Arcadia, los aliados peloponésicos de Tebas.

Filipo era, por otra parte, lo suficientemente sagaz como para darse cuenta de que ese estado de guerra, que el imperialismo macedonio había impuesto a Grecia, podía suscitar en todas las ciudades una clara voluntad de independencia, sentimiento a tener en cuenta si se traducía en una colaboración entre estados que, en otras coyunturas políticas, no habían dudado en desgastarse entre sí. Aun a los griegos les era posible, bajo la batuta de Atenas, reunir un fuerte ejército impulsado por ese deseo de libertad que Demóstenes hacía tema primordial de sus discursos. En una campaña terrestres las espaldas estaban todavía en alto, aun reconociéndose la evidente preparación del ejército macedonio. En el mar la superioridad seguía siendo del frente antimacedonio. Filipo, además, no podía estar seguro de que la Grecia central constituyese un aliado de confianza, y de que los tebanos fuesen un puente fácil, cara a una hipotética invasión del Atica. Realmente, esta primera fase del conflicto definitivo entre Atenas y sus aliados y la potencia macedónica iba a tener como escenario principal la zona de los Estrechos, donde Filipo sabía muy bien que podía poner a Atenas en apuros cortándole los suministros de cereal procedentes del mar Negro.

El apoyo a Diopeithes, a quien se enviaron refuerzos para asegurar el control del Helesponto, suponía una clara provocación y un desafío a las demandas de Filipo. Los viajes de los lídires antimacedonios aportaron también a Atenas la alianza de estados que anteriormente le habían sido hostiles (Bizancio, Quios, Rodas). Persia hizo llegar ayuda económica a Diopeithes. Resultado del acuerdo con Bizancio fue la amistad con su ciudad fundadora, Megara. Otro éxito ateniense acaeció en Eubea, donde a raíz de una intervención militar, de acuerdo con Callias de Calcis, las ciudades recuperaron sus regímenes democráticos y se aliaron con Atenas. En marzo del 340 los estados griegos amigos de Atenas celebraron un congreso, en el que acordaron contribuir a la guerra contra Filipo. Fue un momento de gloria

para Demóstenes, verdadero promotor de esta concordia que casi parecía un milagro. Sus servicios fueron recompensados con una corona de oro. Sin embargo, el estado ático no declaró por el momento la guerra a Macedonia, ni denunció el tratado de alianza.

Era de suponer que Filipo evitaría en Tracia un enfrentamiento directo con los colonos atenienses del Quersoneso, reforzados militarmente, y buscaría el control del Bósforo atacando las colonias griegas allí situadas. Efectivamente, tras establecer tropas en la costa tracia para proteger el avance de su flota por el Helesponto, desembarcó sus efectivos cerca de Perintho, e inició el asedio de una ciudad que antes había sido su aliada. Perintho recibió algún apoyo desde las vecinas satrapías persas y desde Bizancio. Los macedonios usaron toda clase de recursos poliorcéticos (catapultas, torres de asalto, escalas, túneles) para atacar las murallas. Ante la resistencia de los sitiados, Filipo dividió sus tropas, incrementadas con nuevos aportes, e inició simultáneamente otro asalto contra Bizancio. Para Atenas había una esperanza en aquella zona, que el imperio persa, sintiéndose amenazado, incrementara su acción contra el expansionismo macedonio. Aunque las acometidas de Filipo contra dichas ciudades resultaron vanas, se vio pronto atacada directamente por el enemigo. Un convoy de barcos mercantes, que bajo la protección naval ateniense se disponía a atravesar los Estrechos, fue interceptado por los macedonios. Atenas ordenó a Cares, que había relevado a Diopeithes, socorrer a Bizancio con su flota de cuarenta naves pero los sitiados, recelando de sus mercenarios, no quisieron acogerle. Otro destacamento, dirigido por Foción, sí fue aceptado, y contribuyó a la defensa de la ciudad. Esta resistió tan heroicamente el asalto final de los macedonios que Filipo, con su flota aislada en el mar Negro, tuvo que levantar el cerco, alegando que los atenienses podían amenazar Tracia.

El resultado de esta campaña macedónica fallida fue un notable triunfo para Atenas y, en concreto, para Demóstenes. El caso de Olinto no se había repetido con Bizancio. Sin embargo, un factor que podía haber jugado un papel importante en este conflicto, la intervención persa, cesó desde ahora. La detención del ataque macedonio contra el Bósforo hizo que el Gran Rey se desentendiera inmediatamente de aquella zona. Esta postura restó mucha efectividad a la causa de los aliados griegos, que no pudieron contar en aquel frente con un estado fuerte que obligara a Filipo a mantener allí una parte de sus efectivos. Pero esa falta de previsión política sería también pocos años después funesta para el propio imperio persa, que no supo calcular el peligro que podía significar para su existencia una Macedonia engrandecida. La amenaza ya la observó Demóstenes en su cuarta «Filípica»: «Si los persas nos abandonan y algo nos ocurre a nosotros, nada le impedirá a Filipo atacar al rey persa.»

Tras abandonar los cercos de Perintho y Bizancio, Filipo se volvió hacia el norte para ocuparse del rey escita Ateas, cuyas tribus habían emigrado hacia el sur por el pasillo existente entre los Cárpatos meridionales y el mar Negro, y habían derrotado a los tríbalos y getas que ocupaban el bajo Danubio. Filipo llamó a su hijo Alejandro, encargado de sustituirle en Macedonia, para que participara en la expedición y ganara experiencia en la guerra. En las llanuras cercanas al Danubio el ejército macedonio atacó a los escitas, a quienes infligió una decisiva derrota. Cuando las tropas retornaban con un considerable botín, los tríbalos les cerraron el paso. Filipo debió abrirse camino a través de un territorio hostil, fue herido en una pierna y los macedonios perdieron parte del botín conquistado. Tras retornar a Pella, el soberano macedonio se dispuso a continuar la guerra contra Atenas.

El estado ateniense había aprovechado la campaña de Filipo contra los escitas para rearmarse convenientemente. Bajo el liderazgo de Demóstenes se acometieron importantes preparativos bélicos. La carga fiscal necesaria para llevar adelante tales proyectos recayó sobre los trescientos contribuyentes más ricos de Atenas. A mediados del 339 el orador convenció al pueblo ateniense para que recursos del fondo «teórico» fuesen invertidos en preparativos militares, al igual que otros capítulos del presupuesto público. Cabe suponer que Demóstenes debió encontrar enormes dificultades para convencer a las clases acaudaladas de Atenas, siempre opuestas a la guerra, de que estos sacrificios eran necesarios. Precisamente, ese espíritu de sacrificio social, básico para entender el programa de política interior planteado por Demóste-

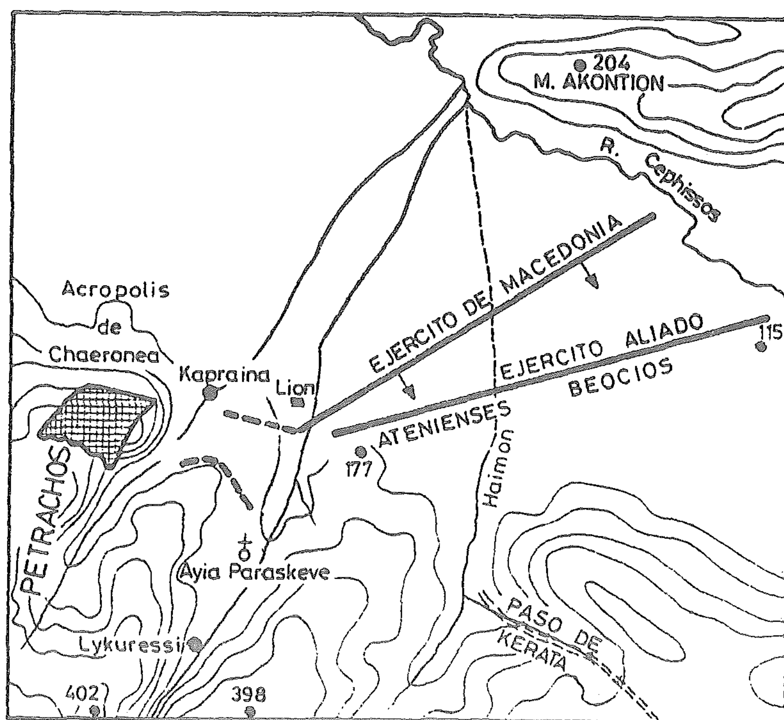


Hércules, copia griega de una obra de Lisipo (siglo IV). El ritmo marcado de la figura se intensifica con el tratamiento de las superficies. La claridad de las desnudeces contrasta con la profunda incisión de las arrugas.

nes en su cuarta «Filípica», encontró ahora su mejor expresión en esta renovada política financiera.

14. La guerra contra Atenas: Queronea

Mientras tanto, Filipo, para quien resultaba evidente que Atenas sólo podía ser derrotada por tierra, no por mar, aguardaba la mejor oportunidad para intervenir en los asuntos griegos. Esperaba resolver con un golpe efectivo su contencioso con Atenas, pero sin exponerse a las acciones de la flota enemiga. Para este fin, lo mismo que en el 346, utilizó la Anfictionía délfica. En abril del 339 los delegados de Atenas fueron insultados en la reunión del consejo por los representantes de la Lócride, quienes eran aliados de Filipo. Esquines, que formaba parte de la embajada ateniense, replicó acusando a los

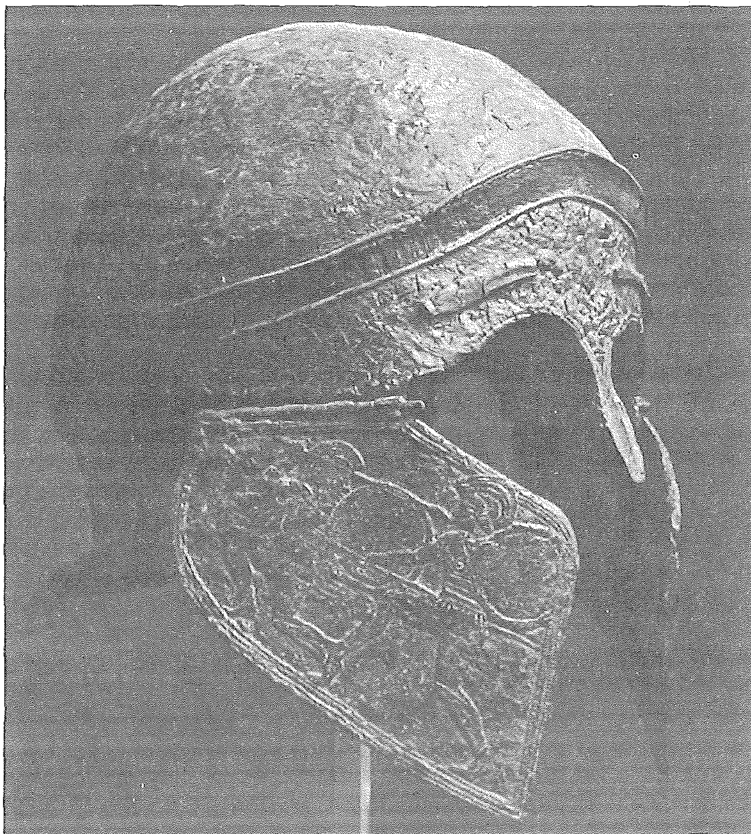


Batalla de Queronea.

locrios de Amphissa de sacrilegio por haber cultivado recientemente tierras sagradas y haber cobrado peajes en Cirrha, el puerto de Delfos. El resultado de este conflicto fue un enfrentamiento entre Amphissa y Delfos. En una convocatoria especial se declaró la guerra sagrada contra los locrios de Amphissa, pero a esta reunión ni Tebas ni, por consejo de Demóstenes, Atenas enviaron representantes, ni tomaron parte en las operaciones contra Amphissa. Una guerra anfictiónica sólo podía tener un ejecutor claro, dado el dominio que poseía sobre los votos de la anfictionía: Filipo. Era lo que Demóstenes menos deseaba, y lo que reprochó amargamente a Esquines. Pero ya era demasiado tarde. En la reunión de septiembre del 339, en la que estuvieron representadas Tebas y Atenas, el consejo anfictiónico ofreció al rey macedonio el mando de las tropas de la anfictionía. Filipo aceptó el ofrecimiento, que le brindaba una nueva oportunidad para intervenir en la Grecia central y obligar a Atenas a dirimir la suerte de la contienda en un enfrentamiento a campo abierto. El estado ático podía resistir a Macedonia mediante una guerra dilatada, sirviéndose de su flota y de sus bases insulares y en el Quersoneso, desde las cuales hostigar al enemigo en sus propias costas. Pero pronto se iba a ver cómo en una batalla convencional, en donde se dirimiese en una ocasión definitiva la suerte de una guerra, según el viejo estilo, las tropas atenienses estaban en franca inferioridad ante un ejército, como el macedonio, que había progresado en todos los órdenes.

La decisión de la anfictionía délfica alarmó a Beocia. Aunque aliada de Filipo, desconfiaba de sus manejos en el consejo anfictiónico, y se sentía

impulsada por su amistad hacia los locrios. Además, ya durante la campaña de Filipo contra los escitas los tebanos habían expulsado a la guarnición macedonia de Nicaea. La noticia del rápido avance de Filipo hacia el sur, con sus tropas macedonias y tesalias (fines del 339), sorprendió lo mismo en Tebas que en Atenas. Como los tebanos controlaban las Termópilas, el ejército macedonio cruzó las montañas en Cytinium (Dóride). Tras enviar emisarios a sus aliados, y reclamar a Tebas la devolución de Nicaea, Filipo avanzó con celeridad hacia Elatea, cortando la ruta entre Nicaea y Tebas, y amenazó directamente Beocia.



Yelmo griego de bronce. Siglo III a. de C. Las piezas que cubrían las mejillas se decoraron en bajorrelieve con escenas de guerra. Se conserva en el Museo de Villa Giulia, Roma.

Estas noticias causaron enorme conmoción en Atenas, que se sintió directamente amenazada. Demóstenes sugirió ante la asamblea ateniense que se podía ganar la alianza de Tebas en esta decisiva coyuntura haciéndole una generosa oferta. El propio orador, junto con otros delegados, fue enviado a Tebas, en un intento de vencer la tradicional hostilidad de los beocios respecto a su patria. Tebas estaba presionada en ese momento por los emisarios de Filipo y de sus aliados en el consejo anfictiónico, que exigían el apoyo de las tropas beocias a su causa y el libre paso hacia el Atica. Los embajadores atenienses, a su vez, solicitaron la alianza de los tebanos contra Filipo, ofreciéndoles el mando de los ejércitos, compartir la dirección de la flota, el pago de dos tercios de los gastos y el apoyo a la Liga Beocia. Las tropas ciudadanas atenienses se concentraron junto a la frontera beocia. Finalmente, la asamblea de los beocios votó en favor de la alianza con Atenas, que veía así mejorada su situación. La resolución fue también un triunfo personal de Demóstenes, quien había propugnado dicho acuerdo desde tiempo atrás.

Las fuerzas combinadas de Beocia y Atenas fortificaron los accesos a la Fócide, y Atenas envió diez mil mercenarios mandados por Cares, para ponerse a las órdenes de un beotarca y guardar el acceso de Amphissa a Cytinium. Filipo erigió también fortificaciones en Elatea, Cytinium y las Termópilas. Durante el invierno del 339/8 ambos bandos mantuvieron una estrategia defensiva, y enviaron embajadas a otros estados. Acaya, Corinto, Megara, Eubea, Acarnania, Leucas y Corcyra se unieron a Beocia y Atenas,

mientras que otros estados permanecían neutrales. Filipo reconstruyó las murallas de los focidios, que reorganizaron su estado federal con el beneplácito del consejo anfictiónico, y lanzó ofertas de paz a Tebas y Atenas, que fueron rechazadas.

A mediados del 338, después de que Atenas despachara una flota mandada por Foción para atacar el litoral egeo de Macedonia, Filipo se aprestó a lanzar su ofensiva. Para ello aprovechó la división de las tropas enemigas acantonadas respectivamente en Parapotamii (Fócide) y Amphissa. Hizo llegar al contingente mercenario de Amphissa la falsa noticia de que, a causa de una revuelta en Tracia, debía retirar parte de sus efectivos. Sacó sus tropas de Cytinium y, aprovechando que el paso hacia Amphissa no había sido vigilado convenientemente, lo forzó de noche, destruyó las fuerzas mercenarias que guardaban Amphissa y ocupó la ciudad. Cuando las tropas macedonias pasaron desde Delfos y empezaron a asolar las llanuras de Beocia, los aliados se vieron obligados a retirar sus fuerzas apresuradamente de Parapotamii, trasladándolas a Queronea. Filipo hizo nuevas ofertas de paz a Atenas y Beocia. Foción, que había vuelto a Atenas, sugirió que se aceptasen, pero Demóstenes y sus partidarios obtuvieron la negativa de Atenas y Tebas. Filipo capturó Naupactos, que cedió a la Liga Etolia, dejó un pequeño contingente para guarnecer Delfos, y concentró sus tropas para un decisivo encuentro en Queronea (agosto del 338).

338 a. de C. Batalla de Queronea.

El ejército macedonio era en ese momento el mejor entrenado y más experimentado de su época. Reforzado, además, por la famosa caballería tesalia, contaba en esta ocasión con, al menos, 2.000 jinetes y 30.000 infantes. Quizá los contingentes hoplíticos suministrados por los aliados no fueron utilizados en esta decisiva batalla, que marcó para muchos años la superioridad de la falange macedónica. La victoria del ejército de Filipo fue total. El Batallón Sagrado tebano fue aniquilado por el ala izquierda enemiga, donde el joven Alejandro dirigía la selecta caballería macedonia. Muchos atenienses y tebanos quedaron sobre el campo de batalla, otros muchos fueron hechos prisioneros.

Tebas capituló bajo condiciones muy duras. La Liga Beocia fue desmantelada; Thespias, Platea y Orcómenos fueron restauradas; la propia Tebas, reducida a una simple ciudad-estado, debió acoger a los oligarcas exiliados que, al retornar, ejecutaron o mandaron al destierro a los líderes demócratas. La Cadmea fue ocupada por una guarnición macedonia. Muchos prisioneros tebanos fueron vendidos como esclavos. En Atenas se hicieron preparativos de defensa. Charidemus fue elegido general en lugar de Lysicles, condenado a muerte por estar entre los fugitivos. Demóstenes fue enviado a obtener fuera dinero y recursos, sobre todo de Persia. Poco después Foción fue elegido en lugar de Charidemus. Filipo mandó a un prisionero ateniense, el orador Demades, para expresar sus deseos de negociar, y por el lado ateniense fueron comisionados para ello Foción, Esquines y el propio Demades. Los términos de la paz fueron los siguientes: Filipo se comprometía a no enviar tropas al Atica ni barcos de guerra al Pireo. Atenas debía disolver la Segunda Liga Marítima y renunciar al Quersoneso tracio y a la Calcídica, aunque se le reconocía la posesión de Lemnos, Imbros, Scyros, Delos y Samos, recibiendo Oropo a expensas de Tebas; y, a su vez, se vinculaba por alianza con Macedonia. Tales cláusulas fueron aceptadas. Los prisioneros atenienses retornaron a su patria sin rescate, y los restos de quienes habían muerto en el combate fueron traídos a Atenas por una escolta militar macedonia encabezada por Alejandro. No fueron realmente duras las condiciones impuestas por Filipo a la abatida Atenas. Los atenienses, desmoralizados por la derrota de Queronea, las habían esperado mucho peores. Pero el rey macedonio no deseaba empañar su victoria, haciendo recaer todo el peso de su poder sobre la ciudad que había sido luminaria de la Hélade. Era consciente de que Atenas era un problema especial que debía asimilarse gradualmente, sin medidas radicales. Además, la resistencia antimacedonia en la capital ática había quedado abatida. La aseveración de Demóstenes, que Filipo iba a destruir a Atenas quedó desmentida por los hechos. El gran orador, a quien se confió el discurso fúnebre dedicado a los caídos en Queronea, quedó políticamente aislado, y tuvo que ceder el terreno ante su viejo antagonista, Esquines. Los atenienses, en señal de reconocimiento por el benévolo trato de que habían sido objeto, concedieron la ciudadanía a Filipo y Alejandro, y elevaron una

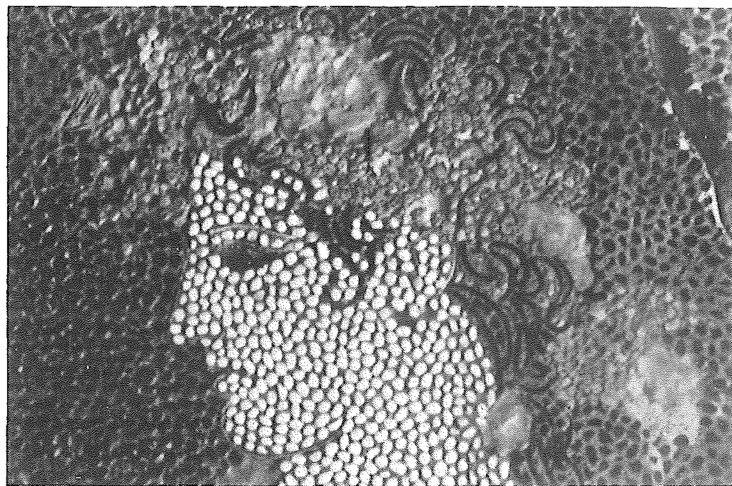
estatua del primero en el Agora. Por el mismo tiempo, Isócrates, que era casi centenario, escribió una carta al monarca macedonio urgiéndole de nuevo a que restaurara la concordia entre todos los griegos, y aunara sus esfuerzos en una campaña común contra Persia.

337 a. de C. Liga de Corinto. Formada por todas las ciudades griegas excepto Esparta.

15. La Liga de Corinto

Antes de retornar a Macedonia Filipo se dedicó a dejar los asuntos de Grecia definitivamente aclarados. Obtuvo del consejo anfictiónico délfico una mejora en las condiciones impuestas unos años atrás a la Fócide, cuya multa se rebajó de 60 a 10 talentos anuales, y Amphissa fue tratada con suma indulgencia. De la Grecia central Filipo pasó al Peloponeso, donde fue homenajeado por todos los estados, salvo por Esparta, que rehusó acogerle. Marchó a través de Laconia hasta Gytheum, y otorgó algunos territorios de Lacedemonia a Argos, Mesenia y la Liga Arcadia, en la que introdujo algunas reformas. Tras resolver otras disputas territoriales, invitó a los estados griegos a asistir a una conferencia a fines del otoño. Todos, menos Esparta, aceptaron, y sus delegados recibieron un manifiesto de Filipo, donde exponía sus futuros planes para Grecia. Durante el invierno del 338/7 dicho manifiesto fue





discutido, mientras Filipo retiraba sus tropas a Macedonia, tras dejar probablemente guarniciones en Corinto, Calcis, Ambracia y la Cadmea de Tebas.

En la primavera del 337 el acuerdo entre los estados griegos (la denominada Liga de Corinto) fue finalmente ratificada por el congreso celebrado en la ciudad ístmica, y todos los estados incluidos prestaron juramento. Solamente en la Grecia continental quedó fuera del tratado Esparta, y se incorporaron también muchos estados insulares. Los estados federados se comprometieron a observar una paz general, a recurrir a sanciones militares para defender la seguridad de la Liga contra cualquier estado que la violara, a respetar la libertad y autonomía de cada miembro dentro de su propio ordenamiento constitucional, a abstenerse de ejecuciones, a efectuar redistribuciones en la propiedad de la tierra, junto a otras revolucionarias medidas, a reprimir el bandolerismo y la piratería. La idea fundamental de este acuerdo era zanjar definitivamente las tradicionales guerras internas entre los estados griegos, y las revoluciones que con frecuencia los habían agitado. El órgano federal de gobierno fue el «Consejo de los Griegos», cuyos miembros eran elegidos en cada estado en número proporcional a su poderío militar y naval. No todos los componentes de la Liga tenían la misma configuración. Algunos eran ciudades-estado, otros eran verdaderas unidades tribales. Al principio, el número de votos en el consejo debió ser de 100 o más. Las decisiones,

Cabeza de Dionisos. Detalle mosaico, finales del siglo IV a. de C. Pertenece la obra al primer período del arte del mosaico. Proviene de un suelo de Pella, ciudad natal de Alejandro Magno y residencia de los reyes macedónicos. Los mosaicos de este género se componen de piedrecitas de colores naturales. Esta espléndida cabeza es el detalle de Dionisos cazando una pantera (izq.). Cazador. Detalle de un mosaico. Finales del siglo IV a. de C. Pertenece a la descripción de la caza de un león. El tratamiento escultórico del personaje, realmente resplandeciente, se debe, sobre todo, a los hilillos de plomo que acentúan los contornos en determinadas zonas. La precariedad del material viene definido por aprovechar el colorido natural de los guijarros. Esto explica porqué este tipo de mosaicos no jugó un papel prominente en la historia del arte (derecha).

obtenidas por mayoría, obligaban a todos los estados, y cubrían todos los asuntos federales: declaraciones de guerra o paz, reclutamiento de tropas, abastecimientos, recaudación de contribuciones, juicio contra quienes atentaran contra el acuerdo federal, destierros de los territorios de la Liga, elección de árbitros para regular las disputas y de oficiales para salvaguardar la paz. El consejo se reuniría en los centros religiosos griegos (Delfos, Olimpia, Nemea y el Istmo) y elegiría entre sus componentes cinco presidentes para cada sesión.

336 a. de C. Muere asesinado Filipo de Macedonia a los cuarenta y siete años de edad. Comienzo del reinado de Alejandro Magno.

La Liga de Corinto se insertaba dentro de la tradición federalista del mundo griego en el siglo IV, que había ya cuajado previamente en otras realizaciones similares. Había, no obstante, ciertas innovaciones o diferencias. Se abandonó el principio de un voto para cada estado, y las resoluciones eran vinculantes para todos sus miembros. En su primera reunión regular en el verano del 337 la unión de los estados griegos federados configuró una alianza ofensiva y defensiva, sin límite temporal, con el reino de Macedonia, definido como «Filipo y sus descendientes». Se hizo una declaración de guerra contra Persia, para vengar el sacrilegio cometido por Jerjes contra los templos griegos, y se eligió unánimemente a Filipo como «Hegemon», con plenos poderes para mandar las fuerzas aliadas por mar y tierra. Las operaciones bélicas fueron acometidas «de acuerdo con las resoluciones del Consejo y las órdenes del "Hegemón"». Filipo, en cuya persona se incardinaba la unión entre Grecia y Macedonia, consiguió el permiso para mantener sus guarniciones en Tebas, Calcis, Ambracia y Corinto, y convocó a los contingentes militares de los estados griegos. En la primavera del 336 una vanguardia de unos 10.000 hombres mandada por los generales Parmenión y Attalo, y apoyada por una flota, cruzó el Helesponto. En el otoño estaba prevista la llegada de Filipo con el grueso del ejército helénico. En ese momento el Imperio persa estaba agitado por las luchas dinásticas. Tras la desaparición violenta de Artajerjes Occhos y las subsiguientes tensiones internas, acababa de acceder al trono el débil Dario III Codomano. La expedición griega fue bien acogida por Cízico y otras ciudades helénicas que estaban sublevadas contra Persia. En Efeso fue erigida una estatua de Filipo en el famoso templo de Artemis, y el sátrapa de Caria ofreció su hija a Arriedo, un hijo del rey macedonio.

Mientras tanto, en Atenas la situación se había ido decantando definitivamente a favor de Macedonia. Las finanzas se recuperaron bajo la dirección de Licurgo. En el 337 Demóstenes, que había pasado a administrar el fondo «teórico», obtuvo la aquiescencia de la asamblea para efectuar reparaciones en el Pireo. Cuando se solicitó al estado ateniense el suministro de caballería y barcos para la campaña contra Persia, fue Foción quien persuadió a sus conciudadanos para que lo concedieran.

16. La gloria de Filipo

Las diatribas internas en la familia real macedonia, que habían jalonado el ascenso de Filipo al trono, no le abandonaron al final de su vida, truncada violentamente. Filipo había tenido seis esposas pero solamente dos hijos, uno de Olimpia, Alejandro y otro de Philinna, princesa tesalia, cuyo nombre era Arrideo, y que padecía epilepsia. Olimpia era la reina, y su hijo Alejandro estaba destinado a reinar. Si Filipo y Alejandro morían en la inminente campaña de Asia, ni Arrideo, ni Amyntas, el hijo de Pérdicas, de quien había sido regente inicialmente Filipo, eran dignos del trono. Probablemente Filipo se casó con Cleopatra, sobrina del noble macedonio Attalo, con la esperanza de tener otro hijo (337). Dicho matrimonio, no obstante, causó gran indignación tanto a Olimpia como a Alejandro, que abandonó la corte, a donde fue llamado por Filipo en el 336. Un signo de reconciliación fue el casamiento de Cleopatra, hija de Olimpia, con Alejandro de Molossia. Durante las celebraciones de boda, y cuando Filipo, acompañado de su guardia real, entraba en el teatro de Aigai, fue asesinado por un joven noble, Pausanias, que debió actuar por motivos personales más que por un móvil político. Filipo contaba entonces cuarenta y seis años, y su cuerpo fue sepultado en la tumba de la casa real macedonia. Su hijo Alejandro fue aclamado inmediatamente como «rey de Macedonia».

En Aigai había estado la antigua capital de Macedonia, tan citada en los

textos clásicos (PLUTARCO y PLINIO especialmente), y su ubicación corresponde seguramente al lugar (actual Vergina) donde se ha encontrado hace pocos años la tumba de Filipo II, uno de los descubrimientos arqueológicos capitales de este siglo. El mérito del hallazgo se debe al arqueólogo griego MANOLIS ANDRÓNICOS. Se trata de una típica tumba macedonia de planta cuadrada y abovedada (aunque luego se le hizo un añadido resultando rectangular). En el friso superior de la entrada, flanqueada por columnas dóricas adosadas, iba situada una composición pictórica representando una escena de cacería en un paisaje invernal. Las puertas eran de mármol. Por encima de la bóveda aparecieron restos de una pira funeraria. En la primera cámara a la que se tuvo acceso (la tumba tenía dos, separadas por otra puerta interior similar a la principal) aparecieron multitud de objetos de tono verde, a causa de la oxidación: una lanza, dos trípodes, grandes y pequeñas vasijas (la mayoría de plata), dos pares de grebas, un casco macedónico, varias sarissas, una coraza, y un sarcófago cuadrado de mármol, la funda de un rico escudo de ceremonia, del que quedaban pocos restos, un fanal, una diadema de oro, restos de una espada, etc. En el interior del sarcófago había una arqueta de oro con una estrella en relieve, emblema de la casa real macedonia. Dicha arqueta contenía los huesos de un hombre de unos 50 años, de fuerte complexión, y una corona aúrea de hojas y frutos de roble, árbol de Zeus y símbolo de la realeza. En la antecámara, que al parecer se añadió posteriormente, se hallaban otros objetos, destacando otro par de grebas, un hermoso carcaj de oro, varios alabastros, y un nuevo sarcófago restangular de mármol, que contenía otro cofre de oro, con el mismo emblema real, en cuyo interior, cubiertos por un finísimo manto de púrpura recamado en oro, se encontraron los restos óseos de una mujer joven, que se ha identificado con Cleopatra, la última esposa de Filipo.

¿Qué valoración final podemos hacer del verdadero fundador del Imperio macedónico? Son innegables las cualidades militares y diplomáticas de que hizo gala siempre Filipo, y que fueron reconocidas por sus propios contemporáneos. Esas virtudes las puso al servicio de un solo empeño: transformar un reino débil y abatido en un poderoso estado, cuya supremacía fuese reconocida en todo el orbe helénico. Teopompo, el historiador griego coetáneo de Filipo, escribió que nunca Europa había conocido un hombre de su capacidad. Isócrates vio en su persona al verdadero líder de una Grecia unida en la empresa común de abatir a Persia. Sus logros fueron, ciertamente, espectaculares tanto en el interior como en el exterior. Por lo que respecta a Macedonia, Filipo consiguió aunar todas sus poblaciones en un solo espíritu de fidelidad a la monarquía que encarnaba. Transformó económicamente el país, creando las bases de su prosperidad. Consiguió un ejército nacional, vigoroso, bien entrenado, con un indomable afán de victoria. Tuvo colaboradores capacitados y fieles. Elevó sus tropas a un alto nivel de entrenamiento y desarrollo técnico, que donde mejor queda demostrado es en el arte de sitiar ciudades fortificadas, y las adiestró en todas las situaciones. Alejandro recibió así una máquina militar perfectamente rodada, que había demostrado su superioridad combatiendo contra griegos, escitas o ilirios, y pudo lanzarse abiertamente a la campaña de Asia porque Filipo había dejado perfectamente consolidado al estado macedonio, libre de amenazas en el norte, tras los éxitos conseguidos en los Balcanes, y de focos de inestabilidad en el sur, tras la terminación de las querellas internas griegas con la fundación de la Liga de Corinto.

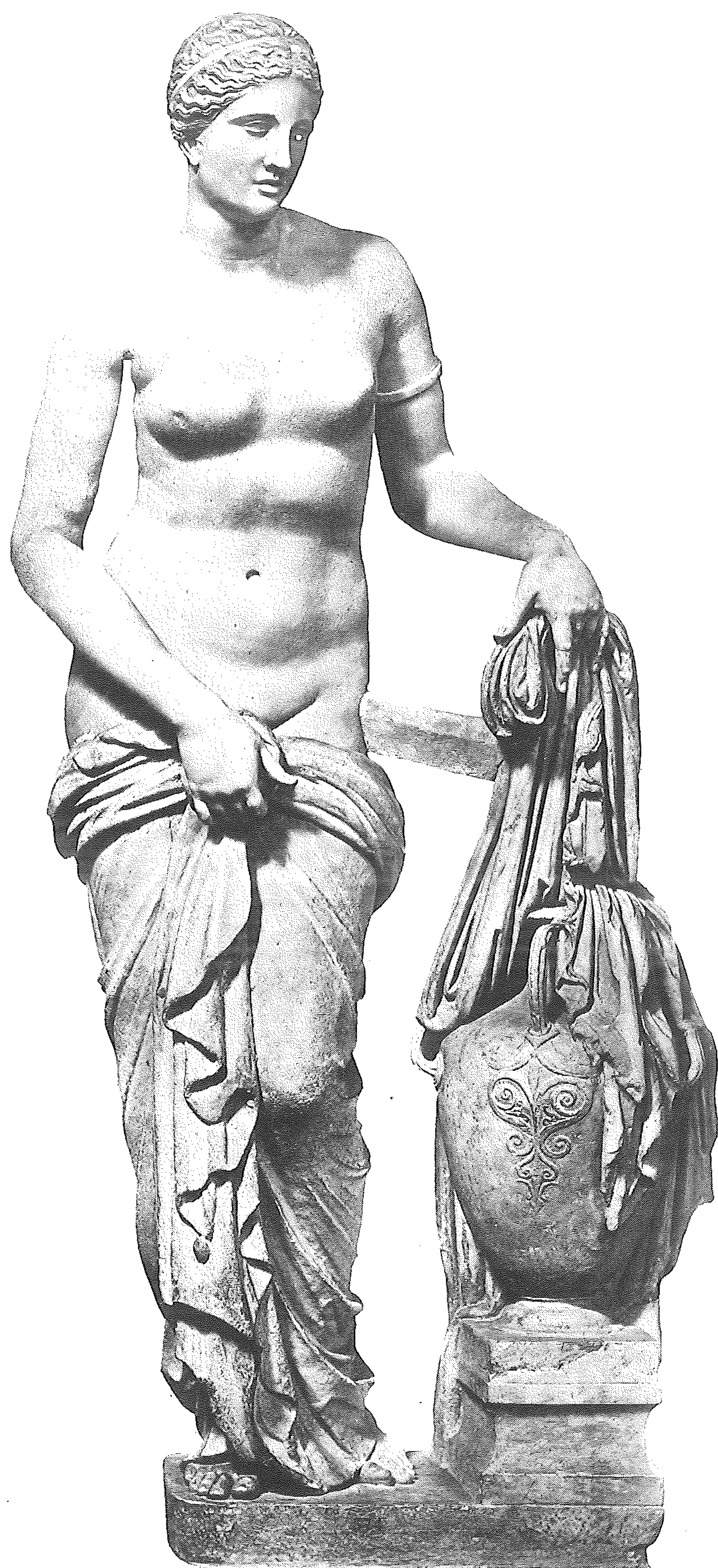
Esta unión federal es, si cabe, el supremo éxito diplomático de Filipo, que supo tratar siempre con particular habilidad los asuntos de los estados griegos. Empleando la astucia, el soborno o la violencia, consiguió ir resolviendo los problemas suscitados en una Grecia azotada por las continuas tensiones del siglo IV, cuyos desgastes sólo podían favorecer la supremacía macedónica. Desde su puesto de dirigente del consejo anfictiónico, Filipo supo hacer gala respecto a las rebeldes Fócide y Amphissa de una generosidad sólo superada por la que desarrolló en favor de Atenas. En el Epiro supo maniobrar con prudencia para garantizarse la estabilidad de la frontera occidental de su reino. Respecto a Tesalia, de cuya Liga fue arconte, con población y cultura afines a las de Macedonia, empleó el simple recurso de la integración, favoreciendo el desarrollo urbano, acabando con las guerras entre ciudades, e incorporando a su ejército la experimentada caballería del

país. A los reyes balcánicos les impuso unas relaciones de vasallaje, que salvaguardaban por ese flanco la existencia del estado macedónico. Como «Hegemón» de la Liga de Corinto, a Filipo se le abrían inmensas posibilidades de actuación.

No sabemos qué hubiera ocurrido de no haber sido asesinado Filipo en plena madurez. Sus proyectos, no obstante, fueron llevados adelante por Alejandro. Y no eran los proyectos de un rey bárbaro, que era de lo que le acusaban sus detractores, deseoso de subyugar una Grecia de superior cultura. Filipo era consciente de los inmensos valores de la cultura helénica, su corte de Pella estaba abierta a todos los estímulos culturales griegos, y su propio sucesor había sido educado por Aristóteles. Los planteamientos políticos de Filipo sirvieron para llevar el helenismo a los Balcanes a través de una programada colonización, y al Asia, aunque este sueño sólo lo culminara Alejandro. Filipo sabía que en el vecino continente había una solución para dos graves problemas que Grecia sufría desde hacía tiempo: la crisis económica y los excedentes demográficos. Su contribución esencial fue unir a los griegos en una idea común. Esto, a tenor de lo que la historia griega ofrecía, parecía una quimera, una empresa heroica. Filipo se sentía llamado a ella. Por algo se consideraba descendiente de Hércules. Aunque no culminó su objetivo, sí lo llevó a cabo su heredero Alejandro, también nostálgico y soñador. Por una vez, y desde Macedonia, el espíritu heroico, casi homérico, pudo imponerse sobre los particularismos y mezquindades de los estados griegos.

BIBLIOGRAFIA

BADIAN, E.: «The death of Phillip II». *Phoenix*, 17 (1963), págs. 244 y siguientes.
BOSWORTH, A. B.: «Philip II and Upper Macedonia». *C. Q.*, n. s., 21 (1971), págs. 93 y siguientes.
CASSON, S.: *Macedonia, Thrace and Illyria*, Groningen, 1968.
CAWKWELL, G. L.: «Demosthenes' policy after the Peace of Philocrates», *C. Q.*, n. s., 13 (1963), págs. 120 y siguientes, y 200 y siguientes.
——: «The defence of Olynthus». *C. Q.*, n. s., 12 (1962), págs. 122 y siguientes.
——: «Aeschines and the Peace of Philocrates», *R. E. G.*, 73 (1960), págs. 416 y siguientes.
CLOCHÉ, P.: *Histoire de la Macédoine jusqu'à l'avènement d'Alexandre le Grand*, París, 1960.
——: *Un fondateur d'empire: Philippe II roi de Macédoine*, Saint-Êtienne, 1956.
——: *La politique étrangère d'Athènes de 404 à 338 avant J. C.*, París, 1934.
ELLIS, J. R.: «Population-transplants under Philip II». *Makedoniká*, 9 (1969), págs. 9 y siguientes.
——: «Amyntas, Perdikka, Philip II and Alexander the Great». *J. H. S.*, 91 (1971), págs. 15-24.
——: *Phillip and Macedonian Imperialism*, Londres, 1976.
——, y MILNS, R. D.: *The Spectre of Philip*, Sidney, 1970.
GRIFFITH, G. T.: *The Mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge, 1935.
HAMMOND, N. G. L.: *Epirus*, Oxford, 1967.
——, y GRIFFITH, G. T.: *A History of Macedonia*, Oxford, 1979.
HATZOPOULOS, M. B., y LOUKOPOULOS, L. D. (ed.): *Philip of Macedon*, Londres, 1981.
JAEGER, W.: *Demóstenes*, Méjico, 1976.
KALLERIS, J. N.: *Les Anciens Macédoniens. Étude linguistique et historique*, Atenas, 1954.
KIENAST, D.: *Philipp II von Makedonien und das Reich der Achaimeniden*, Múnich, 1973.
LAOURDAS, B., MAKARONAS, CH. (ed.): *Ancient Macedonia*, Tesalónica, 1970.
MILNS, R. D.: «Philipp II and the Hypaspists». *Historia*, 16 (1967), págs. 509 y siguientes.
MOMIGLIANO, A.: *Filippo il Macedone*, Florencia, 1934.
PERLMAN, S. (ed.): *Philip and Athens*, Cambridge, 1973.
RAYMOND, D.: *Macedonian Royal Coinage to 413 B. C.*, Nueva York, 1953.
RYDER, T. T. B.: *Koine Eirene*, Oxford, 1965,
SORDI, M.: *La lega tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma, 1958.
WÜST, F. R.: *Philipp II von Makedonien und Griechenland 346-338*, Munich, 1938.
ZAHRNT, M.: *Olynth und die Chalkidier*, Múnich, 1971.



EL IMPERIO UNIVERSAL DE ALEJANDRO MAGNO

Juan Francisco Rodríguez Neila

1. Los inicios del reinado

Alejandro nació en julio del 356 en Pella, capital del reino macedonio, fruto de la unión entre la princesa Olimpia, de la familia real epirota, y Filipo II. Su primer pedagogo fue un pariente de Olimpia, Leónidas, hombre de austeras e inflexibles costumbres, que educó a Alejandro en la sobriedad. Descontento con estos métodos Filipo, cuando Alejandro contaba catorce años, confió su educación al filósofo Aristóteles, que había abierto una escuela en Mitilene de Lesbos, tras haber permanecido en la corte del tirano Hermias de Atarneo. Aristóteles se hizo cargo de la formación de Alejandro y otros camaradas de su edad durante tres años (343-340). Maestro y discípulo se instalaron en Mieza, donde se impartieron clases de filosofía, política, literatura, retórica, historia, geografía y medicina. Es difícil perfilar qué alcance pudo tener la influencia de Aristóteles sobre el heredero de Macedonia. Aunque la corte de Pella se había abierto a los estímulos culturales helénicos desde varias generaciones atrás, realmente debió ser Aristóteles quien suscitó en Alejandro una gran pasión por el cultivo del espíritu, y



Estatera o moneda de oro con la efigie de Alejandro Magno como Zeus Ammón, por la diadema y cuerno de carnero. La deificación del personaje hace pensar sea una obra póstuma de época de Lisímaco, posiblemente de hacia 250 a. de C.

concretamente por la lírica, la tragedia (Píndaro y Eurípides sobre todo), y de modo muy especial la antigua gran epopeya homérica. Alejandro sintió siempre una gran veneración por la «Ilíada», que le instruyó en muchos aspectos, y de la que llevaba siempre consigo un ejemplar. Durante la expedición asiática se hizo enviar muchos libros. Gustaba rodearse de filósofos y literatos. Síntoma de esta manera de pensar fue el trato que dio a los gimnosofistas indios. En cuanto al cultivo físico, Alejandro se convirtió en un excepcional jinete, siendo muy conocido el episodio de la doma de

Bucéfalo. Y en asuntos militares recibió, obviamente, toda la experiencia de su padre.

Alejandro fue muy pronto asociado a las responsabilidades del poder. En el 340, al partir para la expedición contra Bizancio, Filipo confió a su hijo, que entonces tenía dieciséis años, la dirección del reino, poniendo junto a él consejeros experimentados. También dirigió Alejandro una campaña contra los tracios, fundando una colonia militar (Alexandrópolis). Cuando tuvo lugar la famosa batalla de Queronea (338) Alejandro, dirigiendo la caballería del ala izquierda macedonia, que llevó el peso de la ofensiva, consiguió destruir el Batallón Sagrado tebano. Tras la victoria fue enviado como embajador a Atenas, acompañado por Antipatros, para llevar las cenizas de los caídos atenienses.

Las buenas relaciones entre Filipo y Alejandro se rompieron, sin embargo, en el 337, cuando Filipo rechazó a Olimpia y se casó con Cleopatra. Alejandro y su madre se retiraron al Epiro. La iniciativa de la reconciliación partió de Filipo, mediando el corintio Demarato. Algún tiempo después el soberano macedonio fue asesinado en Aigai, durante la boda de su hija Cleopatra, por el noble macedonio Pausanias. Se discutió ya en la Antigüedad sobre los móviles que causaron este asesinato. Para muchos fue un acto de venganza, cuyos promotores habrían sido el rey persa, los príncipes de Lincestis, que atizaban el feudalismo regional macedonio, Olimpia o incluso el propio Alejandro. No tenemos datos concluyentes para resolver el problema. Que el instigador fuese Alejandro resulta difícil de creer. Era el heredero legítimo, y Filipo lo había educado para sucederle. No podía, por tanto, albergar ningún temor por sus derechos al trono. Probablemente fueron móviles estrictamente personales los que impulsaron a Pausanias.

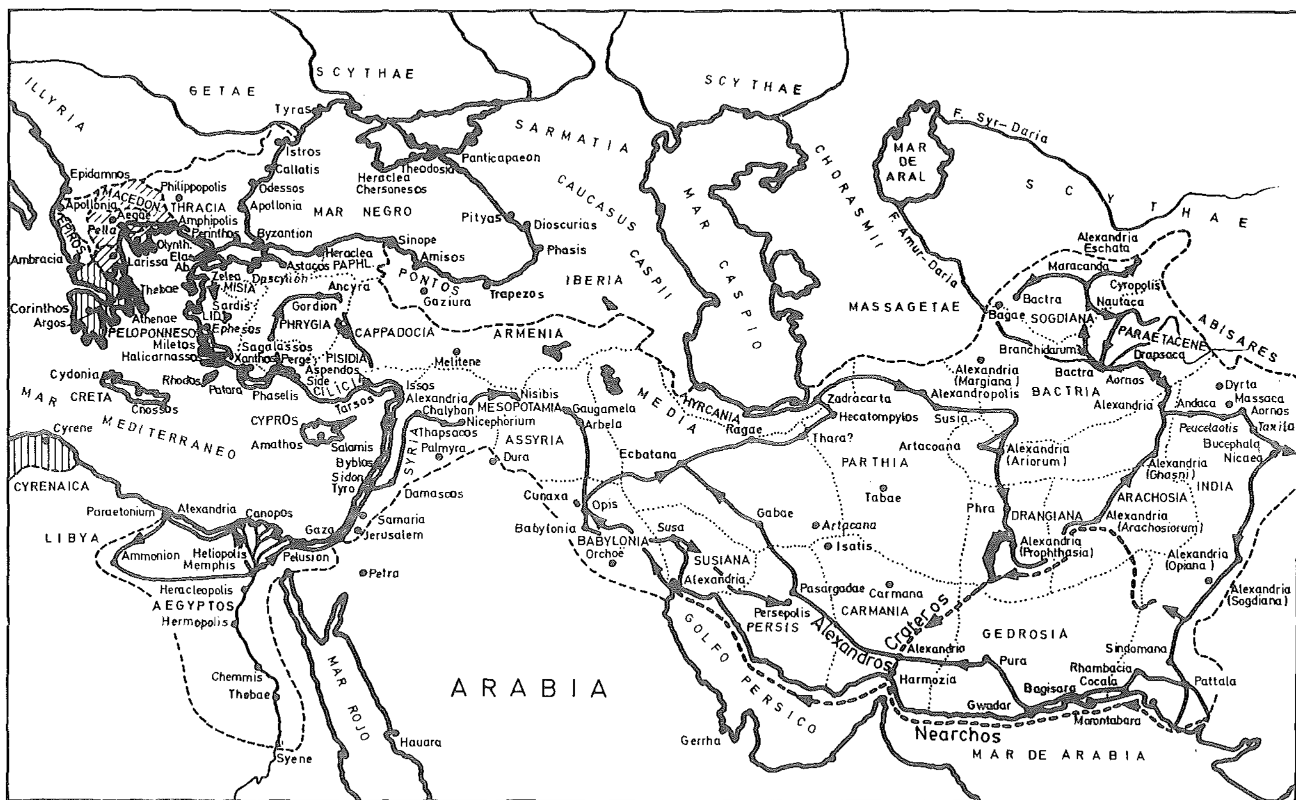
Desde un primer momento Alejandro proclamó su voluntad de continuar la obra de su padre. Esto suponía no sólo proseguir sus objetivos exteriores (unidad de los griegos contra Persia), sino afianzar el poder de la monarquía sobre todo el Estado. Pero debió superar previamente una fuerte oposición interna a la casa de Filipo, por parte de un sector de la nobleza macedonia inclinada hacia Amintas, el hijo del rey Pérdicas, y los recelos de los viejos y poderosos militares de su padre, como Atalo y Parmenión. Igualmente, tanto el Gran Rey, como las tribus bárbaras sometidas o las propias ciudades griegas, vieron en la imprevista muerte de Filipo y en la juventud de su sucesor la ocasión propicia para sacudirse el yugo macedonio. Pero Alejandro procedió metódicamente y con rapidez contra sus enemigos. Contaba con el fervor del ejército y el apoyo de Antípatros, que respaldaban su legitimidad constitucional. Procedió duramente contra sus opositores. El asesino de Filipo fue ejecutado, al igual que otros aspirantes al trono, acusados de complicidad: dos príncipes de Lincestis y Amintas, hijo de Pérdicas III, que había sido desposeído de sus derechos por Filipo. Más tarde Olimpia eliminó a Cleopatra, aunque sin la aprobación de Alejandro. Algunos nobles macedonios que escaparon a la purga huyeron a Asia, a la corte aqueménida.

2. La sumisión de Grecia

Demorando temporalmente el proyecto de expedición contra Persia, Alejandro pasó a ocuparse inmediatamente de los asuntos de Grecia, donde habían surgido ciertos conatos de rebelión atizados por los partidos antimacedonios. Atenas, donde Demóstenes fomentaba la revuelta, entabló negociaciones secretas con Atalo, uno de los generales macedonios en Asia Menor, con Persia y con algunos estados griegos. Un ejército tesalio bloqueó el valle del Tempe, y la guarnición macedonia fue expulsada de Ambracia, restaurándose la democracia. Tebas y otras ciudades mostraron su intención de anular el juramento federal prestado a Filipo y disolver la Liga de Corinto. Pero a fines del verano del 336 Alejandro marchó hacia el sur con su ejército. Venció la resistencia de Tesalia, de cuya Liga obtuvo apoyo militar y el nombramiento de arconte vitalicio. En las Termópilas convocó la asamblea de la anfictionía délfica, pidiendo el reconocimiento de su hegemonía sobre Grecia y el título de protector del santuario défico. Luego pasó a Beocia, mientras que los atenienses se aprestaban a la defensa. No obstante, Atenas envió una embajada con Demóstenes, pero antes de su llegada Tebas capituló. Alejan-

dro aceptó las excusas de Atenas, convocó al Consejo de la Liga griega y anunció su intención de continuar la política de su padre. No arbitró medidas de castigo contra Tebas y otros estados rebeldes. Consiguió que el Consejo le eligiese «hegemon» de sus fuerzas militares en la inminente lucha contra Persia. Se renovaron los juramentos y demás términos del tratado firmado con Filipo. Alejandro fue honrado en Atenas y otras ciudades. De retorno a Macedonia, se ocupó de castigar a Atalo, cuyas negociaciones con Demóstenes eran conocidas, acusándolo de traición. Con este proceder desbarató para el futuro cualquier deseo de conspirar contra el trono.

Antes de pasar a Asia era preciso asegurar las intranquilas fronteras balcánicas de Macedonia. Alejandro emprendió en la primavera del 335 una campaña contra los *Triballi*, que habían atacado a Filipo en el 339. Dejó a Antípatros al frente de Macedonia, y a Parmenión en Asia. Con un importante ejército formado por los tres batallones de Hypaspistas, otros batallones falangistas, infantería ligera, arqueros y algunos escuadrones de caballería, marchó rápidamente por la ruta de Philippopolis hacia el monte Haemus, donde encontró el camino obstaculizado por los tracios. Forzado el paso con una gran victoria, las tropas macedonias entraron en el territorio de los *Triballi*. Tras vencerles utilizando fundamentalmente la caballería, Alejandro



Conquista de Alejandro (336-323 a. de C.).

se dirigió al Danubio. Antes de someter a los *Triballi*, que se habían refugiado en una isla, se dominó a los getas, que habitaban en la orilla septentrional del río. A raíz de estas victorias, la autoridad de Macedonia quedó consolidada en la frontera del bajo Danubio. Alejandro recibió embajadores celtas (de la zona entre el Véneto y el Danubio medio), con quienes concluyó una alianza. Tras sacrificar a Zeus y Hércules, retornó a Macedonia.

Durante el viaje de vuelta, a través del territorio de agrianios y peonios (valle del Axius), Alejandro tuvo noticias de que las tribus ilirias del rey Cleitus, sucesor de Bardylis, estaban en rebelión, y pleneaban unirse con los *Taulantii*, situados más al oeste, y los *Autariatae*, asentados al norte. Tras enviar al rey de Agriania para asolar el territorio de los *Autariatae*, Alejandro sorprendió a Cleitus en Pelium, una poderosa ciudad fortificada en una zona

335 a. de C. Destrucción de Tebas.

de bosques. Los *Taulantii* acudieron en su ayuda pero, tras una serie de



Venus de Arlés. Hacia el siglo V a. de C. Aunque carecemos de documentos que testifiquen su atribución a Praxiteles, en ocasiones se la dice obra suya. La pureza de los rasgos y la ligera inclinación de la cabeza apoyan la belleza clásica de esta tradicional diosa del amor.

hábiles maniobras, el ejército macedonio venció a los rebeldes y restableció la situación en la frontera occidental del reino, aliviando al Epiro de la presión de los *Taulantii*. Estos éxitos contribuyeron poderosamente a consolidar el prestigio de Alejandro, cuya capacidad militar se mostraba en la línea de Filipo.

Durante su ausencia de Macedonia se habían propagado por Grecia falsos rumores de que Alejandro había muerto en combate. De nuevo los partidos antimacedonios, azuzados por el dinero y la propaganda aqueménidas, volvieron a su anterior actividad. Demóstenes obtuvo el apoyo económico del rey persa Darío. Atenas acogió a los exiliados tebanos y les ayudó a intentar recuperar su ciudad con armas compradas con el dinero persa. De retorno a Tebas, consiguieron bloquear a la guarnición macedonia de la Cadmea, tras

propagar en la asamblea la noticia de la muerte de Alejandro. Atenas votó el envío de un ejército a Tebas, preparó su flota y mandó embajadores a Persia para firmar una alianza. Los tebanos solicitaron ayuda a otros estados griegos del Peloponeso, obteniendo sólo una tímida acción de los arcadios. Estas noticias llegaron a Alejandro cuando se encontraba en Pelium. A marchas forzadas descendió a través de las estribaciones del Pindo, entró en Tesalia, y acampó siete días después de las afueras de Tebas, donde se le unieron las tropas traídas desde Macedonia por Antipatros, y algunos contingentes de la Fócida, Platea y otras ciudades beocias hostiles a Tebas.

Durante tres días Alejandro no tomó ninguna iniciativa. Solicitó la entrega de los líderes antimacedonios y la sumisión de la ciudad. Los tebanos, que deseaban restaurar la Liga Beocia, no le respondieron, pero sí hicieron una llamada a los otros estados griegos y al Gran Rey en nombre de la independencia helénica frente a Macedonia. Al cuarto día Alejandro inició el asalto contra Tebas, cuyas defensas cayeron tras una dura resistencia. Muchos habitantes murieron, y unos 30.000 fueron apresados. Como la rebelión de Tebas era un acto de traición contra la unidad de todos los griegos en la lucha común contra Persia, Alejandro llevó el asunto al Consejo de la Liga de Corinto, en cuyo nombre había actuado como «hegemon». La sentencia contra Tebas fue durísima: la ciudad fue arrasada, sus pobladores vendidos como esclavos, se instaló una guarnición en la Cadmea, y se repartió su territorio entre otras ciudades. La decisión fue ejecutada por el propio Alejandro, que sólo salvó de la destrucción los templos y la casa de Píndaro. El soberano macedonio, que en el 336 había influido en la Liga de Corinto para que la propia Tebas, Ambracia y otros estados rebeldes fuesen perdonados, se mostró ahora inflexible, con el deseo de dar un temible escarmiento que acabase con todas las defecciones. Así fue, en efecto, pero a raíz de este episodio la Liga de Corinto no fue considerada por muchos estados griegos como aquel instrumento de unificación helénica creado por Filipo en aras del objetivo común contra Persia, sino como un medio de coacción para consolidar el dominio macedonio. La lealtad fue sustituida por el temor, un temor que, por lo pronto, colapsó en Atenas todo deseo de resistencia. Una embajada ateniense, encabezada por Demades, acudió a Alejandro para mostrar su satisfacción por las medidas tomadas contra Tebas. El rey macedonio exigio, a su vez, la entrega de los líderes antimacedonios (entre ellos Demóstenes) y la expulsión de los tebanos refugiados en Atenas. Se le respondió con una segunda embajada, que consiguió de Alejandro, interesado en no exacerbar el rencor ateniense, una suavización de tales medidas. La Liga Arcadia adoptó resoluciones contra quienes habían enviado tropas en ayuda de Tebas. Durante el invierno del 335/4 los miembros de la Liga de Corinto enviaron contingentes militares a Alejandro, a la sazón en Macedonia, como contribución a la inmediata campaña contra Persia.

3. La expedición contra Persia

334 a. de C. Comienzo de la campaña de Persia. Mayo. Victoria de Gránico sobre los sátrapas persas de Asia Menor.

Serían las grandes conquistas en Asia y Egipto las que darían a Alejandro una gloria inmortal. En el curso de diez escasos años una sucesión de acontecimientos destacados marcarían el fin de una época, y el comienzo de otra caracterizada por la difusión del Helenismo en multitud de países. Las empresas bélicas de Alejandro no sólo cuajaron en una gran superestructura política, sino también en una enorme «koiné» cultural y socioeconómica, bajo la égida de una poderosa monarquía, de carácter autoritario y sagrado, tomada como modelo por muchos estados posteriores. Sin embargo, resultan difíciles de definir los móviles que impulsaron a Alejandro a emprender tan grandes conquistas, los objetivos de su política e incluso los rasgos sustanciales de una personalidad que, a menudo, se nos muestra contradictoria. En gran parte estos problemas vienen determinados por la propia entidad de las fuentes historiográficas que tenemos sobre Alejandro. Nos faltan documentos coetáneos, a los que, al parecer, no tuvieron ni siquiera acceso los historiadores antiguos que escribieron sobre el gran soberano macedonio (Arriano, el Pseudo- Calístenes, Diodoro Sículo, Plutarco, Quinto Curcio, Trogo Pompeyo). Nuestras posibilidades de información son, pues, desiguales, y los datos a menudo adolecen de incoherencia o parcialidad. Junto a dos obras de carácter

oficial, como las «Efemérides» redactadas por Eumenes de Cardia tras la muerte de Alejandro, y la biografía laudatoria de Calístenes, sobrino de Aristóteles, gran parte de la tradición historiográfica fue obra de los herederos políticos de Alejandro, sobre cuya objetividad podemos arrojar múltiples sospechas.

¿Tenía idea Alejandro de la envergadura que podía alcanzar la expedición asiática en el momento de emprenderla?. Resulta difícil definir esta cuestión, y para hacerlo se han sugerido diversas motivaciones de la conquista. Una tradición ya antigua ha querido ver en las iniciativas de Alejandro el resultado de un impulso irracional, bien motivado por un carácter exaltado que habría heredado de su madre Olimpia, por un deseo de imitar a los héroes homéricos o a dioses y semidioses como Dionisos o Hércules, o por la búsqueda apasionada de un mundo ilimitado, como superación de sí mismo. En suma, la empresa de Alejandro habría revestido los caracteres de una verdadera gesta épica, en la que el rey macedonio habría representado el papel de un nuevo Aquiles, reivindicando la supremacía de los griegos sobre Asia.


Sarcófago de Alejandro. Detalle. Finales del siglo IV.

Pero estos argumentos no nos bastan, porque resulta poco convincente explicar un acontecimiento de tanta magnitud como la conquista de Asia, apelando a la psicología especial de un personaje, aunque fuese de la talla de Alejandro. Hoy tendemos a destacar sus cualidades de hombre de acción, su capacidad organizativa, su gran ambición, y la limitación de sus objetivos políticos iniciales, que sólo más tarde se habrían visto superados por el mismo desarrollo de los acontecimientos, siendo reemplazados por nuevas ideas y planteamientos. Precisamente, uno de los problemas que más atención ha suscitado es la gradual oposición que se revela, a partir del 330, entre la voluntad colectiva de los macedonios, y el carácter cada vez más personal e innovador que Alejandro pretende imprimir a su poder. Las razones de este cambio se van vislumbrando cuando se observa el sucesivo desarrollo de los acontecimientos. Alejandro es un ser sobrehumano e irracional en una historiografía, como la época antigua, que tendió a exagerar tales rasgos, y de la que en muchos aspectos debe desconfiarse. En el plano de la realidad el gran rey macedonio fue mucho más calculador, previendo los riegos de su expedición al informarse adecuadamente sobre las gentes y países que se proponía conquistar.

La idea de someter a Persia parece ser una herencia que Alejandro recibió de Filipo quien, tras Queronea (338), había organizado con tal fin la Liga de Corinto, regida por un consejo o *synedrion* en el que, significativamente, cada estado aportaba un número de delegados proporcional a la cifra de sus contingentes militares. No obstante, tal objetivo supremo, como culminación de la ansiada unidad griega, lo había defendido desde antes Isócrates quien, tras buscar infructuosamente entre los estadistas del mundo helénico el posible líder de la lucha contra Persia, había reparado finalmente en Filipo. No había, sin embargo, entre los griegos una idea precisa del alcance que podía tener dicho proyecto. Para los más radicales el objetivo era destronar al Gran Rey y destruir el imperio aqueménida. Para los más moderados la simple liberación de las ciudades griegas de Asia Menor. Y había una solución intermedia: la ocupación de una parte de Anatolia, desde Sínope a Cilicia, helenizándola ulteriormente. Esta última posibilidad, que era la que mejor cuadraba con los planes de Filipo, probablemente también era la idea de Isócrates. Para animar a los griegos a la empresa, Filipo no sólo creó el instrumento adecuado para llevarla a cabo, la Liga de Corinto, sino también el pretexto apropiado. Diodoro dice que tras Queronea «(había hecho) propagar el rumor de que quería declarar la guerra a los persas para vengar a los griegos de las profanaciones que los bárbaros habían cometido en los templos de Grecia» (XVI, 89, 1). Es decir, se trataba de una verdadera guerra de venganza, en represalia por los excesos cometidos por los persas en Grecia durante la campaña de Jerjes. Filipo obtuvo de la Liga no sólo la aprobación de este objetivo y la dirección de las operaciones bélicas, sino que él mismo las inició, cuando en el 336 envió al Asia un contingente de 10.000 hombres bajo el mando de Atalo y Parmenión.

Alejandro sabía, sin embargo, que al margen de ese «objetivo nacional» divulgado por la propaganda griega, la campaña asiática le era necesaria por otras razones. Era la única posibilidad de afianzar el predominio macedonio en Grecia, acabando con el foco de subversión persa que respaldaba toda

agitación contra Macedonia. Y una campaña victoriosa le serviría para consolidar su prestigio dentro de su reino, coartando las tendencias centrífugas. Los planes de Alejandro, sin embargo, acabaron siendo más amplios que los de su padre. Las ambiciones de Filipo eran seguramente limitadas, y un exponente de ello es que en el 331 su viejo colaborador Parmenión presionó a Alejandro para que aceptara las ofertas de paz de Darío. Alejandro, a quien dominaba un indudable espíritu de aventura y un afán de gloria insaciable, se negó a ello. Otro hecho característico de la evolución que, sobre los planes de Filipo, impuso Alejandro, fue su trato hacia las ciudades griegas de Asia. La Liga de Corinto se había impuesto como fin primordial su liberación, bajo la égida macedónica. Alejandro recibía esa obligación, pero en realidad, cuando pasó a Asia Menor, hubo acogidas entusiastas en aquellas ciudades donde restableció la democracia (así Efeso), pero también revueltas y resistencias (Halicarnaso). Y no siempre la rebelión la atizaban los persas, bajo cuya administración muchas ciudades helenas habían vivido pacíficamente bajo ciertos compromisos. Es que muchas localidades (caso del sur de Asia Menor) rehusaron lisa y llanamente someterse. Alejandro no devolvía la libertad. La entregaba a su arbitrio, por lo que era precaria, lo mismo que apelaba al derecho griego de guerra para castigar las rebeliones. El trato brutal que se había infligido a Tebas era un recuerdo que pesaba duramente. Y, además, la presencia del ejército macedonio, que debía abastecerse sobre el terreno, suponía en muchos casos el peligro del pillaje, más que una causa de liberación.

Con el tiempo fueron las ambiciones personales de Alejandro las que acabaron superando los propios objetivos panhelénicos de la expedición contra Persia. Al rechazar varias veces tras la batalla de Issus las ofertas de

Cerámica de figuras rojas. Detalle. La escena representa el momento del pago del tributo de un funcionario a Darío. Siglo V a. de C. El rey persa Darío I conquistó la India hasta el Indo, Tracia y Macedonia, pero fracasó en una invasión de Grecia al ser vencido su ejército en Maratón.



paz de Darío, Alejandro ponía de manifiesto que aspiraba a una propiedad total sobre el imperio aqueménida por derecho de conquista, sin restricciones, a lo que apuntaba también el nombramiento de sátrapas y administradores macedonios en las satrapías ocupadas. Quinto Curcio y Arriano exponen muy bien esa continua superación en sus afanes personales.

4. La batalla de Gránico

En el otoño del 335 Alejandro, tras volver a Macedonia, se dispuso a preparar la expedición contra Persia. A tal efecto llamó a Parmenión a Asia para recabar informes. Durante ese invierno los estados griegos de la Liga de Corinto se aprestaron a enviar sus efectivos militares que no fueron muy considerables. En la primavera del 334 Alejandro se puso en marcha con su ejército, en el que se englobaban tropas macedónicas, contingentes helénicos (más como rehenes que otra cosa) y mercenarios. Dejó a Antipatros, con unos 9.000 infantes y reducida caballería, como regente en Europa, para gobernar Macedonia y Tracia, actuar como su representante en la Liga de Corinto y supervisar los asuntos de Grecia, pues era previsible que, ante la invasión, Persia redoblara sus esfuerzos diplomáticos para soliviantar a algunos estados griegos. La infantería de Alejandro estaba compuesta por unos 12.000 macedonios, 9.000 de infantería pesada, distribuidos en seis batallones o falanges, y la infantería ligera de los hypaspistas, con un total de 3.000 hombres agrupados en tres unidades. Otros 12.000 infantes eran griegos, repartidos entre infantería pesada de hoplitas, proporcionada por la Liga de Corinto, e infantería ligera de los peltastas (una parte de ellos mercenarios). Iban también otros cuerpos con armamento especializado: arqueros cretenses, hombres armados con jabalinas (de Agriania), tracios, etc. Mientras que las tropas falangistas eran producto del reclutamiento nacional en Macedonia, los hypaspistas eran tropas reales, uno de cuyos batallones, el «Agema», constituía la guardia del soberano. Por lo que respecta a los contingentes helénicos, Alejandro los utilizó perfectamente como guarnición en las ciudades situadas en las grandes vías de comunicación.

Clito, llamado Leuco, el Blanco, fue un almirante macedonio que estuvo a las órdenes de Alejandro Magno, con el que marchó a Asia, aunque recibió la orden de regresar con Cratero y los veteranos licenciados el 324. Fue él quien mandaba la tropa macedonia en la guerra lamíaca (322), donde adoptó el nombre de Poseidón, con el tridente por emblema. Obtuvo Lidia durante el reparto del 321, que más tarde le arrebataría Antígono. Este sería quien atacó su flota por sorpresa y la destrozó frente a Bizancio.

Una parte muy importante del ejército era la caballería, cuyo cuerpo principal eran los «Hetairoi» o «compañeros del Rey». Estaba dividido en ocho escuadrones. Seguía luego en importancia la caballería tesalia, y algunos cuerpos de jinetes más reducidos, de arqueros y lanceros, suministrados por las tribus balcánicas y tracias. Se completaba, además, todo este aparato militar con importantes adelantos técnicos: artillería de sitio (torres, arietes, catapultas), servicios de intendencia y transportes bien organizados, médicos militares, una sección de topografía y servicios de comunicaciones. Y al frente de toda esta compleja maquinaria bélica un preparado cuadro de mandos, heredado en gran parte de Filipo. Parmenión era el segundo en jerarquía tras Alejandro. Su hijo Filotas mandaba la caballería de los «Hetairoi», y su otro hijo, Nicanor, dirigía los hypaspistas. Algunos de los jefes de las falanges serían luego importantes militares: Cráteros, Pérdicas, Coinos, Amintas y Meleagro. Clitos mandaba el primer escuadrón de «compañeros del Rey», que actuaba como guardia de Alejandro. Calas iba al frente de los jinetes tesalios, y Antígono, el futuro rey, conducía los contingentes aliados. Un grupo reducido y selecto de «compañeros» actuaba como consejo privado del rey, quien podía emplearlos de modo especial en cargos militares o administrativos, o en el mando de satrapías. Entre ellos se contaban sus amigos personales Hefestión y Nearco, los futuros reyes Ptolomeo, hijo de Lagos, Seleuco y Lisímaco. Había también, además de estos macedonios, algunos griegos que hablaban el persa, como Demarato o Laomedonte. Casandro permaneció junto a su padre Antipatros en Europa. Hárpalo acompañó al ejército como civil.

Junto a sus generales macedonios, Alejandro se hizo asesorar también por algunos especialistas como el tesalio Diades, jefe de los ingenieros, cuyo papel sería tan importante en el sitio de Tiro, quien desarrolló algunos aparatos como torres de asedio móviles y arietes sobre ruedas; el arquitecto Deinocrates, que hizo el trazado de Alejandría; el historiador Aristóbulo, que era arquitecto y geógrafo. Como secretario particular del rey iba Eumenes de Cardia, que escribió un diario oficial de la expedición, probablemente

revisado por Alejandro. También varios filósofos y literatos acompañaron la expedición. Aristóteles, a la sazón retirado en Atenas, envió a su sobrino Calístenes de Olinto. Iba también Anaxarco, discípulo de Demócrito, y su pupilo Pyrrhón, fundador de la escuela escéptica. Con ellos marcharon a Asia geógrafos, botánicos y otros hombres de ciencia, que recopilaron materiales de estudio para Aristóteles.

El ejército de Alejandro, tras atravesar el río Strymon, y siguiendo la ruta que iba por Abdera y Maronea, llegó a Sestos y se dispuso a cruzar el Helesponto. Filipo, con gran clarividencia, había previsto esta contingencia, enviando una vanguardia a la Tróade conducida por Parmenión. Aunque los macedonios habían llegado a avanzar hasta Magnesia del Meandro, sufrieron en el 335 algunos reveses infligidos por el rodio Memnón, que actuaba a las órdenes del Gran Rey. Calas, sucesor de Parmenión en el mando, pudo conservar Abydos, lo que facilitó la travesía del estrecho con el apoyo de una flota griega de 160 trirremes. En Troya Alejandro, a imitación de Aquiles,



Efebo de Anticytera. Bronce. Hacia 375-350 a. de C. El ligero giro de la cabeza, flanqueado por la dulcísima expresión del rostro y la belleza singular del enérgico y noble trazado, se subrayan con la profundidad emotiva de la mirada.

sacrificó en el templo de Atenea. Declaró a Ilium libre, restauró la democracia y abolió el tributo pagado a los persas. Una vez reunido todo el ejército en la orilla asiática, y tras enviar delante una vanguardia dirigida por Amintas, Alejandro se puso en marcha por la costa hacia Lámpsaco.

Los persas subestimaron inicialmente el peligro que se cernía sobre su imperio. No se produjo una movilización general del ejército, sino que Darío dejó a los sátrapas de Asia Menor la tarea de frenar a Alejandro. Los gobernantes aqueménidas (Asites de Frigia Helespóntica, Spithridates de Lidia, Mithrobarzanes de Capadocia y Atizyes de Frigia) habían reunido sus fuerzas en Zelea para cortar el paso. Con la caballería persa se encontraba también un contingente de mercenarios griegos mandados por Memnón, quien propuso practicar ante Alejandro la táctica de «tierra quemada», a fin de aislarlo en un país hostil (el rey macedonio tenía en ese momento recursos

limitados) y esperar la llegada de Darío. Arsites se opuso a que su satrapía fuese arrasada. Grave error. Los jefes persas, sabiendo lo lentamente que se iba a poner en marcha el aparato militar del imperio, buscaron presentar pronto batalla a Alejandro, para derrotarle y liquidar la guerra en sus comienzos. Era lo que el rey macedonio, contra el parecer de parte de su estado mayor, quería, a fin de obtener una victoria temprana que animase a sus tropas y pusiera a su alcance nuevos recursos. Los observadores macedonios descubrieron a fines de mayo del 334 al ejército persa ocupando posiciones a orillas del río Gránico. Se había distribuido en dos líneas, una primera de caballería, con 20.000 hombres, y una segunda con la infantería mercenaria griega. Alejandro, desoyendo los consejos de Parmenión, que no deseaba precipitarse contra el ejército enemigo, dispuso sus tropas. En el ala izquierda se situó Parmenión con la caballería tesalia, griega y tracia. A continuación la falange y los hypaspistas. En el lado derecho, más allá de los hypaspistas, se colocó Alejandro con los «compañeros», lanceros y soldados peonios, agriamos y cretenses. El peso de la batalla fue llevado por el ala derecha macedonia, en un plan similar al de Filipo en Queronea: actuar en cuña por ese lado, para abrir las líneas enemigas. Alejandro mandó cargar a su caballería a través del río. Los jefes persas se dirigieron contra él y perdieron inútilmente sus vidas en un desesperado intento de matarle. Finalmente, los persas se hundieron ante el empuje de los jinetes macedonios, más adecuadamente armados. Los mercenarios griegos de Memnón fueron rodeados, muchos murieron, otros fueron enviados a Macedonia como esclavos. Memnón escapó. Alejandro envió 300 trofeos a Atenas, para consagrarlos en el templo de Atenea con esta dedicatoria: «Alejandro y los Griegos, excepto los espartanos». Dejó a Calas como sátrapa de Frigia Helespóntica, con una fuerza de aliados griegos para asegurar el cruce de los Dardanelos, siendo sustituido en el mando de la caballería tesalia por Alejandro de Lincestis. Luego se dirigió al sur, hacia la Jonia. Parmenión fue enviado a tomar la cercana ciudad de Dascilio.

5. Conquista de Asia Menor

Los persas habían gobernado hasta ese momento las ciudades griegas minorasiáticas sosteniendo a tiranos o regímenes oligárquicos y controlándolas desde algunas estratégicas guarniciones. Alejandro adoptó el método opuesto, restaurar los gobiernos democráticos, devolver a cada ciudad su propio régimen constitucional y abolir los tributos pagados al Gran Rey. Efeso fue ocupada, Priene recibió a Antígono, Alcímaco fue enviado para liberar las ciudades eolias, y el gobernador Mithrinos entregó Sardes. Alejandro nombró a Asandro sátrapa de Lidia, encargó a Nicias de su administración financiera y devolvió a los lidios el derecho a regirse por sus propias leyes. A continuación marchó a Mileto, que le cerró las puertas. La flota persa acudió en socorro de la ciudad, pero la escuadra griega, mandada por Nicanor, se le anticipó, se apoderó de la isla de Lade y bloqueó el puerto. Los persas presentaron batalla. Alejandro reunió su consejo. Parmenión era partidario de aceptar un encuentro naval, y se ofreció él mismo para mandar la flota aliada. Pero Alejandro se opuso. No quería correr los riesgos de una hipotética derrota, que hubiera desmoralizado a sus tropas. Sabía que sus barcos tenían una capacidad inferior a las experimentadas naves fenicias del enemigo. Prefirió tomar Mileto al asalto, sabiendo que, si ocupaba todos los puertos de la costa egea, la escuadra persa no tendría posibilidades de acción. Un contingente de mercenarios, refugiado en la isla tras la toma de la ciudad, entró finalmente a su servicio. La flota persa se retiró a Halicarnaso. Alejandro licenció la suya, salvo las naves atenienses, viendo que no servía para sus propósitos, y que no tenía fondos para mantenerla.

Podía parecer que, con la flota persa controlando el Egeo, Alejandro había hecho una jugada peligrosa, pues Memnón, nombrado poco después comandante de la escuadra del Gran Rey y del litoral egeo, podía cortar las comunicaciones del ejército griego a través de los Dardanelos y sublevar la misma Grecia. Lo primero no era, de todas formas, fácil que ocurriera, si el cruce del estrecho se hacía de noche. En cuanto a una posible intervención en Grecia, Alejandro la creía improbable. Memnón podía incitar a Esparta, pero los lacedemonios eran tan impopulares como los macedonios. Y la revuelta

podía ser sofocada por Antípatros. Provocar una rebelión en Atenas tampoco era tarea fácil, pues allí la situación parecía controlada por el partido promacedonio. Además, el estado ateniense, como otros muchos estados griegos, estaba privado de sus mejores contingentes militares, que Alejandro conservaba en Asia. Es sintomático que la única revuelta griega viniese de Esparta, no adherida a la Liga de Corinto. Además, la declaración de libertad en favor de las ciudades griegas de Asia Menor había provocado que muchas retiraran sus aportaciones navales a Persia. Tampoco todas las ciudades fenicias parecían contentas bajo la égida aqueménida, salvo Tiro, que proporcionaba el único contingente de barcos seguro.

333 a. de C. Disolución prematura de la flota jonia. Los persas toman Quíos y Mitilene. Noviembre. Batalla de Isso. Victoria de Alejandro sobre los persas.
332-331 a. de C. Alejandro somete Liria (Tiro), Egipto y Mesopotamia.

La siguiente etapa en la marcha de Alejandro fue Caria, con un objetivo principal: la ocupación de Halicarnaso, cuya guarnición capitaneaba el propio Memnón. Tras un arduo sitio, los macedonios lograron forzar las murallas. Los sitiados prendieron fuego a los almacenes. Memnón escapó por mar, y Orontopates, sátrapa de Caria, se refugió en la fortaleza de Salmacis. Alejandro dejó a Ptolomeo con tropas mercenarias para reducir la Caria, donde Orontopates conservaba varias plazas. El país no sería completamente controlado hasta el 332.

Al llegar el invierno del 334/3 Alejandro envió licenciados a Macedonia a los soldados recién casados, una medida muy bien acogida. Destacó a Parmenión con un cuerpo de ejército (caballería pesada, tropas aliadas y equipos de asedio) para que le aguardara en Frigia, y él mismo, con el resto de los efectivos griegos, emprendió una dura campaña durante la estación invernal en las montañas de Lidia y Panfilia. Su táctica de atacar las tribus montañesas en esa época, cuando la nieve las empujaba a los valles, llegó a hacerse usual. La costa fue también ocupada, y muchas ciudades licias se sometieron. Phaselis, localidad de Panfilia, le abrió las puertas. Fue por entonces cuando se descubrió la conspiración de Alejandro de Lincestis. Al parecer Darío le había ofrecido el trono de Macedonia y una enorme suma de oro si eliminaba a Alejandro. Cuando éste se enteró del asunto, mandó un emisario a Parmenión para que dicho príncipe, a la sazón jefe de la caballería tesalia, fuese arrestado.

Alejandro nombró a Nearco sátrapa de Licia y Panfilia, donde permanecería hasta ser llamado años después a Bactria para preparar la expedición por el océano Indico. Colocó una guarnición en Phaselis para protegerla de la flota persa, envió parte de sus tropas a Perge, a través del monte Climax, y continuó con el resto de sus soldados a lo largo de aquella difícil costa. Tras obtener la sumisión de Perge, Aspendus y Side, se internó en las montañas de Pisidia, a fin de completar la conquista de la meseta interior de Anatolia, aún en manos de los persas. Se dirigió hacia Termessus, una fortaleza que controlaba los accesos hacia Frigia. Puesto que atacarla sin material de sitio era tarea imposible, Alejandro continuó hacia el norte, tomó Sagalassus y otros puntos fortificados, pero no completó la conquista de Pisidia, cuya zona occidental, únicamente, fue incorporada a la satrapía de Nearco. Antígono fue nombrado, a su vez, sátrapa de Frigia, y se le dejaron 1.500 mercenarios para ocupar Celaenae. Finalmente, en la primavera del 333 Alejandro se encontró con Parmenión en Gordium donde, según la tradición, acaeció el famoso episodio del nudo gordiano. Nuevos reclutas macedonios ingresaron allí en el ejército. También llegaron embajadores de Atenas, solicitando el retorno de los rehenes atenienses que Alejandro tenía consigo, pero el rey macedonio los retuvo, porque constituían una garantía de la fidelidad de Atenas mientras la flota persa se mantuviese en el Egeo.

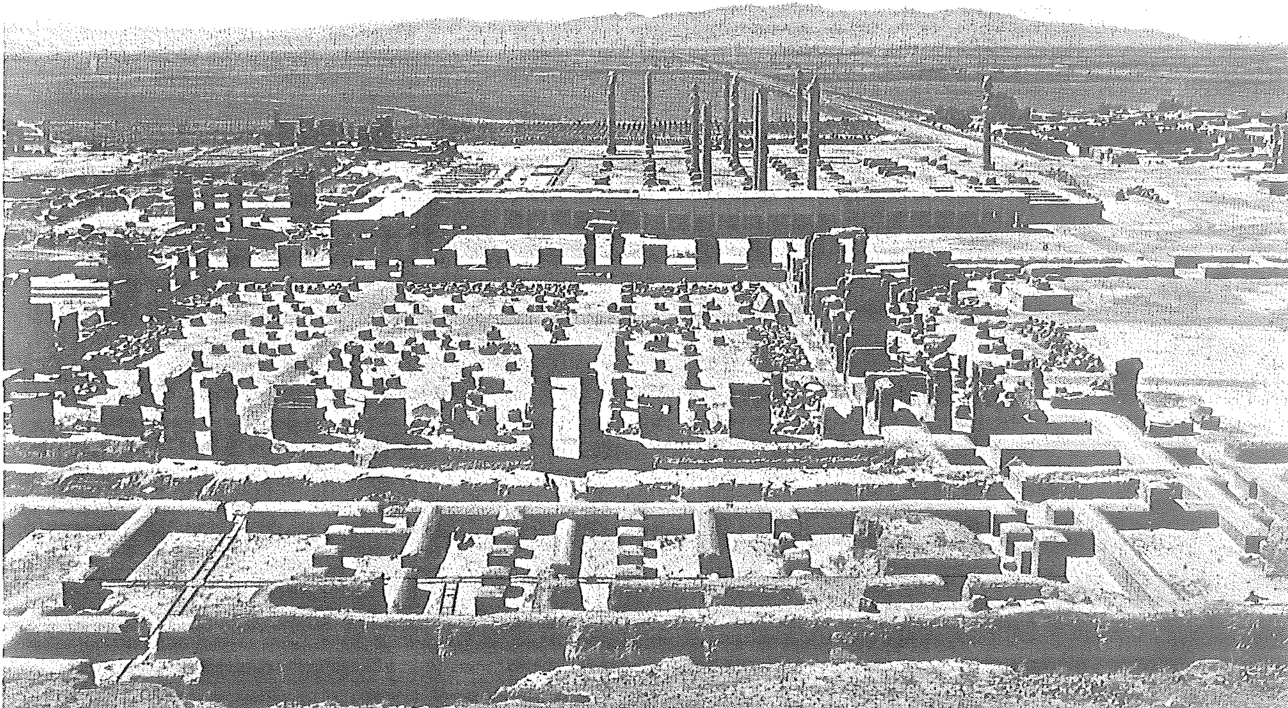
Efectivamente, la escuadra de Memnón estaba desplegando una gran actividad en un intento de atraer la atención de Alejandro hacia Grecia, y dar tiempo a que el Gran Rey preparara el ejército persa, cuya movilización era tarea lenta y complicada. Los oligarcas de Quíos entregaron la isla a Memnón, quien puso proa luego a Lesbos para sitiar Mitilene, episodio en el que murió. Su sobrino Farnabazo, hijo de Artabazo, continuó sus planes. Mitilene cayó, y su suerte fue reglamentada. Farnabazo instaló una guarnición, colocó un tirano, e impuso un tributo de guerra. También recuperó Tenedos y el resto de la isla de Lesbos, y envió algunos barcos a las Cícladas. Con los mercenarios griegos, el dinero persa y los agentes que había destacado en algunas ciudades helenas, podía haber provocado una revuelta en Grecia, pero su política de vasallaje, que contrastaba con la que Alejandro había

adoptado, le enajenó muchos apoyos. Además, el rey macedonio dio órdenes para que una flota griega fuese aprestada en el Helesponto para salvaguardar sus líneas de comunicación. La decisión finalmente vino de Darío, que estaba preparando un gran ejército. El Gran Rey pidió que los mercenarios de la flota de Farnabazo se le unieran en Fenicia, con lo que la escuadra persa en el Egeo quedó en situación de inferioridad.

Conociendo tales disposiciones, Alejandro actuó con rapidez (junio del 333). Abandonó la conquista de las zonas centrales y orientales de Anatolia, y desde Gordium marchó a Ancyra (Ankara), donde recibió una embajada de Paflagonia, ofreciéndole la sumisión del país. El soberano macedonio, cuyo objetivo primordial era ir rápidamente al encuentro de Darío, se limitó a incorporar el territorio paflagonio a la satrapía de Calas, y continuó hacia el sur. Dejó como sátrapa de Capadocia a un tal Sabiktas, probablemente un noble local, y continuó hacia las Puertas Cilicias (cordillera del Tauro), que estaban mal defendidas, y que ocupó sin grandes pérdidas. Descendió hacia Cilicia y llegó a Tarso. Aquí cayó Alejandro presa de unas graves fiebres. Fue atendido por su amigo y médico, Filipo de Arcanania. Una carta llegó de Parmenión, anunciando que Filipo había sido sobornado por Darío para envenenarle. Alejandro, que confiaba en su médico, le entregó la misiva, bebió la medicina que le había preparado y terminó recobrándose.

6. La batalla de Issus

Tras su recuperación, Alejandro envió a Parmenión a ocupar los pasos que conectaban Cilicia con la llanura de Issus, mientras él se encargaba de dominar las ciudades cilicias y asegurar el control del Tauro. Supo por aquel entonces que Darío había reunido un gran ejército, y que se encontraba en Sochi (Siria). Alejandro marchó hacia el sur por la costa, cruzó las puertas Amanienses y llegó a Myriandrus. Allí tuvo noticias de que Darío había abandonado sus posiciones en la llanura siria, más favorables para haber hecho valer su superioridad numérica y, tras cruzar los pasos del Amanus, había descendido hacia Issus, situándose a espaldas de Alejandro, y cortando por tanto sus comunicaciones con Cilicia. El ejército griego no tenía más remedio que presentar combate, pues no podía internarse en Siria sin asegurar sus comunicaciones con Asia Menor, ahora amenazadas por los persas tanto



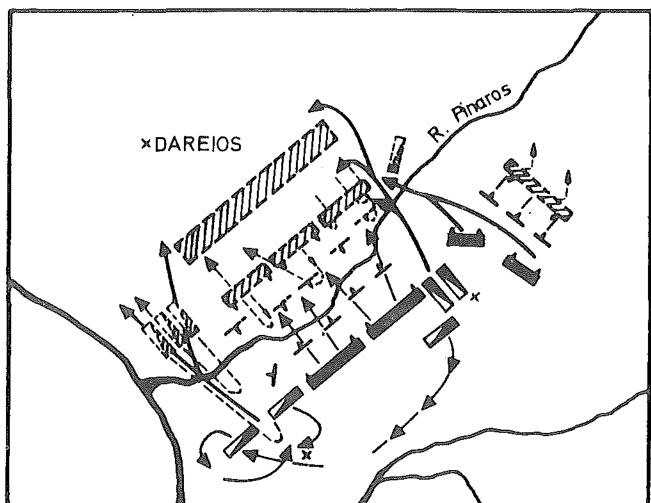
Vista de las ruinas de Persépolis, ciudad destruida en el año 330 a. de C.

por tierra como por mar. A primera vista la posición de Alejandro parecía desesperada. Pero el rey macedonio vislumbraba que esta ocasión podía ser decisiva para derrotar al gran ejército persa. Aún sus fuerzas no estaban mermadas por el corte de los suministros. El ejército enemigo, además, había escogido un terreno muy difícil para maniobrar y aprovechar su superioridad numérica. Y con su marcha desde Siria había precipitado los acontecimientos, sin dejar que el ejército griego se desgastara.

La moral de las tropas de Alejandro, no obstante, estaba en cierto modo mermada por su, en teoría, desfavorable posición. Pero el rey macedonio actuó en esta difícil ocasión con una enorme capacidad de previsión, se aseguró, primero, enviando una nave de reconocimiento, de que efectivamente los persas estaban en Issus. Luego arengó a sus oficiales con un encendido discurso, cuyo contenido esencial nos comunica Arriano, en el que describió todas las ventajas de su situación, callándose obviamente los inconvenientes. Supo transmitir así a sus desmoralizados soldados una inyección de ánimo, que resultó decisiva cara a la inminente batalla.

El encuentro bélico tuvo lugar en noviembre del 333 en la llanura litoral siria, junto al río Pinaros, que separaba ambos ejércitos. El rey macedonio situó en el ala derecha a los hypaspistas y lanceros, y delante se colocó él mismo y los «compañeros» formando una profunda columna de caballería. Los mercenarios y tropas aliadas estaban detrás de la falange macedonia, que ocupaba el centro. Tras los lanceros, para prevenir un ataque del ala izquierda persa, se colocó un contingente que incluía a los agrianos. A la izquierda se emplazó la caballería tesalia. Darío, a su vez, tenía en su ala derecha la caballería persa que, atacando a lo largo del mar, habría de arrollar al ala izquierda macedónica. En el centro se situó él mismo con el núcleo de su ejército, un importante contingente de mercenarios griegos. En el lado izquierdo colocó la caballería hircania, y en retaguardia la infantería persa como reserva.

Las disposiciones de Alejandro decidieron la batalla. Atacó duramente con la caballería pesada macedonia, seguida de la falange, el ala izquierda persa, a la que desbarató, pero creó en el centro macedonio una brecha por la que se precipitaron los mercenarios griegos de Darío. Alejandro tuvo que acudir en ayuda de su centro, muy presionado por el enemigo, para restablecer la situación. También el ala izquierda macedonia pasó apuros ante la superioridad numérica del adversario aunque la caballería tesalia restableció la situación. Cuando Darío vio la confusión que empezaba a apoderarse de sus tropas se dio a la fuga, con lo que aumentó el hundimiento persa, sólo los



Batalla de Issos (según Grossier).

mercenarios griegos, manteniendo el orden, pudieron salvarse parcialmente, aunque la mayoría abandonaron Persia y retornaron a Grecia. Algunos efectivos persas se retiraron a Capadocia y Paflagonia, desde donde algún tiempo después lanzaron una contraofensiva conjurada por Antígono, sátrapa de la Gran Frigia (primavera del 332). El campamento de Darío cayó en

manos de los macedonios, y toda la familia del monarca quedó en poder de Alejandro, quien la trató noblemente.

Sólo ahora se dio cuenta el Gran Rey de la gravedad del ataque macedonio contra su Imperio. Las provincias persas al oeste del Eufrates quedaban abiertas al enemigo, mientras que se perdía el control del Egeo. Pero Alejandro continuó su avance por la costa, para ocupar las ciudades fenicias y arrebatar a la flota persa sus arsenales y puertos. Arados, Biblos y Sidón se le entregaron sin ninguna resistencia, se continuó hasta Tiro, la más poderosa de las ciudades fenicias, que se negó a someterse, confiando en su insularidad y en la protección de su flota. Los tirios ofrecieron su amistad, pero no su cooperación. Alejandro solicitó entrar en la ciudad para sacrificar a Hércules, identificado por los griegos con el de Melkart tirio, pero sus habitantes le rechazaron. Se inició entonces el asedio de Tiro (enero, 332), que duraría seis meses. Puesto que la isla-fortaleza era inexpugnable por mar, se construyó un dique para unirla a tierra firme. Alejandro solicitó apoyo naval de otras ciudades fenicias, Rodas y Chipre, preparándose una gran flota en Sidón. Con estas naves los accesos de Tiro por mar quedaron controlados. Finalmente, los macedonios lanzaron un ataque definitivo, forzaron las murallas y efectuaron una gran masacre entre la población. Los supervivientes fueron vendidos como esclavos. Alejandro, tras sacrificar a Hércules y transformar la isla en una base naval, continuó hacia Egipto.

Hércules es la figura más heroica de la mitología griega que también fue adorado por los romanos. Mató a sus hijos en un ataque de locura y para expiar su falta hubo de realizar doce trabajos diferentes impuestos por el rey de Argos, Euristeo, y ordenados por el oráculo de Delfos. Las casas reales de Argos, Esparta y Mesenia se decían descendientes del semidiós.

Mientras tanto, Darío había pasado a tantear la vía diplomática. Durante el cerco de Tiro envió una embajada a Alejandro ofreciéndole la cesión de «todo el Asia Menor hasta el Halys» y la mano de una de sus hijas. Alejandro rehusó esta concesión, que no hacía sino reconocer sus conquistas; además, el matrimonio de Alejandro y la princesa Estateira permitía a Darío conservar su derecho de soberanía. El rey macedonio, que había podido percibir directamente la debilidad interna que aquejaba al otrora gran imperio persa, estaba dispuesto a vengar a los griegos y a convertirse en el dueño absoluto del estado aqueménida.

7. De Egipto a Asia

Desde Tiro Alejandro prosiguió hacia el sur, recibiendo la formal sumisión de los pueblos de Palestina. Sólo encontró resistencia en Gaza, la capital filistea, que tuvo que asediar durante dos meses. La población fue reducida a esclavitud y se repobló la ciudad, convirtiéndola en base de operaciones. De allí el ejército macedonio continuó hacia Pelusium, donde se le unió la flota. Egipto, que había sido reconquistado pocos años antes por Artajerjes III, sentía pocas simpatías por los persas. Esta circunstancia, así como la riqueza cerealística del país, y el hecho de estar prácticamente sin protección militar, debió inducir a una conquista que parecía fácil. Efectivamente, el sátrapa persa Mazacés entregó todas las ciudades, y los egipcios acogieron a Alejandro como su liberador. El rey macedonio, que buscó el entendimiento con la clase dirigente, les devolvió su libertad religiosa, sacrificó a los dioses autóctonos en Menfis y fue investido faraón (noviembre, 332). Desde Menfis Alejandro descendió por el Nilo, pasó a Canopo y llegó al emplazamiento de la futura Alejandría que, con sus dos puertos, se transformaría en uno de los principales centros comerciales de la Antigüedad, conquistas mediterráneas de Alejandro. La nueva ciudad fue planificada *modo graeco*, tanto en su urbanismo como en sus instituciones.

Fue inmediatamente después cuando acaeció el singular episodio del peregrinaje de Alejandro al santuario de Ammon en el oasis de Siwa, en pleno desierto occidental de Egipto. La única información contemporánea que tenemos sobre este hecho es la de Calístenes, que deja muchos puntos oscuros, pues Alejandro mantuvo el secreto de lo que le habían dicho los sacerdotes del templo. Sabemos que fue saludado por ellos con el título de «hijo de Zeus», equivalente al de «hijo de Ammon» usado por los faraones. También se extendió el rumor, quizás expandido por Olimpia, de que el padre de Alejandro no era Filipo, sino el propio Zeus. El rey macedonio llegó a convencerse de ello, pero no dejó de provocar ciertas burlas entre sus compañeros, indignados por su credulidad o sus pretensiones. El asunto sería realzado algún tiempo después por Calístenes, que atribuyó la victoria de

331 a. de C. Batalla de Megalípolis. Antípatros (regente de Alejandro) sofoca un levantamiento de espartanos. Batalla de Gaugamela. Alejandro vence a Darío, entra triunfal en Babilonia y Liria y es aclamado rey de Asiria.

Gaugamela a la protección que Alejandro recibía de Zeus. Esta convicción fue uno de los precedentes que marcarían el camino a la posterior divinización y apoteosis de Alejandro, fomentando una nueva dimensión de la realeza que los macedonios tardaron en asimilar, y que provocó no pocas oposiciones al monarca.

Desde Siwa Alejandro retornó a Menfis, donde recibió algunas delegaciones llegadas de Grecia y organizó la administración del país, que fue confiada a dos egipcios, Doloaspis y Petisis, con poderes civiles, en tanto que la administración militar se colocaba bajo el mando de dos macedonios, con respectivas competencias en el alto y bajo Egipto. Además, se crearon otras dos jefaturas fronterizas, con la designación de Libia y Arabia, que fueron confiadas a Apolonio y Cleómenes. Contando con la alianza de Cirene, y dejando bien controlado el país con guarniciones en Pelusium y Menfis, Alejandro retornó a Tiro, donde su ejército se estaba preparando para iniciar el avance hacia el este (primavera del 331). Allí tomó algunas disposiciones antes de la partida. Se emprendieron operaciones navales contra los espartanos en Creta y contra los piratas de Licia, y se requisaron de nuevo barcos fenicios y chipriotas. Algunas medidas beneficiaron a ciertos estados griegos: los atenienses capturados en Gránico fueron liberados, y las guarniciones macedonias fueron retiradas de Rodas y Quíos. Se tomaron disposiciones financieras, quedando Hárpalo encargado del tesoro real. Nuevos refuerzos militares llegaron desde Macedonia, y algunos contingentes de mercenarios engrosaron el ejército.

Desde Tiro, por Damasco y Emesa, Alejandro marchó hacia Thapsaco para cruzar el Eúfrates. No encontró ninguna resistencia, pero en el camino recibió una nueva oferta diplomática de Darío. El Gran Rey estaba dispuesto a ceder todo el Asia hasta el Eúfrates, siempre como dote de su hija Estateira. Hubo un gran debate sobre el tema en el consejo real. Parmenión sugirió aceptar estas condiciones, pero Alejandro las rechazó, mostrando sus pretensiones a todo el imperio. Realmente la situación aconsejaba atender la oferta de Darío. Alejandro sólo controlaba en ese momento una zona costera que le permitía difíciles comunicaciones con Asia Menor. Sin embargo, los territorios bastaban ya para acoger los excedentes demográficos de Grecia, uno de los problemas que la conquista pretendía resolver. En ese momento tampoco Grecia estaba totalmente segura bajo la égida macedónica. Atenas y Esparta seguían manteniendo contactos con el Gran Rey, y Farnabazo había proporcionado dinero y tropas mercenarias helenas al rey lacedemonio Agis. La ocupación del corazón del imperio persa parecía una empresa inalcanzable y, caso de realizarse, difícil de mantener, al quedar el ejército macedonio alejado de sus bases mediterráneas. Pero Alejandro, viendo ante sí la posibilidad de tomar las satrapías más ricas (Babilonia, Persia, Media), tenía ya *in mente* la idea de recrecar en su provecho el estado aqueménida, bajo un poder despótico, más de tradición persa que macedonia. Tomó, por tanto, la crucial decisión de proseguir. Pero sus ambiciones empezaron a granjearle la animadversión de un sector importante de la oficialidad macedonia, encabezado por Parmenión.



Moneda con la efigie de Alejandro Magno (356-323 a. de C.). Su rostro aparece en numerosas acuñaciones de diferentes puntos geográficos. En esta ocasión la moneda es persa.

Darío había necesitado casi año y medio para movilizar los recursos de su imperio. Durante la estancia de Alejandro en Egipto, los persas no habían intentado atacar la retaguardia griega y cortar las comunicaciones con Asia Menor. El Gran Rey había optado por atrincherarse en Mesopotamia, hacia donde se encaminó el ejército macedonio a través del curso alto del Tigris (Armenia). El río fue cruzado a fines de septiembre del 331, y pronto ambos rivales estuvieron frente a frente en la llanura de Gaugamela.

Para presentar una última y desesperada resistencia el Gran Rey había hecho un enorme esfuerzo militar. Contaba aún con un destacado contingente de hoplitas griegos, que no había podido incrementar al perder el acceso al mercado de mercenarios, y con la guardia real, entrenada al modo hoplítico. Reclutó caballería en Capadocia y Bactriana, aumentándola con jinetes escitas. Esta caballería pesada era uno de los cuerpos principales del ejército persa. Darío había introducido reformas en el armamento de sus tropas, para hacer frente mejor a los solados macedonios. A toda esta fuerza añadió una nueva arma, carros con cuchillas, destinados a abrir brechas en el ejército enemigo y permitir así la intervención de la caballería pesada. Con unos efectivos que pueden cifrarse en 40.000 jinetes, 16.000 soldados de infantería pesada, y algunos elementos de infantería ligera, Darío avanzó hacia Gauga-

mela, cuya planicie fue allanada convenientemente para facilitar la acción de los carros. A principios de octubre del 331 tuvo lugar la gran batalla. La línea de combate del ejército persa era muy superior al frente macedonio, por lo que Alejandro temía verse envuelto por el adversario. Para conjurar esta amenaza situó en ambas alas unos destacamentos especiales con la orden de desplazarse a un lado o a la retaguardia si era preciso para defender los flancos. En el centro volvían a enfrentarse, como había ocurrido en Issus, los mercenarios griegos y la infantería macedonia, y, al igual que allí, también el ala derecha persa (caballería) consiguió una cierta iniciativa frente al ala izquierda macedonia dirigida por Parmenión. Bajo el mando de Mazeos los persas llegaron incluso hasta el campamento de Alejandro. Pero de nuevo fue el rey macedonio quien, tras vencer con los «Hetairos» la resistencia del ala izquierda y el centro persas, quebró la moral de Darío quien, dando la batalla por perdida, se dio a la fuga. Alejandro pudo prestar socorro a Parmenión, mientras la caballería tesalia restablecía en el ala izquierda la situación. Parmenión ocupó el campamento enemigo, y Alejandro se lanzó en persecución de Darío. En Arbelas se apoderó de un gran botín, pero el Gran Rey pudo huir hacia Media con algunos efectivos militares. El resto de su ejército sufrió terribles pérdidas y muchos soldados persas fueron hechos prisioneros.

Alejandro avanzó hacia el sur llegando a Babilonia, donde tuvo una acogida fastuosa. La ciudad le fue entregada por Mazeos, que se había distinguido combatiendo en Gaugamela. Fue el primer persa confirmado en su cargo de sátrapa, compartiendo el gobierno con dos macedonios, uno como comandante militar, otro encargado de la administración financiera. Alejandro permaneció aproximadamente un mes allí. Fue aclamado como «rey de Babilonia» e hizo sacrificios a Marduk, ordenando la restauración de su templo, destruido por Jerjes.

330 a. de C. Alejandro incendia Persépolis. Ocupa Pasargadae y Ecbatana.
Darío muere asesinado por el sátrapa Bessos.

8. En el corazón de Persia

A renglón seguido, el ejército macedonio avanzó directamente hacia el este, para internarse en la propia Persia. A Alejandro le había llegado un correo de Filoxeno, al que había enviado por delante a Susa, comunicándole la rendición de la ciudad y la captura del gran tesoro real, donde encontró cuarenta mil talentos de plata y nueve mil dáricos acuñados. Tras nombrar un sátrapa para la Susiana, junto a un comandante militar macedonio, con la correspondiente guarnición, y enviar dinero a Antípatros, para sufragar la guerra en Grecia contra Esparta, Alejandro continuó hacia Persépolis, tras aumentar sus tropas con nuevos reclutas macedonios.

Conviene detenernos un momento en la situación de Grecia, donde había quedado Antípatros con 15.000 infantes y 1.500 jinetes para controlar la situación. Una revuelta en Tracia, donde se habían sublevado un príncipe odrisio y un estratega macedonio, fomentada además por los enemigos de Macedonia, había conducido allí a la tropas de Antípatros. Esta circunstancia, así como la ausencia de Alejandro en el Este, fue aprovechada por Agis, rey de Esparta, quien había recibido subsidios persas, para intentar adueñarse del Peloponeso y quebrar el control macedonio. Convocó a todos los griegos para luchar por su libertad, y a su llamada acudieron Arcadia, Acaya, Etolia y Tesalia. También se solicitó la ayuda de Atenas, en cuya asamblea se discutió el asunto. Demóstenes apoyaba el plan de Agis, frente al partido promacedonio. A principios del 331 Agis, con algunas tropas de sus aliados, derrotó a un ejército macedonio y puso cerco a Megalópolis. Por aquel tiempo, para animar a Atenas a la no intervención, Alejandro liberó en Tiro a los mercenarios atenienses apresados en Gránico. Antípatros descendió desde el norte, obligó a Agis a levantar el cerco y le venció cerca de Esparta. El rey lacedemonio cayó combatiendo. Antípatros envió a Alejandro algunos rehenes espartanos e informó de la rebelión al Consejo de la Liga griega, quien a su vez cedió la decisión a Alejandro. Este tomó una resolución en Persépolis, donde se encontraba en la primavera del 330. Esparta fue perdonada, y se respetó su constitución e integridad territorial, aunque tuvo que sumarse a la Liga griega.

No acabaron, sin embargo, los problemas en Grecia, pero con la desaparición de Agis Alejandro tuvo las manos libres para proseguir su expedición

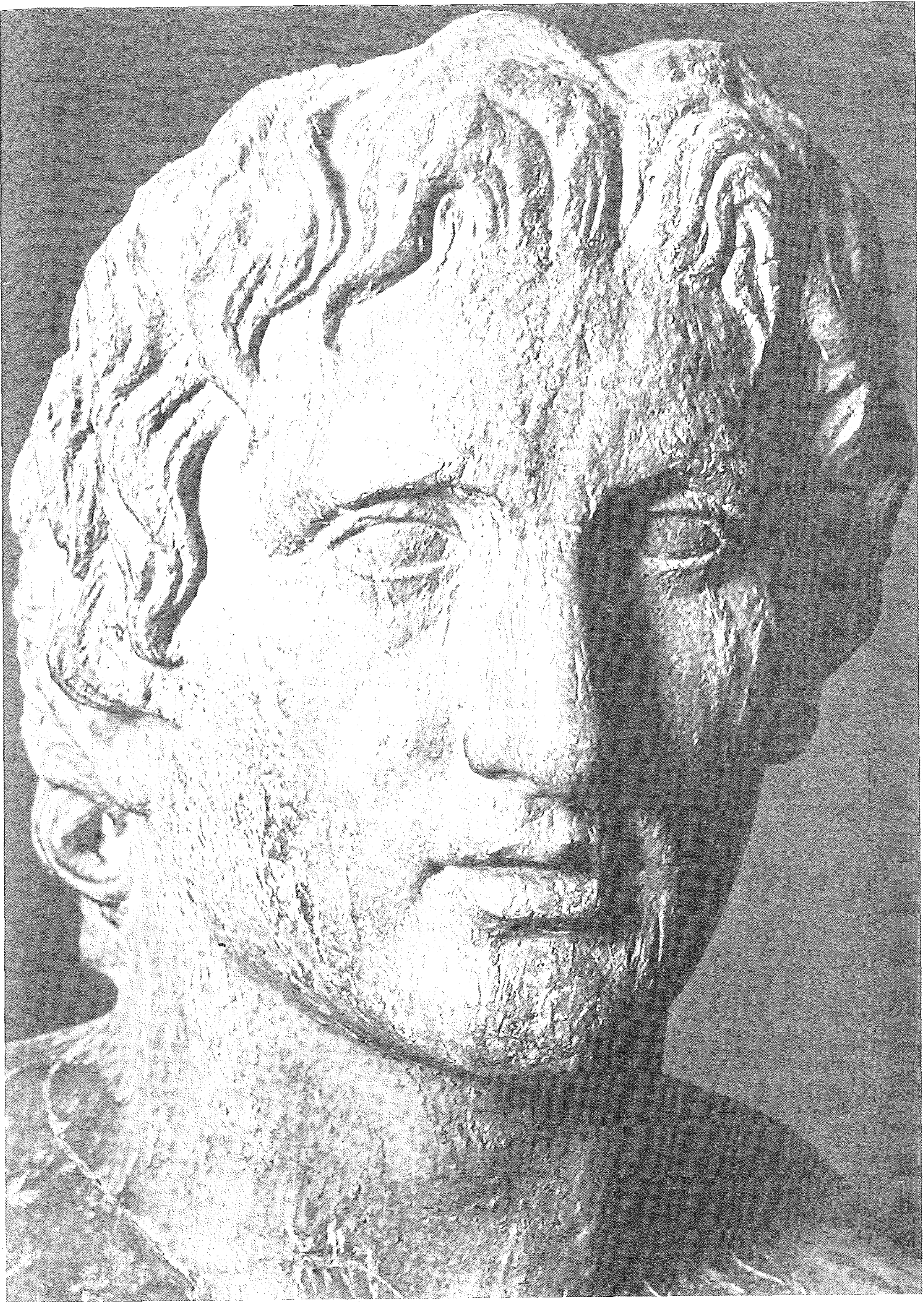
en pos de Darío. Desde Susa cruzó el país montañoso de los uxianos, y las Puertas Persas, que ocupaba el sátrapa de la Pérside Ariobarzano, a quien Alejandro sólo pudo vencer con una hábil maniobra. El propio sátrapa, que logró escapar junto a Darío, sería más tarde acogido por Alejandro con todos los honores. Persépolis, Pasargadae y Ecbatana cayeron sucesivamente en poder del ejército macedonio (verano del 330). En Persépolis realizó Alejandro un acto simbólico de venganza contra los persas, la quema del palacio de Jerjes, que señalaba el fin de la dominación Aqueménida sobre Asia, y en Pasargadae visitó la tumba de Ciro, que mandó restaurar. En todas estas ciudades se apropió de inmensos tesoros. A Ecbatana llegó demasiado tarde para capturar a Darío, que había permanecido allí poco antes, se nombraron algunos sátrapas para el país, y se licenciaron los jinetes tesalios y las tropas de la Liga Griega, que retornaron a Grecia con generosas gratificaciones. Esto significaba, en cierto modo, dar por liquidada la expedición que Alejandro había emprendido como «hegemon» con plenos poderes de la Liga de Corinto. Muchos griegos prefirieron, no obstante, permanecer en el ejército como mercenarios.

329 a. de C. Alejandro somete el Irán oriental.

En Ecbatana tomó también Alejandro otras medidas. Parmenión recibió la orden de depositar el tesoro persa en dicha ciudad. Harpalo lo custodiaría con una guarnición macedonia. Luego Parmenión, al mando de los tracios y mercenarios griegos, marcharía a Hircania para unirse a Alejandro. Clitos el Negro, retenido en Susa, iría a Ecbatana, tomaría el mando del contingente macedonio allí emplazado, y marcharía a Partía. Filoxeno quedó encargado de las comunicaciones entre Asia Menor y Macedonia. Estas disposiciones eran totalmente necesarias. Ahora era cuando Alejandro iba a enfrascarse en una inmensa y ardua campaña en territorios sobre los que tenía poca información, y necesitaba dejar una retaguardia bien cubierta. Pero no tenemos seguridad de que Parmenión y Clitos efectuasen las operaciones apuntadas, quizás porque las órdenes de Alejandro fueron pronto anuladas.

Inmediatamente el rey macedonio, sin dar tregua a sus tropas, se lanzó en persecución de Darío. Este, derrotado y desposeído de sus más ricas satrapías (Media y Persia), no era ya más que un juguete en manos de los nobles iranios que gobernaban las satrapías orientales (Bactriana, Aria, Drangiana, Arachosia), donde los sentimientos particularistas nacionales habían estado siempre muy enraizados frente al centralismo aqueménida. Alejandro, persiguiéndolo, llegó a Rhagae, donde descansó unos días, continuando hacia Partia a través de las Puertas Caspianas. Cerca de Hecatompylos alcanzó a Darío, pero lo encontró muerto. El sátrapa de Bactria, Bessos, había derrocado al monarca, lo había hecho asesinar y se había coronado como Gran Rey (julio, 330). Alejandro, como Rey de Persia, dio a su predecesor un funeral regio. Los últimos mercenarios griegos que habían seguido a Darío se entregaron. Unos retornaron a Grecia, otros entraron al servicio de Alejandro. La persecución del regicida Bessos ocupó ahora la atención del rey macedonio. Como heredero de la dinastía aqueménida, tras la desaparición de Darío, Alejandro lo consideraba un deber. Bessos había proyectado devastar la llanura bactriana y atacar luego a un ejército macedonio lleno de privaciones. Alejandro se vio enfrascado en una durísima campaña (330-327) en el altiplano iranio, en regiones que le eran totalmente extrañas, y ante poblaciones más homogéneas que defendían encarnizadamente su independencia agrupadas en torno a sus jefes nacionales, y amparándose en lo abrupto del país. Inicialmente el proyecto de Alejandro era ir directamente en busca de Bessos a su satrapía bactriana, cruzando la zona septentrional de Aria. El sátrapa de este país, Satibarzanes, que primero se había sometido a Alejandro, luego se pasó a Bessos. Alejandro tuvo que perseguirle hasta Artacoana, y le sustituyó por Arsaces. Luego prosiguió hacia la Drangiana, más al sur, donde el ejército tuvo un descanso. Para la Drangiana y Aria fueron nombrados sátrapas iranios. Desde allí se continuó hacia el noreste por Arachosia, conquistándose su principal fortaleza y capital, Kandahar. La zona quedó al mando del macedonio Menón con importantes efectivos militares. Se procedió entonces a ensayar el sistema de colonias militares para asegurar las conquistas. Se fundaron Alexandría de Aria (Herat) y Alexandría de Arachosia (Kandahar). En la primavera del 329, Alejandro se lanzó por sorpresa desde los Paropamisades sobre la Bactriana. Cruzó el Hindu-Kush, cubierto de nieves perpetuas, empresa comparable a la travesía de los Alpes por Aníbal, y fundó Alejandría del Cáucaso. Bessos se

Escultura de Alejandro. Probable copia helenística de un original de Lisipo.



retiró al norte, a la satrapía vecina de Sogdiana, más allá del río Oxus. Tras reponer fuerzas en Drapsaka, el ejército macedonio prosiguió por Aornos y Bactres, que se rindieron. Artabazo fue nombrado sátrapa. El cruce del Oxus era un problema. Tras licenciarse algunos soldados inútiles por edad o heridas, las tropas de Alejandro lo atravesaron, seguramente en Kilif, valiéndose de odres hinchados. Llegó entonces la noticia de que Bessos había sido abandonado por sus partidarios (los sátrapas Oxyarthes y Espitamenes) e iba a ser entregado. Un destacamento dirigido por Ptolomeo se apoderó del regicida, que fue tratado cruelmente. Trasladado a Bactres ante un tribunal de medos y persas, que lo acusaron de rebelión y traición, fue finalmente ajusticiado.

9. Alejandro y la personalización del poder

La muerte de Darío fue uno de los momentos decisivos en la vida de Alejandro. A partir de ese momento el hijo de Filipo II se consideró su sucesor legítimo como soberano de todos los pueblos que integraban el imperio persa. Quizás comprendió entonces que la ocupación de las satrapías orientales era ahora para él un objetivo irrenunciable. Es obvio pensar que su posición de nuevo amo del imperio le imponía actitudes especiales hacia sus nuevos súbditos, y que su condición de heredero de los Aqueménidas tenía que influir en el concepto del poder real que Alejandro había asumido según las tradiciones macedonias. Esta evolución en la institución monárquica no dejó de provocar discrepancias entre los propios macedonios, sobre todo los del círculo más allegado a Alejandro, derivando en algunos episodios significativos que alcanzaron honda repercusión.

Ya vimos las tensiones que suscitó en su momento el matrimonio de Filipo con Cleopatra, que provocó la oposición de Alejandro y su madre Olimpia. Al parecer, dentro de la corte macedonia hubo ya desde los primeros momentos una facción hostil a Alejandro, encabezada por Parmenión, uno de los viejos militares formados en la escuela de Filipo. No podemos precisar las razones concretas de esa enemistad. Parmanión, como Atalo, compartía el proyecto de una expedición a Asia, desde luego con las limitaciones con que la había planteado Filipo. Encarnaban también los viejos usos de Macedonia, contra los que atentarían las nuevas ideas monárquicas de Alejandro. Ambos estaban en Asia Menor cuando murió Filipo, circunstancia que aprovechó Antípatros para hacer aclamar sin oposición a Alejandro.

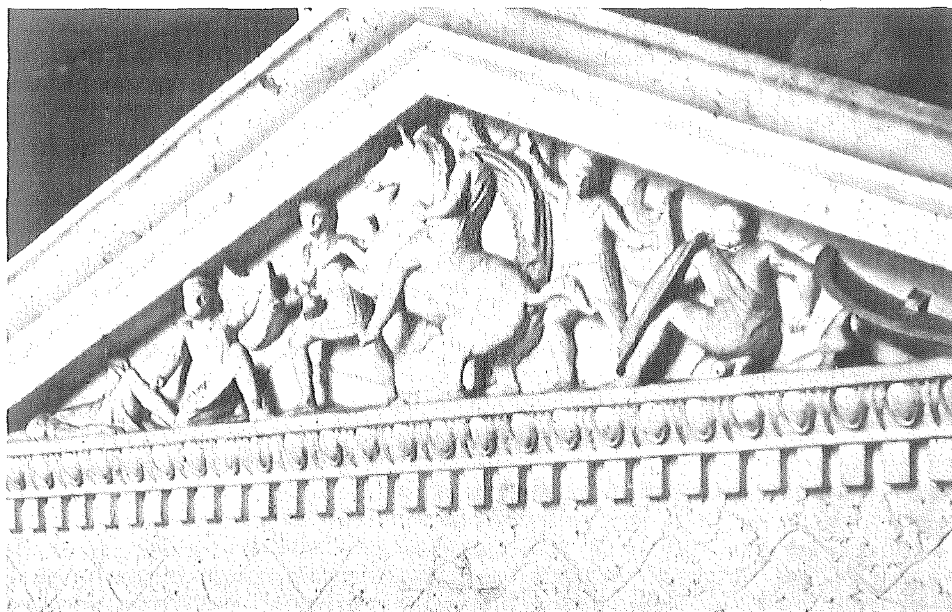
Cuando se inició la expedición contra los persas Parmenión y su hijo Filotas ocuparon mandos importantes. Alejandro y Parmenión nunca llegarían a entenderse, pero el viejo general tuvo inicialmente un papel muy activo, organizando el transporte del ejército a través del Helesponto. Luego vendría Gránico, situación en la que Alejandro y Parmenión tuvieron opuestos pareceres. En efecto, vemos que cada vez que en el consejo de Alejandro había que tomar decisiones políticas o militares sobre el futuro de las campañas, el conflicto surgía con Parmenión. Este había quedado descalificado militarmente por sus fracasos ante Memnón de Rodas. Encarnó siempre la oposición a los amplios planes de conquista de Alejandro, a quien aconsejó infructuosamente aceptar las ofertas de paz enviadas por Darío tras Issus. Las pretensiones divinas de Alejandro tras su peregrinaje al santuario e Siwa aumentaron el descontento. La dudosa actuación de Parmenión en la batalla de Gaugamela suscitó ciertas críticas en Alejandro, que buscaba la oportunidad de minar la autoridad y prestigio que el general tenía sobre el ejército macedonio. La llegada de nuevos refuerzos militares, y la necesidad de efectuar modificaciones en las tropas para adaptarlas a las circunstancias que imponía la guerra en Asia, dieron ocasión a Alejandro para disminuir el poder de Parmenión, a quien se procuró alejar del ejército principal, ordenándole efectuar operaciones secundarias.

La reforma de la milicia tuvo un doble carácter, táctico y de mando. En el primer aspecto se elevaron a 2.000 hombres los efectivos de cada unidad de infantería *(taxis)*, subdividida a su vez en dos batallones de 1.000 o «quiliarquias». También, quizá, se reagruparon en «quiliarquias» los hypaspistas, hasta entonces distribuidos en compañías de 500 hombres. Se crearon nuevas unidades de caballería pesada y ligera. En cuanto a los mandos, las reformas en la disposición de las tropas obligaron a crear oficiales subalternos, que

Alejandro nombro sin otro criterio que el valor militar. Esta novedad reforzó considerablemente la autoridad real, pues muchos de los soldados promocionados a puestos superiores eran gentes de humilde origen que debían tal ascenso a su rey, y que en las asambleas del ejército podían intervenir a su favor, contrapesando la actitud de otros generales. Sabemos que los «quiliarcas» nombrados a partir del 331 fueron amigos personales de Alejandro.

Parmenión y sus hijos perdieron así parte del apoyo que tenían sobre unas tropas, en las que habían privado durante mucho tiempo los lazos de amistad y clientela. El conflicto entre Alejandro y el viejo militar, que se había mostrado hostil a la destrucción del palacio de Persépolis, se haría más fuerte a raíz de la muerte de Darío, cuando Alejandro decidió, sin consultar a Parmenión, reivindicar la herencia aqueménida y llevar la guerra a las satrapías orientales del Imperio persa. Para llevar adelante este proyecto, y teniendo en cuenta que Bessos se había proclamado rey como Artajerjes IV, Alejandro necesitaba el apoyo de los persas leales a la dinastía, por lo que expandió el rumor de que Darío, antes de morir, le había nombrado sucesor, a condición de que le vengase.

La asunción por Alejandro del poder aqueménida iba a tener inmediatas consecuencias. Las primeras fueron de tipo protocolario. El nuevo Gran Rey debía adoptar el aparato ceremonial que expresaba la majestad de los soberanos persas. Así lo hizo Alejandro, introduciendo modificaciones de las que estamos bien informados. Se encargó a los ujieres de palacio regular el ceremonial de audiencia. El rey macedonio adoptó las insignias del Gran Rey (túnica y diadema), a las que añadió el cetro, el trono real, el carro y la tienda de su predecesor. Obligó también a sus «compañeros» macedonios a que se revistieran con idéntico lujo. Otras decisiones tuvieron singular importancia. Alejandro adoptó el anillo de Darío para sellar los documentos «asiáticos», y continuó la acuñación de dáricos. Estas medidas, así como el mantenimiento de los fuegos sagrados, buscaban hacer comprender a los orientales que la legimitidad estaba ahora de su parte. Otras modificaciones afectaron a la propia maquinaria estatal. Desde el 330 vemos a sendos íntimos de Alejandro ocupar dos de las funciones más importantes del reino aqueménida. Uno de esos cargos era el de *Hazarapatis*, segundo en dignidad tras el Gran Rey, responsable de la guardia real y de organizar las audiencias, verdadero hombre de confianza del soberano, revestido de grandes poderes y honores. Alejandro escogió como quiliarca para esta función a un hombre de su confianza, Hefestión, con la misión primordial de atraerse a la nobleza persa, concediendo dignidades y recompensas. Probablemente el nombramiento tuvo lugar en Hircania (verano del 330), y se puso bajo el mando de Hefestión un cuerpo de mil guardias persas reclutados en la alta nobleza autóctona. El otro cargo copiado de la administración persa fue el de tesorero real. Cuando



Sarcófago de Alejandro Magno. Finales del siglo IV a. de C. Relieve de mármol policromado. Se encontró éste en la necrópolis real de la ciudad focea de Sidón. El friso es una obra ática muy delicada y llena de dinamismo, acentuado por los restos de policromía y la necesidad del tema.

Alejandro abandonó Persépolis hacia Media, hizo transferir a Ecbatana gran parte del tesoro aqueménida. Sin duda preveía que la guerra en las satrapías orientales iba a ser larga y costosa. Harpalo estuvo en funciones entre 330 y 325, dedicándose a reorganizar las finanzas del imperio persa, y a preparar los convoyes destinados a abastecer al ejército macedonio, durante sus operaciones en el este. También se encargó de reclutar nuevos mercenarios griegos. Se instaló en Babilonia, gobernando quizás al mismo tiempo una vasta satrapía. Tanto el nombramiento de Hefestión, como el de Harpalo, debemos entenderlos dentro de una clara transformación de los nuevos territorios conquistados en un estado centralizado según el modelo persa. Dentro de este plan renovador, observamos la sustitución de antiguos generales de Filipo por jóvenes militares macedonios (Cráteros, Ptolomeo, Pérdicas), más leales a Alejandro, que configurarán una nueva jerarquía de mando, que acogerá incluso a algunos nobles iranios.

Quizás el ejército macedonio no llegó a percibir inicialmente el profundo alcance de estas innovaciones, pero sí ciertos sectores de la oficialidad, encabezados por Parmenión, que difícilmente podían aprobar los planes de guerra en el este y la reestructuración del Imperio aqueménida en provecho exclusivo de Alejandro, y temían un olvido de las tradiciones macedonias, que habían limitado desde antaño la autoridad real. Al parecer, Parmenión trató de explotar cierto descontento surgido entre las tropas. Durante una parada cerca de Hecatompylos se extendió el rumor de que se iba a retornar. Alejandro, a duras penas, logró convencer a soldados y oficiales para proseguir la marcha hacia Oriente. Probablemente el tumulto fue provocado. Los soldados macedonios no comprendían que se les mantuviera en Asia, después de la muerte de Darío, y del licenciamiento en Ecbatana de los contingentes militares de la Liga griega. Algún tiempo después las nuevas medidas de protocolo provocaron descontento entre los «compañeros», a quienes repugnaban costumbres que estimaban bárbaras. Estas circunstancias debieron ser aprovechadas por Parmenión, a quien peligrosamente había dejado Alejandro en retaguardia con la guarnición de Ecbatana y el mando sobre Media. Estos contingentes rehusaron avanzar hacia el este y unirse a Alejandro. Parmenión, que aprobaba esta actitud, nada hizo por impedirlo. Alejandro, que no había tenido la ayuda de esas tropas mientras luchaba en un país hostil, consideró dicha actitud como traición. Sabía que parte de la jerarquía militar apoyaba a Parmenión. Había que atacarle indirectamente. El hijo de Parmenión, Filotas, fue acusado de conspiración por el propio rey ante la asamblea de los macedonios. Sometido a tortura, reconoció su culpabilidad y fue ajusticiado. Se enviaron emisarios a Ecbatana y Parmenión fue allí asesinado. La eliminación de sus principales adversarios (hubo otros condenados) permitió desde ahora a Alejandro rodearse de hombres fieles a sus ideas (Hefestión, Cráteros), que contribuyeron decisivamente a crear en los nuevos territorios conquistados un sistema de gobierno absolutista de inspiración persa.

328 a. de C. Las revueltas en Sogdiana las elimina con su matrimonio con la princesa sogdiánida Roxana (Alejandro Magno). A pesar de la oposición introduce el ceremonial cortesano persa.

Estas innovaciones no afectaron a Macedonia, que seguía gobernando Antípatros, pero en Asia la situación era complicada, pues allí las instituciones macedonias debían coexistir con un estado fuertemente centralizado bajo la égida de un monarca absolutista, pero que ante sus compatriotas aparecía con las limitaciones tradicionales de la realeza macedonia. Para Alejandro era necesario acabar con las prerrogativas del ejército macedonio, convirtiéndolo en un instrumento dócil e integrado en las estructuras del nuevo imperio asiático que deseaba crear. En la propia Macedonia, donde no había sido bien acogida la muerte de Parmenión, el entusiasmo inicial provocado por las victorias de Alejandro había decrecido sensiblemente. También el resto de Grecia, donde se mantenían los movimientos independentistas, mostraba la misma indiferencia hacia una empresa, que había dejado de ser panhelénica, desde el momento en que Alejandro había licenciado a los contingentes de la Liga de Corinto. Es sintomático que desde el 330 no se enviaron desde Grecia nuevos suministros de tropas a Alejandro. Los macedonios que acudieron lo hicieron a título individual.

10. La conquista de la Sogdiana

El castigo de Bessos no significó el final de la revuelta en la Sogdiana, pues surgió un adversario mucho más peligroso, Espitamenes, uno de los jefes bactrianos. No empleó los recursos bélicos convencionales de los ejércitos persas, frente a los cuales Alejandro se había mostrado invencible, sino que planteó una larga y complicada guerra de emboscadas y golpes de mano, al amparo de las numerosas fortalezas que había en el país. El ejército macedonio tuvo que emprender numerosos cercos de ciudades, pues aquí, a diferencia de las satrapías orientales, la conquista de una capital no significaba la rendición de la satrapía entera. Alejandro se vio obligado también a mejorar la movilidad de su ejército, dividiéndolo en múltiples cuerpos. Los escuadrones de la caballería de los «Compañeros» se repartieron en compañías de 100 hombres. Tropas iranias especializadas fueron empleadas en la guerra de montaña, y se creó una nueva unidad de soldados que podían combatir como jinetes y hoplitas. Los macedonios, no obstante, siguieron siendo la «élite» de un ejército en el que cada vez más constituían minoría. También se fundaron nuevas ciudades en el país. Fue ésta una de las consecuencias más importantes de la expedición de Alejandro. Las numerosas localidades que tomaron su nombre *(Alexandria)* le sirvieron para mantener sus comunicaciones con el oeste, fomentar las relaciones comerciales y como puntos estratégicos de su aparato militar. Se gobernaron de acuerdo con las leyes e instituciones griegas. En Alexandria Eschate (Chodjend), junto al río Yaxartes, mercenarios griegos, macedonios licenciados y algunos nativos configuraron un asentamiento colonial, contribuyendo a la gestación de una cultura mixta peculiar en estas regiones.

Desde Bactres Alejandro prosiguió por Maracanda (Samarcanda) hasta el río Yaxartes (Sir-Daria). Espitamenes había conseguido el apoyo de los escitas de aquella zona (masagetas), cuyos efectivos sumó a sus tropas sogdianas y bactrianas. Alejandro tuvo que plantear una guerra sistemática y brutal de acoso y cerco de las numerosas fortalezas del país, muchas de ellas en emplazamientos naturales de difícil acceso, a fin de quebrar la resistencia moral y material de las poblaciones indígenas. El rey macedonio no había contado con estas insurrecciones, que retardaban su campaña india, y buscaba por procedimientos expeditivos una rendición sin condiciones, para dejar la retaguardia bien asegurada. Pero la empresa no fue fácil, y le llevó tres años el sometimiento de estas satrapías orientales. Aprovechando las continuas revueltas en el país, los escitas avanzaron hasta el Yaxartes, y Espitamenes atacó la guarnición de Maracanda. La construcción de la proyectada ciudad de Alexandria Eschate se efectuó con celeridad. Alejandro llegó a cruzar el Yaxartes, y obtuvo una victoria sobre los escitas, muriendo su jefe Satrakes.

Mientras tanto, Espitamenes había continuado el cerco de Maracanda. Al recibir la noticia de que el ejército acudía en auxilio de los sitiados, levantó el campamento. Alejandro se lanzó en su persecución, asolando el país. Luego regresó a Bactres, donde pasó el invierno del 329/8. El verano del 328 estuvo en Maracanda, donde acaeció el episodio de la muerte de Clitos. Más tarde recibió Alejandro la sumisión de Farasmanes, rey de Chorasmia, que se ofreció para ayudarle en la conquista de los países ribereños del Ponto, proyecto que el rey macedonio rechazó. Espitamenes hizo algunas incursiones desesperadas contra las guarniciones macedonias, pero fue finalmente traicionado por los masagetas, que le cortaron la cabeza y la enviaron a Alejandro. Su hija Apama se uniría algún tiempo después a uno de los generales de Alejandro, Seleuco, dando origen al linaje de los Seleúcidas, que reinarían sobre una parte del imperio de Alejandro.

327 a. de C. Ejecuta al sobrino de su maestro Aristóteles, Calístenes, que había participado en la «Conjura de los pajes».

La desaparición de Espitamenes fue un golpe de suerte para el conquistador macedonio quien, tras pasar el invierno del 328/7 en Nautaca (Derbent), donde había concentrado sus tropas, se dispuso a acabar con la resistencia de la Sogdiana. En primer lugar puso sitio a la «Roca de los Sogdianos», última fortaleza del país, donde se había refugiado uno de los nobles sogdianos, Oxyarthes, con toda su familia, para intentar una suprema resistencia. La escalada era difícil por lo escarpado del lugar y la nieve. Trescientos macedonios se presentaron voluntarios para intentar la proeza. Alejandro prometió grandes recompensas. Los soldados consiguieron llegar a la cúspide

de la ciudad por el sitio más difícil y, por tanto, menos resguardado. La ciudad se rindió. Alejandro buscó una política de acercamiento a la nobleza indígena, mediante la creación de vínculos de fidelidad personal. Entre los prisioneros se hallaba Roxana, hija de Oxyarthes, de quien se enamoró, casándose con ella. El matrimonio se celebró según el rito macedonio. Esta decisión confirmaba la idea de Alejandro de fundar una monarquía universal que acogiera por igual a grecomacedonios e iranos. Oxyarthes recibió la satrapía de los Paropamisades. La definitiva conquista en el país de Paraetacene fue la «Roca coriana», donde se habían refugiado Sisimitros y otros jefes sogdianos. Al ver los preparativos de asalto que efectuó Alejandro, los sitiados se rindieron. A Sisimitros se le reconoció el gobierno del país. El ejército macedonio, agotado por los rigores del invierno y la carencia de víveres, pudo reponerse adecuadamente. El siguiente paso fue la campaña india. En el verano del 327 Alejandro abandonó la Bactriana con el grueso de sus tropas, tras dejar la región debidamente controlada. Alcanzó los montes Paropamisades, los franqueó y llegó a Alejandría del Cáucaso. Desde allí, a través del valle de Kabul y el paso del Khiber, abertura natural en las montañas que rodeaban la India, el ejército de Alejandro inició su más apasionante singladura en Asia.

11. Las crisis internas

Durante la estancia de las tropas macedonias en Bactriana y Sogdiana ocurrieron algunos episodios que ilustran las tensiones suscitadas por las pretensiones de Alejandro a la monarquía absoluta. El rey macedonio se había presentado en las satrapías orientales del imperio aqueménida como sucesor legítimo del Gran Rey, y era consciente de la importancia que tenía para sus proyectos el apoyo de la nobleza persa. Para que la aristocracia irania se sintiera tratada en el mismo plano que los nobles macedonios, era preciso que estos últimos admitiesen ciertos gestos de deferencia hacia la autoridad real, de uso común en Oriente. Tales gestos, especialmente la *proskynesis*, eran extraños a las costumbres griegas. Cuando Alejandro quiso instaurarlos, se encontró de nuevo con la oposición del sector tradicionalista macedonio, que había encabezado anteriormente Parmenión. Esta actitud, suscitada especialmente entre los «Compañeros», podía ser peligrosa para los planes de Alejandro, tendentes a la fusión entre griegos e iranios. Tres asuntos, que no tuvieron repercusión decisiva en el seno del ejército, pero sí entre la aristocracia macedonia, nos señalan el alcance de esa oposición, y el vigor de la respuesta de Alejandro, que dañó sensiblemente su imagen personal en el mundo griego.

La primera cuestión fue el asesinato de Clitos, acaecido en Maracanda. Alejandro estaba rodeado de jóvenes oficiales devotos a su persona, e intelectuales (poetas y sofistas) que no se recataban a la hora de adularle, aunque muchos en el fondo criticaban sus pretensiones de grandeza. Clitos se limitó a manifestar en voz alta lo que otros pensaban sin expresarlo. La ocasión la suscitó la decisión de transferir a los Dioscuros el sacrificio anual ofrecido a Dionisos. Los aduladores declararon que los éxitos de Alejandro superaban los obtenidos por los Tindáridas y el propio Hércules, bajo cuyo patrocinio se había realizado la expedición a Asia. Alejandro merecía, por tanto, en vida los honores que tales héroes habían recibido sólo tras la muerte. Clitos, exasperado, afirmó que tal pretensión era un sacrilegio, y que la empresa había sido obra común de los macedonios. Sus palabras provocaron la respuesta airada de Alejandro que, en un arrebato de ira, le atravesó con una lanza, hecho que nadie lamentó luego más que el propio rey.

Fue Anaxarco un filósofo de Abdera que vivió en el siglo IV a. de C. Fue amigo de Alejandro y tuvo por maestro a Diógenes de Esmirna, discípulo de Metrodoro de Quíos, a su vez discípulo de Demócrito. Profesó la teoría atomista de éste, pero apreció sobre todo sus teorías morales, que se esforzó en llevar a la práctica.

El año 328/7 significó un fortalecimiento de la colaboración entre Alejandro y el elemento iranio. El rey macedonio casó con Roxana, admitió en su caballería a algunos orientales, organizó el futuro cuerpo de los «Epigonos», e hizo reclutamientos masivos en las satrapías del este para preparar el ejército que iba a invadir la India. Se tendía, pues, a la igualdad entre macedonios e iranios. En el aspecto protocolario seguía existiendo, no obstante, una diferencia. Los nobles persas debían postrarse ante el Gran Rey como signo de veneración *(proskynesis)*, lo que no hacían los macedonios. Para Alejandro se planteaba una disyuntiva: abandonar sus proyectos igualatorios,

dejando tal uso sólo para los persas, u obligar a los macedonios a admitirlo. Puesto que tal gesto podía provocar un conflicto con los «Compañeros», decidió preparar cuidadosamente el asunto, confiando la ejecución del proyecto al grupo de intelectuales griegos que le acompañaba. Entre ellos se encontraba el filósofo Anaxarco, teorizante del absolutismo real.

Tenemos dos versiones opuestas del asunto de la *proskynesis*, aunque quizá se trate de dos episodios sucesivos del mismo tema. Una de ellas nos dice que, en el curso de un banquete, Alejandro se ausentó para resolver una cuestión urgente, circunstancia aprovechada por uno de los asistentes para sugerir que griegos y macedonios debían honrar al rey de igual modo que los persas. Estaba previsto que, al regresar Alejandro, los persas presentes se inclinarían ante él, y los macedonios imitarían el gesto. Cuando se formuló la propuesta, intervino Calístenes, el historiador sobrino de Aristóteles. Expuso que había una diferencia entre hombres y dioses, y no se podía otorgar a un mortal honores reservados a los olímpicos. Además, en Macedonia los reyes habían gobernado siempre según la ley y no la fuerza, a diferencia de los déspotas orientales. Según esta versión, Alejandro contempló a escondidas la escena y, convencido de lo inadecuado de sus pretensiones, renunció a ellas.

De acuerdo con otro relato que tenemos del asunto, todo fue preparado por Hefestión. En el curso de un banquete los asistentes realizaron la *proskynesis* vueltos hacia el *hestia* que ardía en la sala, y dieron un beso a Alejandro, privilegio que el protocolo persa reservaba a los parientes del soberano. Era una solución de compromiso, que evitaba la ofensa a los nobles macedonios.

El tercer conato de inquietud contra el absolutismo de Alejandro tuvo como protagonista a Calístenes, que solía impartir conferencias entre los jóvenes nobles que formaban el cuerpo de pajes del rey. En ellas se trataba de un tema ya perfilado por Aristóteles, la tiranía. Al parecer, algunos de esos pajes intentaron por razones personales asesinar a Alejandro. Esta «conspiración de los pajes» fue inmediatamente condenada por los macedonios. Lo más destacado de ella fue que Calístenes quedó implicado en el tema, y fue ejecutado, circunstancia que no se reveló hasta años más tarde. La clave para

Sarcófago de Alejandro Magno. Detalle. Finales del siglo IV. La pureza y equilibrio de formas señalan la labor de un escultor eládico tardío. Después llegaría el barroco periodo helenístico. La obra, aparecida en Sidón, porta en todos sus lados, diferentes momentos de la vida del estratega, del que tenemos aquí un retrato.



entender este asunto nos la ofrece una discutida carta de Aristóteles a Alejandro, cuyo texto griego se ha perdido, pero que nos ha llegado en una versión árabe. El documento se fecha en el 328, pero quizás llegó a manos de Alejandro en el verano del 327, que fue cuando estalló la «conjuración de los pajes». Probablemente existió una relación entre la carta de Aristóteles y la ejecución de Calístenes, como elementos de un mismo conflicto político. Por lo que sabemos, el filósofo de Estagira, que había sido preceptor de Alejandro, había censurado en aquella misiva algunas de las iniciativas de su antiguo discípulo. Se había mostrado opuesto a la política seguida desde el 330 de colaboración con la aristocracia persa. Había rechazado las teorías absolutistas formuladas por Anaxarco y admitidas por Alejandro, apelando a la ley como única norma. Había criticado, igualmente, la extensión de las conquistas, ahora que Alejandro preparaba la invasión de la India, y reprochado al rey su desatención hacia los asuntos del mundo griego. Aristóteles sugería la creación de un estado federal heleno, con una constitución única que armonizara los sistemas políticos vigentes, y que devolviera la paz a una Grecia que necesitaba urgentemente resolver sus problemas económicos y demográficos. El proyecto de Aristóteles expresaba, indudablemente, la desilusión de los griegos ante las empresas de Alejandro. El retorno de los contingentes militares suministrados por la Liga de Corinto había puesto de manifiesto que los griegos no iban a sacar inmediatas ventajas (la colonización principalmente) de una guerra que en sus inicios se había planteado como objetivo panhelénico.

327 a. de C. Este mismo año parte para la India. Esta expedición le duraría dos años (327-325).

326 a. de C. Victoria en el Hidaspes sobre el rey indio Poros.

La lectura de esta carta, y el rumor de que los pajes habían querido librar a Macedonia de un tirano, suscitaron una dura respuesta de Alejandro. Calístenes, que había tratado el tema del tiranicidio en sus conferencias, quedaba declarado enemigo del absolutismo real. El personalizaba la oposición en Asia a los proyectos de fusión con el estamento iranio, como Aristóteles representaba el descontento de Grecia por idénticos motivos. Alejandro tomó medidas radicales. Calístenes fue detenido y ejecutado. El rey envió a Europa una amenazadora carta para intimidar a Aristóteles y al propio Antípatros. Pero debió limitar por el momento sus proyectos de integración entre macedonios y persas. En todo caso, lo que se observa desde entonces es una orientalización progresiva del propio Alejandro, que tenía lógicamente que suscitar el beneplácito de la nobleza persa, pero no de los militares macedonios que, como vencedores y persuadidos de su superioridad y la de sus instituciones, se habían creído en el derecho de imponer sus leyes en el sometido imperio aqueménida. La *proskynesis* y otros usos protocolarios podían pasar como concesiones al elemento oriental. Pero el casamiento con Roxana, que podía dar a Macedonia un heredero de ascendencia irania, y la propia organización de los «Epigonos», que anunciaba una prolongación de la estancia de Alejandro en Asia, presagiaban que el Rey, lanzado ahora a la conquista de la India, iba a continuar por el camino del absolutismo, en un proceso que desembocaría en su plena divinización.

12. Alejandro en la India

En el verano del 327 se inició el más sugestivo capítulo de la estancia de Alejandro en Asia, la expedición a la India (327-325). Esta empresa la había realizado ya Darío I, y los griegos tenían noticias de ella a través de Herodoto. Quizás Alejandro consultó en Susa o Babilonia mapas e informes persas. Había precedentes para este proyecto, que seguramente ya existía en 329/8, pues el rey macedonio lo expuso a Farasmanes, que quería guiarle al Ponto. También la conquista de las satrapías orientales revela el deseo de contar con una base propicia para acometer la ocupación del Pendjab. Además, Nearco, que dirigía Licia-Panfilia desde el 334, fue llamado a Bactres en 329/8, lo que confirma la existencia entonces del proyecto de expedición por el Golfo Pérsico al retorno de la India. ¿Cuál fue la motivación de esta conquista? Se han expuesto muchas opiniones: el haber sido antes la India tributaria del reino aqueménida, los intereses comerciales, la protección de las vías de acceso hacia Afganistán, la petición de ayuda del príncipe de Taxila, inquieto por el expansionismo de su vecino Poros,

El ejército que condujo Alejandro hacia el Pendjab incluía muchos contingentes persas, aunque las unidades selectas seguían siendo las tropas

macedonias. En la Bactriana quedó un sátrapa macedonio para cubrir la retaguardia con algunos efectivos militares. En pocos días, tras atravesar los montes Paropamisades, Alejandro llegó al valle de Kabul, donde recibió la ayuda del príncipe hindú Taxiles. Dividiendo su ejército, envió a Pérdicas y Hefestión con Taxiles y los bagajes a través del paso del Khiber para cruzar el Indus, mientras él se dedicaba a reducir las tribus montañosas (aspasios, gureos, asacenos) para proteger la marcha del grueso del ejército (verano 327-invierno 327/6). El acceso a la India sólo quedó asegurado tras la toma de Masaga y la fortaleza montañosa de Aornos. A continuación avanzó hasta el lugar convenido donde Hefestión y Pérdicas habían preparado un puente. Tras atravesar el Indus y ofrecer sacrificios, Alejandro llegó en la primavera del 326 a la ciudad de Taxila, donde Taxiles le proporcionó elefantes y le informó sobre una coalición enemiga formada por los reyes de Cachemira y Pendjab, Abisares y Poros. Antes de continuar su marcha, Alejandro organizó las nuevas satrapías indias, situando una guarnición en Taxila. Reclutó algunas tropas indígenas, recibió embajadas, y se dispuso a avanzar hacia el río Hydaspes (principios del verano, 326).

A la orilla de este río le esperaba el rey Poros con un gran ejército y muchos elefantes. Alejandro ordenó traer por piezas las embarcaciones usadas para cruzar el Indus. Sin ser advertido por el adversario, con algunos soldados logró atravesar el río, que estaba muy crecido. Sin darse tregua, atacó inmediatamente al enemigo, mientras Cráteros quedaba en disposición de intervenir con otras tropas. El rey indio acudió con el grueso de su ejército contra Alejandro quien, ante la fortaleza del centro adversario (elefantes y carros), buscó un ataque oblicuo. Una vez más fueron la celeridad e improvisación de Alejandro ante un arma imprevista, y la superioridad de la caballería macedonia, quienes decidieron el resultado de esta gran batalla. Los elefantes de Poros quedaron inutilizados, al ser puestos fuera de combate sus conductores mediante flechazos, de modo que los animales causaron grandes estragos entre las filas hindúes, y facilitaron la acción de la falange griega. Cráteros cruzó también el río y se unió a la persecución del enemigo. Las pérdidas indias fueron muy elevadas. Alejandro mandó algunos emisarios a Poros para rogarle que se entregase. Cuando interrogó al rey indio por sus deseos, y aquél le replicó que quería ser tratado como un rey, el soberano macedonio, que había admirado su valor en la batalla, le confirmó la posesión de su reino.



Moneda con la efigie de Alejandro Magno (356-323 a. de C.). Acuñación egipcia de época de Ptolomeo I. La conquista de Egipto por los macedonios se produjo entre el 332-331 a. de C. sin ninguna resistencia por parte egipcia. La fundación de la ciudad de Alejandría serviría de conmemoración de este triunfo.

A raíz de su victoria Alejandro fundó dos ciudades, Alexandría Nicaea, en el mismo lugar del triunfo, y Alexandría Bucephala, en las orillas del Hydaspes, en memoria de su caballo Bucéfalo, que había muerto allí. Dejó a Cráteros con parte del ejército para esta misión. Tras celebrar juegos y efectuar sacrificios al Dios-sol Helios, a cuyo lugar de nacimiento se estaba aproximando, Alejandro se dirigió con algunas tropas hacia el este. Quizá quiso ayudar a Poros a completar la conquista del este del Pendjab, pero mal informado de las condiciones geográficas y de la situación de los reinos indios orientales, Alejandro se enfrascó en una empresa azarosa e inútil, abocada al fracaso. Atravesó el río Akesines, que los macedonios confundieron con la región de las fuentes del Nilo, pues allí había lotos y cocodrilos. El cruce del río fue muy arriesgado, ya que estaba crecido por las lluvias monzónicas. Llegó luego al Hydraotes, y desde allí se emprendieron expediciones contra los pueblos de la zona, cateos, oxídracos y malios. La lucha contra estas gentes fue una verdadera guerra de exterminio. Su último reducto, la ciudad de Sangala, donde se hicieron fuertes, fue completamente arrasada. Poco después el ejército macedonio llegó a un tercer río, el Hyphasis, que cruzaba un fértil país. Alejandro pretendía continuar hacia el Ganges, pero sus tropas se amotinaron. Tras muchos años de ininterrumpidas luchas, los soldados macedonios estaban agotados por las inclemencias del tiempo y los riesgos de la expedición, y temían verse conducidos a tierras lejanas desde donde no retornaran jamás. Sobre todo, los soldados más viejos deseaban regresar a su tierra natal y disfrutar del botín. Alejandro arengó a sus tropas, intentando convencerlas con el recuerdo de las hazañas comunes. Les había exigido mucho, aunque también lo hubiese hecho con su persona. El historiador Arriano pone en boca del soberano macedonio un largo discurso dirigido a los jefes del ejército, concluido con estas palabras: «Las penalidades han sido comunes para vosotros y para mí; por igual he participado yo en las acciones

de mayor peligro y también en común han quedado las ganancias. En efecto, el territorio es vuestro, vosotros sois los sátrapas de las diversas regiones. La mayor parte de los tesoros han ido a parar a vuestras manos, y cuando hayamos arrasado todo el Asia, entonces, ¡por Zeus!, no digo que os saciaré, sino que con creces os daré mucho más de lo que cada cual pudiera esperar para sí; enviaré de regreso a casa a todo el que voluntariamente quiera volver, o tal vez yo mismo los acompañaré en el regreso; y los que prefieran quedarse aquí serán envidiados por los que se marchen.» Coinos habló en nombre de la oficialidad y del ejército, exponiendo sus quejas. Alejandro, irritado, se dispuso a continuar con quienes desearan seguirle, pero al ver que los sacrificios augurales resultaban desfavorables decidió finalmente el retorno, con gran entusiasmo de sus soldados, algunos de los cuales se acercaron a la tienda de su rey «deseándole toda clase de venturas, ya que había sabido ser derrotado exclusivamente por sus hombres» (Arriano). Tras erigir doce altares a orillas del Hyphasis, y celebrar sacrificios a los dioses en agradecimiento por las victorias conseguidas, el ejército macedonio volvió sobre sus pasos. En realidad, el retorno se hizo con un malentendido. Los soldados creían que su rey regresaría con ellos a Macedonia, de ahí su gran irritación algún tiempo después en Opis (324) cuando se apercibieron «de que Alejandro establecería para siempre en Asia el centro de su reino» (Q. Curcio).

De vuelta al Hydaspes, Alejandro concedió los nuevos territorios conquistados a Poros, recibió la sumisión de Abisares, y fijó los tributos que debían ser pagados por los dos reyes vasallos. En Alexandría Bucephala completó sus fundaciones coloniales en el país y recibió refuerzos de Macedonia. Se iniciaron entonces los preparativos para el descenso por el valle del Indus. Una gran flota se constituyó en el Hydaspes, colocándose bajo el mando de Nearco. En noviembre del 326 comenzó el descenso del río hasta su confluencia con el Akesines. Dos destacamentos del ejército, dirigidos por Cráteros y Hefestión, seguían la marcha a ambos lados del río. La expedición, hostigada tenazmente por los pueblos de la zona, se tornó difícil. Hubo que combatir contra malios y oxídracos, los más belicosos, cuya resistencia era fomentada por el fanatismo religioso de los brahmanes. Alejandro, decidido a abrirse paso hasta el delta del Indus, recurrió a los métodos más expeditivos, incluido el exterminio de aquellas gentes. Asaltando una ciudad de los malios, quedó aislado con otros jefes en las murallas y fue herido por una flecha. En los primeros momentos se corrió el rumor de que había muerto. Grande fue la alegría de los soldados macedonios cuando vieron de nuevo a su jefe entre ellos.

Tras llegar a la confluencia con el Akesines, se descendió por éste hasta su unión con el Indus. Se perfilaron los límites de una nueva satrapía que se dejó a Filipo. Una parte del ejército (inválidos, elefantes, intendencia, falange), mandada por Cráteros, se separó hacia el oeste por el valle de Schikarpore, y a través del paso de Bolan se dirigió por la conocida ruta de Arachosia y Drangiana hacia Carmania. Alejandro continuó hacia el Sind por el reino de Musicano que, tras someterse, hizo defección impulsado por los brahmanes, y fue condenado a muerte con muchos de aquellos. Nueve meses después de su partida, Alejandro llegó con sus tropas a Pattala (julio del 325) en el delta del Indus. Allí permaneció algún tiempo. Se construyó un puerto para preservar la flota, afectada por el imprevisto fenómeno de las mareas, pues se proyectaba buscar una ruta marítima que, a través del Golfo Pérsico, uniera Persia y la India. El país fue reorganizado y confiado en parte a la administración de sátrapas macedonios y, en parte, a la de soberanos hindúes como príncipes vasallos.

13. El retorno a Persia

El encuentro con las tropas de Cráteros se había fijado en Carmania. Alejandro proseguiría por una ruta más meridional a través de la árida Gedrosia, mientras que Nearco intentaría llegar con la flota hasta la desembocadura del Eúfrates. Esta última empresa era muy arriesgada, pues el conocimiento de los países litorales entre la India y Mesopotamia se había perdido desde el viaje efectuado por Escilax de Carianda, reinando Darío I. Se ha discutido, también, si el regreso de Alejandro por el áspero desierto de

Gedrosia (Beluchistán) era estrictamente necesario. El rey macedonio conocía la naturaleza del país, cuya difícil travesía provocó grandes pérdidas humanas. Pero esa marcha debe entenderse en conexión con la empresa marítima de Nearco, y Alejandro, como siempre solía hacer, se reservó para sí la parte más complicada.

Tras abandonar Pattala, Alejandro se dirigió al país de los oreítas. En Ora fundó otra Alexandría, dejando a Leonnatos con parte de las tropas. Continuó con diez mil hombres, reduciendo a las poblaciones nativas del litoral índico, y dejando en la costa abastecimientos para la flota de Nearco, que se había demorado a causa de los vientos adversos. Cuando llegó al río Tomerus, el ejército macedonio inició la travesía del tórrido desierto de Gedrosia, donde se sufrieron muchas penalidades. Los guías perdieron la ruta, se acabó el agua. Los animales de transporte tuvieron que ser comidos al cundir el hambre. Para evitar el rigor del calor se marchaba de noche, pero quienes caían eran abandonados a su suerte. El propio Alejandro marchó a pie, como el resto de sus hombres. Al arribar a Pura, capital de Gedrosia, los soldados tomaron un descanso. En Alexandría de Carmania, cerca del estrecho de Hormuz, Alejandro se encontró con Cráteros. También allí se le unió Nearco, quien, tras informar del feliz desarrollo de la expedición marítima, recibió órdenes de continuar por el Golfo Pérsico hasta Mesopotamia.



Sarcófago de Alejandro. Detalle. Finales del siglo IV.

La navegación efectuada por Nearco la describió el propio almirante en un diario, que fue utilizado por el historiador Arriano. Dispuso de 100 barcos, con unos 5.000 hombres. Inicialmente, la flota estuvo detenida dos meses, esperando el cambio de los vientos monzones. Luego costeó todo el litoral de Beluchistán, entrando en contacto con pueblos desconocidos, sobre cuyos usos y costumbres se nos da un vívido relato. También nos proporciona datos sobre flora y fauna. Los expedicionarios pasaron por el país de los arabitas, último pueblo indio, y luego por donde vivían los oreítas. Se describen tribus aborígenes que comían pescado crudo. Arriano narra dos episodios especiales, el encuentro con las enormes ballenas, que provocaron la admiración de los griegos, y el de la isla encantada. En diciembre del 325, tras ochenta días de navegación, la flota arribó a la desembocadura del río Amanis, acogedora región de la Carmania. Tras informar a Alejandro, Nearco prosiguió desde allí hasta el fondo del golfo Pérsico, bordeando las costas de Persia y Susiana, remontó el Pasitigris, y se unió al ejército de Alejandro, que había retornado por Pasargadae (donde el rey ordenó restaurar la tumba de Ciro) y Persépolis. El soberano macedonio llegó finalmente a Susa en la primavera del 324.

La larga ausencia de Alejandro en Asia, y las noticias de su muerte en la India, habían animado a ciertos sátrapas y generales a abusar de sus poderes. Algunos fueron ejecutados, y se nombraron macedonios fieles de segunda fila para las satrapías vacantes. Uno de ellos, Peucestas, sátrapa de Persia y Susiana, adoptó las costumbres iranias. Entre los desobedientes figuraba también Harpalo, a quien se había encargado la custodia del tesoro aqueménida. Tras haber vivido lujosamente dilapidando los bienes que se le habían confiado, huyó a Grecia con una flota, algunos mercenarios y una enorme suma de dinero. Fue acogido momentáneamente en Atenas, que se negó a la extradición. Harpalo terminó escapándose a Creta, donde fue asesinado. Las tensiones suscitadas por el tema en Atenas acabaron con la condena y exilio de Demóstenes, que no había aprobado la decisión de acoger al tesorero de Alejandro.

Durante el resto del año 324 Alejandro tomó otras disposiciones para organizar su imperio. Aunque conocía que su política de fusión de razas era impopular entre los macedonios, estaba decidido a amalgamar los mejores elementos de la aristocracia irania con sus «Compañeros» macedonios, y a configurar un ejército en el que se integrasen tropas aportadas por todos los pueblos del Imperio. En Susa, Alejandro y 80 de sus «Compañeros» se casaron con hijas de los nobles persas y medos, en una gran boda según el ceremonial iranio. Alejandro tomó como segunda esposa a Barsine, la hija mayor de Darío, y Hefestión a su hermana Drypetis. Un cuerpo de 30.000 jóvenes persas (los Epigonos), que había recibido formación militar, se integró en las filas del ejército, aunque con entidad propia. Se reclutó gran número de jinetes iranios, y algunos jóvenes de la nobleza entraron en la Guardia Real *(Agema)*. Todos los soldados macedonios que habían tomado mujeres asiáti-

cas fueron dispensados del servicio militar. Sus matrimonios fueron legalizados y Alejandro los dotó espléndidamente.

Aunque seguramente acaeció en Susa, suele situarse en Opis un episodio de extrema tensión entre Alejandro y sus tropas (verano del 324). El rey anunció estar dispuesto a licenciar a todos los macedonios incapacitados para combatir, prometiendo grandes liberalidades a quienes se quedaran. La introducción de los iranios en la corte y en el ejército había provocado ya un gran malestar. Los seis mil macedonios mantenidos en Asia contra sus deseos querían seguir la suerte de sus compañeros desmovilizados. Estos últimos creían, a su vez, que iban a volver a Macedonia con su rey. Fue, sin duda, una crisis más grave que los motines estallados en Hecatompylos y en el Hyphasis. Los soldados amenazaron al rey con abandonar su servicio, presionando así para que aminorara su política de favoritismo hacia los orientales. Le dijeron al monarca que se pusiera él sólo en campaña con su padre Amón. Alejandro se sintió profundamente ofendido. Algunos jefes de la protesta fueron ejecutados. Arriano pone en boca de Alejandro un discurso a las tropas, donde recordaba dos hechos esenciales: la gratitud que los macedonios debían a Filipo y a él mismo, y el hecho de que el rey no se reservase ningún privilegio personal. Luego decidió el licenciamiento total, medida que frenó el afán de los soldados, quienes dieron marcha atrás a sus demandas. Algunas medidas de apaciguamiento contribuyeron a rebajar la tensión. Los veteranos desmovilizados fueron confiados a Cráteros, y quienes quisieron pudieron permanecer en Asia. Los soldados de infantería mantenidos en activo fueron convencidos por ciertas ventajas materiales, con lo cual de hecho quedaban transformados en soldados de oficio. Y para atenuar el antagonismo entre la falange y el cuerpo de Epigonos, estos últimos fueron provisionalmente incorporados en las filas de aquella. Para sellar la reconciliación del rey con su ejército se organizó en Opis una gran ceremonia, con un banquete ritual durante el cual Alejandro pronunció una especie de discurso programático, en el que abogó por la igualdad y concordia entre macedonios y persas, y por un reparto equilibrado de responsabilidades en el Imperio. Pretendía con ello que los veteranos, de retorno a Macedonia, propagaran allí sus ideas, y que quienes permanecieran en Asia mantuvieran buenas relaciones con los iranios.

Cráteros retornó a Macedonia para hacerse cargo de los asuntos de Europa. Llevaba una orden de Alejandro para que Antípatros, de quien el rey desconfiaba, viniera al Asia con refuerzos militares. Estos nuevos reclutamientos no llegaron a efectuarse. El hijo de Antípatros, Casandro, fue encargado de hacer comprender a Alejandro que la gravedad de la situación en Grecia y Tracia, donde continuaba la oposición al dominio macedonio, y la propia reticencia de los jóvenes macedonios a enrolarse, impedían suministrar nuevas tropas. Alejandro, viendo la incomprensión que sus proyectos suscitaban en la misma Macedonia, tuvo que revisar sus planes. La fusión entre griegos e iranios se consolidó en el ejército. La falta de reclutas nacionales le obligaba a recurrir masivamente a los persas.

323 a. de C. 13 de junio, muerte de Alejandro en Babilonia. Transmisión del poder real.

14. Los últimos proyectos y la muerte de Alejandro

Estas circunstancias no impidieron que Alejandro continuara proyectando nuevas empresas militares, en cuyos preparativos se invirtió el invierno del 324/3. Una gran cantidad de tropas fue concentrada en Babilonia. Madera del Líbano y equipamientos navales de Chipre fueron transportados a Thapsaco. Allí se construyó una flota que descendió por el Eufrates hasta Babilonia, donde se acondicionaron una dársena para mil naves, así como almacenes y astilleros. Se trajeron tripulaciones de Fenicia y Siria para servir en estos barcos. Parte de esta fuerza naval estaba destinada a afianzar la ruta hacia la India abierta por Nearco, y a colonizar las costas e islas del Golfo Pérsico, pues Alejandro esperaba convertir ese área en un emporio comercial entre el valle del Indus y Mesopotamia. Otra parte de la flota iba destinada, a su vez, a abrir una vía marítima hacia el mar Rojo, explorando las costas de la Península Arábiga, que había sido reconocida por algunas expediciones enviadas desde Babilonia y Egipto, pero que no había sido circunnavegada. También deseaba Alejandro explorar las áreas colindantes al mar Caspio. El rey envió allí constructores navales para que dispusieran barcos, y explorado-

res para averiguar si aquel mar conectaba desde el norte con el océano, y permitía navegar hasta la India, o si enlazaba con el mar Rojo a través del río Tanïs, lo que facilitaría la empresa que años atrás le había propuesto Farasmanes. Llegaron a Alejandro embajadas de Libia, Etruria, Bruttium y Lucania (primavera del 323). Su fama había llegado muy lejos, e incluso muchos griegos esperaban que en el futuro dirigiera una campaña militar hacia las tierras de Occidente.

Se ha debatido mucho si este proyecto existía entre los planes truncados por la inesperada muerte de Alejandro. Sus ulteriores objetivos solamente se hicieron públicos tras su desaparición, cuando Pérdicas dio a conocer los planes dejados por el rey. Pero Diodoro, nuestra única fuente al respecto, sólo cita los más espectaculares. Algunos estudiosos piensan que todo fue un añadido de la propaganda posterior, lo que no es probable, ya que tales planes aparecen en los *Hypomnémata* («Recuerdos») de Alejandro, que provienen de uno de sus íntimos colaboradores, Eumenes de Cardia. Alejandro quizás proyectaba conquistar la cuenca occidental del Mediterráneo, ampliar así los circuitos comerciales, y realizar enormes intercambios de población que facilitaran la fusión entre Asia y Europa con la que soñaba. El ejército macedonio había seguido a su rey, descendiente de Hércules, hasta los límites orientales del mundo conocido por los griegos. La conquista de Occidente se insertaba también en una perspectiva «hercúlea», por cuanto la expedición trataría de alcanzar las tierras ribereñas del océano Atlántico, hasta donde el héroe había llegado. Recordemos, a tal efecto, cómo existió en Gades, el *finis orbis*, una estatua de Alejandro, emplazada en el famoso templo de Hércules. La herencia de Hércules, que Alejandro había reivindicado buscando sus huellas en Bactriana e India, daba al monarca macedonio un cierto derecho sobre Africa y otros territorios ocupados por el esforzado autor de los «doce trabajos». Los éxitos de Alejandro no habían dejado de tener eco en Occidente. Cartago estaba afectada por la ruina de Tiro, Sicilia había atraído la atención del conquistador, lo mismo que la Magna Grecia. Allí Crotona había recibido parte del botín obtenido tras Gaugamela. Los griegos de aquella parte juzgaban inevitable una intervención destinada a paliar el fracaso sufrido por Alejandro de Epiro. Cartago, que había ayudado a Tiro en el 332, recelaba de Alejandro, y temía una invasión, pues los macedonios estaban estudiando una ruta a lo largo del litoral africano. Con todos estos proyectos Alejandro no hacía más que seguir una dinámica ya iniciada por los soberanos Aqueménidas, que habían expresado en su titulación real su aspiración al dominio del mundo, siguiendo la antigua tradición de los reyes babilonios. La idea de la monarquía universal existía en la mente del conquistador Ciro, que la legó a sus sucesores. La ocupación de Egipto debió reforzar esta aspiración, como lo expresa el protocolo faraónico de Darío I. En este sentido, el programa de conquistas de Alejandro no venía a ser más que la adaptación a la realidad contemporánea de un viejo ideal heredado de Oriente. Tras la derrota de Persia, la sumisión del orbe conocido bajo una misma soberanía devolvería la concordia al género humano, acabando con la tradicional oposición entre Europa y Asia.

Lisipo, escultor griego del siglo IV a. de C., que nació en Sicione. De las 1.500 estatuas que se le atribuyen, ninguna nos ha llegado en su original, aunque existen copias del Apoxiómenos, Hércules Epitraperios, Mercurio *y* Agrias. *Por ellas se advierte que su canon difiere del de Policleto en cuanto a las proporciones, dada su manifiesta predilección por las cabezas pequeñas y el cuerpo grande y musculoso, con una gran maestría anatómica. Fue tan conocido, que Alejandro lo nombró escultor de la corte.*

Eran los proyectos de Alejandro y, en todo caso, de Macedonia, pero no de aquella Grecia que había acometido la expedición al Asia aunada en la Liga de Corinto, y que había pasado del entusiasmo a la indiferencia, al observar el rumbo de una empresa inicialmente presentada como panhelénica. En el mundo griego la divinización de Alejandro había suscitado opiniones contrapuestas, a pesar de que había precedentes al respecto como el de Lisandro, vencedor de la Guerra del Peloponeso, cuyas hazañas superaba con creces el hijo de Filipo. Conocemos algunos detalles del debate que sobre el tema hubo en Atenas en el 324. Probablemente el soberano macedonio había enviado un comunicado a las ciudades griegas exponiendo sus pretensiones. Reclamaba el apelativo oficial de «hijo de Amón», que los propios macedonios se habían negado a reconocer, y solicitaba los honores reservados a los dioses olímpicos (estatuas de culto, altares, templos). La asamblea ateniense decidió rendir culto público a Alejandro, asociándolo a los Doce Dioses, y envió emisarios al Rey para comunicarle la inicativa. Pero la súbita muerte de Alejandro y los conflictos inmediatos hicieron que el culto no llegara a prosperar, y la Grecia continental apenas nos ofrece testimonios arqueológicos al respecto. Algunos documentos numismáticos, como la serie de decadracmas

de plata acuñadas en Babilonia en 323, sí ilustran esa «apoteósis» del conquistador macedonio. La imagen canónica del Rey-Dios fue expresada también artísticamente por el escultor Lisipo y el pintor Apeles.

Una decisión de Alejandro sí tuvo directa repercusión en Grecia, el edicto publicado en Susa en el 324, permitiendo el retorno de los exiliados. Tales disposiciones fueron dadas a conocer en el verano del 324, durante los festivales de Olimpia, por su delegado Nicanor de Estagira. No contaron, desde luego, con las simpatías de Antípatros, que tras la guerra de Agis había actuado con mano dura sobre Grecia. La mayoría de estos exiliados eran mercenarios, que habían servido en las filas del ejército de Asia. Eran producto de las discordias internas de las ciudades, y al mismo tiempo una amenaza a la paz de Grecia. Algunos los trajo Harpalo cuando huyó en el 324. La decisión debía haberla tomado Alejandro de acuerdo con el Consejo de la Liga Griega, pero su modo de actuar parece indicar que ya no creía en la eficacia de una institución que no parecía tener sentido una vez desaparecida la amenaza persa. A pesar de que el edicto podía ser tomado como una intromisión por algunos estados (de hecho los atenienses y etolios mostraron ciertas reticencias), fue en general bien aceptado, pues ayudaba a devolver la concordia interna a las ciudades, lo que parecía importante si se proyectaba la conquista del Mediterráneo occidental. Los griegos vieron con buenos ojos esta atención de Alejandro hacia sus asuntos internos, por la que había



Manuscrito medieval francés. Siglo XV. La escena narra el envenenamiento de Alejandro Magno por la Hélade en el verano dei 323 a. de C. Parece que sobrevino a causa de unas fiebres que contrajo en un banquete, dando qué pensar a muchos historiadores, incluso posteriores, que fue envenenado.

clamado Aristóteles. Alejandro también actuó como árbitro en algunas disputas entre ciudades, contribuyendo eficazmente al restablecimiento de la paz general, y se ganó la voluntad de muchos griegos, favoreciendo los principales santuarios. Quizás con estas iniciativas buscaba garantizarse un estado de opinión favorable a su «apoteósis», aunque lo cierto es que no tomó medidas estrictas para resolver las dificultades económicas y demográficas por las que pasaba Grecia. Pese a todo, su atención seguía centrada en Asia.

Allí pasó Alejandro el último año de su vida enfrascado en la tarea de organizar su imperio. Navegó a lo largo del Eúfrates y planificó una mejora en los regadíos de Mesopotamia (canal de Palacota). Proyectó también el desecamiento del lago Copais en Beocia. Visitó la llanura de Nysa, donde se criaban los caballos persas. Durante el invierno del 324/3 realizó una campaña contra los cosseos de la zona de Luristán, que se dedicaban al

bandolerismo. En Ecbatana murió Hefestión, segundo en la jerarquía del Imperio al haber sido nombrado jefe de la primera hiparquia de los «Compañeros». Era el amigo más querido de Alejandro quien, enormemente dolorido, le ofreció en Babilonia suntuosos funerales, decretando un duelo general en Persia. El oráculo de Zeus permitió que se le concediesen honores como a un héroe, y se le erigieron templos en Alejandría. Nadie fue nombrado para sustituirle.

En la primavera del 323 Alejandro marchó de nuevo a Babilonia, escogida como capital del imperio. Fue entonces cuando recibió embajadas de numerosos países. Algunos historiadores hablan incluso de una delegación romana, y de que Alejandro auguró a Roma un gran porvenir. Arriano señala que ningún historiador romano menciona el hecho. Acudieron, igualmente, emisarios de muchas ciudades y santuarios griegos (Delfos, Olimpia, Epidauro). Al acercarse a Babilonia, Alejandro desoyó los malos presagios de los sacerdotes caldeos que le aconsejaban no entrar. Allí continuó afanosamente sus preparativos militares. Se dispuso una gran flota, se reunieron contingentes de tropas de diversas partes del Imperio, y se realizaron sacrificios propiciatorios. A raíz de una fiesta celebrada con los «Compañeros», Alejandro amaneció enfermo con altas fiebres. Pese a ello continuó organizando la nueva campaña de Arabia. Finalmente, quedó inmovilizado por la enfermedad. Cuando sus oficiales acudieron a verle, apenas pudo hablarles. Durante sus últimas horas de vida, sus soldados desfilaron por su cámara, y el rey les agradeció emocionadamente sus servicios con gestos o miradas. Alejandro murió al atardecer del día 13 de junio del 323 a. de C., después de que sus amigos hubiesen consultado infructuosamente al dios Serapis, impetrando su curación. Se ha pensado en el paludismo como causa de su muerte. Otros estudiosos abogan por una neumonía, producida por la herida de flecha que recibió Alejandro en la batalla contra los malios. En su momento circularon otros rumores, que achacaban a Antípatros el envenenamiento de Alejandro. Lo cierto es que la naturaleza física del gran conquistador estaba sumamente debilitada por las fatigas y heridas sufridas a lo largo de sus campañas.

Alejandro dejaba tras de sí proyectos irrealizados, y el difícil gobierno de un vasto imperio, cuya conquista realmente estaba inacabada, pues, por ejemplo, gran parte de Asia Menor (Bitinia, Paflagonia, Capadocia, Ponto y Armenia), donde no había estado, seguía en manos de dinastías indígenas. Después de morir Alejandro, Pérdicas convocó en asamblea a todos los macedonios y dio lectura a los documentos personales del rey. Por una serie de razones, tanto militares como financieras, se llegó a la conclusión de que sus planes de conquista eran irrealizables y se abandonaron. Alejandro había dejado un gran problema sin resolver, que era preciso acometer de inmediato, su sucesión. Ello daría lugar a enormes tensiones entre aquellos oficiales macedonios que, hasta poco tiempo antes, habían seguido ciegamente a su rey en tantas y tan admirables empresas.

15. La obra de Alejandro Magno

Alejandro murió cuando estaba a punto de cumplir los treinta y tres años. Sobre su obra se pueden emitir opiniones variadas, e incluso contrapuestas, pero su grandeza e importancia decisivas cara al futuro del Helenismo no se pueden negar. Arriano termina su descripción de las empresas del gran Macedonio con estas encomiásticas palabras: «Fue el hombre de más bello cuerpo, más amante del esfuerzo y de mente más aguda, el más valeroso y amante de la gloria y de los peligros, así como el más piadoso con los dioses. El de mayor templanza con los placeres del cuerpo y, respecto a los placeres del espíritu, jamás se saciaba su afán de gloria. El más capaz de comprender lo necesario en medio de la mayor oscuridad y el más feliz en conjeturar lo verosímil cuando todo era meridianamente claro. Era también el más experto en organizar, equipar y ordenar un ejército. Como nadie sabía levantar el ánimo de sus soldados y colmarlos de buenas esperanzas... el más noble hombre en todos los asuntos... De total fiabilidad en guardar lo pactado y convenido, el más astuto en no caer en las trampas de los embaucadores; económico al máximo con el dinero invertido en su propio placer, y, muy generoso en beneficiar a los demás... A mi parecer no hay pueblo, ni ciudad actual, ni un solo hombre a quien no haya alcanzado la fama de Alejandro.

Es más, creo que un hombre así, sin par en el humano linaje, no ha podido nacer sin alguna intervención divina.»

Arriano escribió su obra en el siglo II d. de C. Indudablemente, en este retrato que traza del conquistador hay algunas exageraciones. Pero fluye en el texto esa enorme admiración por las empresas de Alejandro, que alimentó toda una amplia tradición literaria e historiográfica que llega hasta nuestros días. El hijo de Filipo había pretendido la divinización, en razón de sus hazañas, dignas de un dios, y de sus azarosos trabajos, propios de aquél héroe Hércules que tutelaba la casa real macedonia. No es de extrañar que en la Antigüedad para muchos resultara evidente que un ser con tan peculiares aptitudes, y realizaciones tan portentosas, perteneciera más al rango de los dioses olímpicos que al de los simples mortales. Sí está claro que cualquiera que sea el perfil que tracemos sobre su persona, hay que reconocer en Alejandro unas cualidades singulares, que puso en juego para llevar a cabo sus asombrosos proyectos. En primer lugar destacaríamos su ilusión y confianza en el propio destino. Alejandro se consideraba llamado en cierto modo a transformar la Historia, y para muchos historiadores es indudable que su muerte cerró una época y dio paso a otra. El caudillo macedonio creía ciegamente en los mitos griegos, en una época en que muchos sometían a crítica las viejas convicciones religiosas. Admiraba a Aquiles y Hércules, y en cierto modo su vida, llena de bravura, apasionamiento, fortaleza y magnanimidad, fue una reproducción de lo que los cantos épicos o las leyendas contaban sobre aquellos seres de una Edad Heroica. Quizás una de las tragedias de su vida fuese que sus propios compatriotas macedonios nunca llegaron a comprender y aprobar sus ideales de gobierno, su espíritu aventurero, su aspiración a la gloria divina, aunque su éxito radicara precisamente en guiar a todo un pueblo, a pesar de ello, a una de las mayores empresas que registra la Historia. Alejandro era un temperamento apasionado, generoso, arrebatado por un extraño magnetismo que le impulsaba a una continua superación de sí mismo. Desde que visitó el santuario de Zeus Amón en Siwa quedó completamente convencido de que su fuerza, sus ideales, su afán de grandeza, le venían de «lo alto». Algunas de sus cualidades las heredó de su padre: coraje, don de mando, capacidad de decisión, fe religiosa. Pero su naturaleza apasionada y su deseo de poder, en lo que superaba a su progenitor, los había recibido de su madre Olimpia. La fuente de inspiración para sus empresas era el mundo homérico. Sus realizaciones fueron dignas de figurar en los cantos de la epopeya. Si los macedonios fueron reacios a considerar su condición divina, para muchos asiáticos fue un verdadero dios sobre la tierra. Así comenzó una existencia de leyenda, la «novela de Alejandro», cuyos efectos, a través del mundo árabe, llegarían a nuestra Edad Media, y ha seguido desde entonces siendo fuente de inspiración para el arte en todas sus facetas.

Pero una ascendencia divina no bastaba para conquistar un Imperio y mantenerlo luego. Alejandro fue un gran general, quizás el más importante de toda la Antigüedad, y fueron sus hazañas bélicas las que rodearon su persona de un aura heroica. No sólo en el planteamiento, sino en la ejecución de sus campañas, estuvieran estas dirigidas contra los mismos griegos, los bárbaros del Danubio, los escitas o los persas, demostró una gran capacidad de acción y de acierto, sabiendo plantear adecuadamente una batalla convencional, como en Issus o Gaugamela, o una guerra de guerrillas, como ocurrió en la Sogdiana. Son admirables tanto sus dotes de improvisación, como la perseverancia que demostró, por ejemplo, en el sitio de Tiro. A veces sus métodos de combate parecieron inhumanos a sus contemporáneos (así con respecto a Tebas, Tiro, o ciertos pueblos indios), pero Alejandro los juzgó necesarios para conseguir sus propósitos, sin encontrar otra alternativa. Y nunca hay que olvidar que, tras la conquista, el objetivo prioritario del rey macedonio era conseguir la pacificación y fusión de los pueblos bajo un mismo poder, pero respetando sus costumbres y creencias religiosas. En este sentido sus cualidades de estadista resultan incomparables.

Tras su campaña de la India y sorprendido por el progresivo aumento de la corrupción iniciaría una serie de reformas administrativas y económicas que se vieron favorecidas por el refuerzo de un sistema monetario basado en la gran abundancia de oro y plata.

Así se ve en un aspecto muy importante, la administración de su vasto imperio. Una de las principales innovaciones fue dividir las administraciones civil y militar, y nombrar funcionarios especiales para las finanzas, esquema que luego adoptarían los soberanos helenísticos. Alejandro supo adaptar la administración a las peculiaridades de cada pueblo sometido, buscando la

unidad, pero no una uniformidad que hubiera resultado peligrosa, y le habría causado seguramente numerosos problemas. Mantuvo, sin modificar sus límites, numerosas satrapías ya existentes, dividiendo las muy extensas. En Egipto se organizaron tres mandos civiles. Siria se transformó en satrapía independiente, desligándose de Fenicia. A veces se repartieron las atribuciones satrápicas entre varios titulares, como ocurrió en algunas circunscripciones orientales, donde el poder quedó en manos de varios macedonios. Los sátrapas de Alejandro heredaron de los aqueménidas poderes financieros, para recoger impuestos, e incluso los occidentales, para prevenir revueltas, tuvieron mando de tropas. No obstante, más que la existencia de estructuras intermedias de control real, fue la presencia o ausencia del monarca lo que determinó la gestión de los sátrapas. Algunos llegaron a rebelarse. Otros fueron malos administradores. Alejandro tuvo que tomar drásticas resoluciones contra algunos al regresar de la India. Por encima de los sátrapas la administración la controlaba el reducido círculo de íntimos del Rey. Había pocos cargos al respecto, Eumenes de Cardia como canciller, Hefestión como Quiliarca, y Harpalo para el tesoro. Pero no eran funciones con límites precisos. A veces los asuntos se resolvían confiando misiones temporales a algunos allegados. En este sentido, a Alejandro no le dio tiempo de crear una verdadera administración central.



Sarcófago de Alejandro. Detalle. Finales del siglo IV.

Otros territorios recibieron de Alejandro un estatuto especial, heredado de época aqueménida, o tenían un indirecto control satrápico. Algunas partes de Asia Menor, que Alejandro no llegó a visitar, pero que se incluyeron ficticiamente en alguna satrapía (así Capadocia, Paflagonia, Bitinia, Armenia), conservaron sus poderes tradicionales. Chipre mantuvo sus reyes, y con Cirene se hizo una alianza. Las ciudades fenicias no rebeldes conservaron sus leyes y gobernantes. La extensa India fue dividida inicialmente en tres satrapías, pero muchos pequeños príncipes siguieron independientes. Se reconocieron dos reinos, los de Abisares y Poros, éste como representante personal de Alejandro, el anterior como tributario del sátrapa de Taxila. Respecto a las ciudades griegas de Asia Menor, algunas vieron reconocida su autonomía, otras se integraron en una satrapía, pero en todo caso quedaron muy fiscalizadas a efectos de tributación. No obstante, los jefes macedonios mantenían el derecho de intervención si el poder del Imperio era amenazado.

Otro aspecto muy importante de la actividad política de Alejandro fue la organización de los recursos económicos de los países conquistados. El rey sabía que la supervivencia de su gran estado dependía de sus recursos, los cuales, debidamente potenciados, podían facilitarle la realización de nuevas campañas. En este sentido hay que destacar el papel jugado por las fundaciones coloniales. Los autores antiguos hablan de setenta creaciones coloniales, aunque quizás incluyan como tales un cierto número de guarniciones militares. Estas colonias tenían una triple función: defensa militar, fomentar la sedentarización de las poblaciones nómadas y estimular la explotación de los recursos naturales y los intercambios comerciales. Muchas de ellas recibieron el nombre de Alexandria: Alexandria de Siria, Alexandria de Egipto, Alexandria de Asia (Herat), Alexandria de Arachosia (Kandahar), Alexandria del Cáucaso, Alexandria Eschate (Chodjend), etc. Quizá fuese también fundación de Alejandro la ciudad que los arqueólogos franceses están actualmente excavando en Aï Khanoum (Afganistán). Su situación estratégica debió conferirle un importante valor militar, para proteger a la Bactriana de los nómadas esteparios y los pueblos montañeses. Polibio nos dice que también Media «está rodeada de ciudades griegas por la precaución de Alejandro: así se ve defendida contra los bárbaros que la circundan», y Diodoro afirma que entre los cosseos Alejandro «fundó ciudades considerables en las posiciones más fuertes del país». Esta política de urbanización y sedentarización se inspiraba en la realizada por Filipo en la propia Macedonia.

Los historiadores antiguos no se interesaron por las disposiciones económicas de Alejandro del mismo modo que lo hicieron por sus empresas militares, pero sabemos que el rey se preocupó mucho por el conocimiento de los países conquistados, de sus recursos naturales, de los medios de explotación, influido quizás en ello por Aristóteles. Durante su expedición asiática se hizo acompañar de geógrafos y topógrafos, y se elaboraron informes sobre las regiones visitadas. Se enviaron, igualmente, muchas expediciones de exploración. La de Nearco, al retorno de la India, es la más



Detalle de un relieve sobre un espejo con las figuras de Afrodita y Pan. Ha. 350 a. de C.

conocida, pero hubo más. Calístenes fue enviado a explorar las fuentes del Nilo (331), Arquias, Andróstenes y Hierón recorrieron las costas arábigas (323), Heráclides fue mandado a Hircania para preparar un viaje por el mar Caspio y saber si se unía al Ponto (323). Alejandro estaba particularmente interesado en reabrir la ruta del Indico. Su regreso de la India por Gedrosia y Carmania buscaba descubrir puertos y lugares de almacenamiento para la flota de Nearco. También le atraía, por idénticas razones comerciales, la posibilidad de enlazar al Golfo Pérsico y el mar Rojo contorneando el litoral arábigo, desde donde partían muchas caravanas. Su objetivo de conquistar Arabia, que no pudo realizar por su imprevista muerte, perseguía allegar recursos para sus ulteriores empresas militares. Las fundaciones de Alexandria de Egipto o de Alexandria Charax, o el acondicionamiento del puerto de Pattala, se hicieron con tal fin. Todas las expediciones trajeron informes sobre poblaciones y recursos económicos.

Estimular la producción de los países conquistados era vital para sostener el Imperio. Ya algunos autores presentaron en la Antigüedad la expedición a Persia como una empresa de pillaje. Lo cierto es que la contribución financiera de Macedonia a los gastos generales era casi nula, y las aportaciones de las ciudades griegas muy limitadas. La administración real tuvo que organizar, por tanto, la tributación con vistas a enriquecer el tesoro. Se censaron las explotaciones mineras y los yacimientos de sal, se hicieron cruces de ganado, se organizaron las prestaciones personales de los súbditos. Los sátrapas, fiscalizados por los agentes grecomacedonios, se encargaron, a veces brutalmente, de recoger los impuestos, que recaían primordialmente sobre la producción agrícola. Todo se centralizó en Babilonia, donde Harpalo dirigía la caja principal. Interesa destacar, en el terreno económico, la política monetaria de Alejandro. La captura de los enormes tesoros aqueménidas supuso la puesta en circulación de numerosas reservas de metal. Funcionaron muchas cecas y se impuso un patrón monetal único que, al mismo tiempo que fomentaba la unidad del estado, servía de vehículo propagandístico. Otro aspecto a destacar es la atención a las obras públicas, como la mejora en la navegación del Tigris y Eúfrates, los trabajos de irrigación, etc.

Todas estas empresas se acometieron bajo un mismo criterio, la necesidad de consolidar la unificación del Imperio. Alejandro se empeñó en este proyecto, a sabiendas del tradicional desprecio de los griegos hacia los persas, a quienes consideraban bárbaros. Sin tener en cuenta este antagonismo racial, buscó esa unidad y fusión en todos los órdenes. En primer lugar, en su propia persona, presentándose no como rey vencedor, sino como soberano de todos los pueblos sometidos. Su pretensión a la divinización era un medio de fomentar esa conciencia unitaria. El arte o las acuñaciones se encargaron de divulgar su imagen de superhombre digno de figurar en el elenco de los héroes y dioses. En las monedas Alejandro es representado con los rasgos de Hércules. Luego esa concordia y fusión entre griegos y persas se buscó a través de diversos medios. En primer lugar la administración, en la que se dio entrada a la aristocracia irania. Se conservó el sistema de satrapías, y se respetaron los santuarios y costumbres de los diferentes pueblos. Alejandro no tuvo inconveniente en favorecer los templos egipcios o sacrificar en Babilonia a Marduk. Inauguró una política de respeto y tolerancia, no siempre comprendida por los macedonios. La fusión étnica se fomentó también con la colonización y los matrimonios mixtos. Respecto a la colonización, no siempre los macedonios se instalaron de buen grado. Diodoro dice que muchos «añoraban las costumbres y manera de vivir de su patria y se veían con pena relegados a los confines del Imperio». En general, las fuentes indican que los griegos eran reacios a esa política de fusión. Por eso la crisis estalló en Susa en el 324 cuando esa fusión se introdujo en el ejército, que acogió en la falange a los Epígonos, y en la caballería a muchos iranios, creándose una quinta hiparquía confiada al noble bactriano Hystaspes. Pero el proceso estaba iniciado. La expansión cultural del Helenismo, el espíritu de tolerancia patente en el sincretismo religioso, la idea imperial que en su momento adoptó Roma, son ejemplos vivos de los nuevos objetivos que Alejandro fijó a sus contemporáneos, y que contribuyeron a dar a la Historia del mundo antiguo un giro decisivo.

BADIAN, E.: «Alexander the Great and the unity of mankind». *Historia*, 7 (1958), págs. 425-444.
——: «The death of Parmenio». *T. A. Ph. A.*, 91 (1960), págs. 324-378.
——: «Harpalus». *J. H. S.*, 81 (1961), págs. 21 y siguientes.
——: «Orientals in Alexander's army». *J. H. S.*, 85 (1965), págs. 106 y siguientes.
——: «Alexander the Great and the Greek Cities of Asia Minor». *Ancient Society and Institutions. Stud. presented to V. Ehrenberg*, págs. 37-69, Oxford, 1966.
BALSDON, J. P. V. D.: «The Divinity of Alexander». *Historia*, 1 (1950), págs. 363-380.
BICKERMANN, E.: «Alexandre le Grand et les villes d'Asie». *R. E. G.*, 72 (1968), págs. 183-204.
BORZA, E. N.: «Alexander and the return from Sivah». *Historia*, 16 (1967), págs. 369 y siguientes.
——: «Fire from Heaven: Alexander at Persepolis». *Class. Phil.* (1972), págs. 233 y siguientes.
BOSWORTH, A. B.: «The death of Alexander the Great: rumours and propaganda». *C. Q.*, 21 (1971), págs. 112-136.
BRIANT, P.: *Alexandre le Grand*, París, 1974.
BRUNT, P. A.: «The aims of Alexander». *G & R*, 12 (1965), págs. 205-215.
——: «Alexander's Macedonian Cavalry». *J. H. S.*, 83 (1963), págs. 27-46.
BURN, A. R.: «The Generalship of Alexander the Great». *G & R*, 12 (1965), págs. 140-154.
EDDY, S. K.: *The King is dead. Studies in the Near-Eastern resistance to Hellenism, 333-331 B. C.*, Lincoln, 1961.
ENGELS, D. W.: *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1980.
FOX, R. L.: *Alexander the Great*, Londres, 1973.
FULLER, J. F. C.: *The Generalship of Alexander the Great*, Londres, 1958.
GOUKOWSKY: *Le monde grec et l'Orient. II.*, París, 1975.
——: *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270 av. J. C.)*, Nancy, 1978.
GREEN, P.: *Alexander the Great*, Londres, 1970.
GRIFFITH, G. T. (ed.): *Alexander the Great. The main problems*, Cambridge, 1966.
HAMILTON, J. R.: *Alexander the Great*, Londres, 1973.
HECKEL, W.: «The conspiracy against Philotas». *Phoenix*, 31 (1977), págs. 9-21.
HOMO, L.: *Alejandro el Grande*, Barcelona-Méjico, 1963.
LAUFFER, S.: *Alexander der Grosse*, Múnich, 1978.
LEVI, M. A.: *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milán, 1977.
MARSDEN, E. W.: *The Campaign of Gaugamela*, Liverpool, 1964.
MILNS, R. D.: *Alexander the Great*, Londres, 1968.
——: «The hypaspists of Alexander III. Some problems». *Historia*, 20 (1971), págs. 186-195.
——: «Alexander's Pursuit of Darius through Iran». *Historia*, 15 (1966), págs. 256 y siguientes.
MURISON, C. L.: «Darius III and the Battle of Issus». *Historia*, 21 (1972), págs. 399-423.
NARAIN, A. K.: *The Indo-Greeks*, Delhi, 1980.
SCHACHERMEYR, F.: *Alexander der Grosse. Das Problem seiner Persönlichkeit und seines Wirkens*, Viena, 1973.
SEIBERT, J.: *Alexander der Grosse*, Darmstadt, 1972.
STARK, F.: *Alexander's part from Caria to Cilicia*, Londres, 1958.
STEIN, A.: *On Alexander's track to the Indus*, Chicago, 1974.
TARN, W. W.: *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge, 1951.
——: *Alexander the Great. I. Narrative. II. Sources and Studies*, Cambridge, 1979.
VARIOS: *Alexandre le Grand. Image et realite*, Fondation Hardt, Genève, 1976.
WOODCOCK: *The Greeks in India*, Londres, 1966.

LOS REINOS HELENISTICOS HASTA SU INCORPORACIÓN A ROMA

Juan Francisco Rodríguez Neila

I. LOS DIADOCOS Y EL REPARTO DEL IMPERIO DE ALEJANDRO

1. Los acuerdos de Babilonia y la guerra lamiaca



Cabeza de Lisímaco, uno de los generales de Alejandro, llegó a ser gobernador y luego rey de Tracia, proclamándose a la muerte de Alejandro. Este acabaría vencido y asesinado por Seleuco.

Cuando Alejandro murió en el 323 a. de C. no tenía descendencia legítima. Las reglas de sucesión en Macedonia nunca habían sido estrictamente definidas, aunque siempre había que contar con la opinión de la asamblea de los macedonios. Sin embargo, la familia real no se había extinguido, pues vivía un hermanastro del conquistador, Arrideo, un bastardo de Filipo II, que podía ser sucesor aceptable de derecho. También Roxana, la viuda de Alejandro, que estaba encinta, podía dar a luz un heredero varón. La cuestión dinástica no se suscitó crudamente por el recuerdo de Filipo y Alejandro, aunque quedaba claro que, mientras los miembros del estado mayor, encabezados por Pérdicas, preferían al eventual heredero directo, la masa de los macedonios se inclinaba por Arrideo, que no tenía ninguna sangre irania. Se llegó a una solución de compromiso: si nacía un varón, como así fue (Alejandro IV), se repartiría el poder con Arrideo (Filipo III).

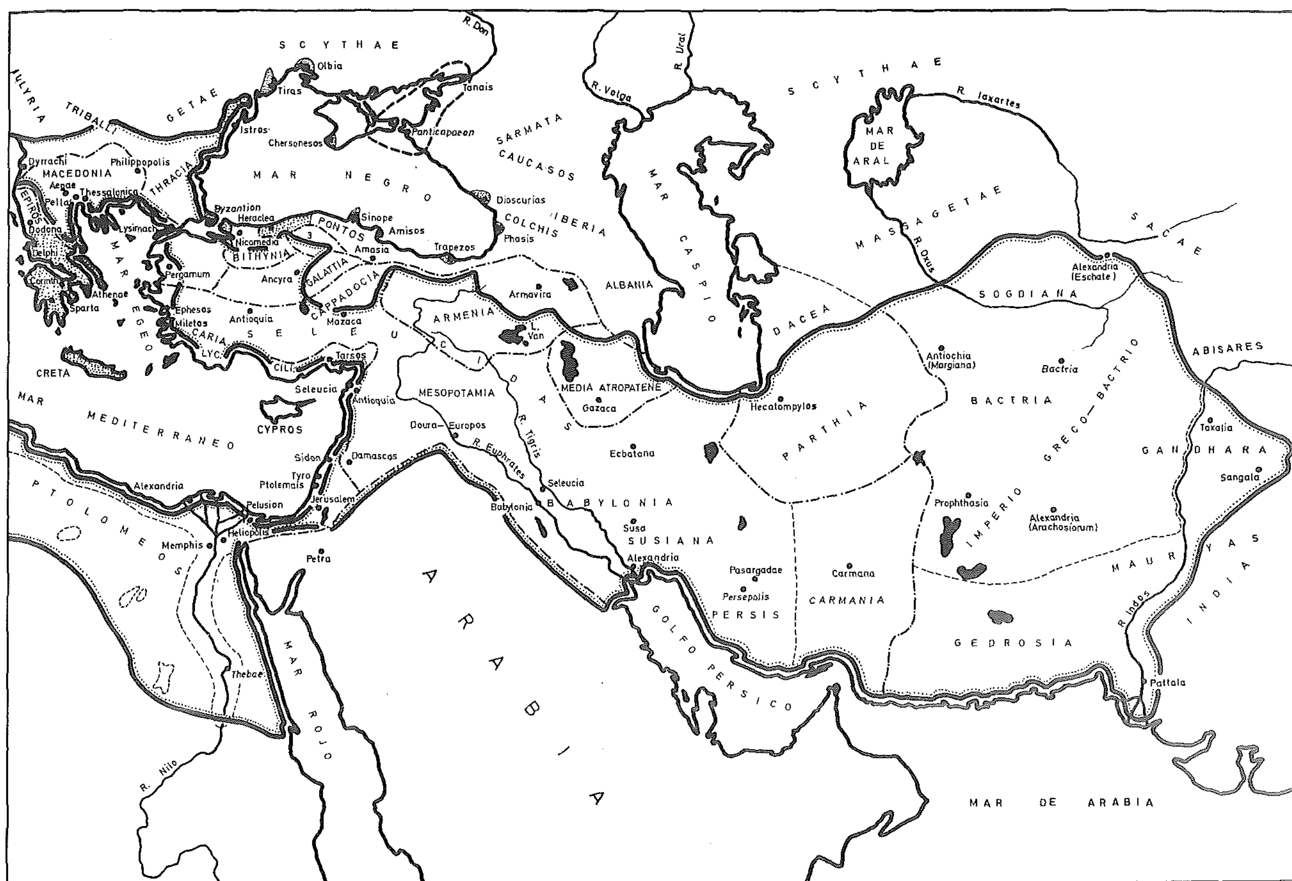
Paralelamente, los compañeros de Alejandro fueron distribuyéndose los diferentes cargos y mandos en las satrapías. En Europa el viejo Antípatros conservó las funciones de estratega, tutelando a todas las regiones europeas ligadas a la monarquía macedonia (Tesalia, Epiro, partes de Iliria, etc.) y, en especial, Grecia. Pérdicas continuó como quiliarca, estando todos los sátrapas teóricamente sometidos a él. Como representante de los soberanos quedó Cráteros, el miembro más respetado del círculo de Alejandro, nombrado «prostatés» de los reyes. Cráteros, Antípatros y Pérdicas quedaban así al frente de la herencia de Alejandro.

Respecto a las satrapías, un pasaje de Pausanias (I, 6, 2) dice que Ptolomeo, hijo de Lagos, fue quien activó el reparto, buscando reservarse Egipto, como así fue. En Asia Menor las satrapías quedaron así: Antígonos se instaló en Anatolia occidental (Frigia, Licia, Panfilia), mientras que Eumenes de Cardia, el archivero de Alejandro, recibió Paflagonia y un territorio difícil y poco controlado, Capadocia. Tracia, no una satrapía, sino un territorio anexionado a Macedonia, necesitaba un enérgico militar para su defensa, y se dio a Lisímaco. Las restantes satrapías, tanto de Asia Menor como de Siria, Mesopotamia o Irán, se otorgaron a personajes de segunda fila. Es de destacar que casi todos estos hombres eran macedonios. La muerte de Alejandro significó la eliminación rápida de todos los persas en los puestos importantes de la administración, y sólo Eumenes parece haber proseguido la política proirania de su jefe.

321 a. de C. Pacto de Triparadiso.

Lógicamente, ante estas perspectivas, la idea unitaria, heredada del pensamiento de Alejandro, no tardó en entrar en conflicto con las tendencias particularistas. El Irán no tardaría mucho en ser un foco de agitación antimacedonia. Al morir Alejandro hubo ya una rebelión de los soldados griegos instalados en las colonias de Bactriana. Aunque fue sofocada por el sátrapa de Media, años más tarde surgiría allí un fuerte estado heleno. Pero también en Grecia habla DIODORO (XVIII, 9-18; 24-25, 5) del descontento provocado en Etolia y Atenas por el decreto de Alejandro que ordenaba la vuelta de los desterrados. La capital del Atica fue el centro de la resistencia antimacedonia, fomentada por el partido democrático dirigido por Hypérides,

formándose una alianza con Etolia. El movimiento cuajó en la creación de una confederación de ciudades y pueblos autónomos que sustituyó a la Liga de Corinto. Antípatros, desbordado por los acontecimientos, tuvo que refugiarse en Lamia. El sátrapa de Frigia le envió refuerzos. Finalmente, en conjunción con Cráteros, obligó a los coaligados a aceptar batalla en Crannon (Tesalia). A raíz de ello, Atenas debió aceptar en el 322 un duro tratado que le impuso, entre otras condiciones, la abolición de la democracia. Igualmente, al sofocarse la rebelión, las ciudades griegas no quedaron frente a Macedonia en la situación jurídica de la anterior Liga de Corinto, sino directamente sujetas a ella. Lo que era la opinión pública griega respecto a Macedonia en ese momento lo vemos a través de un decreto transmitido por DIODORO (XVIII, 10, 3), en el que la lucha por la libertad se compara con las «Guerras Médicas», y los propios macedonios son asimilados a los bárbaros.



Los sucesores de Alejandro.

2. Pérdicas y Eumenes

La situación evolucionó en torno a Pérdicas. Su prestigio, como heredero de la idea unitaria de Alejandro, así como su ambición, le llevaron a asumir el mismo título de «prostatés» de los reyes conferido a Cráteros. Esto engendró el primer conflicto, que enfrentó a Pérdicas con Antígonos, a quien reprochaba su mala voluntad hacia Eumenes. Al mismo tiempo Olimpia, madre de Alejandro, complicó el panorama al ofrecer la mano de Cleopatra a Pérdicas, comprometido a su vez con una hija de Antípatros. Este le acusó ante los demás generales macedonios de pretender la realeza. Se formó contra aquél una coalición en la que entraron Antípatros y Cráteros, animados por Antígonos, que había huído a Macedonia, Lisímaco y Ptolomeo. Al ser su posición moral débil ante Antípatros y Cráteros, defensores más auténticos de la tradición dinástica, Pérdicas decidió atacar primero a Ptolomeo. En el 321 marchó contra él, dejando la defensa de Asia Menor a Eumenes. La expedición quedó bloqueada en los accesos del valle del Nilo, siendo Pérdicas asesinado. Los coaligados ofrecieron entonces al hijo de Lagos las funciones

319 a. de C. Muerte de Antípatros.

¿354-297? a. de C. Casandro era hijo de Antípatros, un general de Alejandro, y llegó a ser rey de Macedonia. Después de la batalla de Ipsos, reinaría en Grecia y Macedonia. Con el fin de afirmar su posición casó con Tesalónica, hermana de Alejandro, en el 315, y exterminó a la familia del macedón: su madre, Olimpia; su viuda, Roxana, y su hijo, Alejandro Aegus, legítimo heredero del trono.

que tenía Pérdicas, lo que aquél no aceptó. Eumenes, mientras tanto, había ocupado gran parte de Anatolia.

En el 321 los adversarios de Pérdicas y Eumenes se reunieron en Triparadisos (Siria) para estudiar la nueva situación. Se ofreció la regencia del imperio a Antipatros, fiel a la dinastía macedonia, quien quedó como «epimeletes» de los reyes. La designación era problemática, pues Antípatros era viejo, y no estaba al tanto de los asuntos de Asia. Por otro lado, esta decisión devolvió a Macedonia su condición de centro de poder y su categoría de estado estrictamente europeo, con lo cual quedaba de manifiesto que el imperio creado por Alejandro se reducía a un conjunto artificial de, al menos, tres estados, Macedonia, Egipto y Asia. La fragilidad de toda esta estructura fue desde entonces en aumento, pues los acuerdos de Tríparadisos provocaron la fragmentación del mismo reino de Asia. Se realizó una redistribución de las satrapías orientales, en la que se dio lugar destacado a dos personajes importantes del antiguo estado mayor de Alejandro: Seleucos y Antígonos. Al primero se le ofreció Babilonia. El segundo, que recobró sus anteriores posesiones, fue encargado de dirigir la guerra contra Eumenes, confiriéndole Antípatros las funciones de «estratega de Asia». Puede decirse que en Triparadisos fue donde toda la obra y pensamiento de Alejandro comenzaron a extinguirse.

Antígonos no sólo tomó con vigor la iniciativa de la lucha contra Eumenes, sino que buscó pretextos para intervenir contra otros sátrapas de Asia Menor. Fue entonces cuando ocurrió la muerte de Antípatros, que provocó el problema de quién recibiría el cargo de «epimeletes» de los reyes. Había dos candidatos: su hijo Casandro, que estimaba que la función le correspondía en derecho, y Polisperconte, viejo militar de Filipo, a quien había designado su sucesor ante la juventud de su hijo. Casandro rompió con su rival y pasó a Asia, formando coalición con Lisímaco, Antígonos y Ptolomeo.

3. La guerra contra Polisperconte

La actuación de Antipatros había sido, ciertamente, equívoca. No tenía derecho a designar sucesor y, dando el cargo de «epimeletes» a Polisperconte, había obrado en contra de las prerrogativas de la asamblea macedónica. La situación vino a complicarla Ptolomeo que, despreciando los acuerdos de Tríparadisos, invadió en el 312 la satrapía de Siria-Fenicia, gesto que revelaba cómo el Lágida había heredado las tradiciones políticas y estratégicas de Egipto. A fin de cuentas Ptolomeo, firmemente instalado en el país del Nilo, había sido el primer Diadoco en obrar con un pensamiento definido.

Polisperconte, para atraerse por lo pronto a las ciudades griegas, mejoró las condiciones impuestas tras la «guerra lamiaca»: restauración de las constituciones anteriores a las oligarquías impuestas por Antípatros, y retorno de los exiliados. Era hombre más militar que diplomático, y no encontró la acogida que esperaba. Incluso Atenas tuvo que transigir con Casandro y los oligarcas allí refugiados, y concluyó en el 317 un tratado con el hijo de Antipatros, cuyo contenido nos ha transmitido DIODORO (XVIII, 74, 3). A raíz de ello fue encargado de la administración de la ciudad un ateniense elegido por Casandro, Demetrio de Falero, quien obraría en sus funciones de acuerdo con los ideales solonianos que habían inspirado a los políticos conservadores desde inicios de siglo.

Al perder Atenas, la influencia de Polisperconte sobre Grecia decayó. Destruida su flota en los estrechos por la de Antígonos y Casandro, se retiró al Peloponeso, donde su política liberal había sido algo mejor acogida. Tenía consigo a Alejandro IV, y ya tras la muerte de Antipatros, para consolidar su prestigio, había pensado llamar de Epiro a Olimpia. Esta llegó con tropas epirotas, y logró apoderarse y matar a Filipo Arrideo y su mujer, que habían tomado el partido de Casandro (317). Este volvió del Peloponeso, capturó a Olimpia que, juzgada culpable por la asamblea macedonia, fue ejecutada, y mantuvo a su lado a Alejandro IV, ya único rey.

316 a. de C. Casandro asesina a Olimpia, madre de Alejandro. Muerte de Eumenes.

Mientras tanto, en Oriente Eumenes había reemprendido sus empresas en la línea de Pérdicas y, quizás, de Alejandro. Polisperconte se puso en contacto con él para ofrecerle las funciones de estratega de Asia en nombre de los reyes, pero, ante su retirada al Peloponeso, Eumenes emprendió una ardua

expedición militar que le llevó de Asia Menor a Fenicia, y luego a Irán. Acosado finalmente por Antígonos, fue entregado por sus tropas, juzgado y ejecutado (316). Así desapareció del escenario político el último macedonio fiel al pensamiento de Alejandro.

4. Demetrio de Falero

El nombramiento de Demetrio de Falero por Casandro como administrador de Atenas dio a la capital de la Hélade una etapa de estabilidad. Demetrio pertenecía a la burguesía acomodada ateniense y había estudiado junto a Teofrasto, director de la escuela peripatética. Fiel al pensamiento aristotélico, quiso gobernar la ciudad según el retrato del buen tirano que esboza el Estagirita en su «Política». PLUTARCO (*Dem.*, 10) dice que su régimen fue «aristocrático de nombre y monárquico de hecho».

En ese momento Atenas sufría un agudo desequilibrio social y una gran penuria económica, de los que años atrás se habían hecho eco ya los discursos de Demóstenes. Estas circunstancias explican el gran temor de los macedonios de ver caer a la ciudad en poder de los demócratas extremistas, lo que Casandro pretendió evitar instalando una guarnición en Muniquia, que fue realmente el verdadero apoyo que respaldó a Demetrio. A este lo califica POLIBIO (XII, 13, 9) de «prostatés», patrono de la ciudad, mientras que Estrabón (IX, 398) y DIODORO (XX, 45, 5) lo llaman «epistatés», título que en el siglo III llevaron en las ciudades helenísticas los representantes de los soberanos. Anteriormente había sido algunas veces estratega.

Demetrio llevó a cabo en Atenas una amplia labor reformista en el terreno constitucional y en el financiero. Respecto al primero, se limitó la posesión de la plena ciudadanía a los dueños de bienes con valor superior a 1.000 dracmas, para lo cual se procedió a un censo, quizás en el 317. Los magistrados fueron muy controlados, debieron dar cuenta dos veces al mes ante la *boulé*, así como al salir del cargo ante un cuerpo especial y un tribunal. Se creó un colegio de nomofilaques, que presidían las sesiones de la asamblea y tenían funciones sacerdotales. No sabemos si, dentro de su línea aristotélica, suprimió los *misthoi*, aunque puede sospecharse. Ello habría descartado a los pobres de las funciones públicas. Por otra parte, al quedar reducida la flota de guerra a 20 naves, desapareció la más cara de las liturgias, la trierarquía.

En el aspecto financiero, Demetrio impuso una política de austeridad, a través de unas leyes suntuarias relativas a los funerales y adornos femeninos. Se prohibió elevar monumentos funerarios en el Cerámico. Se trataba, en general, de antiguas disposiciones de Solón caídas en desuso. Con todas estas medidas parece ser que Demetrio dio a Atenas un periodo de paz interna. Prueba de ello es que los atenienses publicaron en su favor numerosos decretos honoríficos, y le levantaron estatuas. Pero todo esto evidencia también la caída del antiguo espíritu democrático, aunque el gobierno de Demetrio fuese, como señala Mossé, la última forma tomada por la tiranía griega clásica, la del «buen tirano» y filósofo.

5. La paz del 311 y el conflicto con Antígonos

Tras su victoria sobre Eumenes, Antígonos había quedado dueño desde Asia Menor a Irán, solución no prevista en los acuerdos de Triparadisos. Tras nombrar sátrapas a algunos de sus fieles, marchó sobre Babilonia, y obligó a Seleucos a refugiarse junto a Ptolomeo (315). Después de rechazar una embajada enviada conjuntamente por Lisímaco, Ptolomeo y Casandro, con una serie de condiciones (entre ellas la restitución de lo conquistado), emprendió la ocupación metódica de las ciudades meridionales de Siria, menos Tiro. A renglón seguido tomó algunas zonas desde Bitinia a Caria, y se puso del lado de Polisperconte a quien nombró estratega del Peloponeso.

En el año 315 Antígonos dio a sus proyectos una formulación política y jurídica: publicó un manifiesto por el que la asamblea de su ejército juzgaba y condenaba a Casandro, al mismo tiempo que le proclamaba «epimeletes» del rey. Uno de sus artículos contenía la afirmación de que las ciudades griegas debían ser libres, autónomas y exentas de guarniciones. Similar declaración

315 a. de C. Guerra de los diádocos.
310 a. de C. Asesinato de Roxana y su hijo.

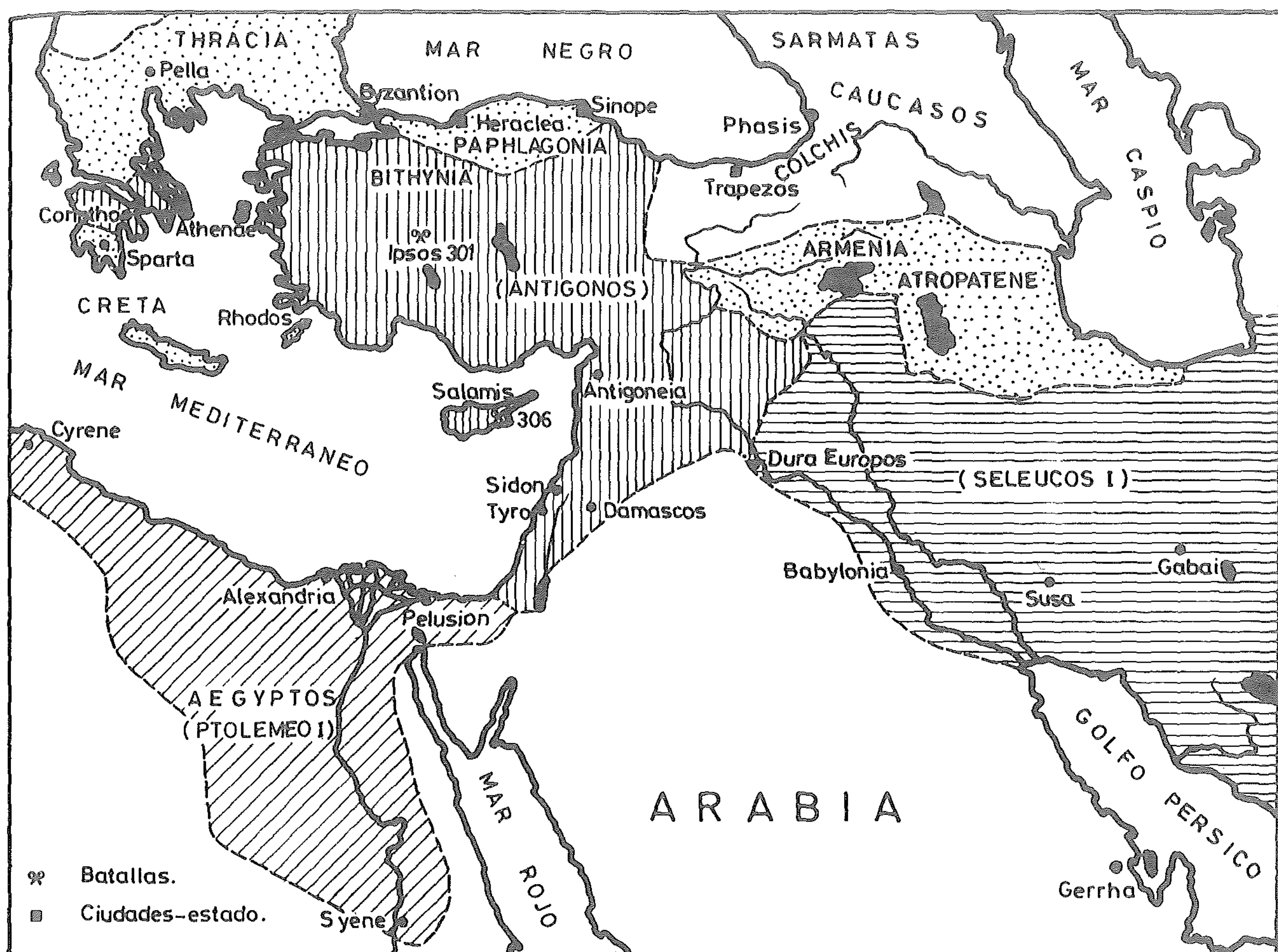
hizo Ptolomeo. Con ello no hacía más que suscitarse un problema cada vez más candente: cómo podrían integrarse las formas políticas griegas del pasado en las nuevas estructuras de tipo monárquico que se estaban gestando. Antígonos patrocinó la constitución de un organismo que jugaría un cierto papel, el Koinon de los Nesiotes (Confederación de los habitantes de las Cícladas), enviando paralelamente agentes, subsidios y tropas a Grecia para levantar el país contra Casandro. Inició personalmente una ofensiva hacia el Norte para presionar a Lisímaco en Tracia y atacar a Casandro en Macedonia. Su hijo, el futuro Demetrio Poliorcetes, quedó vigilando Siria y Palestina. En el 312 Ptolomeo, incitado por Seleucos, deseoso de recuperar Babilonia, le atacó. Demetrio se retiró de Gaza, lo que permitió a Seleucos volver a Mesopotamia. Antígonos, al tener que renunciar por ello a sus proyectos septentrionales, prefirió tratar.

En el 311 se llegó a un acuerdo común, cuyo contenido nos ha transmitido DIODORO (XIX, 105). Casandro quedaba como estratega de Europa hasta la mayoría de edad de Alejandro IV, Lisímaco se adjudicaba Tracia y Ptolomeo Egipto. Antígonos recibía el dominio de todo el Asia, en detrimento de Seleucos, excluido del tratado. De éste dos cláusulas merecen especial atención: 1. Oficialmente se trataba de regular la gestión de la herencia de Alejandro, pero no suponía un reparto de dicha herencia, pues se reconocía la legitimidad de Alejandro IV. Esta situación la cambiaría de raíz Casandro en el 310, al hacer asesinar al hijo póstumo del gran conquistador y a su madre. 2. Otro interesante aspecto era la reafirmación de la autonomía de las ciudades griegas, en la línea de la proclamación anterior de Antígonos. En realidad, se trataba de una concesión ficticia, pues los firmantes habían asentado ya su dominio sobre tales ciudades. Sólo Antígonos quiso hacer realidad este punto dirigiendo a las comunidades dependientes de él una carta donde exponía su política y les invitaba a unirse en defensa de su libertad y autonomía. Pero esa postura liberal lo único que pretendía era identificar sus intereses con los de las ciudades, en pro de su secreta aspiración, que era crear un nuevo estado heredero del imperio alejandrino.

El periodo subsiguiente está caracterizado por la complejidad de los acontecimientos. Se trata de una lucha, con un teatro de operaciones que va desde el Adriático al Indo, en la que se oponen los intentos expansionistas de Antígonos y las resistencias que aquellos proyectos suscitan. En Oriente, Seleucos estaba desde el 312 en Babilonia, de donde partió para conquistar las satrapías iranias que Antígonos poseía desde su victoria sobre Eumenes. Antígonos, batido por Seleucos en una gran batalla cuyos detalles son poco conocidos, tuvo que renunciar al Irán. Ambos debieron concluir un tratado, pues desde el 308 vemos a Seleucos guerrear en el este con el rey indio Chandragupta.

Pero las ambiciones antigónidas apuntaban también en otras direcciones: Macedonia, donde estaba Casandro, las islas de Chipre y Rodas, en la órbita de Ptolomeo (que no había renunciado a la satrapía de Siria-Fenicia). Antígonos, por su parte, dominaba los puertos fenicios. En el 310 Ptolomeo acusó a Antígonos de atentar contra el acuerdo del 311 por instalar guarniciones en ciertas ciudades griegas. Esto fue quizás lo que inclinó al segundo a pactar en el este con Seleucos. La situación se complicó al llegar Casandro a un entendimiento con Polisperconte, que siguió como estratega en el Peloponeso, y concluir Ptolomeo un acuerdo con Demetrio Poliorcetes, representante de su padre Antígonos en Asia Menor. En el 308 una expedición lágida desembarcó en el Peloponeso pero, ante la negativa acogida de las ciudades griegas, Ptolomeo acabó haciendo la paz con Casandro, aunque dejó algunas tropas. Antígonos, por su parte, envió a su hijo Demetrio a Atenas, que lo acogió como un liberador, debiendo ir al exilio Demetrio de Falero, el protegido de Casandro, y restaurándose la democracia.

Desde el 306 vuelve a estallar de nuevo la discordia entre Antígonos y Ptolomeo. La isla de Chipre fue tomada por los Antigónidas. En el Egeo seguía el obstáculo de Rodas. Atentando contra la libertad de los griegos que tanto había proclamado, Antígonos envió a su hijo para tomarla. Demetrio emprendió un famoso sitio, donde utilizó varios medios poliorcéticos que le valieron su sobrenombre. Tras un año de asedio (305-304) fue preciso tratar, reconociéndose la libertad de los rodios, que aceptaron una alianza, a condición de no utilizarla contra Egipto.



Los reinos helenísticos en 303 a. de C.

6. Los nuevos reyes

A raíz del triunfo de Demetrio en Chipre (306) Antígonos fue el primero de todos los contendientes en hacerse reconocer por aclamación, según la costumbre macedonia, el título de *basileus*, presentándose como sucesor de Alejandro, y asociando a su hijo al poder para fundar una dinastía. Poco después Ptolomeo asumiría también el título real, reivindicando así la soberanía sólo sobre Egipto, sin las pretensiones imperialistas de Antígonos. Puesto que ante los propios egipcios sólo tenía valor la realeza faraónica, la iniciativa del Lágida era un acto de política exterior, oponiendo a las pretensiones antigónidas a la monarquía universal la reafirmación de su poder particular.
En los meses siguientes tanto Casandro, como Lisímaco y Seleucos, se proclamaron también reyes. El primero de ellos lo hizo seguramente con las mismas intenciones que Antígonos, imitando los otros dos la postura de Ptolomeo. Estas iniciativas confirmaron de derecho, no de hecho (así lo eran desde Triparadisos), las realezas helenísticas. Si antes las ambiciones de Pérdicas y de Antígonos habían provocado el fraccionamiento territorial del imperio de Alejandro, son ahora las pretensiones de Antígonos a la realeza alejandrina las que ocasionan la división de dicha realeza, aunque Antígonos no parece haber admitido nunca la condición regia de los demás Diadocos.

7. La guerra de los cuatro años: Ipsos

Desde el 307 tuvo lugar una ofensiva en Grecia de Casandro, que obligó a los Antigónidas a levantar el citado sitio de Rodas. No obstante, lograron en el 302 formar una Confederación griega, más sólida que las iniciativas de Polisperconte y Ptolomeo, con sede en Corinto, y que sirviera de punto de partida para la conquista de la Macedonia de Casandro. Este, ante los

preparativos antigónidas, buscó la negociación y, tras la negativa de Antígono, gestionó y obtuvo el apoyo de Lisímaco y Ptolomeo. También Seleucos puso fin a sus empresas indias para centrar su atención en el oeste. Las operaciones combinadas de Casandro, Lisímaco y Seleucos (Ptolomeo invadió asimismo Coele-Siria) dieron un giro radical a la situación. En el verano del 301, en Ipsos (Frigia), Lisímaco y Seleucos vencieron a los Antigónidas, y el propio Antígono pereció en la batalla. Inmediatamente los triunfadores procedieron a repartirse los dominios de los derrotados: Lisímaco ocupó Asia Menor hasta el Tauro, salvo ciertas plazas de Licia y Panfilia, que pasaron a Ptolomeo. Casandro no reclamó nada, aunque contaba con tener opción en Grecia, donde Demetrio Poliorcetes, superviviente en Ipsos, tenía fuertes posiciones. Seleucos reivindicó Siria, cuya zona sur había tomado Ptolomeo, pero acabó cediendo.

A raíz de estos acontecimientos, nadie volvió a resucitar el proyecto de rehacer el imperio de Alejandro. En estos años se impone una nueva concepción política, la de los estados territoriales sin pretensiones a la universalidad, que coexisten en un marco de equilibrio inestable. El gran error de Demetrio Poliorcetes fue, precisamente, actuar en contra de las corrientes de la época, al mantenerse fiel a las orientaciones políticas de su padre.

El hijo de Antígonos, tras Ipsos, seguía contando con Chipre y el apoyo de la Confederación de los Nesiotes. En Grecia, y tras la ruptura de la Liga de Corinto, conservaba algunos puertos como Corinto. También mantenía su flota. Pero al no tener el sentido político de su padre, sus actividades fueron en adelante inestables y faltas de continuidad.



Demetrio Poliorcetes (337-283 a. de C.). No ha desdeñado el broncista la gran personalidad del retrato, su bravura, su carácter decidido y una innegable capacidad estratégica que hicieron de él uno de los más destacados seguidores de Alejandro también se mantienen en la postura y rostro de la obra.

No obstante, tras Ipsos, la situación evolucionó hasta acabar en una inversión de alianzas que no dejó al Poliorcetes aislado. Ante los acuerdos establecidos entre Ptolomeo y Lisímaco, Seleucos, cerrado por ambos, necesitaba un apoyo como contrapeso, y lo buscó en Demetrio, a quien hizo ciertas concesiones, si bien el compromiso se rompió pronto.

Al morir Casandro en 298/7, nuevas posibilidades se abrieron en Grecia para Demetrio, cuya posición se había debilitado mucho al perder Chipre ante Ptolomeo, arrebatarle Seleucos la Cilicia y Lisímaco sus plazas en Jonia. Aprovechando los conflictos dinásticos suscitados por la desaparición de

Casandro, Demetrio, tras dejar Grecia al cuidado de su hijo Antígono Gonatas, invadió Macedonia en el 294, siendo proclamado rey del país por su ejército, y dando nacimiento a una dinastía que se prolongaría hasta la conquista romana.

Los sucesos que siguieron a Ipsos facilitaron a Ptolomeo el realizar una política mitad expansionista, mitad propagandística sobre el continente griego, estableciendo así las bases de lo que sería la actividad exterior lágida en el siglo III. Para suscitarle problemas a Demetrio mantuvo su amistad con Pirro, rey del Epiro, a quien había ayudado antes a recuperar su reino, tras la muerte de Casandro. La coalición fue reforzada por la entrada en ella de Agatocles de Siracusa. Los acontecimientos posteriores respondieron claramente a dos constantes de la política lágida, el sostenimiento de un Epiro antimacedonio, y una activa propaganda en favor de las libertades griegas. Consecuentemente, Demetrio, que había ocupado Corcira en 291/0, se vio envuelto en frecuentes luchas con Pirro, ayudado éste por los etolios. Una paz fue concluida en el 289, aunque sus condiciones no son conocidas.

En los años subsiguientes la popularidad de Demetrio fue decayendo, no sólo en las ciudades griegas, sino en la misma Macedonia. Por una parte, Ptolomeo logró intervenir en el dominio insular egeo de los Antigónidas: la Confederación de los Nesiotes, muy descontenta con la autoridad y exigencias fiscales de Demetrio, pasó a ser un protectorado egipcio. Por otra, en el 288 Lisímaco y Pirro invadieron Macedonia. Abandonado por su ejército, el antigónida huyó al Asia, donde murió algunos años después, tras dejar sus últimas posesiones europeas al mando de su hijo Antígono Gonatas. El reino macedonio fue repartido entre los vencedores. El gran fracaso de Demetrio había sido no comprender que debía conformarse sólo con su reino, cuya estabilización retardó algunos años, y que, en definitiva, todo intento de dominio universal había quedado sepultado con la persona de su padre en Ipsos.

307 a. de C. Agatocles se establece como tirano en Sicilia, luego se proclamará rey.
Alianza de Agatocles con Pirro, rey del Epiro, con lo que dominará toda la Baja Italia.

306 a. de C. Victoria naval de Demetrio sobre Ptolomeo.

301 a. de C. Batalla de Ipso. Formación de cuatro reinos (Lisímaco: Tracia y Asia Menor; Casandro: Macedonia y Grecia; Ptolomeo: Egipto; Seleuco: Asia Oriental).

281 a. de C.: Batalla de Curupedion. Termina la guerra de los diádocos y se forman tres reinos: Macedonia (Antigónidas) Asia Anterior (Seleúcidas) y Egipto (Lágidas e Ptolomeos).

8. Curupedion

La ocupación del norte de Macedonia había acrecentado considerablemente los territorios de Lisímaco, que proyectaba un fuerte estado ribereño egeo. Para conseguirlo, el paso lógico era desplazar a Pirro de Tesalia y Macedonia. Ptolomeo, interesado en la alianza de Lisímaco ante un eventual conflicto con Seleucos en Siria, se abstuvo de intervenir. En el 285 la Macedonia sur y Tesalia fueron ocupadas sin combate por Lisímaco, mientras que Pirro se volvía a su política occidental. Las ciudades griegas se pusieron al lado del tracio por odio a los Antigónidas.

Los problemas los tenía Lisímaco en el interior de su reino. Tanto griegos como tracios estaban descontentos con su dura política fiscal. El incidente que justificó la revuelta interna y las intervenciones exteriores fue el asesinato de su hijo Agatocles, ordenado por su padre a causa de ciertas intrigas de corte. El crimen debió separar del rey a algunos de sus principales colaboradores. Además, Seleucos fue empujado a una guerra con Lisímaco tanto por la viuda de Agatocles, como por el hermano de aquélla, Ptolomeo Keraunós.

Seleucos invadió el Asia Menor en el 282. El encuentro tuvo lugar en Curupedion, cerca de Sardes, a inicios del 281, con victoria de Seleucos, que ocupó los territorios asiáticos de su enemigo. Algo después Ptolomeo Keraunós, temiendo no obtener una parte de las posesiones de Lisímaco, asesinó al vencedor del rey tracio, que ya había asegurado la sucesión de la casa seleúcida en su hijo Antíoco I, asociado antes al trono. También Ptolomeo, fiel a sus proyectos, acabó derrotando a Gonatas.

II. LOS REINOS HELENISTICOS Y EL ASCENSO DE ROMA

1. Los Antigónidas y la guerra cremonídica

La derrota de Gonatas cuando su primer intento sobre Macedonia, tras el asesinato de Seleucos, originó un movimiento de las ciudades griegas contra el dominio macedonio, a la cabeza del cual se situó Esparta. Antígonos,

actuando con la prudencia que le caracterizaría, renunció temporalmente a Macedonia, emprendiendo una política asiática. Su éxito del año 277 en el norte de Asia Menor, al detener una oleada de bandas célticas que amenazaban Europa, le permitió presentarse en Macedonia con el carisma de salvador, instalándose allí al año siguiente.

Su política griega, en adelante, buscó esencialmente conservar las plazas heredadas de su padre (Corinto, Pireo, Calcis, Demetrias), sin excesivas ambiciones territoriales. Respecto al Egeo, la presencia macedonia parece haber sido circunstancial, y reducida a un corto número de islas. Se ha tendido a exagerar la rivalidad entre Gonatas y los Ptolomeos que, en realidad, se ciñó sólo al llamado conflicto cremonídico. El rey macedonio era más bien partidario de una política defensiva y conservadora, que protegiese a su reino. De ahí que le preocupase más la creciente expansión etolia que la talasocracia egipcia. Otro hecho destacable es que Gonatas no recurrió a la antigua tradición militar macedonia para sus empresas exteriores, que parece haber confiado a mercenarios. La recuperación económica y demográfica de su estado pueden explicar tal actitud, aunque tampoco el antigónida podía confiar excesivamente en el apoyo militar de un pueblo de dudosa fidelidad.

325-261 a. de C.: Antíoco I Soter sucedio a su padre, Seleuco I, en el gobierno de Siria. Venció a los celtas que habían invadido el Asia Menor (277) y contribuyó a la victoria de Ipsos sobre Antígono Monoftalmo (301). Helenizó el Oriente con la fundación de numerosas ciudades.

Gonatas adoptó en relación con sus territorios septentrionales una política cautelosa. Es probable que sus derechos sobre las regiones tracias los cediese a Antíoco I, con quien mantuvo continua amistad. Fue su dominio sobre Tesalia lo que verdaderamente le introdujo en el mundo de los asuntos griegos donde, por los años que siguen a la citada invasión gala, la preponderancia de la confederación etolia se va a hacer cada vez más notable. La influencia etolia en la anfictionía délfica fue creciendo en detrimento de los miembros más sometidos al influjo macedonio. Desde el 276 Gonatas había asentado su autoridad sobre los tesalios, lo cual revalorizaba estratégicamente su base en Demetrias. Desde allí hacia el sur pudo mantener una cadena de puntos de apoyo, básicos para hacer sentir su influencia sobre Grecia central y el Peloponeso.

Los problemas para Macedonia no partieron, sin embargo, de los etolios, sino del inquieto rey epirota Pirro, quien no había perdido de vista la cuestión macedonia, y quiso resucitarla en el 275, cuando volvió fracasado de su expedición a Italia. Sin preparativos previos, ocupó en pocas semanas Tesalia y la mayor parte de Macedonia. Gonatas se defendió desde el 273 a base de mercenarios, y volvió a controlar el país cuando Pirro se retiró en ese mismo año a su reino, para preparar la expedición peloponésica donde perecería. Contando con la neutralidad etolia, desembarcó con un fuerte ejército en Acaya en el 272. Ante ello, Esparta reforzó sus fortificaciones y se vio apoyada por contingentes peloponésicos e incluso un cuerpo del ejército antigónida. Pirro acabó siendo derrotado en el sitio de Argos, donde murió. A raíz de estos acontecimientos, Esparta se alió con Gonatas, en contra de su tradicional actitud antimacedonia.

Como consecuencia de tales alternativas el dominio antigónida en Grecia se consolidó, si bien la zona de influencia de la confederación etolia cortaba al país heleno en dos partes. Con tales perspectivas, un nuevo factor hizo acto de presencia en el complicado panorama político griego, la actividad antimacedónica de Egipto, facilitada por el fin de la primera guerra siria, y la consiguiente intervención militar lágida.

Para explicar esta actitud ptolemaica se han aducido diversas razones: los intereses comerciales egipcios, afectados por el cierre del mercado griego al trigo del Nilo; los deseos de Gonatas de afianzar el poderío naval macedonio. Ante esto último, probablemente Ptolomeo Filadelfo buscó entretener al antigónida en Europa mediante una preparada agitación de las ciudades griegas.

En la coalición antimacedonia fomentada por Egipto entraron Esparta, Atenas y ciertos estados peloponésicos. Esta alianza la conocemos por un famoso decreto que el ateniense Cremónides (que da nombre al conflicto) hizo votar a sus conciudadanos, que equivalía a una verdadera declaración bélica contra Macedonia. Las operaciones militares de esta contienda son poco conocidas, sobre todo en el mar, donde se decidió la guerra. La posesión antigónida de Corinto impidió que los peloponesios pudieran unirse a los atenienses. Atenas capituló en 263/2. Gonatas logró ante Cos una gran victoria naval, que le permitió amenazar las posesiones ptolemaicas en las

islas y en Jonia. Parece ser que hacia el 262/1 se concluyó la paz entre ambos soberanos.

Las consecuencias del conflicto fueron varias. Atenas, el Pireo y el Atica fueron ocupados militarmente por Macedonia. En Grecia central la situación aprovechó a los etolios, cuya neutralidad había atraído nuevos pueblos a su confederación. Las listas anfictiónicas de Delfos confirman este ascenso etolio. Respecto al Egeo, el repliegue de las posiciones navales lágidas no suprimió el predominio ptolemaico en el mar. En realidad, los objetivos marítimos de Gonatas se centraban esencialmente en la ruta Demetrias-Calcis- Píreo- Corinto.

2. La primera guerra siria

Apenas terminados algunos conflictos que le retuvieron en Asia Menor, Antíoco I tuvo problemas en el 274 con Ptolomeo II, que desembocaron en una guerra complicada y poco documentada, muchos de cuyos puntos son aún discutibles. Las tensiones entre ambos reinos comenzaron a suscitarse, sin embargo, a causa de la Cirenaica, donde Magas, hijastro de Ptolomeo I, se declaró independiente y buscó asegurarse la alianza del monarca seleúcida. Aunque la situación acabó estabilizándose, la denominada «primera guerra siria», que inauguró toda una cadena de enfrentamientos bélicos entre ambos estados, el lágida y el seleúcida, terminó por estallar. La falta de fronteras estables y las reivindicaciones territoriales de ambos soberanos eran algunas de las secuelas que había dejado el reparto del imperio alejandrino.

Esta primera guerra, desde el 274 al 271, la conocemos por un documento babilonio cuneiforme y otro egipcio jeroglífico, pero algunas de sus etapas quedan poco claras. Parece ser que, ante un ataque seleúcida a la Coele-Siria, Ptolomeo respondió con una expedición preventiva que, por el Golfo Pérsico, desplazó el conflicto a Babilonia, cuando Antíoco I se hallaba aún en Sardes (274). Este último lanzó una ofensiva sobre Damasco, cuyos detalles son poco seguros. Es probable que hacia el 271/0 se llegase a una paz que significó un momentáneo fin de las hostilidades, pero que también supuso para el reino seleúcida salir fortalecido de la crisis ocasionada por la muerte de su fundador.

En los años subsiguientes, la postura de Antíoco I ante la expansión egea



Plato decorado procedente de Leprignano (Capena). Principios del siglo III a. de C. El motivo parece que hace alusión al regalo que Chandragupta I, rey de la India, hizo a Seleuco I Nicator, fundador de la dinastía seleúcida. Este le había cedido con anterioridad dos provincias que estaban bajo su jurisdicción. El intercambio cultural de los dos pueblos no queda en esto, sino que los indios recibirían un fuerte influjo del arte, en particular griego. Es lo que se conoce como período gupta.

de Egipto parece haber sido favorable a Gonatas. La paz del 271 le permitió atender a sus asuntos de Oriente, pero al final de su reinado tuvo problemas con Pérgamo, cuyo rey Eumenes logró sobre el ejército seleúcida una victoria cerca de Sardes, que significó para Antíoco la pérdida de una parte importante de sus territorios.

3. La crisis del estado seleúcida

Dicen los historiadores que Alejandro en su lecho de muerte quiso dejar su trono a quien fuera «más digno de este cargo». Ya tenía él sus dudas sobre las dificultades de la supervivencia de tan vasto imperio. Apenas le sobreviviría cuarenta años, sin embargo fue elemento imprescindible en la transmisión de la cultura helénica.

La muerte de Antíoco I y el advenimiento del joven Antíoco II determinaron a Ptolomeo a aprovechar las circunstancias para consolidar su posición en el Egeo. Es probable que toda la costa jonia y caria cayese en manos lágidas. Sin embargo, Antíoco II supo reaccionar vigorosamente, siendo facilitada su tarea por las querellas internas entre Ptolomeo Filadelfo y su hijo. Los éxitos seleúcidas en Siria inclinaron la balanza de esta «segunda guerra siria» a su favor. Jonia volvió a estar en poder de Antíoco II, así como ciertas plazas marítimas de Cilicia, Traquea y Panfilia, mientras en el Egeo se afianzaba la preponderancia rodia. Las cláusulas del tratado de paz del 253 son poco conocidas. Sí sabemos que el rey seleúcida repudió a su esposa Laodicea, para casar con Berenice, hija de Filadelfo, lo que originaría en el futuro muchos problemas.

Los años siguientes a la anterior derrota significaron, sin embargo, una mejora para la política lágida en Cirenaica, que volvió a unirse a Egipto al morir Magas. En cuanto al imperio seleúcida, la paz del 253 permitió a Antíoco ocuparse de sus intereses en las regiones orientales del imperio. En Asia Menor tuvo problemas con la expansión pergaménica en Eolia, y con la hostilidad de Bitinia en la región de los Estrechos.

Para la «tercera guerra siria» las fuentes son más abundantes. Laodicea, primera esposa de Antíoco II, había quedado exiliada en Efeso al casar aquél con Berenice. Quizás sus maniobras fueron la causa del asesinato del rey seleúcida, con la consiguiente proclamación de su hijo Seleucos II como rey en Asia Menor. No obstante, Efeso y otras ciudades secundaron al hijo de Berenice, quien desde Antioquía llamó a su hermano Ptolomeo III en su apoyo.

La primera fase del conflicto está ocupada por una expedición lágida para controlar Cilicia y los recursos de la satrapía. El soberano egipcio fue bien acogido en Antioquía. Desde allí, y pese al asesinato de su hermana y sobrino por enviados de Laodicea, avanzó hacia Mesopotamia, pero sublevaciones acaecidas en el país del Nilo le obligaron a volver dejando en Asia tropas y administradores. En la siguiente etapa de la guerra destaca la ofensiva de Seleucos II, quien llegó hasta Siria y obligó a Ptolomeo a aceptar la paz (241). Pese a ello el rey lágida obtuvo ganancias sustanciosas, que consolidaron su poder en el Egeo: conservó el puerto de Antioquía, Seleucia, obteniendo beneficios en otras regiones como el Helesponto y Tracia.

Una de las consecuencias más graves de la excesiva atención de los monarcas seleúcidas a los conflictos sirios fue la desintegración paulatina de sus dominios orientales. Dos problemas esenciales afectaban a tan inmensos territorios: cómo administrar y defender satrapías tan lejanas como las de Asia central y cómo facilitar la coexistencia en un estado común entre poblaciones indígenas y los conquistadores greco-macedonios. La situación se agravaba en el plano político, por desplazarse el eje de la actividad seleúcida a la zona mediterránea (Antioquía).

Aprovechando tales circunstancias, ya el rey indio Chandragupta había obligado en el 303 a Seleucos a cederle Gandhara y zonas orientales de Aracosia y Gedrosia. Por parte seleúcida, hubo probablemente anexiones territoriales en el norte del Irán. Hay alusiones vagas en Plinio a operaciones militares en Sogdiana y Caspiana, y a fortificaciones en la región de Merv contra los nómadas, comenzando ya la infiltración de las tribus que darían lugar al estado parto. Los años iranios de Antíoco I se dedicaron a la organización de tal frontera. En el interior hubo que vencer la resistencia de muchas poblaciones locales. Una política de colonias se impuso allí, a diferencia de la helenizante practicada en Siria, Mesopotamia y Media. Tal distensión entre el Irán y el próximo Oriente era una tendencia peligrosa, lo mismo que el abandono del proyecto de asimilación entre griegos e iranios

impulsado por Alejandro. En algunas zonas como Persis la tradición irania se mantenía vigorosa, y amenazaba con socavar la estructura del reino seleúcida. La actividad de Antíoco I, así como la de Seleucos II, paliaron en parte esa desatención general respecto al Irán. Pero entre uno y otro hubo un largo periodo, en el que los elementos greco-macedonios de las satrapías más orientales, y su personal administrativo, sometidos a excesivas exigencias militares y fiscales para sostener la política occidental, tendieron a la desafección, fomentando futuras secesiones.

Bien es verdad que no hubo ninguna sublevación popular generalizada, y que incluso en el siglo III se integraron iranios en los cuadros administrativos y militares seleúcidas para conservar su rango social y acceder a las ventajas de la helenización. Pero también es cierto que una resistencia pasiva hacia el Helenismo, impulsada desde el punto de vista religioso por un zoroastrismo ortodoxo, y la esperanza de restaurar el antiguo régimen, se hallaban latentes en amplios sectores de la población oriental.

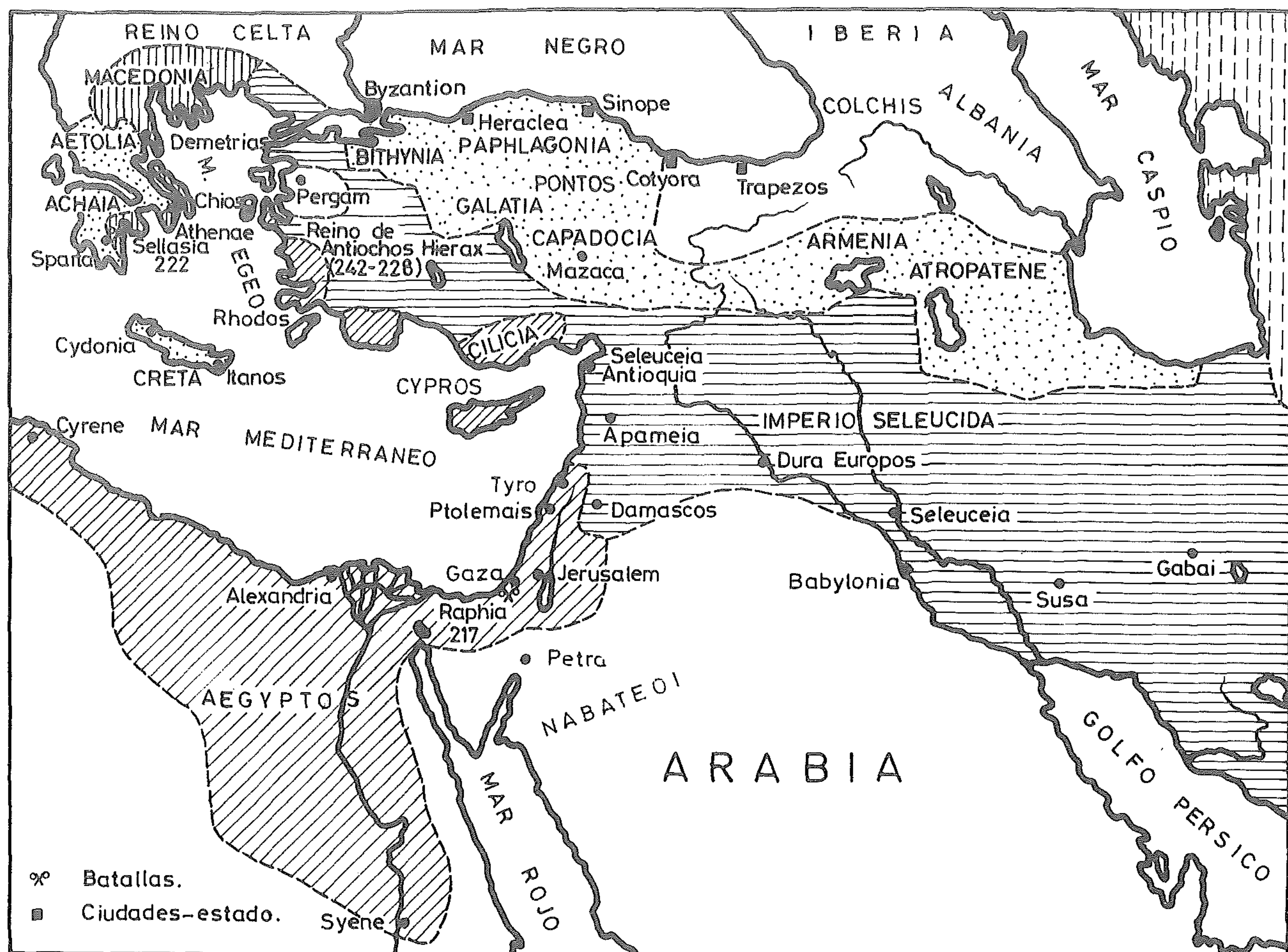
4. La Liga Etolia y la Liga Aquea

Dos organizaciones políticas de carácter federal tendrían una influencia decisiva sobre el desarrollo del mundo griego continental en el siglo III. La primera de ellas, la Liga Etolia, se fundó a inicios de dicho siglo. Su institución fundamental era la Asamblea federal, que englobaba a todos los habitantes con capacidad política en sus respectivas ciudades. Había también un consejo federal, con representantes anuales en número proporcional a la cuantía de la tasa y contingente militar aportados. En la cumbre se encontraba un estratega. Cada ciudadano poseía doble nacionalidad: la de la Liga y la de su ciudad.

La otra Liga, la Aquea, apareció hacia el 281, y fue impulsada por Aratos. En la base existían dos asambleas llamadas «Synodos» y «Synkletos». Ambas estaban presididas por magistrados denominados demiurgos, quedando a la cabeza dos estrategas, y desde el 255 uno sólo, con poderes ejecutivo, civil y militar.

La expansión de la influencia etolia adquiere, en principio, una orientación marítima. La piratería griega había afectado siempre a la seguridad de las comunicaciones por mar, y esta situación se había visto propiciada por las luchas entre los Diadocos. Los primeros Ptolomeos habían logrado imponer su autoridad en el Mediterráneo oriental y parte del Egeo, pero la regresión de la talasocracia lágida antes de mitad del siglo facilitó las actividades navales etolias de carácter pirático. Para prevenirse contra tales operaciones y proteger su comercio, numerosas comunidades griegas de las islas y costa minorasiática concluyeron con la Confederación etolia algunos tratados de seguridad (tal fue el caso de Delos).

Por otra parte, la creciente influencia etolia en el Peloponeso occidental y central sirvió indirectamente a Antígono Gonatas para limitar los progresos de la Liga Aquea. Esta quedó cercada por los etolios desde el sur, y por Macedonia desde Argos. Aratos, estratega federal aqueo en el 243, comprendiendo lo peligroso de tal situación, lanzó en el verano de dicho año una cuidadosa operación contra Corinto y su ciudadela, que acabó en un éxito completo. En esta difícil situación la Liga Aquea se había visto apoyada económicamente por Ptolomeo III, elegido estratega honorario de la confederación, quien deseaba recuperar para Egipto las posiciones perdidas ante Macedonia en la pasada guerra cremonídica. La expansión aquea, que encontró a raíz de tales acontecimientos una salida al golfo Sarónico, trasladó el conflicto con los etolios al propio Egeo, eje de la política mundial del momento. Como a raíz de ello Gonatas y Etolia se aliaron oficialmente, quedaron constituidos en el ámbito político griego dos grandes frentes: Macedonia y la Liga Etolia por un lado, y la Liga Aquea y Egipto, con la adhesión de Esparta, por otro. No obstante, el monarca macedonio parece ser que renunció a intervenir en Grecia en sus últimos años, dejando a los etolios la tarea de contener el avance aqueo.



Los reinos helenísticos en 240 a. de C.

5. Antíoco III y la cuarta guerra siria

Antíoco III sucedió a su hermano Seleuco III, asesinado en Frigia en 223, cuando intentaba recuperar las partes de Asia Menor tomadas por Atalo I de Pérgamo. Tras su advenimiento, el gobierno de las satrapías superiores fue confiado a Molón, ya sátrapa de Media, el gobierno general de Asia Menor a Achaios, y la administración civil y financiera a un cario, Hermias. Los tres tendrían una actuación destacada por diversos motivos.

Los primeros años del nuevo reinado estuvieron marcados por algunas revueltas interiores. Parece ser que los proyectos de Hermias de reforzar la centralización administrativa, en detrimento de los poderes de los gobernadores, provocaron la sublevación de Molón que refiere Polibio. Antíoco quiso marchar contra él, pero Hermias logró desviar su atención hacia Siria, donde marchó el monarca para preparar la conquista de la Coele-Siria lágida. La recuperación de tales territorios fue siempre un plan preeminente entre los objetivos del rey seleúcida. Sin embargo, su expedición del 221, mal preparada, fracasó ante las fuertes defensas ptolemaicas entre el Líbano y el Antilíbano. En realidad, quienes fomentaban la guerra siria deseaban apartar al soberano de los asuntos orientales, más complicados al hacerse Molón rey, lo que atestiguan sus monedas.

Algún tiempo después, nuevas operaciones contra el gobernador insurrecto fueron emprendidas bajo el mando del estratega Zeuxis. La presencia del rey originó defecciones en las tropas de Molón, quien acabó suicidándose. Pero la situación volvió a enturbiarse con la usurpación en el 220 de Achaios, encargado de restaurar la autoridad seleúcida en las satrapías de Anatolia. Achaios se dejó finalmente convencer para ceñir la diadema real, saqueó Pisidia y, con la fidelidad de su ejército, quedó como monarca en Asia Menor. Antíoco III, ocupado en los preparativos de la «cuarta guerra siria», se limitó a lanzarle algunos reproches.

En el nuevo intento de arrojar a los Ptolomeos de Asia, el Rey seleúcida concentró todas sus fuerzas. El reciente cambio del soberano en Egipto parecía facilitar la cuestión, pues a Ptolomeo IV, cuyo gobierno se inicia en el 221, Polibio (V, 34) lo presenta como un rey perezoso y no muy responsable, a diferencia de sus predecesores. La primera fase de la guerra significó para Antíoco la recuperación de Seleucia, el puerto de Antioquía (219), así como la toma de Ptolemais y Tiro. El rápido avance del ejército seleúcida inclinó a los egipcios a negociar un armisticio de cuatro meses, que Antíoco aceptó.

Antíoco III el Grande fue rey de Siria entre el 223 y el 187 a. de C. Tras guerras sin fortuna contra Egipto, Partia y Bactriana, conquistó Palestina y Celesiria, pero se vio envuelto en una guerra con Roma (198). Instigado por Aníbal, que se había refugiado en su corte, penetró en Grecia, pero fue derrotado por las legiones romanas en Las Termópilas (191) y en Magnesio (190). Murió asesinado cuando saqueaba un templo de Elimea.

La situación militar de Egipto era deficiente en ese momento, y los primeros síntomas de inestabilidad interna empezaban a dejarse sentir en el país. Es sintomático que los Lágidas se vieran obligados a enrolar contingentes indígenas, a causa de su imprevisora política militar y de la crisis financiera de su estado. Todo ello impedía simultanear una política belicista en Asia, y una actividad diplomática en Grecia. Los primeros indicios de revueltas indígenas los conocemos ya en época de Ptolomeo III, paralelos a un endurecimiento de la administración fiscal, producto de las necesidades exigidas por la tercera guerra siria y el bajo rendimiento tributario. Tales años se caracterizan por la subida de los precios y la baja capacidad adquisitiva de la plata.

La segunda fase de la guerra fue, sin embargo, favorable a Egipto. Expirando el armisticio, Antíoco se dispuso a acabar la ocupación de Coele-Siria, y avanzó por la costa apoyado por su flota. Ptolomeo IV vino a su encuentro y le derrotó en Raphia, al sur de Palestina (23-VI-217 a. de C.), a causa de sus errores tácticos. Se concluyó un nuevo armisticio, pero a los tres meses el rey lágida invadió el territorio seleúcida, y obligó a Antíoco a renunciar a Seleucia. Aparte de Polibio, nos informa sobre estos decisivos hechos la «estela de Pithom», gran inscripción trilingüe (griego, jeroglífico y demótico), que nos muestra cómo Ptolomeo, tras Raphia, convocó en Menfis un sínodo sacerdotal para festejar la victoria. El triunfo, sin embargo, no detuvo la evolución interna desfavorable del país, donde comenzaron revueltas campesinas contra las exigencias fiscales, e incluso el alto Egipto llegó a escapar al control ptolemaico. El clero indígena parece ser que fomentó estos movimientos, lo que explica que los soberanos multiplicaran las concesiones fiscales y territoriales a los diversos santuarios.

6. La gran expedición oriental (212-205)

Tras su derrota en Raphia, Antíoco III volvió su atención a las provincias orientales de su imperio, proyectando una gran expedición irania. Le era preciso liquidar previamente el problema que tenía pendiente con Achaios, para lo cual se alió con Atalo de Pérgamo, sitió al rebelde en Sardes y lo apresó.

Parece ser que el soberano seleúcida no ejercía en ese momento una soberanía efectiva en las satrapías iranias salvo Elymaïs y Media. Antíoco deseaba restablecer la autoridad real sobre los territorios indios cedidos a los Mauryas, y controlar algunos reinos surgidos en el este. Su expedición comenzó por poner a Armenia (212) bajo la autoridad de dos estrategas, eliminando a los dinastas locales. A fines del 211 llegó a Media, para preparar desde allí una acción de gran alcance contra partos y bactrianos. Necesitado de recursos financieros para sostener sus campañas, expolió un santuario indígena y amonedó todo el metal obtenido. Fue una iniciativa muy poco diplomática, que además puso en evidencia sus apuros económicos.

Polibio da un relato de su expedición contra los invasores partos (209), del que queda sólo una parte. La situación en Hircania parece ser que fue especialmente difícil para el ejército seleúcida. Finalmente, se llegó a un acuerdo entre Antíoco y el rey parto, quien se comprometió a no cortar las comunicaciones entre el Occidente y las grandes satrapías orientales.

El episodio siguiente, la campaña contra Euthydemo de Bactriana (208/6), lo conocemos también por los fragmentos de Polibio. El monarca seleúcida logró asediar a su adversario en Bactres durante dos años, pero todo acabó en negociaciones, ante el peligro común de una invasión de los nómadas de las estepas Antíoco dejó a Euthydemo sus posesiones, le reconoció la dignidad real, y concluyó con él un tratado. Luego, tras atravesar el Hindu-Kush,

penetró en las regiones iranias (Paropamisades, Aracosia) anexionadas por los soberanos indios. Llegó a un acuerdo con el rey Sophagasénos, quien avitualló a las tropas de Antíoco, y le pagó una gran suma.

El regreso lo emprendieron los expedicionarios por la ruta irania meridional (Drangiana y Carmania). Antes de volver a Babilonia, parece ser que hubo una marcha por Arabia, donde se obligó a pagar un fuerte tributo a Gerrha, centro de un estado árabe que vivía del comercio marítimo en el



Busto de Antíoco III, último rey seleúcida. Copia antigua en mármol del original de finales del siglo III a. de C. El arte del retrato se empezó a cultivar entre los griegos de este momento. Los vaivenes entre clasicismo y barroco se mantienen al igual que en el resto de los géneros, pero es, particularmente en éste, en el que perdura aquel idealismo que, desde los comienzos, harán del individuo un ser superior.

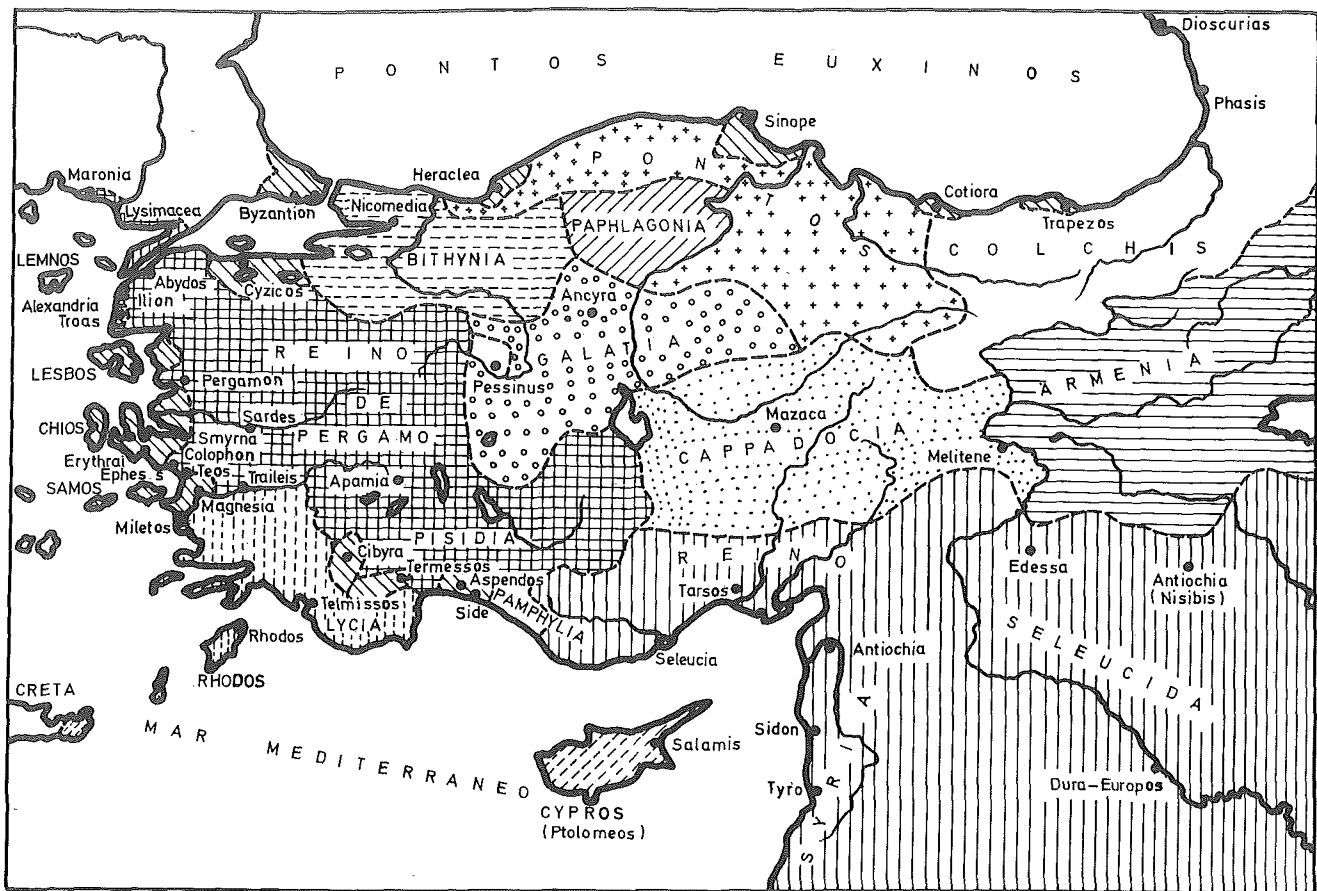
Golfo Pérsico y de las rutas caravaneras. Polibio estima que esta gran empresa tuvo efectos beneficiosos para el prestigio de Antíoco, que tomó a raíz de ello el título de «Gran Rey». Pero no quedan muy claras sus verdaderas intenciones y, además, dos etapas fundamentales de su expedición, la parta y la bactriana, no superaron los objetivos inicialmente fijados. La atención que seguían necesitando las provincias orientales de su imperio no la pudo tener el monarca seleúcida, por las complicaciones que se atrajo en sus asuntos occidentales.

7. La evolución del reino macedonio

El nuevo soberano de Macedonia era desde el 239 Demetrio II, cuya ascensión coincide con un cambio de actitud en los etolios, aliados ahora con Aratos contra él. No obstante, la creciente expansión etolia no era del todo popular en Grecia, pues, por ejemplo, los acarnanios y beocios habían entrado obligados en la confederación. Por otra parte, al contar con la amistad del Epiro, Demetrio, libre de cualquier problema en el oeste, pudo concentrarse en sus proyectos griegos. Su finalidad, por lo pronto, era restablecer el dominio macedonio en Corinto. La guerra contra aqueos y etolios se inició hacia el 239. Dos años después Demetrio desembarcó en Beocia, y el país se separó de los etolios. Al ocupar la Megárida pudo impedir la unión de las fuerzas terrestres de las dos ligas aliadas, protegiendo asimismo el Atica. Respecto al Peloponeso, la situación se complicaría con el advenimiento en Esparta de Cleomenes III. El siguiente teatro de operaciones estuvo en torno a Acarnania, a cuya reconquista aspiraban los etolios. Los acarnanios recibieron ayuda de los ilirios, cuyas actividades piráticas comenzaban a expandirse, facilitadas por la caída del poder epirota. Los ilirios deseaban tomar el Epiro, que acudió a etolios y aqueos, quienes enviaron un cuerpo expedicionario. Todos estos conflictos afectaron profundamente a las relaciones comerciales entre Grecia e Italia, y fue precisamente la amenaza de la piratería iliria la causa de la posterior intervención romana. Demetrio no pudo participar directamente en los hechos anteriores, al estar ocupado por las invasiones dardanias en el norte de su reino, en una de las cuales pereció. Durante la minoría de edad de su heredero, el futuro Filipo V, la soberanía pasó a Antígono Dosón, primo de Demetrio, conocido por su lealtad a la dinastía. Coincidiendo con la sucesión se desató un fuerte movimiento antimacedonio en Grecia, una de cuyas consecuencias fue la defección de Tesalia del control macedonio, seguramente impulsada por Etolia. Dosón supo reaccionar, realizando una campaña contra los etolios en el 228, que le permitió recuperar las tres provincias tesalia y ocupar parte de la Fócide. Es probable que algo después tuviese lugar una expedición de Antígono a Caria, con el deseo evidente de restablecer la anterior presencia macedonia en Asia Menor. Del episodio hablan Polibio y Trogo Pompeyo, pero no se conoce a fondo. Sí es seguro que, paralelamente, la Liga Aquea fue realizando notables progresos dirigida por Aratos, englobando a algunas ciudades importantes (Sicione, Corinto, Argos, Megara). Como contrapartida, los etolios favorecieron la expansión lacedemonia, dando al rey Cleómenes III algunas localidades de Arcadia.

8. El reformismo espartano y Cleómenes III

Por esos mismos años Esparta va a pasar a un primer plano, en virtud de su efervescencia política interna. Cualquier protagonismo, sin embargo, le estaba en principio vedado, a tenor de la crisis moral, cívica, social y económica que afectaba cada vez más el país, situación ya analizada por Aristóteles profundamente en su «Política». El cuerpo básico de espartiatas se había debilitado a lo largo de muchas generaciones, al mismo tiempo que los privilegios políticos habían conformado una rica y dominante minoría social, que gobernaba sobre una masa campesina desposeída, endeudada y descontenta. La antigua potencia griega se hallaba sumida en tan caótica situación



Asia Menor después de la paz de Apamea en 188 a. de C. (adaptación H. Begtsor).

que, para acometer las profundas reformas que necesitaba el estado lacedemonio, era preciso adoptar una actitud netamente revolucionaria, recurriendo incluso, como se hizo, a medios ilegales como la utilización de esclavos.

La disminución del número de los *Homoioi*, la concentración de la fortuna inmobiliaria en pocas manos, y el progresivo descontento de los ilotas motivaron los esfuerzos del rey Agis IV, como más tarde los de Cleómenes III, por restaurar la Esparta de Licurgo. Las iniciativas del segundo fueron las más decisivas, aunque quizás la política revolucionaria interna de Cleómenes sirvió más bien a sus empresas exteriores. El rey espartano llegó a estar totalmente convencido de que sólo una transformación entera del estado lacedemonio podía dar a Esparta el poder necesario para contrarrestar la expansión aquea.

El golpe revolucionario fue dado por Cleómenes en el 227: los éforos fueron ejecutados y sus funciones suprimidas, se acometió un programa de reforma político-social, que suponía elevar a 4.000 el cuerpo civil espartiata con la admisión de periecos. En el aspecto militar, recobraron su vigor los antiguos métodos educativos y las comidas comunes. Además, el contingente de hoplitas se elevó considerablemente.

Los aqueos, temiendo quedar aislados diplomáticamente, habían ya conseguido el favor de Dosón, cuando en el 226 Cleómenes lanzó una ofensiva contra su Liga. Ocupó la Elide, al tiempo que Ptolomeo III le transfería los subsidios antes enviados a la Liga Aquea, y ahora negados dada la amistad de aquella con Macedonia. Tras una pausa, el rey espartano ocupó Argos y Corinto. Sólo subsistió el núcleo original de la Liga y algunas localidades aisladas.

Cleómenes sabía que no podía propagar la revolución emprendida en su estado, so pena de poner a todas las clases pudientes al lado de Dosón. Macedonia había encarnado tradicionalmente la defensa de los intereses conservaduristas, y ahora los ricos se inclinaban hacia ella, al mismo tiempo que los pobres quedaban defraudados. Por otra parte, Aratos, elegido por la asamblea federal «stratégos autokrator», reforzó la alianza macedonia, apro-

vechando que el rey Antígono buscaba restablecer el influjo de su estado sobre nuevas bases.

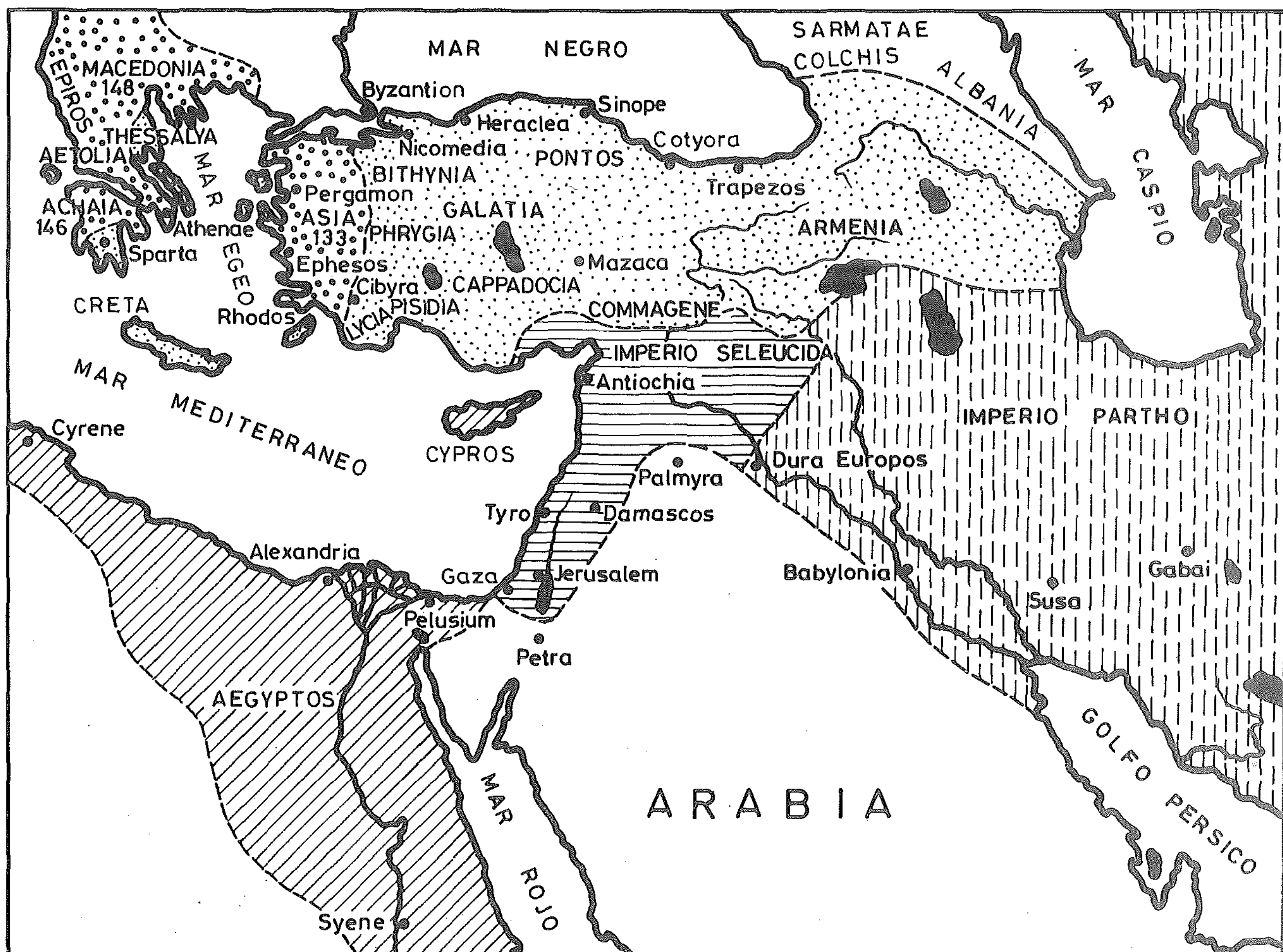
El monarca macedonio, marchando de Tesalia a Beocia, ocupó a renglón seguido Corinto en el 224. Luego, persiguió a Cleómenes hasta Arcadia. Poco después fue elegido por el Consejo federal aqueo hegemón de todos los aliados, creándose una nueva Liga griega bajo el predominio macedonio. Esta Liga agrupaba no a ciudades, sino a federaciones, lo que indica el progreso de la idea federal en Grecia en el siglo III. Cada estado conservaba su autonomía propia y enviaba diputados al Consejo federal. Además de un contrapeso a la iniciativa espartana, la nueva Liga suponía un cerco total de la confederación etolia, lo que entraba dentro de los objetivos tanto de Dosón como de Aratos.

Las operaciones se reemprendieron en el 223. Cleómenes fracasó en tomar Megalópolis. El rey macedonio penetró en Arcadia, ocupando varias plazas. Obligado por las circunstancias, el reformador monarca espartano trató de reforzar su tesoro y ejército vendiendo su libertad a los ilotas y transformándolos en hoplitas. Luego tomó Megalópolis y saqueó la Argólida. En el 222 acabó siendo derrotado por Dosón en Selasia, y tuvo que huir al lado de Ptolomeo III. A raíz de ello, Esparta cayó por vez primera en su historia en manos enemigas. El antigónida impuso duras condiciones, pero, sin embargo, no se constata que fuesen abolidas las reformas sociales de Cleómenes.

9. La intervención romana y la paz de Fénice

Diez años después de Selasia, la situación había cambiado sustancialmente en el panorama político griego. En Macedonia reinaba ya Filipo V, quien en el 215 a. de C., cuando el éxito de Aníbal tras su victoria en Cannas parecía asegurado, había firmado una alianza con el caudillo cartaginés, de la que nos da noticia POLIBIO (VII, 9). Al parecer, Filipo, que no tenía desde luego

Oriente en 129.



ninguna ambición respecto a Italia, lo que pretendía era obtener garantías para intervenir en el territorio ilirio, zona en donde también Roma había puesto sus miras, a causa de las dificultades que el comercio italiano encontraba en el Adriático por obra de la piratería iliria.

La coyuntura era ciertamente difícil para la República romana, donde se pensaba que, entre los proyectos estratégicos de la alianza púnico-macedonia, podía figurar un envío de tropas griegas a Aníbal. Se encargó al pretor Laevinus la vigilancia del canal de Otranto. Filipo, tras ciertos problemas en el Peloponeso, abordó la cuestión iliria en el 214 de modo poco brillante, pues fue batido por dicho pretor. Pero Roma no estaba en condiciones de enviar un ejército para sacar partido de su incipiente éxito, y prefirió buscar aliados griegos. En el 212 se firmó un acuerdo con los etolios. Estos estaban en buenas relaciones con el reino de Pérgamo quien, igualmente, fue incluido en la alianza.



Octodracmón. Moneda de oro con la efigie de Berenice II, hermana de Tolomeo III, que pereció asesinada. Su hermano dedicaría gran parte de su reinado a la búsqueda de sus asesinos. Ello fue motivo de sus numerosas batallas, que no obstaculizaron una productiva política exterior que fomentó el comercio egipcio.

Los romanos, en esta su primera intervención en Grecia, practicaron una politico brutal y represiva, buscando ansiosamente la obtención de un botín que se les había reservado en el tratado anterior con la Liga etolia. La actitud romana daba, indudablemente, la razón a las voces que volvían a surgir en Grecia en defensa del Helenismo contra los bárbaros. Desde el 208 Filipo comenzó a reaccionar, y se emprendieron intentos de negociación por parte de rodios y quiotas, a quienes la guerra entorpecía las actividades comerciales. También algunos aliados de los etolios flaquearon, y Roma empezó a desinteresarse por el teatro de operaciones griego. Al quedar finalmente los etolios solos ante Filipo se vieron obligados a negociar (206), debiendo acatar unas duras condiciones. A raíz de ello, los aliados de antes (Roma y la Liga etolia), se acusaron mutuamente de defección.

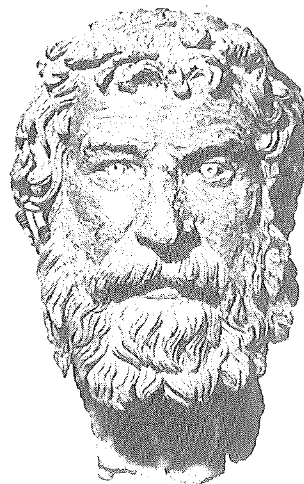
La negligencia romana resultaba un indudable error táctico, pues, si bien Filipo no estaba preparado ni dispuesto a pasar a Italia, sí podía en cualquier momento reemprender la «cuestión iliria». No obstante, cuando un ejército romano hizo acto de presencia en las costas ilirias, y el rey macedonio se apresuró a negociar, Roma, para quien el problema de Cartago aún no estaba resuelto, consintió en ello. Esta «primera guerra macedónica» fue concluida por la llamada paz de Fénice (205), en la que se acordó: 1. Que el antiguo protectorado romano de Iliria (que se había configurado tras una anterior intervención) fuese repartido entre Roma y Filipo. 2. Que ambos firmantes hiciesen extensivos estos acuerdos a sus respectivos aliados. Esta primera gestión bélica en Grecia había sido entendida por el Senado como un mero aspecto tangencial del conflicto más importante mantenido con Aníbal, sin objetivos estrictamente imperialistas. Pero es indudable que, al mencionar en el acuerdo de Fénice a sus aliados griegos, Roma se reservaba una opción para una futura y todavía hipotética intervención en el suelo helénico.

10. Segunda Guerra Macedónica

Hacia 228-174 a. de C. Tito Quinto Flaminio. Cónsul romano el 198, fue vencedor de Filipo V de Macedonia en la decisiva batalla de Cinoscéfalos (197 a. de C.).

Resuelta temporalmente la «cuestión iliria», Filipo centró su atención en la política egea, para lo que contaba con el beneplácito de Antíoco III, que tenía también en ese área problemas con Egipto. Los ataques macedonios contra algunas ciudades libres provocaron de inmediato la inquietud de Pérgamo y Rodas. Filipo derrotó a los rodios en Ladé, ocupó algunas de las Cícladas e incluso Mileto, y hasta asoló el territorio pergameno (201). Los resultados de esta campaña no fueron decisivos para Macedonia, pero las consecuencias que tal política suscitó sellaron de modo definitivo los destinos del mundo griego. La alianza entre los estados seleúcida y macedonio amenazaba con romper el equilibrio del Mediterráneo oriental en detrimento de Egipto y de estados, como Rodas, que vivían en función de un libre comercio. Fueron los embajadores de Pérgamo y Rodas quienes en el 201 apelaron a Roma, apremiándola para intervenir derectamente contra la «entente» entre Filipo y Antíoco.

En un primer momento Roma, ocupada en liquidar la guerra contra Cartago, actuó con pasos medidos. Se envió una embajada a Grecia para conocer la situación y un mensaje intimidatorio a Filipo, pero éste respondió lanzando una ofensiva en el Atica, Tracia y Egeo. Los comicios votaron la guerra contra Filipo (verano, 200). ¿Qué razones tenía Roma para dar este paso trascendental? Realmente, nada indica que el monarca macedonio hubiera atentado contra las cláusulas de la paz de Fénice. Tampoco en ese momento Roma tenía razones de peso para interesarse por el este. Sus finanzas se encontraban exhaustas tras el conflicto con los púnicos, y los territorios ganados en Occidente estaban aún por organizar. Pero el temor a una fuerte alianza entre Filipo y Antíoco pudo ser hábilmente explotado por Pérgamo y Rodas como una amenaza directa al mundo mediterráneo, y no conviene olvidar que Roma victoriosa ante Cartago, había quedado comprometida ya en una política «mediterránea», cuyas ganancias materiales pudieron ser vislumbradas por ciertos sectores de la sociedad romana con peso económico e influencia en los medios militares. La explicación oficial de esa guerra se ofreció, no obstante, en otros términos: defender a los estados griegos contra una ruptura del equilibrio político por parte de Macedonia.



Filófoso de Antikytera. Siglo III a. de C. La cultura helenística se desenvuelve en un panorama de horizontes mucho más vastos que los de la cultura clásica. Ello produjo un enriquecimiento cultural a todos los niveles. El arte y la literatura reciben su más eficaz impulso en las cortes de los nuevos príncipes, pero también los particulares ricos adornan sus casas con obras de arte.

Macedonia, en principio, aparecía aislada (la Liga Aquea, e incluso Antíoco, permanecieron neutrales). Los etolios estuvieron a la expectativa, como la mayoría de los estados griegos. Esta «Segunda Guerra Macedónica» adquirió su fase más decisiva con la entrada en escena del cónsul Flaminino, perteneciente a los círculos filohelenos de la aristocracia romana. Proclamando abiertamente la libertad de los griegos, exigió la retirada macedonia de todos los territorios ocupados, acompañando su demanda con demostraciones de fuerzas (ataque sobre Tesalia). La Liga Aquea se adhirió a Roma (198). Fracasadas unas negociaciones con Filipo en Lócride, las tropas romanas derrotaron al ejército macedonio en Cinoscéfalos (junio, 197). Filipo tuvo que aceptar las condiciones que se le impusieron: evacuar sus posesiones griegas en Europa y Asia, devolver los prisioneros, entregar la flota, pagar una indemnización de guerra a Roma y a Pérgamo. Quedaba ahora la tarea de reorganizar Grecia. A tal efecto, se envió una comisión senatorial para colaborar con Flaminino. La exigencia de «libertad para los griegos» no era sólo un viejo tema propagandístico usado ahora contra Filipo, sino también un programa político que Roma trataba de impone por encima, incluso, de las reivindicaciones territoriales de aquellos estados helenos que buscaban obtener ganancias a costa de la derrotada Macedonia. En los Juegos Istmicos del 196, y entre el entusiasmo de los griegos, Flaminino hizo la proclamación oficial de esa libertad (el texto nos lo ha transmitido Polibio), quedando garantizada bajo el protectorado romano, aunque sin instrumentos jurídicos definidos. En el 194 Flaminino y las tropas romanas retornaron a Italia.

11. El conflicto con Antíoco III y la paz de Apamea

En el senadoconsulto del 196, que buscó regular la situación griega tras Cinoscéfalos, había implícito un cierto toque de atención al estado seleúcida, dado que proclamaba también la libertad de los griegos de Asia. En los

Juegos Istmicos una embajada de Antíoco recibió una clara advertencia: debía renunciar a sus apetencias en Tracia (donde el reino lágida conservaba algunas posesiones). Fue en el 195 cuando Aníbal, huyendo de Cartago, arribó a la corte de Antíoco. Es posible que influyera sobre el rey seleúcida, aumentando su desconfianza hacia Roma, pero fueron otros los acontecimientos que precipitaron de modo más decisivo la directa presencia de Roma en el agitado marco egeo. Por lo pronto, la política conciliadora de Flaminino, quien se había engañado al confiar en la propia capacidad de los griegos para resolver sus asuntos, resultó ineficaz. Los etolios, que habían esperado obtener ganancias tras Cinoscéfalos, estaban descontentos con Roma que, favoreciendo por sistema los regímenes oligárquicos, había suscitado numerosas revueltas populares. Pérgamo seguía azuzando a Roma contra el estado seleúcida.

212-165 a. de C. Fue Perseo el último rey macedonio. Ascendería al trono a la muerte de Filipo V, a los pocos años se vería envuelto en una larga guerra con Roma, llamada Tercera Guerra Macedónica, que terminó con su derrota a manos de Lucio Emilio Paulo de Pidna. Este lo llevó a Roma como prisionero, donde lo pasearon durante la celebración del triunfo. La muerte le llegaría durante su cautiverio de Italia.

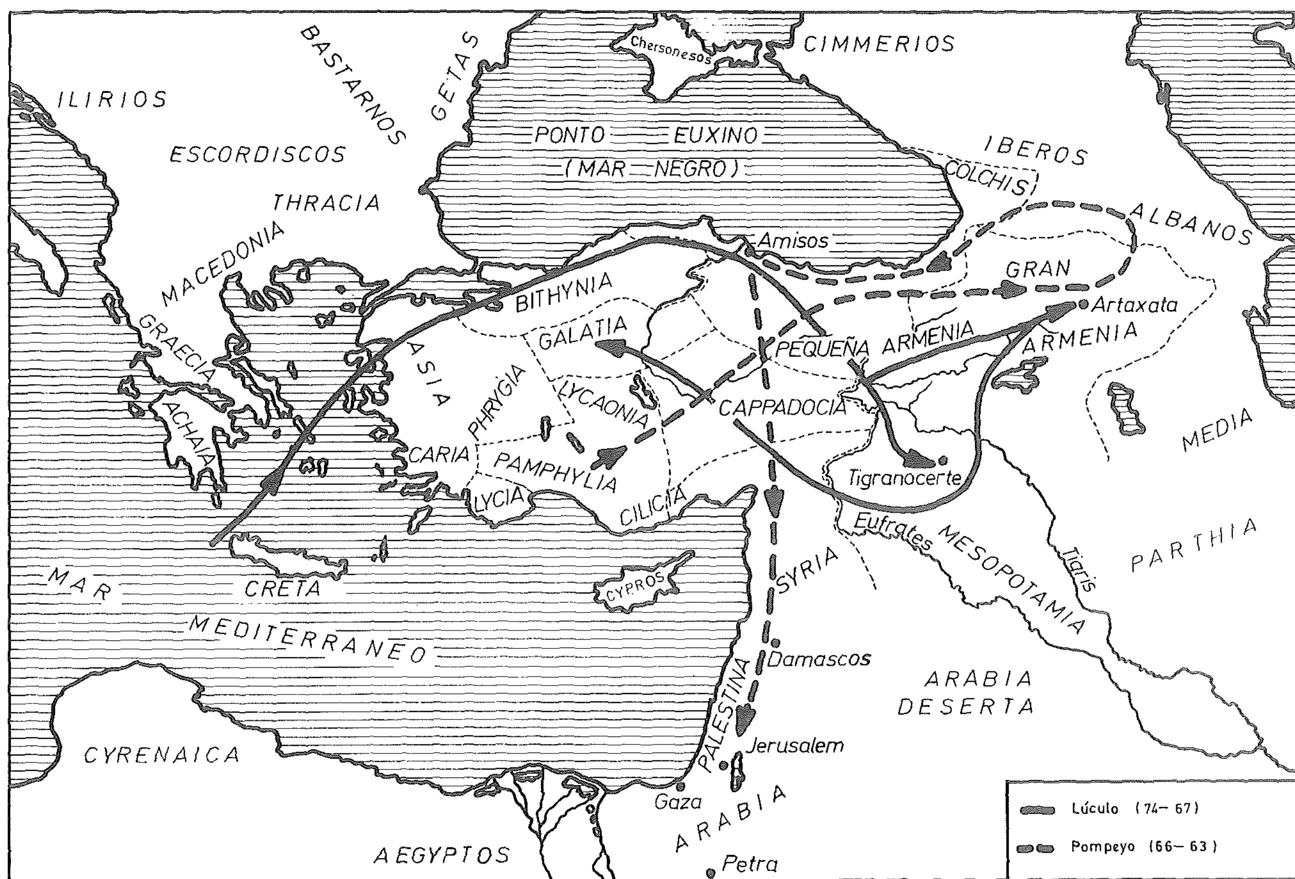
Fue en el 193 cuando la latente situación bélica acabó por desatarse. Tanto los etolios como el tirano Nabis de Esparta fomentaron la agitación antiromana, apelando a Antíoco como libertador de Grecia. El engrandecimiento de la Liga Aquea tras incorporarse Esparta, una vez derrotado Nabis, y la fidelidad de Filipo a su acuerdo con Roma, hicieron ver a Antíoco que la situación podía dar un giro radical en su contra, por lo que decidió tomar la iniciativa. En el 192 desembarcó en Demetrias (golfo de Pagasae) contando con la ayuda etolia, pero al año siguiente, al intentar controlar el paso de las Termópilas, fue derrotado por el cónsul romano M. Acilius Glabrio y retornó a Asia. Roma pasó ahora a la ofensiva, dando plena libertad de actuación al cónsul del 190 L. Cornelio Escipión quien, acompañado por su hermano, el prestigioso Escipión Africano, y tras garantizarse la inactividad de Macedonia y la Liga Etolia, encaminó su ejército por Tracia hacia la zona de los Estrechos. La hipotética acción militar de Antíoco en esa región, donde tuvo que abandonar sus posiciones, quedó frenada por la actividad conjunta de la flota romana con las de Rodas y Pérgamo. El rey seleúcida avanzó algunas proposiciones de paz, pero se le exigió la renuncia a Asia Menor, lo que le lanzó definitivamente a la guerra. Las tropas romanas entraron en Anatolia, se unieron a las de Eumenes de Pérgamo y derrotaron al ejército seleúcida en Magnesia de Sipilo (190). Muchas ciudades griegas abrieron sus puertas a los romanos, mientras se iniciaban negociaciones en Sardes y en el Senado se reglamentaba la nueva situación de Asia Menor. Paralelamente, se desataba en Roma una insidiosa campaña contra los Escipiones, cuyas victorias habían suscitado la envidia y los recelos de los grupos reaccionarios dirigidos por Catón. Los Escipiones, desacreditados, vieron cómo sus mandos no eran prorrogados y se les exigían cuentas de las cantidades entregadas por Antíoco tras la batalla de Magnesia como indemnización. Fue enviado a Asia el cónsul del 189, Cn. Manlius Vulso quien, para ganar prestigio e impresionar a los griegos, dirigió una victoriosa campaña contra los gálatas.

Roma tenía ahora que hacer frente a dos tareas fundamentales: definir el contenido de su tratado con Antioco y organizar los nuevos territorios asiáticos. La paz de Apamea (188) reguló ambas cuestiones. Polibio nos ha transmitido las cláusulas del tratado con Antíoco, que resulta ser uno de los mejor conocidos de la Antigüedad. En el aspecto territorial la frontera seleúcida fue fijada de modo impreciso entre el Tauro y el río Halys. En lo militar Antioco tuvo que retirar sus guarniciones, limitar su armamento y desistir de cualquier guerra ofensiva en la zona. Se le impuso también una fuerte indemnización de guerra y la anulación de las tasa que gravaban el comercio rodio. Roma impuso las condiciones que debían regular las relaciones del reino seleúcida con Pérgamo, Rodas, etc. Antíoco III permanecía como soberano de un estado que, liquidadas sus posesiones territoriales en el área egea y anatólica, quedaba reducido a una configuración asiática. En cuanto a los asuntos de Asia Menor, Roma se encontró con que sus aliados Rodas y Pérgamo mantenían ahora abiertas discrepancias ante la nueva situación. Rodas defendía la libertad de las ciudades griegas, Pérgamo quería un reparto de los territorios arrebatados a Antíoco. Se llegó a una solución de compromiso: Licia y Caria para Rodas, el resto para Eumenes, declarándose libres e inmunes a las ciudades que no hubieran estado bajo el control seleúcida. Una comisión senatorial ejecutó estas decisiones. Dos hechos más a destacar. Para no poner a Antíoco en una situación límite, Egipto, que esperaba recuperar sus posesiones egeas, quedó fuera del tratado. Roma,

además, continuaba sin mostrar ningún afán de anexiones territoriales. Sin embargo, pese a no ejercer en Oriente un imperialismo declarado, hacía patente su deseo de mantener el control sobre la zona egea a través de estados-clientes como Pérgamo, aunque ello fuera a costa de despreciar la libertad de muchas ciudades griegas. Los ideales expuestos pocos años antes por Flaminino habían quedado ya desvirtuados por la propia sucesión de los acontecimientos.

12. La definitiva sumisión de Grecia

La política exterior desplegada en los años siguientes por el nuevo rey macedonio Perseo puso pronto en peligro las estipulaciones impuestas al mundo griego en los tratados de 196 y 188. Pérgamo lanzó frecuentes advertencias a Roma sobre las intenciones expansionistas de Perseo. El Senado se encontraba dividido entre las presiones de los grupos conservadores, que no querían comprometer al estado en una política encaminada a



El Oriente con Lúculo y Pompeyo.

mundo griego en los tratados de 196 y 188. Pérgamo lanzó frecuentes advertencias a Roma sobre las intenciones expansionistas de Perseo. El Senado se encontraba dividido entre las presiones de los grupos conservadores, que no querían comprometer al estado en una política encaminada a nuevas incorporaciones territoriales, y las apetencias de gloria de una nueva generación de militares, cuyos intereses coincidían con los de determinados núcleos financieros, que soñaban con una Macedonia convertida en provincia, y un mundo egeo definitivamente abierto a sus especulaciones mercantiles. En el 172 Eumenes, objeto de un atentado promovido por Perseo, hizo llegar al Senado sus quejas. La actitud de los griegos hacia Roma había cambiado notablemente con relación a años atrás. La actuación de las legiones había provocado muchas antipatías, y los antiguos aliados de Roma mantenían ahora una conducta equívoca. Las primeras operaciones militares contra Macedonia no fueron decisivas. Paralelamente, la guerra entre Siria (Antíoco

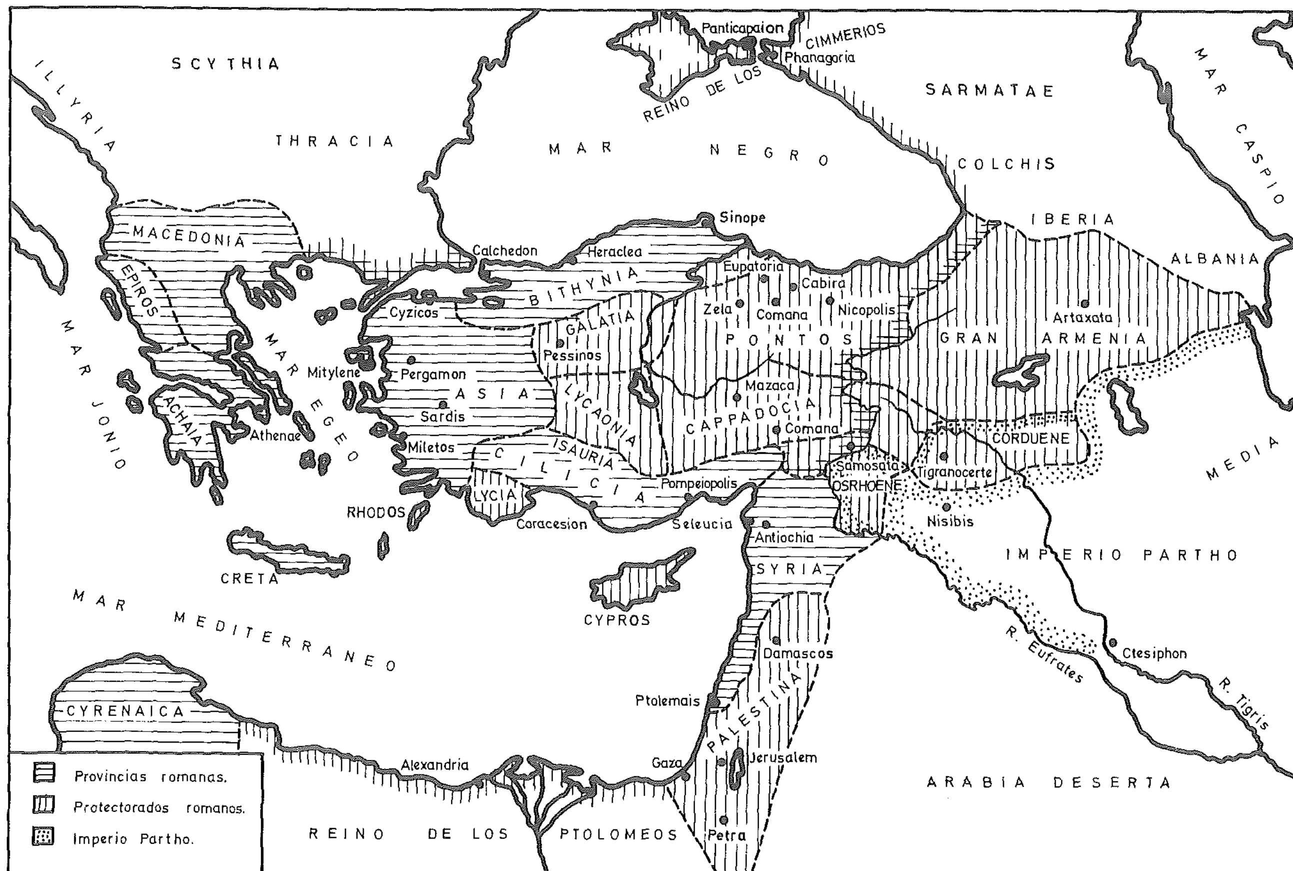
159 a. de C. Eumenes II fue rey de Pérgamo al suceder a su padre Atalo I, el 197. Aliado de los romanos venció a Antíoco III y a los Gólatas. Transformó Pérgamo en un foco de cultura.

IV) y Egipto había estallado, con la consiguiente preocupación para Pérgamo y Rodas, que se mantuvieron ajenas a lo que sucedía en la Grecia continental.

A partir del 169 la «Tercera Guerra Macedónica» tomó un giro decisivo. Fracasadas las negociaciones con Perseo, Roma hizo un nuevo esfuerzo militar, confiando las operaciones a Paulo Emilio. Ante la alianza de Perseo con los ilirios y las reticencias de Eumenes, al estado romano le interesaba zanjar el conflicto rápidamente. La fulminante derrota de Perseo en Pydna (junio, 168) fue seguida por la ocupación de las ciudades macedonias. Fueron enviadas comisiones senatoriales para regular el futuro de Ilira y Macedonia. La patria de Alejandro Magno, declarada «libre», fue dividida en cuatro estados autónomos e independientes, sin vinculación federal. La monarquía antigónida desapareció. Iliria fue tratada de modo similar. Paulo Emilio emprendió una gira por Grecia para restaurar el prestigio romano. La biblioteca de Perseo, entre otras riquezas, fue enviada a Roma, y el pensamiento griego quedó así al alcance de los grupos filohelénicos, especialmente las doctrinas filósoficas, que ejercerían notable influencia sobre el círculo de los Escipiones. Desde entonces la vida romana, en múltiples facetas, quedó decisivamente moldeada por los lujos del Helenismo. Desde esta fortalecida posición, la marcha de la guerra entre seleúcidas y lágidas era seguida en Roma con toda atención.

La evolución de la situación en Grecia en el período entre 167-146 se presenta marcada por el signo de la confusión: estados contínuamente enfrentados por diversas rivalidades, tensiones internas en la desmembrada Macedonia, falta en una política romana coherente. Los grupos romanófilos, ahora en el poder, tomaron una actitud revanchista y abusiva. La prohibición de explotar las minas de oro y plata, impuesta tras Pydna, aceleró la crisis económica. El terreno estaba abonado para que en el 149 un aventurero llamado Andriskos, haciéndose pasar por hijo de Perseo, soliviantara a las clases populares y, aprovechando la enorme crisis social, se hiciera con el control de Macedonia. Su poder fue efímero. Tras algunos éxitos en Tesalia huyó a Tracia y fue entregado por traición. La consecuencia de este episodio (Cuarta Guerra Macedónica) fue la transformación de Macedonia en provin-

Asia Menor después de la organización de Pompeyo, 63 a. de C.



cia romana, con un gobernador que tenía también autoridad sobre Iliria, y la construcción de la Vía Egnatia para unirla a Italia.

El control de Roma sobre Grecia continental había quedado, no obstante, desestabilizado, como pronto se demostró. Los partidos antirromanos buscaron aprovechar la general situación de subversión social para conseguir sus objetivos. Esta actitud fue especialmente patente dentro de la Liga Aquea, que aún conservaba cierta fuerza. Roma, para debilitarla, permitió que Esparta se separara de ella (147). Los aqueos, dirigidos por demagogos como Diaeus y Critolaos, pasaron a la ofensiva. Los embajadores romanos fueron expulsados, los partidarios de Roma perseguidos, el propio gobernador de Macedonia fue derrotado. Las operaciones romanas contra los aqueos fueron confiadas a L. Mummio, cónsul del 146, y culminaron con el asedio y toma de Corinto, que fue completamente destruída ante los asombrados ojos de los griegos, castigo ejemplar para evitar futuras velidades secesionistas, comparable al sufrido por Cartago ese mismo año. Se ha discutido mucho si la ruina de la industriosa Corinto obedeció a imperativos económicos, en un deseo de favorecer al puerto franco de Delos. Aunque es cierto que en ese momento los *negotiatores* romanos eran aún minoría, es probable que un cierto sector de la sociedad romana con intereses mercantiles e influencia en el Senado, tras conseguir la intervención estatal contra la molesta piratería iliria, presionara ahora para facilitar así un camino libre de competencia a los comerciantes de Campania, con los que estaban en directa relación. Tras la guerra Grecia quedó dividida en múltiples y débiles ciudades-estado autónomas, dirigidas por oligarquías fieles a la política romana.

Algunos años después la presencia romana, firme ya en Grecia, quedaría definitivamente comprometida en Asia Menor. Durante este tiempo la influencia de Pérgamo se acrecentó sobre otros países circundantes (Capadocia, Siria, Tracia). Su rey Atalo III legó en su testamento el reino a Roma, lo que efectivamente sucedió en el 133. No se conocen con exactitud las causas de esta decisión. Sí sabemos que el estado pergameno sufría fuertes tensiones sociales, que desembocaron en la inmediata revuelta encabazada por Aristónico, que movilizó a poblaciones rurales y serviles. Tras acabar con esta insurrección, una comisión senatorial organizó en el 129 los territorios de Asia Menor. Las regiones interiores anatólicas fueron cedidas a algunos reinos-clientes, las posesiones europeas de Pérgamo (Quersoneso tracio, Egina) pasaron a la provincia de Macedonia, y el resto configuró la provincia romana de Asia. Del antiguo mosaico de estados helenísticos sólo quedaban ahora el reino seleúcida, en franco retroceso ante el empuje parto, y Egipto.

13. De las guerras contra Mitrídates a la anexión de Egipto

Durante algún tiempo la estabilización de sus fronteras orientales permitió a Roma dirigir su atención a otros problemas. Sin embargo, el panorama en el este se tornaría crítico en las primeras décadas del siglo I a. de C., esta vez no por obra de alguna de las poderosas potencias de antaño, sino de uno de los reinos-clientes surgidos tras la desintegración de la Anatolia seleúcida. Allí coexistían estados minúsculos como Ponto, Bitinia, Capadocia o Paflagonia. Este último país se lo repartieron Bitinia y Ponto en el 107, desoyendo las advertencias romanas. Algún tiempo después, el rey del Ponto Mitrídates ocupó Capadocia, continuando con su proyecto de crear un gran estado en torno al Ponto Euxino. Roma envió una comisión para arreglar estas disputas y restablecer a algunas dinastas depuestas. La situación llegó a hacerse tensa, y la Primera Guerra Mitridática estalló en el 88. Los éxitos del soberano póntico fueron fulminantes. Roma, distraída en otros frentes, no estaba preparada para defender su posición en Asia, donde había pocas tropas. Mitrídates contó, además, con el apoyo de las poblaciones griegas, y supo aprovechar la impopularidad suscitada por los magistrados y publicanos romanos, presentándose como caudillo filoheleno y libertador. Avanzó arrolladoramente hasta la misma costa egea, y desde Efeso ordenó una enorme matanza de los romanos residentes en la provincia de Asia, que se saldó unas 80.000 víctimas. Sus tropas, através de Tracia, llegaron a invadir Macedonia y Grecia central. Los italianos fueron igualmente masacrados en Delos.

132-63 a. de C. Mitrídates, rey del Ponto, fue uno de los más peligrosos enemigos que tuvo Roma. En el 114 incorporaría a sus dominios el reino del Bósforo, Capadocia y Paflagonia. Su negativa a entregar la primera a Roma, daría lugar a la primera guerra mitridática (88 a. de C.), donde Sila vencería a Arquelao y a él mismo en Fimbria (84 a. de C.). No se desanimó, sin embargo, por lo que siguió combatiendo a los romanos a pesar de sus continuos fracasos. Finalmente vencido por Pompeyo, se refugiaría en Crimea, donde se dio desesperado la muerte.

Roma sólo pudo superar esta crisis tras el ascenso de Sila al poder. El nuevo líder desembarcó en el Epiro (87), ocupó Ateneas y obtuvo en Grecia

algunos éxitos frente a las tropas pónticas. Fue una guerra durísima, llena de destrucciones, represalias y rapiñas. Paralelamente, la dominación de Mitrídates empezó a debilitarse en Asia, cuyas ciudades, atenazadas por sus exigencias militares y fiscales, y temiendo las represalias romanas, acabaron rebelándose. Finalmente Sila, cuya posición estaba siendo al mismo tiempo minada en Roma por el partido marianista, aceptó la capitulación de Mitrídates quien, por la paz de Dárdanos (85) tuvo que evacuar todas sus conquistas en Asia Menor y pagar una indemnización. Sobre las ciudades de la provincia de Asia recayeron igualmente fuertes castigos fiscales. Roma sabía, no obstante, que esta paz significaba sólo un corte temporal en las hostilidades. Sus objetivos se centraron de inmediato en la represión de los piratas cilicios, que habían ayudado a Mitrídates, y en la consolidación de sus bases en Cilicia.

Durante la guerra contra Sertorio Mitrídates ayudó al caudillo demócrata, pero la tensión sólo volvió a suscitarse abiertamente cuando en el 74 Nicomedes IV de Bitinia legó su reino a Roma. Mitridates invadió Bitinia, convertida por el Senado en provincia. Para dirigir la nueva guerra contra el reino póntico fue designado el cónsul Lúculo, quien ocupó victoriosamente los dominios de Mitrídates, mientras éste se retiraba a Armenia. Allí reinaba entonces Tigranes, cuyo estado fue invadido por Lúculo en el 69. Mientras el general romano caía en desgracia en su patria, sus tropas se veían enfrascadas en una difícil campaña, en medio de un país intrincado y hostil. Finalmente Lúculo fue desposeído de sus poderes, transferidos ahora a Pompeyo, mientras Mitrídates volvía a recuperar su reino.

La siguiente etapa de la actividad romana en Oriente estaría marcada, de modo casi definitivo, por los éxitos militares de Pompeyo. Este centró primero su atención en la piratería, que era no sólo un factor inquietante para el comercio, sino también un hipotético aliado para cualquier rival de Roma. Tenía plenos poderes otorgados por la *Lex Gabinia* y ayudado por varios legados, dirigió una ofensiva general y coordinada en varios frentes (67). El éxito fue total, y la provincia de Cilicia quedó ampliada, siendo repobladas muchas ciudades por los piratas. En el 66 Pompeyo, con amplios poderes conferidos por la *Lex Manilia* y fuertes efectivos militares, lanzó una dura ofensiva contra Mitrídates, quien anciano y aislado políticamente no ofreció mucha resistencia. El general romano dejó regulada la situación de Anatolia sobre la base de cuatro provincias, Asia, Cilicia, Bitinia y Ponto y algunos dinastas vasallos (en Bósforo, Cólquide, Galatia, Paflagonia, etc.). Quedaba aún pendiente la conducta de Tigranes de Armenia quien, ante la presión de los partos, optó por someterse a Roma y evacuar sus posesiones en Fenicia, Siria y Cilicia.

Hacia 140-56 a. de C. Tigranes, rey de Armenia, fue el fundador de la ciudad de Tigranocerta. Un año después de subir al trono invadiría Capadocia. Entre sus hazañas conviene citar la ayuda que prestó a su suegro, Mitrídates, contra los romanos, reconquistó los territorios que antes hubo de ceder a Media y conquistó Siria. Después de sufrir la invasión de su reino por Século, se rindió a Pompeyo (66 a. de C.) y reinó diez años como vasallo de Roma.

En Siria fue restablecida temporalmente la dinastía seleúcida con la aquiescencia romana. El territorio sirio estaba expuesto al peligro parto. Pompeyo adoptó una política arrogante y hostil frente al poderoso reino persa, que puede relacionarse quizás con la creación en el 63 de la nueva provincia de Siria, una vez desaparecido el último representante seleúcida. La inestabilidad de los principados árabes de la zona, o incluso posibles amenazas desde Judea, pudieron influir también en esta determinación. Pronto fue abolida la realeza en Judea, que pasó a ser estado tributario, evitándose la anexión para no provocar problemas religiosos. Pompeyo supo jugar en todas estas iniciativas con gran maestría política. Sus conquistas orientales favorecían netamente los intereses financieros de las grandes sociedades de publicanos. La fidelidad a Roma de los reinos vasallos no dejaba de ser una vinculación de clientela hacia su persona. No hay que olvidar que, por primera vez, se realizó una reglamentación territorial sin intervención de una comisión senatorial, simplemente en virtud de los poderes dados por la *Lex Manilia*. Muchas ciudades fueron fundadas por Pompeyo, y el estado romano recibió grandes beneficios económicos de estas anexiones. Desde entonces la gran preocupación de Roma en su frontera oriental fue casi exclusivamente el reino de Partia. Solamente Marco Antonio efectuó algunos retoques en este cuadro político en el 36 a. de C.

Queda finalmente Egipto para completar este panorama de integración de las monarquías helenísticas en el Imperio Romano. La última fase del reino lágida, el único que la regulación pompeyana del Oriente dejó subsistir con independencia, está marcada por las querellas dinásticas y los avatares de las Guerras Civiles de Roma. A la muerte del extravagante Ptolomeo XII Auletes

el reino fue heredado conjuntamente por sus hijos Ptolomeo XIII y Cleopatra VII, quienes debían casarse. En un estado donde por tradición las reinas, a menudo regentes de los futuros soberanos, habían ejercido un destacado papel, Cleopatra no fue una excepción, buscando además jugar con las ambiciones políticas de las figuras romanas del momento para asegurar su posición. Pompeyo, tras Farsalia, vio en Egipto los recursos que le podían permitir seguir luchando. Ptolomeo XIII, queriendo congraciarse con César, mandó asesinarle. El futuro dictador, en la lucha dinástica entre los lágidas, se puso del lado de Cleopatra, mientras que Ptolomeo sublevaba a Alejandría, para ser derrotado y muerto poco después. La reina gobernó un tiempo unida a un segundo hermano, Ptolomeo XIV, desplazado posteriormente por Ptolomeo XV, el hijo que tuvo de César. La última escena de su hábil y astuta política la jugó Cleopatra con Marco Antonio, quien también vio en Egipto el bastión de su resistencia frente a Octavio, si bien esta inclinación suya hacia Oriente actuó negativamente ante la opinión pública romana. Tras Actium, Egipto fue el último refugio para Antonio y Cleopatra. Después de su desaparición (30), el país del Nilo quedó bajo el control de Octavio, a título de dominio personal explotado económicamente en su favor.

Judea es la parte meridional de Palestina, poblada por judíos, según la denominación helenística y romana. Limitaba al norte con Samaría y al sur con Idumea.

BIBLIOGRAFIA

AYMARD, A.: *Le royaume de Macédonie de la mort d'Alexandre à sa disparition*, París, 1949.
——: *Les assemblées de la confédération achaienne*, Roma, 1967.
BICKERMANN, E.: *Institutions des Séleucides*, París, 1938.
CALDERINI, A.: *La dinastia ellenistica dei Lagidi*, Milán, 1944.
CARY, M.: *A History of the Greek World 323 to 146 B. C.*, Londres, 1972.
CHARBONNEAUX, J. *y col.*: «El Universo de las Formas». *Grecia helenística*, Madrid, 1971.
DELORME, J.: *Le monde Hellénistique (323-133 avant J. C.). Evenements et institutions*, París, 1975.
FERGUSON, W. S.: *Hellenistic Athens*, Londres, 1911.
FLACELIERE, R.: *Les Aitoliens á Delphes. Contribution a l'historie de la Gréce centrale au IIIe siécle av. J. C.*, París, 1937.
GRIMAL, P.: *Le siècle des Scipions*, París, 1975.
HANSEN, E. V.: *The Attalids of Pergamon*, Ithaca, 1947.
LEVEQUE, P.: *Le monde Hellénistique*, París, 1969.
NILSSON, M. P.: *Geschichte der griechischen Religion*, 2 vols, Múnich, 1955.
PETIT, P.: *La civilisation hellénistique*, 2.ª edic., París, 1965.
PIRAINO, M. T.: *Antigono Dosone re di Macedonia*, Palermo, 1954.
ROSTOVTZEFF, M.: *Historia social y económica del mundo helenístico*, 2 vols., Madrid, 1967.
SCHNEIDER, C.: *Kulturgeschichte des Hellenismus*, 2 vols., Múnich, 1967-1969.
TARN, W. W.: *The heritage of Alexander*, Cambridge, 1933.
——, y GRIFFITH, G. T.: *La civilización helenística*, México, 1969.
VEHRLI, C.: *Antigone et Demetrios*, Genéve, 1969.
WELLES, C. B.: *Alexander and the Hellenistic World*, Amsterdam, 1970.
WELSKOPF, E. CH.: *Helenische Poleis*, 4 vols., Berlín, 1974.
WILL, E.: *Histoire politique du Monde Hellenistique*, Nancy, 1966.

LA CIVILIZACION HELENISTICA

Federico Lara Peinado

1. Caracteres generales

Dada la amplitud y complejidad de los fenómenos históricos acaecidos en el periodo de tres siglos, perfectamente delimitado entre la muerte de Alejandro Magno y la conquista romana, denominado desde J. G. DROYSEN *helenístico*, todavía no se ha llegado a dar una definición convincente que abarque toda la problemática que esta fase de la Historia de Grecia encierra.

Ya W. TARN planteó acertadamente los posibles contenidos del concepto *helenismo* (o *helenístico* en nuestra acepción) al indicar que podía significar una cultura con mezcla de elementos griegos y orientales; la extensión de la cultura griega a los orientales; la continuación, sin más, de la civilización griega e, incluso, como último contenido conceptual, la propia civilización modificada por una situación nueva.





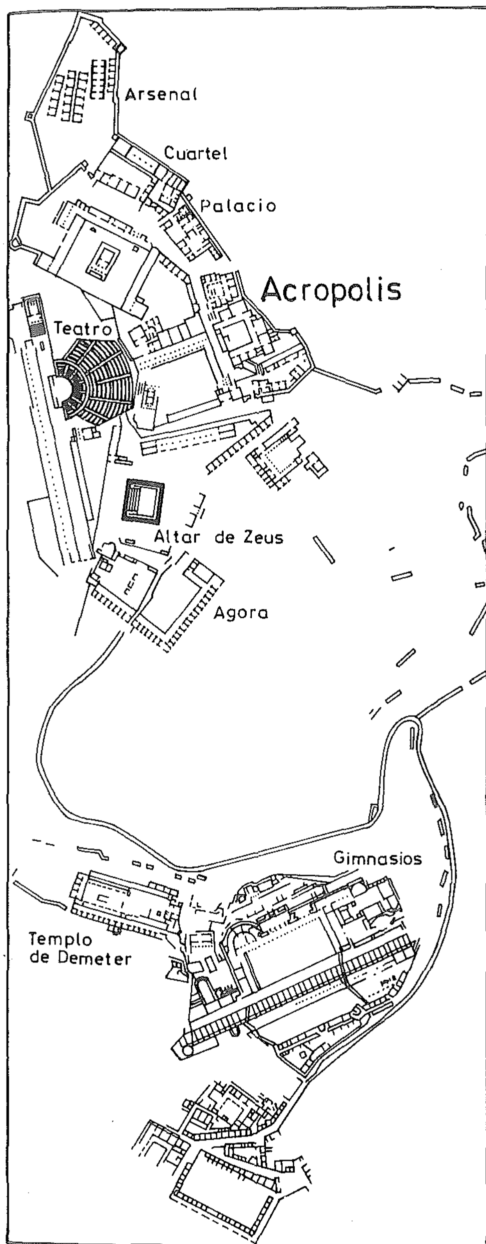
Busto de Seleuco I Nicator, uno de los diádocos que recibió una parte del imperio de Alejandro y fundador de la dinastía seleúcida. Trató, sin conseguirlo, reconstruir el imperio macedónico. (Izquierda.) Busto de Filetero, segundo de los diádocos, gobernador y luego soberano de Pérgamo. El helenismo permitió un trabajo más naturalista que llegaría a cierto aire de retrato. (Derecha.)

Además, la civilización helenística, dentro de su relativa uniformidad, puede dividirse en dos fases, una primera, totalmente creadora, en la que el mundo grecomacedonio extendió sobre Asia a incluso India su poderosa civilización y otra última, ya decadente, en la que Oriente reacciona contra Occidente, quedando el mundo grecomacedonio prisionero, por un lado, entre esa reacción oriental, y por otro por la pujanza de la poderosa Roma, que a la

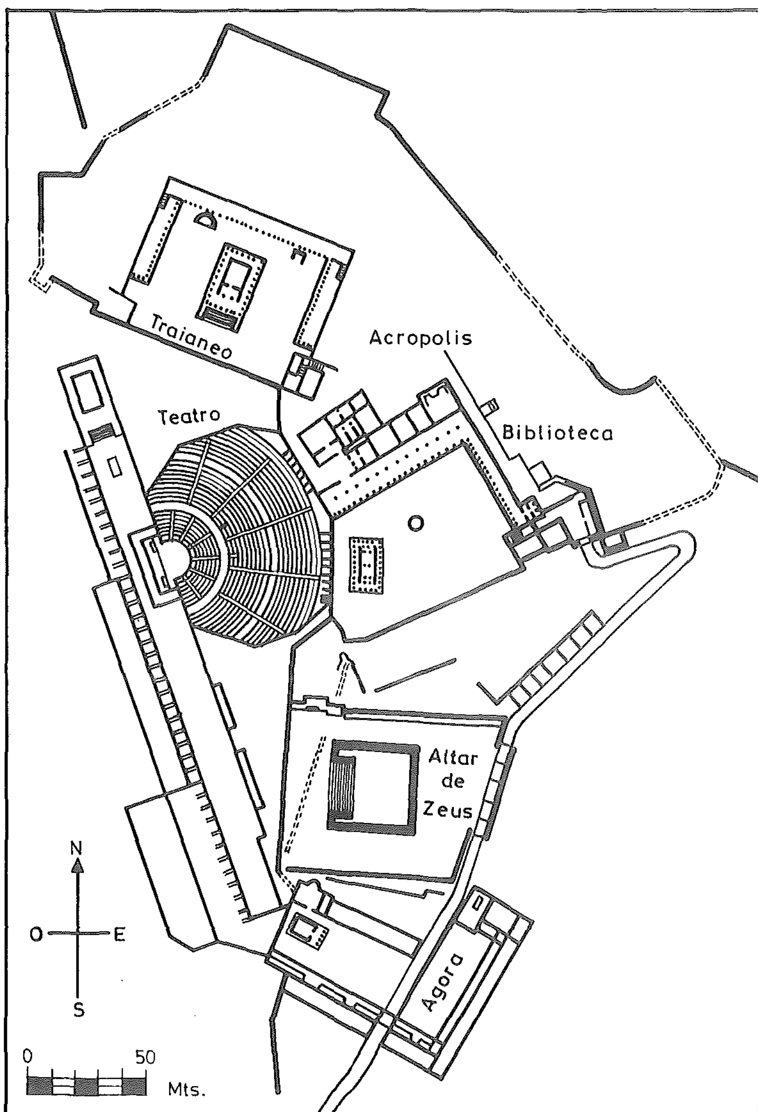
postre desarticulará el sistema estatal helenístico, pero que sabrá incorporar a su acervo cultural toda la carga civilizadora griega.

A efectos metodológicos la exposición que sigue considera el periodo helenístico como un todo unitario, incidiendo el contenido mucho más en las características generales, fáciles de observar, que no en las diferencias específicas, propias de un estudio más especializado.

Un hecho es incuestionable: Desde la perspectiva griega esta época es de plena decadencia. Sin embargo, la complejidad que comporta esta fase histórica, la extensión geográfica que «lo griego» va a tener, la serie de nuevos



Pérgamo. Epoca helenística.



Planta de la acrópolis de Pérgamo (según Adami-Luckenbach).

logros en variados campos del saber, del arte y de la filosofía, hace que deba ser analizada dentro de un contexto más universal, sin constreñirse al ámbito puramente griego. En ese sentido, y pese a la parquedad de las fuentes historiográficas —se han perdido las obras de Jerónimo de Cardia y de Filarco, utilizadas por Polibio y Plutarco—, que se reducen a fragmentos históricos compilados y comentados magníficamente por F. JACOBY y a referencias de Diodoro de Sicilia, Arriano y Justino, aparte de diferentes conjuntos papirológicos y epigráficos de suma importancia, la civilización

helenística, por lo que se conoce de ella, tuvo una indiscutible riqueza de contenidos y matices y en ciertos aspectos no poca originalidad.

Su organización política, estructurada en diversas monarquías absolutas, fue compleja, caracterizándose por una serie de luchas y usurpaciones, casi ininterrumpidas, que modificaron constantemente las líneas fronterizas de los reinos. Tras Triparadisos (321 a. de C.) se asiste a una repartición de cargos y tierras entre los *diádocos* de Alejandro, con luchas y asesinatos sangrientos. Viene, inmediatamente después, una serie de intrigas y conflictos —Guerra de los *diádocos*— a los que siguen un equilibrio político que desembocará con los *epígonos* en la consolidación de diferentes estados y reinos más o menos individualizados, los cuales, finalmente, se verán sometidos a los romanos.

No obstante, a pesar de este ambiente bélico y militarista, y por paradójico que pueda parecer, los monarcas se relacionan entre sí, facilitan el desarrollo cultural y científico al tiempo que posibilitan un efectivo intercambio cultural (los poetas, filósofos y artistas itinerantes es algo usual) en todo el ámbito helenístico. Debe decirse, sin embargo, que no todas las zonas tuvieron idéntico grado de helenización, porque las regiones más alejadas, como Irán, India, Caspio, mar Negro, etc., sólo conservaron un débil barniz de «lo griego» al tiempo que Babilonia, algunas zonas de Irán y Egipto reflejaron su propia personalidad en el resultado final de las influencias recibidas.

La lengua común *(koiné diálektos)*, las técnicas griegas, la fundación de ciudades, los adelantos científicos, la vida espiritual —de griegos y orientales, y viceversa— facilitaron la helenización que, ante todo, se proyectó sobre la minoría griega desperdigada por las cortes y en los ejércitos, y sobre los núcleos indígenas filohelenos, pero no por ello dejó de influir en las tierras conquistadas por Alejandro Magno, que adoptan y asimilan la nueva realidad.

2. El marco urbano helenístico

Egipto es el Estado más floreciente de entre todos los reinos helenísticos debido a su favorable situación geográfica, a la fertilidad de un suelo periódicamente enriquecido por el limo y a su organización.

Son seleúcidas cada uno de los reyes pertenecientes a la dinastía macedónica fundada por Seleuco Nicátor (¿356? a. de C.), general de Alejandro Magno, que recibió de éste la región de Siria. Esta dinastía estuvo en el poder entre los años 312 a 65 a. de C., fecha en que Pompeyo convirtió Siria en provincia romana.

En el marco de las *poleis* griegas se habían desarrollado todas las actividades políticas, sociales, económicas y culturales de las comunidades de la Grecia clásica. Ese marco urbano, representativo de la democracia, fue, como es sabido, el mayor obstáculo que tuvieron los griegos para construir una Grecia unificada.

Alejandro Magno, heredero de lo que las *poleis* significaban a todos los niveles, fundó unas setenta ciudades con el fin de helenizar las tierras que conquistaba, remarcando así la importancia que la ciudad tenía en la vida política. Esta actividad fue continuada por sus sucesores, con excepción de los Lágidas, buscando básicamente fines militares o económicos necesarios para su mantenimiento en el poder.

En el ámbito territorial griego, tras la muerte inesperada de Alejandro, las ciudades continuaron oponiéndose entre sí, intentando de este modo resucitar su independencia y su democracia. Ello dio motivo a que cada *polis* llevase otra vez su propia vida y a que las agitaciones sociales provocasen constantes luchas ya internas , ya entre *poleis*, e incluso entre éstas y las grandes monarquías helenísticas recientemente instauradas.

Por razones defensivas o por motivaciones políticas en Grecia se crean una serie de confederaciones *(Koinón)* reflejadas en Ligas, las más grandes de las cuales fueron la Panhelénica de Demetrio Poliorcetes —que significó el resurgimiento de la de Corinto—, la de Etolia y su rival, la Liga Aquea, tendentes todas ellas a evitar el estrangulamiento político que la *polis* tradicional significaba y a enfrentarse a las apetencias de los Antigónidas.

Fuera del ámbito estrictamente griego los reyes helenísticos fundan nuevas ciudades, bien en poblados ya existentes, bien de nueva planta, con una urbanización hipodámica perfectamente planificada. No faltan las ciudades que se crean mediante el sinecismo (fusión de varios pueblos) o por la concesión de tal rango a antiguas ciudades orientales o macedonias.

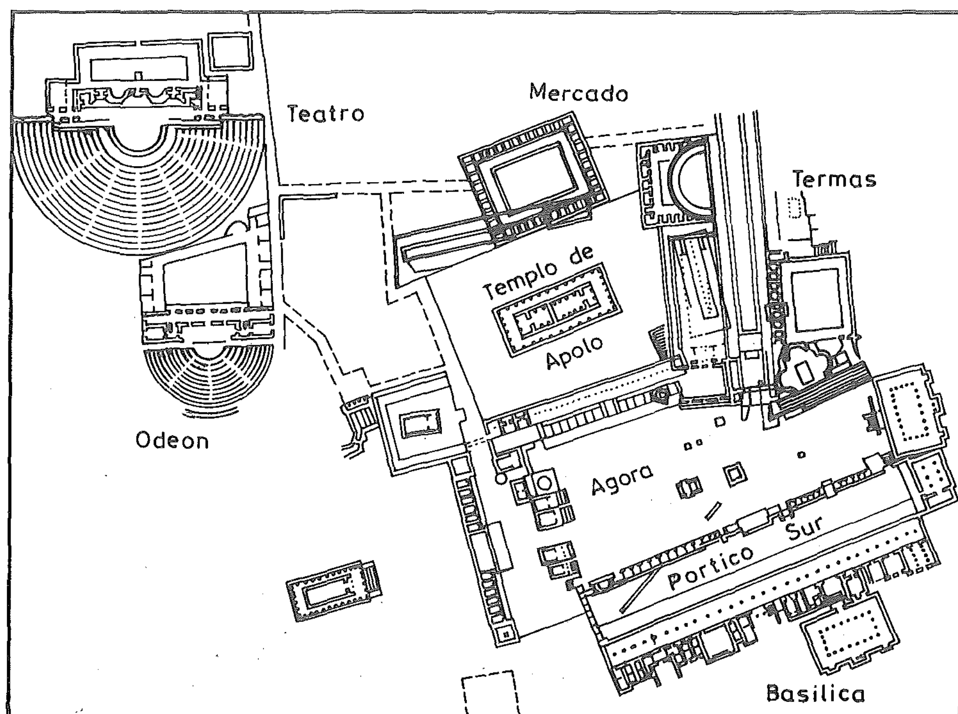
Los Seleúcidas destacaron en estas actividades e intentaron urbanizar a la griega a su reino. Enclaves urbanos con evidente carácter militar pasaron a ser más tarde medio político para la unificación de las vastas tierras de Siria, Babilonia y gran parte de Asia Menor. Gran importancia alcanzaron las

nuevas ciudades de Antioquía, Seleucia, Dura-Europos, Apamea o Laodicea, entre otras.

Los Atálidas fundaron también algunas ciudades en su reino de Pérgamo: Atalia, en Panfilia, o Filadelfia, llamada la «pequeña Atenas». Crearon colonias militares (Fileteria y Atalia, por ejemplo) y engrandecieron otras (Elea, Helenópolis). Pero sobre todo se preocuparon de dotar y embellecer la capital, Pérgamo, asentada en una colina, intentando con la magnificencia de sus monumentos emular a la propia Atenas.

Sobre todas las ciudades helenísticas descolló Alejandría de Egipto, fundada por Alejandro en el año 331 a. de C., en el emplazamiento de Racotis, ubicado al oeste del delta del Nilo. Desde que Ptolomeo I Soter hizo de ella su capital, Alejandría alcanzó una magnitud inusitada en todos los órdenes. No obstante, los Lágidas, que buscaban ante todo la explotación económica del reino, apenas fundaron ciudades griegas en Egipto (subsistía la antigua Náucratis y fue creada Ptolemaida) dado que el funcionamiento económico, administrativo y de control político, que ellos perseguían, se amoldaba mejor a la estructura rural, ya existente, que a la urbana.

Las ciudades helenísticas serán ahora básicamente el marco de la vida cotidiana, ya que no gozarán del amplio papel político que tuvieron en épocas anteriores, en que la ciudad era entendida como una unidad de política internacional. El centro clave de las actividades ciudadanas siguió siendo el *ágora* con sus correspondientes pórticos. Dentro del casco urbano se levantan templos, gimnasios y teatros, que aparte —estos últimos— de su utilización cultural servirán como lugar de reunión para las asambleas del pueblo. Además de la estructura urbana, la ciudad cuenta con un territorio tomado al monarca y que se reparte en lotes *(kleroi)* entre los ciudadanos, que se hallan protegidos por una carta fundacional contra los posibles abusos del Rey, al menos en teoría. Estructuradas sobre modelos griegos las ciudades helenísticas, que deben soportar destacamientos militares o cuando menos un gobernador, se hallaban gobernadas por una asamblea, un consejo y unos magistrados electivos, que intentan evitar la tradicional individualidad y aislamiento de las *poleis* clásicas. En efecto, el ciudadano era ciudadano activo de su ciudad, pero al propio tiempo podía ser titular de otra u otras ciudadanías *(isopoliteia)*. Fueron significativas la concesión de ciudadanía respectivamente entre Atenas y Priene, Mileto y Olbia, Cízico y Sigela, Pérgamo y Temnos o Atenas y Rodas, entre otras muchas concesiones similares. Otros factores de acercamiento entre las ciudades helenísticas fueron la práctica del arbitraje y de las comisiones judiciales, fórmulas tendentes a dirimir pleitos o procesos



Corinto.

legales entre ciudades o sobre ciudadanos y evitar así los enfrentamientos para que la concordia *(homonoia)* entre los pueblos fuese una realidad.

Estos marcos urbanos conocieron diferentes modalidades en el mundo helenístico y que únicamente podemos aquí citar, sin entrar en análisis ni detalles: *polis* o enclave ciudadano, *cleruquía* o colonia militar, *kome* o aldea, *politeuma* o corporación cuasi-autónoma, inferior a la ciudad, *katoikia* o colonia agrícola y la *kosmópolis* o ciudad autóctona.

Fue precisamente en esos marcos donde, para los cambios estructurales de las clases sociales y las nuevas circunstancias político-económicas, se produjeron diferentes movimientos revolucionarios (Esparta, Efeso, Beocia, Egipto, etc.) que pusieron de manifiesto que la gran carga helenizadora había cristalizado en las ciudades, en donde la mezcla de razas y nacionalidades era la realidad de aquella política iniciada por Alejandro.



Anciana ebria. El panorama artístico del helenismo ofrece una serie de manifestaciones centradas en el entorno cotidiano. Ello conduce a una escultura más realista llena de gracia y movimiento.

3. Aspectos sociales

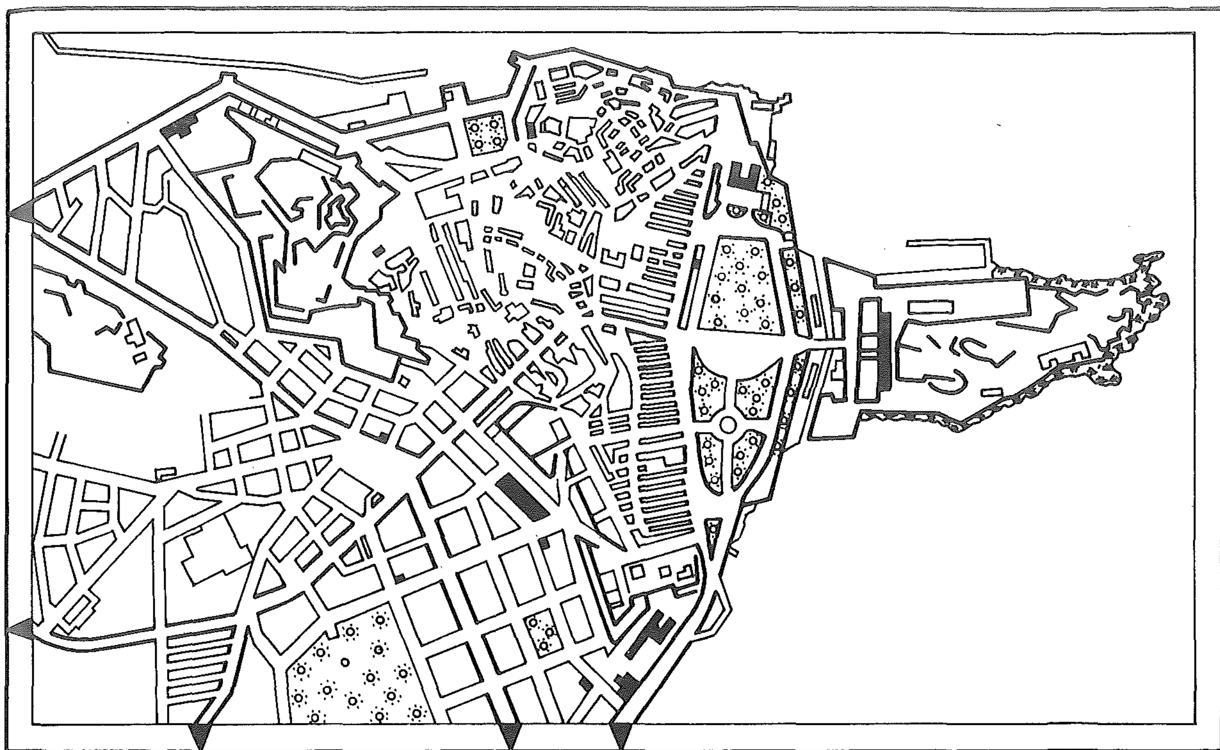
La época helenística se caracteriza desde el punto de vista social y aún económico (con las consiguientes excepciones) por su paulatina tendencia a la uniformidad. En efecto, las ciudades helenísticas, que responden en su estructuración urbana a nuevas exigencias y necesidades, llegarán a tener organismos administrativos y un modo de vida prácticamente idénticos; pero bajo esa uniformidad no debemos perder de vista la presencia de la población indígena con sus peculiaridades específicas. A pesar de la lengua común y de la educación griega que se extiende por todas partes, la masa nativa sigue en mayor o menor grado aferrada a su tradicional cultura; las ciudades *—poleis—* con sus estatutos y el campo *—khora—* comportaban modos de vida totalmente distintos; el dirigismo y el liberalismo económicos se dan a un mismo tiempo. Estas diferenciaciones, existen bajo la superficie de la aparente uniformidad, cristalizarían a la larga en una diferenciación clasista, portadora de graves consecuencias, como acertadamente ha señalado M. I. ROSTOVTZEFF.

Políticamente esta época se basa en la instauración de monarquías absolutas y hereditarias: Macedonia, Asia, Egipto, con los Antigónidas, Seleúcidas y Lágidas respectivamente, y junto a ellas casi una docena de pequeños reinos, Bitinia, Ponto, Pérgamo, Paflagonia, Galacia, Partia, Bactriana, Epiro, etc. que se hallan se la órbita de las tres grandes dinastías. Los reyes helenísticos, y por razones de síntesis debemos generalizar, bajo las teocracias orientales llegaron a poseer prácticamente todos los poderes y los que no pueden ejercer personalmente los delegan en personas de confianza que pueden ser revocadas en cualquier momento.

El rey, con los atributos externos de la realeza, tenía su corte *(aulé)* en la que desempeñaban un destacado papel parientes y amigos, los cuales formaban una nobleza de carácter social, no hereditaria, pero sí jerarquizada en cuanto a los títulos. La administración del gobierno central era confiada a un primer ministro, un canciller, un ministro de justicia (el *arkhidicastés*, en Egipto) y un superior de las finanzas (el *dioiketés* de Egipto o el encargado de las finanzas de los Seleúcidas). La administración local se realizaba mediante estrategas o sátrapas (Seléucidas) y nomarcas, estrategas y administradores (*oikonomoi* de los Lágidas) de origen griego.

El rey era la ley viva *(nómos empsykhos)* y como tal podía legislar de un modo absolutista, mediante edictos, disposiciones o instrucciones, debiendo responder por medio de rescriptos las consultas a él elevadas. Asimismo, tenía el mando supremo del ejército y el control del culto, aún cuando su influencia sobre algunos templos (y en algunos reinos) era más teórica que efectiva.

Párrafo aparte merece el estudio de la actividad jurídica, tanto del Derecho público como del privado, que se nos presenta altamente compleja. Hemos de pensar también en una *koiné* jurídica, que hubo de asimilar lo específicamente griego con la multiplicidad de las experiencias jurídicas de los pueblos que entonces se englobaron en el mundo helenístico. La falta de materiales (hay escasez de pergaminos, textos epigráficos y *bullae* de carácter jurídico) y lo dispar de los enfoques con que se ha abordado su estudio por parte de los especialistas, dificultan la reconstrucción de la vida jurídica, muy compleja, dada la diversidad de reinos. Tan sólo podemos hacernos una idea aproximada con el Derecho del Egipto ptolemaico, conocido en sus grandes líneas de desarrollo y aplicación.



Corcyra moderna (Corfu).

Por lo que respecta a la estructuración social debe indicarse que fue colonialista, en la que los griegos o macedonios lograron imponerse a la gran diversidad de poblaciones indígenas, casos de Seleucia, Antioquía o Alejandría, por ejemplo. De hecho, y dadas las diversas circunstancias, se produjo una clara estratificación social entre conquistadores y conquistados con diferenciaciones muy acusadas.

Nació una rica burguesía (industria, comercio, bienes inmuebles) que influyó notablemente en el marco social de los reinos helenísticos, que para su perfecto funcionamiento contarán con la figura del funcionario público (Egipto, Pérgamo, por ejemplo).

Otro estamento de indudable importancia fue el clero, sobre todo el indígena que en líneas generales tuvo un amplio reconocimiento por parte de los monarcas, por la influencia que tenían sobre la masa. Se conoce perfectamente, gracias a la documentación papirológica, el funcionamiento del clero egipcio, de prestigio milenario y que llegó en ocasiones a poseer un poder temporal muy acusado.

Gran papel, dentro del marco social general, alcanzó el estamento militar que se nutría, ante la escasez paulatina de soldados griegos y macedonios, de un mercenariado de variado origen étnico y que será incorporado a la agricultura por la concesión de cleruquías. Si en un primer momento fue una profesión interesante (pagas, tierras, etc.) en el siglo II a. de C. las crisis económicas obligarán a que la milicia se desenvuelva en precarias condiciones económicas, llevando una vida muy próxima a la del campesino, con evidente pérdida de efectividad militar, lo que explicará en gran parte la rápida conquista romana.

Ocupando la base se hallaba el proletariado, con su masa de trabajadores poco o nada cualificados, de condición libre, que vivía en condiciones miserables y que se subleva en numerosas ocasiones ante la serie de opresiones de que eran objeto. Junto a ellos gran cantidad de esclavos, que aumentan en número debido a las guerras y a la piratería, son empleados en oficios domésticos y como mano de obra industrial y agrícola.

Los movimientos revolucionarios, que no podemos pormenorizar por razón de espacio, encabezados por algunos filósofos y ciudadanos pobres, tenían como meta reivindicaciones muy concretas, entre las que podemos señalar la confiscación de la propiedad de los ricos, la redistribución de la tierra, la cancelación de las deudas y la liberación de los esclavos.

Toda la masa social (griegos e indígenas, ricos y pobres, esclavos y libertos) se articula y distribuye entre los grandes centros urbanos y el mundo rural, produciéndose así una serie de contrastes socioeconómicos que acarrearían fatales consecuencias.

4. Aspectos religiosos

Dentro del nuevo contexto sociopolítico la religión helenística se caracterizó por una acusada pérdida de fe en la religión tradicional y por la gran influencia y difusión de divinidades orientales, que sobre nuevas bases intentaron crear una nueva religiosidad. Estos dos hechos han sido magníficamente estudiados por M. P. NILSSON al examinar las dos grandes crisis religiosas que conmocionaron a la época helenística.

Si bien se seguía tributando culto a las divinidades polìadas tradicionales (Zeus, Atenas, Afrodita, etc.) la religión griega se había resentido considerablemente al no haber querido imponer cultos y creencias en los nuevos países conquistados y haber aceptado, intentando incluso identificarlas con el propio panteón, la teoría de divinidades existentes en dichas tierras.

El individualismo que ahora se manifiesta motivará que una nueva divinidad abstracta, la Fortuna *(tykhé)*, la más significativa de este período histórico, alcance una destacadísima posición. La Fortuna fue una divinidad que, motivaciones ciudadanas aparte, se hallaba presente en todos los hombres, siendo capaz de depararle, por el propio ritmo de la vida, futuras posibilidades. De hecho la Fortuna era la negación de la Providencia divina y la personificación de la casualidad, pero dada la coyuntura política y la mentalidad de la época (cosmopolita y materialista) eso explica perfectamente su enorme éxito, hasta el punto de que los Antigónidas y los Seleúcidas, por citar un par de ejemplos, se convirtieron en fieles y devotos seguidores.

Dado ese individualismo, parejo a un escepticismo cada vez más acusado, las esperanzas de la masa (las clases cultas se refugian en la Filosofía) se vuelven hacia los reyes, verdaderos dioses inmediatos y dispensadores de múltiples favores, y sus respectivas dinastías. Pero junto a esa religión pragmática, el hombre de la época helenística necesitará de dioses transcendentales, para lo cual volverá al panteón tradicional intentando buscar cobijo religioso. En esa vuelta hacia los dioses tradicionales alcanzará un lugar preeminente Dionisos, que llegará a ser asimilado a Serapis en Egipto y a Sabazio en Frigia. Con Dionisos debemos relacionar el movimiento religioso órfico, basado en la revelación de Orfeo, celebrado cantante legendario, cuya doctrina, con sus ritos, escritos sagrados, himnos y poemas religiosos tenderá hacia la salvación del hombre, mediante una vida terrena en la que la abstinencia y la renunciación hayan sido totales.

Asimismo, los espíritus se volcarán hacia las divinidades orientales, que irradian indudables atractivos, basados en su prestigio, su exotismo y sus cultos más o menos mistéricos. Son todos ellos dioses benévolos y compasivos *(filántropos)* merecedores del calificativo de salvadores *(soteres)*. Así, se tributarán cultos a Serapis-Isis en Egipto; a Adonis, Astarté, Hadad y Atorgatis y Bel en zonas sirias y babilónicas; a Cibeles y Attis, Sabazio, Men y Artemis en Asia Menor; a Mithra (que alcanzará más tarde gran éxito en Roma) en el ámbito iranio, etc., etc.

Lo que definirán a estos cultos será su sincretismo religioso, esto es, la asociación, identificación y confusión de divinidades para ser válidas en comunidades heterogéneas. Quizás el ejemplo típico lo proporcione el intento de Ptolomeo I y de sus teólogos de hacer converger en la nueva deidad de Serapis contenidos religiosos tanto griegos como egipcios, asiáticos y tracios.

A pesar de todos estos intentos en los que subyacen evidentes móviles políticos, la masa viendo la abstracción que significaba cada vez más esta complicada religión (verdadera amalgama de dioses orientales y griegos) se vuelve hacia el hermetismo, la astrología, la magia y las religiones mistéricas, corrientes que le ofrecen la esperanza de una salvación cierta y que causaron, evidentemente, un fuente impacto.

El hermetismo, que contó con un aporte egipcio e iranio, se basaba en intentar desvelar los fenómenos mediante revelaciones y ritos adecuados. Desde Babilonia la astrología se desparramó por el mundo helenístico (culto a

Estela funeraria encontrada en Atenas. Las conquistas de Alejandro que ensancharon el imperio hasta zonas orientales permitió el influjo de mitos orientales, tales como el de Isis, reina del cielo de los egipcios. La figura de la derecha es representación de una sacerdotisa de la diosa. A la izquierda la gran diosa fecunda, Artemisa de Efeso.

los siete planetas —Luna, Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno— que eran intérpretes del Destino, y a los doce signos del Zodíaco, que gobernaban los destinos de las ciudades, pueblos y hombres. Las estrellas habían fijado el Destino y mediante horóscopos se podían predecir acontecimientos personales. Esta fe en el Destino desplazará en el siglo I a. de C. a la diosa Fortuna, tan venerada en los siglos III y II, pero a su vez ese Destino llegará a convertise en tiranía, de la que sólo se podrá evadir el hombre por mediación de la gnosis, la magia y las religiones mistéricas. Mediante la gnosis religiosa (no filosófica) se podía conocer la clave secreta del Universo; por la magia, con sus diversas corrientes y prácticas se podían obtener los deseos humanos sin la intervención de los dioses y gracias a las religiones mistéricas, que alcanzan ahora su máximo apogeo, el hombre —solamente el iniciado— podía buscar su salvación. Estas religiones tuvieron prácticamente éxito absoluto, especialmente los misterios de Démeter en Eleusis; de Dionisos en Delfos y Eleusis; los de Karakuya en Anatolia; el de Serapis-Isis-Anubis en Egipto; el de Andiana en Mesenia y el de los Cabiros en Samotracia, por citar los más sobresalientes.

Estas regiones mistéricas proporcionaron un nuevo concepto de la moral y mediante adecuados ritos de iniciación y cultos orgiásticos, en su caso, el hombre helenístico llegó a la creencia de la plena seguridad en alcanzar una salvación personal tras la muerte.

Los seguidores de estas religiones se agruparon en verdaderas cofradías privadas, que celebraban además sus ágapes comunitarios, siendo asequibles por su filosofía a hombres y mujeres de cualquier nación, condición o raza (remárquese la connotación social que ello comportaba) que deseasen ante todo la búsqueda de un mismo dios. Entre estas cofradías podemos citar la de los *orgeontes* (grupo social, ya antiguo, encargado de tributar culto a héroes),



Cabeza de Ptolomeo I, rey de Egipto y fundador de la dinastía lágida, que recibiría el nombre de «salvador», Soter. El país obtendría con su gobierno autocrático, al modo tradicional egipcio, nuevos momentos de esplendor. Expansión territorial, incremento del comercio y potenciación cultural, con la creación del Museion de Alejandría, son el balance de su reinado.

las de los eranoi (sociedades religiosas cuyos miembros pagaban una cuota pecuniaria), la de los *thiasoi* (comunidades de actores que organizaban fiestas y procesiones en honor de Dionisos) y la de los *basilistai* (grupo unido para tributar culto a Ptolomeo divinizado).

Queda también por indicar en esta época la práctica del culto al soberano, ya vivo, ya muerto (culto heredado de Alejandro), basado en que a los ojos de los súbditos helenísticos los nuevos soberanos eran verdaderos representantes divinos. Ejemplos de esta práctica pueden ser la divinización de los primeros Diádocos por parte de sus sucesores, o la de Seleuco I en Siria. Este culto fue en general explotado adecuadamente por los monarcas por encontrar en él su

garantía de poder primero y de estabilidad política después. La onomástica es bien significativa para comprender la complejidad de este culto: *Soter* (salvador), *Evergetes* (bienhechor), *Epífano* (manifestación divina), *Teos* (dios).

No podemos dejar de mencionar el papel que jugó el judaismo en época helenística, el cual, fiel a su tradición monoteísta, hubo de enfrentarse a los sacrilegios de Antíoco Epifanes en el año 168 a. de C. (sublevación de los Macabeos por la instalación de una estatua de Zeus Olímpico en el templo de Jerusalén) y a diferentes minorías de judíos helenizados que adoraban a dioses greco-orientales (Sabazio, Theos Hypsistos) que contenían no pocas concomitancias con el Yahvé judío.

Diferentes sectas (fariseos, saduceos, esenios, etc.) intentaron conservar frente a la presión del helenismo y de los ejércitos toda la pureza y el particularismo judíos.

En resumen, la aportación fundamental de la religión helenística (sensible y mística en muchos casos) fue la de preparar y allanar el camino al Cristianismo, pues si éste buscaba y predicaba la unidad que debía existir por encima de tantos cultos y panteones, significada por un Salvador, no es menos cierto que el helenismo aportó ese anhelo.


Original de Scopas. Siglo IV a. de C.

5. Cultura helenística

También las circunstancias socioeconómicas tuvieron su reflejo sobre las actividades culturales, contribuyendo a una ampliación de las mismas tanto cuantitativa como cualitativamente en el amplio espacio del mundo helenístico.

Nació así una cultura de tipo cosmopolita y, por ello, generalizada, que tuvo su base en la difusión y comprensión de una lengua común o *koiné*, cuyo trasfondo ático se vio enriquecido —o contaminado según se mire— con abundantes vocablos de origen oriental.

Los poderes públicos contribuyeron a la difusión de esta cultura, fundándose bibliotecas en numerosas ciudades. Además de la famosísima biblioteca y Museo de Alejandría (fundador por Ptolomeo I Soter y agrandados con otra biblioteca por Ptolomeo II Filadelfo), Antioquía, Pérgamo, Rodas, Esmirna y otras ciudades contaron con selectas bibliotecas, a cuyo entorno surgieron literatos, eruditos, científicos y especialistas de primera magnitud.

El gran aporte que el helenismo proporciona a la cultura es el de dejarla libre de las influencias políticas —con pequeñas excepciones—, religiosas o costumbristas. Surgirá una cultura de alcance universal, sincrética, con nuevos presupuestos, con un enfoque altamente erudito (Zenodoto crea la crítica de textos) destinada ante todo a un público preparado y culto, pero paralelamente aparecerán nuevas expresiones culturales con un afán básicamente sintetizador y de divulgación (manuales, listas, compilaciones, prontuarios, etc.), destinados a los espíritus no tan profundos, pero deseosos asimismo de nuevos saberes y conocimientos.

Surge, en suma, una alta concienciación de la importancia del saber, hasta el extremo que el conocimiento, la preparación intelectual llegó a considerarse verdadero poder, siendo equiparado, cuando no sobrestimado, al poderío de la riqueza o de la política en la apreciación de monarcas y gentes.

6. Las letras

Hasta nosotros han llegado los nombres de casi mil doscientos escritores helenísticos (incluidos científicos y filósofos), pero no así toda su vasta producción literaria, que por diversas circunstancias ha desaparecido casi totalmente. Toda esta producción en la que predominaba más la erudición que la originalidad, redactada en lengua griega, puede ser estructurada para su estudio en tres grandes áreas: Literatura, Filosofía y Ciencias.

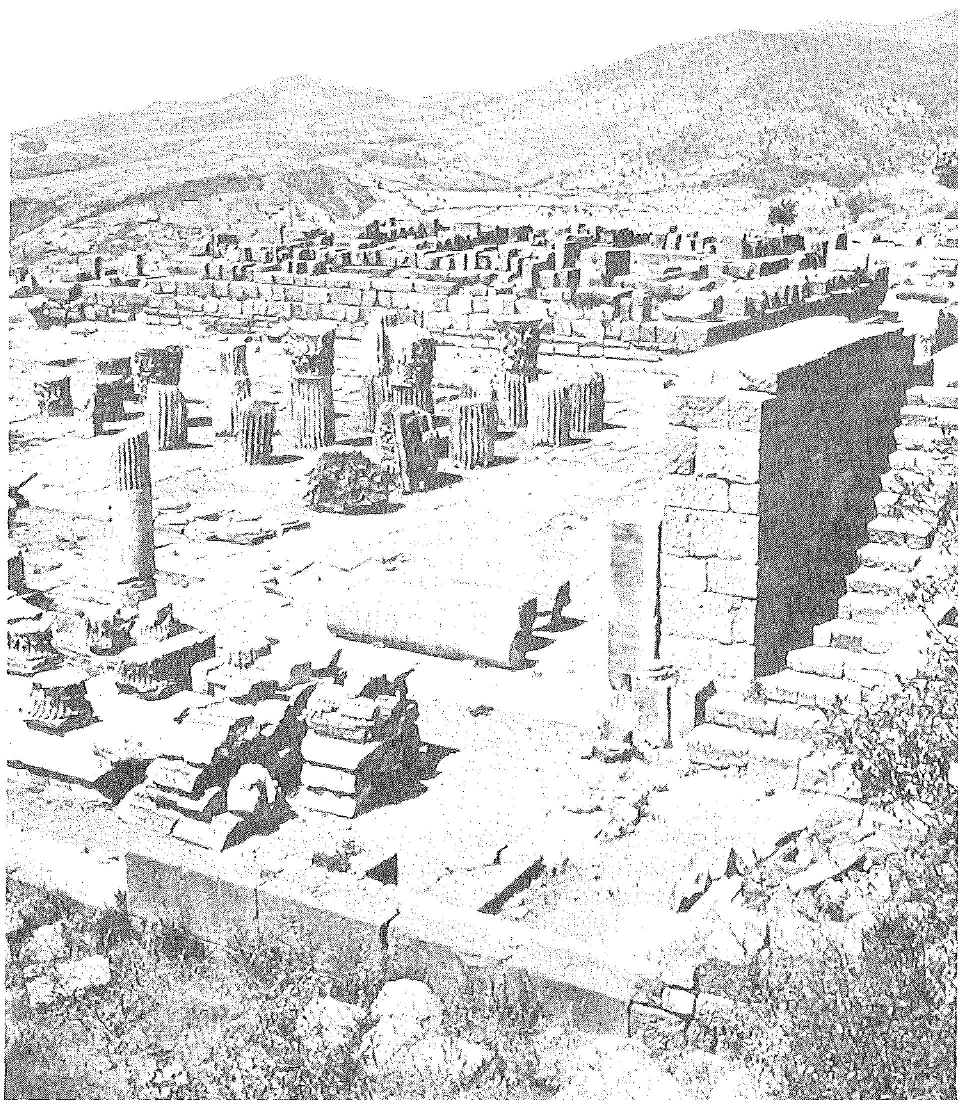
a) *Literatura. La poesía.* Dentro de la Literatura debemos distinguir los géneros que más se cultivaron en esta etapa, tanto en calidad como en amplitud temática, observándose, como acertadamente ha manifestado W.

NESTLE, cómo la prosa gana papel a la poesía y cómo dentro de aquélla las ciencias particulares van independizándose de la Filosofía.

La actividad poética, sufragada en muchísimos casos por el poder político y constreñida a círculos eruditos, se caracterizará, en general, por su artificiosidad estilística, contenido superficial y pérdida casi absoluta de espontaneidad.

La *poesía épica* fue cultivada fundamentalmente por Apolonio de Alejandría, llamado el Rodio (ca. 295-215 a. de C.), discípulo de Calímaco y bibliotecario de Alejandría, y por Riano el Cretense, importante poeta de la segunda mitad del siglo I a. de C. Apolonio alcanzó la fama gracias a *Las Argonáuticas*, en su segunda redacción, ya que al darla a conocer en una primera recitación *(epideixis)* constituyó un rotundo fracaso. En los cuatro libros de dicha obra se exponen un viaje a la Cólquide, las aventuras realizadas hasta la consecución del vellocino de oro y los peligros de la huída y el regreso. *Las Argonáuticas*, en realidad el amor de Medea a Jasón, tejido con aventuras, digresiones mitológicas descripciones, ha sido juzgada de muy diversas maneras a lo largo de la Historia de la Literatura.

Riano el Cretense, autor que llegó a influir hondamente en poetas posteriores, editó a Homero, escribió una *Heracleia* en 14 libros, que no nos



Ruinas de la Biblioteca de Pérgamo. Esta fue construida por Atalo I (241-197 a. de C.) y se sabe llegó a albergar unos 200.000 volúmenes, con lo que llegó a competir con la de Alejandría.

ha llegado, y otra serie de poemas cuyos títulos recordaban los países cantados *(Messeniká, Achaiká, Eliaká)* y de los que desconocemos sus ingredientes míticos e históricos, excepto el primero que fue utilizado por Pausanias.

La *poesía elegíaca* continuó brillando a gran altura, fundamentalmente en las obras de tres grandes poetas: Filitas de Cos, Calímaco de Cirene y Teócrito de Siracusa. Esta elegía sufrirá una serie de transformaciones de fondo y forma, al admitir elementos épicos y eróticos y al eliminar tipos de construcciones poéticas.

Filitas de Cos (ca. 340-285 a. de C.) fue el iniciador de esta nueva poesía, aunque sólo podemos hacernos una ligera idea de sus obras al no habernos llegado completa su producción. Escribió elegías amorosas *A Bittis* (su amada), que servirían de modelo a Ovidio y Propercio; una *Démeter*, en verso elegíaco; la epopeya *Hermes*, en hexámetros, donde cantaba el amor de Ulises a Polimela; unos *Divertimentos; Epigramas* y unas *Glosas desordenadas* (colección de palabras antiguas). El matiz delicado, el oscurecimiento de la frase, el argumento mítico o amoroso es lo más destacable de su labor poética.

Calímaco de Cirene (ca. 310-240 a. de C.) biógrafo, filólogo y celebrado poeta que llevó a cabo el *Catálogo comentado* de la gran biblioteca de Alejandría a instancias de Ptolomeo II Filadelfio, donde ordena a los clásicos griegos en 120 libros, dominó la técnica poética gracias a un estilo depurado, elegante y exquisito. Autor de unos *Himnos* (hasta seis) a diferentes dioses: de *Epigramas* (58 piezas); de *Elegías* (quizá la mejor, la titulada *La cabellera de Berenice*, en homenaje a la esposa de Ptolomeo III Evergetes); de breves poemas de tipo épico, *Hécale* (sobre la leyenda de Teseo, de gran influencia posterior) y los *Aitía* («motivacionmes» o «causas»), su obra capital, en verso elegíaco, en cuatro libros, donde recoge leyendas y costumbres religiosas) y los *Yambos* (tres poemas), sobresalió por utilizar la lengua renovada y culta en sus diferentes obras destinadas a un público entendido.

Teócrito de Siracusa (ca. 305-250 a. de C.), de quien conocemos poco de su vida, poeta bucólico, fue quizás el más original de todos los poetas alejandrinos. Inventor de un nuevo género, los «idilios» *(eidyllion)* o «pequeños cuadros»: *Los pastores, Las siracusanas, Los cantares bucólicos, Thalysias, El cíclope*, y hasta 31 títulos, supo, evitando la erudición, emocionar por su profunda y fina sensibilidad. La tradición le atribuyó 22 *Epigramas*, muchos de ellos de dudosa autenticidad, de temas bucólicos, amorosos, elegíacos, homenajes, etc. Conocemos fragmentariamente algunos de sus poemas (caso del titulado *Berenice*), aunque algunos son apócrifos. Teócrito supo en todo momento acomodar la lengua más apropiada al género de composición ejecutado, sazonando todo ello con detalles originales e ingenuos muchas veces.

En cuanto a la *sátira*, ésta conoce un nuevo florecimiento con Sótades de Maronea, que censuró el matrimonio de Ptolomeo II Filadelfo con su hermana propia, lo que le acarrearía la muerte, y sobre todo con Menipo de Gádara, un esclavo que llegó a ser ciudadano de Tebas. Criticó la necesidad humana y los sistemas filosóficos (en el *Arcesilao* la vida de la Academia, en el *Nacimiento de Epicuro* el culto a la personalidad). Sus obras y su estilo influyeron más tarde en Varrón, Petronio y Séneca.

Por lo que respecta al *drama*, si bien en Atenas continua la producción de obras trágicas, viviendo de la herencia de los tres grandes trágicos clasicos, la tragedia (que ahora se halla en decadencia) tiene ahora su principal foco en Alejandría al saber Ptolomeo II Filadelfo organizar competiciones dramáticas, atrayendo a un gran número de poetas. Surgirá así un gran número de autores que la crítica posterior seleccionaría en razón de su calidad dramática. Será el grupo denominado *Pléyade* formado por Sosífanes de Siracusa, Sositeo de Alejandría, Dionisíades de Tarso, Homero de Bizancio, Filisco de Corfú, Licofrón de Calcis y Alejandro de Pleurón. De todos ellos sobresalieron Licofrón de Calcis, autor de 20 tragedias, entre ellas *Los casandreos*, y Alejandro de Pleurón, autor de la tragedia *Los jugadores de dados*. Lamentablemente la producción dramática de estos autores dramáticos, que no aportaron en realidad nada nuevo, no nos ha llegado en su totalidad.

Párrafo aparte merece la *comedia*, que conoce en esta época un destacado papel. Por sus diferencias argumentales y expresivas respecto a la comedia cultivada anteriormente *(Comedia antigua)*, la comedia helenística —de

Hacia 246 a. de C. Ptolomeo II Filadelfo, hijo de Ptolomeo I, fue rey de Egipto, entre los años 285-246 a. de C., durante los que sostuvo frecuentes guerras contra Siria. En sus años de reinado convertiría el Museo de Alejandría en foco de las ciencias y de las letras. Por orden suya, al parecer, se hizo la versión griega del Antiguo Testamento, llamada «De los Setenta».

intriga, caracteres y costumbres— alcanzará su propia personalidad *(Comedia nueva)*, pero sin apenas reflejar las alteraciones políticas de la época.

Dos autores de entre más de 60 conocidos para esta especialidad y época rayan a gran altura: Filemón y Menandro. De Filemón (361-263 a. de C.), que sin ser ateniense (había nacido en Siracusa) alcanzó fama precisamente en Atenas donde había conseguido el derecho de ciudadanía, se conocen los títulos de casi sesenta comedias —escribió más de cien— *(Panégyris, Mirmidones, Palamedes, Emporos, Thesauros, Phasma,* etc.), pero tan sólo nos han llegado escasos fragmentos. Llegó a conocer perfectamente la técnica dramática sorprendiéndonos por el argumento y los detalles moralizadores.

Menandro (342/41-291/90 a. de C.), nacido en Atenas y educado exquisitamente, es el autor más celebrado de la Comedia nueva, destacando por la caracterización, aunque exagerada, que logra imprimir a sus personajes de ficción. Entre sus obras, que servirían años más tarde de modelo a Plauto, y que vienen a ser un elogio de la medianía, del vivir sin excesivas complicaciones, se pueden citar *El Héroe, La Trasquilada (Perikeiromene), El arbitraje (Epitrépontes)* y *El Díscolo*, descubierta ésta última en 1959, gracias a un hallazgo papirológico en Ginebra realizado por V. MARTIN (*Papyrus Bodmer*, IV). A pesar de que la trama argumental de sus comedias es vulgar y poco consistente (lo que motivó que sus coetáneos prefirieran a su rival Filemón), Menandro, con lenguaje sencillo y natural, pinta con humor la sociedad de su época llegando en determinados casos a dar cierta tipificación costumbrista a sus personajes (el señorito elegante, el esclavo astuto, la hetaira redomada, la fiel sirvienta, etc.) o como quiere LESKY a un divertimiento cívico.

Otro comediógrafo fue Dífilo (Sínope) (ca. 263 a. de C.), autor también de numerosos títulos sobre comedia urbana *(Dánides, Palíades, Las Lemnias, Herakles, Teseo, Hécate, Hermes, Comedia de Safo, Synapothnéskontes, Casina, Rudens, Clerúmenoi, Armadia,* éstas dos últimas fundamento de sendas obras de Plauto). Le siguen Apolodoro de Caristo, Apolodoro de Gela, Demófilo, Posidipo de Casandria, Filípides, etc., de cuyas obras nos han llegado únicamente fragmentos.

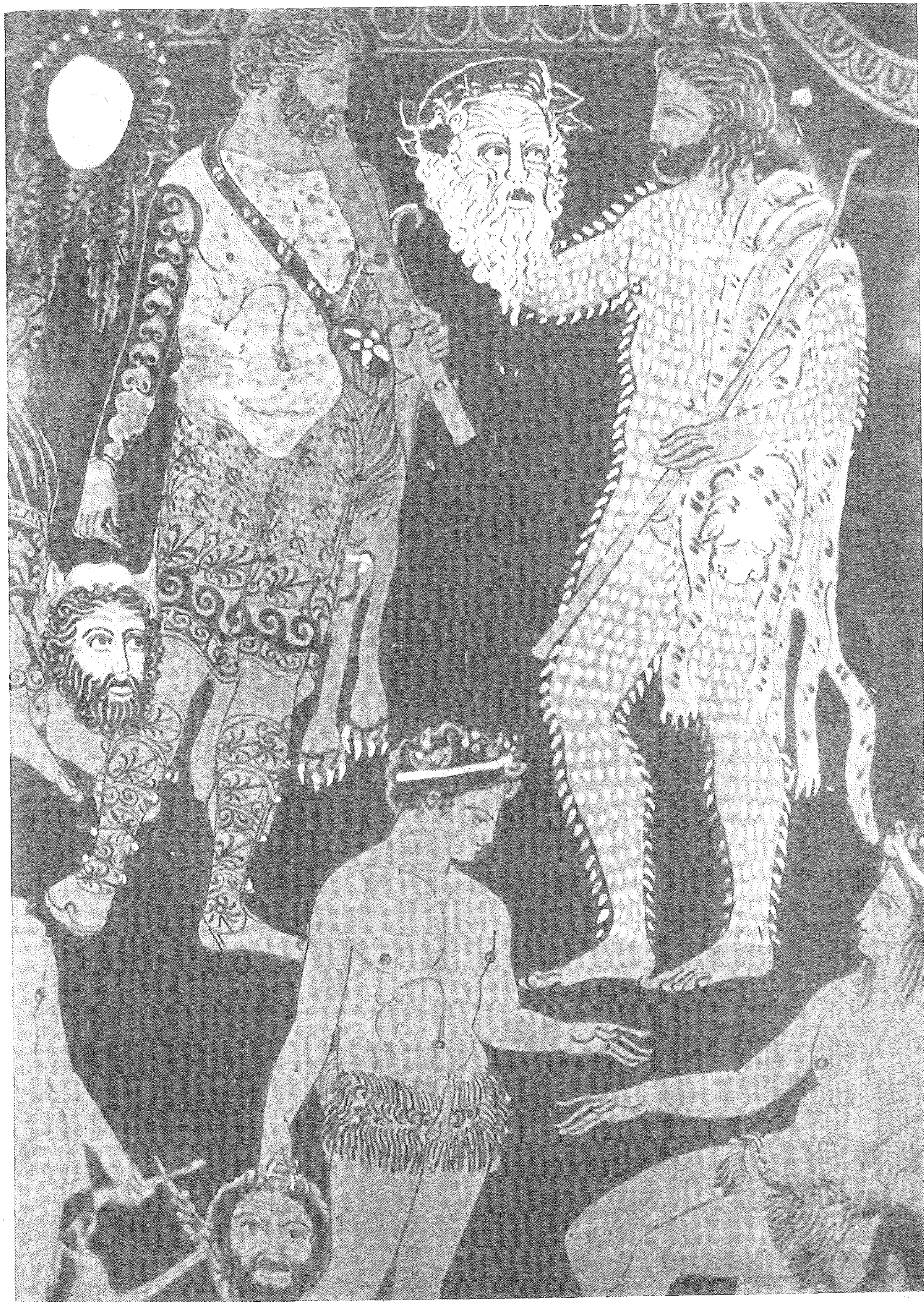
Casi al mismo tiempo que surge la comedia nueva lo hace también la antigua farsa popular dórica, llamada *Phylax*, a base de parodias de las obras de Eurípides, cuyo reflejo vemos en el *Amphitruo* de Plauto.

El *epigrama*, que fue llevado a la cúspide del éxito por Calímaco de Cirene y Teócrito de Siracusa, género que llegaron a dominar tales autores, tenía una larga historia que arrancaba de las composiciones votivas ejecutadas en estelas funerarias. Con el helenismo esta dependencia desaparece y el apigrama encuentra su cauce expresivo, llegando a él los motivos de la vida diaria, sobre todo los asuntos amorosos y festivos (banquetes especialmente). Entre los mejores cultivadores de esta especialidad tenemos a Leónidas de Tarento, muerto en el 260 a. de C., autor de poesías para Neoptólemo y Pirro, y experto epigramista con temas propios, a Faleco de Fócide y Perses de Tebas, a Mnasalces de Sición y a las poetisas Nosis de Locros y Anite de Tegea. Gozaron de justa fama en esta modalidad, en el siglo II hay que recoger a Antipater de Sidón, poco original, y a Meleagro de Gádara, recordador del más puro epigrama alejandrino.

Respecto a la restante poesía hay que señalar que alcanzó gran difusión lo que podríamos llamar *poesía didáctica* o instructiva, representada sobre todo en la obra *Los Fenómenos* de Arato de Solos (ca. 310-245 a. de C.), escrita a instancias de Antígono y que es un poema que recoge en 1154 hexámetros, de difícil lectura, un catálogo de estrellas, que tuvo gran influencia en su tiempo, perviviendo hasta la Edad Media, y el trabajo científico de Nicandro de Colofón (siglo II a. de C.), las *Theriaká* y las *Alexipharmaká*, sendas composiciones en verso, la primera sobre los remedios contra las mordeduras de los animales venenosos, y la segunda sobre los antídotos en caso de envenenamiento. No nos han llegado unas *Geórgicas*, que pudieron ser modelo de Virgilio, ni unas *Metamorfosis* que quizá lo fueran de Ovidio. Menor importancia alcanzó Peristéfano de Cirene, discípulo de Calímaco, que aparte de obras históricas, mitológicas y geográficas, llegó a escribir los poemas didácticos *Sobre los ríos del mundo* y *Sobre los ríos raros*.

La época helenística, que junto a la anterior poesía culta ve nacer también otra de carácter popular, está marcada por la creación del *mimo*, que si bien sus orígenes pueden ser remotos, será ahora cuando alcance el verdadero

Crátera con escena de teatro, proveniente de Ruvo (Italia). Detalle. Hacia 403 a. de C. Las figuras rojas de un momento más avanzado de la cerámica se complementan con toques polícromos. El teatro moderno nacería en Grecia a partir del siglo V a. de C., tanto en forma de tragedia, con Esquilo, Sófocles y Eurípides, como de comedia, con Aristófanes.



éxito. Fue un género que contó para su puesta en escena con compañías ambulantes de artistas especializados en las partes cantadas y en las mímicas. Autor destacado de esta modalidad es, junto con Teócrito, Herondas (ca. 250 a. de C.) quien en versos yámbicos y con un lenguaje popular y desenfrenado crea piezas ingeniosas e intrascendentes, tales como *La alcahueta*, *Las Hilaneras* o *Las amigas íntimas*.

Muy próxima al mimo eran la pantomima, la hilarodia, magodia, simodia o cinedología, composiciones cuyo principal interés descansaba en su carácter festivo, licencioso o en su indecencia. El principal escritor de esta modalidad fue Sótades de Maronea, ya citado, autor del *Descenso al Hades* y de *Príapo*. La parodia tuvo también cultivadores, debiendo señalar a Crates el Cínico, autor que en su obra *Alforja del mendigo* parodia a Homero.

Completando esta apretada panorámica de la poesía helenística deben citarse infinidad de himnos, peanes, poesía moralizadoras y canciones populares que tuvieron gran difusión entre las capas populares de la sociedad, en cuya exposición no podemos entrar por razón de espacio.

b) *Literatura. La prosa.* La prosa helenística que se fundamenta en trabajos de historia, geografía, gramática, filología y retórica, conoce un auge extraordinario. La función de las bibliotecas en este aspecto fue fundamental, pues sus fondos son anotados, estudiados críticamente. Los textos manuscritos se copian, se expurgan y se restituyem, cuando es factible, a su redacción originaria. Surgen así pléyades de sabios y eruditos que pacientemente se entregaron a un trabajo agotador.

Labor importantísima de este quehacer se debe asignar a la escuela alejandrina de filología, que tuvo que hacer frente a los 490.000 rollos de la Biblioteca del Museo y a los 42.800 del Serapeion. Su principal representante fue Zenódoto de Efeso (ca. 325-260 a. de C.), primer director de la Biblioteca bajo Ptolomeo II Filadelfo, director a quien se debió la tarea de interpretar, estudiar y fijar la *Ilíada* y la *Odisea*, si bien el más importante fue Aristófanes de Bizancio (ca. 257-180 a. de C.), también director de la Biblioteca y editor de los poemas homéricos y de Platón; Aristófanes de Bizancio echó con sus investigaciones las bases de la lexicografía y de la gramática científicas con su tratado *Sobre la analogía*.

Discípulo suyo fue Aristarco de Samotracia (ca. 217-145 a. de C.), autor de un gran número de comentarios *(Ipomnémata)* a otras tantas obras y de una magnífica edición, quizá la mejor, de los poemas homéricos.

No menos importante fue la labor de la escuela filológica de Pérgamo, ciudad a la que Eumenes II dotó con una gran biblioteca (allí comenzó a usarse el «pergamino» que sustituyó al papiro por razones de exportación de éste último). Su director fue Crates de Malos, autor de estudios gramaticales. Otro filólogo y autor de esta escuela fue Apolodoro de Atenas (ca. 180 a. de C.), que trabajó en obras homéricas y en un *Historia de la religión griega*, en 24 libros y de enorme éxito.

La *Historia* es ampliamente cultivada, gracias al estímulo que supuso la extensión del mundo cultural griego y el eco que suscitó entre las clases burguesas, deseosas de formarse su propia opinión. Nació un nuevo género histórico a modo de «memorias», en las que el autor narra los hechos en que toma parte directamente (caso de Ptolomeo I Soter y de Nearco, que escribieron sendas memorias relacionadas con la expedición de Alejandro Magno).

Sobre Alejandro Magno, verdadero personaje central de la historiografía helenística, escribieron también, aunque de manera novelada y lejos de la objetividad de Ptolomeo I, entre otros, Aristóbulo de Casandrea, Calístenes de Olinto, Onesícrito de Astipalea, Clitarco de Alejandría y Hegesias de Magnesia. Con todo el material proporcionado por estos autores se escribiría más tarde, probablemente en el siglo III de nuestra Era, la *Novela de Alejandro*, composición muy distorsionada sobre la figura del gran macedonio.

Una obra de gran influencia posterior, por su documentación e intento cronológico por olimpíadas, fue la *Historia de los griegos* de Timeo de Tauromenio (Sicilia), autor de asombrosa erudición, que llegaba en su exposición hasta el año 264 a. de C.

El tirano de Samos, Duris, escribió asimismo sus *Historias*, aunque era

una obra muy libre, que abarcaba desde el 371 al 280. También escribió una *Historia de Agatocles* y una *Crónica de Samos*. Otros autores que escribieron más o menos extensamente sobre la historia griega —y sólo podemos recoger unos cuantos nombres— fueron Neantes de Cízico, Ninfis de Heraclea Póntica, Diilo y Demetrio Faléreo.

Mención especial debe hacerse de Jerónimo de Cardia, canciller de Alejandro, autor entre el 350 y el 260 a. de C. de una gran *Historia* que abarcó los años de los Diádocos. Su obra influyó en Diodoro, Arriano y Plutarco. A Jerónimo de Cardia le siguen en importancia Filarco y Arato de Sición, el gran estadista, autor de unas *Memorias* que abarcaban hechos hasta el 222 a. de C.

Sobre todos ellos se impone la figura de Polibio de Megalópolis (ca. 198-117 a. de C.), quien articula la Historia como una interdependencia entre las naciones. Polibio, que tras ocupar cargos de responsabilidad en la Liga Aquea había sido deportado a Italia tras la batalla de Pidna (168), trabó contactos con Escipión Emiliano y el filósofo estoico griego Panecio. Pudo escribir, gracias a su incursión en el «círculo de Escipión» y a su documentada preparación, una *Historia General* en 40 libros (sólo restan los cinco primeros y fragmentos de otros) en donde examina el apogeo de Roma, encuadrada entre los años 221 y el 146. Polibio es un autor pragmático, que enfoca sus análisis históricos con metodología genética, buscando ante todo la verdad («la historia es la maestra de la vida»). Su genio científico no se vio, sin embargo, correspondido por su estilo, que es fatigoso y prolijo. Escribió asimismo otras obras menores *(Vida de Filopemén*, *Tratado de Táctica*, *Historia de la Guerra de Numancia, Sobre la habitabilidad de la zona ecuatorial)*, que se han perdido.

La *Historia* de Polibio fue continuada por Posidonio de Apamea, filósofo de la escuela estoica, también historiador, con más de 200 títulos en su haber, si bien de muy pocas cualidades críticas, aun cuando suscitaba la admiración de Cicerón. En una gigantesca *Historia de la época posterior a Polibio*, en 52 libros, analiza la situación histórica entre el 45 y el 85 a. de C., siguiendo el modelo de Polibio.

Además de otros autores que no podemos recoger aquí por su poca importancia historiográfica deben ser citados los nombres de Beroso de Babilonia y Manetón de Sebenito. El primero, sacerdote de Marduk, dedicó a Antíoco I Soter una magnífica Historia de Babilonia *(Babiloniaká)* en tres libros, que nos ha llegado fragmentariamente, mientras que el segundo, sumo sacerdote de Heliópolis, hacía lo propio con su *Aigyptiaká ypomnemata*, dedicada a Ptolomeo II Filadelfo, obra capital para el conocimiento de la Historia antigua de Egipto y que nos ha llegado muy fragmentariamente.

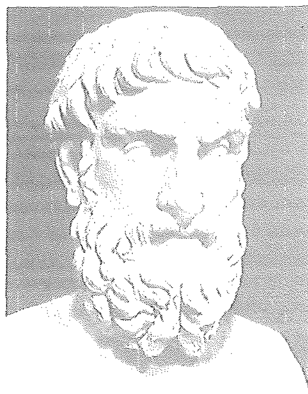
Otras zonas del mundo helenístico fueron tratadas también por otros autores de manera desigual. Sosibio, sobre las antigüedades y los sacrificios espartanos; Jenófilo sobre Lidia; Menécrates de Janto sobre Licia. No faltaron autores que trataron el lejano Oriente, caso de Megástenes, autor de una *Indiká* en cuatro libros, o Daímaco de Platea, con otra obra de idéntico título, o Patrocles, el primero en dar detalles geográfico-históricos del mar Caspio.

Epigrafistas (Filócoro), cronógrafos (Eratóstenes, Apolodoro de Atenas, Cástor de Rodas), bibliógrafos (Teofrasto) contribuyeron con sus aportaciones a un mejor conocimiento de la Historia.

Con todos estos antecedentes historiográficos pudieron realizar sus síntesis históricas los historiadores griegos de finales del siglo II y del I a. de C. Agatárquides de Cnido, compilador en diez libros de la Historia de Asia y en cuarenta y nueve la de Europa; Timágenes de Alejandría, autor de *Sobre los reyes*, síntesis histórica desde los orígenes del mundo hasta César; Diodoro de Sicilia, que escribió una *Biblioteca histórica* en 40 volúmenes (de los que se conservan 14) y Dionisio de Halicarnaso, que escribió unas *Antigüedades romanas*.

Se escribirán ahora los primeros tratados de historia del arte (a cargo del historiador Duris, *Sobre Pintura* y *Sobre toréutica*), de poesía (Camaleón de Heraclea Póntica) y de la cultura (Dicearco de Mesenia), obras todas ellas hoy desgraciadamente perdidas. Entre los biógrafos, que fueron muchísimos, cabe señalar a Clearco de Solos, Sátiro y Antígono de Caristo.

Los estudios geográficos (que se verán en el apartado de las Ciencias) desembocaron en pura literatura imaginativa, destacando en este campo



Busto de Epicuro (341-270 a. de C.). Filósofo griego discípulo de Crates de Estilpón y de Jenócrates. Se estableció en Atenas donde fundó la escuela estoica. Para él la moral es el principio supremo de la filosofía y pretender vivir de acuerdo a la naturaleza.

Antífanes de Berge y Hecateo, autores que narran cosas increíbles y pintorescas.

El género epistolar, así como la sátira (Menipo de Gadara), las obras cortas de divulgación (historias, teatro, filosofía, gemología, hipología), las compilaciones en forma de listas, obras de retórica, tratados de agricultura, de gastronomía, gramáticas griegas, textos médicos, de secretos o alquimistas, etc., alcanzaron enorme éxito.

Aparece en la época helenística un tipo de prosa «de imaginación», que no encaja con lo que es obra histórica y que tampoco puede ser llamado novela y que obtuvo enorme popularidad. Ejemplo de ello pueden ser *Sobre los hiperbóreos* de Hecateo de Abdera, autor también de un libro *Sobre los egipcios* de libre imaginación, y *El escrito sagrado* de Evémero de Mesenia, obra de tipo religioso-mítico de gran aceptación.

Un círculo judaico helenizado de Alejandría, que había olvidado prácticamente el hebreo, a la par que produce numerosas obras poéticas lleva a cabo la traducción al griego de la Biblia, conocida con el nombre de los *Setenta*.

Finalmente, entre los atidógrafos (expertos en historia del Atica) hay que recoger en esta época a Melancio, de cronología incierta, autor de una *Attis* y de un estudio *Sobre los misterios eleusinos;* a un pariente de Demóstenes, llamado Demón, que escribió otra *Attis* y un tratado *Sobre sacrificios* y otro *Sobre Refranes*. El atidógrafo más importante, sin embargo, fue Filócoro de Atenas, adivino, augur y exégeta, que escribió numerosas monografías de tipo histórico y religioso *(Sobre la fundación de Salamina*, *Inscripciones áticas*, *Sobre la adivinación*, *Purificaciones)* y también de crítica literaria *(Sobre los mitos de Sófocles*, *Sobre Eurípides)* y de crítica pitagórica *(Sobre símbolos*, *Colección de heroínas o de mujeres pitagóricas)*. Su obra principal fue *Attis* conocida de forma fragmentaria, que recogía diversos acontecimientos históricos hasta la época de Antíoco de Siria. Otros atidógrafos fueron Ameleságoras e Istro Calimaqueo, ya de segunda importancia.

c) *Filosofía.* Si Grecia crea la Filosofía y alcanza con su cultivo sus cotas más altas en esta especialidad del saber, la época helenística significará, a pesar del nacimiento de nuevas escuelas, la paulatina decadencia de esta ciencia de las ciencias.

Atenas continua siendo en estos siglos la capitalidad de la filosofía, pues siguen acudiendo a ella estudiosos de todo el ámbito helenístico, atraidos todavía por la impronta de las enseñanzas de Sócrates, Platón y Aristóteles, que se estudian en academias y liceos, perfectamente organizados. Entre estos centros, que podríamos considerar «escuelas tradicionales» por su contexto cultural, los más significativos fueron el *Liceo*, en donde Teofrasto (327-287 a. de C.), filósofo, poeta, historiador y científico, autor de los *Caracteres*, continuaba las enseñanzas aristotélicas, seguidas por Estratón de Lámpsaco, Eudemo de Rodas, Dicearco de Mesina y Aristarco de Samos, y la *Academia*, regida por Crates de Atenas (a partir del 269 a. de C.), filósofo cultivador del probabilismo, que aunque desdibujada, continuaba con la filosofía platónica.

Junto a estos centros surgen en el siglo IV otras escuelas nuevas, las más significativas en la etapa helenística, tales como la epicúrea y la estoica, al tiempo que florece plenamente, si bien ya inician su eclipse la filosofía de los megáricos, los cínicos y los cirenaicos. En este momento hace su aparición el escepticismo, que llegará a entroncarse con la Academia Nueva, continuadora de un platonismo un tanto diluido.

La *escuela megárica*, fundada por Euclides (no el geómetra de igual nombre), discípulo de Sócrates, y continuada por Eubólides de Mileto, probable maestro de Demóstenes, contó con las figuras de Diodoro Crono, hábil dialéctico, esperto en silogismos y en teoría del movimiento, y con Estilpón de Mégara, destacado orador y maestro de grandes filósofos. Estilpón afirmaba la Unidad, la Inmovilidad y la Inmutabilidad absoluta del ser.

Otro discípulo de Sócrates había sido Aristipo de Cirene (ca. 435-356 a. de C.), cuya filosofía sentó las bases de la escuela cirenaica, de corta duración temporal, que se basó sobre el principio del placer *(hedone)*, don supremo para ella de la vida. La hija de Aristipo, Areté, continuó sus enseñanzas, transmitiéndolas a su hijo Aristipo, el Joven, llamado por ello el *Metrodidacta* («enseñado por su madre»). La escuela contó con otros discípulos, cuyo hedonismo no sólo era una simple actitud personal, sino el reflejo de la

atmósfera social de determinadas clases sociales altas. En general, abogaban por la obediencia a todas las leyes para evitar el dolor del cambio, con lo cual declaraban la aceptación del orden social.

La *corriente cínica*, sin centro material establecido, fue debida a Antístenes (ca. 444-366 a. de C.), alumno de Sócrates y maestro del célebre Diógenes de Sínope. Para los cínicos, en realidad cultivadores del sarcasmo y del escándalo provocador, el fin inmediato de la vida era alcanzar toda la felicidad posible, gracias a unos presupuestos que sólo el hombre podía establecer y que le permitirían aspirar a la virtud. Su actividad crítica, sarcástica, su ascetismo, su indiferencia ante la moral y su renuncia a las comodidades (en parte obligadas por su propio origen social) constituyeron todo un ideario de comportamiento. Aparte del fundador de la escuela y de su discípulo Diógenes, que llevó a la práctica las enseñanzas de Antístenes, hubo otros filósofos de esta tendencia. Entre ellos hay que citar a Mónimos, Onesícrito, Crates de Tebas y su esposa Hiparchia, Menipo de Sínope y Menedemo, en realidad todos ellos portavoces del descontento popular de la Grecia de esta época. El producto literario de esta tendencia filosófica fue, como se ha señalado «el perfeccionamiento de la diatriba, el discurso de propaganda expuesto con cortante ironía y sátira agresiva, y avivado por la polémica en diálogos fingidos».

Por lo que respecta al *epicureísmo*, doctrina fundada en el año 306 a. de C. por Epicuro de Samos (341-270 a. de C.) en unos jardines atenienses de su propiedad, tiene dicha doctrina una concepción atomista de la naturaleza, que arrancaba de Demócrito, cuya física y gnoseología siguen sin apenas variaciones, sosteniendo que todo conocimiento procedía de los sentidos, que las divinidades también se componían de átomos —no debiendo temerlas por ello, ya que tampoco se preocupaban de los hombres— y que al morir el alma del hombre, que estaba formado por átomos, se desintegraba. Su ética descansaba en la liberación de todo temor. Libre de miedos y preocupaciones, gracias a la práctica de la filosofía, el hombre debía buscar el bien supremo, que era la paz del alma *(ataraxia)* y que sólo se conseguía al elevarse por encima de las pasiones. El fin, pues, de la filosofía epicúrea coincidía con el de la vida humana natural, llegar a alcanzar la felicidad, el placer, pero sin derrocar los principios de moralidad, virtud y sabiduría.

De Epicuro, cuya vida se conoce de modo imperfecto, apenas nos han llegado unos pocos restos de su enorme obra escrita, cifrada en unos 300 volúmenes. Por diferentes cartas, recensiones y copias de autores antiguos se ha podido conocer gran parte de su pensamiento *(Máximas capitales*, *Cartas*, *Sobre la naturaleza)*. La escuela contó con filósofos en Atenas y con otros esparcidos en otros puntos de Grecia o del mundo helenístico (Italia, Egipto). Hay que destacar a Metrodoro, autor de 12 obras, al matemático Polieno, a Pitocles y a Colotes, originarios de Lámpsaco, así como a Filónides de Laodicea, quien sentó las bases científicas de la doctrina epicúrea. De otros epicúreos apenas se conoce tan sólo el nombre, caso de Dionisio, Basílides y Apolodoro, que vivieron en el siglo II a. de C.

El *estoicismo* o escuela de la Stoa Pokilé (por el Pórtico Pintado, lugar desde donde hablaba el fundador) nació en el año 302 a. de C. Se debió al fenicio Zenón de Citio (Chipre) (332-262 a. de C.), autor de muchas obras, quien basaba su filosofía en la subordinación del individuo a la sociedad, en la subordinación de los apetitos al orden del Universo, gobernado por el Destino. Sólo así aparecería la virtud, punto clave de la ética estoica. Esa subordinación del hombre le obligaba a vivir según la naturaleza, que se hallaba animada por dos principios: uno activo, racional, ígneo, el *logos*, y otro pasivo e irracional, la *materia*. También debía vislumbrar aquello que dependía directamente de él (el *logos* que también lleva en su interior) para ir en busca del dominio perfecto *(apatía)*, esto es, la ausencia de pasión. La vigencia de esta escuela fue larga, aproximadamente del 302 a. de C. al 250 d. de C., conociendo sus enseñanzas tres fases: Una primitiva o antigua, con Zenón, Cleanto de Asos (333-232 a. de C.), el exponente del aspecto religioso de la doctrina y la personalidad más importante de la escuela, y Crisipo de Solos (281-208 a. de C.), el sistematizador de los fundamentos de la escuela; otra media, con Panecio de Rodas, que supo adaptar la escuela a las circunstancias cambiantes de la vida, y Posidonio de Apamea, que ejerció en Rodas con gran éxito (Cicerón contactaría con él) y autor de más de 200

287-212 a. de C. Arquímedes, el más grande matemático de la antigüedad, nació en la colonia griega de Siracusa (Sicilia). Su educación científica la recibió en Alejandría y Egipto. Anticipándose en el cálculo, inventó métodos generales para encontrar las áreas de figuras planas de contornos curvilíneos y los volúmenes limitados por superficies curvas. Este hallazgo se demostraría cuando los romanos atacaron Siracusa (214 a. de C.), durante la segunda guerra púnica. Los siracusanos tras dos años de sitio, consiguieron la ciudad y perdonaron a Arquímides, pero un soldado le dio muerte mientras trabajaba en la avena sobre un problema geométrico. Sobre su tumba se grabaron una esfera y un cilindro.

títulos; y la fase tardía, fase última centrada ya en ámbito cultural romano (Séneca, Marco Aurelio, Epicteto). Hay que señalar que los principios de esta escuela con fases y altibajos más o menos acusados han alcanzado a nuestros días.

Todas estas ideas filosóficas, en un marco cosmopolita como el del helenismo abocaron en el *escepticismo*, en la duda ante lo que se veía y lo que se intuía a través de las doctrinas, en la abstención de todo juicio, ya que era imposible obtener la verdad absoluta. De hecho, el escepticismo nació como una reacción a la teología estoica y llegó a conocer varias corrientes de opinión. Pirrón de Elis (ca. 360-270 a. de C.) fue su fundador y si bien no escribió nada (o no conocemos todavía ninguna obra suya), su doctrina nos ha llegado por las obras de su discípulo Timón de Fliunte (320-230 a. de C.), autor de poemas, un diálogo y dos tratados, que establecía como meta máxima la imperturbabilidad. Al no tener continuadores el escepticismo se entroncó con la Academia Nueva, dirigida ahora por Arcesilao de Pitana (316-241 a. de C.) y poco después por Carnéades (214-135 a. de C.) y Filón de Larisa (159-86 a. de C.).

La filosofía del siglo II a. de C. intentó integrar las ideas antagónicas de las escuelas en síntesis diversas, dando lugar así al *eclecticismo filosófico* que motivaría varias tendencias (estoica, escéptica y aristotélica), alcanzando incluso su penetración en Roma, donde encontraría diferentes cultivadores entre ellos Terencio, Cicerón y Séneca.



Relieve medieval con una representación de Euclides, matemático griego, que vivía en el siglo III a. de C. Fundador de la Escuela de Alejandría, reuniría en una sola obra, «Elementos», todos los conocimientos adquiridos en geometría plana de su época, además de sus propios descubrimientos.

d) *Ciencias*. Las ciencias conocieron su primer esplendor precisamente en la época helenística. La fecundiad de la mente griega, junto con la incorporación de los conocimientos babilonios, fueron los presupuestos sobre los que se edificó el saber científico de la Antigüedad. No obstante, al ser la Filosofía la ciencia suprema, las demás ramas del saber, tanto teóricas como prácticas, no alcanzaron el techo que las posibilidades mentales de los sabios hacían presumir. Alejandría vuelve a ser, en esta parcela, la capital indiscutible, en cuyo Museo y Biblioteca, que cuentan con una no despreciable infraestructura para la investigación, podían realizarse importantes estudios y trabajos.

La *Geografía*, tras la expedición de Alejandro Magno, que tanta información había de proporcionar sobre Asia (empresa descrita por el propio almirante de Alejandro, Nearco, en su *Navegación costera*), y otras expediciones a otros puntos geográficos de Africa (Andróstenes de Tasos), India (Megástenes en su *Indiká*) y Europa (diferentes periplos), evidenció un gran empuje. Especialmente la Geografía científica fue la receptora de este avance, gracias sobre todo a Eratóstenes de Cirene (ca. 276-196 a. de C.), bibliotecario de Alejandría, filólogo, filósofo, poeta y también matemático, quien en los tres libros de su *Geographia*, de los que sólo han llegado fragmentos, sienta las bases de esta ciencia que de él recibió el nombre,. Llegó a medir la longitud de la circunferencia terrestre y confeccionó un completo mapa. Asimismo redactó unos *Indices cronológicos* (cronografías) en donde fijó ciertos hechos históricos (1184, expedición y toma de Troya; 844, nacimiento de Licurgo; 776, primera Olimpiada). Llegó también a intuiciones geniales, considerando la posibilidad de arribar a la India partiendo de España.

Otros geógrafos de esta época fueron Dicearco de Mesina (ca. 310 a. de C.), matemático, historiador, y autor de la medición de la altura de las montañas de Grecia y de la circunferencia de la tierra; Agatárquidas de Cnido (ca. 150 a. de C.), también historiador, que nos dejó largas descripciones de Asia y Europa en su obra *Historias*, así como en su tratado *Sobre el mar Rojo;* Apolodoro de Atenas (ca. 180 a. de C.), literato y filósofo; Artemidoro de Efeso, autor también de una medición de la circunferencia terrestre; y de una *Geographia* en 11 libros; y Posidonio de Apamea, experto astrónomo, como se verá luego, y también geógrafo, ideador del sistema de las cinco zonas geográficas y sostenedor de la teoría de un área de terremotos. A él se debe un célebre tratado *Sobre el Océano*. Finalmente, hay que reseñar a Crates, que pasa por ser el autor de la confección del primer globo terráqueo.

Las *Matemáticas*, unidas por lo general a la Astronomía, reflejaron evidentes progresos en la fase helenística. Y fue la Geometría el fundamento de este avance, ya que como es sabido, eran desconocidos los números escritos. Uno de los máximos expertos de la Matemática y de la Geometría fue Euclides de Alejandría (ca. 300 a. de C.), autor de *Los Elementos*, donde reúne y sistematiza en 13 libros la Geometría y las Matemáticas elementales. También nos han llegado sus *Datos* (introducción al análisis geométrico) y sus *Optica* y *Elementos de Astronomía*, obras todas ellas de alta importancia.

Sin embargo, el más famoso de los matemáticos y físicos griegos fue Arquímedes de Siracusa (ca. 287-212 a. de C.). Fue autor de diferentes tratados sobre muy diversas materias y llegó a calcular los límites del valor de *pi* e inventar una terminología para poder expresar la magnitud de los números; estableció las bases para el cálculo infinitesimal y fundó la ciencia de la hidrostática. Genial mecánico y físico, llegó a construir un planetario movido por agua; inventó la polea compuesta *(baroulcos)*, el tornillo sinfín, la rueda dentada y numerosos ingenios bélicos, algunos utilizados en el sitio de Siracusa, donde encontraría la muerte *(noli turbare circulos meos)*. Entre sus obras caben remarcar, *Enseñanza metódica de los teoremas mecánicos; Psammites* o *Sobre el número de las arenas; Sobre conos y cilindros; Sobre conoides y esferoides* y *Sobre los cuerpos flotantes*.

De considerable importancia fueron los hallazgos de Apolonio de Perge, «el gran geómetra», estudioso de las secciones cónicas (*Cónica*, en ocho libros) e inventor de la teoría de los epiciclos. Parece ser que fue el primero en establecer un principio de trigonometría, que luego emplearía Hiparco (ca. 190-120 a. de C.), su verdadero sistematizador.

En *Astronomía* destacaron Arquímedes, ya citado, constructor de un planetario, como se dijo, y anteriormente a él Aristarco de Samos (ca. 310-230

a. de C.) que sostuvo, al descubrir que el sol era mayor en masa que la tierra, el sistema heliocéntrico, que fue duramente combatido, así como un sistema para establecer los tamaños y ñas distancias celestes (distancia de la tierra a la luna). Hiparco de Nicea, también citado, fue el descubridor de la precesión de los equinoccios (inclinación del plano de la eclíptica) y el sostenedor de la teoría tradicional geocéntrica —sistematizada más tarde por Claudio Ptolomeo— y autor de un *Catálogo de las estrellas*, donde midió la distancia del sol a la tierra, calculó el diámetro del sol, explicó los eclipses y las mareas. En un segundo plano hay que situar a Conón de Alejandría, descubridor de una constelación; a Seleuco, continuador de la teoría heliocéntrica de Aristarco; a Hipsicles, que dividió la eclíptica en 360°; a Teodosio de Bitinia y finalmente a Gémino.

En Babilonia, cuna de la observación empírica de los cielos, sobresalieron Kidenas (o Kidinnu) de Sippar, que calculó la duración del año con un mínimo de error, y a Sudines, que junto a otros astrónomos se dedicó a traducir al griego materiales astronómicos babilonios.

Por lo que respecta a *Medicina*, el siglo III contó con dos primeras figuras en esta faceta científica: Hierófilo de Calcedonia (ca. 300 a. de C.) y Erasístrato de Iúlide, en Ceos (ca. 290 a. de C.). Hierófilo de Calcedonia, que actuó en Egipto y en Asia, tenido por médico personal de Seleuco, descubrió el sistema nervioso y distinguió el cerebro del cerebelo; asimismo descubrió que las arterias en vez de aire llevaban sangre. Fue llamado «padre de la Anatomía» por haber practicado las primeras disecciones sistemáticas en el cuerpo humano. Erasístrato de Iúlide hizo la distinción entre nervios motores y sensitivos y se ocupó también de la circulación de la sangre, si bien retornando al viejo principio de que llevaban aire. Asimismo, realizó operaciones y disecciones.

Ambos científicos, fundadores de escuelas rivales, contaron con seguidores de menor importancia, dedicados a la Anatomía y a la Fisiología. Una tercera escuela fue la de la Medicina empírica, que no consideraba los estudios anatómicos y fisiológicos, sino que basaba sus soluciones en dietas, masajes, paseos y baños. Su fundador fue Filino de Cos, al que siguieron Heráclides de Tarento y Asclepíades de Prusa.

Junto a esta Medicina, más o menos científica, el mago y los sacerdotes continuaron con sus prácticas de curanderismo tradicionales.

La *Mecánica* conoció también adelantos, a pesar de que las estructuras esclavistas del mundo helenístico no posibilitaron su desarrollo. Se inventaron catapultas por aire comprimido y a torsión, relojes de agua, órganos hidráulicos, turbinas de vapor, taxímetros, dioptras, niveles de agua portátiles, máquinas bélicas, etc. Hay que destacar en este apartado a Arquímedes, Ctesibio, Bitón, Filón de Bizancio y Herón de Alejandría.

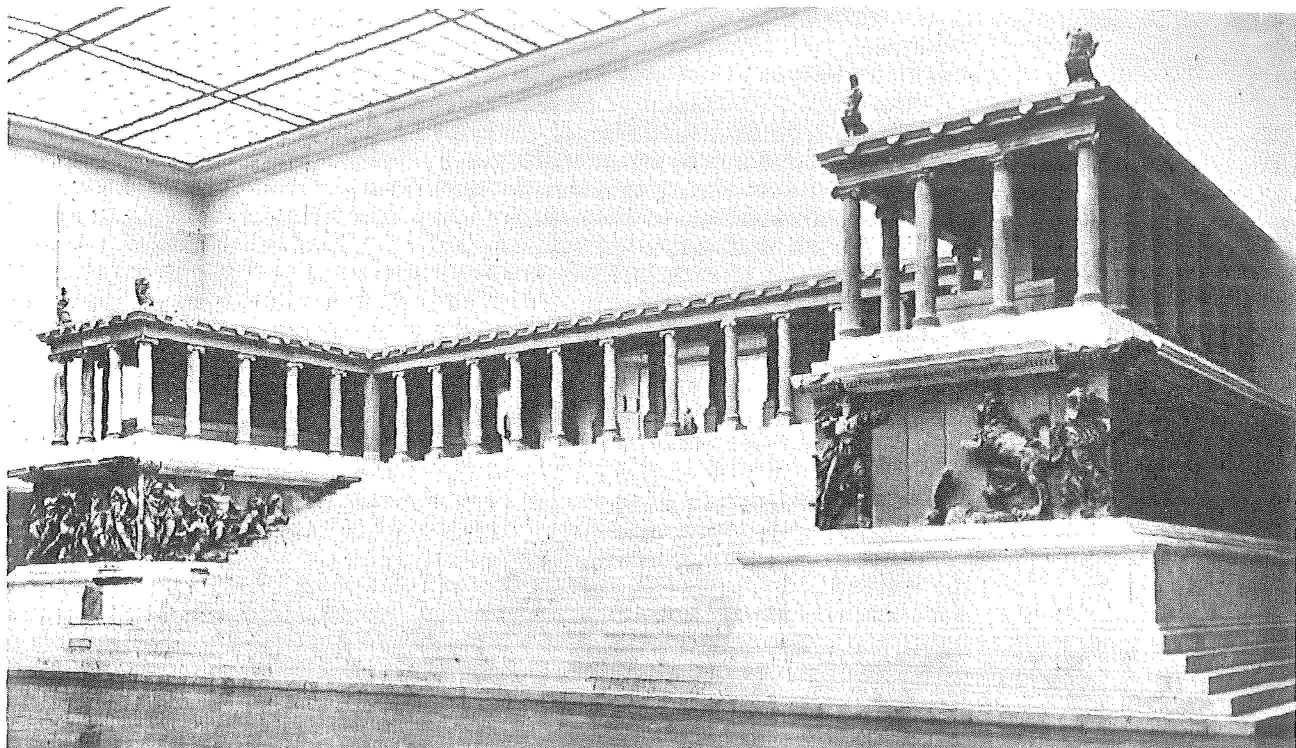
En *Botánica* y *Zoología* se produjeron conocimientos de nuevas especies de flora y fauna de Asia y de África, llegándose a establecer incluso jardines botánicos y zoológicos con fines científicos. El fundador de la Botánica había sido Teofrasto de Eresos (ca. 372-282 a. de C.), el autor de los *Caracteres*, pero tras él apenas avanzó esta ciencia. Por su parte la *Química* casi no tuvo cultivadores, prosiguiendo, por ello, la Alquimia con su importancia tradicional.

7. El Arte

A pesar de las encontradas teorías modernas sobre la originalidad del Arte helenístico, que tuvo que suceder en el tiempo al clasicismo griego, debemos indicar que supo buscar soluciones estéticas propias, dentro del nuevo contexto geográfico y socioeconómico. Si por su origen debía todo al Arte griego, por su cosmopolitismo, ideas nuevas y perfección técnica, el desarrollo y resultado final salía fuera de las coordenadas clásicas.

Así, surgirá un Arte multiforme y ecléctico, caracterizado por sus enormes contrastes (propios de su amplio marco territorial) y con posibilidades de nuevas expresiones. Las capas burguesas, la nobleza o la realeza exigían soluciones plásticas y necesidades urbanísticas bien diferentes, que los artistas y arquitectos helenísticos supieron resolver.

a) *Arquitectura*. Quizás el mayor exponente artístico dentro de la Arquitectura sea el desarrollo de la *urbanística*, ya que la fundación de



Altar de Pérgamo. Bajo Eumenes II (197-159 a. de C.), Pérgamo alcanza el máximo de su expansión y riqueza. De dicha época son los restos de este gran altar construido por iniciativa de aquél y en honor de Zens y Atenea Niképhoros.

ciudades y las obras públicas posibilitaban soluciones nuevas. En Arquitectura a la estructura arquitrabada griega con sus órdenes correspondientes (combinados si había varios pisos) se le añadirá toda la teoría de arcos y bóvedas orientales, sistema mixto presente en palacios, tumbas, templos y mansiones, que alcanzan ahora un grado de monumentalidad y esplendor muy notorios. Las ciudades con sus murallas (que son ahora reforzadas o creadas especialmente) disponían su urbanística, cuando era posible, en cuadrículas, introducidas por Hipodamo de Mileto en el Pireo en época de Pericles, adaptadas a la topografía del terreno y en donde pórticos, ágoras, gimnasios, palestras, bouleterios, estadios y otros edificios públicos cobraban especial importancia.

Si Alejandro supo dotar a su imperio con otras numerosas Alejandrías con el fin de helenizar el Oriente, sus sucesores supieron continuar esta iniciativa, aunque con distintos criterios y de forma algo desigual. Los Seleúcidas levantaron un número considerable de nuevas ciudades, los Atálidas supieron fundar una Pérgamo capaz de rivalizar con las mejores ciudades de Grecia; por su parte los Lágidas apenas destacaron en esta actividad urbanística, aunque supieron enriquecer Alejandría, fundación de Alejandro Magno.

La pauta de este urbanismo hay que verla en Pérgamo, Antioquía, Alejandría y Dura-Europos, ciudades que permiten hacerse una idea muy aproximada de esta actividad fundacional, cuya exposición es imposible pormenorizar aquí.

Pérgamo, capital de los Atálidas, se levantó a unos 30 km de la costa y sobre una cota de 335 m de altura. Esta elevación supuso problemas arquitectónicos que se resolvieron haciendo en ella tres ciudades comunicadas entre sí por escalinatas y terrazas adaptadas al entorno. El núcleo alto, la acrópolis, fue la más importante, contando con una doble ágora, el templo de Dionisos, el magnífico altar de Zeus, el santuario de Atenea Polias, la Biblioteca y el Museo; un poco más abajo se hallaba el teatro y un pequeño templo a Dionisos. La ciudad media contaba con un extraordinario gimnasio y diferentes templos, y la baja, en torno a un ágora, venía a ser el centro comercial y ciudadano de Pérgamo.

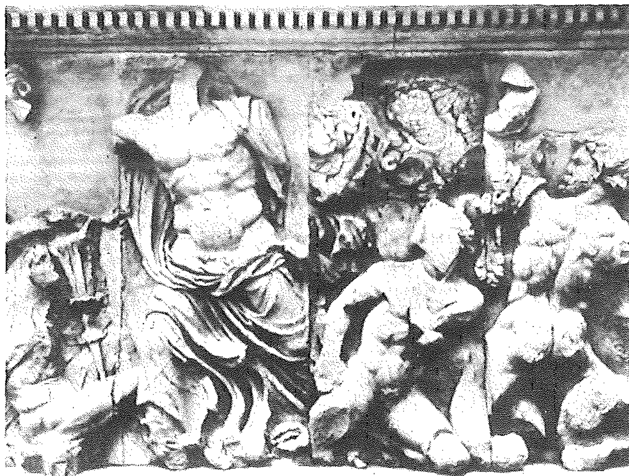
Antioquía, reedificada por Seleuco I Nicator a finales del siglo IV a. de C. había sido situada a orillas del río Orontes, formando un centro vital de comunicaciones. Su ámbito urbano fue dividido primeramente en dos barrios, perfectamente amurallados, pero al final de la etapa helenística contaba con

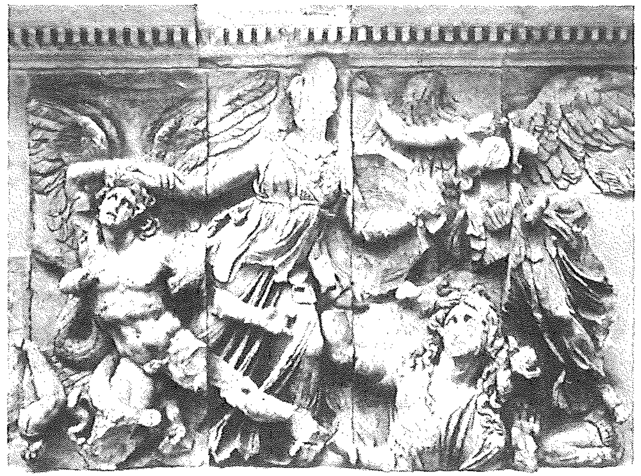
cuatro en total, habitados por más de 300.000 habitantes. Aunque poseyó una Biblioteca y un Museo, su importancia cultural fue menor, sobrepasándole su talante económico-mercantil.

Alejandría se levantaba al Oeste del delta del Nilo, entre el mar y el lago Mareotis. La ciudad, fundada por Alejandro Magno, se distribuyó siguiendo el sistema hipodámico, de acuerdo con los planos trazados por el rodio Deinócrates. Dos vías principales de gran anchura se cruzaban en ángulo recto, posibilitando así el resto urbano que fue dividido en cinco barrios. Contó con un majestuoso palacio en el que se levantaban además de las dependencias, el Museo, la Biblioteca, el teatro y los jardines. Separado del mar y en la isla de Faros se levantaba el faro de su nombre, obra de Sostrates de Cnido. En el barrio egipcio se levantaba el Serapeion y otras construcciones de menor importancia.

Dura-Europos, fundada hacia el 300 a. de C. por Nicanor III, general de Antígono y llamada Dura, y más tarde fundada otra vez por Seleuco I con el nombre de Europos, se levantó a orillas del Eufrates y llegó a ser un gran centro comercial y un enclave que controlaba el río mesopotámico. La ciudad se levantó siguiendo la planificación hipodámica en torno a una gran ágora; contó con numerosos templos, mercados, palacios y necrópolis.

Respecto a las *construcciones religiosas* las muestras más significativas hay que buscarlas en el Asia Menor. La razón descansa en realidades económicas que hubo de soportar la Grecia peninsular, demasiado empobrecida tras haber perdido su independencia, como para acometer obras de gran envergadura. Los templos que ahora se construyen (o los que se restauran) son casi todos de estilo jónico, de medianas o grandes dimensiones y de acusada riqueza ornamental. Se asiste a la reconstrucción del templo de Artemisa Leucofriene en Magnesia, planeado por Hermógenes y finalizado en el 129 a. de C. Se levantaba sobre una elevada plataforma y era períptero, convertido en pseudoperíptero por las reformas. Em el arquitrabe había un friso con relieves representando una Amazonomaquia (hay repartidos entre Estambul y París). Otro templo fue levantado en Hecate, en Egina, también pseudodíptero y con decoración escultórica. En Alejandría se erigió un templo a Serapis (Serapeion) de acuerdo con las tradiciones arquitectónicas griegas y orienta-





Altar de Pérgamo. Detalles del friso. Hacia 180-160 a. de C. Grandes relieves de 2,30 m de altura recorrían el templo por todos sus lados, alcanzando el friso los 112 m de longitud. Se representaba la lucha entre los dioses y los gigantes de la tierra y era tal el movimiento que se quiso plasmar que la maraña de cuerpos, ropajes al viento, armas, carros y animales hacen desaparecer, en ocasiones, el fondo del relieve.

les. Constaba de un propíleo, patio y diferentes salas. En Dídima, cerca de Mileto, hubo otro templo en honor de Apolo, que nunca llegó a terminarse. En Atenas se continuó con la construcción del templo de Zeus Olímpico. Era de orden corintio y poseía columnata doble. De dicho templo sólo subsisten algunas columnas. En Samotracia se levantó hacia el 260 a. de C. el templo de los Cabiros o de los Misterios). Poseía pórtico doble con columnas de orden dórico, tres naves con fondo terminado en ábside, así como un *thálamos* bajo el cual se hallaba la fosa de los sacrificios.

Entre los *monumentos de carácter civil* destacaron la Stoa que Atalo II de Pérgamo, en el siglo II a. de C., levantó en el ágora de Atenas. Era de dos pisos, con columnas dóricas y jónicas y con tiendas y almacenes en su parte

posterior. Singular importancia tuvo el Museo de Alejandría, levantado por Ptolomeo I Soter. Era un complejo arquitectónico a base de estancias, jardines, fuentes, stoas, biblioteca y comedor. En esta misma ciudad fue edificado un famoso faro, al que se aludió más arriba, en tiempos de Ptolomeo II Filadelfo. Por sus dimensiones (134 m de altura) y funcionalidad fue una de las maravillas del mundo. Estaba estructurado en tres secciones de volumetría decreciente: una base cuadrangular, un cuerpo octogonal y una estructura circular superior en donde se quemaban maderas, cuyo fuego, mediante un adecuado juego de espejos permitía proyectar la luz. Gran importancia alcanzó en esta época el teatro de Efeso con cabida para 24.500 espectadores, así como el magnífico bouleterion (Cámara del consejo) de Mileto.

b) *Escultura.* La escultura helenística, que tanto debió a la interpretación naturalista de Lisipo (368-318 a. de C.), escultor de Alejandro Magno y artista presente entre la etapa clásica y la helenística, supo expresar con pleno dominio de la técnica los sentimientos encontrados del hombre y llegar a alcanza por ello una enorme difusión y consiguiente demanda. Pueden señalarse diferentes escuelas (Alejandría, Rodas, Pérgamo, Efeso, Tralles), caracterizadas por una específica concepción de la plástica, dentro de unos presupuestos válidos para toda la *koiné*. Sin poder destacar grandes personalidades en este campo, sí se poseen los elementos suficientes para valorar su real significación, cuya vitalidad se mantuvo hasta mediados del siglo II a. de C. en las obras mayores y hasta algo más tarde en las consideradas menores.

En Grecia, Atenas, sin lugar a dudas, es el foco más importante de la escultura helenística, continuadora del quehacer praxiteliano fundamentalmente. El estilo de las obras aquí producidas es sencillo, ejemplo de lo cual serían la *Temis* del templo de Ramnus, obra de Careístrato, y los *retratos de Esquines* y *Demóstenes*, obra ésta de Polyeuctos (ca. 283 a. de C.). El *grupo de Nióbides*, conocido por una copia romana, presenta evidentes influencias de Lisipo, si bien es muy libre en la multiplicidad de las posturas de las figuras.

Fuera de Grecia sobresalieron tres escuelas con personalidad propia: Pérgamo, Rodas y Alejandría, cuyos logros definen en su justa medida al arte helenístico.

Pérgamo se especializó en obras en las que lo apasionado, lo patético, lo heroico y lo real serían la nota más sobresaliente, caso del *Galo moribundo* y del *Galo y su esposa, suicidándose*, del monumento que Atalo I levantó en el 228 a. de C. y obra probablemente de Epígonos. Obras de espléndido estudio anatómico es el *Marsyas en el suplicio* o el *Fauno del cabrito* (copia en el Museo del Prado). Impresionantes son los relieves del *Altar de Zeus*, cuyos restos atesora el Museo de Berlín. Son unos grandes relieves que adornaban por tres de los lados el magno altar construido por Eumenes II en honor de Zeus y de Atenea Nikéforos, representando la lucha entre los dioses y los gigantes. También a Pérgamo se deben las primeras copias de las grandes obras de la etapa clásica, caso de la *Atenea Parthenos* de Fidias, por ejemplo, sentando así este precedente que tanto éxito alcanzaría en época romana.

Rodas sabría desarrollar como motivo escultórico el grupo, expresando en el mismo el dolor, la contorsión y la monumentalidad, características observables en el *Coloso de Rodas*, obra de Cares de Lindos y tenida como una de las siete maravillas, y que fue destruida por un terremoto; en el *Toro Farnesio*, obra originaria en bronce y hoy conocida por copia romana en mármol, que representaba la tortura ocasionada a Dirce por Antifón y Setos, obra de los hermanos Apolonios y Tauriscos de Tralles (ca. 100 a. de C.); el *Niño en oración* o el *Laoconte y sus hijos*, grupo realizado por Agesandros, Polydoros y Atenodoros, la máxima obra de la escuela y que representaba la violenta muerte de un sacerdote y uno de sus hijos por una serpiente enviada por los dioses; la *Victoria de Samotracia* (Museo del Louvre), figura alada de mujer, con sus ropas al viento, procedente del santuario de los Cabiros, y atribuida a Pitócritos de Rodas (ca. 190 a. de C.) y la *Fortuna*, obra de Eutíquides, destinada para Antioquía, y que es una soberbia figura femenina de rostro pensativo, sentada a orillas del río Orontes.

Alejandría, en realidad foco más bien de coleccionistas que de artistas, destacó por sus obras realistas al tratar temas de la vida cotidiana, conformadas en un nivel medio de calidad estética (*Afrodita de Cirene*, *Coplero de*

Nubia, por ejemplo), por sus obras de tipo alegórico *(grupo del Nilo)*, o por obras de evidente eclecticismo greco-egipcio *(relieve de Ptolomeo IV Filopator;* monumento funerario de *Pet Osiris, Cabeza de Ptolomeo III Evergete)*, y aun de tipo suntuoso o académico (*Apoteosis de Homero*, obra firmada por Arquelaos de Priene). Singular importancia alcanzaron los retratos de diferentes Ptolomeos en los cuales era manifiesta una clara impronta ática.

En el Norte de Anatolia trabajaron dos extraordinarios artistas, Deidalsas de Bitinia, autor de una *Afrodita agachada*, y Boethos de Calcedonia, que esculpió un encantador *Niño de la oca*, copiado e imitado numerosas veces.

Con sensible influencia clásica sobre el general tratamiento helenístico varias obras deben ser reseñadas dentro de lo que podríamos llemar escuela ecléctica. Hay que incluir aquí la totalidad de la obra de Demofonte, el restaurador del Zeus de Fidias y autor de las estatuas del templo de Despoina, en Lycosura; algunas obras del escultor Eubólides, así como otras de Euclides. Obras también de este tipo son la conocidísima *Afrodita de Melos* (conocida como *Venus de Milo*) del Museo de Louvre, atribuida a un tal Agesandros o Alexandros; y el *Psoeidón de Milo* del Museo de Atenas, obras ambas fechables hacia el 200 a. de C.

Párrafo aparte merecen la estatua en Bronce de *Demetrio I de Siria*, inspirada en el *Alejandro con lanza* de Lisipo: el *Gladiador Borghese* (Louvre), obra de Agasias de Efeso; el llamado *Torso de Belvedere* (Vaticano) de tanta influencia posterior y el *Pugilista sentado*, obras estas dos últimas del famoso escultor ateniense Apollonios.

A finales de esta etapa helenística hay que situar los frisos de los templos de Hécate (Lagina, Asia Menor) y de Artemis Leucofriene (Magnesia).

Durante el siglo III a. de C. se realizaron diferentes retratos de gran calidad, entre ellos los de *Epicuro* y *Crisipo*, con claros ribetes de idealismo que no se perderá en otros ejemplares posteriores, caso del llamado *Séneca* y del *Homero ciego*. Pieza de singular importancia por su clasicismo es la *Cabeza broncínea de Delos*, que podría considerarse una obra de Agasias de Efeso (ca. 80 a. de C.).

La estatuaria menor está representada por infinidad de esculturillas realizadas en bronce, madera, terracota o cera, caracterizadas por su cuidado modelado en general, su naturalidad expresionista y su variedad temática. Deben citarse la estatuilla broncínea de un *Joven negro músico* (París), de un *Jorobado*, un *Filósofo* y una *Bailarina* (las tres en el Museo de Nueva York), el *Sátiro con un bote* (Nápoles) y un *Poseidón* (Louvre). En madera hay que citar la *Hécate de las tres caras* (Nueva York), en su origen policromada y dorada, y la *Estatuilla de Alejandro Magno*, también dorada, del Louvre.

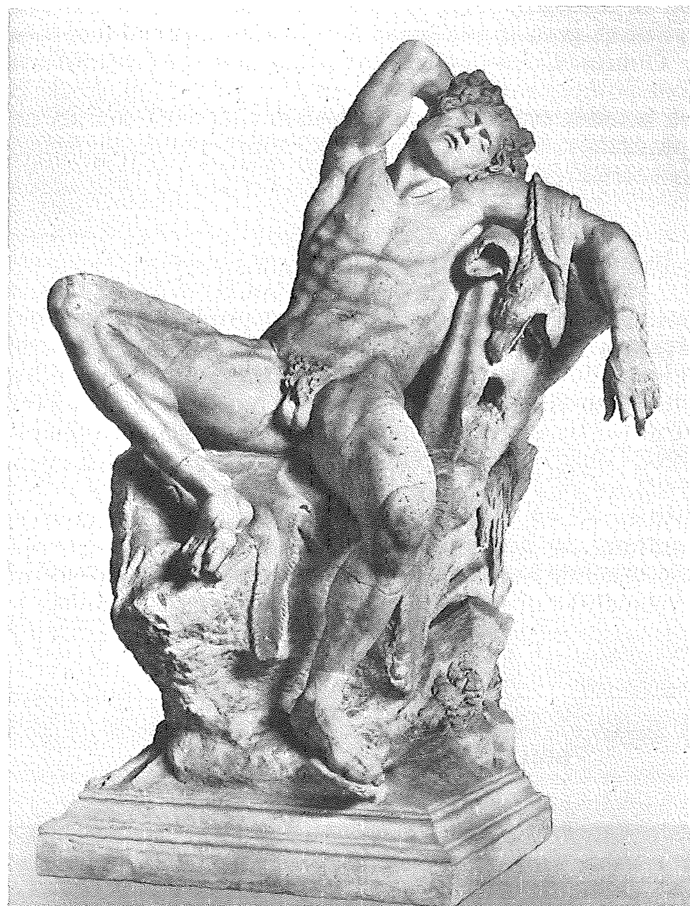
Las obras en terracota alcanzaron notable popularidad en esta etapa, ejemplo de lo cual sería el número considerable de ejemplares que nos ha llegado. De todas ellas las más famosas fueron las elaboradas a finales del siglo IV y todo el III en Tanagra (Beocia) y en Atenas (Atica). Consisten en estatuillas femeninas de pie o sentadas y en variadas actitudes. Su elaboración era industrial, en serie, con moldes aptos para ser combinados entre sí a fin de dar un número mayor de ejemplares diferentes. Fueron usadas como ofrendas religiosas, funerarias y también como objetos decorativos. Soberbios ejemplares de estas obras se hallan en las colecciones de los Museos de Londres, Nueva York y Atenas. A los centros, antes indicados, ya a finales del periodo helenístico, se les sumaron los de Myrina (Asia Menor), Esmirna, Tarso, Ponto y otros lugares de Grecia, Egipto, Italia y Sicilia.

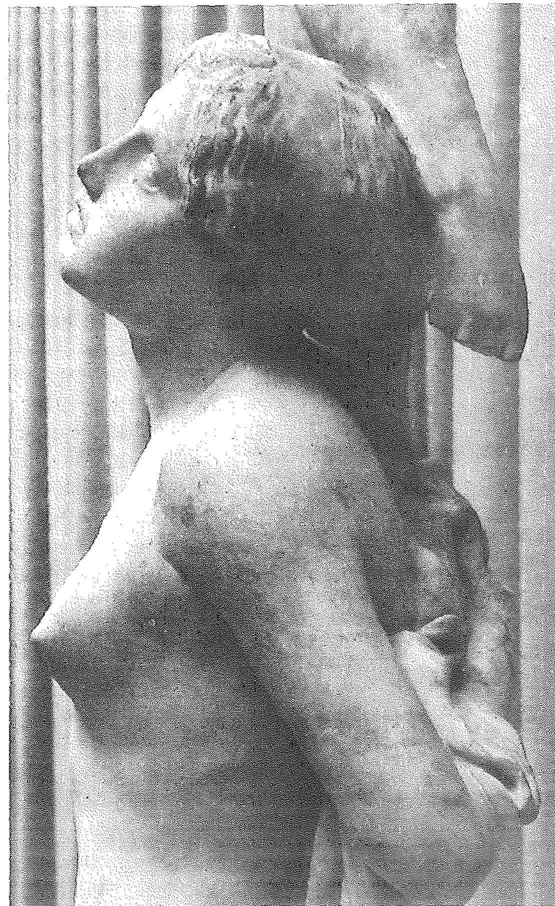
En cera, y a pesar de la fragilidad de tal material, nos han llegado algunos pocos ejemplares, entre ellos una cabeza femenina de escuela alejandrina con restos de policromía (hoy en Nueva York), pero de pobre interés plástico.

c) *Cerámica, pintura y mosaico.* La novedad más importante de la cerámica durante la fase helenística radica en el cambio decorativo y en las nuevas técnicas operados en los vasos. De gran importancia fueron las cerámicas de Adra, cerca de Alejandría, a base de colores al temple sobre superficies blancas; las de Canosa (sur de Italia), donde se combina plástica y pintura; y las de Centuripe (Sicilia), de diversas tonalidades cromáticas y realzados relieves plásticos.

Por su riqueza ornamental, a base de relieves de fina ejecución, son de especial interés las cerámicas fabricadas en Cales (lucernas, cuencos, tazas)

con temas sobre la *Apoteosis de Herakles* fundamentalmente (fial del Museo Metropolitano de Nueva York); le sigue la cerámica de Megara (cuencos sobre todo) de tonalidad negruzca o rojiza y temática floral o figurativa, que tuvo amplio mercado, y la cerámica de Pérgamo con relieves aplicados sobre la superficie de las vasijas y tonalidades negruzco-rojizas.

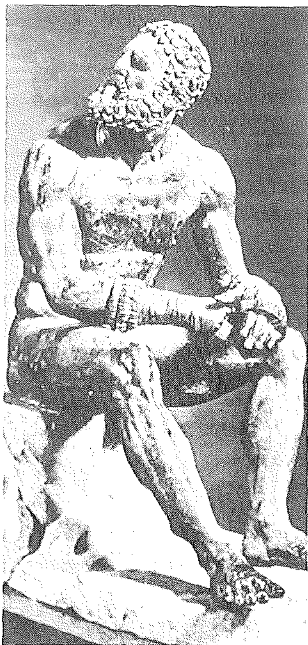




Como ejemplo de los violentos contrastes que se producen en el Helenismo estas dos esculturas. De un lado el gigantesco Fauno Barberini, fechado hacia 150 a. de C.; del otro, la figura de Niobé, desesperada por la muerte de sus hijos, muertos por la infértil Leto. Ambas son manifestaciones del Helenismo, ambas usan del escorzo marcado de la figura, pero mientras la primera sugiere un sueño profundo tras la borrachera, la segunda manifiesta el dramatismo de la madre.

Poco es, lamentablemente, lo que se conoce de la pintura helenística, a pesar de la importancia que tuvo como elemento auxiliar de la Arquitectura. Una nota cabe señalar ante todo: la multiplicidad de facetas que supo adquirir esta especialidad artística, las cuales iban desde el argumento de la obra en sí hasta la técnica. El asunto mitológico sigue en primer plano, seguido por el histórico, el funerario, el paisajístico *(parísos)*, inventado al parecer ahora, el costumbrista y el bodegón, junto a retratos de notable interés. Toda esta temática aparece tratada, por lo general, con mayor desenfado y más soltura en sus aspectos formales. Sin embargo, poco es lo que conocemos de la pintura helenística, pues existen grandes lagunas para todo el siglo III y la primeta mitad del siglo II a. de C. A tal etapa pertenecen las imitaciones «bárbaras» de la pintura helenística, como las de la tumba tracia de Kasanlik. Se ha de recurrir a las imitaciones y copias efectuadas en la pintura de Pompeya y Herculano para hacerse una visión aproximada de lo que fue la pintura helenística (las estelas de Pegase, único originales pictóricos existentes, son poco significativas), sobre todo en su etapa última, si bien se precisa un esfuerzo de abstracción que no resulta fácil, ya que es dificultoso señalar la influencia exacta de los modelos griegos, caso de las *pinturas de Ulises*, del Museo del Vaticano (copia romana de un paisaje helenístico), y de las de la Villa de Livia, en Primaporta, en el Museo de las Termas (Roma).

Externamente, asistimos tanto a composiciones de gran tamaño, adecuadas al marco arquitectónico, realizadas con tonalidades planas, matices cromáticos y dominio de la perspectiva sobre fondo básicamente escarlata, como a cuadros de caballete (frutas, jarros, guirnaldas) de alto preciosismo lineal.



Pugilista sentado. Escultura en bronce. Hacia 50 a. de C. Obra de Apollonios Néstoros, es la última manifestación escultórica del genio griego independiente. A partir de entonces, los buenos escultores continuarán siendo griegos, pero ya no se desprenderán del gusto y modo del imperio que los acabó de dominar.

Los pintores más importantes en esta etapa fueron Atenión de Maronea, especialista en temas míticos, Timómaco, especialista en pinturas con escenas de tensa emoción, y Antífilo, un egipcio, que destacó en cuadros de naturaleza muerta *(rhopographia)*. Podemos hacernos una idea de la retratística helenística a partir de los retratos encontrados en las cajas de momias de El Fayum, ya de época romana.

Por lo que respecta al mosaico, cuyo origen hay que verlo en Oriente, debemos señalar que alcanzó gran importancia y difusión, especialmente en Alejandría, Pérgamo, Olinto, Delos y Corinto. Hay que hacer también referencia a los mosaicos pompeyanos para tener una idea aproximada de la calidad de la musivaria helenística. Esta técnica presentó en su temática un acusado gusto por la naturaleza, el paisaje y el bucolismo en general, reflejo todo ello de las nuevas corrientes.

8. Importancia de la época helenística

La recíproca influencia entre lo griego y lo oriental produjo una acción positiva en la civilización y cultura. El intercambio social que hubo de realizarse en un mundo políticamente inestable (el edificio de Alejandro Magno se vino abajo en el transcurso de siglo y medio) creó nuevos conceptos sobre los que se elevaron los de «imperio mundial», «concordia», «humanidad», «mundo civilizado», como acertadamente ha señalado un autor moderno.

En la época helenística se encontraron Occidente y Oriente y ambos gracias a su legado cultural se hicieron más parecidos entre sí. En ese sincretismo se dibujaron amplias posibilidades civilizadoras que se proyectaron (Roma sería el vehículo) sobre amplias áreas europeas, asiáticas y norteafricanas.

BIBLIOGRAFIA

AUSTIN, M. M.: *The Hellenistic world from Alexander to the Roman conquest*, Cambridge, 1981.

BIANCHI-BANDINELLI, R. (dir.): «Historia y civilización de los griegos». *La sociedad helenística. Economía. Derecho. Religión*, vol. VIII, Barcelona, 1983.

——: «Historia y civilización de los griegos». *La cultura helenística. Filosofía, Ciencia. Literatura*, vol. IX, Barcelona, 1983.

BEVAN, E. R.: *The nouse of Seleucus.* Reimpr. 2 vols., Londres, 1966.

——: *Histoire des Lagides. 323 à 30 av. J. C.*, Paris, 1934.

BIEBER, M.: *The sculpture of the Hellenistic Age*, 2.ª ed., Nueva York, 1961.

BIKERMAN, E.: *Institutions des Séleucides*, París, 1938.

BURN, A. R.: *Alexander the Great and the hellenistic world*, Nueva York, 1962.

CALDERINI, A.: *La dinastia ellenistica dei Lagidi*, Milán, 1944.

CARY, M.: *History of Greek World from 323 to 146 B. C.*, 3.ª ed., Londres, 1972.

CHAMOUX, F.: *La civilisation hellenistique*, París, 1981.

CHARBONNEAUX, J., MARTIN, R., y VILLARD, F.: *Grecia helenística*, Madrid, 1971.

CLAGGETT, M.: *Greek Science in Antiquity*, Nueva York, 1956.

CLOCHÉ, P.: *La dislocation d'un empire. Les premiers successeurs d'Alexandre le Grand*, París, 1969.

COHEN, R : *La Grèce et l'hellenisation du monde antique*, 3.ª ed., París, 1948.

DASCALAKIS, A.: *Alexander the Great and hellenism*, Tesalónica, 1966.

DELORME, J.: *Le monde Hellénistique (323-133 av. J. C.). Evénements et institutions*, París, 1975.

FONTANA, M. J.: *Le lotte per la successione di Alessandro Magno dal 323 al 315*, Palermo, 1961.

FRASER, M. P.: *Ptolemaic Alexandria*, 3 vols., Oxford, 1972.

GLOTZ, G., y COHEN, R.: *Histoire Grecque. IV, 1. Alexandre et le démembrament de son empire*, París, 1945.

GRIFFITH, G. T.: *The mercenaries of the hellenistic world*, Chicago, 1975.

GRIMAL, P. (ed): *El helenismo y el auge de Roma*, Madrid, 1972.

HADAS, M.: *Hellenistic Culture. Fusion and diffusion*, Nueva York, 1959.

HANSEN, E. V.: *The Attalids of Pergamon*, 2.ª ed., Ithaca-Londres, 1971.

HEINEN, H.: *Untersuchungen zur hellenistischen Geschichte*, Wiesbaden, 1972.

HERM, G.: «Les Diadoques». *Les héritiers de l'empire d'Alexandre*, París, 1981.

HOPKINS, C.: *The Discovery of Dura-Europos*, New Haven, 1980.

JONES, A. H. M.: *The Greek city from Alexander to Justinian*, Oxford, 1971.

JOUQUET, P.: *L'imperialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient*, París, 1961.
LAFFORGUE, G.: *L'Orient et la Grèce jusqu'à la conquête romaine*, Vendome, 1977.
LAUNEY, M.: *Recherches sur les armées hellénistiques*, 2 vols., París, 1949-1950.
LESKY, A.: *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1976.
LÉVÊQUE, P.: *Le monde hellénistique*, París, 1969.
LEVI, M. A.: *L'ellenismo e l'ascesa di Roma*, Turín, 1969.
LONG, A. A.: *Hellenistic Philosophy*, Londres-Nueva York, 1974.
MANN, G., y HEUSS, A. (ed.): *Griecheland. Die hellenistische welt*, Berlín, 1962.
MARLOW, J.: *The Golden Age of Alexandria*, Londres, 1971.
MARTIN, R.: *l'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1974.
MIRALLES, C.: *El helenismo. Epocas helenísticas y romana de la cultura griega*, Barcelona, 1981.
NESTLE, W.: *Historia de la literatura griega*, Barcelona, 1930.
NILSSON, M. P.: *Geschichte der griechischen Religion*, 2 vols., 3.ª ed., Munich, 1974.
PARAIN, B. (Ed): *Historia de la Filosofía. Siglo XXI. La filosofía griega*, Madrid, 1972.
PEREMANS, W., y DACK, E. VAN: *Prosopographia Ptolemaica*, 5 vols., Lovaina-París-Leidem, 1950-1963.
PETIT, P.: *La civilisation hellénistique*, 2.ª ed., París, 1965.
PRÉAUX, C.: *Le Monde hellénistique. La Grèce et l'Orient (323-146 av. J. C.)*, 2 vols., París, 1978.
RICHTER, G. M. A.: *El arte griego*, Barcelona, 1980.
ROSTOVTZEEFF, M.: *Historia social y económica del mundo helenístico*, 2 vols., Madrid, 1967.
ROUSSEL, D.: *Los historiadores griegos*, Buenos Aires, 1975.
SCHLUMBERGER, D.: *L'Orient hellénisé*, París, 1970.
SCHMIDT, E.: *Der grosse Altar zu Pergamon*, Leipzig, 1961.
SCHNEIDER, K.: *Kulturgeschichte des Hellenismus*, 2 vols., Múnich, 1967-1969.
——: *Die Welt des Hellenismus. Lebensformen in der spätgriechischen Antike*, Múnich, 1975.
TARN, W. W.: *The heritage of Alexander*, Cambridge, 1933.
——, y GRIFFITH, G. T.: *La civilización helenística*, México, 1969.
TATAKI, A. B.: *Rhodes*, Atenas, 1979.
TCHERICOVER, V.: *Hellenistic civilization and the Jews*, Filadelfia, 1961.
TOVAR, A., GALIANO, M. F., D'ORS, A., y MARIAS, J.: *Problemas del mundo helenístico*, Madrid, 1961.
WALBANK, F. W.: *The Hellenistic World*, Glasgow, 1981.
WELLES, C. B.: *Alexander and the Hellenistic World*, Amsterdam, 1970.
——: *Royal correspondence in the Hellenistic Period*, Chicago, 1974.
WELSKOPF, E. CH.: *Hellenische Poleis*, 4 vols., Berlín, 1974.
WILL, E., MOSSÉ, C., y GOUKOWSKY, P.: *Le monde grec et l'Orient*, París, 1975.

ECONOMIA DEL MUNDO HELENISTICO

J. M. Blázquez



Escultura de Afrodita, copia de un original de Scopas y Lisipo. Siglo IV a. de C.

El Imperio creado en tan pocos años por Alejandro Magno, que comprendía desde el Indo hasta el Mar Egeo, fue muy complejo y, variado desde el punto de vista de la economía. También cambió la economía mucho de unos periodos a otros, y de unos Estados a otros. Muchos aspectos de la economía no se conocen bien. En el gran Imperio de Alejandro se dieron cambios drásticos en la estructura económica. El crecimiento de la población, el desarrollo del urbanismo en muchos Estados helenísticos y el hecho de que los territorios fueran propiedad personal de los monarcas, motivaron cambios sustanciales en la economía con respecto al periodo clásico.

1. Las monarquías helenísticas y sus riquezas

Los reyes helenísticos concentraban en sus manos todo el poder político, militar, religioso y económico. Se está relativamente bien informado, por la abundancia de la documentación con respecto a la de otros Estados helenísticos, de la economía del Egipto Lágida.

Los soberanos helenísticos ejercieron un control económico sobre las «tierras reales», que por derecho de conquista habían pasado a ser propiedad de la corona, y que en su mayoría procedían de pueblos no influenciados por la cultura griega, como lo eran todo el antiguo imperio aqueménida, conquistado por Alejandro, Illiria y Tracia, anexionadas a la monarquía macedónica por Filipo II, y la población nativa de Egipto. El monarca gozó de plena libertad de conquista para disponer de extensas áreas de terreno, para hacer en ellas lo que fuera de su agrado, incluso podía regalarlas a otros Estados, como lo hizo en 133 a. de C. Atalo III de Pérgamo, que por testamento entregó su reino al senado y al pueblo romano. Este testamento tenía un precedente en el hecho de que en el año 155 a. de C. Ptolomeo VIII, después que su hermano mayor Ptolomeo VI Filometor intentase asesinarle, legó a Roma su reino, según reza una inscripción encontrada en el Santuario de Apolo en Cirene.

Existían, dentro de la monarquía, diversas ciudades, que controlaban amplios territorios y que no pertenecían a las tierras reales. Estas ciudades se gobernaban por sus antiguas instituciones. Frecuentemente en ellas residía un funcionario real, que solía ser un militar, y controlaba la política y la administración de las ciudades. Estas ciudades están expresamente recordadas en la citada inscripción de Cirene, y en el testamento de Atalo III. En determinadas circunstancias los reyes incluso cobraban tributos de estas ciudades independientes. Tampoco pertenecían al patrimonio real las tierras de los grandes santuarios, enclavados dentro del territorio de las monarquías, las posesiones de reyezuelos indígenas, de tribus semiindependientes, y diversas propiedades privadas.

En Asia Menor se mantuvieron durante la época helenística o por lo menos en su primera parte, la estructura económica de la época aqueménida. El campesinado estaba sometido. La documentación que se posee, donación de los terrenos hecha por Antioco I a Aristódicides de Aso hacia el año 270 a. de C., las fincas de Aristódicides y de Laodice, y la inscripción de Mnesimajos demuestran la absoluta propiedad del rey sobre la tierra, y que el monarca disponía de ella a su antojo. Los *laoi* seguían siendo propiedad del rey. En el

fondo de Aristodícides, en cambio, en la finca de Laodice, los *laoi* de la tierra pasaban a ser posesión de la compradora. En el caso de Mnesimajos, éste se ve obligado a hipotecar al templo de Artemis una parte considerable de sus tierras. La política seguida por los Seléucidos dejaba las tierras reales en manos de los particulares.

Los Atálidas siguieron explotando las tierras reales con el antiguo sistema seléucida, pero lo hacían directamente. Los últimos reyes Atálidas confiscaron una serie de fincas privadas, mas los reyes en Pérgamo, al parecer, no hicieron donaciones de tierras.

Los monarcas helenísticos arrendaron también las tierras reales. Pueblos enteros se encontraban en régimen de dependencia, como en Bizancio, en Priene, en Zelea y en Heraclea Póntica.

2. Los ingresos de las monarquías helenísticas

Las monarquías helenísticas, enzarzadas en continuas guerras, necesitaban unos grandes ingresos para mantener en pie de guerra a numerosos ejércitos, que eran pagados a sueldo.

En este aspecto, al parecer, no tuvieron nunca dificultades financieras. Además de los ingresos fijos, contaban los reyes con el botín de los territorios conquistados. Dentro del antiguo imperio aqueménida el pago de las contribuciones era en dinero y en especie. Los reinos de los Atálidas y de los Seléucidas cobraron tributos. Determinadas ciudades o territorios estaban exentos de impuestos, por un favor real, siempre sujeto a revisión. Los Seléucidas continuaron percibiendo las contribuciones con el viejo sistema de los Aqueménidas, que consistía en fijar una suma determinada de tributos a cada satrapía, que eran 20. La administración local era la encargada de la recaudación y distribución de los impuestos. Los impuestos eran muy variados, y comprendían la totalidad de la vida económica de las poblaciones. Así, se cobraban impuestos sobre la producción del suelo, sobre los productos de la pesca, de los pastos y de los bosques, sobre el peaje, etc.

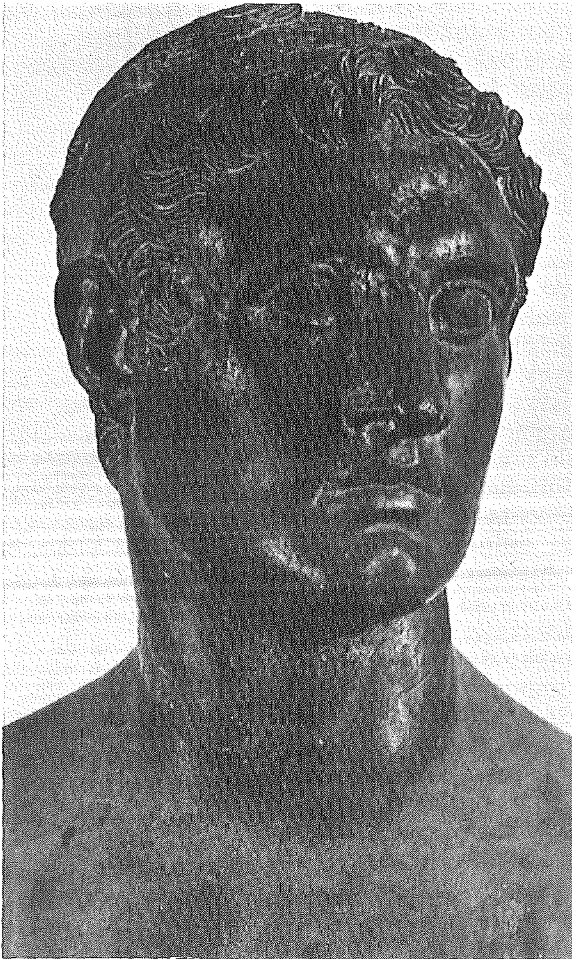
Una importante fuente de ingresos, que engrosó el tesoro real, fue la acuñación de moneda. En general, los monarcas helenísticos acuñaron mucha y buena moneda, lo que favoreció enormemente el comercio y el desarrollo de la economía monetal, incluso en los siglos, como el siglo II a. de C., en que ya el reino seléucida había entrado en franca decadencia. En esta monarquía cada satrapía contaba con su propio taller monetal. Los Seléucidas, a diferencia de los Ptolomeos, admitieron la circulación de cualquier moneda, incluso las acuñadas fuera de su reino, a las que ponían una contramarca, y de este modo circulaban como si fuesen suyas propias.

Los bancos funcionaban en la práctica como cajas reales. Recogían las tasas e impuestos, y el dinero de los particulares. Prestaban dinero a cantidad elevada, lo que se convirtió también en otra fuente importante de ingresos para la corona. La banca lágida prestaba el dinero al 24 por 100, que era una cifra muy elevada. Delos en cambio sólo lo hacía al 10 por 100.

Los datos que se conservan de la explotación de las «tierras reales» provienen en su mayoría de Egipto. Los ingresos de los Ptolomeos eran fabulosos, pero los de los Atálidas y Seléucidas, no iban a la zaga. Se ha calculado que los campesinos egipcios pagaban a los Ptolomeos entre el 40 y el 50 por 100 de la producción, que generalmente era trigo, lo que convertía a la monarquía lágida en una de las principales suministradoras de este cereal en el Egeo, con cuya venta hacían los Ptolomeos grandes negocios. El trigo se almacenaba en los graneros reales, y era transportado por el Nilo y los canales hasta ellos. Se exportaba por mar. Los grandes barcos que construyen los Lágidas, de los que se hablará más adelante, son probablemente navíos de transporte de cereales, que llevaban el trigo a los graneros reales.

Los ingresos de los Lágidas en tiempos de Ptolomeo II Filadelfo están calculados por san Jerónimo en el siglo IV *(Coment. Daniel* XI, 5) en 14.800 talentos anuales. Según el geógrafo de Amaseia, Estrabón (XVII, 798), Ptolomeo XII Aulete lograba unos ingresos de 12.500 talentos al año, en una época en que la dinastía estaba ya en franca decadencia. El historiador Polibio (XXVIII 21, 3) considera que el reino lágida, en tiempos de Ptolomeo VI, contaba con grandes recursos y estaba muy poblado.

Con motivo del terremoto de Rodas del año 224 a. de C. Ptolomeo III Evergetes (Pol. V 89) «prometió a los rodios 300 talentos de plata, un millón de artabas, cuya capacidad era de 39,6 litros, de trigo, maderas suficientes para construir seis quinquerremes, diez trirremes y cuarenta mil codos de pino escuadrados, medidos exactamente, mil talentos en monedas de bronce, tres mil talentos de estopa, tres mil piezas de vela, tres mil talentos para la reconstrucción del coloso, cien carpinteros, trescientos cincuenta ayudantes, y catorce talentos para el salario anual de estos artesanos; añadió doce mil artabas de trigo, para los juegos y los sacrificios, y veinte mil para el mantenimiento de las tripulaciones de diez trirremes. La mayor parte de estos subsidios los entregó en el acto, y de la totalidad del dinero una tercera parte» (Traducción de M. Balasch). Estos datos hablan bien elocuentemente de la riqueza de la monarquía lágida. Otras cifras, que recoge Polibio (V 88) con lo que socorrieron a Rodas diferentes estados helenísticos, demuestran que sus recursos eran igualmente fuertes. Así, Hierón y Gelón de Siracusa entregaron voluntariamente 100 talentos y eximieron de abonar los derechos de peaje a las naves rodias que entraban en sus puertos, además de algunos otros favores más pequeños.





Ptolomeo II, potenció militarmente a Egipto y favoreció las artes y las ciencias.

Ptolomeo III, el último soberano de la dinastía de los Ptolomeos.

Antígono Dorón «les envió diez mil piezas de madera de ocho a diez y seis codos, que podían servir para vigas, cinco mil travesaños de siete codos, tres mil talentos de hierro, mil talentos de colofonia, y mil metretas de resina líquida; además de esto les prometió cien talentos de plata. Su esposa Criseida les ofreció cien mil medimnos de trigo y tres mil talentos de plomo. Cifras que indican una riqueza grande, agrícola, forestal y minera en Macedonia. Seleuco II, el padre de Antíoco, además de la exención de los derechos de aduanas a los rodios, que entraran en los puertos de su reino, y a parte de diez quinquerremes equipadas completamente y de doscientos medimnos de trigo,

les dio diez mil codos de madera, de resina y de crines, y añadió la suma de 1000 talentos. Donaciones semejantes a éstas hicieron Prusias, Mitrídates, los reyes que entonces reinaban en Asia, Lisanias, Olímpico y Limneo» (Traducción de M. Balasch).

En el Imperio Seléucida Polibio (V, 44, 1) celebra la riqueza agrícola y ganadera de Media, donde la densidad de la población era grande. Los ingresos de esta monarquía eran enormes en tiempos de Antioco IV, como lo demuestra el lujo de la corte, bien patente en la descripción de las fiestas organizadas por el monarca en Dafne, durante 30 días, para eclipsar en un exceso de liberalidades las hazañas de Paulo Emilio en Macedonia (Pol. XXX, 25). Los arneses de los caballos estaban recubiertos de oro en su mayor parte, y los jinetes llevaban coronas del mismo metal, el resto de los arneses eran de plata. Los mil hombres del escuadrón llamados «los compañeros del rey», tenían los caballos enjaezados de oro. Los soldados vestían mantos de púrpura, muchos con figuras bordadas en oro. Acompañaban a la comitiva 800 jóvenes coronados de oro conduciendo 1.000 bueyes cebados. Para la ceremonia estaban preparados 800 colmillos de elefante. Las estatuas de los dioses iban vestidas con trajes bordados en oro. El número de vasos de oro y plata era fabuloso. En la comitiva participaban 1.000 niños con vasos de plata de mil dracmas de peso, y seguían otros 600 con vasos de oro; 80 mujeres iban sentadas en sillas de mano con pies de oro, y 500 en sillas con pies de plata. Los que competían en el gimnasio se untaban el cuerpo durante los primeros cinco días con perfumes de azafrán, que sacaban de cubetas de oro; en los cinco siguientes, con cinamonio y en los cinco últimos de la quincena con nardo. Lo mismo hicieron en la segunda, untándose los primeros cinco días con perfume de alholva, los siguientes de mejorana, y de lirio los últimos. Antíoco Epifanes era muy dado al uso de los perfumes; una vez mandó derramar sobre la cabeza de un bañista el contenido de una gran vasija llena del perfume más precioso. Polibio indica la procedencia de las sumas con que se pagaron estas fiestas. Lo tomado a Egipto durante la minoría de edad del rey Ptolomeo Filometor. También contribuyeron con sus aportaciones los amigos de Antíoco, pero la mayor parte procedía de los saqueos de los templos, a lo que alude con cierta frecuencia Polibio en su obra, lo que indica que atesoraban riquezas enormes.

Precisamente Antíoco IV (Pol. XXXI, 9, 1) muere, cuando intentaba, para disponer de dinero en abundancia, saquear el templo de Artemis en Elam.

Todo este derroche de riqueza venía después de la gran indemnización de guerra, que Antíoco III pagó a los romanos. El reino seléucida se había recuperado enseguida.

Hacia 215-163 a. de C. Antíoco IV, hijo de Antíoco III, sucedería a su hermano Seleuco IV en el trono de Siria. Fue llevado como rehén a Roma, donde permanecería durante catorce años. Combatió contra Egipto y se dirigía victorioso a Alejandría cuando un ultimatum de Roma le obligó a retirarse. Recibiría el nombre de Ephifanes, *que quiere decir «el Ilustre».*

Otras fiestas confirman esta riqueza fabulosa de las cortes helénicas, como las Adonias celebradas por Ptolomeo II y Arsinoe, cantadas por Teócrito en su Idilio XV, o la procesión en honor de Dionysos, que tuvo lugar en Alejandría en el año 276 a. de C. que describió Callixenos de Rodas, y que se conserva en Ateneo (V 197 c-203 b).

La riqueza de los monarcas helenísticos queda bien patente en su generosidad en levantar monumentos magníficos. Así Atalo I de Pérgamo en el siglo III a. de C. regaló al santuario de Apolo en Delfos, un pórtico adornado con grupos de bronce. El interior iba decorado de paneles de maderas ricas. En este mismo siglo el monarca macedonio, Antígono Gonatas, construyó en el mismo santuario un pórtico de 120 m de longitud. Filipo V levantó un pórtico dórico. En el año 174 a. de C. Antioco IV costeó el templo de Zeus Olímpico en Atenas, que se terminaría mucho después, en tiempos del emperador Hadriano. Atalo II de Pérgamo regaló a los atenienses el pórtico en el ágora; y Ptolomeo II un gimnasio y Eumenes II otro pórtico junto al teatro de Dionysos. Los monarcas competían en generosidad en costear edificios en los santuarios panhelénicos y en Atenas, cuna de la civilización griega.

Los datos que se pueden espigar en Polibio sobre los impuestos de guerra o sobre el tesoro de monarquías y ciudades demuestran que la situación económica no era mala en general en la mayoría de los Estados. El vencedor de Perseo, L. Emilio, además de gran cantidad de magníficos muebles y de otras riquezas, halló en el Tesoro 6.000 talentos de oro y plata (Pol. XVIII 34, 5). A los embajadores etolios les pidió Roma 1000 talentos pagados en el acto (Pol. XXI 4, 13). En la paz de Apamea, firmada en el año 188 a. de C. se comprometió Antioco III a entregar 15.000 talentos euboicos, en concepto de

indemnización de guerra, 500 en el acto, 2.500 al ratificar el pueblo romano el tratado, el resto a razón de 2.000 talentos anuales, y que pagaría a Eumenes los 400 talentos que le debía (Pol. XXI 17, 4-7).

En el tratado convenido entre los romanos y los etolios, después de la rendición de Ambracia, se comprometían éstos a entregar 200 talentos euboicos, y 300 en diez años, a razón de 50 cada año (Pol. XXI 30, 2, 31). 100 talentos y diez mil medimnos de trigo entregó el tirano de Cibira, de nombre Moagetes, a Cneo Manlio, para que no talase el ejército romano sus tierras (Pol. XXIX 34, 13). Este mismo general impuso al rey Ariarates de Capadocia una multa de 600 talentos y a Antioco III 2.500 talentos (Pol. XXI, 41, 8).

Los datos de que se dispone de las regiones del Mundo Helenístico prueban también que estos reinos tenían buenos ingresos. En la paz firmada entre Prusias de Bitina y Atalo de Pérgamo, el primer monarca pagaba a éste 500 talentos durante veinte años, e indemnizaciones por reparación de guerra de 100 talentos a las ciudades de Metimnia, Egio y Heraclea (Pol. XXXIII 13, 8).

Algunos otros datos sobre la riqueza de los Estados helenísticos cabe recordar, como que después que cesaron las guerras movidas por los monarcas Filipo V y Perseo de Macedonia todo el Peloponeso disfrutó de una gran paz (Pol. II 62, 4).

Rodas dio un subsidio en el año 220 a. de C. a los habitantes de Sinope, que temían un ataque de Mitrídates, de 140.000 dracmas (Pol. IV 56, 3-4).

El Egipto lágida heredó de épocas anteriores una burocracia administrativa encargada de la recolección de los impuestos y de la explotación económica y fiscal de las poblaciones indígenas, más perfeccionada que en las épocas antiguas.



Eumenes II, rey de Pérgamo, fue siempre fiel a Roma, favoreció las artes y las ciencias y fundó la biblioteca de Pérgamo.

El fisco y la economía estaban confiados a unos ecónomos, pero con el tiempo los estrategas desempeñaron las funciones de los ecónomos, y de este modo los estrategas se convirtieron en administradores de la justicia, de las finanzas y de la policía, lo que originó una serie de cargos subalternos, algunos directamente relacionados con la economía, como los recaudadores de contribuciones. El cometido de estos funcionarios era obtener el mayor rendimiento posible a la economía rural.

Los lágidas, como las restantes monarquías, no se propusieron nunca la meta de elevar el nivel de vida de la población. Su finalidad era obtener la

máxima cantidad de productos, que se vendían fuera del reino para adquirir moneda, de la que Egipto carecía, abastecer al ejército y a la ciudad de Alejandría, que contaba en época helenística con un millón de habitantes. El funcionamiento de la economía lágida se conoce muy bien a mediados del siglo III por un documento de excepcional valor, que es el archivo de Zenón sobre la *dorea* del dioceta Apollonios.

En esta época se adquirieron técnicas de cultivo, que hicieron mucho más productivas las tierras. Se trajeron simientes nuevas de origen griego o sirio, de rendimiento mayor, y se pusieron en explotación nuevas tierras, desecando la mitad del lago Moeris. Se generalizó el cultivo del olivo (el aceite era monopolio del Estado), de los frutales y de la vid. Monopolios de la corona eran las explotaciones mineras y las canteras.

En época de los Ptolomeos, la cría del ganado se desarrolló mucho. Se perfeccionaron las razas, trayendo sementales del exterior, como carneros de Mileto. Todas estas mejoras no contribuyeron a subir el nivel de vida de la población, sino a aumentar los ingresos del tesoro real.

Probablemente, a partir del siglo II a. de C., disminuyó la extensión de la superficie de cultivo en Egipto. También se hallaba bajo especial control de la corona, aunque también existieron talleres de particulares, la fabricación de tejidos de lino, que se tejían en talleres reales. La administración entregaba la materia prima, así como el papiro y la cerveza. Productos todos que no sólo se consumían en el país, sino que se exportaban en grandes cantidades, y que eran una fuente grande de ingresos para la monarquía.

Se carece de datos tan precisos como los de Egipto sobre la explotación en el reino de los Seléucidas. Asia se prestaba a otro tipo de explotación. Los Seléucidas y los Atalidas procuraron igualmente obtener el mayor rendimiento de la agricultura.

En los otros reinos helenísticos no hubo una dirección monopolista en la economía, como la de los Lágidas de Egipto.

3. Agricultura, ganadería y bosques

La base económica en el Mundo Helenístico siguió siendo la agricultura y en menor escala la ganadería.

Las fuentes de la época dan la impresión de que la agricultura se encontraba floreciente. Gran cantidad de trigo halló Filipo en los silos de Foitia, ciudad de Etolia; con esta ocasión distribuyó raciones de trigo a todo el ejército para 30 días (Pol. IV 63, 10). Próspera era la agricultura de Macedonia (Pol. IV 66, 7); al llegar la temporada, Filipo V, si la ocasión lo permitía, licenciaba al ejército para que atendiese a la siega del grano, como lo hizo al desistir los dardanos de invadir Macedonia, a comienzos de la Segunda Guerra Púnica. El país más poblado, con mayor número de siervos y alimentos de todo el Peloponeso y muy amante de la vida del campo, era el de los eleos (Pol. IV 73, 5). Algunas cifras, conservadas por Polibio, ofrecen datos de producción, almacenamiento y unas disponibilidades de grano muy altas; así en el año 219 a. de C. los aqueos entregaron al rey Filipo V, falto de víveres y de dinero para la tropa, 10.000 modios de trigo (Pol. VI, 6), lo que confirma una producción cerealista elevada en el Peloponeso (Pol. 1, 11), aunque Grecia fue deficitaria de grano e importó siempre de las riberas del Ponto Euxino, Egipto o Sicilia. Ya se señaló que Antioco regaló a la ciudad de Rodas, con ocasión del terremoto que arrasó a la isla, 200.000 medimnos de grano, que prueba una producción cerealista grande en el imperio seléucida; lo mismo se deduce del texto, de que Atalo regaló a los sicionios 10.000 medimnos de trigo; 10.000 entregó a los romanos el tirano de Cibira, Moagetes (Pol. XXI 34, 13); 20.000 medimnos de cebada y otro tanto de trigo exigió, para firmar la paz, Manlio a la tribu galo-griega de los salagusianos (Pol. XXI 36, 4). Es posible todavía espigar en Polibio alguna otra alusión a la riqueza agrícola y maderera del Mundo Helenístico; así el historiador escribe de Amiclas (Pol. V 19, 2) que «tiene hermosas arboledas y es muy fértil». Abundante en trigo era Cefalenia (Pol. V 2, 4). La región de Egina, ciudad de Fitiotida en el año 213 a. de C., al ser sitiada por Filipo, producía todo género de frutos, y el país proveía abundantemente de todos los materiales necesarios; posiblemente el historiador alude a maderas (Pol. IX 42, 10-11).

La cría del ganado se hallaba muy extendida. Ya se ha indicado algún dato, como los 1.000 bueyes cebados que figuran en las fiestas celebradas por Antioco IV. Ganados con sus pastores se mencionan en las cercanías de Tarento (Pol. VIII 24, 9). De carne se hacía un gran consumo en los festines, como lo indica el banquete que Cleómenes ofreció a sus criados, donde se menciona expresamente *carnes*. Carnes ofrecían al ejército de Filipo los habitantes de Milasa, Alabanda y Magnesia, en Asia Menor (Pol. XVI 24, 5). El ganado era numeroso en Mesenia (Pol. IV, 3, 9); hacia el año 222 a. de C. su robo constituía un botín codiciado para los piratas, que una noche asaltaron Mesenia (Pol. IV, 4, 1) y para los etolios (Pol. IV, 18, 10) en 220 a. de C. en la ciudad de Cineta, en Acaya, donde robaron el ganado de la ciudad (Pol. IV, 28, 6) y del templo de Diana. En el año 204 a. de C., el tirano de Esparta persiguió los ganados de Protágoras y de algunos otros, lo que fue el inicio de la guerra (Pol. XII, 8, 7). El robo de los ganados de Mirrijo y de Simón ocasionó no pequeñas disensiones entre los beocios y otros pueblos (Pol. XXII, 4, 15). En época de guerra se defendía el ganado como tesoro precioso, lo que prueba su importancia en la economía, como hicieron los habitantes de Elide, que retiraron el mayor número de siervos y de ganado a un lugar llamado Talamas (Pol. IV, 75, 2) ante la presencia del ejército de Filipo V, que después se apoderó de un gran número de cabezas (Pol. IV, 75, 7). La cría de caballos estaba muy extendida a juzgar por el gran uso que de este animal se hacía en las guerras por todos los reinos.

Los bosques debían ocupar en algunas regiones grandes extensiones de terreno, como se deduce de las aportaciones de maderas, ya citadas, a Rodas, con motivo del terremoto. El desarrollo grande de la artesanía naval presupone una abundancia de maderas en algunas regiones, como Macedonia. Buenos bosques tuvo Pérgamo. Las inmediaciones de Feras en 198 a. de C. estaban llenas de campos cultivados, de jardines, que se desarrollaron mucho en época helenística, y de bosques (Pol. XVIII, 20, 1). Los árboles frutales eran también muy cultivados, principalmente la higuera (Pol. XVI, 24, 5). Siria producía mucho vino y aceite, que exportaba en grandes cantidades. Los Ptolomeos favorecieron, por su parte, el cultivo de la vid, pero la demanda fue grande e importaba Egipto el vino, principalmente de Asia Menor, que se consumía a pesar de la fuerte tasa de importación.

4. El comercio

El Imperio de Alejandro conoció un fabuloso desarrollo del comercio, como nunca lo había tenido antes el Mediterráneo.

Los Ptolomeos favorecieron el comercio de aromas e incienso procedente de Arabia. En las cortes se hacía un consumo grande de estos productos de lujo. En los mencionados juegos celebrados por Antioco IV en el año 166 a. de C., en Dafne se consumieron grandes cantidades de perfumes costosísimos.

La fundación de algunas ciudades como Arsinos, en la extremidad de varias pistas caravaneras, estaba en función de su importancia económica. A esta ciudad le hacía concurrencia Cleópatris, en tiempos de Ptolomeo II Filadelfo. La fundación de Philotera, en la misma época, en cambio, obedecía a la necesidad de disponer la monarquía lágida de elefantes, equivalentes a las modernas divisiones blindadas, para poder luchar en igualdad de condiciones con los Seléucidas, cuya arma más temible eran los elefantes indios, lo que se demostró claramente en la primera guerra siria. Los Lágidas en esta misma región podían obtener oro.

En función del comercio con el Mar Rojo estaba también la reapertura del canal que unía el Nilo con el Mar Rojo, como afirma Diodoro (1, 33, 11), citando a Agatarquides, también en tiempos de Ptolomeo II, lo que obligó a limpiar este mar de los piratas nabateos que controlaban ambas orillas. Los árabes nabateos eran al mismo tiempo comerciantes, marinos, caravaneros y piratas. En función del comercio está muy probablemente el viaje de Aristón a lo largo de la costa del Arabia, por orden de un rey Lágida. Aristón es la fuente del periplo de Agatarquides sobre la costa arábiga. Ptolomeo III estableció un servicio permanente en función de la caza de los elefantes en la costa africana del Mar Eritreo, mientras su antecesor sólo hizo expediciones intermitentes. Se puso al frente de esta caza a un estratega. Los elefantes se

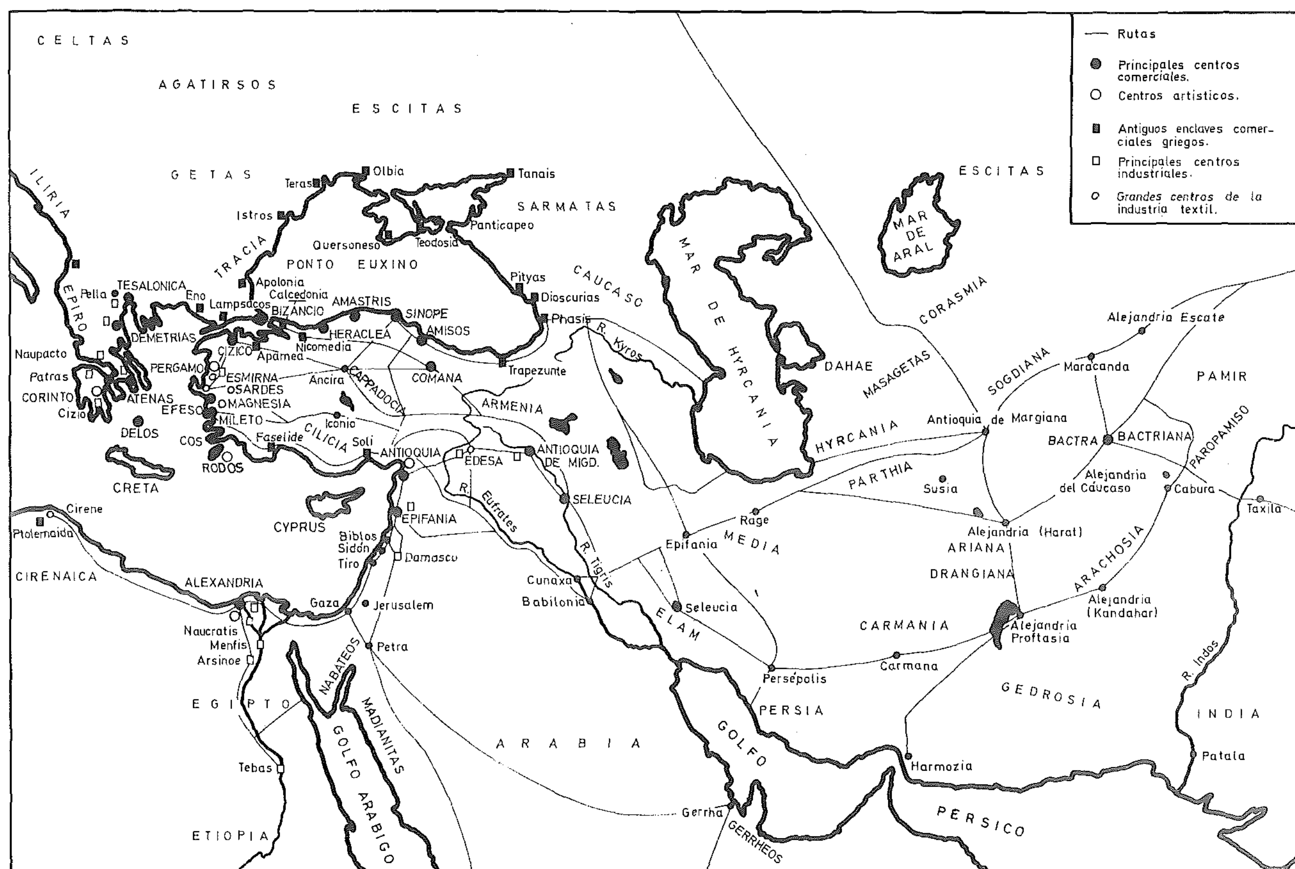
transportaban en barcos. En los años de Ptolomeo IV se menciona el último estratega encargado de la caza de elefantes. Por estos años, los Lágidas descubrieron la «Costa de los Aromas», probablemente visitada ya anteriormente por los egipcios. Se frecuentó a partir de estos años la Costa de la Mirra y del Incienso.

Los aromas, que antes llegaban a Egipto a través de Palestina, y particularmente de Gaza, ahora venían a través del Mar Rojo.

A partir del 200 a. de C. la vía marítima de los aromas cobró aún más importancia, al perder los Lágidas la Cele-Siria, lo que hacía inseguro el aprovisionamiento de las caravanas árabes. La ruta caravanera llevaba los aromas a Petra, capital del reino nabateo, y desde allí un ramal terminaba en Gaza, y otro en Gerra, que era un importante centro de comercio de aromas, como lo demuestra el tributo que obtuvo en este país Antioco III.

La conquista de Cele-Siria puso en manos de la monarquía seléucida todo el importante comercio de aromas procedentes de Arabia.

En tiempos de Ptolomeo IV se descubrió la Cinnamomofora o «tierra de la canella», si bien este producto procedía del Extremo Oriente.



El mundo helenístico. Economía, comercio y rutas.

Sin embargo, el aprovisionamiento de los aromas, no fue un monopolio Lágida. Se encontraba en las manos de los particulares. Una expedición comercial a la «Tierra de los Aromas» duraba algo menos de un año. La flota real mantenía la seguridad de este comercio por el Mar Rojo.

En función del comercio con la India y con la finalidad de obtener productos exóticos, deben ponerse los viajes de Eudoxos de Cícico, de los que habla Estrabón (II, 3, 4), utilizando los vientos monzones. El primer viaje lo realizó en tiempos de Ptolomeo VIII, estando de vuelta en Alejandría en 116 a. de C., siendo confiscada su carga por el monarca lágida, lo que indica que era considerada altamente preciosa. El segundo viaje, entre 115 y 113 a. de C., duró tres años. En Alejandría una grave acusación le privó de los beneficios del viaje. Hacia 110 a. de C. intentaba un tercer viaje a la India, partiendo de Cádiz. Todos estos viajes abrieron las relaciones marítimas con fines comerciales entre Egipto y la India.

El comercio con la India cobró tal importancia que en la primera mitad del siglo I a. de C. está documentado el estratega del «Mar Indico y del Mar Eritreo», lo que indica una organización estatal en la navegación de estos mares, importantes desde el punto de vista comercial, a las órdenes del epistratego de la Tebaida, o del estratego de Coptos.

Los seléucidas se aprovisionaban de elefantes y de marfil y de otros productos exóticos en la India, desde el primer momento del establecimiento de la monarquía. Es probable que ya Seleuco I, al abandonar las satrapías indias, y después de él Antioco I, establecieran negociaciones comerciales con los príncipes indios, negociaciones que continuarían bajo Antioco II y III. Los seléucidas importaban después de la India piedras preciosas, perfumes, especias, tejidos de lujo, etc., que llegaban a Antioquía por vía marítima o por un camino continental a través de caravanas, que atravesaban Drangiana, Carmania y Persia, y desembocaba en Seleucia del Tigris, desde allí se bifurcaba en varios ramales: uno conducía a Siria, y a la capital del reino seléucida, Antioquía; otro terminaba en Asia Menor. Esta ruta caravanera era poco segura, principalmente desde el establecimiento del reino parto. A Babilonia llegaban también los aromas de Arabia, bien a través de una ruta caravanera, que atravesaba el país de los gerreos o bien por mar.

A partir del siglo III a. de C. se desarrolló mucho el comercio entre los Estados Helenísticos. Los productos básicos eran los mismos de las épocas anteriores, Egipto y Rodas ponían en el mercado grandes cantidades de trigo, del que el Egeo era deficitario. Egipto era el principal abatecedor de cereales. También lo era, en menor cantidad el Ponto Euxino, Sicilia, Cirenaica y Numidia. Polibio (XXVIII, 2, 2) menciona una importación de trigo siciliano a Rodas.

La necesidad de abastecer las ciudades de alimentos era tan grande, que en muchas ciudades se crearon unos magistrados, que vigilaban el comercio local o las compras de trigo, que frecuentemente se efectuaban con fondos especiales. En el año 303 a. de C. los habitantes de Teos y los Lebedios crearon un capital con este fin. A finales del siglo III a. de C. la isla de Samos dedicó el interés de un capital a la compra de trigo, organizado por decreto. En Rodas, una liturgia consistía en que los ciudadanos más pudientes socorriesen a los más necesitados.

La documentación lágida permite seguir las oscilaciones del precio del trigo en Egipto. El precio era elevado durante el gobierno de Alejandro. Osciló, pero siempre a un nivel alto, durante el gobierno de los diadocos, y descendió entre los años 280 al 240 a. de C. Después de esta fecha subió progresivamente. Durante el siglo II a. de C. hubo grandes oscilaciones, para descender finalmente. El precio del aceite, producto básico para la alimentación griega, fue más bajo que el del trigo y más estable. Estas oscilaciones del precio del trigo estarían en función de las grandes ciudades como Alejandría, y no se darían en el campo o en las ciudades pequeñas y apartadas de la costa.

También se vendía mucho vino, del que los griegos hacían un gran consumo, aceite y salazones. Los principales centros exportadores de vino eran Rodas, Cnido y Cos, los tres vendían vino a Egipto. Panfilia, Thasos y Quíos exportaban principalmente a Atenas y a Delos. Thasos, con Quíos, enviaban vino de calidad a las ciudades del Ponto Euxino, a Pérgamo, y a Egipto, además de a Atenas y a Delos. También se consumía vino del Ponto Euxino. El vino griego se bebía por todo el Mediterráneo, y llegaba a Ampurias, Marsella, a Cartago, a Sicilia y a la Magna Grecia.

Los habitantes de Sínope en el Ponto una vez compraron 10.000 cántaros de vino (Pol. IV, 56, 3-4).

El Ponto seguía, como en épocas anteriores, mandando salazones al Egeo, al igual que la Península Ibérica. Hacia el año 300 a. de C. el autor cómico Dífilo menciona las salazones de Sexi (Almuñécar), comparándolas con las famosas de Aminkla. El médico Hikesios, hacia el 100 a. de C., las recomendaba a sus enfermos por sus virtudes curativas. Este médico prefería los atunes pescados en Gades a los de Sicilia (Athen. VII, 315 d).

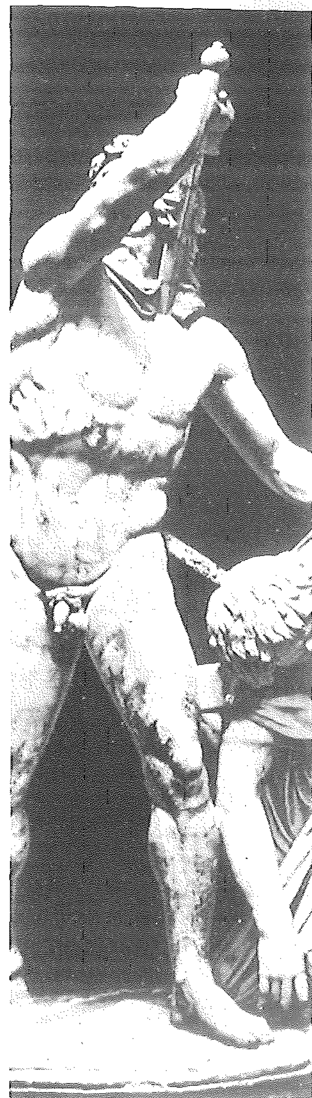
Hubo un incremento notable en el uso de metales preciosos, como se deduce de las joyas, fabricadas en oro y plata; de maderas, etc. La artesanía progresó mucho. Algunos productos, como las célebres cerámicas alejandrina y la megárica, fueron muy cotizados y llegaron hasta el gran puerto comercial hispano de Cartagena, donde aparece en grandes cantidades, al igual que la

megárica en el resto de la Península Ibérica. Las continuas guerras del Mundo helenístico colocaron en el mercado cantidades elevadas de esclavos. Delos fue un mercado famoso por la venta de esclavos. La isla fue declarada puerto franco por los romanos en el año 167 a. de C., lo que contribuyó mucho a convertirla en centro comercial importante, que ya lo era desde el siglo III a. de C., junto con Alejandría y Rodas; pero esta última isla perdió mucho de su importancia comercial con su decadencia y la creación de puerto franco de Delos. A través de Rodas se distribuía por el Egeo el trigo y otros productos egipcios. Delos era un buen mercado de trigo, en parte procedente de Rodas. Rodas importaba productos principalmente del Bósforo, por eso luchó en 220 a. de C. contra Bizancio por la libertad de navegación de los estrechos. Bizancio obtenía buenos ingresos de las tasas de peaje. Rodas conservó una posición preeminente en el comercio del Egeo desde comienzos del Mundo Helenístico hasta el año 167. El Pireo pasó a un lugar un tanto secundario. Todo el comercio de Egipto se canalizaba por Alejandría, que contaba con dos puertos, y con el famoso faro, obra de Sóstratos de Cnido, levantado hacia el año 270 a. de C., en tiempos de Ptolomeo II, que favorecía mucho la navegación y el comercio. El faro de Alejandría está representado en un vaso de vidrio decorado con motivos en relieve, la torre, los tritones y la estatua de Zeus Soter, hallado en Begram, Afganistán. A través de Alejandría llegaban al Egeo los productos exóticos de la India y de Arabia.

La importancia comercial de Rodas fue grande. Su comercio la obligó a convertirse en la gran policía del Egeo contra la piratería, de la que vivían varios pueblos, como los cretenses, los etolios, los cilicios y otros varios. La isla atraía a una población variada de comerciantes dándoles toda clase de facilidades, financieras y bancarias. De los impuestos obtenían ingresos sustanciales. Los comerciantes sirios acaparaban los negocios en Delos, en Alejandría y en Rodas. Los rodios no parece que fueran en número elevado comerciantes. Rodas y Alejandría canalizaron en gran medida el comercio del Egeo debido a los buenos puertos de que disponían.

La creación del puerto franco de Delos, acompañada de la expulsión de sus habitantes y su sustitución por atenienses, hizo que Atenas obtuviese grandes ingresos, que aumentaron por la destrucción de Corinto en el año 146 a. de C. por Mumnio.

Las excavaciones de Corinto han demostrado que la ciudad antes de ser destruida era muy próspera. Es muy probable que en la decisión de su destrucción intervinieran razones comerciales.



Detalle del galo suicidándose sobre el cuerpo de su mujer. Copia de un original de fines del siglo III a. de C.

Polibio (IV, 38) ha dejado una descripción excelente de la importancia comercial de Bizancio: «en cuanto al mar, los bizantinos ocupan el lugar mejor situado de todo el mundo que habitamos, tanto por la seguridad de que goza como por la prosperidad de que disfruta, pero por tierra el más desfavorable de todos desde ambos puntos de vista. Por mar, Bizancio está junto a la entrada del Ponto Euxino, en posición dominante, y ningún mercader puede entrar o salir por él sin el consentimiento de los bizantinos. El Ponto Euxino posee muchas de las cosas útiles que los hombres necesitan para vivir; de todo ello son dueños los bizantinos. En efecto: las regiones del Ponto nos proporcionan de manera abundante y lucrativa lo que resulta indispensable para la vida: rebaños y muchos hombres reducidos a la esclavitud; la cosa es bien notoria. Nos aprovisiona también copiosamente de artículos más bien superfluos, miel, cera y salazón. Los bizantinos aceptan como pago nuestros excedentes de aceite y vinos de todo tipo. En cuanto al trigo, se hace un intercambio: a veces, si es oportuno, lo venden; otras lo compran. Si los bizantinos hubieran querido dañar a los griegos y unirse a los galos o, más frecuentemente, a los tracios, o bien hubieran querido abandonar sus tierras, los griegos se hubiesen visto privados de aquellos géneros, o cuando menos el comercio no les hubiera reportado ninguna ganancia: tanto la estrechez de la vía marítima como la gran cantidad de pueblos bárbaros que lo flanquean nos harían impracticable el Ponto Euxino: la cosa no se puede negar. Sin duda, son los bizantinos los que, para su subsistencia, extraen mayor provecho de la excepcionalidad de sus parajes. Todo lo que les sobra, lo exportan; importan fácil y ventajosamente lo que les falta, sin ningún riesgo ni penalidad. Pero ya lo hemos apuntado que también los griegos restantes tienen muchas ganancias debidas a los bizantinos. Por esto los bizantinos se convierten en bienhechores comunes de todos, y es lógico que obtengan agradecimiento y ayuda de los

griegos si se les vienen encima peligros por parte de los bárbaros» (Traducción de M. BALASCH).

Los rodios y Prusias de Bitina obligaron a los bizantinos a levantar el tributo que cobraban a todos los que navegaban al Ponto (Pol. III, 2, 6). Para que los comerciantes y el tráfico de esclavos, que se hacía por mar con el Ponto Euxino, no estuviese entorpecido, Prusias arrebató la ciudad de Hierón a los bizantinos, ya que dominaba el estrecho, y que habían comprado antes con mucho costo (Pol. IV, 50, 3). No sólo los rodios y Prusias de Bitinia, sino incluso el jefe de los galos, que habitaban Tracia, Cavaro, procuraron que las mercancías circularan sin riesgo por el Ponto Euxino, para lo cual ayudó a los bizantinos contra tracios y bitinios (Pol. VIII, 22).

Estos datos demuestran la importancia excepcional del Estrecho de Bizancio como arteria comercial vital para todo el mundo griego. El comercio se vio muy favorecido por la red de comunicaciones, tanto terrestres, como marítimas. Polibio (III, 59, 3-4) hace constar expresamente que todo el orbe era en su tiempo navegable. En Alejandría en época de la expedición de Eudoxos de Cícico se conocían bien las naves gaditanas (Str. II, 3,4), lo que prueba que los gaditanos comerciaban con Alejandría.

En el Mediterráneo Central los puertos más importantes desde el punto de vista comercial, eran Siracusa y Tarento, donde se intercambiaban y vendían las mercancías de Italia y las del exterior (Pol. X, 1,8). Mileto seguía siendo aún famosa por la venta de sus lanas.

5. Minerales

Las minas de Laurión estaban en decadencia en época helenística. Chipre tenía explotaciones de cobre. Un poco de hierro se obtenía de Egipto, también oro y esmeraldas. Las minas en el imperio Lágida eran propiedad del Estado y esto debía suceder en los restantes estados helenísticos.

Las minas de Thasos en el siglo III a. de C. se encontraban en explotación.

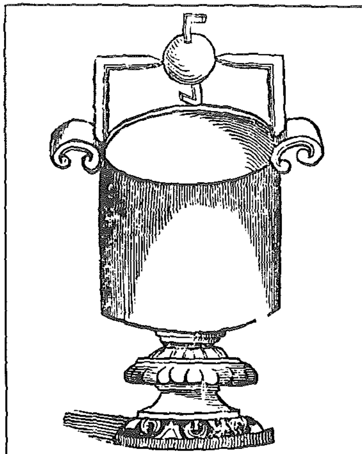
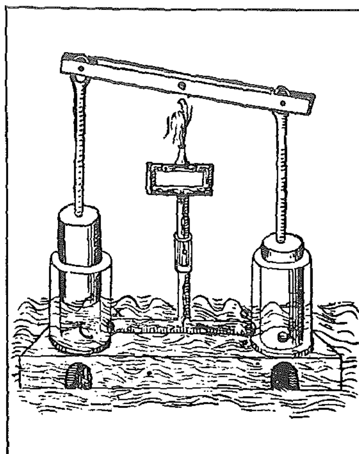
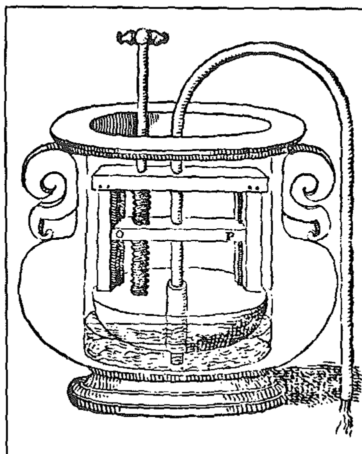
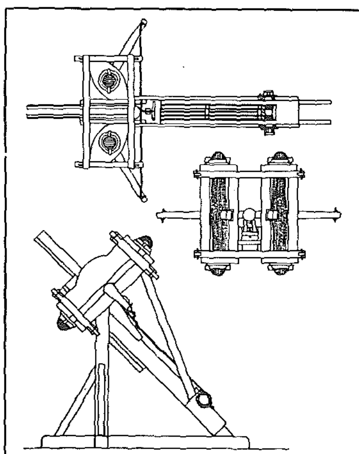
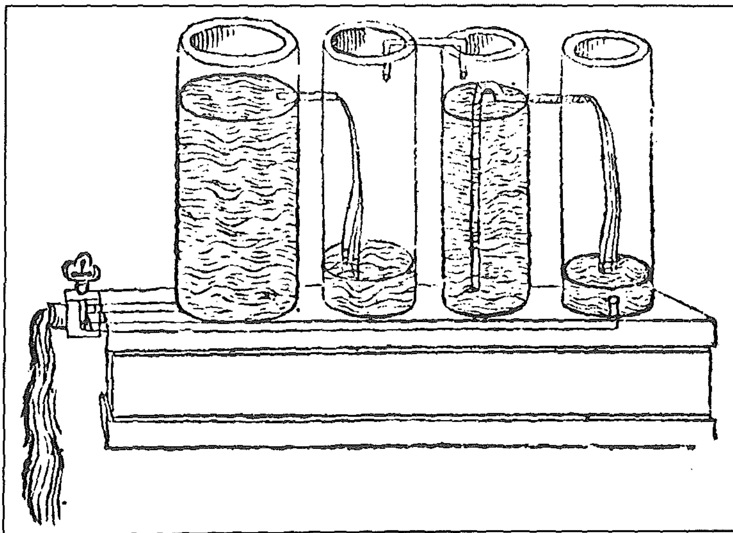
En Capadocia se trabajaban las minas de mercurio.

Las minas más famosas fueron las de Macedonia, que pasaron a poder de los romanos. Los sistemas de explotación minera se perfeccionaron con la aparición de algunos inventos, como el tornillo de Arquímedes, la bomba de Ctesibio, la polea de cangilones, etc., que después se aplican a las minas hispanas de esta época (Diod. V, 35, 38), cuyos sistemas de explotación eran típicamente helenísticos, como lo indica la presencia de las bombas de extracción de agua, descubiertas en las explotaciones hispanas.

DIODORO las describe en los siguientes términos:

«Luego ya, cuando los romanos se adueñaron de Iberia, itálicos en gran número atestaron las minas y obtenían inmensas riquezas por su afán de lucro. Pues, comprando gran cantidad de esclavos, los ponen en manos de los capataces de los trabajos en la mina. Y éstos, abriendo bocas en muchos puntos y excavando la tierra en profundidad, rastrean los filones ricos en plata y oro. Y bajo tierra, no sólo extienden las excavaciones a lo largo, sino también en profundidad, estadios y estadios, y trabajando en galerías trazadas al sesgo y formando recodos en forma muy variada, desde las entrañas de la tierra hacen aflorar a la superficie la mena, que les proporciona ganancia.

Gran diferencia ofrecen estas minas comparadas con las del Atica. Pues los que trabajan las de allá invierten considerables dispendios en su explotación y de vez en cuando no obtuvieron lo que esperaban obtener y lo que tenían lo perdieron, de modo que parece que son desafortunados como por enigma. Mientras que los que explotan las de España obtienen de sus trabajos montones de riquezas a la medida de sus esperanzas. Porque las primeras labores resultan productivas por la excelencia de la tierra para este tipo de explotación, y luego se van encontrando venas cada vez más brillantes, henchidas de plata y oro, y es que toda la tierra de los alrededores es un trenzado de venas dispuestas en circunvalaciones de diferentes formas. Algunas veces los mineros se topan en lo profundo con ríos que corren bajo tierra, cuyo ímpetu dominan rompiendo las embestidas de sus corrientes, para lo que se valen de las galerías transversales. Pues, aguijoneados por sus bien fundadas esperanzas de lucro, llevan a fin sus empresas particulares, y —lo más chocante de todo— hacen los drenajes valiéndose de los llamados caracoles egipcios, que inventó Arquímedes de Siracusa cuando pasó por

Herón de Alejandría, inventor griego, cuya fama duró más allá del *Renacimiento*. Entre sus inventos están: la eolípila y la bomba contra incendios, el sifón regulable y el mezclador de líquidos según el *principio de vasos comunicantes*.

Egipto. A través de éstos hacen pasar el agua, de uno en uno sucesivamente, hasta la boca de la mina, y así desecan el emplazamiento de ésta y lo acondicionan debidamente para el desempeño de las actividades de la explotación. Como este artefacto es enormemente ingenioso, mediante un trabajo normal, se hace brotar fuera de la mina gran cantidad de agua, cosa que llama mucho la atención, y toda la corriente del río subterráneo aflora a la superficie con facilidad. Con razón sería de admirar el ingenio del inventor, no sólo en este punto concreto, sino también por otros muchos y más importantes inventos, que de boca en boca han corrido por el mundo entero, de los cuales hablaremos por partes y con precisión cuando lleguemos a la época de Arquímedes.

Los que pasan su vida dedicados a los trabajos de minas hacen a sus dueños tremendamente ricos, porque la cantidad de aportaciones gananciosas rebasa el límite de lo creíble; pero ellos, bajo tierra, en las galerías día y noche, van dejando la piel y muchos mueren por la excesiva dureza de tal labor. Pues no tienen cese ni respiro en sus trabajos, sino que los capataces, a fuerza de golpes, los obligan a aguantar el rigor de sus males, y así echan a barato su vida en condiciones tan miserables; pero los hay que, por vigor corporal y fortaleza de ánimo, soportan sus padecimientos largo tiempo.»

DIODORO SÍCULO, resumiendo a Agatarquides de Cnido, conserva datos muy importantes sobre los sistemas de explotación de las minas egipcias, y el trato brutal dado a los esclavos, a las mujeres y a los niños. En varios puntos coincide con los datos de las minas hispanas, lo que es un nuevo argumento a favor de haberse explotado éstas según técnicas helenísticas.

III, 12, 2-6.

Es en esta tierra (en los confines de Egipto, en los límites de Arabia, Etiopía) donde los encargados de los trabajos de las minas hacen recoger el oro a una gran cantidad de trabajadores. Estos son, por lo general, criminales condenados, prisioneros de guerra, hombres que, perseguidos a menudo por falsas acusaciones, fueron arrojados a prisión por un acceso de cólera; diversos tipos de infortunados a los que los reyes de Egipto acostumbran a enviar a las minas de oro, bien solos, bien acompañados por toda su familia, tanto para obtener una justa venganza por los crímenes cometidos, cuanto para conseguir abundados beneficios del fruto de su trabajo. Los desgraciados que han sido así condenados a los trabajos de las minas, cuyo número es muy considerable, están encadenados, obligados a trabajar día y noche sin descanso y vigilados tan estrictamente que cualquier intento de fuga es inútil. Como sus guardianes son soldados extranjeros y hablan lenguas distintas a las del país, los trabajadores no pueden ni por medio de su conversación, ni de ninguna otra manera despertar la piedad de quienes los vigilan, o corromperlos.

He aquí cuáles son los procedimientos empleados para tratar las minas: Se expone al fuego intenso la parte más dura de la tierra que contiene el oro, hasta lograr que estalle, y a continuación se trabaja con las manos. La roca se ablanda de la misma manera y cuando está dispuesta a ceder ante un esfuerzo moderado, miles de estos miserables de los que hemos hablado, la destrozan con los mismos utensilios de hierro que se emplean habitualmente para tallar la piedra. Tras haber hecho la prueba de la roca, el jefe de todo el taller dirige a los trabajadores, les da instrucciones. Entre los desgraciados condenados a esta triste vida los más robustos se encargan de partir con mazas de hierro el mármol que se encuentra en la mina y no emplean para este tipo de trabajo más que la fuerza de sus cuerpos, sin ninguna ayuda técnica. Las galerías que abren no siguen, pues, una línea recta, sino la dirección que toman naturalmente las venas de esta piedra brillante; y como los trabajadores se encuentran a oscuras en medio de los rodeos que dan estas galerías, llevan linternas iluminadas, atadas a la frente. Por otra parte, se ven obligados a cambiar la posición de sus cuerpos, siguiendo la calidad de la roca que encuentran, para arrojar al suelo de la galería los bloques que desprenden. Este es el pesado trabajo que han de realizar sin descanso, bajo las órdenes de un concienzudo vigilante que los doblega a fuerza de golpes.

III.13, 1-3.

Los niños que aún no han despertado a la pubertad, se introducen por las galerías en los huecos de la roca, recogen con gran dificultad los trozos de piedra desprendidos y los sacan al aire libre, a un lugar frente a la entrada. Otros trabajadores, con más de treinta años, cogen de allí los trozos de un tamaño determinado y los machacan en morteros de piedra con mazas de hierro, hasta que quedan reducidos al tamaño de una lenteja. Tras ellos, las mujeres y los ancianos reciben estas piedrecillas, las echan en molinos alineados y dos o tres de ellos, colocándose en el brazo del molino, lo hacen girar hasta que logran convertir el tamaño de las piedras que les han sido entregadas, en un polvo tan fino como la harina. Como estos trabajadores no pueden dedicar ningún cuidado a sus cuerpos y no tienen siquiera un vestido con el que ocultar sus partes naturales, no hay nadie que viendo a estos infortunados no se sienta golpeado por la compasión debido al exceso de

males que soportan; pues no se hace excepción, ni son más suaves con los débiles, los tullidos, ni con las mujeres teniendo en cuenta la menor fortaleza de su sexo. Todos indistintamente son obligados a trabajar a golpe de látigo, hasta que absolutamente agotados por el cansancio, perecen bajo el peso de su tortura. Los desgraciados hasta este punto ven el futuro aún más espantoso que el presente y esperan con impaciencia la muerte, pues les parece preferible a la vida; hasta tal extremo es horroroso el suplicio al que han sido condenados.

III. 14, 1-4.

Finalmente, hombres instruidos en el arte de tratar los metales toman las piedras reducidas al tamaño que hemos indicado y concluyen la última parte del proceso. Comienzan por extender sobre una ancha plataforma, algo inclinada este mármol pulverizado. Lo remueven mientras vierten agua por encima. La parte terrosa arrastrada por el agua fluye por la plancha inclinada, mientras que el oro más pesado, permanece en su lugar. Repiten varias veces esta operación, primero frotando ligeramente la tierra con las manos, después, presionándola suavemente con finas esponjas, van quitando poco a poco la tierra inútil, hasta que sólo queda la pepita de oro puro. Otros reciben una cierta cantidad de estas pepitas que les son entregadas al peso y las colocan en vasos de cerámica, donde las mezclan con un lingote de plomo, de un peso proporcional a la cantidad de pepitas que contenga el vaso, algunos granos de sal, un poco de estaño y salvado de harina de cebada. Después cierran los vasos con una tapa perfectamente ajustada uniéndola con arcilla diluida y los colocan en un horno en el que cuecen durante cinco días y cinco noches sucesivos. A continuación lo retiran del fuego, los dejan enfriar y al abrirlos no encuentran más que oro muy puro que ha perdido muy poco de su peso, las otras materias han desaparecido. Así es cómo se trabaja en las minas situadas en el extremo de Egipto; y se ve qué penosos esfuerzos cuesta obtener este metal.

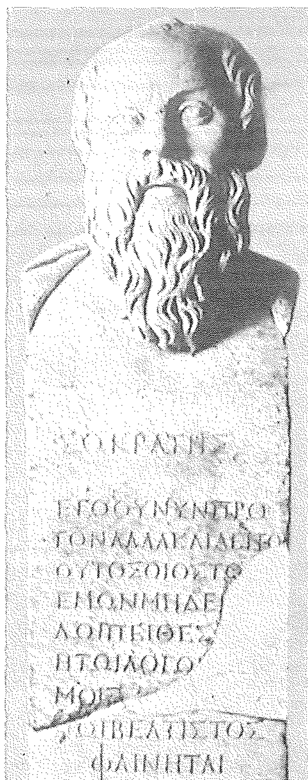
Helenístico fue también el sistema de explotación minera en Cartagena descrito por Estrabón (III 2, 10), resumiendo a Polibio que visitó estas minas al final de la guerra celtibérica: «Ocupan un área de 400 estadios, unos 75 km., que en ellas trabajan 40.000 obreros, y que en su tiempo (de Polibio) rentaban al pueblo romano 25.000 dracmas diarias. Y omito todo lo que cuenta (Polibio) del proceso del laboreo, porque es largo de contar, pero no lo que se refiere a la ganga argentífera arrastrada por una corriente de la que se dice, se machaca y por medio de tamices se la separa del agua; los sedimentos son triturados de nuevo y nuevamente filtrados, y separadas así las aguas, machacados aún otra vez. Entonces, este quinto sedimento se funde, y separado el plomo, queda la plata pura» (Traducción de A. García y Bellido). Incluso la explotación de las minas auríferas del NO. hispano se hizo con técnicas helenísticas, no de origen romano, ya que Italia carecía de minas importantes, según ha demostrado recientemente Sánchez Palencia. Plinio (XXXIII 70-78) describe minuciosamente la técnica de explotación llamada indistintamente *arrugia* o *ruina montium*, que serían dos operaciones diferentes, y que consistía en la excavación de galerías o pozos, destinados a provocar el derrumbamiento del terreno; en la construcción de grandes depósitos, colocados en los lugares más elevados de la explotación y donde desaguaba una red de acueductos; en la caída de grandes cantidades de agua almacenada, sobre los montones de tierra, que eran dirigidos en estado de lodo hacia los canales de decantación. El derribo de la roca se hacía mediante martillos o merced a la *ruina montium*.

Los morteros servían para triturar la roca, que machacada era conducida por el agua a los estanques, donde el oro se separaba de las arenas. Es imposible que esta técnica fuera indígena, y no hay pruebas arqueológicas de que se empleara por los nativos hispanos antes de la llegada de los romanos.

Todos los datos procedentes de Hispania demuestran que la técnica minera avanzó mucho en la época helenística y que se siguió aplicando durante el Imperio Romano.

6. Artesanado

El desarrollo grande del comercio ocasionó un crecimiento importante del artesanado, citado con ocasión de la ayuda prestada a Rodas. Una multitud



Herma de Sócrates, es una copia de un original del escultor Lisipo. En el busto está grabado el nombre del filósofo y un pasaje del diálogo platónico del Critón.

grande de artesanos figuran en Corinto (Pol. XXXVIII 12, 5). El crecimiento grande de la ciudad y la creación de otras muchas, sobre todo en el reino seléucida, motivó, sin duda, un aumento notable de la población dedicada a la edificación.

En época helenística se desarrolló mucho la industria de la construcción naval, como resultado del comercio y de la guerra.

Rodas contaba con una buena flota dedicada al comercio y a la policía del mar (Pol. XIII 4, 1).

En un combate naval junto a Quíos, en que lucharon las escuadras de Filipo contra Atalo y los rodios, intervinieron 53 navíos y 150 embarcaciones menores de parte del rey de Macedonia, y 65 navíos los aliados (Pol. I 19, 15). La construcción de alguna de estas flotas era muy costosa, así los rodios hacen presentes a los romanos los enormes gastos efectuados para construir la flota en que llevaron a Perseo su esposa Laodice. Los rodios, con esta ocasión, equiparon todos los buques que poseían. Perseo había ofrecido los materiales (Pol. XVII 4, 4-10). Cuarenta buques prepararon los rodios que iban a entrar en guerra contra Perseo (Pol. XXVII 3, 3). La flota seléucida también la menciona Polibio. Seleuco ofreció 10 barcos de guerra al Consejo de los aqueos reunidos en Megalópolis (Pol. X 7, 4). En Tiro y Tolemaida, Antioco se apoderó de 40 navíos de la flota egipcia, de los cuales 20 eran naves magníficamente equipadas y al menos con cuatro bancos de remos, y los restantes eran trirremes, birremes y barcazas (Pol. V 62, 3). La escuadra egipcia al mando de Nicolao se componía en 219 a. de C. de 30 naves y más de 400 de carga (Pol. V 68, 4). Incluso los pueblos de no gran tradición marinera construían barcos pequeños con los que navegaban. Una flota de 90 bergantines salió de Iliria a las órdenes de Escerdilaidas y Demetrio de Faros con intención de tomar Pila, en 220 a. de C. (Pol. IV 16, 6). Los ilirios eran buenos constructores de buques: a ellos les encargó 100 bergantines Filipo V en 216 a. de C., para el transporte de tropas (Pol. VIII 109, 3). Todas las ciudades grandes y chicas tenían sus flotas más o menos numerosas; así lo vemos en la paz entre Prusias de Bitinia y Atalo; el primero se comprometió a entregar al segundo 20 navíos de guerra, y el segundo reunió 80 entre los de los aliados, de los que 27 fueron equipados por él, 5 por Rodas y 20 por Cícico (Pol. XXXIII 13, 1-6). Toda esta construcción de barcos presupone la existencia de una industria de construcción naval, de personal especializado, de bosques para suministrar el material, y un comercio de importación de esparto para velas y cuerdas. Unos astilleros se mencionan en Oeniadas (Pol. IV 63, 11) y en Rodas, que fueron casi destruidos en parte por el terremoto. Lisímaco construyó un nuevo puerto para Efeso, pues el viejo estaba ya cegado por la arena.

Todos estos datos demuestran lo extendida que estaba la industria de construcción naval, en época helenística. Aumentó mucho el tonelaje de los barcos. Ptolomeo IV poseía los más famosos barcos de la antigüedad. Ateneo en su *Deipnosophistai* (V, 203-209) describió uno de ellos, tomando los datos de un libro escrito sobre Alejandría hacia finales del siglo III a. de C. por Celixeno de Rodas. El mismo autor, obteniéndolos de algún contemporáneo, recoge los datos sobre un segundo navío, que se hizo durante el gobierno del mismo rey lágida. Estos barcos estaban muy probablemente dedicados al transporte de cereales por el Nilo. Ateneo también describe un tercer barco construido por Hierón, rey de Siracusa, en cuya técnica de construcción intervino Arquímedes. La descripción está tomada de la de Mosquión, un contemporáneo seguramente de Hierón. Ya a comienzos de la época helenística se documentan navíos de seis filas de remeros por banda, después de siete, citados en la flota de Demetrio Poliorcetes, en la batalla de Chipre, que tuvo lugar en el año 306 a. de C. Después se llegará hasta 40 bancos de remeros por banda.

Las continuas guerras desarrollaron mucho el artesanado dedicado a la fabricación de armas. Cuando Filipo V invadió en 219 a. de C. Etolia halló 15.000 armas colgadas en los pórticos de Terma (Pol. V 74, 9). En la época helenística trabajaron mucho las fundiciones de bronce, como lo indican las esculturas de bronce, la cabeza de Apolo Lykeios de Praxíteles, el Heracles Farnese de Lysippos, o los varios Hermes sentados en la escuela de Lysippos, o las cabezas de Sócrates, de Seleuco I, de Esquilo, de Sófocles, la Afrodita de Doidalsas, varios sátiros danzando, Heracles ebrio, o el príncipe

del Museo de las Termas en Roma. Los célebres grupos de los galos moribundos son copia de originales en bronce, fechados a mediados del siglo III a. de C. Algunos bronces eran de tamaño descomunal, como el Coloso de Rodas. Una de las esculturas en bronce más famosas, de 24 metros de altura, considerada como una de las siete maravillas del mundo, era el Coloso de Rodas, que Cares y Lindo fundieron en bronce.

En Alejandría han aparecido unas 80.000 estampillas rodias de ánfora. Se supone que no contenían vino, ni aceite, sino que se exportaban como envases. Las terracotas con figuras deliciosas de damas, jóvenes, etc., fueron muy populares en estos siglos.

El arte desarrolló mucho la labra de la piedra, como en Pérgamo, o en Rodas.

Los joyeros cobraron mucha importancia. Las joyas helenísticas, que han llegado hasta nuestros días, son muchas y están finamente trabajadas. Una corona de oro, distinción que sólo se acostumbraba a conceder a los reyes, puso Aristómenes en la cabeza de Agatocles. Una estatua de oro erigieron a Atalo los sicionios en agradecimiento por haberles dado de su propio dinero, 10 talentos y 10.000 medimnos de trigo (Pol. XVIII 16, 3). Una corona valorada en 50 talentos pensó enviar a Roma Antioco, después de levantar el sitio de Alejandría. Ateneo, embajador de su hermano Eumenes ante el senado, le entregó una corona de un valor de 15.000 estáteros de oro (Pol. XXVIII 22, 3). Las había de menor precio. A Fulvio, después de la rendición de Ambracia, se le obsequió con una corona de 150 talentos (Pol. XXI 30, 10), y C. Helvio ofreció a Moagates una de 15 talentos (Pol. XXI 34, 4). Coronas regalaron las ciudades griegas de Asia y otras muchas a Cneo Manlio, mientras invernaba en Efeso, para felicitarle por las recientes victorias sobre los galos (Pol. XXI 40, 1), en 189-188 a. de C. Los rodios concedieron una corona a los romanos por un valor de 10.000 piezas de oro y designaron al almirante Teodetes para entregarla, quién partió en los primeros días de verano (Pol. XXX 5, 4). No sólo los monarcas helenísticos y las corporaciones, sino los particulares que desempeñaron cargos de gobierno importantes, atesoraban gran cantidad de oro y alhajas, como el etolio Escopas (Pol. XVIII 55, 1). Algunas obras, como la crátera hallada en Deveni, en bronce chapado en oro con escenas dionisiacas, son una auténtica maravilla de movimiento y de finura en los relieves. Los reyes helenísticos regalaron a los santuarios gran cantidad de vasos de metales preciosos, inventariados en las inscripciones, como en el santuario de Delos.

En los triunfos de los generales de Roma figuran gran cantidad de bronces, vasos y joyas, que demuestran la abundancia de todas estas obras, y lo mucho que trabajaban los fundidores de metales en Grecia. Así en el triunfo de Tito Quinctio Flaminino celebrado en 194 a. de C. para conmemorar su victoria sobre Macedonia, y que duró tres días, fueron exhibidos «vasos de todas clases en considerable número, casi todos cincelados, y de los que algunos eran obras maestras; muchos trabajos de bronce y diez escudos de plata... En el tercer día presentaron 114 coronas de oro regaladas por las ciudades» (Liv. XXXIV 52). En la pompa triunfal de Nobilior, del año 187 a. de C. por sus victorias en Etolia, Epiro y Ambracia, desfilaron 100 coronas de oro, de 12 libras de peso cada una, 285 estatuas de bronce y 230 de mármol (Liv. XXXIX 6), que procedían de la colección que Pirro tenía en Ambracia.

En el año 167 a. de C. en el cortejo de Paulo Emilio participaron 250 carros repletos de estatuas y de cuadros, entre los que figuraban obras de Fidias y de Lisippos, y cuadros del pintor Metrodoro. «Llevaban otros cráteras de plata, copas de formas varias... notables por su tamaño, peso y admirablemente cinceladas... venían niños llevando en las manos copas de oro y plata... Después traían una copa sagrada, cuyo peso era de 10 talentos de oro, incrustada de piedras preciosas, constituida por orden de Paulo Emilio. Después las antigónidas, seleúcidas, teriadas y otras, copas de oro, que adornaban la mesa de Perseo... Detrás del Rey, llevaban 40 coronas de oro...) (Liv. XLV, 40 y sig.).

Todos estos datos prueban la riqueza en obras de arte menor de las monarquías y de las ciudades helenísticas, y que los orfebres y talleres de broncistas debían ser muchos y trabajar intensamente.

No iban a la zaga los escultores. Según Plinio (XXXiv, 36), con el producto del saqueo de Corinto hecho por Mummio, llenó toda Roma de

M. 205 a. de C. Ptolomeo IV Filopátor, rey de Egipto, fue hijo de Ptolomeo III y su sucesor. Inauguraría su reinado con una serie de asesinatos, entre los que se cuenta el de su hermano Magas, su madre Berenice y su tío Lisímaco. Su vida, entregada de lleno a los placeres, tuvo como contrapunto la victoria que consiguiera sobre Antíoco el Grande, que había conquistado la mayor parte de Siria y Palestina, y al que derrotó en Rafia (217 a. de C.).



Cara interna de un espejo con tapa, con la representación de Afrodita y Eros. Fragmento.

estatuas. Estrabón (VIII, 23) afirma que casi todas las estatuas de Roma procedían de Corinto.

De los talleres reales de los Lágidas se ha hablado ya, al referirse a la producción de las monarquías.

Los musivarios lograron a veces obras de una gran calidad artística, por su realismo, colorido, movimiento y estudio anatómico, como los célebres mosaicos hallados en Pella, la capital de los Antigónidas, con escenas de cacerías de ciervo y de león, Dyonisos sobre una pantera, una amazononaquia, el rapto de Helena por Teseo, piezas fabricadas hacia el año 300 a. de C., o el célebre mosaico de la batalla entre Alejandro y Darío, de la Casa del Fauno, en Pompeya, copia de una obra de comienzos del Helenismo, quizás encargada por el rey Casandro a Filoxeno de Eretria. El uso del mosaico se generalizó, como lo indica las piezas de Delos o las halladas en los límites del Mundo Helenístico, como en Bactriana.

En la época helenística se desarrollaron mucho los talleres familiares de tejidos y de tapices. Alejandría se veía obligada a hacer fuertes importaciones de lana. Los sitios y los habitantes de Asia Menor principalmente los milesios y los Atálidas, comerciaban con sus lanas, de cuyo comercio obtenían fuertes ingresos. En Egipto se trabajaba mucho el lino, que se encontraba en régimen de monopolio real.

Hacen ahora su aparición cerámicas pintadas con relieves e incrustaciones de metales en Alejandría y en Gnathia.

La isla de Cos era famosa por los talleres de sedas y de brocados.

No parece que el aumento de la producción artesanal fuera acompañado de modificaciones en su estructura. Incluso los talleres reales de los Atálidas o de los Lágidas, no llegaron a una producción en masa. La estructura de los talleres de época helenística era la misma que en siglos anteriores. Se da simplemente una especialización del taller. Junto a artesanos libres trabajaban los esclavos.

Al igual que en la Grecia Clásica, se pretendía solamente con el taller obtener una renta. Los talleres siguieron siendo de carácter familiar, como lo eran en los periodos geométrico y clásico de la Historia de Grecia.

7. Ricos y pobres

La época helenística fue de grandes contrastes. Junto a la riqueza más escandalosa existía la pobreza en todos sus grados.

La riqueza más fabulosa se concentraba en los reyes y en el personal de la corte, en los cargos administrativos y en la oligarquía de las grandes ciudades. La idea del poder se asociaba ahora a la riqueza y su ostentación, lo que producía un gran prestigio social, como se deduce de la descripción de las fiestas ya citadas. El urbanismo monumental de las ciudades, las liberalidades de los ciudadanos ricos, las numerosas obras de arte, demuestran una gran acumulación de capital, al mismo tiempo que gran prosperidad económica en muchas familias y ciudades. El gran desarrollo del comercio, de carácter privado, creaba fuertes fortunas. La Arqueología prueba un buen momento económico para muchas ciudades de la costa de Asia Menor. Algunas obras literarias, como las *Meliembres* de Kerkedas de Megalópolis, embajador de su ciudad en la corte de Antígono Dosón, y oficial en la batalla de Sellarie, ataca la riqueza escandalosa de los ricos y predica la distribución de las tierras. Es partidario de una sencillez de vida, y de una repartición de los bienes superfluos, ideas tomadas de los cínicos. Incluso en regiones que, al parecer, estaban más apartadas de la general prosperidad, como Mesenia, Acarnania y Etolia, los testimonios de la abundancia de riqueza son grandes. Los ricos de la época helenística tenían capitales más fuertes que los de la época clásica. En las obras de Menandro, aparece una masa de gente que vive bien. Las leyes promulgadas para frenar el lujo ostentoso de las mujeres, por Demetrios de Faleros en Atenas, prueban que la riqueza era amplia.

Las figurillas de Tanagra presentan un tipo de mujer bien vestido, que se debió generalizar en muchas ciudades. A juzgar por la riqueza acumulada, el Mundo Helenístico fue próspero, por lo menos en su primera mitad. Esta riqueza estuvo más repartida geográficamente que en el periodo clásico, pero la repartición social fue muy deficiente.

No se puede clasificar, sin embargo, la economía helenística, como

capitalista, al faltar la transformación de capital en fuerza de producción. El capital pretendía la tesaurización.

La presencia de Roma en el escenario helenístico contribuyó a empeorar la situación. Hubo un descenso grande de la riqueza y Roma siempre apoyó la causa de los ricos. Las fortunas, que cita Polibio, no son muy grandes, y es un indicio evidente de la crisis que carcomía el Mundo Helenístico. La fortuna del hombre más rico de Grecia la evalúa en 20 talentos; a éste le parecía mucho dar 5 talentos por su rescate (Pol. XXXI, 26, 9-15); con esta ocasión menciona el historiador otros dos algo menos ricos, cuyas fortunas no se sabe a qué ascendían.

Ya a partir del siglo III las diferencias entre ricos y pobres eran manifiestas. Para equilibrar sus finanzas las ciudades helenísticas se echaron en mano de los ciudadanos ricos, que querían contribuir con sus bienes al sostenimiento de los gastos. Estos ricos procedían de la ciudad o de fuera. Se les recompensaba con ciertos privilegios y decretos honoríficos, que se transmitían a sus herederos. Se les levantaban estatuas e inscripciones. En Atenas la desaparición, a partir del siglo IV a. de C., de ciertas indemnizaciones, que se habían instituido durante los gobiernos democráticos para permitir que las clases medias y bajas de la sociedad pudieran desempeñar las magistraturas, concentró éstas en las clases pudientes, con lo que el abismo entre ricos y pobres se hizo más palpable en la vida política de la ciudad, pero no se puede hablar de decadencia económica generalizada, sino de que la riqueza se concentraba en pocas manos. La repartición de la tierra evolucionó hacia grandes fincas, por el endeudamiento de los pequeños propietarios, que hipotecaban sus tierras. La reivindicación de repartición de tierras y abolición de deudas están documentadas en muchas ciudades, y en la base de la reforma económica y social de muchos políticos, como Agis IV y Cleómenes III en la Esparta del siglo III a. de C. [Ya en época de Aristóteles (*Pol.*, II, 9, 14, 1270 a 16-18) las tierras habían ido a parar a pocos dueños], Agatodes en Siracusa, y Nabis de Esparta, que concedió la libertad a los esclavos, y confiscó las tierros de los ricos y las repartió entre los pobres. Cuando entró en Argos hizo reparticiones de las tierras de los ricos y condonó las deudas. Esparta se convirtió en la tierra de promisión de todos los desheredados de Grecia. Este programa de reformas económicas y sociales pasó, después de la muerte de Atalo III, a Aristónico en Pérgamo, y a Mitrídates VI, que se presentó en Grecia como el gran liberador contra la explotación de los romanos, que habían arruinado el riquísimo reino de Pérgamo. Este programa demuestra que la situación económica de amplias masas de la población era desastrosa y que el contraste entre ricos y pobres era escandaloso.

Los testimonios se pueden multiplicar, lo que demuestra que el problema de la falta de tierras y de las deudas estaba muy extendido. Querón de Esparta parceló entre sus ciudadanos más pobres las tierras que los tiranos habían concedido a las hermanas, esposas, madres e hijos de los exiliados y malgastó los fondos públicos, como si fueran propios (*Pol.*, XXIV, 7, 1-6). Molpágoras de Quíos, para atraerse a la multitud, denunció a los ricos, matando a unos, desterrando a otros, confiscando los bienes y distribuyéndolos entre el pueblo (*Pol.*, XV, 21). Particularmente desastrosa era la situación en Beocia (*Pol.*, XX, 4); el caos fue tan grande en esta región, que durante 25 años estuvieron los tribunales cerrados. El erario era saqueado por algunos, que sacaban fondos para repartirlos entre los ciudadanos pobres, procurándose por tal medio obtener las primeras magistraturas. De tales hombres esperaba el pueblo la seguridad de que no les molestarían los acreedores, y obtener dinero del erario (*Pol.*, XX, 6). Después de renovada la alianza con los romanos, Perseo intentó conquistar la amistad de los griegos, fijando edictos en Delos y en el templo de Atenea, llamando a Macedonia a todos los que huían de la persecución de los acreedores, o por delitos políticos. Se les permitió no sólo recobrar los bienes de que habían sido desposeídos, sino las rentas producidas durante el exilio. Perdonó a los macedonios las deudas al erario en el año 179-178 a. de C. (*Pol.*, XXV, 3). En el año 219 a. de C., Quilón, lacedemonio, se persuadió de que si, siguiendo las huellas de Cleómenes, proponía una división y repartimiento de tierras, el pueblo le seguiría (*Pol.*, IV, 8). Este proyecto fracasó. Al triunfar la democracia entre los mesenios y desterrarse los hombres más ilustres, los que se pusieron al frente de la ciudad, distribuyeron entre sí sus bienes por sorteo (*Pol.*, VII, 10, 1).

Las revueltas de esclavos prueban que la situacioın se había hecho insostenible para la clase servil entre los años 149 y 71 a. de C. Es en estos años cuando estallan las revueltas de Delos, de Laurión, de Sicilia y de Italia Meridional. Las utopías, que proliferan en la época helenística, y que predicaban la abolición de la propiedad privada, presuponen un gran desequilibrio económico y social. En la utopía de Evemero no existen privilegios económicos o sociales, salvo para los sacerdotes, ni esclavitud; en la de Iámbulo, escrita poco después del 250 a. de C., no había tampoco propiedad privada. La existencia durante toda la época helenística de grandes contingentes de mercenarios demuestra la mala situación económica de una extensa masa de varones, que buscaban en servir en los ejércitos una salida a su mala situación económica. Este servicio era una manera de promorcionarse después del licenciamiento, ya que recibían tierras.

Sobre el reino seléucida los documentos son prácticamente inexistentes en este aspecto.

Las reparticiones de grano a bajo precio o gratis, totalmente pagado con fondos del Estado demuestran la existencia de un proletariado urbano miserable en las ciudades. Una ley de Samos del siglo II a. de C. fijaba con gran minuciosidad el procedimiento de estas reparticiones.

Las guerras fueron de consecuencia desastrosa para la economía. Fueron continuas. En el Mundo Helenístico se había descubierto ya que la guerra era un fabuloso negocio (*Pol.*, V, 106, 6). Cuando los romanos solicitaron trigo de Egipto, durante la Segunda Guerra Púnica, Polibio expresamente indica que todo el Mediterráneo, salvo el imperio Lágida, estaba en guerra. El historiador da unos datos muy concretos sobre los efectos desastrosos de las guerras. En el año 220 a. de C., los bizantinos estaban aplastados de impuestos (*Pol.*, IV, 46, 5). En el año 219 a. de C. Filipo V se encontraba falto de trigo y de dinero (*Pol.*, V, 1, 6). En esta época, las ciudades aqueas, maltratadas por la guerra, pagaban con dificultad las contribuciones. En el discurso, que tuvo Agelao en Naupacto en la paz entre Filipo V y los etolios, el orador defendió la tesis de que lo que más importaba en Grecia era no tener guerras intestinas y que estaba el Rey macedón arruinando Grecia (*Pol.*, V, 104, 1-5). En el año 215 a. de C. Antíoco arrasó y saqueó Sardes (*Pol.*, VII, 18, 9). El embajador etolio Cleneas, en 211 a. de C., dijo en Esparta que Filipo V con su ejército había asolado los campos de los lacedemonios, arruinando los edificios, arrasado las ciudades y campiñas, adjudicando unas tierras a los argivos, otras a los tegeatas y megalopolitanos, y las restantes a los mesenios (*Pol.*, IX, 28, 7). La guerra que los etolios hacían a Filipo V, según se lo hacen ver los embajadores de Ptolomeo, Rodas, Bizancio y de otras ciudades, en el año 208 a. de C. «esclavizaba y arruinaba Grecia» (*Pol.*, XI, 5, 1). Nicanor, general de Filipo, arrasó el Atica (*Pol.*, XVI, 27, 1). La guerra se llevaba con una ferocidad inaudita; como eran continuas, su repercusión sobre la economía y sobre la sociedad era grande. Los datos son abundantísimos en Polibio; sólo espigaremos los más significativos sobre la esclavitud de las personas y la destrucción de las ciudades. Los ejércitos entraban siempre en territorio enemigo talándolo todo, como Aníbal en Italia, y los romanos en Africa. Baste mencionar un único testimonio: en el año 220 a. de C., los etolios pretendían talar no sólo el Peloponeso, según costumbre, sino Tesalia y Macedonia (*Pol.*, IV, 62, 8). En el año 224 a. de C., Cleómenes arrasó Megalópolis (*Pol.*, II, 55, 7). Mantinea fue saqueada y vendidos los hombres libres (*Pol.*, II, 58, 12), ya que el derecho de guerra permitía vender hombres, mujeres y niños al ser conquistados, y las leyes de la guerra y el uso, destruir las fortificaciones del enemigo, sus puertos, ciudades, hombres, barcos, cosechas y otras cosas semejantes, todo lo cual influía desfavorablemente en la economía de Grecia.

159-138 a. de C. Atalo II Filadelfo, rey de Pérgamo, era hijo de Atalo I y sucedería en el trono a su hermano Eumenes II. Contaba con la confianza de Roma, lo que le permitiría actuar como árbitro en los Estados vecinos: restableció en el trono a Ariarates V de Capadocia, entronizó al seleúcida Alejandro Bala, derrotó a Prusias II de Bitinia e impuso en su lugar a un hijo de éste, de nombre Nicomedes, que se le había rebelado. Aliado con los romanos participó en la derrota de Andriscos de Macedonia (148) y en la Liga aquea (146). Fue un sincero propulsor de la cultura helenística y continuó la tradición de mecenazgo de sus dos antecesores. Con él Pérgamo alcanzó su máximo esplendor.

La lectura de la obra de Polibio deja en el ánimo del lector un poco de amargura. Es el Mundo Helenístico un periodo de grandes riquezas, mal distribuidas y malbaratadas por las continuas guerras internas. Como indica el propio historiador, la única que sacó partido fue Roma. El cuadro que traza el escritor al final de su obra es triste. «En nuestro tiempo toda Grecia tiene un porcentaje bajo de nacimientos, y un general descenso de la población; las ciudades están despobladas, y las tierras han cesado de producir frutos, sin guerras continuas y sin epidemias... Los hombres han caído en una situación tal de desesperación, avaricia e indolencia, que no se

quieren casar, o si se casan, no quieren criar hijos, o a lo sumo uno o dos para dejarlos ricos. Los hijos morían por la guerra o por enfermedad, la casa quedaba desierta, y como las colmenas sin abejas, poco a poco las ciudades quedaban sin recursos y débiles.» Un cuadro más tétrico no se puede ofrecer al lector, que coincide con otras pinceladas que ha dado a lo largo de su obra, como que el número de pobres es mayor que el de ricos, (*Pol.*, XXII, 4, 3), referido a Beocia.


Medallón de oro y esmalte, con la diosa Artemisa. Siglo III a. de C. Detalle.

8. Impuestos y tasas. Créditos

Los impuestos indirectos gravaban el comercio de mercancías o el peaje. Se dispone de abundante documentación en las inscripciones para el gran mercado de Delos, entre los años 214-204 a. de C. Se gravaba la entrada y la salida de productos con el 2 por 100, el trigo, la pesca, la púrpura y los alquileres con un 10 por 100, y el peaje del puerto o del paso de los estrechos, o de los istmos entre las islas, y las ventas, con un 5 por 100. El producto de estas tasas iba a parar al tesoro del santuario y al de la ciudad.

Los impuestos directos se obtenían en casos excepcionales y cuando se pedía dinero a los ciudadanos más ricos para los gastos de funciones públicas, como el desempeño de cargos costosos, costear barcos de guerra, pagar los profesores de un gimnasio, mantener en buen estado los edificios, o costear el aceite de los atletas y las ceremonias del culto.

El de tasa de peaje producía ingresos fabulosos. Así Rodas obtenía un millón de dracmas del peaje, pero con haber declarado los romanos puerto franco a Delos, sólo recibía 150.000 (*Pol.*, XXX, 31, 12).

Un negocio grande era el crédito en las ciudades de la costa. Ni la banca, ni los templos prestaban dinero en negocios arriesgados. Los particulares prestaban el dinero en estos casos. El gran comercio helenístico presupone unos créditos grandes.

9. La esclavitud y la economía

Las continuas guerras pusieron en el mercado grandes cantidades de esclavos. Delos fue famoso por la venta de esclavos. En la producción agrícola y artesanal del Egipto lágida la participación de la mano de obra servil fue secundaria. Servían en las explotaciones privadas en cargos subalternos. Las minas eran explotadas por esclavos en todas partes. En Alejandría, al parecer, hubo gran cantidad de esclavos domésticos, cuya importancia fue menor en el resto del Mundo Helenístico. Los pastores eran con cierta frecuencia esclavos como en la dedicación de Atalo II a Atenea Ilias de sus rebaños con sus pastores, que en este caso serían esclavos reales. Los Atálidas dedicaban sus esclavos a la agricultura, al pastoreo y al artesanado. En Asia Menor la esclavitud no parece que desempeñó papel en la economía, pues la explotación agrícola se encontraba en manos de la población dependiente. Los esclavos no eran más baratos que los hombres libres, y su rendimiento no era menor. Los esclavos mediante el pago de cierta cantidad, trabajaban por cuenta propia en diferentes negocios, al parecer los que tenían capacidad de ser propietarios, que también se les reconoce, o los que trabajaban junto a sus dueños. Los Seléucidas, en su sistema fiscal percibían un impuesto especial sobre el tráfico de esclavos. Un impuesto similar existía en Egipto. Los esclavos, que dirigían determinados negocios de carácter artesanal o comercial, de los que eran propietarios, pagaban impuestos sobre sus propiedades y productos. Entre los Lágidas había un impuesto sobre el número de esclavos del tipo de la *capitatio*.

10. La moneda

Los monarcas helenísticos se vieron en la necesidad de acuñar grandes sumas de dinero para sus necesidades políticas y militares. Con la llegada del helenismo se generalizó la economía monetal por todos los Estados. Acuñaron monedas en número considerable. Así en el citado triunfo de Tito

Quinctio Flaminino figuraban 84.000 piezas antiguas de las llamadas tetradracmas, cada una de las cuales pesaba tres denarios, y 14.514 filipos. En la pompa triunfal de Nobilior se exhibieron 118.000 tetradracmas áticas, y 12.422 filipos; y en el de Paulo Emilio 750 vasos llenos de monedas, según datos de T. Livio.

Las fuentes de todas estas acuñaciones son las minas y el saqueo de los templos orientales.

Las monedas de plata tuvieron siempre una mayor importancia en la economía que las de oro.

Desde los tiempos de Alejandro Magno se adoptó el sistema ático en las acuñaciones y las restantes monedas griegas cayeron en desuso. Tan sólo se mantuvo la moneda de Rodas debido a su excepcional importancia comercial.

La monarquía lágida, por razones probablemente internas, se mantuvo en el círculo del etalón de Quíos-Rodas. Ya se ha indicado en páginas anteriores que los Lágidas no admitían la circulación dentro de su monarquía de monedas de otros reinos, que eran cambiadas sólo en los bancos reales, lo que era un buen negocio para la corona. Esta política fue seguida después por los Atálidas en Pérgamo, que prohibieron exportar su moneda, los famosos y bellos cistóforos.

Los monarcas helenísticos acuñaron igualmente monedas de bronce. Estas monedas, como en Egipto, circulaban principalmente en el interior del país.

Las ciudades libres acuñaban también sus monedas, con símbolos propios.

La elevada circulación monetaria y la generalización del comercio, ocasionaron un gran desarrollo de la banca, tanto privada como pública, y de los templos, con todo género de operaciones.

Los hallazgos monetales y los datos de algunas fuentes demuestran que las monarquías helenísticas disponían de cantidades elevadas de oro y de plata. En el mencionado triunfo de T. Quinctio Flaminino figuraron 18.000 libras de plata en lingotes y 270 labrada. En el de F. Nobilior, 1033 libras de plata y 243 de oro, y en el de Paulo Emilio, una copa, cuyo peso era de 10 talentos de oro.

BIBLIOGRAFIA

ANDREADES, A. M.: *A History of Greek Public Finance*, Cambridge, Mass., 1953.

ANNEQUIN y col.: *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la Antigüedad clásica*, Madrid, 1979.

BLÁZQUEZ, J. M.: *Economía del Mundo Helenístico en Polibio. Estudios sobre el Mundo Helenístico*, Sevilla, 1971.

——: *Problemas económicos y sociales de los siglos V y IV a. de C. en Diodoro de Sicilia. Clases y conflictos sociales en la Historia*, Madrid, 1977.

——: *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao, 1978. (Para todas las fuentes sobre explotaciones de minas de época helenística.)

——: *Historia de España. España Romana*, edit. Espasa Calpe, Madrid, 1982. (Minas en la época helenística.)

BOARDMAN, J.: *Los griegos en ultramar: Comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid, 1975.

BOLKESTEIN-JONKERS: *Economic Life in Greece's Gorden Age*, Leiden, 1958.

BOURIOT, F.: *El trabajo en el mundo helenístico*, Barcelona, 1975.

BURFORD, A.: *Craftsmen in Greek and Roman Society*, Routledge, 1978.

CASSON, L.: *Ships and Seemanship in the Ancient World*, Princeton, 1971.

DIELS, H.: *Antike Technik*, Leipzig, 1924.

FAURE, P.: *La vie quotidienne des colons grecs de la Mer Noire a l'Atlantique au siècle de Pythagore, VI siècle avant J. C.*, París, 1978.

FRANKE, P. R., y HONNER, M.: *Die Griechische Münze*, Múnich, 1964.

FINLEY, M. L.: *La economía de la Antigüedad*, México, 1975.

FRENCH, A.: *The Growth of the Athenian Economy*, Londres, 1964.

GABBA, E., VALLET, G., y col.: *La Sicilia Atica*, I-II, 1980.

GARCÍA Y BELLIDO, A.: *Hispania Graeca*, Barcelona, 1948.

GLOTZ, G.: *Le travail dans la Gréce ancienne. Histoire économique de la Gréce*, París, 1920.

GOMME, A. W.: *The Population of Athens in the Fifth and Fourth Centuries B. C.*, Chicago, 1967.

HELATY, J. F.: *Mining and Metallurgy in the Greek and Roman World*, Londres, 1978.

HEICHELHEIM, F. M.: *Storia económica del Mundo antico*, Bari, 1972.

HICKS, J. A.: *Theory of Economic History*, Oxford, 1969.
LOZANO, A.: *La esclavitud en Asia Menor helenísticas*, Oviedo, 1981.
MOSSÉ C. y col.: *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua*, Madrid, 1977.
PARKE, H. W.: *Greek Mercenary Soldiers*, Oxford, 1970.
ROSTOVTZEFF: *Historia Social y económica del mundo helenístico*, I-II, Madrid, 1967.
STA. CROIX, G. E. M. DE: *The Classe Struggle in the Ancient Greek World*, Londres, 1981.
TARN, W., y GRIFFITH, G. T.: *La civilización helenística*, México, 1968.
TOZZI, G.: *Economistas griegos y romanos*, México, 1961.
VOGT, J.: *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, Oxford, 1974.
WELSKOPF, E. G.: *Die Produktionsverhältnisse im Alten Orient und in der griech-römischen Antike*, Berlín, 1957.
WESTERMANN, W. L.: *The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity*, Filadelfia, 1955.
WILL, E.: *Trois quart de siècle de recherches sur l'économie grecque antique*, *Annales 9* (1954), págs. 7 y siguientes.
WILLIAMS, R. T.: *Greek Oared Ships*, Cambridge, 1968.

LA VIDA COTIDIANA EN GRECIA

A. Montenegro Duque
J. M. Solana Sainz

1. La familia

a) *El matrimonio.* Todo ciudadano griego recibe un nombre personal al que sigue el patronímico y el de su *demo*, su *fratría* o su aldea. Así, el nombre completo de Demóstenes era: Demóstenes, hijo de Demóstenes, del demo de Paionia. El primogénito solía recibir como nombre propio el de su abuelo paterno, y el segundogénito el de su padre. Ciertos antropónimos de origen noble recuerdan la vida militar, la fuerza, la gloria, los caballos. Así, eran frecuentes los en *-machos* «combate» (Calimachos, *-stratos* «milicia» (Callistratos), *-kratos* «poder» (Policrates), *-niké* «victoria» (Polinice, Nicias), *aristos* «el mejor» (Aristarchos) o en *hippos* «caballo» (Janthipos).

La familia fue la base natural de la sociedad griega y fue ideal lógico de todo griego constituir una familia en la que nacieran y se educaran hijos que pudieran contribuir con su buen quehacer al engrandecimiento de la ciudad, no menos que al propio bienestar.

En toda Grecia, pero particularmente en Esparta, fueron rigurosas las leyes que regulaban el matrimonio y garantizaban la legitimidad de los hijos que en su día integrarían la comunidad política de cada ciudad. Esperaban que los hijos procurasen alimento y cuidados a los padres durante su vejez, haciéndole un buen entierro y manteniendo vivo el culto a los antepasados.

El matrimonio entre consanguíneos, ascendientes o descendientes, no era legal; y además, atraía el castigo de los dioses. Ilícitas también eran las uniones entre hermanos de la misma madre. Sin embargo, la práctica de la endogamia, dentro de unos límites, era aconsejable. Así, en Esparta, la hija *epiclera*, única heredera de su padre difunto, se debería casar con el pariente más próximo de su padre para poder continuar la raza y el culto familiar. Hesiodo aconseja contraer matrimonio a los treinta años con una mujer de dieciséis. Los hijos podían casarse cuando alcanzaban la pubertad, a los doce o trece años, pero lo normal es que lo hicieran a los diez y ocho o a los veinte, después de haber cumplido el servicio militar.

A los efectos de gozar de la ciudadanía, en Atenas sólo se consideraban legítimo a los hijos de matrimonios en los que ambos ostentaban la condición de ciudadanos.

El matrimonio (*engyesis* «poner en mano una prenda») era un acuerdo oral de casamiento entre el pretendiente y la joven. En un acto solemne previo ambos se intercambiaban apretones de manos y frases rituales. Un pasaje de Menandro recoge este ceremonial: «Te doy esta joven para que traiga al mundo hijos legítimos»; «La recibo»; «Agrego una dote de tres talentos»; «La recibo también con placer». Para que este contrato fuera válido era necesario la presencia de dos testigos. Hay un cambio con respecto al pasado, pues mientras en la obra de Homero el pretendiente era el que compraba la hija mediante entrega a su padre de presentes, ahora la joven puede casarse sin dote. Pero, según parece, la dote era el factor primordial para diferenciar el matrimonio legítimo del concubinato.

La *engyesis* crea vínculos definitivos entre los prometidos, pues, para los antiguos, cualquier palabra solemnemente pronunciada o cualquier gesto ritual tenía el valor de un juramento ante los dioses y si no se cumplía podía acarrear graves consecuencias. Además, la ceremonia de *engyesis* posiblemente tenía lugar ante el altar doméstico. La elección de la pareja la hacía el novio siguiendo los consejos de su padre que buscaba más la dote y la clase social las cualidades de la novia. En consecuencia, el novio se comprometía después

de tener el consentimiento paterno. La *ecdosis* o entrega de la novia al esposo no es bien conocida en sus detalles.

Los griegos, supersticiosos, preferían casarse en el invierno y en los días de luna llena. Por eso las bodas eran numerosas en el mes de *Gamelion* (enero) «mes del casamiento», el séptimo del calendario ateniense, consagrado a Hera, Las ceremonias comenzaban desde la víspera; la novia ofrecía un sacrificio a las divinidades protectoras del matrimonio: Zeus, Artemisa, Apolo. Les consagraba sus juguetes y aquellos objetos familiares que habían rodeado su niñez. Un grupo de amigas traía agua de la fuente Callirhoe para el baño de la novia, que suponía un rito de purificación. El día de la boda se decoraban las casas de los novios con hojas de olivo y laurel, se hacía un sacrificio y se celebraba la comida nupcial en casa de los padres de la desposada. La novia y el novio, rodeados de sus amigos, tenían junto a sí sendos ayudantes para la ceremonia. En el banquete los hombres estaban separados de las mujeres. Se servían platos tradicionales como pastelillos de sésamo, símbolo de la fecundidad. Al anochecer, un cortejo acompañaba a la desposada a su nueva

Boda de Hera y Zeus. Relieve procedente del templo E de Selinunte, Sicilia.



residencia. Iba vestida de blanco, con el rostro velado y la cabeza cubierta con una corona. En épocas más antiguas, el traslado tenía el significado de un rapto, tradición que pervivía en Esparta. La joven raptada se entregaba a una *ninfeutria* o ayudante de la ceremonia nupcial, que la cortaba el cabello a ras, la ponía ropa y calzado de hombre y la acostaba en un jergón, en una habitación sin luz. El esposo entraba, la desataba el cinturón y cogiéndola en brazos, la llevaba al tálamo nupcial. Luego de pasar con ella un rato breve volvía a acostarse junto a sus compañeros (Plutarco: *Licurgo*, 15, 4-7). En Atenas los esposos salían en un carro tirado por mulos o bueyes conducido por un mancebo de honor, amigo del novio, que les llevaba de una casa a la otra. La novia portaba los símbolos de su actividad doméstica, una parrilla y un cedazo, para indicar que estaba obligada a trabajar, de acuerdo con una ley de Solon. El cortejo llevaba antorchas y se entonaban cantos al dios Himeneo, patrono del matrimonio, con acompañamiento de una flauta. En la puerta del nuevo domicilio les esperaban los padres del novio, quienes echaban sobre la desposaba nueces, higos secos y les ofrecían parte del pastel nupcial hecho con sésamo, miel y un membrillo o un dátil, símbolos de fecundidad. A continuación la pareja entraba en el tálamo nupcial y posiblemente entonces la novia se quitaba el velo. La puerta de la habitación estaba cerrada y custodiada por el mancebo de honor o *paraninfos*, mientras que los demás cantaban el epitalamio y alborotaban para ahuyentar a los malos espíritus.

Al día siguiente del casamiento los padres de la desposada llevaban a los recién casados los «presentes» y entregaban la dote prometida en el momento de la *engyesis*. Transcurridos unos días, el marido ofrecía un banquete a los miembros de su fratría, en la que tenían que ser admitidos sus hijos varones.

Antes de que la futura madre diera a luz, se untaba la casa con pez, porque se creía que así se protegía de las manchas que el nacimiento producía sobre la madre y la casa. Si era varón, se colocaba un ramo de olivo sobre la puerta, y si era hembra, una banda de lana. Una fiesta familiar, que se celebraba unos cinco días después del nacimiento, purificaba a la madre y a las personas contaminadas por el parto e integraba al niño en su grupo social. Sólo entonces la madre estaba exenta de la mancha del parto y se incorporaba a las tareas domésticas. Desde el momento que era aceptado el hijo por su padre, ya no podía abandonarle.

En Esparta el recién nacido debía ser presentado a los ancianos de la tribu que examinaban al niño; si éste estaba bien formado y era vigoroso, ordenaban criarlo, si había nacido mal y era deforme, ordenaban que lo mandaran al precipicio situado cerca del Taigeto» (Plutarco, *Licurgo*, 16). Las madres espartanas lavaban a sus hijos con vino, que producía convulsiones a los epilépticos y enfermizos. En otros lugares lo hacían con agua helada e incluso orines.

Las atenienses eran ayudadas en el parto por una mujer de cierta edad, o una cortadora del cordón, aunque en las situaciones difíciles se solicitaba la presencia de una partera de oficio o de un médico.

En general, los matrimonios no eran prolíficos, entre otras razones, porque el esposo encontraba satisfacción sexual extramatrimonial con cortesanas o concubinas; y porque había que evitar que el patrimonio familiar se repartiera entre varios varones. Hesiodo es tajante en este aspecto: «procura tener un solo hijo para conservar intacto tu patrimonio, pues así la riqueza crecerá en tu casa». Solón ordenaba a quien se casara con una hija epiclera, que mantuviera relaciones sexuales con ella tres veces al mes como mínimo, a fin de tener cuanto antes un hijo varón que perpetuara el *oikos*. Dos medios considerados legítimos, el aborto y la exposición de recién nacidos, eran utilizados para evitar que una familia fuera numerosa. Según Aristóteles, la embarazada podía abortar antes de que el feto hubiera recibido la vida y el sentimiento antes de que fuera un ser viviente. La esposa no podía abortar sin permiso de su marido, ni la esclava sin el de su amo. La exposición de los recién nacidos ilegítimos era más frecuente que la de los legítimos. Los expósitos solían ser recogidos y criados como esclavos o hijos de matrimonios estériles.

Un padre de familia podía adoptar hijos si no los tenía propios. La adopción podía ser por testamento o por acto inter-vivos, en presencia de los parientes reunidos. Incluso para evitar la despoblación se consintió a los

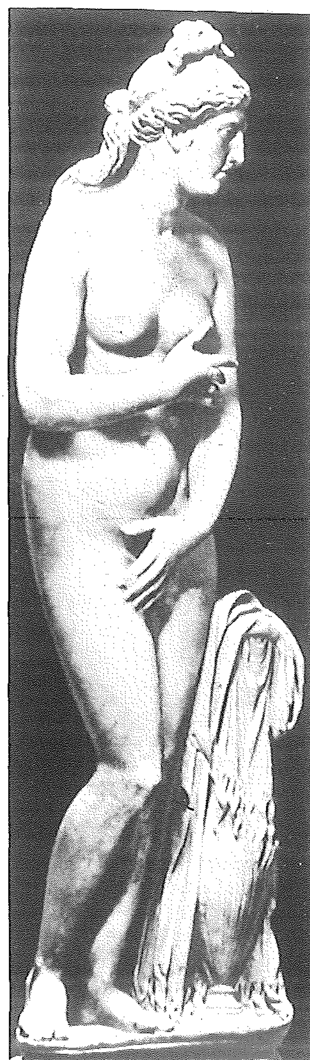
atenienses tener con la mujer legítima otra que les diera hijos, considerados legítimos. El propio Temístocles era hijo de un ciudadano ateniense y de una esclava tracia, lo que no le impidió realizar una buena carrera política como cualquier otro ateniense de ascendencia totalmente ciudadana. En el siglo V, bajo Pericles, esta ley de ciudadanía sufrió importantes modificaciones.

El marido debía repudiar a su mujer en caso de adulterio, pues de no hacerlo, era castigado con la *atimia* o pérdida de los derechos cívicos. Podía haber repudio en caso de esterilidad; entonces el marido tenía que reintegrar a su suegro la dote recibida. En cambio, la mujer no podía separarse del esposo sin una resolución judicial; sólo la esposa que recibía malos tratos físicos, podía pedir la separación, para lo que presentaba un escrito al arconte protector de las desvalidas, que debía ser avalado por testigos.

b) *El papel de la mujer.* Había perdido la importancia que tuvo en las sociedades minoica y micénica. Carecía de derechos políticos y jurídicos. La mujer, dueña de la casa, era para sus esclavos la *despoina* «ama». De su madre o de su abuela aprendía las labores de cocina, hilado o tejido. Tenía un tutor legal, el *kyrios*, por lo general, su padre, y si éste faltaba, un hermano nacido del mismo padre, un abuelo o bien la persona designada al efecto. El tutor elegido era el encargado de elegirla marido y quien decidía su destino.

Un símbolo definía a la casada como dueña de la casa: las llaves de la despensa, de las provisiones y de la bodega. Algunas mujeres comilonas, borrachas o manirrotas, perdieron por ello la insignia de autoridad. Dice Hesiodo al respecto: «Cásate con una doncella para que la enseñes buenos hábitos. Sobre todo cásate con la que vive cerca de ti, fijándote muy bien en todo por ambos lados, no sea que te cases con el hazmerreír de los vecinos; pues nada mejor le depara la suerte al hombre que la buena esposa y, por el contrario, nada más terrible que la mala, siempre pegada a la mesa y por muy fuerte que sea su marido, le va requemando sin antorcha y le entrega a una vejez prematura...»

La mujer ateniense vivía más recluida que las espartanas. Según Menandro, una mujer honesta debía quedarse en casa, pues la mujer en la calle no tiene nada que buscar. Los hombres y los esclavos eran los encargados de hacer las compras cotidianas en el ágora. Las atenienses pobres frecuentaban más la calle que las de posición más acomodada y trabajaban para contribuir a la manutención de la familia como vendedoras. Aristófanes se burla y critica a la madre de Eurípides, que era vendedora de legumbres. Las mujeres de los metecos ejercían algunos oficios: tejedoras de lana, zapateras, costureras y algunas, llegaron a ser auténticas mujeres de negocios; esto fue particularmente frecuente en Esparta, donde las mujeres ejercitaban los negocios que estaban vedados a los ciudadanos.



«Venus Capitolina», variante de la Afrodita de Cnido. S. II a. de C.

Como cortesanas actuaban fundamentalmente esclavas a las que se solía retribuir por sus servicios con un óbolo; no obstante, las de lujo llevaban una vida muy confortable merced a la generosidad de sus clientes. En el barrio del Cerámico de Atenas y en el Pireo, ya desde época de Solón, había casas de prostitución que contribuyeron a sufragar los gastos del templo de Afrodita Pandemos.

c) *El testamento de los funerales.* El testamento era desconocido por los atenienses a principios del siglo VI y por los espartanos a principios del siglo IV. Pero en Esparta la ley establecía con toda claridad los derechos de sucesión. En Atenas únicamente puede testar el ciudadano varón; no la mujer ni el niño; el testamento se hacía en presencia de testigos, aunque no se solían enterar del contenido; si había hijos varones, se les dejaba los bienes, y si no los había, se podía disponer libremente de ellos.

Los hijos tenían la obligación, no sólo moral, sino también legal de alimentar y cuidar de los padres en la vejez, al punto de que las leyes imponían severos castigos que podían llegar a la *atimia* o privación de los derechos de ciudadanía a quienes incumplían este deber.

Principal deber sagrado de los hijos era el de enterrar a sus padres de acuerdo con el ritual vigente. Los parientes del muerto lavaban el cadáver, le ungían con aceite oloroso, le vestían con ropa blanca y lo envolvían en una mortaja con el rostro al descubierto. En ocasiones, se colocaba en la boca del difunto un óbolo que debía entregar al barquero de los infiernos, Caronte, para que le cruzara el río infernal. El difunto era expuesto en el vestíbulo de la casa durante uno o dos días según prescribía la ley. A su alrededor se

disponían mujeres que llevaban sombrillas y abanicos para protegerle del sol y las moscas, otras se echaban ceniza en el pelo, se desgarraban las mejillas y se golpeaban el pecho. A veces se contrataban plañideras que entonaban cantos fúnebres. Los amigos acudían a visitar al muerto; al salir se purificaban con agua de manantial. Al día siguiente tenía lugar la solemne ceremonia del entierro. En Atenas los entierros se hacían de noche porque se temía que la muerte pudiera manchar a los propios rayos del sol. El cadáver se inhumaba o se incineraba en el cementerio situado extramuros. En este último caso las cenizas se recogían en una urna. Por fin se decía al muerto el último adiós, y era enterrado con sus adornos personales, anillos, collares y brazaletes, según confirman algunas tumbas excavadas. La ley de Ceos, prohibía llevar a la tumba más de tres congios de vino y tres de aceite. Inhumado el cadáver, se regresaba a la casa en duelo y se realizaban largas ceremonias de purificación porque se creía que la mancha contagiada por el muerto era la peor de todas. Por eso los parientes del difunto se lavaban el cuerpo y después participaban en el banquete fúnebre al que se pensaba que asistía el espíritu del difunto.

d) *Los esclavos domésticos.* La mayoría de los esclavos estaban al servicio de la familia. Sus ocupaciones variaban de acuerdo con la riqueza de sus dueños. Los de condición más humilde disponían de pocos y les dedicaban fundamentalmente a menesteres de la casa. Los de los más ricos se dedicaban a ocupaciones de pedagogos, artesanos, mineros, agricultores.

El dueño podía emanciparlos mediante testamento, ante los tribunales o ante el pueblo reunido. En algunas ciudades, la emancipación se lograba a través de la venta de un esclavo a un dios. Los sacerdotes pagaban al dueño el valor pedido, cantidad que había sido entregada por el esclavo a los sacerdotes. Esta formalidad se debía a que el esclavo no tenía capacidad para hacer negocios jurídicos. El esclavo no era una persona, era una cosa y, como tal, se compraba y se vendía. No tiene ningún derecho, no posee nada y no puede recurrir a los tribunales. Algunos dueños solían permitir a sus esclavos cierta libertad, les permitían tener un peculio, hacer vida familiar... Eran esclavos los hijos de esclavos; los prisioneros de guerra; los niños expósitos, los incursos en atimia. Una importante fuente de esclavitud en Grecia fueron las colonias donde barcos piratas los raptaban para luego venderlos en Grecia. El esclavo emancipado no era ciudadano, pero gozaba de una condición análoga a la de un extranjero, los periecos o metecos.

También había esclavos públicos. El Estado los solía utilizar como remeros en su flota; y con frecuencia Atenas procedió a la requisa de esclavos privados para poder atender a la flota. También los empleaba el Estado para acuñar moneda, como contables, escribas... El Estado solía conceder la emancipación a aquellos que habían prestado grandes servicios. Así, indemnizó a los dueños de los que combatieron en la batalla naval de las Islas Arginusas del año 406 para poder emanciparlos en atención a su heroísmo.

2. La educación cívica y militar de los hijos; la gimnasia

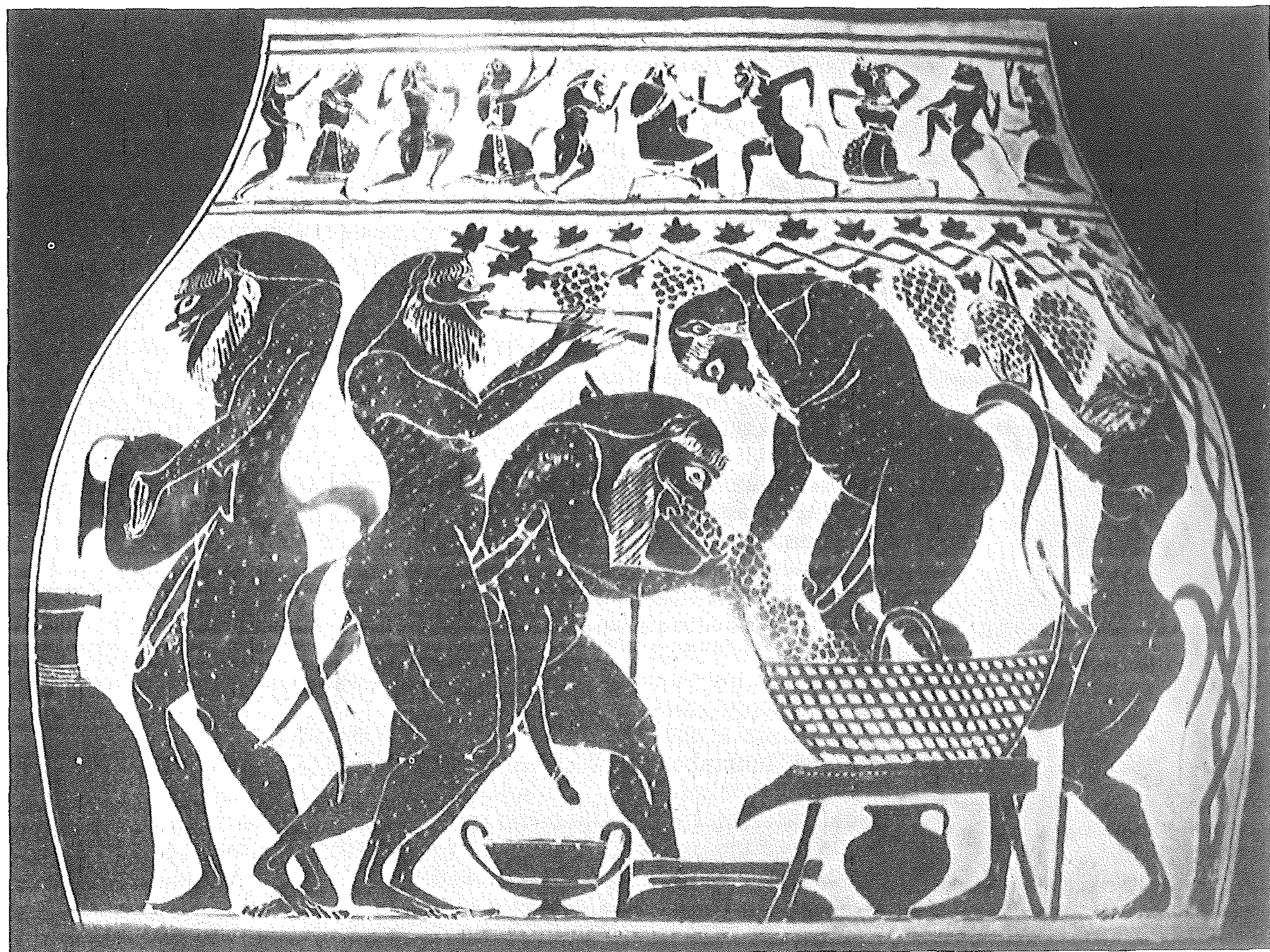
En Atenas, el padre de familia educaba o mandaba educar a sus hijos hasta la edad de dieciocho años, momento en que se convertían en ciudadanos. Después de nacer, los niños eran envueltos en pañales. Dormían en cestas de mimbre o en una especie de artesa de madera. Para dormirles se les solía acunar y cantar canciones. Las madres solían amamantar a sus hijos, pero las familias más acomodadas eran ayudadas por una nodriza libre o esclava. Esquilo en *Las Coéforas* nos describe los cuidados que prestaba a Orestes su niñera. Las mujeres de Laconia gozaban de gran prestigio en Atenas como nodrizas.

Patroclo era amigo de Aquiles e hijo de Menetro, rey de los locios. Refugiado en la corte de Peleo se educó junto con Aquiles y lo acompañó a Troya. Cuando el héroe se retiró de la lucha, Patroclo le pidió sus armas para sostener la moral de los griegos, pero pereció a manos de Héctor. La desesperación de Aquiles ante el suceso, su venganza sobre Héctor y los funerales de Patroclo figuran entre los más bellos cantos de La Ilíada

Durante la primera infancia, hasta los siete años, el niño sólo se preocupaba de jugar, aunque escuchaba historias tradicionales contadas por su madre o su niñera, o cuentos de Esopo que tenían la moraleja correspondiente. Posteriormente aprendían pasajes mitológicos. Era la base de una preparación para poder comprender mejor los poemas de Homero y Hesiodo cuando acudieran a casa del gramático, «maestro de lectura». Los niños se entretenían con la ruidosa matraca, invento de Arquitas de Tarento, con el juego de la pelota, con el de la taba *(astragalos)* y con carritos arrastrados. A finales

de febrero, en las fiestas de las Antestarias, los niños eran obsequiados con juguetes. Los arqueólogos han encontrado estatuillas de barro cocido, sonajeros, caballos con ruedecillas y toda clase de animales y muñecas articuladas.

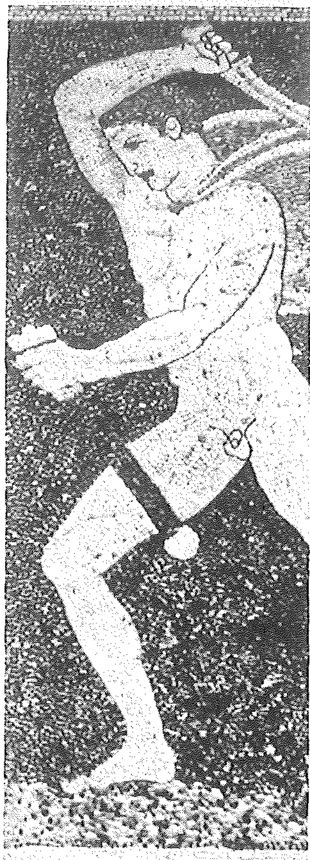
En Atenas, la educación propiamente dicha tenía lugar entre los siete y los dieciocho años. Entonces el niño era confiado a un pedagogo, un esclavo que le acompañaba a todas partes y que le enseñaba los buenos modales. Por la mañana llevaba al niño a casa del maestro con los útiles de trabajo. Le esperaba, bien en una sala especial o bien en la clase, en donde aprendía las lecciones explicadas por el maestro para luego repetírselas al niño y hacérselas más comprensibles. El pedagogo no se separaba del niño hasta que tenía dieciséis años. Cada padre abonaba al maestro los correspondientes honorarios, con lo cual la clase culta se reducía a una pequeña minoría de adinerados. Sabemos por Aristófanes que antes de la Guerras Médicas había escuelas, ya que alude a la educación recibida por la generación de «los que habían combatido en la batalla de Maratón».



Cerámica de figuras negra, siglo VI a. de C., que representa a unos *sátiros trabajando, mientras* que otro toca el aulós doble. Este vaso sirve para ilustrarnos sobre la importancia de la música entre los griegos. Este era imprescindible, para acompañar el trabajo, para los desposorios, para las ceremonias fúnebres, etc.

Los maestros impartían sus enseñanzas sentados en asientos de patas curvas con respaldo; sus ayudantes, los alumnos y pedagogos, en escabeles. Escribían en tablillas de cera que colocaban sobre sus rodillas, o bien en hojas de papiro con una caña cortada y hendida que mojaban en una tinta preparada por ellos mismos. Cualquier persona que supiera leer y escribir podía impartir clase, pues el Estado no ejercía control alguno en la enseñanza. En el mes *Antesterion* (febrero) se disfrutaban las vacaciones. El joven recibía dos tipos de educación: la cultura del espíritu y la física.

La primera enseñanza que recibía el niño era la lectura. Recitaba las letras, el alfabeto que servía para anotar el lenguaje, las cifras y los intervalos musicales. Posteriormente aprendía las sílabas y por último a leer en voz alta. Después practicaba la lectura. El empleo de unos métodos muy rudimenta-



Cazador de león. Detalle de un mosaico de Pella. Fines del siglo IV a. de C.

rios, hizo prolongar el aprendizaje de la lectura y escritura hasta tres años. A continuación el niño recitaba de memoria versos de Homero, considerado por los griegos como el educador por excelencia, así como Hesiodo y Solón. De estas obras se obtenían conocimientos de moral, religión, oficios y política. Las cifras se representaban con las 27 letras del alfabeto, añadiéndose tres, ya desaparecidas: el *digamma* (= 6), el *koppa* (= 90), y el *sampi* (= 900). Para las unidades se empleaba desde la *alfa* hasta la *zeta*, para las decenas, desde la *iota* a la *kappa*, y para las centenas desde la *rho* a la *sampi*.

El niño aprendía las cuatro operaciones y algunas nociones de quebrados. La música era una parte esencial de la educación. Según parece, su enseñanza era más antigua que la de las letras, y se aprendía en casa de otro maestro, el citarista. La música griega era monódica y su educación se hacía de oído. El niño aprendía a tocar la cítara o lira y el óboe, y ejecutaba las obras de los líricos más importantes. La cítara es un instrumento de siete, ocho o nueve cuerdas. Era el elemento noble por excelencia. Los citaristas se solían acompañar en sus canciones. Las musas fueron testigos del triunfo de la cítara sobre el aulos o flauta, según nos confirma el mito de Apolo y Marsyas. El aulos, instrumento de viento parecido al óboe, estaba formado por dos tubos divergentes desde la embocadura, perforados con agujeros y con lengüetas que producían las vibraciones. El óboe, posiblemente importado de Beocia, conoció su momento de esplendor en Atenas en el siglo v a. de C.

La gimnasia. La palabra gimnasia deriva del griego *gymnos* «desnudo», porque así solía practicarse. A los catorce años cobra preferencia la afición de los helenos por los ejercicios corporales; ya queda manifiesta en los poemas homéricos, en los juegos fúnebres de Patroclo, en los del palacio de Alcinoo o en la prueba del arco de Itaca. Los alumnos se repartían en dos grupos de edad, uno de doce a quince años *(paides)* y otro de quince a dieciocho *(neaniscoi)*. Para practicar los ejercicios gimnásticos se acudía a la palestra, terreno a cielo abierto, de forma cuadrada, rodeada de muros. En uno de los lados estaban los vestuarios, las salas de reposo con bancos, los baños, el depósito de aceite y arena. Estaba adornada con estatuas de Hermes, el patrono de los gimnastas.

El *paidotribes* o maestro de la educación física, tenía a sus órdenes unos instructores que solían elegirse entre sus mejores alumnos. Practicaban los ejercicios gimnásticos desnudos, acompañándose con música. Antes de la sesión, el niño se lavaba en una fuente, luego vertía un alabastrón de aceite sobre su cuerpo y extremidades junto con arena o polvo para protegerlo de la intemperie. Una vez terminada la sesión se raspaba la piel con el estrígil de bronce. En cada palestra había un músico que marcaba el ritmo de los ejercicios gimnásticos y de los lanzamientos de discos y jabalina. Los ejercicios principales son los que constituyen el *pentatlon:* lucha, carrera, salto, lanzamiento de disco y jabalina.

La lucha era el deporte por excelencia y había dado nombre *(palé)* a la palestra. Se intentaba poner al contrario tendido de modo que tocaran el suelo con los dos hombros. El combate se disputa a tres asaltos.

Había diferentes tipos de carreras: velocidad (cuatro estadios) y fondo (veinticuatro estadios). Todos los recorridos se efectuaban con ida y vuelta a la línea de partida. En la línea de partida los corredores esperaban la salida de pie, el torso inclinado hacia adelante y los pies muy próximos entre sí.

Otro tipo de pruebas era la del salto de longitud con unas pesas de piedra o de plomo, *halteres*, en cada mano, cuyo peso oscilaba entre 1 y 5 kg, éstas se lanzaban hacia adelante en el momento de saltar.

En lanzamiento, los discos eran de bronce, con un peso que oscilaba entre 1 y 4 kg. Se frotaban con arena para evitar que se resbalasen de las manos y poder lanzarlos lo más lejos posible. Mirón inmortaliza ya de antiguo este bello deporte. La jabalina, arma para la caza y la guerra, también se utilizaba para competiciones deportivas. Su longitud era más o menos la de la altura de un hombre. Carecía de punta, y en su centro de gravedad tenía como propulsor un cordón enroscado que le imprimía un movimiento de rotación con el que doblaba o triplicaba la distancia lograda en el lanzamiento.

Había otros deportes: juego de la pelota, el pugilato, el pancracio y la equitación. Para el de pelota, análogo al actual, las utilizaban de piel, rellenas de pluma, lana o semillas de higos. Los boxeadores se cubrían las manos con correas de cuero enrolladas. El pancracio, que comprende lucha y pugilato,

era más violento, pues se permitían todo tipo de golpes, y lo único prohibido era meter los dedos en los ojos del contrario; el combate finalizaba cuando uno de los adversarios levantaba el brazo. Estos dos deportes estaban prohibidos en Esparta, en razón a que ningún espartano podía sentirse vencido. En la equitación, se competía en carreras de caballos y carros. También los niños participaban en los ejercicios de gimnasia rítmica al son del oboe.

Entre los dieciocho y veinte años los jóvenes, *efebos*, debían ya ser inscritos en la lista de los ciudadanos. Durante estos dos años tenían que hacer una especie de servicio militar: ejecutaban marchas militares, patrullaban y hacían guardia en las diversas plazas áticas. Estaban a las órdenes de un *cosmeta* nombrado por el pueblo. Entonces juraban combatir valientemente y obedecer las leyes.

3. La pederastia

En la vida del joven y adolescente griego tuvo especial influencia la *pederastia* «amor por los niños jóvenes». Precisamente la palabra *eros* «amor» se reservaba para el amor homosexual. Los pintores griegos se deleitaron en la desnudez de los jóvenes; en los vasos se pinta a niños y efebos que hacen gimnasia y frecuentemente escriben la palabra *kalos* «bello», como dedicatoria a los más agraciados muchachos. Para H. I. MARROU, el origen de la homosexualidad en Grecia estuvo estrechamente vinculado a la milicia y se institucionalizó con la camaradería guerrera que pervivió en los estados dóricos. Ello ha llevado a pensar que allí se desarrollaron los hábitos griegos de la pederastia, contra la que en vano lucharon algunas leyes, por ejemplo, las de Solón que vedaban el acceso a la escuela o a la palestra a toda persona ajena a la enseñanza o el deporte. Pero Sócrates y algunos amigos entraban en la palestra para admirar al bello Lisias. Y sabemos que fue frecuente el asedio a los adolescentes por parte de los pederastas, pese a que, como declara el orador Esquines en su *Contra Timarco*, las leyes eran muy severas con la prostitución, el proxenetismo y la violación de un adolescente. Los defensores de la pederastía entienden, y así lo manifiestan, que únicamente se trataba de una amistad pura presentada por Platón como uno de los requisitos imprescindibles para que el alma pueda aspirar a la belleza y al bien y como la base del conocimiento superior.

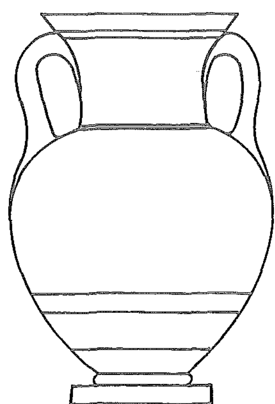
La existencia de los círculos de hombres tuvo su paralelo en análogos femeninos. A la homosexualidad masculina correspondió el lesbianismo o safismo, así conocido porque ya en el siglo VI a. de C. Safo de Lesbos dirigía un pensionado de jovencitas en el que al parecer se fomentaban las relaciones sexuales entre maestras y discípulas.

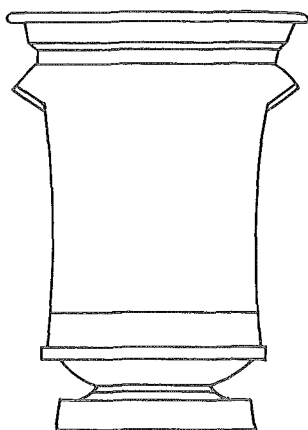
4. El trabajo

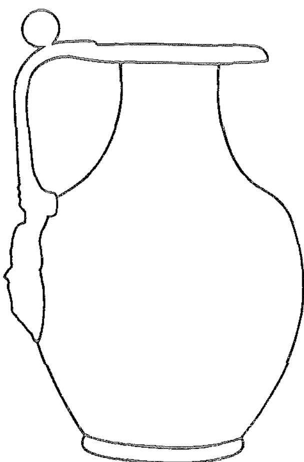
Mientras una parte de la población se dedicaba a los trabajos del campo, otra lo hacía en las diversas actividades artesanales. En los poemas homéricos, el obrero del campo era mal considerado cuando se veía obligado a alquilar el servicio de sus brazos. Muchos pequeños propietarios rurales trabajaban sus tierras; los terratenientes disponían de mano de obra mercenaria o esclava dirigida por un capataz. También se podían arrendar las tierras. Los conocimientos adquiridos en las diversas actividades agrícolas o artesanas eran transmitidos de padres a hijos; aunque, en ocasiones, los jóvenes sin taller familiar eran admitidos en calidad de aprendices.

El trabajo se iniciaba a primeras horas de la mañana y concluía al atardecer, según nos dice Aristófanes: «En cuanto canta el gallo, todos saltan de la cama para entregarse al trabajo: herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, harineros, torneros de liras, fabricantes de broqueles. Otros se calzan y se ponen en camino cuando todavía es de noche...» (*Las Aves*, 498-492).

Era especialmente duro el trabajo en las minas. Los obreros tenían una jornada de diez horas y se alumbraban con lámparas de aceite. Trabajaban con mucha dificultad, pues el espacio de las galerías era muy reducido, un metro de altura, por lo que tenían que trabajar arrodillados. Utilizaban picos, martillos y cinceles. Sus ayudantes, detrás, se encargaban de recoger el


Anfora


Crátera


Aryballos

Diferentes tipos de vasos griegos.

mineral en cestos y lo llevaban a unos pozos para desde allí subirlo a la superficie. En el exterior el mineral era triturado en morteros y finalmente se fundía en el horno. El metal obtenido se facturaba en galápagos de unos 15 kilogramos.

En Atenas, los ceramistas estaban establecidos en el barrio del Cerámico. Los yacimientos de arcilla más importantes se encontraban en el cabo Colias, a unos 10 km al sur de Atenas. Para que la arcilla fuera poco porosa y más rojiza añadían ocre rojo o bermellón. El torno utilizado en época homérica era muy primitivo y estaba formado por un platillo dispuesto sobre un eje vertical y su rotación se hacía a mano. Luego progresaría mucho esta lucrativa y bella artesanía en toda Grecia, al punto de convertirse sus vasos en el producto más solicitado por el comercio.

Los bosques estaban perdidos en gran parte durante el periodo clásico; por eso Grecia tenía que importar madera de Macedonia, Tracia, Asia Menor y Magna Grecia. En una estela aparecen los diversos instrumentos que empleaban los carpinteros: escuadra, compás, objetos curvos que servían para conseguir molduras.

Gran importancia tuvieron los maestros canteros, que obtenían su mejor materia prima en la Isla de Paros, en el Atica y en el Pentélico. Las piedras se unían por medio de garfios de plomo, que evitaban los desplazamientos de las sucesivas hiladas.

Los artesanos del cuero se dividían por especialidades: curtidores talabarteros o guarnicioneros, zapateros. Mientras en las ciudades pequeñas un individuo ejercía varios oficios, en las grandes, el trabajo estaba tan especializado que incluso había zapateros para hombres y para mujeres.

Algunas mujeres practicaban en casa las labores de hilado y tejido, pero la lana era tratada en talleres. Se lavaba con agua caliente y se cardaba empleándose para ello los *onos*, objetos de cerámica semicilíndricos perforados. El hilo de la lana se tejía en un telar vertical y la lanzadera entrelazaba los hilos de la trama. El tintorero preparaba la lana o el lino sumergiéndoles en un baño de tinte. El batanero, daba apresto a los tejidos y los limpiaba en bateas llenas de agua con potasa o en recipientes con tierra de batanero.

Muchos individuos ejercían la profesión de caldereros y de herreros; en general, eran pequeñas industrias, pero también existían grandes factorías en las que se empleaban centenares de esclavos o hombres de condición libre. De las mayores eran las fábricas de harina, armerías, instrumentos musicales, muebles.

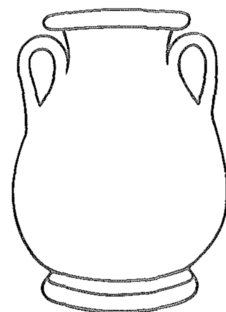
Comúnmente cada agricultor o artesano vendía sus productos sin intermediarios. Pero no faltaban los *capeloi* o traficantes al por menor. Eran los tenderos que vendían artículos comestibles en el Agora y en las calles inmediatas. No tenían buena fama, pues robaban en el peso y engañaban en la calidad. Los *emporoi* eran los mayoristas que se dedicaban, sobre todo, al comercio ultramarino.

En las ciudades y en los grandes santuarios había mercados, al aire libre o cubiertos, en los que se vendía, entre otros productos, queso, pescado, vino, objetos de cerámica. La compra como la venta era cosa de hombres o de los esclavos, no de mujeres.

El trabajo intelectual lo desempeñaban los maestros de escuela y los sofistas o «profesores» de enseñanza superior. En sus manos estuvo la educación de la juventud griega. A ellos hay que añadir los médicos, ya mencionados en Homero como personas muy útiles para la humanidad. Cualquier persona podía ejercer esta actividad, ya que los títulos no existían. Curanderos conocedores de fórmulas mágicas e intérpretes de sueños ejercían la cirugía. Estos últimos la practicaban en Epidauro, en el santuario de Asclepios. En Cnido había un centro de formación de médicos. La medicina como ciencia surgió en la isla de Cos, en donde la familia de Asclepiades controlaba la profesión, transmitiendo los conocimientos de padres a hijos, aunque también los hacían extensivos a algunos aprendices ajenos al clan. Los *paidotribes* también practicaban la medicina en las palestras como higienistas, dietistas, masajistas y curanderos. También había médicos militares, pues en *La Anábasis* se nos cuenta que acompañaban a los ejércitos en campaña. Los enfermos o sus familiares acudían al *farmacopoles* para que les despacharan las recetas ordenadas por los médicos, y que contenían ordinariamente extractos de plantas. Pero era muy frecuente que los propios médicos

preparasen sus recetas e incluso algunos internaban en su casa a aquellos pacientes que precisaban de mayores atenciones. También había médicos ambulantes y públicos. En Atenas, estos últimos, una vez que eran elegidos por la Asamblea del pueblo, ante la que debían defender su conocimiento y experiencia, el Estado les fijaba unos honorarios y ponía a su disposición un local para las hospitalizaciones. A los enfermos pobres se les atendía allí gratuitamente. Entre los médicos había especialistas oculistas, que utilizaban colirios para la cura de los ojos y dentistas que empastaban los dientes con plomo. Las mujeres, aunque podían ejercer la medicina, se solían dedicar al cuidado de los enfermos o a practicar como comadronas, oficio que sabemos ejerció la madre de Sócrates.

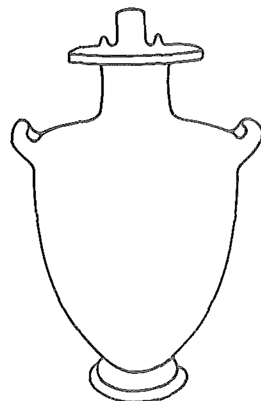
No había abogados. En los pleitos solía defenderse el propio litigante. Mas, a partir del siglo v a. de C., los oradores *(logógrafos)* solían encargarse de escribir alegatos, como lo hicieron Demóstenes y Esquines.



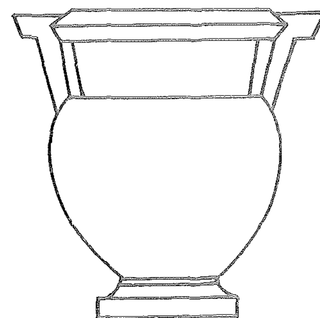
Pelike

5. El aseo y la moda en el vestir

Los médicos consideraban primordial para una buena salud la higiene corporal; por eso, desde su más tierna infancia se bañaba a los niños en el mar o en los ríos. Así, los espartanos lo hacían diariamente en el Eurotas. Pisístrato y sus seguidores dotaron a la ciudad de agua corriente para este menester. Los gimnasios tenían pilas para las abluciones y piscinas. La de Delos tenía forma circular de casi 10 m de diámetro y dos de profundidad.



Hydria



Crátera

Diferentes tipos de vasos griegos.



«Korai» de la Acrópolis de Atenas, del siglo VI a. de C.



Figura femenina en terracota de época helenística.

Las palestras se solían instalar cerca del mar o de un río para facilitar el agua necesaria. Para el baño individual se utilizaba una bañera, a la que ya se hace alusión en los poemas homéricos y que era de barro cocido, de piedra, o construidas con pequeños ladrillos revestidos con enlucido. Para el aseo parcial solían utilizar unas tinas o jofainas redondas u ovaladas; eran metálicas, de barro cocido o de madera.

En Atenas existían baños públicos en época clásica a cuyo frente estaba un *balaneus*, «maestro de baño», encargado de cobrar la entrada, vigilar el baño y dirigir el trabajo de los mozos de baño. Estos últimos, generalmente esclavos, se encargaban de calentar el agua, echársela a los bañistas y frotarles con aceite. A la vez, los baños eran lugar de tertulia. Los ciudadanos acudían con frecuencia a ellos, sobre todo durante el periodo invernal, pues allí disfrutaban de una mejor temperatura. En los baños había salas frecuentadas únicamente por mujeres de condición baja, cortesanas y esclavas, pues las esposas acomodadas disponían en su casa de bañeras.

Como los griegos no conocían el jabón, utilizaban un carbonato sódico o una solución potásica, obtenida de las cenizas de madera, o una arcilla especial. A ella hace alusión Aristófanes: «No he conocido desde que voy a los baños una potasa que me irritara los ojos como la de hoy». Lo normal era que las gentes se bañasen antes de cenar, e incluso el término "bañarse" equivalía a «ir a cenar». Sabemos que cuando Sócrates era invitado a cenar se bañaba antes de acudir a la casa de su anfitrión.

El peinado era importante para los griegos. Los atenienses se arreglaban el cabello, el bigote y la barba; y, de acuerdo con la moda, llevaban cabellos largos o semilargos. Los peluqueros también hacían la manicura y la pedicura. Según Tucídides, la gente de edad de las clases privilegiadas se sujetaban sus cabellos con «cigarras de oro», posiblemente horquillas. Ejemplo ilustrativo de la coquetería masculina es la cabeza del «caballero Rampín», que nos muestra un peinado rizado con trenzas simétricas dispuestas detrás de las orejas. En la época de las Guerras Médicas, los únicos que tenían el cabello largo eran los niños, que se lo cortaban al llegar a la efebía para consagrárselo a los dioses. A diferencia de los atenienses, los niños espartanos tenían el cabello rapado. Algunas personas elegantes, como Alcibiades o los filósofos, se dejaban crecer el pelo. Los magistrados del friso de las Panateneas tienen el cabello corto. Los esclavos tenían el pelo rapado.

En la época de Pericles las mujeres eran las únicas que seguían utilizando los peinados complicados. La tocadora de oboe del trono Ludovisi llevaba un rodete sostenido por una especie de redecilla. Las mujeres libres se cortaban el cabello en señal de luto. Las solteras solían ponerse unas cintas para sujetar su cabello en lo alto de la cabeza. Las *korai* de la Acrópolis llevan largas trenzas que caen sobre la espalda y el pecho. Las mujeres esclavas llevaban los cabellos cortos.

Se han encontrado en el ágora de Atenas peines de madera de olivo, pero también los había de hueso, marfil, concha o bronce. Era normal el uso de tintes para el pelo, sobre todo, para lograr tonos rubios. No era raro el uso de trenzas y pelucas postizas. Para depilarse las mujeres empleaban la llama de una lámpara, pastas especiales y navajas. También usaban cremas de belleza, perfumes y afeites para obtener una tez blanca o rosácea. Las cortesanas, además de utilizar el blanco de albayalde y el rojo de orcaneta, se sombreaban los ojos y las cejas con trazos negros o castaños.

En la época arcaica, los atenienses se cortaban la barba en collar, en cambio en la clásica se la dejaban crecer en las mejillas y se la cortaban en óvalo o en punta. En Esparta estaba de moda la barba larga y espesa; en cambio, se afeitaban el bigote.

Según la época o la condición social, prevalecieron entre los griegos diversos tipos de vestido. La *clámide* es el tipo de túnica más antiguo; es una prenda corta que también puede actuar de manto o sujetarse a la cintura con una correcta y al hombro con una fíbula, o haciendo un simple nudo. Mégara gozaba de fama en la confección de este tipo de prendas, que lo mismo portaban esclavos, como los obreros o los soldados. En el friso de las Panateneas del Partenón, aparecen en bellísimas imágenes los jóvenes que cabalgan haciendo flotar al viento sus clámides.

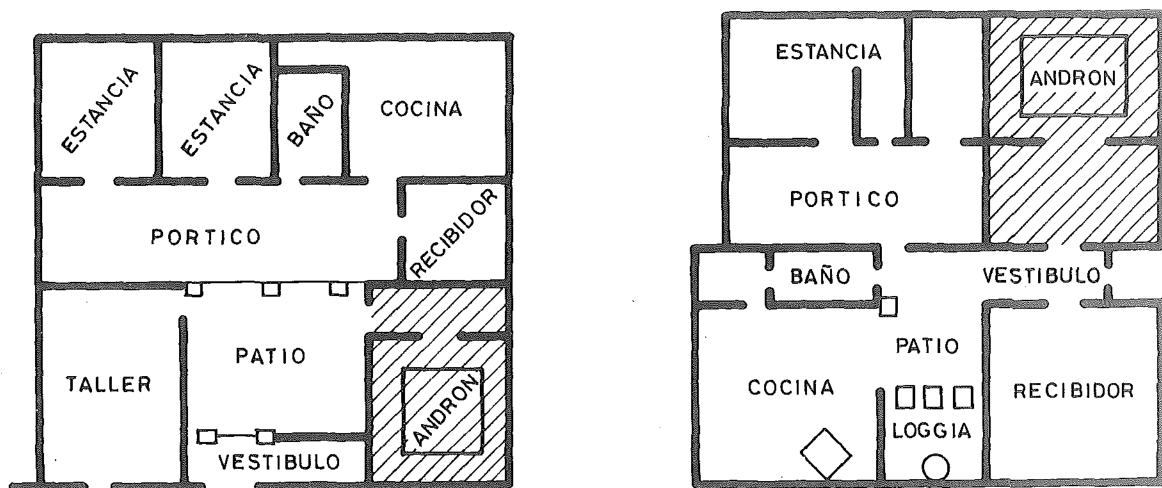
El *chiton*, semejante a la túnica de los romanos, no tenía mangas, al menos hasta la época de las Guerras Médicas. Se solía sujetar a los hombros con

broches o cintas y se ceñía a la cintura con un cinturón estrecho o con uno más ancho, también colocado más alto. Había varias clase de *chiton;* el tipo dorio era de lana y llegaba hasta la rodilla; el jonio era de hilo y llegaba por debajo de las rodillas y a veces hasta los pies. El *chiton* se solía utilizar de camisón para dormir, pero se prescindía del cinturón. Los niños llevaban túnicas cortas, sin cinturón, como la del joven Teseo representado en la copa de Eufronio. El *chiton* jonio siguió utilizándose en la época clásica como prenda de ceremonias de sacerdotes, citaristas y participantes en los juegos. El Auriga de Delfos va vestido con la *xistis* blanca tradicional que llevan los cocheros en la carrera.

El *himation* era el manto más utilizado por los griegos. Constituido por un paño oblongo que se echaba sobre el hombro de izquierda a derecha, suele bajar hasta las rodillas y, a veces, envuelve todo el cuerpo como la toga romana. El *tribon* era un manto corto de tela ordinaria, usado por los lacedemonios y adoptado por los filósofos estoicos y cínicos. Sócrates solía llevarlo. Antifón se mofaba de él y le decía: «vives descalzo y sin túnica». Posiblemente de origen tesalio era la *jlaina*, trozo de tela rectangular colocada encima de los hombros como un chal. La de los ricos era de tela y la de los esclavos de piel de macho cabrío. La *diftera*, prenda gruesa de cuero, la utilizaban los pastores y aldeanos, y era un sustituto del *chitón*.

La vestimenta femenina se diferenciaba de la masculina en su colocación como en el colorido. El *peplos* era un velo muy largo, cubría totalmente el cuerpo, llegaba hasta los pies y dejaba al descubierto los brazos, y uno de los costados. Se sujetaba con fíbulas en los hombros. Plutarco dice que las espartanas llevaban túnicas que se entreabrían y dejaban al descubierto sus muslos; por eso las denominaban *fainomerides*, literalmente «las que enseñan los muslos». Cuando el *peplos* era largo, se plegaba y se utilizaba como capucha; fue el vestido de la mayoría de las mujeres. A veces las atenienses vestían con el *peplos* dórico con el *chiton* de lino. Así puede observarse en un bajorrelieve de Eleusis, a mediados del siglo v, en el que Demeter viste *peplos* y su hija Core lleva túnica de lino. Durante la época clásica, los vestidos eran de color blanco o de un solo color.

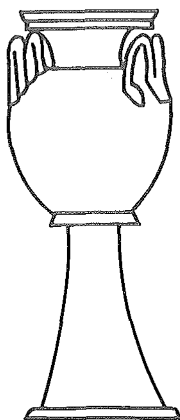
Las mujeres se embellecían con collares, pulseras y pendientes. Sustituyeron los pesados collares de épocas micénica y arcaica por simples cadenas de las que pendían amuletos. En el siglo v a. de C. las griegas llevaban unos pequeños rodeles en sus orejas, adornados con un rosetón. También llevaban unos aros en el tobillo o en la pantorrilla que, según parece, tenían un valor religioso o mágico. Las pinturas de los vasos representan el arreglo de las mujeres ayudadas por esclavas que portan el cofre de las joyas.



Planta de una casa griega (Olinto

Dos elementos debieron desempeñar un papel fundamental en el tocado femenino: el abanico y la sombrilla. Los abanicos tenían forma circular y de hoja de palmera; sus colores eran también variados: verdes, azules, blancos y dorados. La sombrilla era portada por un esclavo.

Complemento del vestido fueron el calzado y el sombrero. El zapatero cortaba los zapatos tomando como plantilla el pie de su cliente. Entre los


Lebes gamikos

modelos más usados estaban las sandalias, simples suelas de corcho, madera o cuero que se sujetaban con correas al tobillo o al dedo gordo del pie; el *embás* y el *endromis*, especie de semibota atada con cordones por la parte delantera. El zapato femenino era más elegante y vario. Tenían fama los «pérsicos» y los «laconios». Algunos tenían tacones para aumentar la estatura de la mujer y a ellos hace alusión un poeta cómico diciendo que cuando una mujer era de estatura baja se ponía corcho en sus borceguíes. Los zapatos eran de varios colores: negros, rojos, blancos, amarillos.

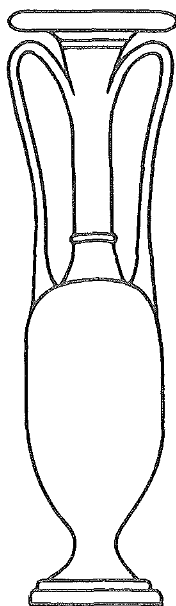
Entre los sombreros masculinos hay que destacar el *petasos*, el *pilidion* y el *pilos;* y entre los femeninos, el *cecrífalo* y la *tolia*. El *pilos*, casquete de fieltro rígido, era de forma cónica y solía tener una visera para protegerse del sol. El *pididion*, de fieltro o de lana, era una especie de solideo que recomendaban los médicos a sus pacientes; era utilizado por los esclavos del campo, por los campesinos, pastores, artesanos y marineros. El *petasos*, utilizado por Hermes, era el gorro de los viajeros; era de fieltro, paja o cuero; con anchas alas y copa baja que protegía del sol y de la lluvia. Las damas utilizaban el *cecrífalo* especie de pañuelo para la cabeza, y la *tolia*, variante del *petasos* masculino.


Cantharos

6. La vida en la ciudad

La vida cotidiana de los griegos estuvo condicionada por su medio ambiente que no era muy favorable. Su geografía, sometida a las influencias de un clima mediterráneo les permitió hacer frente, sin dificultad, a los cortos periodos invernales, no exentos de frío, que trataban de hacer más soportables mediante el uso de braseros. El excesivo calor de la estación estival les obligaba a refugiarse del sol bajo techo. La construcción de pórticos —*stoas*— en la plaza del mercado, *agora*, cumplió esta finalidad protectora. Los habitantes de la ciudad pasaban allí su tiempo de ocio. Allí comentaban las noticias y discutían sobre los más diversos temas de la política, las artes y las letras. Era el lugar de refugio y encuentro para aquella abigarrada población de Atenas, con unos 300.000 habitantes.

a) *Las casas*. La mayor parte de las casas eran sórdidas, y los barrios próximos a la ciudad miserables y sucios. En Atenas proliferaban los callejones estrechos y tortuosos, flanqueados por pequeñas casuchas de tejado plano, llenos de desechos y excrementos que despedían un olor desagradable y en ocasiones insoportable. Cuando llovía, se transformaban en auténticos barrizales intransitables y cuando abrasaba el sol, en calles polvorientas. Por ello pululaban insectos, ratas y todo tipo de alimañas, principales transmisores de enfermedades y epidemias, como ocurriera cuando la famosa peste que asolara la Atenas de Pericles. Pero, ni siempre ni todas las ciudades padecieron semejante caos urbanístico. Otras ciudades cumplieron fórmulas más adecuadas, siguiendo aquellos criterios que marcara Hipódamo de Mileto, y consiguieron ciudades regulares y de calles cuadriculadas: como el Pireo de Atenas, Mileto, Priene.


Lutroforo

Diferentes tipos de vasos griegos.

Durante los periodos minoico y micénico, los palacios se construían de piedra según ponen de manifiesto sus ruinas. El palacio de Tirinto estaba rodeado de murallas, protegidas por torres. En su interior, las habitaciones se disponían en torno a un patio. Las salas tenían pavimento de mosaico y estaban decoradas con pinturas. Según *La Odisea*, el palacio de Ulises constaba de tres partes: el *aulé*, patio rodeado de habitaciones, y en el centro el altar de Zeus Herkeios «protector de la casa»; el *megaron* era la sala principal y estaba rodeada de columnas: el *talamos* era una alcoba o conjunto de habitaciones particulares. La sala de baño era una de las dependencias esenciales de la casa. Pero, después de los tiempos micénicos, Grecia no conoció una arquitectura lujosa hasta que surgieron los templos griegos, únicos recintos monumentales durante los siglos de la Grecia clásica.

Durante el periodo clásico las viviendas eran humildes, pequeñas y hacinadas. Se organizaban en torno a un patio situado en el mediodía. En la entrada había un vestíbulo, seguido del patio; éste era el *aulé* que se caracterizaba por su suciedad y estaba rodeado por un pórtico columnado; allí se solían celebrar los banquetes cuando reinaba el buen tiempo y allí se recibía a los amigos. En la parte norte de la casa estaban las habitaciones

destinadas a los huéspedes. En el *andron*, sala de recepción, se reunía la familia y también se utilizaba como comedor. El *gineceo* era la estancia reservada a las mujeres. La cocina y el baño solían estar al norte o al mediodía, según consta en las excavaciones de la ciudad de Olinto.

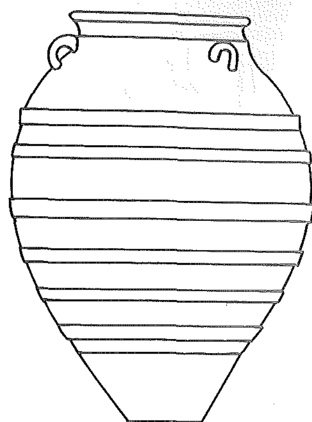
Las casas solían ser de un solo piso; pero después de la Guerra del Peloponeso eran frecuentes las de dos y tres. La cubierta era de doble vertiente y de tejas; las paredes, de adobe y madera, apenas ofrecían resistencia a los ladrones, a los que se llamaba «agujerea-paredes». La piedra sólo se utilizaban en los cimientos. Las ventanas daban casi todas al interior. La orientación de los muros interiores era lo más importante. Jenofonte aconseja orientar el edificio hacia el mediodía. Después del siglo v a. de C. la casa tiene dos peristilos en torno a los cuales se disponen las habitaciones. Alrededor del primero están las de recepción y, en torno al segundo, las de reunión de la familias. Las paredes solían estar encaladas, pero se solían adornar con láminas de bronce, oro o marfil. Sabemos que Alcibiades mandó pintar las paredes de su casa con lo que inició una nueva moda. Por dentro, decoraban las paredes tapices y adornos, y los techos estaban adornados con arabescos.

b) *Los enseres domésticos.* La casa griega tenía los muebles imprescindibles. Las mesas de comer eran pequeñas, portátiles y bajas, porque se comía tumbado. Algunas tenían las patas talladas figurando patas de animales. Las de los talleres y tiendas eran más grandes y sólidas.

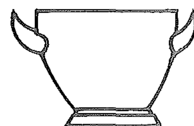
Durante la época homérica se solían acostar en pieles puestas en el suelo. En la época de Ulises había camas de madera en las que ponían almohadones sobre correas tensadas. El lecho griego de la época arcaica era de madera tallada con adornos y se cubría con cojines y mantas. El lecho servía para dormir y para comer. Entre los diferentes tipos de asientos se utilizaban la silla baja y sin respaldo, la mayor parte de las veces, de tijera; el *klismos* era un asiento con respaldo y el *thronos* era un sillón con respaldo y brazos a ambos lados, a veces de mármol todos ellos; el asiento llevaba unos cojines.

Había también en la casa cofres de madera o de bronce, que se utilizaban como armarios, trípodes, braseros para calentar la comida o como sistema de calefacción y bañeras. Entre el menaje estaban los vasos de barro cocido de formas variadas; la imaginación y el buen gusto griego desarrolló la más variada gama de formas y de decoraciones cerámicas, ánfora, hydra, crátera.

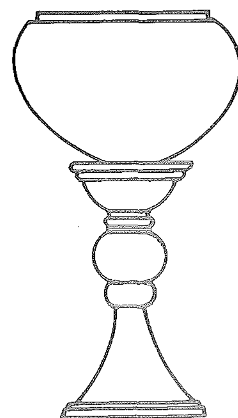
Para el alumbrado se sirvieron en un principio de antorchas; más tarde se utilizaron tubos de metal o de barro llenos de sustancias resinosas; y por último las lámparas de aceite empleadas desde el siglo v a. de C. Las linternas lámparas de cuero transparente, servían para andar de noche por las calles.



Pithos



Skyphos



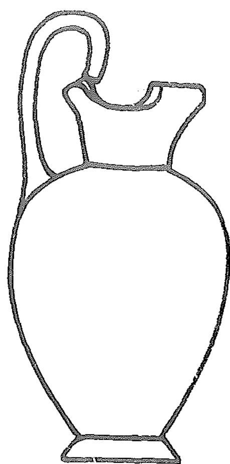
Dinos

Diferentes tipos de vasos griegos.

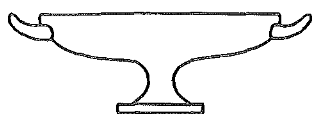
7. La jornada del griego: comidas y distracciones

a) *Comidas.* Los atenienses solían hacer cuatro comidas al día. Al amanecer tomaban el «desayuno», consistente en un trozo de pan de cebada o de trigo mojado en vino. Al mediodía tomaban una segunda comida ligera, el *aristos*. Algunos merendaban al atardecer. Al anochecer hacían la comida principal, *deiphnon*, abundante, y a la que solían invitar a sus amigos. Los beocios tenían fama de comilones, los atenienses eran sobrios y los espartanos, más aún.

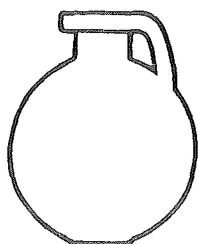
La expresión que utilizaba Homero para designar a los hombres: «comedores de harina», es de por sí explicativa de la base dietética de los griegos: el trigo y la cebada. Platón dice que «los hombres para alimentarse tomaban harina de cebada o de trigo, que luego tostaban o amasaban para hacer con ella ricas galletas o panes que se servían sobre hojas muy limpias» (*República*, II, 372 b). El *artos*, pan de trigo, solo se comía los días festivos, según una prescripción de Solón. Ambos se vendían en las panaderías. El pan de cebada era barato y estaba al alcance de las gentes más humildes. Junto con el pan se ingerían alimentos sólidos: legumbres, cebollas, aceitunas, carne, pescado y fruta. Los atenienses comían más pescado que carne; el término *opson* «comida» acabó por referirse exclusivamente al pescado. Entre las especies más apetecidas se citan las anguilas del Lago Copais, la sepia, los calamares, los mariscos y los moluscos. Precisamente el símbolo de la moneda de Eretría es el calamar. También se consumían salazones, *tarichos*. Solía poner broche a la comida el postre: frutas frescas, frutos secos (dátiles, almendras, nueces, castañas) queso y pastas (tortas con adormidera o con miel). El postre era un



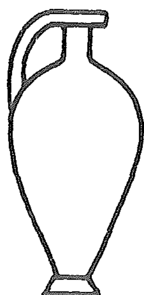
Oinochoe



Kylix



Aryballos (globular)



Aryballos (piriforme)

Diferentes tipos de vasos griegos.

auténtico symposion; era realmente la segunda mesa. Entre los espartanos se comía mucho el llamado «bodrio negro», guiso picante y salado en el que entraba cerdo, sangre y mucho vinagre. Aquellos cocineros que descubrían un plato tenían la exclusiva de prepararlo durante un año. Ciudad famosa por el lujo de sus comidas era Síbaris (Magna Grecia). Las comidas solían ser preparadas, bien por las amas de la casa, bien por las esclavas. Como se desconocía el tenedor se solían utilizar los dedos para comer; se limpiaban con harina o con migas de pan que se echaban a los perros, siempre merodeando junto a sus dueños.

Entre los griegos se observaban algunas reglas de etiqueta, pues determinados manjares se cogían con un solo dedo y en cambio otros con dos. Se solía utilizar como plato la *maza* de harina, pero también platos y escudillas de madera, de barro cocido o de metal. Las cucharas se empleaban para comer los purés o las salsas mientras la carne se cortaba con el cuchillo.

Los griegos, de carácter abierto y afectivo, gustaron mucho de celebrar banquetes con amigos invitados en los que se dialogaba largamente alternando con abundante bebida, de modo que no siempre terminaban aquellas reuniones, *symposion*, con la suficiente providad. Los anfitriones más acaudalados amenizaban la velada de sus comensales con representaciones teatrales; pero lo más normal era que éstos se divirtieran conversando o con cantos o charadas. El *cottabe* erótico era el juego más difundido. Se fijaba un blanco, un plato o un vaso y a él se arrojaba el vino de las copas; si caía en su interior, se entendía que se finalizaría con éxito una persecución amorosa. El *cottabe* también tenía lugar en las reuniones femeninas: puede apreciarse en un vaso del pintor Eufronios en el que una mujer desnuda, recostada en un lecho, sujeta con la mano derecha el asa de una copa de vino diciendo: «arrojo éste para tí, Leagros».

b) *Distracciones*. En toda Grecia los niños se distraían con diversos juegos: pelotas, aros, trompos, tabas, el infernáculo, el salto del burro, el *efedrismos*, en el que cabalgaban sobre los hombros a un compañero. En el juego de la *homilla* o *delta* se dibujaba en el suelo un triángulo y había que meter una nuez en su interior. En otro juego se hacía una raya en el suelo y desde lejos se tiraban *ostraca*, ganando el que quedaba más próximo a la raya. También se conocía el yoyó.

Entre mayores, el concurso de *ascoliasmos* consistía en mantener en equilibrio, el mayor tiempo posible, un odre de vino aceitado que el vencedor obtenía como premio. Este juego solía tener lugar en las festividades de Dionisos. En un relieve del Cerámico se representa a unos jóvenes desnudos que golpean a una pelota con un bastón curvo. Otras distracciones las aportaban las peleas de un gato y un perro, o las de gallos, en las que se cruzaban apuestas.

Entre los juegos de azar destacaban el de par e impar con monedas de bronce, el de la taba y el de los dados, *cuboi*. La mejor tirada era «el golpe de Afrodita», tres seises de una, y la peor «el golpe del perro», tres unos de una. En el juego de las cinco líneas competían dos jugadores que desplazaban los ostraca de acuerdo con las cifras de los dados. También se conocía el juego de la *potteia*, semejante al de las damas y otro parecido al de la oca.

La caza y la pesca para unos era un oficio, para otros era una distracción. En su *Cinegética*, Jenofonte dice que la caza era uno de los factores básicos para la educación del joven porque entrenaba para hacer frente a los peligros de la guerra. En Esparta era practicada incluso contra los *heilotai*, para adiestrar a los jóvenes espartanos. La práctica de la caza mayor ha quedado plasmada en numerosos paisajes mitológicos, donde se hace alusión a las deidades cazadoras. Durante el periodo clásico se usaban diversos tipos de trampas para cazar las aves y los animales terrestres; los perros desempeñaban un papel muy importante.

Según Plutarco la pesca era indigna de los hombre libres porque en ella había que utilizar la astucia más que la fuerza, aparte de que no contribuía al ejercicio físico del cuerpo como la caza. Según Platón, se pescaba con caña y un sedal de hilo o de crin al que se ataba un corcho, un plomo y un anzuelo. Para los peces más pequeños se ponían de cebo lombrices o insectos y para los de gran tamaño se encarnaban las especies más pequeñas. También se utilizaba la *nasa*, especie de cesto de mimbre de forma alargado que tenía unas varillas aceradas en uno de los extremos que impedían la salida de los pescados.

8. Fiestas religiosas y civiles. El calendario. El teatro. Los juegos deportivos panhelénicos.

En la vida de casi todas las ciudades griegas las celebraciones religiosas en honor de sus dioses preferidos ocupó un lugar importante. Consistían fundamentalmente en plegarias, sacrificios y purificaciones. Se solía orar de pie. Cuando se dirigían a Zeus y a las divinidades celestes levantaban los brazos; cuando invocaban al Hades y a las deidades infernales se inclinaban hacia el suelo al expresar sus súplicas. Homero pone en boca del sacerdote Crises, cuando se dirige a Apolo, estas palabras: «Oyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila e imperas en Tenedos poderosamente ¡Oh, Esminteo! si alguna vez adorné tu bello templo o quemé en tu honor pingües muslos de toro o de cabra, cúmpleme este voto. ¡Paguen los danaos mis lágrimas con tus flechas!» *(Ilíada*, U, 37-42).

Cuando los griegos hacían una ofrenda a una divinidad era para obtener a cambio el favor que solicitaban. Hubo tiempo en que los griegos hacían sacrificios humanos, porque pensaban que los dioses los preferían; conocido es el sacrificio de Ifigenia. Posteriormente fueron sustituidos por animales. En *La Iliada* se hace referencia a hecatombes «sacrificio de 100 bueyes»; y a Poseidón de una *suovetaurilia* (cerdo, oveja y toro). A Atenea sacrificaban vacas, a Afrodita y a Artemisa, cabras; a Asclepios, gallos o gallinas. Las víctimas no podían tener defectos o enfermedades. A las deidades femeninas se sacrificaban hembras, a los dioses celestiales, animales de pelaje claro y a los infernales, de color oscuro.

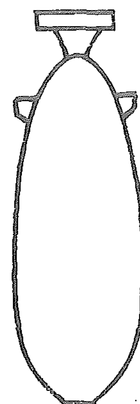
Todo un ceremonial acompañaba a estos sacrificios que eran seguidos por los creyentes con el más profundo respeto, mientras escuchaban las plegarias del oficiante en pro de los habitantes de la ciudad. Los griegos consideraban impuro todo lo relacionado con la muerte. Por esta razón, en las casas en que había fallecido una persona debían realizarse ritos de purificación para el edificio y sus moradores. Como elemento purificador se utilizaba agua del mar o la sangre de un puerco. El dios purificador por excelencia era Apolo Pitio que, según la leyenda, había purificado a Orestes del asesinato de su madre. También el propio Apolo hubo de purificarse por matar a la serpiente pitón.

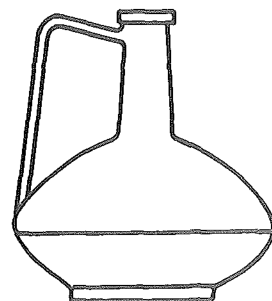
*El calendario.*Los griegos contaban inicialmente los días desde una a otra puesta de sol: la aurora, el crepúsculo, la mañana, el mediodía, después del mediodía, el oscurecer y la noche. Anaxímenes hacia el 520 a. de C. fue el primero que dividió el día en horas. Cada hora era la doceava parte del día, por lo que variaba su duración según la época del año. El reloj de agua, *clepsidra,* mencionado en época clásica, era un vaso agujereado del que se salía el agua en un tiempo determinado.

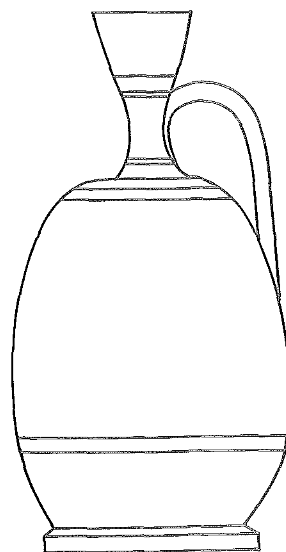
Los griegos comprobaron que la luna empleaba en dar una vuelta alrededor de la tierra 29 días y 1/2: lo denominaron mes, *men*. Contaban alternativamente los meses de 29 días y de 30. El mes de 29 días se llamaba «hueco»» y el de 30 «pleno». Los nombres de cada uno de los doce meses variaba de unas a otras ciudades. En cuanto a las estaciones, sólo distinguieron el verano y el invierno, tal como aparece en la Historia de Tucídides.

El año, el tiempo que tardaba la tierra en dar una vuelta alrededor del sol (365 días, 5 horas, 48 minutos, 48 segundos) no corresponde, pues, a los doce meses lunares. Con el fin de hacer corresponder al año solar con el lunar, añadieron un mes intercalado cada tres años; se colocaba después del sexto mes.

El nombre cada año variaba según las ciudades. En Atenas se correspondía con el del arconte epónimo; en Esparta con el del primer éforo; y en Argos con el de la sacerdotisa de Hera. Para situar en el tiempo un suceso se decía: «Ocurrió siendo arconte XX». A veces la fecha de otro suceso se hacía con referencia a otro más conocido: «X años después del principio de la guerra Y». A partir del periodo alejandrino se utilizaban las eras. Polibio consideró preferente la de las Olimpiadas. La Olimpiada era el espacio temporal de cuatro años, de julio a julio, comprendido entre dos fiestas olímpicas. La Olimpiada tomó como punto de partida el año 776 a. de C., el primero en que se registraron los nombres de los vencedores en los juegos olímpicos.


Alabastron


Lagynos


Lekythos

Diferentes tipos de vasos griegos.

El teatro y el estadio. Son los monumentos característicos de las ciudades griegas. En Atenas el teatro estaba ubicado en la ladera sur de la Acrópolis; el de Epidauro (Argólida) es el que mejor ha conservado la forma clásica. El auditorio se disponía en un semicírculo de gradas concéntricas dispuestas al pie de una colina, de modo que desde cada localidad podían ver y oír perfectamente a los actores hasta 30.000 espectadores a los que podía dar cabida alguno de los teatros. El elemento central del teatro es la *orchesta* «lugar donde danza el coro»; es circular y tiene en el centro el altar de Dionisos. Al principio allí actuaba el protagonista. Más tarde, detrás de la *orchesta* se situó la *skene*, el *proskenion*, y se dispuso el *logueion*, que se corresponde más o menos con el escenario de los teatros actuales.

Desde Esquilo se utilizaron decoraciones, según cuenta Aristóteles, aunque eran bastante primitivas. El actor que entraba por la derecha se suponía que venía de la ciudad y el que lo hacía por la izquierda, que procedía del campo. Los vestidos de los actores eran semejantes a los trajes usados habitualmente. Los reyes y las reinas se vestían con el *chiton* jonio. El traje de los personajes alegres se adornaba con fajas de colores vivos. Los dioses se diferenciaban por sus insignias: Zeus por la égida y Mercurio por el caduceo. en la comedia, para mostrarse grotescos los actores, se ponían almohadillas en el vientre y en el pecho. Los trágicos solían utilizar un calzado con un suplemento, *coturno*, o una especie de zancos para aparentar una mayor estatura; en cambio los cómicos utilizaban un calzado más ligero, que les facilitaba sus movimientos. Los actores llevaban una máscara de boca abocinada para dar una mayor potencia a la voz y hacerse oír entre el bullicio de los espectadores. A veces los actores cambiaban de máscara en el curso de una representación, pues interpretaban a distintos personajes o distintas situaciones de un personaje. En un principio, el número de actores era de uno, dos y posteriormente de tres o cuatro. El papel principal lo interpretaba el *protagonista*, quien tenía a sus órdenes a los actores, segundo, *deuteragonista* y tercero, *titragonista*. Ninguna mujer actuaba en la comedia ni en la tragedia; los papeles femeninos eran interpretados por hombres. El coro fue muy importante, aunque su papel disminuyó más tarde. En la tragedia no había entreactos, sino evoluciones y cantos del coro. Expresaba distintos sentimientos de acuerdo con los diferentes sucesos. El coro, sin dejar de cantar, bailaba al son de la flauta y ejecutaba diversas figuras. El traje de los *coreutas* se adecuaba a su papel. Así, en *Las Euménides* de Esquilo, las Erinnias llevaban cabellera con serpientes entrelazadas. En las comedias de Eurípides los coreutas se disfrazaban de avispas, pájaros o nubes.

En Atenas, los *arcontes*, *epónimo* y *basileus*, preparaban con mucho adelanto las representaciones teatrales. Designaban a los coregas que sufragaban personalmente los gastos de los coros trágicos y cómicos y de los autores admitidos en el concurso. La *coregia* se entendía como un servicio público, una especie de superimpuestos que gravaba a los ciudadanos más ricos. Algunos coregas incluso incrementaron los gastos para que sus conciudadanos recordasen siempre la representación en que había triunfado. Mientras ejercían estas funciones los coregas eran considerados como magistrados y gozaban de un carácter sagrado. Aquellos que les insultaran o golpeasen recibían severos castigos.

El precio de cada localidad era de dos óbolos, el mismo para todas las zonas del teatro, de acuerdo con las normas democráticas; sólo había asientos reservados para las personas relevantes: en la primera fila para los sacerdotes, los magistrados y los extranjeros. Desde Pericles el Estado costeaba la entrada a los ciudadanos más menesterosos con el fondo especial para los espectáculos: *theoricon*. Como las sesiones eran muy largas los asistentes solían llevar comida y bebida. En ocasiones coregas generosos distribuyeron pasteles y vino entre los asistentes.

Las representaciones dramáticas, que tenían significado religioso, se iniciaban con una purificación efectuada con la sangre de un puerco. El sacerdote de Dionisos se sentaba en el centro de la primera fila frente al altar del dios situado en medio de la *orchesta*. Acto seguido se sorteaba el orden de exposición de las piezas de los escritores concursantes.

Las representaciones comenzaban por la mañana temprano, pues antes de que el sol se pusiera debían de haberse representado cuatro o cinco obras. El tercer día, el de las Grandes Dionisíacas de primavera, se dedicaba a las

comedias y cada uno de los tres poetas, más tarde cinco, presentaban una obra. Los días siguientes estaban dedicados a la tragedia y cada día uno de tres actores seleccionados previamente por el arconte hacía representar su trilogía (tres tragedias) y un drama satírico. Es decir, los atenienses podían ver en estos cuatro días entre 15 y 17 piezas. Un consejo de diez miembros elegidos por sorteo decidía en Atenas quien sería triunfador. Esquilo, Sófocles y Eurípides se fueron sucediendo en este preciado concurso.

Los juegos panhelénicos. Los juegos con carácter panhelénico fueron cuatro: Olímpicos, Istmicos, Píticos y Nemeos. Los *Olímpicos* tenían lugar en el santuario de Zeus en Olimpia; los *Píticos*, en honor a Apolo, en Delfos; los *Istmicos* en honor de Apolo, en el Istmo de Corinto, y los *Nemeos*, en honor de Heracles, en Nemea. Aparte de los propios restos monumentales de la ciudad grandiosa de Olimpia, escultores, pintores y literatos nos han legado los más preciados elogios y descripciones de su desarrollo y personajes triunfadores. Los Juegos Olímpicos tenían lugar cada cuatro años, en Julio. Los heraldos los iban anunciando por toda Grecia. Su importancia fue tal que la era Olímpica, que se inició en el 776 a. de C., fue utilizada como cómputo cronológico para todos los griegos. Allí acudían artistas para exponer sus obras y los sofistas y escritores leían sus últimas producciones. Acudieron entre otros, Herodoto, Gorgias, Píndaro, Lisias, Isócrates. Los griegos zanjaban, al menos momentáneamente, sus diferencias políticas durante los siete días que duraba la fiesta.



Bailarina en terracota de época helenística.

Comenzaban ofreciendo sacrificios en el altar de Zeus y liberaciones en la tumba del héroe Pelops, epónimo del Peloponeso. Los cinco días siguientes se dedicaban a las pruebas deportivas para los adultos y para los niños, vigiladas todas ellas por unos jueces, *hellanodikes*. Ponía broche a las Olimpiadas una procesión solemne y un banquete. Los nombres de los vencedores, el de su padre y el de su patria eran proclamados por los heraldos. Como premio recibían una sencilla corona de olivo, pero su gloria era inmensa. Alguna ciudad llegó a derribar un trozo de su muralla para ofercer una más solemne recepción a sus hijos vencedores en las pruebas atléticas.

Monumento frecuente y característico de cada ciudad fue el *estadio*. Era de forma rectangular y a su alrededor había un talud en el que se colocaban los espectadores. En él se celebraban las carreras de velocidad. El de Olimpia tenía 142 metros de largo. Había carreras de velocidad y de fondo (24 estadios). También en el estadio tenía lugar la lucha, el pugilato y el pancracio.

El hipódromo era más grande que el estadio, pues tenía 770 m. En uno de sus extremos estaba colocada la meta. Se celebraban carreras de carros de dos ruedas tirados por cuatro caballos. El cochero iba de pie y tenía que dar ocho vueltas a la pista. También se celebraban carreras de caballos con jinete. El premio se da al dueño de los caballos y, si es él mismo quien conduce, el triunfo es aún mayor.

9. La vida en la milicia

En las ciudades griegas no había ejército permanente; todo ciudadano tenía obligación de hacer el servicio militar, pues el ejército en principio lo integraba todo el pueblo ciudadano. Cuando terminaba una campaña, los soldados volvían a sus hogares. La lista de ciudadanos era utilizada a la hora de efectuar el reclutamiento. Los atenienses debían servir a la patria desde los 18 años y permanecer sujetos al servicio militar hasta los 60. De los 18 a los 20 se iniciaba en las artes marciales. De los 20 a los 50 ejercían como hoplita o como caballero y participaba en expediciones lejanas. De los 50 a los 60 integraba el grupo de veteranos, con servicios de reserva y guarniciones frente a posibles ataques enemigos inesperados.

Conocemos, por ejemplo, la constitución del ejército de Atenas antes de la guerra del Peloponeso, el 431 a. de C. Disponía de unos 27.500 combatientes: para las empresas exteriores 13.000 hoplitas y 1.000 jinetes y un ejército territorial de 1.400 efebos, 2.500 veteranos y 9.500 metecos. El ejército de Esparta fue descendiendo desde los 5.000 hoplitas ciudadanos que combaten en Platea el año 479 contra los persas, hasta los 700 del 242 a. de C.

El aprendizaje y el entrenamiento militar en Atenas se iniciaba cuando a

los 18 años eran inscritos como miembros del demos de su padre. La asamblea comprobaba su edad, y si era hijo legítimo y libre. Tenía muy en cuenta las condiciones físicas del individuo. Los efebos prestaban un juramento en el templo de la diosa Aglaura, situado al norte de la Acrópolis. Extendiendo su mano sobre el altar hacían el juramento siguiente: «No deshonraré las armas sagradas que llevo. No abandonaré a mi compañero de combate. Lucharé por la defensa de los santuarios y del Estado y trataré de dejar a la posteridad una patria más grande y más poderosa que la que he recibido, en la medida de mis fuerzas y con la ayuda de todos». Para dirigir a los efebos, la Asamblea *(Boule)* nombraba instructores que les adiestraban, acuartelados en el Pireo, en Muniquia o en Acte. El mantenimiento diario del efebo era de 4 óbolos que se debían entregar al *sophronista*. El segundo año de servicio hacían de «guardia de frontera», en torno a las fortalezas de Eleuteres, Filé o Ramnunte.

Una institución semejante a la efebía ateniense era el *eirenado* espartano, pero de más larga duración. El joven espartano permanecerá en periodo de instrucción hasta los 20 años, fecha en la que se incorpora al ejército. A los 60, libre del servicio militar, pasaban gran parte de su tiempo en los gimnasios vigilando los ejercicios de los niños y los combates de los jóvenes.

a) *La infantería.* Se integraban en el ejército espartano tanto los espartanos como los periecos. Se dividía en 5 *morai* «regimientos» mandados por los *polemarcos;* cada regimiento se dividía en *lochais* «batallones» y éstos, a su vez, en compañías de 500 hombres y finalmente en *enomatias* de 25 hombres. Los hoplitas espartanos vestían con túnicas de color rojo purpúreo para que no se les notara la sangre si resultaban heridos. El espartano no toleraba ser derrotado y se convirtió en el prototipo del soldado valoroso y perfectamente entrenado.



Relieve ático de principios del siglo V a. de C. Dos hoplitas armados siguen de cerca el caminar de una cuádriga.

El poder militar de Beocia se basaba en la caballería, una de las mejores de Grecia. El tebano Georgides, en el siglo IV, fue el que creó una unidad de choque, el famoso «Batallón Sagrado», un cuerpo de 300 hombres del que formaban parte ciudadanos unidos por la amistad.

El cuerpo de hoplitas de los atenienses estaba a la órdenes del *arconte polemarca* y de los 10 *estrategas*. Eran todos elegidos por el pueblo y un estratega podía mandar tropas de infantería o una flota de trirremes. Ejercía el mando supremo uno de ellos por turno, aunque podían ceder su turno en favor de un colega de acreditadas dotes de mando. El número de soldados según la importancia de la expedición podía variar. Había capitanes por debajo de los estrategas que mandaban un *lochos*, «compañía» de 100 soldados.

Los hoplitas portaban armas defensivas y ofensivas; entre las primeras destacaba el casco, primero de cuero y posteriomente de metal; la coraza; las «grebas» de bronce, que cubrían la pierna desde el tobillo hasta la rodilla y el escudo, a veces redondo de 0,90 m de diámetro, aunque utilizaban con preferencia uno muy grande, de 1,45 m de alto, confeccionado con pieles de

buey reforzadas con placas de metal. Entre las armas ofensivas estaba la lanza o pica, de dos metros, o más, de largo con punta de dos filos y hasta de madera de fresno con bandas de cuero en la empuñadura; la espada recta, de dos filos, que hiere de punta y de corte; la espada curva, *machaira*, de un solo filo; el puñal recto y cuchillo afalcatado. Todas estas armas, que pesaban alrededor de 35 kilos, durante la marcha eran transportadas en carros o por esclavos.

Mercenarios integraban una infantería ligera compuesta de lanzadores de jabalina, diestros arqueros, y los honderos, que lanzaban pelotas de arcilla, de plomo o de bronce. Arqueros ateniense combatieron en Salamina y Platea; durante la Guerra del Peloponeso alcanzaron un efectivo de 1.600 hombres. Los arqueros se reclutaban entre los *thetes*. Hubo otro cuerpo ligero de mercenarios y clases pobres que luchaban como arqueros y honderos básicamente. *Los peltastas* formaban un cuerpo intermedio entre las tropas ligeras y los hoplitas. Llevaban un pequeño escudo, *pelte*, de madera o mimbre cubierto de cuero, también jabalinas y espadas. Ifícrates, un estratego ateniense del siglo IV a de C., fue el que creó este cuerpo.

La antigua caballería con carro de combate fue desapareciendo. Después de Maratón, los atenienses crearon un cuerpo de caballería que comprendió 300, 600 y por fin 1.000 hombres. Este cuerpo se reclutaba entre las clases más pudientes. El Estado no sufragaba los gastos de coste y mantenimiento del caballo, por eso su cría era un privilegio de los atenienses más ricos. El *hiparco*, jefe supremo de la caballería, que era elegido por el pueblo con mandato para un año, se encargaba de reclutar a los caballeros. Sin estribo y montado a pelo el caballo fue escasamente útil en la guerra y sólo se aprovechó como medio de transporte y vigilancia. Sólo a partir de Filipo y Alejandro la caballería empieza a desempeñar un papel importante en la batalla.

El ejército se mantiene con los víveres de la comarca, aunque suele llevar los suyos propios. Todo ciudadano ateniense llevaba en su «saco» lo necesario para alimentarse durante tres días; la dieta era a base de pan, queso, aceitunas, cebollas y ajos. Los campamentos griegos no tienen una estructura determinada como los de los romanos; se pertrechaban aprovechando la configuración del terreno y a base de fosos y empalizadas. La estrategia, muy rudimentaria hasta el siglo IV, fue cambiada sustancialmente por Ifícrates y Epaminondas. La formación de los espartanos era de ocho hileras y cada hombre ocupaba aproximadamente un metro cuadrado. En ocasiones, los jefes ordenaban estrechar los espacios libres y combatir codo con codo. Sólo en el periodo helenístico varió la estrategia militar con la introducción de las máquinas de guerra.

b) *La marina*. La geografía de Grecia, que se caracteriza por tener unas costas muy recortadas y numerosas islas, influyó en el desarrollo de la marina. Esparta era poderosa en tierra. Atenas lo era en el mar. En la época homérica los navíos eran grandes barcas capaces de transportar entre 50 y 100 hombres. Llevaban un mástil en el medio, que se podía quitar o poner, con una sola vela. Pero la fuerza motriz la proporcionaban fundamentalmente los remeros. En época antigua los navios de guerra eran las *penteconteras*, manejados por 50 remeros dispuestos en una sola hilera, pero en época de las Guerras Médicas y del Peloponeso se habla casi exclusivamente de *trirremes*, barcos con tres filas de remeros superpuestos y velas.

El caso era de madera de abeto, con excepción de la quilla que era de roble. La longitud de los remos variaba de acuerdo con la altura de cada hilera sobre el mar. La trirreme ateniense, ligera y rápida, sufrirá progresivas transformaciones. Tiene espolón en la proa, 174 remeros, 20 marineros para la maniobra de los aparejos y para achicar el agua y 10 hoplitas para el abordaje. A partir de Temístocles, Atenas desarrollaría una amplia política naval que muchas ciudades griegas imitaron.

La estrategia naval era un arte difícil. La finalidad que se perseguía era hundir el espolón en el casco del navío enemigo, sin duda una maniobra peligrosa, pero positiva, ya que inutilizaba la nave al romperle sus remos y provocar una vía de agua.

Para armar la flota se acudía a la llamada *liturgia*, que eran prestaciones personales de los atenienses más adinerados. A su cargo iba sobre todo el mantenimiento y conservación de la escuadra. El contingente de remeros

ateniense lo formaban regularmente los *thetes*, el sector más pobre de la población. A veces se utilizaron metecos y en casos extremos individuos de condición esclava, a quienes se prometía la libertad si se comportaban valientemente. El sueldo variaba entre tres óbolos y tres dracmas al día.

Era un deber sagrado recoger a los soldados muertos en combate. Recibían honras fúnebres solemnes por su comportamiento y sacrificio. Así, en Esparta, eran enterrados con un manto purpúreo que les servía de mortaja, les cubrían con ramas de olivo y les ponían su nombre en la tumba. Los atenienses, según Tucídides (II, 34), llevaban piadosamente los restos de los fallecidos a la ciudad y les hacían unos funerales nacionales. Les dedicaban una lápida en la que gravaban los nombres de los muertos, sus tribus y un título muy sencillo: «Relación de los atenienses muertos en la campaña de..., de la tribu de...» En ocasiones se inscribía un epigrama funerario que ponía de relieve su heroísmo.

La nación se hacía cargo de los huérfanos de guerra, a los que aseguraba su manutención hasta los 18 años, momento en que iniciaban la efebía. Entonces, cada huérfano, en las fiestas de las Grandes Dionisias recibía en el teatro la *panoplia*, armamento completo, ofrecida por el estado. A los mutilados de guerra también les prestaba ayuda el estado: una ley que se atribuye a Pisístrato ordena que se provea su alimentación por cuenta de la ciudad.

10. Los griegos ante la ley: tribunales, procedimiento y sanciones judiciales

La organización y funcionamiento de la justicia que conocemos con mayor detalle es la de Atenas. Aquí se diferenciaba entre la acción privada, *dike*, y la acción pública *graphé*. En los *dikai*, «juicios privados», aquellas personas que consideraban lesionados sus intereses o su representación legal, podían incoar un proceso y ser oídas en audiencia. Cuando se cometía un acto que iba en contra de los intereses del Estado y de la comunidad, cualquier ciudadano, el primero que lo hiciera, tenía derecho a presentar una queja ante un magistrado; estas acciones era las *graphai* «causas públicas». Estas denuncias favorecieron la aparición de los *sicofantes* «delatores». En los casos de *graphe*, las condenas en dinero quedaban en provecho de la ciudad; en los de *dike*, en favor del denunciante, que en el siglo v recibía las tres cuartas partes del monte de la multa y en el siglo IV a. de C. la mitad. Para evitar denuncias sin fundamento, las dos partes que intervenían en una *dike*, tenían que depositar, antes de iniciarse la causa, las «costas de justicia», mientras que en los *graphai* solamente lo tenía que hacer el acusador. En el caso de que el denunciante no tuviera a su favor la quinta parte de los votos, se le multaba y hasta podía incurrir en la *atimia*. Así conocemos el caso de multa impuesta a Esquines en su litigio con Demóstenes.

En Atenas la parte demandante presentaba su demanda ante el magistrado competente en presencia de la otra parte del litigio convocada por citación. En caso de ser admitida, se procedía a la instrucción del caso. El magistrado instructor recopilaba todos los datos sobre la cuestión y metía los escritos de las declaraciones en dos urnas selladas que se enviaban al tribunal competente.

La audiencia se celebraba a puerta cerrada. El escribano leía el acta de acusación y el alegato dado por la defensa. A continuación el presidente concedía la palabra a los litigantes. Todo ciudadano debía defenderse a sí mismo y, si era incapaz de hacerlo, encargaba su defensa a un logógrafo y se la aprendía de memoria. También podía solicitar del tribunal ser reemplazado por un *synegore*. Los atenienses menores de edad, las mujeres, los metecos, los esclavos y los manumitidos eran representados por su padre, el marido, el tutor legal, el amo o el patrón. Los debates, como tenían que terminar en el mismo día, no eran interrumpidos. Por eso se limitaba el tiempo de exposición de las dos partes, medido con la clepsydra. Durante las exposiciones los heliastas se limitaban a oír a las dos partes y, cuando se agotaba el tiempo, el heraldo les llamaba para votar. En el siglo v cada jurado depositaba una tablilla en una de las dos urnas; una recogía los sufragios favorables al acusado, la otra, los que le condenaban. Tras la declaración de culpabilidad se determinaba la pena mediante una estimación del tribunal con arreglo a la

ley. Cuando Sócrates fue juzgado en el 339 a. de C., se le concedió la palabra para que él mismo indicase la pena que le parecía justa; Sócrates sugirió que se le alimentara en el Prytaneo como a los grandes bienhechores del Estado, y tal actitud insolente le acarreó la condena a muerte. Una segunda votación se hacía para escoger entre la estimación, *timena*, del acusado y su contraestimación, *antitimena*, por el tribunal.

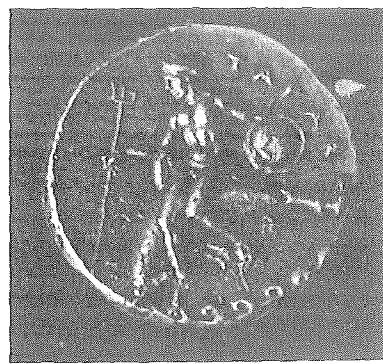
El magistrado que había presidido el tribunal mandaba redactar a su escribano el acta de acusación y, si había condena, daba orden a los magistrados competentes de ejecutarla; los *Once* eran responsables de las ejecuciones capitales; los *practores*, «alguaciles» cobraban las multas y los *poletai*, que eran diez, se encargaban de subastar públicamente las confiscaciones.

La penalización estaba en función de la condición de las personas. Entre las penas más notables de orden religioso destacaban la privación de sepultura, la maldición, la exclusión de los santuarios y del ágora, la prohibición a las adúlteras de llevar adornos o entrar en los templos. Las penas infamantes eran el paseo o exposición ignominiosa de un individuo, la inscripción sobre una estela de infamia del nombre del culpable y su delito. Penas pecunarias eran las confiscaciones parciales o totales y las multas de distinta cuantía. Aquellos individuos condenados a pagar una cuantía superior a sus medios, podían librarse de ella mediante el exilio voluntario. Entre las penas más temidas estaban el destierro temporal, o definitivo, la *atimia*, pérdida de los derechos cívicos y religiosos. En la Atenas clásica prevalecieron las penas pecuniarias.

Aunque fue más bien equitativa la justicia ateniense, no faltaron críticas como las de Aristófanes. La falta de un código permitía la arbitrariedad de los jueces, cuya mayor parte, además de no ser especialistas en la materia, se dejaban llevar por sus simpatías o antipatías. Desde Dracón el derecho y la justicia atenienses conocieron grandes progresos; entre otros, la abolición de las penas colectivas y el reconocimiento de la responsabilidad personal. Ahora bien, un sistema judicial que no tuvo inconveniente en condenar a Sócrates, quien, según Platón (*Fedón*, 118 a), era el hombre más bueno, más sabio y más justo de los hombres de su tiempo, debía de estar muy lejos del ideal de una justicia perfecta.



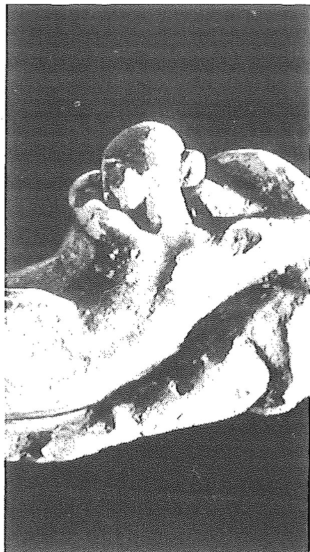




Monedas de la Magna Grecia. La moneda de la izquierda representa una estatera de Lócrida; *la del* centro representa una estatera de Tarento, con caballo y jinete, y la de la derecha, al dios Taras sobre *un delfín*.

11. Pesas, medidas y monedas

Los griegos compartían plenamente aquella idea de Protágoras cuando señaló que «el hombre es la medida de todas las cosas». Aplicaron, pues, el módulo humano a la arquitectura, a la vez que a muchas de sus medidas: dedo, codo, pie. Pero, aunque los nombres empleados para designar las pesas y medidas en la Grecia antigua eran los mismos, su valor variaba de unas a otras ciudades. Así, el *pie eginético* era de 0,333 m, el *olímpico* de 0,320 m y el *ático soloniano* de 0,293 m. Entre los submúltiplos tenemos el *spithamo* (3/4 de pie ó 0,222 m), el *condylos* (1/8 de pie o 0,037 m) y el *dactylos* «dedo» (1/16 de pie o 0,018 m). Los múltiplos eran el *codo* (1 y 1/2 pie o 0,444 m), la *orgye* (6 pies o 1,776 m), la *acaina* (10 pies o 2,96 m), el *plethron* (100 pies o 29,6 m), el *stadion* (600 pies o 177,60 m) y la *parasanga* (30 stadios). Medidas de superficie son el *pie cuadrado* (87 cm^2), la *acaina cuadrada* (8,76 m^2) y el *pletro cuadrado* (6,76 áreas).



Detalle de una ménade dormida en terracota. Epoca helenística.

Entre las medidas de capacidad, la unidad para líquidos y áridos era el *cotylos*. De acuerdo con las diferentes ciudades, su valor oscilaba entre 0,20 litros y 0,33 litros. El del Atica valía 0,27 litros. Los múltiplos eran entre otros el *hemiecteos* (16 *cotylos* o 4,37 litros), el *ecteos* (32 *cotylos* o 8,75 litros) y el *medimnos* (192 *cotylos* o 52,41 litros. Para líquidos tenemos múltiplos del congio: *chous* (12 *cotylos*) y la *metreta (144 cotylos*). También había varias fracciones del *cotylos*.

También cada ciudad tenía su propio sistema de pesas. Al principio el sistema ponderal se confundió con el monetario, de manera que los nombres de las unidades eran los mismos. Cuando Solón reformó el sistema ático fijó la *mina ponderal* en 105 *dracmas monetarios* de 4.36 gramos cada una; de modo que la *mina ponderal* tenía 457,6 gramos; el *statero* valía dos minas (915,2 gr), el *talento* valía 60 minas (27.456 gr o 27,456 kg). Las pesas encontradas en el ágora de Atenas ponen de relieve que el patrón de 105 gr duró hasta la época helenística y que tuvo dos modificaciones, una a comienzos del siglo v y otra en el curso de la guerra del Peloponeso. La simbología del *statero* era el astrágalo, la de la mina era el delfín, la de un tercio de statero era el ánfora y la de un cuarto de statero era la tortuga.

Las acuñaciones eran sinónimo de soberanía. Por eso, cada rey o cada ciudad independiente procuraba hacer emisiones con su nombre y con su tipología; así, en Atenas la lechuza, en Egina la tortuga y en Rodas la rosa. La segunda confederación beocia acuñó unos tipos que tenían en el anverso el escudo beocio y en el reverso un ánfora con el nombre abreviado de los dos beotarcas, magistrados responsables de la emisión. La actividad económica de cada ciudad también se refleja en la simbología de las monedas: el atún en Cícicos, la espiga en Metaponto. Las ciudades que acuñaban tetradracmas con su nombre y tipología eran siempre independientes; en cambio las que hacían emisiones de pequeñas monedas de plata y bronce no eran necesariamente libres; aunque disfrutaban de algún tipo de privilegio.

Los primeros patrones monetarios fueron el *statero de electrón* en Mileto de 14,2 gramos y el de Focea de 16,4 gramos. El *statero de plata* de Egina, el más antiguo de la Grecia Europea, tenía un peso de 12 gramos y fue adoptado por la mayor parte de las ciudades de la Península y de las Cícladas, así como en Mileto. El sistema euboico, cuya base era la *dracma* de 4,36 gramos y un *tetradracma* de 17,2 gr, fue utilizado en Eubea, Atenas, Corinto y las ciudades de Sicilia. Las piezas de mayor peso de plata emitidas en Grecia fueron el *decadracma*, aunque fueron muy pocas las ciudades que las acuñaron. La pieza mayor de circulación es la *tetradracma*. La dracma se dividía en 6 *óbolos* de plata. La mina y el talento son dos unidades de cuenta. La mina eginética valía 35 stateros, la mina ática 100 dracmas y el talento 6.000 dracmas. En la época clásica las acuñaciones ordinarias fueron de plata, pero, desde principios del siglo IV las exigencias del comercio fomentaron el desarrollo de las de bronce, *calchos*. Además, esta moneda divisoria era importante para el comercio de las colonias con los pueblos indígenas, así como también para el pequeño comercio cotidiano.

BIBLIOGRAFIA

BABELON, E.: *Les monnaies grecques*, París, 1921.

BEAULIEU, M.: *El vestido antiguo y medieval*, Barcelona, 1971.

BIEBER, M.: *Griechische Kleidung*, 1928.

——: *Entwickhingsgeschichte der griechischen Tracht*, Berlín, 1954.

BOURGEY, L.: *Observation et Experience chez les medicins de la collection hippocratique*, París, 1953.

BOURRIOT, F,: «Histoire géneral du travail». *I. Prehistorie et Antiquité*, París, 1959.

CARCOPINO, J.: *L'óstracisme athenien*, París, 1935.

CLOCHÉ, P.: *La vie publique et privée des anciens grecs. Les classes, les métiers, le trafic*, París, 1931.

COUSSIN, P.: *La vie publique et privée des anciens grecs. Les institutions militaires et navales*, París, 1932.

CHARBONNEAUX, J.: *Les vases grecs*, París, 1958.

DELCOURT, M.: *Les grandes sanctuaries de la Grèce*, París, 1947.

DELORME, J.: *Gymnasion. Étude sur les monuments consacrés a l'éducation en Grèce (des origines a l'Empire Romain)*, París, 1960.
DUGAS, CH.: *Aison et le peinture céramique à Athènes à l'époque de Périclès*, París, 1930.
ENRENBERG, V.: *The people of Aristophanes*, Oxford, 1951.
FLACELIERE, R.: *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*, Buenos Aires, 1967.
——: *L'amour en Grèce*, París, 1960.
GAUTHIER, PH.: *Symbola. Les étrangeres et la justice dans les cités grecques*, Nancy, 1972.
GILLET, B.: *Historia del deporte*, Barcelona, 1971.
GINOUVES, R.: *Balaneutiké: recherches sur le bain dans l'antiquité grecque*, París, 1962.
GLOTZ, G.: *La cité grecque*. París, 1928.
——: *Le travail dans la Grèce ancienne*, París, 1920.
HARMAND, J.: *La guerra antigua. De Sumer a Roma*, Madrid, 1976.
HENZEY, L.: *Histoire du costume antique d'aprés des Etudes sur le modèle vivant*, París, 1922.
IMBERT, J.: *Le droit antique*, París, 1961.
JAEGER, W.: *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México, 1962.
KRAAY, C. M.: *Greek coins and History*, Methuen, 1969.
LENGELLE, M.: *La esclavitud*, Barcelona, 1971.
LEVY, E.: «La femme dans les societés antiques.» *Actes des colloques de Strasbourg (mai 1980 et mars 1981)*. Varios colaboradores, Strasburgo, 1983.
MARROU, M. I.: *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, París, 1955.
METZGER, H.: *Les representations dans la céramique attique au IVe siècle*, París, 1962.
MOSSE, CL.: *Le travail en Grèce et à Rome*, París, 1966.
NAVARRE, O.: *Le Theatre gréc: l'edifice, l'organisation materielle, les representations*, París, 1925.
PELEKIDIS, C.: *Histoire de l'ephebie attique, des origines à 31 av. J. C.*, Paris, 1962.
PHILLIPS, E. D.: *Grèek Medicine*, Londres, 1973.
PICARD, CH.: *La vie privée dans la Grèce classique*, París, 1931.
——: *La vie dans la Grèce classique*, París, 1949.
ROBERT, L.: *Les epigrammes satiriques de Lucilius sur les athltes. Parodie et realites. Entretiens sur l'Antiquité classique*, XIV, Ginebra, 1968.
ROUSSEL, P.: «La famille athenienne». *Lettres d'Humanités*, 9, 1950.
SECHAN, L.: *La danse grécque*, Paris, 1930.
SELTMAN, CH.: *Greek coins*, Londres, 1955.
VEYNE, P.: «Panem et circenses. L'evergetisme devant les sciences humaines.» *Annales*, XXIV, 1969.
VILLARD, F.: *Les vases grecs*, París, 1956.
WESTERMANN, W. L.: *The Slave systems of Greek and Roman Antiquity*, Filadelfia, 1955.

INDICE GENERAL

Capítulos | *Páginas*